

BERNARDINO LLORCA, S.J.

**Manual
de
Historia
Eclesiástica**



Manual de Historia Eclesiástica

POR EL

P. BERNARDINO LLORCA, S. J.

Doctor en Ciencias históricas
Profesor de Historia Eclesiástica y Arqueología Cristiana
en la Universidad Pontificia de Salamanca

TERCERA EDICIÓN
ENTERAMENTE REFUNDIDA

ES PROPIEDAD

Primera edición : 1942

Segunda edición : 1946

Tercera edición : 1951



EDITORIAL LABOR, S. A.

BARCELONA - MADRID - BUENOS AIRES - RIO DE JANEIRO
MÉXICO - MONTEVIDEO

1951

Imprimi potest

I. Sayós, S. I.

Praepositus Provinciae Tarraconensis

Barcinone, die 24 mensis Iunii anni 1950

Nihil obstat

El Censor

Dr. José Gros Ragner, Canónigo

Barcelona, 3 de octubre de 1950

Imprimase

† GREGORIO, Obispo de Barcelona

Por mandato de Su Excia. Rvma.

Andrés Ausió Jutglá

Pro Canciller-Secretario

PRINTED IN SPAIN

TALLERES GRÁFICOS MARIANO GALVE, CARMEN, 16 - BARCELONA

Prólogo a la tercera edición

Como encabezamiento de este MANUAL DE HISTORIA ECLESIASTICA, y como su mejor recomendación para nuestros lectores, nos complacemos en reproducir en este lugar la carta de S. S. el Papa, Pío XII, recibida a raíz de la primera edición:

SEGRETERARIA DI STATO DI SUA SANTITÀ

N.º 61136

Del Vaticano, 3 de marzo de 1943.

Reverendo Padre:

Ha sido muy grato al Augusto Pontífice recibir el ejemplar de su «Manual de Historia Eclesiástica», que usted le ha ofrecido en testimonio de filial veneración.

Fruto de su grande amor a la Iglesia y de varios años de enseñanza, ha escrito usted una obra que, por el carácter científico y demás cualidades de que está adornada, ha de ser sumamente útil, particularmente en esa Nación, a los Seminarios y centros de cultura superior eclesiástica.

El Santo Padre se congratula con usted del resultado de su trabajo y augura a su libro un completo éxito, que compense sus esfuerzos, al ver que sirve para que sus lectores, especialmente aquellos que se encaminan al Sacerdocio, conozcan mejor la vida y divinidad de la Iglesia y puedan así defender sus derechos, entregarse a su servicio y gozarse de sus glorias.

Su Santidad le agradece vivamente el piadoso homenaje, y en prenda de paternal benevolencia le da de corazón la Bendición Apostólica.

Yo también le doy mis más expresivas gracias por el ejemplar con que me ha obsequiado y, felicitándole por su publicación, aprovecho la oportunidad para ofrecerle los sentimientos de mi mayor consideración, con que soy de usted devoto servidor,

L. CARD. MAGLIONE.

Al mismo tiempo nos llegaron cartas no menos alentadoras del *Emmo. Card. Pizzardo*, Prefecto de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades; de *Monseñor Cayetano Cicognani*, Nuncio de S. S. en España; del *M. Rdo. P. A. A. Magni*, Vicario General de la Compañía de Jesús, y asimismo de otras insignes personalidades españolas y extranjeras.

No menos alentadora ha sido desde un principio la acogida que ha dispensado a nuestro *Manual* la crítica de los especialistas en la materia, ya en las revistas de Ciencias Eclesiásticas o generales de Historia, ya en multitud de cartas privadas.

Pero, a decir verdad, una de las pruebas más claras y convincentes de la buena aceptación que ha tenido nuestra obra es la rapidez con que se han agotado las dos primeras ediciones. El gran público de habla española, particularmente los seminaristas y el elemento eclesiástico secular y regular, ha manifestado con ello la alta estima que ha hecho de nuestro esfuerzo por poner a su alcance el resultado de la investigación moderna en las Ciencias históricas. Por todo ello le damos desde aquí las más efusivas gracias y le aseguramos que su conducta nos sirve de aliento y estímulo para perfeccionar constantemente nuestro *Manual*.

Así, pues, nos veíamos de nuevo ante la imperiosa necesidad de preparar la tercera edición. Ahora bien, nuestra sincerísima aspiración a perfeccionar más y más nuestra obra y a atender a multitud de indicaciones de amigos y colaboradores nos colocaba en la más difícil situación. Porque esto suponía una refundición completa y, por consiguiente, nueva composición del *Manual*, lo cual en las actuales circunstancias traía consigo un aumento considerable de su precio. En situación tan delicada, creímos necesario consultar a los interesados, como en efecto lo hicimos. La cuestión fué propuesta en la forma más concreta: si nos limitábamos a una reproducción fotomecánica, haciendo ligeros retoques y añadiendo un apéndice de bibliografía reciente, según hicimos en la segunda edición, el aumento de precio sería pequeño. En cambio, si realizábamos una refundición completa, poniendo la obra al día, tanto en la bibliografía como en todo lo demás, el aumento sería bastante sensible, e incluso dimos números.

Pues bien, la respuesta unánime, tanto de parte de los colegas del Profesorado como de los mismos seminaristas y estudiantes consultados, fué que era preferible emprender una refundición completa. El poseer un *Manual* enteramente puesto al día compensaba cumplidamente el aumento de precio. Así, pues, emprendimos inmediatamente nuestro trabajo, sin perdonar esfuerzo de ninguna clase. El resultado es este *Manual*,

tal como te lo presentamos. Tú mismo, lector amigo, por poco que te adentes en su lectura y estudio y lo compares con las ediciones precedentes, te darás cuenta del esfuerzo realizado.

* * *

Ante todo, pues, ya que debía componerse de nuevo toda la obra, hemos introducido varias reformas fundamentales. La primera es un cambio de tipos de letra y una combinación de tres tamaños de la misma, que contribuirán sin duda a la mayor elegancia del texto y a una distinción más exacta de la importancia relativa de las materias. Además, hemos dejado la numeración seguida de los párrafos, introduciendo en su lugar los números marginales, que corren desde el principio al fin. Más aún; en varios puntos, particularmente en la Edad Moderna, hemos refundido y acomodado mejor la distribución de capítulos, con el objeto de que fuera más uniforme en toda la obra. Finalmente, se advertirá que hemos adoptado una nueva designación de las Edades. La razón de este cambio ha sido el no parecernos acertada la denominación de *Contemporánea* de la última Edad, que comienza en 1648.

Por lo que al texto se refiere, no obstante lo mucho que hemos añadido, hemos conseguido disminuirlo en un centenar de páginas. A ello nos ha movido no sólo el deseo de contribuir a que no subiera excesivamente el precio de la nueva edición, sino también el plan de abreviar en lo posible la exposición de los hechos. Así, pues, hemos omitido multitud de frases complementarias y hechos de poca importancia, con lo cual, sin quitar nada substancial, hemos ganado un espacio considerable, que hemos aprovechado abundantemente para las muchas mejoras introducidas. Esta poda ha tenido lugar igualmente en la bibliografía, en la cual hemos omitido las citas sistemáticas de obras manuales y gran cantidad de obras extranjeras o algo anticuadas.

Esto supuesto, hemos procurado perfeccionar y completar, en lo posible, tanto el texto como la bibliografía. Para ello hemos mantenido nuestro plan fundamental de ofrecer al público de habla española un *Manual* que reúna en síntesis el resultado de la investigación moderna en las Ciencias eclesiásticas históricas. De este modo no será necesario acudir a los manuales extranjeros, que aun en sus respectivas traducciones presentan graves deficiencias. Queremos introducir toda la técnica moderna en una obra enteramente española y que atienda particularmente a lo español y americano.

Para obtener este ideal, hemos completado la exposición en multitud de pasajes, refundido la redacción de otros y añadido

frecuentemente notas importantes o breves introducciones. La refundición ha sido completa, sobre todo, en la Edad Nueva y Moderna en los capítulos referentes a América y las Misiones, y de un modo particular en el desarrollo reciente de la Iglesia en las Repúblicas Americanas. Aun moviéndonos dentro de las estrecheces de un Manual, hemos procurado dar una síntesis de lo fundamental de cada territorio.

En la bibliografía nos hemos esforzado en introducir lo más útil de las obras recientes sobre cada una de las materias. En ella hemos mantenido el mismo sistema de abreviaturas (en lugar de siglas), conforme al uso más moderno en el campo científico. En las obras modernas alemanas, siguiendo la costumbre de los mismos alemanes, omitimos generalmente el lugar de impresión, y en las demás damos en sus iniciales las poblaciones que más frecuentemente ocurren.

En todo este trabajo de acomodar, refundir y completar el texto y la bibliografía hemos tenido presentes las indicaciones y observaciones de la crítica en las recensiones de revistas o en cartas privadas. A este propósito agradecemos sinceramente todas las observaciones que se nos han hecho y suplicamos se nos indique en adelante todo lo que se juzgue conveniente para la corrección o perfeccionamiento de nuestro *Manual*. Con él no aspiramos a otra cosa, según nos dice el Santo Padre en su carta gratulatoria, sino a que «conozcan mejor la vida y divinidad de la Iglesia y puedan así defender sus derechos; entregarse a su servicio y gozarse de sus glorias».

Finalmente, habiendo aparecido recientemente nuestro *Atlas y Cuadros sincrónicos de Historia Eclesiástica*, a él remitimos como a un instrumento utilísimo, que en sus dos partes prestará importantes servicios.

ÍNDICE DE MATERIAS

	Págs.
Introducción	
I. Concepto y método de la Historia Eclesiástica	1
II. Fuentes de la Historia Eclesiástica	3
III. Ciencias auxiliares de la Historia Eclesiástica	6
IV. Desarrollo histórico de la Historia Eclesiástica	8
V. División de la Historia Eclesiástica	12

Edad Antigua (1-681)

La Iglesia en sus primeras luchas y desarrollo

PERIODO I (1-313)

FUNDACIÓN Y PRIMERAS LUCHAS DE LA IGLESIA
HASTA SU RECONOCIMIENTO POR EL ESTADO

CAPÍTULO I

El mundo a la venida del Cristianismo	19
I. Preparación del mundo pagano	20
II. El mundo judío a la venida de Jesucristo	22

CAPÍTULO II

Fundación y obra de los Apóstoles en la Iglesia	25
I. Jesucristo como fundador de la Iglesia Católica	25
II. Comunidad cristiana de Jerusalén. Crecimiento del Cristianismo	28
III. San Pablo. Su conversión y primer viaje apostólico. Concilio de Jerusalén	32
IV. Segundo y tercer viaje apostólico de Pablo. Fin de su actividad	34
V. San Pedro y el origen de la Iglesia de Roma	37
VI. Actividad de los demás Apóstoles	40
VII. Santiago el Mayor. Diversas tradiciones españolas	42

CAPÍTULO III

Lucha de la Iglesia contra el paganismo	47
I. Extensión del Cristianismo	47
II. Causas y estorbos de la propagación del Cristianismo	50
III. Persecuciones. Diversas cuestiones preliminares	51
IV. Persecuciones anteriores a Decio	54
V. Persecuciones generales desde Decio a Diocleciano	58

	Págs.
VI. Persecuciones en España	61
VII. Lucha de la Iglesia con las armas literarias. Los apologetas...	63
CAPÍTULO IV	
La Iglesia frente a las herejías	67
I. Primeros errores y herejías	67
II. Gnosticismo: Su carácter general	69
III. Principales representantes del gnosticismo. Marción	70
IV. Lucha de la Iglesia contra el gnosticismo	73
V. El maniqueísmo	75
VI. El montanismo y el chiliasmo o milenarismo	76
VII. Adopcianismo y monarquianismo	78
CAPÍTULO V	
Ciencia y Literatura eclesiásticas	81
I. Los Padres Apostólicos	81
II. Nuevas escuelas orientales y principios de la Teología cristiana	85
III. Escritores eclesiásticos latinos	91
CAPÍTULO VI	
Disciplina eclesiástica: Jerarquía, culto, costumbres	95
I. La constitución eclesiástica: Jerarquía y formación del clero...	95
II. Unidad de la Iglesia. Primado de San Pedro y del Romano Pontífice	98
III. Culto: Bautismo, Confirmación, Matrimonio	100
IV. Eucaristía, Ágape, Arcano	103
V. Penitencia. Diversas cuestiones sobre la misma	105
VI. Fiestas, cuestión sobre la Pascua, arte cristiano	108
VII. Vida moral y social cristiana	111
PERÍODO II (313-681)	
LA IGLESIA UNIDA CON EL ESTADO EN SU ULTERIOR DESARROLLO	
CAPÍTULO I	
Actividad exterior de la Iglesia dependiente del Estado	114
I. Constantino el Grande, libertador y protector de la Iglesia ...	115
II. Los hijos de Constantino el Grande	118
III. Juliano el Apóstata y la última batalla entre el paganismo y el Cristianismo	119
IV. El Imperio después de Juliano el Apóstata	121
V. Relaciones entre la Iglesia y el Estado en el Imperio romano	125
VI. El Cristianismo fuera del Imperio romano	127
CAPÍTULO II	
El Cristianismo frente a los pueblos invasores	130
I. Idea general de las invasiones	130
II. El Cristianismo en España: Los visigodos y otros pueblos germanos	132
III. La Iglesia en Italia	135
IV. La Iglesia en las Galias	136
V. El Cristianismo en las Islas Británicas y en Alemania	139
VI. El Islam, nuevo adversario del Cristianismo	142

	Págs.
CAPÍTULO III	
El dogma y la herejía: herejías trinitarias	146
I. Idea general de las herejías de este período	146
II. Los donatistas. Desarrollo y fin de esta herejía	147
III. El arrianismo en su primera etapa. Primer Concilio ecuménico, Nicea, 325	149
IV. Crecimiento del arrianismo. Constancio	151
V. El Papa Liberio y Osio de Córdoba. Derrota definitiva del arrianismo	153
VI. Diversos cismas y errores motivados por las cuestiones arrianas	157
VII. El macedonianismo y el Concilio II ecuménico, I de Constantinopla, 381	159
CAPÍTULO IV	
Grandes herejías cristológicas	161
I. Principio de las herejías cristológicas: el apolinarismo	161
II. El nestorianismo y el Concilio III ecuménico: Éfeso, 431	163
III. El monofisitismo y el Concilio IV ecuménico, Calcedonia, 451...	167
IV. Cuestión de los tres Capítulos. V Concilio ecuménico, II de Constantinopla, 553	171
V. El monotelismo y el Concilio VI ecuménico, III de Constantinopla, 680-681	173
VI. Cuestiones origenistas en los siglos IV-VI	176
CAPÍTULO V	
Herejías soteriológicas y otras especiales	179
I. Pelagianismo, San Agustín	179
II. El semipelagianismo y la doctrina de San Agustín sobre la predestinación	183
III. El priscilianismo en España y fuera de ella	186
CAPÍTULO VI	
Ciencia y literatura eclesiásticas	188
I. Apogeo de la Teología oriental: siglos IV y V	188
II. Apogeo de la Teología occidental	196
III. Escritores eclesiásticos griegos y latinos en los siglos VI y VII	202
IV. Concilios españoles y florecimiento de la Iglesia visigótica ...	206
CAPÍTULO VII	
Desarrollo de la vida ascética y monástica	217
I. Desarrollo de la vida monástica en Oriente. Los basilianos ...	217
II. El Monacato en Occidente. La Orden benedictina	221
CAPÍTULO VIII	
Disciplina eclesiástica: Jerarquía, culto y costumbres	228
I. Los cargos eclesiásticos. El celibato	228
II. Parroquias, iglesias propias, metropolitanos y Patriarcas	230
III. El Primado de Roma	231
IV. Concilios ecuménicos. Sínodos nacionales y provinciales	232
V. El culto en general. Los sacramentos	233
VI. Fiestas cristianas. Veneración de los Santos. Arte cristiano ...	236
VII. Vida religiosa y social cristiana	241

Edad Media (681-1303)**La Iglesia a la cabeza de la civilización occidental****PERÍODO I (681-1073)****LA IGLESIA VENCE DURAS CRISIS Y ROBUSTECE SU PODER****CAPÍTULO I**

	Págs.
Afianzamiento de la Iglesia en Europa	247
I. Evangelización de Alemania: San Bonifacio	248
II. Conversión de los Sajones, Países escandinavos y Eslavos	250

CAPÍTULO II

Formación de los Estados pontificios y del Imperio occidental	255
I. Los Papas del siglo VIII y la formación lenta de los Estados pontificios	255
II. El nuevo Imperio occidental y el Estado del Papa	258

CAPÍTULO III

Crisis y resurgimiento del Papado	261
I. Los Papas del siglo IX. Decadencia del Imperio carolingio ...	261
II. El siglo X, siglo de hierro de la Iglesia	262
III. Nueva opresión del Pontificado y principio de la lucha por sus libertades	265
IV. Invasión árabe en España. La Iglesia en la península Ibérica...	266

CAPÍTULO IV

Cuestiones doctrinales. Herejías y cismas	271
I. Los iconoclastas en Oriente. Concilio VII ecuménico, Niceo II: 787	271
II. El adopcianismo y las cuestiones del Filioque	273
III. Contendidas sobre la Predestinación y la Eucaristía	275
IV. El cisma oriental. Focio y Miguel Cerulario. VIII Concilio ecuménico, IV de Constantinopla, 869	277

CAPÍTULO V

Literatura eclesiástica y vida monacal en este periodo	279
I. Literatura eclesiástica	279
II. Decadencia de la vida monástica. Su renovación por Cluny ...	284

CAPÍTULO VI

Disciplina: Jerarquía, culto y costumbres	288
I. La jerarquía eclesiástica	288
II. Administración eclesiástica: Concilios, diócesis y parroquias...	290
III. Colecciones de cánones. El falso Isidoro	291
IV. Culto: Sacramentos y sacramentales	292
V. Veneración de los santos. Santuarios y peregrinaciones	295
VI. Vida moral y religiosa del pueblo cristiano	296

PERÍODO II (1073-1303)**EL PONTIFICADO EN SU APOGEO Y HEGEMONÍA MEDIEVAL****CAPÍTULO I**

	Págs.
El Pontificado y la Cristiandad	299
I. Gregorio VII y la lucha de las investiduras (1073-1085)	300
II. Continuación y fin de la lucha sobre las investiduras (1085-1124)	304
III. Nuevas luchas del Pontificado (1124-1198)	307
IV. Inocencio III, punto culminante del prestigio del Pontificado (1198-1216)	310
V. Los Papas en lucha con Federico II (1216-1250)	313
VI. Los últimos Hohenstaufen y luchas posteriores. Concilio XIV ecuménico, II de Lyon, 1274 (1250-1294)	315
VII. El pontificado de Bonifacio VIII (1294-1303)	317
VIII. El Cristianismo en España en su lucha contra el Islam	319

CAPÍTULO II

Lucha contra el error y la herejía	325
I. Diversas sectas y herejías	325
II. Evolución de la persecución violenta de la herejía. La Inquisición medieval	327

CAPÍTULO III

Florecimiento de la Ciencia eclesiástica	331
I. Las Universidades medievales	331
II. La Escolástica y sus principales representantes	334
III. Ascética y mística	344

CAPÍTULO IV

Expansión religiosa de la Iglesia: las Cruzadas y nuevas Órdenes religiosas	349
I. Actividad misionera de la Iglesia	349
II. Las Cruzadas hasta fines del siglo XIII	351
III. Nuevas Órdenes religiosas: Cartujos, Cistercienses, Premonstratenses	354
IV. Órdenes militares	357
V. Órdenes religiosas y militares en la península Ibérica	359
VI. Órdenes mendicantes. Los Franciscanos	362
VII. Orden de los Padres Predicadores y otras Órdenes Mendicantes	366

CAPÍTULO V

Disciplina: Jerarquía, culto, costumbres cristianas	370
I. Jerarquía, Sacramentos, Culto	370
II. El arte cristiano. Desarrollo del arte románico y apogeo del gótico	374
III. Estado general religioso-social	378

Edad Nueva (1303-1648)**Decadencia del influjo pontificio y reacción religiosa de la Iglesia****PERÍODO I (1303-1517)****DECADENCIA DEL PONTIFICADO, CISMA Y CONATOS DE REFORMA****CAPÍTULO I**

Los Papas en Aviñón (1305-1378)	385
I. Clemente V. Principio de la estancia de los Papas en Aviñón...	386
II. Los Papas en Aviñón: Juan XXII y Benedicto XII	388
III. Clemente VI, Inocencio VI, Urbano V y Gregorio XI. Vuelta a Roma	390

CAPÍTULO II

Cisma de Occidente y diversos conatos de solución	394
I. Elección de Urbano VI en Roma y cisma de Occidente	394
* II. Los Concilios de Pisa y Constanza. Martín V y el Concilio XVI ecuménico	397

CAPÍTULO III

La Iglesia frente a las nuevas corrientes ideológicas	400
I. Sínodos de Basilea y de Ferrara-Florencia. Concilio XVII ecuménico	400
II. El Renacimiento y Humanismo	402
III. Las Papas del Renacimiento hasta 1517	405
IV. La Iglesia española en este período	413
V. Descubrimiento del Nuevo Mundo. Actividad misionera de la Iglesia	418

CAPÍTULO IV

Tendencias heterodoxas de este período	423
I. Intensa corriente de rebeldía	423
II. Herejías de Juan Wicklef y Juan Huss	424

CAPÍTULO V

Vida literaria y otras actividades de la Iglesia	427
I. La Escolástica en su desarrollo ulterior	427
II. Apogeo de la Mística	432
III. Decadencia y renovación de las Órdenes religiosas	436
IV. Fundación y actividad de la Inquisición española	438

CAPÍTULO VI

Culto y vida cristiana	443
I. Desarrollo del arte cristiano	443
II. Culto, sacramentos e indulgencias	447
III. Erudición e instrucción religiosa del pueblo cristiano	449

PERÍODO II (1517-1648)**LA FALSA REFORMA PROTESTANTE Y LA VERDADERA REFORMA CATÓLICA****CAPÍTULO I**

Primer desarrollo del protestantismo en los territorios alemanes	451
I. Causas que prepararon esta defección general	451
II. Desarrollo de las ideas de Lutero y su levantamiento contra la Iglesia	453
III. Discusiones, proceso y excomunión	455
IV. Primeros efectos de las ideas luteranas	457
V. Progresos del protestantismo: Espira y Augsburgo	460

CAPÍTULO II

Nuevos avances del protestantismo hasta la paz de Augsburgo (1555)	463
I. Zuinglio y las nuevas ideas en la Suiza alemana	463
II. Consecuencias y desarrollo ulterior del protestantismo	465
III. Coloquios religiosos. Guerra de Esmalcalda y paz de Augsburgo (1555)	466

CAPÍTULO III

Las innovaciones religiosas en los otros Estados europeos	470
I. Calvino y las innovaciones en Ginebra. Iglesias reformadas ...	470
II. El protestantismo en Francia	472
III. La seudorreforma en los Estados del norte y oriente europeo	473
IV. Enrique VIII y la separación de Inglaterra de la unión con Roma	475
V. Tentativas del protestantismo en Italia	477
VI. Conatos de introducción del protestantismo en España	478

CAPÍTULO IV

Principios de la reforma católica	482
I. El Concilio de Trento	482
II. Nuevas Órdenes religiosas. La Compañía de Jesús	487
III. Las demás Órdenes religiosas	492
IV. Los tres grandes Papas reformadores: Pío V, Gregorio XIII y Sixto V	496

CAPÍTULO V

Lucha entre la falsa y la verdadera reforma	501
I. Alemania desde 1555 hasta la Paz de Westfalia	501
II. Luchas religiosas en Francia. Edicto de Nantes	505
III. La Iglesia católica y el anglicanismo en Inglaterra	508
IV. Defección de los Países Bajos	511
V. España, paladín de la verdadera reforma católica	513
VI. La Inquisición española y su ulterior actividad	519

CAPÍTULO VI

Iglesias disidentes. Lucha contra el error	523
I. Controversias entre las Iglesias luteranas y reformadas	523
II. Las Iglesias cismáticas orientales en este período	526
III. Lucha contra el bayanismo	528

CAPÍTULO VII

Nuevas conquistas católicas: las misiones	Págs. 530
I. La obra de las misiones en general	530
II. Misiones en América	533
III. Misiones en el África	539
IV. Misiones del Asia y Oceanía	541

CAPÍTULO VIII

Las Ciencias y las Artes	Págs. 546
I. Rejuvenecimiento de la Teología católica	546
II. Otros estudios eclesiásticos	551
III. Apogeo de la literatura ascética y mística	556
IV. Las artes al servicio de la Iglesia católica	561

Edad Moderna (1648-1950)**Absolutismo de los príncipes y des cristianización
de la sociedad****PERIODO I (1648-1789)****ABSOLUTISMO DE PARTE DE LOS PRÍNCIPES**

CAPÍTULO I

Actividad general del Pontificado y sus primeras luchas	Págs. 571
I. Principales representantes del Papado	571
II. Francia en el apogeo de su absolutismo con Luis XIV. El galicanismo	575
III. El jansenismo y su obstinada lucha contra la ortodoxia	578
IV. El quietismo de Molinos y de madame Guyon	582

CAPÍTULO II

Nuevos errores y tendencias antipontificias	Págs. 584
I. Primeras manifestaciones	584
II. El emperador José II: Josefinismo	586

CAPÍTULO III

Los librepensadores y la falsa ilustración	Págs. 589
I. Deísmo, filosofismo y falsa ilustración	589
II. Guerra del enciclopedismo contra la Compañía de Jesús. Su extinción	592
III. La Iglesia en España en los siglos XVII y XVIII	596

CAPÍTULO IV

Actividad misionera de la Iglesia Católica	Págs. 600
I. Las Misiones en América	600
II. Misiones del Próximo Oriente y África	607
III. Misiones del Asia y Oceanía	609

CAPÍTULO V

Las ciencias eclesiásticas	Págs. 614
-----------------------------------------	---------------------

CAPÍTULO VI

Diversas manifestaciones de la vida religiosa	Págs. 620
I. Nuevas Órdenes y Congregaciones religiosas	620
II. Vida cristiana. El arte cristiano	622

PERIODO II (1789-1950)**DESCRISTIANIZACIÓN CRECIENTE DE LA SOCIEDAD**

CAPÍTULO I

La Iglesia católica frente a los embates de la Revolución	Págs. 626
I. La Iglesia durante la Revolución francesa	627
II. Pío VII y Napoleón Bonaparte	630

CAPÍTULO II

Resurgimiento general de la Iglesia	Págs. 634
I. Restauración de la Iglesia católica en Francia	634
II. Renovación del catolicismo en los territorios germanos	637
III. El catolicismo en los demás países de Europa	640
IV. La Iglesia católica en la península Ibérica	643

CAPÍTULO III

Luchas de la Iglesia hasta fines del siglo XIX	Págs. 649
I. Pío IX y sus luchas contra la Revolución. El estado de la Iglesia	649
II. El Concilio Vaticano (1869-1870)	652
III. Pontificado de León XIII (1878-1903)	655

CAPÍTULO IV

Ascendente del Pontificado en el siglo XX	Págs. 658
I. Pío X y su actividad eclesiástica (1903-1914)	658
II. Benedicto XV y la guerra europea	660
III. Pío XI. Prestigio moral del Pontificado	662

CAPÍTULO V

El Catolicismo en los diferentes Estados europeos	Págs. 665
I. La Iglesia Católica en Francia	665
II. El Catolicismo en Alemania	668
III. El Catolicismo en las otras naciones europeas	671
IV. La Iglesia Católica en España	677

CAPÍTULO VI

La Iglesia Católica en el Nuevo Mundo	Págs. 684
I. Independencia y sus relaciones con la Iglesia	684
II. Repúblicas Sudamericanas	688
III. América Central, las Antillas y Méjico	695
IV. América del Norte	699

CAPÍTULO VII

	Págs.
Nuevo esplendor de las Misiones católicas	703
I. Características de la obra misional contemporánea	703
II. Misiones en África	706
III. Misiones del Asia	709
IV. Misiones de Oceanía	712
V. Misiones del Próximo Oriente	714

CAPÍTULO VIII

Errores, herejías y cisma oriental	716
I. Diversos errores del siglo XIX y defensa de la Iglesia	716
II. El protestantismo y sus sectas	720
III. Las Iglesias cismáticas orientales	724

CAPÍTULO IX

Rejuvenecimiento de las ciencias eclesiásticas	726
I. Estudios filosóficos, teológicos y apologeticos	726
II. Estudios exegeticos, morales e históricos	730

CAPÍTULO X

Nuevo esplendor de la vida religiosa, culto y costumbres	734
I. Ordenes y Congregaciones religiosas	734
II. El arte, el culto y la vida cristiana	737

CAPÍTULO XI

Pío XII, Pontífice reinante	741
I. El Papa y la guerra mundial	741
II. Gobierno eclesiástico y actividad doctrinal	744
III. Pío XII, Papa internacional y católico	752

APÉNDICES

1. Serie completa de los Romanos Pontífices y resumen cronológico de algunos hechos más importantes de la Historia	757
2. Emperadores romanos y orientales	770
3. Imperio de Occidente	771
4. Reyes de España	772
ÍNDICE ALFABÉTICO	775

Nota. Por error de imprenta, en los folios de las páginas 514 a 564, se ha puesto Edad Moderna en lugar de Edad Nueva, como corresponde.

Abreviaturas principales

AAS. = Acta Apostolicae Sedis.
 Act. SS. = Acta Sanctorum Bollandiana.
 Anal. Boll. = Analecta Bollandiana.
 Anal. Greg. = Analecta Gregoriana.
 Angel. = Angelicum.
 An. S. Tarr. = Analecta Sacra Tarraconensia.
 Anton. = Antonianum.
 Arch. Ag. = Archivo Agustini.
 Arch. Franc. Hist. = Archivum Franciscanum Historicum.
 Arch. Hist. Doctr. Litt. M. A. = Archives d'Histoire doctrinale et littéraire du Moyen Âge.
 Arch. Kath. KR. = Archiv für katholisches Kirchenrecht.
 Arch. Lit. Kg. MA. = Archiv für Literatur und Kirchengeschichte des Mittelalters.
 ASS. = Acta Sanctae Sedis.
 B. = Barcelona.
 Beitr. Phil. Th. MA. = Beiträge zur Geschichte der Philosophie und Theologie des Mittelalters.
 Bibl. = Biblica.
 Bibl. Stud. = Biblische Studien.
 Bibl. Z. = Biblische Zeitschrift.
 Bol. Ac. Hist. = Boletín de la Real Academia de la Historia.
 Br. Stud. hist. Th. = Breslauer Studien zur historischen Theologie.
 Bull. Litt. Arch. = Bulletin d'ancienne Littérature et Archéologie chrétienne.
 Bull. Litt. Eccl. = Bulletin de Littérature ecclésiastique.
 Bull. Thom. = Bulletin Thomiste.
 Cienc. Tom. = Ciencia Tomista.
 Ciud. D. = La Ciudad de Dios.
 Civ. Catt. = La Civiltà Cattolica.
 Corp. Cath. = Corpus Catholicorum.
 Corp. Scr. Eccl. Lat. = Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum latinorum.
 D. = Denzinger, Enchiridion symbolorum.
 Dict. Apol. = Dictionnaire Apologetique de la foi catholique.
 Dict. Arch. = Dictionnaire d'Archéologie et de Liturgie.
 Dict. Géogr. Hist. = Dictionnaire de Géographie et d'Histoire Ecclésiastique.
 Dict. Th. Cath. = Dictionnaire de Théologie Catholique.
 Div. Thom. (Fr.) = Divus Thomas (Friburgo).
 Éch. d'Or. = Échos d'Orient.
 Ephem. Lit. = Ephemerides Liturgicae.
 Eph. Th. Lov. = Ephemerides Theologicae Lovanienses.
 Estud. Eccl. = Estudios Eclesiásticos.
 Esp. Sagr. = España Sagrada (Flórez).
 Ét. = Études.
 Ét. Franc. = Études Franciscaines.
 Forsch. Chr. Lit. Dogm. = Forschungen zur christlichen Literatur und Dogmengeschichte.
 Flor. Patr. = Florilegium Patristicum (Rauschen).
 Greg. = Gregorianum.
 Gr. Chr. Schr. = Die griechischen christlichen Schriftsteller.
 Hdb. kl. Alt. = Handbuch der klassischen Altertumswissenschaft.
 Hisp. S. = Hispania Sacra.
 Hist. Jb. = Historisches Jahrbuch der Görresgesellschaft.
 Hist. Pol. Bl. = Historisch-politische Blätter.
 J. Th. Stud. = The Journal of Theological Studies.

- Kath.* = Der Katholik.
Kg. Abhl. = Kirchengeschichtliche Abhandlungen (Funk).
Kirchenl. = Kirchenlexikon.
Lex. Th. K. = Lexikon für Theologie und Kirche.
L. = Londres.
M. = Madrid.
Mon. Germ. Hist. = Monumenta Germaniae Historica.
Mon. Hist. S. J. = Monumenta Historica Societatis Jesu.
Münch. St. = Münchener Studien zur historischen Theologie.
Neut. Abhl. = Neutestamentliche Abhandlungen.
Nouv. Rev. Th. = Nouvelle Revue Théologique.
Or. Chr. = Oriens Christianus.
Or. Chr. An. = Orientalia Christiana Analecta.
Or. Chr. Per. = Orientalia Christiana Periodica.
O. = Oxford.
P. = París.
Puly-Wiss. = Pauly-Wissowa, Realenzyklopädie der klassischen Altertumswissenschaft.
Ph. Jb. = Philosophisches Jahrbuch der Görresgesellschaft.
PL, o bien *ML*. = Migne, Patrologia latina.
PG, o bien *MG*. = Migne, Patrologia graeca.
Raz. Fe. = Razón y Fe.
Realenz. Pr. Th. = Realenzyklopädie für protestantische Theologie.
Rech. Sc. Rel. = Recherches de Science Religieuse.
Rel. Cult. = Religión y Cultura.
Res. Ecl. = Reseña Eclesiástica.
Rev. Apol. = Revue Apologétique (Nouvelle R...).
Rev. Arch. Bibl. = Revistas de Archivos y Bibliotecas.
Rev. Asc. Myst. = Revue d'Ascétique et de Mystique.
Rev. Bén. = Revue Bénédictine.
Rev. Bibl. = Revue Biblique.
Riv. Fil. Neoscol. = Rivista di Filosofia Neoscolastica.
Rev. Hist. = Revue Historique.
Rev. Hist. Ecll. = Revue d'Histoire Ecclésiastique.
Rev. Néo-scol. Ph. = Revue Néo-scolastique de Philosophie.
Rev. Mab. = Revue Mabillon.
Rev. Mét. Mor. = Revue de Métaphysique et de Morale.
Rev. Ph. = Revue de Philosophie.
Rev. Q. Hist. = Revue des Questions Historiques.
Rev. Sc. Ph. Th. = Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques.
Rev. Sc. Rel. = Revue des Sciences Religieuses.
Rev. Thom. = Revue Thomiste.
R. = Roma.
Röm. Qschr. = Römische Quartalschrift.
Schol. = Scholastik.
Span. Forsch. = Spanische Forschungen der Görresgesellschaft.
Spic. Lov. = Spicilegium Sacrum Lovaniense.
St. Mar. La. = Stimmen aus Maria Laach.
Stimm. Zeit. = Stimmen der Zeit.
Studi T. = Studi e Testi (Mercati).
Texte Unt. = Texte und Untersuchungen (Harnack).
Texts. St. = Texts and Studies (Robinson).
Th. Qschr. = Theologische Quartalschrift (Tubinga).
Th. Rev. = Theologische Revue.
Th. Stud. Krit. = Theologische Studien und Kritiken.
Univ. = Universidad.
Verb. Dom. = Verbum Domini.
Verd. Vid. = Verdad y Vida.
Vorref. Forsch. = Vorreformationengeschichtliche Forschungen.
Z. A. M. = Zeitschrift für Ascese und Mystik.
Z. Kath. Th. = Zeitschrift für katholische Theologie.
Z. KG. = Zeitschrift für Kirchengeschichte.
Z. Nt. Wiss. = Zeitschrift für Neutestamentliche Wissenschaft.

Bibliografía general

1. Historias generales

- BALLESTEROS GAIBROIS, M., Historia de la cultura. M. 1945.
 BENZIGERS illustrierte Weltgeschichte. 3 ed. 3 vols. Einsiedeln 1949.
 BOULENGER, A., Histoire générale de l'Eglise. 6 vols. publicados. P. 1931-1936.
 ID., Historia de la Iglesia, completada con la historia eclesiástica de España y América, por A. GARCÍA DE LA FUENTE. 2 ed. B. 1947.
 BUONAIUTI, Storia del cristianesimo. 2 vols. Milán 1943-1944.
 CASTILLO, A. DEL, etc. Historia general. I. Tiempos antiguos, por S. Esprifú y E. BAGUÉS. II. Tiempos medios, por A. DEL CASTILLO. III. Tiempos modernos, por J. VICENS VIVES. B. 1943.
 CHARKE, C. P. S., A short history of the christian Church. L. 1948.
 DENZINGER-UMBERG, Enchiridion Symbolorum... 26 ed. Frib. de Br. 1947.
 Enciclopedia Ecclesiastica, publicada sotto la dir. di S. E. Mons. A. BERNABEGGI, Segret. di dir., Mons. A. MFLI. R. 1949 s. 4 vols. publicados.
 FERRANDIS TORRES, M., Historia general de la cultura. 2 ed. Valladolid 1941.
 FINKE etc. Geschichte der führenden Völker, por H. Finke, H. Junker, etc. 1931 s.
 FLICHE-MARTIN, Histoire de l'Eglise depuis les origines jusqu'à nos jours. En colaboración. Publicados: vols. I-IX, XX. P. 1934-1949.
 FUNK-BEHLMEYER, Kirchengeschichte. 3 vols. 10 ed. 1948.
 GAMS, P. B., Kirchengeschichte von Spanien. 3 vols. 1879 s.
 GLOTZ, etc., Histoire générale publiée sous la direction de Gustave Glotz. P. 1931. s.
 HALPHEN etc., Peuples et civilisations. Histoire générale publiée sous la direction de Louis Halphen et Philippe Sagnac. P. 1935 s.
 HERRERO, M. A., Historia de la civilización. Bosquejo de la historia del mundo. B. 1942.
 HUGHES, PH., A history of the Church. 2 vols. 2 ed. L. 1948.
 JACQUIN, A. M., Histoire de l'Eglise. 3 vols. Brujas y P. 1928-1948.
 JALLAND, T. G., The Church and the Papacy. A historical study. L. 1944.
 KIRSCH-HERGENRÖTHER, Kirchengeschichte. Nueva ed. enteramente refundida por diversos autores. I., por P. KIRSCH, 1930. II. 2, por J. HOLLSTEINER, 1940. III. 2., por K. EDER, 1949. IV. 1 y 2, por L. A. VEIT, 1931-1933.
 KNÖPFELER, L., Lehrbuch der Kirchengeschichte. 6 ed. 1920.
 KRÜGER, G., etc., Handbuch der Kirchengeschichte. 4 vols. 2 ed. 1923-1931.
 LA FUENTE, V., Historia eclesiástica de España. 2 ed. 6 vols. M. 1873-1875.
 LORTZ, Kirchengeschichte in ideengeschichtlicher Darstellung. Nueva ed. 1948.
 LLORCA, B., Atlas y Cuadros sincrónicos de historia eclesiástica. B. 1950.
 ID., Historia de la Iglesia Católica, en sus cuatro grandes edades. Vol. I, por B. LLORCA. M. 1950.
 MARK-RUIZ AMADO, Compendio de historia de la Iglesia. Nueva ed. con un apéndice. B. 1946.
 MOSCONI, N., Storia del cristianesimo. Cremona 1945.
 MOURRET, F., Historia general de la Iglesia. Trad. y anotada por BERNARDO DE ECHALAR, O. M. C. 9 vols. B-M. 1918-1927.
 MUSSET, H., Histoire du Christianisme, spécialement en Orient. 3 vols. Harissa (Libano) 1948-1949.
 OLMEDO, D., Manual de Historia de la Iglesia. 2 vols. publicados. México D. F. 1946-1948.
 PIJOÁN, J., Breviario de la historia del mundo y de la humanidad, 2 vols. B. 1948.

- PIRENNE, J., Les grands courants de l'Histoire universelle. 3 vols. Bruselas 1944-1948.
 PLINVAL-PITTET, Histoire illustrée de l'Eglise. 2 vols. P. 1946-1948.
 POULET, CH., Histoire du Christianisme. Publicados 3 vols., fascículos 27. P. 1931-1947.
 id., Initiation à l'histoire ecclés. 2 vols. P. 1946.
 SABA, A., Storia della Chiesa. 4 vols. Turin 1938-1943.
 SANCHIS SIVERA, J., Compendio de historia eclesiástica general. 2 vols. Valencia 1934.
 TODESCO L., Storia della Chiesa. 4 ed. revisada por I. DANIELF. 5 vol. Turin 1947-1948.
 VICENS VIVES, I., Mil figuras de la Historia. 2 vols. B. 1944.
 VILLADA, Z. G., Historia eclesiástica de España. 3 vols. en 5 partes (incompleta). M. 1929-1936.

2. Historia de los Papas

- ARAGONÉS VIRGILI, M., Historia del Pontificado. 3 vols. B. 1945.
 CASPAR, F., Geschichte des Papstums. 2 vols. 1930-1934.
 GRISAR, H., Geschichte Roms und der Päpste im Mittelalter. I. 1901.
 MANN, The lives of the Popes in the early middle-ages. I s. L. 1902 s.
 PASTOR, L. VON., Geschichte der Päpste seit dem Ausgang des Mittelalters. 16 vols. en 22 t. 1-7 ed. últ. vol. 1933. Trad. castell. 22 vols. Los vols. 35-37 corresponden al 16, 1 y 2. Ult. vol. B. 1941.
 SABA-CASTIGLIONI, Historia de los Papas. Trad. castell. 2 vols. B. 1948.
 SEPPELT-LÖFFLER, Papstgeschichte von den Anfängen bis zur Gegenwart. 1933.

3. Historia de los concilios y de los dogmas

- HARNACK, A., Dogmengeschichte. 3 vols. 4 ed. 1909.
 HEFELF, C. I., Konziliengeschichte. 7 vols., 2 ed. revisada por Hefele, Knöpfler y Hergenröther, 9 vols. 1873. s.
 HEFELF-LECLERCQ, Histoire des Conciles. Trad. francesa notablemente enriquecida. 8 vols. en 16 t. P. 1907 s. Vol. IX, 1 y 2, por P. RICHARD, P. 1930. vol. X, 1, por A. MICHEL, P. 1938.
 LEBRETON, I., Histoire du dogme de la Trinité des origines au Concile de Nicée. 2 vols. P. 1927.
 SCHVANE, Dogmengeschichte der vornizänischen Zeit. 2 ed. 1892.
 TIXERONT, I., Histoire des dogmes. 3 vols. 11 ed. P. 1930.

4. Patrología o historia literaria de la Iglesia

- ALTANER-CUEVAS, Patrología. Trad. española, con complm. español. M. 1945.
 BARDENHEWER, O., Geschichte der altchristlichen Literatur, 2 ed. 5 vols. 1902-1922.
 CAYRÉ, F., Précis de patrologie et d'histoire de la théologie. 3 vols. 2 ed. P. 1931 s.
 CEILLER, R., Histoire générale des auteurs sacrés et ecclésiastiques. 23 vols. P. 1739. s.
 GHELLINCK, I. DE, Patristique et Moyen Âge. 3 vols. Bruselas 1945-1948.
 HARNACK, A., Geschichte der altchristlichen Literatur bis Eusebius. 3 vols. 1928 s.
 LABRIOLLE, P., Histoire de la littérature latine chrét. 2 ed. P. 1924.
 MORICCA, U., Storia della letteratura latina cristiana. 3 vols. (5 t.) Turin 1925 s.
 PUECH, A., Histoire de la littérature grecque chrét. 3 vols. P. 1928 s.
 TIERONT, I., Patrologie. 9 ed. P. 1927.

5. Historia del Monacato y de las Órdenes religiosos

- AZNAR, S., Órdenes monásticas, Institutos misioneros. M. 1913.
 BALTASAR, H. U. VON, etc., Die grossen Ordens-regeln. Einsiedeln 1948.
 BUITRAGO y HERNÁNDEZ, Las Órdenes religiosos y los religiosos. M. 1902.
 HEIMBUCHER, M., Die Orden und Kongregationen der katholischen Kirche. 3 ed. 2 vols. 1933-1934.
 HELYOT, Histoire des Ordres monastiques et militaires. 8 vols. P. 1714 s.
 HENRION, Histoire des Ordres religieux. 8 vols. P. 1835.
 MAIRE, E., Histoire des Instituts religieux et missionnaires. P. 1930.
 MONTALEMBERT, Les moines d'Occident. 8 vols. P. 1860.

6. Historia de las Misiones

- DESCAMPS, etc., Histoire comparée des missions. P. 1932.
 HENRION, Histoire des Missions catholiques. 2 vols. P. 1847.
 Pío MARÍA DE MONDREGANES, Bibliografía Gen. Misionología, Manual de misionología. 2 ed. M. 1942.
 MONTALBÁN, F. I., Manual de historia de las Misiones. Pamplona 1938.
 SCHMIDLIN, I., Katholische Missionsgeschichte. 1925.

7. Historia de las Religiones

- ANWANDER, A., Die Religionen der Menschheit. 2 ed. Frib. de Br. 1949.
 BARDY, G., Les Religions non-chrétiennes. En Verbum Dei, n. 7. P. 1949.
 GARCE, M., MORTIER, R., Histoire générale des religions. P. 1945.
 HUBY, I., Christus. Manuel d'histoire des religions. P. 1916. Trad. castellana B. 1925.
 PINARD DE LA BOULAYE, H., El estudio comparado de las religiones. Trad. cast. 2 vols. M. 1945.
 TACCHI-VENTURI, Historia de las religiones. Trad. castell. 3 vols. B. 1947.
 TURCHI, Le religioni del mondo. R. 1946.

Introducción

I. Concepto y método de la Historia Eclesiástica ¹⁾

1. a) **Concepto de la Historia Eclesiástica.** La Iglesia católica es la sociedad fundada por Jesucristo, Redentor del humano linaje, para que éste pudiera encontrar más fácilmente su salvación. Esta sociedad tiene un carácter *religioso*, sobre todo por el fin que se propone, que es la santificación de los hombres, y por los medios que para ello emplea, que son la *enseñanza de las verdades reveladas y el uso de los sacramentos y otros medios de santificación instituidos por Cristo*.

Por su fundador, es una sociedad *divina*; mas atendiendo a los elementos que la constituyen, es asimismo *humana*. Según su elemento divino, es inmutable; mas por razón del elemento humano que la integra, está sujeta a cambios continuos, ya en su evolución interna, ya en su desarrollo exterior.

La palabra *Iglesia* se deriva de *Ecclesia*, y ésta a su vez proviene del griego *ἐκκαλεῖν*, que significa evocar, y más particularmente del sustantivo *ἐκκλησία*, reunión o multitud. En el Nuevo Testamento se usó desde un principio como equivalente de asamblea, y luego asimismo en el sentido de comunidad particular de fieles o reunión de todas las Iglesias particulares.

La *Historia Eclesiástica*, pues, es la disciplina teológico-histórica que tiene por objeto la narración de la evolución externa e interna de esta sociedad, fundada por Jesucristo. Por tanto,

¹⁾ BENIGNI, U., *Historia ecclesiastica propaedeutica. Introductio ad hist. eccles. scientiam*. 2.ª ed. R. 1905. BERNHEIM, E., *Lehrbuch der historischen Methode und der Geschichtswiss.* 2.ª ed. 1913. FEDER, A., *Lehrbuch der geschichtlichen Methode*. 3.ª ed. 1924. VILLADA, Z. G., *Metodología y crítica históricas*. 2.ª ed. B. 1921. SÁNCHEZ TRINCADO, J. L., *Didáctica general y Metodología*. M. 1935. FONCK, L., *Wissenschaftliches Arbeiten*. 3.ª ed. Innsbruck 1926. GHELLINCK, J. DE, *Les exercices pratiques du «seminaire» en Théologie*. 4.ª ed. P. 1949. NORMAS DE TRANSCRIPCIÓN y edición de textos y de documentos. M. 1944. BAUER, W., *Introducción al estudio de la historia*. B. 1944. POULET, CH., *L'Initiation à l'histoire ecclésiastique*. P. 1944. SÁNCHEZ ALONSO, B., *Historia de la historiografía española*. M. 1944.

deberá comprender: en primer lugar, su *evolución exterior*, es decir, su expansión en el tiempo y en el espacio, desde la predicación de los Apóstoles hasta nuestros días; las dificultades que ha tenido que atravesar en sus relaciones con el Estado y las persecuciones por él sufridas; y en contraposición a todo esto, el apoyo que ha recibido de parte de los poderes seculares, sus triunfos y sus glorias.

En segundo lugar, la Historia Eclesiástica debe abarcar el *desarrollo interno* de la Iglesia, la llamada *historia interna*, a la que se debe atribuir gran importancia por el carácter religiosoteológico de esta sociedad, y que comprende múltiples aspectos.

1. Ante todo su *organización* como sociedad *jerárquica*, esto es, la *constitución* que la rige desde un principio.

2. En relación íntima con esto está el *culto* o *liturgia* empleada por la Iglesia, a lo que se refiere la llamada *disciplina de los Sacramentos*, y el desarrollo del arte religioso cristiano en todas sus manifestaciones.

3. Complemento del culto y disciplina es la *historia doctrinal* o la evolución de la doctrina enseñada por los Apóstoles, a través del magisterio de los Romanos Pontífices, de los Concilios ecuménicos, de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia. A esto se junta la exposición de los errores y herejías, que han ido surgiendo en el seno de la Iglesia, dando ocasión a las definiciones dogmáticas y a ulteriores declaraciones doctrinales.

4. En último término, la historia detallada de la Iglesia abarca una serie de puntos de gran interés, como: la vida religiosa y moral; la fundación y desarrollo del Monacato y de las Órdenes religiosas; la vida cultural con sus diversas manifestaciones; la vida y doctrina social del Cristianismo.

2. b) Método de la Historia Eclesiástica. Para realizar digna y provechosamente este objeto, debe seguirse el método científico propio de toda historia, digna de este nombre. Por tanto, deben observarse los principios de una sana crítica, sobre todo el de la veracidad y fidelidad en la exposición de los hechos, conforme a la sentencia de Cicerón²⁾, citada por León XIII: «Illud imprimis scribentium obversetur animo, primam esse historiae legem, ne quid falsi dicere audeant, ne quid veri non audeant; ne qua suspicio gratiae sit in scribendo, ne qua simultatis»³⁾.

Así, pues, la exposición deberá reunir estas tres cualidades:

1. Deberá ser *crítica*, es decir, que presente los hechos claramente y conforme al examen concienzudo de las fuentes, según la crítica externa e interna de las mismas.

²⁾ De orat., 2, 15.

³⁾ De Studiis histor. ASS, 16 (1883) 54.

2. *Imparcial y objetiva*, que no se deje dominar de prejuicio alguno, sino únicamente del deseo de la verdad. Sin embargo, no hay que llegar a la exageración, que pretenden algunos críticos modernos, como si el historiador debiera prescindir absolutamente de todo, incluso de las creencias religiosas.

3. En tercer lugar deberá tender a una *exposición genética y pragmática* de los hechos, es decir, a su evolución íntima y relaciones mutuas, y a los fines de los personajes que intervienen. Con esto se evitará la narración seca de los hechos aislados y sin conexión y se obtendrá, no sólo dar más vida a la Historia, sino hacer comprensibles muchos hechos que de otra manera no lo son.

Debe distinguirse bien la Historia Eclesiástica de la *Historia de las Religiones*, muy en boga en nuestros días, que tiene por objeto el estudio del culto divino tal como aparece en los diversos pueblos. Mas como generalmente se establece comparación entre la idea divina y los elementos primitivos religiosos de los diversos pueblos, suele denominarse también a esta disciplina *Historia comparada de las Religiones*. Ahora bien, en el marco general del estudio de las Religiones ocupa un lugar de preferencia la religión cristiana, por lo cual se le debe atribuir gran importancia.

II. Fuentes de la Historia Eclesiástica

3. El trabajo principal del historiador eclesiástico debe ser, según lo indicado, examinar y reproducir fielmente las fuentes que nos ha transmitido la Historia de la Iglesia. Como *fuentes*, se designan todos aquellos escritos o monumentos de la Antigüedad que sirven para dar testimonio de los hechos y de su evolución. Su valor es tanto mayor cuanto más próximos están a los acontecimientos y cuantas más garantías ofrecen de objetividad.

a) Bibliografías generales y nacionales. Para facilitar el conocimiento de las fuentes, existe una serie de obras de consulta, que conviene conocer. Así, en primer lugar, deben conocerse los repertorios o bibliografías de carácter general o nacional, que sirven para orientar rápidamente en cualquier asunto histórico, con la indicación de las obras impresas y los manuscritos conocidos sobre él.

1. LANGLOIS, CH. V., Manuel de bibliographie historique. 2 partes. 2.^a ed. P. 1901-1904. SCHNEIDER, G., Handbuch der Bibliographie. 4.^a ed. 1930. POTTEAST, A., Bibliotheca historica Medii Aevi. 2 vols. 2.^a ed. 1896. CHEVALIER, U., Répertoire des sources historiques du Moyen-âge: I. Bio-bibliographie. 2.^a ed. P. 1905. II. Topo-bibliographie. Montbéliard 1889-1903.
2. DAHLMANN-WAITZ, Quellenkunde der deutschen Geschichte. 9.^a ed. 1931. MONOD, G., Bibliographie de l'histoire de France. P. 1888. PIRENNE, H., Bibliographie de l'histoire de Belgique. 2.^a ed. Gante 1902. GARDINER, S. R., y J. B. MULLINGER, Introduction to the study of English history. 3.^a ed. L. 1894. ARANHA, B., Bibliographie des ouvrages portugais... 1900. NICOLÁS ANTONIO, Biblioteca Hispana vetus. 2 vols. M. 1788. Id., Bibliotheca Hispana nova. 2 vols. M. 1783-1788. HIDALGO, D., Diccionario general de bibliografía española. M. 1860-1868. BALLESTER y CASTELL, R., Las

fuentes narrativas de la historia de España durante la Edad Media. Palma de M. 1908. SÁNCHEZ ALONSO, B., Fuentes de la historia española. 2.ª ed. M. 1927. PAZ, R., Índice de revistas y publicaciones de carácter histórico desde 1901 a 1941. M. 1942. DUQUE DE ALBA, etc., Documentos inéditos para la historia de España. 2 vol. M. 1942. PAZ ESPESO, J., Archivo general de Simancas. Catálogo II. M. 1942.

4. b) **Colección de documentos.** Más importante todavía es el conocimiento de las colecciones publicadas, de fuentes para la Historia Eclesiástica. He aquí las principales:

1. **Documentos pontificios.** PERTZ-RODENBERG, *Epistolae Rom. Pont. saeculi XIII.* 3 vols. 1887-1894. «*Bullarium Romanum*», ed. Taurinensis, cura A. TOMASSETTI. 24 vols. 1857-1872. Continuación desde Bened. XIV hasta Pío VIII. Prato 1843-1867. Otra contin. desde Clemente XIII hasta Gregorio XVI, por A. BARBERI... 19 vols. R. 1835-1857. JAFFÉ, PH., *Regesta Pontificum Romanorum ab condita Ecclesia ad a. 1198.* Ed. 2.ª cura F. KALTENBRUNNER, P. EWALD, S. Löwenfeld. 2 vols. 1881-1888. POTTHAST, E., *Regesta...* Contin. de JAFFÉ, desde 1198 a 1304. 2 vols. 1872-1875. KEHR, P., *Regesta...*: Italia Pontificia. 7 vols. publicados. 1907-1925. Germania Pontificia, por A. BRACKMANN. 2 vols. 1910-1923. Vorarbeiten... zur Hispania Pontificia, por P. KEHR. 2 vols. Cataluña, 1926, 1 vol. Navarra y Aragón, 1928. Los «Registros» de los Papas de los siglos XIII y XIV se publican por la École française de Roma. P. 1884 s.

2. **Concilios.** LABBE, PH., y G. COSSART, *Sacrosancta Concilia.* 17 fol. P. 1674. E. COLETTI, 23 vols. Venecia 1728. HARDUINUS, J., *Acta Conciliorum et epistolae decretales ac constitutiones Summorum Pontificum.* 12 fol. (-1714). P. 1715. MANSI, J. D., *Sacrorum Conciliorum nova et amplissima collectio.* 31 fol. (-1439). Florencia y Venecia 1759-1798. Nueva ed. y contin. por H. Welter, H. B. Martin y L. Petit, 53 vols. P. 1901 s. SCHWARTZ, ED., *Acta Conciliorum oecumenicorum* (431-879). 1914 s. «*Collectio Lacensis*», *Acta et decreta s. conciliorum recentiorum* 7 vols. (1682-1870). 1870-1890. «*Concilium Tridentinum*», ed. de la Sociedad Goerresiana, en public. 1901 s. LOAISIA, *Collectio Conciliorum Hispaniae.* 1593. AGUIRRE, *Collectio maxima Concil. omnium Hispaniae.* 7 fol. R. 1753. *Canones Teódo-*

3. **Colecciones patrísticas.** MIGNE, *Patrologiae cursus completus*: 1. «*Patrologia latina*», 221 vols., hasta Inocencio III. P. 1844 s. 2. «*Patrologia graeca*», 161 vols., hasta el siglo XV. P. 1857 s. 3. «*Patrologia graeca latina*», 85 vols. MAI, A., *Scriptorum veterum nova collectio.* 10 vols. R. 1825-1838. Id., *Spicilegium Romanum*, 10 vols. R. 1839-1844. MAI-COZZA-LUZZI, SS. *Patrum bibliotheca.* 10 vols. R. 1852-1905. PITRA, J. B. *Spicilegium Solesmense.* 4 vols. P. 1852-1858. «*Corpus Scriptorum ecclesiasticorum latinorum Academiae litterarum Caesareae*». Viena. 1866 s. En public. «*Die Griechischen Christlichen Schriftsteller der ersten drei Jahrhunderte...*» 1897 s. En public. GRAFFIN, R., *Patrologia Syriaca.* P. 1894 s. GRAFFIN, R. y F. Nau, *Patrologia orientalis.* P. 1903 s. CHABOT, J. B., I. GUIDI y H. HYVERNAT... *Corpus scriptorum christianorum orientalium...* P. 1903 s. HURTER, H., SS. *Patrum opuscula selecta.* I, 48 vols. Innsbruck 1868. II. 6 vols. Innsbruck 1884 s. RAUSCHEN, etc., *Florilegium Patristicum.* 1904 s. «*Texte und Untersuchungen*» y otras publicaciones similares, como «*Texts and Studies*», «*Studi e Testi*». «*Collectio Sanctorum Patrum Ecclesiae Tolitanae*». 3 fol. M. 1772.

4. **Legislación.** FRIEDBERG, E., *Corpus Iuris Canonici.* 2 vols. 1876-1881. «*Codex Iuris Canonici*», Pii X iussu digestus, Benedicti XV auctoritate promulgatus. R. 1917. GASPARRI, P. CARD., *Codicis Iuris Canonici fontes.* 7 vols. R. 1923-1939. MERCATI, A., *Raccolta di concordati in materie ecclesiastiche tra la Santa Sede e le autorità civili* (1801-1914). MOMMSEN, KRÜGER, SCHÖLL, *Corpus Iuris Civilis.* 3 vols. 3-8 ed. 1904 s. MÜLLER, J. TH., *Die symbolischen Bücher der evangelisch-lutherischen Kirche.* 10.ª ed. 1907. CAVALLERA, F., *Thesaurus doctrinae catholicae ex documentis magisterii ecclesiastici ordine methodico dispositus.* P. 1920. DENZINGER-UMBERG., *Enchiridion symbolorum et definitionum.* 17 ed. 1928. FABRICIUS, C., *Corpus Confessionum.* Die Bekenntnisse der Christenheit. 1928 s.

5. **Liturgias.** DREVES, G. M., CL. BLUME, *Analecta hymnica medii aevi.* 55 vols. 1886 s. CHEVALIER, U., *Repertorium hymnologicum.* 6 vols. Bruselas 1892-1920. ASSEMANI, J. B., *Codex liturgicus ecclesiae universae.* 13 vols. R. 1749-1766. Reproducción P. 1922 s. LIETZMANN, H., *Das Sacramentarium Gregorianum nach dem Aachener Urexemplar.* 1921. MOHLBERG-BAUMSTARK, *Die älteste erreichbare Gestalt des Liber Sacramentorum anni circuli der röm. Kirche.* 1927. FÉROTIN, M., *Le liber mozarabicus Sacramentorum et les manuscrits mozarabes.* P. 1912.

6. **Antigüedades.** BOSIO, Roma sotterranea. R. 1632. ROSSI, J. B. DE, La Roma sotterranea cristiana. 3 vols. R. 1864-1877. WILPERT, Die Maleireien der Katakomben Roms. 2 vols. 1903. Id., Die röm. Mosaiken und Maleireien der kirchlichen Bauten vom 4. bis 13. J. 2 vols.: 1, texto, y 2, lám. 2.ª ed. 1917. Id., I sarcofagi cristiani antichi. I. R. 1929. STYGER, P., Die Römischen Katakomben. 1933. Id., Römische Martyrergrüfte. 2 vols. 1935. BOCKH, *Corpus inscriptionum graecarum.* 4 vols. 1829-1877; *Corpus inscriptionum latinarum*, por la Academia de Berlín. En public. ROSSI, J. B. DE, *Inscriptiones christianae urbis Romae septimo saeculo antiquiores.* 2 vols. R. 1857 s. SILVAGNI, A., *Inscriptiones christianae urbis Romae...* Nova series. I. R. 1922. DIEHL, E., *Inscriptiones latinae christianae veteres.* 3 vols. 1923 s. HÜBNER, *Inscriptiones Hispaniae christianae.* 1876. VIVES, J., *Inscriptiones cristianas de la España Romana y Visigoda.* R. 1941.

7. **Actas y vidas de Santos.** QUENTIN, H., *Les martyrologes historiques du Moyen-âge.* P. 1908. BOLLANDUS, J., *Acta Sanctorum quotquot toto orbe coluntur vel a catholicis scriptoribus celebrantur.* Amberes, etc. 1643-1940. Hasta ahora 65 vols. (llega a principios de noviembre). DELEHAYE, H., *A travers trois siècles. L'oeuvre des Bollandistes 1615-1915.* Bruselas 1919. RUINART, TH., *Acta Primorum martyrum sincera et selecta.* P. 1689. Nueva ed. 1859.

8. **Vidas de Papas.** DUCHESNE, L., *Liber Pontificalis.* 2 vols. P. 1886-1892. Ed. Mommsen, en *Mön. Germ. Hist.*, I. 1898. MARCH, J. M., *Liber Pontificalis prout exstat in codice Dertusensi.* B. 1925.

9. **Colecciones nacionales.** MURATORI, *Antiquitates italicae medii aevi.* 6 vols. Milán 1738-1742. Id., *Rerum italicarum scriptores.* 25 vols. Milán 1723 s. Ed. reciente en public. BOUQUET, M., *Rerum gallicarum et francicarum scriptores.* 23 vols. P. 1628. Nueva ed. con tit.: *Recueil des historiens des Gaules et de la France...*, por L. DELISLE. 23 vols. P. 1869-1880. «*Gallia Christiana*», por CL. ROBERT. P. 1626 s. Nueva ed. por ST. MARTHE y otros. 16 fol. P. 1715 s. «*Monumenta Germaniae Historica*, inde ab anno Chr. 500 usque ad a. 1500». 1826 s. Tres series: Folio, 4.º, 8.º. Se divide en cinco partes: *Scriptores*, *Leges*, *Diplomata*, *Epistolae*, *Antiquitates*. «*Corpus scriptorum Historiae Byzantinae*», ed. Niebhur. 50 vols. 1829-1897. Colección de crónicas y memorias de los Reyes de Castilla. 7 vols. M. 1779-1787. Colección de documentos inéditos para la Historia de España, por M. FERNÁNDEZ NAVARRETE, etc. 112 vols. M. «*España Sagrada*». Hasta 1918, 58 vols. M. 1747 s. Flórez publicó 27 y preparó el 28; Risco, desde el 29 al 42; los sig. se deben a Merino, La Canal, Sainz Baranda, La Fuente, Academia de la Historia. González Palencia ha compuesto un tomo índice. VILLANUEVA, J., *Viaje literario a las Iglesias de España.* 22 vols. M. y Valencia 1803-1852.

5. c) **Enciclopedias de orientación general.** Son obras de consulta de gran utilidad para todo historiador. Sólo anotaremos las que son de especial utilidad para la Historia Eclesiástica.

MICHAUT, L. G., *Biographie universelle ancienne et moderne...* Nueva ed. 45 vols. P. 1842-1880. HURTER, *Nomenclator litterarius theologiae catholicae.* 5 vols. 3.ª ed. Innsbruck 1903-1913. Wetzler u. Weltes *Kirchenlexikon* oder *Enzyklopädie der katholischen Theologie und ihrer Hilfswissenschaften.* 2.ª ed. por el Card. HERGENRÖTHER... 12 vols. 1882-1901. BUCHBERGER, M., *Lexikon für Theologie und Kirche.* 10 vols. 1929-1938. *Dictionnaire de Théologie catholique*, por VACANT, etc. 1903 s. *Dictionnaire d'Histoire et de Géographie ecclésiastique*, por BAUDRILLARD, etc. P. 1909 s. *Dictionnaire d'Archéologie chrét. et de Lit.*, por CABROL-LECLERCQ, etc. P. 1907 s. *Dictionnaire de la Bible*, por VIGOUROUX, con el suplemento por PIROT, etc.

Dictionnaire des Connaissances religieuses. Dictionnaire de Droit Canonique. D'ALÈS, Dictionnaire apologetique de la foi catholique. P. 1911 s. VILLER, Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique. P. 1932 s. The Catholic Encyclopedia. 15 vols. Nueva ed. HERZOG-HAUCK, Realenzyklopädie für protestantische Theologie und Kirche. 3.ª ed. 22 vols. 1896-1908. PAULY-WISSOWA, Realenzyklopädie der klassischen Altertumswissenschaft, 1894 s. En publicación.

Todo lo dicho se refiere a las *fuentes impresas*. Para el estudio de las *fuentes inéditas*, hay que acudir a los archivos y secciones de manuscritos de las buenas bibliotecas. Los manuales de metodología histórica dan alguna idea de conjunto de los principales centros de materiales inéditos (véase, por ejemplo, Villada, ed. 1921, p. 107 s.).

III. Ciencias auxiliares de la Historia Eclesiástica

6. Conocidas las fuentes, necesita el historiador interpretarlas debidamente, a lo cual ayudan las llamadas *ciencias auxiliares*, que son por lo mismo un medio indispensable para la Historia Eclesiástica.

a) **Filología.** Estudia el lenguaje medieval, propio de los documentos que ocurren en la Historia Eclesiástica.

FÖRCELLINI, E., Lexicon totius latinitatis. Ed. De Vit. 6 vols. Prato 1858-1879. ID., Onomasticon totius latinitatis. Ed. Perin. Padua 1913-1920. DU CANGE (DU FRESNE), Glossarium ad scriptores mediae et infimae graecitatis. 2 vols. Lyon 1688. ID., Glossarium mediae et infimae latinitatis. Ed. Favre. 10 vols. P. 1882-1887. Thesaurus linguae latinae... En public. 1900 s.

7. b) **Paleografía.** Es el estudio del desarrollo de las diversas clases de escrituras usadas en la Antigüedad y en la Edad Media.

MABILLON, De re diplomatica libri sex. P. 1681. TOUSTAIN y TASSAIN, Nouveau traité de Diplomatique, 6 vols. P. 1750. MONTFAUCON, Palaeographia graeca. P. 1708. REUSSENS, E., Elements de paléographie. Lovaina 1890. BLASS, F., Paläographie, Buchwesen und Handschriftenkunde. 2.ª ed. 1892. En Hdb. kl. Alt., I. PAOLI, C., Programa scolastico di paleografia latina e diplomatica. 3 vols. Florencia 1901. CAPELLI, A., Lexicon abbreviaturarum. 2.ª ed. Milán 1912. LINDSAY, W. M., Palaeographia latina. 2 vols. O. 1922-1923. PROU, M., Manuel de Paléographie latine et française du VI au VIII siècle. 4 ed. avec la collab. de A. BOÜARD. P. 1924. MERINO, A., Escuela Paleográfica Visigoda... M. 1881. ID., Manual de Paleografía diplomática española de los siglos XII al XIV... 2 ed. M. 1889. VILLADA, ZAC. G., Paleografía española... I, texto; II, álbum. M. 1923. MILLARES CARLO, A., Tratado de Paleografía española. 2.ª ed. M. 1932. ID., Paleografía española. 2 vols. B. 1930. FRANCHI DE CAVALIERI, P., Specimina codicum graecorum Vaticanorum. 1910. EHRLICH, FR., LIEBAERT, Specimina codicum latinorum Vaticanorum. 1912. STEFFENS, Lateinische Paläographie. 125 láminas. 3.ª ed. 1929.

8. c) **Diplomática.** Versa sobre los documentos o *Diplomas* antiguos de los Papas, de los Reyes o Emperadores y de los particulares.

BRESLAU, H., Handbuch der Urkundenlehre für Deutschland und Italien. 2.ª ed. 1912 s. Giry, A., Manuel de diplomatique. Nueva ed. 2 vols. 1925. BOÜARD, A. DE, Manuel de diplomatique française et pontificale. I. P. 1929. MUÑOZ y RIVERO, Nociones de Diplomática española. M. 1881. MILLARES CARLO, A., Documentos pontificios en papiro de Archivos catalanes. Estudio paleográfico y diplomático. M. 1918. MODICA, M., Diploma-

tica generale e speciale. Cronologia e sigillografia. Milán 1942. NÚÑEZ DE CEPEDA, M., Elementos de Archivología, paleografía y diplomática. Pamplona 1943.

9. d) **Cronología.** Es el estudio de las diversas maneras de contar el tiempo, particularmente las usadas en la Edad Antigua y Media. Por su especial utilidad, indicamos aquí las *Eras* o sistemas de contar más usados.

Olimpiadas: Eran grupos de cuatro años, que comienzan el 776 antes de Cristo. Por este sistema cuenta, por ejemplo, Eusebio de Cesarea en su Historia. Se solía indicar el número de olimpiadas y el año dentro de la misma.

Consulado: Es decir, el nombre del que ejercía este cargo. Este sistema fué muy usado en occidente hasta el siglo VI y en oriente hasta el IX.

Fundación de Roma: Tomando esta fecha como punto de partida, era el sistema más en uso al principio del Cristianismo. La Era Cristiana dió principio el año 753 U. c.

Creación del mundo: Fué bastante usado en el oriente; pero como existían diversos cómputos, este sistema engendra mucha confusión.

Año del reinado de los Emperadores y de los Papas: Es algo posterior; pero luego se generalizó en los documentos oficiales.

Era Cristiana: Hasta principios del siglo VI no se usó. La introdujo Dionisio el Exiguo el año 526. Según sus cálculos, el nacimiento de Cristo tuvo lugar el 753 U. c., según lo cual se fijó este año como principio de la Era Cristiana.

Era hispánica: Muy usada en las crónicas españolas, corresponde al año 38 a. Cr. en que España fué definitivamente incorporada al Imperio romano.

Ciclo de indicciones: Sistema muy generalizado en la Edad Media. Son grupos de quince años, que comienzan tres antes de Cristo. Se cuenta solamente el número dentro del grupo de quince.

Principios del año: Fué muy diverso el sistema de dar comienzo al año hasta el siglo XVI, en que se generalizó el primero de enero. Hasta entonces se empleaban: el 25 de diciembre, el 1 de enero, el 1 de marzo, el 25 de marzo, Pascua y el 1 de septiembre.

CLEMENCET, L'Art de vérifier les dates des faits historiques. 3 vols. P. 1750 y otras ed. DE MAS LATRIE, Trésor de chronologie, d'histoire et de Géographie. P. 1889. GROTEFEND, H., Taschenbuch der Zeitrechnung. 6.ª ed. 1928. CAPELLI, A., Cronologia, Cronografía e Calendario perpetuo. Milán 1930.

10. e) **Arqueología y arte cristiano.** Comprenden el estudio de las antigüedades cristianas, en particular las catacumbas y la primera formación del arte propio del Cristianismo. Juntamente se estudia también la Epigráfica, que trata de las inscripciones antiguas.

KRAUS, F. J., Realenzyklopädie der christlichen Altertümer. 2 vols. 1882-1886. ID., Gesch. der christlichen Kunst. 3 vols. 1896 s. KUHN, A., Allgemeine Kunstgeschichte. 3 vols. en 6 partes. Einsiedeln 1891 s. SCHULZE, V., Archäologie der christlichen Kunst. 1895. ARMEILLI, M., Lezioni di archeologia cristiana. R. 1898. MARUCCHI, O., Elements d'archéologie chrétienne. 3 vols. R. 1899 s. MICHEL, A., Histoire de l'Art depuis les premiers temps chrétiens jusqu'à nos jours. P. 1905 s. LÉCLERCQ, H., Manuel d'archéologie chrétienne. 2 vols. P. 1907. KAUFMANN, Handbuch der christlichen Archäologie. 3.ª ed. 1922. LAMPÉREZ ROMAE, V., Historia de la arquitectura cristiana española en la Edad Media. 2 vols. M. 1909. RETNACH, S., Traité d'épigraphie grecque. P. 1886. LE BLANT, Paléographie des inscriptions latines de la fin du II à la fin du VII siècle. P. 1898. RICCI, Epigraphia latina. Milán 1898. HÜBNER, E., Römische Epigraphik. Ib. MARUCCHI, Epigraphia cristiana. Milán 1910. En Manuali Hoepli. GROSSIGONDI, Trattato di epigrafia cristiana latina e greca del mondo romano occidentale. R. 1920.

11. b) **Geografía y Estadística.** GAMS, P., *Series episcoporum ecclesiae catholicae*. Con suplem. 1873, 1879, 1886. EUBEL, C., *Hierarchia catholica medii aevi*. 3 vols. 1898. STREIT, K., *Atlas hierarchicus. Descriptio geographica et statistica S. Rom. Ecclesiae*. 2.^a ed. 1929. RIESS, R. DE, L. HEIDET, *Atlas Scripturae Sacrae*. 8.^a ed. 1924. HEUSI, K., *Atlas zur Kirchengeschichte*. 2.^a ed. 1919. LLORCA, B., *Atlas y Cuadros sincrónicos de Historia eclesiástica*. B. 1950.

IV. Desarrollo histórico de la Historia Eclesiástica

12. Los primeros cristianos apenas escribieron obras de carácter histórico. Esto no obstante, los *Evangelios* y los *Hechos de los Apóstoles* tienen un valor histórico incomparable.

Dignos de especial mención son, además, una serie de escritos de carácter histórico, pertenecientes a los primeros tiempos, tales como: las notas de PAPIAS sobre los discursos del Señor; los escritos de S. IRENEO, de mediados del siglo II; diversas «Actas de los mártires» y varios escritos de la serie de los *apócrifos*.

a) **Edad Antigua.** En oriente, HEGESIPO es el primero que escribe una historia, los *ὑπομνήματα* o Memorabilia, hacia el año 170, de la que sólo se conservan fragmentos. Asimismo sólo conservamos fragmentos de las crónicas de JULIO AFRICANO y de HIPÓLITO.

EUSEBIO DE CESAREA es propiamente el padre de la Historia Eclesiástica. Siendo obispo de Cesarea, escribió primero la «Crónica», que abarca desde el principio del mundo hasta su tiempo. Luego compuso su obra principal, la «Historia Eclesiástica», en diez libros, que llega hasta el 324. Su valor es extraordinario, por la idea elevada que manifiesta de la Historia, y sobre todo por incluir en su exposición multitud de fragmentos de obras de su tiempo, que luego se perdieron. Más tarde escribió la «Vida de Constantino», en que aparece demasiado su deseo de encumbrar a su héroe, y su obra sobre «Los mártires de Palestina».

El éxito de la obra de Eusebio fué extraordinario. Por esto encontró diversos continuadores, como: SÓCRATES, gobernador de Constantinopla en tiempo de Teodosio II, quien compuso siete libros, que abarcan desde 305 hasta 439; SOZOMENO, quien en nueve libros llegó hasta 423; TEODORETO DE CIRO, el cual resumió primero estas tres obras y luego continuó la Historia hasta el 527. De esta obra sólo poseemos algún extracto.

En occidente, se comenzó con traducciones y compendios de obras griegas. Así, S. JERÓNIMO hizo una traducción latina de la «Crónica», que luego continuó por su cuenta. Compuso además su obra «De viris illustribus» hasta 293, que puede considerarse como la primera historia literaria de la Iglesia o la primera

Patrología. RUFINO, en cambio, tradujo libremente la «Historia Eclesiástica» de Eusebio y la prosiguió hasta 395.

De menos valor son las obras de SÚLPICIO SEVERO, coetáneo de Rufino, quien escribió en 403 sus dos libros de «Crónicas» hasta el año 400; el español OROSIO, que compuso una historia de carácter general desde el diluvio hasta 416; PRÓSPERO, muerto ca. 562, quien fundió las obras de Sócrates, Sozomeno y Teodoreto y compuso su «Historia tripartita», muy usada en los siglos siguientes.

EUSEBIO, PG., 19-24; ed. Gr. Chr. Schr., por Heikel, Schwartz, Mommsen..., 1902 s. SÓCRATES, PG., 67; ed. Hussey, O. 1853, 3 vols. SOZOMENO, PG., 67; ed. Hussey, O. 1860. TEODORETO, PG., 82; ed. L. Parmentier, Gr. Chr. Schr., 1911. PHILOSTORGIUS, PG., 65; Gr. Chr. Schr., ed. Bidez, 1913. EVAGRIUS SCHOLASTICUS, Historia Ecclesiastica, PG., 86; ed. Bidez, L. 1899.

S. JERÓNIMO, Chronica, PL, 19; ed. Fotheringham, O. 1905, 1923. De Viris illustribus, PL, 23; ed. Heding, 1924. RUFINUS, Historia Ecclesiastica, PL, 21; ed. Mommsen, Gr. Chr. Schr. junto con Eusebio. SÚLPICIO SEVERO, Chronica sacra, PL, 20. OROSIO, PL, 31. PRÓSPERO, Chronicon, ed. Mommsen, Mon. Germ. Hist., Auct. Ant. IX, 1, 1892, p. 141 s. CASIODORO, Historia Ecclesiastica tripartita, PL, 69, 70.

13. b) **Edad Media.** En general, se puede decir que produjo pocas obras de conjunto, y aun éstas, las más de las veces, son compendios sin crítica. Generalmente se utilizaron las obras históricas de S. Jerónimo, Rufino, Casiodoro, Beda, S. Isidoro, y se compusieron crónicas y anales.

NICÉFORO CALIXTO, Historia Ecclesiastica, PG, 145. GEORGIOS HAMARTOLUS, Chronica, PG, 110. BEDA VENERABILIS, Historia Ecclesiastica Anglorum, PL, 114 s.; ed. A. Holder, 1882. P. DIÁCONO, Historia Longobardorum, ed. Pertz, Mon. Germ. Hist., Script. III, 240 s. HAYMO, De rerum christianarum memoria libri 10, PL, 116 s. ANASTASIUS, Historia Ecclesiastica tripartita, PG, 108.

14. c) **Edad Nueva.** Con las nuevas orientaciones ideológicas de los siglos XIV y XV y con el resurgir de todos los estudios literarios, fomentados por el Renacimiento, se cultivó asimismo notablemente la Historia Eclesiástica. Es digno de notarse, en particular, el principio de crítica que empezó a aparecer, por lo cual se dió comienzo al examen crítico de algunas leyendas antiguas. Por otra parte, el ambiente de polémica promovido en los siglos XIV y XV contra el Pontificado, y sobre todo la división y guerra que trajo consigo el protestantismo dentro de la Iglesia, dieron origen a un examen más detenido de la Historia.

El resultado fueron algunas obras excelentes de carácter histórico, las cuales, aunque adolecen del defecto de partidismo, sin embargo, por el empleo de gran cantidad de fuentes, representan un nuevo paso adelante en la investigación histórica. Tales son: Las «Centurias de Magdeburgo» y los «Anales de Baronio», obras básicas de este período.

Las «Centurias» aparecieron en trece volúmenes, que comprenden los primeros siglos, y fueron dirigidas por FLACIO ILÍRICO. Se carac-

terizan por su odio encarnizado contra la Iglesia católica y el Papado. Los «Anales» del Cardenal CÉSAR BARONIO son la principal respuesta de los católicos a los Centuriadores. Su mérito principal estriba en haber utilizado y en reproducir extensamente numerosos documentos. Precisamente por su importancia, sucedió como en otro tiempo con la historia de Eusebio, que los Anales de Baronio tuvieron varios continuadores. Tales son: SPONDANUS de Papiers y los oratorianos RAYNALDUS, LADERCHIUS y THEINER. Antonio y Francisco PAGI añadieron una especie de crítica o notas.

Pero con este esfuerzo de la historiografía quedó, por decirlo así, agotado el esfuerzo de las dos confesiones. La primera mitad del siglo XVII transcurre en relativa calma e inactividad literaria, que va degenerando en credulidad y falta de crítica histórica.

ILLYRICUS, M. FLACIUS, IUDEX, etc., Ecclesiastica historia integram Ecclesiae Christi ideam complectens... congesta per aliquot studiosos et pios viros in urbe Magdeburga. 13 vols. Basilea 1559-1574. 2.^a ed. transformada en sentido calvinista por LUCIUS. 6 vols. Basilea 1624 s. BARONIUS, C., Annales ecclesiastici. 12 vols. R. 1588-1607. Maguncia 1601-1607. PAGI, A., FR., Critica historico-chronologica in universos Caesaris Baronii annales. 4 vols. Amberes 1705 s. MANSI, ed. de los Anales de Baronio con las continuaciones y teniendo presente la crítica de Pagi. 38 vols. Lucca 1738-1759. Nueva ed. Bar-Le-Duc y P. 1864-1883, 37 vols. SPONDANUS, H., P. 1640; BZOVIVUS, R. 1616; RAYNALDUS, OD., R. 1649-1677; es la mejor: comienza donde la dejó Baronio y termina en 1566; 13 vols. LADERCHIUS, hasta 1571, 3 vols. THEINER, A., hasta 1585, 3 vols. R. 1586.

15. d) Edad Moderna. Después de algunas fluctuaciones, la Edad Moderna se distingue por el resurgir de los estudios históricos en todas sus manifestaciones. Efectivamente, en medio del ambiente general de credulidad, que lo invadía todo a mediados del siglo XVII, se crearon de nuevo algunos centros de investigación histórica, que formaron poderosas escuelas para el porvenir. El primero fué el de los *bolandistas*, organizado por el jesuita JUAN BOLLAND, quien se circunscribió a la investigación de las vidas de los Santos, con sus leyendas y diversos problemas anexos. En 1643 apareció el primer tomo de esta célebre obra. El segundo centro de investigación fué la Congregación de S. Mauro, llamada comúnmente los *maurinos*, quienes desde la segunda mitad del siglo XVII dieron a luz obras incomparables de Paleografía, Diplomática y Cronología, creando estas ciencias auxiliares de la Historia, iniciaron diversas publicaciones de carácter regional y colecciones de fuentes, como la «Gallia Christiana» y los «Anales de la Orden de S. Benito», y prepararon aquellas grandes colecciones *Migne*, que constituyen el arsenal más abundante para los estudiosos.

Al mismo tiempo, y con carácter independiente, aparecieron algunas obras históricas dignas de mención: Así: PALLAVICINI, SFORZA, «Istoria del Concilio di Trento», obra polémica contra las diatribas de Sarpi; NATALIS, A., «Selecta Historiae Ecclesiasticae capita», que por sus ideas galicanas fué puesta en el Índice; pero con la edición de Roncaglia, que la expurgó de este defecto, quedó libre de dicha nota. Igualmente S. LENAIN TILLEMONT escribió sus «Mémoires...», que son

un esfuerzo notable de crítica y erudición de aquel tiempo. Consiste en estudios monográficos de los cinco primeros siglos hasta el 513.

El «Acta Sanctorum» de los bolandistas y las obras principales de los maurinos pueden verse citadas en el capítulo 2, Grandes colecciones de fuentes. PALLAVICINI, SF., Istoria del Concilio di Trento. 3 vols. Ed. de R. 1845. NATALIS, A., Selecta Historiae Ecclesiasticae capita. 39 vols. P. 1676 s. Puesta en el índice en 1684. Ed. de Roncaglia, Lucca 1734; Ed. de Mansi, con aditamentos, 9 vols., Lucca 1749 s. TILLEMONT, S. LE NAIN DE, Mémoires pour servir à l'Histoire ecclésiastique des dix premiers siècles. 16 vols. P. 1693 s. FLEURY, CL., Histoire ecclésiastique. 20 vols. P. 1691 s. Contin. por C. Fabre, 16 vols. P. 1722 s. ORSI, G. A., Storia ecclesiastica. 20 vols. R. 1746 s. Contin. por Becchetti, 17 vols. R. 1770 s. BOSSUET, J. B., Discours sur l'Histoire universelle. P. 1681 s. Id., Histoire des variations des Églises protestantes. 2 vols. P. 1688. BERAULT-BERCASTEL, Histoire de l'Église. 24 vols. P. 1778-1790.

Con el siglo XIX se da comienzo a la nueva era de los estudios históricos, que dura todavía en nuestros días. En el campo católico alemán representan este resurgimiento los historiadores: LEOPOLDO STOLBERG, TH. KATERKAMPF, ADAM MÖHLER, célebre por la originalidad de sus investigaciones, IGNACIO DÖLLINGER, benemérito de la investigación católica, si bien al fin de su vida traicionó la causa de la Iglesia romana, Pío GAMS, J. VON HEFELE, CARD. HERGENRÖTHER, etc. Más modernamente han continuado esta tradición hombres tan notables como Janssen, Kraus, Denifle, Funk, Pastor, Grisar, Kirsch, Ehrhard y otros muchos.

En Francia nos encontramos también, aunque algo más retrasada, con una floración parecida de historiadores e investigadores, que en nuestro siglo han producido y siguen produciendo obras insignes. Así, por ejemplo, ROHRBACHER, con su Historia amplia y de hondo criterio católico, aunque falta algún tanto de crítica; L. DUCHESNE, quien, aunque algo avanzado en algunas ideas, por lo cual su obra principal «Histoire ancienne de l'Église» fué puesta en el Índice, sin embargo, ha hecho grandes servicios a la causa católica; P. ALLARD, gran investigador de la Era de los mártires; P. Battifol, Tixeront, Fouard, Vacandard, todos beneméritos por sus profundos trabajos de investigación; Mourret, Albers, Poulet, Dufurcq, Boulenger, con sus excelentes manuales de Historia Eclesiástica, y Baudrillard, Cauchie y Ladeuze, Martin, De Gellinck y otros.

Del mismo modo se ha despertado el sentido histórico entre los católicos de otras naciones, como en Italia, con las excelentes Historias de la Iglesia de L. Todesco, Saba y Castiglioni; en Portugal la de Fortunato de Almeida, y en España con las obras de Menéndez y Pelayo, La Fuente, y en nuestros días las de García de la Fuente, Sanchis Sivera y sobre todo García Villada.

No menor ha sido el esfuerzo puesto en el campo protestante en la Historia Eclesiástica desde principios del siglo XIX. J. G. PLANCK,

A. NEANDER, L. GIESELER pusieron los fundamentos de la nueva investigación; pero la escuela nueva de Tubinga, sobre todo con su fundador CR. BAUR, le dió un carácter más polémico y sobre todo racionalista. Este camino siguieron D. Strauss, A. Ritschl, Gfrörer, y aunque ha sido impugnada por algunos protestantes, sin embargo ha predominado y sigue predominando entre los principales investigadores de nuestros días, como: Lipsius, Hilgenfeld, A. HARNACK, el más ilustre de todos, Th. Zahn, K. Müller, G. Krüger, E. Caspar, R. Seeberg, Lietzmann, Heussi, etc.

STOLBERG, L. ZU, Geschichte der Religion Jesu Christi. 15 vols. 1807 s. Contin., por Kerz, vols. 16-46. 1824 s. DÖLLINGER, IGN., Handbuch der christlichen Kirchengeschichte. 2 vols., hasta 680. 1833. Id., Lehrbuch der KG. 2 vols. 1836. MÖHLER, A., Kirchengeschichte der christlichen Kirche. 1840. Las obras de Hergenröther, Pastor, Funk-Bihlmeyer, Marx, Knöpfler, pueden verse en la bibl. gen. Otras se refieren a puntos particulares y se citarán en sus lugares respectivos.

DARRAS, Histoire générale de l'Eglise. 25 vols. P. 1862 s. ROHRBACHER, Histoire universelle de l'Eglise. 29 vols. Nancy 1842 s. HENRIOT, Histoire ecclésiastique... P. 1856. DUFOURCO, L'avenir du Christianisme. 1.ª p.: Le passé chr. 7 vols. P. 1908 s. Duchesne, Batiffol, Tixeront, Vacandard, Fouard, se citarán en sus sitios respectivos. Mourret, Poulet, Bouenger, Martin, Fliche-Martin, pueden verse en la bibl. gen.

BETHUNE-BAKER, The christian Religion, its origin and progress. 2 vols. Cambridge 1934. HUGUES, PH., A history of the Church. 2 vols. publ. L. 1934-1935. AGUILAR, Compendio de Historia eclesiástica general. M. 1877. AMAT, J., Historia eclesiástica. 13 vols. M. 1806 s. COLOMER, L., La Iglesia Católica. Valencia 1934. Las obras de Todesco, Paschini, Pagnini, Qualben, Jalland, Pirenne pueden verse en la bibl. gen.

BAUR, F. CHR., Das Christentum und die christliche Kirche der drei ersten Jahrhunderte. 3.ª ed. 1863. MÖLLER, W., Lehrbuch der Kircheng. 3.ª ed. 1889-1894. MÜLLER, K., Kirchengeschichte. 3 vols. 1892-1907. HEUS- SI, K., Kompendium der Kirchengeschichte. 5.ª ed. 1932. KRÜGER, G., etc., Handbuch der Kirchengeschichte für Studierende. 4 vols. 2.ª ed. 1923-1931.

V. División de la Historia Eclesiástica

16. Para la acertada división de la materia en la Historia Eclesiástica, conviene tener presentes varios puntos de vista. En primer lugar, atendido el cúmulo inmenso de noticias que pueden reunirse sobre diversos asuntos particulares, cabe escribir monografías de muy variada índole. Así, por ejemplo, la Historia Eclesiástica de una nación, de una provincia, de una ciudad, de un monasterio. Más interés tienen para nosotros los trabajos especializados según diversas materias, como la historia de los Concilios, de los Papas, de las Ordenes religiosas, de la Literatura cristiana, de las Misiones y otras semejantes, todas las cuales son aprovechadas por la Historia general de la Iglesia como excelentes fuentes de información.

Las obras principales sobre cada una de estas materias pueden verse en la bibliografía general.

Por lo que se refiere a la división en Edades y Períodos, procuramos combinar el orden cronológico con el lógico de los hechos, de manera que formen un conjunto armónico, que permita seguir el desarrollo genético de los acontecimientos.

Así, pues, siguiendo el ejemplo y consejo de autores modernos de gran autoridad, tomamos la división en *cuatro edades*, que designamos y limitamos en la forma siguiente:

1) EDAD ANTIGUA: 1-681. La Iglesia en sus primeras luchas y desarrollo. Abarca desde el principio de la Iglesia hasta el III Concilio de Constantinopla, terminado en 681, es decir, hasta fines del siglo VII. Ponemos este límite, porque nos parece el que señala mejor el término de la influencia del mundo grecorromano y el principio del influjo de los nuevos pueblos medievales. Además, el Concilio III de Constantinopla, VI ecuménico, significó el fin de aquella serie de intervenciones eclesiásticas en las cuestiones dogmáticas, que forman el conjunto de la doctrina cristológica de la Iglesia. Dentro de esta Edad quedan claramente marcados dos Períodos:

PERÍODO I: 1-313. Fundación y primeras luchas de la Iglesia hasta su reconocimiento por el Estado. Es el período de las persecuciones de la Iglesia hasta su triunfo definitivo por el Edicto de Milán.

PERÍODO II: 313-681. La Iglesia unida con el Estado en su ulterior desarrollo. Después del triunfo oficial, se organiza y desarrolla interiormente la Iglesia, protegida por el nuevo Estado.

2) EDAD MEDIA: 681-1303. La Iglesia a la cabeza de la civilización occidental. Se caracteriza esta Edad como el predominio de la Iglesia en todos los órdenes culturales. Es el sistema típico medieval. El límite de 1303 queda indicado con la muerte de Bonifacio VIII, después del cual se entra en un período de luchas abiertas contra el prestigio del Pontífice, que tienen su principio en el cautiverio de Aviñón y cisma de occidente.

PERÍODO I: 681-1073. La Iglesia vence duras crisis y robustece su poder. Es el período de lucha por parte de la Iglesia por adquirir entre los nuevos Estados occidentales el prestigio a que aspiraba.

PERÍODO II: 1073-1303. El Pontificado en el apogeo de su hegemonía medieval. Es el período típico de la Edad Media, en que el Papa constituye el centro de la civilización europea, que tiene como punto culminante a Inocencio III (1198-1216) y como término o crepúsculo a Bonifacio VIII (1294-1303).

3) EDAD NUEVA: 1303-1648. Decadencia del influjo pontificio y reacción religiosa de la Iglesia. Muchos han puesto el principio de la Edad Nueva en la rebelión de Lutero; pero a nosotros nos parece más conforme con todo el movimiento ideológico, colocarlo al principio del cautiverio de Aviñón, pues de hecho entonces desciende rápidamente el influjo del Papado y se multiplican las campañas contra él, que preparan la gran defección del siglo XVI. Por otra parte, el fin de la guerra de los Treinta años y la paz de Westfalia (1648) ponen término a esta Edad de reacción y rebelión contra la Iglesia. Según esto, los períodos son fácilmente reconocibles.

PERÍODO I: 1303-1517. Decadencia del Pontificado, cisma y conatos de reforma. Período de preparación de las guerras religiosas del siglo XVI.

PERÍODO II: 1517-1648. La falsa Reforma protestante y la verdadera Reforma católica. Es la consumación y el desarrollo de la rebelión.

4) EDAD MODERNA: 1648-1950. Absolutismo de los príncipes y des cristianización creciente de la Sociedad. Consumada la división de la cristiandad e inoculados los nuevos principios de individualismo y rebelión, entramos en la Edad Moderna, que se caracteriza por la creciente des cristianización del mundo viejo, contra la cual reacciona la Iglesia con nuevas energías y nuevos métodos. La división la marca la Revolución francesa.

PERÍODO I: 1648-1789. *Absolutismo de parte de los diversos príncipes.* Este período, en medio de la descristianización creciente, se caracteriza por el predominio del absolutismo francés, con tendencias monopolizadoras de todas las actividades, aun las eclesiásticas.

PERÍODO II: 1789-1950. *Descristianización creciente de la Sociedad.* Los siglos XIX y XX recogen el fruto de la doctrina disolvente sembrada por el protestantismo, galicanismo y filosofismo. Es el materialismo y racionalismo más exagerado con todo el acompañamiento de los errores de nuestros días. Frente a ellos, la Iglesia, purificada cada vez más, aumenta su prestigio moral, multiplica su actividad misionera y se renueva enteramente con una nueva y vasta legislación.

EDAD ANTIGUA (1-681)

La Iglesia en sus primeras luchas y desarrollo ¹⁾

17. La Edad Antigua de la Historia de la Iglesia se presenta como la Edad de lucha, triunfo y organización. En su lucha, la Iglesia tuvo que vencer, primero, las dificultades que le oponían los judíos, en cuyo ambiente había nacido y en donde tuvo su primer desarrollo. Luego hubo de mantener una batalla de vida o muerte con los poderes del Imperio romano, los cuales, guiados por el odio y prejuicios populares, y sobre todo por los prejuicios del Estado, trataron con su inmenso poder de ahogar a la naciente organización. El tercer enemigo era la conjuración de la filosofía antigua junto con la religión pagana, que al ver desaparecer su prestigio, trataron de reorganizarse y levantaron toda clase de obstáculos al avance del Cristianismo. Finalmente el cuarto enemigo, el más peligroso de todos, procedía de su mismo seno. Eran algunos hijos díscolos o disidentes, los herejes o cismáticos, que trataron de torcer el camino de la Iglesia dando interpretaciones falsas a la doctrina de Cristo o negando la sumisión a la autoridad jerárquica.

Frente a todos estos enemigos, la Iglesia no sólo salió victoriosa, sino que fué creciendo sin cesar, mientras oponía a las armas de la violencia la constancia de sus confesores y mártires, a las armas intelectuales de los filósofos paganos las de sus teólogos y apologetas, y a las de los herejes la fortaleza y clarividencia de sus Pontífices y Doctores. Con esto se fué desarro-

¹⁾ Para toda la Edad Antigua, además de las partes correspondientes de las obras generales (bibl. gen.), recomendamos las siguientes: CASPAR, E., *Geschichte des Papsttums*. 2 vol. 1930-1933. DUFOURCO, A., *Histoire ancienne de l'Eglise*, vol. I-IV. 8.ª ed. 1930. ZEILLER, J., *L'Empire romain et l'Eglise*. P. 1928. En *Hist. du Monde*, por M. E. Cavaignac, V. 2. ALBERTINI, E., *L'Empire romain*. P. 1929. En *Peupl. et Civil.*, por L. Halphen, IV. BATIFFOL, P., *Le Catholicisme des Origines à S. Léon*. 12.ª ed. 4 vol. P. 1929 s. ID., *Cathedra Petri. Etudes d'Hist. ancienne de l'Eglise*. P. 1938. BARTLET, J. V., *Church life and Church order during the first four centuries*. O. 1943. GOGNEL, M., *Jésus et les origines du Christianisme*. P. 1947. BINNS, L. E. E., *The beginning of Western Christendom*. L. 1948. PRINVAL-BITTET, *Histoire illustrée de l'Eglise. Antiquité*. P. 1946.

lando no sólo territorial y numéricamente, sino sobre todo interiormente, reforzando y completando su jerarquía, organizando su liturgia y la práctica de los sacramentos, creando nuevas instituciones y un nuevo género de vida social, desconocido del mundo antiguo.

Con su triunfo en el Edicto de Milán (313), se inicia un nuevo período en la vida de la Iglesia. El Estado, vencido por el Cristianismo, se declara cristiano, y poco a poco va introduciendo en su legislación una serie de medidas, que significan la eliminación del paganismo de la vida pública y la declaración del Cristianismo como religión oficial. Esto condujo a la cristianización cada vez más profunda de las instituciones sociales y de toda la vida pública.

Sin embargo, no faltó nunca a la Iglesia la lucha contra enemigos poderosos, que contribuyeron a purificarla y robustecerla. La misma cristianización del Estado trajo consigo una intromisión excesiva de algunos emperadores en los asuntos interiores de la Iglesia. Pero sobre todo, de su mismo seno y como efecto de su prosperidad y exuberancia, brotaron un sin fin de herejías, que tuvo ella que debelar, manteniendo puro el tesoro de la fe. Todo esto dió ocasión a un florecimiento extraordinario de la Teología cristiana, que llegó en este tiempo a su mayor apogeo, y en el que, tanto en oriente como en occidente, brillaron astros de primera magnitud de la Patrología cristiana. Del mismo modo contribuyeron a este brillo exterior las grandes asambleas o Concilios ecuménicos, en que se decidieron las principales cuestiones dogmáticas. Por esto se cierra convenientemente esta Edad con el último de esta serie de Concilios. Asimismo la jerarquía se desenvuelve con mayor magnificencia; se inicia, crece y desarrolla pujante el Monacato; toda la vida interior y todas las instituciones de la Iglesia adquieren vida próspera y desarrollo creciente.

PERÍODO I (1-313)

Fundación y primeras luchas de la Iglesia hasta su reconocimiento por el Estado ²⁾

18. En este período, después de su primera constitución y primer desarrollo, el Cristianismo se ve obligado a luchar contra un triple número de enemigos: los emperadores romanos, los sacerdotes y filósofos y los herejes. A los primeros opuso la fortaleza y heroísmo de sus mártires; a la campaña literaria de los filósofos paganos opuso a los apologistas y polemistas católicos; a los herejes los venció con la vigilancia de los Papas y de los Concilios. De esta triple lucha salió victoriosa la Iglesia, al mismo tiempo que se organizaba y robustecía su jerarquía y su culto.

CAPÍTULO I

El mundo a la venida del Cristianismo

Cristo vino al mundo en la plenitud de los tiempos, es decir, cuando el mundo había llegado a la plenitud de su preparación. Esta preparación podemos considerarla tanto de parte del mundo romano, que constituía entonces el mundo civilizado, como de parte del mundo judío, que es el que rodeaba más de cerca al Salvador.

²⁾ DUCHESNE, L., *Histoire ancienne de l'Eglise*. 3 vol. P. 1906 s. ALLARD, P., *Le Christianisme et l'Empire romain de Néron à Théodose*. 7.^a ed. P. 1908. En *Bibl. de l'Enseign. de l'hist. ecclés.* EHRHARD, A., *Das Christentum im röm. Reich bis Konstantin*. 1911. ID., *Die Kirche der Märtyrer*. 1932. ID., *Urkirche und Frühkatholizismus*. 1935. BUONAIUTI, E., *Manuale introduttivo alla storia del Cristianesimo*. II: I primi tre secoli. Foligno 1925. ACHELIS, H., *Das Christentum in den ersten drei Jahrhunderten*. 2 vol. 2.^a ed. 1924. AMANN, E., *L'Eglise des premiers siècles*. P. 1928. En *Bibl. Cath. des Sc. Rel.*, 5. LAGGER, L. DE, *Le Christianisme aux origines et à l'âge apostolique*. Rabat 1936. LIETZMANN, H., *Geschichte der alten Kirche*, I-III. 1932-1938. MACKINSON, J., *From Christ to Constantine. The rise and growth of the early Church (c. AD. 30 to 337)*. L. 1936. BIRT, TH., *Das römische Weltreich*. 1941. BUCHAN, J., *Augusto*. Trad. por G. Sans Huelin. M. 1942. HOMO, L., *Nueva historia de Roma*. Trad. por J. Terrán. B. 1944.

I. Preparación del mundo pagano ³⁾

Esta preparación puede ser negativa, consistente en las deficiencias fundamentales de su situación, que exigían algún remedio, o bien positiva, por algunas circunstancias que favorecían la propagación del Cristianismo.

19. a) Preparación negativa del mundo pagano. Bajo cuatro aspectos aparece la preparación negativa del mundo romano: religioso, filosófico, social y moral.

1. ESTADO RELIGIOSO ⁴⁾. A los cultos primitivos de los Manes, Penates, Genios, había sustituido en Roma el culto oficial de la *tríada capitolina*, Júpiter, Juno y Minerva. Pero esto no satisfizo al pueblo, y así poco antes de la Era cristiana, se introdujo el culto de Roma y del Emperador, que se convirtió en la forma oficial de la religión del Estado. Sin embargo, aunque acogida con aplauso, no respondía a las verdaderas necesidades del hombre y por esto no consta que, al aparecer el Cristianismo, las clases cultas de Roma eran completamente irreligiosas; el pueblo, en cambio, se hallaba desorientado y sentía más atractivo por los cultos orientales.

En efecto, al mismo tiempo fueron tomando incremento los cultos y misterios orientales, que presentaban formas más sensibles y populares. Así, además de los dioses de Grecia, aparecieron *Isis*, *Osiris* y *Serapis*, provenientes del Egipto; *Cibeles*, de la Frigia, de donde también provenía *Mitra*, dios de la luz, que llegó a alcanzar tal boga, que parecía iba a suplantar a los demás. El resultado de todo esto fué el movimiento llamado *sincretista*, es decir, la tendencia a fusionar varios de dichos cultos, de la cual participó el culto oficial del Emperador y sobre todo los movimientos neopaganos representados por el *neoplatonismo* y *neopitagoreísmo*.

2. ESTADO DE LA FILOSOFÍA. La Filosofía se hallaba también en franca bancarrota, lo cual era de graves consecuencias, pues ella es la llamada a suplir en la vida ética de muchos la falta de ideas religiosas. A las grandes especulaciones de los filósofos griegos, Pitágoras, Sócrates, Platón y Aristóteles, habían sucedido unos sistemas de carácter práctico. Mientras aquéllos habían llegado a cierto conocimiento de la divinidad, la tendencia de la filosofía romana presenta un carácter pesimista y escéptico.

³⁾ DÖLLINGER, Heidentum u. Judentum. Vorhalle zur Geschichte des Christentums. 1857. GRUPP, G., Kulturgeschichte der röm. Kaiserzeit, 2 vol. 1903. TOUTAIN, Les cultes païens dans l'Empire romain. 3 vol. P. 1905-1920. En Bibl. de l'École des hautes études. Sc. rel. BOISSIER, La religion romaine d'Auguste aux Antonins. 7.ª ed. 2 vol. P. 1909. FRIEDLAENDER, L., y G. WISSOWA, Darstellungen aus der Sittengeschichte Roms. 9.ª ed. 3 vol. 1910-1920. BAYET, J., La religion romaine de l'introduction de l'hellenisme à la fin du paganisme. En Rev. des Et. Lat., 21 (1943), 330 s.

⁴⁾ DUFOURCO, A., Les religions païennes et la religion juive comparées. 6.ª ed. P. 1924. FELTEN, J., Neutestamentliche Zeitgeschichte. 2 vol. 2.ª-3.ª ed. 1925. REITZENSTEIN, Die hellenist. Mysterienreligionen, ihre Grundgedanken und Wirkungen. 3.ª ed. 1927. HUBY, J., Christus. 5.ª ed. P. 1927. CUMONT, FR., Les religions orientales dans le paganisme romain. 4.ª ed. P. 1929. GUÉRANGER, DOM, Sainte Cécile et la société romaine aux deux premiers siècles. Nuev. ed. 2 vol. P. 1933. PRÜMM, K. S. J., Der christliche Glaube und die altheidnische Welt. 1935. FESTUGIÈRE, A. J., FABRE, P., Le monde gréco-romain au temps de Notre-Seigneur. 2 vol. En Bibl. cath. de Sc. Relig. P. 1935. Algunas obras fundamentales de Historia de las Religiones pueden verse en la bibl. gen.

Las escuelas que más secuaces tenían eran: el *epicureísmo*, fundado por Epicuro, según el cual el hombre sólo debe aspirar a buscar el placer y huir del dolor. El célebre poeta *Lucrecio* le dió cierta popularidad, reproduciendo sus máximas en el poema *De natura rerum*.

El *estoicismo*, fundado por Zenón, profesaba una especie de panteísmo y la mayor imposibilidad frente al dolor o al placer, que ha venido a ser proverbial. Por otra parte, atribuían la evolución del mundo al *hado* inexorable y negaban la inmortalidad del alma. Esta doctrina fué profesada por los romanos más eminentes, como Séneca, Epicteto, Marco Aurelio; pero la soberbia innata que informaba el sistema, venía a parar en el pesimismo de la época.

Este resultado escéptico y pesimista se ve claramente en la nueva Academia, organizada por Carnéades, que tuvo muchos seguidores en el mundo romano y pretendía ser la continuadora de la antigua Academia de Platón. Toda su especulación venía a concluir en que no existía criterio ninguno de certeza, o lo que es lo mismo, en un verdadero escepticismo universal.

3. ESTADO SOCIAL. Las descripciones que se han conservado sobre el estado social y moral del mundo grecorromano llevan un sello de marcado pesimismo, y aunque hay que quitarles algo de lo que se debe a la exageración, dan una idea aproximada del estado deplorable de Roma bajo este aspecto.

Las clases oprimidas dan una idea del estado social de Roma. Existía una oposición radical entre nobles y ricos, y la plebe inmensa de los parásitos. Estos eran gente pobrísima: mas, como libres, se dedicaban a una vida de ociosidad y de vicios, que comunican un sello característico a la Roma del Imperio. La clase noble, entretanto, se entregaba a los vicios más refinados, propios de su posición social.

La institución de los esclavos y la manera cómo éstos eran tratados, es una de las lacras del mundo romano. El esclavo era considerado como una cosa, de que el dueño podía disponer a su antojo.

4. LA MORALIDAD. El estado moral propiamente tal de la sociedad romana aparece sumamente bajo. Tácito, Séneca y Juvenal nos describen con colores no menos negros que S. Pablo la corrupción de la Sociedad de su tiempo.

El lujo había tomado grandes proporciones y se manifestaba en la molice de los baños, termas y otros establecimientos públicos, y sobre todo en el sibaritismo de los banquetes, que ha hecho época en la Historia.

Las diversiones, según el juicio reposado del historiador Mommsen, constituyen la sombra más negra de la Roma imperial. De la magnificencia de sus estadios y anfiteatros nos dan una idea los restos o ruinas de Roma, Verona, Nîmes, Tréveris, Itálica y Mérida. Los juegos del anfiteatro constituían el gran vicio de los romanos libres, que fomentaban los emperadores con sus formidables recursos en juegos, que duraban muchos días y aun meses. El espectáculo de la lucha sangrienta entre hombres era lo que más divertía al pueblo, que aullaba de júbilo cuando un gladiador caía herido de muerte. Con bárbara fruición se asistía a la lucha de un pelotón de hombres, muchas veces cristianos inocentes, contra un número considerable de leones, tigres y otras fieras salvajes.

20. b) Preparación positiva del mundo grecorromano. Todo lo expuesto significa una preparación negativa para la venida de Cristo. Pero existía asimismo una serie de circunstancias favorables a la propagación del Cristianismo, que suponen una preparación positiva.

1. UNIDAD DEL IMPERIO Y DEL MUNDO CONOCIDO. A la venida de Cristo era un hecho la unificación de casi todo el mundo civilizado bajo el cetro romano. Esto, junto con la unidad de lengua (la *Koiné*), ponía en manos de los Apóstoles del Cristianismo un arma incomparable para poder trabajar en territorios inmensos.

2. LAS RELIGIONES Y MISTERIOS ORIENTALES. No obstante lo antes indicado, las religiones y los cultos orientales habían conseguido promover en el pueblo cierto sentimentalismo religioso, y en medio de sus ritos y prácticas supersticiosas, inculcaban diversas ideas sanas, como la del pecado, culpa, necesidad de satisfacción por ella, inmortalidad del alma y felicidad en la otra vida. Por otra parte, sabemos que los sacerdotes de algunos cultos orientales daban algún género de instrucción religiosa.

3. TENDENCIA GENERAL AL MONOTEÍSMO. Juntamente con lo dicho se advierte asimismo cierta tendencia al monoteísmo, no obstante la multitud de dioses y misterios. De hecho, con uno u otro nombre, todos aquellos nuevos cultos llevaban implícita la confesión de un Ser Supremo, a quien hay que aplacar, satisfacer y adorar por medio de ritos y ceremonias. A fomentar esta tendencia al monoteísmo contribuyó poderosamente el contacto con los judíos en las principales ciudades romanas. Esto se vio claramente en la predicación de los Apóstoles, pues los gentiles simpatizantes con los judíos y con sus ideas religiosas proporcionaron los primeros núcleos cristianos.

4. ELEMENTOS DE VERDAD EN LA FILOSOFÍA. La misma Filosofía, sobre todo la filosofía clásica griega y la que mejor la representa entre los romanos, la escuela estoica, contenía muchos elementos de verdad. Platón dedujo del orden del mundo la existencia de un Dios, y Aristóteles, en su metafísica, llegó al conocimiento del primer motor inmutable o Ser absoluto. La especulación del estoico Posidonio, toda la ideología de Séneca y de Marco Aurelio están en muchos puntos en contacto con la ética cristiana. Así se explica que estos filósofos llegaran a ser estimados por algunos teólogos cristianos, y que los grandes pensadores de la escuela de Alejandría, Clemente y Orígenes, llegaran a la convicción de que el helenismo había sido como precursor del Cristianismo ⁵⁾.

II. El mundo judío a la venida de Jesucristo ⁶⁾

21. a) Datos históricos. El pueblo de Israel había sido separado de los demás por el mismo Dios, para encomendarle el depósito de la

⁵⁾ Señal y al mismo tiempo consecuencia de todo este fenómeno, ya notado por los antiguos escritores, es que dentro del mundo romano se advierten por este tiempo diversos indicios de una especie de expectación de cierta renovación general y aun de un salvador o Mesías. En este sentido suelen explicarse los versos de Virgilio en la *Egloga IV* (4-10, 13-14). Muy significativas son también las expresiones siguientes: «Percrebuerat in Oriente toto vetus et constans opinio, esse in fatis, ut eo tempore Iudaea profecti rerum potirentur» (Sueton., *Vita Vesp.*, 4). «Pluribus persuasio inerat, antiquis sacerdotum litteris contineri, eo ipso tempore fore, ut valesceret Oriens, profectique Iudaea rerum potirentur» (Tac., *Hist.*, V. 13).

⁶⁾ Véase pág. 20, nota 3, particularmente las obras de FRIEDLÄNDER y BAYET. Además: BRURLIER, E., *Le monde juif au temps de Jésus-Christ et des Apôtres*. 2. vol. P. 1900. SCHÜRER, E., *Geschichte des jüdischen Volkes im Zeitalter Jesu Christi*. 4.^a ed. 3 vol. 1901-1911. LAGRANGE, M. J., *Le Messianisme chez les juifs*. P. 1909. JUSTER, J., *Les juifs dans l'Empire romain; leur condition juridique, économique, sociale*. 2 vol. P. 1916. KITTEL, R., *Geschichte des Volkes Israel*. 3 vol. 6.^a-7.^a ed. 1923-1929. FOOT MOORE, G., *Judaism in the First Century of the Christian Era*. 2 vol. L. 1927. TRAVERS HELFORD, R., *Les Pharisiens, Histoire du pharisaïsme*. P. 1928. BONSIRVEN, J., *La Théologie du Judaïsme rabbinique*. 2 vol. P.

Revelación. Con los reinados de Saúl, David y Salomón llegó a la cumbre de su grandeza material (hacia el año 1000 a. Cr.), haciendo vasallos suyos a los filisteos, moabitas e idumeos. Mas, rota su unidad el año 962 a. Cr., siguió un período de infidelidades, que terminó en 721 con la cautividad de Israel por parte del rey asirio Salmanasar, y con la de Judá en 596 y 587, por Nabucodonosor.

Vueltos del destierro el año 563 a. Cr., y después de largos años de sujeción a poderes extraños, tuvieron lugar las gloriosas luchas de los Macabeos por la liberación de su patria, hasta que el año 63 a. Cr., Pompeyo los subyugó definitivamente. Desde el año 37 a. Cr. gobernó Herodes el Grande, con el título de rey, tristemente célebre por sus crueldades y por su sumisión absoluta a los romanos. El 6 p. Cr. quitaron la Judea y Samaria gobernadas directamente por Roma. Poncio Pilatos fué su gobernador desde el año 26 al 36 de la Era Cristiana.

22. b) Instituciones y partidos. A través de tantas vicisitudes y calamidades, Dios mantuvo siempre viva en Israel la esperanza de un futuro libertador o Mesías. No obstante sus infidelidades, Dios le envió muchos profetas, los cuales mantuvieron y avivaron constantemente la fe del pueblo de Dios. Para mantenerlo en este estado contrbuyeron las siguientes instituciones y partidos:

El Sanedrín. Instituido, según parece, después de la cautividad, era un tribunal o senado de 71 miembros, pertenecientes a lo más venerable de Israel, que tenía por objeto velar por la observancia de la ley y todas las instituciones judías. A la venida de Cristo, todos los cargos eran objeto de las pasiones políticas y estaban en manos de los partidos. El presidente era elegido por la autoridad civil.

Los *fariseos*, nombre que significa *gente separada* o escogida, se consideraban como los directores espirituales del pueblo. Procedentes de la clase media, su distintivo era el cultivo material de la ley, que estudiaban hasta el más insignificante pormenor y rodeaban de prescripciones ridículas. Por otra parte, llenos de las pasiones más bas-tardas, mientras profesaban defender los ápices más menudos de la ley, no vacilaban ante los crímenes más atroces por deshacerse de los que se les atravesaban en su camino.

Los *saduceos* eran el polo opuesto de los fariseos. Procedían de la clase más elevada, y en punto a doctrina, eran los portavoces de las ideas helénicas entre el mundo judío, llegando a negar la existencia de las almas separadas de los cuerpos. Verdaderos racionalistas de su tiempo, negaban la resurrección de los cuerpos y venían a parar a una especie de moral utilitaria. Su influencia era muy grande, gracias a su riqueza, que les permitía mantener la dirección del Sanedrín.

ESTADO SOCIAL Y MORAL. El nivel social y moral del mundo judío era muy bajo. Los saduceos, es decir, los ricos, estaban completamente materializados. Los fariseos profesaban un rigor extraordinario; pero en realidad eran fanáticos soberbios, verdadero tipo del hipócrita, que imponían a los otros cargas insostenibles con prescripciones arbitrarias, mientras ellos sólo miraban por su medro personal. El pueblo, en conjunto, aunque desde el punto de vista moral estaba

1934. ID., *Les idées juives au temps de Notre-Seigneur*. P. 1934. En *Bibl. cath. Sc. rel.* ID., *Les espérances messianiques en Palestine au temps de Jésus-Christ*. En *Nouv. Rev. Th.*, 60-61 (1933-1934). LECLERCQ, H., *Artic. Judaïsme*, en *Dict. Arch.* DESNOYERS, L., *Histoire du peuple hébreu des juges à la captivité*. 3 vol. P. 1922. RICCIOTTI, J., *Historia de Israel*. Trad. por J. Zubiri. 2 vol. B. 1946.

muy por encima de los pueblos gentiles, sin embargo era víctima de las pasiones de sus dirigentes y de los vicios de su época.

Esto no obstante, existía una *élite* de fieles israelitas, que guardaban con toda su pureza el espíritu de la ley. Entre estos elementos se conservó la viva expectación del Mesías, según aparece en Simeón y Ana, y aun lo dan a entender las preocupaciones de los escribas y fariseos.

23. c) Los judíos de la dispersión. Con ocasión del cautiverio de Nínive y Babilonia, los judíos entraron en íntimo contacto con otros pueblos, y así, aun después de concedida la libertad, muchos continuaron allí formando nutridas colonias judías. Estas colonias de Mesopotamia se fueron rápidamente consolidando y aumentando, por lo cual en tiempo de Alejandro Magno y de sus sucesores, los diádocos, se extendieron al Egipto, sobre todo a Alejandría, fundada en 332 a. Cr. Allí formaron bien pronto un núcleo nutridísimo, de modo que, a la venida de Cristo, Alejandría era un centro judío de primer orden, que contaba con unos 200 000, los cuales disponían de una riqueza que los hacía dueños de toda la industria, y poseían una cultura extraordinaria. Semejantes colonias existían en Damasco, Esmirna, Corinto y en las ciudades más importantes del oriente. Algo parecido se puede afirmar de occidente. En Roma, bajo Tiberio, había unos 150 000 judíos, que formaban un *ghetto* especial al otro lado del Tíber. También sabemos que existían colonias judías en las Galias y en España ⁷⁾.

Esto tuvo dos efectos. Por una parte, sobre todo en un centro cultural como Alejandría, se formó una ideología especial, que no era otra cosa sino una mezcla de judaísmo y helenismo, que llegó a adquirir gran influencia. El portavoz de este sistema fué Filón, judío contemporáneo de Cristo ⁸⁾. De las ideas de Platón y de los estoicos, formóse un concepto de un Dios, incapaz de todo contacto con la materia. De ahí la necesidad de intermediarios, de los cuales el principal es el Logos o el Verbo. En la doctrina de Filón se hallaba ya la base del gnosticismo.

El segundo efecto de esta situación fué la influencia benéfica que tuvo en el mundo pagano que lo rodeaba, un núcleo tan conspicuo de judíos. Con esto se fué creando en todas partes un círculo de admiradores y neófitos de la religión judía, a quienes se llamaba *prosélitos*, de los cuales se distinguían dos categorías: los «prosélitos de la puerta», los cuales ya admitían el monoteísmo, aunque sin someterse todavía a la circuncisión; y los «prosélitos de la justicia», que admitían la circuncisión y eran reconocidos plenamente como judíos. Su importancia para el Cristianismo fué extraordinaria, pues entre ellos reclutaron los Apóstoles la mayor parte de los primeros cristianos.

⁷⁾ HARNACK calcula los judíos de la dispersión en seis veces más que los que vivían en Palestina (Mission..., 2.ª ed. I, 4 s.). La situación religiosa de los judíos de la diáspora era muy favorable. El Estado romano usaba con ellos de absoluta tolerancia, por lo cual formaban como pequeños Estados con su jerarquía propia y libre ejercicio de su religión.

⁸⁾ PHILONIS OPERA, ed. por L. Cohn y P. Wendland, 6 vol. 1896 s. BRÉHIER, E., Les idées philosoph. et relig. de Philon. P. 1908. LOUIS, M., Philon, P. 1911.

CAPÍTULO II

Fundación y obra de los Apóstoles en la Iglesia

24. Ante todo, debe considerarse la obra fundamental realizada por Jesucristo en el primer establecimiento de la Iglesia. Luego, la obra de los Apóstoles, primero en Palestina y más tarde en la conversión del pueblo gentil, en lo que sobresalen particularmente S. Pablo, con sus viajes apostólicos, y S. Pedro, con la fundación de la Sede Romana. Un caso particular, de especial interés para nosotros, son las tradiciones sobre el origen apostólico de la Iglesia española.

I. Jesucristo como fundador de la Iglesia Católica ¹⁾

Estando el mundo preparado en la forma indicada, vino al mundo el Hijo de Dios y tomó carne humana con el objeto de redimir al hombre. La exposición de todo lo que hizo para obrar la Redención, y el estudio de los insondables misterios que

¹⁾ La base bibliográfica la forman los cuatro Evangelios y los demás escritos del Nuevo Test. Además, multitud de vidas de Cristo, entre las cuales citamos las siguientes: FOUARD, La vie de N. S. Jésus-Christ. 13.ª ed. 2 vol. 1901. LAGRANGE, L'Evangile de Jésus-Christ. P. 1928. ZAHN, TH., Grundriss der Geschichte des Lebens Jesu. 1928. MICHEL, A., Artic. Jésus Christus, en Dict. Th. Cath. WILLAM, Vida de Jesús. 6.ª ed. cast. M. 1946. GRANDMAISON, L. DE, Jesucristo. Su persona, su mensaje, sus pruebas. Trad. por J. Sendra. 2.ª ed. B. 1941. FILION, L. CL., Vida de Nuestro Señor Jesucristo. Trad. por V. Larrañaga. 2 vol. M. 1942. LEBRETON, J., La vida y doctrina de Jesucristo Nuestro Señor. Trad. por F. Cereceda. 2 vol. M. 1942. LEAL MORALES, J., Jesucristo Dios-Hombre. 2 vol. B. 1942. ROBINSON, B. W., Jesus in Action. Nueva York 1942. HOUSE, R., Cristo Jesús. Su vida, según los documentos más modernos. Santiago de Chile 1943. RICCIOITI, J., Vida de Jesucristo. Trad. por J. C. de Luaces. 2.ª ed. B. 1946. CRISTIANI, L., Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador. Trad. por J. Goenaga. Bilbao 1944. PRAT, J., Jesucristo, su vida, su doctrina, su obra. 2 vol. Méjico 1948. GOU-DIER, A., Vida pública de N. S. Jesucristo. 2. vol. Buenos Aires s. a. FERNÁNDEZ, A., Vida de N. S. Jesucristo. M. 1948. SALGADO, P., Vida de Jesucristo. Trad. cast. M. 1946. ALMAZÁN, D. M., Jesús de Nazaret. B. 1946. BABABÉ, P. H., Jésus, notre Sauveur. Ottawa 1949. FELDER, H., Jesús de Nazaret. Buenos Aires 1949. GLOVER, T. R., The Jesus of History. L. 1949. BESSIÈRES, A., Vie de Jésus. Son pays, son combat. P. 1940.

encierra su santísima persona, llenaría volúmenes enteros y de hecho forma parte de diversos tratados de Teología. Aquí sólo nos interesa dar una idea de algunos puntos referentes a la cronología de su vida, e indicar brevemente los pasos que siguió para el establecimiento de la Iglesia romana.

a) Fecha del nacimiento²⁾. Comenzando la Era Cristiana el año del nacimiento de Cristo, y coincidiendo el año 1 de nuestra Era con el 753 de la fundación de Roma, parece no debería existir duda alguna sobre esta cuestión. Pero el punto de la dificultad está en que estos datos no son exactos.

Efectivamente, hacia el año 526 Dionisio el Exiguo hizo algunos cálculos para fijar la fecha del nacimiento de Cristo, y según ellos se señaló el 753 U. c., por lo cual se contó este año como el primero de la Era Cristiana. Sin embargo, esto es inexacto.

Flavio Josefo (Bell. Iud., I, 21) dice que Herodes el Grande murió el año 750 U. c. Ahora bien, según Mateo, Lucas y Macrobio, Herodes murió poco después de la muerte de los inocentes. Por tanto, Cristo debió nacer antes del año 750 U. c., y así, teniendo en cuenta el tiempo que debió transcurrir hasta la adoración de los Magos, la degollación de los inocentes y muerte de Herodes, puede aceptarse el 749 ó 748 U. c. como el año del nacimiento de Cristo.

Además, S. Lucas (3, 1, 23) dice que al ser bautizado Jesús, contaba «quasi annor. 30», y por otra parte S. Juan Bautista comenzó su ministerio el año 15 del reinado de Tiberio. La dificultad está en fijar exactamente el año del principio del reinado de Tiberio, pues no consta si se debe colocar el 764, en que Augusto lo asoció, o el 767, en que murió. Pero en todo caso la fecha del 749 para el nacimiento está conforme con todos los datos transmitidos. En efecto, admitiendo como más probable que el reinado de Tiberio comienza el 764, al ser bautizado Cristo quince años más tarde, era el 779, y si entonces Jesús tenía 30 años, debió nacer hacia el año 749.

No merece casi la pena citar aquí la reciente negación de la existencia de Cristo de parte de Kalthoff, Jensen, Drews y otros, quienes consideran a Jesús como un personaje mitológico³⁾. En primer lugar, el testimonio de los *Evangelios*, de los *Hechos de los Apóstoles* y de las *Epístolas de S. Pablo*, cuya autenticidad se prueba con argumentos ciertísimos, es sufi-

²⁾ HOLZMEISTER, U., *Chronologia vitae Christi*. R. 1933. LLAMAS, J., La cronología de Jesús. En *Rel. Cult.*, 24 (1933) s. BOVER, J. M., ¿En qué año murió Jesucristo? En *Raz. Fe*, 103 (1933), 5-26. HENNING, R., *Das Geburts- und Todesjahr Christi*. 1936. OGG, G., *The chronology of the public ministry of Jesus*. Cambridge 1940. VILLOSLADA, R. G., *El XIX centenario... Cronología*. Bilbao 1929.

³⁾ LÉPIN, M., *Le Christ Jésus. Son existence historique et sa divinité*. P. 1929. ID., *Le problème de Jésus*. P. 1936. BUYSSÉ, P., *Jésus ante la crítica. Su existencia, etc.* B. 1930. KLEIN, F., *La vie humaine et divine de Jésus-Christ, Notre-Seigneur*. P. 1933. SALVAGNAC, TH., *Jésus de Nazareth, roi des Juifs*. P. 1935. PINARD DE LA BOULLAYE, H., *Jésus et l'Histoire*. P. 1929. MACKINNON, J., *The historic Jesus*. L. 1931. RODRÍGUEZ, C., ¿Ha existido Jesucristo? *El Escorial* 1933. RANCOURT, G. DE, *La vérité sur Jésus de Nazareth*. P. 1935. BRAUN, F.-M., *La sépulture de Jésus. A propos de trois livres récents*. P. 1937. LEAL-MORALES, J., *Jesucristo Dios-hombre*. 2 vol. B. 1942. ANOLD-BACH, TH., *Le Christ cet inconnu. D'après les derniers découvertes archéologiques*. 2 vol. Bruselas 1947. CURSAC, G. DE, *Les dates exactes de la vie du Christ*. P. 1947. ISAAC, J., *Jésus et Israël*. P. 1948.

ciente para probar la existencia real de Jesús mucho mejor de lo que se prueba la de tantos otros personajes de aquel tiempo, de quienes nadie duda. Pero, además, tenemos otra serie de *documentos de escritores paganos*, contemporáneos de los hechos. Así: *Tácito* (An 15, 14), al referir la persecución de Nerón, habla del ajusticiamiento de Cristo por Pilatos. *Plinio el Joven* hacia el año 112, en una carta al emperador Trajano (Ep. X, 96), supone su existencia. *Flavio Josefo*, en un pasaje que algunos críticos suponen interpolado, pero otros admiten como auténtico, como Harnack (*Antiq.*, 18, 3, 3), habla expresamente de su vida; y en otro lugar seguramente auténtico (Ib. 20, 9, 1) designa a Santiago el Menor como hermano de Jesús. A esto hay que añadir la pléyade de testimonios de los cristianos a partir del siglo I.

25. b) La obra de Cristo⁴⁾. Después de una vida enteramente escondida, comenzó Jesús hacia el año 27 de la Era Cristiana, su vida pública, en la que realizó el plan de su obra redentora. En su predicación se presentó como enviado del Padre, Mesías prometido e Hijo de Dios, lo cual lo probó con una serie de milagros, que han quedado consignados en los Evangelios. Pero el punto céntrico de su actividad lo constituyó la formación y organización de una sociedad espiritual y visible, la Iglesia. Esto era enteramente opuesto a la idea defendida y fomentada por los judíos y sobre todo por los escribas y fariseos; pues mientras éstos se imaginaban un reino temporal y de grandezas terrenas, en que ellos serían los príncipes y potentados, Jesús predicó un reino espiritual e interior, fundado en las virtudes sólidas, en la más estricta moral y en la perfecta sujeción a Dios, reino por otra parte abierto a todo el mundo, que no hacía diferencia entre israelita y gentil.

Este reino debía quedar constituido en este mundo por su Iglesia, a la que dió una organización completa. Para ello reunió primero en torno suyo cierto número de partidarios, procedentes en su mayor parte de las clases pobres, y entre ellos escogió un círculo de amigos, los setenta y dos discípulos, de los cuales eligió a los doce Apóstoles, que debían ser los continuadores de su obra. Con paciencia sobrehumana instruyó de un modo particular a este círculo más reducido, y más tarde les comunicó los poderes necesarios para que pudieran ser los directores de su Iglesia. Más aún, con el fin de dar perfecta trabazón y perpetuidad a esta Sociedad, eligió a Pedro como jefe supremo de la misma, comunicándole toda la jurisdicción necesaria para desempeñar su cometido.

Mas a pesar de los milagros obrados en apoyo de sus enseñanzas, a pesar del ejemplo de su vida sin tacha, la mayoría de los dirigentes del pueblo judío se mantuvo obstinada frente al Mesías, a quien no quiso reconocer como tal. Más aún, los príncipes de los sacerdotes, los escribas y fariseos, ciegos de rencor contra un hombre que echaba abajo todos sus ensueños de grandeza y ambición y era una reprensión constante de su conducta escandalosa, le declararon guerra a

⁴⁾ VACANDARD, *L'Institution formelle de l'Eglise par le Christ*. P. 1910. En *Etudes de critique et d'hist. rel.*, 2.^a serie. LEBRETON, J., *Jésus Christ et l'origine de l'Eglise*, en FLICHER-MARTIN, I., 63 s. MADDOZ, J., *La Iglesia nuestra Madre. Su paso de luz sobre la tierra*. Bilbao 1946.

muerte y no pararon hasta conseguir deshacerse de él con la muerte en cruz, la más afrentosa que entonces se conocía.

Pero todo esto entraba en los planes de la Providencia. Con el sacrificio supremo de la cruz quedó consumada la Redención del género humano, y a los tres días de su muerte el crucificado resucitó triunfante y glorioso, dando con esto la prueba más convincente de su divinidad. De esta manera sus discípulos y Apóstoles quedaron confirmados en su fe, la Iglesia quedó sólidamente establecida, y al subir Él al cielo definitivamente, dejó en la tierra al pequeño grupo de sus representantes, que formaban ya el primer núcleo de la Iglesia militante o de su reino en este mundo.

26. c) Año de la muerte de Cristo. Como la fecha del nacimiento, así también es muy discutida la de su pasión y muerte, si bien la gran mayoría de los eruditos conviene en señalar el año 30 ó el 33 de la Era Cristiana.

En efecto, consta que el Salvador murió siendo procurador Poncio Pilatos, esto es, entre los años 26 y 36. Consta igualmente que la muerte tuvo lugar un viernes, que fué el 14 ó 15 de Nisan. Se pregunta, pues, en qué años entre 26 y 36 cayó en viernes el 14 ó el 15 de Nisan. Los cálculos han dado este resultado: año 30 (7 de abril); año 33 (3 de abril). Alguno también añade el año 29. Entran, pues, principalmente en cuestión los años 30 y 33, entre los cuales nos parece que tiene más probabilidad el 30.

1. Así, S. Lucas (3, 23) dice, que al ser bautizado Jesús contaba *quasi* 30 años. La expresión *quasi* se puede alargar moralmente entre 28-32. ¿A qué años de nuestra Era corresponden? Deberíamos conocer con exactitud el año del nacimiento. Aceptando, empero, el 749 U. c., el año 27 de la Era Cristiana, Cristo tendría 31 años, y dando tres a la vida pública, llegamos al año 30.

2. La declaración de los judíos en la primera Pascua de la vida pública sobre la reconstrucción del templo hecha por Herodes, confirma lo mismo. En efecto, afirmaron que se habían empleado 46 años en la construcción de aquel templo (Jo, 2, 20). Ahora bien, el principio de esta obra lo fija Josefo en el año 734 U. c. Si, pues, a los 734 sumamos 46, tenemos el año 780 de la fundación de Roma. Por tanto, suponiendo tres años de vida pública, llegamos al año 783, que es el 30 de la Era Cristiana.

II. Comunidad cristiana de Jerusalén. Crecimiento del Cristianismo ⁵⁾

27. a) Primera actividad y vida de la naciente Iglesia. Cuando Jesucristo subió al cielo, la Iglesia por Él fundada contaba en Jerusalén unas 120 personas, y en Galilea unas 500.

⁵⁾ DÖLLINGER, J., Christentum u. Kirche in der Zeit der Grundlegung. 2.^a ed. 1868. FOUARD, C., Les origines de l'Eglise. Saint Pierre. P. 1904. LAMUS, Mgr., L'oeuvre des Apôtres. 3 vol. P. 1905. HARNACK, A., Beiträge zur Einleitung in das Neue Test. I. Lukas der Arzt. 1906. ID., III. Die Apostelgeschichte. 1908. DUFOURCO, A., Histoire de la fondation de l'Eglise. 2 vol. P. 1909. FOAKES JACKSON, F. J., y KIRSOPP LAKE, The Be-

El jefe indiscutible entre ellas era Pedro. Por esto él fué quien propuso la idea (Act. 1, 15) de sustituir, en lugar del traidor Judas, a uno de los discípulos más adictos de Jesús, como lo fué en efecto Matías. En estas circunstancias, a los diez días, bajó sobre los doce el Espíritu Santo, según lo prometido, y les comunicó aquel cúmulo de gracias que los convirtió en los predicadores más esforzados del Evangelio.

El primer efecto del descenso del Espíritu Santo fué, que por la predicación de Pedro se convirtieron unas tres mil personas (Act. 2, 41) de las que se hallaban entonces en Jerusalén, procedentes de todos los confines de la tierra. A estas conversiones siguieron pronto otras, con lo cual aumentaba rápidamente el número de fieles. La vida de la joven Iglesia era un ideal de perfección: «Multitudinis autem credentium erat cor unum et anima una» (4, 32). Los necesitados encontraban una ayuda tan eficaz, que pudo escribirse: «habebant omnia communia» (2, 44).

De este rasgo tan sublime algunos han pretendido deducir últimamente que entre los primeros cristianos existía un verdadero comunismo ⁶⁾. Pero toda esta construcción cae por su base, si se considera que aquello era completamente voluntario y no se imponía a nadie por la fuerza.

La distribución de los donativos y toda la dirección de la comunidad pertenecía a los doce. Por esto, viendo ellos que tantas ocupaciones apartaban su atención del trabajo más importante de la predicación del Evangelio, procedieron a la elección de *siete diáconos*, que debían tomar la dirección de todos estos ejercicios de caridad y ser propiamente los colaboradores de los Apóstoles (6, 1 s.).

28. b) Reacción de los judíos y primeras persecuciones. A pesar de que los primeros cristianos seguían observando la ley mosaica y asistían al templo, excitaron bien pronto los celos de los escribas y fariseos. La curación del cojo de nacimiento en la puerta *especiosa* del templo (3, 1 s.), obra por Juan y Pedro, fué la chispa que produjo el incendio. A la cabeza de los descontentos estaba el Sanedrín y en él los saduceos que lo manejaban. Mandaron, pues, prender a Pedro y Juan, autores del milagro, y después de un simulacro de proceso, temiendo que el pueblo se soliviantara, decidieron dejarlos en libertad, mandándoles, sin embargo, que no continuaran predicando aquellas nuevas doctrinas. A tan injusta orden respondieron

ginnings of Christianity. 5 vol. L. 1920-1933. BUONAIUTI, E., Saggi sul Cristianesimo primitivo. Città di Castello 1923. BATIFFOL, P., L'Eglise naissante et le Catholicisme, p. 1-113. 11.^a ed. P. 1927. MADDOZ, J., La Iglesia de Jesucristo. Fuentes y documentos para el estudio de su constit. e historia. M. 1935. HOTINE, J., Adventure in the early Church. L. 1940. NICHOLS, R. H., The growth of the Christian Church. 2.^a ed. Filadelfia 1941. CERFAUX, L., La communauté apostolique. P. 1943. ERRANDONEA, J., El primer siglo cristiano. Documentos. M. 1947. BARNES, E. W., The rise of Christianity. L. 1947. HOMO, L., Le siècle d'or de l'Empire romain. 2.^a ed. P. 1947.

⁶⁾ STEINMANN, A., Jesus und die soziale Frage. 1920. MEFFERT, FR., Der Kommunismus Jesu und der Kirchenväter. 1922.

los Apóstoles con aquellas valientes palabras: «Non... possu-mus quae vidimus et audivimus non loqui» (4, 20).

Los Apóstoles continuaron su actividad misionera con un celo acrisolado con la persecución y confirmado con prodigios y conversiones. El resultado fué que el Sanedrín ordenó de nuevo la prisión de los doce; mas libertados milagrosamente por un ángel (5, 18 s.), los volvió a encarcelar. La narración que nos presentan en este lugar los Hechos es sublime. Presentados los Apóstoles ante el Sanedrín y reconvenidos duramente por su desobediencia, en vez de sentirse intimidados, responde Pedro en nombre de todos: «Obedire oportet Deo magis quam hominibus» (5, 29). Sin embargo, los judíos decidieron libertarlos; mas para intimidarlos, los azotaron antes de soltarlos y les prohibieron severamente predicar la doctrina de Jesús. Fué inútil. Aquellos azotes fueron el mejor estímulo de su celo. «Gozosos salieron de la presencia del Sanedrín... por haber sido juzgados dignos de padecer por el nombre de Jesús» (5, 41).

Así, pues, como los Apóstoles no cesaron de predicar y creciera más todavía el número de los conversos, se llegó bien pronto a un conflicto más sangriento, que podemos considerar como la *primera persecución* propiamente tal. En efecto, uno de los siete diáconos, S. Esteban, llevado del celo de la gloria de Dios, predicaba un nuevo Evangelio, apostrofando con frases duras a los falsos intérpretes de la ley. Esta predicación desencadenó el furor de los judíos, y, efectivamente, no pudiendo contenerse, se lanzaron tumultuariamente sobre Esteban, lo arrebataron a las afueras de la población y lo apedrearon como blasfemo. La muerte de Esteban fué la señal de una persecución general, con que los fariseos y doctores judíos querían acabar con el Cristianismo naciente. Probablemente sucedió esto el año 36, aprovechando el relevo del gobernador Pilatos.

29. c) Primer contacto del Evangelio con el mundo gentil ⁷⁾. Esta persecución fué providencial, pues por efecto de ella casi toda la comunidad de Jerusalén hubo de dispersarse y se dirigió a otras regiones, en donde derramó la buena nueva. Sólo los Apóstoles se mantuvieron en sus puestos de Jerusalén o Palestina.

Uno de los fugitivos fué el diácono Felipe, quien se dirigió primero a *Samaria* y comenzó a predicar allí el Evangelio. El fruto fué notable. Hasta un tal Simón, que había ejercido allí sus artes mágicas, se hizo bautizar (8, 13). Entonces, pues, teniendo noticia del fruto que se hacía, se trasladaron allá los Apóstoles Pedro y Juan, impusieron las manos a los nuevos cristianos e hicieron bajar sobre ellos el Espíritu Santo, hasta el punto que el mago Simón se admiró y quiso comprar con dinero esta facultad (8, 18). La respuesta de Pedro indica la misma entereza que había mostrado en el caso de Ananías y Safira, (5, 1 s.).

El mismo diácono Felipe dió bien pronto un segundo paso en la evangelización de los pueblos no judíos. Iniciada la comunidad de Sa-

⁷⁾ Pueden verse los manuales de historia de las misiones, de SCHMIDLIN, DESCAMPS, MONTALBÁN. Además: LEBRETON, J., *Le monde païen et la conquête chrétienne*. En *Études*, 184 (1925), 147 s. etc. Muchos autores tratan del problema sobre el influjo del paganismo y los cultos paganos sobre el cristianismo. Véase: BATIFFOL, P., *L'Egl. naiss.*, p. 172 s.

maria, mientras se trasladaba a Gaza, se encontró en el camino con el eunuco de la reina de Candaces de Etiopía, prosélito del judaísmo, que volvía de hacer su adoración en Jerusalén. El resultado fué que el gentil creyó en Jesús y fué al punto bautizado. Después de esta conversión, siguió Felipe evangelizando las cristiandades del norte de Gaza hasta Cesarea de Palestina.

Estos primeros pasos en la evangelización de los gentiles tuvieron escasa importancia. Mucho mayor la alcanzaron la conversión del centurión romano *Cornelio* en Cesarea y la fundación de la *cristiandad de Antioquía*. En efecto, después de la persecución que siguió al martirio de Esteban, hubo un período de calma en la región próxima a Jerusalén. Pedro la aprovechó para visitar algunas cristiandades vecinas, y hacia el año 38 ó 39 se encontraba en Joppe, donde tuvo una visión misteriosa, que lo condujo a Cesarea a casa del centurión Cornelio. También éste había recibido una ilustración, y la visita terminó con el bautismo de él con toda su familia.

Al mismo tiempo y por diversos caminos se abría en *Antioquía* otra puerta al universalismo cristiano. Algunos cristianos de Jerusalén predicaron allí el Evangelio y consiguieron fundar una nueva cristiandad, que se componía en su mayor parte de elementos procedentes del gentilismo. Con esto quedaba roto de hecho el exclusivismo judío antes de que se planteara teóricamente la cuestión. El celoso predicador Bernabé, originario de Chipre, recibió de los Apóstoles la comisión de organizar y dirigir la nueva comunidad de Antioquía, cosa que hizo él con muy buen resultado.

30. d) Dispersión de los Apóstoles. Todo parecía proceder prósperamente, cuando de repente, hacia el año 42, estalló de nuevo la persecución en una forma sangrienta. Esta vez el golpe venía de *Herodes Agripa*, nieto de Herodes el Grande, que reinaba desde el año 38 en Galilea y en las provincias transjordanicas, y aun desde el 41 en la Judea y Samaria. Gracias a la relativa paz de que disfrutaba, la Iglesia había hecho notables progresos, por lo cual los fariseos y doctores de la ley estaban cada día más celosos. Esto lo sabía muy bien Herodes, y como por otra parte deseaba congraciarse con ellos, decidió asestar un golpe mortal contra los cristianos, destruyendo sus cabezas. Así, pues, el año 42 hizo ajusticiar a Santiago el Mayor (12, 2 s.), uno de los Apóstoles más conspicuos, y luego, con la misma intención, puso en la cárcel al jefe de todos, Pedro.

Pero Dios velaba por su Iglesia. Con un milagro estupendo, Pedro fué desatado de sus cadenas por un ángel, puesto en libertad y conducido a las afueras de la población, desde donde se dirigió «a otro lugar» (12, 17). No mucho después, el año 44, murió desastrosamente el mismo Herodes (12, 23). La persecución, pues, se detuvo en sus mismos comienzos.

Entretanto los Apóstoles, quienes, según antigua tradición, por voluntad expresa de Cristo se mantuvieron en Palestina los primeros doce años, siguiendo sin duda nueva ilustración del cielo, se esparcieron por todo el mundo para predicar el Evangelio.

III. San Pablo. Su conversión y primer viaje apostólico. Concilio de Jerusalén ⁸⁾

31. Hallándose la naciente Iglesia en este estadio decisivo, entra de lleno en escena el Apóstol Pablo, el hombre providencial, verdadero genio de la predicación cristiana y modelo de todos los misioneros.

a) **Su conversión y preparación para el Apostolado.** Tenía por nombre Saulo; mas como ciudadano romano, se llamaba asimismo Pablo. Nació en Tarso de Cilicia, de la tribu de Benjamín, y recibió en Jerusalén una educación estrictamente judía bajo la dirección del eminente rabino Gamaliel; pero al mismo tiempo poseía una formación completa en el helenismo de su patria. Hombre de grandes dotes y de natural vehemente y apasionado, hizo suyos todos los prejuicios que alimentaban los fariseos contra el Cristianismo naciente, como lo probó en el martirio de S. Esteban, al que asistió custodiando las vestiduras de los que lo apedreaban (Act. 7, 58) y animándolos sin duda a completar su obra.

No contento con esto, mientras muchos de los dirigentes cristianos se dispersaban o huían para escapar a la persecución, quiso Saulo con su fogoso temperamento acabar con aquella secta, y así procuró del príncipe de los Sacerdotes cartas de recomendación para las sinagogas de Damasco y poderes para prender y traer ante el Sanedrín a los que pudiera sorprender. Iba, pues, lleno de planes de exterminio, camino de Damasco, cuando se sintió de repente cegado por una luz celestial y llamado por una voz misteriosa, que lo derribó al suelo. El resultado de este prodigio fué, que rendido Pablo a la orden imperiosa de Jesús y ciego momentáneamente en señal del milagro acaecido, se dirigió por mandato del mismo Señor al jefe de la Iglesia cristiana de Damasco, Ananías, quien a su vez había sido ilustrado de Dios. Allí recibió el bautismo, recobró la vista y fué presentado a los demás cristianos.

⁸⁾ ABERLE, Chronologie des Apostels Paulus von seiner Bekehrung bis zur Abfassung des Galaterbriefes. 37-57 p. Chr. En Bibl. Z. 1903. 256 s. FOUARD, C., Saint Paul. 2 vol. P. 1908-1910. ANDERSON SCOTT, CH. A., Christianity according to St. Paul. Cambridge 1927. KOESTER, W., Die Idee der K. beim Apostel Paulus. 1928. En Neut. Abh., 14, 1. CONTINI, G., Paolo di Tarso, apostolo delle Genti. Albo 1940. BEAUFYS, J., Saint Paul. 2.^a ed. Bruselas 1940. SAITSCHICK, R., Paulus. 2.^a ed. Zurich 1945. HOLZNER, J., San Pablo, heraldo de Cristo. Trad. cast. 2.^a ed. B. 1946. RICCIOTTI, G., Paolo apostolo. R. 1946. Sobre la doctrina o teología de S. Pablo, véase sobre todo: PRAT, F., La théologie de Saint Paul. 2 vol. 7.^a ed. P. 1920-1923. Trad. castellana, 2 vol. Méjico 1947. BOVER, J. M., Las epístolas de San Pablo. 2 vol. B. 1940. ID., La Teología de S. Pablo. M. 1946. AMIOT, F., L'enseignement de S. Paul. 4.^a ed. 2 vol. P. 1946.

El cambio del perseguidor de los cristianos fué completo. Mas Dios quiso perfeccionar su obra. Pablo se retiró entonces al desierto de Arabia, no lejos de Damasco, y allí, bajo la ilustración directa de Dios, se dedicó tres años enteros a la preparación inmediata para la gran obra del apostolado.

Terminada esta preparación volvió a Damasco, pero tuvo que escapar por la muralla, metido en una espuerta (9, 23). Entonces se dirigió por vez primera a Jerusalén, donde fué introducido por Bernabé entre los cristianos, los cuales no acababan de fiarse de él. Era entonces el año 39 ó 40. S. Pablo, que ansiaba lanzarse a la conquista del mundo gentil, abandonó pronto a Jerusalén, después de entrevistarse con Pedro y Santiago.

Como primer campo de acción eligió Pablo su ciudad natal, Tarso, y allí, en efecto, se hallaba entregado a su obra apostólica, cuando fué requerido por Bernabé el año 41 ó 42 para que acudiera a Antioquía con el objeto de ayudarle en la organización de tan importante Iglesia. Dos o tres años después ambos recibieron la consagración episcopal.

32. b) **Primer viaje apostólico: 46-49.** No mucho después, Pablo, acompañado de Bernabé y de Juan Marcos, dió principio hacia el año 46 a su primer viaje apostólico. Dirigióse en primer lugar a Chipre, patria de Bernabé, donde abundaba el elemento judío y existía ya una comunidad cristiana. En Pafos encontraron al mago Barjesús, a quien estimaba mucho el gobernador Sergio Paulo. Un milagro estupendo, la ceguera del mago obrada por la invocación del Apóstol (Act. 13, 11), abrió los ojos al gobernador y lo convirtió. La Iglesia de Chipre quedaba con esto sólidamente establecida.

De Pafos se trasladó entonces Pablo al continente y entró en Perge de Pamfilia. Su plan era internarse en las florecientes regiones del Asia Menor; pero entonces se les separó Juan Marcos y se volvió a Jerusalén. Pablo lo sintió vivamente; pero sin arredrarse por nada, se dirigió con Bernabé a Antioquía de Pisidia, de donde pasó no mucho después a Iconio, Listra y Derbe de Licaonia. En todas partes empleó el mismo sistema de evangelización. Se dirigía primero a los judíos en sus sinagogas y les anunciaba el cumplimiento de la ley en Cristo, el anunciado Mesías. Mas, como invariablemente era rechazado por éstos, se entregaba desde entonces a la evangelización de los gentiles. El nervio de su doctrina lo formaba la salvación por la fe en Cristo sin necesidad de la ley Mosaica, y se entregaba con tanto ardor a su obra, que los espíritus bien dispuestos quedaban subyugados por su elocuencia. De vuelta de este primer viaje, recorrió de nuevo las poblaciones de Listra, Iconio y Antioquía de Pisidia, poniendo al frente de cada comunidad a los presbíteros (Act., 14, 22), y hacia el año 49 se hallaba en Antioquía.

33. c) Concilio de Jerusalén. La llegada de Pablo fué muy oportuna. La cuestión sobre si los conversos del gentilismo debían sujetarse a la ley de Moisés y en particular a la circuncisión, agitaba los ánimos cada día más. Algunos cristianos judíos habían acudido a Antioquía y trataban de imponer allí la doctrina sobre la necesidad de la circuncisión. Como el asunto era tan vital para el apostolado de Pablo, éste y Bernabé se dirigieron a Jerusalén, donde se celebró una asamblea, a la que asistieron los Apóstoles y los presbíteros de la ciudad. Es el primer Concilio de la Iglesia, celebrado por los mismos Apóstoles el año 49 ó 50.

Como era de suponer, los judío-cristianos trataron de defender su opinión; pero al fin se impuso la que respondía claramente a los designios universalistas de la Providencia: que no se debía imponer a los conversos del gentilismo ningún precepto de la ley mosaica. Lo único que pidió el Concilio, a propuesta de Pedro y Santiago, fué que se abstuvieran todos de tres cosas especialmente repugnantes a los judíos: la participación en los banquetes sacrificales paganos, el comer sangre o carne de animales ahogados, y los pecados de la carne (15, 1 s.).

Pero la solución se dirigía exclusivamente a los cristianos procedentes del gentilismo. Los judíocristianos, en cambio, obraban de diversas maneras. Así, mientras en Antioquía también ellos se desligaban de la ley de Moisés, en Jerusalén obligaban a observarla juntamente con la cristiana. El mismo Pedro, viviendo en Antioquía, se acomodó a los cristianos del gentilismo; mas como se presentarán algunos venidos de Jerusalén, para no escandalizarlos y por evitar mayores disturbios, se apartó otra vez de aquéllos y continuó viviendo como los judíocristianos.

Pablo temió que esta conducta del jefe de la Iglesia indujera a muchos a error, haciéndoles creer en la necesidad de la ley de Moisés, lo cual podía ser fatal para el apostolado futuro. Por esto quiso provocar una solución definitiva, por lo cual, como dice él mismo (Gal. 2, 11) «in faciem ei restiti», le recriminó aquella conducta, que se oponía a la decisión del Concilio de Jerusalén y comprometía la actividad entre los gentiles. Esta actitud enérgica de Pablo tuvo efecto inmediato. En adelante la cuestión quedó resuelta en favor de la libertad cristiana.

IV. Segundo y tercer viaje apostólico de Pablo. Fin de su actividad ⁹⁾

34. a) Segundo viaje apostólico: 50-53 (Act. 15, 36 s.). Pasado este incidente, Pablo tomó a Silas y se dirigió con él, ante todo, por Siria a Cilicia y Licaonia, donde visitó las Iglesias organizadas en su

⁹⁾ Véase la nota anterior. Además: STEINMETZ, R., Die zweite römische Gefangenschaft des Apostels. P. 1897. FREY, J., Die letzten Lebensjahre des Paulus. 1910. LIETZMANN, H., Petrus und Paulus in Rom. 2.^a ed. 1927. Véase también la Bibl. sobre el viaje de S. Pablo a España (n.º 45).

primer viaje, Derbe y Listra, y allí se les juntó su discípulo converso Timoteo. Habiéndose detenido también en Iconio, continuaron a través del Asia Menor hasta Misia, desde donde Pablo trataba de entrar en el Asia Proconsular. Mas, de un modo milagroso, el Espíritu Santo los hizo torcer rumbo hacia Tróade, de donde se embarcaron hacia Macedonia. Desde este punto los acompaña el médico Lucas, autor de esta narración.

Era el primer territorio europeo que pisaba el Apóstol de las gentes. En Filipos logró la conversión de la matrona Lidia (16, 14) con su familia; pero pronto es arrojado a la cárcel, donde convierte al carcelero, mas tiene que abandonar la ciudad, aunque deja en ella una buena comunidad cristiana. En Tesalónica predica, como en todas partes, y obra muchas conversiones en la sinagoga; pero es hecho objeto de una persecución sangrienta de parte de los judíos, que lo obligan a escapar. En Berea tuvo igualmente buen éxito entre los prosélitos; pero acosado por los judíos de Filipos y Tesalónica, salió también de allí. De esta manera entró Pablo en Atenas, sede de la cultura clásica. Allí tuvo ocasión de dirigir la palabra en el areópago y de hacer algunas conversiones ilustres, particularmente la de Dionisio Areopagita. Pero la vaciedad de los filósofos atenienses, quienes lo trataron con irónica altanería, debió llegarle al alma, y tal vez por esto decidió salir relativamente pronto y se encaminó a Corinto.

En Corinto, la ciudad más rica del oriente europeo, se detuvo Pablo hasta año y medio. Los judíos le hicieron una oposición decidida. Hubo de responder ante el tribunal del procónsul Galión; pero salió triunfante de todas las dificultades y tuvo la satisfacción de convertir al mismo jefe de la sinagoga, Crispo, y de organizar una de las cristiandades más prósperas. Desde Corinto escribió, según parece, las primeras cartas que se conservan, que fueron las dos a los de Tesalónica, motivadas por ciertos disturbios entre los cristianos. El año 53 dejó por fin Corinto para ir a Jerusalén a cumplir un voto, que no sabemos en qué consistía. De Jerusalén se dirigió luego a Antioquía.

35. b) Tercer viaje apostólico: 54-58 (Act. 18, 23 s.). El año siguiente emprendió Pablo una nueva excursión apostólica, acompañado de su converso, el joven Tito. Hizo primero una jira rápida por las cristiandades del Asia Menor, y se dirigió a Éfeso, una de las ciudades de mayor importancia del oriente. Por eso mismo prolongó esta visita dos años y medio, en los que desarrolló una actividad sorprendente, si bien, para no ser cargoso, vivía del trabajo de sus manos. Las conversiones fueron abundantes, comenzando por la instrucción de los discipu-

los de un tal Apolo, y siguiendo por gran número de los que ejercían artes mágicas, lo cual precisamente le proporcionó una violenta persecución, que fué causa de su salida. Durante este tiempo escribió Pablo una carta a los cristianos de Galacia y la primera a los de Corinto, donde habían surgido ciertas disensiones que exigían su intervención.

De Éfeso se encaminó Pablo otra vez a Tróade y de allí a Macedonia. En Filipos recibió a Timoteo, que había sido portador de la carta a los corintios, quien le dió noticias consoladoras sobre la buena acogida dispensada a su escrito. Esto le ofreció ocasión para escribirles de nuevo otra carta, llena de solicitud y ternura. No mucho después partió para Grecia y pasó en Corinto tres meses durante el invierno de 57-58, visitando asimismo la comunidad de Atenas. Durante su estancia en Corinto escribió la célebre epístola a los Romanos, en la que da un verdadero resumen de toda su Teología.

Aquí termina la actividad de Pablo en este tercer viaje apostólico. Desde Corinto emprendió su viaje de vuelta atravesando Macedonia. En Tróade obró el milagro de la resurrección de un muerto. En Mileto tuvo un discurso de despedida, que muestra la ternura de su corazón. Finalmente, se encaminó a Cesarea y de aquí a Jerusalén, portador de abundantes limosnas para aquella Iglesia. Allí se hallaba en Pentecostés del año 58.

36. c) Prisión de Pablo y su traslado a Roma. En Jerusalén, Pablo fué acogido con gran regocijo (Act. 21, 17 s.); sin embargo, el núcleo del partido judaizante se exasperó hasta el delirio. De nada sirvió que Pablo, siguiendo el consejo de Santiago, se presentara en el templo para purificarse (21, 23 s.) del supuesto crimen de desprecio a la ley. Precisamente cuando se hallaba en esta ceremonia, un pelotón de judíos, reforzado con algunos venidos del Asia Menor, levantaron contra Pablo un alboroto, que puso en verdadero peligro su vida; pero el tribuno Lisias logró arrancarlo de manos de la turba y trató luego, sin embargo, de aplicarle el tormento, del que Pablo se libró haciendo valer su calidad de ciudadano romano. Poco después lo hizo juzgar regularmente por el Sanedrín; mas como se alborotaran más los ánimos y aun se conspirara contra la vida de Pablo, Lisias lo remitió a Cesarea, al procurador Félix.

Dos años duró esta cautividad (58-60) en la cárcel de Cesarea, pues Félix, aunque convencido de su inocencia, no se atrevía a malquistarse con los judíos. Por esto mismo Pablo gozaba de relativa libertad. Mas como el procónsul Festo, sucesor de Félix, insistiera en que debía ser juzgado por el Sanedrín, Pablo apeló al César (25, 10 s.), por lo cual fué remitido a Roma. Efectivamente, después de un viaje lleno de zozobras, en que sufrieron un naufragio y arribaron milagrosamente a Malta, en la primavera del 61 llegó Pablo finalmente a la costa de Italia, donde lo recibieron los cristianos de Puzol con grandes muestras de cariño (28, 13). Luego fué conducido a Roma, cuyos cristianos le salieron al encuentro en Tres Tabernae, y retenido allí en

prisión durante dos años con la sola vigilancia de un soldado. De esta manera pudo mantener frecuentemente trato con los cristianos y continuar su apostolado con los demás.

Con esto termina el relato de los Hechos, sin que sepamos con toda certeza cómo acabó el proceso entablado y cómo empleó el Apóstol el resto de su vida. La opinión más probable es que durante los dos años de prisión escribió una serie de cartas: a Filemón, a los de Colosios, Éfeso y Filipos. Luego, una vez en libertad, pues no parece pudo terminar de otra manera un proceso en que no se presentaba acusación seria de ninguna clase, realizó su plan de venir a España. Finalmente, no sabemos cuándo ni dónde, fué preso de nuevo y arrojado en una cárcel mucho más dura, según dan a entender las cartas llamadas pastorales a Timoteo y Tito, que debió escribir en este tiempo, hasta que fué martirizado en la persecución de Nerón. También en este tiempo escribió la epístola a los Hebreos. Según una antigua tradición, murió por la espada el año 67, tal vez el 29 de junio.

La acción de este grande Apóstol en el origen de la Iglesia fué de una importancia trascendental. Con su clarividencia, él fué quien mejor orientó a los primeros cristianos en la manera de realizar el universalismo de la Iglesia, y con su fogosa voluntad supo poner en práctica el principio de la evangelización de los gentiles, acudiendo a los centros más vitales del Imperio romano e iniciando o consolidando en ellos las iglesias, que debían ser luego poderosos focos de irradiación de la cultura cristiana. Por esto algunos racionalistas modernos han pretendido demostrar que Pablo fué quien con su genio dió al naciente Cristianismo el carácter universal, que no tenía ni le había dado Jesús. Esta concepción es falsa. Jesús manifestó claramente el carácter universal de su Iglesia (Mt. 28, 19), y S. Pedro con los demás Apóstoles probaron con su conducta que así lo entendían, si bien en un principio estuvieron algo indecisos sobre el modo de realizarlo.

V. San Pedro y el origen de la Iglesia de Roma ¹⁰⁾

37. La actividad de S. Pedro hasta su liberación de la cárcel el año 42, queda bastante ilustrada en la primera parte de los Hechos. Mas a partir de esta fecha apenas sabemos nada de él. Solamente se mencionan otros dos hechos en el Nuevo

¹⁰⁾ Ante todo véase: FOUARD, C., Saint Pierre. 15.^a P. 1928. VIEILLARD, B., Recherches sur les origines de la Rome chrétienne. Maçon 1946. Además: CHAPMAN, DOM J., La chronologie des premières listes episc. de Rome. En Rev. Bén., 1901, 399-417; 1902, 17-37, 145-170. MACCHI, La critica storica e l'origine della Chiesa Romana. Prato. 1903. PAGANI, Il cristianesimo in Roma prima dei gloriosi apost. Pietro e Paolo e sulle diverse venute dei principi dei Apostoli in Roma. R. 1906. VACANDARD, E., Études de critique et d'hist. relig. IV. P. 1923. AMBROGGI, P. DE, S. Pietro Apostolo. 1946. WALSLI, W. T., Saint Peter, the Apostle. L. 1949. IVEN, C., Saint Pierre. P. 1950.

Testamento: la presencia de S. Pedro en el Concilio de los Apóstoles (15, 1 s.) y su discusión con Pablo (Gal. 2, 11, 21). Todo lo demás que sabemos sobre S. Pedro ha sido transmitido por la tradición.

a) **San Pedro en Antioquía y otras poblaciones del oriente.** Existe, en primer lugar, una tradición sólidamente fundada, que supone que S. Pedro fué obispo de Antioquía. Orígenes, Eusebio y otros la atestiguan. En cuanto a la fecha, es completamente imposible determinarla. Tal vez, como suponen algunos, estuvo en Antioquía hacia el año 36 ó 37, cuando salió de Jerusalén y visitó diversas ciudades (Act. 9. 32). En esta suposición, la Iglesia de Antioquía habría sido fundada por los cristianos fugitivos de Jerusalén, pero confirmada y sólidamente establecida hacia el año 36-37 por S. Pedro. Poco después trabajaron en la misma S. Bernabé y S. Pablo, ampliando las conversiones.

Menos fundada es la tradición, atestiguada por Orígenes y S. Jerónimo, de la estancia de S. Pedro y su predicación en diversas provincias del Asia Menor, que encabezan su epístola primera: El Ponto, Galacia, etc. Además, de la frase de S. Pablo a los corintios (I Cor. 1, 12; 3, 22), quien entre los varios partidos de la ciudad menciopa el de *Cefas*, deducen algunos que también había predicado allí.

38. Estancia de Pedro en Roma. Origen de esta Iglesia. En cambio, está históricamente bien probada la estancia de S. Pedro y su muerte en Roma, de modo que la mayor parte de los historiadores modernos la admite como un hecho histórico indiscutible. Así lo dice expresamente Harnack ¹¹). Es verdad que en nuestros días ha vuelto a suscitarse la cuestión, de modo que autores de nota, como Lavissey y Rambaud, y sobre todo Heussi, la ponen en duda. Pero no por eso ha perdido nada de su firmeza, y otros historiadores de no menos nota aun del campo acatólico se han encargado de rebatir estas dudas tendenciosas ¹²).

Los testimonios más antiguos sobre la estancia de S. Pedro en Roma, son los siguientes:

1. *S. Pet.*, 5, 13: «Salutat vos Ecclesia quae est in Babylone». Ahora bien, esta Babilonia sólo puede entenderse de Roma en sentido trasladado.

¹¹) Chronologie, I, 1897, p. 244, nota 2.

¹²) Esta nueva polémica es mantenida actualmente en Alemania, principalmente por los conocidos historiadores K. Heussi, que combate la estancia de S. Pedro en Roma, y H. Lietzmann, que la defiende. Pueden verse las obras siguientes: LIGHTFOOT, St. Peter in Rome. (Apostolic Fathers, 2.ª ed., I, 1, p. 481 s.). LIETZMANN, H., Petrus und Paulus in Rom. 2.ª ed. 1927. En Arbeiten zur K.G., por K. Holl y H. Lietzmann, I. FOUARD, C., Saint Pierre. 15.ª ed. P. 1928. BESSON, M., Saint Pierre et les origines de la primauté romaine. Genève 1928. KRÜGER, G., Petrus in Rom. En Z. Nt. Wiss., 31 (1932), 301-306. DANNENBAUER, H., Die röm. Petruslegende. En Hist. Z., 146 (1932), 239-262. STAPYLTON BARNES, A., The martyrdom of St. Peter and St. Paul. O. 1933. HEUSSI, K., War Petrus in Rom? 1936. LIETZMANN, H., Petrus römischer Märtyrer. 1936. En Sitz. Ber. Preuss. Ak. Wiss. Phil.-Hist. Kl., 29. HEUSSI, K., War Petrus wirklich römischer Märtyrer? 1937.

2. *S. Clemente Romano*: hacia el año 96 escribió a los de Corinto diciéndoles que Pedro y Pablo «exemplar optimum inter nos extiterunt» (ad Cor., 5-6).

3. *S. Ignacio de Antioquía* escribe a los romanos: «Non ut Petrus et Paulus vobis praecipio» (Rom. 4, 3).

4. *Papias de Hierápolis*, hacia el año 150, dice que Pedro predicó en Roma y confirmó el Evangelio de S. Marcos, escrito para los romanos (Euseb., Hist. Eccl., 2, 15).

5. *Dionisio de Corinto*, hacia el 170, escribió a los romanos que Pedro y Pablo sufrieron juntos en Roma el martirio (Euseb., Hist. Eccl., 2, 25, 8).

6. *S. Ireneo* habla el año 180 de la fundación de la Iglesia romana por Pedro y Pablo (Adv. Haer., 3, 1-3).

7. *Gayo*, presbítero romano, declara hacia el año 200, que aún podían ver los sepulcros de Pedro y Pablo en Roma (Euseb., Hist. Eccl., 2, 25, 7).

Las nuevas excavaciones en la iglesia de S. Sebastián, «locus ad Catacumbas», son una confirmación excelente; pues en ellas se han descubierto innumerables grafitos con oraciones dirigidas a S. Pedro, que se supone depositado en aquel sepulcro, así como también la expresión «domus Petri» ¹³). Modernamente se discute de nuevo sobre la significación de estas excavaciones.

Fuera del hecho mismo de la estancia de S. Pedro en Roma, atestigua la tradición otros varios relacionados con él. Ante todo, que *S. Pedro fué el primer obispo de Roma*, está contenido en algunos testimonios que hablan de su estancia. Además, se conservan del siglo II algunos catálogos o listas oficiales de aquel tiempo, en que se coloca a Pedro a la cabeza de los obispos de Roma. Por otra parte, multitud de obispos se designan a partir del siglo II como sucesores de Pedro, y de hecho ya entonces se observa un modo de ver unánime en la Iglesia occidental y oriental.

Respecto de la fecha de su *llegada a Roma*, la tradición no es tan explícita. Eusebio y S. Jerónimo nos aseguran, únicamente, que la comunidad de Roma fué fundada muy pronto y que luego fué dirigida por S. Pedro. Pero, en primer lugar, no sabemos quien fundó esta cristiandad. Tal vez algunos de los extranjeros que se hallaban en Jerusalén y se convirtieron con el sermón de S. Pedro el día de Pentecostés. Por otra parte, atestigua otra tradición que Pedro, al ser libertado de la cárcel de Jerusalén el año 42, se dirigió a la capital del Imperio y allí se puso al frente de aquella cristiandad. Éste sería el «otro lugar» de que hablan los Hechos.

Esta suposición está conforme con la parte de la tradición que se refiere a la duración de la estancia de Pedro en la Ciudad Eterna. Eusebio y S. Jerónimo suponen que fueron veinticinco años. Ahora bien, éstos no pudieron ser continuos, pues Pedro estuvo en Jerusalén el año 49 ó 50. Es, pues, probable, que estuviera en Roma desde el 42, que luego partiera algún tiempo al oriente y volviera finalmente a Roma más tarde, pues allí murió mártir en la persecución de Nerón.

Sobre la fecha y modo de su martirio, tenemos que contentarnos con indicaciones poco seguras de la tradición. Según ellas, S. Pedro fué apresado durante la persecución de Nerón, encerrado en la cárcel Mamertina.

¹³) Sobre la significación de estas excavaciones, véanse: WILPERT, Domus Petri, in Röm., Quart., 1912, 117 s. DUCHESNE, L., La memoria Apostolorum de la Via Appia. En «Atti d. Pont. Ac. di Arq. Misc. Rossi», I, 1, p. 7 s. DELEHAYE, H., Le sanctuaire des apôtres sur la voie Appienne, en Anal. Boll., 45 (1927), 297 s.

y luego martirizado. A esto añade otra tradición, que fué condenado a morir en cruz; mas él por humildad pidió ser crucificado cabeza abajo. Como fecha se señala el 29 de junio del año 67, y como lugar del martirio, el circo de Nerón en el Vaticano, donde se construyó más tarde la basílica de S. Pedro.

VI. Actividad de los demás Apóstoles ¹⁴⁾

39. Sobre la actividad de los demás Apóstoles de Cristo, apenas dicen nada los documentos auténticos, y aun la tradición se muestra muy parca sobre el particular. En cambio, la leyenda se encarga de llenar un vacío, por otra parte tan sensible.

a) **San Juan Evangelista** ¹⁵⁾. Era el discípulo amado de Jesús, y después de su primera actividad, en que nos lo presentan los Hechos al lado de Pedro, según una antigua tradición, perseveró en Jerusalén velando por la Santísima Virgen hasta la muerte de ésta. Sobre la fecha en que esto ocurrió, no sabemos nada. Otra tradición, transmitida por S. Ireneo, Tertuliano y otros, atestigua que S. Juan pasó la última parte de su vida en Efeso y allí ejerció su apostolado y organizó iglesias, como único superviviente del Colegio apostólico. Por esto se comprende la gran veneración de que fué objeto de parte de sus ilustres discípulos, Ignacio de Antioquía, Policarpo de Esmirna y Papias de Hierápolis.

Durante la persecución de Domiciano, según Tertuliano y S. Jerónimo, conducido a Roma y condenado a muerte como cristiano, fué azotado y metido en aceite hirviendo; mas como resultase ileso, fué desterrado a Patmos. Muerto Domiciano el 96, volvió a Efeso, donde murió el año 100.

S. Juan Evangelista es célebre sobre todo por sus escritos, que son: el Apocalipsis, el cuarto Evangelio y tres Epístolas canónicas. El Apocalipsis lo compuso probablemente en el destierro de Patmos hacia el 95. El Evangelio y las Epístolas, en los últimos años de su vida. Todos ellos se distinguen por su misticismo y profundidad de pensamiento. Sobre todo su Evangelio va encaminado a dar a conocer la divinidad de Jesucristo, para lo cual pasa por alto muchos de los hechos referentes a su vida exterior, e insiste en el desarrollo de su doctrina y en las pruebas de su divinidad. Por esto mismo los racionalistas modernos hacen toda clase de esfuerzos para negar a S. Juan la paternidad del cuarto Evangelio, que en buena crítica no puede negársele.

¹⁴⁾ KNOPF, R., Das nachapostolische Zeitalter. 1905, p. 61-138. ZAHN, Apostel und Apostelschüler in der Provinz Asien. 1900.

¹⁵⁾ FILLION, St. Jean Évangéliste, sa vie et ses écrits. P. 1907. LÉPIN, M., L'origine du quatrième Évangile. 3.^a ed. 1910. L. PIROT, Saint Jean. En «Les Saints». 2.^a ed. P. 1923. LAGRANGE, M. J., Évangile selon saint Jean. P. 1925. FOUARD, C., St. Jean et la fin de l'âge apostolique. 9.^a ed. 1930. ALLO, E. B., Saint Jean. L'Apocalypse. P. 1933. LARFELD, W., Die beiden Joh. in Ephesus. 1914. LEBRETON, J., Histoire du Dogme de la Trinité, I, 474-540.

Para terminar, aludiremos solamente a la cuestión de los *dos Juanes*. En efecto, Eusebio (Hist. Ecl., 3, 39) reproduce un pasaje de Papias, del que parece deducirse que el presbítero Juan de Efeso era distinto de Juan Evangelista. Pero sea cual fuere la interpretación de este pasaje, no puede admitirse que el presbítero Juan de Efeso sea distinto del Apóstol, y en todo caso, el Apóstol Juan es el autor del cuarto Evangelio, como lo es del Apocalipsis y de las tres Epístolas.

40. b) **Santiago el Menor, obispo de Jerusalén** ¹⁶⁾. Las palabras de S. Pablo a los galatas (1, 19), las expresiones de los Hechos y la tradición atribuyen a Santiago el Menor una posición de preeminencia en la Iglesia de Jerusalén. Fuera de esto, sólo sabemos que escribió la «Epístola canónica», y que en su actividad episcopal se distinguió por su bondad y supo mantener la unión entre los cristianos de Jerusalén, los cuales lo llamaron *el justo*. Flavio Josefo (Ant. 20, 9, 1) atestigua que el año 62, por envidia del príncipe de los sacerdotes Anás II, fué arrojado del pináculo del templo y apedreado.

41. c) **Los demás Apóstoles** ¹⁷⁾. De los demás Apóstoles, fuera de lo poco que nos refieren los Hechos, apenas tenemos noticia alguna que ofrezca garantía de seguridad. Eusebio refiere que S. Andrés predicó el Evangelio en el Asia Menor y luego en Escitia, hoy Rusia; S. Bartolomé, en Arabia; S. Felipe, en Frigia; S. Matías, en Etiopía; S. Judas Tadeo, en Siria, Arabia y Mesopotamia, y el año 65 escribió su epístola canónica. Además, conforme a la misma tradición, S. Mateo predicó primero a los judíos y hacia el año 50 escribió el Evangelio en arameo; más tarde evangelizó a otros pueblos, y para ello compuso el mismo Evangelio en griego. S. Bernabé, después de su actividad en Antioquía y en otras regiones al lado de Pablo, trabajó en Chipre y aun parece que recorrió Italia hasta Milán. De Sto. Tomás es conocida la tradición que supone que predicó el Evangelio en la India. Efectivamente, en el libro apócrifo «Actas de Santo Tomás» (del siglo III), se afirma que Sto. Tomás predicó el Evangelio en el norte de la India, y nombra a su rey Gundophares y un hermano suyo. Lo mismo atestiguan S. Efrén, S. Jerónimo y otros. Las mismas Actas hablan de la evangelización de Sto. Tomás en Malabar, y de hecho los cristianos de esta región, Cristianos de Sto. Tomé, lo veneran como su fundador. Esta tradición se confirma con las recientes inscripciones encontradas en el norte de la India con los nombres de Gundophares y su hermano, y con el hecho de que la dinastía parta de Gundophares, derrotada por los Kushanas a mediados del siglo I, se retirara hacia el Sur. Por lo demás, la tradición de los cristianos del Malabar se puede seguir desde el siglo IV.

Asimismo nos habla la tradición de algunos discípulos más notables de Cristo y de los Apóstoles. S. Marcos, después de predicar en Chipre, se juntó en Roma con Pedro, cuyo Evangelio escribió. Eusebio añade que fundó y organizó la célebre iglesia de Alejandría. S. Lucas, nacido en Antioquía de Siria, y médico, acompañó a S. Pablo desde su segundo viaje. Entre el 61 y 62 debió escribir su Evangelio, en el que reproduce las enseñanzas del Apóstol de las gentes. El año 63 debió componer el libro de los Hechos de los Apóstoles para probar la divinidad del Cristianismo en la victoria sobre toda clase de dificultades. Timoteo, convertido por S. Pablo, fué puesto por él al frente de la iglesia de Efeso. Asimismo otro converso, Tito, fué consagrado por él obispo de Creta y evangelizó las regiones vecinas hasta Dalmacia.

¹⁶⁾ RENDALL, G. H., The Epistle of St. James and Judaic Christianity. Cambridge 1927.

¹⁷⁾ BRAUNSBERGER, O., Der Apostel Barnabas. 1876. WEISS, J., Der Barnabasbrief kritisch untersucht. 1888. HARNACK, A., Lukas der Arzt. 1906. VÁTH, A., Der hl. Thomas der Apostel Indiens. 2.^a ed. 1925. DAHLMANN, J., Die Thomaschristen. 1912.

VII. Santiago el Mayor. Diversas tradiciones españolas ¹⁸⁾

42. Expresamente hemos dejado para este lugar el examen de lo que se refiere al origen del Cristianismo en España y a la actividad de Santiago el Mayor. Conviene distinguir una serie de cuestiones, unas relacionadas con Santiago, otras independientes de él.

a) **Predicación de Santiago en España.** Ante todo, se discute el hecho de si Santiago el Mayor predicó el Evangelio en España. Una tradición antigua española lo afirma y la Iglesia lo admitió en su liturgia. Mas, por otra parte, ya desde el siglo XIII en las discusiones de la diócesis de Toledo contra la de Santiago de Compostela; pero sobre todo en el siglo XVI, de parte de algunos grandes escritores, como Baronio y Belarmino, y en nuestros días por la mayoría de los críticos extranjeros y aun algunos nacionales, se pone en duda o se niega abiertamente esta tradición. Sin embargo, en España se ha defendido tenazmente, y en los tiempos modernos, hombres tan eminentes como Flórez y Fidel Fita, la han patrocinado.

He aquí brevemente los argumentos en contra y en pro de la tradición.

1. ARGUMENTOS EN CONTRA DE LA TRADICIÓN. 1) Según antigua tradición, los Apóstoles quedaron en Palestina los doce años que siguieron a la Ascensión, que tuvo lugar el año 30. Por otra parte, según los Hechos (12, 2), Santiago fué martirizado por Herodes Agripa el año 42. Por consiguiente, parece que no hubo tiempo para venir a España.

2) Dice S. Pablo en la Epístola ad Rom. 15, 19-25: «que había tenido a gloria predicar el Evangelio donde no hubiera sido aún nombrado Jesucristo», y al mismo tiempo manifiesta su plan de venir a España. Luego S. Pablo supone que en España no se había predicado el Evangelio.

3) Inocencio I, en una carta escrita el 416, dice: «Nadie en occidente debe dejar de seguirlos [a los Ap.], principalmente siendo manifiesto que en toda Italia, las Galias, España... ninguno fundó iglesias, sino aquellos

que el venerable Apóstol Pedro o sus sucesores consagraron obispos». Por consiguiente, Santiago no debió estar en España.

4) En último lugar se urge el silencio de los primeros escritores, que es sin duda la dificultad más seria. En efecto, ni Prudencio ni Orosio ni S. Isidoro de Sevilla, ni S. Braulio de Zaragoza, etc., dicen nada de esta tradición, que no aparece hasta el siglo VII. El mismo silencio se observa en los escritores de las Galias, que por lo demás se muestran enterados de las cosas españolas. De ahí parece deducirse que se trata de una leyenda posterior.

2. ARGUMENTOS EN FAVOR DE LA TRADICIÓN. a) *Una serie de testimonios que no lo dicen claramente:*

1) *Didámo el Ciego* (hacia el 350) escribe: «El Espíritu Santo infundió su innegable sabiduría a los Apóstoles, ya al que predicó en las Indias, ya al que predicó en España». Supone, pues, que un Apóstol estuvo en España y parece que no se refiere a S. Pablo, pues habla de los Apóstoles que vivieron y conversaron con Cristo.

2) *S. Jerónimo* compara a los Apóstoles con los ciervos, que se esparcieron por todas partes, uno al Ilírico, otro a España. La oposición entre el Ilírico, donde sabía que había predicado S. Pablo, y España, parece suponer que no habla de S. Pablo.

3) *Teodoreto*, contemporáneo de S. Jerónimo, habla de la misión de un Apóstol a España, y aunque no lo nombra, parece que es Santiago.

b) *Otros testimonios más positivos.* 1) *Cálculo Apostólico*. En él se dice positivamente que «Santiago, hijo del Zebedeo y hermano de S. Juan, predicó en España». Ahora bien, los manuscritos más antiguos son del siglo VIII, pero Duchesne ha fijado su existencia ya en el siglo VII. 2) En la obra sobre el «Nacimiento y muerte de los Santos Padres», probablemente de S. Isidoro, se afirma la predicción de Santiago en España; pero no es cierta la paternidad de esta obra.

3) Igualmente S. Braulio, en un sermón que se le atribuye, presenta a S. Isidoro como seguidor de Santiago en la doctrina, lo cual supone la tradición española. Desde el siglo VIII existe ya una cadena completa de testimonios: S. Beato de Liébana, La Misa Mozárabe, Beda el Venerable, etc., consignan ya la tradición.

43. b) **La Virgen del Pilar de Zaragoza ¹⁹⁾.** Afirma una segunda tradición, que viviendo todavía la Santísima Virgen, se apareció a Santiago, quien se hallaba desalentado en Zaragoza, y como prenda de su futura protección le dejó una columna traída por los ángeles, que es la que se venera actualmente. Esta tradición es impugnada por la crítica moderna con mucho mayor insistencia que la anterior. *El argumento principal es el negativo.* Efectivamente, no dicen nada sobre este hecho ninguno de los Santos y escritores más antiguos. *Prudencio*, aunque no fuera de Zaragoza, compuso un himno en honor de los mártires de esta ciudad, y no dice nada sobre este asunto. *S. Braulio*, obispo de Zaragoza (619-631), trabajó mucho por la cultura española, y en sus muchos escritos lo ignora completamente. Lo mismo S. Ildefonso, S. Isidoro, la liturgia mozárabe, etc.

ARGUMENTOS EN FAVOR DE LA TRADICIÓN. a) *Una serie que hablan de un santuario de Nuestra Señora.* Así, *Aimoino*, monje de San Germán de París, el año 855, habla de la iglesia de la Bienaventurada Virgen María,

¹⁹⁾ Ante todo pueden verse las obras citadas en la nota precedente. En particular consúltese: FLÓREZ, E., *Esp. Sagr.*, III, XXX. TOLRÁ, Justificación..., p. 149 s. AMAR, F., *Historia eclesiástica*, II. M. 1806. NOUGUÉS SECALI, M., *Hist. crít. y apol. de la Virgen del Pilar*. M. 1862. VILLADA, Z. G., *Hist. ecl.*, I, 1, p. 67 s. 1929. AINA NAVAL, L., *El Pilar, la tradición y la historia*. Zaragoza 1939. GUTIÉRREZ LASANTA, *La Virgen del Pilar, reina y patrona de la hispanidad*. Zaragoza 1943.

¹⁸⁾ Las notas de este párrafo son una breve síntesis de la exposición magistral del P. VILLADA, Z. G., *Hist. Ecl. de Esp.*, t. I; 1, p. 27 s. 1929. Pueden verse los pasajes correspondientes de las historias generales de la Iglesia española: LA FUENTE, V., *Historia Eclesiástica de España*. 2.^a ed. 6 vol. M. 1873-1875. GAMS, P. B., *Kirchengeschichte von Spanien*. 3 vol. 1879 s. MENÉNDEZ Y PELAYO, M., *Historia de los Heterodoxos españoles*. 2.^a ed. 7 vol. M. 1913-1933. MOURRET, F., *Historia general de la Iglesia*, 9 vol. Trad. y anotada por Fr. Bernardo de Echalar, O. M. C. B.-M. 1918-1927. UNCILLA, FR. F., *Compendio de la Historia eclesiástica de España*. M. 1892. TORRES, M., *La Iglesia en la Esp. Romana*. En *Hist. de Esp.* por Menéndez Pidal, II, 447 s. ALMEIDA, F. DE, *Historia da Igreja em Portugal*. 4 vol. Coimbra 1910-1922. VILLADA, Z. G., *El destino de España en la Historia universal*. M. 1936. Por lo que se refiere a la predicción de Santiago en España, citaremos entre los autores modernos: TOLRÁ, JUAN J. DE, *Justificación histórico-crítica de la venida del Apóstol Santiago el Mayor a España...* M. 1797. FITA, F., y AUREL. FERNÁNDEZ, *Recuerdos de un viaje a Santiago de Galicia*. M. 1880. FITA, F., *Santiago en Galicia. Nuevas impugnaciones y nueva defensa*. En *Raz. Fe*, 1 (1909), 70 s., 200 s., 306 s.; 2, 35 s., 178 s.; 3, 49 s., 314 s., 475 s. DUCHESNE, L., *Saint Jacques en Galicie*. Toulouse 1900. LÓPEZ FERREIRO, A., *Santiago y la crítica moderna*. En *Galicia histórica*, I (1901), 11 s., 225 s. SAVIO, *La realtà del viaggio di S. Paolo nella Spagna*. R. 1914. FLÓREZ, *España Sagrada*, III, p. 39-131. BENEDICTO XIV, *De Canonizatione Sanctorum*. 1. 4, p. 2, c. 10 y c. 31. CUPER, GUILL., *Acta Sanctorum*, julio, VI. Apéndice al tít. 25 LOZOYA, MARQUES DE, *Santiago Apóstol, Patrón de las Españas*. M. 1940. MAÍZ ELEIZGUI, *La devoción al Apóstol Santiago en España*. M. 1944.

madre de las iglesias de Zaragoza. *Moción*, hijo de Fruya, el año 987 deja en su testamento «cien soldadas a Sta. María extramuros de Zaragoza». Durante el siglo XII, los Papas Inocencio II, Eugenio III y Alejandro III toman bajo su protección la iglesia de Sta. María de Zaragoza.

b) *Primeros testimonios expresos*. El primero es del 27 de mayo de 1299. Es un documento en favor de los peregrinos, en el que se supone, como conocido, el título de Santa María del Pilar. El primer documento con el relato de la tradición se guarda en el archivo del Pilar y es de fines del siglo XIII o principios del XIV. Desde este momento queda la tradición enteramente formada y fija.

44. c) *El sepulcro del Apóstol en Santiago de Compostela*²⁰). La tercera tradición relacionada con Santiago el Mayor, afirma que en Santiago de Compostela se guardan sus reliquias.

I. EL PROBLEMA SOBRE LAS RELIQUIAS DE SANTIAGO. El libro de los Hechos (12, 2) afirma que Santiago el Mayor fué decapitado en Jerusalén; pero no dice nada sobre sus restos. Ahora bien, la tradición española, a partir del siglo IX, afirma que los restos de Santiago fueron traídos a España y conducidos a la región de Iria, en Galicia, y allí sepultados junto con sus discípulos. Desde el siglo XI se particulariza más, señalando el lugar donde se hallaban dichas reliquias y refiriendo el prodigio, con que el año 814 fueron descubiertos: el *Campus Stellae*, de donde se derivó *Compostela*. Sobre esta creencia se basa toda la devoción de la Edad Media a este Santuario, y se construyó la actual catedral, consagrada por Diego Gelmírez en el siglo XII. En este estado siguieron las cosas hasta el siglo XIX.

II. EXAMEN DEL SEPULCRO. El Cardenal de Santiago, Miguel Payá y Rico, a partir del año 1878, realizó una serie de excavaciones, en las cuales se descubrieron un sepulcro y algunas reliquias. Basándose, pues, en los testimonios de los técnicos arqueólogos y médicos, el Arzobispo dió un decreto en 1883, en el que se declaraba la autenticidad de las reliquias. Después de un nuevo examen, también el Papa León XIII, en noviembre de 1884, por la bula *Deus Omnipotens*, confirmó la misma declaración.

III. DISCUSIÓN SOBRE LA AUTENTICIDAD DE LAS RELIQUIAS. Ante todo, podemos admitir que las reliquias encontradas son las mismas que allí se hallaban al poner la primera piedra de la catedral en 1077. Pero ¿son en realidad las de Santiago? El silencio de los escritores españoles hasta el siglo IX es un argumento contrario. De hecho, solamente en el siglo XI se nos refiere el hallazgo y el sitio donde se encontraron las reliquias. A pesar de estas dificultades, León XIII y los demás especialistas referidos declararon la autenticidad de las mismas. En confirmación de ello, se pueden aducir los catálogos bizantinos del siglo VII, que pueden interpretarse de un modo favorable a la tradición. Nuevas excavaciones en nuestros días parecen aportar nuevos datos favorables.

²⁰) *Bula de León XIII*: en ASS. 1884. 262-270. En castell. Bol. Ac. Hist. 6, 143-52. LÓPEZ FERREIRO, Hist. de la Igl. de Santiago de Comp. 3 vol. Santiago 1898. ID., Santiago y la crítica moderna. En Galicia Hist., 1 (1901, 133 s.). VILLADA, Z. G., Hist. ecles., I, 1, 79-104. 1929. AURENCHI, H., Chemins de Compostelle. P. 1948. LAMBERT, E., Ordres et confréries dans l'histoire du pèlerinage de Compostelle. En Middi, Toulouse, 1943, fasc. 217-218, 369-403.

45. d) *Venida de San Pablo a España*²¹). En España nos hemos preocupado poco de esta cuestión, y sin embargo, históricamente tiene mucha más consistencia que las demás tradiciones. Por esto la mayor parte de los historiadores modernos dan como moralmente cierta la venida de S. Pablo a España.

ARGUMENTOS EN QUE SE APOYA. 1. *El propósito del mismo Pablo*. El año 58 escribía Pablo desde Corinto: «Cuando me dirija a España espero, al pasar, veros a vosotros» (Rom. 15, 24). Más abajo vuelve a afirmar lo mismo. Podemos, por tanto, suponer que, si tuvo oportunidad de venir, como fué después de su primer cautiverio, lo hizo sin duda.

2. *S. Clemente Romano*. A fines del siglo I escribe de S. Pablo: «Después de haber ido hasta los confines de occidente...». Esta expresión era usada por los geógrafos para designar a España, y así lo entienden hoy los críticos.

3. *Fragmento Muratoriano*. Es parte de un catálogo de los libros canónicos, descubierto por Muratori el año 1740 y escrito hacia el 200. En él se dice: «Lucas cuenta lo que sucedió en su presencia, como lo prueba... su silencio acerca del martirio de S. Pedro y del viaje de Pablo a España».

4. *Actus Petri cum Simone*. Los principales críticos colocan esta obra a mediados del siglo II. Habla de la soledad de Roma al partir Pablo para España. Aunque tiene muchos rasgos dudosos, aparece el hecho substancial de la ida de Pablo a España con suficiente claridad.

5. *Hechos de los Santos Pedro y Pablo*. Este escrito se supone de principios del siglo III o tal vez de fines del II. Comienza así: «Habiendo llegado S. Pablo a Roma desde España...».

Pero si moralmente es cierta la venida de S. Pablo a España, apenas se puede decir nada sobre su actividad y fruto. Varias ciudades conservan tradiciones antiguas sobre él. Las más consistentes son las de Tarragona, que por su importancia y como puerto de mar obligado desde Roma, era la ciudad más apropiada para el desembarco del Apóstol.

46. e) *Misión de los siete varones apostólicos*²²). Además de todo lo apuntado, existe la tradición de los siete varones apostólicos, enviados a España por los Apóstoles Pedro y Pablo. Sus nombres son:

²¹) Véase ante todo VILLADA, I, p. 105 s. Además: SÁNCHEZ, GASPAR, Commentarii in Actus Apost. Lugduni 1616. Tract. IV, p. 92-101. MORALES, AMBR. DE, Crónica general de España, I. IX, cap. 11, p. 248 s. Alcalá de Henares 1574. FLÓREZ, Esp. Sagr., III, 2.ª ed. 1754, p. 5-39. GAMS, P. B., Die KG. von Sp., I, 1-75. 1862. WERNER, Über die Reise Pauli nach Spanien und dessen zweite römische Gefangenschaft. En Z. kath. Th., 2 (1863), 321-346; 3 (1864), 1 s. ZAHN, Geschichte des Neutest. Kanons., I, 2. 1890, 834 s. ID., Realenz. pr. Th. 15 (1904), 85-86. DUBOWY, Klemens von Rom über die Reise Pauli nach Spanien. En Bibl. Stud., 19, 3. 1914. LECLERCQ, H., L'Espagne chrét. P. 1906. FÉROTIN, DOM M., Liber Ordinum en usage dans l'Eglise wisigothique et mozarabe d'Espagne du cinquième au onzième siècle..., p. 426 s. P. 1904. SAVIO, La realtà del viaggio di S. Paolo nella Spagna, p. 28 s. R. 1914.

²²) VILLADA, Z. G., Hist. ecl., I, 1, p. 147 s. SAVIO, La realtà del Viaggio di S. Paolo nella Spagna, p. 28 s. R. 1914. FÉROTIN, Le Liber Ordinum, p. 462. P. 1912. VIVES, J., Santoral visigodo en calendarios e inscripciones, en An. S. Tarr., 14 (1941), 31 s. ID., Boletín de Hagiogr. hisp., en Hisp. S., 1 (1948), 236 s. ID., Las actas de los Varones Apostól., en Misc. Lit. L. Cun. Möhlberg, R. 1948, I, 33 s.

Torcuato, Segundo, Indalecio, Tesifonte, Eufasio, Cecilio y Hesiquio. Los PP. Férotin y Savio califican esta tradición de antigua y sólida. He aquí los argumentos principales.

1. *Los siete calendarios mozárabes*. Han sido publicados recientemente por los PP. Férotin y Savio, y su redacción es anterior al siglo VI. En ellos se atestigua esta tradición.

2. *Lista de obispos de Elvira*. Se conserva en El Escorial, y en ella se abre la enumeración con el nombre de Cecilio, uno de los siete.

3. *La literatura hagiográfica*, paralela a los calendarios, habla también de estos Santos. Los hechos que cuentan son en substancia: S. Pedro y S. Pablo consagraron obispos a los siete varones y los destinaron a evangelizar a España. Llegados a Acci (Guadix), salieron algunos habitantes, que estaban celebrando su fiesta a Júpiter, y comenzaron a perseguirlos. Retrocedieron los varones apostólicos y pasaron el puente; pero al quererlo atravesar también los perseguidores, se hundió y todos ellos perecieron. Una matrona por nombre Luparia, se interpuso, se hizo luego bautizar y lo mismo hicieron poco después los demás del pueblo. Diversas ciudades de España se atribuyen la gloria de haber sido evangelizadas por aquellos varones.

CAPÍTULO III

Lucha de la Iglesia contra el paganismo

47. En la lucha que tuvo que sostener el Cristianismo se enfrentó en primer lugar con el mundo pagano. Ahora bien, éste hizo la guerra a la Iglesia, por una parte por medio de sus emperadores, los cuales echaron mano de todos los recursos del Estado para impedirle su crecimiento y ahogarlo en sus comienzos; y por otra por medio de las armas literarias de sus sacerdotes y filósofos. Contra unos y otros se defendió la Iglesia victoriosamente.

I. Extensión del Cristianismo ¹⁾

Con la actividad de los Apóstoles y de sus sucesores quedó el Cristianismo sólidamente establecido en medio del Imperio romano. En Jerusalén, la efervescencia del pueblo judío fué en aumento hasta llegar al levantamiento, capitaneado por Eleazar, del año 66, que terminó con el cerco de la ciudad y su destrucción por Tito el año 70. Entretanto los cristianos, siguiendo el consejo de Jesús (Lc. 21, 20), hacia el año 68, se trasladaron a Pella, en la Decápolis, donde continuaron con relativa prosperidad hasta que más tarde pudieron volver a Jerusalén.

Antes, pues, de exponer las luchas del Cristianismo frente a los emperadores, será útil echar una mirada sobre su primer desarrollo en los principales Estados.

¹⁾ BATIFFOL, P., L'extension géographique de l'Eglise. En Rev. Bibl. 1895, p. 137 s. RIVIÈRE, La propagation du Christianisme dans les trois premiers siècles. P. 1907. ALLARD, P., Dix leçons sur le Martyre données à l'Institut cath. de Paris. P. 5.^a ed. 1913. HARNACK, A. VON, Die Mission und Ausbreitung des Christentums in den ersten drei Jahrhunderten. 2 vol. 4.^a ed. 1924. VIVES, J., L'Església en començar el segle VI. En An. S. Tarr., 2 (1926). PIEPER, K., Atlas orbis christiani antiqui. 1932. BARDY, G., L'Eglise à fin du premier siècle. P. 1932. GARDNER-SMITH, P., FOAKES-JACKSON, F.-J., The expansion of the Christian Church. Cambridge 1934. LÉCLERCQ, H., Artic. Expansion du Christianisme, en Dict. Arch. HERTLING, L., Die Zahl der Christen zu Beginn des IV. Jh., en Z. Kath. Th., 58 (1934), 243 s. BOER, W. DEN, Scriptorum paganorum I-IV saec. de christianis testimonia. Text. minores. 2. Leyde 1948.

48. a) Penetración del Cristianismo en general. En primer lugar, consta que relativamente pronto el Cristianismo adquirió una fuerza notable, que lo hizo temible al mismo Estado romano. Así lo atestiguan autores paganos, como Tácito y Plinio, y sobre todo autores cristianos, como S. Justino, S. Ireneo, Tertuliano y otros. En particular es digna de estudio la penetración del Cristianismo en las diversas clases sociales.

1. *Entre la gente sencilla*, que era indudablemente la que predominaba entre los primeros cristianos. Por esto los testimonios abundan.

2. *Entre los nobles y gente ilustrada.* Tenemos noticia de muchos cristianos pertenecientes a las clases elevadas. Así el procónsul de Chipre, Sergio Paulo, Dionisio Areopagita, Pomponia Graecina, los Flavios y los Acilios, parientes de Tito y Domiciano. Además, los Apologetas pertenecían a los elementos ilustrados de su tiempo. Entrado ya el siglo II, aumentaron cada vez más las personas nobles e ilustradas entre los cristianos.

3. *En la corte.* S. Pablo, en la epístola a los filipenses escribe: «Os saludan... los de la casa del César» (4, 22), y en la dirigida a los romanos habla de los cristianos de la casa de Narciso y Aristóbulo, que son conocidos cortesanos del tiempo (16, 10). Los Acilios y los Flavios del tiempo de Domiciano eran varones consulares. Más tarde abundaron cada vez más.

4. *En el ejército.* En un principio se abstuvieron los cristianos de participar en el ejército; pero desde fines del siglo II los soldados cristianos fueron muy numerosos. Así son frecuentes los martirios de soldados, como Nereo y Aquiles, Marcelo, Mauricio, etc.

49. b) Extensión geográfica. Respecto de la extensión geográfica, ante todo se propagó el Cristianismo en Jerusalén y Palestina. Luego siguió por la Siria (Antioquía), Chipre, toda el Asia Menor, Península Helénica, Macedonia, Ilírico, Italia, Cartago y Numidia. Casi al mismo tiempo o poco después entró en los principales territorios de Europa, España, las Galias, Inglaterra y Alemania.

1. **ROMA E ITALIA**²⁾ Sabemos que ya a la muerte de los Apóstoles Pedro y Pablo, el Cristianismo había arraigado profundamente en la capital del Imperio. De ello dan testimonio los Romanos Pontífices y todo el desarrollo de la actividad cristiana en Roma. En el resto de Italia existen datos curiosos sobre las comunidades cristianas de Puzol y Tres Tabernae, y las excavaciones recientes de Pompeya indican que ya antes del año 77 había cristianos en aquella población. Entre las iglesias más antiguas deben contarse: Ravena, Milán, Aquilea, Bérgamo, Brescia. En todo caso, ya en el siglo II en toda Italia existía gran número de obispos.

2. **LAS GALIAS**³⁾. En las Galias nos encontramos con gran multitud de suposiciones y leyendas, como las de S. Lázaro en Marsella, Marta y María en Tarascón, Dionisio Areopagita en París, Natanael en Bourges, y otras. Pero aparte estas leyendas, que aun los buenos críticos católicos franceses rechazan, es muy probable que S. Pablo, al pasar para España o de vuelta para Roma, se detuviera en Marsella, dada la importancia de este puerto. Pero ciertamente, a mediados del siglo II, existían cristianidades florecientes en Lyon y Vienne, pues de ello dan testimonio S. Ireneo y los muchos mártires de las mismas. En el siglo III existían ya las iglesias

de Marsella, Toulouse, Reims, Arlés, Orange y otras, y poco después el Cristianismo había alcanzado gran desarrollo, como lo manifestó el Concilio de Arlés del año 314.

3. **ISLAS BRITÁNICAS**⁴⁾. La noticia más antigua es el testimonio de Tertuliano a fines del siglo II, quien supone que ya había penetrado allí el Cristianismo. A fines del siglo III y principios del IV debía estar sólidamente establecido, pues en el sínodo de Arlés participaron los obispos de York, Lincoln y Londres.

4. **ALEMANIA**⁵⁾. Ya en el siglo II se había introducido el Cristianismo en la orilla izquierda del Rhin. Así lo atestigua S. Ireneo. En el sínodo de Arlés tomaron parte los obispos de Colonia y Tréveris. No mucho después tenemos noticias ciertas de las sedes de Maguncia, Estrasburgo y otras. Por otra parte, de algunas actas de mártires y otros documentos se deduce la existencia del Cristianismo en las regiones del Danubio.

5. **ESPAÑA**⁶⁾. Algunos parecen complacerse en ponderar las dificultades que hubo en la primera propagación del Cristianismo en la Península, y por consiguiente la retrasan indebidamente. Sin embargo, tenemos argumentos antiguos y auténticos altamente significativos. S. Ireneo, hacia el año 180, habla de las iglesias establecidas en España. Pocos años después Tertuliano afirma que todos los confines de España eran ya cristianos. Ahora bien, esto supone que hacía ya tiempo que el Cristianismo se había introducido plenamente en la Península, si bien hay que quitar mucho de la ponderación retórica de Tertuliano. S. Cipriano intervino hacia el año 250 en las diócesis españolas de Mérida y León-Astorga. S. Fructuoso y otros mártires en la persecución de Valeriano, son datos significativos sobre la extensión del Cristianismo en el siglo III. El Concilio de Elvira poco después del año 300, supone ya gran prosperidad en la Iglesia española.

6. **NORTE DE ÁFRICA: CARTAGO**⁷⁾. El Cristianismo fué sin duda llevado allá directamente desde Roma, con la cual mantenía una comunicación intensa. A fines del siglo II el cristianismo de Cartago y Numidia estaba ya en todo su desarrollo, como lo atestiguan Tertuliano y otros muchos documentos. A mediados del siglo III podía S. Cipriano celebrar sínodos, a los que asistían hasta ochenta y siete obispos. Desde entonces fué intensísima la vida cristiana de la región.

7. **EGIPTO.** La Iglesia de Alejandría se convirtió muy pronto en uno de los centros más importantes del Cristianismo oriental. Una tradición antigua refiere que el evangelista S. Marcos fué su fundador. Sin embargo, su vida en el siglo I es muy oscura. Sólo en el II abundan los documentos, que demuestran el desarrollo creciente de las Iglesias de Egipto. Desde fines del siglo II aparece la escuela de Alejandría en completo desarrollo.

8. **REGIONES DE MÁS INTENSO CRISTIANISMO.** Sobre la propagación del cristianismo en la Siria, con su capital Antioquía, Asia Menor, Islas de Chipre y Creta, península Helénica, Macedonia y el Ilírico, nos dan abundantes testimonios los libros canónicos y los más antiguos documentos.

⁴⁾ HUNT, W., *The English Church from its foundation to the Norman Conquest*. L. 1899. CABROL, F., *L'Anglaterrre chrét. avant les Normands*. P. 1909. GOUGAUD, L., *Les chrétientés celtiques*. P. 1911.

⁵⁾ HAUCK, A., *Kirchengeschichte Deutschlands*, nueva ed. I. 1922. NEUSS, W., *Die Anfänge des Christentums in Rheinlande*. 1933. ZEILLER, J., *Les origines chrét. dans les provinces danubiennes de l'Empire romain*. P. 1918. ID., *Les origines chrét. dans la prov. romaine de Dalmatie*. P. 1906.

⁶⁾ Véase la Bibl. de la nota 18, n.º 42. En particular: VILLADA, I, 1, p. 169 s.; LÉCLERCQ, H., *L'Espagne chrét.* P. 1906. ID., *Artic. Espagne*, en *Dict. Arch.* SERRA RAFOLS, I., *La vida de España en la época romana*. B. 1944.

⁷⁾ FERRON, J., *Carthage chrét.* En *Dict. Hist. Géogr.* P. 1948. HECKEL, A., *Die Kirche von Egypten bis zum Nicaenum*. 1918. MONCEAUX, P., *Histoire littéraire de l'Afrique chrét.* 7 vol. P. 1901-1923. LÉCLERCQ, H., *L'Afrique chrét.* 2 vol. P. 1904. MESNAGE, J., *Le Christianisme en Afrique*. Alger-P. 1914. BRISSON, J. P., *Gloire et misère de l'Afrique chrét.* En *Bibl. chr. d'Hist.* P. 1949.

²⁾ LANZONI, F., *Le origini delle diocesi antiche d'Italia*. R. 1923. 2.ª ed. en *Studi T.*, n.º 35. 1927. ID., *Le diocesi d'Italia dalla origine al principio del secolo VII*. 2 vol. Faenza 1927.

³⁾ DUCHESNE, L., *Fastes épiscopaux de l'ancienne Gaule*. 3 vol. P. 1894-1904. LAUNAY, L., *Histoire de l'Eglise gauloise (-511)*. 2 vol. P. 1906. SCOTT-HORMES, T., *The origin and development of the Christian Church in Gaul during the first six centuries of the Christian Era*. L. 1911. CHAGNY, A., *Les Martyrs de Lyon de 177*. Lyon 1936. LÉCLERCQ, H., *Artic. France y Eglise Gallicane*, en *Dict. Arch.*

Sin duda, eran los territorios donde el cristianismo había penetrado más intensamente en los siglos II y III.

9. EL CRISTIANISMO FUERA DEL IMPERIO ⁸⁾. Con la vida exuberante que poseía, no es de maravillar que el Cristianismo atravesara las fronteras del imperio romano y se extendiera en las regiones de Persia, Mesopotamia y otras más o menos lejanas. De ello hacen mención algunas tradiciones referentes a los Apóstoles. Por otra parte, los Hechos mencionan entre los oyentes del día de Pentecostés «Partos, Medos, Elamitas y habitantes de Mesopotamia» (2, 9). No es, pues, improbable que éstos dieran a conocer el Cristianismo en sus respectivas patrias. Además, Dionisio de Alejandría atestigua que ya en 260 existían en Mesopotamia comunidades cristianas. Eusebio supone que hubo mártires en la persecución de Diocleciano y es un hecho que el rey de Persia, Sapor, a mediados del siglo III persiguió a los cristianos de su reino. Finalmente, como se ha indicado antes, son discutidas las tradiciones sobre la predicación de Sto. Tomás en la India.

II. Causas y estorbos de la propagación del Cristianismo ⁹⁾

50. Por lo dicho se ve que el Cristianismo consiguió en poco tiempo extenderse de una manera portentosa. A ello contribuyeron, entre otras cosas, las circunstancias siguientes:

a) Causas de la rápida propagación del Cristianismo.

1. En primer lugar, *la fuerza misma de la verdad*. El Cristianismo se presentaba como revelación divina, con fuerza avasalladora, frente a los mitos y fábulas absurdas del paganismo. La elevación y belleza de las soluciones que presentaba a las grandes cuestiones que agitan a la Humanidad, comunicaba al Cristianismo un atractivo especial. De hecho nos consta que esto fué lo que atrajo a algunos hombres bien dispuestos, como S. Justino, quien había buscado la verdad en la filosofía y religión pagana y no la había encontrado.

2. Como segunda causa podemos añadir *la elevada moralidad de los cristianos*, su excelente conducta privada y pública, y sobre todo aquella cualidad, tan desusada entre los gentiles, del amor entrañable a los demás, que impulsaba a sacrificarse por ellos. Hasta Juliano el Apóstata opinaba que el Cristianismo debía su crecimiento al ejemplo insigne de sus obras de caridad.

3. Además, ofrecían especial atractivo *una serie de principios morales y doctrinales propios del Cristianismo*. Tales eran: el reconocimiento de la dignidad humana, particularmente el respeto y elevación del pobre y aun del esclavo, de la mujer y de todos los débiles y oprimidos por la moral pagana; su carácter superior a todos los particularismos; la doctrina moral sobre el perdón de los pecados y otras parecidas.

⁸⁾ LÜBECK, K., Die altpersische Missionskirche. 1919. LE QUIEN, Oriens christianus. 3 vol. P. 1740. DAHLMANN, J., Die Thomaschristen. 1912.

⁹⁾ BATTIFFOL, P., L'Eglise naissante... p. 172 s. BLÖTZER, Die Entstehung des Christentums... En Stimm. Mar. La., 69 (1905), 353 s. ID., Das heidnische Mysterienwesen... Ib. 72 (1907), 37 s., 182 s. 508 s. SDRÁLEK, M., Über die Ursachen welche den Sieg des Christentums in röm. Reich erklären. 1906. D'ALÈS, A., Mithracisme et christianisme. Rev. Apol. 3 (1907), 462 s., 529 s. ALLO, B., L'Evangile en face du syncretisme païen. P. 1910. PIPER, K., Urkirche und Staat. 1935. Véase en particular: LECLERCQ, H., Comment le christianisme fut envisagé dans l'Empire romain, en Rev. Bén., 1901, 141-176.

4. A esto se añadía, como auxiliar de primer orden, la intervención de la Providencia por medio de *carismas y milagros de diversas clases*, que tanta impresión hacen en el hombre.

5. En último término, no hay que omitir *la fuerza irresistible del ejemplo heroico de los mártires* y su valentía en la confesión de la fe. S. Justino atestigua de sí mismo que este ejemplo fué lo que más le movió.

51. b) **Estorbos de la propagación del Cristianismo.** Frente a estos auxiliares de la propagación del Cristianismo, existía también una serie de obstáculos.

1. *De parte de los judíos*, ya se vió la tenacidad con que se opusieron al avance del Cristianismo por suponerlo contrario a la idea tradicional del Mesías y a la ley de Moisés.

2. *Entre los gentiles*, en cambio, se conjuraron desde luego contra el Cristianismo todos los fanáticos adoradores de los dioses, los sacerdotes y sacerdotisas de las falsas divinidades, los cuales veían amenazado su prestigio y medro personal.

3. *Los filósofos y gente ilustrada*, los ricos y gente mundana se sentían igualmente molestados por la austeridad del Cristianismo, por la doctrina de la cruz y de la caridad fraterna. Ellos fueron los que más contribuyeron con sus calumnias contra los cristianos a crear un ambiente de odio popular contra el Cristianismo.

III. Persecuciones. Diversas cuestiones preliminares

52. Al poco tiempo de existencia, chocó el Cristianismo con los poderes romanos, con lo cual se llegó a las persecuciones, que llenaron los tres primeros siglos. Para entenderlas bien, conviene tener presentes algunas cuestiones preliminares.

a) **Causas de las persecuciones ¹⁰⁾**. 1. Fuera de lo que se acaba de decir, influyó en las persecuciones la naturaleza misma del Cristianismo, el cual rechazaba por principio los dioses y el culto romano. Con esto se fué formando un ambiente que presentaba a los cristianos como hombres sin conciencia y, como solía decirse, *enemigos del género humano*. Así lo afirman expresamente Tácito, autor pagano, los Apologetas y en particular Tertuliano.

2. En segundo lugar, hay que tener presente la actividad de los judíos, los cuales, sea para echarse de encima la odiosidad de que ellos eran objeto, sea por su antipatía contra el Cristianismo, fomentaron por todos los medios aquel ambiente hostil.

3. Más tarde se añadió la razón de Estado, es decir, el considerar a los cristianos como incompatibles con el Estado romano.

53. b) **Base jurídica de las persecuciones ¹¹⁾**. Siendo el Estado romano eminentemente jurídico, debemos admitir que no tomó aquella actitud contra los cristianos sin una base jurídica, sin una ley o leyes

¹⁰⁾ WEISS, J. E., Christenverfolgungen. Geschichte ihrer Ursachen im Römerreich. 1899. En Veröff. Kirchenhist. Sem. München. n.º 2. HARNACK, A., Der Vorwurf des Atheismus. En Texte Unt., 28, 4. 1905. LECLERCQ, H., art. Accusations contre les chrétiens, en Dict. Arch. BOUCHÉ, A. LECLERCQ, L'intolérance religieuse et la politique. P. 1911. HOMO, L., Les empereurs romains et le christianisme. P. 1931.

¹¹⁾ LE BLANT, E., Sur les bases juridiques des poursuites dirigées contre les martyrs. Comptes-rendus de l'Acad. des Inscr. 1866, p. 358-377. ID., Les

que la justificaran, creándolas si era menester. Por otra parte, es un hecho que las leyes existentes no daban armas bastantes, pues no existía ninguna que prohibiera una religión extraña, antes bien todas eran legalmente toleradas.

Para resolver este problema se han dado diversas soluciones:

1. La primera supone que se invocaban contra los cristianos las *leyes penales ya existentes*. Tales eran: contra el *sacrilegio*, la *magia*, la *traición*, o *lex laesae Maiestatis*. Naumann y Schürer, los más decididos defensores de esta opinión, la circunscriben a la *ley de lesa majestad*. Según ellos, pues, por negarse los cristianos a participar en el culto del Emperador y en los sacrificios nacionales, caían de lleno bajo el peso de esta ley, por la cual fueron perseguidos.

2. Mommsen presentó una segunda solución, que obtuvo de momento grande aplauso, pero que ha sido posteriormente casi abandonada. Era la llamada *potestas coërcitionis* o poderes extraordinarios de policía, que poseía todo magistrado romano, para que en los casos en que un individuo apareciera peligroso, pudiera proceder contra él aun con la pena de muerte. Con esta ley se explicarían las persecuciones de los cristianos, particularmente la aparente arbitrariedad por parte de los gobernadores de provincias.

3. Una ley especial contra los cristianos. Suponen, finalmente, gran parte de los historiadores modernos (Callevaert, Ehrhard, Kirsch, etc.), que los emperadores romanos, impulsados por aquel ambiente hostil antes indicado y más tarde por la razón de Estado, llegaron a formular contra los cristianos una prohibición absoluta: *christianos esse non licet*. Esta ley pudo ser explícita o tácita, como fruto o consecuencia del ambiente anticristiano, formulada en una u otra forma por el Emperador, que era, según el derecho romano, quien hacía las leyes.

En favor de esta solución se pueden presentar las razones siguientes: En primer lugar, el rescripto de Trajano junto con la cuestión propuesta por Plinio suponen que existía alguna ley o principio legal contra los cristianos como tales, es decir, que estaba prohibido ser cristiano. La segunda prueba es la argumentación de Tertuliano, según la cual lo único que se perseguía en los cristianos es el *nomen christianum*, el hecho mismo de serlo, no el haber cometido ningún crimen especial. La prueba más clara, sin embargo, son los mismos procesos de los mártires, de que nos hablan muchos documentos del tiempo. Se les acusa simplemente de ser cristianos, y esto sólo los hace reos de muerte. Sólo por excepción aparece otra cosa.

54. c) Título de mártir ¹²⁾. Se ha discutido mucho recientemente sobre esta cuestión, es decir, sobre el verdadero significado del título de

sentences rendues contra les martyrs. En Mélanges J. B. de Rossi, P. 1892, p. 29-40. MOMMSEN, T., Der Religionsfrevel nach römischem Recht. En Hist. pol. Bl. 127 (1901), p. 237 s., 317 s. ID., Die jurid. Basis der Christenverf. im röm. Reich. En Th. Pr. Qschr., 1902, 585 s. CALLEWAERT, C., Les premiers chrétiens furent ils persécutés par édits généraux ou par mesure de police? En Rev. Hist. Eccl., 2 (1901), 775-797, 3 (1902), 5-15, 324-348. ID., Le délit de Christianisme... En Rev. Q. Hist., 74 (1903), 28-54. ID., Les premiers chrétiens et l'accusation de lèse-majesté. Ib. 76 (1904), 5-28. ID., Les persécutions contre les chrétiens... ID. 82 (1907), 5-16. ID., La méthode dans la recherche de la base juridique des perséc. En Rev. Hist. Eccl., 12 (1911), 5-16, 633-651. LÉCLERCQ, H., Art. Droit persécuteur, en Dict. Arch. Veanse los pasajes correspondientes en BATIFFOL, L'Eglise, naiss..., EHRLHARD, Die Kirche..., ALLARD, El Martirio, M. 1944.

¹²⁾ HOLL, K., Der ursprüngliche Sinn des Namens Märtyrer, en Neue Jahrb., 35 (1916), 353 s. DELEHAYE, H., Martyr et Confesseur. In Anal. Boll., 39 (1921), 20 s.

mártir y la evolución del mismo. Parece se pueden establecer las conclusiones siguientes:

En primer lugar, la palabra *martyr* no tuvo al principio del Cristianismo otro significado que el común y clásico de *testigo*. En cambio, entre los escritores eclesiásticos posteriores distinguimos dos pasos. El primero es el sentido de «testigo de la verdad aun por medio de sufrimientos y peligros». En este sentido no indica todavía precisamente el testimonio de sangre, pero se acerca a él. El segundo paso consistió en limitar su sentido a los testigos, que en las persecuciones daban el testimonio de la verdad con su sangre, es decir, el que da la vida por Cristo y por su fe. Otros significados, como «profeta» o «vidente» no están bien probados.

55. d) Actas de los mártires ¹³⁾. Es un hecho incontrovertible que los primitivos cristianos tenían gran veneración a los mártires. Así aparece en la reverencia que mostraban a los confesores, en el culto de las reliquias y en la celebración del aniversario de su muerte, cosas todas que se remontan a los primeros tiempos. Ahora bien, para satisfacer esta devoción, se redactaron *martirologios*, en los que se indicaban las fechas de la muerte, y se compusieron las relaciones de martirios, llamadas comúnmente *passiones*, destinadas a leerse en el aniversario de cada mártir. Estas «passiones» recibieron también el nombre de *acta martyrum*. Como estas actas son de especial importancia, conviene conocerlas.

En primer lugar no hay que olvidar el fin a que se dirigían, que era la edificación y la piedad. Harnack no está en lo justo al afirmar que se compusieron para probar con documentos la verdad, que la Iglesia continuaba siendo la misma. Por otra parte, consta por multitud de hechos el interés sumo que tenían los cristianos por estas relaciones.

Más importante es la cuestión sobre el valor de las que se nos han conservado. En efecto, *no todas tienen el mismo valor*. Podemos distinguir tres grupos:

El primero lo forman los *protocolos del proceso*, la relación notarial de los interrogatorios y respuestas de los mártires hasta la sentencia de muerte. Estas actas son las únicas que merecen el nombre, y ciertamente son las de más valor. Sin embargo, se ha dudado sobre la posibilidad para los cristianos de procurarse esta clase de protocolos oficiales, y por consiguiente se ha dudado de la autenticidad de estas actas del primer grupo. Pues bien, la posibilidad de obtener los cristianos estas copias notariales, se prueba con multitud de testimonios. Primero, consta de la existencia de notarios que copiaban los interrogatorios y anotaban todo el proceso. En segundo lugar, sabemos por diversos documentos que los cristianos, por medio de sumas más o menos considerables de dinero o por otros medios, conseguían de los empleados públicos el derecho de copiarlas y que de hecho las copiaron diversas veces.

El segundo grupo son las llamadas *passiones*. No tienen la seguridad de los documentos notariales. Son relaciones compuestas por testigos oculares o de oídas. Su valor, pues, es también muy grande.

El tercero lo forman las *leyendas* o relaciones posteriores, hechas sobre fragmentos de actas más antiguas y sobre datos de la tradición oral. Esta última da margen a multitud de inexactitudes o invenciones. Son interesantes los tópicos comunes a esta clase de actas: se multiplican y acumulan más y más los tormentos infligidos a los mártires, a quienes se les hace insensibles a todo; se ponen diálogos vivísimos en boca de los mártires y sus jueces; se citan numerosos textos de la Escritura; se hace hablar a las víctimas, a veces delicadas doncellas, un lenguaje durísimo, lleno de injurias contra sus verdugos.

¹³⁾ RUINART, TH., Acta primorum martyrum sincera. Ed. Ratisbona 1859. Trad. castellana. 3 vol. LE BLANT, Les actes des Martyrs. P. 1883. ID., Les Acta Martyrum et leurs sources, p. 9 s. En Les persécuteurs et les Martyrs. P. 1893. DELEHAYE, H., Les légendes hagiographiques. Bruxelles. 2.^a ed. 1906, p. 125 s. ID., Les passions des Martyrs et les genres littéraires. Bruxelles 1921. DUFOURCOQ, Art. Actes des M., en Dict. Géogr. Hist. I, col. 381 s. BARDENHEWER, O., Geschichte der altchristl. Lit. II, 2.^a ed., p. 664 s. ZAMEZA, J., Actas selectas de mártires. M. 1944.

IV. Persecuciones anteriores a Decio ¹⁴⁾

56. Expuestas las principales cuestiones de carácter general sobre las persecuciones de los cristianos, he aquí una exposición somera del desarrollo de las mismas. Conviene notar que la división de las persecuciones romanas en diez es algo arbitraria. El primero que habló de diez persecuciones fué S. Agustín, aplicando las diez plagas de Egipto.

a) Primer período. Principio de las persecuciones.

1. NERÓN (54-68) ¹⁵⁾. La ocasión y los pormenores los describe Tácito ¹⁶⁾. Tomóse como pretexto el incendio de Roma, iniciado el 18 de julio del año 64, según parece, por orden del mismo Nerón. Supuesto el ambiente que existía contra los cristianos, fué fácil hacer creer al pueblo que ellos eran la causa de aquella inmensa catástrofe. En efecto, se persiguió cruelmente a los cristianos, se les atormentó con tormentos inauditos y hubo muchos mártires. El modo cómo Nerón dió la ley contra los cristianos nos es desconocido; pero se debió concretar en la prohibición absoluta del Cristianismo, con la pena de muerte contra sus partidarios. De todos modos, parece que la persecución se circunscribió a Roma.

Según escribe Tácito, se inculcó a los cristianos del incendio de Roma. La turba, de momento, pudo creer la calumnia; pero las personas sensatas se pudieron enterar de que el verdadero culpable era Nerón. El mismo Tácito termina diciendo que se comenzó a castigar a los cristianos «haud perinde in crimine incendii, quam odio generis humani convicti». A los cristianos, pues, se les persiguió por ser cristianos, porque profesaban aquella doctrina, que los romanos consideraban como abominación y calificaban de contraria al linaje humano.

Entre las víctimas más ilustres sobresalen S. Pedro y S. Pablo. Además se cita a la matrona romana Pomponia Graecina.

2. DOMICIANO (81-96). Los emperadores Galba, Vespasiano y Tito dejaron en paz a los cristianos. En cambio, Domiciano

¹⁴⁾ ALLARD, P., Histoire des persécutions pendant les deux premiers siècles. 3.^a ed. 2 vol. P. 1903-1905. ID., Le Christianisme et l'Empire romain de Néron à Théodose. 7.^a ed. P. 1908. MERRILL, E. TR., Essays in early Christian History. L. 1924. HOMO, L., Les empereurs romains et le christianisme. P. 1931. RUIZ, S., La Era sangrienta de las persecuciones. M. 1935. ZAMEZA, J., La Roma pagana y el Cristianismo. Los mártires del siglo II. R. y M. 1941. GALLINA, C., Los Mártires de los primeros siglos. Trad. del italiano por J. Núñez. B. 1945. HOMO, L., Vespasien, l'empereur de bon sens, 69-79. P. 1949.

¹⁵⁾ BOISSIER, G., L'incendie de Rome et la première persécution chrét. En Journ. Sav. 1902, p. 558 s. PROFUMO, ATT., Le fonti ed i tempi dello incendio neroniano. R. 1905. CALLEWAERT, En Rev. Hist. Eccl., 4 (1903), 476 s.; 8 (1907), 749 s.

¹⁶⁾ Anal., 15, 44. Véase también Sueton., Claud., 25.

renovó la persecución. Pero ni sobre su extensión, ni sobre el número de víctimas estamos bien informados. No obstante, existen varios indicios, por los que consta que se derramó mucha sangre ¹⁷⁾. Por esto Tertuliano llama a Domiciano «portio Neronis in crudelitate». Consta asimismo, que al principio no persiguió a los cristianos; pero más tarde Domiciano se empeñó en ser adorado personalmente como dios, y probablemente el negarse los cristianos a hacerlo fué causa de que los persiguiera.

Las víctimas más notables fueron: el consular M' Acilius Glabrio, Flavio Clemente, también consular y primo hermano del Emperador, su esposa Flavia Domitila, y otros. Otra segunda Flavia Domitila parece atestiguada en la catacumba de este nombre. También sufrió en esta persecución S. Juan Evangelista (Tertul., De praescr. 36, 3).

57. b) Segundo período: Castigo de personas y grupos singulares.

3. TRAJANO (98-117). La posición que tomó Trajano frente a los cristianos queda bien clara en el asunto de Plinio el Joven, gobernador de Bitinia. La respuesta que dió el Emperador a su pregunta sobre el modo de tratar a los que eran acusados de cristianos, marca la nueva línea de conducta: «conquirendi non sunt; si deferantur et arguantur, puniendi» ¹⁸⁾.

Hubo varios mártires ilustres: S. Clemente Romano, S. Siméon de Jerusalén, anciano de 120 años, S. Ignacio de Antioquía, célebre por su martirio y por las cartas escritas al ser conducido a Roma; además, los Stos. Néreo y Aquiles.

S. Clemente Romano, según actas posteriores de poco valor, fué desterrado a Quersoneso Táurico, hoy Crimea, donde ejerció el apostolado, por lo cual fué arrojado al mar con un áncora al cuello. S. Ignacio de Antioquía dejó documentos muy interesantes. De lo substancial de su martirio nos informan sus propias cartas, ciertamente auténticas. La relación del martirio pretende ser escrita por testigos oculares, y Ruinart la puso entre las actas sinceras; pero modernamente se ha descubierto que es posterior.

ADRIANO (117-138). Durante este reinado se siguió la misma política de Trajano. La persecución de los cristianos dependía del celo de la plebe o de los gobernadores locales. Esto explica también el rescripto de Adriano en respuesta a la consulta de Serenio Graciano. «Si quis igitur accusat et probat adversus legem quicquam agere memoratos viros, pro merito peccatorum

¹⁷⁾ Véase DIO CASSIUS, Hist. Rom., 67, 14; Sueton., Domit., 15. GSELL, S., Essai sur le règne de l'empereur Domitien. P. 1893.

¹⁸⁾ PLINIO, Epist., 10, 96, 97. BENEYTO, J., Trajano, el mejor príncipe. M. 1949.

etiam supplicia statues»¹⁹). Es digno de notarse que parece desconocer la ley contra los cristianos. Por esto muchos han considerado este edicto como favorable a los mismos. De hecho, Eusebio no dijo nada especial sobre este Emperador, y Tertuliano pone a Adriano entre los que no urgieron las leyes anti-cristianas.

ANTONINO Pío (138-161). Este Emperador llevó más adelante todavía la benevolencia para con los cristianos. No levantó las disposiciones existentes contra ellos; pero manifestó claramente su deseo de no derramar sangre cristiana. Así lo expresa en el rescripto a Larisa, Tesalónica y otros, donde insta que no se toleren tumultos contra los cristianos.

Este rescripto, notablemente favorable a los cristianos, precisamente por esto ha sido muy discutido. Harnack admite que hay un fondo auténtico con muchas interpolaciones. En cambio, Ehrhard lo rechaza como falsificación posterior. En substancia, la legislación quedó la misma. Esto no obstante, precisamente porque no se habían levantado las leyes existentes, podían los gobernadores de provincias castigar a los cristianos, y así de hecho hubo algunos martirios notables, como el de S. Policarpo de Esmirna. Su martirio fué referido por la misma iglesia de Esmirna en una carta a la iglesia de Filomela. Además, existen multitud de actas de mártires, que colocan sus héroes en este tiempo. Pero no tienen valor histórico. Entre éstas debe citarse la *passio* de Sta. Felicitas de Roma, a la que se hace madre de siete mártires, como sucede con Sta. Sinforosa, y es motivo bastante repetido.

4. MARCO AURELIO (161-180). Entretanto, favorecido por este período de relativa paz, el Cristianismo aumentaba rápidamente. Marco Aurelio, gran filósofo de la escuela estoica, no modificó el sistema de persecución; pero a las veces urgíó el cumplimiento de las leyes existentes. Por otra parte, se atribuyen a este Emperador algunas disposiciones favorables a los cristianos. Éstas se refieren al edicto que se supone publicado con ocasión del prodigio obtenido por la *legio fulminata*. Pero este hecho es muy dudoso.

El edicto favorable, a que debió dar ocasión la *legio fulminata*, no puede defenderse como auténtico. Se trata del famoso prodigio contado por Tertuliano y por Eusebio. En la guerra contra los Quádos, el año 174, estando todo el ejército a punto de perecer de sed, por las oraciones de los soldados cristianos, cayó una lluvia milagrosa. Después de esto, se dice, el Emperador dirigió al Senado un escrito dando cuenta del prodigio y anunciando la tolerancia del Cristianismo y aun amenazando con castigos a los acusadores. Dos hechos deshacen esta tradición. En primer lugar, en ella se dice que la legión recibió el nombre de *fulminata* por efecto del prodigio, siendo así que consta que ya antes se denominaba así. Además, entre los paganos existía otra tradición, en la que se atribuye este hecho a su propia oración.

Entre los mártires ilustres hay que contar: S. Justino, cuyo martirio fué obra de su mayor adversario, el filósofo pagano Crescente, y los mártires de Lyon.

¹⁹) EUSEB., Hist. Eccl., 4, 9; RUFINO, ib.

Sobre los mártires de Lyon nos informa la carta dirigida por las comunidades de Lyon y de Vienne a las del Asia Proconsular y de Frigia²⁰). La persecución comenzó con un levantamiento popular en agosto del 177. A la pregunta del gobernador respondió Marco Aurelio: «confitentes quidem gladio caederentur; hi vero qui negarent dimitterentur», y en general que se cumpliera el rescripto de Trajano. Los martirizados fueron: el obispo Pothino, los diáconos Sanctus y Attalus, la esclava Blandina, modelo de constancia, el niño Póntico, de 15 años, y otros cuarenta y cinco cristianos.

CÓMODO (180-192). En substancia persistió la misma legislación. Con todo, no se urgíó, como en tiempo de Marco Aurelio, lo cual se debía al carácter ligero del nuevo Emperador. Que se trató con más benignidad a los cristianos, lo confirma S. Ireneo y Eusebio. A ello pudo influir su concubina Marcia, que algunos suponen cristiana. Esto no obstante, hubo persecuciones esporádicas, ya que las leyes persistían.

Entre los mártires más insignes se pueden citar: Apolonio, noble romano y probablemente del Senado. En África, los mártires *escilitanos*²¹). El procónsul Arrius Antonius fué perseguidor en el Asia Menor, según Tertuliano.

58. c) Tercer período: Persecución general no sistemática. En este estadio se entró, cuando los emperadores comenzaron a formarse el principio de que los cristianos eran peligrosos para el Estado. Entonces se abandona la fórmula de Trajano «conquirendi non sunt», y se pasa a una persecución directa.

5. SEPTIMIO SEVERO (193-211). El año 202 publicó un edicto, principalmente contra los judíos, que luego extendió contra los cristianos. Por un nuevo edicto prohibió todas las *asociaciones ilícitas*, que iba principalmente contra los cristianos. Con esto se inició una sangrienta persecución de carácter general. Respecto de sus causas, nos consta solamente que el emperador se resintió mucho cuando el año 197 los cristianos no quisieron tomar parte en los sacrificios de su triunfo, y que, además, estaba preocupado por su crecimiento.

Entre los mártires insignes pueden citarse: S. Leónidas, padre de Orígenes; Stas. *Perpetua* y *Felicitas*²²) con sus compañeros en Egipto; el Papa S. Víctor (189-199) a fines del siglo II.

Caracalla (211-217). Al fin del reinado de Severo se inició un cambio favorable a los cristianos, que luego se afianzó en tiempo de

²⁰) EUSEB., 5, 1-4. Véase asimismo: QUENTIN, H., La liste des martyrs de Lyon de l'an 177, en An. Boll., 1895, 284 s. PROBANGE, M., Les martyrs de Lyon de l'an 177. Besanzón 1914. Véase también: KLETTE, en Text. Unt., 15, 2, 1897.

²¹) Las *Actas* de estos mártires han sido publicadas por J. A. ROBINSON, Texts St., I, 2. Cambridge 1891.

²²) La *Passio* de estas mártires fué publicada por J. A. ROBINSON, I. c., p. 60-94. Véase también: FRANCHI DE 'CAVALLIERI, P., en Röm. Qschr., Suppl. 5 (1896). Sobre esta persecución: RÉVILLE, J.-KRÜGER, Die Religion zu Rom unter den Severern. 2.^a ed. 1906. BIEHLMAYER, K., Die «syrischen» Kaiser zu Rom und das Christentum. 1916.

Caracalla. Sin embargo, siguió la persecución en Africa, debida al procónsul Scapula. De ella habla largamente Tertuliano, el cual afirma también de Caracalla que fué «lacte christiano educatus»²³⁾. Existen, además, algunas actas de mártires de este tiempo; pero tienen poco valor.

Severo Alejandro (222-235). Fué quien llevó más adelante el favor a los cristianos antes de Constantino. Parece que se debe a su madre *Julia Mamaea*, que estuvo en relaciones con Orígenes e Hipólito. En realidad, el Cristianismo fué adquiriendo gran predominio en la corte y gozó de larga paz. Esto no obstante, la tradición coloca en este tiempo los martirios de *Sta. Cecilia*²⁴⁾ y de los Papas *Calixto* y *Urbano*.

6. **MAXIMINO EL TRACIO** (235-238). Cambió de política respecto de los cristianos, a quienes se procuró arrojar de la corte. Con todo, son pocas y vagas las noticias que tenemos sobre esta persecución, que es la sexta de las tradicionales. Eusebio afirma que iba únicamente contra los directores o cabezas, aunque no se llevó con rigor (Euseb.-Rufino, 6, 28).

Filipo el Arabe (244-249). A la muerte de Maximino el Tracio, se volvió a la tolerancia. Por esto se considera todo este período como de una paz duradera. De este modo se explica la opinión que se llegó a formar de que el mismo emperador Filipo era cristiano, cosa completamente inverosímil (Euseb., 6, 34, 36).

V. Persecuciones generales desde Decio a Diocleciano²⁵⁾

59. Esta nueva fase de las persecuciones se caracteriza como una batalla abierta y general contra el Cristianismo, con el objeto de destruirlo, por creerlo un peligro para el Estado.

a) Decio y Valeriano: Edictos generales.

7. **DECIO** (249-251)²⁶⁾. Su corto reinado fué de gran significación. Era hombre de grandes cualidades como guerrero y gobernante, y se propuso volver a dar al Imperio el antiguo esplendor. Una de las cosas que trató de restablecer fué el culto del Emperador como religión del Estado. Por esto, como el Cristianismo, ya muy desarrollado, se oponía a ello, lo juzgó Decio un obstáculo para sus planes, por lo cual juró su destrucción. Así se explica la energía empleada en su persecución. Rápidamente salió un edicto general contra los cristianos, cuyo texto no conocemos, pero sí su contenido.

²³⁾ Ad Scapul., 4.

²⁴⁾ Las *Actas* de Sta. Cecilia son legendarias. Sobre su martirio pueden verse: KIRSCH, J. P., *Die heil. Cäcilia in der röm. K. des Altertums*. 1916; FRANCHI DE 'CAVALLIERI, P., *Studi T.*, 24 R. 1912.

²⁵⁾ ALLARD, P., *Histoire des persécutions pendant la première moitié du troisième siècle*. P. 1908. CICCOTTI, E., *Il problema religioso nel mondo antico*. Milán, etc. 1933. MONCEAUX, P., *Histoire littéraire de l'Afrique chrétienne*. II: St. Cyprien et son temps. P. 1902.

²⁶⁾ SCHOENAICH, G., *Die Christenverfolgung des Kaisers Decius*, 1907.

La larga paz había producido alguna flojedad en muchos cristianos. Por esto algunos se procuraban de los empleados públicos un billete con el testimonio de haber sacrificado a los dioses, por lo cual fueron denominados por los cristianos *sacrificati*. Otros compraron billetes que atestiguaban que habían ofrecido incienso. Estos fueron designados como *thurificati*. Otros, finalmente, se hacían inscribir simplemente en las listas públicas y recibían el *libellus* en que esto constaba, por lo cual se les llamó *libellatici*²⁷⁾.

Sin embargo, al lado de los débiles, hubo también muchísimos héroes ilustres, entre los cuales sobresalen: *S. Fabián*, Papa, *Sta. Agata* (Agueda) en Catania, *S. Bábilas* de Antioquía, *S. Alejandro* de Jerusalén, *S. Teófilo* de Arlés, *Sta. Apolonia* de Alejandría y otros.

En realidad, no obtuvo el Emperador lo que deseaba. Al morir él el año 251, cesó casi por completo la persecución, y cuando fueron libertados de las cárceles los cristianos, se inició la veneración especial de los *confesores*, es decir, los que habían sufrido por la persecución y conservaban señales de ella. Mas por otra parte, como muchos apóstatas libeláticos pedían su readmisión, comenzó con esto la discusión sobre si podían o debían ser admitidos en el seno de la Iglesia y en qué condiciones.

8. **VALERIANO** (253-260)²⁸⁾. Al principio se mostró más bien favorable; pero en el año 257 publicó un edicto contra los clérigos, al que poco después siguió otro contra todos los cristianos. El motivo aducido fué el peligro político. Según parece, influyó en el cambio de Valeriano, un tal Macrino, muy dado a las artes mágicas.

Mártires ilustres: el Papa *S. Esteban* (254-257); *S. Sixto II* (257-258); el diácono *S. Lorenzo*; *S. Dionisio* de Alejandría, que sufrió varios destierros; la *massa candida*²⁹⁾.

Las particularidades sobre el género de muerte de *S. Lorenzo*, que tan popular se ha hecho, tienen escaso valor histórico. A este tiempo pertenece también el martirio del acólito *Tarsicio*, a quien acompañan varias leyendas. Entonces fué cuando, por estar prohibidas las reuniones de los cristianos en las catacumbas o cementerios, los cuerpos de los Apóstoles Pedro y Pablo, según la tradición, fueron trasladados al sitio denominado «ad Catacumbas», es decir, la actual iglesia de San Sebastián.

Es célebre, sobre todo, la *massa candida*. Según esta tradición, trescientos soldados fueron puestos ante la alternativa, o de sacrificar a los dioses, o de arrojar a un estanque de cal, y ellos hicieron esto último, con lo que sus cuerpos quedaron calcinados y blancos, de donde les vino el título. El arqueólogo Pio Franchi de Cavallieri ha probado que *massa candida* se llamaba una posesión rural en las cercanías de Utica. Él mismo averiguó que el único fundamento de esta leyenda es lo que testifica S. Agustín, que en este sitio hubo muchas sepulturas de mártires.

9. **AURELIANO** (270-275). Aureliano restableció el orden, por lo que es designado *restaurador del orbe*. Frente a los cris-

²⁷⁾ MEYER, P. M., *Die libelli aus der decianischen Verfolgung*. 1910. FAULHABER, L., en *Z. Kath. Th.*, 43 (1919), 439 s., 617 s. Véase un ejemplo de estos *libelli*, en DB, n. 234 y 235.

²⁸⁾ HEALY, P. J., *The Valerian persecution*. Boston, 1905.

²⁹⁾ Sobre *S. Lorenzo*: FRANCHI DE 'CAVALLIERI, en *Röm. Qschr.*, 14 (1900), 159 s. Sobre *Massa Candida*: Id., *Studi T.*, 9, 1903.

tianos fué tolerante; pero, según Eusebio, el último año de su reinado publicó un edicto general de persecución. Siguiéron luego varios emperadores que dejaron en paz a los cristianos, con lo cual la Iglesia continuó robusteciéndose y penetrando en los organismos del Estado.

60. b) Última persecución general. Edicto de Milán.

10. DIOCLECIANO Y MAXIMILIANO (284-305)³⁰⁾. Diocleciano se propuso dar al Imperio un esplendor extraordinario, para lo cual lo reorganizó por completo y se asoció como Augusto a Maximiano para el occidente, quedando él en oriente. A cada uno de los dos Augustos puso un César, Constancio Cloro en occidente, y Galerio en oriente.

La paz fué general durante la mayor parte del reinado de Diocleciano, de modo que es un hecho que los cristianos llegaron a adquirir gran prestigio. Pero de repente se inició la persecución el año 303. Según parece, el César Galerio fué quien lo indujo a hacer la guerra contra el Cristianismo, convenciendo-lo de que era el mayor obstáculo para sus planes de reconstrucción del Imperio. El primer edicto se publicó en febrero del 303. Ordenaba la entrega de los libros sagrados y negaba todos los derechos cívicos a los cristianos. Dos meses después se publicó un segundo edicto, que iba particularmente contra el clero. El tercero era complemento del segundo. Finalmente, en marzo de 304 apareció el cuarto edicto, que condenaba a todos los cristianos que no apostatasen.

La persecución fué general en oriente y occidente, a excepción de los dominios del César Constancio Cloro. Por esto no es de maravillar que hubiera muchos mártires, por lo cual esta persecución es designada como *era de los mártires*.

Mártires insignes: Legión Tebea, del Cantón de Wallis en Suiza; *S. Sebastián*, cuyo martirio se hizo sumamente popular; los Papas *S. Marcelino* (296-304) y *S. Marcelo* (307-308); *Sta. Inés*, muy popular; *Sta. Lucía*, igualmente popular; los cuatro mártires coronados; *Santa Catalina* de Alejandría y otros muchos³¹⁾.

³⁰⁾ ALLARD, P., La persécution de Dioclétien et le triomphe de l'Église. 2 vol. 1908. STADE, K., Der Politiker Diokletian und die letzte grosse Christenverfolgung. 1926. WICKERT, Artf., Licinius, Galienus, etc., en Pauly-Wiss. BATIFFOL, P., La Paix Constantinienne et le Catholicisme. 4.ª ed. P. 1929. FLORIAN, H., Untersuchungen zur Dioklesianischen Verfolgung. 1928.

³¹⁾ Las *Actas* legendarias sobre martirios acaecidos durante esta persecución abundan muchísimo. Una de las más célebres es la *Passio Agaunensium Martyrum* (ed. por KRUSCH, en Mon. Germ. Hist., Scr. Rer. Mer., III, 20-41), es decir, la *legión Tebea*. Supone que, por negarse a acometer a los cristianos, como le ordenaba Maximiano, fué decimada y luego destruida en Agaunum, Canton Wallis. Es celebrado en particular su jefe Mauricio y se nombra a otros oficiales, como Segundo, Víctor, etc.

Sobre *Sta. Inés* existen muchas leyendas. Su existencia y martirio son ciertos. En cambio, alrededor de su nombre se juntaron diversos prodigios legendarios, recordados por S. Dámaso. El más célebre es que su cabellera le creció extraordinariamente y cubrió su desnudez ante los verdugos.

Al abdicar Diocleciano el año 305 junto con Maximiano, disminuyó mucho la persecución; pero en oriente siguió con bastante intensidad bajo la dirección de Maximino Daya. Finalmente, al hacerse Constantino único dueño de todo el Imperio, se dió el año 313 el *edicto de Milán*. En oriente, sin embargo, continuaron todavía las persecuciones durante algún tiempo.

VI. Persecuciones en España³²⁾

61. Según los testimonios antes aducidos, a fines del siglo II el Cristianismo estaba sólidamente arraigado en España. Sin embargo, no tenemos noticia alguna de que se persiguiera a los cristianos hasta la persecución de Decio.

a) **Desde Decio a Diocleciano.** De la persecución de Decio es conocido en España el caso de los obispos Basírides de León-Astorga y Marcial de Mérida, los cuales, según atestigua S. Cipriano, que intervino en este asunto, apostataron de la fe procurando el *libellus* o testimonio oficial de estar incluidos en las listas. Eran, pues, un caso de los llamados *libeláticos*. Recientemente se ha tratado de defender de esta nota a dichos obispos; pero la argumentación no parece suficiente.

El P. García de la Fuente³³⁾ es quien con más competencia ha tratado de defender la memoria de Marcial de Mérida, e indirectamente la de Basírides. Todo se reduce a probar que Marcial fué víctima en Mérida de un atropello por parte de su contrincante Félix, el diácono Lelio y otros enemigos suyos, los cuales, en unión con Sabino, quien había arrojado de su sede de León-Astorga a Basírides, habían conseguido atraer a su causa a S. Cipriano, hombre que gozaba entonces de gran autoridad en todo el occidente; y no contentos con esto, falsificaron una carta del mismo, que designa a Basírides y Marcial y otros partidarios suyos como libeláticos. Por tanto, esta célebre carta de S. Cipriano, que es el único documento en que se apoya la imputación de apostasía de dichos obispos, sería una falsificación de los intrusos. Mas por desgracia, los indicios que se presentan para probar esta falsificación son casi exclusivamente de carácter

Aunque tal como suena la relación no tiene consistencia histórica, existe un fondo de verdad, como se prueba en los restos de algunas excavaciones. De ello se deduce que debió haber mártires en aquella región. La leyenda no aparece hasta el año 450 en Lyon. Véanse además: FRANCHI DE 'CAVALIERI, P., S. Agnese nelle tradizioni e nella leggenda. En Röm. Qschr., suplement. 10 (1899). JUBARU, Ste. Agnès, vierge et martyre de la voie Nomentane. P. 1907.

³²⁾ Véase particularmente VILLADA, I, 1, p. 251 s., a quien resumimos. Además: *Prudencio*, varios himnos del «Peristefanon». Editado en Migne, PL, 60, 275-293. «España Sagrada», 33, 421-424. ALLARD, P., Les persécutions en Espagne pendant les premiers siècles du Christianisme. En Rev. Q. Hist., 39 (1886), 5-51.

³³⁾ El Caso del Obispo Marcial de Mérida. Rehabilitación de una figura española del siglo III. Separ. de Rev. Est. Extremeño. Badajoz 1933.

interno, y en general no parecen contrarrestar el peso de una tradición literaria constante, que atribuye la carta al célebre obispo de Cartago.

El único nombre conocido entre los que en España sufrieron el martirio durante la persecución de Decio, es *Félix de Zaragoza*, llamado por S. Cipriano «propagador y defensor de la fe». Por lo demás, no tenemos más noticias sobre él.

La persecución de Valeriano dió, en cambio, ocasión a uno de los más bellos martirios de la España primitiva: el obispo *S. Fructuoso* de Tarragona y sus dos diáconos, *Augurio* y *Eulogio*³⁴⁾. Afortunadamente, poseemos las actas de este martirio, que el P. Delehay, especialista en estos estudios, enumera entre las auténticas y de más valor, ya que substancialmente consisten en la reproducción del interrogatorio y de la sentencia final del proceso.

62. b) Persecución de Diocleciano. Como en todas partes, así también en España esta persecución fué la que más víctimas causó. De hecho, a ella pertenece la mayor parte de los martirios de la España antigua.

La primera medida, que se dirigía a la depuración del ejército y que apenas ha dejado rastro fuera de España, ocasionó en Calahorra los martirios de los soldados *Emeterio* y *Celedonio*. De ellos habla Prudencio en el primer himno de su «*Peristéfano*». Otro invicto soldado español, víctima de esta persecución, fué *Marcelo*, originario seguramente de León o por lo menos centurión de la legión *séptima gemina*, que residía en aquella ciudad. Se conservan dos relaciones a todas luces auténticas, que se reducen al proceso verbal.

Desde el año 303 se intensificó la persecución. En España fué el prefecto *Daciano* el ejecutor del rigor imperial. Prudencio nos trazó un bello cuadro en su himno a los dieciocho mártires de Zaragoza. En él hace un recuento de las diversas ciudades que el día del juicio podrán presentar orgullosas los miembros ensangrentados de sus hijos, dando de paso los nombres de los mártires más ilustres. Además, compuso Prudencio otros himnos particulares a diversos mártires españoles, víctimas de esta persecución. Fuera de esto, los demás documentos son de muy escaso valor. Por desgracia, las actas de mártires referentes a los de este tiempo son muy posteriores y están repletas de elementos legendarios.

Uno de los mártires españoles más ilustres en esta persecución fué *S. Vicente*. S. Agustín predicó cuatro sermones el día de su fiesta. Prudencio le dedicó uno de sus mejores himnos. Existen, además, unas actas y el epitome del *Cerratenense* basado en ellas. El proceso verbal

³⁴⁾ SERRA-VILARÓ, J., *Fructuosus, Auguri i Eulogi, Màrtirs Sants de Tarragona*. Tarragona 1936.

original se había perdido a principios del siglo IV. Sin embargo, los documentos conservados convienen en lo substancial. Nacido en Huesca y preso como cristiano en Zaragoza, fué conducido a Valencia ante el prefecto *Daciano*. Allí fué sujeto al potro, al ecúleo, a una infinidad de tormentos. Se le arrojó a una mazmorra sobre cascajo y puntas de hierro; pero fué curado milagrosamente. Entonces se intentan halagos para reducirlo, hasta que exhala suavemente su espíritu. Son dignos de mención, además de los indicados: los Santos niños *Justo y Pastor*; *Sta. Leocadia* de Toledo; los Stos. *Vicente, Sabina y Cristeta* de Ávila, y otros muchos.

Problema de las dos Eulalias. *Sta. Eulalia* de Mérida es una de las mártires más célebres y populares de esta persecución. Prudencio dedicó también a esta Santa un precioso himno. Mas, por otra parte, se venera desde antiguo en Barcelona otra *Sta. Eulalia*, cuyo martirio presenta mucha semejanza con el de la de Mérida. De ahí el problema crítico, muy discutido recientemente, sobre si se trata de una misma Santa o de dos. El P. Fita, conocido arqueólogo y crítico, y el P. Villada, defienden que son dos distintas. El P. Moretus, escritor bolandista, con otros, defiende que la de Barcelona es un desdoblamiento de la de Mérida. Así, según ellos, no hay más que una *Eulalia*. A nosotros nos satisfacen más las razones de los primeros.

VII. Lucha de la Iglesia con las armas literarias.

Los apologetas³⁵⁾

63. Además de las persecuciones de los emperadores, tuvo que sufrir el Cristianismo la guerra literaria de parte de los paganos. Los ataques en forma de escritos comienzan en tiempo de Marco Aurelio.

a) **Escritores anticristianos³⁶⁾.** *Frontón*, preceptor de Marco Aurelio, se distinguió por sus burlas contra los cristianos. *Minucio Félix*, en su apología, cita fragmentos. En ellos se dan como ciertas todas las calumnias anticristianas: asesinatos de niños, bebida de su san-

³⁵⁾ Véanse las historias de la literatura cristiana o patrologías de BAR-DENHEWER, TIXERONT, PUECH, LABRIOLLE, MORICCA, ALTANER-CUEVAS-DOMÍNGUEZ. Además: ORTEGA, A., *La literatura crist. en los tres primeros siglos*. M. 1943. GHELLINCK, J. DE, *Patristique et moyen âge. Étude d'Hist. littéraire et doctrinale*. 3 vol. P. 1946-1949. LAGUIER, L., *La méthode apologétique des Pères dans les trois premiers siècles*. P. 1905. LEBRETON, J., *Les origines de l'apologétique chrétienne*. En *Revue Apol.*, 7 (1909), 801 s. PUECH, A., *Les Apologistes grecs du second siècle*. P. 1912. BAREILLE, G., *Apologistes*, en *Dict. Th. Cath.*

³⁶⁾ ORIGENES, *Contra Celsum*, ed. PG., 11, 641 s. Ed. P. Koetschau, 1899. *Porphyrii*, *Opuscula selecta*, ed. Hauck. 2.^a ed. 1886. *Philostrati opera*, ed. A. Westermann. P. 1849. *Plotini*, *Opera*, ed. F. Dübner. P. 1855. *Jamblichi*, *Vita Pitagorae*, ed. A. Westermann. P. 1852. *Luciano*, *De morte Peregrini*, ed. Llevi. 1892. LECLERCQ, Art. *Accusations contre les chrétiens*, en *Dict. Arch.* LABRIOLLE, P. DE, *La réactions païenne. Étude sur la polemique antichrétienne du I.^{er} au VI.^e siècle*. P. 1934. SCHMIDT, C., *Plotins Stellung zum Gnosticismus und zum christl. Christentum*. En *Texte Unt.*, 20, 4. BENOIT, P., *Un adversaire du christianisme au III.^e s.: Porphyre*. En *Rev. Bibl.* 54 (1947), 543 s. IVÁNKA, E., *Hellenistisches und christliches im frühbyzantinischen Geistesleben*. Viena 1948.

gre, etc. *Luciano* publicó el año 167 su opúsculo «De morte peregrini», que es una burla del carácter de Cristo, al que presenta como un soñador y estafador. Por lo demás, Luciano es el tipo del racionalista de su tiempo, que no cree en ninguno de los dioses.

Celso fué, sin duda, el adversario más temible de estos primeros tiempos. Hacia el año 178 apareció su obra *ἀληθὴς λόγος*, de la que sólo se conservan considerables fragmentos en la refutación de Orígenes. Según él, la religión romana es indispensable al Imperio, por lo cual declara la guerra abierta al Cristianismo, por ser religión exclusivista y opuesta al Estado romano.

Desde fines del siglo II y durante el siglo III los grandes enemigos literarios del Cristianismo son las *nuevas tendencias filosóficas*, que pretenden rejuvenecer la filosofía y religión pagana y constituyen una parte esencial de lo que se denomina *helenismo*. Estas tendencias están representadas por los *neopitagóricos*, sobre todo *Filóstrato*, quien presentó a Apolonio de Tiana como un reformador semejante al Cristo de los cristianos, y los *neoplatónicos*. Entre estos últimos sobresalen: *Porfirio*, con sus quince libros contra los cristianos, y sobre todo su «*Philosophia et oracula*», donde trata de presentar frente a la Revelación de los cristianos, una revelación especial pagana, mucho mejor que aquélla. Asimismo *Plotino*, *Jámblico* y *Proclo*, los cuales insisten en cierta interpretación alegórica de los mitos de los dioses. Todos estos filósofos, los representantes más insignes del neoplatonismo, rechazan un politeísmo grosero y buscan cierta ascética y aun una especie de contemplación de la divinidad, que los hace sospechosos de panteísmo. Pero su peligro particular aparece en el hecho de haber logrado infiltrar sus ideas en algunos escritores cristianos del tiempo y en el prestigio extraordinario de que gozaban entre ellos.

64. b) Defensa literaria del Cristianismo por los apologetas³⁷⁾. Contra esta guerra literaria se defendió también el Cristianismo por medio de escritos, llamados apologías. Estas apologías son de gran interés, porque representan el primer estadio de la ciencia y literatura cristiana, y porque, al rechazar las calumnias de los paganos, nos presentan hermosas descripciones de la vida cristiana. Algunas de estas apologías van dirigidas a los emperadores; pero el gran público a que de hecho se dirigen es el mundo pagano, que leía los escritos anticristianos.

He aquí una breve indicación de los principales apologetas:

1. *Cuadrato* es el más antiguo que conocemos. Dirigió su apología a Adriano, pero sólo se conservan fragmentos en Eusebio.
2. *Aristides*³⁸⁾ dirigió otra apología a Antonino Pío, que ha sido encontrada recientemente. Se entretiene de un modo particular en la exposición de lo que es la vida cristiana, de que hace una bella descripción, contraponiéndola a las calumnias de los adversarios.

³⁷⁾ *Corpus apologetarum christianorum saec. secundi*, ed. I. C. T. Otto. 9 vol., 1851 s. Ed. Pg., 6. GOODESPEED, E. J., *Die alt. Apologeten*. 1915. MURGUIJÓN, S., *Los apologetas del siglo II*. M. 1936.

³⁸⁾ *Aristides*, ed. por J. R. Harris y J. A. Robinson, en *Texts St.*, 1, 1, 1891. Ed. por Seeberg, en *Zanuss Forschung.*, 5 (1893, p. 159-414).

3. *Epístola a Diognetes*. No se conoce el autor, pero es una bella apología de la vida cristiana, que es descrita con pormenores interesantes.

4. *S. Justino*³⁹⁾. Se le llama comúnmente *el filósofo* por haberse dedicado especialmente a la filosofía antes y después de su conversión y haber encontrado la verdad precisamente en el estudio de los diversos sistemas filosóficos. Es el rey de los apologetas del siglo II.

De las obras que escribió se han conservado las que tienen carácter apologético: las *Dos apologías* y el *Diálogo con Trifón*. Las dos apologías, que, según la crítica más reciente, fueron dirigidas al emperador Antonino Pío, fueron escritas en 153 y 156. La segunda, que algunos tuvieron como complemento de la primera, es independiente y fué escrita como respuesta a los ataques de Frontón. El «*Diálogo con Trifón*» es posterior. Uno de los rasgos característicos de S. Justino es hacer ver la semejanza entre la filosofía pagana y la cristiana. La explicación de este fenómeno es ingeniosa. Como pruebas especiales de la verdad del Cristianismo presenta ante todo la profecía, luego el milagro, sobre todo los milagros de Cristo, la moral cristiana en la teoría y en la práctica. Asimismo rebate las calumnias y falsas acusaciones.

S. Justino representa un sistema propio y original, en contraposición al que empleaba particularmente Tertuliano. Frente a los ataques vehementes de éste, Justino representa el sistema de atracción y de allanar dificultades para facilitar la común inteligencia. Por otra parte, no sólo se dirige a los paganos, sino también a los judíos; a todos quiere persuadir de la verdad cristiana.

Estableció en Roma una escuela filosóficoteológica cristiana, que alcanzó un desarrollo notable. En su sistema de apologética defiende el principio, que tomó luego la escuela de Alejandría, de que los filósofos paganos recibieron del Antiguo Testamento las verdades fundamentales. Es célebre en ese mismo sentido la teoría del *Verbo seminal*, es decir, que toda la verdad que conocen los hombres proviene del Verbo de Dios, el Logos. Así, todo lo bueno que tienen los griegos, las verdades enseñadas por Sócrates, Platón y Aristóteles. Su amor a la verdad lo selló con su muerte de mártir en tiempo de Marco Aurelio. En las Actas que de él se conservan existe un testimonio excelente de la valentía con que supo confesar su fe.

5. *Taciano*⁴⁰⁾. Fué discípulo de S. Justino, pero muy distinto de su maestro, de carácter duro y altanero. S. Ireneo nos ha dejado de él

³⁹⁾ *Justino*, *Apologías*, ed. por G. Krüger, 4.^a ed. 1915. Ed. por G. Rauschen, 2.^a ed. En *Flor. Patr.*, II. FEDER, A., *Justinus Lehre von Jesus Christus*. 1906. HUBIK, K., *Die Apologien des heil. Justins*. 1912. YABEN, H., *S. Justino. Apologías*. M. 1943. OTILIO DEL N. JESÚS, J., *Doctrina eucarística de S. Justino, filósofo y mártir*, en *Rev. Esp. Teol.*, 4 (1944), 3 s.

⁴⁰⁾ *Taciano y Atenágoras*, ed. Ed. Schwartz, en *Texte Unt.*, 4, 1, 2. SCHWARTZ, *Apologie Tatians und Schriften des Athenagoras*. En *Texte Unt.* IV, 1888 s. MINUCIO FÉLIX, *El Octavio*. M. 1945.

una semblanza poco favorable. Hacia 170 escribió su discurso contra los griegos, que es una apología, de carácter algo estridente.

6. *Atenágoras* es el representante en el oriente de la tendencia conciliadora de S. Justino. Escribió una apología, titulada *προσβεβα*, o suplicatorio «pro christianis», dirigida a Marco Aurelio. En ella rebate las principales acusaciones contra el Cristianismo y luego presenta una buena exposición del dogma cristiano. Se entretiene con complacencia en la descripción de la vida cristiana.

7. *S. Teófilo*, que escribió una apología dirigida a Autolykos, es el único apologeta obispo. Representa más bien la tendencia rigo-rista, por lo cual no manifiesta simpatía alguna por el helenismo y rechaza a sus representantes, los poetas y filósofos.

8. *Minucio Félix* compuso el «Octavius», primera obra apologética escrita en latín. Se distingue por su buen estilo, del tipo de los diálogos de Platón. Se trata de un diálogo, en el que uno de los personajes, Octavio, va resolviendo con gracia y habilidad las objeciones que el pagano Cecilio le va presentando.

9. *Tertuliano* ⁴¹⁾. Debe citársele también entre los apolo-gistas, aunque su nombre figura en otras partes. Además, Ter-tuliano cierra este período. Bien instruido en la erudición pa-gana de su tiempo, escribió, entre otras obras, muchas de carácter apologetico. Los rasgos más salientes de su sistema en defensa del Cristianismo son:

1) En primer lugar, se defiende atacando. Así revuelve contra los paganos las acusaciones de crímenes e immoralidades. 2) Rechaza con vehemencia e indignación las calumnias de antropofagia, incestos, malas costumbres. Sobre todo se vuelve contra el prejuicio de que los cristianos son incompatibles con el Imperio romano y un peligro para el mismo. 3) Como esta última objeción está basada en el hecho que los cristianos rechazaban los dioses paganos, Tertuliano ataca al poli-teísmo gentil, poniendo de relieve la falta de ética de los dioses. 4) Finalmente, como jurista, insiste en el argumento jurídico, pro-bando que la persecución de los cristianos no se puede justificar, o atacando derechamente la legislación anticristiana. Por lo demás, en toda su argumentación, Tertuliano es sumamente fogoso y un tanto apasionado en su elocuencia.

⁴¹⁾ *Tertuliano*, Apologeticus, ed. Rauschen, en Flor. Patr., 6, 1906. LORTZ, J., Tertullian als Apologet. 2 vol. 1927-1928. PRADO, G., Tertu-liano. El Apologetico. M. 1941.

CAPÍTULO IV

La Iglesia frente a las herejías

65. A los dos enemigos ya indicados, los emperadores y los filósofos paganos, se juntaron desde un principio los herejes. Como contra aquéllos, tuvo que luchar el Cristianismo contra éstos. Esta lucha fué particularmente peligrosa por tratarse de enemigos internos. En este primer período podemos distinguir varios aspectos o etapas: 1) la primera la forman los errores y herejías del tiempo de los Apóstoles; 2) la segunda, las herejías gnósticas; 3) el maniqueísmo; 4) el montanismo y el milenarismo; 5) finalmente, las herejías adopcionistas y mo-narquianas.

I. Primeros errores y herejías ¹⁾

Ya en tiempo de los Apóstoles se presentaron las primeras desviaciones de la doctrina ortodoxa. Por esto la Iglesia mani-festó desde un principio la pureza de su doctrina frente al error.

66. a) *Doctrina de los Apóstoles* ²⁾. Naturalmente, la doc-trina enseñada por los Apóstoles forma la base del desarrollo de la teología católica, y los que disintían de ella se declaraban

¹⁾ SCHWANE, Dogmengesch. der vornizän. Zeit. 2.^a ed. 1892. HARNACK, A., Dogmengeschichte. 3 vol. 4.^a ed. 1909. ID., Die Entstehung der christl. Theologie und des christl. Dogmas. 1927. SEEBERG, R., Lehrbuch der Dog-mengesch. 1922. LEBRETON, J., Histoire du dogme de la Trinité des origi-nes au Concile de Nicée. 2 vol. P. 1927. TIXERONT, J., Histoire des dogmes. 3 vol. 11.^a ed. P. 1930. Véanse también: S. IRENEO, Adv. haereses. S. HI-PÓLITO, Panarion. FILASTRIO, Liber de haeresibus. S. AGUSTÍN, De hae-resibus.

²⁾ BOVON, J., Theologie du Nouveau Testament. 2.^a ed. Lausanne 1902. BADCOCK, F. J., The old Roman Creed. En J. Th. Stud., 23 (1922), 362 s. VOISIN, L'origin du symbole des apôtres, en Rev. Hist. Eccl., 3 (1902), 297 s.; CAPELLÉ, B., Le symbole romain au II siècle, en Rev. Bén., 39 (1927), 33 s.; ID., Les origines du symbole romain, en Rech. Th. anc. méd., 1930, 5 s. GHILLINCK, J. DE, L'histoire du symbole des apôtres, en Rev. Sc. Rel., 1930, 97-124. ALDAMA, J. A., El símbolo Toledano. I. En An. Greg., 7. R. 1934. MUÑOZ ALONSO, A., El símbolo de la fe en S. Agustín. En An. Univ. Murcia 1944, 14 s. GHILLINCK, J. DE, Patristique et moyen Âge. I: Les recherches sur les origines du symbole des Apôtres. Nueva ed. Bruselas 1949.

duce a la rebelión de uno de los eones, el demiurgo. 4. El modo de obrar la *Redención*, que consiste en la liberación de las emanaciones del Ser supremo encerradas en la materia. Esto es obra de otro eón, llamado Cristo. 5. División de los hombres en *gnósticos*, *psíquicos* e *hílicos*. 6. Aberraciones en la moral, procedentes de la división fatídica de las castas. 7. Finalmente, un aprecio inmenso de la propia inspiración.

Los pormenores sobre el desarrollo de estos diversos elementos, son por demás interesantes. Los eones o seres intermedios entre el Ser supremo y el mundo existen desde la eternidad. Su enlace y relaciones mutuas son diversos en los varios sistemas. Junto con el Ser supremo formaban el *πλῆρομα* o reino de la luz; iban generalmente por parejas (*συνυγίαι*) de elemento masculino y femenino y eran menos perfectos a medida que se alejaban del pléroma; pero aun el más imperfecto poseía alguna partecita de la divinidad. Mas por otra parte, al efectuarse estas emanaciones, algunas partes de la divinidad cayeron en medio de la materia (*κένωμα*) y allí se hallaban como cuerpos extraños. Uno de los eones, el llamado *demiurgo*, pretendió ascender en su posición y se rebeló contra el Ser supremo, por lo cual es arrojado del pléroma. Tal es el origen del mal. Este eón rebelde, según algunos gnósticos, es el Dios del Antiguo Testamento. Las almas son partecitas de luz encerradas en el cuerpo, que están esperando el rescate. Para redimir al alma humana, bajó otro eón, fiel al Ser supremo, el eón Cristo, el cual comunicó a las almas el conocimiento de su verdadero origen y les enseña el modo de libertarse de la materia, que es por el conocimiento superior o la *gnosis*.

Por otra parte, este eón Cristo no toma verdadero cuerpo, y por lo mismo no redime por medio del sacrificio de la cruz, sino sólo enseñando la *gnosis*. Para tener una idea de las aberraciones de la moral gnóstica, basta tener presente que los gnósticos propiamente tales no necesitaban nada más, y así podían obrar a su antojo; su *gnosis* les bastaba. Además, siendo mala la materia, era necesario despreciarla y perseguirla. De ahí los mayores excesos en mortificaciones extravagantes, y las más inconcebibles libertades carnales.

III. Principales representantes del gnosticismo ⁵⁾. Marción

70. Las primeras manifestaciones tuvieron lugar en Palestina y Siria con Simón Mago, Cerinto y los errores perseguidos por S. Juan Evangelista, S. Ignacio de Antioquía y otros. Sin embargo, su desarrollo como doctrina especial, se verificó en Alejandría. Por esto los gnósticos alejandrinos tienen gran importancia. En el occidente desarrolló su actividad e hizo escuela el alejandrino Valentín. Marción, también oriental, forma más bien grupo aparte. Como el exponer por extenso los diversos sistemas ocuparía mucho espacio, diremos lo más saliente de los principales, en lo cual seguiremos a los autores que lucharon contra el gnosticismo, S. Ireneo, Tertuliano y otros.

a) **Grupo de los gnósticos palestino-sirios.** Este grupo tuvo escasa importancia, no sólo por la menor significación de sus jefes, sino

⁵⁾ S. Ireneo, Adv. haereses; HIPÓLITO, Philosophumena; Tertuliano, diversas obras.

porque no se había introducido todavía en la corriente gnóstica el prestigio de la ciencia helénica. Además de Simón Mago y Cerinto, es digno de especial mención *Saturnilo*, el cual fundaba su sistema sobre la base del dualismo persa: Dios y la luz o principio del bien y principio del mal.

Era discípulo de un tal *Menandro*, quien a su vez era continuador de las ideas de Simón Mago. Enseñó en Antioquía hacia el año 125. Según su sistema, del principio de la luz proceden por emanación diversos seres. A los siete últimos los llama *espíritus planetas*, que forman el mundo material. Entre éstos se halla el Dios de los judíos. Todos se ven obligados a luchar constantemente contra Satanás. Crean por fin al hombre, a quien el Dios de la luz le envió una centella de vida, la cual, sin embargo, no se desarrolla en todos, sino solamente en los espirituales o gnósticos. Otro eón divino viene a redimir a los hombres, pero sólo a los que poseen el germen divino. Para ello tomó cuerpo aparente y enseñó el verdadero conocimiento o la *gnosis*, la abstinencia de carnes y de la procreación de hijos.

71. b) **Grupo de los gnósticos alejandrinos.** Es mucho más importante, pues tuvo como jefes a hombres de gran talento natural, que supieron manejar las grandes especulaciones helénico-orientales.

Basilides y sus discípulos ⁶⁾. Enseñaba en Alejandría por el año 130. Para recomendar más su doctrina, pretendía haberla recibido por medio de un intérprete de S. Pedro. Distingue tres mundos diversos. El primero es el del Ser supremo. El segundo lo forman 365 regiones suprasensibles. El tercero es el sublunar. Es interesante su explicación de la Redención. Uno de los distintivos de los basilidianos eran sus orgías mágicas, sus expresiones misteriosas, que traían escritas en brazaletes a modo de amuletos.

Clemente de Alejandría, que tuvo que luchar contra Basilides y su escuela, nos da pormenores sobre su sistema; pero debemos advertir que no coinciden con los que transmite S. Ireneo. Sin embargo, los rasgos substanciales parecen ser los indicados. El mundo sublunar está habitado por espíritus angélicos, que crearon el mundo, a cuya cabeza está el Dios de los judíos. Con el fin de libertar a los hombres del poder del demiurgo, el Dios supremo envía a su propio espíritu, el cual toma en Jesús una forma aparente. Los demás rasgos de la Redención son parecidos a los de los otros sistemas. Entre los amuletos que los basilidianos llevaban a modo de brazaletes, se distinguía el de la palabra *ἀβραάμ*, cuyas letras en griego equivalen al número 365, que es el de las regiones suprasensibles.

Valentín ⁷⁾. Hombre de gran talento, fué quien llevó a su apogeo la *gnosis* alejandrina. Envalentonado por el éxito obte-

⁶⁾ FUNK, F. X., Der Basilides der Philosophumena kein Pantheist. En Kg. Abh., I, 358 s. 1897. KENNEDY, Buddhist. Gnosticism. The System of Basilides. L. 1902.

⁷⁾ DIBELIUS, Studien zur Geschichte der Valentinianer. En Z. Nt. Wiss. 1908, p. 230 s., 329 s. MÜLLER, K., Beiträge zum Verständnis der

nido en Alejandría, su patria, dirigióse a Roma hacia 140 y allí siguió enseñando, pero al fin fué arrojado de la Iglesia. Su sistema se caracteriza por lo fantástico y bien trabado. Él es quien más claramente presenta los elementos típicos de los gnósticos: la oposición entre los dos principios, el desarrollo del pléroma en eones en forma de pares; la caída de uno de éstos en el kénoma y el consecuente desorden; la redención o restablecimiento del orden entre estos elementos; la división de los hombres en tres clases.

Valentín llegó a contar muchos adeptos a fines del siglo II y principios del III. Pero sus discípulos se dividieron en la rama itálica y la oriental. Ésta la sostuvo *Bardesanes*, que fué uno de los jefes más notables de los gnósticos.

Carpoócrates presentó a su modo la doctrina gnóstica, dándole un matiz marcadamente inmoral.

Los *ofitas* (de *ophis*, serpiente), en sus diversas ramas fueron muy célebres. Su estudio es un rompecabezas, por lo fantástico de sus nombres y concepciones. Su nombre les venía de que atribuían a la serpiente un papel importante en el desarrollo de la creación. Se distinguieron, entre otros, los *naasenos*, *sethitas*, *peratas*, *cainitas*.

Finalmente, fueron célebres los *encratitas* (de *ἐγκρατής*, continente), cuyo jefe fué *Taciano*. Su distintivo era una ascética rigurosa, un iluminismo ciego y muchas immoralidades.

72. c) Marción y el Marcionismo⁸⁾. Ha sido muy estudiado últimamente por Harnack. Consideraba a la Iglesia como degenerada y por eso se presenta como reformador. Así se explica la predilección que muestran por él los protestantes.

Notemos, ante todo: 1) Que Marción no es propiamente gnóstico. Es cristiano y bien instruido en las doctrinas católicas; pero se rebeló con sus propias concepciones. Lo que en su doctrina se puede llamar gnóstico, lo es más bien en apariencia. 2) Además, todo su sistema es de una simplicidad extraordinaria, pero muy llamativo por los contrastes que presenta. Así se explica su gran éxito.

En efecto, nacido en Sínope y arrojado de la comunidad cristiana por su propio padre, se dirigió a Roma en 140 y allí trató de atraerse a los fieles con grandes donativos. Junto con el gnóstico *Cerdón* enseñó allí sus doctrinas, por lo cual fué excomulgado. Con su talento organi-

Valentin. Gnosis. 1920. FÖRSTER, W., Von Valentin zu Heracleon. 1928. SAGNARD, F. M.-M., La gnose valentinienne et le témoignage de saint Irénée. En Et. phil. méd. 36. P. 1948.

⁸⁾ HARNACK, A., Marcion. Das Evangelium vom fremden Gott. En Texte Unt. 45. 2.ª ed. 1924. Id., Neue Studien zu Marcion. Ib., 44, 4. 1923. HERMONI, Le Marcionisme. En Rev.-Q. Hist., 82 (1910), 5-33. ALÈS, A. D', Marcion, la réforme chrétienne au II.º siècle. En Rech. Sc. Rel., 13 (1922), 137-168. BATIFFOL, P., L'Eglise naissante... Excursus C. Marcionisme, p. 277 s. AMANN, E., Art. Marcion, en Dict. Th. Cath. BLACKMANN, E. C., Marcion and his influence. L. 1949.

zador obtuvo grandes resultados; formó una secta con su jerarquía propia y extendió sus ideas en occidente y en oriente.

Todo su sistema se basa en la *oposición irreductible entre el Dios del Antiguo Testamento y el Cristo del Nuevo*. De ahí saca muchas consecuencias. Todo esto lo expuso en su obra «Antitheses». Para poder probar mejor su doctrina, acomodó a ella todo el canon de la Sagrada Escritura. Eliminó el Antiguo Testamento y buena parte del Nuevo. En la explicación de la Redención y de la Encarnación es medio gnóstico y doketa. Según él, el único verdadero Apóstol del enviado de Dios fué S. Pablo.

Su doctrina fué algo suavizada por él mismo, principalmente su opinión sobre el Dios del Antiguo Testamento; entre sus discípulos dió lugar a una escisión; pero aunque dividida, la secta adquirió gran extensión.

IV. Lucha de la Iglesia contra el gnosticismo⁹⁾

73. Una señal evidente del gran peligro que constituía el gnosticismo para la Iglesia, son los esfuerzos puestos por ésta para desenmascararlo y vencerlo. *combate* *antiguo* *contra* *el* *gnosticismo*

a) Obras literarias en defensa de la Iglesia. Contra las primeras manifestaciones se opusieron en sus escritos los Apóstoles Pedro, Pablo y Juan. Además, S. Ignacio de Antioquía, S. Policarpo, S. Justino escribieron asimismo contra las nuevas herejías.

Entrado ya el siglo II, siguieron otros escritores católicos defendiendo la doctrina ortodoxa contra las aberraciones gnósticas. Eusebio da cuenta de algunos. Tales fueron: los controversistas *Milciades*, *Melito de Sardes*, *Teófilo de Antioquía* y otros, que escribieron contra el gnosticismo. Pero entre todos se distinguieron: S. Ireneo, y luego *Hipólito* y *Tertuliano*.

S. Ireneo. Su obra «Adversus haereses» es lo mejor que poseemos en este género. Va dirigida principalmente contra los gnósticos, y por ella conocemos sus principales sistemas. La base de la argumentación de S. Ireneo la constituye el conocimiento exacto de las doctrinas gnósticas. S. Ireneo ataca de un modo particular a *Marción* en el libro IV, deshaciendo su teoría fundamental sobre la oposición entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Las normas que propone para probar la falsedad del gnosticismo, son las siguientes:

Por la primera regla proclama que los únicos libros que deben servir de norma y canon para los cristianos son los del Antiguo Tes-

⁹⁾ LEBRETON, Les origines du dogme de la Trinité, II, p. 517-617. FREPPEL, Saint Irénée. P. 1861. DUFOURCO, Saint Irénée. P. 1904. VERNET, F., Art. Irénée, en Dict. Th. Cath. HARVEY, W. W., Sancti Irenaei episcopi Lugdunensis libri quinque. 2 vol. Cambridge 1949.

tamento, los cuatro evangelios y los demás escritos apostólicos. Con esta regla quedaban, pues, excluidos todos los apócrifos de los gnósticos, que eran uno de los principales sostenes de su doctrina. La segunda norma afectaba más bien al contenido de los libros gnósticos. Los mitos y especulaciones orientales, contrarios al símbolo apostólico, son ajenos al canon de la Escritura y no pertenecen al fondo de verdades que se deben creer. Evidentemente, esta norma se dirigía también contra la doctrina de Marción, pues proclamaba un Dios único, creador del cielo y de la tierra, la divinidad de Jesucristo, su verdadera humanidad, etc. La tercera regla significaba un golpe mortal contra los jefes gnósticos, que pretendían fascinar con el brillo de sus concepciones fantásticas. Sólo los sucesores de los Apóstoles, a la cabeza de los cuales está el sucesor de Pedro, obispo de Roma, tienen derecho a transmitir la verdadera doctrina de Cristo. Si los Apóstoles hubieran tenido secretos especiales que comunicar, los hubieran transmitido a sus representantes. Por tanto, caen por su base las pretensiones de revelaciones especiales, transmitidas por medios secretos y misteriosos, con que se presentaban algunos jefes gnósticos. En la misma obra expone S. Ireneo gran cantidad de cuestiones teológicas, que la convierten en uno de los principales conatos de Teología cristiana.

De *Hipólito* y *Tertuliano* se conservan algunos escritos anti-gnósticos. Son célebres los de Tertuliano contra Valentín y contra Marción. Su estilo es siempre acerado y fogoso. Ridiculiza las extravagancias de las concepciones gnósticas. Escribió también contra los gnósticos la obra «De praescriptione». Como jurista, echa mano del argumento de prescripción, muy usado en el Derecho Romano, según el cual los herejes no tienen el derecho de usar de las Escrituras, por la razón sencilla que son ya propiedad exclusiva de la Iglesia, por prescripción después de tantos años.

74. b) Medidas tomadas por la Iglesia. Ante el gran peligro de las doctrinas gnósticas, tomaron los obispos en todas partes diversas medidas de defensa.

1. La primera fué el excluir de las comunidades cristianas a todos los jefes gnósticos. 2. La segunda, un esfuerzo particular de los obispos en la instrucción de los fieles. Ejemplo de esta actividad fué Dionisio de Corinto. A esto se debe la erección de las escuelas catequísticas. 3. El tercer medio fué de gran importancia: el señalar, al menos prácticamente, los libros que debían considerarse como sagrados. De esto se originó el canon o la determinación exacta de los *libros canónicos* ¹⁰⁾.

¹⁰⁾ BATIFFOL, P., Le Canon du Nouveau Test. En Rev. Bibl., 1903, 10 s., 216 s. LEIPOLDT, Gesch. des Neutestam. Kanons. 1907. DORSCH, Die Wahrheit der bibl. Geschichte in den Anschauungen der alten christl. K. En Z. kath. Th. 1905-1907. MAINAGE, Les origines du canon chrétien de l'Ancien Test. En Rev. Sc. Ph. Th., 3 (1909), 262 s.

V. El maniqueísmo ¹¹⁾

75. Puede ser considerado como prolongación del gnosticismo. Sin embargo, por las particularidades que ofrece, se le estudia aparte. Su carácter es el de una religión sincretística: una fusión del dualismo persa junto con algunas ideas budísticas y con una buena parte de principios cristianos.

a) Actividad de Mani. Sobre el desarrollo del maniqueísmo se conocía muy poco en concreto hasta que, a principios del siglo XX, multitud de hallazgos en excavaciones han dado bastante luz a todo este asunto. Son particularmente importantes los escritos de Mani que se han descubierto. El resultado de todo lo que se conoce de Mani y del maniqueísmo se puede resumir así:

Mani predicaba ya en las Indias hacia 240. Sapor lo llamó el año 241, y así pudo predicar su doctrina en el floreciente reino de Persia. Al mismo tiempo se mantuvo en relaciones con los budistas hindúes. Con su gran actividad ganó muchos adeptos, pero al fin cayó en desgracia de Sapor y tuvo que escapar. Muerto Sapor en 272, volvió a Persia, donde propagó de nuevo sus ideas; pero a los pocos años fué preso y ajusticiado cruelmente. Sus discípulos celebran con gran entusiasmo el día de su muerte, con el título de *βήμα* o cátedra.

El maniqueísmo produjo en los siglos III y IV un gran revuelo en todo el Imperio romano, y sobre todo en el oriente era un semillero de fanatismo religioso, de gran peligro para el Cristianismo y para el mismo Estado. Por esto los emperadores romanos tuvieron que intervenir, dictando penas severísimas, y aun la pena de muerte, contra los maniqueos. Las ideas por ellos difundidas echaron hondas raíces en todas partes, y así muchas herejías medievales pueden ser consideradas como retoños del maniqueísmo.

76. b) Su doctrina. La base de todo el sistema de Mani es la oposición eterna entre los dos principios, la *luz* y las *tinieblas*, el *bien* y el *mal*. Él los llama *Ormuzd* y *Ahriman*. Son típicos también los diversos elementos que rodean a cada uno de estos principios. A *Ahriman*, las tinieblas, barro, viento, fuego y humo. A *Ormuzd*, los elementos puros, luz, fuego, viento, agua y tierra. Entre ambos se entabla una tremenda lucha, en la que quedan victoriosos los elementos malos.

¹¹⁾ *Hegemonius*, Disputa de Arquelao con Manes, en PG., 10, p. 1429. *Tito de Bostra*, 4 libros contra el Maniqueísmo, ed. A. de Lagarde, 1859. *S. Agustín*, Escritos contra los Maniqueos, PL., 32 y 42. *SCHMIDT, C.*, Neue Originalquellen des Manichäismus aus Aegypten. 1933. *LEBRETON*, Mani et son oeuvre d'après les papyrus récemment découverts. En Bt., Oct. 1933, p. 129-143. *ERMONI*, Manès et le manichéisme, I-III. Bruselas 1908-1912. *STROOP, E. DE*, La diffusion du manichéisme dans l'Empire romain. Gante 1910. *MESSINA, G.*, La dottrina Manichea e le origini del Cristianesimo. En Bibl. 1929, p. 313-331. *BARDY*, artíc. en Dict. Th. Cath.

mo. Sin embargo, el Papa Ceferino no admitía la defensa de Hipólito, y así rechazó a Sabelio, pero igualmente la doctrina de Hipólito. Esto excitó más al vehemente Hipólito, el cual desató sus iras contra el nuevo Papa Calixto, porque no lanzaba inmediatamente la excomunión contra Sabelio, y se separó al fin de la Iglesia proclamándose antipapa. Finalmente, el Papa Calixto lanzó la excomunión contra Sabelio y los suyos. El heresiarca se dirigió al oriente, donde murió en 260; pero la herejía se mantuvo bastante tiempo.

CAPÍTULO V

Ciencia y Literatura eclesiásticas ¹⁾

81. Los primeros cristianos, incluso los Apóstoles, transmitieron sus enseñanzas generalmente de viva voz, con lo cual se formó la *tradición oral*, de gran importancia para el desarrollo del dogma católico. Sin embargo, ya para facilitar la instrucción de los fieles, ya para responder mejor a los sofismas de los herejes, la Iglesia tuvo que fijar por medio de escritos sus principales enseñanzas, lo cual constituye lo que llamamos *Literatura eclesiástica primitiva*. El estudio del desarrollo y contenido de estas primeras obras literarias es el objeto de la *Patrología* o *Historia de la Literatura cristiana*, que aquí sólo puede darse en brevísimo resumen.

I. Los Padres Apostólicos ²⁾

Los escritos más estimables del tiempo inmediato postapostólico pertenecen a un grupo de escritores, a quienes por eso mismo se designa con el título de *Padres Apostólicos*, que estuvieron en contacto con los Apóstoles. Estos escritos presentan un aspecto muy parecido a las epístolas de S. Pablo, y como éstas, tienen por objeto ilustrar y profundizar la enseñanza oral.

¹⁾ Pueden consultarse las obras generales sobre la literatura cristiana. Además: FESSLER, J., *Institutiones Patrologiae*. 2.^a ed. por B. Jungmann. 2 vol. 1890-1896. BATTIFOL, P., *La littérature grecque*. 5.^a ed. P. 1905. En *Bibl. ens. Hist. Eccl. SINOPOLI DI GIUNTA, G. P., Storia letteraria della Chiesa*. 2 v. Turín 1919-1922. ALEMANY SELFA, B.-CORTÉS, H., *Historia de la Literatura latina*. I. M. 1933. FERZACHI, N., *Storia della Letteratura latina, da Tiberio a Giustiniano*. Milán 1934. MONCEAUX, P., *Histoire littéraire de l'Afrique chrét.* 7 vol. P. 1901-1923.

²⁾ Edición de la *Didaché*: TH. KAUSNER, en *Flor. Patr.*, 1 (1939); ed. H. LIETZMANN, en *Kleine Texte*, 6 (1936). Además: FUNK, F. X., *Patres Apostolici*, 2 vol. 2.^a ed., por Dickamp. KRÜGER-BIHLMEYER (texto griego). 1924. RAUSCHEN, *Floril. Patr.*, 1. 1904. BOSIO, G., *I Padri Apostolici*. M. 1947. HUBER, S., *Los Padres Apostólicos*. Versión crít. del original griego. Buenos Aires 1949. GALTIER, P., *La date de la Didascalie des Apôtres*. En *Rev. Hist. Eccl.*, 42 (1947), 315-351.

6. LLORCA: *Historia Eclesiástica*. 3.^a ed.

Su valor es incomparable, como monumentos del primitivo espíritu del Cristianismo, como lazos de unión entre los Apóstoles y las generaciones siguientes y como testigos de primer orden de la tradición cristiana. Por esto algunos fueron considerados algún tiempo como canónicos.

82. a) Diversos escritos postapostólicos. En primer lugar hacemos mención de algunas obras o fragmentos de obras recién encontradas, que tienen un carácter didáctico.

1. DIDACHÉ, O DOCTRINA DE LOS APÓSTOLES: διδαχὴ τῶν δώδεκα Ἀποστόλων. Es, sin duda, uno de los escritos cristianos más antiguos, descubierto y publicado en 1873 por *Filoteo Briennios*, pero conocido hasta hoy únicamente en un manuscrito del año 1056. El objeto del autor, hasta ahora desconocido, es dar un resumen de la doctrina del Señor, que los Apóstoles solían proponer a los fieles. Por esto, después de la instrucción doctrinal y la exposición de los ritos principales cristianos, se añaden algunos preceptos sobre el modo de proceder, de tratarse mutuamente las comunidades cristianas, de recibir a los peregrinos, elección de los obispos y diáconos, y semejantes normas de conducta. Es una obra de extraordinario valor para el conocimiento del Cristianismo primitivo, y que fué muy estimada, sobre todo en Egipto, pues Clemente de Alejandría la cita como «Escritura» y S. Atanasio la pone en la misma línea que los libros del Nuevo Testamento. Según parece, se escribió a fines del siglo I.

2. DIDASCALÍA. A imitación de la *Didaché*, se compusieron una serie de manuales para la instrucción litúrgica, moral y doctrinal del pueblo cristiano. Todos ellos son de origen posterior; pero las prescripciones que contienen presentan tal carácter de antigüedad, que hace suponer a los críticos que se remontan a los mismos Apóstoles. Tales son: el llamado *Orden eclesiástico de Egipto* (del siglo III), que debe identificarse con la *Tradición Apostólica*, de S. Hipólito, y las *Constituciones Apostólicas*, bastante posterior, particularmente los 85 cánones, en ellas contenidos. Digna de especial mención es la *Didascalia*, o «Doctrina de los doce Apóstoles y de los Santos Discípulos del Salvador». Probablemente se compuso antes del año 250, y aunque el autor parece judío, se dirige enérgicamente contra los judaizantes y reúne los preceptos más importantes sobre la liturgia del tiempo, sobre el matrimonio, penitencia y eucaristía, los deberes del obispo, de las viudas, etc. Sólo se conserva completo en una traducción siríaca.

83. b) Padres Apostólicos. Como Padres Apostólicos suelen designarse los siguientes:

1. EPÍSTOLA DE SAN BERNABÉ³⁾. Con este nombre nos ha transmitido la Antigüedad una carta, en la que no se nombra ni a su autor

ni al destinatario. Los Padres la atribuían generalmente a S. Bernabé; pero hoy día se da por cierto que no es suya, sobre todo por la doctrina que expone sobre el Antiguo Testamento, contraria a la de los Apóstoles. Hasta el año 1859, en que la descubrió Tischendorf junto con el «Codex Sinaiticus», sólo se conocía en latín una parte de la misma. Su carácter es abiertamente didáctico. En la primera parte trata del valor del Antiguo Testamento, abrogado por el Nuevo, y llega a afirmar que nunca tuvo validez. La segunda parte presenta una serie de prescripciones morales cristianas bajo la alegoría de dos caminos, que se llaman luz y tinieblas. En cuanto al tiempo de su redacción, el autor considera como un acontecimiento ya pasado la ruina de Jerusalén. Por otro lado, parece se escribió en tiempo de Nerva (96-98), a quien se alude varias veces.

2. S. CLEMENTE ROMANO⁴⁾. S. Clemente Romano es el tercer sucesor de S. Pedro, como lo atestigua expresamente S. Ireneo, y en la Antigüedad gozó de gran prestigio, si bien sólo nos consta que escribiera una carta. Sin embargo, no tenemos noticias de su vida, aunque parece procedía del judaísmo. Según esto, no merecen fe las noticias de las Clementinas, que lo hacen hijo de la familia de los Flavios.

El documento que de él poseemos es la *carta escrita a los cristianos de Corinto* a fines del reinado de Domiciano o principios de Nerva. Se conserva en griego, latín y siríaco. La ocasión fué el levantamiento de algunos presuntuosos contra la autoridad legítima de la Iglesia de Corinto, por lo cual Clemente, como Pontífice supremo, escribe con el objeto de poner fin a este desorden, exponiendo la necesidad de la sumisión a la jerarquía.

Por lo demás, fácilmente se adivina la importancia de este documento, pues prueba el primado efectivo del obispo de Roma hacia el año 90. Por esto precisamente los protestantes modernos procuran negar su autenticidad o dar otras interpretaciones a la intervención del Papa.

La llamada *segunda epístola a los de Corinto*. En varios manuscritos se transcribe, junto con la anterior, otra carta a los corintios, que es una especie de homilía. Ya Eusebio puso en duda la autenticidad de esta carta, y hoy generalmente nadie se la atribuye a S. Clemente Romano. La diferencia de estilo supone otro autor.

Igualmente deben rechazarse como espurios varios escritos, que la Antigüedad atribuyó a Clemente Romano. Tales son: las *dos cartas ad virgines*, que se debieron escribir en el siglo III, pues se habla en ellas de la cohabitación de hombres y mujeres; las *seudoclementinas*, que son una serie de escritos homiléticos y *Recognitiones* o *memorias*, en los que se debaten diversas cuestiones de carácter gnóstico-ebionita. Harnack ha llegado a la conclusión de que estos opúsculos son de origen arriano y se escri-

⁴⁾ SCHÄFER, TH., S. Clementis Romani Epistula ad Corinthios, quae vocatur prima. En Flor. Patr., 44. 1944. Pueden verse también algunos trabajos sobre el Primado en la Carta de S. Clemente Romano: VAN CAUWELAERT, en Rev. Hist. Eccl., 1935, 267-306. SEGARRA, FR., en Est. Eccl., 1936, 380 s.

³⁾ HAUSER, PH., Der Barnabasbrief neu untersucht und erklärt, 1912.

bieron hacia el año 360, en Siria. Ni debe sorprendernos el hecho de utilizar el nombre de S. Clemente para estos escritos, pues, como sucedía entonces con frecuencia, se utilizaba un nombre autorizado para comunicar cierta aureola de veneración a los escritos gnósticos o arrianos.

3. S. IGNACIO DE ANTIOQUÍA ⁵⁾. Ignacio, llamado *Teóforo* (Θεοφόρος), tercer obispo de Antioquía, es sin duda uno de los Padres Apostólicos más ilustres. En tiempo de Trajano sufrió el martirio, siendo expuesto a las fieras en el anfiteatro de Roma. Mientras era conducido desde Antioquía a la capital del Imperio, escribió siete cartas: a los cristianos de Éfeso, Magnesia, Trales, Roma, Filadelfia, Esmirna, y a Policarpo. Se distingue particularmente la dirigida a los romanos, por el ardiente amor a Cristo que toda ella respira. Las demás contienen acción de gracias por diversos servicios recibidos, exhortación a la unión entre sí y sujeción a los superiores jerárquicos; asimismo previene a los fieles contra los peligros de algunas ideas heréticas.

Mucho tiempo se ha discutido sobre la autenticidad de estas cartas, si bien hay que confesar que la razón última que movía a los protestantes a negarla era que en ellas se supone ya existente toda la jerarquía católica. Pero en nuestros días la mayor parte de los críticos se han dado por convencidos con la defensa de Funk y otros. Por estos estudios consta que en el siglo IV las siete cartas fueron completadas y aumentadas con otras seis. Todas juntas formaban la colección que se publicó el año 1498, y era atribuida a Ignacio, hasta que a mediados del siglo XVII se descubrieron las siete en su forma primitiva, que son las únicas auténticas. Ya Eusebio habla de siete cartas, y Policarpo se refiere a unas epístolas de Ignacio, que no pueden ser otras que éstas.

4. S. POLICARPO DE ESMIRNA ⁶⁾. De S. Policarpo de Esmirna poseemos pocas noticias, pero muy fidedignas. S. Ireneo atestigua que, siendo muchacho, asistía a los sermones del anciano Policarpo, quien hablaba de su maestro, S. Juan Evangelista. Hacia el año 155 estuvo en Roma, y poco después murió mártir. Los cristianos de Esmirna compusieron una conmovedora descripción de su martirio, de cuya autenticidad no puede dudarse.

El mismo S. Ireneo nos habla de algunas cartas escritas por Policarpo, y en cierto lugar dice: «es hermosísima la carta de Policarpo a los de Filipos». En efecto, esta carta se compuso poco después de la muerte de Ignacio de Antioquía, y aunque en

nuestros tiempos se ha impugnado su autenticidad, ésta queda fuera de toda duda. Su original, sin embargo, sólo se conserva en fragmentos; pero existe completa en una traducción latina. Se trata de una exhortación en estilo muy vivo, sobre todo a la perseverancia. En algunos pasajes sigue casi literalmente la carta de S. Clemente a los corintios.

5. PAPIAS DE HIERÁPOLIS. Era uno de los discípulos de S. Juan y amigo de Policarpo. Según parece, hacia el año 130 escribió las «Explicaciones de las sentencias del Señor», λογίων κυριακῶν ἐξηγήσεις, en cinco libros, de los cuales sólo han llegado a nosotros algunos fragmentos, en forma de citas en S. Ireneo y Eusebio.

6. EL PASTOR HERMAS ⁷⁾. A este grupo de obras de los Padres Apostólicos puede juntarse también la obra más larga de este tiempo, titulada «Pastor de Hermas», por la forma de pastor en que aparece el ángel. El autor, que se llama a sí varias veces Hermas, presenta en cinco visiones y doce mandamientos algunas cuestiones sobre la penitencia, y una especie de resumen de la moral cristiana. Sobre su persona se ha discutido mucho. Él se presenta como un aldeano y habla del Papa Clemente como si viviera todavía. En cambio, el fragmento muratoriano afirma que Hermas, hermano del Papa Pío, escribió en su tiempo. Las investigaciones modernas aceptan esto último, según lo cual Hermas escribió hacia el 150. De todos modos, en la Antigüedad esta obra era muy apreciada, y S. Ireneo la llama «Escritura». En cambio, Tertuliano ya la reconoció como no canónica.

II. Nuevas escuelas orientales y principios de la Teología cristiana ⁸⁾

84. Después de lo referente a los Padres Apostólicos, deberíamos tratar de los Apologetas cristianos, que forman uno de los capítulos más interesantes de la literatura cristiana primitiva. Asimismo se debería dar aquí un resumen de la literatura antignóstica, que llena los siglos II y III. Pero estas materias han sido ya tratadas en otros capítulos. Así, pues, podemos situarnos a principios del siglo IV para estudiar brevemente el movimiento literario de la Iglesia en este primer período.

1) **Diversos géneros secundarios.** Citemos en primer lugar: *Apolonio* y el presbítero romano *Caio*, quienes, según Eusebio, atacaron el Montanismo. A éstos se pueden añadir: *Hegesipo*, judío de Palestina, que visitó las diversas Iglesias para comprobar la unidad de la fe cristiana y escribió sus «Memorabilia», especie de Historia eclesiástica de carácter polémico, que trata de probar la verdad de la Iglesia no sólo por discurso, sino por los hechos.

⁷⁾ BAREILLE, G., Artíc. en Dict. Th. Cath. LECLERCQ, H., Artíc. en Dict. Arch. BONNER, C., A Papyrus Codex of the Shepherd of Hermas. 1934. POSCHMANN, Poenitentia secunda, 1939.

⁸⁾ Véanse las obras de Patrología o Historia de la literatura cristiana. Puede añadirse: GOODSPEED, E. J., A history of the early Christian literature. Chicago 1942.

⁵⁾ BAREILLE, Artíc. Ignace, en Dict. Th. Cath. *San Ignacio de Antioquía*, Epístolas: Trad., pról. y notas por H. YABEN. M. 1942. Cartas, camino del martirio. M. 1947. Véase también: RACKE, M., Die Christologie der hl. Ign. v. Ant. 1914. MONTAÑA, I. FR., S. Ign. Mártir y sus cartas. 1934.

⁶⁾ HARRISON, P. N., Polycarp's two Epistles to the Philipians. 1936. SAN POLICARPO, Padres Apostólicos. Cartas y martirio. H. 1947. Sobre Papias: BARDY, artíc. en Dict. Th. Cath. DONOVAN, J., The Logia in ancient and recent lit. Cambridge 1924.

I. ESCRITOS APÓCRIFOS ⁹⁾. Mucha importancia llegaron a alcanzar los versos *escritos apócrifos*, que en los tres primeros siglos abundaron extraordinariamente. Como tales designaban los cristianos los escritos que se presentaban como canónicos, pero que eran rechazados del canon eclesial por la autoridad competente, a lo que se añadía el ser considerados generalmente como legendarios y fantásticos. Su objeto era por lo común completar las noticias conocidas por los libros, ya del Antiguo, ya del Nuevo Testamento, sobre todo acerca de los Apóstoles, la Santísima Virgen y primeros propagadores de la fe. Por esto conviene distinguir bien entre los libros apócrifos *heréticos*, sobre todo los gnósticos, que propagaban por este medio las doctrinas heterodoxas, y los *destinados a la edificación*, que reúnen diversas ficciones poéticas y legendarias, que se extendieron mucho en la Edad Media.

Los grupos más importantes de apócrifos son: 1) *Antiguo Testamento*: Odas de Salomón, Testamento de Salomón, Ascensión de Isaías, etc. 2) *Evangelios*, sobre todo: el «Evangelio de los Hebreos», conocido por los escritos de S. Jerónimo, y usado por los judaizantes para difundir sus errores ebionitas; el «Evangelio de los Egipcios», utilizado por los gnósticos encratitas; el «Evangelio de S. Pedro», del que nos da noticia Eusebio y un fragmento conservado en un papiro, favorable al doketismo; el «Protoevangelio de Santiago», que parece fué utilizado por S. Justino y se supone escrito por Santiago el Menor. Son curiosas las noticias que da sobre el nacimiento y la vida de la Santísima Virgen, y es el primero que da los nombres de S. Joaquín y Sta. Ana, habla del desposorio de la Virgen con S. José, del nacimiento de Cristo y de otros acontecimientos en una forma que indica tratarse de propias invenciones. Son interesantes también: El «Evangelio de la Niñez de Jesús», conservado en una traducción árabe, que es la base de otros parecidos que tratan de los primeros años de Cristo; el «Evangelio de Nicodemo», que da curiosas noticias sobre el proceso, crucifixión y sepultura de Cristo; la «Muerte de María», que da muchos por menores sobre la muerte de la Santísima Virgen y sobre su Asunción.

3) *HISTORIAS APÓCRIFAS DE LOS APÓSTOLES*. Se distinguen por la inverosimilitud de sus narraciones y carecen de valor histórico: «Acta Paulina» de fines del siglo II, es una verdadera novela sobre el gran Apóstol, escrita por un gran devoto suyo; «Predicación de San Pedro», colección de exhortaciones que se suponen predicadas por S. Pedro; «Actus Petri cum Simone», conservado en latín, resume las supuestas controversias entre S. Pedro y Simón Mago y el triste fin de este hereje; «Martirio de San Pedro», de carácter gnóstico, que presenta una serie de leyendas sobre las negaciones de Pedro, el célebre *Quo vadis?* y la muerte del Apóstol cabeza abajo; «Hechos de Pedro y Pablo», trata de la venida de Pablo a Roma y su colaboración en la obra de Pedro.

4) *EPÍSTOLAS APÓCRIFAS*. De hecho, son menos abundantes que los Evangelios, tal vez porque su carácter más íntimo se prestara menos para ello: «Epístola de San Pablo a los de Laodicea», conservada en latín, reproduce muchos textos de otras cartas auténticas del Apóstol, pero tiene muy poco valor; «Epístola de San Pablo a los de Alejandría», clasificada como marcionista por el fragmento muratoriano, pero enteramente desaparecida; *epistolario entre Séneca y Pablo*, en que el célebre filósofo aparece como cristiano, pero que no tiene ningún valor histórico.

5) *APOCALIPSIS APÓCRIFOS*. En ellos aparece en todo su desarrollo la fantasía de las leyendas y del género más típico de los apócrifos. Los principales son: El «Apocalipsis de San Pedro», al que el Canon Muratoriano pone al lado del Apocalipsis de S. Juan, pero que es ciertamente apócrifo; el «Apocalipsis de San Pablo», que contiene doctrina ortodoxa y refiere que vio S. Pablo en su éxtasis al tercer cielo; «Apocalipsis de Santo Tomás», de origen maniqueo.

II. CANON MURATORIANO. Para determinar esta serie de escritos de carácter más o menos independiente, diremos dos palabras sobre el

Canon Muratoriano, así llamado por haber sido descubierto por Muratori en 1740, en la Biblioteca Ambrosiana de Milán. Al principio y al fin está truncado; pero por lo que queda se ve claramente que se trata de una lista de los libros canónicos de la Iglesia, escrita hacia el año 200, frente a las que presentaban los gnósticos y otros herejes. Su valor es notable por ser la primera lista de este género que conocemos, y aunque no todo está exento de error, de hecho significa un avance en la designación de los libros canónicos.

85. b) *Las escuelas catequéticas antiguas*. Con el crecimiento del Cristianismo se fué haciendo necesaria alguna manera de organización de los estudios teológicos, que en un principio se daban en forma privada o personal. Además, la lucha contra la herejía y la filosofía pagana exigían hombres bien formados. Por todo esto, a fines del siglo II se inicia la fundación de escuelas, donde se enseñan de un modo algo sistemático las doctrinas cristianas.

La más antigua es la de *Alejandro* ¹⁰⁾, ciudad que ya desde los Ptolomeos se había distinguido por sus estudios y por su biblioteca. Precisamente por esto, allí florecía extraordinariamente la ciencia pagana y la judía, lo cual dió ocasión a la numerosa comunidad cristiana para que organizara un centro de instrucción teológica. En un principio debió tener una forma algo popular, si bien no sabemos la fecha en que se inició; pero nos consta que hacia el año 180 tomó un carácter más científico, cuando se encargó de su dirección *Panteno*, filósofo estoico converso. No mucho después llegaba la escuela a su apogeo, con sus directores Clemente de Alejandría, y, sobre todo, Orígenes.

Complemento o ramificación de la escuela de Alejandría fué la *escuela de Cesarea* de Palestina, fundada por Orígenes cuando tuvo que salir de Alejandría, y que en poco tiempo alcanzó gran esplendor. Tanto la escuela de Alejandría como la de Cesarea se distinguían por su tendencia a la *interpretación alegórica* de la Escritura, en la que buscaban siempre, fuera del sentido literal, otro más profundo y misterioso.

Escuela de Antioquía ¹¹⁾. Como la escuela de Alejandría, la de *Antioquía* se dedicaba de una manera especial a la exégesis bíblica, pero con una marcada oposición de sistema. Así, la de Antioquía era más realista y literal, menos amiga de alegorías y sentidos rebuscados. De ella salieron hombres ilustres; pero las tendencias realistas de la escuela hicieron caer a algunos en

¹⁰⁾ DE LA BARRE, Artíf. Alexandrie (école), en Dict. Th. Cath. BARDY, G., Aux origines de l'école d'Alexandrie. En Rev. Sc. Rel., 27 (1937), 65-90. LEHMANN, F., Die Katechetenschule zu Alexandrien. 1896. SALAVERRI, J., La filosofía de la escuela alejandrina, en Greg., 15 (1934), 485 s.

¹¹⁾ NELZ, H. R., Die theol. Schulen der morgenländ. Kirchen. 1916. BARDY, G., Recherches sur Saint Lucien d'Antioche et son école. P. 1936. En Et. Theol. hist.

⁹⁾ TISCHENDORF, Apocalypses apocr. 1866. ROBINSON, J. ARR., Book of the N. T. 1927. AMANN, E., Apocryphes du N. T., en Supl. del Dict. Bibl.

I. ESCRITOS APÓCRIFOS⁹⁾. Mucha importancia llegaron a alcanzar diversos *escritos apócrifos*, que en los tres primeros siglos abundaron extraordinariamente. Como tales designaban los cristianos los escritos que se presentaban como canónicos, pero que eran rechazados del canon eclesiástico por la autoridad competente, a lo que se añadía el ser considerados generalmente como legendarios y fantásticos. Su objeto era por lo común *completar* las noticias conocidas por los libros, ya del Antiguo, ya del Nuevo Testamento, sobre todo acerca de los Apóstoles, la Santísima Virgen y primeros propagadores de la fe. Por esto conviene distinguir bien entre los libros apócrifos *heréticos*, sobre todo los gnósticos, que propagaban por este medio las doctrinas heterodoxas, y los *destinados a la edificación*, que reúnen diversas ficciones poéticas y legendarias, que se extendieron mucho en la Edad Media.

Los grupos más importantes de apócrifos son: 1) *Antiguo Testamento*: Odas de Salomón, Testamento de Salomón, Ascensión de Isaías, etc. 2) *Evangelios*, sobre todo: el «Evangelio de los Hebreos», conocido por los escritos de S. Jerónimo, y usado por los judaizantes para difundir sus errores ebionitas; el «Evangelio de los Egipcios», utilizado por los gnósticos encratitas; el «Evangelio de S. Pedro», del que nos da noticia Eusebio y un fragmento conservado en un papiro, favorable al doketismo; el «Protoevangelio de Santiago», que parece fué utilizado por S. Justino y se supone escrito por Santiago el Menor. Son curiosas las noticias que da sobre el nacimiento y la vida de la Santísima Virgen, y es el primero que da los nombres de S. Joaquín y Sta. Ana, habla del desposorio de la Virgen con S. José, del nacimiento de Cristo y de otros acontecimientos en una forma que indica tratarse de propias invenciones. Son interesantes también: El «Evangelio de la Niñez de Jesús», conservado en una traducción árabe, que es la base de otros parecidos que tratan de los primeros años de Cristo; el «Evangelio de Nicodemo», que da curiosas noticias sobre el proceso, crucifixión y sepultura de Cristo; la «Muerte de Marías», que da muchos pormenores sobre la muerte de la Santísima Virgen y sobre su Asunción.

3) *HISTORIAS APÓCRIFAS DE LOS APÓSTOLES*. Se distinguen por la inverosimilitud de sus narraciones y carecen de valor histórico: «Acta Pauli», de fines del siglo II, es una verdadera novela sobre el gran Apóstol, escrita por un gran devoto suyo; «Predicación de San Pedro», colección de exhortaciones que se suponen predicadas por S. Pedro; «Actus Petri cum Simone», conservado en latín, resume las supuestas controversias entre S. Pedro y Simón Mago y el triste fin de este hereje; «Martirio de San Pedro», de carácter gnóstico, que presenta una serie de leyendas sobre las negaciones de Pedro, el célebre *Quo vadis?* y la muerte del Apóstol cabeza abajo; «Hechos de Pedro y Pablo», trata de la venida de Pablo a Roma y su colaboración en la obra de Pedro.

4) *EPÍSTOLAS APÓCRIFAS*. De hecho, son menos abundantes que los Evangelios, tal vez porque su carácter más íntimo se prestara menos para ello: «Epístola de San Pablo a los de Laodicea», conservada en latín, reproduce muchos textos de otras cartas auténticas del Apóstol, pero tiene muy poco valor; «Epístola de San Pablo a los de Alejandría», clasificada como marcionista por el fragmento muratoriano, pero enteramente desaparecida; *epistolario entre Séneca y Pablo*, en que el célebre filósofo aparece como cristiano, pero que no tiene ningún valor histórico.

5) *APOCALIPSIS APÓCRIFOS*. En ellos aparece en todo su desarrollo la fantasía de las leyendas y del género más típico de los apócrifos. Los principales son: El «Apocalipsis de San Pedro», al que el Canon Muratoriano pone al lado del Apocalipsis de S. Juan, pero que es ciertamente apócrifo; el «Apocalipsis de San Pablo», que contiene doctrina ortodoxa y refiere lo que vio S. Pablo en su éxtasis al tercer cielo; «Apocalipsis de Santo Tomás», de origen maniqueo.

II. CANON MURATORIANO. Para determinar esta serie de escritos de carácter más o menos independiente, diremos dos palabras sobre el

Canon Muratoriano, así llamado por haber sido descubierto por Muratori en 1740, en la Biblioteca Ambrosiana de Milán. Al principio y al fin está truncado; pero por lo que queda se ve claramente que se trata de una lista de los libros canónicos de la Iglesia, escrita hacia el año 200, frente a las que presentaban los gnósticos y otros herejes. Su valor es notable por ser la primera lista de este género que conocemos, y aunque no todo está exento de error, de hecho significa un avance en la designación de los libros canónicos.

85. b) *Las escuelas catequéticas antiguas*. Con el crecimiento del Cristianismo se fué haciendo necesaria alguna manera de organización de los estudios teológicos, que en un principio se daban en forma privada o personal. Además, la lucha contra la herejía y la filosofía pagana exigían hombres bien formados. Por todo esto, a fines del siglo II se inicia la fundación de escuelas, donde se enseñan de un modo algo sistemático las doctrinas cristianas.

La más antigua es la de *Alejandría*¹⁰⁾, ciudad que ya desde los Ptolomeos se había distinguido por sus estudios y por su biblioteca. Precisamente por esto, allí florecía extraordinariamente la ciencia pagana y la judía, lo cual dió ocasión a la numerosa comunidad cristiana para que organizara un centro de instrucción teológica. En un principio debió tener una forma algo popular, si bien no sabemos la fecha en que se inició; pero nos consta que hacia el año 180 tomó un carácter más científico, cuando se encargó de su dirección *Panteno*, filósofo estoico converso. No mucho después llegaba la escuela a su apogeo, con sus directores Clemente de Alejandría, y, sobre todo, Orígenes.

Complemento o ramificación de la escuela de Alejandría fué la *escuela de Cesarea* de Palestina, fundada por Orígenes cuando tuvo que salir de Alejandría, y que en poco tiempo alcanzó gran esplendor. Tanto la escuela de Alejandría como la de Cesarea se distinguían por su tendencia a la *interpretación alegórica* de la Escritura, en la que buscaban siempre, fuera del sentido literal, otro más profundo y misterioso.

*Escuela de Antioquía*¹¹⁾. Como la escuela de Alejandría, la de *Antioquía* se dedicaba de una manera especial a la exégesis bíblica, pero con una marcada oposición de sistema. Así, la de Antioquía era más realista y literal, menos amiga de alegorías y sentidos rebuscados. De ella salieron hombres ilustres; pero las tendencias realistas de la escuela hicieron caer a algunos en

¹⁰⁾ DE LA BARRE, Artíf. Alexandrie (école), en Dict. Th. Cath. BARDY, G., Aux origines de l'école d'Alexandrie. En Rev. Sc. Rel., 27 (1937), 65-90. LEHMANN, F., Die Katechetenschule zu Alexandrien. 1896. SALAVERRI, J., La filosofía de la escuela alejandrina, en Greg., 15 (1934), 485 s.

¹¹⁾ NELZ, H. R., Die theol. Schulen der morgenländ. Kirchen. 1916. BARDY, G., Recherches sur Saint Lucien d'Antioche et son école. P. 1936. En Et. Theol. hist.

⁹⁾ TISCHENDORF, Apocalypses apocr. 1866. ROBINSON, J. ARR., Book of the N. T. 1927. AMANN, E., Apocryphes du N. T., en Supl. del Dict. Bibl.

I. ESCRITOS APÓCRIFOS *). Mucha importancia llegaron a alcanzar diversos *escritos apócrifos*, que en los tres primeros siglos abundaron extraordinariamente. Como tales designaban los cristianos los escritos que se presentaban como canónicos, pero que eran rechazados del canon eclesiástico por la autoridad competente, a lo que se añadía el ser considerados generalmente como legendarios y fantásticos. Su objeto era por lo común *completar* las noticias conocidas por los libros, ya del Antiguo, ya del Nuevo Testamento, sobre todo acerca de los Apóstoles, la Santísima Virgen y primeros propagadores de la fe. Por esto conviene distinguir bien entre los libros apócrifos *heréticos*, sobre todo los gnósticos, que propagaban por este medio las doctrinas heterodoxas, y los *destinados a la edificación*, que reúnen diversas ficciones poéticas y legendarias, que se extendieron mucho en la Edad Media.

Los grupos más importantes de apócrifos son: 1) *Antiguo Testamento*: Odas de Salomón, Testamento de Salomón, Ascensión de Isaías, etc. 2) *Evangelios*, sobre todo: el «Evangelio de los Hebreos», conocido por los escritos de S. Jerónimo, y usado por los judaizantes para difundir sus errores ebionitas; el «Evangelio de los Egipcios», utilizado por los gnósticos encratitas; el «Evangelio de S. Pedro», del que nos da noticia Eusebio y un fragmento conservado en un papiro, favorable al doketismo; el «Protoevangelio de Santiago», que parece fué utilizado por S. Justino y se supone escrito por Santiago el Menor. Son curiosas las noticias que da sobre el nacimiento y la vida de la Santísima Virgen, y es el primero que da los nombres de S. Joaquín y Sta. Ana, habla del desposorio de la Virgen con S. José, del nacimiento de Cristo y de otros acontecimientos en una forma que indica tratarse de propias invenciones. Son interesantes también: El «Evangelio de la Niñez de Jesús», conservado en una traducción árabe, que es la base de otros parecidos que tratan de los primeros años de Cristo; el «Evangelio de Nicodemus», que da curiosas noticias sobre el proceso, crucifixión y sepultura de Cristo; la «Muerte de María», que da muchos pormenores sobre la muerte de la Santísima Virgen y sobre su Asunción.

3) *HISTORIAS APÓCRIFAS DE LOS APÓSTOLES*. Se distinguen por la inverosimilitud de sus narraciones y carecen de valor histórico: «Acta Pauli», de fines del siglo II, es una verdadera novela sobre el gran Apóstol, escrita por un gran devoto suyo; «Predicación de San Pedro», colección de exhortaciones que se suponen predicadas por S. Pedro; «Actus Petri cum Simone», conservado en latín, resume las supuestas controversias entre S. Pedro y Simón Mago y el triste fin de este hereje; «Martirio de San Pedro», de carácter gnóstico, que presenta una serie de leyendas sobre las negaciones de Pedro, el célebre *Quo vadis?* y la muerte del Apóstol cabeza abajo; «Hechos de Pedro y Pablo», trata de la venida de Pablo a Roma y su colaboración en la obra de Pedro.

4) *EPÍSTOLAS APÓCRIFAS*. De hecho, son menos abundantes que los Evangelios, tal vez porque su carácter más íntimo se prestara menos para ello: «Epístola de San Pablo a los de Laodicea», conservada en latín, reproduce muchos textos de otras cartas auténticas del Apóstol, pero tiene muy poco valor; «Epístola de San Pablo a los de Alejandría», clasificada como marcionista por el fragmento muratoriano, pero enteramente desaparecida; *epistolario entre Séneca y Pablo*, en que el célebre filósofo aparece como cristiano, pero que no tiene ningún valor histórico.

5) *APOCALIPSIS APÓCRIFAS*. En ellos aparece en todo su desarrollo la fantasía de las leyendas y del género más típico de los apócrifos. Los principales son: El «Apocalipsis de San Pedro», al que el Canon Muratoriano pone al lado del Apocalipsis de S. Juan, pero que es ciertamente apócrifo; el «Apocalipsis de San Pablo», que contiene doctrina ortodoxa y refiere lo que vio S. Pablo en su éxtasis al tercer cielo; «Apocalipsis de Santo Tomás», de origen maniqueo.

II. CANON MURATORIANO. Para determinar esta serie de escritos de carácter más o menos independiente, diremos dos palabras sobre el

Canon Muratoriano, así llamado por haber sido descubierto por Muratori en 1740, en la Biblioteca Ambrosiana de Milán. Al principio y al fin está truncado; pero por lo que queda se ve claramente que se trata de una lista de los libros canónicos de la Iglesia, escrita hacia el año 200, frente a las que presentaban los gnósticos y otros herejes. Su valor es notable por ser la primera lista de este género que conocemos, y aunque no todo está exento de error, de hecho significa un avance en la designación de los libros canónicos.

85. b) *Las escuelas catequéticas antiguas*. Con el crecimiento del Cristianismo se fué haciendo necesaria alguna manera de organización de los estudios teológicos, que en un principio se daban en forma privada o personal. Además, la lucha contra la herejía y la filosofía pagana exigían hombres bien formados. Por todo esto, a fines del siglo II se inicia la fundación de escuelas, donde se enseñan de un modo algo sistemático las doctrinas cristianas.

La más antigua es la de *Alejandría*¹⁰⁾, ciudad que ya desde los Ptolomeos se había distinguido por sus estudios y por su biblioteca. Precisamente por esto, allí florecía extraordinariamente la ciencia pagana y la judía, lo cual dió ocasión a la numerosa comunidad cristiana para que organizara un centro de instrucción teológica. En un principio debió tener una forma algo popular, si bien no sabemos la fecha en que se inició; pero nos consta que hacia el año 180 tomó un carácter más científico, cuando se encargó de su dirección *Panteno*, filósofo estoico converso. No mucho después llegaba la escuela a su apogeo, con sus directores Clemente de Alejandría, y, sobre todo, Orígenes.

Complemento o ramificación de la escuela de Alejandría fué la *escuela de Cesarea* de Palestina, fundada por Orígenes cuando tuvo que salir de Alejandría, y que en poco tiempo alcanzó gran esplendor. Tanto la escuela de Alejandría como la de Cesarea se distinguían por su tendencia a la *interpretación alegórica* de la Escritura, en la que buscaban siempre, fuera del sentido literal, otro más profundo y misterioso.

*Escuela de Antioquía*¹¹⁾. Como la escuela de Alejandría, la de *Antioquía* se dedicaba de una manera especial a la exégesis bíblica, pero con una marcada oposición de sistema. Así, la de Antioquía era más realista y literal, menos amiga de alegorías y sentidos rebuscados. De ella salieron hombres ilustres; pero las tendencias realistas de la escuela hicieron caer a algunos en

¹⁰⁾ DE LA BARRE, Art. Alexandrie (école), en Dict. Th. Cath. BARDY, G., Aux origines de l'école d'Alexandrie. En Rev. Sc. Rel., 27 (1937), 65-90. LEHMANN, F., Die Katechetenschule zu Alexandrien. 1896. SALAVERRI, J., La filosofía de la escuela alejandrina, en Greg., 15 (1934), 485 s.

¹¹⁾ NELZ, H. R., Die theol. Schulen der morgenländ. Kirchen. 1916. BARDY, G., Recherches sur Saint Lucien d'Antioche et son école. P. 1936. En Et. Theol. hist.

*) TISCHENDORF, Apocalypses apocr. 1866. ROBINSON, J. ARR., Books of the N. T. 1927. AMANN, E., Apocryphes du N. T., en Supl. del Dict. Bibl.

notables errores y herejías. Como fundador es considerado Luciano de Samosata o de Antioquía.

Además de los indicados, funcionaron otros centros de estudio, que llegaron a las veces a gran esplendor, debido a algún hombre extraordinario que los regentaba. En *Capadocia* se formó una especie de escuela, que juntó lo mejor de Alejandría y Antioquía. La representaron los tres grandes capadocios, S. Basilio el Grande y los dos Gregorios. Ya en el siglo IV se distinguió también la *escuela de Edessa*, cuyo principal portavoz fué S. Efrén el Siro.

86. c) Clemente de Alejandría († 216)¹². Después de Panteno, de cuya actividad literaria no tenemos noticia, tomó hacia el año 200 la dirección de la escuela Clemente de Alejandría. Era hombre de vasta erudición, y por los escritos que nos dejó puede ser considerado como el iniciador del sistema científico en la Teología. Uno de los rasgos que lo caracterizan es el esfuerzo por armonizar el Cristianismo con la filosofía clásica, en lo cual pasó el límite de lo justo.

Se conservan de él: 1. La obra «*Quis dives salvetur*», que tiende a probar que también el rico se puede salvar haciendo buen uso de sus riquezas.

2. El *πρωτρεπτικός πρὸς Ἑλληνας*, «*Exhortatio ad gentiles*», que junto con las dos siguientes forma la obra magistral de Clemente. Toda ella trata de hacer una apología de la fe cristiana con un sistema científico nuevo. En la «*Exhortatio*» se mofa de las doctrinas gentiles y saca de ellas algunas verdades fundamentales.

3. *Παιδαγωγός*, el «*Pedagogo*», es un libro didáctico, enderezado a la instrucción en la vida cristiana, una especie de catecismo y moral práctica. Es notable el himno a Cristo, con que termina.

4. *Σπράγματα*, «*átapices*», comprende multitud de cuestiones sueltas. Por esto se supone que eran preparativos para la tercera parte de su obra, que debía titularse *διδάσκαλος*, «*El maestro*», y no se escribió. La actuación de Clemente fué de gran importancia, pues afianzó el prestigio de la escuela de Alejandría y marcó una tendencia, que siguió luego desarrollándose.

87. d) Orígenes († 254-255)¹³. Es el escritor eclesiástico más fecundo de la Antigüedad, hombre de un talento prodigioso y de cuya vida poseemos abundantes pormenores.

Nació hacia el año 185, probablemente en Alejandría, y bien pronto, cuando contaba sólo diecisiete años, después del martirio de su padre, S. Leónidas, tuvo que hacer de pedagogo para atender a su fa-

milia; pero al año siguiente tomó la dirección de la célebre Didascalia o escuela de Alejandría. Para completar su formación, escuchó las lecciones del neoplatónico Ammonio Sacas, y se dedicó al aprendizaje del hebreo con el objeto de vigilar la traducción de los Setenta, al mismo tiempo que emprendía diversos viajes de estudio. Por efecto de graves disidencias con su obispo, se vió obligado a dejar la escuela de Alejandría, dirigióse a Cesarea y organizó allí una escuela, a la que dió gran renombre, hasta la persecución de Decio, el año 250. En ella tuvo que sufrir dura cárcel; pero, pasada la persecución, murió hacia el 253 en Tiro de Fenicia.

Sus producciones literarias le dieron ya en vida una fama extraordinaria, incluso entre los paganos, por lo cual Julia Mammea, madre de Alejandro Severo, tuvo algunas conferencias con él. Mas por otra parte, ningún hombre de la Antigüedad ha sido más discutido. Los dos defectos típicos de su escuela, la exageración en la interpretación figurada de la Escritura y en la armonización excesiva del Cristianismo con la filosofía pagana lo hicieron incurrir en algunos errores. Fué prodigiosa su fecundidad literaria; pero más todavía la profundidad de su talento y su pasmosa erudición. Eusebio lo llama *ἀδαμάντινος*, hombre de diamante. De sus obras, que en su mayoría trataban de crítica textual o exégesis bíblica, se ha conservado muy poco, y aun esto, en su mayor parte, en la traducción latina.

1. La *Héxapla*. Su objeto era reproducir el texto exacto de los Setenta, editando a seis columnas el hebreo en letras hebreas y griegas, y las traducciones de Aquila, de Simmaco, de los Setenta y de Theodotión. Usaba ciertas señales para indicar las variantes, y en algunos casos, en que poseía otras traducciones, añadía otras columnas, por lo cual la *héxapla* se convertía en *héptapla* u *óktapla*. Algunos fragmentos conservados indican lo improbo del trabajo realizado por Orígenes. Mercati encontró un palimpsesto en Milán con fragmentos de diez salmos a seis columnas.

2. *Escolios, homilias y comentarios*. Forman la segunda gran obra de Orígenes. Los *escolios* daban una explicación breve y más bien verbal; las *homilias* eran exhortaciones a los fieles, de carácter popular; los *comentarios* constituían propiamente las exposiciones científicas del texto sagrado, en donde vertía Orígenes toda su ciencia escriturística.

3. La *Apología* contra los libros de Celso constituye una de las mejores obras de este género, y por ella conocemos bastante bien el libro *ἀληθὴς λόγος* de este filósofo pagano.

4. Más importante todavía nos parece el *περί ἀρχῶν*, «*Dé principiis*», especie de manual de la doctrina católica. En ella es donde más claramente aparecen los errores de Orígenes, de los cuales, sin embargo, es muy difícil hacerse cargo, pues la obra sólo se ha conservado en una traducción expurgada de Rufino.

Entre los *errores de Orígenes* pueden notarse: La aceptación de una *creación eterna*, al menos de los espíritus, y por consiguiente de las almas. La doctrina sobre la *ἀποκατάστασις*, o reducción final de todo a su estado primitivo, y término de la pena de los condenados en el Infierno. Por otra parte, aunque insiste en la eternidad del Hijo y en su consubstancialidad con el Padre, defiende una doctrina subordinacionista, según la cual el

¹² MEUFORT, J., *Der Platonismus bei Clem. Al.* 1928. LAZZATI, G., *Introduzione allo studio di Clemente di Al.* 1939. SAGNARD, F., *Clement d'Alex. Extraits de Théodote. Texte grec etc.* P. 1948.

¹³ PRAT, F., *Origène, le théologien et l'exégète.* 1907. KYRILLOS, II, *Patr. cat. d'Alejj.*, Reconstitution de la synthèse scientifique d'Orig. 2 vol. Alejandría 1907-1909. D'ALÈS, Artíc. *Origenisme*, en *Dict. Ap.* CADIOU, R., *La jeunesse d'Origène. Histoire de l'École d'Alexandrie au début du 3.^e siècle.* P. 1935. VERFAILLE, C., *La doctrine de la justification dam Orig.* P. 1926. ROSSI, G., *Saggi sulla metafisica di Orig.* Milán 1929. LIESKE, A., *Die Theologie der Logosmystik bei Orig.* 1938. DANIELOU, J., *Origène.* P. 1948.

Hijo está entre lo creado y lo increado. Además, parecía defender una unión meramente moral de las dos naturalezas en Cristo.

88. e) Otros escritores orientales ¹⁴⁾. Después de Clemente de Alejandría y de Orígenes, no encontramos ya en el oriente, hasta el siglo IV, ningún escritor que se les pueda comparar. Sin embargo, todavía durante el siglo III se distinguieron algunos, sobre todo alrededor de la escuela de Alejandría.

1. *S. Dionisio de Alejandría* († 264-65), llamado el Grande, es el más ilustre de los sucesores de Orígenes en la dirección de la escuela, que tomó después de Heraclas. Sin embargo, se distinguió más por su actividad pública que por sus escritos. Fue discípulo de Orígenes y se dejó influir un tanto de él en la cuestión del subordinacionismo; pero luego retiró las expresiones peligrosas. Para ello escribió la obra «Justificación y Apología». Combatió asimismo el milenarismo, muy extendido en Egipto.

2. *S. Gregorio Taumaturgo* († 270-75) es, sin duda, uno de los discípulos más ilustres de Orígenes, a quien oyó durante su magisterio en Cesarea. Por su ardiente celo y los prodigios obrados en su ciudad natal, Neocesarea del Ponto, donde fue obispo largos años, recibió el título de *Taumaturgo*. De sus escritos se nos han conservado: «Discurso de acción de gracias», dirigido a Orígenes al dejar la escuela de Cesarea, muy interesante por los datos que da sobre el sistema docente de su maestro; «Exposición de la fe», o compendio de la doctrina sobre la Trinidad y otros.

3. *Sexto Julio Africano*, nacido en Jerusalén, fue hombre de gran experiencia, mantuvo correspondencia íntima con Orígenes y murió hacia el año 240. Desde el punto de vista histórico, es importante su obra «Crónica del mundo» (*κρονολογία*), que es la primera obra cristiana de este género. Contiene cinco libros; pero sólo se han conservado fragmentos. Su segunda obra *κεστοί*, «Bordador», es una amalgama de materias, en que abundan algunos asuntos de contenido supersticioso.

4. Como adversario decidido del origenismo, es digno de mención *Metodio, de Olimpo*, muerto el año 311 bajo la persecución de Maximino Daya. Consta que compuso diversos trabajos para combatir las ideas de Orígenes, generalmente en buen estilo y en forma de diálogos, según el modelo de Platón. El más célebre es «Symposion» sobre la Virginidad, que se ha conservado entero.

5. No menos notable fue *Pámfilo*, originario de Fenicia, y que, después de la muerte de Orígenes, estableció una escuela en Cesarea de Palestina, donde enseñó largo tiempo las disciplinas eclesiásticas según el sistema de Orígenes. Uno de sus méritos principales es haber conservado y aumentado la biblioteca de Orígenes en Cesarea. Trabajó asimismo en la obra de Orígenes sobre el texto de la Escritura y escribió una «Apología» del mismo contra los muchos que lo atacaban. Murió mártir en la persecución de Maximino Daya en 309.

6. *Luciano de Samosata* se distinguió, ante todo, como fundador de la escuela de Antioquía hacia el año 260. Como ya se indicó, dió a esta escuela

¹⁴⁾ BUREL, J., *Dénis d'Alexandrie. Sa vie, son temps, ses oeuvres*. 1910.

una tendencia diversa y opuesta a la de la escuela de Alejandría, y personalmente incurrió en errores parecidos a los de Pablo de Samosata.

7. Nombraremos finalmente a *Taciano* († ca. 170), quien escribió el célebre «Diatessaron» (*διὰ τεσσάρων*) o Armonía de los cuatro Evangelios, obra única en su género, que se ha perdido.

III. Escritores eclesiásticos latinos ¹⁵⁾

89. El movimiento literario en occidente fue mucho más lento que en oriente; de modo que aun los primeros que escribieron en occidente, como S. Ireneo, S. Justino, Hipólito, lo hicieron en griego o eran orientales. En el occidente podemos distinguir, en primer lugar, el centro literario del África, en Cartago, y en segundo término la ciudad de Roma, centro asimismo en el que convergen diversos escritores.

a) **Tertuliano** († ca. 220) ¹⁶⁾. África es, indudablemente, la mejor representante de la literatura latina del siglo III, y el primero que en ella se nos presenta es el fecundísimo escritor eclesiástico *Quinto Septimio Florens Tertuliano*, uno de los hombres que más influyeron en la Antigüedad, verdadero iniciador del tecnicismo teológico latino y, no obstante sus errores, sumamente benemérito del Cristianismo primitivo. Aunque ya se ha hablado diversas veces de él, como apologeta y como partidario del montanismo, conviene dar aquí una idea de conjunto de su actividad.

Nacido en Cartago el año 160 de un desconocido centurión romano, Tertuliano se educó en el paganismo, aprendió el griego y se dedicó a diversos estudios, sobre todo a la filosofía y jurisprudencia. Por otra parte, consta que llevó una vida bastante libre; mas por el año 190 se convirtió al Cristianismo, que con sus doctrinas y sobre todo con el heroísmo de sus mártires fascinaba su ardoroso corazón. Con su carácter fogoso dedicó al punto a la defensa de la fe abrazada, empleando en ello su elocuencia y sus vastos conocimientos jurídicos. Mas por desgracia, esta misma fogosidad de carácter lo llevó, ya por el año 205, al rigorismo montanista, que ya no dejó hasta su muerte, ocurrida después del año 220.

Tertuliano poseía un talento profundo y estaba dotado de grandes cualidades, sobre todo como orador. Con su viva fan-

¹⁵⁾ MONCEAUX, P., *Hist. litt. de l'Afrique chrét.* 7 vol. P. 1901-1923. ID., *Histoire de la littérature lat. chrét.* P. 1924. SCHANZ, M., *Geschichte der röm. Literatur*. III. 8.^a ed. 1922.

¹⁶⁾ *Tertuliano*, ed. PL., 1-2. Ed. OEHLER, F., 3 vol., 1851-1854. Ed. minor, 1854. Ed. REIFFERSCHIED-WISSOWA, KROYMANN, 2 vol. (hasta ahora), en Corp. Scr. Eccl. Lat. 1890-1906. D'ALÈS, *La théologie de Tertullien*. P. 1905. RAMORINO, F., *Monogr. de Tert.* Milan 1923. LORTZ, J., *Tert. als Apologet*, 2 vol. 1927-1928. BERTON, J., *Tert. le schismatique*. P. 1928. BAYARD, L., *Tert. et saint Cypr.* P. 1930. ROLFFS, E., *Tert., der Vater des abendl. Christ.* 1930. MORGAN, J., *The importance of Tert. in the development of Christ. Dogma*. 1928.

tasía y con la energía y fogosidad de su carácter, llegó a adquirir una gran autoridad, bien reflejada en la frase de S. Cipriano: «da magistrum», cuando pedía una obra de Tertuliano.

Su actividad literaria se manifiesta en la multitud de escritos de que tenemos noticia y que en gran parte se han conservado. De éstos, unos son *apologéticos*; otros tienen carácter *polémico* y de *controversia*, muy conforme con el modo de ser de Tertuliano. Tales son: «De praescriptione haereticorum», «Adversus Marcionem», «Adversus Praxeum», «De anima». Otros son *ascético-prácticos*, como «De oratione», «De pudicitia» y otros. Por desgracia, varios de estos escritos polémicos y ascéticos fueron escritos cuando Tertuliano era ya montanista, de lo cual se resienten notablemente.

90. b) San Cipriano († 258)¹⁷. *Thascius Caecilius Cyprianus* es la segunda figura que elevó la Iglesia africana a gran esplendor. Nació en Cartago hacia el año 210, y antes de su conversión se dedicó a la retórica; mas convertido al Cristianismo en 246, en 248 ó 249 fué elegido obispo de Cartago. Durante la persecución de Decio, Cipriano se mantuvo oculto; mas una vez pasada la borrasca, continuó con incansable celo en la defensa de la fe hasta la persecución de Valeriano, en que fué decapitado (258). Era hombre de acción, y en conjunto es una de las figuras más simpáticas de la Historia eclesiástica; de modo que, aunque tuvo algún choque ruidoso con el Romano Pontífice, debe ser considerado como el gran defensor de la unidad de la Iglesia.

De las diversas cuestiones en que tuvo que intervenir Cipriano, dos son las más importantes. La primera se planteó el año 251, al cesar la persecución de Decio. El diácono *Felicitísimo*, con otros cinco presbíteros defendían la readmisión rápida de los lapsi: *cisma de Felicitísimo*. Cipriano excomulgó en un sínodo a los cabecillas del movimiento y estableció la práctica adoptada en toda la Iglesia, de que los *sacrificati* y *thurificati* debían hacer rígida penitencia antes de ser absueltos.

La segunda cuestión se refiere al *bautismo de los conversos herejes*, de que se habla en otro lugar.

En los escritos que se nos han conservado aparecen sus dos cualidades: es *sencillo*, en contraposición a la ampulosidad retórica de Tertuliano; es *práctico*, según lo exigían las circunstancias. Por esto su estilo es menos rico y abundante; pero más claro, concreto y elegante que el de Tertuliano. Como apologista compuso algunos tratados importantes, como «A Donato», «A Fortunato» y otros. Como *teólogo* se nos presenta en los tres escritos «De lapsis», en que defiende su punto de vista sobre la readmisión de los caídos. Además

¹⁷) S. Cipriano, ed. HARTEL, W., 3 vol., en Corp. Scr. Eccl. Lat., 1868-1871. D'ALÈS, La théologie de S. Cyprien. P. 1922. MONCEAUX, S. Cyprien, en «Les Saints». 1914. J. BOUTET, S. Cyprien, Avignon 1923. KOCH, H., Cyprianische Untersuchungen. 1926. BAYARD, L., Tert. et S. Cyprien. P. 1930. BÉRINOT, M., St. Cypriens «De Unitate», c. 4. R. 1938. En Anal. Greg., 11.

escribió «De catholicae Ecclesiae unitate», en 251, uno de los más discutidos en la actualidad en unión con su contienda con el Papa Esteban, donde defiende la necesidad de unión con la Iglesia católica: «habere non potest Deum ut Patrem, qui Ecclesiam non habet ut matrem». Se conservan también sesenta y cinco cartas auténticas suyas, muy estimadas por S. Agustín y S. Jerónimo, y de gran utilidad para la Historia de aquel tiempo.

91. c) San Hipólito († 235)¹⁸. La Iglesia romana del siglo III no fué tan fecunda como la africana desde el punto de vista literario, y aun es digno de notarse que sus dos mejores escritores, Hipólito y Novaciano, fueron cismáticos y antipapas.

Sobre sus datos biográficos se ha hecho algo de luz con el descubrimiento en 1851 de sus «Philosophumena», y en 1881 de un epitafio escrito por S. Dámaso y encontrado por De Rossi. Según se ha indicado en otra parte, se levantó como antipapa frente a San Calixto (217-22). Esta rebelión duró hasta su muerte. Dámaso añade que durante la persecución se reconcilió y mereció ser mártir. Su memoria se perdió rápidamente.

Educado en la escuela de S. Ireneo, Hipólito era más bien hombre erudito que pensador profundo. Sus conocimientos eran muy vastos; pero siguiendo la tendencia del tiempo, mostró preferencia por la exegética bíblica, por lo cual se le llamó alguna vez «Orígenes romano».

Su obra más célebre es la «Philosophumena» o «Refutatio omnium haeresium», atribuida mucho tiempo a Orígenes, pero ciertamente de Hipólito. Es interesante la segunda parte, en que recorre treinta y tres sistemas gnósticos, como base de todas las herejías. Además escribió: el «Syntagma» o «Adversus omnes haereses», conservado en forma abreviada en el pseudo-Tertuliano; gran cantidad de homilías y comentarios a la Escritura. Compuso asimismo una «Crónica» o Historia universal hasta el 234, obra polémica contra el milenarismo, que él mismo había defendido al principio de su vida.

92. d) Novaciano († 257) y otros escritores latinos¹⁹. Novaciano es el segundo de los escritores notables de la Iglesia de Roma, contemporáneo de Cipriano y autor del cisma al que dió nombre. Poseía una profunda erudición y un estilo perfecto; pero su espíritu ambicioso e intranquilo lo empujó a la rebelión cuando, el año 251, en vez de su propia elección, vió que era elevado al Pontificado su contrincante Cornelio.

¹⁸) S. Hipólito, ed. PG., 10, 1857. El Philosophumena, en PG., 16 (Orígenes). Ed. BONWETSCH, WENDLAND, etc., 4 vol., en Gr. chr. Schr., 1897-1929. D'ALÈS, La théologie de S. Hypol. P. 1906. DONINI, A., Ippolito di Roma. 1925. AMANN, Artíc. Hypolite, en Dict. Th. Cath.

¹⁹) D'ALÈS, A., Novatien. Étude sur la théol. romaine au milieu du 3.^e s. P. 1924. Id., Nov. moraliste. En Rev. Q. Hist., 1923, 5-37. GABARROU, F., Arnob., son oeuvre. 1921. LABRIOLLE, Artíc. Arnob., en Dict. Géogr. Hist. Lactancio, ed. PL., 6-7. Ed. BRANDT y LAUBMANN, 2 vol., en Corp. Scr. Eccl. Lat., 1890-1897. AMANN, Artíc. Lactance, en Dict. Th. Cath. LECLERCQ, H., Artíc. Lactance, en Dict. Apol.

De los diversos escritos de que tenemos noticia, sólo se nos han conservado algunas cartas y varios tratados: «Sobre el sábado» y «Sobre la circuncisión», en que polemiza contra los judíos, y algún otro. Como teólogo escribió el tratado «De Trinitate», de escaso valor.

A los escritores africanos ya citados hay que añadir otros dos, *Arnobio el viejo* y *Lactancio*, que pertenecen a los escritores más insignes de este período. Arnobio († 305) era natural de Sicca en Numidia, donde enseñó la retórica, y en la persecución de Diocleciano, deseando abrazar la fe cristiana, compuso la obra «Adversus nationes» para probar al obispo de Sicca la pureza de su intención. Sin embargo, es superficial y poco sentida y aun escrita en un estilo hinchado y defectuoso.

Lactancio († 317), llamado el *Cicerón cristiano*, fué nombrado por Diocleciano profesor de Elocuencia en la nueva capital Nicomedia; pero, convertido al Cristianismo, tuvo que dejar este cargo al estallar la persecución. Más tarde fué maestro del hijo de Constantino, Crispo. En los diversos escritos que nos dejó aparece maestro consumado de estilo, que fluye como el de Cicerón. Por esto se le llamó: el Cicerón cristiano.

Estas cualidades aparecen en las obras que de él poseemos: «Institutiones divinae», una especie de compendio de la doctrina cristiana; el «Epítome», resumen del anterior; y sobre todo «De mortibus persecutorum», en que describe las diversas leyendas sobre el fin de los que habían perseguido al Cristianismo.

Fuera de los indicados, nombraremos todavía al escritor *Victoriano de Pettau* († 304), mártir en la persecución de Diocleciano, el exegeta más antiguo de la Iglesia latina. Era de origen probablemente griego, y tal vez por esto el latín que usó en sus obras es bastante defectuoso. De los diversos comentarios bíblicos que compuso, sólo se ha conservado el comentario al Apocalipsis.

CAPÍTULO VI

Disciplina eclesiástica: Jerarquía, culto, costumbres ¹⁾

93. Si en todas las disciplinas históricas es importante el estudio sobre su desarrollo interior, esto sucede de un modo particular en la Historia de la Iglesia Católica. Por esto es necesario recorrer brevemente la evolución del Cristianismo en su constitución eclesiástica, particularmente la cuestión fundamental sobre el Primado y la jerarquía; el desarrollo en la administración de los Sacramentos y en el culto exterior, y finalmente la vida moral y social de la Iglesia.

I. La constitución eclesiástica: Jerarquía y formación del clero ²⁾

Es cuestión de gran trascendencia el averiguar si el Cristianismo estuvo desde un principio organizado en perfecta jerarquía. Los protestantes y demás críticos liberales lo niegan decididamente; afirman, en cambio, que la introducción de la jerarquía eclesiástica tuvo lugar después de la Edad Apostólica

¹⁾ SEMERIA, G., Dogma, gerarchia e culto nella chiesa primitiva. R. 1902. GENUILLAC, H. DE, L'Eglise chrét. au temps de S. Ignace d'Ant. P. 1907. METZNER, E., Die Verfassung der Kirche in den zwei ersten Jahrh. unter besonderer Berücksichtigung der Schriften Harnacks. 1920. DICKMANN, H., Die Verfassung der Urkirche... 1923.

²⁾ SCHMIDT, CH. DE, L'organisation des églises chrét. jusqu'au milieu du 3.^e siècle. En Rev. Q. Hist. 44 (1888), 329-384. ID., L'organis... au 3.^e siècle. Ib. 50 (1891). RÉVILLE, J., Les origines de l'Épiscopat. I partie. P. 1894. En Bibl. École Hautes Ét. Sc. Rel., 5. ERMONT, V., Les origines de l'Épiscopat monarchique. En Rev. Q. Hist. 68 (1900), 337 s. BATIFFOL, P., Les institutions hiérarchiques de l'Église. En Rev. Bibl. 1895, 437 s. ID., La hiérarchie primitive. 4.^a ed. P. 1906. ID., L'Église naissante. 11.^a ed. P. 1927. LINDSAY, Church and the Ministry in the early Centuries. 2.^a ed. 1924. MICHELIS, A., Art. Évêque, en Dict. Apol. PRAT, F., Art. Évêque, en Dict. Th. Cath. LECLERCQ, H., Art. Épiscopat, en Dict. Arch.

por el desarrollo de los acontecimientos; pues en un principio, según ellos, no había distinción entre clérigos y laicos, no existía el episcopado monárquico ni mucho menos el Primado romano; la dirección la ejercían los Apóstoles y misioneros dotados de carismas. Toda esta concepción es falsa y tendenciosa. Pues prescindiendo de que no se concibe que los cristianos, tan amigos de la tradición, dejaran introducirse en el siglo II una jerarquía, que no había existido en un principio, poseemos documentos suficientes para probar que la jerarquía cristiana existió desde un principio, si bien en una forma más primitiva, que fué desarrollándose poco a poco.

94. a) La jerarquía cristiana en sus principios. Al principio, la dirección de la Iglesia estaba en manos de los Apóstoles, a cuyo lado había profetas, dotados de carismas, doctores y maestros, los cuales tenían el cargo de ayudar a los Apóstoles y completar la instrucción de los fieles. El título de Apóstoles lo recibieron, además de los doce, otros misioneros dedicados a la predicación. Por otra parte, vemos asimismo el consejo de los ἐπισκοποι, los πρεσβύτεροι y los διάκονοι, todos ellos encargados de la dirección.

Así aparece, ante todo, en Jerusalén. Cuando la comunidad cristiana, dirigida por los doce, hubo aumentado notablemente, éstos se asociaron a los siete diáconos, y no mucho después constituyeron el consejo de los presbíteros, los cuales tomaron parte ya en el Concilio del año 50. Más tarde, después de la dispersión de los Apóstoles, aparece Santiago el «hermano del Señor», como autoridad monárquica en Jerusalén, mientras los presbíteros continuaban ejerciendo sus funciones subordinadas. Luego Simeón sucede a Santiago en la dirección monárquica de la Iglesia. Por tanto, se distinguen claramente los tres grados: episcopado, presbiterado y diaconado.

Lo mismo vemos en las Iglesias organizadas por los Apóstoles, y particularmente por S. Pablo. Ya desde su primer viaje apostólico, estableció éste en las Iglesias por él fundadas a los presbíteros para que las gobernarán. Todas estas comunidades cristianas quedaban bajo su dirección; mas cuando hubieron aumentado notablemente, dejó en su lugar, como jefes superiores u obispos, a sus fieles discípulos, Timoteo en Éfeso y Tito en Creta. En las cartas pastorales del Apóstol aparece asimismo la institución de los diáconos. Igualmente consta por diversos documentos que S. Juan estableció en el Asia Menor diversos obispos de otras tantas Iglesias, como S. Policarpo de Esmirna.

Asimismo, en los escritos de los Padres Apostólicos, que recogieron inmediatamente la herencia de los Apóstoles, aparece claramente la existencia de la jerarquía eclesiástica. A mediados del siglo II encontramos multitud de casos de obispos monárquicos al frente de sus respectivas Iglesias: no sólo en Roma y Antioquía, sino en Alejandría, Esmirna, Éfeso, Corinto, Lyón, Atenas, etc., y en ninguna parte

hallamos protesta alguna contra la supuesta suplantación del colegio presbiteral por una autoridad monárquica.

Por otra parte, sabemos que, a la par que esta jerarquía oficial, existía otra carismática o *itinerante*, como la llaman algunos, compuesta de los Apóstoles, los Profetas y los Doctores, dedicados a la predicación. Éstos eran fuerzas auxiliares o *extraordinarias*, necesarias sobre todo en un principio, pero que desaparecieron poco a poco, dejando la dirección de las comunidades cristianas exclusivamente a los obispos, presbíteros y diáconos.

Además de estos grados de la jerarquía, que constituyen las *Órdenes Mayores*, se fueron introduciendo, a medida que crecían las comunidades cristianas, otros complementarios, que constituyen las *Órdenes Menores*. Tales son: los *lectores*, a quienes nombran ya S. Justino y Tertuliano, que tenían el cargo de leer la Sagrada Escritura en los oficios litúrgicos; los *acólitos*, que estaban al servicio del diácono y subdiácono en los oficios litúrgicos; los *exorcistas*, que tenían el cuidado de los enfermos mentales, epilépticos y posesos; los *ostiarios*, que vigilaban a la entrada de la iglesia. El Papa Cornelio es el primero que los nombra a todos a mediados del siglo III. Las *diaconías*, que aparecen ya desde los tiempos apostólicos, se empleaban en el bautismo de las mujeres y en el servicio de las indigentes.

95. b) Elección, formación y sostenimiento del clero³⁾. Cristo eligió e instruyó personalmente a sus Apóstoles, y del mismo modo lo hicieron éstos con sus discípulos. Después de los Apóstoles, el obispo era elegido por la comunidad cristiana, bajo la dirección y con la aprobación de los obispos vecinos. Esto se regularizó todavía más en los Concilios de Arlés de 314 y de Nicea de 325, pues en ellos se determinó que en la elección de un obispo debían tomar parte al menos otros tres, y además se necesitaba la aprobación del metropolitano. La consagración la realizaban dos o tres obispos. Por lo que se refiere a los demás clérigos, el obispo tenía el derecho y la obligación de escogerlos y admitirlos, previa consulta de la comunidad cristiana. Bien pronto también se pusieron diversos impedimentos para las Órdenes.

En la formación de los clérigos se siguió en un principio el sistema personal de los Apóstoles. Los carismas suplieron muchas veces la falta de la debida instrucción. Sin embargo, al crecer notablemente el Cristianismo, se sintió la necesidad de sistematizar la instrucción. Por esto, ya desde el siglo II aparecen las escuelas catequéticas.

El celibato no era exigido para el ingreso en el estado clerical. Lo único que se observaba era no permitir nuevas nupcias a los clérigos mayores. Sin embargo, ya por el ejemplo de S. Pablo, ya por la recomendación del Salvador (Mt. 19, 12), se tenía en gran aprecio el celibato, y muchos clérigos lo abrazaban voluntariamente. El primer sínodo conocido, en que se prescribe la continencia a los clérigos mayores, es el de Elvira en el canon 33; pero sólo lentamente se fué introduciendo esta costumbre.

Por lo que se refiere a la *manutención* de los clérigos, son claras las expresiones de Cristo (Mt. 10, 10) y del Apóstol (1 Cor. 9, 13), que el ministro del Altar tiene derecho a vivir de su ministerio. Sin embargo, no se urgió este derecho, y así los clérigos vivían muy ordinariamente de sus propios recursos y de su propio trabajo, a imitación de S. Pablo. Por otra parte, los fieles contribuían también con sus limosnas (obligaciones), que ofrecían durante los oficios litúrgicos. Así, la *Didaché* (13) aconseja que se ofrezcan al Señor las primicias de los frutos, y las *Constituciones Apostólicas* (2, 25) hablan ya de los diezmos.

³⁾ FUNK, F. X., Die Bischofswahl im christl. Altertum und im Anfang des MA. En Kg. Abhl., I, 23 s. Id., Colibat und Pristerehe im chr. Alt. Ib., I, 121 s. 1891. VACANDARD, E., Les origines du célibat eccl. En Études de crit. 6.^a ed., p. 69-120. P. 1913. LECLERCQ, H., Art. Célibat, en Dict. Arch.

96. c) **Diócesis, Iglesias metropolitanas y sínodos** ⁴⁾. El punto de partida de la organización eclesiástica cristiana fueron las poblaciones, donde se establecieron las primeras iglesias. Si estas ciudades eran bastante grandes, la comunidad cristiana se dividía. El ejemplo nos lo ofrece Roma con sus diversas iglesias titulares, ya en el siglo III. Desde las ciudades se extendían los cristianos hacia las aldeas, donde se erigían asimismo nuevas iglesias. El obispo era el jefe supremo de todas estas iglesias titulares de una ciudad y de los alrededores (iglesias rurales = *παρουκίαι*, parroquias), a lo cual se denominó *diócesis*.

A este propósito es digna de conocerse la institución de los *obispos de la campaña* (*χωρεπίσκοποι*; de *χωρα*, campo), de que hablan muchos documentos de aquel tiempo. Eran como auxiliares del obispo de la ciudad, pero se discute sobre si poseían el carácter episcopal. En todo caso ejercían muchas funciones propias del obispo, como conferir órdenes menores y administrar la confirmación.

En realidad, cada diócesis, con su jerarquía y organización completa, tenía verdadera autonomía dentro de la Iglesia universal. Pero el desarrollo histórico y la situación geográfica de muchas de ellas trajo espontáneamente consigo el que se formaran ciertas ligas de diócesis en torno del obispo *metropolitano*, a quien reconocían cierta autoridad. Esto sucedía ordinariamente con las diócesis menores respecto de la primera que las fundó, o simplemente respecto de la capital de una región. Tales eran, por ejemplo, las de Roma, Antioquía, Alejandría, Corinto, Jerusalén, etc. A esta nueva unidad se la designaba como *provincia eclesiástica*, y a la Iglesia principal se la llamaba *Iglesia metropolitana*.

El objeto de estas provincias eclesiásticas era más bien práctico, es decir, el poderse reunir fácilmente en Concilios, que fueron denominados *sínodos*, para deliberar sobre los medios de combatir la herejía y organizar mejor las iglesias. Para esto, el obispo metropolitano tenía el derecho de convocar y dirigir tales asambleas, así como el de aprobación de los nuevos obispos diocesanos. Son muy numerosos los sínodos interdiocesanos de este tiempo, de que tenemos noticia.

II. Unidad de la Iglesia. Primado de San Pedro y del Romano Pontífice ⁵⁾

97. Naturalmente, los críticos racionalistas, que no admiten en la Iglesia primitiva distinción entre clérigos y laicos y rechazan toda jerarquía, niegan asimismo la existencia de un Primado. Según ellos, el primado de Roma fué fruto del ulterior desarrollo de las cosas, como lo fué toda la jerarquía y la auto-

⁴⁾ KIRSCH, J. P., Die röm. Titelkirchen im Altertum. 1918. HEFELE, C. J. VON, Die vornic. Synoden. (Conciliengesch., 2.ª ed. I, 83-251). 1873.

⁵⁾ RAUSCHEN, G., Textus antenicaeni ad Primatum Rom. spectantes. 2.ª ed. Bonn 1937. En Flor. Patr. E. MÖHLER, A., Die Einheit in der Kirche. Nueva ed. 1925. DUCHESNE, L'Église romaine avant Constantin: Autonomies eccles. Églises séparées, p. 113-162. P. 1896. BARDY, G., L'autorité du siège Romain et les controverses du 3.º siècle. En Rech. Sc. Rel. 14 (1924) 255 s., 385 s. BATIFFOL, P., Petrus initium episcopatus. En Rev. Sc. Rel. 4 (1924) 440 s. Id., Catholicisme et la papauté. Id., L'Église naiss. et le cathol. 4.ª edic. P. 1929. CASPAR, ER., Primatus Petri. Untersuchung über die Ursprünge der Primatslehre. 1927. BESSON, Pierre et les origines de la Primauté romaine. Genève 1929. KOCH, H., Cathedra Petri. Neue Untersuchungen über die Anfänge der Primatslehre. 1930. MADDOX, J., El primado romano. M. 1936.

ridad monárquica del episcopado. Frente a estas suposiciones tendenciosas, probamos con documentos históricos la existencia desde un principio de una autoridad suprema en la Iglesia.

a) **Primacia de San Pedro.** La primacia de S. Pedro sobre el colegio de los Apóstoles se prueba suficientemente con la voluntad de Cristo, expresamente manifestada en el pasaje clásico (Mt. 16, 18 s.): «Tu es Petrus, et super hanc Petram aedificabo Ecclesiam meam», de cuya autenticidad e interpretación obvia no puede dudarse. Lo mismo se prueba con el pasaje de S. Lucas (23, 32) «confirma fratres tuos» y el de S. Juan (21, 15-18), «pasce oves meas».

Por otra parte, si se considera sin prejuicio de ninguna clase el desarrollo de los acontecimientos que nos refieren los Evangelios, y sobre todo los Hechos de los Apóstoles, no puede dudarse de que Pedro en realidad ejerció de hecho esta primacia y que efectivamente le fué reconocida por los demás Apóstoles y los primeros cristianos.

Así se explica que en las listas de los Doce aparece él siempre en primer lugar; que en multitud de ocasiones referidas por los Evangelios, él tiene la preferencia y se presenta o habla en nombre de todos. Pero, lo que es más significativo, una vez desaparecido Cristo, él obra abiertamente como jefe de la nueva Iglesia, sin que ninguno de los Apóstoles se oponga a ello.

98. b) **Primado del Romano Pontífice.** La unidad monárquica que dió Jesucristo al colegio apostólico con la institución del primado de S. Pedro, se perpetuó después de su muerte en la Iglesia católica con el primado del Romano Pontífice. Así debía ser, si la Iglesia debía permanecer una en la fe y en su misma organización, tal como la instituyó Cristo. De hecho, ya desde el tiempo inmediato postapostólico, poseemos multitud de documentos que prueban el primado efectivo de los Romanos Pontífices.

1. *Clemente Romano*, discípulo de los Apóstoles y tercer sucesor de S. Pedro, escribió el año 96 una carta a los corintios. El tono autoritario con que habla, indica que se siente asistido de autoridad legítima sobre ellos. Por otro lado, nos consta que la amonestación fué bien recibida, y más tarde esta carta se conservaba y leía con frecuencia.

2. *Ignacio de Antioquía*, discípulo asimismo de los Apóstoles y mártir ilustre, en su Carta a los romanos, llama a la Iglesia de Roma «la que está a la cabeza de la Iglesia» (*προκαθήμενή της ἀγάπης*), pues la palabra *ἀγάπη*, o caridad, es aquí sinónimo de Iglesia.

3. Hacia el año 180, S. Ireneo escribió en su tratado «Adversus haereses» aquellas memorables palabras, sobre las cuales tantas discusiones han promovido los racionalistas y protestantes liberales de nuestros días: «Ad hanc enim ecclesiam (Romanam) propter poten-

tiorem principalitatem necesse est omnem convenire Ecclesiam, hoc est, eos qui sunt undique fideles, in qua semper ab his, qui sunt undique, conservata est ea, quae est ab apostolis traditio» (III, 3). Por otra parte, el fundamento de esta «potentior principalitas» de la Iglesia romana es el haber sido elegida por Pedro como Sede Primaria.

4. No solamente Clemente Romano, sino otros Pontífices Romanos obran con autoridad frente a otras Iglesias, por otra parte muy importantes. Así: Víctor I hacia el año 190 en la cuestión de la Pascua obra de tal manera, que el mismo Harnack reconoce que por este tiempo ya ejercía las funciones de Primado. Calixto hacia el 220, Esteban I hacia el 225, Dionisio en 260.

En resumen, se puede afirmar que en este tiempo era verdaderamente general la idea de que la Iglesia de Roma era la primera entre las Iglesias y el fundamento de la unidad del Cristianismo, y el Romano Pontífice la autoridad suprema de toda la Iglesia. Los mismos herejes y cismáticos se esforzaban por obtener el reconocimiento del obispo de Roma, dando con esto un magnífico testimonio de que Roma era el centro de la verdadera Iglesia de Cristo.

Sin embargo, hay que observar que el ejercicio del Primado se fué desarrollando con el tiempo, y así no se halla desde un principio el uso fijo y constante de todos los derechos y prerrogativas, que después le han sido reconocidos. Así se explican los conflictos de hombres como S. Cipriano, que reconocían expresamente la preeminencia del Pontífice Romano.

III. Culto: Bautismo, Confirmación, Matrimonio ⁶⁾

99. El estudio del desarrollo del culto y de los Sacramentos, que son los medios básicos con que el Cristianismo fomenta la perfección de los fieles, forma en la actualidad uno de los objetos preferidos de la investigación, pues nos da a conocer perfectamente la vida interna de la Iglesia.

a) **Catecumenato** ⁷⁾. En los tiempos apostólicos, los que conocían y aceptaban la doctrina de Cristo recibían en seguida el bautismo y eran admitidos entre los fieles. Dios mismo ayudaba con sus gracias extraordinarias, supliendo con ellas la de-

⁶⁾ CLEMEN, C., Der Einfluss der Mysterienreligionen auf das älteste Christentum. 1913. DUCHESNE, L., Origines du culte chrétien. 6.^a ed. P. 1920. OESTERLEY, O. E., The Jewish Background of the Christian Liturgy. O. 1925. FERRERES, J., Historia del misal romano. B. 1929. CIRERA PRAT, E., Razón de la liturgia católica. B. 1929. ROJO, A., Evolución histórica de la Liturgia. B. 1935. En Manuales Studium de Cult. relig. CODRINGTON, H. W., The liturgy of saint Peter. 1936. En Liturg. Quell. u. Forsch., 30. ORTEGA, A., La liturgia cristiana en los tres primeros siglos. M. 1943. HENSENHOFFER, L., Compendio de la liturgia católica. B. 1947. Id., Handbuch der katholischen Liturgik. 2 vol. 1932-1933. RIGHETTI, M., Manuale di storia liturgica. Milán 1949. ROJO DEL POZO, A., Los sacramentos y su liturgia. 2.^a ed. M. 1946. Liturgia. Encyclopédie populaire des connaissances liturgiques. Sous la direction de R. Aigrain. P. 1947. MOLIEU, L., La prière de l'Eglise. Liturgie des Sacrements. P. 1948.

⁷⁾ FUNK, F. X., Die Katechumenenklassen der chr. Altert. En Kg. Abhl., 2, 209 s.; 3, 57 s. 1897-1907.

ficiencia en la instrucción de los nuevos cristianos. Mas bien pronto se convencieron de la necesidad de una preparación conveniente de los candidatos, antes de ser admitidos en la Iglesia por medio del bautismo. Esta preparación o instrucción fué organizándose y sistematizándose a partir del siglo II, a medida que iba creciendo el número de cristianos, y el Concilio de Elvira, a principios del siglo IV, fijó su duración en dos años, que se acortaban o prolongaban en determinadas circunstancias. A todo este período se le designó como *catecumenato*, y a los que estaban en él *catecúmenos* (κατηχούμενοι), es decir, oyentes. Tertuliano es el primero en usar esta expresión.

El catecúmeno era considerado desde luego como perteneciente al grupo de los fieles; pero estaba excluido de algunos ejercicios más típicos cristianos. Su instrucción seguía ciertas normas determinadas, y así se guardaba con ellos la ley del arcano, no comunicándoles hasta el fin el símbolo, la eucaristía y los grandes misterios cristianos. Si se hallaban en peligro de muerte, recibían rápidamente el bautismo, y si en tiempo de persecución eran martirizados, el martirio era considerado como bautismo, el llamado *bautismo de sangre*.

100. b) **Bautismo** ⁸⁾. Hecho todo esto, se procedía a la administración del bautismo, que generalmente se revestía de gran solemnidad. Con este fin era administrado por el obispo, y bien pronto se dedicaron días especiales para ello. Estos fueron las vigiliass de Pascua y de Pentecostés, y entre los griegos también la de la Epifanía. Para dar más solemnidad al acto y como señal simbólica de la regeneración operada, los neófitos vestían de blanco durante toda la octava después del bautismo. Por lo demás, el bautismo se confería en un principio por una triple inmersión en el agua, para lo cual se utilizaban ríos y estanques, y más tarde se construyeron baptisterios especiales. Como fórmula se empleaba simplemente: «ego te baptizo in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti». Sin embargo, ya la *Didaché* conmemora el bautismo por *infusión*, que fué sustituyendo poco a poco al de inmersión. A los enfermos que debían ser bautizados se les confería el bautismo de aspersion (*baptismus clinicorum*).

A la fórmula y rito fundamental del bautismo se fueron añadiendo poco a poco algunas ceremonias y circunstancias, que constituyen todo el rito

⁸⁾ GHELLINCK, J. DE, Pour l'Histoire du mot Sacramentum, I P. 1924. ERMONT, V., Le baptême dans l'Eglise primitive. P. 1904. No entramos en la cuestión, tan debatida en los últimos decenios del siglo XIX y principios del XX, sobre el influjo de los ritos de iniciación paganos en el bautismo cristiano. Esta cuestión ha sido definitivamente resuelta en favor de la independencia cristiana. Véase: SCHMID, Die Einführung der christl. Taufe im Neuen Test., en Z. Kath. Theol., 1905, 53-81. KOCH, W., Die Taufe im Neuen Test., en Bibl. Zfr., 3, 10. 3.^a ed. 1921. REITZENSTEIN, R., Die Vorgeschichte der christl. Taufe. 1929.

bautismal solemne. Conviene advertir, con todo, que las ceremonias bautismales son muy antiguas. Aunque en un principio los bautizados eran personas adultas, ya en el siglo II se propuso la cuestión del *bautismo de los niños*, y en efecto se les comenzó a conferir. S. Ireneo y Orígenes suponían que esta práctica era de origen apostólico; otros, en cambio, se oponían a ella, como Tertuliano.

Tertuliano e Hipólito hacia el año 200 conmemoran los ritos siguientes: la señal de la cruz sobre el bautizado; renuncia a Satanás; exorcismos y unción; recitación del símbolo de la fe; otra unción de acción de gracias. Añade Tertuliano, que al neófito se le daba después del bautismo miel y leche, rito que algunos críticos modernos suponen tomado de los misterios paganos. De todos modos, no se perpetuó. Además, ya entonces se conmemora el uso de los *padrinos*, y desde mediados del siglo III se impuso el nombre bautismal.

101. c) Cuestión sobre el bautismo de los herejes⁹⁾. Entrado ya el siglo III, estalló en una forma algo violenta la cuestión sobre si los herejes convertidos debían ser bautizados de nuevo. En Antioquía, Cesarea de Capadocia, y sobre todo en Cartago con la autoridad de Tertuliano, se seguía la práctica de rebautizar a los conversos de la herejía, por suponer que el bautismo administrado por los herejes era inválido.

Frente a esta práctica estaba la defendida por el Papa Esteban, usada en Roma y en el resto de la Iglesia, según la cual la gracia del sacramento se comunica *ex opere operato*, y así no se repetía el bautismo.

En estas circunstancias estalló la contienda. En África mismo, no obstante el uso generalizado de repetir el bautismo, surgieron dudas, por lo cual el año 256 reunió S. Cipriano un sínodo en Cartago, al que asistieron setenta y un obispos, y en él se proclamó el principio africano, decisión que fué comunicada al Papa Esteban I. La misma decisión se renovó en un nuevo sínodo del mismo año, con asistencia de ochenta y siete obispos. Entonces fué cuando Esteban I mandó a S. Cipriano su enérgica respuesta, en que prohibía la repetición del bautismo a los herejes y amenazaba con la excomunión a los que no se sometieran. Contra la intimación pontificia siguió S. Cipriano defendiendo lo decidido en los sínodos de Cartago, por lo cual quedó interrumpida la comunicación entre Roma y África. Estando así las cosas, el Papa Esteban murió el año 257, aunque no mártir como dicen algunas actas legendarias, y Cipriano sufrió el martirio dos años después en la persecución de Valeriano. Sixto II, que siguió a Esteban, aparece en comunión con la Iglesia de Cartago.

¿Qué hay que decir sobre la conducta de S. Cipriano, al oponerse a la decisión pontificia? En todo caso, consta suficientemente de la ortodoxia del Santo. Esto supuesto, el P. Lebreton¹⁰⁾ da una solución que nos parece, en conjunto, la más acertada. S. Cipriano, dice, «no parece haber reconocido al obispo de Roma el poder de imponer decisiones definitivas e irreformables», lo cual se explica teniendo presente que las atribuciones del Primado no habían alcanzado entonces mucho desarrollo, ni había ideas claras sobre ellas. Cipriano defendía el primado del obispo de Roma y su necesidad para mantener la unidad de la Iglesia; pero en la dirección de la misma concedía cierta indepen-

⁹⁾ ERNST, J., Die Ketzertaufgelegenheit der altchristl. K. nach Cyprian. 1901. Id., Papst Stephan I. u. der Ketzertaufstreit. 1905. Id., Diversos artíc. en Z. kath. Th. 1903-1906. D'ALÈS, A., La question baptismale au temps de St. Cyprien. En Rev. Q. Hist., 81 (1907), 353 s.

¹⁰⁾ Histoir. de la litér., I, 206 s.

dencia doctrinal a los obispos. La autoridad de la Iglesia, según él, pertenece solidariamente a todo el episcopado. Es evidente el peligro de esta concepción, pues en realidad no se concibe el verdadero primado y la unidad doctrinal de la Iglesia sin el poder de imponer decisiones doctrinales y decidir cuestiones debatidas. Pero S. Cipriano no veía esta contradicción, y en el estado de entonces se explica perfectamente. En todo caso, si tuvo alguna culpa personal, la lavó con su martirio.

102. d) Confirmación y Matrimonio¹¹⁾. Una vez terminada la ceremonia del bautismo, se vestían los neófitos los hábitos blancos y se dirigían procesionalmente al obispo. Entonces éste les *imponía las manos* con la invocación del Espíritu Santo, y a continuación los ungía con el óleo santo. Tal era el rito de la *confirmación*, llamado también *imposición de manos* y *santo crisma*, con la cual quedaba el neófito marcado como soldado de Cristo. Por lo general se administraba inmediatamente después del bautismo, como aparece en diversos pasajes de los Hechos. En Oriente administraban también la confirmación los simples sacerdotes.

Respecto del *matrimonio* en los dos primeros siglos, tenemos muy pocas noticias. Desde principios del siglo III estamos mejor informados. Los insistentes ataques de algunas sectas gnósticas contra este sacramento obligaron a la Iglesia a defenderlo y a rodearlo de cierta solemnidad, que contribuyera a su prestigio y santificación. En particular notamos las siguientes disposiciones o prácticas:

1. El matrimonio debía celebrarse siempre con la aprobación del obispo. 2. Además, debía tener lugar en la iglesia o sitio del culto, durante los oficios eucarísticos. Esta costumbre es de las más antiguas. 3. En general no se aprobaban matrimonios secretos; mas, por otra parte, el Papa Calixto reconoció como válidos los matrimonios entre libres y esclavos. Otras cuestiones de que se fué tratando por este tiempo son más bien dogmáticas. Tales son: el carácter sacramental del matrimonio; su indisolubilidad; las segundas nupcias; el celibato de los clérigos.

IV. Eucaristía, Agape, Arcano¹²⁾

103. El acto más típico del culto cristiano desde un principio fué la *Eucaristía*. En ella se renovaba la memoria de la última cena con la conversión del pan y vino en el cuerpo y sangre de Cristo, que todos los que asistían podían recibir. Dada

¹¹⁾ DÖLGER, F. J., Das Sakrament der Firmung Histor.-dogm. dargestellt. 1906. CHASE, Confirmation in the Apostolic age. L. 1908.

¹²⁾ CABROL, F., Les origines liturgiques. P. 1906. DORSCH, E., Der Opfercharakter der Eucharistie einst und jetzt. 1909. GOGUEL, M., L'Eucharistie des origines à Justin Martyr. P. 1909. RAUSCHEN, G., Eucharistie und Bussakrament in den sechs ersten Jahrh. 2.^a ed. 1910. BATIFFOL, P., Études d'histoire et de théologie positive. 2.^a serie. Eucharistie. 7.^a ed. P. 1920. DÖLGER, F. J., Gebet und Gesang im Chr. Altertum. 1920. WERTER, G., P., Altchristliche Liturgien. 2 vol. 1921-1922. LEBRETON, J., La prière dans l'Eglise primitive. En Rech. Sc. Rel. 1924, 6 s. 97 s. DIEZ, O'NEIL, Historia de la Misa. M. 1941. ALFONZO, P., I riti della Chiesa. Lineamenti storico-exegetici. III. La santa Messa. R. 1946. JUNGSMANN, J. A., Missarum sollemnia. Eine genetische Erklärung der römischen Messe. 2 vol. 1948.

la trascendencia del acto, se explica que los cristianos le dieran extraordinaria importancia y lo rodearan de un conjunto de ceremonias, que lo hacen sobresalir entre todos los demás del culto.

a) **Ceremonias de la "fractio panis".** Ya en los Hechos (2, 41-42, etc.) se llama *fractio panis* a esta ceremonia, y así fué denominada con frecuencia. Para ello reuníanse los cristianos en el lugar destinado al culto, que solía ser al principio casas particulares. Además, sin duda en memoria de la última cena, se tenía ordinariamente de parte de noche o al caer de la tarde.

Toda la ceremonia se dividía en dos partes. La primera tenía un carácter más general, y por esto se admitía en ella a los catecúmenos. Se llamaba *misa de los catecúmenos*, y era una imitación de los ejercicios de la sinagoga, que comprendía la recitación de ciertas preces dirigidas a Dios y a los Santos, lectura de la Sagrada Escritura, homilía y cantos. Terminada esta primera parte, eran despedidos los catecúmenos.

La segunda parte comprendía la liturgia eucarística propiamente tal. Comenzaba con una oración, que hacían juntos todos los fieles, después de lo cual se daban mutuamente el ósculo de paz. Luego se ofrecía al obispo el pan y el vino, mezclado con un poco de agua, que eran la materia de la consagración. Sobre estos dones recitaba entonces el obispo diversas oraciones, denominadas *acción de gracias*, todo lo cual se fué completando con el tiempo y forma lo que llamamos *prefación y canon*. El punto culminante lo constituye la fórmula de la consagración, que todos los asistentes escuchaban con grande emoción. Llegado el momento de la Comunión, tomaba el celebrante en primer lugar el cuerpo y sangre de Cristo, y luego comulgaban en ambas especies el clero y todos los cristianos presentes. A los ausentes, que no habían podido asistir al oficio divino, se les llevaba la Eucaristía a sus casas. Esta descripción de la liturgia cristiana nos la da S. Justino ya a mediados del siglo II.

104. b) **El Ágape o banquete fraternal**¹³⁾. Digna de especial estudio es la cuestión sobre el ágape, respecto a la cual ha habido durante los últimos decenios algunas discusiones.

Según se deduce de multitud de documentos (por ejemplo, 1 Cor. 11, 21 s.), desde un principio, junto con la liturgia eucarística, se celebraba un banquete o refección corporal, a la manera de lo hecho por Jesús en la última cena. Era el *ágape fraternal*, para el cual traía cada uno sus propios manjares, que luego, en comunidad fraternal, gozaban todos los reunidos, repartiendo de ello a los necesitados y pobres. Precisamente uno de sus fines era el socorro de los indigentes. Por esto muchas veces la palabra *ágape* era usada por los cristianos como sinónima de *eucaristía*.

Sin embargo, muy pronto se introdujeron abusos, contra los cuales protestaba ya S. Pablo. El principal era que los ricos y acomodados lle-

¹³⁾ ERMONT, L'ágape et l'Eglise primitive. P. 1903. FUNK, F. J., Die Ágape. En Kg. Abhl., 3, 1 s. 1907. BATIFFOL, P., L'ágape. En Études d'histoire et de théol. posit. 7.^a ed. I. P. 1926.

vaban manjares escogidos y abundantes y comían opíparamente sin dar parte a los pobres, los cuales apenas tenían nada que comer. Así, pues, para evitar estos abusos y los que pudieran originarse de la celebración simultánea del ágape y la liturgia eucarística, muy pronto se separaron, de modo que la eucaristía se trasladó a la mañana, y el ágape continuó celebrándose por la tarde. De todos modos, el ágape conservó cierto carácter religioso y solía celebrarse en los mismos lugares destinados al culto. Por esto, el pan que allí se consumía era bendecido expresamente. Era lo que se llamaba *eulogia*, en contraposición a *eucaristía*. Más tarde, entrado ya el siglo IV, por ciertos abusos que se cometían, fueron prohibidos los ágapes en las iglesias, y así desaparecieron por completo.

Tal es la explicación generalmente admitida. Otros, en cambio, defienden que desde un principio el ágape y la liturgia eucarística se celebraban por separado y tuvieron un desarrollo independiente. Pero esta opinión contradice muchos documentos, en que se supone que se celebraban juntos. P. Batiffol, por el contrario, defiende que jamás existió el ágape como cosa distinta de la liturgia eucarística. Por tanto, identifica el ágape con la *fractio panis*.

105. c) **Disciplina del Arcano**¹⁴⁾. Consta que los cristianos durante los primeros siglos ocultaban sus misterios con especial cuidado, para lo cual se llegó a formar un sistema típico, denominado *arcano*. La razón era obvia: el deseo de ocultar los misterios a los paganos, pues por sus prejuicios no podían entenderlos y por esto mismo ponían en peligro la seguridad de los cristianos. Por idéntica razón se guardaba el mismo secreto con los catecúmenos hasta que habían dado pruebas de constancia y poseían un conocimiento suficiente de la doctrina cristiana. Así, pues, la disciplina del arcano no fué una imitación de los misterios de las religiones orientales.

V. Penitencia. Diversas cuestiones sobre la misma¹⁵⁾

106. Uno de los puntos más interesantes en el desarrollo de las instituciones eclesiásticas primitivas es, sin duda, lo que se refiere a la penitencia. Por de pronto, los escritores racionalistas y protestantes, como E. Lea y A. Harnack, niegan que el

¹⁴⁾ FUNK, FR. X., Das Alter der Arkandisziplin. En Kg. Abhl., 8, 42 s. 1907. DÖRGER, F. J., Ichthys. Das Fischsymbol im frühchristl. Zeit. 4 vol. 1910 s. VACANDARD, B., Artíf. Disc. Arc., en Dict. Géogr. Hist.

¹⁵⁾ KIRSCH, P. A., Zur Gesch. der kathol. Beichte. 1902. VACANDARD, La pénitence publique dans l'Eglise primitive. En Sc. et Rel. P. 1903. ID., Études de critique et d'histoire religieuse. 2.^a serie. P. 1910. BATIFFOL, P., Les origines de la pénitence. En Études d'Hist. et de théol. posit., I, 4.^a ed. P. 1906. STUFLE, Die Bussdisziplin der abendländl. K. bis Kallistus. En Z. kath. Th., 1907, 433 s. ID., Die Behandlung der Gefallenen zur Zeit der Decischen Verfolgung. Ib. 1907, 577 s. DUCHESNE, L., Origines du culte chrétien. 5.^a ed. p. 442. P. 1909. RAUSCHEN, Eucharistie u. Bussakrament. 2.^a ed. 1910. POSCHMANN, B., Die Bussfrage in der cyprianischen Zeit. En Z. kath. Th., 37 (1913), 25-54. 244-265. ID., Das christliche Altertum und die kirchliche Privatbusse. Ib. 54 (1930), 214-252. D'ALÈS, A., L'édit de Calliste. Étude sur les origines de la pénitence chrétienne. P. 1914. UMBERG, J. B., Absolutionspflicht und althristliche Bussdisziplin. En Schol., 2 (1927), 321-342. GALTIER, P., De poenitentia. Tract. dogm.-hist. Nueva ed. P. 1949. ID., L'Eglise et la rémission des péchés aux premiers siècles. P. 1932. GONZÁLEZ, SEV., La disciplina penitencial de la Iglesia española, en Rev. esp. Teol., 1 (1941), 339; 2 (1942), 385 s. ID., La penitencia en la primitiva Iglesia española. M. 1950.

sacramento de la Penitencia en el sentido católico haya sido instituido por Cristo, y naturalmente dan otro sentido a todas las expresiones de los primeros escritores y Santos Padres, que hablan de la penitencia y confesión. Frente a estas afirmaciones, se prueba con toda suficiencia en los tratados dogmáticos la existencia desde un principio del Sacramento como tal, es decir, del poder de perdonar los pecados, así como también otras cuestiones complementarias. Aquí sólo nos incumbe exponer el ejercicio de este poder o el desarrollo que tuvo en la Iglesia el uso del Sacramento de la penitencia.

a) Primer desarrollo. Rigor relativo. Consta en primer lugar, que ya los Apóstoles hicieron uso del poder de perdonar los pecados. Así aparece, por ejemplo, en S. Pablo contra los herejes (2 Tes. 2, 6, 14; 1 Tim. 1, 20) y contra los pecados carnales (1 Cor. 5, 1). Sin embargo, se advierte en la práctica de los primeros siglos una marcada tendencia a hacer poco uso de este poder. La Iglesia debía mantenerse pura, y los cristianos, una vez regenerados por el bautismo, debían conservarse inmaculados.

Este principio trajo consigo ya en el siglo II una práctica, que se fué generalizando cada vez más, consistente en excluir de la comunidad cristiana a los que cometían los llamados *pecados capitales*: idolatría, adulterio y homicidio. De todos modos, S. Ireneo y el mismo Tertuliano antes de hacerse montanista, confirman la opinión de que aun estos pecados podían ser absueltos después de hecha la debida penitencia. Asimismo el Pastor de Hermas, aunque insiste en la pureza que deben observar los cristianos, promete el perdón a todos los que, arrepentidos, satisficieren debidamente por sus culpas.

Todo esto dió origen a la práctica de la *penitencia pública*. En efecto, los pecadores que habían cometido algunos pecados más graves, hecha su confesión o *exomológesis*, antes de recibir la absolución pasaban un período más o menos largo de penitencia, en el que estaban excluidos de la comunión con el resto de los cristianos y hacían diversas mortificaciones, como ayunos, vigiliias, etc. Esto se llamaba *penitencia pública*.

107. b) Nuevo período de mayor suavidad. A mediados del siglo III se inició un período, que podemos calificar de mayor suavidad en lo relativo al perdón de los pecados más graves. El Papa Calixto (217-222) dió el célebre decreto «ego et moechiae et fornicationis delicta paenitentia functis dimitto», con lo cual anunciaba el perdón a los reos del pecado de la carne, después de hacer la debida penitencia¹⁶. Hacia

¹⁶ Esta es la opinión tradicional, que atribuye dicho edicto al Papa Calixto. Tertuliano habla largamente de él (de Pudic., 1, 6); pero algunos modernos investigadores lo atribuyen al obispo de Cartago Agripino, quien debió darlo hacia el año 215. Sus razones, empero, no son convincentes.

el año 250 el Papa Esteban prometió el perdón a los apóstatas de las persecuciones, si bien al principio la limitaba a la hora de la muerte. Aunque esto era la doctrina ortodoxa y tradicional de la Iglesia, significaba un corte radical en la práctica que se iba generalizando, de no conceder de hecho el perdón a tales pecados. Por esto la reacción de los rigoristas fué violenta. Contra Calixto se levantó en Roma el antipapa Hipólito y los montanistas o tertulianistas en África, los cuales con toda clase de armas trataron de impugnar esta excesiva suavidad. Contra Cornelio se alzó Novaciano, que llevó al extremo más exagerado la práctica del rigor contra los pecados graves.

En esta situación quedaron en adelante las cosas. Por una parte, los Romanos Pontífices mantuvieron el principio de que aun los pecados más graves podían ser perdonados después de la debida penitencia, lo cual no era una innovación, sino la práctica tradicional de la Iglesia. Mas por otra parte, se ratificaba el rigor vigente en muchas partes. Pero en esto conviene distinguir la tendencia *heterodoxa*, que afirmaba que tales pecados eran simplemente *impeccabiles*, y suponía que la Iglesia no tenía poder para perdonarlos; y la tendencia *ortodoxa*, pero rigorista, del tiempo. Ésta se concretaba en el principio defendido por S. Cipriano, de que a los apóstatas sólo se les debía conceder la reconciliación en la hora de la muerte. El Concilio de Elvira es el que concreta mejor este *rigorismo ortodoxo*, cuando dispone, en varios de sus cánones, que a los reos de ciertos pecados mayores no se les debe conceder la reconciliación pública ni siquiera en la hora de la muerte, si bien no se opone a que, con las debidas condiciones, se les conceda la absolución en el foro interior. Así también se practicó, según parece, en bastantes regiones en el siglo IV.

Sin embargo, poco a poco se fué introduciendo la práctica romana, que eliminaba el rigor exagerado. Los que habían cometido alguno de los pecados «capitales» quedaban sometidos durante un tiempo más o menos largo a la penitencia pública.

A este propósito es interesante una discusión, de carácter más bien dogmático, sobre si la Iglesia tiene obligación de absolver al pecador arrepentido, si éste cumple todas las condiciones requeridas. Aun concediendo a la Iglesia el poder de perdonar todos los pecados, algunos autores, como Funk, defienden que la Iglesia de hecho negó la absolución en algunos casos, aun en la hora de la muerte. Por tanto, si de hecho lo hizo, es señal de que no está obligada a usar de su poder, dando la absolución. En cambio, la mayor parte de los historiadores y dogmáticos católicos defienden que no se han dado tales casos. Lo más que se puede probar es que la Iglesia ha negado, aun en la hora de la muerte, la *reconciliación pública*, no la absolución simplemente. La Iglesia, al menos en la hora de la muerte, no puede negar la absolución al pecador bien dispuesto y que cumple todas las condiciones requeridas.

108. c) La práctica de la confesión y penitencia pública. Aunque en la práctica de la confesión y penitencia pública hubo bastante variedad, sin embargo, desde la segunda mitad del siglo III quedó ésta bastante normalizada. La dirección la llevaba el obispo, y así él era quien imponía la penitencia pública y, una vez terminada, recibía oficialmente a los penitentes en la comunión cristiana. En el Oriente se creó ya en el siglo III el cargo de *penitenciario*.

Ante todo debía hacerse la *confesión* (ἐξομολόγησις) de los pecados, que debía extenderse a todos los graves. Por una lista que da Tertuliano de los pecados que debían ser acusados, se ve claramente que no había limitación alguna (De pudic., 19). Por la importancia que tenía esta confesión o *exomológesis*, ambas palabras se tomaron muy frecuentemente como sinónimas de Sacramento de la Penitencia.

En este particular, el problema más importante es sobre la *confesión pública* y *confesión secreta*, en el cual podemos afirmar lo siguiente. La

confesión o manifestación de los pecados era, por regla general, *secreta*, y ciertamente era siempre secreta si se trataba de pecados secretos. Lo más que se puede admitir es que a veces, para mayor humillación, ya espontáneamente, ya por *consejo* del confesor, el penitente hacía confesión pública de pecados secretos. Por lo que se refiere a *pecados públicos*, la norma general era que la confesión fuera también secreta, y sólo en determinados casos pública.

En cambio, la *satisfacción* o *penitencia*, así como también la *absolución*, eran generalmente públicas. A pecados públicos respondía generalmente una *penitencia pública*. Terminada ésta, tenía lugar la absolución, que era también pública. Esta, en cambio, era secreta si la confesión había sido también secreta.

VI. Fiestas, cuestión sobre la Pascua, arte cristiano ¹⁷⁾

109. Es costumbre de todos los pueblos dedicar días especiales a la celebración de determinadas fiestas, sea en honra de sus dioses, sea en recuerdo de determinados acontecimientos. En esto los judíos no se dejaban vencer por ningún pueblo, y así tenían, desde luego, la fiesta semanal del sábado y celebraban, entre otras, las del *Passah* o recuerdo de la liberación de Israel, y *Pentecostés* o fiesta de la cosecha. No es, pues, de extrañar que también los cristianos organizaran bien pronto sus fiestas características, ni hay razón para ver siempre en ellas mera imitación o copia de los paganos.

a) Fiestas cristianas primitivas. Ya desde el tiempo apostólico dedicaron los cristianos el primer día de la semana de un modo especial al culto divino, por lo cual se denominó *dies dominica* (κυριακή ἡμέρα) o día del Señor. En él no eran permitidos los *negocios mundanos*, costumbre que Tertuliano designa como muy antigua. Por otra parte, se dedicaba de un modo especial a la oración y a diversos ejercicios del culto.

Como fiestas anuales, nos hallamos bien pronto con las de *Pascua* y de *Pentecostés*, ambas a imitación de los judíos. La Pascua (Πάσχα) era el *Passah* judío que tomaron los cristianos como conmemoración del hecho fundamental de la Redención, la muerte y resurrección de Cristo; y *Pentecostés* (Πεντηκόστη), como fiesta de la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles. Ambas fiestas son de origen apostólico, y durante algún tiempo fueron las únicas celebradas por los cristianos. La tercera que

se añadió fué la de la Epifanía (Ἐπιφάνεια) o manifestación del Señor a los gentiles, que en el Oriente aparece ya en el siglo II y poco a poco se introdujo también en Occidente. A ésta se juntaron sucesivamente, y con carácter local muy variado, las conmemoraciones del día de la muerte de los mártires, sobre todo junto a sus propios sepulcros, de los Apóstoles, S. Juan Bautista y algunos otros Santos particularmente venerados.

Por otro lado, se dedicaron algunos días especiales al ayuno y *penitencia*. Ya la *Didaché* conmemora el miércoles y el viernes como días especialmente dedicados por los cristianos al ayuno, que duraba hasta la *hora nona*, como las tres de la tarde. Denominábanse *dies stationis*, y se conmemoraba en ellos de un modo especial la pasión de Cristo. En Roma se añadió ya en el siglo III el sábado como día de ayuno. Fuera de este ayuno semanal, aparece ya desde el siglo II otro, que en su desarrollo posterior dió origen a la *cuaresma*. Era el *ayuno pascual*, que, según S. Ireneo, duraba dos días inmediatamente antes de la Pascua. La *Didascalia* prescribe incluso el ayuno de toda la semana que precede a la Pascua.

110. b) Cuestión de la Pascua ¹⁸⁾. La celebración de la Pascua se generalizó en todas las iglesias de Oriente y de Occidente; en cambio, hubo diversidad en la *designación del día de esta fiesta*. Así, en la mayor parte de las iglesias, sobre todo en Occidente, era celebrada siempre el *domingo siguiente al 14 de Nisán*, que era la luna 14 ó luna llena después del equinoccio de primavera. Según este sistema, el viernes anterior se celebraba la muerte de Cristo, y dos o más días eran dedicados al ayuno. En cambio, en el *Asia Menor* la Pascua se celebraba siempre el *mismo día 14 de Nisán*, de modo que este día se conmemoraba la muerte (Πάσχα σταυρώσιμον), y dos días después la resurrección del Señor (Πάσχα ἀναστάσιμον). A este último sistema se le denominó *quarto decimanismo*, y los que lo seguían pretendían seguir la costumbre apostólica.

El efecto fué una gran confusión, pues algunos años la diferencia de los dos sistemas era de varias semanas. Por esto, bien pronto se intentó dar alguna solución; mas, por desgracia, hubo roces y luchas deplorables. El primero que intentó un arreglo fué S. Policarpo de Esmirna con el Papa Aniceto (155-166); pero no obtuvo resultado alguno. Más tarde, el Papa Víctor I (189-199) tomó este asunto con energía y, para solucionarlo, ordenó que se celebraran sínodos en Roma, las Galias, Ponto y Palestina. Mas los orientales del Asia Menor, dirigidos por el obispo de Éfeso Polícrates, defendieron con tenacidad su tradición, por lo cual amenazó un cisma en la Iglesia; pero S. Ireneo logró del Papa Víctor que no fueran separados de la comunión de la Iglesia. Poco a poco una buena parte de los orientales fué abandonando su sistema; el sínodo de Arlés (314) en el can. 1 ordenó que la Pascua se celebrara en todas partes el mismo día según la costumbre occidental; y el Concilio de Nicea decidió definitivamente la cuestión en favor de esta misma práctica.

111. c) Lugares del culto y arte cristiano ¹⁹⁾. Los cristianos de Jerusalén acudían al templo para adorar al Señor; mas

¹⁷⁾ SCHÜRER, G., Die siebentägige Woche in Gebrauch der christl. K. der ersten Jahrh. En Z. Nt. Wiss. 1905, 1-16. DOWDEN, J., The Church Year and Calendar. Cambridge 1910. KELLNER, H., Heortologie oder das Kirchenjahr und die Heiligenfeste. 1911. DELEHAYE, H., Les origines du culte des Martyrs. 1912. HOLLARD, A., Les origines des fêtes chrét. P. 1936. DUMAINE, H., Art. Dimanche, en Dict. Arch. CABROL, F., Art. Fêtes, en Dict. Arch. VIVES, L., Festividades del año litúrgico. B. 1936. BONET LLACH, R. N., De Sanctificatione festorum in Ecclesia a primordiis ad saec VI, Ripoll 1945.

¹⁸⁾ FUNK, F. X., Die Entwicklung des Osterfastens. En Kg. Abhl., I, 241 s. BIHLMAYER, K., Zum Osterfeierstreit. En Kath. 1902, I, 314-327. KOCH, H., Pascha in der alten Kirche. En Z. wiss. Theol., 55 (1914), 289 s.

¹⁹⁾ Para la bibliografía, véase bibl. gen. Pueden verse también algunas obras sobre Historia del Arte: KRAUS, F. X., Gesch. der christl. Kunst. 1895-1897. KUHN, A., Allgemeine Kunstgesch. 6. t. Einsiedeln 1909. WIL-

para sus funciones litúrgicas propias, sobre todo para la liturgia eucarística y el ágape fraternal, se sirvieron de *locales* o *casas privadas* hasta fines del siglo II. Desde principios del siglo III comienzan a aparecer, sobre todo en Oriente, *casas especiales dedicadas al culto*, es decir, verdaderas *capillas* o *iglesias*, que durante este siglo se van haciendo cada vez más numerosas en los largos períodos de paz. Así sabemos que durante la persecución de Diocleciano fueron destruídas muchas de ellas y el Concilio de Elvira supone su existencia en España a principios del siglo IV. Sobre el desarrollo ulterior de las iglesias cristianas se hablará en el período siguiente.

A este propósito, son dignas de mención las *catacumbas*, que sirvieron principalmente como cementerios cristianos, pero al mismo tiempo se utilizaron como lugares de culto. Su origen se remonta al siglo I, en que algunas familias nobles, como los Flavios y los Acilios, concedieron algunas propiedades para construir en ellas cementerios cristianos que, según la costumbre romana, estaban bajo tierra, y se fueron extendiendo con el tiempo formando complejos de galerías, lugares de reunión y capillas.

A este género pertenecen las catacumbas de *Domitila*, *Priscila* y *Callixto*. Al lado de la tumba de determinados mártires se construían lugares más espaciosos, que se utilizaban para celebrar su aniversario y otra clase de reuniones o funciones litúrgicas. En tiempo de las persecuciones sirvieron con frecuencia las catacumbas como sitio de refugio de los cristianos, si bien no era éste su objeto primario.

Por ser las catacumbas casi los únicos monumentos que se han conservado, al menos en parte, de los primeros siglos cristianos, en ellas es donde encontramos los primeros ejemplos del *arte cristiano*. Estos ejemplos se refieren casi exclusivamente a ciertas *pinturas primitivas*, pues las imágenes plásticas y los primeros elementos de arquitectura cristiana que conocemos son de origen posterior. Entre las pinturas de las catacumbas se advierte en seguida que las más antiguas presentan un carácter marcadamente clásico, pero éstas se reducen casi siempre a ciertos elementos o figuras de ornamentación. Entre las *figuras cristianas* más antiguas predominan las simbólicas de muy diversa índole. Así, se hallan representaciones del áncora, el pez, la palma, el cordero, la paloma, la nave, el pavo real y otras.

Fuera de las figuras simbólicas, hallamos abundantes representaciones de algunos *hechos más típicos del Antiguo y del Nuevo Testamento*, como Noé en el Arca, Moisés haciendo brotar agua de la roca, los tres jóvenes en el horno; de *Cristo*, en muy diversas formas, sobre todo la del buen Pastor; de la *Santísima Virgen*, generalmente llevando al Niño en los brazos; del príncipe de los Apóstoles, ya solo, ya con S. Pablo, y de diferentes ilustres mártires. Abundan igualmente las figuras de los orantes, que representan a los cristianos o a los difuntos en oración. El mérito artístico de estas decoraciones disminuye a medida que nos alejamos del siglo I, y es muy escaso en los siglos IV y siguientes.

PERT, Die Malereien der Katak. Róms. 1903. SYBEL, Christliche Antike. Einführung in die altchristl. Kunst. 1906. DIMIER, L., L'Eglise et l'art. P. 1935. En La Vie chrét. PRIJÓN, Summa Artis. Historia general del Arte. 2 vol. B. 1948.

VII. Vida moral y social cristiana ²⁰⁾

112. El resultado final de toda la organización de la Iglesia católica era el mejoramiento de la vida moral y social de los cristianos. No obstante las calumnias que contra ellos se esparcieron, en realidad se hubo de reconocer que este mejoramiento de la vida moral y social era una característica del Cristianismo.

a) Los cristianos y sus deberes civiles. La vida exterior de los cristianos apenas se diferenciaba en nada de la de sus conciudadanos gentiles. Lo que los distinguía era el espíritu interior que los movía, las virtudes íntimas que practicaban. Todo esto lo expresa muy bien la Epístola a Diognetes: «In carne sunt, sed non secundum carnem vivunt. In terra degunt, sed in caelo civitatem suam habent. Obsequuntur legibus constitutis et suo vitae genere superant leges...» (n. 5). Lo mismo expresa con su acostumbrada elocuencia Tertuliano, en el «Apologeticum» (c. 42).

Conforme a este principio, los primeros cristianos cumplían fielmente todos los *deberes civiles* que no estuvieran en abierta contradicción con la fe cristiana. Mas por lo mismo, se explica que se negaran, o al menos pusieran dificultad, al ejercicio de ciertas profesiones. Desde luego evitaban toda negociación y actividad que estuviera relacionada con la idolatría, como los oficios de imagineros y orfebres, por el peligro de verse obligados a elaborar imágenes de dioses u otros objetos idolátricos. Igualmente se prohibían las ocupaciones que no parecían decir bien con la seriedad de la moral cristiana, como las de los gladiadores, comediantes y otras parecidas. Fuera de esto huían asimismo los empleos oficiales del Estado, pues se suponía que los empleados oficiales, por hacerse solidarios de todo lo que formaba la esencia del Estado, aceptaban también implícitamente los falsos dioses, y en todo caso se hallaban siempre en peligro de apostatar. Esto tuvo especial aplicación a la milicia, por lo cual autores tan ilustres como Tertuliano y Orígenes defendían que los cristianos no podían dedicarse a la milicia. Sin embargo, bien pronto desapareció este rigorismo, y se ve a los cristianos ocupados en los empleos del Estado y en puestos militares de distinción.

Son interesantes las noticias que nos da Clemente de Alejandría en su Pedagogo (II, 8, 12, etc.) sobre la repugnancia de los cristianos a los afeites de ojos, mejillas, pelo y barba y otros parecidos, a que tan aficio-

²⁰⁾ MAYER, J., Die christliche Ascese. 1894. BIGELMAYR, Die Beteiligung der Christen am öffentl. Leben in vorkonstantin. Zeit. En Veröff. hist. Sem. in München, 8. 1902. WALDMANN, Die Feindesliebe in der antiken Welt und im Christentum. En Theol. St. Leo-Ges., I. Viena 1902. DOBSCHÜTZ, E. v., Die urchristl. Gemeinden. Sittengeschichtliche Bilder. 1902. MARTÍNEZ, F., L'Ascétisme chrétien pendant les trois premiers siècles de l'Eglise. P. 1913. VJGOUREL, M., Liturgie et spiritualité. Origines apostoliques. P. 1927. BAUDRILLART, A., Moeurs païens, moeurs chrét. La famille dans l'antiquité et aux premiers siècles du Christ. P. 1929. ALLARD, P., Les esclaves chrét. 3.^a ed. P. 1900. VOGT, Ed., Soziales Leben in der ersten Kirche. 1911. LIESE, W., Geschichte der Caritas. 2 vol. 1922. VIZMANOS, FR. DE B., Las Vírgenes cristianas de la Iglesia primitiva. En B. A. C., 45. M. 1949. CUNILL PUIG, R., El apostolado de los seglares en los primeros tiempos de la Iglesia. B. 1946.

nado era el mundo romano. Sin embargo, no reprobaban el honesto esparcimiento y lo que hoy día llamaríamos un *deporte serio y moderado*. Por esto, el mismo Clemente de Alejandría recomendaba los ejercicios de gimnasia, caza, pesca, etc. En cambio, rechazaban decididamente la asistencia al anfiteatro y a otras diversiones semejantes.

113. b) Vida íntima y ascética cristiana. La vida de familia era un reflejo de la elevada idea que tenían los cristianos del matrimonio y de los deberes mutuos entre los padres y los hijos. La unión de los esposos quedaba santificada por el sacramento del matrimonio, celebrado en la iglesia, y por la fidelidad mutua que el sacramento les imponía. Por esto no se permitían matrimonios mixtos con gentiles y se abominaba el abuso, tan arraigado entre los romanos, de arrojar a la calle, matar o desprenderse de los hijos.

No obstante el aprecio grande que se hacía del matrimonio y de la vida de familia, estaba en mayor estima el estado de *virginidad*. En efecto, no por el egoísmo, con que muchos romanos evitaban el matrimonio por librarse de las cargas que éste impone y gozar de mayor libertad para los vicios, sino con el objeto de servir únicamente a Cristo, muchos cristianos, sobre todo clérigos y doncellas, ofrecían al Señor su virginidad y renunciaban perpetuamente al matrimonio. Los apologetas traen este hecho como muestra del alto grado de la moralidad cristiana. Ya desde el siglo III se habla expresamente del *voto* de virginidad. A esta continencia se la llamaba comúnmente *Ascesis*. Como formas fundamentales de la misma, presenta Orígenes, además de la renuncia al matrimonio, la renuncia a las propias posesiones y la abstención de carne y vino junto con otras clases de ayunos. Véanse, a este propósito, las hermosas páginas de la obra recién publicada por FR. DE B. VIZMANOS, S. J., «Las Vírgenes cristianas de la Iglesia primitiva».

114. c) Obras de caridad. Defectos principales. Respecto de los demás, se entregaban los cristianos con gran celo a las *obras de caridad*. Precisamente éste era uno de los rasgos que más llamaban la atención de los infieles entre los cristianos y que fué el principio de muchas conversiones. Tertuliano lo pondera muy bien en su Apologetico, cuando, después de otras expresiones, concluye con la conocida frase, puesta en boca de los gentiles: «Vide ut invicem se diligant... et ut pro alterutro mori sint parati» (Apol., 39). Por esto se organizaron los servicios de los pobres, de los enfermos y de los obreros más necesitados, que trabajaban en las minas. A esto principalmente atendían los cargos eclesiásticos establecidos para ello: los diáconos y diaconisas.

Por la misma razón el Cristianismo trabajó desde un principio por los *esclavos*, a quienes procuró convertir y por cuyo bien se desvivió. No hay duda de que con esta conducta el Cristianismo fué el que más contribuyó a eliminar poco a poco la ignominia de la esclavitud. El esclavo cristiano era considerado en la Iglesia como un hermano.

Al lado de todos estos puntos luminosos de la vida social y moral de los primeros cristianos, no hay que ocultar que existen *algunas sombras*, que nunca pueden faltar en las instituciones humanas. Ya S. Pablo tuvo que emplear en diversas ocasiones su energía para corregir diversos abusos. Con el crecer del Cristianismo, aumentaron igualmente, junto con las virtudes, los vicios o imperfecciones. De ello dan testimonio el Pastor de Hermas y la conducta del Papa Calixto en relación con ciertas faltas. Pero cuando más se advierte la decadencia es en ocasión de los largos períodos de paz que transcurrieron entre algunas persecuciones. S. Cipriano ates-

tigua que algunos obispos se convirtieron en administradores de grandes propiedades y se dedicaron al comercio. El Concilio de Elvira tuvo que corregir una serie de excesos y defectos gravísimos. El resultado fué un gran número de apóstatas en las grandes persecuciones de Decio y Diocleciano. Sin embargo, esto mismo sirvió para purificar de nuevo el cuerpo del Cristianismo, y en todo caso, al lado de esas deficiencias deplorables, la Iglesia no dejó nunca de manifestar aquella plenitud de virtudes y de heroísmo, que tanto atractivo le comunicaban.

como 33.

PERÍODO II (313-681)

La Iglesia unida con el Estado
en su ulterior desarrollo ¹⁾

115. Este período se caracteriza como triunfo y crecimiento rápido del Cristianismo, así como también de unión con el Estado en su ulterior desarrollo. Mas no por eso se vió libre de grandes luchas y de crisis peligrosas. Dos fueron las fuentes principales de estas dificultades que la Iglesia tuvo que superar. Por una parte, la intensificación de las herejías, y por otra, la invasión de los pueblos germanos. Sin embargo, frente a todas estas dificultades, la Iglesia salió victoriosa, dando al mismo tiempo la prueba más evidente de su vitalidad en los grandes Concilios que fijaron los dogmas fundamentales, en la floración de los Santos Padres, en el resurgir de la vida cristiana con el monacato, la intensificación de la vida interior y, finalmente, en la conversión de los pueblos invasores. Al fin la Iglesia queda plenamente constituida en su jerarquía, culto y vida pública.

CAPÍTULO I

Actividad exterior de la Iglesia dependiente
del Estado

El edicto de Milán del año 313 señala uno de los pasos más decisivos en la Historia de la Iglesia. Mas, como ya notó Lactancio, lo que más llama la atención en este hecho trascendental

es el sello característico de la divina Providencia, pues vemos rápidamente sucederse un emperador de grandes cualidades, Diocleciano, que ve en el Cristianismo el mayor enemigo del Estado, por lo cual se propone destruirlo, y otro emperador, igualmente gran gobernante, Constantino, que reconoce que precisamente el Cristianismo es el que más le puede ayudar en su empresa de rejuvenecer el Imperio, y por eso se decide a favorecerlo. En realidad, pues, vemos que a partir de este punto, el Cristianismo obtiene absoluta libertad, y poco a poco va logrando el favor positivo hasta convertirse en la Religión del Estado.

I. Constantino el Grande,
libertador y protector de la Iglesia ²⁾

Constantino fué el que dió principio a este cambio fundamental del Cristianismo. Es, pues, de gran interés examinar brevemente cómo se realizó.

116. a) Evolución de Constantino. Desde luego no hay que suponer que esta actuación de Constantino fué el producto de una inspiración repentina. Varias fueron las causas que lo prepararon a dar este paso decisivo.

1. La primera fué su educación. En efecto, aunque educado en la religión pagana, tuvo por modelo a su padre Constancio Cloro, de quien sabemos que tuvo buenos sentimientos para con los cristianos. Por otra parte, consta por multitud de monedas y otros documentos que adoraba al *sol invictus*, lo cual es claro indicio de que observaba una fuerte tendencia sincretística monoteísta.

2. A esto se debe añadir la razón política; pues aquella buena disposición inicial para con los cristianos hizo, sin duda, desaparecer los prejuicios que generalmente se tenían contra ellos y aun lo llevó al convencimiento de la fuerza joven y robustez del Cristianismo, que podía ser un elemento precioso para la reconstrucción del decaído Imperio.

¹⁾ DUCHESNE, Histoire ancienne de l'Eglise, II y III. P. 1907-1910. Id., L'Eglise au 6.^e siècle. P. 1925. BOISSIER, G., La fin du paganisme. 2 vol. 6.^a ed. P. 1909. SCHUBERT, H. von, Geschichte der christlichen Kirche im Frühmittelalter. 1921. SCHNÜRER, G., Kirche und Kultur im Mittelalter. I, 2.^a ed. 1927. BATIFFOL, P., La Paix Constantinienne et le Catholicisme. 4.^a ed. P. 1929. FLICHE, A., La Chrétienté médiévale (395-1245). P. 1929. En Hist. du Monde, por M. H. Cavaignac, 7, 2. PALANQUE, BARDY, LABRIOLLE, De la paix Constantinienne à la mort de Théodose. P. 1936. En Hist. de l'Eglise, por Fliche-Martin, 3. LABRIOLLE, etc., De la mort de Théod. à l'élection de Grég. le Gr. P. 1937. Id., 4. VOIGT, K., Staat u. Kirche von Konstantin dem Grossen bis zum Ende der Karolingerzeit. 1936. GIBBON, E., The decline and fall of the Roman empire. 2 vol. L. 1936. PIGANOL, A., L'Empire chrétien, 325-395, en Hist. Gén.-Hist. Romaine, vol. IV, 2. P. 1947.

²⁾ EUSEBIO, Vita Constantini, ed. Heikel, en Gr. chr. Schr. 1902. KONSTANTIN DER GROSSE, und seine Zeit. Sup. 19 de Röm. Qschr. 1913. DÖLGER, F. J., Konst. d. Grosse nach neueren Forschungen. En Th. Rev. 1914, 353 s., 385 s. KOCH, H., Konstantin der Gr. und das Christ. 1913. SCHRORS, H., Die Bekehrung Konstantins des Gr. in der Überlieferung. En Z. kath. Th., 40 (1916), 238 s. BATIFFOL, P., Edicte de Milan. En Bull. Lit. anc. med. 1913, 241 s. Id., Le catholicisme de Saint Augustin. 3.^a ed. 2 vol. P. 1924. Id., Le siège Apostolique. 2.^a ed. P. 1924. BAYNES, N. H., Constantine the Great and the christian Church. L. 1929. LECLERCQ, H., Art. Constantin, en Dict. Arch. DANIELLE, I., I documenti Costantiniani della «Vita Constantini» di Eusebio di Cesarea. R. 1938. En Anal. Greg., 13. CORREA D'OLIVEIRA, E., L'imperatore Cost. «In hoc signis». Milán 1942. GAUDINET, J., La legislation relig. de Constantin, en Rev. Hist. Egl. Fr., 33 (1947), 25 s. ELBÉE, J. DE, Constantin le Grand. P. 1947. BURCKHARDT, J., Die Zeit Konstantins des Grossen. Olten y Berna 1949.

3. Como tercera causa influyó indudablemente el desarrollo mismo de los acontecimientos, al que debe juntarse alguna intervención de la Providencia.

Efectivamente, la lucha en el Occidente se había reducido al duelo entre Majencio y Constantino. Atravesando, pues, a marchas forzadas el norte de Italia, se presentó Constantino delante de Roma, donde se encontraba su rival, y lo forzó a dar batalla junto al puente Milvio el 28 de octubre de 312. El resultado fué que, derrotado Majencio, pereció ahogado en las aguas del Tíber.

La víspera de la batalla, según cuentan algunos historiadores, tuvo la *visión del lábaro de la cruz*, y durante la noche otra visión, en que se le prometía la victoria si grababa en su estandarte el nombre de Cristo (*ϠΟΥΡΩ ΝΙΚΑ*), y añaden que, en efecto, así se hizo rápidamente, por lo cual el Emperador atribuyó la victoria a una intervención milagrosa del Dios de los cristianos. ¿Qué hay que decir sobre estos hechos? Lactancio, preceptor de Crispo, hijo de Constantino, refiere que el Emperador tuvo una visión por la noche, en que se le ordenó grabara la señal de la cruz sobre los escudos de los soldados, lo cual cumplió Constantino haciendo grabar el anagrama $\chi\psi$. Eusebio, en su vida de Constantino, presenta las circunstancias de la visión antes indicadas, y afirma que se lo refirió el mismo Emperador bajo juramento. Por consiguiente, aun dejando abierta la posibilidad de una explicación natural, creemos muy razonable el admitir alguna intervención sobrenatural, si bien concedemos que Eusebio, en la Vida de Constantino, pudo añadir alguna circunstancia más o menos legendaria. De hecho, en la Historia eclesiástica, escrita a raíz de los hechos, es más sobrio en su exposición. En efecto, Constantino, ya de suyo muy religioso, en vísperas de la batalla decisiva sintió avivarse la estima de los cristianos. En estas circunstancias se puede admitir que tuviera alguna ilustración sobrenatural en forma de sueño, que lo movió a dar alguna señal pública de favor al catolicismo. De hecho lo hizo, haciendo grabar en sus estandartes el anagrama de Cristo. Sin embargo, no debe entenderse esto como si hubiera obrado ya en él una verdadera conversión. Aunque Constantino manifestó un favor decidido al Cristianismo, su conversión se fué realizando lentamente.

A este propósito, conviene notar que es falsa la leyenda según la cual Constantino fué entonces bautizado por el Papa Silvestre, después de ser curado de la lepra. Esta leyenda debió formarse ya en el siglo V.

117. b) Efectos del cambio de política. El primer acto solemne en que manifestaba Constantino su nueva política religiosa fué el edicto de Milán, que dió, probablemente por febrero de 313, junto con Licinio. En él se concedía: «*liberam potestatem sequendi religionem quam quisque voluisset*», que significaba la libertad absoluta en su ejercicio y la equiparación con la religión del Estado.

La primera consecuencia de esta declaración fué la devolución de los edificios y otros bienes secuestrados a los cristianos, como las iglesias y cementerios; y además, la indemnización de los bienes que habían sido destruidos. La igualdad del Cristianismo con las demás religiones la realizó Constantino por medio de una serie de disposiciones. El culto pagano,

como religión oficial, no lo tocó; el mismo continuó pagano y conservó el título de Pontifex Maximus; en las monedas continuaron imprimiéndose los signos de las divinidades. Mas por otra parte, ya no dejó celebrar sacrificios solemnes; desde el año 313 aparece en algunas monedas el anagrama de Cristo y asimismo aparece como consejero Osio, obispo de Córdoba.

Su favor positivo se manifestó de un modo particular en la munificencia con que hizo construir iglesias cristianas. Así, entregó el palacio de Letrán, junto al cual se levantó la *basílica de Letrán*; hizo construir las basílicas de *San Pedro*, *San Pablo extramuros*, *Santa Inés*, *San Lorenzo*.

Esta misma disposición de ánimo se confirmó con el desarrollo ulterior de la situación política. Licinio no fué fiel a su pacto con Constantino respecto de los cristianos. Ya desde el año 314 inició en Oriente una verdadera persecución contra ellos, que fué en aumento con los años. Hacia el año 322 casi todas las provincias orientales ardían en una de las persecuciones más sangrientas contra el Cristianismo. Por esta y otras razones, Constantino se vió obligado a tomar las armas contra Licinio, a quien derrotó en Andrianópolis (3 julio 323) y en Crisópolis (18 sept.). De esta manera quedaba Constantino dueño único de todo el Imperio.

118. c) Medidas tomadas contra el paganismo. La victoria definitiva sobre Licinio marca un nuevo estadio en la política religiosa de favor positivo del Cristianismo. Desde entonces puso Constantino a los cristianos en los puestos de más influencia, hizo desaparecer de las monedas imperiales todos los símbolos paganos y educar cristianamente a su hijo Crispo, a quien dió como preceptor al cristiano Lactancio.

El nuevo espíritu cristiano del Emperador aparece notablemente en dos grandes empresas, llevadas a cabo en este período: las excavaciones, seguidas de *grandes construcciones cristianas en Palestina*, y la fundación de la *nueva capital Constantinopla*.

En la Aelia Capitolina, que volvió a llamarse Jerusalén, los templos paganos fueron sustituidos por otros tantos cristianos. Su obispo Macario, con todo el apoyo de Constantino y la ayuda inmediata de su madre Sta. Elena, hizo demoler el templo de Venus construido sobre el monte Calvario y el sepulcro del Salvador, y organizó excavaciones para buscar la Santa Cruz, que al fin logró descubrir. Sobre este mismo lugar se levantó en seguida la *basílica llamada Anástasis o Resurrección*. No contenta con esto la emperatriz Elena, hizo construir otra *basílica en Belén* sobre el lugar del nacimiento de Cristo, y una tercera en el *monte Olivete*.

Pero la fundación en que más aparece la magnificencia de Constantino y su espíritu ya enteramente cristiano, es la de la nueva capital, Constantinopla. El senado romano, fiel custodio de las tradiciones paganas, había creado en Roma un ambiente poco favorable a Constantino por sus tendencias antipaganas. Así, pues, decidió establecer una nueva capital enteramente cristiana, en la antigua *Bizancio*. En noviembre del año 326 se puso la primera piedra de la nueva ciudad, que se llamó *Constantinopla*. En lo que más demostró el Emperador

su munificencia fué en los edificios religiosos. La iglesia ya existente de *Santa Inés* fué embellecida y agrandada, mas como resultara insuficiente, se construyó otra dedicada a la divina sabiduría, la célebre basílica de *Santa Sofía*. Más tarde el emperador Justiniano la hizo reconstruir dándole su forma definitiva. Todavía hizo levantar Constantino otras iglesias, entre las cuales es célebre la de los doce Apóstoles, donde quiso ser enterrado. El 11 de mayo de 380 tuvo lugar la inauguración solemne de la nueva capital. Desde entonces Constantino fijó en ella su residencia y dividió el Imperio en cuatro prefecturas: *Oriente, Ilírico, Italia y las Galias*.

× 119. d) **Muerte de Constantino. Juicio sobre él.** A fines del año 335 dividió Constantino la administración del vasto Imperio entre sus tres hijos: Constantino II, Constante y Constancio, dando asimismo alguna parte a sus sobrinos Dalmacio y Hannibalino. La Pascua del año 337 la celebró en Constantinopla; pero sintiéndose mal poco después, se retiró a la villa de Ancyron, sita en la diócesis de Nicomedia. Aquí empeoró rápidamente, recibió el bautismo del obispo diocesano Eusebio y murió el 22 de mayo del mismo año 337.

El juicio que debemos formular en conjunto sobre este Emperador es muy favorable. Es cierto que tuvo algunas *sombras o rasgos poco nobles*. En primer lugar, aunque ya desde hacía mucho tiempo era cristiano de corazón, no tuvo el valor suficiente para bautizarse y abrazarse con las obligaciones de un buen cristiano. Por otra parte, cometió a las veces actos de bárbara crueldad. Así, hizo asesinar a su propio hijo Crispo y a su esposa Fausta.

Esto no obstante, no hay duda de que políticamente fué un gran hombre de Estado, y respecto del Cristianismo, los servicios que prestó a la Iglesia fueron verdaderamente extraordinarios. Él le dió la verdadera libertad y la fomentó con su inmenso poder hasta elevarla en poco tiempo a su máximo esplendor. Por esto merece, sin duda, el apelativo, que ya entonces se le dió, de *El Grande*.

II. Los hijos de Constantino el Grande ³⁾

120. Después de Constantino, el período que sigue se caracteriza por la lucha cada vez más decidida contra el paganismo, en la cual, si se prescinde del corto reinado de Juliano el Apóstata, los cristianos gozaron siempre del apoyo imperial. Con el favor recibido de Constantino el Grande, el Cristianismo fué adquiriendo rápidamente gran prestigio.

a) **Los tres hijos de Constantino.** Ninguno de los tres hijos de Constantino pudo asistir a la muerte de su padre; mas, conforme a su voluntad, Constantino II tomó las Galias; Constante, Italia y el Ilírico, y Constancio el Oriente. Sin embargo, bien pronto se dió principio a las tragedias de familia, con el asesinato de Julio Constancio, hermano de Constantino el Grande, y sus dos hijos Dalmacio y Hannibalino. Solamente se dejó con vida a otros dos hijos de Julio Constancio, Gallo y Juliano, ambos muy jóvenes todavía.

³⁾ Véase la bibl. de la nota precedente y además: KNELLER, *Papst und Konzil im ersten Jahrtausend*, en *Z. Kath. Th.*, 1908, 58 s.

La tragedia siguió su curso. El año 340, Constantino II perdió en Aquilea trono y vida en lucha fratricida contra Constante. Con esto quedó éste dueño de todo el Occidente, mientras Constancio reinaba en Oriente.

Desde 340 a 350 reinó relativa paz entre los dos hermanos, que fué aprovechada para la cristianización del Imperio. Así, ya el año 341 dieron ambos, de común acuerdo, un decreto en que se prohibían los sacrificios gentiles. Más aún, en 346 se ordenaba con otro decreto, común a los dos Imperios, el cierre de los templos paganos y se amenazaba con pena de muerte a los transgresores de la ley contra los sacrificios. Era, sin duda, un proceder algo precipitado, pues, dado el poder inmenso que aún poseían los paganos, se exasperaba más su odio contra el Cristianismo.

121. b) **Constancio, único Emperador.** El año 350 tuvo lugar un cambio inesperado. Asesinado Constante por el usurpador Magnencio, tuvo éste que luchar contra Constancio; mas derrotado por él, se suicidó poco después. De esta manera, desde 351 a 361 quedó Constancio único señor de todo el Imperio.

Desde entonces se propuso ser dueño absoluto no sólo en lo civil, sino también en lo eclesiástico. Por esto renovó con nuevo rigor la batalla contra el paganismo, de que son indicio multitud de disposiciones. Así, en 353 renovó la prohibición de los sacrificios y el cierre de los templos; el año 357 decretaba la pena de muerte contra la hechicería. Esto no obstante, quedaron muchos templos gentiles abiertos, sobre todo en las pequeñas poblaciones. Mas por otra parte, mientras urgía Constancio el cierre de los templos paganos, continuaba ocupando las vacantes de los sacerdotes gentiles y permitía siguieran en manos de los filósofos paganos las escuelas más célebres del Imperio.

En medio de esta actividad religiosa, Constancio tuvo poca suerte en sus empresas militares contra los persas y otros levantamientos de los pueblos limítrofes. Como, por otra parte, no tenía descendencia, le entró verdadero pánico contra los únicos parientes, Gallo y Juliano, que se libraron de la matanza general realizada al principio de su reinado; por lo cual los hizo vigilar constantemente. Más aún, el año 354 hizo asesinar a Gallo por temor de una traición, y el 355 envió a Juliano a las Galias con el título de César. Pero el año 360, habiendo sido éste proclamado emperador en Occidente, Constancio se dispuso a darle batalla, hízose bautizar y emprendió la marcha contra Juliano; pero perdió la vida en el camino, cerca de Capadocia.

III. Juliano el Apóstata y la última batalla entre el paganismo y el Cristianismo ⁴⁾

122. Con la muerte inesperada de Constancio, quedaba Juliano, sin batalla alguna, dueño de todo el Imperio. Con esto

⁴⁾ NEGRI, *L'imperatore Giuliano l'Apostata*. Milán 1901. ALLARD, *Julien l'Apostat*. 2.^a ed. 3 vol. P. 1903. BARBAGALLO, C., *Giuliano l'Apostata*. Génova 1912. ROSTAGNI, A., *Giuliano l'Apostata*. Turín 1920. RIDLEY, F. A., *Julian the Apostate and the rise of christianity*. L. 1937. BORRIES, E. VON, *Artic. Julian*, en *Pauly-Wis.* BIDEZ, J., *L'évolution de la politique de l'empereur Julien en matière relig.*, en *Bull. de l'Ac. Roy. de Belgique*, class. des Lettr., 1914, 406 s. Id., *La vie de l'empereur J. P.* 1930.

cambió por completo la situación del Cristianismo. De religión favorecida, pasó a ser odiada y perseguida a muerte por el poder imperial.

a) Evolución de Juliano y primeras medidas en favor del paganismo. Juliano estaba decidido a favorecer el paganismo, arruinando el Cristianismo. En esta decisión influyó, sobre todo, su carácter y la evolución misma de su vida. En su odio creciente contra el Cristianismo influyeron los estudios que hizo en Nicomedia, Efeso, Atenas y Antioquía, donde oyó los discursos de Libanio y las lecciones de Máximo de Efeso, ambos entusiastas neoplatónicos. De este modo se fué entusiasmando con la cultura pagana y se formó una especie de ideal neoplatónico y religión sincretística, opuesta por completo a la educación cristiana, que se le había querido dar. Elevado luego a la dignidad imperial, pudo realizar su ideal de hacer la guerra al Cristianismo.

Por esto, inmediatamente arrojó la máscara del catolicismo, que había practicado hasta entonces, y por medio del rito pagano del *taurobolium* o aspersión con sangre de toro, trató de borrar el carácter del bautismo cristiano, que había recibido. Luego hizo abrir de nuevo todos los templos paganos que aún quedaban en pie, reconstruir los destruidos y restablecer los sacrificios. Su plan era comunicar de nuevo al culto pagano su antiguo esplendor. Por otra parte, echó mano de ciertos elementos típicamente cristianos, como el canto de himnos a los dioses y la instrucción religiosa. Sobre todo quiso dar al paganismo lo que más atractivo ejercía en el Cristianismo: las instituciones de caridad, hospicios, albergues de ancianos y otros semejantes. Quería que los paganos no fueran en nada inferiores a los cristianos.

123. b) Guerra positiva contra el Cristianismo. La primera medida positiva contra el Cristianismo fué conceder amplia libertad a todas las sectas cristianas. Así pudieron volver del destierro, no solamente los herejes y otra clase de culpables, sino también todos los obispos ortodoxos desterrados por Constancio, entre los cuales se hallaba S. Atanasio. El fin que Juliano pretendía era fomentar de esta manera las divisiones intestinas de la Iglesia. Además quitó inmediatamente a los cristianos todos los privilegios que les habían sido otorgados, sobre todo los concedidos al clero y a los obispos, como el «*privilegium fori*» e inmunidad de los oficios públicos. Más aún. A los cristianos que tenían algún empleo público los obligaba a renegar de su fe o a abandonar sus puestos. Hizo sacar de los escudos y monedas y de todos los documentos públicos los emblemas de Cristo y demás símbolos cristianos. A todas estas medidas puso el colmo la *prohibición hecha a los cristianos de emplear en sus escuelas los clásicos gentiles*.

Juliano pretendía que los cristianos se quedaran sin sólida instrucción literaria, o se vieran obligados a ir a maestros paganos. Los galileos, solía decir, tienen bastante con sus evangelios. Con esta ocasión, algunos hombres eminentes, como Apolinar el Viejo y S. Gre-

gorio Nacianceno, se dedicaron a escribir diversas obras que pudieran suplir a los autores clásicos.

Además, él mismo personalmente compuso diversos escritos contra los cristianos. Tales fueron: tres libros contra los «Galileos», que conocemos por la refutación de S. Cirilo; la obra titulada «Caesares», verdadero libelo lleno de injurias contra Constantino el Grande, y multitud de discursos y cartas anticristianas.

Por otra parte, no ponía coto alguno a los excesos que se cometían contra los cristianos; más aún, si alguna vez éstos se defendían, eran castigados con rigor. Por esto ocurrieron en este tiempo algunos martirios ilustres, como los Stos. Juan y Pablo en Roma, el presbítero Basileo en Ancira, en Frigia los tres cristianos Macedonio, Teódulo y Taciano, y algunos otros.

124. c) Resultado obtenido. Sin embargo, no obtuvo el Emperador el resultado apetecido. Es verdad que comenzaron a florecer de nuevo las instituciones paganas, y si el reinado de Juliano hubiera sido largo, habría causado grave detrimento al Cristianismo. Pero, en realidad, esta persecución más bien sirvió para fortalecerlo.

Muchas disposiciones dictadas por el odio a los cristianos fracasaron por completo. Así, por ejemplo, por odio a los cristianos favoreció decididamente a los judíos y quiso a todo trance reconstruir la ciudad de Jerusalén para poner en ridículo la profecía de Cristo. Mas, según refiere una antigua tradición, cuando las obras estaban ya bastante adelantadas, un terremoto lo echó todo abajo y unas llamas misteriosas impidieron todo nuevo conato de reconstrucción. Además, el heroísmo cristiano exasperaba cada vez más al Emperador. Así sucedió en el caso de Antioquía. Juliano quería restaurar el antiguo culto de Apolo de Dafnes, para lo cual hizo sacar las reliquias de S. Bábilas, muy veneradas en la ciudad. Pero tuvo que ver con sus propios ojos el gentío inmenso que acudió al traslado, cantando por delante del palacio imperial las palabras del salmo 96: «*confundantur omnes qui adorant sculptilia et qui gloriantur in simulacris suis*», y las del salmo 113: «*simulacra gentium argentum et aurum...*». A este propósito refiere una tradición, que Juliano, lívido de ira, hizo azotar bárbaramente a la matrona Publía con otras vírgenes que entonaban dichos cantos.

Todo esto fué exacerbando cada vez más el ánimo de Juliano el Apóstata, quien se volvió cada día más irascible. Esto se vió claramente en los preparativos de la guerra contra los persas el año 363. Creyéndose otro Alejandro, rechazó diversas proposiciones de paz; mas bien pronto fué derrotado por completo y murió en la batalla, contando poco más de treinta años. Según una leyenda, al sentirse herido de una saeta, cayó exclamando: «Venciste, Galileo».

IV. El Imperio después de Juliano el Apóstata ⁵⁾

125. El reinado y la persecución de Juliano fueron una tempestad fugaz. Al restablecerse en seguida el estado de cosas anterior a Juliano, se vió que el Cristianismo más bien había quedado robustecido.

⁵⁾ RICHTER, H., Das westrom. Reich, besonders unter Gratian, Valentinian II und Maximus. 1865. BURY, J. B., History of the later Roman empire (395-565). 2 vol. L. 1923. BOISSIER, G., La fin du pagan. 2 vol. P. 1891.

a) **De Joviano a Valentiniano II.** *Joviano* (363-364). Proclamado Joviano por el ejército a la muerte de Juliano, una de sus primeras solicitudes fué aconsejarse con S. Atanasio. Con su consejo se restableció en seguida el estado de cosas del tiempo de Constantino. El entusiasmo de los cristianos fué grande. El Emperador terminó felizmente la guerra contra los persas, pero muy pronto murió.

Valentiniano I (364-375), de convicciones cristianas, fué proclamado inmediatamente. Había sido desterrado por la fe en tiempo de Juliano. Ahora siguió el plan trazado por Joviano y S. Atanasio. Por desgracia, se asoció al trono a su hermano Valente, el cual en el territorio oriental de su mando favoreció de nuevo el arrianismo. Valentiniano I, por su parte, aunque abiertamente católico, mantuvo cierta reserva. Quiso mantener la libertad del edicto de Milán. No obstante, los gentiles fueron desapareciendo de las capitales y refugiándose en las pequeñas poblaciones. De ahí parece les vino el nombre de *paganus* (de *pagus*).

Graciano (375-383). Siguió a su padre Valentiniano I, pero su celo contra el paganismo era mucho mayor. Aconsejado por S. Ambrosio de Milán, tomó una serie de medidas encaminadas a favorecer positivamente el Cristianismo y destruir el paganismo. Así, depuso las insignias de Pontífice Máximo; sobre todo, hizo sacar del Senado de Roma la célebre estatua de la Victoria. Los paganos, todavía poderosos en Roma, movieron cielo y tierra para evitar este golpe; pero fué inútil. A la muerte de Valente en la parte oriental, se asoció Graciano, para el Oriente, al valeroso español *Teodosio*.

Valentiniano II. La actividad de Graciano contra el paganismo tuvo un fin trágico. Asesinado en 383 por el usurpador Máximo, quedó nominalmente emperador legítimo Valentiniano II, hermano de Graciano; pero no fueron eficaces estos derechos hasta que en 388 acudió Teodosio desde el Oriente y derrotó al usurpador. En este tiempo desplegó S. Ambrosio una actividad extraordinaria. Desde el año 392, en que murió Valentiniano II, quedó Teodosio como único emperador.

126. b) **Teodosio I (379-395)** ^{*)}. Su reinado marca el paso más decisivo del Cristianismo. Como emperador de Oriente, desde 379 dió a conocer sus dotes de gobernante y sus convicciones de cristiano. Siguió adelante en la campaña contra el paganismo. Además favoreció decididamente la verdadera doctrina católica contra el arrianismo, muy pujante entonces, y contra otras sectas. En particular son dignos de notarse los hechos siguientes:

El año 380 dió una ley de gran significación, en la que declaraba que «era su voluntad que todos sus súbditos abrazasen la fe católica, predicada por S. Pedro y defendida por el obispo

Dámaso en Roma». El colmo de las diversas medidas contra los herejes lo forma el Concilio de Constantinopla del año 381. En las diversas medidas tomadas contra el paganismo *aparece claramente el Cristianismo como la religión del Estado*, sin que se permita ya el culto pagano. El complemento lo forman los decretos de 381 y 383, en que quitaba el derecho de hacer testamento a los cristianos apóstatas y la prohibición de toda clase de sacrificios. En 386 se dispuso el cierre de todos los templos paganos. Finalmente, por ley del año 392 se considera y castiga el culto pagano como crimen de lesa majestad.

Al ser asesinado en 392 Valentiniano II por Arbogasto y proclamado emperador Eugenio, gran amigo del paganismo, amenazó de nuevo una terrible persecución. Pero inmediatamente acudió Teodosio y los derrotó a los dos en Aquilea. El año 394 hizo Teodosio su entrada triunfal en Roma, donde dirigió un valiente discurso al Senado exhortándolo a abandonar el paganismo. Desde entonces todas las medidas tomadas por él en Oriente contra el paganismo se aplicaron con todo su rigor en Occidente.

No obstante, tenía un carácter irascible e inclinado a la crueldad; pero generalmente estaba dominado por sus sentimientos sólidamente cristianos. Son célebres los hechos de las estatuas de Antioquía, en que intervino S. Juan Crisóstomo, y el castigo de Tesalónica, en el que tuvo parte principal S. Ambrosio. Desde 392, se puede afirmar que el paganismo estaba casi abolido en el Imperio romano. Teodosio murió en 395 una muerte verdaderamente cristiana. S. Ambrosio honró su memoria con un célebre discurso.

127. c) **El Imperio después de Teodosio.** *Arcadio* (395-408) y *Honorio* (395-423). A la muerte de Teodosio, sus dos hijos se dividieron el Imperio: Arcadio quedó con el Oriente, Honorio con el Occidente. La lucha contra el paganismo siguió en ambos Imperios con igual intensidad. Sin embargo, tanto en Oriente como, sobre todo, en Occidente, la situación fué difícilísima por la presión que ejercían por el norte diversos pueblos germanos. Las medidas especiales de carácter religioso fueron las siguientes:

EN EL ORIENTE. *Arcadio* mandó en 399 demoler los templos paganos de las pequeñas poblaciones y quitó a los gentiles los pocos derechos que les quedaban. En cambio, cuidó de que se conservaran como obras de arte los magníficos templos y estatuas de las ciudades.

Teodosio II (408-450) en su largo reinado tuvo muchos altibajos en su celo religioso. Durante algún tiempo favoreció la herejía y aun suavizó algunas medidas antipaganas. Pero su hermana *Pulqueria* influyó en él para que instaurara la batalla contra el paganismo. Dos hechos recuerdan principalmente a Teodosio II: el *Codex Theodosianus*, en el que constan todas las leyes dadas contra los paganos, entre otras la pena de muerte contra cierta clase de herejes, y la orden de quemar todos los escritos paganos en que se combatía al Cristianismo.

EN EL OCCIDENTE. Durante el reinado de *Honorio* (395-423) se fué complicando la situación por las invasiones de los pueblos del norte. Su general Estilicón detuvo algún tiempo a los visigodos; pero al desaparecer él, no se les pudo contener, y así Alarico pudo llegar a Roma y poner como emperador a un tal *Atalo*, con lo que revivió por un momento la libertad más desenfundada. Honorio, por su parte, a pesar de su debilidad, favoreció toda su vida al Cristianismo y tomó diversas medidas contra los paganos.

Valentiniano III (425-455), habiendo conseguido tomar las riendas del Imperio, manifestó constantemente sus convicciones católicas. En 438 dió un paso importantísimo adoptando en el Occidente el *Codex Theodosianus*.

*) RAUSCHEN, G., *Jahrbücher der christlichen Kirche unter dem Kaiser Theod. d. Gr. 1897*. MARTROVE, *L'occident à l'époque byzantine*. P. 1904. BROGLIE, A. DE, St. Ambroise. 6.^a ed. 1908. CAMPENHAUSEN, H. VON, *Ambrosius von Mailand als Kirchenpolitiker*. 1929. PALANQUE, J. R., *Saint Ambroise et l'Empire rom.* P. 1933. LABRIOLLE, P. DE, *La réaction païenne*. P. 1934. ATHANASIADES, *Die Begründung des orthodoxen Staates durch Kaiser Theodosius den Gr.* 1902. BARDY, G., *L'Eglise et les derniers Romains*. En *Bibl. chr. d'Hist.* P. 1948.

la Iglesia católica y el Estado, ya abiertamente cristiano. Conviene, pues, considerar brevemente las consecuencias generales de esta unión.

129. a) Cristianización del Estado y sus leyes. El efecto principal alcanzado por el Cristianismo en el Estado romano fué la *cristianización de sus instituciones*, sus leyes y toda la vida romana. Esto aparece en multitud de disposiciones. Así, por decreto del Emperador, se ordenó la santificación del domingo, estableciéndose capellanes y tiendas-capillas para los soldados. Más notable fué la intensidad con que se trabajó por la purificación del matrimonio y la familia. Para ello salieron multitud de disposiciones que dificultaban el divorcio, prohibían el concubinato, castigaban severamente el adulterio, protegían a los menores y prohibían la muerte, exposición y venta de los recién nacidos.

Por otro lado, trabajó también el Estado romano, impulsado por la Iglesia, por *suavizar los procedimientos judiciales*. Fueron abolidos los castigos de muerte en cruz y marcas en la frente con hierro candente; prohibióse el ajusticiamiento durante el tiempo santo de cuaresma, y en general se hizo más dificultosa la pena de muerte. Además se introdujo la costumbre cristiana de conceder determinados indultos con ocasión de la Pascua; se procuró suavizar el sistema de las cárceles del Estado, encargando a los obispos respectivos la dirección espiritual de los presos.

Pasando más adelante, influyó la Iglesia en la defensa de algunos *principios de derecho natural*. Así, por ejemplo: el celibato, que fué en adelante una de las formas de vida de la ascética cristiana; los derechos de los esclavos cristianos, cuya liberación se facilitó; la moralidad de la juventud dedicada al estudio, y finalmente los juegos de gladiadores, que quedaron definitivamente desterrados.

130. b) Privilegios de la Iglesia y su protección por el Estado. Al mismo tiempo que influía en las instituciones del Estado, la Iglesia recibía multitud de privilegios de gran importancia. Uno de los primeros fué el *privilegio de la inmunidad* del clero, por el cual los clérigos quedaban libres de empleos municipales y de otras cargas personales; pero al mismo tiempo se prohibió o al menos se dificultó la admisión entre el clero a los ricos, empleados, esclavos y sujetos a servicio militar. Más importante todavía fué el *privilegio del foro*, concedido ya por Constantino, que libertaba al clero de los tribunales civiles. Como prolongación de este privilegio, los cristianos no podían presentar sus causas ante jueces gentiles, y ningún eclesiástico acusar a otro ante un tribunal civil bajo pena de pérdida de su cargo. Sobre todo se reconoció públicamente el gran *prestigio de los obispos*, los cuales tenían la preferencia ante los magistrados civiles.

En consecuencia, tenían los obispos el derecho de inspección sobre la administración de los bienes comunes y las obras públicas y, en general, podían oponerse al despotismo de los magistrados. Con frecuencia usaron de este prestigio para mediar entre los magistrados o emperadores y algún pueblo culpable en circunstancias extraordinarias; más aún, frente a los mismos emperadores supieron hacer respetar sus derechos y los principios de moral cristiana. Son célebres los dos casos de Flaviano y de S. Ambrosio con Teodosio I.

seit Konstantin. I, 1911. BAVIERA, G., Concetto e limiti dell'influenza del cristianesimo sul diritto rom. En Méi. Girard, I, 67-121. P. 1912. VOGLSTEIN, M., Kaiseridee, Romidee und das Verhältnis von Staat und Kirche seit Konstantin. 1930. PALANQUE, J. R., Saint Ambroise et l'Empire romain. P. 1933.

En relación con este prestigio del clero y del episcopado estaba el *derecho de asilo*, concedido a las iglesias y extendido por Teodosio II a sus alrededores. Esto era una imitación de un privilegio parecido de los templos paganos.

En consecuencia de todo esto, el *crimen de herejía* fué reconocido como crimen contra el Estado y castigado con penas públicas. En este ambiente llegó a reconocerse el crimen de herejía como mayor que el de alta traición, y por esto se le equiparó a este delito.

En general, el poder civil concedía todo su favor a la autoridad eclesiástica. Con ocasión de los sínodos diocesanos y generales, las postas públicas estaban a disposición de los obispos, y los emperadores y magistrados civiles sufragaban muchas veces todos los gastos y cuidaban de la seguridad de dichas asambleas. Las disposiciones sinodales tenían fuerza de leyes del Imperio.

131. c) Intromisiones y abusos de la autoridad civil. Esta unión tan íntima entre los dos poderes, civil y eclesiástico, ocasionó muchas intromisiones y abusos de la autoridad civil en asuntos meramente religiosos. Por mucho que se estableciera y ponderara en principio la independencia del poder eclesiástico en sus cosas, y aunque se proclamaba la norma de que el Emperador debía cuidarse de lo de fuera, mientras a los obispos incumbía lo de dentro de la Iglesia, de hecho muchas veces los emperadores quitaban toda libertad a las autoridades eclesiásticas y obraban como quien posee un poder absoluto y general en todos los órdenes.

La Iglesia se opuso a estos abusos del poder imperial. Por esto algunos de sus más significados portavoces lucharon con energía con los mismos emperadores. Así Osio de Córdoba echaba en cara a Constantino que no debía inmiscuirse en las cosas eclesiásticas, sino aprenderlas del episcopado; del mismo modo S. Atanasio, el Papa Liberio, S. Hilario de Poitiers y otros se expresaron en los tonos más enérgicos frente a las extralimitaciones imperiales. S. Basilio se opuso resueltamente al emperador Valente, y S. Ambrosio defendió los derechos eclesiásticos aun contra el mismo Teodosio I.

VI. El Cristianismo fuera del Imperio romano ⁹⁾

132. Uno de los efectos que tuvo la cristianización del Estado fué la intensificación de la obra misionera del Cristianismo. En este sentido, la obra más saliente de los siglos IV y V fué la conversión de los pueblos germanos, que tan decidida influencia debía tener en el desarrollo político y religioso de toda la Edad Media. De ello hablaremos en los capítulos siguientes. Entretanto expondremos brevemente la conversión de algunos otros pueblos limítrofes del Imperio romano, ocurrida antes o al mismo tiempo que la de las diversas tribus germanas.

a) El Cristianismo en Persia ¹⁰⁾. En Persia existían ya desde el siglo III un buen número de iglesias, cuyo centro se encontraba en Seleucia-

⁹⁾ Véanse las obras de historia de las Misiones, de SCHMIDLIN, DES-CAMPS y MONTALBÁN, citadas en la bibl. gen.

¹⁰⁾ ZORELL, P., Chronica ecclesiae Arbelensis. En Or. christ., 8, 4. R. 1927. HALLIER, Chronik von Edessa. En Texte Unt., 9, 1, 1894. Ed. J. GUIDI, Corp. scr. or., P. 1903. ASSEMANI, S. B., Acta St. martyrum orient. et occident. I. R. 1748. LABOURT, J., Le christianisme dans l'empire perse (224-232). P. 1904. DUCHESNE, L., Autonomies ecclésiastiques. Églises séparées. 2.^a ed. P. 1905. ID., Les missions chrét. au sud de l'empire ro-

Ktesifón. A su mantenimiento habían contribuido sin duda los muchos cristianos que durante las grandes persecuciones romanas habían buscado refugio en este floreciente reino. Durante el reinado de Constantino el Grande parece que los cristianos de Persia gozaron del favor de su rey Sapor II (Shapur) (309-381), tal vez debido a las buenas relaciones en que éste se hallaba con el Emperador romano. Pero después de la muerte de Constantino, realizaron los persas una serie de incursiones contra la parte oriental del Imperio, contra las cuales se fueron estrellando los emperadores que siguieron. Debido a esta guerra encarnizada contra el Imperio romano, al que se identificaba con el Cristianismo, y probablemente también a las campañas de los judíos y de los magos regionales, desencadenó Sapor una de las persecuciones más furiosas contra los cristianos, que continuó después con más o menos intensidad hasta el siglo VII.

La persecución comenzó el año 342 con el encarcelamiento de muchos cristianos, la ejecución del obispo Barsaboe junto con otros cien sacerdotes, y un edicto, en que se imponía la misma pena a todos los eclesiásticos. Además se ordenaba destruir las iglesias y recoger los vasos sagrados. El año siguiente un nuevo edicto amenazaba con la pena de muerte a todos los cristianos, y en realidad se intensificó de tal manera la persecución, que Sozomeno eleva a 16 000 el número de los mártires cuyos nombres eran conocidos. Entre otros, perecieron los dos obispos sucesores de Barsaboe en la diócesis de Seleucia, y la Iglesia quedó huérfana veinte años. De aquí se puede deducir el espíritu maravilloso de los cristianos, que en su inmensa mayoría prefirieron la muerte a la adoración del dios fuego o dios sol, que se les exigía.

Ya en los últimos años del rey Sapor, desde 379 a 381, se suavizó notablemente la persecución, y aun cesó por completo en la primera parte del reinado de *Isdejerdes* (Jezdedscherd I: 401-420). Así, según parece, bajo la benéfica influencia del obispo de Tagrit, Maruthas, llegó a conceder libertad completa en el ejercicio de la religión cristiana y la construcción de iglesias. Sin embargo, el celo intempestivo del obispo Abdas, que hizo quemar un templo dedicado al sol y se negó a reconstruirlo, desencadenó de nuevo la persecución más violenta. El mismo Abdas fué martirizado y con él otros muchos cristianos. El sucesor *Varanes V* (Bahram: 420-438) llevó todavía más adelante las crueldades contra los cristianos, a muchos de los cuales hizo aserrar por medio. La intervención de Teodosio II, después de treinta años de carnicería, hizo cesar algún tiempo la persecución; pero todavía hacia el año 450, en tiempo de *Isdejerdes II*, fueron martirizados algunos cristianos. Esta renovación de las persecuciones fué debida al influjo de los nestorianos, arrojados del Imperio y refugiados en Persia. Más tarde *Cosroes I* (Khosrau: 531-579) y *Cosroes II* (591-628) volvieron a perseguir a los cristianos, a los cuales casi exterminaron por completo.

133. b) Armenia ¹¹⁾. Los armenios debieron su conversión al Cristianismo a los trabajos de *Gregorio el Iluminado* (*qurortís*), el cual consiguió convertir al rey Tridates III, en quien tuvo en adelante el mejor de sus auxiliares. El año 302 fué ordenado obispo por el Metropolitano de Cesarea de Capadocia. Bien pronto la nueva cristiandad tuvo que dar pruebas de su

valor durante la persecución de Maximino Daya en 311-312. Obtenida la paz, siguió desarrollándose la Iglesia de Armenia, que llegó a su apogeo en tiempo de Isaak el Grande (Sakak: 390-440). *S. Mesrop*, llamado «el Católico», descubrió un alfabeto propio y comenzó en 428 la traducción de la Sagrada Escritura. Con esto se dió principio a un cierto florecimiento de la literatura armenia. Conquistada en 429 por los persas la mayor parte de Armenia, trataron de destruir el Cristianismo, introduciendo en su lugar el parsismo; pero los cristianos armenios resistieron valientemente la prueba. En adelante la paz religiosa fué turbada con frecuentes persecuciones, en las que tuvieron buena parte los nestorianos, procedentes de Persia; mas, por desgracia, la Iglesia armenia vino a caer en el monofisismo.

Desde Armenia fué trasplantado el Cristianismo a la región sur del Cáucaso, llamada *Iberia* o *Georgia*. Esto sucedió en tiempo de Constantino hacia el año 326, y fué obra de una esclava cristiana llamada *Nuna*, la cual, con la curación milagrosa de un niño, alcanzó gran prestigio, y luego curó asimismo y convirtió a la misma reina del país. Según la misma tradición, muy difícil de comprobar, el mismo rey *Mireo* se convirtió poco después por efecto de otro milagro. De hecho obtuvo sacerdotes de Antioquía, los cuales organizaron aquella cristiandad.

No obstante la persecución de que fué objeto por parte de los persas, el Cristianismo de Georgia se convirtió luego en un centro de irradiación, y así se extendió hacia el este, entre los *alabangs*, y hacia el oeste, entre los *lazios* en la Cólquida. A los *homeridas* o *sabeos*, del sur de Arabia, predicó hacia el año 350 el obispo arriano *Teófilo*, enviado por Constancio. Según apareció en una inscripción encontrada por los jesuitas en 1625 en Si-ugan-su, ya en 636 un sacerdote nestoriano persa predicó en China el Evangelio.

134. c) El Evangelio en Abisinia ¹²⁾. El Cristianismo fué introducido en Abisinia en tiempo de Constantino por los dos jóvenes cristianos de Tiro, *Frumencio* y *Edesio*. En un viaje de exploración habían sido atacados por los indígenas, y mientras sus compañeros fueron asesinados, ellos quedaron en la esclavitud y fueron conducidos a la corte de Axuma, donde rápidamente conquistaron gran prestigio. Con esto se dió principio a una cristiandad. Obtenida su libertad, mientras Edesio volvía a su patria, Frumencio fué consagrado obispo por S. Atanasio de Alejandría, se convirtió en el apóstol de la nueva Iglesia y logró convertir a su rey Aizana y gran parte del pueblo. Constancio se esforzó por introducir el arrianismo, pero no lo pudo conseguir; mas por desgracia, a fines del siglo V se introdujo el monofisismo, al que se juntó una extraña mezcla de ritos y costumbres de otras religiones.

¹²⁾ AIGRAIN, R., Art. Arabie, en Dict. Géogr. Hist. REIN, G. K., Abessinien. 3 vol. 1918-1920. CHAINE, M., La chronologie des temps chrét. de l'Egypte et de l'Étiopie. P. 1925. GUIDI, J., Art. Abyssinie, en Dict. Géogr. Hist. LECLERCQ, H., Art. Éthiopie, en Dict. Arch.

main. Ib. 281-353. LÜBECK, K., Die altpersische Missionskirche. 1919. BAR-DY, G., Les Églises de Perse et d'Arménie au 5.^e siècle. En Hist. de l'Égl. por Fliche-Martin, IV, 321 s. P. 1937. LACY O'LEARY, DE, The Syriac Church and Fathers. L. 1910. CHABOT, J. B., La littérature syriaque. P. 1935.

¹¹⁾ AUCHER, Vie de tous les saints du Calendrier arménien. 12 vol. P. 1810-1814. TOURNÉBIZE, Histoire polit. et relig. de l'Arménie. P. 1910. Id., Art. Arménie, en Dict. Géogr. Hist. ARMANIAN, M., L'Église arménienne. P. 1910. SANDALGIAN, J., Hist. documentaire de l'Arménie (-305). R. 1917. MORGAN, J. DE, Hist. du peuple Arménien. P. 1919. LÜBECK, K., Georgien und die katholic. Kirche. 1919. PALMIERI, La Chiesa Georgiana e le sue origini. En Bessarione, 2.^a ser., 6 (1904), 17 s., 117 s. TAMARITL, L'Église Géorgienne des origines jusqu'à nos jours. P. 1910. JANIN, Origines chrét. de la Géorgie. En Ech. d'Or., 1912.

CAPÍTULO II

El Cristianismo frente a los pueblos invasores

134. En estas circunstancias, cuando el Cristianismo había logrado cristianizar el Imperio, tuvo lugar aquella serie de invasiones que pusieron de nuevo a prueba la consistencia de su fuerza interior y la ayuda sobrenatural que lo asistía. Estos pueblos son, por una parte, los germanos procedentes del centro y oriente de Europa, y por otra, los musulmanes. La Iglesia sufrió durísimos quebrantos; pero fué cristianizando a casi todos los pueblos germanos, formando con ellos los grandes Estados medievales. En cambio, frente a los mahometanos, se vió reducida a estar a la defensiva.

I. Idea general de las invasiones ¹⁾

Frente al fenómeno histórico de las invasiones de los pueblos germanos en el siglo v, que destruyeron por entero el Imperio occidental romanocristiano, son diversos los problemas que se propone la Historia de la Iglesia.

135. a) Culpa moral de los cristianos. El primer problema que se plantea es sobre la culpa moral de los cristianos en las

¹⁾ OROSIO, Hist. adv. pag. PL., 31, 663 s. Ed. Corp. Scr. Eccl. Lat. SALVIANO, PL., 53. Ed. Corp. Scr. Eccl. Lat. S. AGUSTÍN, De Civit. Dei, PL., 41, p. 11 s. Ed. Corp. Scr. Lat., 40. SILVA-TARUCA, C., Fontes Hist. eccl. medii aevi, I. Fontes s. v-ix. 1930. BURY, J. B., The invasion of Europe by Barbarian. L. 1928. ID., Hist. of the later rom. Empire. 2 vol. L. 1889 s. FLICHE, A., La chrétienté médiévale (395-1254). P. 1929. DUFOURCO, A., Le christianisme et les barbares. 395-1049. P. 1931. LOR, F., Les invasions germaniques. La pénétration mutuelle du monde barbare et du monde romain. P. 1935. GIBBON, E., Die Germanen im röm. Weltreich. 1935. LABRIOLLE, P. DE, L'Eglise et les barbares. En Hist. de l'Egl., por Fliche-Martin. IV, 553 s. P. 1937. LECLERCQ, H., Art. Invasion, en Dict. Arch. PALANQUE, ETC., Le Christianisme et la fin du monde antique. Lyon 1943. ID., Le christianisme et l'Occident barbare. P. 1945. LATOUCHE, R., Les grandes invasions et la crise de l'Occident au 5.^e siècle. P. 1946. COURCELLE, P., Histoire littéraire des grandes invasions germaniques. P. 1948. HALPHEN, L., Les barbares. Des grandes invasions aux conquêtes turques du 9.^e s. 5.^a ed. En Peupl. et Civ., V. P. 1948.

catástrofes de las invasiones. Mientras a muchos paganos de aquellos tiempos este problema los llenaba de alborozo, pues echaban en cara a los cristianos su impotencia, en cambio, en buen número de cristianos causó una especie de desesperación.

Contra estos sentimientos, y sobre todo contra las acusaciones paganas, escribió S. Agustín los diez primeros libros «De Civitate Dei», y Orosio sus siete libros «Historiarum adversus paganos». Es cierto que el estado moral cristiano tenía muchos defectos y la paz y prosperidad habían fomentado algunos vicios. Pero, en conjunto, no se puede decir que el nivel del Cristianismo a principios del siglo v hubiera descendido. Por otra parte, es evidente que el estado cristiano no es, como tal, menos fuerte que cualquiera otro.

El misterio insondable de la Providencia consiste en haber permitido que en aquellas circunstancias cayeran sobre el Imperio romano cristiano todos aquellos pueblos del Norte, que tantos estragos causaron al Cristianismo. Tal vez la mano fuerte de un Constantino o un Teodosio hubiera detenido estas calamidades; pero de hecho no sucedió así, sino que el Imperio occidental vino a ser destruido por los pueblos invasores. En todo caso, se pueden considerar como providenciales estas invasiones, pues los nuevos pueblos contribuyeron a renovar la sociedad occidental y, después de convertirse al Cristianismo, fueron los portavoces de la civilización cristiana.

136. b) Pueblos germanos convertidos antes de la invasión. Por lo que se refiere al primer contacto de la Iglesia con los pueblos germanos, daremos cuenta ahora de los que llegaron a conocer el Cristianismo antes de penetrar en el Imperio romano.

1. Los godos ²⁾. Fueron tal vez los primeros que entraron en contacto con el Cristianismo. Procedían de Escandinavia, pero se extendieron al norte y oeste del mar Negro. La ocasión de conocer el Cristianismo fueron las incursiones que hicieron en el Imperio, pues los muchos cautivos cristianos que se llevaron les enseñaron la doctrina cristiana. Parece que el Cristianismo tuvo buena acogida, y en el Concilio Niceno se hallaba presente un obispo llamado Teófilo, que se titulaba obispo de Gothia.

El resto de los godos, al menos en su mayor parte, fué abrazando el Cristianismo durante el siglo iv. A ello contribuyó de un modo especial la incansable actividad, durante cuatro decenios, del obispo godo Ulfilas o Wulfilas († 383), que por esto debe ser considerado como el apóstol de los godos.

Uno de sus méritos principales consiste en la traducción que hizo de la Sagrada Escritura en lengua gótica y en haber creado para ello un alfabeto propio y los términos necesarios para la inteligencia de

²⁾ MANEION, J., Les origines du christianisme chez les Goths. En Anal. Boll., 33 (1915), 5-30; 46 (1928), 363-366. ZEILLER, J., Les origines chrétiennes dans les provinces danubiennes de l'Empire romain. P. 1918. HAENLEIN, T., Die Bekehrung der Germanen und das Christentum. 2 vol. 1919. CHASSEN, W., Die Germanen und das Christentum. 1921. SCHUBERT, H. v., Gesch. der christlichen Kirche im Frühmittelalter. 2.^a ed. 1921. HAUCK, A., Kircheng. Deutschlands, I. 6.^a ed. 1922.

los dogmas cristianos. Después de su conversión, los godos llegaron a ser aliados de Teodosio I.

La desgracia fué que aprendieron el Cristianismo de los arrianos, pues, además de que perseveraron en esta herejía, inficionaron también a otros pueblos. Más aún; cuando ya en el resto de la cristiandad el arrianismo había desaparecido, ellos fueron los que mantuvieron con cierto fervor fanático las doctrinas aprendidas.

2. LOS BORGOÑONES. Otro de los pueblos del que sabemos que abrazó el Cristianismo antes de las invasiones fué el de los *borgoñones*. Ocupaban la región junto al mar Báltico, y en diversas ocasiones intentaron pasar al otro lado del Rin (en 275, 287, etc.). Al fin lo consiguieron, aliándose con los romanos hacia el año 413 y ocupando la región de Maguncia y Worms. Entonces también, según afirma Orosio (Hist., 7, 32, 38), abrazaron el Cristianismo ortodoxo. Sin embargo, más tarde, a mediados del siglo V, emigraron hacia Saboya, donde se asentaron definitivamente.

II. El Cristianismo en España: Los visigodos y otros pueblos germanos ³⁾

137. Hasta principios del siglo V, tanto los godos como otros varios pueblos indogermanos se mantuvieron relativamente pacíficos en sus posiciones del centro y oriente de Europa. Los primeros en iniciar las invasiones sobre el Imperio occidental fueron los godos occidentales, denominados visigodos.

a) Invasiones de los visigodos, suevos, vándalos y alanos.

1. VISIGODOS. Su primera tentativa de invasión en el Imperio tuvo lugar el año 402, bajo la dirección de *Alarico*. Pero se estrellaron contra la resistencia del general *Estilicón*, vándalo de origen, pero al servicio del emperador Honorio. Así, pues, vencidos en Verona, tuvieron que retirarse. Dos años después rechazó *Estilicón* a otro jefe visigodo, *Radagaiso*. Pero desaparecido *Estilicón*, ya no se pudo contener a *Alarico*, el cual entró en Italia y sitió a Roma. Retiróse de momento; pero poco después volvió y entró a saco la ciudad. El pánico y los destrozos en la cristiandad fueron horribles.

A la muerte de *Alarico* en 410, siguióle *Ataúlfo*, el cual llegó a una inteligencia con Honorio, con cuya hermana Gala

Placidia se casó, y en inteligencia con el Emperador y como súbdito suyo dirigió sus huestes al sur de las Galias, conquistando allí todo el territorio de la Narbonense. Pasó luego los Pirineos y llegó a Barcelona; pero allí fué asesinado. Su sucesor *Walia* se portó ya como rey independiente de Honorio, fundando así el reino visigodo de España y sur de las Galias. Durante todo este tiempo los visigodos mantuvieron su fe arriana, que introdujeron en la Península, si bien en ella predominaban las iglesias cristianas ortodoxas ya existentes.

2. LOS SUEVOS, VÁNDALOS Y ALANOS. Además de los visigodos, invadieron nuestra Península otros pueblos por este mismo tiempo: los *suevos*, *vándalos* y *alanos*. Todos ellos procedían del otro lado del Rin, y llegados a la Septimania se encontraron allí con los visigodos, por los cuales fueron batidos. Entonces, pues, se dirigieron hacia la península Ibérica por el extremo occidental de los Pirineos. Los suevos tomaron la dirección noroeste, los vándalos el centro y sur. Es indescriptible la destrucción y ruina que sembraron en todas partes, sobre todo los vándalos. Durante algunos años se dedicaron al pillaje, destruyendo templos católicos y entregando a saco las ciudades. También ellos eran arrianos. Por fortuna, estas hordas vándalas, bajo la presión de los suevos y de los visigodos, pasaron al norte de África, donde continuaron sus devastaciones. En España quedaron los suevos en el norte, y los visigodos en el resto. Los alanos poblaron el centro occidental.

Los suevos, durante su corta independencia, fluctuaron mucho en sus relaciones con el Cristianismo. Al principio eran todavía gentiles. Hacia el año 450, con su rey *Rechario*, se convirtieron al Cristianismo. Sin embargo, sus sucesores no fueron católicos, y así no se consolidó su conversión. En cambio, al aliarse con los visigodos, se convirtió el pueblo suevo al arrianismo. Durante todo este tiempo persistieron en su fe los antiguos católicos iberorromanos e incluso conservaron su episcopado.

Finalmente, el año 563 tuvo lugar la conversión definitiva del pueblo suevo al catolicismo. El modo como se efectuó es algo oscuro y ha dado ocasión a algunas leyendas. Parece que el fondo histórico lo forma un milagro obtenido por S. Martín de Tours en favor del hijo del rey suevo *Teodomiro*. También influyó S. Martín de Dumio.

138. b) Reino visigodo en España ⁴⁾. Establecido el reino visigodo en España, la religión oficial era el arrianismo, si bien el catolicismo de los naturales permaneció intacto. No consta cómo se portaron los primeros reyes visigodos con los católicos.

³⁾ Véase, sobre todo VILLADA, II, 1 y 2 Asimismo: ZEUMER, *Lex Visigotorum*, en Mon. Germ. Hist., *Leges Nat. Germ.*, I, 1902. S. ISIDORO, de *Viris illustr.*, ed. G. Dzialowski, 1898. FÉROTIN, M., *Liber Ordinum...* P. 1904. Id., *Liber Mozar. Sacramentorum...* O. 1912. Crónicas de IDACTO, BICLARENSE, S. ISIDORO, etc., en Mon. Germ. Hist., *Auct. Ant.*, XI, *Chron. Min.*, II, 1894. VEGA, A. C., *El Pontificado y la Iglesia española en los siete primeros siglos*. El Escorial 1942. VIVES, J., *Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda*. B. 1942. SERRA RÁFOLS, J. DE C., *La vida de España en la época romana*. B. 1944. SERRANO, L., *El obispado de Burgos y Castilla primitiva desde el siglo V al XIII*. 3 vol. M. 1936.

⁴⁾ GOERRES, F., *Kirche und Staat in Westgotenreich*. En Th. St. Krit., 1893. PÉREZ PUJOL, *Historia de las instituciones sociales de la España Goda*. 4 vol. Valencia 1896. ANTOLÍN, San Hermenegildo ante la crítica histórica. En La Cud. de D., 1901. MARTROYE, F., *Goths et Vandales*. P. 1904. LÉCLERCQ, H., *L'Espagne chrétienne*. P. 1906. MAGNIN, E. M., *L'Eglise wisigothique au 7.^e siècle*. P. 1912. En Bibl. enseign. hist. eccl. SROUQUART, E., *L'Espagne politique et sociale sous les visigoths (412-711)*. Bruselas 1915. DUCHESNE, L., *L'Eglise au 6.^e siècle*. P. 1926. ZIEGLER, A. K., *Church and State in Visigothic Spain*. Washington 1930. ALONSO, J. B., *La Iglesia en la historia y civilización españolas*. B. 1934. KATZ, S., *The Jews in the Visigothic and Frankish Kingdoms of Spain and Gaul*. Cambridge 1937.

En cambio, con el reinado de *Teodorico* (453-466) abrióse una era de persecución. En Braga, en Astorga, en Palencia, en todo el norte se cometieron infinidad de profanaciones y destrozos. *Eurico*, su hermano y sucesor, elevó a su apogeo el poder visigodo; pero persiguió también a los católicos. Entre otras medidas que tomó, desterró a muchos obispos. En los reinados siguientes más bien comienza un largo período de tolerancia, que aprovecharon los católicos para su mejor organización. Por esto se pudo celebrar el año 527 el II Concilio de Toledo, al que el rey Amalarico otorgó una especie de protección positiva. Por esto llegó a decir S. Isidoro que fué ocultamente católico.

Leovigildo, en cambio (569-586), abrió un nuevo período. Era hombre de grandes cualidades y quiso llegar a la unificación de toda la Península. En efecto, obtuvo la conquista del reino independiente de los suevos; pero para lograr esta unidad de la nación, creyó necesario que todos los católicos se sometiesen al arrianismo oficial. Así, pues, con el fin de conseguirlo, inició una campaña de persecución incruenta, pero tenaz y a veces violenta, contra el catolicismo. Uno de los que más tuvieron que sufrir fué el obispo de Mérida, *Massona*, célebre por su erudición y santidad. Al fin fué desterrado de su diócesis. Lo mismo se hizo con otros prelados. En el mismo sentido trabajó el conciliábulo arriano de Toledo de 580.

Pero el punto más delicado fué el de su hijo *Hermenegildo*. Convertido éste al catolicismo por influjo de su esposa Ingunde y del obispo de Sevilla, S. Leandro, y puesto al frente de la Bética, se levantó en guerra contra Leovigildo el año 582, apoyado por los católicos. Pero bien pronto, vencido por el rey, tuvo que rendirse y fué enviado preso, primero a Valencia y luego a Tarragona, donde murió mártir por negarse a recibir la comunión de un obispo arriano. Su conducta en el levantamiento contra su padre es muy discutida. Sus defensores suponen que había sido constituido en la Bética rey independiente, y así podía defenderse con las armas. Pero en todo caso, su muerte fué claramente por la fe católica.

139. c) Recaredo y la conversión del pueblo visigodo (586-601). El sacrificio de S. Hermenegildo no fué estéril. Parece que ya Leovigildo, al fin de su vida, cambió de conducta para con los católicos y aun aconsejó a su hijo Recaredo que se convirtiera. *Recaredo*, tan pronto como subió al trono, se decidió a dar el paso decisivo. *S. Leandro* fué el instrumento providencial. El primer paso que se dió fué la celebración de una asamblea de obispos arrianos en 589, en la cual el Rey exhortó a todos a que abrazaran el catolicismo. Casi todos lo hicieron.

Inmediatamente se devolvieron a los católicos todos los bienes confiscados, y los desterrados pudieron volver a su patria.

El paso decisivo se dió en el Concilio III de Toledo de 589. A él acudieron sesenta y dos obispos y cinco vicarios (arzobispos), presididos por el heroico Massona de Mérida. En su presencia, el Rey y la Reina y gran multitud de nobles abrazaron solemnemente la fe católica, y se declaró a ésta como religión oficial del reino. La profesión solemne de fe que siguió y los otros actos del Concilio completaron la obra. La conversión del rey Recaredo y del pueblo visigodo fué en general sincera; pero estuvo a punto de ser destruída por su sucesor *Liuvig* y del asesino de éste, *Viterico*, empeñado en rehabilitar el arrianismo. Sin embargo, fueron inútiles sus esfuerzos, y en lo sucesivo floreció constantemente el catolicismo en los dominios visigodos. Es lo que constituye el período de apogeo de la Iglesia visigótica de España.

III. La Iglesia en Italia ⁵⁾

140. Mientras los visigodos y los suevos se instalaban en España y los vándalos seguían devastando el norte de África, una nueva invasión caía desde el norte sobre Italia. Eran los *hunos* y pueblos afines, capitaneados por Atila. En realidad, durante todo este siglo Italia fué convertida en tierra de conquista de multitud de pueblos nómadas.

1. Los HUNOS. Los *hunos* procedían del Asia central, y hacia el año 430 invadieron el centro de Europa, recogiendo en sus hordas a diversos pueblos vencidos. Durante varios años estuvieron devastando todo el centro de Europa, hasta que al fin llegaron cerca de París, y en los *Campos Cataláunicos* les dieron batalla los ejércitos unidos de los romanos y pueblos aliados, capitaneados por el general *Aecio*. La batalla no fué decisiva; pero Atila volvió atrás con sus hordas y en 452 entraba en Italia, sembrando la destrucción por todas partes. Iba a entrar a saco en Roma, cuando le salió al encuentro S. León Magno y le subyugó con su presencia. Roma e Italia debían al Papa su salvación. Atila se retiró de Italia y murió poco después. El conglomerado que él capitaneaba se deshizo fácilmente.

2. LOS VÁNDALOS PROCEDENTES DEL ÁFRICA. Cuando en 455 Valentiniano III fué asesinado por el usurpador Petronio Máximo, su viuda Eudoxia se vengó cruelmente llamando a Genserico, rey de los vándalos, que dominaban en el África. Efectivamente acudió éste, se apoderó de Roma y la entregó durante quince días al pillaje de sus hordas. Hecho esto, Genserico se volvió al África poco después, quedando Italia en manos de sus impotentes emperadores.

⁵⁾ CASSIODORUS, Chron., etc. PL., 69. ed. Mon. Germ. Hist., Auct., 11 y 12. *Paulus Diac.*, Hist. Langob., ed. G. Weitz, 1873. PFELSCHIFTER, G., Theodorich d. Gr. und die kath. Kirche. 1896. Id., Theodorich der Grosse. 1910. VILLARI, Le invasioni barbariche in Italia. 1900. GRISAR, I., Gesch. Roms und der Päpste im Mittelalter. 1901. ROMANO, G., Le dominazioni barbariche in Italia (395-1024), 1910. HART, J. M., Geschichte Italiens im Mittelalter, I: Das Italienische Reich. 2.^a ed. 1923. BRION, M., Théodorich, roi des Ostrogoths. 454-526. En Bibl. historique.

3. LOS HÉRULOS: ODOACRO. El año 476, reinando en Roma el débil Rómulo Augústulo, se presentó de nuevo un pueblo del Norte, el de los hérulos, procedente de la Pannonia, capitaneado por su rey Odoacro. Tanto él como su pueblo habían abrazado el arrianismo en su trato con los godos; pero no obstante, después de derribar sin gran dificultad al débil Emperador, ~~trataron con respeto al catolicismo y al Papa.~~

4. LOS OSTROGODOS. Esta situación duró muy poco. Los hérulos fueron a su vez suplantados por los ostrogodos. Este pueblo, que constituía la parte oriental del pueblo godo, se había convertido también al arrianismo por la predicación de Wulfilas. Su rey Teodorico (471-526), educado militarmente en Constantinopla, se lanzó sobre Italia. El año 493 era dueño de todo el norte. Poco después se apoderó del resto, destruyendo a Odoacro. En sus relaciones con los católicos fué generalmente tolerante, y así la Iglesia continuó con toda su jerarquía en un período de relativa prosperidad. Solamente hacia el fin de su vida, no se sabe por qué causa, dió muestras de su fanatismo arriano, hizo ajusticiar al escritor Boetio y dejó perecer en la cárcel al Papa Juan I.

5. LOS LOMBARDOS. No terminaron con esto las calamidades de las invasiones en Italia. Después de la muerte de Teodorico (526), se debilitó notablemente su reino, por lo cual el emperador bizantino Justiniano I le declaró la guerra y al fin logró someterlo. Italia quedó desde 553 reducida a provincia del Imperio bizantino, gobernada por un *exarca*. El primero de estos exarcas, Narsés, para vengarse de haber sido depuesto, llamó a otro pueblo del Norte, el de los lombardos.

Desde 380 había éste ocupado la parte baja del Danubio, y sólo una parte de él había abrazado el arrianismo. Su rey Alboin consiguió reunir grandes ejércitos, y al fin, invitado por Narsés, el año 568 entró en Italia y ocupó Milán y Pavia. Poco después quedaba dueño de todo el norte de Italia. En vano se esforzaron los generales bizantinos por arrojar a los nuevos invasores. Tampoco los católicos tuvieron en un principio muy buen trato. Así siguieron las cosas a la muerte de Alboin, hasta que en 585 se convirtió su rey Autharis por influjo de su esposa Teodolinda. Es cierto que siguieron favoreciendo el arrianismo; pero el catolicismo fué ganando terreno. No obstante, hasta algunos siglos más tarde no se convirtieron por completo, y de hecho fueron durante algún tiempo los más terribles adversarios del Papa.

IV. La Iglesia en las Galias

141. Las Galias, por su posición como país céntrico y de tránsito, fueron siempre el teatro en que se desarrollaron los más decisivos acontecimientos de la Historia. Los visigodos, los vándalos, los suevos,

⁶) S. GREGORIO TURON., Hist. Franc., PL. 71, ed. Mon. Germ. Hist., Scr. Rer. Mer. 1. Otras crón. ibídem, y en los tomos 2 y 3. BOUQUET, DOM, Recueil des historiens de la Gaule, III, IV. Concilia aevi merov., en Mon. Germ. Hist., leg., secc. 3, 1. PROU, La Gaule mérov. P. 1890. TOURNIER, Clovis et la France au bapt. de Reims. P. 1896. MARIGNAN, A., Études sur la civilisation franc. 2 vol. P. 1899. VACANDARD, E., Vie de S. Ouen. P. 1901. Id., Études de Crit., p. 123-187. P. 1905. HOLMES, T. S., The origin and development of the chr. Church in Gaul during the first six cent. L. 1911. KURTH, G., Clovis. 2 vol. 3.^a ed. P. 1923. Id., Ste. Clotilde. 7.^a ed. 1900. Id., Études franques. 2 vol. Bruselas 1919. Id., La France chrét. dans l'hist. P. 1896. Id., Le Baptême de Clovis. En la Fr. Chrét. P. 1896. Id., Les origines de la Civilis. moderne. II. Bruselas 1923. DILL, S., Roman Society in Gaul in the Merovingian age. L. 1926. CLERCQ, CARLO DE, La législation religieuse franque de Clovis à Charlemagne. Louvain 1936. GORCE, M.-M., Clovis 465-511. 1935. En Bibl. historique. UEDING, Gesch. der Klostergründungen des 6. u. 7. Jh. in Merowing. 1935. GRIFFI, E., La Gaule chrét. à l'époque mérov. 1947. DUPRAZ, L., Le Royaume des Francs et l'ascension des maires du palais au déclin du VII s. (656-680). Friburgo de S.

los alanos, los hunos y otros pueblos fueron pasando por las Galias, si bien apenas dejaron rastro detrás de sí. Los dos pueblos que se asentaron definitivamente en este territorio fueron los *borgoñones* y los *francos*, de los cuales este último alcanzó luego una importancia extraordinaria.

a) Los borgoñones. Ya se dijo anteriormente (pág. 132) que, después de convertirse al Cristianismo, los borgoñones se establecieron hacia el año 440 en la Borgoña, que se extendió por Saboya y parte de Suiza, tomando como capital la ciudad de Lyon. En este su asiento definitivo, aunque abrazaron por algún tiempo el arrianismo con el contacto con los visigodos, dejaron desarrollarse sin obstáculos a la Iglesia católica, muy bien organizada allí entre los naturales. El obispo de Lyon, *Paciente*, desplegó a fines del siglo V gran actividad. Hicieron muchos esfuerzos por convertir a los arrianos, y el obispo *Avito* († 519) de Vienne consiguió disponer favorablemente hacia el catolicismo a su rey *Gundobaldo*, el cual publicó la célebre *Lex Burgundiorum*, que protegía positivamente la religión católica. Por fin, su hijo *Segismundo* († 524) abrazó definitivamente el Cristianismo. Desde el año 523, el reino de los borgoñones quedó incorporado al de los francos, cuya suerte siguió en adelante.

142. b) Conversión de los francos. Clodoveo. Pero el pueblo que había de poblar la mayor parte de las Galias y al fin darle su nombre es el de los *francos*. Una circunstancia digna de tenerse en cuenta es que fué el único entre los pueblos invasores que abrazó directamente y ya no volvió a abandonar el Cristianismo ortodoxo.

Los francos procedían del norte de Europa, y ya en el siglo III penetraron en territorio romano, ocupando toda la cuenca del bajo Rin. Formaban dos tribus: los *salios*, que vivían en las regiones más meridionales, y los *ripuarios*, en las septentrionales. Pertenecían al grupo de los pueblos llamados «bárbaros» o germanos.

Su rey más ilustre fué *Clodoveo* (481-511), hombre de grandes cualidades, enérgico y apasionado. Partiendo de Flandes y Brabante, logró conquistar, con la victoria de Soissons de 486, el reino de Siagrius, que le hizo dueño de la Galia romana hasta el Loira; sujetó a los cabeceillas salios y ripuarios, y más tarde dominó a los alamanes, con lo cual aumentó notablemente su poder.

La conversión de Clodoveo al Cristianismo tuvo lugar con ocasión de la guerra contra los alamanes del año 496. S. Gregorio de Tours nos la describe cerca de un siglo más tarde, en forma que ha venido a ser tradicional. En efecto, su esposa borgoñona, *Clotilde*, había trabajado incansablemente por su conversión. Por de pronto obtuvo que sus hijos recibieran el bautismo; pero el Rey se mantenía inconvertido. El año 496, hallándose empeñado en una batalla decisiva contra el poderoso pueblo de los alamanes, cuando parecía que todo declinaba en favor de los enemigos, Clodoveo invocó al Dios de su esposa, haciendo promesa solemne de abrazar el catolicismo si vencía. Obtenida la victoria, Clodoveo mantuvo su palabra. Él y más de

tres mil hombres de su pueblo fueron bautizados en Reims por su obispo S. Remigio, en las Navidades del mismo año 496.

Sobre este hecho hay que hacer dos observaciones. Acerca de su historicidad debemos decir que los mejores críticos modernos admiten únicamente la substancia, es decir, el hecho y la fecha aproximada de la conversión. Las circunstancias de la invocación al Dios de los cristianos y la promesa de conversión si obtenía la victoria y algunas otras son probablemente adornos posteriores de la leyenda. En segundo lugar debemos observar, y esto explica las leyendas apuntadas, que esta conversión fué recibida por los contemporáneos con muestras de extraordinario regocijo, los cuales la compararon a la de Constantino el Grande. No hay duda de que esta conversión fué de grandísima importancia, pues ocurrió en un tiempo en que el gran rey de los ostrogodos Teodorico mantenía el arrianismo en un gran prestigio. Por esto, al abrazar el catolicismo ortodoxo el gran rey de los francos, se celebró este acontecimiento como uno de los más decisivos de la Historia.

Con sus victorias sucesivas incorporó a sus estados la Septimania y la Borgoña. Más aún; para afianzar la unión de todos los pueblos conquistados, Clodoveo hizo reunir el *Concilio de Orléans* en 511, al que asistieron treinta y dos obispos, presididos por Cipriano de Burdeos. Sus decisiones contribuyeron decididamente a la pacificación general del reino.

143. c) Después de la conversión de Clodoveo. Sin embargo, no hay que suponer que la conversión de Clodoveo cambió de repente a todo el pueblo. Entre los príncipes reinaban las intrigas, la crueldad y el placer. Todavía dos siglos más tarde existían muchos paganos que no habían abandonado a sus ídolos. Solamente con los esfuerzos de los misioneros y de algunos santos preladados se fué obteniendo poco a poco su conversión.

A la muerte de Clodoveo quedaron divididos sus Estados en dos reinos: el de Austrasia y el de Neustria. Los dos siglos siguientes fueron un tejido de intrigas y guerras intestinas, que amenazaron un tiempo la existencia del catolicismo franco. Entre sus reyes sobresale *Dagoberto I* (628-638), que consiguió reanimar de nuevo el Cristianismo; pero a su muerte se inició aquel período de inercia de los reyes merovingios denominados *holgazanes*, que entregaron el gobierno a los *mayordomos de palacio*, hasta que *Pipino el Breve*, el último de los mayordomos, se proclamó rey (751).

En medio de estos altibajos de la Iglesia franca de este período, distinguieronse hombres insignes. Tales fueron: *S. Cesáreo de Arlés* († 543), hombre de una actividad sorprendente contra la herejía semipelagiana y contra el paganismo aún existente; *S. Remigio de Reims* († 533), apóstol del norte después de las invasiones; *S. Germán de Auxerre* († 448); *S. Sidón Apolinar de Clermont* († 489); *S. Lupo de Troyes* († 478); *S. Gregorio de Tours* († 512), célebre por su Historia de los francos, y otros muchos.

En esta actividad misionera y en la cultura y pacificación de todo el reino tuvieron una parte muy importante los monjes. En todo el siglo vi se levantaron cerca de doscientos monasterios en el territorio franco. Su más digno representante, fundador incansable de monasterios y gran predicador de penitencia, fué *S. Columbano* († 615). Finalmente, en toda la actividad eclesiástica de este tiempo tuvo una parte decisiva el número extraordinario de sínodos, celebrados en las diversas provincias de Francia. Baste decir que desde 511 a 614 se celebraron más de treinta Concilios nacionales.

V. El Cristianismo en las Islas Británicas y en Alemania

144. Según se dijo en otro lugar, ya en el siglo II el Cristianismo había penetrado en las Islas Británicas. Pero es lo cierto que al retirarse las legiones romanas, desde el año 428 comenzaron sus invasiones los pueblos anglosajones, que incendiaron iglesias, asesinaron sacerdotes y casi destruyeron el Cristianismo británico. Desde entonces quedó éste casi reducido al territorio de Gales. Sin embargo, pronto comenzó la nueva cristianización de las Islas, que las convirtió rápidamente en uno de los centros más fecundos del catolicismo medieval. Por lo que a Alemania se refiere, en este período que precede a su evangelización propiamente tal, realizada por S. Bonifacio, el Cristianismo logra penetrar en varias regiones importantes, si bien no alcanzó aún todo su desarrollo.

a) La Iglesia en las Islas Británicas⁷⁾. Fuera o no bretón, es lo cierto que Pelagio vivió casi toda su vida fuera de las Islas Británicas; pero de hecho muchos cristianos bretones, sobre todo el obispo *Fastidios*, se dejaron inficionar con la herejía pelagiana. Entonces fué cuando *S. Germán de Auxerre*, entre 429 y 481, hizo su primer viaje, recomendado por el Papa Celestino y acompañado por el diácono Palladio y S. Lupo de Troyes. Con su celo apostólico, devolvieron al seno de la Iglesia a casi todos los descarriados. Sin embargo, como la herejía levantara de nuevo cabeza después de su partida, volvió S. Germán quince años más tarde y parece consiguió desarraigarla. Por este mismo tiempo desarrolló asimismo gran actividad misionera un ilustre bretón, muy venerado después: *S. Niniano*.

1. IRLANDA⁸⁾. El apóstol verdadero de Irlanda fué *S. Patricio* († ca. 462), el cual, nacido en Gran Bretaña el año 389, cuando contaba dieciséis años fué apresado por los piratas y conducido al norte de Irlanda, donde hubo de cuidar el ganado. Habiendo logrado escaparse, se dirigió al Continente y aquí recibió sólida instrucción cristiana en diversos monasterios, en particular bajo la dirección del obispo Germán de Auxerre. Su primer viaje a Inglaterra lo hizo acompañando a Germán en 429; pero a su vuelta se dirigió a Roma, de donde partió con poderes especiales para la evangelización de Irlanda. Antes de entrar en ella recibió la consagración episcopal el año 432.

⁷⁾ BEDA, VENER., *Hist. eccl. gentis Angl.*, ed. Plummer. 2 vol. O. 1896; PL. 95. GILDAS, *De excidio Brit.*, PL. 69. ANDERSON, A. A., *Early sources of Scottish History*. Edimburgo 1922. HADDAN, A. W., *Councils relating to Great Br. and Ireland*. 2 vol. O. 1869-1878. MARTÍN, E., *Saint Columban*. P. 1905. En col. «Les Saints». ADAMMANUS, *Vita S. Columbae*, ed. J. T. Fowler. 2.ª ed. O. 1920. DUKE, A., *The Columban Church*. O. 1932. WALKER, T. H., *St. Columba*. L. 1923.

⁸⁾ S. PATRICI, *Confessio...* PL. 53, p. 801. BELLESHEIM, *Geschichte der kath. K. in Irland*. 3 vol. 1890-1891. BURY, J. B., *The life of St. Patrick*. L. 1905. MORRIS, W. B., *Life of S. Patrick*. 6.ª ed. L. 1908. STOKES, G. T., *Ireland and the Celtic Church*. (-1172). 6.ª ed. L. 1907. POULET, *Les chrétiens celtiques*. P. 1911. RYAN, JOHN, *Irish Monasticism*. Dublin 1931. ID., *Christianity in Celtic lands*. L. 1932. PHILLIPS, W. A., *History of the Church of Ireland from the earliest times to the present day*. 3 vol. O. 1933-1934.

Después de vencer muchas dificultades, al fin comenzó a recoger el fruto: estableció en *Armagh* el centro de su actividad, organizó multitud de centros de instrucción para el pueblo y para los clérigos, celebró sínodos y fundó muchos monasterios; murió entre 461-463. La Iglesia irlandesa de este tiempo estaba fundada de un modo particular sobre los monasterios y los monjes. Hacia el 490, *Sta. Brigida* fundó la rama femenina de las religiosas irlandesas. Fué célebre el monasterio de monjas de *Kildare*, y sobre todo el de monjes de *Bangor*.

2. ESCOCIA ⁹⁾. Casi por el mismo tiempo penetró el Cristianismo en Escocia. Ocupaban esta región los *pictos*, procedentes de Noruega y de la parte norte de la isla. Hacia el año 412 inició su actividad *S. Niniano*, de quien se tienen escasas noticias, y más tarde trabajó con gran celo el conocido misionero *Gildas*, quien nos dejó la obra «De excidio et Conquestu Britanniae». Pero el apóstol de Escocia fué el abad *S. Columba*. El año 563 fundó en *Hy* (latín: Iona), en la región de Caledonia, al norte de Escocia, un monasterio, desde el cual poco a poco fué atrayendo al Cristianismo a toda la región. Favorecido por el rey, tuvo *S. Columba* el consuelo de bautizarlo junto con una buena parte de su gente. Este monasterio fué el centro de la Iglesia escocesa en lo sucesivo.

3. INGLATERRA ¹⁰⁾. En la Gran Bretaña, las cristiandades primitivas siguieron una vida de que apenas tenemos noticias. Arrinconadas por la furia de los anglosajones, dieron bastantes muestras de vida en el país de Gales durante los siglos V y VI. Consta que se organizaron algunos monasterios y que en ellos florecieron algunos santos ilustres, como *S. Paterno* y *S. Udoceo*. Sin embargo, estos cristianos no hicieron nada por la conversión de los anglosajones. La oposición entre vencedores y vencidos imposibilitó la compenetración.

145. b) **San Gregorio Magno e Inglaterra.** *S. Gregorio el Grande* (590-604), por medio de *S. Agustín* († 605) de Inglaterra y sus compañeros, fué quien dió el paso decisivo para su conversión. En efecto, ya en su juventud concibió la idea de trabajar por la conversión de los anglosajones. Siendo abad y viendo en cierta ocasión un grupo de esclavos anglosajones, quedó sorprendido de la esbeltez de la raza y quiso dedicarse personalmente a su conversión. Elegido Papa, se decidió a realizar su idea, y así, el año 596 envió al abad Agustín con otros treinta y nueve monjes, los cuales, después de grandes fatigas, lograron convertir y bautizar al rey de Kent, *Etelberto*, y a una buena parte de su pueblo, en todo lo cual les ayudó poderosa-

⁹⁾ BALLESEIM, A., *Gesch. der kath. Kirche in Schottland*. 2 vol. 1883. DOWDEN, J., *The Celtic Church in Scotland*. I. 1917.

¹⁰⁾ HOWORTH, H., *The golden days of the early English Church*. 3 vol. I. 1917. ÍD., *St. Augustine of Canterbury*. I. 1913. HOLTHEUER, B., *Die Gründung der angelsächsischen K.* 1897. BROWNE, G. F., *The conversion of the Heptarchy*. 2.ª ed. I. 1906. CABROL, F., *L'Angleterre chrét. avant les Normands*. P. 1909. En *Bibl. enseign. Hist. Eccl.* BROU, A., *St. Augustin de Canterbury*. 4.ª ed. P. 1900.

mente su esposa, ferviente católica. En todos los pasos que se dieron en la conversión de este pueblo, se siguieron las instrucciones que fué enviando el Papa Gregorio. En general, se mantuvieron ciertas costumbres innocuas, dándoles un sentido cristiano. Fué un principio interesante de acomodación.

El éxito de *S. Agustín* fué extraordinario. Por el año 601 mandó el Papa el palio arzobispal y organizó la jerarquía en toda la isla. Cantorbery quedó definitivamente como sede primada.

Muerto *S. Agustín* el año 605, continuaron la obra de evangelización de la Heptarquía sus infatigables compañeros Lorenzo, Melitón y Justo, arzobispos de Cantorbery, y Paulino, apóstol de Northumbria. Para ello hubieron de pasar la terrible crisis de 616; mas con el apoyo del rey Edwin, convertida la Northumbria, siguió luego la evangelización de todo el reino, que quedaba terminada hacia el año 685. El monje *Teodoro de Tarso* († 690), arzobispo de Cantorbery, elevó a gran esplendor la ciencia eclesiástica. Los muchos monasterios que se fueron fundando adquirieron tal importancia, que se convirtieron en plantel de misioneros para el Continente.

Un asunto difícil de resolver fué la unión con los católicos del país de Gales. Como era tan grande la oposición entre ellos y los sajones, no hubo modo de inducirlos a que ayudaran a *S. Agustín* en la evangelización de la Isla. Por otra parte, conservaron algunos ritos, distintos del resto de la Cristiandad, y además se negaban a someterse a la nueva jerarquía. Después de largas negociaciones, el año 664 se llegó a un convenio en el sínodo de *Streneshalch* en Northumberland. Poco a poco se llegó asimismo a la unificación entre Irlanda, Escocia y Gran Bretaña. Los llamados *Kuldaer*=cultores no fueron herejes, sino sacerdotes católicos de este rito antiguo.

146. c) **El Cristianismo en Alemania antes de San Bonifacio** ¹¹⁾. Gracias en gran parte a la estancia de *S. Atanasio* en Tréveris (335-387), los cristianos antiguos del Rin, Mosa y Mosela se mantuvieron fieles a Nicea. *S. Gervasio* de Tongres († 384) fué uno de los antiarrianos más decididos. En la región danubiana florecieron las iglesias de Augsburgo, Ratisbona y Lorch. Por este mismo tiempo el Cristianismo hizo progresos notables en el *Nórico*, la Austria actual, donde trabajó incansablemente el apóstol *S. Severino* († 482).

De resultados de la invasión de los pueblos bárbaros, todas estas cristiandades quedaron casi completamente arruinadas. Desde luego, todas las que caían a la derecha del Rin y al sur del Danubio desaparecieron casi enteramente. Sólo a la izquierda del Rin lograron mantenerse muchos cristianos, aunque también allí hizo estragos la furia de los invasores. Una vez asentados éstos, era necesaria una nueva actividad misionera con el fin de convertirlos y organizar de nuevo la Iglesia.

A fines del siglo V nos encontramos principalmente con tres pueblos independientes: la Turingia-Rhenania en el centro-norte; la Alamania,

¹¹⁾ *Lex Alamannorum*, ed. K. Lehmann, en *Mon. Germ. Hist.*, Leg. 5, 1, 35-157. 1888. HAUCK, A., *Kirchengesch. Deutschlands*. 4.ª ed. I. 1909. LECIERCQ, H., *Artic. Germania* (hasta *S. Bonifacio*), en *Dict. Arch.* ÍD., *Artic. Saint Gall*. ÍD. *Sci. Pirmini vita*. En *Act. Sanct.* Nov. 2. p. 2 s. GUGAUD, L'oeuvre des Scotts dans l'Europe continentale, du V^e à la fin du XI^e s., en *Rev. Hist. Eccl.* 1908, 21 s. 255 s.

que comprendía Alsacia, Suabia y parte de Suiza; Baviera y Austria, que ocupaban la región meridional.

Las conquistas de los reyes merovingios, convertidos al catolicismo, fueron de gran trascendencia para el desarrollo ulterior de la Iglesia católica en estas regiones germanas. La Turingia fué evangelizada principalmente por los monjes irlandeses, sobre todo S. Kiliano († 688), llegados a Wurzburg hacia el año 685. Su ulterior desarrollo pertenece al período siguiente. En la *región renana*, donde se afianzó definitivamente el poder merovingio, se pudieron desarrollar los núcleos cristianos ya existentes, a lo que contribuyeron notablemente los nuevos monasterios allí establecidos. Son dignos de ser nombrados: el obispo franco *Goar*, hacia el año 560; el lombardo *Wulfaico*, por el 585; los obispos *Nicecio* (525-566) y *Magnerico* (566-596), de Tréveris, y *Kuniberto* (623-663), de Colonia; S. *Amando de Maastricht* (646-660), apóstol de Bélgica, y otros muchos.

Los alamanes o suabios deben el principio de su conversión a un santo irlandés, S. *Fridolín* († 530), junto con otros misioneros irlandeses. A principios del siglo VI fundó S. Fridolín el monasterio de Säckingen, no lejos de Basilea, que sirvió de centro de cristianización de las regiones vecinas. Hacia el 610 llegó a su vez S. Columba, arrojado de Borgoña, junto con su discípulo *Gallo*, los cuales, junto con otros monjes, se asentaron en *Tuggen*, cerca de Zürich, y luego en *Bregenz*, junto al lago de Constanza. Multitud de dificultades hicieron salir a S. Columba, el cual se dirigió a Italia, donde murió, mientras Gallo fundaba hacia 625 el célebre monasterio de *San Gallen*. Casi al mismo tiempo trabajaba apostólicamente en el país de Baden S. *Trudperto* († 643) y más tarde S. *Pirminio* († 754). La fundación del gran monasterio de Reichenau, realizada por éste en 724, cae ya en el siguiente período. Las sedes principales de esta región fueron: Estrasburgo (Argentoratum), Augsburgo (Augusta Vindelicorum), Basilea (Augusta Rauricorum), Constanza, Chur, etc.

BAVIERA Y AUSTRIA. Ya en la segunda mitad del siglo VI tenemos noticias de la conversión al Cristianismo del duque Garibald y su hija Teodolinda. Sin embargo, el movimiento de conversión de las masas no se inició hasta el siglo VII. Debe principalmente a S. Ruperto de Worms, llamado por esto apóstol de Baviera, el cual bautizó en Ratisbona al duque Theodo y fundó en Salzburgo una iglesia y un monasterio, dedicados a S. Pedro. Es muy dudosa la fecha de su actuación. Unos la ponen en la primera mitad del siglo VII, otros a fines de este siglo o principios del VIII. S. *Emmerano*, obispo de Poitiers y apóstol de Ratisbona, cruelmente martirizado el año 715, y S. *Corbiniano* († 730) de Chartres, fundador de la iglesia de Freising, trabajaron más bien a principios del período siguiente.

Fuera de las indicadas, existían todavía dos grandes regiones en Alemania: la *Frisia*, que correspondía a la actual Holanda, y *Sajonia*, que abarcaba el norte y centro de Alemania. De estos dos pueblos sólo el primero había sido evangelizado a fines del siglo VII; primero, entre 630 y 650 por el celoso obispo de Tongres, S. *Amando*, el cual organizó una pequeña iglesia en Utrecht; luego por S. *Eloi* († 660), obispo de Noyon, hacia el año 650, y por *Wilfrido de York* el 678. Su evangelización sistemática la inició S. *Willibrordo* († 738) en 690, verdadero apóstol de Frisia.

VI. El Islam, nuevo adversario del Cristianismo ¹²⁾

147. Al mismo tiempo que se efectuaba el cambio fundamental del occidente europeo y el Cristianismo se afianzaba de-

¹²⁾ El Korán. Ed. castellana. M. 1945. LAMAIRESSE ET DUJARRIE, Vie du Mahomed. 2 vol. P. 1898. PIZZI, L'Islamismo. Milano 1903. KLEIN, Religion of Islam. L. 1906. IRVING, Mahomet and his successors. L. 1909. MUIR, W., The life of Mohammed. Edinburgo 1913. PACCARD, A. J., Étude sur l'Islam primitif. Alençon 1913. SIMON, G., Der Islam und die christl. Verkündigung. 1920. SEITZ, A., Mohammeds Religionsstiftung. 1921. CARRA DE VAUX, Les penseurs

finitivamente en los nuevos pueblos germánicos, surgió en el Oriente un nuevo enemigo, que constituyó luego durante largos siglos el mayor peligro de la cristiandad. Este enemigo era el Islam, fundado en Arabia por Mahoma, que arrebató rápidamente al Asia, África y Europa naciones enteras, donde el Cristianismo se hallaba sólidamente establecido.

a) **Estado religioso de Arabia. Mahoma.** El santuario más célebre de la Arabia era el *Kaaba* de la Mekka, dedicado al dios Hobal-Allah, en el cual se veneraba, como personificación de Dios, la *piedra negra*. Juntamente se habían reunido en el mismo templo los ídolos de las diversas tribus, con lo cual había adquirido un carácter nacional.

En estas circunstancias se presentó *Mahoma*. Nacido en la Mekka hacia el año 570 de padres pobres, tuvo que ganarse la vida, hasta que en 595 se casó con una viuda bien acomodada, por nombre *Khadidja*. El desahogo de su nueva posición le proporcionó gran prestigio, y sobre todo largas horas de meditación, muy conforme con su carácter histérico. En estas ocasiones, pues, como lo refirió él mismo, a partir del año 610 comenzó a tener visiones, en las que se le manifestó que estaba destinado a restablecer el *Islam*, esto es, la sumisión a Dios, la religión antigua de Abraham y de Ismael, sacando así al pueblo árabe de la idolatría y corrupción en que vivía.

Sólo muy lentamente consiguió atraer en la Mekka algunos partidarios. Los primeros fueron su esposa, su suegro *Abu-Bekr* y su primo *Ali*. Los *Koraischitas*, que eran la tribu que custodiaba el santuario, se declararon abiertamente contra él. Entonces, habiendo muerto su esposa, se decidió a dar un paso decisivo. Reunió a unos doscientos partidarios suyos, y el 24 de septiembre del 622 salió con ellos de la Mekka y se dirigió hacia Jathrib, que en adelante se llamó *Medina*, ciudad del profeta. Esta salida de la Mekka (la *Héjira*) constituye la era mahometana: *julio 622*. Con el fanatismo que había infundido

de l'Islam. 4 vol. P. 1921-1925. MONTET, L'Islam. 1922. HASLUCK, F. W., Christianity and Islam under the Sultans. 2 vol. O. 1929. CASANOVA, P., y L. GARDETTE, Art. Mahomet y Mahometisme, en Dict. Th. Cath. BEY, E., Mahoma. Su vida. Nacimiento del Islam. Trad. por R. Mayoral. B. 1942. ARNOLD-GUILAUME, El legado del Islam. Trad. por E. de Tapia. M. 1944. ADDISON, J. TH., The Christian approach to the Moslem. A historical study. Nueva York 1942. PENUFLA, J. M., Mahoma, su carácter, su personalidad. En Arbor, 4 (1945), 5-100. BLANCHÈRE, R., Introduction au Coran. En Islam d'hier et d'aujourd'hui, vol. III, 1947. D'HERBIGNY, M., L'Islam naissant, en Or. Christ., 14, 2, pág. 180-327. BAMMATE, H., Visager de l'Islam. Lausana 1946. VECCHIA VAGLIERI, L., Islam. Nápoles, 1946. ZAKI-ALI, Islam and the World, 2.ª ed., L. 1947. NALLINO, A., Vita di Mahometto. R. 1946. BODLEY, R. V. C., The Messenger. The life of Mohammed. L. 1948. MASSÉ, H., L'Islam, 5.ª ed., P. 1948. LEVI-PROVENZAL, E., Islam d'Occident. Études d'Hist. médiéval. P. 1948.

a los suyos, logró fácilmente apoderarse de Medina y sus alrededores y constituirse allí jefe absoluto religioso y político.

Este éxito primero acabó de transformar su carácter. La suavidad de sus primeros años se convirtió en crueldad y ansia de placeres que justificaba con sus visiones. Por medio de la guerra debía ser extendido el Islam. El año 630 logró por fin conquistar la Mekka, limpió de ídolos el Kaaba y lo convirtió en santuario del nuevo movimiento monoteísta. Después de esto, las demás tribus árabes aceptaron sin dificultad la religión de Mahoma.

Al morir éste el 7 de junio de 632, casi toda la Arabia había sido sometida.

148. b) La religión del Islam. Las enseñanzas de Mahoma las reunieron los primeros califas, sucesores de Mahoma, en el libro llamado *Korán*, que significa *lectura*. Reproduce las supuestas revelaciones recibidas del ángel Gabriel y comprende 114 *Suras* o capítulos, cada uno de los cuales contiene cierto número de versos o *ajas*. Complemento del Korán son el *Hadith*, o el *Suna*, que son explicaciones prácticas de la doctrina mahometana. El *Korán* es a la vez un *código civil y religioso* de los *muslimes* o creyentes, que descende a las cosas más menudas de la vida.

El Islam es una religión formada de una mezcla de judaísmo, Cristianismo y diversos elementos árabes o persas. Sus *prescripciones dogmáticas* son sencillas: 1. *Fe en un solo Dios y en Mahoma su profeta*, en contraposición al politeísmo de los pueblos gentiles. 2. Distinción entre los ángeles buenos, como Gabriel, y los malos, como Satanás Iblis. 3. Fe en la resurrección, juicio final, infierno y paraíso. Junto con esto enseñaba un *fatalismo* exagerado y presentaba la felicidad del otro mundo de una manera sensual y grosera.

Los *preceptos de la moral* islámica se reducen a los siguientes: 1, *oración*, que debe hacerse cinco veces al día con el rostro vuelto a la Mekka; 2, *frecuentes lavatorios* para purificarse de diversas imperfecciones; 3, *ayuno* de quince días consecutivos cada año en el mes de Ramadán, desde la salida a la puesta del sol; 4, *peregrinación a la Mekka*, al menos una vez en la vida; 5, *limosnas* a los necesitados. Se permite la *poligamia*, de modo que se puede tener hasta cuatro mujeres; se prescribe la circuncisión, la renuncia al vino y carne de cerdo; se prohíben las imágenes. El Islam posee algunos puntos dignos de elogio, como la guerra intensa al politeísmo y a la idolatría, y el haber arrancado al árabe multitud de vicios, como la borrachera y la opresión de la mujer, infundiéndole cierto espíritu religioso. En cambio, sus defectos son fundamentales. Tales eran: su fatalismo religioso, la glorificación de la poligamia y su concepción grosera de la otra vida.

149. c) El Cristianismo frente al Islam. Después de la muerte de Mahoma, la nueva religión inició un progreso vertiginoso. Sus sucesores, los *califas* (o lugartenientes), continuaron ejerciendo el poder más absoluto, civil y religioso. *Abu-Bekr* (632-634) comenzó la guerra santa contra Palestina y las regiones del Eufrates. Los Califas hasta 661 y los Omeiadas hasta 750 conquistaron rápidamente diversas regiones del oriente y del norte del África, entraron en 711 en España y llegaron a las Galias, hasta que Carlos Martel en Poitiers (732) y Pelayo con su pequeño reino de Asturias pusieron límite a sus mejores conquistas. El Imperio bizantino tuvo que perder varias de sus mejores provincias, pero Constantinopla supo resistir a los repetidos embates del fanatismo islamita.

En medio de esta inundación general del islamismo, los cristianos tuvieron que sufrir lo indecible. En Arabia fué completamente destruido el culto cristiano. Por efecto de esto, poco a poco los patriarcas de Jerusalén, Antioquía y Alejandría perdieron toda su significación; en todo el norte de África y en otras regiones conquistadas por los mahometanos el Cristianismo desapareció casi por completo.

CAPÍTULO III

El dogma y la herejía: herejías trinitarias

150. Si la historia *externa* de este período fué tan revuelta, a pesar del triunfo de la Iglesia y de la cristianización del Imperio, mucho más lo fué la *interna*, sobre todo en lo referente a las luchas contra la herejía. El favor oficial que recibía la Iglesia y su rápido crecimiento trajeron consigo una serie de errores y herejías extraordinariamente peligrosas, a lo cual daba ocasión el hecho de que los dogmas fundamentales de la Redención no estaban todavía definidos. En esta lucha borrasca fueron un instrumento providencial los Santos Padres y las grandes asambleas de los Concilios ecuménicos.

I. Idea general de las herejías de este período ¹⁾

Podemos distinguir tres grupos o aspectos, que marcan *diversas tendencias* de la herejía, a las que hay que añadir algunas herejías de carácter más independiente.

a) **Herejías trinitarias.** El primer grupo lo forman las herejías que tienen por objeto la Trinidad, que no fueron otra cosa que una continuación de las expuestas en el período anterior. Ante todo se trató de fijar bien la *relación entre el Hijo y el Padre*, por lo cual tuvieron que ser condenadas las herejías del *arrianismo* y *semiarrianismo* con todos sus variados matices, que coincidían en la *negación* de la consubstancialidad entre el Hijo y el Padre, es decir, en la *negación* de la divinidad del Hijo. Más tarde se extendió la misma discusión al Espíritu Santo, cuya divinidad también era puesta en duda por los *neumatómacos* o *macedonianos*. En los dos Concilios ecuménicos de Nicea (325) y Constantinopla (381) se definieron los dos dogmas de la consubstancialidad del Padre con el Hijo y con el Espíritu Santo.

151. b) **Herejías cristológicas.** El segundo grupo de herejías, el más persistente y peligroso, era propiamente una derivación del pri-

¹⁾ Véanse las obras generales y las Historias de los Dogmas o Concilios en bibli. gen.

mero; pues, admitida la divinidad del Hijo, se seguían una serie de problemas, *dificilísimos* de resolver, todos los cuales tenían por objeto la unión entre la naturaleza divina y la humana en el Verbo Encarnado. En primer lugar se tuvo que rechazar el *apolinarismo*, que sólo admitía en Cristo una naturaleza humana incompleta; el *lógos* divino suplía al *voûs*, o alma superior (Concilio I de Constantinopla, 381). En segundo lugar el *nestorianismo*, que admitía dos naturalezas completas, pero unidas de tal manera, que formaban también dos personas distintas (Concilio de Éfeso, 431).

La tercera herejía fué el *monofisitismo* de Eutiques, que iba al extremo opuesto, defendiendo en Cristo tal unión de las dos naturalezas, que se fundían en una sola (Concilio de Calcedonia, 451). La cuarta, es decir, el *monotelismo*, que no es otra cosa sino una nueva forma de monofisitismo, defendía una sola voluntad física en Cristo (Concilio III de Constantinopla, 680-681). Contra todas estas herejías definió la Iglesia que la naturaleza humana de Cristo es completa; que en Cristo hay dos naturalezas, la divina y la humana, pero unidas de tal manera que forman un solo supósito o persona, y que cada una de las dos naturalezas tiene propia voluntad física, por lo cual en Cristo hay dos voluntades, la divina y la humana.

152. c) **Herejías soteriológicas.** El tercer grupo de herejías se refiere a los medios de *salvación* del hombre, por lo cual se las denomina soteriológicas o antropológicas. Estas son: el *pelagianismo*, que negaba el pecado original y la necesidad de la gracia para obrar el bien, y el *semipelagianismo*, que sostenía que, al menos para el principio de la fe y de la justificación y para la perseverancia final, el hombre tiene bastante con sus propias fuerzas.

Fuera de estos grupos, son dignos de consideración algunos errores o herejías de carácter más o menos esporádico e independiente: el *donatismo*; diversos errores y cismas que se originaron de las *tiendas arrianas*; cuestión de los *Tres Capítulos*; controversias *origenistas* y errores gnósticomatistas de Prisciliano.

II. Los donatistas, *en orden cronológico* Desarrollo y fin de esta herejía ²⁾

153. La primera herejía que cronológicamente se nos presenta en este período es la del donatismo, fruto de un partido de exaltados del África, continuadores de las doctrinas rigoristas de Montano y Tertuliano. *o rigorista.*

²⁾ *Monumenta vetera ad Donat.*, hist. pert., PL., II. S. Optat. Milev., De schismate Donat. PL., II, 883 s. ed. ZWISL, Corp. Scr. Eccl. Lat., 26. 1893. S. Augustin, Diversos escritos, PL., 40. LECLERCQ, H., L'Afrique chrétienne. P. 1904. MONCEAUX, Histoire littéraire de l'Afrique chrétienne depuis les origines jusqu'à l'invasion barbare, III, IV. P. 1905-1912. Id., Le Donatisme. 1912. MESNAGE, J., L'Afrique chrétienne. P. 1913. FONK, F. J., Die Zeit der ersten Synode von Arles. En Kg. Abhl., I, 352 s. BATTIFOL, P., La paix constantiniennne, cap. V. Id., Le catholicisme de St. Augustin, 2 vol. P. 1920. DUCHESNE, L., Le dossier du donatisme. En Mém. arch. et hist., 1890, X, 589 s. MARTROYE, F., Donatistes et Circumcellions. En Rev. Q. hist., 76 (1904), 353 s. Id., Art. Circumcellions, in Dict. Arch. Id., La répression donatiste et la politique relig. de Constantin... en Afrique. 1914. CHAPMANN, Donatus the Great and Donatus of Casae Nigrae. En Rev. Bén., 1909, 13 s. SPARROW-SIMPSON, St. Augustin and African Church divisions. L. 1910. LECLERCQ, H., Art. Donatisme, in Dict. Arch. BAREILLE, G., Art. Donatisme, in Dict. Th. Cath. ANDOLLENT, Art. Afrique, in Dict. Géogr. Hist.

a) **Carácter y primer desarrollo del donatismo.** La base del donatismo era el principio de que la eficacia de los sacramentos depende del estado de gracia del ministro. Pero la *ocasión y verdadera causa* de este movimiento fueron muy distintas. A la muerte de Mensurio el año 311, fué elegido obispo el archidiacono Ceciliano, lo cual dió ocasión a un grupo de exaltados, enemigos suyos, para levantarse contra él. El alma del levantamiento era *Donato*; pero la matrona *Lucila*, con su oro y el odio que profesaba al nuevo obispo, fué la que más contribuyó a darle fuerza. El hecho es que el grupo de Donato, al que se unieron todos los descontentos, reunió un conciliábulo en Cartago el año 312 y en él depusieron a Ceciliano, elevando en su lugar a Mayorino, y tres años después al propio Donato. La razón que se dió fué que Ceciliano había sido consagrado por un *traditor*, o apóstata en la persecución, por lo cual su consagración era inválida.

154. b) **Lucha contra el donatismo.** En un principio pareció fácil el sofocar este movimiento; pero por las pasiones que se excitaron y el mucho oro de Lucila, fué adquiriendo proporciones gigantescas y llegó a preocupar a los emperadores. Todos los jueces a quienes apelaron los donatistas resolvieron contra ellos.

Ante todo, acudieron a Constantino. Éste señaló árbitros al Papa Milciades y tres obispos galos, los cuales, después de examinar el asunto, se decidieron por Ceciliano. En segundo lugar, el procónsul del África hizo investigaciones y averiguó que el obispo que había consagrado a Ceciliano no era traditor. Mas aún, el año 314 el Concilio de Arlés declaró que la consagración de un traditor era válida. Finalmente, exigieron que el Emperador personalmente decidiera, y él decidió contra los donatistas.

Nada de esto satisfizo. Así, pues, se iniciaron las medidas de rigor, que durante todo el siglo fueron alternando con otras de blandura. Su fanatismo creció con la persecución. A la Iglesia católica la llamaban la impura o Iglesia de traidores. Ellos, en cambio, eran los santos y puros. Sus tropas de conquista las formaban ejércitos de vagabundos, que iban por todas partes destruyendo las iglesias, etc. Se los denominaba «circumcelliones» o «agonísticos».

Los emperadores Constancio, Valentiniano y Teodosio no consiguieron dominarlos. A fines del siglo IV se les opuso *Optato de Mileve*; pero, sobre todo, luchó literariamente contra ellos *S. Agustín*, el cual desde 393 escribió diversas obras contra los donatistas. En un principio creyó que podría convencerlos, y por esto rechazaba el uso del rigor; pero luego vió que era imposible, y así, se mostró partidario del empleo de la fuerza. El año 411 se celebró, por inspiración del Santo, la célebre *collatio* de tres días, en la que tomaron parte doscientos ochenta y seis obispos católicos y doscientos setenta y nueve donatistas. Pero no obstante los esfuerzos de S. Agustín, no se llegó al resultado apetecido.

Por esto se intensificaron las medidas de rigor contra la herejía. Se quitó a los donatistas el derecho de ciudadanía y se prohibieron sus reuniones bajo pena de muerte. Solamente la invasión de los vándalos, hacia 430, acabó con estos herejes fanáticos.

III. El arrianismo en su primera etapa. Primer Concilio ecuménico, Nicea, 325 ³⁾

155. El arrianismo puede considerarse como una reacción exagerada contra el sabelianismo. Éste no admitía distinción de personas en la Trinidad. El arrianismo, en cambio, separaba de tal manera al Hijo del Padre, que negaba que fuera Dios y consubstancial con él.

a) **Arrio y su doctrina.** En la escuela de Antioquía se habían defendido ya ideas semejantes; pero el que dió forma plástica a esta herejía fué Arrio, natural de Libia y discípulo de esta escuela. Desde 318 comenzó a enseñar esta doctrina: no hay más que un solo Dios, eterno e incommunicable. El Verbo, Cristo, no es eterno, sino creado de la nada (*ἐξ οὐκ ὄντων*). Por tanto, verdadera criatura, mucho más excelente que las demás; pero no consubstancial con el Padre (*ποίημα τοῦ Πατρὸς*). Por consiguiente, no es Dios.

Por otra parte, aunque el Verbo no es Dios, por sus grandes excelencias, como primogénito de toda creatura, está por encima de todo lo demás y ha sido elevado a una verdadera impecabilidad. Así, pues, podemos llamarlo Dios *καταχρητικῶς*, es decir, por abuso o extensión.

Todo esto procuraba Arrio probarlo e ilustrarlo con la Sagrada Escritura, para lo cual le servían los textos que marcan la diferencia y una aparente subordinación entre el Hijo y el Padre. Así, el texto de los Prov. «Dominus creavit me», y el «Pater maior me est», de S. Juan. Con esto, desde un principio encontró muchos adeptos entre los letrados procedentes del helenismo; pues como destruía el misterio de la Trinidad, se hacía fácilmente inteligible a todos. Eran un racionalismo acomodado a su tiempo. Por otra parte, a los teólogos cristianos, que tenían constantemente el fantasma del sabelianismo, les resolvía esta dificultad de una manera radical.

156. b) **Primeras medidas contra Arrio.** No obstante la astucia de Arrio, pronto fué advertido por su obispo Alejandro. Éste probó primero toda clase de medios suaves para convencerlo de la falsedad de su doctrina; pero al fin reunió el año 321 en Alejandría un sínodo de cien obispos, que condenó expresamente aquella doctrina. El heresiarca no se sometió. Dirigióse entonces a Palestina; luego a Nicomedia; compuso su famosa obra *Θαλαία* y otras varias. Al poco tiempo estaba de su parte el

³⁾ ARRIO, PG., 26, 16 s., 705. S. Athanasio, Diversas obras. Contra Arrianos, libri 4. Apologiae, libri 3. De decretis Nicaenae synodi; De synodis Arimini et Sententiae celebr.; Historia Arrianorum ad monachos, PG., 25, 27. S. Epiphanius, Haer., 68, 69, 71-74. PG., 41-42. TILLEMONT, S. L. DE, Mémoires... 6, 239 s. COUNS, N. C., Arius the Lybian, L. 1922. ZEILLER, J., Arianisme et religions orientales dans l'Empire romain, en Rech. Sc. Rel., 18 (1928), 3-86. LE BACHELET, art. en Dict. Th. Cath. CAVALLERA, F., art. en Dict. Geogr. Hist.

obispo Eusebio de Nicomedia. Eusebio de Cesarea le manifestaba claramente su simpatía.

Ante estos acontecimientos, el emperador Constantino creyó que debía intervenir. Ante todo dirigió una carta al obispo Alejandro de Alejandría, pidiéndole que procurara poner término a la cuestión; mas no se obtuvo nada. Entonces envió a su consejero Osio, obispo de Córdoba; pero éste tampoco consiguió la paz. Entonces, aconsejado por Osio, se decidió el Emperador a convocar un Concilio.

157. c) Concilio de Nicea, 325 ⁴⁾. Fué convocado por Constantino con el fin de obtener la unidad religiosa. Para ello dio todas las facilidades, con lo cual llegaron a reunirse más de trescientos obispos. Entre ellos había muchos muy ilustres, Alejandro de Alejandría con su diácono Atanasio, Osio de Córdoba y los representantes del Papa, Vito y Vicente. Según parece, lo presidió Osio con los legados Pontificios. Constantino se halló también presente y dirigió la palabra a los Padres congregados. Por parte de los amigos o simpatizantes con Arrio se hallaban Eusebio de Nicomedia, Eusebio de Cesarea y otros varios. *La fórmula para la doctrina — que había en sus*

En la cuestión principal, acerca de la doctrina arriana, los herejes querían soslayar la dificultad proponiendo fórmulas de la Sagrada Escritura que admitieran una interpretación conforme a sus ideas. Por fin, vencidas muchas dificultades, a propuesta, según parece, de Osio, se presentó la fórmula *ὁμοούσιος τῷ Πατρὶ*, *consubstantialis Patri*, con la cual se afirmaba ser el Hijo de la misma substancia que el Padre, por tanto, igual a Él, Dios como Él. Los arrianos se resistieron a admitir esta expresión, alegando que no era de la Escritura y era sospechosa de sabelianismo. Esto no obstante, al fin prevaleció, se introdujo en el símbolo llamado de Nicea y se obligó a todos los Padres a que la suscribieran. Sólo dos obispos arrianos se negaron a admitirla, y por esto fueron desterrados junto con Arrio.

La cuestión sobre el autor de la expresión *ὁμοούσιος*, y en general del símbolo de Nicea, es todavía muy discutida. S. Atanasio afirma expresamente que se debe a Osio, lo cual, por otra parte, parece muy natural, dada su significación. Consta asimismo por otras fuentes que el mismo Atanasio tuvo parte en la redacción del símbolo. Sea de esto lo que se quiera, el hecho es que la expresión era acertada y expresaba con toda exactitud el dogma católico. Una vez aprobado el símbolo por el Concilio, el Emperador lo tomó por su cuenta, anunciando que los que no lo firmaran serían desterrados. A esto sin duda se debe el que, aun la mayor parte de los amigos de Arrio, lo aceptaran. El mismo Eusebio de Nicomedia, que era director del partido en el Concilio, lo firmó. Sólo el obispo Segundo, de Ptolemaida, y Tomás de Marmárica se negaron a firmar, y en consecuencia tuvieron que marchar al destierro. Poco después fué desterrado también Eusebio de Nicomedia.

El Concilio se ocupó, además, en varios otros asuntos de menor importancia: el *cisma de Melecio* fué resuelto con blandura; la cuestión de la fecha de la celebración de la Pascua quedó definitivamente resuelta; se dieron veinte cánones, en que se trata la cuestión del bautismo de los herejes (8, 19), de los lapsi (10-14) y se resolvieron otros asuntos.

IV. Crecimiento del arrianismo. Constancio ⁵⁾

158. El mayor obstáculo para los amigos de Arrio era el emperador Constantino. Por esto Eusebio de Cesarea, gran amigo del monarca y simpatizante con las doctrinas arrianas, trabajó junto con otros para atraérselo.

a) Primeros triunfos del arrianismo. Su primer triunfo fué que se revocara en 328 el destierro de Arrio y de los otros. Como el mismo año 328 fuera elegido Atanasio para la silla de Alejandría, los arrianos unieron todos sus esfuerzos contra él, por medio de calumnias y difamaciones de todas clases. Como complemento del levantamiento del destierro de Arrio, obtuvieron que éste pudiera entrar en Constantinopla, donde hizo en 331 una profesión de fe ambigua.

El segundo triunfo fué el destierro de Atanasio. Multiplicaron sus calumnias contra él ante el Emperador. Pero Atanasio pudo defenderse. Entonces los arrianos, unidos con los melecianos, reunieron en Tiro un sínodo el año 335. Se presentaron de

⁴⁾ ALÈS, A. D., Le dogme de Nicée. P. 1926. BARDY, G., Art. Antioche, en Dict. Droit. KNELLER, Papst und Konzil im ersten Jahrtausend. En Z. kath. Th., 1908, 58 s. ID., Das Papsttum auf dem ersten Konzil von Nizäa. En Stimm. Mar. L., 77 (1909), 503 s. BURN, A. E., The Council of Nicaea... L. 1925. BATEFOL, P., Les sources de l'hist. du Concile de Nicée. En Ech. d'Or., 28 (1925), 385 s. AN. S. Tarr., II (1926), serie de art. dedicados al Conc. de Nicea. BARDY, G., La politique religieuse de Constantin après le Concile de Nicée. En Rech. Sc. Rel., 8 (1928), 516 s. ID., Saint Athanase. En Les Saints. P. 1914. LE BACHELET, X., Art. Arrianisme, en Dict. Th. Cath. CAVALLERA, F., Art. Arrianisme, en Dict. Géogr. Hist. ID., St. Athanase. (La pensée chrét.) P. 1908. ORTIZ DE URBINA, I., El símbolo de Nicea. M. 1947.

⁵⁾ S. Atanasio, Apología contra Arrianos; Hist. Arian. ad mon.; De synodo Arim.; De morte Arian.; Apol. ad Constant., etc. PL., 10. Sulp. Severo, Chron. libri II. PL., 20. S. Atanasio: Monogr. MÜLLER, A., 2.^a ed. 1844; LAUCHERT, F., 1895-1911; CAVALLERA, F., 1908; BARDY, G., 1914. LOOPS, F., Art. Athanasius, en Realenzykl. pr. Th. LE BACHELET, X., Art. Athanasie, en Dict. Th. Cath. BARDY, G., Art. Athanasie, en Dict. Géogr. Hist. VOISIN, G., La doctrine christologique de St. Athanasie. En Rev. Hist. Eccl., 1 (1900), 226 s. HAGET, K. F., K. und Kaisertum in Lehre und Leben des Athanas. 1933. LARGENT, St. Hilaire. En col. Les Saints. P. 1902. LE BACHELET, Art. Hilaire, en Dict. Th. Cath. FEDER, A., Studien zu Hilarius von Poitiers, I, Anhang. 2, p. 153-183. Viena 1910.

nuevo las calumnias, en particular la del supuesto asesinato de Arsenio. En vano las rebatió Atanasio una por una. Por fin lo condenaron por sabelianismo y le depusieron de su silla. Unos y otros acudieron al Emperador. Eusebio de Nicomedia y Eusebio de Cesarea, ayudados de Ursacio y Valente, llegaron al colmo de sus esfuerzos: el Emperador, en un arrebató de cólera, desterró a Atanasio a Tréveris.

El colmo lo obtuvieron cuando arrancaron de Constantino una carta dirigida a los habitantes de Alejandría, en la que les imponía que recibieran solemnemente en la Iglesia al mismo Arrio. No se pudo efectuar esta infamia por muerte de éste, sobre la cual se forjaron después diversas leyendas. La deposición de Marcelo de Ancira, amigo de Atanasio, en un sínodo de Constantinopla fué el complemento de todos estos actos.

Con la muerte de Constantino en 337, entra el arrianismo en una nueva etapa. Atanasio pudo volver en seguida del destierro. Los arrianos, en cambio, consiguieron apoderarse violentamente de la silla de Constantinopla. Para ella fué nombrado Eusebio de Nicomedia en 338. Entonces quisieron apoderarse a todo trance de Alejandría, la sede de Atanasio. Arreciaron, pues, de nuevo en sus calumnias delante del emperador Constancio y delante del Papa Julio, y sin esperar la respuesta de éste, en un sínodo de Antioquía de 340, renovaron la deposición de Atanasio dada ya por ellos en Tiro el año 335. En su lugar fué nombrado un tal Gregorio de Capadocia, que entró en Alejandría apoyado por las armas de Constancio, mientras Atanasio huía a Roma.

Entonces el Papa Julio, en el sínodo de Roma de 341, conociendo perfectamente el estado de las cosas, declaró solemnemente la inocencia de S. Atanasio. Con esto quedaron los campos bien deslindados. S. Atanasio al lado del Papa, frente a los arrianos. La respuesta al acto del Papa la dieron los arrianos en otro sínodo de Antioquía, el mismo año 341. No contentos con deponer otra vez a Atanasio, concretaron su doctrina en cuatro fórmulas, llamadas fórmulas de Antioquía, en las cuales, contra lo que era de esperar, se expresan con cierta moderación, rechazan a Arrio y, en conjunto, admiten interpretación ortodoxa. En estas circunstancias, en 342 murió Eusebio de Nicomedia.

159. b) Triunfos transitorios de la ortodoxia ⁶⁾. El decenio que sigue (342-352) fué ganando terreno la causa de Atanasio o de Nicea. En esto influyeron el emperador de Occidente, Constante, y el Papa Julio. La primera señal de este cambio fué el Concilio de Sárdica de 343. Fué convocado por el Papa Julio y presidido por Osio y los legados pontificios. Se presentaron noventa obispos ortodoxos y setenta y seis arrianos.

⁶⁾ GUMMERUS, J., Die homousian. Partei. (356-361), 1900. RASNEUR, G., L'homousianisme dans ses rapports avec l'orthodoxie. En Rev. Hist. Eccl., 4 (1903), 189 s., 411 s. CAVALLERA, F., Le schisme d'Antiochie. (4^e-5^e siècle). P. 1905. LOORS, F., Zur Synode von Sardica. En Th. Stud. Krt., 1909. In., Das Glaubensbekenntnis der Homousianer von Sardica. En Abhl. preus. Ak. Wiss. Berl., 1909. 3 (1902), 396 s.

Contra el veto puesto por los arrianos, se aprobó la conducta de Atanasio y proclamó el Credo de Nicea. Los arrianos se marcharon y celebraron un conciliábulo en Tracia.

Completando la obra de Nicea, el Concilio publicó veinte cánones disciplinares. Tres de ellos (3, 4, 5) fijaban las normas y condiciones para las apelaciones a Roma, con lo cual se reconocía a Roma como el tribunal supremo de apelación. El canon 6 eliminó definitivamente los obispos de campaña (*ypoperioronoi*). Por otra parte, se envió al Papa un escrito sinodal y otro a los habitantes de Alejandría.

Un segundo triunfo se obtuvo en el sínodo de Antioquía de 344, en que los mismos arrianos se vieron obligados a deponer a uno de sus jefes, el obispo Esteban de Antioquía. El tercero y más notable fué el levantamiento del destierro de Atanasio. Así, el 21 de octubre de 346 pudo celebrar éste su entrada triunfal en Alejandría. Las cosas llegaron al extremo de que Ursacio y Valente, jefes del movimiento arriano, pidieron al Papa ser recibidos de nuevo en la Iglesia.

160. c) Apogeo de la causa arriana. Sin embargo, desde 352 se verificó otro cambio en favor de los arrianos. Esto se debía a la muerte en 350 del emperador Constante, que dejó a Constancio, amigo de los arrianos, dueño único de todo el Imperio; y a la del Papa Julio, ocurrida el año 352, gran defensor de Atanasio. Con esto se envalentonaron los arrianos, y así desde 353 a 360 celebraron los mayores triunfos.

Ya en 351, en un sínodo de Sirmio, compusieron la primera fórmula de este nombre, que no parece herética. El sínodo de Arlés de 353 fué todo él un tejido de intrigas de Ursacio y Valente. En el de Milán de 355 todavía llegó más adelante la arbitrariedad y violencia de los arrianos. Dos obispos que se resistieron a condenar a Atanasio fueron desterrados. El complemento lo forman los actos violentos de Alejandría, de febrero de 356. A duras penas logró Atanasio escaparse al desierto, perseguido encarnizadamente por los arrianos.

En el destierro de Atanasio se desarrollaron escenas de la mayor violencia. La iglesia a donde él se había refugiado fué tomada por la fuerza; pero al fin consiguió escapar, gracias a la colaboración de algunos amigos. Mas hallándose ya en el desierto, siguieron sus enemigos persiguiéndole, y con esta ocasión tuvieron lugar algunas escenas, descritas por él mismo, y otras que ha añadido la leyenda. En Alejandría fué colocado como sucesor suyo el intruso Jorge de Capadocia.

V. El Papa Liberio y Osio de Córdoba. Derrota definitiva del arrianismo

161. Una vez arrojado de su sede Atanasio, dirigieron sus esfuerzos contra las principales columnas de la cristiandad, el Papa Liberio y Osio de Córdoba.

a) Cuestión del Papa Liberio ⁷⁾. Ante todo, quisieron atraer a su parte al Papa Liberio. Para ello, envióle Constancio

⁷⁾ Cartas del Papa Liberio, en Jaffé, Regesta Pont., 2.^a ed., p. 32-36. S. Atanasio, Hist. Arrian., 35-41; Apol. contra arian. PG., 25, 733-741, 409. S. Hilario,



un legado especial cargado de donativos. El Papa lo rechazó. Entonces fué apresado y conducido a Milán ante Constancio. El Papa se mantuvo firme en la defensa de Atanasio y de Nicea. A los tres días fué conducido al destierro en Berea de Tracia, donde fué objeto de constantes vejaciones, hasta que, dos años después, en 358, pudo volver a Roma.

¿Qué hizo, pues, el Papa Liberio para poder volver a Roma? Ésta es la cuestión debatida. Para entenderla, conviene tener presentes algunos hechos referentes al desarrollo del arrianismo.

En primer lugar, durante este período se había marcado una triple división entre los arrianos: unos, llamados *anomeos* (de *ἀνομος*, semejante, no-semejante), defendían el arrianismo puro, según los cuales, Cristo no era en nada semejante al Padre; otros, los *homeos*, admitían alguna semejanza, pero limitándola a la voluntad y actividad; otros, los *homeousianos* (de *ὁμοιος* y *οὐσία*), admitían una semejanza en todo, incluso en la esencia. Los dos últimos grupos se llamaban semiarrianos y eran los que predominaban. Consecuencia de este estado fueron las diversas fórmulas que se publicaron. El año 357 se hizo pública la segunda fórmula de Sirmio, rígidamente arriana; el año 358, en cambio, en Ancira, la tercera fórmula de Sirmio, que doctrinalmente no era herética.

Pues bien, según parece, el Papa Liberio admitió la tercera fórmula de Sirmio, que se le puso como condición para volver a Roma. Como tiene sentido ortodoxo, no erró en la fe; pero, además, consta que en seguida puso en claro su intención ortodoxa en un suplemento, en el que excluía de la Comunión de la Iglesia al que no admitiera una semejanza en la esencia y en todo entre el Padre y el Hijo.

Tal es la solución que nos parece más verosímil, en cuyo favor, además de la conducta del mismo Papa antes de este conflicto y después de él, se trae el testimonio expreso de Sozomeno (4, 15). En este mismo sentido pueden interpretarse los textos de S. Atanasio (Hist. Arrian. ad monachos, c. 41), S. Jerónimo (Chron. ad ann. 352), Filostorgio (Hist. Eccl., 1, 4) y S. Hilario (Contra Const., cap. 11). Muy discutidas, por otra parte, son las cuatro célebres cartas de Liberio, que autores modernos muy respetables tienen por auténticas. Conforme a la segunda, el Papa admitió la primera fórmula de Sirmio, parecida a la tercera. Algunos autores, finalmente, como Baronio, Tillemont,

Natalis Alexander y Bossuet, sostienen que Liberio cayó en la herejía, firmando la segunda fórmula de Sirmio, y en este sentido interpretan las palabras de S. Atanasio y demás autores que hablan de una caída. Pero aun en esta suposición, sólo se trataría de una caída personal, pues aquello no era un documento «ex cathedra», y así esto no ofrecería dificultad contra la infalibilidad pontificia. Por camino muy diverso van otros defensores del Papa Liberio, los cuales afirman que volvió a Roma simplemente porque una comisión de matronas romanas obligó con sus instancias a Constancio a levantar el destierro del Papa. De hecho consta que en 357 acudieron al Emperador.

162. b) Cuestión de Osio de Córdoba ⁸⁾. Los arrianos movieron cielo y tierra para hacer caer a Osio. Como el Papa, fué conducido a Milán, donde el mismo Constancio trató de vencerle de que condenara a Atanasio. Él se mantuvo íntegro y aun escribió una hermosa carta al Emperador. Esto exasperó a Ursacio y Valente y al emperador Constancio. Osio fué conducido a Sirmio, donde permaneció un año desterrado y rodeado de arrianos. ¿Qué pasó en este tiempo? ¿Cedió a las violencias de los adversarios?

S. Atanasio dice: «Cedió a los arrianos un instante, no porque nos creyera a nosotros reos, sino por no haber podido soportar los golpes a causa de la debilidad de la vejez». Algo parecido dicen otros escritores. ¿Qué hay que decir sobre esto? Algunos, sobre todo Maceda, rechazan estos testimonios como interpolados (no falta fundamento para creerlo) y niegan que Osio cediera en nada. Otros, en cambio, van al extremo opuesto admitiendo no sólo la afirmación de S. Atanasio, sino lo que propagaron después sus adversarios, que prevaricó y murió obstinado.

Contra estos pareceres opuestos *creemos que es más prudente la opinión de Batiffol*: que no podemos fiarnos de ninguna noticia sobre este asunto; pues como durante este año Osio estaba rodeado únicamente de arrianos, todo lo que se supo sobre él nos vino por su medio, y como ellos tenían sumo interés en hacer creer la caída de Osio, pudieron decir lo que les pareció. En todo caso, si se insiste en la autoridad de S. Atanasio, hay que admitir la caída con todas sus atenuantes, sobre todo, que se arrepintió luego y murió bien.

163. c) Derrota definitiva del arrianismo. Por todo esto, se ve que el arrianismo, sobre todo en la forma moderada del semiarrianismo, promovido por Constancio, estaba en su apogeo este año 358.

Este apogeo se celebró en el *sínodo Rímni-Seleucia de 359*. En Rímni se reunieron los occidentales (320 ortodoxos, 80 arria-

Fragmenta hist., ed. Corp. Scr. Eccl. Lat., 65, ed. PG., 626 s. S. Jeronimo, Chronica, ad an. 365; De vir. illust., n.º 97, PL., 27, 501; 23, 697. BATIFFOL, P., La paix constantinienne..., p. 165-181; 488-494; 512-521. SALTET, Les lettres du Pape Libère de 357. En Bull. litt. Eccl., 1907, 279-289. SAVIO, Il Papa Liberio e le falsificazioni degli ariani. In Civ. Catt., 1907. Id., Nuovi studi sulla questione di Papa Liberio. Ib. 1909. Id., La questione di Papa Liberio. Fede e Scienza. R. 1907. ZEILLER, La chute du Pape Libère. En Rev. Apol., 3 (1907), 589 s. WILMART, DOM, La question du Pape Libère. En Rev. Bén., 25 (1908), 360 s. CHAPMANN, DOM, The contested letters of Pope Liberius. En Rev. Bén., 27 (1910). ALÈS, A., d', Art. Libère, en Dict. Apol. AMANN, R., Art. Libère, en Dict. Th. Cath. LECLERCQ, H., Art. Libère en Dict. Arch. MORO, C., La cuestión del Papa Liberio, en Rev. Ecl., 10 (1936), 239 s.

⁸⁾ Véase sobre todo VILLADA, I, 2, p. 11 s. Además: MACEDA, M. J., Hosius vere hosius... Bononiae 1790. TILLEMONT, Mémoires pour servir à l'histoire eccles., t. 7, p. 300-321, Venise 1732. FLÓREZ, España Sagrada, vol. 10, 1753, págs. 159-208. GAMS, Die Kirchengeschichte von Spanien. 1862. s. MENÉNDEZ Y PELAYO, M., Heterodoxos españoles. 2.ª ed. II, 33 s. M. 1917. PUEYO, Hacia la glorificación de Osio. M. 1926. CUNILL, S., Osius, bisbe de Córdova. En An. S. Tarr., 2 (1926), 285-299.

nos), en Seleucia los orientales. En Rímini la mayoría había decidido proclamar el símbolo de Nicea. Los semiarrianos propusieron la *cuarta fórmula de Sirmio* con la expresión *ὁμοιους τῷ Πατρὶ κατὰ πάντα*, semejante al Padre en todo. Pero no satisfizo. Al fin el emperador Constancio obligó a aceptarla con una ligera modificación, que la empeoraba. La mayor parte la suscribieron por fuerza. El sínodo de Seleucia, por su parte, tuvo escasa importancia, pues todos los reunidos se plegaron sin dificultad al Emperador.

Las maniobras empleadas en este doble Concilio indican bien claramente el sistema de intimidación y violencia usado por Constancio y sus protegidos, los semiarrianos. En Rímini más del ochenta por ciento eran partidarios de la ortodoxia. Sin embargo, Constancio y los dirigentes del semiarrianismo, Ursacio y Valente, comenzaron por no preocuparse por la representación pontificia, con la excusa de que al volver el Papa Liberio a Roma se había encontrado con el antipapa Félix, con quien se hallaba en abierta lucha. Pero lo peor fué que ya desde el principio se propuso a todos los reunidos la *cuarta fórmula de Sirmio* para que la suscribieran. La mayoría de los ortodoxos la rechazó; Ursacio y Valente, en cambio, con los suyos, la aceptaron. Seguros éstos del apoyo imperial, no cedieron un punto al número inmensamente mayor de los ortodoxos, por lo cual fué elegida por cada parte una representación de diez miembros, y unos y otros partieron a Tracia, a la pequeña población de Nike, donde se hallaba el Emperador. Aquí sucedió lo que era de temer. Constancio dió todo su apoyo a los arrianos, y por medio de halagos y amenazas no paró hasta conseguir doblegar la resistencia de los diez delegados de la mayoría. Con esto convinieron los veinte en una fórmula (la *fórmula de Nike*), que empeoraba todavía la precedente, pues en ella se omitía la expresión *κατὰ πάντα*, de modo que sólo quedaba: *ὁμοιους τῷ Πατρὶ*, semejante al Padre.

Volviéron, pues, todos a Rímini, y aunque los obispos ortodoxos se representantes de Rímini y Seleucia, no hizo otra cosa que confirmar también ellos, sujetos a las mayores vejaciones, fueron aceptando la fórmula definitiva de Nike. El prefecto de pretorio Taurus, que tenía orden de desterrar a los que no la suscribieran, no tuvo que desterrar a ninguno.

En Seleucia, los ciento cincuenta miembros estaban divididos en dos grupos: ciento cinco se presentaron como *homoiousianos*, con tendencias más ortodoxas; los demás formaban el grupo de los *homeos* o *acacianos* por su jefe Acacio, que se atenían a la cuarta fórmula de Sirmio. Bien pronto llegaron a una ruptura, que hizo imposible toda negociación. Unos y otros enviaron sus representantes a Constantinopla, donde se repitió lo sucedido en Rímini. Los ciento cinco *homoiousianos*, que esperaban ser apoyados por los ortodoxos de Rímini, quedaron consternados al saber que aquí todos habían cedido. Ellos mismos se sintieron acosados por las violencias del Emperador, y al fin cedieron también.

El sínodo de Constantinopla, que se tuvo el año siguiente, 360, con los representantes de Rímini y Seleucia, no hizo otra cosa que recapacitar y publicar la gran victoria de los semiarrianos. Ante la noticia de esta defección general, se dice que exclamó S. Jerónimo: «Ingenuit totus orbis et arrianum se esse miratus est» (Dial. adv. Lucif., 19).

Mas como todo este apogeo del semiarrianismo se debía al favor imperial, al faltarle éste, por la muerte de Constancio en 361, se deshizo rápidamente. En efecto, al subir al trono Juliano el Apóstata, Atanasio y los demás deterrados pudieron volver. Juliano dió libertad a todos, si bien con el fin de fomentar las divisiones; pero el efecto fué que el arrianismo perdió su apoyo. Por otra parte, S. Atanasio y los otros

obispos católicos emprendieron una activa campaña, concediendo todo lo que se podía a los semiarrianos, con todo lo cual muchísimos volvieron al seno de la Iglesia. Es célebre en este sentido el sínodo celebrado por S. Atanasio en Alejandría el año 362.

El reinado de Valente (364-378) volvió a reanimar a los arrianos. Pero su división hizo que más bien el favor imperial sirviera para que se destrozaran. Mientras Valente favorecía a los arrianos rígidos, los más moderados se iban convirtiendo.

Como riguroso *anomeo*, persiguió Valente tanto a los católicos estrictamente ortodoxos como a los semiarrianos, que formaban entonces la mayoría en Oriente. Con esto se inició el gran movimiento de conversiones hacia la ortodoxia, favorecido por la poca diferencia que separaba a los *homoiousianos* de los *nícenos*. Los obispos reconciliados celebraron en 367 un importante sínodo en Tyana y escribieron con toda sumisión al Papa Liberio. Valente se vengó de esta actividad del episcopado, desterrándolos a todos. Entre los desterrados se hallaba también S. Atanasio. Por quinta vez tuvo éste que abandonar su sede de Alejandría, pero quedó cuatro meses oculto en el sepulcro paterno. Teodosio I publicó en febrero de 380 un edicto en favor de la fe católica ortodoxa «tal como la enseñan Dámaso de Roma y Pedro de Alejandría».

otros cismas del arrianismo

VI. Diversos cismas y errores motivados por las cuestiones arrianas

164. En torno a la cuestión arriana surgieron por este mismo tiempo una serie de complicaciones de diverso género, ya en forma de cisma, ya como sectas o herejías particulares. Indicaremos aquí algunas más célebres.

a) *Cisma del antipapa Félix* *). El primer conflicto tuvo lugar con ocasión del destierro del Papa Liberio. En efecto, al salir éste de Roma para Barea de Tracia el año 355, el clero de Roma le hizo un solemne juramento de que le sería fiel mientras le durara la vida. Sin embargo, poco después fué llamado a Milán el archidiacono Félix, y allí se dejó seducir por Constancio para que se proclamara obispo de Roma. Hízose así en efecto, y bajo la presión imperial, la mayor parte del clero le prestó obediencia.

Al volver Liberio a Roma, le dió Constancio la orden de que se entendiera con Félix en la dirección de la Iglesia. Pero el pueblo romano no quiso saber nada de esto. Así, pues, arrojó de la ciudad al antipapa y recibió con grandes muestras de entusiasmo al Papa legítimo. Éste procedió con moderación frente a los clérigos partidarios de Félix y dejó a casi todos en sus cargos. Esto dió origen a cierta tensión de ánimo; pero mientras vivió Liberio, no tuvo efecto ninguno digno de mención.

En cambio, al morir Liberio, estalló en un nuevo cisma el disgusto latente. Como sucesor fué elegido Dámaso (366-384); pero entonces una fracción extremista del clero se alzó en rebeldía, dando por razón que Dámaso había simpatizado con los amigos del antipapa Félix, y en consecuencia eligió un nuevo Papa, *Ursino* o *Ursicino*. Tuvieron que intervenir Valentiniano I y Graciano; pero sólo con el reinado de Teodosio I,

*) DUCHESNE, L., *Liber Pontif. I*, CXX (sobre el antipapa Félix). DÖLLINGER, I., *Papstfabeln*, 2.ª ed., p. 126 s. 1890. SALTET, I., en *Bull. Litt. Arch.*, 1905, p. 222 s. KIRSCH, P., en *Röm. Qschr.*, 33 (1925), 1 s.

que favoreció constantemente al Papa legítimo, fué desapareciendo el cisma.

165. b) **Cisma de Melecio** ¹⁰⁾. A principios del siglo IV surgió en Egipto un cisma local, que dió luego origen a muchas complicaciones. Su ocasión fué la huida del obispo Pedro de Alejandría durante la persecución de Diocleciano. Entonces, pues, *Melecio*, obispo de Licópolis, se presentó en Alejandría como legítimo sucesor del desaparecido, confiriendo las órdenes y administrando en toda forma la diócesis. Por todo esto se levantó contra él gran oposición de parte de algunos obispos vecinos y del alto clero de la diócesis, por lo cual se reunió en 305 ó 306 un sínodo, en el que se probaron multitud de crímenes al intruso Melecio y se le depuso solemnemente. No se sometió el falso obispo, y así continuaron Melecio y sus partidarios ofreciendo enconada resistencia durante muchos años, hasta que más tarde hicieron causa común con los arrianos en su lucha contra el legítimo obispo Atanasio.

166. c) **Lucifer de Cagliari y los luciferianos** ¹¹⁾. Durante el desarrollo del arrianismo en tiempo de Constancio, sobresalieron particularmente entre los obispos italianos *Eusebio de Vercelli* († 370) y *Lucifer de Calaris* (hoy Cagliari, en Cerdeña). Ambos resistieron enérgicamente en el sínodo de Milán (355), y en todas las ocasiones que se ofrecieron se presentaron como defensores de la causa de Atanasio como símbolo de la ortodoxia. Por esta causa fueron desterrados al Oriente por Constancio. Con ocasión del sínodo de Alejandría de 362, en que se puso de manifiesto la nueva táctica de blandura respecto de los semiarrianos arrepentidos, Eusebio se declaró partidario de este sistema, que por lo demás fué aprobado por el Papa y la mayor parte del episcopado.

Entonces, pues, levantóse Lucifer de Cagliari contra lo que él llamaba excesiva blandura, pues exigía que fueran depuestos todos los obispos que habían simpatizado con el arrianismo. Esta posición lo empujó cada vez más adelante en su rigorismo e intransigencia, por lo cual llegó a separarse de sus antiguos amigos, los prelados más benignos. Al fin, no pudiendo sufrir la supuesta «relajación» de la Iglesia, se retiró a la isla de Cerdeña, donde murió hacia el 370.

Tuvo bastantes partidarios, los *luciferianos*, los cuales defendieron un rigorismo semejante al de los novacianos. Contra ellos escribió S. Jerónimo en 379 un tratado.

d) **Marcelo de Ancira y Fotino de Sirmio** ¹²⁾. *Marcelo de Ancira* fué constantemente el amigo más incondicional de S. Atanasio y el defensor más decidido de su causa. Mas, por otra parte, le comprometió algunas veces con sus ideas acerca de la Trinidad, que fueron atribuidas también a aquél. En efecto, su concepto de la Trinidad es *sabelliano*. En algunos sínodos tuvo que responder de su doctrina, por lo cual su ardiente defensa de Nicea contra los arrianos perdió mucho de su valor.

De una manera semejante el obispo de Sirmio, *Fotino*, defendía un adopcianismo parecido al de Pablo de Samosata. Afirmaba que Cristo era un hombre nacido de una manera milagrosa, pero elevado por una fuerza divina, con la cual obró tantas maravillas, que mereció ser adoptado por Dios como Hijo. Los arrianos y los ortodoxos rechazaron esta doctrina. El sínodo de Sirmio de 351 la anatematizó y excomulgó a su autor. Aun después de su muerte, ocurrida en 376, continuaron sus discípulos defendiendo las mismas ideas.

¹⁰⁾ AALÈS, A., D', Le schisme mélecien d'Egypte. En Rev. Hist. Eccl., 23 (1926), 5-26. AMANN, F., Art. Melèce de Lycopolis, en Dict. Th. Cath.

¹¹⁾ KRÜGER, G., Lucifer von Calaris und das Schisma des Lucifer. 1886.

¹²⁾ CHENU, Art. Marcel d'Ancyre, en Dict. Th. Cath. I, OOPS, F., Die Trinitätslehre Marcellus von Anc... En Sitz. Ak. Wiss. 1902, p. 764 s. CAVALLERA, F., Le schisme d'Antioche. P. 1905. SELLERS, R. v., Eustathius of Antioch... Cambridge 1928.

VII. El macedonianismo y el Concilio II ecuménico, I de Constantinopla, 381 ¹³⁾

167. Tanto Arrio como la mayor parte de los arrianos hasta mediados del siglo IV, se limitaron en su polémica a las cuestiones sobre el Verbo. Pero evidentemente, al negar la divinidad del Hijo, implícitamente negaban la del Espíritu Santo. De la misma manera, sus primeros impugnadores, incluso los primeros Concilios ortodoxos, se fijaron únicamente en el Hijo y proclamaron el dogma católico que a Él se refiere. La extensión ulterior de esta cuestión al Espíritu Santo tuvo lugar desde mediados del siglo IV.

a) **Los pneumatómacos o macedonianos**. Efectivamente, alrededor del año 350, algunos arrianos, tanto *anhomeos* como *homeousianos*, comenzaron a negar la divinidad del Espíritu Santo de una manera más o menos velada. Por esto S. Atanasio, el año 358, compuso un tratado en el que defendía la doctrina ortodoxa sobre esta materia, y en él designa a los nuevos herejes con el nombre de *πνευματόμαχοι*, guerreadores o enemigos del Espíritu Santo.

A la cabeza de estos herejes se hallaba *Macedonio* de Constantinopla, de quien recibió el nombre la herejía. Cuando el año 360 fué arrojado de la capital por los rígidos arrianos, dió una forma definitiva a su doctrina, a la que se adhirieron muchos semiarrianos. Aunque procedente él mismo del semiarrianismo, admitía la divinidad del Verbo; pero al Espíritu Santo lo declaraba creatura de Dios; superior a todos los ángeles, pero inferior a Dios. El sínodo de Alejandría del año 362, convocado por S. Atanasio con el fin principal de atraer a los semiarrianos, fué el primero que lanzó oficialmente el anatema contra esta doctrina. Un año más tarde, el mismo Atanasio la condenaba expresamente en un escrito que dirigió al emperador Joviano.

Durante el reinado de Juliano el Apóstata se aprovecharon los macedonianos de la libertad que se les concedía, y celebraron un sínodo en Zele del Ponto, en el cual se separaron ruidosamente tanto de los católicos como de los arrianos. Al morir Macedonio el año 362, sus partidarios, bajo la dirección de *Maratônio* de Nicomedia, continuaron defendiendo el sistema.

¹³⁾ S. Atanasio, Epist. 4 ad Serap.; Ep. ad Jov., PG., 26. S. Basilio, Eunom., 3, 2 s.; De Spir. S.; Orationes, PG., 29, 32. S. Greg. Naz., Orat. 31, PG., 36. S. Epifanio, Ancoratus, Haeres. 74, PG., 42-43. S. Hilario, De Trinit., PL., 10. S. Ambrosio, De Spir. S., PL., 16.

168. b) Concilio II ecuménico: Constantinopla, 381¹⁴⁾. Los años siguientes no trajeron más novedad que la intensificación de la lucha por ambas partes. Entre los defensores de la ortodoxia, además de S. Atanasio, se distinguieron S. Gregorio Nacianceno y S. Gregorio Niseno, S. Hilario de Poitiers y S. Ambrosio. También en Roma fué anatematizada la herejía por algunos sínodos; pero sobre todo por uno, celebrado por S. Dámaso en 380, en que se publicaron los *Anathematismi Damasi*.

Mas como no cesara la herejía, Teodosio I, en inteligencia con el Papa Dámaso, convocó un *Concilio en Constantinopla el año 381*, que más tarde fué reconocido como el segundo ecuménico. En él se advirtió que los macedonianos contaban con una fuerza considerable, pues al lado de los ciento cincuenta obispos ortodoxos, se juntaron treinta de los suyos. La presidencia la tuvieron, primero Melicio de Antioquía, luego San Gregorio Nacianceno y más tarde Nectario. Ante el predominio de los ortodoxos, se marcharon los macedonianos.

Entonces, sin dificultad alguna, se condenó solemnemente la doctrina de los semiarrianos y *pneumatómacos* o *macedonianos*, a los que se añadió también el *apolinarismo*. Como síntesis del Concilio, se proclamó el *símbolo* denominado de S. Epifanio, que es el que se recita en la Misa.

Sobre él se han hecho multitud de investigaciones e hipótesis. La más probable es que se trata de un símbolo usado en Jerusalén como símbolo bautismal, del que da noticia S. Cirilo de Jerusalén, y este símbolo, a su vez, estaba hecho sobre la base del que incluye S. Epifanio en su escrito «*Ancoratus*». De ahí que se llame *símbolo de S. Epifanio*.

Por otra parte, Harnack y otros teólogos protestantes propugnaron la teoría de que el símbolo nicenoconstantinopolitano era posterior y que sólo por un error se había atribuido al Concilio I de Constantinopla. Sin embargo, esta teoría no tiene base sólida, pues el silencio de los historiadores antiguos no es argumento decisivo, si tenemos presente la concisión de sus relatos. Más bien juzgamos esta hipótesis enteramente subjetiva y una de tantas construcciones de la teología histórica protestante de nuestros días. Por lo demás, en Teodoreto y Gregorio Nacianceno, por lo menos, encontramos alusiones a un símbolo del Concilio de Constantinopla de 381.

¹⁴⁾ KUNZE, J., Das nicän.-konst. Symbol. 1898. TURNER, C. H., The roman council under Damasus A. D., 381. En J. Th. Stud., 1 (1900), 554 s. BREWER, H., Das sogenannte Athan. Glaubensb. ein Werk des Ambrosius. 1909. PALMIERI, A., Artíc. Filioque, en Dict. Th. Cath. HARNACK, A., Artíc. Konstantinop. Symbol, en Realenz. pr. Th. ALÈS, A., v°, Nicée-Constantinople, les premiers symboles de foi. En Rech. Sc. Rel., 26 (1936), 85 s.

CAPÍTULO IV

Grandes herejías cristológicas

169. Las herejías cristológicas, y en particular el apolinarismo, están en íntima relación con el arrianismo. El punto céntrico era la persona de Cristo. Los arrianos la consideraban en relación con la Trinidad; las cuestiones cristológicas la estudian en sí misma, es decir, el modo especial de unión del Verbo con la naturaleza humana. Pero, además, se ve claramente que estas cuestiones se produjeron como reacción contra el arrianismo.

I. Principio de las herejías cristológicas: el apolinarismo¹⁾

Como primera herejía cristológica, como reacción contra el arrianismo, se presenta el apolinarismo.

a) Herejía de Apolinar. Contra los arrianos, que negaban la divinidad del Verbo, los antioquenos insistían de un modo especial en ella, y para obviar dificultades distinguían en Cristo dos naturalezas en tal forma, que comprometían la unidad personal. Para evitar este inconveniente, otros reaccionaron contra el arrianismo, diciendo que Cristo era realmente Dios y que en Él había que distinguir dos naturalezas en una sola persona, pero de modo que la naturaleza divina, o el Ver-

¹⁾ LIETZMANN, H., Apollinaris von Laodicea und seine Schule (escritos de Apolinar), I. 1904. S. *Atan.*, Ad. Antioch.; De Incarnat.; Contra Apollin., PG.. 26. S. *Greg. Naz.*, Orat. 22, 13; Epist. 202. PG., 35-37. S. *Greg. Nis.*, Antirrhét. contra Apollin., PG., 45. VOISIN, La doctrine trinitaire d'Apollinaire de Laodicée. En Rev. Hist. Eccl., 2 (1901), 32-55, 239-252. Id., L'Apollinarisme. Étude hist. littér. et dogm., sur le début des controverses christolog. au 4.^e siècle. Lovaina 1901. KNELLER, Zum Zweiten allgemeinen Konzil vom Jahr 381. En Z. Kath. Th. 1903. 789 s. BAVEN, C. E., Apollinarism. An essay on the christology of the early Church. Cambridge 1923. BATTIFOL, P., Le Siège apostolique, p. 83-145. P. 1924. AIGRAIN, R., Artíc. Apollinaire, en Dict. Géogr. Hist.

bo, estaba unido a una naturaleza humana incompleta, en la cual el mismo Verbo hacía las veces del alma. Sólo así se explicaban la unidad personal y la divinidad del Verbo.

Estas doctrinas se extendieron rápidamente, de modo que ya S. Atanasio, en el sínodo de Alejandría de 362, las descubrió y anatematizó, mas sin nombrar a ninguno de sus defensores. Pero en realidad su propagandista infatigable era *Apolinar el Joven*, obispo de Laodicea, por otra parte benemérito de la ortodoxia contra los arrianos.

Para explicar, contra los arrianos, la divinidad del Verbo unido con la humanidad, tomó Apolinar la teoría platónica de la composición tricotómica del hombre: cuerpo material, alma sensitiva y alma intelectual. La naturaleza humana que tomó el Verbo carecía del alma intelectual, el *πνεῦμα ὁ νοῦς*. El Verbo mismo la suplía.

Esta teoría la discurrió partiendo de estas dos bases: 1. Dos cosas perfectas y completas no pueden formar una sola. Por esto dos naturalezas completas no podrían formar un solo supósito. Por esto, como no se puede mutilar a la naturaleza divina, mutilaba a la humana. 2. Sólo así se podía defender la impecabilidad e inmutabilidad del Verbo. Pues, decía Apolinar, dondequiera que se halle el *πνεῦμα* humano, necesariamente está también lo pecaminoso, ingénito en él. Por tanto, como en Cristo hay verdadera impecabilidad, no puede existir esa parte de la naturaleza humana.

Fueron los fraises...

170. b) Condenaciones definitivas del apolinarismo. Después de la condenación de esta doctrina en el sínodo alejandrino de 362, como siguiera ganando adeptos en diversas partes, continuaron desenmascarándola S. Atanasio y S. Basilio. Finalmente, el mismo Papa S. Dámaso se informó con exactitud, y en los sínodos de 374 y 376 lanzó anatema contra las nuevas doctrinas. Esta misma sentencia fué confirmada en Alejandría en 378, y en Antioquía el año 379.

En conclusión, para que quedara solemnemente anatematizada tan peligrosa doctrina, el Concilio de Constantinopla de 381 la condenó de nuevo de una manera más definitiva, juntamente con las herejías de los sabelianos, arrianos y macedonianos.

Por otra parte, se compusieron diversas refutaciones. S. Epifanio publicó en 377 su «Panarion», en el que insertaba una profesión de fe en la que expresamente se afirmaba que Cristo era hombre perfecto, pues el Verbo se había unido a una naturaleza humana completa, a excepción del pecado. Del mismo modo S. Gregorio Niseno con su «Antirrheticus», y S. Gregorio Nacianceno con dos epístolas, refutaban las mismas doctrinas apolinaristas.

Por su parte, el emperador Teodosio aplicó con todo rigor la sentencia del Concilio. Las reuniones de los apolinaristas quedaron prohibidas, sus obispos depuestos. Sin embargo, la herejía sobrevivió bastantes años, aun después de la muerte de Apolinar en 390.

II. El nestorianismo y el Concilio III ecuménico: Éfeso, 431 ²⁾

171. El nestorianismo es la reacción de la escuela antioquena, por una parte contra el arrianismo, y por otra contra el apolinarismo; mas por los muchos elementos que se pusieron de su parte, y por la insistencia con que fué defendido en una o en otra forma, constituye una de las herejías más peligrosas de la Antigüedad cristiana.

a) Doctrina de Nestorio y primeras contiendas. El desarrollo del nestorianismo venía ya de antiguo en el seno de la escuela de Antioquía. En un principio se trató de una reacción doctrinal contra el arrianismo, por lo cual andaba a la par con los apolinaristas en dos puntos básicos: primero, la defensa de la divinidad de Cristo; segundo, el principio de que dos naturalezas completas no pueden formar una sola persona. Pero mientras los apolinaristas, para resolver esta dificultad, negaban que la naturaleza humana en Cristo fuese completa, los antioquenos sostenían que en Cristo permanecían las dos naturalezas con toda su perfección, pero de tal manera, que formaban también dos personas, la divina y la humana, unidas de una manera accidental.

Esta doctrina la comenzaron a proponer *Diodoro de Tarso* y *Teodoro de Mopsuestia* en la escuela de Antioquía. El punto más vulnerable del sistema era la unión que resultaba de las dos naturalezas, respecto de la cual hablaban de un *ἐννοεῖν* de la naturaleza divina en la humana, como en un templo o en un vestido. Por tanto, la unión era una *ἐνοικησις* o *inhabitatio*, o bien *συνάφεια*, es decir, *coniunctio*; así, una unión meramente extrínseca.

El que comenzó a darle publicidad y al fin dió el nombre a la herejía fué *Nestorio*. Elegido Patriarca de Constantinopla el año 428, redobló su celo por la instrucción del pueblo contra

²⁾ SCHWARTZ, E., Acta Concil. oecum., I, Concil. univ. Ephes., 4-5. 1922-1926. MARIO MERC., Opusc. quae ad haer. Nestor. spect., PL., 48, 699. THEOD. DE MOPSUESTIA, Opusc. PG., 66. LOOFS, F., Nestoriana. 1906. BEDJAN, P., Le livre d'Héraclide de Damas. Texte siriaque. P. 1910. LARGENT, Études d'histoire ecclésiastique. I. St. Cyrille d'Alex. et le Conc. d'Ephèse. P. 1892. MERCATI, G., Nestoriana. En Th. Rev., 1907, p. 63 s. FENDT, Die Christologie des Nestorius. 1910. JUGIE, M., Nestorius et la controverse nestorienne. P. 1912. En Bibl. Théol. hist., 8. LOOFS, F., Nestorius and his place in the history of christian doctrine. Cambridge 1914. PESCH, CHR., Nestorius als Lehrer. 1920. DRIVER-LODGSON, Nestorius, the Bazaar of Heracleides. O. 1925. WEIGL, Ed., Christologie vom Tode des Athanasius bis zum Ausbruch des nestorian. St. (373-429). 1925. En Münch. St., 4. BUCKER, I., Zur Literatur über Nestorius... 1934. VINE, A. R., The Nestorian Churches; a Concise History of Nestorian Christianity in Asia. L. 1937. AMANN, E., Artic. Nestorius, en Dict. Th. Cath. MICHEL, A., Art. «Hypostatique» (union), en Dict. Th. Cath.

las herejías, que aún pululaban, de los arrianos, macedonios y sabelianos. Por otra parte, se presentaba como reformador del clero y del pueblo, y con su vida ascética y el fuego de su palabra fascinaba a los que le escuchaban.

Esta doctrina traía gravísimas consecuencias. Según Nestorio, la Virgen María es madre de la naturaleza humana que había en Cristo; se le podía llamar χριστοτόκος; pero de ninguna manera pudo haber engendrado a la naturaleza divina. Según esto, no es θεοτόκος, es decir, no es madre de Dios. Otra consecuencia gravísima de este sistema era que la persona humana de Cristo, que fué la que sufrió todos los dolores de la pasión, no pudo redimir el mundo con una redención infinita, pues era limitada. La Redención quedaba destruida. Tampoco se podía decir que el Verbo se hizo Carne, pues sólo se unió a ella extrínsecamente.

Los doctores católicos, conscientes del peligro de estas doctrinas, iniciaron al punto una intensa campaña contra ella. La abrió el presbítero Eusebio, futuro obispo de Dorilea. La respuesta de Nestorio fué acudir a la violencia. Mandó prender y azotar cruelmente a algunos opositores. Más aún, en 429 escribió al Papa Celestino sobre el asunto, mandándole sus homilías y otros escritos propios y procurando atraerlo a su causa.

172. b) S. Cirilo de Alejandría ³⁾. Pero entretanto, San Cirilo de Alejandría iniciaba su intervención en este asunto. Dióse perfecta cuenta del peligro de aquella ideología, y temiendo el efecto desastroso que podía causar, trató de desarraigárla de diversas maneras; pero viendo que Nestorio no hacía caso, se decidió a acudir a Roma. Para informar al Papa envió al diácono Posidonio con todos los documentos necesarios. El Papa, pues, recibió al mismo tiempo la información de Nestorio y de S. Cirilo. Entonces reunió un sínodo en Roma el año 430, y, bien examinado el asunto, proclamó la doctrina católica contraria a la de Nestorio. Inmediatamente tomó diversas medidas para conseguir la sumisión de Nestorio.

Entonces fué cuando comenzó la intervención directa de S. Cirilo. Encargado por el Papa como representante suyo en aquella materia y para que intimara a Nestorio la sentencia dada en Roma contra él, compuso doce anatematismos y los envió a Nestorio para que los suscribiera. Nestorio respondió con otros doce antianatematismos.

Los célebres Anatematismos de S. Cirilo, que tantas discusiones suscitaron después, eran ciertamente en aquellas circunstancias poco

³⁾ S. Cirilo, Diversos tratados, cartas y serm., PG., 76, 77. REHRMANN. Die Christologie des hl. Cyrillus von Alex. 1902. NAU, Saint Cyrille et Nestorius. En Or. Christ., 15 (-910), 365-369; 16, 1-51. El texto de los Anatematismos de San Cirilo puede verse en MANSI, IV, 1082.

a propósito para reducir a Nestorio. Ya prevenido contra la escuela de Alejandría y contra S. Cirilo, encontraba Nestorio en los Anatematismos varias expresiones que en sí y en la mente de S. Cirilo tenían un sentido ortodoxo, pero se prestaban a la sentencia de los alejandrinos, que luego condujo al monofisitismo. En efecto, S. Cirilo habla de unión física (ἑνωσις φυσική) de las dos naturalezas, de una natura Dei facta carne (μία φύσις τοῦ Θεοῦ λόγῳ σεσαρκωμένη). Asiéndose, pues, Nestorio a estas expresiones, respondió con sus antianatematismos, en los que rebate el supuesto monofisitismo de S. Cirilo. Por las mismas razones se declararon entonces abiertamente de parte de Nestorio, Juan de Alejandría y Teodoreto de Ciro. El primero, que se había esforzado largo tiempo por inducir al heresiarca a que se sometiera, ahora se puso de su parte. Teodoreto se sintió molestado por aquellas expresiones de S. Cirilo, y estaba convencido de que en ellas se contenía la doctrina monofisita. En este supuesto, escribió un tratado contra los anatematismos y trabajó luego con indomable actividad.

Dado el carácter de Nestorio, inmediatamente hizo intervenir al emperador Teodosio II, el cual propuso en seguida la celebración de un Concilio. El Papa era más bien opuesto a ello; pero en bien de la paz accedió al Emperador y envió legados. La situación era muy delicada, pues el Papa había resuelto ya la cuestión, y los orientales querían que el Concilio la discutiera.

173. c) Concilio de Éfeso, 431 ⁴⁾. Así, pues, se convocó el III Concilio ecuménico, en Éfeso el año 431. Primero llegaron Nestorio con dieciséis obispos suyos. Luego S. Cirilo con cincuenta egipcios, y otros. Juan de Antioquía con los suyos no llegaba todavía, como tampoco llegaban los legados pontificios. En estas circunstancias, S. Cirilo dió comienzo al sínodo, que en la primera sesión proclamó la decisión ya dada por el Papa y condenó a Nestorio. Sobre esta conducta de S. Cirilo se ha discutido mucho. Lo que más interesa es la validez de este comienzo, celebrado antes de llegar los legados pontificios. No nos cabe duda de que fué válido, pues S. Cirilo había sido delegado por el Papa en aquella materia, y esta delegación no la había perdido. Podía, pues, presidir un Concilio que trataba sobre aquel asunto y tomar decisiones válidas.

Otra cuestión, también muy discutida y complemento de la precedente, es si hubo precipitación y si hubiera sido más prudente aguardar la llegada de los antioqueños y sobre todo de los legados pontificios. Para explicarse esta actitud de S. Cirilo, conviene tener presente que él sabía que el Emperador, contra el designio del Papa, quería a todo trance que fuera presidente del Concilio Juan de Antioquía, y así Cirilo quiso adelantarse con los hechos consumados; tanto

⁴⁾ DEVRESSE, R., Les Actes du Concile d'Ephèse. En Rev. Sc. Ph. Th., 18 (1929), 223 s., 408 s. Id., Après le Concile d'Ephèse. En Ech. d'Or., 30 (1931), 271-292. QUERRA, M., Un esbós d'història del Concili d'Efès. En A. S. Tarr., 7 (1931), p. 1-53. Otros trabajos, ib. MANIÖR, A. DU, Le symbole de Nicée au Concile d'Eph. En Gregor., 12 (1931), 104-137. ALÈS, A. D', Le dogme d'Ephèse. P. 1931.

más, cuanto que tenía justo temor de que, no habiendo llegado todavía los legados, el representante del Emperador, allí presente con gran aparato de fuerza, cometiera alguna violencia.

Modernamente se ha apuntado otra solución, y es, que es probable hubiera recibido S. Cirilo carta expresa del Papa o de sus legados, con la orden o el permiso de dar comienzo. Más aún, que el mismo Juan de Antioquía hacía tiempo en las cercanías de Éfeso, para que se condenara la doctrina de Nestorio, con la que él no estaba conforme; pero, por otra parte, no se atrevía a apoyar con sus votos esta condenación.

Al tener noticia de la decisión del Concilio, el pueblo la recibió con indescriptible entusiasmo, pues quedaba confirmado el título de la Virgen de *Madre de Dios*. Pero ni el Emperador ni Nestorio la aceptaron. Juan de Antioquía con sus cuarenta y ocho obispos, llegado poco después, celebró por su parte un conciliábulo y depuso a S. Cirilo, pero no decidió nada sobre Nestorio. Entretanto llegaron asimismo los legados pontificios, los cuales aprobaron todo lo hecho por S. Cirilo. Luego, en diversas sesiones, se discutió la causa de Juan de Antioquía y otros disidentes, que fueron excomulgados, y al fin se tomaron otras decisiones. En la última sesión se publicó una circular, en la que se repetía la condenación de Nestorio y de los pelagianos Celestio y los suyos.

El Emperador, entretanto, solicitado por ambas partes, por fin se decidió a que fueran depuestos los dos jefes más conocidos, Nestorio y S. Cirilo. Pero al conocerse en Éfeso esta decisión, se levantó gran protesta. A duras penas se consiguió hacer llegar a Teodosio una relación exacta y objetiva de todos los hechos. Con esto se convenció por fin el Emperador y se decidió a admitir las decisiones del Concilio. Así, pues, Nestorio fué desterrado a un convento cerca de Antioquía.

174. d) El nestorianismo después del Concilio. Con lo hecho había triunfado la ortodoxia, pero el Oriente quedaba dividido. Juan de Antioquía y Teodoreto de Ciro, que rechazaban la doctrina de Nestorio, creían de buena fe que en los anatemas de S. Cirilo se contenía la doctrina opuesta de una sola naturaleza. Por esto siguieron largas y difíciles discusiones. S. Cirilo dió toda clase de explicaciones, y así se llegó por fin al *edicto de Unión de 433* entre Juan de Antioquía y S. Cirilo. Éste se avino a omitir algunas expresiones de sus anatemas. Para celebrar este acontecimiento, S. Cirilo escribió su carta «*laetentur caeli*», y Juan de Antioquía publicó otra semejante. El Papa aprobó todo lo hecho. Teodoreto de Ciro no se reconcilió hasta el año 444.

Nestorio, por su parte, desde su retiro, aunque aparentemente sumiso, continuaba trabajando por su causa. Con este objeto compuso sus obras «*Tragoedia*» y «*Theopaschita*». Por esto a los tres años fué desterrado al interior de la Arabia y luego conducido al llamado *oasis de Egipto*, espe-

cie de prisión del Estado. Allí probablemente compuso el «*Libro de Heráclides*», descubierto recientemente. Es una verdadera defensa suya, unida a una crítica dura de las decisiones de Éfeso. Sobre esta base han querido algunos (Duchesne, Aman y otros) defender su ortodoxia; pero en vano. Lo más que se puede probar es que Nestorio obró hasta cierto punto de buena fe; pero ciertamente no se le puede librar de la nota de haber defendido objetivamente la herejía a que ha dado nombre. Consta con toda suficiencia que enseñó una unión meramente moral y accidental, no substancial, de las dos naturalezas de Cristo. Además, su rebeldía contra las decisiones del Papa y del Concilio merecen un juicio más severo que el que pretendían aplicarle sus nuevos defensores, quienes, por otra parte, parecen complacerse en notar la «*pasión*» de S. Cirilo y de los defensores de la ortodoxia.

Por lo que se refiere al *nestorianismo*, por efecto del rigor con que fué perseguido en el Imperio romano, de hecho fué desapareciendo. Entretanto un buen número de los partidarios de Nestorio perseveraron en su error, y como los escritos del hereje habían sido condenados a las llamas, tomaron como medio de propaganda los de *Diodoro de Tarso* y *Teodoro de Mopsuestia*; pero Rábulas, obispo de Edessa, los prohibió, con lo cual comenzaron a hacerse sospechosos. Sin embargo, su sucesor, Ibas de Edessa, volvió a simpatizar con estos escritos.

Oprimido en el Imperio, el nestorianismo se trasladó entonces al reino persa, donde encontró un gran protector en el obispo Bársumas de Nisibis. Poco a poco se fué fortaleciendo aquí su posición, y no mucho después se fundó una Iglesia independiente en la Persia, que se separó de Antioquía y tomó como sede a Seleucia-Ktesifón. Su Patriarca nestoriano recibió el título de *καθολικός*. En los siglos siguientes lograron los nestorianos extenderse hacia otras naciones vecinas, como la costa occidental de la India, donde se hallaban los cristianos de Sto. Tomás. Entre Turquía y Persia existen todavía en nuestros días unos 150 000 nestorianos, cuyo patriarca reside en Kurdistán. Además, existen otros 100 000 unidos a Roma, los llamados «*cristianos caldeos*», y unos 450 000 cristianos de Sto. Tomás, también unidos.

X III. El monofisitismo y el Concilio IV ecuménico, Calcedonia, 451 ⁵⁾

175. a) El monofisitismo y sus primeras impugnaciones. Contra Nestorio se declaró en Éfeso que en Cristo había una sola persona. Con esto creyó la escuela de Alejandría que triunfaban sus ideas. Así, comenzaron a defender cada vez más abiertamente que no sólo había en Cristo una sola persona, sino también una sola naturaleza, resultante de la unión o fusión de la divina y la humana, ya que era imposible admitir dos naturalezas completas, pues necesariamente serían dos personas.

⁵⁾ SCHWARTZ, ED., Aus den Akten des Konzils von Chalkedon. 1925. Leo I., Cartas, PL., 54. Theodoretus, Eranistes y Polymorphus: PG., 83, 27 s. *Literatus*, Breviarium causar. Nestor. et Euty. in: PL., 68, 969 s. CHABOT, Documenta ad origines monophysitarum illustrandas, in Corp. Scr. chr. Orient. Scr. Syri, 37. P. 1907. BATIFFOL, P., Le Siège Apostolique, p. 417-618. KRÜGER, G., Monophysit. Streitigkeiten. NAU, Histoire de Dioscore, patr. d'Alex., écrite par son disciple Théopiste. En Journ. As., 10.^a sér., I (1903), 5 s., 241 s. HARAPIN, TH., Primatus Pontificis Roman. in Concilio chalcedon. Quaracchi 1923. JUGIE, Art. Monophysisme. Eutyches y Eutichianisme, en Dict. Th. Cath. LOORS, Art. Eutyches en Realenz. pr. Th.

Dióscoro, Patriarca de Alejandría, sucesor de S. Cirilo, era el portavoz de esta doctrina. Pero el que desde un principio apareció como su defensor decidido fué Eutiques, monje asceta y archimandrita de un gran monasterio. Al lado de Dióscoro y Eutiques estuvo siempre también Crisafio, gran dignatario de la corte, que disponía en absoluto del voluble Teodosio II. Con esto, la fuerza del nuevo movimiento fué enorme. ^{patricio}

Frente a la doctrina monofisita se presentaron: ^{Teodoro} Teodoro de Ciro, quien antes había luchado de buena fe contra S. Cirilo; Eusebio de Dorilea, quien ya había impugnado el nestorianismo; a la cabeza de todos, Flaviano, Patriarca de Constantinopla. El año 488, en un sínodo local (ἐνδημούσα), Eusebio de Dorilea presentó ante Flaviano una acusación contra Eutiques y las nuevas doctrinas. Éste fué citado y al fin se presentó, pero acompañado de muchos monjes y soldados; sin embargo, se negó a retractar nada, pretendiendo que defendía la doctrina de S. Cirilo. Al urgirle cómo se efectuó la fusión de las dos naturalezas, no supo qué responder; pero en otras ocasiones él y los suyos hablaban de *absorción* de la naturaleza humana por la divina o de *confusión* o *conversión*. Visto esto, el sínodo lanzó excomunión contra Eutiques y contra los que sostuvieran su doctrina.

Eutiques y el Emperador no se sometieron a este fallo y acudieron al Papa León Magno. Asimismo recibió el Papa la relación de Flaviano sobre todos los acontecimientos. Con esto se convenció al punto de la gravedad de la situación, y con la decisión y competencia que le eran características, compuso y envió en mayo de 449 la *Epístola dogmática*, en la que expuso la doctrina ortodoxa sobre el punto discutido. Esta epístola debía ser admitida por todos, pues era una declaración dogmática del Papa. En realidad, forma la base de todas las discusiones siguientes. Una respuesta semejante recibió Eutiques de Pedro Crisólogo, obispo de Ravena, a quien se había dirigido pidiéndole su opinión.

176. b) **Latrocinio de Efezo, 449^o**. Como era de suponer, los herejes no aceptaron la solución del Papa León. Al contrario, continuaron con más ardor su propaganda. Al fin, Dióscoro, que a todo trance quería dominar en Oriente, indujo al Emperador para que se celebrara un sínodo, en el que esperaba imponer su voluntad.

En efecto, se convocó el sínodo en Efezo para agosto de 449. Debía ser el triunfo de Dióscoro y de la herejía. El Papa mandó como legados

a los obispos Julio y Renato y al diácono Hilaro. Pero desde un principio todo fueron arbitrariedades y violencias. El Patriarca Dióscoro se arrogó la presidencia. No se admitió a ninguno de los que habían condenado a Eutiques. Sin hacer, pues, caso alguno de los escritos del Papa, se rechazó la decisión del sínodo de Constantinopla, es decir, la condenación de Eutiques, anatematizando, en cambio, la doctrina de las dos naturalezas. Hecho esto, se procedió a la *deposición del patriarca Flaviano*, de Teodoreto, Eusebio de Dorilea, Ibas de Edesa. Lo que a esto siguió fueron actos de verdadero vandalismo. A la protesta de Flaviano y de los legados pontificios, respondió Dióscoro llamando a la fuerza pública, y ésta, ayudada del abad Bársumas y sus monjes, entre insultos y malos tratos, se llevó violentamente a Flaviano y demás. Tales fueron los malos tratos de que fué víctima Flaviano, que murió camino del destierro. El legado pontificio Hilaro escapó a duras penas.

Así terminó aquel sínodo. Con razón, al tener noticia de ello el Papa, lo llamó *latrocinium*, y con este título es conocido en la Historia. Eusebio, Teodoreto y el mismo Flaviano antes de morir le enviaron sendas relaciones. Asimismo el diácono Hilaro, testigo ocular, le refirió todas las incidencias del sínodo. Así, pues, el Papa celebró otro en Roma, en el cual se rechazó expresamente todo lo hecho en Efezo. Sin embargo, quiso hacer un esfuerzo para obtener la paz. Escribió al Emperador e hizo intervenir a su piadosa hermana Pulqueria. Todo fué inútil. Ciego de soberbia, Dióscoro llegó a excomulgar al Papa León.

177. c) **Concilio de Calcedonia, 451^o**. Estando así las cosas, una serie de circunstancias providenciales trajo un cambio completo. Primero, la caída de Crisafio y la retirada de la emperatriz Eudocia; luego, la muerte del emperador Teodosio en 450, y finalmente la sucesión en el trono de Pulqueria, que se casó inmediatamente con el general Marciano, ambos ardientes ortodoxos y muy deseosos del restablecimiento de las buenas relaciones con Roma.

A seguido, los restos de Flaviano fueron llevados solemnemente a Constantinopla; se escribieron cartas de sumisión al Papa y se propuso la celebración de un Concilio. Por concordancia con los emperadores reconoció el Papa a Anatolio Patriarca de Constantinopla, a condición de que suscribiera la epístola dogmática. Asimismo envió legados para el Concilio; pero éstos llevaban la instrucción de que no se discutiera una materia ya definida.

El Concilio se reunió en octubre de 451 en Calcedonia. Asistieron unos seiscientos obispos. La presidencia la ocupaba Anatolio junto con los legados pontificios. El primer acto del

^o) LARGENT, A., Le brigandage d'Ephèse et le Concile de Chalcedoine. En Rev. Q. Hist., 27 (1880), 83 s. MARTIN, Le pseudo-synode connu sous le nom de Brigandage d'Ephèse, étudié d'après ses Actes... P. 1875. HAASE, F., Patriarch Doskur I von Alex. 1908.

^o) BOIS, J., Artic. Chalcedoine, en Dict. de Th. Cath. REGNIER, A., Saint Léon le Grand. En Les Saints. P. 1910. PEISKER, M., Severus von Antiochien. 1903. HARAPIN, TH., Primatus Pontificis Rom. in Concilio Chalcedonensi. Quaracchi 1923. SCHNITZLER, T., Im Kampfe um Chalcedon. R. 1938. En Anal. Greg., 16.

Concilio fué juzgar la conducta de Dióscoro en el latrocinio de Éfeso, y probada su culpabilidad, fué arrojado ignominiosamente, depuesto y excomulgado. En las sesiones siguientes se leyeron y proclamaron los escritos del Papa, sobre todo la *Epístola dogmática*, que acogieron con las célebres palabras: «Pedro ha hablado por la boca de León». Además, se leyeron los símbolos de Nicea y Constantinopla y se tomaron otras decisiones. Finalmente, habiendo ya partido los legados pontificios, se publicaron veintiocho cánones. Los legados protestaron luego contra el 28, que equiparaba las sedes de Roma y Constantinopla. S. León sólo aprobó las sesiones doctrinales. El Emperador, por su parte, ejecutó las decisiones del Concilio, desterrando a Eutiques y a Dióscoro y tomando diversas medidas contra los monofisitas.

Después del Concilio de Calcedonia continuaron las luchas monofisitas. Éstos procuraron ganar para los suyos las sedes más influyentes. Así, el monje Teodosio, después de sangrientas luchas, obtuvo la de Jerusalén; en Alejandría, los partidarios de Dióscoro, después de asesinar a Proterio, pusieron al monofisita Timoteo Eluros. En Antioquía, después de horribles luchas, subió Pedro Fullón e hizo triunfar el monofisitismo. Parecía, pues, que los monofisitas podían cantar victoria. Pero poco después el emperador León I (457-474) se decidió a tomar severas medidas para obtener la unión. Por esto exigió a todos que aceptaran el Concilio de Calcedonia. Al negarse, fueron depuestos Eluros y Fullón.

178. d) Cisma de Acacio y suerte ulterior del monofisitismo ⁹⁾. Parecían apaciguadas las cosas; pero el año 475 se apoderó del trono el usurpador Basílico, y queriéndose apoyar en el monofisitismo, devolvió sus sedes a los dos Patriarcas depuestos. Eluros entonces publicó el *Enkyklion*, encíclica, en la que se rechazaba la epístola dogmática y las decisiones de Calcedonia. Basílico obligó a todo el episcopado a suscribirlo, y unos quinientos obispos lo hicieron.

Pero destronado Basílico en 476 por el legítimo emperador Zenón, en un principio volvieron las cosas a su cauce; sin embargo, inducido luego Zenón por el astuto Patriarca Acacio, publicó un documento que debía ser el lazo de unión de todos, y por eso se llamó *Henoticon* (de *aínw* o *aínorukós*, unir). Era un término medio que no solucionaba nada. Por un lado condenaba a Nestorio y Eutiques; pero por otro no admitía el Concilio de Calcedonia.

El Papa Félix III (o II) lanzó la excomunión contra Acacio, el cual se enfureció y rompió sus relaciones con Roma. Con esto se inició el cisma de Acacio (484-519), que sólo con mucha dificultad terminó treinta y cinco años después.

El gran emperador Justiniano I (527-565) tomó muy a pecho la unión religiosa, para lo cual trabajó intensamente por convencer a los monofisitas. Mas, por desgracia, la emperatriz Teodora, con su talento e influjo, obraba más bien en su favor. Por otra parte, se fueron marcando notables divisiones y partidos entre los herejes. Los más significados fueron los *severianos* (del obispo Severo de Antioquía) y los *julianistas* (de Julián de

Halicarnaso). Desde 538 se formaron dos bandos en Alejandría, los *teodosianos* y los *gajanitas*, que se llamaban también *ἀγνοῦνται* y *χριστολόγους*. Unos y otros se subdividieron en diversas facciones. En adelante siguieron haciéndose esfuerzos por la unión de los monofisitas, pero el resultado fué insignificante. De hecho se mantuvieron principalmente en Egipto, Armenia, Abisinia, Siria y Mesopotamia, formando en todas partes iglesias nacionales. Tales fueron: los *coptos* en Egipto, es decir, antiguos cristianos egipcios; también en Egipto y Siria los *melquitas*; los *jacobitas* de Mesopotamia, que se unieron en parte en 1441; la iglesia armenia, unida en parte el año 1439. Todas estas iglesias monofisitas continúan todavía en nuestros días y forman un conjunto de unos 800 000.

IV. Cuestión de los tres Capítulos. V Concilio ecuménico, II de Constantinopla, 553 ⁹⁾

179. De lo dicho se deduce la gran extensión alcanzada por el monofisitismo. Era la mayor preocupación del emperador Justiniano I (527-565) ¹⁰⁾.

a) Los tres Capítulos y el Papa Vigilio ¹¹⁾. Con esto se explica que, inducido por Teodoro Askidas, obispo de Cesarea, Justiniano se decidiera a tomar una medida que se creyó había de contribuir a atraer a los monofisitas. Consistía en *prohibir solemnemente los tres Capítulos*, es decir: 1) la persona y los escritos de Teodoro de Mopsuestia; 2) los escritos de Teodoro de Ciro contra S. Cirilo y el Concilio de Éfeso; 3) una carta de Ibas de Edesa en defensa de Teodoreto de Mopsuestia y contra S. Cirilo; pues por ser estos tres «Capítulos» especialmente odiosos a los monofisitas, se suponía que con su prohibición se los atraería.

En Oriente fué bien recibida esta prohibición; pero en Occidente se levantó al punto una protesta general contra ella. La prohibición, sobre todo, de Teodoreto, alma del Concilio de Calcedonia, la interpretaban como impugnación del Concilio. En realidad, tal como suena la prohibición, no envolvía ese peligro, pues sólo se refería a los escritos de Teodoreto del tiempo en que se opuso a S. Cirilo. Pero en Occidente no

⁹⁾ SCHWARTZ, E., Acta Conc. oecum. IV, 2, 1914. Mansi, 9, 376 s. *Faciundo*, Pro defensione Trium Cap., PL., 67, 527 s. *Judicatum*, texto en PL., 69, 111. Justiniano, Contra los tres cap., PG., 86, I, 993 s. *Aprob. de Vigilio*, PL., 69, 122 s., 143 s. GRISAR, Geschichte Roms und der Päpste, I, 574 s. GASQUET, A., De l'autorité impériale en matière relig. à Byzance. P. 1879. MEISSAS, A. DE, Nouvelles études sur l'histoire des Trois Chap. En Ann. de Phil. Chrét. 1904.

¹⁰⁾ PAROIRE, J., L'Eglise byzantine de 527 à 847, p. 11-141. DREHL, CH., Justinien et la civilisation byzantine au 6.^e siècle. P. 1901. Id., Hist. de l'Empire Byz. 2.^a ed. P. 1920. GLAIZOLLE, Un empereur théologien, Justinien... P. 1905. HOLMES, W. G., The Age of Justinian and Theodora. 2 vol. 2.^a ed. L. 1922. BATTIFOL, P., L'Empereur Justinien et le Siège Apostolique. Rev. Sc. Rel., 16 (1926), 193-264. KRÜGER, G., Art. Justinien I y Vigilius, en Realenz. pr. Th. JUGIE, M., Art. Justinien I, en Dict. Th. Cath.

¹¹⁾ DUCHESNE, L., Vigile et Pélage. En Rev. Q. Hist., 1884, 369-440. Id., L'Eglise au 6.^e siècle, p. 78 s. P. 1925. LÉVEQUE, Étude sur le Pape Vigile. Amiens 1887. SAVIO, Il Papa Vigilio. R. 1904.

⁹⁾ LEBON, J., Le monophysisme sévérien. Étude hist. littér. et théol. sur la résistance monophysite au Concile de Chalcedoine. Lovaina 1909. SCHULTE, J., Theodoret von Cyrus als Apologet. Viena 1904.

se hacía esta distinción y se suponía amenazado el Concilio de Calcedonia.

Justiniano consiguió que *Mennas*, Patriarca de Constantinopla, admitiera la condenación de los tres Capítulos. Luego dirigió todos sus esfuerzos contra el *Papa Vigilio*. Efectivamente, en enero de 547 el Papa Vigilio tuvo que presentarse en Constantinopla. Lo reprehensible en su conducta fué la indecisión y debilidad con que procedió desde un principio. Puesto entre la presión de los occidentales y del emperador Justiniano, cedió a éste y el 11 de abril de 548 publicó el *Iudicatum*, por el cual condenaba los tres Capítulos.

El efecto que produjo en Occidente fué terrible. Un sínodo de Cartago de 550 lanzó excomunión contra el Papa. Se inició una gran polémica, pues se le suponía caído en el monofisismo. Entonces tuvo lugar el *segundo acto de Vigilio*. Espantado del efecto producido, suspendió la condenación de los tres Capítulos. Pero al punto comenzaron de nuevo las presiones de parte del Emperador, con el cual, por fin, se convino en que, para decidir la cuestión, se reuniría un Concilio, y entretanto nadie publicaría nada sobre aquello.

Sin embargo, Justiniano I, bajo la presión de Askidas, publicó otro decreto imperial en 551 (*ὁμολογία πίστεως*, confesión de la fe), en que se renovaba la prohibición de los tres Capítulos. Ante esta conducta del Emperador, el Papa se declaró abiertamente contrario; pero entonces Justiniano se enfureció de tal manera, que Vigilio tuvo que refugiarse en la iglesia de Santa Eufemia de Calcedonia, desde donde lanzó excomunión contra Askidas y otros. Mas no duró mucho esta tirantez. Los obispos excomulgados se le sometieron, y al fin Vigilio alcanzó la libertad.

180. b) El Concilio de 553 y el Papa Vigilio. Por su parte, el Emperador inició nuevas negociaciones con el Papa, y no llegando a ningún convenio, reunió por su cuenta en mayo de 553 un sínodo en Constantinopla, en el que se pronunció sentencia contra los tres Capítulos. En el sínodo tomaron parte ciento cincuenta y un obispos.

Mientras se celebraba el sínodo de Constantinopla, un nuevo acto del Papa pareció complicar el asunto. El 14 de mayo de 553 publicó un manifiesto, intitulado «Primer Constitutum», en el cual optaba por un término medio: condenaba sesenta proposiciones de Teodoro de Mopsuestia, pero prohibía la condenación de Teodoro de Ibas. Objetivamente considerada, esta actitud era más justa. Pero el Emperador no admitía contradicción. El mismo anunció este hecho al Concilio en la sesión séptima, e inmediatamente comenzaron a tomarse medidas radicales: rompió sus relaciones con el Papa, hizo borrar su nombre de dípticos, libros litúrgicos y centros oficiales y lo condenó al destierro, junto con los clérigos que se le mantuvieron fieles.

Ante esta nueva violencia cedió Vigilio otra vez y aceptó las decisiones del sínodo, con lo cual quedaba éste elevado al rango de Concilio ecuménico. Así lo hizo Vigilio en un segundo manifiesto titulado «Segundo Constitutum», de febrero de 554. Con esto obtuvo la libertad y la facultad de volver a Roma; pero murió en el viaje el 5 de junio de 555. Como se ha indicado antes, la condenación de los tres Capítulos es ortodoxa, entendiéndola como la entendía el Papa. En cambio, si se entiende como condenación del Concilio de Calcedonia, según lo hacían muchos orientales, es herética.

El Papa Pelagio I (555-561) se esforzó por inducir a los occidentales a aceptar el Concilio de Constantinopla, explicando el sentido de la condenación de los tres Capítulos. Aunque con dificultad, se fué obteniendo lentamente. Al fin, algunos obispos contumaces fueron excomulgados. Los Papas siguientes trabajaron en el mismo sentido y consideraron este Concilio como el V ecuménico.

V. El monotelismo y el Concilio VI ecuménico, III de Constantinopla, 680-681 ¹²⁾

181. A pesar de todos los esfuerzos de Justiniano I por atraerse a los monofisitas, continuaban éstos formando núcleos numerosos. La nueva herejía del monotelismo no fué más que una velada manifestación de la doctrina monofisita, un intento de conciliación entre los monofisitas y los ortodoxos.

a) Principio del monotelismo. El Papa **Honorio**. El autor de la nueva herejía fué Sergio, Patriarca de Constantinopla (610-638). Según él, a consecuencia de la unión personal en Cristo, existía en él una sola energía, una sola voluntad. Por esto se llamó a esta doctrina *monotelismo* (de *μόνος* y *θέλημα*). Con esto creía Sergio que se satisfacía a los católicos, pues se admitían las dos naturalezas, y se complacía a los monofisitas, pues esta única energía y voluntad de Cristo era el símbolo de la perfecta unidad que en Él existe.

El emperador *Heraclio* (610-641) inició inmediatamente una campaña para obligar a todos a aceptar la nueva fórmula de concordia. Pero ni los monofisitas rígidos, ni menos los católicos, le dieron buena acogida. Por otra parte, entre los católicos, se levantó inmediatamente el monje palestinese *Sofronio*. Éste tuvo noticia de la nueva doctrina, y sin saber de dónde provenía, dirigióse al mismo Sergio para llamarle la atención sobre el peligro que contenía. Sergio se alarmó e hizo lo posible para acallarlo; pero Sofronio inició una ardorosa polémica.

Entonces Sergio trató de atraerse al Papa Honorio (625-638), para lo cual le escribió exponiéndole el estado de la cuestión y proponiéndole a Sofronio como un perturbador de la

¹²⁾ Mansi, 10 y 11 (Cartas de los PP. etc.). S. *Sophronii Hierosolym.* PG., 87. S. *Maximi*, opera, PG., 90 y 91. *Honorio*, Cartas a Sergio: Mansi, 11, p. 529-537; 537 s. *Ethessis*, Mansi, 10, 992-997. *Typus*. Ib., 1029-1032. *Epist. Dogm. de Agatón*, PL., 87, 1161-1213. *Anast. Bibl.*, Coll ad hist. Monothel. P. 1620. DUCHESNE, L'Église au 6.^e siècle, p. 391-485. P. 1925. PERNICE, L'Imperatore Eraclio. Florencia 1905. CHILLET, Le Monothélisme, exposé et critique. Brignais 1911. GRUMEL, V., Recherches sur l'hist. du Monothélisme. En Ech. d'Or., 1928, 6 s., 237 s.; 1929, 19 s., 356 s. KRÜGER, G., Artíc. Monotheliten, en Realenz. pr. Th. AMANN, E., Artíc. Monothélisme, en Dict. Th. Cath.

paz. Por desgracia, el Papa Honorio cayó en el lazo de Sergio, y así, entendiendo que toda aquella cuestión era más bien de palabra, escribió las *dos célebres cartas a Sergio*, en las cuales trataba de inducir a unos y otros a que no se trataran aquellas cuestiones, dando de paso su opinión sobre ellas. Estas dos cartas son la base de la *cuestión del Papa Honorio*. Con estas cartas, Sergio y los suyos quedaron sumamente envalentonados. En cambio, Sofronio quedó lleno de preocupación. Por esto envió a Roma a un hombre de su confianza con el objeto de informar debidamente al Papa. Pero al llegar éste a Roma, Honorio había muerto.

182. b) El monotelismo en su mayor apogeo. Entretanto, Sergio y la nueva doctrina seguían su carrera triunfal. En 638 el emperador Heraclio publicó el edicto llamado *Ekthesis*, compuesto por Sergio, en que se proponía claramente el monotelismo. Mientras en Oriente lo suscribieron casi todos, los occidentales lo rechazaron con toda decisión y unanimidad.

Nueva complicación trajo a este asunto el emperador *Constante II* (641-668). Instigado por el nuevo Patriarca de Constantinopla *Paulo*, publicó en septiembre de 647 un nuevo edicto, el *Typos*, en el que se prohibía que se hablara de una o de dos voluntades. El Papa *Martín I* (649-655)¹³ en un sínodo de Roma de 649 rechazó expresamente la *Ekthesis*, el *Typos* y el monotelismo, excomulgando juntamente a sus más significados defensores, Sergio, Pirro y Paulo. El Emperador se enfureció, hizo prender al Papa Martín I y llevarlo a la isla Naxos, donde padeció lo indecible durante año y medio; luego fué conducido a Constantinopla, acusado de toda clase de crímenes, maltratado y por fin arrojado a Querson, donde murió en 655, mártir de los sufrimientos. Semejantes atropellos y mayores crueldades tuvo que sufrir *S. Máximo*¹⁴, gran defensor de la verdadera doctrina en todo este período, y sus discípulos los dos Anastasios.

183. c) El VI Concilio ecuménico. Sólo con la muerte del Patriarca Paulo y del emperador Constante fué calmándose el fanatismo. Su sucesor, *Constantino IV Pogonato* (668-685), de convicciones ortodoxas, terminó por fin tan enconada contienda. Inmediatamente invitó al Papa a enviar legados para un Concilio. El Papa *Agatón* (678-681) celebró un sínodo en Roma y compuso un documento dogmático para que sirviera de pauta en las discusiones del Concilio.

Celebróse, pues, el *VI Concilio ecuménico, III de Constantinopla*. Por celebrarse en la sala imperial llamada *τροῦλλος*, el Concilio se denomina también *Trullanum I*. Duró desde noviembre de 680 a septiembre de 681. Asistieron ciento setenta

y cuatro prelados, presididos por los legados del Papa. La base de la discusión fué el documento pontificio, y así, se declaró solemnemente la doctrina de las dos voluntades, condenando el monotelismo. Fuera de esto, el Concilio condenó a Sergio, Paulo y otros representantes de la herejía, y finalmente al *Papa Honorio*. Esta condenación del Papa Honorio, hecha por el Concilio, forma la segunda parte de la cuestión sobre este Pontífice.

Con esto terminó el Concilio y poco a poco se fueron calmando los ánimos. El Concilio celebrado en 692, llamado *Trullanum II*, sólo se dedicó a dar algunos cánones disciplinares para completar los Concilios V y VI, que no habían dado ninguno. Por esto se llama también *Concilium Quini-Sextum*. No ha sido reconocido como ecuménico.

184. Cuestión del Papa Honorio¹⁵). Para terminar, diremos brevemente lo que hay sobre esta célebre cuestión. En ella hay que distinguir dos partes:

1. *Las dos cartas escritas a Sergio por el Papa Honorio, ¿ofrecen dificultad para la infalibilidad pontificia?* De ninguna manera. Las razones son: en primer lugar, porque no se ve claro que sean un documento «ex cathedra»; por tanto, aunque contuvieran algún error, no serían dificultad para la infalibilidad del Papa. Pero además, no se contiene en ellas el error del monotelismo. La falta del Papa estuvo en querer echar tierra encima al asunto y no ver el peligro de la nueva doctrina. Fué negligencia y falta de clarividencia, no error doctrinal. Las expresiones que se encuentran en ambas cartas sobre *una voluntad*, se deben entender de una voluntad moral. De hecho, así lo supusieron todos en aquel tiempo.

La expresión más discutida de Honorio es: «Unde et unam voluntatem fatemur Domini nostri Iesu Christi». Esta y otras frases parecidas, y sobre todo la insistencia del Papa en que no se discutiera sobre aquellas cuestiones y en imponer silencio a los impugnadores del monotelismo, de igual modo que a sus defensores, dieron ánimos a Sergio y a los suyos y fueron interpretadas como señales de favor dadas a la herejía. En realidad, en esto consistió el defecto de Honorio. Por un lado, usó algunas expresiones que aparentemente favorecían la opinión herética, y por otro, engañado por Sergio, consideró aquella discusión como un juego de palabras (*λογομαχία*), y con esta negligencia dió alientos a los heterodoxos.

Por lo que a la misma doctrina se refiere, la prueba más clara de que en realidad Honorio no opinaba como los monoteletas es que ellos mismos en sus discusiones no lo solían presentar como partidario suyo. Además, los grandes defensores de la ortodoxia de aquel tiempo presentan al Papa Honorio como contrario al monotelismo, y no hay duda que ellos podían conocer bien su verdadera opinión. Así Juan IV (640-642) defiende que Honorio sólo habla de *una voluntad humana* en Cristo, lo cual es correcto.

¹³) PRITZ, W. M., Martin I und Maximus Conf. En Hist., Ib., 38 (1917) 213 s., 429 s.

¹⁴) STRAUBINGER, Die Christologie des hl. Maximus confessor. 1906. STIGLMAYR, J., Maximus Conf. und die beiden Anast. En Kath., 1908, II, 39-45.

¹⁵) CHAPMANN, DOM, The condemnation of Pope Honorius. I. 1907. PLANET, W., Die Honoriusfrage auf dem Vatik. Konzil. 1912. GRISAR, Artíc. Honorius, en Kirchenlex. CABROL, Artíc. Honorius, en Dict. Apol. AMANN, Artíc. Honorius, en Dict. Th. Cath.

Igualmente S. Máximo Confesor, mártir de la ortodoxia, expresó esta misma opinión, diciendo que Honorio sólo *excluye dos voluntades humanas* en Cristo. Todo esto indica que ya desde el principio la doctrina del Papa Honorio era considerada como ortodoxa, si bien la explicación que parece más conforme con todo el contexto es que, al hablar de una *voluntad*, entiende una *voluntad moral* o concordia entre la voluntad divina y humana de Cristo, que es lo que defiende la ortodoxia católica.

2. *La condenación del Papa Honorio por el Concilio VI, ¿no es una dificultad contra la infalibilidad de los Concilios ecuménicos?* De ningún modo. He aquí la razón. Es cierto que el Concilio condenó al Papa como hereje; pero en esto no tiene valor de Concilio ecuménico, pues al aprobar el Papa León II las decisiones del Concilio, no aprobó la condenación del Papa como hereje, sino sólo como negligente y descuidado.

Además, al condenar el Concilio al Papa Honorio, se oponía a las instrucciones recibidas del Papa Agatón, quien había escrito: «Quae [Ecclesia]... a tramite apostolicae traditionis nunquam errasse probabitur». La idea de que el Papa Honorio había sido negligente, no hereje, la expresa León II en la carta al Emperador: «Anathematizamus novi erroris inventores... et Honorium, qui hanc apostolicam ecclesiam... immaculatam maculari permisit». Del mismo modo especifica la culpa de Honorio en una carta dirigida a los obispos de España: «Qui flammam haeretici dogmatis non... incipientem exstinxit, sed negligendo confovit». No tenían otro sentido las fórmulas medievales, en que los Romanos Pontífices anatematizaban a Honorio «qui pravis eorum [monoteletarum] adsertionibus fomentum impendit». Por tanto, sólo esta condenación de Honorio por su descuido y negligencia recibió la sanción de los Romanos Pontífices.

VI. Cuestiones origenistas en los siglos IV-VI ¹⁶⁾

185. No hay duda que Orígenes se había distinguido notablemente por su ascetismo, por su inmensa erudición y su extraordinario talento, y que había producido obras de primer orden en exegética y en teología. Mas, por desgracia, había defendido una serie de puntos que no estaban conformes con la doctrina ortodoxa de la Iglesia, sobre todo la preexistencia de las almas, la espiritualidad de los cuerpos glorificados y la apocatástasis y reconciliación final de los condenados. Por el inmenso prestigio de que había gozado en vida, apenas se atrevió nadie a oponersele durante el resto del siglo III; pero una vez pasada la generación de sus discípulos, se inició una campaña contra él, que se fué intensificando cada vez más, dando ocasión a una serie de discusiones más o menos apasionadas durante los siglos IV-VI; pues mientras algunos doctores eminentes lo impugnaban, otros no menos ilustres lo defendían con gran entusiasmo.

a) *Primera controversia origenista. S. Jerónimo y Rufino: 393-397 ¹⁷⁾*. El primero que escribió contra la doctrina de Orígenes fué *Metodio de*

¹⁶⁾ Orígenes, Opera, PG., 17 s. S. Epif., Haeres. S. Jerón., Epist. 71 s., PL., 22. Methodii, Opera, PG., 18. Tixeront, J., Hist. des Dogmes. II.* ed. 1930, I.

¹⁷⁾ PANKOW, A., Methodius, Biseh. von Olympus. 1888. BROCHET, St. Jérôme et ses ennemis. Étude sur la querelle de St. Jérôme avec Rufin d'Aquilée... P. 1906. HOLL U. JÜLICHER, Die Zeitfolge des ersten Origenistenstreites. En Sitzb. Pr. Ak. Wiss., 1916, 226-255, 256-275. CAVALLERA, F., Saint Jérôme. 2 vol., en Spic. Lov. 1922.

Olimpo, el cual en su obra «Sobre la resurrección» criticó duramente las opiniones de Orígenes sobre esta materia. Más resonancia todavía tuvo la crítica ejercida contra Orígenes con ocasión de las cuestiones arrianas. En efecto, los arrianos comenzaron a traer en apoyo de su doctrina las ideas subordinacionistas de Orígenes, y algunos impugnadores del arrianismo, como Marcelo de Ancira, lo presentaba como precursor del arrianismo. Entonces, pues, comenzaron a salir sus primeras apologías, en primer lugar, una de *Eusebio de Cesarea*, y luego otra de *Pámfilo*. Esta tendencia fué intensificándose en el Oriente, de manera que S. Basilio, S. Gregorio Nacianceno y el mismo S. Atanasio se pusieron enteramente de su parte.

En estas circunstancias entraron en escena S. Jerónimo y Rufino, íntimos amigos hasta entonces, pero que se enemistaron profundamente por las cuestiones origenistas. El hecho sucedió así: El octogenario *Epifanio de Salamina*, conocido como uno de los enemigos más acérrimos de Orígenes, se presentó en Jerusalén y predicó con gran apasionamiento contra Orígenes. Esto excitó al obispo Juan de Jerusalén, quien salió al punto en su defensa, y las cosas se fueron precipitando de manera que bien pronto se formaron dos bandos cada vez más encarnizados: de una parte se hallaban los defensores de Orígenes, Juan de Jerusalén y Rufino; de la otra, sus impugnadores, Epifanio y S. Jerónimo.

Poco después, Rufino se dirigió a Occidente y tradujo al latín la «Apología de Orígenes», escrita por Pámfilo, y el tratado «De principiis», de Orígenes, pero expurgando o corrigiendo en este último los puntos menos conformes con la ortodoxia. Mas lo peor del caso fué que, con el fin de justificar este método, en el prólogo se refería a S. Jerónimo, notando que él había hecho otro tanto y que era partidario de Orígenes. Esto era inexacto, pues S. Jerónimo sólo había abreviado algunas homilias de Orígenes para ponerlas mejor al alcance del pueblo, y por lo demás había notado muchas veces los errores de éste. Así, pues, S. Jerónimo salió al punto en su defensa, hizo una traducción literal del tratado «De principiis» y escribió una carta vehementemente, en que trataba a Rufino de mentiroso y aun de hereje. Rufino respondió con una Apología, en que, pasando al ataque de su adversario, le acusaba de inconsecuencia, pues se olvidaba del gran aprecio que antes había hecho de Orígenes. Esta Apología excitó extraordinariamente a S. Jerónimo, quien respondió entonces con su propia Apología, con la que terminó esta verdadera guerra de libelos apasionados. Rufino se retiró a Mesina, donde murió en 410.

186. b) *Segunda controversia sobre Orígenes. Teófilo de Alejandría y S. Juan Crisóstomo ¹⁸⁾*. La segunda fase de esta controversia tuvo lugar en Alejandría y Constantinopla. En Alejandría continuaba el Patriarca Teófilo, hombre de un carácter intemperante y dominador. Siendo así que anteriormente había sido partidario de Orígenes, hacia el año 400 dió una prohibición absoluta de sus obras y comenzó una verdadera campaña contra sus partidarios, a muchos de los cuales maltrató duramente. Esta campaña se dirigió de una manera particular contra los monjes de Nitria, decididos origenistas, de los cuales algunos se hubieron de someter, otros ofrecieron resistencia bajo la dirección de los cuatro llamados *Hermanos largos*, pero al fin se tuvieron que refugiar, primero en Palestina, luego en Constantinopla.

En este punto comienza a intervenir S. Juan Crisóstomo, que ocupaba la sede de Constantinopla desde 398 y gozaba de un prestigio extraordinario. Habiendo, pues, recibido éste bajo su protección a los monjes fugitivos, alojándolos en las dependencias de la iglesia, Teófilo se enfureció contra él. S. Crisóstomo quiso retirarse de la controversia; pero entonces la tomaron por su cuenta los cuatro *Hermanos largos*, dirigiéndose a la emperatriz Eudocia, la cual se manifestó favorable a su causa.

¹⁸⁾ PUECH, A., Un réformateur de la société chrét. au 6.^e siècle. St. Jean Chrys. P. 1891. ID., St. Jean Chrys. En «Les Saints». P. 1891. BAUR, CHR., Der hl. Chrysostomus und seine Zeit. 2 vol. 1929. BARDY, G., Art. Chrysostome, en Dict. Th. Cath.

En estas circunstancias, habiendo S. Juan Crisóstomo irritado a la Emperatriz por el celo de su predicación y por el modo como fustigaba los vicios de la corte, Teófilo de Alejandría se puso en comunicación con la ofendida Emperatriz y los nobles irritados, y no mucho después, en el sínodo de la encina (σύνοδος πρὸς τὴν δρύν) consiguió el destierro del Crisóstomo. La controversia origenista se había convertido en cuestión meramente personal de Teófilo y la Emperatriz. El amor que profesaba el pueblo al Patriarca obtuvo, sin embargo, que fuera revocado el destierro de S. Juan Crisóstomo. Pero en una nueva homilía habló éste con vehemencia contra los vicios de la corte. La Emperatriz se sintió de nuevo ofendida, y así, el mismo año 404 lo hizo desterrar definitivamente. En septiembre de 407 murió Crisóstomo en Comana del Ponto; pero el año 438, Teodosio II hizo llevar sus reliquias con gran solemnidad a Constantinopla.

187. c) Tercera fase de la contienda origenista: Justiniano I¹⁹⁾. Frente a las frecuentes discusiones en pro y en contra de Orígenes, particularmente durante el reinado de Justiniano I, en 542, el Patriarca de Antioquía, *Efrén*, condenó solemnemente una serie de errores de Orígenes, y Pedro de Jerusalén envió al Emperador un escrito con carácter de acusación contra las mismas doctrinas. Al propio tiempo, el abad de la gran *Laura* inició contra Orígenes una campaña, que tuvo por resultado el destierro de gran número de monjes. Entonces el mismo Justiniano I tomó cartas en el asunto, y el año siguiente, 543, publicó un edicto en que eran condenadas nueve proposiciones origenistas. La cosa no paró aquí. Un sínodo local (σύνοδος ἐνδημοῦσα) hizo suyo este edicto del Emperador, y en consecuencia se tomaron una serie de medidas, que terminaron con la inclusión del gran teólogo y exegeta en el número de los herejes. El Patriarca de Constantinopla, *Mennas*, y el Papa *Vigilio* aceptaron también estas medidas.

El fin lo trajeron los mismos origenistas, cuyo error más discutido era la preexistencia de las almas. Esto dió origen a una división entre ellos, por efecto de la cual una parte se unió con los católicos ortodoxos. En el Concilio de Constantinopla de 553 se presentó una acusación formal contra los errores origenistas, y así Justiniano suplicó al Concilio que tomara las medidas convenientes contra ellos. Así sucedió, en efecto, en los quince anatematismos que se lanzaron contra dichos errores. En este estado han quedado las controversias origenistas hasta nuestros días.

¹⁹⁾ DIEKAMP, Die origenistischen Streitigkeiten im 6. Jahrh. 1899.

CAPÍTULO V

Herejías soteriológicas y otras especiales ¹⁾

188. Mientras en el Oriente se debatían todas las cuestiones discutidas hasta aquí, en el Occidente ocupaban los ánimos otras contiendas muy diversas: las promovidas por el pelagianismo y el semipelagianismo. Son indicio claro del distinto carácter de los pueblos griego y romano. Los griegos insistían en cuestiones de carácter más especulativo; los romanos u occidentales debatían cuestiones más prácticas y humanas.

I. Pelagianismo. San Agustín

La primera de estas herejías, que tanta trascendencia debía tener en lo sucesivo, fué la suscitada por Pelagio, que le dió el nombre, y Celestio, su compañero inseparable. Es designada como soteriológica, por tratar de la *sotería* o de los medios de salvación y santificación. Algunos la llaman antropológica, por referirse directamente al hombre y a sus facultades para obrar el bien.

¹⁾ Pelagio, Comment. in epist. Scti. Pauli., PL., 30, 68. A. SOUTER, Texts St., 9, 1. 1922. Pelagio, Libellus fidei, PL., 45. JULIÁN DE ECLANO, en San Agustín, «Contra Julianum...», PL., 44, 461 s.; *Opus imperfectum*, PL., 45. 1049 s. S. Agustín, Escritos contra Pelagio, PL., 54, 55. Ed. ZYCHA, en Corp. Scr. Eccl. Lat., 42 y 60. 1902-1913. Otros documentos antipelagianos, PL., 45. S. Jerónimo, Dialogus contra Pel., PL., 23. Orosio, Liber contra Pel., PL., 31. Ed. Zangenmeister, en Corp. Scr. Eccl. Lat. 1882. MARIUS MERCATOR, Commonit., PL., 48, 63 s. y SCHWARTZ, Acta Conc. oecum. I, 5. 1924. JUENGST, Pelagianismus und Augustinismus. 1901. ZIMMER, Pelagius in Irland. Texte unt. zur patr. Literatur. 1901. RIVIERE, Le dogme de la Rédemption. P. 1905. PLINVAL, P. DE, Pélage et les premiers aspects du pélagianisme. En Rev. Sc. Phil. Théol., 25 (1936), 429-458. LOOFS, F., Art. Pelagius y Pelag Streit, en Realenz. pr. Th. HEDDE, R., y AMMANN, E., Art. Pélagianisme, en Dict. Th. Cath. 1935. PLINVAL, C. DE, Le problème de Pélage sous son dernier état. En Rev. H. Eccl., 35 (1939), 5-21. La bibliografía de San Agustín véase más abajo. En particular véanse: *Obras de San Agustín*, vol. I-VII. En B. A. C., particularmente, vol. VI: Tratados sobre la gracia. Texto lat. y trad. castell. M. 1949.

189. a) Doctrina y primera actividad de Pelagio y Celestio ²⁾. Pelagio, de origen británico, que gozaba en Roma de fama de hombre espiritual y asceta, comenzó a defender, a principios del siglo V, que el hombre con su libertad es capaz de obrar el bien por sí mismo, y sin auxilio alguno sobrenatural puede con sus propias fuerzas evitar todos los pecados. Esto lo explicaba diciendo que el hombre posee una naturaleza tan perfecta como la de Adán antes del pecado, pues el pecado de Adán no se transmite a los demás hombres. Con esta doctrina, propuesta muy cautamente, hizo Pelagio muchos discípulos. En todo le ayudó desde un principio su discípulo Celestio. No hay duda que contribuía grandemente al éxito el matiz de la doctrina, que halaga a la vanidad humana atribuyéndole a ella el obrar bien.

Así estaban las cosas, cuando por el año 410 los visigodos hicieron su entrada en Roma. Entonces Pelagio y Celestio se trasladaron a Cartago, donde continuaron propagando su doctrina. No mucho después Pelagio se dirigió a Oriente, mientras Celestio seguía con más ardor extendiendo sus ideas. Pero la astucia de Celestio tropezó con la clarividencia de los teólogos católicos. En un sínodo de Cartago de 411 el diácono de Milán, Paulino, presentó una acusación en regla contra la nueva doctrina, y como Celestio no quisiera retractarse, lo excomulgó y condenó siete proposiciones, síntesis de su doctrina. Celestio, descubierto, partió para el Oriente.

He aquí las siete proposiciones condenadas: 1. Adán, mortal por su creación, hubiera muerto con pecado o sin él. 2. El pecado de Adán le dañó a él solo, no al linaje humano. 3. Los niños recién nacidos se hallan en aquel estado en que se hallaba Adán antes de su prevaricación. 4. Es falso, que ni por la muerte ni por la prevaricación de Adán tenga que morir todo el género humano, y que haya de resucitar por la resurrección de Cristo. 5. El hombre puede fácilmente vivir sin pecado y observar los mandamientos. 6. La Ley conduce al cielo del mismo modo que el Evangelio. 7. Antes de la venida del Señor hubo hombres impecables, es decir, que de hecho no pecaron.

En tales circunstancias empezó S. Agustín su intervención, que en esta materia fué verdaderamente providencial. Ya antes de él habían tratado otros Padres y escritores eclesiásticos las materias impugnadas por los pelagianos; pero nadie las penetró tan profundamente como S. Agustín, sobre todo lo referente al pecado original, al estado de la naturaleza antes del

pecado y después de él, a la necesidad y gratuidad de la gracia sobrenatural y al don de la perseverancia. Por esto mismo mereció de la posteridad el título de *Doctor gratiae*.

En general, se puede decir que S. Agustín fué publicando sus obras referentes al pelagianismo a medida que se hacían necesarias por la actividad de los nuevos herejes, y casi siempre rebatiendo los escritos de Pelagio, Celestio y más tarde Julián de Eclano. Así, las primeras se refieren más bien al pecado original y las cuestiones relacionadas con él. Con toda decisión se rechazan los principios: que el pecado de Adán sólo se transmite por *imitación*, no por *propagación*, y se defiende la realidad del pecado original, que hace que todos los hombres nazcan pecadores, de donde se deriva la necesidad del bautismo de los niños. En otra obra, dirigida al mismo Marcelino el año 412 con el título «De spiritu et littera», se responde al primer subterfugio de los adversarios, que hablaban de una gracia meramente extrínseca, consistente en la Ley, y se prueba que la gracia debe ser interna, verdadera santificación de la voluntad. Uno de los libros fundamentales del Santo en esta materia es el compuesto en 415, «De natura et gratia». En él rebate S. Agustín dos obras de Pelagio, probando que la naturaleza humana, viciada por el pecado original, necesita absolutamente de la gracia interna para obrar el bien. Por otra parte, insiste en la gratuidad del don de la gracia, que depende únicamente de la benevolencia de Dios (*non meritis, sed gratis*). En otro escrito del mismo año, «De perfectione iustitiae hominis», prueba que ni siquiera los santos obtuvieron en la tierra una perfecta impecabilidad.

190. b) Pelagio en Oriente. Inocencio I y Zósimo. En Oriente trató Pelagio de ganarse reputación de ascetismo, vieniendo retirado en Belén. En efecto, en este retiro comenzó a tener éxito; pero pronto fué descubierto por S. Jerónimo el virus de su doctrina. Por esto, en su «Comentario sobre Jeremías» y luego en su «Diálogo» manifestó S. Jerónimo el peligro de las nuevas ideas.

Mas entretanto Pelagio había ganado al Patriarca Juan de Jerusalén, y así, en el sínodo de 415, en el cual se presentó el español Orosio de parte de S. Agustín para acusar a Pelagio y Celestio, Pelagio apeló a su habilidad y confesiones ambiguas, y salió victorioso. El mismo año 415 celebróse otro sínodo en *Dióspolis* de Palestina, al que acudieron dos obispos occidentales, Heros de Arlés y Lázaro de Aix. Pelagio repitió sus expresiones ambiguas, engañó a los prelados occidentales que no entendían el griego, y al fin fué de nuevo declarado inocente. Envalentonados los amigos de Pelagio, se dedicaron a una intensa propaganda. Pero S. Agustín desde el África no los perdía de vista. Bajo su iniciativa, se reunieron en 416 dos sínodos, en Cartago y en Mileve, donde se condenó otra vez a Pelagio y Celestio y su doctrina. Además, se dirigieron al Papa Inocencio I pidiéndole confirmara estas decisiones.

²⁾ KLASSEN, Die innere Entwicklung des Pelagianismus. 1882. JACOBI, Die Lehre des Pelagius. 1892. PLINVAL, G. DE, Recherches sur l'oeuvre littér. de Pélage, en Rev. Phil., 60 (1934), 10-420. ID. Pélage, ses écrits, sa vie et sa réforme. Étude d'histoire littér. et religieuse. Lausana 1943. ID., Essay sur le style et la langue de Pélage, suivi du traité inédit *De induratione cordis Pharaonis*. Friburgo 1947.

El Papa *Inocencio I*, bien informado por los africanos, condenó asimismo y excomulgó a los dos herejes mientras no se retractaran. Entonces fué cuando S. Agustín, al recibir en 417 esta respuesta, pronunció la célebre frase: «Roma loquuta est, causa finita est». Mas por desgracia, no había terminado el error. Pelagio y Celestio pusieron en juego todas sus artes de astucia y disimulo. Para ello compusieron cada uno por su parte sendos memoriales, que llegaron al sucesor, Papa *Zósimo*, en 417. El de Pelagio, llamado «libellus fidei», evita con habilidad las cuestiones sobre el pecado original y la gracia interna. Zósimo quedó satisfecho. Más hábil todavía fué Celestio. Dirigió personalmente a Roma y entregó su memorial o «profesión de fe», en la que afirmaba todos los puntos dogmáticos que no hacían al caso, añadiendo que en cuestiones libres se remitía al juicio del Papa.

El Papa Zósimo creyó por un momento en la inocencia de Celestio y Pelagio, y así dirigió una carta a los obispos africanos, en que se los tildaba de precipitación. Entretanto hizo examinar de nuevo todo el proceso. S. Agustín y los obispos africanos, convencidos de la astucia de Celestio y del engaño del Papa Zósimo, enviaron en seguida un memorial a Roma, en que se probaban las acusaciones contra los pelagianos con multitud de textos patristicos; además, reunieron en *Cartago* un sínodo en otoño de 417, y en él se declararon insuficientes las explicaciones de Celestio.

191. c) Condenación definitiva del pelagianismo. El Papa respondió insistiendo en su cualidad de juez supremo, pero disponiendo que quedaran las cosas en el estado en que las dejó su predecesor. Entretanto, antes de recibir esta respuesta del Papa, se había celebrado en Cartago, en mayo de 418, un *gran sínodo*, al que asistieron doscientos catorce obispos. En él se había examinado de nuevo y condenado toda la doctrina pelagiana. Las actas habían sido enviadas a Roma. S. Agustín escribió por su parte el mismo año 418 el tratado «De gratia Christi et de peccato originali», en que descubre los errores y falacias de Pelagio.

Todo esto acabó de convencer al Papa. Así, pues, invitó a Pelagio y a Celestio a que se presentaran y respondieran a las acusaciones. Pero ellos no hicieron caso. El emperador Honorio, por su parte, aplicó contra ellos la pena del destierro. Entonces, para terminar todo el asunto, publicó el Papa Zósimo la célebre *epístola tractoria*, en la que invita a todos los obispos a admitir el fallo contra la doctrina pelagiana y propone claramente la verdadera doctrina.

La mayor parte del episcopado aceptó la solución del Papa. Solamente *Julián de Eclano*³⁾, con otros diecisiete obispos italianos, se negaron a ello. Pelagio y Celestio desaparecen de la escena y ya no se tienen noticias de ellos. *Julián de Eclano*, con los suyos, continuaron por algún tiempo las cuestiones pelagianas. Con esto se entabló un verdadero duelo literario entre Julián y S. Agustín.

³⁾ BRUCKNER, Julian von Eclanum, sein Leben u. seine Lehre. En *Texte Unt.*, 15, 3, 1897. FORGET, J., Art. Julien d'Eclane, en *Dict. Th. Cath.*

Esta última fase de la contienda es la más fecunda en la producción literaria de S. Agustín, pues tenía que habérselas con un hombre profundo y taimado y mucho mejor dialéctico que Pelagio y Celestio. Julián, en dos epístolas que dirigió al Papa protestando contra la condenación de Pelagio, echaba en cara a S. Agustín que, con sus teorías, destruía el matrimonio. Entonces respondió el Santo con su obra «De nuptiis et concupiscentia», y no mucho después, a fines de 419, con la «De anima et eius origine». Pero la obra más completa que escribió S. Agustín contra Julián la compuso en 421, después de estudiar detenidamente el libro de éste «Ad Turbantium». Lleva el título «Contra Iulianum» y trata del pecado original y de sus consecuencias en el hombre. Todavía en 429, después de recibir el escrito de Julián «Ad Horum», comenzó a escribir una obra, en la que expone de nuevo todo el sistema pelagiano; pero al morir el año 430 la dejó sin terminar. Es el «Opus imperfectum contra Iulianum».

El Emperador desterró a Julián de Italia, el cual se juntó en Oriente con los nestorianos. Murió olvidado de todos en 454. El Concilio de Éfeso de 431 condenó de nuevo su doctrina.

II. El semipelagianismo y la doctrina de San Agustín sobre la predestinación⁴⁾

192. Con las condenaciones indicadas quedaba el pelagianismo oficialmente vencido; pero la doctrina sobre la suficiencia del hombre había echado hondas raíces y tuvo todavía diversas manifestaciones, a las que se da el nombre de *semipelagianismo*.

a) Primera discusión. La primera discusión tuvo lugar en África mismo. Contra la exageración pelagiana del poder de la libertad humana, insistió S. Agustín en el poder divino, afirmando que todas nuestras obras buenas dependen de Dios, y la perseverancia final es don suyo gratuito⁵⁾. Sin embargo, aunque es verdad que, frente a la doctrina pelagiana, San Agustín urgió cada vez más la soberanía absoluta de Dios, dejaba siempre a salvo la libertad humana. Según S. Agustín, la gracia eficaz opera en el hombre infaliblemente, pero jamás por una acción irresistible.

Por lo que se refiere en particular a la predestinación, la concibe S. Agustín como una presciencia y preparación de sus gracias y bene-

⁴⁾ *Prosop. de Aquitania e Hilario*, Cartas a S. Ag., PL., 33, 1002 s. *Prospero*, Obras contra el Semipel., PL., 45 y 51. *Casiano*, Collat., PL., 49, ed. PERSCHENIG, en Corp. Scr. Eccl. Lat., 13, 17, 1886-1888. SUBLET, Le sémi-pélagianisme. Namur 1897. WOERTER, FR., Beitr. zur Dogmengesch. des Semipelag. 1900. LOOPS, F., Art. Semipelagianismus, en *Realenz. pr. Th.* *Jacquin*, La question de la prédestination aux v et vi siècles, en *Rev. Hist. Eccl.*, 7 (1906), 269 s.

⁵⁾ KOIB, K., Mensch. Freiheit und göttl. Vorherwissen nach Augustin. 1908. MAUSBACH, J., Die Ethik. Augustins. 2 vols. 1909. PORTALIS, R., Art. Augustinisme, en *Dict. Th. Cath.*

ficios, con los cuales infaliblemente se salvarán los que de hecho se salvan. La predestinación, pues, según lo enseña S. Agustín en los últimos años de su vida, es absoluta, gratuita y libre por parte de Dios y fruto de su misericordia, en lo cual consiste el misterio insondable de la predilección de unos respecto de otros; pero en ningún caso quita nada de la libertad del hombre. La voluntad de Dios de que todos tengan la posibilidad de salvarse, es seria y sincera. Por tanto, es punto esencial del sistema de S. Agustín, opuesto a la herejía predestinacionista, el que en ningún caso el hombre se halla en una situación tal, que no pueda resistir al pecado.

Esta doctrina pareció dura a los monjes de *Adrumeto* de África, pues suponían que quitaba al hombre la libertad. Por esto se dirigieron simplemente al Santo pidiéndole una explicación ulterior. S. Agustín respondió cumplidamente en dos tratados: «De gratia et libero arbitrio» y «De correptione et gratia». En realidad, en ambas obras pone a salvo la libertad humana, si bien insiste en la necesidad absoluta del concurso de Dios para toda obra buena. Con esto parece que quedaron satisfechos los monjes de Adrumeto.

193. b) Discusión y condenación del semipelagianismo.

En cambio, poco después se desencadenó otra tempestad parecida. Ésta tenía su centro en el monasterio de Lerins y en el de San Víctor de Marsella. El promotor era el abad *Juan Casiano*. La ocasión la dió el último escrito de S. Agustín «De correptione et gratia». La doctrina sobre la predestinación les parecía muy dura. El que unos se salven y otros no, decían, depende del hombre. En caso contrario, se quita la libertad. Dios ofrece a todos las gracias necesarias y suficientes sin hacer distinción. Del hombre depende la primera elección, el *initium fidei*. Con este primer movimiento libre hacia el bien, merece el hombre el auxilio de la gracia, necesaria para todas las otras obras buenas. La perseverancia final no es, pues, un don gratuito sino que depende del primer movimiento, el cual a su vez depende del hombre. Con esta doctrina atrajo Casiano a muchos. Bien pronto los monjes de la isla de Lerins se juntaron a los de San Víctor, donde Casiano era abad.

Contra esta doctrina, que era un pelagianismo vergonzante, se levantaron *Hilario*, de origen africano, y *Próspero de Aquitania* († 463), ambos laicos, pero muy versados en cuestiones teológicas. Dirigiéronse, ante todo, a S. Agustín, el cual compuso entre 428 y 429 sus obras «De dono perseverantiae» y «De praedestinatione Sanctorum». En ellas hacía depender la predestinación del solo beneplácito de Dios. Aunque esto no satisfizo a los monjes de Marsella, en vida de S. Agustín no respondieron. Pero al morir él el año 430, continuaron abiertamente su propaganda. Esta doctrina se refleja en las *colaciones* de Casiano *).

Próspero e Hilario continuaron la defensa de S. Agustín y de la ortodoxia contra la doctrina de los marselleses, como entonces se la

llamaba. Pero luego se dirigieron a Roma pidiendo al Papa Celestino que pusiera remedio. Entonces intervino por vez primera el Pontífice, dirigiendo a los obispos de las Galias una sentida recomendación de S. Agustín y una buena exposición de la doctrina ortodoxa en esta materia. Los marselleses no se dieron por satisfechos, y así continuó la campaña por ambas partes. Al lado de Casiano se pusieron los presbíteros *Vicente de Lerins*, Gennadio de Marsella y Fausto de Riez.

Vicente de Lerins *) fué quien más sobresalió. Primero compuso sus «Objeciones», contra las cuales Próspero escribió «Pro Augustino responsiones...». Entonces compuso Vicente el célebre «Commonitorium», donde propugnaba el argumento de la tradición para su doctrina. Próspero e Hilario, suavizando algunas expresiones de S. Agustín, continuaron siendo los defensores de la verdadera doctrina.

En toda esta discusión aparece claramente la buena fe de los hombres notables que defendieron las ideas semipelagianas. Mas, por otra parte, los defensores de S. Agustín y de la verdadera ortodoxia lucharon incansablemente por descubrir y hacer condenar los errores contrarios. Con esto se formaron dos tendencias o partidos, que combatieron durante un siglo entero por sus respectivas ideas. Muerto el abad Casiano en 432 en la mejor buena fe, sus discípulos continuaron defendiendo sus ideas; pero al poco tiempo se marcó la tendencia a desfigurar la doctrina de S. Agustín. En este sentido es célebre el tratado anónimo con el título de «Praedestinatus», que atribuye a S. Agustín la doctrina de la más estricta *predestinación doble*. Por tanto, que Dios predestina a ciertos hombres a su condenación eterna, y, en consecuencia, no reciben gracia ninguna y se condenan sin remedio.

Fausto de Riez escribió su célebre obra «De gratia Dei et humanae mentis libero arbitrio», donde habla con reverencia de S. Agustín, pero expone más crudamente que Casiano los errores semipelagianos.

Por otra parte, *Fulgencio de Ruspe* († 533), obispo africano desterrado en Constantinopla, compuso su obra en siete libros (que no poseemos hoy día) «Contra Faustum», y vuelto ya del destierro, otra «De praedestinatione et gratia Dei», en donde defiende en nombre de los obispos ortodoxos la doctrina de S. Agustín y la proclama contra los semipelagianos, a quienes llama «fratres errantes».

De la misma manera defendieron la causa ortodoxa en las Galias el obispo *S. Avito de Vienne* (490-523), y sobre todo *Cesáreo de Arlés* (501-542). Éste compuso contra Fausto de Riez la obra «De gratia et libero arbitrio».

Finalmente, el año 529, un sínodo celebrado en Orange (*Arausicanum II*) por iniciativa de *Cesáreo de Arlés*, condenó en veinticinco cánones la doctrina pelagiana y la de los monjes de Marsella. Esta última recibió el epíteto de *semipelagianismo* en el siglo XVI. Con la aprobación que dió el Papa *Bonifacio II* a este sínodo, recibieron sus veinticinco cánones la infalibilidad conciliar *).

*) MALNORY, A., Saint Césaire, évêque d'Arlés (503-543). P. 1894. KOCH, A. Der hl. Faustus von Reji. 1895. BRUNETIERE, F., y P. DE LABRIOLLE, St. Vincent de Lerins. P. 1906. KOCH, H., Vinzenz von Lerins und Gennadius. En Texte Unt., 31, 2. 1907. MADON, I., Excerpta Vincentii Lirinensis... M. 1940. En Stud. Oniensia, 1, 1. Id., El Commonitorio. M. 1943.

*) ERNST, J., Dogmat. Stellung der Beschlüsse von Orange. En Z. kath. Th. 1906, 660 s.

*) HOCH, Lehre des Joh. Cassianus von Natur und Gnade. 1895. LAUGIER, J., St. Jean Cassien et sa doctrine de la grace. Lyon 1908.

III. El priscilianismo en España y fuera de ella ⁹⁾

194. El priscilianismo es una de las herejías que más triste celebridad alcanzaron en este tiempo. Su carácter era muy diverso de todas las que hasta aquí hemos estudiado. Más bien está emparentada con el gnosticismo, o al menos puede considerarse como desarrollo de alguna secta o principio gnóstico. En los últimos decenios ha sido muy estudiado, en lo cual ha influido el haberse encontrado diversos escritos nuevos de Prisciliano.

a) **El priscilianismo y su condenación eclesiástica.** A principios del siglo IV se formó entre los católicos españoles una especie de sociedad piadosa, en la que tomaban parte clérigos, casados y solteros, íntimamente unidos, y que se llamaban mutuamente *hermanos*. Profesaban pobreza y continencia. En un principio apenas se advertía en ellos otra cosa mala, fuera de cierto fanatismo o exageración peligrosa de la piedad. Pero en la segunda mitad del siglo IV se juntó al movimiento y tomó su dirección *Prisciliano*, hombre rico, inquieto y soñador. Con gran ingenio y extraordinaria actividad ganó rápidamente muchos adeptos y fué dando a la secta un carácter cada vez más misterioso y extremista. Muy pronto se le juntaron dos obispos, *Instancio* y *Salviano*.

El primero que se dió cuenta del peligro de la nueva secta fué el obispo *Higinio*, y poco después *Idacio de Mérida*, los cuales iniciaron una polémica animada. Entonces, pues, se celebró un *sínodo en Zaragoza en 380*, al que no se presentaron los priscilianistas. El Concilio anatematizó una serie de prácticas que, según parece, son las de los priscilianistas.

De esto y de los diversos escritos de Prisciliano se deduce que enseñaba lo siguiente: la base de todo la formaba el secreto y misterio, la pro-

⁹⁾ Véase en particular VILLADA, I, 1, 91 s. *Priscilliani*, Quae supersunt. Ed. en Corp. Scr. Eccl. Lat., 18. Concil. Caesaraugust., PL., 84, 302. *Supplici Severi*, Chronica, II, 46-51. Ed. Corp. Scr. Eccl. Lat., I, 99 s. *Hydatii*, Chronica. Mon. Germ. Hist., Auct. Ant., II, chron. Min., 13, 16, 31, 130, 135. MERCATI, G., I due trattati al popolo di Prisc. En Studi T., p. 127-136. R. 1901. LÓPEZ-FERREIRO, A., Estudios históricos sobre Prisciliano. Santiago 1878. HILGENFELD, A., Priscillianus und seine neuentdeckten Schriften. En Z. Wiss. Theo. 35 (1892), 1-85. TORRES RODRÍGUEZ, C., Magno Clemente Máximo. En Bibl. Univ. Sant. 1945, abril, 179-238. MERKLE, S., Der Streit über Priscillian. En Th. Qschr., 78 (1896), 630-649. FITA, F., en Bol. Acad. Hist., 10, 242 s.; 14, 567 s.; 34, 124; 42, 130; 43, 455; 44, 277. En Raz. Fe, 3 (1902), 477 s. LAVERTEJON, M., Le dossier de Priscillien. En Sulpice Sévère édité, II, 548 s. BAB.T, E. CH., Priscillien et le priscillianisme. P. 1909. En Bibl. Ecole Haut.-Ét., 161. MENÉNDEZ Y PELAYO, M., Heter. esp., 2.ª ed., II, p. 76-134; 321-362. M. 1917. SUTS, E., La sentence portée contre Priscillien. En Rev. Hist. Eccles., 21 (1925), 530-538. DAVIDS, J. A., De Orosio et S. Augustino Priscillianorum adversariis. Hagae Comitibus, 1930. ALÈS, A., D', Priscillien et l'Espagne chrét. à la fin du 4.º siècle. P. 1936. ID., Priscillien. En Rech. Sc. rel., 23 (1933), 5 s., 129 s.

fesión de un ascetismo especial, la unión íntima entre los afiliados. Los fieles están divididos en tres clases, que recuerdan las de los gnósticos. Los más perfectos poseen una especie de impecabilidad y no tienen que obedecer a otra ley que a la inspiración interior de Dios. Defendían además otros principios más especulativos; pero una de las cosas más típicas era la teoría de que, aparte los libros inspirados de la Escritura, podía haber otros, como podía haber otras revelaciones, y de hecho suponían que ellos estaban inspirados por Dios. A la condenación del Concilio de Zaragoza respondieron los priscilianistas intensificando su propaganda, y para darle más consistencia, los dos obispos, *Instancio* y *Salviano*, consagraron precipitadamente a su jefe *Prisciliano*, como obispo de Ávila. Luego siguieron consagrando presbíteros y obispos en todas las diócesis del Norte.

195. b) **Lucha encarnizada y muerte de Prisciliano.** *Idacio*, el adversario más decidido de Prisciliano, no paró hasta que obtuvo del emperador *Graciano* la orden de destierro de Prisciliano y todos los obispos de la secta. Prisciliano tuvo que someterse. En Burdeos ganó para su causa, entre otros, a la viuda *Eucrocía* y su hija *Prócula*, quienes le ayudaron mucho en adelante con su dinero y su entusiasmo.

De Francia partió Prisciliano para Roma; pero el Papa *Dámaso* no lo quiso recibir. Lo mismo le sucedió en Milán con S. Ambrosio. En cambio, con el oro de *Eucrocía* sobornaron a los agentes imperiales de *Graciano* y consiguieron que se levantara el propio destierro y, en cambio, se persiguiera a *Idacio*, quien tuvo que escapar de España. Pero *Idacio*, al apoderarse del Imperio el usurpador *Máximo*, se dió maña para obtener que se procesara a Prisciliano y los suyos.

En efecto, Prisciliano, *Instancio* y *Salviano* fueron presos. El proceso contra ellos lo inició el Concilio de Burdeos de 384. *Instancio* no logró justificarse y fué desterrado. Temiendo entonces lo mismo Prisciliano, apeló al tribunal civil del Emperador. Ésta fué su perdición. Trasladados a Tréveris, residencia imperial, S. Martín de Tours se opuso a que tratara aquella causa un tribunal civil, pero no pudo evitarlo. Probado el delito, fueron sentenciados a pena capital Prisciliano, *Eucrocía* y otros cinco.

¿Cuál fué la verdadera causa de la muerte de Prisciliano? No fué el crimen de herejía, sino el de *maleficio*, muy rigurosamente perseguido por las leyes romanas. Así aparece en los diversos relatos que se conservan. Los demás crímenes que se expresan en la sentencia deben entenderse como prácticas de magia.

De aquí se desprende cuán inexactamente se presenta el caso de Prisciliano como el primer caso de pena de muerte dada por la Iglesia contra un hereje. Ni fué la Iglesia quien lo condenó, ni fué condenado por herejía. Los elementos más representativos de la Iglesia, S. Martín de Tours y S. Ambrosio, protestaron más bien de la condenación.

Las doctrinas de Prisciliano se propagaron después de su muerte fuera de España; pero la herejía no tuvo mucha importancia.

CAPÍTULO VI

Ciencia y literatura eclesiásticas ¹⁾

196. El período que se extiende desde S. Atanasio hasta en Concilio de Calcedonia (451) constituye, sin duda, la edad de oro de la Patrología. Jamás la vida literaria de la Iglesia fué tan próspera; jamás brillaron a la vez tantos astros de primera magnitud; por esto, es conveniente detenernos un poco con el fin de estudiar la actividad de los grandes escritores eclesiásticos de este tiempo.

I. Apogeo de la Teología oriental:
siglos IV y V ²⁾

Limitándonos primero a la Iglesia oriental, en ella aparecen, como en el período anterior, los dos centros principales: las escuelas de *Alejandro* y de *Antioquía*, con las características que ya antes las distinguían. La de Alejandro insistía más en la *filosofía platónica* y en cierta tendencia ascética o mística de la Teología, por lo cual ponderaba particularmente la parte divina del Verbo encarnado, que la llevó a la exageración del monofisismo. En exegética continuó cultivando particularmente la explicación simbólica y alegórica de la Escritura. La escuela antioquena, en cambio, manifiesta una tendencia más humana, basada más bien en el *sistema aristotélico*. Por esto en la exegética buscaba el sentido literal, ya propio, ya figurado, y en Teología hacía resaltar la parte humana del Hombre-Dios, que la llevó al extremo de las dos hipóstasis o personas.

¹⁾ Véanse las obras generales de literatura eclesiástica de BARDENHEWER, ALTANER-CUEVAS, CAVRÉE, TIXERONT, PUECH, LABRIOLLE, MORICCA, HARNACK y otras.

²⁾ RAUSCHEN, G., Das griechisch-örmische Schulwesen zur Zeit des ausgehenden Heidentums. 1901. STIGLMAYR, J., Kirchenväter u. Klassizismus. 1913. NELZ, R., Die Theol. Schulen der morgenländischen Kirche in den sieben ersten Jahrh. 1916.

Además de estos dos centros de la vida científica cristiana oriental, existen otros de segunda categoría, como los grupos de Padres sirios y armenios, así como también algunos de carácter más o menos independiente.

197. a) Escuela de Alejandro. 1. S. Atanasio († 373) ³⁾. A la cabeza de los Padres de la escuela de Alejandro aparece S. Atanasio, verdadero símbolo de la fe ortodoxa en su encarnizada lucha contra el arrianismo. Nacido en 295, tal vez en Alejandro, después de recibir una sólida educación científica y cristiana, desde el Concilio de Nicea hasta su muerte, ocurrida en 373, tuvo que mantener una batalla continua en defensa de la fe, por lo cual fué cinco veces desterrado y tuvo que sufrir innumerables persecuciones de todas clases. Pero la agitación constante de su vida no agotó la actividad de Atanasio, el cual escribió igualmente muchas e importantes obras. Sin embargo, de todas se puede notar que no se distinguen por su carácter especulativo, sino por su objeto eminentemente práctico.

Entre sus escritos se pueden citar: en primer lugar, un grupo de carácter dogmático y apologético. Tales son: «De Incarnatione et contra Arrianos» y «Discursos contra los Arrianos», compuestos en 357, que son, sin duda, los escritos dogmáticos más importantes y pueden considerarse como la primera exposición de conjunto sobre el misterio de la Trinidad. Una segunda serie está formada por los libros *históricos* y *polémicos*. El más importante es, sin duda, la «Apología contra los Arrianos», en que pinta muy al vivo la agitación arriana en los años 340-350. Importantes son también: la «Apología al emperador Constancio», «Historia de los arrianos para los monjes», escrita en 358, descripción llena de vida, de los trabajos sufridos en su lucha con los arrianos, y particularmente la «Vida de San Antonio», interesante para conocer la extensión del Monacato. Además, conviene mencionar una serie de trabajos *exegéticos*. El símbolo llamado de San Atanasio o símbolo *Quicumque* se le atribuyó ya desde la Antigüedad; pero ciertamente no es suyo.

2. Didimo el Ciego († 398) ⁴⁾. Nació en Alejandro, y aunque perdió la vista a los cuatro años, se distinguió por su extraordinaria erudición y profundidad de pensamiento. En

³⁾ S. Atanasio, Obras, PG., 25-28. PAFEBROCH, en Act. SS. TILLEMONT, Mémoires... 8, 1-258. LE BACHELET, X., Art. Athanase, en Dict. Th. Cath. LAUCHERT, F., Die Lehre des hl. Athan. 1895. ID., Leben des hl. Athan. 1911. CAVALLERA, F., St. Athanase. En «La pensée chrét.» P. 1908. WEIGL, E., Untersuchungen zur Christologie des hl. Athan. 1914. BARDY, G., St. Athanase. En «Les Saints» P. 1914. RYAN, G. J., The De Incarnatione of Athanasius. I. 1945. En Stud. a. Doc., 14, 1. CASEY, R. P., The De Incarnat. of Athan. I. 1946. Ídem, n. 14, 2.

⁴⁾ Didimo el Ciego, Obras, PG., 39, 131 s. GODET, P., Art. Didyme l'Aveugle, en Dict. Th. Cath. BARDY, G., Dydimus l'Aveugle. En Et. Théol. hist. P. 1910.

general, siguió a Orígenes, de modo que vino a defender sus mismos errores. Nos consta que escribió diversos comentarios a la Sagrada Escritura, aunque todos han desaparecido, fuera de pocos fragmentos. Desde el punto de vista dogmático escribió «De Trinitate» y «De Spiritu Sancto», en los cuales refuta a los arrianos y a los macedonianos.

3. *S. Basilio* (329-379) ⁵). Al lado de S. Atanasio lucharon en Oriente contra la herejía y sobresalen entre los Padres orientales los tres grandes capadocios, *S. Basilio el Grande*, *S. Gregorio Niseno* y *S. Gregorio Nacianceno*. El más ilustre de los tres es S. Basilio, de una educación vasta y sólida, recibida en Cesarea de Palestina, Constantinopla y Atenas. Fué gran asceta y místico y al mismo tiempo gran orador y el tipo clásico del príncipe de la Iglesia. Luchó contra el emperador Valente; y aun cuando se vió abandonado de sus propios amigos, siguió defendiendo hasta la muerte la causa de la ortodoxia contra los macedonianos, apolinaristas y demás herejes.

Distinguióse asimismo S. Basilio como *fundador*, de modo que sus dos Reglas se generalizaron en Oriente como en Occidente la de S. Benito. No obstante esta múltiple actividad, todavía tuvo tiempo para componer obras importantes.

De carácter *dogmático*, escribió los «Libros contra Eunomio» (en 365), en que impugna el arrianismo, y «Sobre el Espíritu Santo», escrito en 375 contra los pneumatómacos. Más importantes son sus *obras oratorias*, que comprenden veinticuatro discursos llenos de nervio, sobre la riqueza, la bebida y cuestiones morales diversas, y dos series de homilias. Digna de mención es su actividad litúrgica, en lo cual es conocida la liturgia de su nombre, usada en la Iglesia griega.

4. *S. Gregorio Niseno* (331-396) ⁶). Hermano menor de S. Basilio, se distinguió especialmente por la profundidad de su ingenio, por lo que fué designado como «el filósofo». Consagrado obispo de Nisa por su propio hermano, bien pronto se hizo en su diócesis objeto de odio de los arrianos; pero trabajó hasta su muerte con gran intensidad.

⁵) *S. Basilio*, Obras, PG., 29-32. VASSON, Saint Basile le Gr., ses oeuvres orat. et ascét. P. 1894. WITIG, J., Leben des hl. Basil des Gr. 1920. RIVIÈRE, J., Saint Basile évêque de Césarée. En «Les moralistes chrét.» P. 1925. CLARKE, W. K. L., The ascetic Works of St. Basil. L. 1925. JANIN, R., S. Basile. P. 1929. RING, O., Drei Homilien aus der Frühzeit Basiliius d. Gr. 1930. AMAND, D., L'ascèse monastique de saint Basile. Maredsous 1948.

⁶) *S. Greg. Nis.*, Obras, PG., 44-46. Ed. en Gr. chr. Schr. 1921-1925. GODET, P., Art. Grég. de Nyse, en Dict. Th. Cath. DIEKAMP, F., Die Gotteslehre Gregors von N. I. 1896. AUFHAUSER, J. B., Die Heilslehre des Gr. von N. 1910. LENZ, J., Jesus Chr. nach der Lehre des hl. Gr. von Nyssa. 1925. LAPLACE, J., Grégoire de Nyse. P. 1944. GOGGIN, TH. A., The times of Saint Gregory of Nyssa reflected in the letters. Washington 1947. LIESKE, A., Die Theologie des Christusmystik Gregors von Nyssa. En Z. kath. Th., 70 (1948), 315 s.

De él poseemos, fuera de algunas cartas y homilias, dos tratados polémicodogmáticos, sobre todo «Antirrheticus adversus Apollinarium», obra fundamental contra esta herejía. Además presentan un carácter dogmático: el «Gran catecismo», resumen teológico de gran valor, una especie de suma teológica, y un tratado sobre el alma y la resurrección. Todos sus escritos son ricos en ideas; por otra parte, se dejó llevar de Orígenes a algunos de sus errores, como el de la apocatástasis.

5. *S. Gregorio Nacianceno* (328-389) ⁷). Toda su vida fué una lucha entre su amor a la vida retirada y la actividad frente a las herejías, a donde lo empujaban S. Basilio, quien lo consagró obispo de Sásima, y otros amigos suyos. Con su extraordinaria elocuencia y la mansedumbre de su trato condujo a muchos a la verdadera fe. El emperador Teodosio lo hizo Patriarca de Constantinopla, y como tal presidió algún tiempo el Concilio II ecuménico de 381. Al fin se retiró de nuevo y murió en la soledad de Arianze.

Sus mejores producciones son cuarenta y cinco discursos de carácter *polémico* y *dogmático*, fruto de su actividad pública en Constantinopla. En cambio, del tiempo de sus retiros se nos han conservado una serie de cartas y poesías. Estas, en número de quinientas, estaban destinadas a suplir a los clásicos. En algunas que compuso sobre recuerdos de su vida manifiesta buenas dotes de poeta.

6. *S. Cirilo de Alejandría* (370-444) ⁸). Hombre de un carácter vehemente, la experiencia y la gracia le fueron enseñando el sistema de blandura, que supo emplear abundantemente en los últimos años de su vida. S. Cirilo es, sin duda, uno de los teólogos más eminentes de la escuela Alejandrina, el teólogo de la Encarnación. Como *exegeta*, escribió diversos comentarios escriturísticos, en los cuales, fiel a los principios de su escuela, busca con exceso las alegorías y sentidos típicos. En cambio, como *dogmático* y *polémico* merece ser colocado entre los primeros Santos Padres.

En la primera parte de su vida compuso dos obras sobre la Trinidad, contra los apolinaristas. En la segunda, se dedicó por entero al misterio de la Encarnación, componiendo, entre otras, las obras:

⁷) *S. Greg. Nas.*, Obras, PG., 35-38. GODET, P., Art. Greg. de Naz. en Dict. Th. Cath. DUBEDOUT, E., De D. Gregorii Naz. carminibus. P. 1901.

⁸) Obras, PG., 68-77. Ed. Pusey. 7 vol. O. 1868-1877. TILLEMONT, Mémoires, 14, 267 s., 747 s. P. 1709. MAHÉ, J., Art. Cyrille d'Alex. en Dict. Th. Cath. Id., Les Anathématismes, en Rev. Hist. Eccl. 7 (1906), 505 s. LARGENT, A., S. Cyrille et le Concile d'Ephèse. En Rev. Q. Hist. 12 (1872), 5-70. REHRMANN, A., Die Christologie des hl. Cyrill. v. Al. 1902. WEIGL, E., Die Heilslehre des hl. Cyrill von Al. 1905. NAU, F., S. Cyrille et Nestorius. En Rev. Or. Chrét. 15 (1910), 365 s.; 16, (1911) 1 s. EBERLE, A., Die Mariologie des hl. Cyrill von Al. 1921. HEBENSPERGER, J. N., Die Denkwelt des hl. Cyrill von Al. 1927. SAGÜÉS, J., En el centenario de S. Cirilo de Alejandría. En Est. Ecl., 19 (1945), 5 s. Véase asimismo la bibl. sobre el Conc. de Éfeso y el nestorianismo.

«Contra las blasfemias de Nestorio», «Anatematismos» y «Apologeticus pro XII Capitibus...», «Quod B. Maria sit Deipara» y otras. Además se nos conservan multitud de homilias y cartas, que retratan al vivo la actividad que desarrolló S. Cirilo en defensa de la fe.

7. Como complemento de este grupo de la escuela alejandrina son dignos de mención: *Macario el Viejo* († 390), natural de Egipto y uno de los prohombres del ascetismo del desierto. De él se nos conservan cincuenta homilias sobre diversos asuntos ascéticos, dirigidas a los solitarios. Sin embargo, recientemente se han hecho estudios especiales sobre estos escritos y se ha llegado a la conclusión de que casi todos contienen doctrinas iluministas y pertenecen a algún miembro de la secta de los mesalianos de fines del siglo iv. *Evagrio Pónico*, muerto en 399, discípulo de los grandes Capadocios, solitario de Egipto y amigo de Macario, muy venerado como asceta, pero al fin condenado como origenista.

198. b) Escuela de Antioquía ⁹⁾. Frente a los hombres eminentes de la escuela de Alejandría, también la de Antioquía puede presentar una serie de primeras figuras, sobre todo al más ilustre de todos, S. Juan Crisóstomo. Sin embargo, la tendencia algo racionalista de la escuela hizo caer en diversas herejías a varios de sus doctores más ilustres.

1. *Apolinar de Laodicea el Joven* († 390). Era hombre de gran erudición y se hizo benemérito de la causa católica con su actividad contra el arrianismo; pero basado en los principios de la escuela antioquena, vino a caer él mismo en el error a que dió su nombre. Debe distinguirse de él su padre, que fué escritor muy fecundo, compuso apologías contra Porfirio y Juliano el Apóstata, comentarios bíblicos, diversas obras dogmáticas y aun poesías que pudieran suplir a los clásicos en las escuelas cristianas. De todo esto se ha conservado muy poco.

2. *Diodoro de Tarso* (330-392) ¹¹⁾. Fué uno de los hombres más eminentes, que junto con sus discípulos *Teodoro de Mopsuestia* y *San Juan Crisóstomo* puso el fundamento de la gloria de la escuela antioquena. Dotado de gran erudición y talento, trabajó con ardor, como obispo de Tarso, en la defensa de la fe católica, por la cual fué desterrado por Valente. Mas por desgracia, en su lucha contra Apolinar cayó en el defecto contrario, que puso la base del nestorianismo. Por esta razón su recuerdo quedó luego unido a esta herejía. Sus escritos perecieron casi todos con ocasión de la contienda sobre los tres Capítulos.

3. *Teodoro de Mopsuestia* (350-428). Fué también gran erudito y apasionado por la verdad, tal como él la entendía. Discípulo de Diodoro, luchó como él contra los origenistas, arrianos y apolinistas; tuvo a su vez como discípulos a Juan de Antioquía (Crisós-

⁹⁾ HERGENROTHER, PH., Die antiochenische Schule und ihre Bedeutung auf die exeget. Gebiete. 1866.

¹⁰⁾ *Abolinar de Laodicea*, Obras, PG., 33, 1313 s. VOISIN, G., L'Apollinarisme. Lovaina 1901. LIETZMANN, H., Apollinaris von Laod. 1904.

¹¹⁾ *Diodoro de Tarso*, Obras, PG., 33. FRMONI, V., Diodoro de Tarse et son rôle doctrinal. En Muséon, 1901. 424 s. *Teodoro de Mopsuestia*, Obras, PG., 66. PIROT, L., L'oeuvre exégétique de Théodore de M. P. 1913. VOSTÉ, J. M., La chronologie de l'activité littér. de Th. de Mops. En Rev. Bibl., 1925, 54 s.

tomo), Teodoreto de Ciro y Rufino, y como obispo de Mopsuestia continuó trabajando por la conversión de los paganos. Mas por desgracia, también él cayó en el error, base del nestorianismo. Después de la condenación de Nestorio, fué siempre mirado con recelo por los católicos. Por esto desaparecieron casi todos sus escritos.

4. *S. Juan Crisóstomo* (347-407) ¹²⁾. S. Juan de Antioquía es, sin duda, el hombre más eminente de la escuela de esta ciudad. Por su extraordinaria elocuencia recibió ya desde el siglo vi el epíteto de *Crisóstomo* o *boca de oro*, y por la entereza de carácter y celo de las almas es una de las figuras más destacadas del mundo oriental. Nacido en Antioquía, aprendió el sistema sólido y profundo de la escuela antioquena. Ordenado de sacerdote por Flaviano, inició en Antioquía su actividad oratoria, que tanta fama le ha dado, dirigiendo al pueblo aquellas homilias llenas de profunda erudición escriturística, pero empapadas en la más intensa piedad cristiana y en los efectos oratorios más variados. Elevado a la sede de Constantinopla en 398, continuó allí su actividad infatigable, a la cual pusieron término las intrigas de Teófilo de Alejandría y de la emperatriz Eudocia.

Uno de los hechos más curiosos de su vida es su huida para no ser ordenado de sacerdote, a lo cual debemos su precioso tratado «Sobre el Sacerdocio». Sus obras consisten casi exclusivamente en *homilias* y *sermones*. Las homilias comprenden verdaderos comentarios a diversos libros de la Sagrada Escritura, entre los cuales sobresalen los que se refieren a S. Juan y S. Pablo. En general, S. Juan Crisóstomo busca el sentido del texto bíblico según los principios de la escuela antioquena. Ningún Santo Padre ha hecho una exégesis tan completa y al mismo tiempo tan llena de la verdadera unción cristiana. Entre los sermones, unos son morales, o de ocasión, como los veintiuno llamados *de las Estatuas*; otros, de carácter panegírico. Acerca de la llamada *liturgia de S. Juan Crisóstomo* se hablara en otro lugar.

5. *Teodoreto de Ciro* (393-458) ¹³⁾. Pertenece, junto con el Crisóstomo, a las glorias más puras de la escuela de Antio-

¹²⁾ *S. Juan Crisóstomo*, Obras, PG., 47-64. Ed. Montfaucon. P. 1718-1738. STILLING, J., en Act. SS., set. IV, p. 401-709. BARDY, G., Art. Jean Chrys., en Dict. Th. Cath. CAVALLERA, F., Le schisme d'Antioche. P. 1905. PUBCH, A., St. Jean Chrysost. En «Les Saints». 5.^a ed. P. 1905. ID., Un réformateur de la Société au 4.^e siècle. P. 1891. BONI ORFF, M. v., Zur Predigtstätigkeit des J. Creys. 1922. LEGRAND, E., Saint Jean Chrysostome. En la col. «Les Moralistes Chrét.». P. 1924. BAUR, CR., Johannes Chrysostomus und seine Zeit. 2 vol. 1930. CARRILLO DE ALBORNOZ, A., S. Juan Crisóstomo y su influencia social en el imperio bizantino del siglo iv. M. 1934. S. JUAN CRISÓSTOMO, Homilias sobre la carta de San Pablo a los Rom. Por B. M. Bejarana. M. 1945. ID., Las 21 homilias de las estatuas. 2 vol. M. 1946. Cartas a Santa Olimpiada. M. 1945. MOULARD, A., Saint Jean Chrysostome, sa vie, son oeuvre. P. 1949.

¹³⁾ *Teodoreto de Ciro*, Obras, PG., 80-84. BERTRAM, A., Theodoret ep. Cyr. doctrina christologica. 1883. SCHULTE, J., Theodoret von Cyrus als Apologet. Viena 1909. GÜNTHER, C., Theodoret von C. und die Kämpfe in der orient. Kirche. 444-449. 1913.

quía. Distinguióse por la amplitud de sus conocimientos, que aparecen en sus obras históricas, apologéticas, dogmáticas y exegeticas. Sin embargo, el desarrollo de los acontecimientos trajo las cosas de manera que desde 430 apareció como amigo de Nestorio y enemigo de S. Cirilo, aunque más tarde se vió claramente la pureza de su intención, siendo el portavoz de la ortodoxia contra el monofisismo.

Su actividad literaria fué muy grande. Como *historiador* escribió, además de la continuación de Eusebio, una interesante «Historia religiosa», que comprende la biografía de los monjes más ilustres del Oriente, como Simeón Estilita, y otras obras. Como *apologeta* compuso la interesante obra «Graecarum affectionum curatio» y «Sobre la Providencia». Como *teólogo* escribió diversos tratados. Pero en lo que más sobresalió Teodoreto fué en la *exegetica*, componiendo diversos comentarios de los libros más difíciles de la Escritura, como de los Salmos, Cantar de los Cantares, Profetas y otros.

6. Como discípulos de S. Juan Crisóstomo y de la escuela antioquena son también dignos de mención: *Isidoro, abad de Pelusium*, en la ribera del Nilo, muerto en 440, de quien conservamos una cantidad enorme de cartas; *Nilo el Viejo* († 430), primero prefecto de Constantinopla y luego monje en el Sinaí, de quien poseemos diversos tratados ascéticos; *Palladio* († ca. 425), obispo del Asia Menor, autor de una célebre biografía de S. Juan Crisóstomo y de la «Historia Lausiac», que comprende las biografías de muchos monjes.

199. c) Escritores de Palestina. A los Padres agrupados en torno de las dos grandes escuelas orientales, deben añadirse otros grupos de particular importancia. El primero comprende algunos escritores ilustres de Palestina.

1. *Eusebio de Cesarea* (265-339)¹⁴⁾. Ya se ha hecho mención de él en la exposición del arrianismo, donde apareció claramente su carácter contemporizador, diplomático y simpático con las ideas arrianas.

Como escritor se distingue por su gran afición a la ciencia y al trabajo, con lo cual, fuera de las obras históricas, compuso trabajos *apologéticos* y *exegeticos* de gran valor. Entre los primeros notaremos la «Preparación evangélica» y la «Demostración evangélica» contra el judaísmo. Los dos libros «De ecclesiastica theologia» y «Contra Marcellum», rebaten el sabelianismo de Marcelo de Ancira, pero favorecen demasiado el arrianismo. En su *exegetica* sigue Eusebio los principios de la escuela alejandrina. Además compuso otros trabajos, que participan del *carácter histórico*, como el «Onomasticon» o explicación de los nombres propios de la Escritura, obra de gran valor para el estudio de la Antigüedad.

¹⁴⁾ *Eusebio de Cesarea*, Obras, PG., 19-24. Ed. en Gr. chr. Schr., 1901-1913. LIGHEFOOT, J. B., Art. Eusebe, en Dict. of christ. Biogr. VERSCHAFFEL, C., Art. Eusebe, en Dict. Th. Cath. SCHWARTZ, R., Art. Eusebius, en Pauly-Wiss. Weiss, M., Die Stellung des Euseb. von Caes. im arian. Streit. 1892. JOAKES-JACKSON, Eus. bishop of Caesarea and first christ. historian. 1933. DANFELD, J., Documenti Constantiniani della «Vita Constantini», di Eusebio di C. P. 1938.

2. *S. Cirilo de Jerusalén* (313-386)¹⁵⁾. Nació en Jerusalén mismo, y después de ordenado de sacerdote se encargó de la instrucción catequética de los neófitos, cargo que siguió ejerciendo aun después de consagrado obispo de la misma ciudad. Su nombre va inseparablemente unido a sus 24 *catequesis*, que son un magnífico comentario del símbolo bautismal usado en aquella iglesia. Por lo demás, tuvo una vida muy agitada a causa de las cuestiones arrianas.

3. *S. Epifanio* (315-403)¹⁶⁾. Obispo de Constancia en Chipre (Salamina), tuvo, como casi todos los prohombres eclesiásticos de su tiempo, una vida muy agitada, debida en buena parte a su espíritu rectilíneo, incapaz de hacerse cargo de las dificultades del adversario. Desde el punto de vista literario se distingue, sobre todo, por su *πανάριον*, o cesta de medicinas, traducida generalmente con el título de «haereses», pues contiene un resumen de ochenta herejías, muy importante para la Historia Eclesiástica. Escribió asimismo el «Ancoratus», que presenta una exposición de la doctrina católica, sobre todo del dogma de la Trinidad, contra los arrianos. En él incluye dos símbolos de fe, uno de los cuales forma la base del símbolo del II Concilio ecuménico.

200. d) Literatura siríaca y armenia¹⁷⁾. Como apéndice de la literatura griega, es necesario resumir aquí los datos principales sobre los escritores siríacos y armenios.

1. *Afraates* (280-345). Es el primer escritor de principios del siglo IV, monje y asceta, y más tarde obispo de una ciudad desconocida, y que por su mucha erudición fué designado como *monje sabio*. De él poseemos veintitrés homilias, cuyo valor, más que en la profundidad de sus ideas, consiste en el hecho de ser un precioso testimonio de la fe de su país por este tiempo, pues su doctrina está en todo conforme con la fe de Nicea.

2. *S. Efrén* (306-373). Pero el que representa mejor el apogeo de la Patrología siríaca es *S. Efrén*, nacido en Nisibis en Mesopotamia y director desde 365 de la escuela de Edessa, a la que elevó a su máximo esplendor. Por su gran humildad, no quiso nunca ser obispo ni aun sacerdote y quedó diácono toda su vida; pero tanto más brillaron sus dotes naturales de

¹⁵⁾ *S. Cirilo de Jerusalén*, Obras, PG., 33, 331 s. LE BACHELET, X., Art. Cyrille de Jér., en Dict. Th. Cath. LEBON, J., S. Cyrille de Jér. et l'arrianisme. En Rev. Hist. Eccl., 1924. 181 s., 357 s. *S. Cirilo*. Las Catequesis. Trad. cast. por Fr. A. Ortega. M. 1945.

¹⁶⁾ *S. Epifanio*, Obras, PG., 41-43. Ed. K. Holl. 2 vol. 1915 s. VERSCHAFFEL, C., Art. Epiphane, en Dict. Th. Cath.

¹⁷⁾ *S. Efrén*, Opera omnia, 6 vol., ed. Ev. Assemani, R. 1732-1746. LAMY, J., S. Ephraem Syri Hymni et sermones. 4 vol. Malinas 1882-1902. Id., St. Ephrem. En l'Univ. Cathol., III, 321-349; IV, 161-190. 1890. NAV, F., Art. Ephrem, en Dict. Th. Cath. EMERAU, S., St. Ephrem le syrien, son oeuvre littér. grecque. P. 1918. RUIZ, A. S., San Efrén. Endechas. M. 1943.

orador, místico y poeta, por lo cual sus compaisanos lo apellidaron *Cítara del Espíritu Santo*.

De sus numerosos escritos se ha conservado poco. Compuso comentarios a casi toda la Biblia, pero sólo se conservan en siríaco los del Génesis, Éxodo, Paralipómenon; los de los Evangelios y de San Pablo se conservan en armenio. Su método es más bien literal, aunque no desdeña las alegorías. Una parte muy importante de la obra de S. Efrén está escrita en verso, según el sistema cultivado por los siríacos aun para la Teología. Conocemos también: *obras dogmáticas*, entre las cuales cincuenta sermones contra los herejes gnósticos; poesías de carácter *ascético*, y los llamados «Carmina Nisibena», que se refieren a la ciudad de Nisibe.

3. *Isaak el Grande* († 460), de Antioquía, abad de un monasterio de Antioquía, fué escritor fecundo y escogido. De él se nos han conservado algunas composiciones métricas de carácter moral y ascético.

4. *S. Mesrom* († 441) es propiamente el fundador de la Iglesia y de la *literatura armenia*. Con el apoyo del gran Isaak, Patriarca de los armenios, tradujo la Sagrada Escritura junto con otros literatos, y además organizó la literatura armenia.

II. Apogeo de la Teología occidental ¹⁸⁾

201. Si es digno de admiración el esplendor a que llegó en los siglos IV y V la literatura eclesiástica oriental, más lo es todavía la rapidez con que los Padres de Occidente alcanzaron y hasta cierto punto sobrepujaron a los orientales. Las razones de este apogeo son las mismas que en el Oriente: por una parte, la prosperidad de la Iglesia, y la necesidad de su defensa contra la herejía; y por otra, el talento extraordinario de una serie de hombres, con que Dios quiso distinguir a su Iglesia.

a) Las primeras lumbreras. 1. *S. Ambrosio* (340-397) ¹⁹⁾. S. Ambrosio es, sin duda, el que mejor representa y caracteriza a los Padres occidentales del siglo IV. Nacido probablemente en Tréveris, inició su actividad como gobernador de Milán; pero allí fué elevado en 374 de una manera maravillosa a la dignidad episcopal. Desde entonces se dedicó con toda su alma al cumplimiento de su ministerio, siendo realmente el modelo del príncipe de la Iglesia, consejero de los emperadores y de-

¹⁸⁾ LABRIOLLE, P. DE, Hist. de la littér. latine chrét. 2.^a ed. 2 vol. P. 1924. MONCEAUX, P., Histoire de la littér. lat. chrét. 7 vol. P. 1924. MORICCA, Storia della letter. latina crist. 5 vol., Turin 1925 s. SCHANZ, M., Geschichte der röm. Lit. IV, 1, 2.^a ed. (siglo IV), 1914. IV, 2 (siglos V y VI), por M. Schanz, K. Hosius y G. Krüger. 1920.

¹⁹⁾ S. Ambrosio, Obras, PL., 14-17. Ed. Schenkl-Petschenig, en Corp. Scr. Eccl. Lat. 5 vol. 1897-1919. L'ARGENT, A., Art. Ambroise, en Dict. Th. Cath. LABRIOLLE, P. DE, Art. Ambroise, en Dict. Arch. ID., Saint Ambroise. En col. «Pensée chrét.». P. 1908. PALANQUE, J.-R., Saint Ambroise et l'Empire romain. P. 1933. DODDEN, F. H., The life and times of St. Ambrose. O. 1935. ANDRÉS, J., San Ambrosio: Tratado de la Virginitad. M. 1943.

fensor de la ortodoxia. Era el tipo de un perfecto romano; poseía un carácter blando, unido a una voluntad enérgica que no conocía dificultades. Por lo demás, llegó a ejercer con su trato y su elocuencia un influjo extraordinario en todos los que le rodeaban. Los escritos que nos dejó son numerosos.

Como *dogmático* escribió: «De fide», a petición de Graciano, que es una exposición del misterio de la Trinidad; «De mysteriis», especie de catequisis sobre los dogmas católicos, y otras obras. Más notable es S. Ambrosio como *moralista* y *asceta*. En este género su obra maestra es «De officiis ministrorum». Además escribió «De Virginibus ad Marcellinam sororem», «De Institutione virginis», «De viduis». No menos insignes son sus *escritos exegeticos*, como el «Hexameron». A esto se refieren multitud de discursos y homilias que se nos han conservado. Por otra parte, son muy interesantes la colección de sus cartas y los *himnos litúrgicos* que compuso, de los cuales algunos están todavía en uso en nuestros días (como «Aeternae rerum Conditor», «Deus Creator omnium»). El *Te Deum*, en cambio, no es suyo, sino que fué compuesto probablemente por Nicetas de Remesiana hacia el año 350.

Durante mucho tiempo se atribuyó a S. Ambrosio un comentario a las epístolas de S. Pablo; pero desde que se averiguó que no le pertenecía, es designado su autor con el nombre de *Ambrosiaster*.

2. *S. Jerónimo* (342-420) ²⁰⁾. Nacido en Stridón de la Dalmacia, se dirigió al Oriente, donde se dedicó a la vida anacóritica; luego se trasladó a Antioquía, donde hizo estudios especiales de exegética bajo el magisterio de S. Gregorio Nacianceno, y adquirió aquella sólida formación que constituye la base de su actividad literaria. Poco después partió para Roma acompañando a su obispo Paulino y a S. Epifanio. Después de tres años (382-385), volvió al Oriente, donde permaneció el resto de su vida en Belén, en el monasterio que él mismo fundó.

Su carácter vehemente y su temperamento apasionado le hacían cometer a veces excesos de dureza en el trato con los demás. A pesar de sus arrebatos de cólera, aun con sus mejores amigos como S. Agustín y Rufino, mostraba un alma generosa. Poseía una erudición pasmosa y una fuerza de trabajo sin ejemplo. Su estilo es el mejor entre los grandes Padres latinos.

Sus trabajos más importantes son los que se refieren a la Sagrada Escritura. En primer lugar, la traducción de la Biblia en latín, llamada *vulgata* desde el siglo XII. Para ello tradujo el Antiguo Testamento directamente del hebreo, y en el Nuevo revisó y preparó la llamada

²⁰⁾ S. Jerónimo, Obras, PL., 22-30. Ed. HILBERG, en Corp. Scr. Eccl. Lat., 4 vol., 1910-1918. TILLEMONT, Mémoires, 12. STILTING, en Act. SS., set., 8, p. 418 s. FORGET, J., Art. Jérôme, en Dict. Th. Cath. L'ARGENT, St. Jérôme. En «Les Saints». P. 1898. MISCELLANEA GERONIMIANA. R. 1920. VACCARI, A., S. Girolamo. Studi e Schizzi. R. 1921. CAVALLERA, F., St. Jérôme, sa vie et son oeuvre. 2 vol. Lovaina 1922 s. En Spic. Lov. PRADO, G., Cartas espirituales de S. Jerónimo. M. 1942.

Itala. Fuera de esto, compuso comentarios y diversas obras bíblicas de gran valor, como los «Nombres hebraicos», complemento del «Onomástico» de Eusebio. Desde el punto de vista *dogmático* y *polémico*, escribió una serie de obras importantes: «Altercatio Luciferiani et Orthodoxi» contra el rigorismo luciferiano y otras. De sus trabajos históricos se hizo ya mención en otro lugar. Uno de los más dignos de mención es «De viris illustribus», que constituye una base magnífica para la Patrología primitiva. Por otra parte, se conservan unas ciento veinticinco cartas de gran valor histórico y cultural. El llamado «Martirologio Jeronimiano» no es suyo, sino que se compuso en el siglo VI.

3. *S. Agustín* (354-430) ²¹. El más ilustre de todos los Padres occidentales y aun de toda la Edad Antigua fue indudablemente S. Agustín.

Nació en Tagaste, y a pesar de la influencia de su madre, bien pronto se entregó a una vida excesivamente libre, cayendo igualmente en los *errores maniqueos*. Dotado de un talento extraordinario, se dedicó a la enseñanza de la elocuencia en Cartago y en Milán. Entonces cayó en el escepticismo de la Nueva Academia y del neoplatonismo; pero habiendo acudido por curiosidad a escuchar los sermones de S. Ambrosio, quedó cautivado por la belleza de la doctrina cristiana. Por fin se rindió a la gracia, y en Pascua del año 387 recibió el bautismo de manos de S. Ambrosio. No mucho después volvió a África, en 391 fué ordenado sacerdote y en 394 consagrado obispo de Hipona, donde trabajó incansablemente hasta su muerte, ocurrida en 430 durante el asedio de la ciudad por los vándalos.

²¹ S. Agustín, Obras, PL., 32-47. Ed. en Corp. Scr. Eccl. Lat., 18 vol. CÉLLIER, Hist. des aut. sacr., I C. P. 1774. PORTALIÉ, E., Art. Agustín, en Dict. Th. Cath. HERTLING, G. V., Agustín. 1902. BERTRAND, L., St. Augustin. P. 1913. ID., Autour de S. Augustin. P. 1922. DORNER, A., Das theol. System Augustinus. 1873. MARTIN, J., St. Augustin. En «Les grandes philos.» P. 1901. ID., Doctrine spirit. de St. Aug. P. 1901. BECKER, H., August., Studien zu seiner Geistesentw. 1908. ALFARIC, P., L'évolution intellectuelle de St. Aug., I. P. 1918. HESSEN, J., Aug. und seine Bedeutung für die Gegenwart. 1924. ROYAND, B.-GOSSELIN, La morale de St. Aug. P. 1925. CAYRÉ, F., La contemplation Augustinienne. P. 1927. SCHMAUS, M., Die psychologische Trinitätslehre des hl. August. 1927. REUL, O., Die sittl. Ideale des hl. Aug. 1928. MATSIBACH, J., Die Ethik des hl. August. 2 vol. 2.ª ed. 1929. GILSON, E., Introduction à l'étude de S. Augustin. P. 1929. BLANCO SOTO, P., Bibliografía Augustiniana. En Arch. Agust., 35 (1931), 397 s., 456 s.; 36 (1931), 112 s., 310, 464 s. FABO DE MARÍA, P., S. Agustín joven. M. 1931. GUARDINI, R., Die Bekehrung des hl. Aurelius Augustinus. 1935. GORLA, P., Sant Agostino. Turin 1936. MIER, F., Los XIII libros de las confesiones de S. Agustín. M. 1936. BARDY, G., Saint Augustin. L'homme et l'œuvre. P. 1940. La Ciudad de Dios, trad. de J. C. Díaz Bayral, revisada por PP. de la Comp. de J. M. 1941. CEBALLOS, E., S. Agustín, Confesiones. Pról. de G. Riesco. Buenos Aires 1941. GARCÍA, F., San Agustín, El bien del Matrimonio. M. 1943. SIMPSON, W. J. S., St. Augustine's Episcopate. Nueva York 1944. RIBER, L., Confesiones de San Agustín. Trad., pról. y notas por ... M. 1945. QUEIROLO, A., S. Agustín, M. 1945. Obras de San Agustín. Vol. I-VII en B. A. C. M. 1945-1950. PÉREZ, Q., Los sermones de San A.: Guía histórica, doctrinal y literaria, en Rev. esp. Teol., 4 (1944), 497 s. BARDY, G., A l'école de saint Augustin. Ecully (Ródano) 1947.

Las dotes fundamentales de S. Agustín son: una profundidad extraordinaria de entendimiento; una erudición pasmosa; un sentido práctico de las cosas, que da un sello característico a toda su actividad eclesiástica. Se puede afirmar que juntaba magníficamente la profunda especulación oriental con el sentido práctico de los romanos y occidentales.

Sus dotes de escritor son una consecuencia de todo lo dicho. En el fondo es profundo y universal; es filósofo, teólogo, polemista, historiador, orador y exegeta. De todo escribe con una competencia admirable, y predomina en él una forma agradable, llena de vida, algo propensa a sutilezas propias de su ingenio.

Su producción literaria es inmensa. Ante todo forman un género especial las «Confesiones», especie de autobiografía compuesta hacia el 400. Hacia el fin de su vida compuso otra obra singular, las «Retractaciones», verdadera bibliografía propia, en que hace recensión de noventa y tres obras suyas. La mayor parte de su vida y de su actividad literaria la dedicó S. Agustín a la polémica con los diversos errores de su tiempo. En primer lugar contra los *maniqueos*; contra los *donatistas*; contra el *pelagianismo* y *semipelagianismo*, que le valió el dictado de «Doctor gratiae»; contra los priscilianistas, origenistas y arrianos.

En el campo teológico produjo además obras eminentes, como el «Enchiridion ad Laurentium», que es un resumen de la doctrina católica, en que aparece la profundidad de su ingenio. Como *apologeta* escribió, sobre todo, la obra que tanto nombre le ha dado, «De Civitate Dei». En la *moral* y *ascética* compuso asimismo multitud de tratados, como «De Sancta virginitate» y «De opere monachorum». Finalmente, en *exégesis bíblica* nos legó, en primer lugar, grandísimo número de homilias, en las que sigue el sistema místico y alegórico de la escuela de Alejandría; y en segundo lugar, multitud de comentarios especiales, como «De Genesi ad litteram» y otros. No menos notables son diversas obras de carácter religiosofilosófico, como los escritos contra los Académicos y los tratados «De beata vita» y, sobre todo, los «Soli loquios». A esto deben añadirse un número extraordinario de sermones de muy diversa índole, que, junto con las homilias, hacen de S. Agustín el mejor orador entre los Padres latinos; una gran colección de cartas de grandísimo interés cultural, y aun algunas poesías.

4. *S. León Magno* (390-461) ²². Al lado de los dichos puede ser colocado el Papa S. León Magno. Elevado a la Sede Pontificia en trance bien difícil para la Iglesia, manifestó la genialidad de su carácter con ocasión de las invasiones de Atila

²² S. León, Obras, PL., 54-56. BATIFFOL, P., Art. Léon I, en Dict. Th. KUHN, PH., Die Christologie Leos I. 1894. RÉGNIER, A., S. Léon le Grand. En «Les Saints». P. 1910. RUÍZ-GOYO, J., Carta dogmática de S. L. M. a Sto. Toribio, obispo de Astorga. En Est. Ecl. 15 (1936), 367 y s. ID., El «Tomus» de S. L. M. a 449. Ib. 14 (1936), 244 y s. JALLAND, T., The life and times of St. Leo the Great. I. 1941. S. LEÓN M., Sermones escogidos. Trad. por C. Sánchez Aliseda. M. 1945. BREZZI, P., S. Leone Magno. R. 1947.

y de Genserico. En el régimen interior de la Iglesia, fué el gran defensor de la unidad cristiana contra el monofisitismo (Epístola Dogmática), los pelagianos, donatistas, maniqueos y priscilianistas. Por todo esto se le apellida Magno. Su producción literaria consta casi exclusivamente de sermones, que nos permiten calificarlo de excelente orador, con una elocuencia clásica, doctrina sólida, frase bien pensada y de buen gusto.

Fuera de esto, poseemos una colección de ciento cuarenta y tres cartas, que tratan en su mayor parte cuestiones dogmáticas o litúrgicas y revelan claramente toda la grandeza de este ilustre Pontífice.

202. b) Otros Padres latinos importantes. Además de los indicados, sobresalieron en la Iglesia occidental otros hombres ilustres, que conviene notar aquí:

1. *S. Hilario de Poitiers* (303-368)²³. Por las luchas que tuvo que mantener por la ortodoxia, por la solidez de su doctrina, por su habilidad dialéctica y su profundo ingenio, fué llamado «El Atanasio del Occidente». Siguió algún tiempo la filosofía epicúrea, hasta que, ya de edad madura, recibió el bautismo hacia el año 350 y bien pronto fué elevado a la sede episcopal de su patria. Desde entonces toda su actividad eclesiástica y literaria gira en torno de la defensa de la ortodoxia frente a los arrianos y al emperador Constancio, por quien fué desterrado a la Frigia desde 356 a 359. Vuelto a su patria, siguió hasta su muerte siendo la columna de la fe. En sus escritos supo juntar la especulación y profundidad de los griegos con la dialéctica y fuerza de los latinos. A las veces resulta algo oscuro, sin que esto obste para que, en conjunto, se le pueda llamar escritor excelente en el fondo y en la forma.

En teología y polémica escribió el tratado «De Trinitate», con el que adquirió gran renombre. Luego el «De Synodis», escrito durante su destierro. En *exégesis* nos dejó diversos comentarios: «Sobre los salmos», el «Liber mysteriorum» y otros. Finalmente, conservamos fragmentos de una obra de carácter histórico, sobre los Concilios de Rímmini y Seleucia, y sobre la reacción occidental contra el arrianismo.

2. *S. Paulino de Nola* (353-431). Digno de especial mención es *S. Paulino de Nola*, nacido en Burdeos. Casado con una rica española, se hizo bautizar ya de avanzada edad y se retiró a Barcelona, donde profundizó más y más en la vida cristiana hasta que, muerta su esposa y vuelto a Nola junto a la tumba del mártir S. Félix, se dedicó a la vida ascética y a la composición de sus numerosas poesías. El año

409 fué consagrado obispo de la ciudad. Se nos conservan de él treinta y cinco piezas, entre las cuales trece «Carmina natalicia» en honor de S. Félix.

3. *Rufino de Aquileia* († 410)²⁴. Recibió su formación en Roma y fué entusiasta de Orígenes. Durante largo tiempo dirigió un monasterio en el Monte Olivete, donde vivió dedicado a la ascética y en íntima amistad con S. Jerónimo, que se transformó en una verdadera guerra literaria con ocasión de la cuestión origenista. Su amistad con S. Paulino de Nola y la estima que de él hacía S. Agustín dicen mucho en favor de sus cualidades personales. Literariamente se distingue, sobre todo, por sus traducciones y arreglos de obras griegas, como la *Historia Eclesiástica* de Eusebio, la «Vita Patrum» de S. Gregorio Nacianceno, y otras de Orígenes y Pámfilo. Pero además compuso obras originales, como el «Commentarius in symbolum Apostolorum».

203. c) Escritores de segundo orden. He aquí brevemente indicados los nombres y la actividad literaria de los que nos parecen más dignos de mención:

1. **ESCRITORES DOGMÁTICOS.** En la cuestión semipelagiana tomaron parte diversos escritores, que ya han sido conmemorados en otro lugar. Con todo, conviene notar: *Juan Casiano* († 435), abad de San Víctor en Marsella y portavoz del semipelagianismo, escribió, además de sus «Collationes», la obra «De Institutis coenobiorum»; *Arnobio*, el joven, monje, también semiarriano, compuso hacia el 460 «Commentarii in Psalmos». De *Vicente de Lerins* y *Fausto de Riez* ya se hizo mención. Contra todos éstos escribieron *Mario Mercator* († ca. 451) y, sobre todo, *Tiro Próspero de Aquitania*, grandes defensores de San Agustín.

Por otra parte sobresalieron: *Pedro Crisólogo*, obispo de Ravena († 450), célebre por el gran número de sermones que nos dejó; *Máximo* († 470), obispo de Turín, célebre predicador también; *Eucherio* († 450), obispo de Lyon, autor de la «Passio Agaunensium Martyrum, SS. Mauritii et Sociorum»; *Philaster* († 397), obispo de Brescia, escribió hacia 388 el «Liber de haeresibus»; *Firminius Maternus* nos dejó (ca. 347) el libro «De errore profanarum Religionum» contra las supersticiones paganas.

2. **GRUPO DE HISTORIADORES.** *Optato Milevitano* († 372) compuso el año 370 una historia del cisma donatista. *Sulpicio Severo*, originario de Aquitania y muerto en 420, escribió su «Chronicorum libri II», la «Vita Sancti Martini» y dos diálogos de temas diversos. *Gennadio*, sacerdote de Marsella († 485), escribió una continuación de la obra de S. Jerónimo «De viris illustribus». *Victor, obispo de Vita*, escribió en 486 la «Historia persecutionum Africanæ Provincie temporibus Genserici et Humerici Regum».

3. **POETAS CRISTIANOS.** Conviene recordar los siguientes: *Sedulio*, sacerdote, compuso dos himnos, de los cuales están sacados el «A solis ortus cardine» y «Crudelis Herodes». *Comodiano* vivió, según parece, a mediados del siglo V, y escribió un «Carmen apologeticum» y una serie de «Instrucciones pro litteris versuum primas», es decir, versos acrósticos sobre temas ascéticos.

²³ *S. Hilario*, Obras, PL., LE BACHELET, Artíc. Hilaire, en Dict. Th. Cath. BECK, A., Die Trinitätslehre des hl. Hilarius von Poitiers. 1903. LARGENT, Saint Hilaire, en «Les Saints» P. 1902. FEUER, A., Studien zu Hilarius von Poitiers. Viena 1910-1912. En Stimm. Mar. L., 81 (1911), 30 s. En Wiener Stud., 41 (1920), 51 s., 167 s. BRISSON, J. P., Hilaire de Poitiers. Traité des mystères. P. 1947.

²⁴ *Rufino*, Obras, PL., 21, y en *Eusebio*, Hist. Eccl. BROCHET, St. Jérôme et ses ennemis. P. 1905. CAVALLERA, F., Saint Jérôme, I, 193 s.; II, 97 s. MURPHY, F. J., Rufinus of Aquileia (345-411). Washington 1945.

III. Escritores eclesiásticos griegos y latinos en los siglos VI y VII ²⁵⁾

204. Después del apogeo de los siglos IV y V, sigue una postración general de la Teología griega y latina. Sin embargo, tanto en Oriente como en Occidente brillaron todavía algunos escritores insignes.

a) **Escritores eclesiásticos griegos.** Esta decadencia general de la literatura es tanto más de notar en Oriente cuanto que precisamente en este tiempo, sobre todo con el largo reinado de Justiniano I, el Imperio bizantino llegó a su máximo esplendor.

1. *Pseudo-Dionisio Areopagita* ²⁶⁾. Ante todo, conviene notar un anónimo que escribió alrededor del año 500 y se dió el nombre de Dionisio Areopagita. Tanto S. Gregorio Magno como Máximo Confesor reconocen su autenticidad, y, en efecto, como auténticos fueron tenidos hasta que el humanista Antonio Valla y los estudios recientes de Stiglmayr y H. Koch probaron que no eran auténticos y que manifiestan cierta dependencia de los neoplatónicos. Esto no obstante, debemos decir que las obras son en su conjunto ortodoxas y que por su misticismo y supuesto origen ejercieron mucho influjo en la ascética medieval.

2. *S. Máximo, confesor* († 662) ²⁷⁾. Por su importancia desde el punto de vista literario, ocupa el primer lugar *S. Máximo Confesor*, monje y abad de Chrysopolis (Skutari), uno de los principales defensores de la ortodoxia contra el monotelismo. Distínguese por la amplitud de sus conocimientos y la fuerza invencible de su dialéctica.

Escribió diversas obras *dogmáticas* y *polémicas* contra los monoteletas y monofisitas, como la «Discusión contra Pirro». Además, son notables sus trabajos *exegeticos* y, sobre todo, los *ascéticos* y *místicos*, como «Quaestiones ad Thalassium», la «Mystagogia», explicación del simbolismo de la liturgia en orden a la vida mística, y otros.

²⁵⁾ KRUMBACHER, K., Geschichte der byzantin. Lit. (527-1453), 2.^a ed. 1897. A. EHRHARD, Die griech. Theologie, ib., p. 37-218. BALL, H., Byzantin Christentum. 1923, y las obras generales.

²⁶⁾ *Dionisio Areopag.*, Obras, PG., 3, 4. HIPLER, FR., Dionysius der Aeropagite. 1866. SIGLMAYR, J., Der Neuplatoniker Proclus als Vorlage des sogen. Dionys. Areop. En Hist. Ib., 1895, 253 s., 721 s. KOCH, H., Pseudo-Dionys. Areop. in seinen Beziehungen zum Neuplaton. u. Mysterienwesen. 1900. MÜLLER, H. F., Dionysios, Proklos, Plotinos, 2.^a ed. 1926. ELORDUY, E., ¿Es Ammonio Sakkas el Pseudo-Areopagita? En Est. Ecl., 18 (1944), 501-557. CHEVALIER J., Dionysiaque (Obras atribuidas a Dionisio Areopagita). 2 vol. Brujas 1937-1950.

²⁷⁾ *S. Máximo Conf.*, Obras, PG., 90, 91. GRUMEL, V., Notes d'histoire et de chronol. sur la vie de S. Maxime le Conf. En Ech. d'Or. 26 (1927), 24 s. ÍD., Artíc. Maxime le Conf., en Dict. Th. Cath. DEVRESSE, R., La vie de S. Maxime. En Anal. Boll., 1928, 5-49. CANTARELLA, S., S. Máximo conf. La Mistagogia ed altri scritti. Florencia 1931. PEGOU, Maxime le Confesseur. P. 1943.

3. *S. Sofronio de Jerusalén* († 638) ²⁸⁾. Se distinguió como teólogo, hagiógrafo y poeta. Además de una célebre *carta sinodal* en defensa de la ortodoxia contra los monoteletas, compuso una obra fundamental sobre el mismo tema, que contenía un florilegio de Santos Padres. Escribió asimismo algunas *vidas de Santos* y veintitrés *odas anacreónticas* con ocasión de algunas festividades religiosas.

4. *Leoncio de Bizancio* († ca. 543). Fué uno de los teólogos más beneméritos de su tiempo. Se conservan de él los libros: «Adversus Nestorianos et Eutichianos», que es una refutación de las obras de Severo, cabecilla monofisita, y «Treinta tesis» contra el mismo Severo. Su doctrina es sólida y segura, haciendo ver la concordancia entre las decisiones de Éfeso y de Calcedonia.

5. *Escritores ascetas*. Como se ha visto, aun entre los teólogos se advierte la tendencia de este tiempo a escribir sobre ascética. En particular se dedicaron a ella: *S. Juan Clímaco* († ca. 600) ²⁹⁾, monje del Sinaí, célebre por su obra ascética titulada *Κλίμαξ, scala paradysi*, de la cual recibió él mismo el nombre. Su ascética, fácil y segura, se generalizó mucho durante la Edad Media. *Juan Mosco* († 619), monje de la Nueva Laura, compuso la obra *Δεινών*, Prado espiritual, una de las obras de ascética más leídas en la Edad Media.

6. Son dignos también de mención: *Procopio de Gaza* († 528), de quien poseemos una abundante colección de cartas y comentarios estimables al Antiguo Testamento. *Cosme el Navegante*, célebre comerciante alejandrino, que emprendió muchos viajes en la India, Persia y todo el Oriente, luego monje y anacoreta. Escribió en 574 la «Topografía cristiana», en que reúne datos muy interesantes sobre el Cristianismo primitivo en las regiones orientales.

205. b) **Escritores eclesiásticos latinos.** La literatura latina siguió la suerte del Imperio occidental, pues, por efecto de las invasiones y de los trastornos que a ellas se siguieron, no podían desarrollarse las escuelas y los ingenios. Pero algo más tarde brillaron algunos escritores insignes. Entre ellos descolló S. Gregorio Magno, uno de los más grandes Doctores de la Iglesia.

1. *S. Gregorio Magno* (540-604) ³⁰⁾. Es, sin duda, el Papa más grande de los siglos VI y VII y uno de los hombres que más influyeron en la organización eclesiástica en aquel período de transición. Era romano de nacimiento y desempeñó algún tiempo el cargo de prefecto de la ciudad; pero luego se hizo monje en el monasterio por él fundado de S. Andrés de Monte

²⁸⁾ *S. Sofronio de Jerus.*, Obras, PG., 87. VAILHÉ, S., Sophrone le Sophiste et Sophrone le Patriarche. En Rev. or. Chrét. 1902, p. 360 s.; 1903, p. 32 s., 356 s.

²⁹⁾ *S. Juan Clímaco*, Obras, PG., 88, 691 s. PRETT, L., Artíc. Jean Clim., en Dict. Th. Cath. SALAVILLE, S., S. Jean Climaque: sa vie et son oeuvre. En Ech. d'Or. 22 (1923), 440 s. SAUDREAU, A., Doctrine spir. de S. Jean Clim. En Vie Spir. 9 (1924), 353 s.

³⁰⁾ *S. Gregorio M.*, Obras, PL., 75-79. PEITZ, W. M., Das Register Gregors I. 1917. LÉCLERCQ, H., Artíc. Grég. le Gr., en Dict. Arch. DUDDEN, F. H., 2 vol. I. 1905. GODET, P., Artíc. Grégoire, en Dict. Th. Cath. STUEHLFATH, W., Gregor I, sein Leben bis zur Wahl zum Papst. 1913. CASPAR, E., en Meister der Politik. III, 1923. BATIFFOL, P., S. Grégoire le Gr. En «Les Saints». P. 1928. JUAN, S. Gregoire the Great, his work and his spirit. L. 1924.

Celio. Más tarde desempeñó cargos importantes bajo los Pontífices Benedicto I y Pelagio II, hasta que él mismo en 590 fué elevado al Pontificado, donde desarrolló una actividad verdaderamente universal y benéfica para la Iglesia. La conversión de Inglaterra es obra principalmente suya, y el gran florecimiento de la Iglesia visigótica de España se debió en buena parte a su acertada orientación. Sus cualidades como hombre de Estado se pusieron de manifiesto en sus relaciones con los nuevos Estados europeos, en la defensa de los territorios italianos frente a la desidia de los gobernantes bizantinos y a las violencias de los lombardos, en la defensa de los derechos de Roma frente a las pretensiones de Constantinopla, y en la organización de los Estados Pontificios.

Por lo que se refiere a su actividad literaria, su gloria principal son sus *sermones* y su *epistolario*, a los que deben añadirse sus obras *morales* y *litúrgicas*. En las veintidós homilias sobre Ezequiel, y en las cuarenta sobre los Evangelios, que pronunció siendo Papa y se conservan todavía, aparecen claramente sus dotes de orador sencillo, que descuida tal vez el ornato exterior y los afeites clásicos.

Su abundante *epistolario*, que comprende hasta 848 piezas recientemente editadas, nos pone ante los ojos el celo universal de este gran Papa y la influencia extraordinaria que llegó a ejercer. Por otra parte, sus obras *morales* forman el núcleo de más valor entre sus escritos. Ante todo las «Moralia», que son propiamente comentarios al libro de Job con aplicaciones históricas y alegóricas, que le dan el carácter de tratado de moral; luego el «Liber regulae pastoralis», en que se dan consejos prácticos al cura de almas. Estas dos obras tuvieron una aceptación inmensa, por lo cual ya entonces fueron traducidas al griego y anglosajón. Finalmente, compuso S. Gregorio los «Dialogi de vita et miraculis Patrum italorum», obra dedicada en buena parte a la vida de S. Benito, que fué sumamente leída en la Edad Media. La obra *litúrgica* de S. Gregorio comprende un *sacramentario*, en que reunió todas las misas propias en uso, y un *antifonario*, que es un manual de preces eclesiásticas. A esto se refiere una de sus actividades más originales, consistente en haber organizado el *canto litúrgico*, que por esto se denomina *gregoriano*.

2. *Fulgencio de Ruspe* († 533)³¹. Casi el único nombre digno de mención del África cristiana de este tiempo, es el de Fulgencio de Ruspe. Sus obras contra el semipelagiano Fausto de Riez han sido conmemoradas en otro lugar. Fuera de esto, compuso el libro «Contra Arrianos» y tres libros «Contra Thrasamundum». Además, reunió en su obra «De fide seu de regula fidei» un verdadero compendio de la doctrina católica.

3. *Boecio* († 525)³². *Boecio*, nacido en Roma del linaje de los Anicios en 480, fué cónsul en 510 y llevó una vida de

³¹) S. *Fulgencio*, Obras, PL., 65. LAPEYRE, G. G., S. Fulgence de Ruspe. P. 1929. NISTER, B., Die Christologie des hl. Fulgentius von R. 1930.

³²) *Boecio*, Obras, PL., 63-64. GOET, P., Artic. Boèce, en Dict. Th. Cath. HILDEBRAND, A., Boethius und seine Stellung zum Christ. 1885. GRABMANN, M., Gesch. der Scholast. Methode, I, 148 s. 1909. BOECIO, La Consolación de la Filosofía. Trad. de A. Aguayo. Buenos Aires 1943.

gran distinción, hasta que en 525 fué cruelmente ajusticiado por el rey ostrogodo Teodorico. Era hombre de extraordinaria erudición, gran orador, filósofo y poeta.

En *teología* compuso cinco opúsculos, de los cuales son dignos de notarse el «Liber de sancta Trinitate» y el «Liber contra Nestorium et Eutichen». Más importantes son sus trabajos *filosóficos*. Varios de ellos son las célebres traducciones de Aristóteles y Porfirio. Entre las obras originales adquirió gran celebridad el «De consolatione philosophiae», que es un diálogo que trata de probar que la felicidad se encuentra sólo en Dios. Boecio puede ser considerado como un mediador entre la doctrina aristotélica y la escolástica medieval.

4. *Casiodoro Senador* († 570)³³. Fué algún tiempo secretario de Teodorico el Grande; pero hacia el año 540 se retiró al monasterio Vivarium (del sur de Italia) fundado por él y se constituyó en Mecenas de los estudios científicos. Se distingue por la universalidad de sus conocimientos, comparable con la de S. Isidoro de Sevilla.

Sus obras, muy usadas en la Edad Media, son: «Institutiones divinarum et saecularium lectionum», magnífica introducción a los estudios teológicos, y la «Historia ecclesiastica tripartita». Del mismo modo fué muy utilizado el comentario a los salmos, titulado «Complexiones in psalmos». De gran importancia histórica y cultural son sus doce libros de cartas, que contienen decretos de Teodorico redactados por Casiodoro.

5. *Dionisio Exiguo* († 540) era de nacionalidad escita, pero vivió como monje desde 500 en Roma, donde se distinguió por su vasta erudición. Su actividad consistió en sus traducciones del griego y en su colección de Decretales pontificias y cánones conciliares, en la llamada «Dionysiana collectio». Por otra parte, él fué quien introdujo la Era cristiana e hizo el cálculo alejandrino de la Pascua.

6. *Liber Pontificalis*. Su primera parte comprende las biografías de los Papas hasta el año 530, y fué compuesta por un clérigo anónimo durante el pontificado de Bonifacio II (530-532). Como base para los primeros siglos sirvió el *catálogo Liberiano*, que reunía gran cantidad de listas, estadísticas y datos históricos de los primeros siglos. Otros autores desconocidos hicieron posteriormente diversas continuaciones de las biografías pontificias, que formaron parte del *Liber Pontificalis*.

7. *S. Cesáreo de Arlés* (470-543)³⁴. *S. Cesáreo de Arlés*, gran debelador de la causa semipelagiana en su última fase, fué buen predicador popular, promovedor de la vida monástica y defensor de los intereses cristianos. Su producción literaria la forman sus *sermones*, que se pueden parangonar

³³) *Casiodoro*, Obras, PL., 69-70. Diversas obras en Mon. Germ. Hist., Auct. ant., 12. 1894. MINASTI, G., Cassiodoro Senatore. Nápoles 1895. BATIFFOL, P., Artic. Cassiodore, en Dict. Bibl. GOET, P., Artic. Cassiodore, en Dict. Th. Cath.

³⁴) *S. Cesáreo de Arlés*, Obras, PL., 39 y 67. Ed. de Mon. Germ. Hist., Auct. Ant., 3, p. 433-501. 1896. LEJAY, P., Artic. Césaire d'Arlés, en Dict. Th. Cath. CHAILLAN, M., S. Césaire. En «Les Saints». P. 1921. MORIN, G., Scti. Caesarii ep Arelatensis opera omnia. 2 vol. Maredsous 1942.

con los mejores de la Patrología latina; pero además nos dejó dos Reglas y dos tratados teológicos de escaso valor.

8. *S. Avito de Vienne* (450-518). Por su actividad incansable en la conversión de los borgoñones y en la organización de la Iglesia franca ha sido designado como «columna de la Iglesia borgoñona». Conservamos de él las obras siguientes: «*Libelli de spiritualis historiae gestis*», poema en 2552 hexámetros, una especie de Historia religiosa universal; dos libros «*Contra Eutichianam haeresim*», y un buen número de cartas de gran valor histórico.

9. *Gregorio de Tours* († 593 ó 594)³⁵. Con su actividad eclesiástica, fué, en cierto modo, el continuador de los anteriores. Fué al mismo tiempo gran admirador de las glorias españolas e íntimo amigo de los prohombres de la Iglesia visigótica.

Su gloria literaria está basada en sus escritos de carácter histórico. Estos son, ante todo, su «*Historia francorum*», en diez libros, que es propiamente una Historia universal. Los libros más interesantes son el 2 y el 3, en que refiere la conversión de Clodoveo y la historia de los reinados siguientes. Su crítica es muy deficiente. Sin embargo, la obra es de gran valor, pues es casi lo único que poseemos de este período revuelto de la historia franca. Además escribió S. Gregorio de Tours una colección de Vidas de Santos, entre las cuales sobresale «*De virtutibus sancti Martini*».

10. *Venancio Fortunato* († ca. 600). En 565 hizo una peregrinación al sepulcro de S. Martín de Tours y se quedó luego en Poitiers, donde fué consagrado obispo poco antes de morir. Sus poesías, aunque adolecen del mal gusto de su tiempo, demuestran gran inspiración religiosa. Tales son, ante todo, los himnos de la pasión, que ha tomado la Iglesia en su liturgia: «*Vexilla Regis prodeunt*»; «*Pange lingua gloriosus*»; «*Quem terra, pontus, aetera*». Además conservamos de él, sobre todo, una «*Vita S. Martini*» y otras obras.

11. De los escritores de las *Islas Británicas*, son dignos de mención: *Gildas el Sabio* († 570), quien en 560 compuso «*De excidio Britanniae*»; *S. Columbanus* Irlandés († 615), célebre como fundador de monasterios en el centro de Europa, por su «*Regula coenobialis*» y sus cartas; *Teodoro de Tarso* († 690), arzobispo de Cantorbery desde 668, quien nos dejó el manual de penitencia titulado «*Poenitentiale*».

IV. Concilios españoles y florecimiento de la Iglesia visigótica³⁶

206. Dedicamos un capítulo aparte a este asunto, no solamente por el interés especial que ofrece para nosotros, sino porque de hecho tiene gran importancia en la Iglesia univer-

sal, pues constituye lo más saliente en toda la Historia Eclesiástica durante los siglos VI y VII.

a) Principales Concilios de este tiempo.

1. CONCILIO DE ELVIRA³⁷). Difícilmente ha habido ningún Concilio nacional más discutido que el de Elvira. Esto se debe, por una parte, a su antigüedad y a los muchos cánones que de él han pasado al Derecho universal; y por otra, a que se ha dudado de su ortodoxia.

Reunióse en Ilíberis (Elvira), cerca de Granada. Sólo sabemos que comenzó el 25 de mayo, aunque no conocemos el año exacto; pero, a juzgar por varios indicios, debió tener lugar entre los años 300 y 313. Los obispos reunidos fueron diecinueve, con veinticuatro presbíteros, presididos por Félix de Guadix. De sus ochenta y un cánones interesan principalmente dos asuntos: el primero es el canon 36, en que se prohíben las imágenes. El segundo, otros veinte cánones, en los que se castigan ciertos pecados gravísimos, negándoles la «comunión» aun en la hora de la muerte. Por consiguiente, algunos lo han acusado de *iconoclasta* y *novaciano*. Así, por ejemplo, Baronio, Bellarmino, Carranza y Melchor Cano.

Respecto de la *acusación de heterodoxia* debemos decir, ante todo, que consta suficientemente de la ortodoxia del Concilio, por lo cual hoy día la admiten los teólogos e historiadores.

Por lo que se refiere al *rigor contra las imágenes*, es cierto que el Concilio encuentra algo reprehensible en el culto de las mismas; pero esto se debía al peligro de adorarlas y convertirlas en dioses. Semejante posición tomaron S. Epifanio y S. Agustín. Respecto del *rigorismo novaciano*, la «comunión» que se niega a los grandes pecadores «aun en la hora de la muerte», debe significar «reconciliación pública», lo cual se confirma con otros autores contemporáneos. Por tanto, a los tales pecadores no se les niega, al menos en la hora de la muerte, la absolución *in foro conscientiae*, sino solamente la reconciliación pública. La medida es dura y explicable sólo por el ambiente del tiempo; pero no equivale al rigorismo novaciano, que supone la imperdonabilidad de dichos pecados.

2. CONCILIOS DE TOLEDO³⁸). Durante el siglo IV no tenemos noticia de otro Concilio celebrado en España, fuera del de Zaragoza de 380; y en el siglo V, los trastornos de las invasiones no dejaron lugar para el desarrollo normal de la Iglesia española. Sin embargo, tan pronto como ésta pudo rehacerse, entre otras señales de vida, comenzó aquella serie de *Concilios de Toledo*, que forma una de las notas más características de los siglos VI y VII. El primero, del año 400, y el segundo, del 527, apenas tuvieron importancia alguna.

³⁷) HARDOUIN, Conc. 1714, I, col. 247 s. AGUIRRE, Conc. Hisp., 1693, I, col. 340 s. MANSI, Conc. II, col. 57 s. GONZÁLEZ, F. A., Collectio canonum Ecclesiae hispanae... M. 1808. TEJADA, J., Colección de cánones de la Igl. española... M. 1849. MENDOZA, FERN., De confirmando Concilio Ilíberitano libri III. M. 1594.

³⁸) MARCO Y CUARTERO, M., Los concilios de Toledo. M. 1866. MAGNIN, E., L'Église wisigothique au 7.^e siècle, I, p. 47-96. P. 1912. CALPENA Y ÁVILA, L., Los Concilios de Toledo en la constitución de la nacionalidad española. M. 1918. MADRIZ, J., Le symbole du XI.^e Concile de Tolède. Lovaina 1938. En Spic. S. Lov., 19. ÍD., El símbolo del Conc. XVI de Toledo. Su texto; sus fuentes, su valor dogmático. En Est. On., I. ser., III. M. 1946. ALDANSA, J. A., El símbolo toledano I, en Anal. Greg., n. 7. R. 1934.

³⁵) S. Gregorio de Tours, Obras, PL., 71. Ed. Arndt. etc., en Mon. Germ. Hist., Script. Merov., I, 1884-1885. LECLERCQ, H., Artíc. Grég. de Tours, en Dict. Arch.

³⁶) Véanse en particular: VILLADA, I, 301 s.; II, I, p. 107 s. Además las obras generales de MENÉNDEZ Y PELAYO, FLÓREZ, GAMZ, ALMEIDA, LECLERCQ. Asimismo: MENÉNDEZ PIDAL, R., Hist. de España. III. Esp. Visigoda. M. 1940.

Los Concilios de Toledo eran, ante todo, convocados por el Rey, lo cual les daba ya un carácter de asambleas nacionales. En segundo lugar, en sus decisiones tomaban parte muchos elementos seculares al lado de los eclesiásticos. Sus atribuciones abarcaban lo eclesiástico y lo civil. Más aún; la autoridad de sus fallos parece estaba por encima de la de los monarcas. No obstante, por lo general, sus decisiones necesitaban la aprobación del Rey.

Esto supuesto, se discute sobre el carácter de los Concilios de Toledo. Antiguos historiadores los consideran como verdaderas cortes. Sin embargo, no parece esto lo más probable. Porque a los Concilios asistían los palatinos por libre elección del Rey y sin carácter de representantes de una clase; a las cortes, en cambio, asistían por derecho propio. Además las atribuciones de las cortes y las de los Concilios eran muy diversas. Así, pues, parece más exacto decir que los Concilios de Toledo eran *asambleas mixtas*, fundamentalmente eclesiásticas, pero con atribuciones civiles.

3. EL RITO GÓTICO O MOZÁRABE ³⁹). El rito mozárabe era el *rito primitivo español*, usado en un principio en las Galias, África y España, el cual trajeron los primeros evangelizadores a las regiones occidentales, completado después con las nuevas necesidades de la Península. Por esto, al ser adoptado oficialmente por el Concilio IV de Toledo, se diferenciaba bastante del usado entonces en Roma, pues cada uno había seguido cambios distintos. En general, se puede observar que el español había conservado más elementos del primitivo que el romano. Por consiguiente, es inexacto denominarlo rito *Isidoriano*, pues no fué compuesto por S. Isidoro. *Visigodo* se le puede llamar en cuanto fué declarado oficial y generalizado por los visigodos. Este rito lo conservaron luego los cristianos sometidos a los árabes, denominados *mozárabes*, y por esto se le llamó comúnmente *mozárabe*.

207. b) Florecimiento literario de la Iglesia española: Siglo IV ⁴⁰). Los Concilios de Toledo son una de las mejores

manifestaciones del florecimiento de la Iglesia visigoda; pero, además, conviene considerar las producciones literarias de este período.

SIGLO IV. 1. *S. Dámaso Papa* (366-384). Dejando a un lado a Osio de Córdoba, de cuya actuación ya se ha hablado, es digno de mención, sobre todo, S. Dámaso. Según todas las probabilidades, fué de origen español o hispanoportugués, y además de distinguirse como Papa en la dirección de la Iglesia, sobresalió en el campo literario por algunas *epístolas sinodales* y, sobre todo, por los epigramas dedicados a los mártires. De éstos se consideran auténticos unos treinta y en ellos se nos comunican noticias interesantes para la Historia Eclesiástica.

Puede citarse aquí a *Potamio de Lisboa* († c. 360), pues aunque se duda de su ortodoxia, las obras que se han conservado de él nos lo presentan enteramente ortodoxo.

2. *S. Paciano de Barcelona* († 391) ⁴¹). En el terreno literario, S. Paciano de Barcelona es, sin duda, el teólogo que más se distinguió. S. Jerónimo, en su obra «De viris illustribus», le tributa el elogio: «tam vita quam sermone clarus». En efecto, los escritos que se han conservado nos lo presentan bajo la luz de una ortodoxia inmaculada y de un carácter afable y lleno de unción.

La obra «Sobre la semejanza de la carne del pecado, contra los maniqueos», que solía atribuírsele, según estudios recientes no es suya. En cambio, se perdió otra ciertamente suya, titulada «Ciervo». Se conservan tres obras, que bastan para fundar el buen nombre del obispo barcelonés. La primera es «Sobre el Bautismo», dirigida a los catecúmenos «competentes», en la que se describe con unción los efectos portentosos de la regeneración obrada por este sacramento. La segunda es la «Exhortación a la Penitencia», consistente en un sermón a los fieles, lleno de calor apostólico y de sólida doctrina. La tercera son tres cartas contra un novaciano llamado Semproniano, en las cuales combate el rigorismo de esta secta.

3. *S. Gregorio de Elvira* († 392). Últimamente se ha dado especial importancia a S. Gregorio de Elvira, a medida que

³⁹) LORENZANA, A., *Missae gothica seu mozarabica...* Puebla de los Ángeles (Méjico) 1770. *Id.*, *Missale gothicum*. R. 1804. *Id.*, *Breviarium gothicum*. M. 1775. (PL. 86). MORIN, G., *Liber Comicus sive Lectionarius Missae, quo Tolerana Ecclesia utebatur*. Maredsous (Bélgica) 1893. BLUME, C., *Hymnodia gotica*. 1897. FÉROTIN, M. DOM. *Le Liber Ordinum en usage dans l'Église wisigothique*. P. 1904. *Id.*, *Le Liber Mozarabicus Sacramentorum...* P. 1912. PINIUS, J., *De liturgia mozarabica*. En *Acta Sancti Julii*, 6, p. 1-112. FERREIRA, J. A., *Estudios históricos-litúrgicos. Os Ritos particulares das Igrejas de Braga e Toledo*. Coimbra 1924. PRADO, GERMÁN, *Textos inéditos de la liturgia mozárabe*. M. 1926. *Id.*, *Manual de la liturgia hispano-visigótica o mozárabe*. M. 1927. *Id.*, *Historia del rito mozárabe y toledano*. Sto. Domingo de Silos (Burgos) 1928. *Id.*, *El canto mozárabe*. B. 1929. ROMERO OTAZO, FR., *El Penitencial Silense*. M. 1928. WAGNER, P., *Der mozarabische Kirchengesang...* En *Span. Forsch.*, I Reihe, I, 1928, p. 102-141. PRADO, G., *Antiguo rito hispano*. En *Anál. Univ. Oviedo*, 8 (1939), 179 y s. *Id.*, *Valoración y plan de reforma del Rito mozárabe*. M. 1943. ALAMO, M., *Les calendriers mozarabes d'après Dom Férotin*. En *Rev. Hist. Eccl.*, 39 (1943), 100 y s.

⁴⁰) CUNILL, S., *Osio, bisbe de Córdova*. En *An. S. Tarr.*, 2 (1926), 285-301. YABEN, H., *Osio, obispo de Córdoba*. En «Col. pro Eccl. et Pa.», 26. B. 1945. SCHÄ-

FER, E., *Die Bedeutung des Papstes Damasus I. für die Geschichte der Heiliger, ehrung*. En *Ephem. Lit.*, 46 (1932), 137-234, 308-378. VIVES, J., *Sant Damas, compatrici nostre*. En *Par. crist.*, 18 (1933), 308 s. MADRIZ, J., *Potamio de Lisboa*. En *Rev. esp. Teol.* 7 (1947), 79 s.

⁴¹) S. Paciano de Barcelona, Obras, ed. Vicente Noguera. Valencia 1780. MADRIZ, J., *Herencia literaria del presbí. Eutropio*. En *Est. Eccl.*, 16 (1942), 39 s. DALMAU, J. M., *La Doctrina del peccat original en S. Pacia*. En *An. S. Tarr.*, 4 (1928), 203 s. TRIA, L., «De similitudine carnis peccati». Il suo auctore e la sua teologia. Roma 1936. VILAR, J., *Les citations bibliques de S. Pacia*. En *Est. Univ. Cat.*, 1932, 1 y s. MORIN, DOM, *Un traité inédit du IV siècle. Le «De similitudine carnis peccati» de l'évêque S. Pacien de B.* En *Et. Text. Déc. I*, 81 s. VEGA, A. C., *Gregorio de Elvira*. En *Cid. D.*, 156 (1944), 205 s. *Id.*, *Dos nuevos tratados de Greg. de Elvira*. En *Cid. D.*, 156 (1944), 515 s. *Id.*, *Gregorii Eliberitani episcopi opera omnia*. El Escorial 1944.

se le han ido adjudicando algunos escritos. Son dignos de mención un tratado «De fide orthodoxa contra arrianos», y varios opúsculos exegéticos, que lo acreditan de buen teólogo y buen escriturario.

Además es digno de mención el poeta *Juvenco*, autor de un poema heroico sobre la vida de Cristo, sacada de los Evangelios. En él, aunque no manifiesta grandes dotes de poeta, tiene el mérito de ser el primero en cantar con profunda piedad la vida de Cristo.

4. *Aurelio Prudencio* (ca. † 405)⁴² fué indudablemente el poeta cristiano más insigne de la Antigüedad cristiana. Nació en 348 y muy probablemente en Calahorra. Después de una vida algo disipada, siendo ya de edad madura, se retiró a la vida privada, dedicándose a la composición de sus incomparables poesías. En ellas se distingue por su profunda inspiración cristiana, riqueza de colorido y dominio de la lengua. Con esto, no obstante algunas muestras de exuberancia de mal gusto, puede ser designado con Menéndez y Pelayo (I, 154) «el poeta lírico más inspirado que vió el mundo después de Horacio y antes del Dante».

Las obras de Prudencio son: 1. El «Cathemerinon» (Καθημερινόν) o libro diurno o colección de doce odas piadosas destinadas a santificar las diversas ocupaciones del día. Su belleza y unción cristiana indujo a la Iglesia a tomar algunos de estos himnos en su liturgia, como: «Ales diei nuntius»; «Nox et tenebrae et nubila»; «O sola magnarum urbium», etc. 2. El «Peristephanon» (Περιστεφάνων), libro de las coronas, que comprende catorce poesías dedicadas a los mártires, donde mejor campean las dotes poéticas de Prudencio. 3. «Hamartigenia» (ἁμαρτηγένηα), u origen del pecado. 4. «Apotheosis» (ἀποθέσις), en que refuta diversas herejías. 5. «Psychomachia» (ψυχμαχία), combate del alma, descripción de la lucha entre los vicios y virtudes; y otras.

⁴² VILLADA, I, 2, 155 s. (muy buen resumen). Aurelii Prudentii Clementis carmina. Ed. J. Bergman, in Corp. Scr. Ecc. Lat., 1926. Véase además ed. ARÉVALO, R. 1788, reproducida en PL., 59, 60. Véanse en particular ALLARD, P., Prudence historien. En Rev. Q. Hist., 35 (1884), 345 s. Íd., Rome au 4.^e siècle d'après les poemes de Prudence. Íb., 36 (1884), 5 s. ZANTOL, A., Aurelio Prudencio Clemente. Estudio biográfico crítico. En Ciud. de Dios, 57, 25 s., 293 s., 383 s.; 58 (1902), 42 s., 297 s., 481 s., SAN JUAN DE LA CRUZ, L. DE, ¿Dónde nació Aurelio Prudencio Clemente? Calahorra 1935. RODRÍGUEZ-HERRERA, J., Poeta Christianus (Prudencio). 1936. RIBER, L., Aurelio Prudencio. En Bibl. pro Eccl. et Patr., n. 6. Barcelona 1936. VIVES, J., Prudentiana. En An. S. Tarr., 1936. Homenatge Rubió y Lluch, II, 1 s. RODRÍGUEZ-HERRERA, J., Dell'essenza e dei compiti del poeta cristiano, secondo il poeta Prud. P. 1936. ALAMO, M., Un text du poète Prudence: «Ad Valerianum episcopum» (Perist. hymn. 11). En Rev. H. Eccl. 35 (1939), 750 y s. VILLOSLADA, R. G., En Raz. y Fe, 116 (1939), 341 y s. PLANELLA, J., El Píndaro cristiano. Aurelio Prudencio. El Peristephanon. Texto lat. y versión cast. Buenos Aires 1942. BAYO, M. J., Peristephanon de Aurelio Prudencio Clemente. M. 1943. LAVARENNE, M., Prudence, I. Cathemerinon liber. P. 1943. VEGA, A. C., Capítulos de un libro, Juvenco y Prudencio, en Ciud. D., 157 (1945), 209 s. Íd., Aurelio Prudencio. Ibídem, 159 (1947), 421 s. VIVES, J., Veracidad histórica de Prudencio y en An. S. Tarr., 17 (1945), 199 s. Obras completas de Aurelio Prudencio, en lat. y cast. En B. A. C. M. 1950.

Además de los indicados, tenemos noticias de *Potamio de Lisboa* († 360), gran defensor del arrianismo en España. Nos dejó dos discursos y una carta a S. Atanasio. El *novacianismo*, además de *Latroniano* († 385), de quien dice S. Jerónimo que era «muy erudito y comparable con los antiguos en sus poesías», tuvo como defensores a *Tiberiano* († 385) de la Bética, quien compuso para sincerarse una apología, y *Sempromiano*, que escribió también varias obras, de las que sólo se conservan fragmentos. El *priscilianismo* cuenta asimismo con diversos defensores: el mismo *Prisciliano*, de cuyos escritos se han encontrado algunos recientemente; *Dictinio*, obispo de Astorga, quien compuso un tratado célebre, «La Balanza».

208. c) *La Iglesia española en el siglo V*. Por los trastornos y convulsiones de la Península, ofrece pocos hombres insignes desde el punto de vista literario:

1. *Pablo Orosio*⁴³. Es uno de los más dignos de mención. Era sacerdote de Braga y gran entusiasta de S. Agustín, de quien se profesó discípulo. De él conocemos las obras siguientes: un «Commonitorium», dirigido a S. Agustín, resumen de los errores priscilianistas y origenistas; la «Apología contra Pelagio sobre el libre albedrío», y lo que más nombre le ha dado, una «Historia», de que se ha hablado en otro lugar.

2. *Idacio* († 470). Contemporáneo de Orosio fué el cronista Idacio, que ha dejado muy buen nombre en los anales de España. Nació en Limica, del reino de Galicia, hacia el 390, y estuvo en Oriente, donde conoció a S. Jerónimo. Elegido obispo de Aqua Flavia (Chaves en Portugal), trabajó por comisión de León Magno, contra la herejía priscilianista. De sus obras conservamos el «Cronicón», que es una continuación de S. Jerónimo, desde 379 hasta 469. No obstante la imperfección de su estilo, se le atribuye gran importancia.

3. *Draconcio*. A fines del siglo v brilló el poeta cristiano *Draconcio*, que según todos los indicios era español y originario de la Bética. De él dice S. Isidoro (De viris ill., 24): «Dracontius composuit heroicis versibus Hexameron et scripsit luculenter quod composuit». Este poema es el segundo que él escribió con el título de «Laudes Deis».

4. *Itinerario de Eteria*⁴⁴. Finalmente debemos citar aquí el célebre «Itinerario» de la Virgen Eteria, que durante los últimos decenios ha sido objeto de eruditas investigaciones. Este itinerario es el que publicó por vez primera M. Gamurrini en 1887, y en un principio se

⁴³ Orosio, Historiae y Liber Apologeticus, ed. Zangenmeister, in Corp. Scr. Eccl. Lat., 1882. GAMS, 2, 1, 398-411.

⁴⁴ VILLADA, Z. G., Hist. eccl., I, 2, 269 (muy buen resumen). Íd., La lettre de Valerius aux Moines du Vierzo sur la bienheureuse Aetheria. En Anal. Boll., 29 (1910), 377 s. Íd., Egeria ou Aetheria, Íb. 30 (1911), 444 s. *Eteria*, Peregrinatio Etheriae. Texto publicado por J. Fr. Gamurrini. Studi e documenti di storia e diritto, 5 (1884), 81 s.; 6 (1885), 145 s. Texto crítico por P. Geyer, Itinera Ierosolymitana saeculi 4-8. Silvae quae fertur peregrinatio..., p. 35-101. En Corp. Scr. Eccl. Lat. FÉROTIN, DOM, Le véritable auteur de la Peregrinatio Silvae, la vierge espagnole Etheria. En Rev. Q. Hist., 74 (1903), 367-397. GALINDO, P., Eteria, Religiosa galaica del siglo iv-v. Itinerario a los Santos Lugares. Zaragoza 1924. ÁVILA, B., Un diario de viaje del siglo iv: Egeria, la peregrina española. M. 1935. LOPSTEDT, E., Philol. Kommentar zur Peregrinatio. Upsala 1936. LAMBERT, A., Egeria. Notes critiques sur la tradition de son nom et celle de l'Itinerarium. En Rev. Mabill., 26 (1936), 71 y s. Íd., Egeria saeur de Galia. Íb. 27 (1937), 1 y s. Íd., L'Itinerarium Egeriae vers 416. Íb. 38 (1938), 49 y s. PETRE, H., Étherie, Journal de voyage. Text. latin. Introd. et trad. P. 1948.

llamó «Peregrinatio Silviae», atribuyéndolo a Sta. Silvia. Se trata de un relato muy interesante de la peregrinación hecha a Tierra Santa con la descripción, sobre todo, de las ceremonias de Semana Santa y Semana de Pascua en Jerusalén. Por esto se han hecho posteriormente diversos estudios, y así, en 1903, Dom Férotin probó que el autor de dicho relato era la virgen española Eteria, y recientemente el P. Zacarías G. Villada lo ha confirmado plenamente, así como también averiguó su patria, que es Galicia. La fecha parece debe ponerse a fines del siglo V o principios del VI.

209. d) Principio del florecimiento de la Iglesia visigoda: siglo VI. El siglo VI nos presenta el principio del apogeo de la Iglesia visigoda.

1. *S. Martín de Braga* o *Martín Dumiense* († 580) ⁴⁵ abre la lista de hombres ilustres. Nació en Panonia (Hungría) y pasó en su juventud largo tiempo en Oriente. Luego se dirigió a Galicia, y en Dumio, cerca de Braga, erigió un monasterio, fué elevado a su sede episcopal, y más tarde fué metropolitano de Braga. A él se debe en gran parte la abjuración del arrianismo del rey de los suevos Teodomiro, por lo cual es designado como *apóstol de Galicia*. Desde el punto de vista literario se distingue por sus tratados ascéticoprácticos y algunos canónicos.

Su obra más importante es la «Formula vitae honestae», dedicada al rey suevo Mirón. Del mismo tipo ascético son los opúsculos: «Libellus de moribus», «De superbia» y otros. Un segundo grupo de obras lo forman los «Capitula Martini» y «Epistola Martini ad Bonifacium», los cuales le han dado merecida fama entre los canonistas. Los «Capitula» son una colección de cánones, ordenada por materias y revisada en su original griego, y destinada a suplir otras colecciones imperfectas. Es de gran importancia como base de la gran colección «Hispana», que se hizo poco después. También compuso algunas poesías de escasa importancia.

2. *S. Leandro de Sevilla* (534-600) ⁴⁶. Más conocido todavía es S. Leandro, obispo de Sevilla, hermano de los Santos Fulgencio, Isidoro y Florentina. En un viaje a Constantinopla entabló íntimas relaciones con S. Gregorio Magno, que fueron luego muy fecundas. Así, a instancias de Leandro, escribió Gregorio las «Morales». De esta amistad procede el interés del Papa por las cosas de España.

De sus obras se conserva el tratado «Ad Florentinam sororem de institutione Virginum», dedicado a su hermana, en que le da consejos

⁴⁵ *S. Martín de Braga*, Obras, Esp. Sagr., 15, 383 s. Ed. PL., 72, 21 s. MADDOZ, J., Una nueva recensión del «De correctione rusticorum», de Martín de Braga, en Est. Ecl., 19 (1945), 335 s.

⁴⁶ *S. Leandro*, De instit. virginum, etc., PL., 72, 873 s. Esp. Sagr., V., 9-160. GÖRRES, FR., Leander, Bischof von Sevilla und Metropolit der Kirchen-provinz. Baetica. En Z. wiss. Th. 29 (1886), 36 s. VEGA, A. C., «De Institutione Virginum et contemptu mundi» Scti. Leandri, en Ciud. D., 159 (1947), 277-394.

prácticos para la perfección cristiana. Además una «Homilia de triumpho Ecclesiae», en estilo lleno de fervor apostólico, como el discurso que pronunció al fin del Concilio III de Toledo. Escribió también «Contra los arrianos», obra de la que dice S. Isidoro que era muy rica en erudición bíblica, otra «Refutación del arrianismo» y un tratado «De baptismo».

3. *Liciniano, Severo y otros* ⁴⁷. Al lado de los indicados podemos mencionar otros escritores del siglo VI, de valor muy diverso. En primer lugar, *Liciniano*, obispo de Cartagena a fines del siglo VI, de quien dice S. Isidoro que era muy versado en la Sagrada Escritura. De él se conservan tres cartas interesantes. *Severo de Málaga* († ca. 600) fué amigo de Liciniano, y además de firmar una de estas cartas, según dice S. Isidoro, compuso un libro contra Vincencio, en tiempo de Leovigildo. Igualmente se ha perdido otra obra suya titulada «Annulus». *Eutropio de Valencia* († ca. 600), según Juan de Valclara, fué abad del monasterio Servitano entre 584-589, y gozaba de gran reputación. Siendo luego arzobispo de Valencia, tuvo parte muy activa al lado de S. Leandro en el Concilio de Toledo de 589. Son conocidas sus obras: «De distinctione monachorum», una carta a Liciniano y otra al obispo Pedro. *Justiniano de Valencia* († ca. 550), de mediados del siglo VI, de quien nos dice S. Isidoro que compuso un «Liber responsionum ad quemdam Rusticum».

Omitiendo otros nombres, como *Justo de Urgel*, *Apringio de Beja* y otros, de quienes habla S. Isidoro, citaremos finalmente el conocido cronista *Juan de Valclara* († 621), nacido de familia goda en Scalabis (Santarén) de Portugal. Pasó diecisiete años en Constantinopla, y vuelto a España, quiso Leovigildo atraerlo al arrianismo; mas como él se mantuviera fiel, fué desterrado a Barcelona, donde fundó el monasterio de Valclara, cerca de Poblet. En 592 aparece como obispo de Gerona. Es célebre, sobre todo, por el *Cronicón* de su nombre, continuación de otro del africano Víctor Tunense. El estilo sobrio del autor, testigo presencial de todo lo que refiere, da gran valor a su testimonio.

210. e) Florecimiento de la Iglesia visigoda: siglo VII. El siglo VII significa el mayor florecimiento de la Iglesia visigoda, que se manifiesta, sobre todo, en el campo literario. En él sobresalen:

1. *S. Braulio de Zaragoza* († 646) ⁴⁸. *S. Braulio*, sucesor de su hermano Juan en la sede arzobispal de Zaragoza, tuvo

⁴⁷ Véanse, en particular: *Liciniano*: ANSPACH, A. E., Epistulae Liciniani ep. Cartag. En Corpus Escorialense. III. El Escorial 1935. MADDOZ, J., Liciniano de Cartagena y sus cartas. Ed. crit. y estudio hist., en Est. On., I, 4. M. 1948. FÉROTIN, M., Apringius de Beja. Son commentaire de l'Apoc. En Bibl. Patr., I P. 1900. FITA, F., Patrología latina. Apringio ob. de Beja. En Bol. Ac. Hist., 45 (1902), 353-416. ANSPACH, A. E., Apringii Pacensis episcopi Tractatus in Apoc., El Escorial 1940. *Juan de Valclara*, Crónica, en PL., 72, 849 s. Ed. Mommsen, en Mon. Germ. Hist., Auct. II, 207 s., 1894. GÖRRES, FR., Joh. von Biclara. En Th. Stud. Krit., 68 (1895), 103 s. ÁLVAREZ RUBIANO, P., La crónica de Juan Biclarense, trad. cast. en An. S. Tarr. 16 (1943), 7 s. MORERA, J., Juan Biclarense, confesor de la fe, fundador de Valclara..., ob. de Gerona. En Homen. a Rubió y Lluch, 1936, II, 59 s. B. 1936.

⁴⁸ SERRANO, L., La obra «Morales de S. Gregorio» en la literatura hispanogoda. En Rev. Arch. Bibl., 24 (1911), 482 s. Íd., Traducciones castellanas de las «Morales de San Gregorio». Íb., 25, 389 s. LYNCH, CH. H., Saint Braulio, Bishop of Saragossa (631-651). Washington 1938. MADDOZ, J., Fuentes jerónimianas en

una parte decisiva en el movimiento intelectual y literario de la España visigoda del siglo VII. El monumento principal que de él se nos conserva, que son cuarenta y cuatro cartas, lo atestigua. Digna de especial mención es su correspondencia con S. Isidoro, que contiene los datos más preciosos sobre el interés de estos dos hombres por la cultura de su tiempo. Fuera de las cartas, se nos ha conservado una «Vida de S. Millán de la Cogulla».

2. *S. Quirico de Barcelona* († 666?)⁴⁹. Es el representante en Cataluña del apogeo de la Iglesia visigoda. Sabemos que estuvo en íntima comunicación epistolar con S. Ildefonso de Toledo, de quien recibió su tratado «De Virginitate S. Virginis». Además sabemos que era hombre de gran erudición. Señal de ello es el hecho, atestiguado por Tajón mismo, que Quirico fué quien le persuadió a publicar su obra magistral de «Las sentencias». Finalmente, el calendario mozarabe atestigua que Quirico fué el autor del himno a Santa Eulalia de Barcelona.

3. *S. Ildefonso de Toledo*⁵⁰. Contemporáneo de los anteriores y monje antes de ser arzobispo de aquella ciudad, distinguióse como hombre de ciencia. Entre sus escritos merece especial mención el «De Virginitate B. Mariae contra tres infideles». Por otra parte, ya de antiguo es conocida la tradición, consagrada por la pintura clásica; de la aparición de la Santísima Virgen, obsequiándole por su obra con una casulla.

A estos nombres hay que añadir otros, también ilustres, pero que se distinguieron menos por sus escritos. Tales son: Eugenio II y III († ca. 657) de Toledo, muy alabados por S. Ildefonso por su cultura y erudición. El último trabajó en la corrección de las melodías litúrgicas y compuso la obra «De Sancta Trinitate» junto con otras perdidas. *S. Fructuoso* († 665)⁵¹, célebre por su actividad como fundador de varios monasterios y por las reglas monacales que compuso. Igual-

el epistolario de S. Braulio. En Greg., 20 (1939), 407 y s. Íd., Epistolario de San Braulio de Zaragoza. Edición crít. M. 1941. VÁZQUEZ DE PARGA, L., Scilicet Braulionis Caesaraugustani Epist., «Vita S. Emiliani». M. 1943. FERNÁNDEZ-PONSA, R., Acerca de la reciente edición de la «Vita S. Emiliani», por S. Braulio. En Verdad y V., 2 (1944), 219 s.

⁴⁹ *S. Quirico de Barcelona*, Esp. Sagr., 29, 134 s. Carta de Tajón a S. Quirico. Íb. 31, 171 s. Art. en Enciclop. Espasa.

⁵⁰ *S. Ildefonso de Toledo*, Diversas biografías sobre él y algunos escritos suyos. Esp. Sagr., V., apénd. 6-9; XXIX, apénd., 5-8. BLANCO GARCÍA, V., San Ildefonso, «De Virginitate beatae Mariae». Historia de su traducción manuscrita, texto y comentario. M. 1937. Íd., El manuscrito Ashburnham 17 de la Real Bibl. Med. de Florencia, en An. Univ. M., 5 (1936), 32 s. BRÄGELMANN, A., The life and Writings of Saint Ildefonsus of Toledo. Washington 1942. MADON, J., San Ildefonso de Toledo a través de la pluma del Arcipreste de Talavera. M. 1943.

⁵¹ *S. Fructuoso*, Esp. Sagr., XV, 138 s. Regula Monachorum, PL., 87, 1105 s. HERVEGEN, I., Das Pactum des hl. Fructuosus von Braga. 1907.

mente *S. Valerio*⁵², monje ilustre también, nos legó varias obras interesantes: «Vita Sti. Fructuosi»; «Epistulae de vita et sancta peregrinatione Eucheriae» (Etheriae), etc. *Máximo de Zaragoza*, de quien dice S. Isidoro: «multa versu prosaque componere dicitur».

4. *Tajón* († 683)⁵³. Como obispo de Zaragoza, fué asimismo uno de los prohombres de la vida cultural cristiana. La gran obra suya son los cinco libros de las «Sentencias», síntesis de la doctrina de S. Gregorio Magno y de S. Agustín. Esto es su principal mérito, pues marca un método nuevo, precursor del «Liber sententiarum» de Pedro Lombardo y otras obras parecidas. Además hizo una colección de los textos escriturísticos citados en las obras de S. Gregorio Magno, con los cuales formó un comentario bastante completo a la Sagrada Escritura; mas, por desgracia, esta obra se ha perdido.

5. *S. Julián de Toledo* († 690)⁵⁴. Hombre sumamente activo e infatigable, cierra dignamente este período de la España visigoda. Sobresalió igualmente por sus actividades públicas, como Mecenaz de las artes y como escritor. Entre sus obras dogmáticas merecen citarse: el «Pronosticon futuri saeculi», sobre la resurrección de la carne, obra principal de S. Julián. Son asimismo importantes el «Liber apologeticus» y el «Apologeticus fidei». De gran originalidad es el libro «De sextae aetatis comprobatione adversus iudaeos», dedicada a Ervigio, donde prueba la venida del Verbo al mundo. Como exegeta compuso la preciosa obra «Liber de diversis». También en el campo histórico nos dejó obras interesantes, como el «Liber historiae» y el Elogio de San Ildefonso. Finalmente, son conocidas algunas obras suyas sobre gramática, multitud de sermones y gran número de cartas.

6. *S. Isidoro de Sevilla* († 636)⁵⁵. Reservamos para el último lugar de este resumen de la vida cultural de la España visigoda, la figura de S. Isidoro de Sevilla, porque es la que

⁵² ARENILLAS, I., La autobiografía de S. Valerio (siglo VII) como fuente para el conocimiento de la organiz. eclesiástica visigótica. En An. Hist. Der. esp., 11 (1934), 468 s.

⁵³ *Tajón, ob. de Zaragoza*, Cartas a San Braulio, Esp. Sagr., 30, 377 s. Otros documentos. Íb., 152 s. Vida, Íb., 30, 179 s. ANSPACH, A. E., Taionis... opera. M. 1931. VEGA, A. C., Tajón de Zaragoza. Una obrita inédita. En Ciud. D., 1943, 145 s.

⁵⁴ VEIGA VALIÑA, La doctrina escatológica de San Julián de Toledo. Lugo 1940. RIVERA RECIO, J. F., San Julián, arzob. de Toledo. Época y personalidad histórica. B. 1944.

⁵⁵ *S. Isidoro de Sevilla*, ed. más completa: ARÉVALO, F., Sancti Isidori Hispal. opera omnia. 7 vol. R. 1797-1803. Reprod. en PL., 81-84. VEGA, A. C., A. E. ANSPACH, S. Isidori Hispalensis episcopi... Diversos opúsculos. En Corpus Escorialense. El Escorial 1935, 1936. *Isidorus Hisp.*, «Ethimologiarum liber III», de Medicina. Masnou-B. 1945. BAREILLE, Art. Isidor., en Dict. Th. Cath. MENÉNDEZ Y PELAYO, M., San Isidoro. Discurso leído en la Acad. de la Hist. 1881. 3.ª ed. M. 1927. LINDSAY, W., Isidori Hispalensis episcopi Etymologiarum sive

mejor simboliza el apogeo de aquel siglo de oro. Ya en su tiempo fué estimado como el hombre más erudito de su siglo. Además, es considerado generalmente como el último de los Santos Padres de la Iglesia occidental. Nacido en Cartagena, fué el sucesor de su hermano S. Leandro en la sede metropolitana de Sevilla, y desde entonces fué el alma de toda la vida cultural española. Su ciencia abarcó toda la de su tiempo. Por esto su mérito, más bien que de profundo pensador, es de gran sintetizador y organizador, en lo cual precisamente consiste su originalidad. Su obra principal fué un libro genial para su tiempo, verdadera enciclopedia, en la reunió todos los conocimientos a su alcance. Tal es la intitulada «*Etymologiae*», que consta de veinte libros y que compuso a petición de S. Braulio durante los últimos años de su vida.

Además escribió otras muchas obras: En *exegética* comentó casi todos los libros del Antiguo Testamento, como «*Allegoriae S. Scripturae*» y otros. «*De ortu et obitu Patrum liber unus*» comprende biografías de personas distinguidas de los libros sagrados; «*De numeris liber unus*» ilustra el sentido místico de los números que ocurren de la *Sagrada Escritura*. En *dogmática y polémica* compuso también obras notables: «*Sententiarum libri tres*», precioso compendio de Teología y obra magistral de S. Isidoro; «*De fide catholica contra Iudaeos*», dedicada a su hermana Florentina, verdadero resumen de Apologetica. De sus *escritos litúrgicos o reglas monásticas* son conocidos: «*De ecclesiasticis officiis libri duo*» y «*Regula Monachorum*». Más interesantes son todavía sus *trabajos sobre gramática y ciencias exactas*: «*Differentiarum libri duo*», que contiene un lexicon de sinónimos de explicación de conceptos difíciles; «*De natura rerum*», verdadero manual de los conocimientos indispensables sobre la Naturaleza; «*De ordine creaturarum*», complemento del anterior. Finalmente forman un grupo importantísimo las *obras históricas* de S. Isidoro: «*Chronica maiora*», «*Historia Gothorum, Wandalorum, Sueborum*», crónica muy importante para la Historia de España; «*De viris illustribus*», semejante a la de S. Jerónimo y fuente importante para la historia de aquel tiempo.

Originum libri XX. 2 vol. O. 1911. BREHANT, E., An Enzyklopedist of the Dark Ages. Isidor of Sevilla. L. 1912. PÉREZ LLAMAZARES, J., Estudio crit. y liter. de las obras de S. Isidoro..., León 1925. SÁNCHEZ PÉREZ, J. A., S. Isidoro arzob. de Sevilla, y su cultura matemática. En Rev. matem. hispano-amer. 1929, 35-53. SÉJOURNÉ, P., Saint Isidore de Séville. Son rôle dans l'Histoire du Droit Canonique. P. 1929. ALDAMA, A. J. E., Indicación sobre la cronología de las obras de S. Isidoro. En Miscell. Isid., 1936, 57 y s. Otros trabajos interesantes en Miscell. Isid. PANDONI, N., S. Isidoro di Siviglia. En Ambrosius, 12 (1936), 226 y s. 13 (1937), 21 y s.; 82 y s. VERA, F., S. Isidoro de Sevilla, siglo VII. M. 1936. MUÑOZ TORRADO, A., S. Isidoro de Sevilla. Sevilla 1936-1938. BALLESTEROS GABRIEL, M., S. Isidoro de Sevilla. En Bibl. «Pax», 15. M. 1936. ALTANER, B., Der Stnad der Isidorforschung. En Miscell. Isid. 1936, 1 y s. MULLINS, P. J., The Spiritual Life according to Saint Isidore of Seville. Washington 1940. ARAUJO-COSTA, L., S. Isidoro, arzobispo de Sevilla. M. 1942. S. ISIDORO, De los Sinónimos. Trad. por Martín A. Valdés Solís. M. 1944. PÉREZ DE URBEL, J., San Isidoro. Su vida, su obra, su tiempo. 2.ª ed. B. 1945. VOSSLER, K., San Isidoro. En Arbor, 2 (1944), 17 s. ROMERO, J. L., La Historia de los Vándalos y Suevos de S. Isidoro de Sevilla. En Cuad. Hist. Esp. 1 (1944), 288 s.

CAPÍTULO VII

Desarrollo de la vida ascética y monástica

211. Uno de los elementos que más han contribuido siempre a fomentar el fervor religioso en el pueblo cristiano es el Monacato, que ya desde los siglos IV y V fué adquiriendo una enorme importancia. Por esto es de gran utilidad seguir los diversos pasos de su desarrollo.

I. Desarrollo de la vida monástica en Oriente.

Los basilianos ¹⁾

No hay duda que, debido a la mayor intensidad de la vida cristiana y al mismo carácter oriental, se inició primero en Oriente este género de vida y llegó antes a un verdadero apogeo.

a) **Desarrollo de la vida anacoretica.** La base primera de la vida monástica la forma el ascetismo de muchos cristianos, ya desde el tiempo apostólico. Nos consta que algunos hacían

¹⁾ HEIMBUCHER, I., 61 s. S. Atanasio, Vita Antonii, PG., 26, 835 s. San Jerónimo, Vitae Pauli, Hilarionis, Malchi., PL., 23, 17 s. Rufino, Vitae Patrum., PL., 21. Paladio, Historia Lausiaca; Texts Stud., VI, 1-2. Cambridge 1898-1904. Teodoro, Historia relig., PG., 82, 1283 s. S. Pacomio, Regulae monasticae. Ed. Albers, en Flor. Patr., 16. 1923. BUITRAGO y HERNÁNDEZ, Las Órdenes religiosas y los religiosos. M. 1902. WORKMAN, H. B., The evolution of the monastic Ideal from the earliest times down to the coming of the Friars. L. 1913. AZNAR, S., Órdenes monásticos, Institutos misioneros. M. 1913. MORIN, G., L'idéal monastique et la vie chrétienne des premiers jours. 3.ª ed. P. 1921. BERLIÈRE, DOM U., L'Ordre monastique des origines au 12.º siècle. P. 1924. En col. Pax, cap. VI, 262-310. MAIRE, E., Histoire des Instituts religieux et missionnaires. P. 1930. HARNACK, A., Das Mönchtum, seine Ideale und seine Geschichte, 7.ª ed. 1907. CALLAËY, Les origines de la vie monastique dans le christianisme. En Et. Franc. 21 (1908), 38 s., 280 s. MARTÍNEZ, F., L'ascétisme chrét. pendant les 3 premiers s. de l'Egl. P. 1913. CAUWENBERGH, P. VAN, Étude sur les moines d'Egypte (451-640). Lovaina 1914. MACKEAN, W. H., Christian Monasticism in Egypt to the close of the fourth century. L. 1920. POURRAT, P., La spiritualité chrét. 6.ª ed., I. P. 1921. BRÉMOND, J., Les Pères du désert. En «Les moraliste chrét.» 2 vol. P. 1926. HEUSSE, K., Der Ursprung des Mönchtums. 1936. MAZÓN, C., Las Reglas de los Religiosos. R. 1940. En Anal. Greg., 24. VIZMANOS, FR. de B., Las vírgenes cristianas de la Iglesia primitiva. M. 1949, en B. A. C., 45. LAVAND, B., Antonius le Grand Père des moines. Friburgo de S. 1943. MASSANET, J. P., San Antonio Abad, el Grande. Buenos Aires 1948. DRAGNET, R., Les Pères du Désert. P. 1949. COPPENHAUSEN, H. VON, Die Askese im Urchristentum.

una vida de retiro más o menos perfecto, se abstenían del matrimonio, con voto de castidad o sin él, y se dedicaban a una estricta penitencia y a los ejercicios de piedad. Estos elementos eran considerados como esenciales para el perfecto ascetismo. S. Clemente Romano, S. Ignacio de Antioquía y algunos apologetas dan testimonio de la existencia de tales ascetas.

A este propósito, merecen particular consideración y estudio las vírgenes cristianas de la primitiva Iglesia, como se hace en una obra reciente. Aunque no en gran número, las vírgenes cristianas desde los siglos III y IV van formando una porción selecta de la cristiandad. Los Santos más ilustres les dedican los más cálidos elogios y la Iglesia las rodea de privilegios especiales, les señala una indumentaria particular y crea una liturgia conmovedora en orden a su consagración.

Sobre esta base se desarrolló lo que puede ser considerado como el primer estadio de la vida monacal, que es la *vida anacorética* en sus diversas formas. En efecto, muchos ascetas abandonaron definitivamente la familia y todo lo que poseían y se retiraron al desierto, donde vivían dedicados por completo a la vida de piedad y penitencia y sin comunicación alguna con otras personas. A estos tales se les llamó *solitarios*, *ermitaños* o *anacoretas* (de ἀναχωρέω, retirarse), y este sistema de vida ascética en la soledad del desierto comenzó a cundir mucho desde principios del siglo IV. Uno de los casos más notables de esta vida eremítica es S. Pablo el Ermitaño († 347), el primero de los ilustres ermitaños de Egipto, a donde en adelante afluyeron sus imitadores en gran número.

Un nuevo paso en el desarrollo de la vida eremítica es el representado por S. Antonio Abad, llamado también el *Solitario*. A principios del siglo IV se retiró al desierto de Egipto e hizo vida solitaria; pero pronto reunió en torno suyo una comunidad de ermitaños. En esto consiste lo nuevo, introducido por S. Antonio: los nuevos ascetas vivían en sus chozas solitarias y cada uno por separado; pero recibían la dirección de un maestro o padre espiritual.

De esta manera, siguiendo el ejemplo de S. Antonio, se fueron constituyendo muchas colonias de *anacoretas*, que fué la forma definitiva de la vida anacorética. S. Atanasio y Rufino atestiguan que ya los discípulos inmediatos de S. Antonio subían a unos seis mil. Sobre todo, se hizo célebre por sus colonias de solitarios el *desierto de Nitria*, no lejos de Alejandría. En esta región se distinguió como organizador Ammonio, quien a su vez, ya en el siglo IV, contaba con más de cinco mil discípulos. Entre los discípulos de Antonio y Ammonio hubo santos ilustres. Son dignos de especial mención: S. Macario el Viejo († 390), que pobló el desierto de *Escitia* y vivió en continua comunicación con S. Antonio. Emulo suyo en santidad fué Macario el Joven († ca. 395). Rufino, en su *Historia Eclesiástica*, habla de otros núcleos de la *Tebaida*.

Al lado de las colonias de solitarios se desarrollaron en forma parecida las de las vírgenes o *ermitañas*. Unos y otras fueron aumentando de tal manera, que a todo lo largo de la cuenca del Nilo se hallaban infinidad de colonias. De la diócesis de *Oxyrhintus*, afirmaba su obispo que en ella había unas 20 000 ermitañas y unos 10 000 ermitaños, distribuidos en colonias.

Del Egipto pasó el entusiasmo a Palestina y al Asia Menor, donde la vida cristiana era más intensa. Es célebre Hilarión, quien constituyó un centro de vida eremítica en el desierto entre Gaza y Egipto, extendiéndola a Palestina. En torno suyo se juntaron unos dos mil discípulos. También son dignos de mención los *maronitas*. Su establecimiento en Siria, en la región del Líbano, se debe a un presbítero llamado Marón, quien a fines del siglo IV se retiró a aquellas regiones y reunió en torno suyo gran número de anacoretas. De ellos se desarrollaron más tarde los monasterios denominados *maronitas del Líbano*.

212. b) Vida cenobítica o vida propiamente monacal. La vida cenobítica (κοινός, común; βίος, vida), en contraposición a la anacorética, consiste substancialmente en alguna manera de vida común bajo un superior y alguna regla. El primer organizador de esta vida cenobítica fué S. Pacomio. Nacido en 292 en la Tebaida superior, su ansia de perfección lo llevó primero a la vida anacorética, al lado del solitario *Palemón*. Pero bien pronto reunió en torno suyo en el alto Egipto gran cantidad de discípulos, y con ellos fundó el primer monasterio con todas las características de la vida monacal.

Todos vivían en un lugar cerrado, obligándose a obedecer al superior y guardar una distribución y regla determinada. Para esto, él mismo compuso la regla de su nombre, en torno a la cual existe alguna confusión de ideas. En primer lugar, se habla de una regla de San Pacomio, que, según una leyenda antigua, le fué dictada por un ángel. Pero además, existe la que ciertamente escribió Pacomio, como fruto de su experiencia²⁾. Poco después eran ocho los monasterios que seguían esta regla, que se fué acreditando cada vez más. Aun en vida de Pacomio, llegó a contar unos siete mil monjes, y a fines del siglo V ascendió a unos cincuenta mil. El abad que dirigía un monasterio grande, al que estaban sometidos otros más pequeños, se llamaba *archimandrita*.

S. Pacomio fundó también *monasterios de monjas*. A la cabeza se hallaba la abadesa, llamada comúnmente *Ammas*. Llevaban un velo o al menos un distintivo especial en la cabeza.

Pero, al mismo tiempo, la vida cenobítica se extendió a otras regiones. En Palestina, las colonias fundadas por S. Hilarión se convirtieron poco a poco en verdaderos monasterios de vida cenobítica. Sin embargo, tomaron una forma característica, llamada *lauras* (λαύραι) o cabañas, pues cada monje vivía en su cabaña por separado, pero todos en un mismo campo y llevando una vida de comunidad. Fueron célebres la *Antigua* y la *Nueva Laura*. Todas ellas formaron una con-

²⁾ GRÜTZMACHER, Pachomius und das älteste Klosterleben. 1896. LADÉBUZE, Étude sur le Cénobitisme Pachomien. Lovaina 1898. Sobre la regla de S. Pacomio véase: MAZÓN, Las Reglas..., p. 23 s. LEFORT, L. TH., Les vies coptes de Saint Pachôme et de ses premiers successeurs. Lovaina 1943. En Bibl. du Muséon, 16.

gregación especial, que fué organizada por S. *Eutimio* († 473). Luego se convirtieron en cenobios propiamente tales. Fué célebre particularmente S. *Teodosio* († ca. 412).

213. c) S. Basilio. Monjes basilianos³⁾. Dignos de un capítulo especial son los monasterios fundados por S. Basilio. Siendo aún joven, se dirigió a Egipto, donde conoció perfectamente la organización de los anacoretas y cenobitas. Vuelto a Capadocia, se retiró a una soledad cerca de Neocesarea. Pronto acudieron a él gran número de anacoretas, para gozar de su dirección, uno de los cuales fué su amigo S. *Gregorio Nacianceno*. Juntos los dos compusieron la regla, que es doble: una larga, que comprende cincuenta y cinco apartados; otra breve, que consta de trescientos trece puntos, o disposiciones breves. Con esta regla se formaron aquellas colonias de ermitaños que rodeaban al Santo y constituían un cenobio, al que luego se agregaron otros muchos. Son los *basilianos*.

Su ascendiente fué tan grande que, cuando algo más tarde fueron desapareciendo las otras Congregaciones, los basilianos poblaron el Egipto y se extendieron en todo el Oriente. Desde el siglo VI fueron la regla predominante en Oriente, como los benedictinos lo fueron en Occidente, y aun hoy día constituyen los monjes orientales por antonomasia. Las *monjas basilianas* tuvieron también gran prosperidad.

214. d) Sistemas especiales de ascética. Junto con los géneros de vida hasta aquí esbozados, se desarrollaron más o menos algunos otros, que conviene dar a conocer aquí:

1. Fueron muy célebres los *estilitas*⁴⁾, es decir, penitentes que vivían largos años sobre una columna de ocho, diez, quince metros de altura, en una superficie de unos dos metros cuadrados. El más célebre es *Simeón Estilita*, quien se mantuvo cerca de Antioquía unos treinta años sobre una columna, que en los primeros años era más baja, y los últimos dieciséis años hasta de quince metros de alta. Adquirió un prestigio extraordinario ante el pueblo y ante el Emperador. Tuvo algunos imitadores, aunque, por el peligro de este género de vida, el episcopado no lo fomentó. Algunos críticos han llegado a poner en duda la existencia misma de los estilitas, pues no creen posible tal género de vida; pero los testimonios contemporáneos son tan explícitos, que no se pueden negar.

2. Más frecuentes fueron los llamados *inclusos* (ἐγκλειστοί). Eran hombres o mujeres que se encerraban de por vida en una celda (*clausa*, *inclusorium*), donde hacían una vida de oración y penitencia. El alimento indispensable lo recibían por un agujero. Es célebre, entre otros, la penitente *Thais*, del siglo IV. Más tarde, algunos monasterios, sobre

³⁾ ALLARD, P., St. Basile. En «Les Saints». P. 1890. MORISON, E. F., St. Basil and his Rule. L. 1913. CLARKE, W. K. L., St. Basil the Gr. A. Study in Monasticism. Cambridge 1913. ÍD., The ascetic Works of St. Basil. L. 1925. MURPHY, M. G., St. Basil and Monasticism. Washington. 1930. ARNAND, D., L'ascèse monastique de saint Basile. Maredsous 1940.

⁴⁾ DELEHAYE, H., Les Saints Stylites. Bruselas 1923. ÍD. en Rev. Q. Hist., 1895. I, 52-103. LIETZMANN, H., Das Leben des hl. Simeon Stylites. En Texte Unt., 4, 1908. PEETERS, P. S., Symeon Stylite et ses premiers biographes, en An. Boll., 61 (1943), 29 s.

todo entre los benedictinos de Occidente, tenían en sus cercanías algunas incluso, donde vivían algunos de sus monjes durante algún tiempo.

3. Los llamados *acoimetras* (ἀκοιμήτοι), vigilantes, fueron fundados hacia el año 400 por S. *Alejandro* en las riberas del Éufrates, y tenían por objeto la alabanza del Señor. Para ello se dividían los monjes en tres coros, de modo que constantemente estuviera alguno de ellos cantando himnos, etc. Era una especie de «adoración perpetua».

Más, como fácilmente se entiende, la vida de los solitarios, junto con sus grandes ventajas, se prestaba a grandes peligros. Aunque menores, también eran considerables los peligros del cenobita, sobre todo cuando salía del cenobio. Por esto se formaron ya en el siglo IV y V algunos grupos, que podríamos designar como *herejes de la vida monacal*. Tales eran: los *sarabaitas* en Egipto, y los *remoboth* en Siria, verdaderos alumbrados de su tiempo, que especulaban con la vida ascética para entregarse a cierto libertinaje. A este tipo pertenecen los *giróvagos*, que discurrían de un lado a otro, a veces con pretexto de santidad o de celo; los *pabuladores*, llamados así porque decían asemejarse a los animales salvajes, y se alimentaban de yerbas y raíces.

Contra todos estos abusos se tomaron medidas en algunos sínodos y aun en los Concilios ecuménicos. Sobre todo fueron muy eficaces las que tomó el Concilio de Calcedonia.

II. El Monacato en Occidente. La Orden benedictina⁵⁾

215. En Occidente, la vida monacal tuvo un desarrollo bastante diverso. Por de pronto, fué mucho más esporádica en sus principios. Pero lo más característico es que el movimiento fué mucho más lento durante los siglos IV y V, en que tan rápidamente crecía en Oriente; en cambio, a partir del siglo IV, tomó la vida monacal en Occidente un desarrollo extraordinario, que hizo de sus monjes durante la Edad Media los portavoces de la verdadera cultura cristiana.

a) Primeros conatos en Italia y Francia⁶⁾. 1. SAN ATANASIO, en su primer destierro de Occidente en torno al año 336, fué el primero que comenzó a dar a conocer la vida solitaria. No mucho después escribió Atanasio la Vida de San Antonio, que alcanzó gran difusión. Con esto se deshicieron algunos prejuicios que existían en Occidente contra los monjes orientales. En varias poblaciones de Italia se tienen noticia de monasterios anteriores a S. Benito. Entre los que los fomentaron deben citarse: S. *Paulino de Nola* y, sobre todo, S. *Eusebio de Vercelli*, el cual en su destierro de Oriente tuvo ocasión de conocer

⁵⁾ HEIMB CHER, I, 122 s. Véanse también las obras generales.

⁶⁾ Juan Casiano, Collat. Patrum, de instit. coenob., ed. Petschenig, en Corp. Scr. Eccl. Lat., 1876. S. *Agustín*, De opere Monach., ed. Alvarez, en Rel. Cult., 1930, 224 s. *Sulp. Severo*, Vita Scti. Martini, ed. Halm, en Corp. Scr. Eccl. Lat., 1866. S. *Cesáreo de Arlés*, Reg. Monach., PL., 67, 1090 s. S. *Columbano*, Regula, PL., 209 s. *Mabillon*, Observations de monachis in occidente ante Benedictum, en Act. SS. ord. Scti. Bened., I, 1 s. BERLIÈRE, U., L'ordre monastique des origines au 12^e siècle. 3.^a ed. Maredsous 1924. MONTAEMBERT, Précis d'histoire monastique. Des origines à la fin du 11.^e siècle. P. 1934. McLAHLIN, T. P., Le très ancien droit monastique de l'occident. Ligugé y P. 1935. Véase particularmente Mazon, O. C., en cada uno de los puntos aquí tratados.

la vida monacal, que luego imitó en un *Asceterium*, fundado por él en Roma.

2. S. JERÓNIMO Y S. AGUSTÍN. De un modo particular influyeron en el fomento de la vida monacal los dos doctores más célebres de Occidente S. Agustín y S. Jerónimo. Éste hizo varios años vida de ermitaño en la Tebaida egipcia, donde conoció la santidad de sus anacoretas y cenobitas. Estando en Roma como secretario de S. Dámaso desde 382, contribuyó a infundir en muchos el amor a la vida monástica, que luego abrazaron. No escribió Regla alguna; pero de sus escritos, particularmente las relaciones y elogios sobre los héroes de la vida monástica, se pudo entresacar un conjunto de normas, que constituye la llamada *Regla de S. Jerónimo*. Más eficaz fué la obra de S. Agustín. Fomentó de diversas maneras la vida monacal en el África romana y de un modo particular con su obra «De opere monachorum». Pero lo que constituye propiamente la llamada *Regla de San Agustín*⁷⁾ son estos dos documentos: la *epístola 211*, dirigida a unas religiosas, donde se dan normas fundamentales sobre la obediencia, pobreza y castidad religiosas; y la célebre *Regla ad servos Dei*, calcada en la carta anterior, y que en doce capítulos propone los principios básicos de la vida religiosa aplicada a los varones. Se discute todavía sobre la prioridad de estos dos documentos. Sobre esta Regla se fundaron Órdenes tan importantes como los premonstratenses, Padres predicadores, mercedarios, las diversas ramas de agustinos, hermanos de San Juan de Dios y otras.

3. LAS GALIAS⁸⁾. El primer protector notable de la vida monástica en Francia fué S. Martín de Tours. Él mismo hizo vida solitaria durante mucho tiempo y fundó un monasterio junto a Poitiers, el *Monasterium Lecogiagense*, a mediados del siglo iv. Hecho obispo de Tours, fundó el *maius Monasterium* de Marmoutier. A estos dos siguieron otros varios. Se dice que, al morir, lo acompañaron al sepulcro 2000 monjes.

S. Honorato organizó hacia 405, en la isla de Lerins, cerca de Cannes, un centro de vida eremítica y cenobita, que se fué desarrollando hasta formar un gran monasterio de grande importancia en los siglos siguientes.

Juan Casiano puso también la base de dos célebres monasterios. Retiróse a la soledad hacia el año 415, cerca de Marsella, y como se le juntaran gran número de discípulos, organizó dos monasterios. El de varones fué el célebre de S. Víctor. Por lo demás, aunque Casiano no escribió Regla propiamente tal, en sus célebres tratados, las *Instituciones* y las *Colaciones*, ofrece un conjunto de normas sumamente aptas para servir de base para la vida religiosa. De hecho, muchos fundadores se inspiraron en estos documentos para sus Reglas, y en la Edad Media se alude repetidas veces a la *Regla de Casiano*.

⁷⁾ BESSE, G. M., *Le Monachisme africain*. Ligugé 1900. VEGA, A. C., *La Regla de San Agustín*. En Arch. Agust. 39 (1933), 321 s.; 40 (1933), 5 s. MERLIN, R. P., *Saint Agustin et la vie monastique*. P. 1933.

⁸⁾ ABEL, O., *Studien zum gallischen Presbyter Joh. Cassian*. 1904. DELEHAYE, H., *Saint Martin de Tours et Sulpice Sévère*. En An. Boll., 1920, 5-136. LA-DOUÉ, P., *Saint Martin de Tours*. Marseille 1930.

S. Cesáreo de Arlés, después de gustar en Lerins la vida monacal, fué nombrado abad de un nuevo monasterio cerca de Arlés, para el cual compuso una *Regula Monachorum*, que se caracteriza por cierto rigor en la pobreza y caridad. Más importante es la *Regula Sanctorum Virginum*, que compuso siendo ya obispo para unas religiosas fundadas por él. Como síntesis de toda su experiencia escribió la *Recapitulatio*, que nos da una idea de la organización de la vida religiosa en su tiempo.

216. b) Vida monástica en las Islas Británicas⁹⁾. La vida monástica en Irlanda y Gran Bretaña tiene especial interés por el extraordinario desarrollo que adquirió y la influencia que ejerció luego en el Continente.

1. IRLANDA. Ya S. Patricio, el gran Apóstol de Irlanda, discípulo de S. Martín en Marmoutier, fundó desde 432 una serie de monasterios en la isla. Recuérdense solamente los dos grandes monasterios de *Armagh* y *Bangor*. Sin embargo, según parece, S. Patricio no compuso ninguna Regla propiamente tal. Tanto él como otros abades ilustres escribieron ciertas *normas*, por las que se regían sus monjes.

S. Columbano es particularmente célebre en la historia del Monacato occidental. Era uno de los monjes del gran monasterio de Bangor; pero ardiendo en el celo de las almas, como tantos otros monjes irlandeses, salió el año 590 con doce compañeros y se dirigió a Francia, donde fundó un primer monasterio en Anegray (Alto Saona) y poco después otro más célebre en *Luxeuil*, a los que se juntaron luego otros, en los que reunió bien pronto más de seiscientos monjes. Aquellos monjes se constituyeron en verdaderos colonizadores de la región, roturando las tierras y enseñando toda clase de oficios manuales. El año 610 salió S. Columbano de su primer centro de operaciones, Luxeuil, y se dirigió por el Rin al lago de Zurich, donde puso el fundamento del monasterio, que se levantó allí más tarde, de *San Gallen*, y muy pronto pasó a Italia, donde, entre Milán y Génova, fundó el célebre monasterio de *Bobbio*. Poco después murió, el año 615.

Todos estos monasterios se regían por la Regla compuesta por S. Columbano, denominada *Regula monachorum*, de cuya autenticidad se ha discutido, pero parece suficientemente probada. Su característica es su brevedad y cierto rigor. Tal vez a esto se debió que fuera muy pronto suplantada por la de S. Benito. Pero, en todo caso, la actividad de S. Columbano y sus monjes fué la mejor preparación para el florecimiento posterior de la regla benedictina.

⁹⁾ RYAN, J., *Irish Monasticism*. D. 1931. LUGANO, P., *S. Columbano*. Perugia 1915. MARTIN, E., *St. Colomban*, en «Les Saints». P. 1905. MASSANI, M., *S. Columbano di Bobbio nella storia*. Didascal. 6 (1928), 81 s.; 7 (1929), 1-157.

2. INGLATERRA. En la Gran Bretaña floreció igualmente la vida monástica. Sus más antiguos monasterios se remontan a los tiempos de S. Patricio. El más ilustre de todos es el llamado *English Bangor*, cerca de Chester. La mayor parte fueron fundaciones de los monjes irlandeses, que luego se desarrollaron con independencia.

En Escocia introdujeron la vida monacal S. Niniano y S. Columbano, según se ha dicho en otro lugar.

217. c) El Monacato en España ¹⁰⁾. En primer lugar, por lo que a España se refiere, podemos afirmar con datos ciertos que ya en el siglo IV existía algún género de vida monástica. Así, en el Concilio de Elvira (cánones 4 y 13) se habla de «Virgines, quae se Deo dicaverunt». Por otra parte, el Papa Siricio, en una carta que de él se conserva de 384, impone ciertas penas a unos monasterios de la Península.

Junto con el florecimiento de toda la vida eclesiástica, a fines del siglo IV y a principios del V, debió extenderse bastante el entusiasmo que se iniciaba en Occidente por la vida monacal. Sin embargo, durante el siglo V, debido a los trastornos causados por las invasiones, se explica que el movimiento monástico quedara paralizado. Mas con el nuevo estado de cosas que siguió a la conversión del Estado visigodo en el siglo VI, la vida monástica comenzó a prosperar de una manera semejante a la de las demás naciones occidentales.

Así, se tiene noticia del monasterio *Servitano* en Valencia, fundado por un tal Donato, escapado de los vándalos de África. Asimismo, de principios del siglo VI son los monasterios de *San Victoriano*, cerca del Círculo; el de *San Félix*, cerca de Toledo, donde se educó S. Julián; el *Agaliense*, en los arrabales de Toledo, de donde salieron los Santos Eladio, Justo, Eugenio I e Ildefonso; *San Millán de la Cogulla*, del que proceden muchos ilustres varones. Asimismo se tiene noticia de otros monasterios en el resto de España.

En Galicia y en todo el noroeste se desarrolló la vida monástica de un modo particular. Así, sabemos que S. Martín de Braga o de Dumio, S. Fructuoso, S. Valerio y Sto. Toribio de Liébana la propagaron en tres focos principales: las cercanías de Braga, territorio del Bierzo y las faldas de los Picos de Europa. Fué célebre especialmente el monasterio de Dumio, cerca de Braga, construido por S. Martín. Con la conversión de Recaredo, este movimiento tomó nuevo empuje, por lo cual podemos afirmar que en el siglo VII la vida monástica en España era sumamente próspera.

¹⁰⁾ VILLADA, Z. G., II, I, 281 s. VEGA, A. C., De institutione virginum et contemptu mundi sancti Leandri Hispanensis. En *Ciud. D.*, 159 (1947), 277 s. *San Isidoro*, De Viris Illustribus, ed. Dzalowski. 1898. S. Ildefonso, De Viris Illustribus. Ib. S. Isidoro, Regula Monachorum, ed. Arévalo, PL., 83, 867-894. *San Fructuoso*, Regula Monach., Esp. Sagr., 15, 450 s. HERWEGEN, I., Das Pactum des hl. Fructuosus von Braga. 1907. KLEE, R., Die «Regula Monachorum» Isidors von Sevilla... 1909. VÉLEZ, P. M., Estudio de la historia ant. de la Orden de S. Agustín. El Escorial 1932. GARCÍA ZABALETA, I., Breve reseña de las Órdenes religiosas. Bilbao 1932. PORTER, W. S., Early Spanish monasticism. En *Laudate*, 10 (1932), 2 s., 66 s., 156 s. PÉREZ DE URBEL, Los Monjes españoles en la Edad Media. 2 vol. (I. Orígenes y Esp. visigót.). 2.ª ed. 1945. Véase en particular MAZÓN, Las Reglas..., p. 62 s. AHERNE, C. M., Valerio of Bierzo. An ascetic of the late visigot period. Filadelfia 1949.

Por lo que se refiere a las Reglas de los monasterios visigodos. S. Ildefonso de Toledo nos dice que *Donato* y el *Biclarense* escribieron sus Reglas respectivas para los monasterios *Servitano* y *Valclara*. Sin embargo no se halla rastro ninguno de estas Reglas. Tal vez, en realidad, estos monasterios se regían por las normas recibidas de viva voz de sus fundadores. La primera Regla propiamente tal que aparece en España es la *Regula consensoria Monachorum*, escrita tal vez por monjes priscilianistas. Entrando en terreno más seguro, S. Martín de Braga, con sus *Sentencias de los Padres* y *Palabras de los ancianos*, dió normas de vida a sus monjes. S. Leandro, a petición de su hermana Sta. Florentina, compuso una Regla, que más bien debe denominarse tratado ascético. Más importante es la «Regula Monachorum» de S. Isidoro de Sevilla, que se inspiró en la de S. Benito, y tal vez en la de S. Pacomio y otras orientales, si bien tiene mucha originalidad. Pero las que más extensión alcanzaron fueron las *dos de S. Fructuoso*, las cuales contribuyeron a que se multiplicaran los monasterios en el Bierzo y en Galicia. Llámense «Regula Monachorum» y «Regula communis».

Como rasgo típico de la vida monacal española de este tiempo conviene notar el pacto que hacía el monje al pronunciar su profesión. S. Fructuoso, en una de sus Reglas, lo reproduce por entero. Es un verdadero contrato que hacía con el Superior, obligándose a observar la Regla y a la obediencia debida, y recibiendo en cambio la seguridad de la protección y dirección del abad.

218. d) La Orden benedictina ¹¹⁾. Lo dicho hasta aquí sobre el desarrollo de la vida monástica en Occidente puede ser

¹¹⁾ LINDENBAUER, B., S. Benedicti Regula monach. 1922. Íp., ed. en *Flor. Patr.*, n.º 17. 1928. *La Règle de Saint Benoît*. Texte latin traduit et annoté par des fils du saint Patriarche. Maredsous 1933. MABILLON, D'ACHÉRY, Acta Sanctorum ord. S. Benedicti. 9 vol. P. 1688-1701. Íp., Annales ord. S. Benedicti. 6 vol., nueva ed. Lucca 1739-1745. BIHLMEYER, P., Die Regel des hl. Benedikt. 1919. PRADO, G., Regla de San Benito de Nursia. M. 1943. ARROYO, GR., Scti. Benedicti Regula Monasteriorum cum concordantia eiusdem. Sto. Domingo de Silos 1947. BUTLER, C., Benedictine Monasticism. 2.ª ed. L. 1921. RAMÓN, A., L'Ordre Benedictine. Montserrat 1925. RAMÓN y ARRUFAT, A., Sant Benet. Vida i obra del gran Patriarca. Montserrat 1929. En *Bibl. Monástica*, 9. HILPISCH, ST., Geschichte des benediktin. Mönchtums. 1929. Íp., Die Regel des hl. Benedikt. 1927. ALBAREDA, A., Bibliografía de la Regla Benedictina. Montserrat 1933. VIDMAR, C. J., St. Benedikt's Leben und die kulturelle Tätigkeit seines Ordens. 1933. SCHMITZ, PH., Artic. Bénédiktins, en *Dict. Hist. eccl.*, P. 1934. MAZÓN, Las Reglas..., p. 46. SCHMITZ, F., Histoire de l'Ordre de Saint Benoît. 4 vol. Maredsous 1942-1948. PÉREZ DE URBEL, J., Historia de la Orden Benedictina. M. 1941. SCHUSTER, CARD. J., Storia di S. Benedetto. Milán 1946. PÉREZ DE URBEL, G., El Maestro, S. Benito y Juan Biclarense. En *Hispania*, I (1940), 7 y s. ALAMO, M., Nouveaux éclaircissements sur la Règle du Maître et S. Benoît. *Rv. Rev. Hist. Eccl.*, 38 (1942), 21 y s. LAMBERT, A., Autour de la Règle du Maître. *Rv. Rev. Mab.*, 32 (1943), 21 y s. VENDERHOVEN, H., S. Benoît a-t-il connu la Règle du Maître? En *Rev. Hist. Eccl.* 40 (1944-1945), 176 y s. CAPELLE, D. B., Le Maître antérieur a

considerado como preparación para la gran familia de los monjes medievales por antonomasia, que fué eliminando a todas las demás: la *Orden de S. Benito*, establecida en el siglo VI.

Nacido S. Benito, según parece, el año 480 en Nursia, llevado de su amor a la soledad se retiró a una cueva solitaria de *Subiaco*, donde comenzó a llevar una vida de ermitaño. Habiéndosele juntado varios compañeros, y disgustándose ellos de su rigor, retiróse a otro lugar, donde se le juntaron Mauro, Plácido y otros, que luego debían distinguirse a su lado. Mas también de aquí tuvo que escapar.

El paraje donde se estableció S. Benito definitivamente, el año 529, debía ser la casa matriz de la Orden. Era *Monte Casino*, en el Lacio. Poco a poco se fué desarrollando el nuevo centro monástico hasta convertirse en la sólida base de la gran Orden benedictina. Una vez fundado y bien organizado este monasterio, mandó el Santo algunos discípulos a *Terracina*, donde surgió otro. S. Benito murió el año 543. En 581 Monte Casino fué destruido por los lombardos; pero fué reedificado después.

S. Benito, en vida, no vió muy extendida su Orden. En cambio, poco después de su muerte la pudo ver desde el cielo propagarse por toda Europa de una manera maravillosa. Una de las razones que más influyeron en esto fué la excelente «Regula Monachorum», en setenta y tres capítulos, que compuso y dejó escrita de su puño y letra. En ella se evitaba la excesiva rigidez de otras existentes, sin caer, con todo, en la flojedad. Era un término medio de moderación y sentido práctico, unido con el conocimiento profundo del alma humana, que dejaba cierta libertad individual, pero conservaba la más estricta unidad. En nuestros días se ha suscitado la cuestión sobre la originalidad de la «Regula Monachorum» de S. Benito. Según parece, utilizó la «Regula Magistri», de autor desconocido, que coincide en muchas cosas con la de S. Benito y es anterior a ella.

La Orden fué haciendo progresos, al principio lentos, pero luego rapidísimos. A fines del siglo VI existían ya en diversas partes de Italia numerosos monasterios benedictinos. El Papa Gregorio Magno

fué su mejor protector. Con el envío de S. Agustín con otros treinta y nueve monjes benedictinos a Inglaterra, abrió un inmenso campo a la actividad de la nueva Orden, y en efecto fué extendiéndose rápidamente en aquella nación. De allí partió el empuje a Alemania, sobre todo con S. Bonifacio y S. Pirminio, los cuales echaron los fundamentos de los grandes monasterios medievales de Alemania y Suiza. Lo mismo sucedía en Francia, donde los benedictinos se fueron estableciendo en los siglos VII y VIII. Ya en el siglo VIII se puede decir que la Regla de S. Benito era la Regla monástica por excelencia, y los monasterios benedictinos lo habían llenado todo. En España se introdujo en los siglos X y XI.

S. Benoît? Íb., 41 (1946), 66 y s. WEBER, R., Nouveaux arguments pour l'autorité du Maître? en Rech. Th. Anc. Méd., 15 (1948), 129 s. CAPPYNS, M., L'auteur de la Regula Magistri: Casiodore. En Rech. Th. Anc. Méd., 15 (1948), 209 s. CAVALIERA, F., Ou en est la question de la Règle du Maître et de ses rapports avec la Règle de S. Benoît? En Rev. Asc. Myst., 24 (1948), 72 s. *Mélanges Benedictins* publiés à l'occasion du XIV centenaire de la mort de S. Benoît. Saint-Waudrille 1947. *Studia Benedictina* in memoriam gloriosi auct. XIV transitus S. P. Benedicti. S. Anselmo in Urbe. Vaticano 1947. *Benedictus*, der Vater des Abendlandes, 547-1947. Munich 1947. SALVI, G., S. Benedetto, il Padre de l'Europa. Subiaco 1948. LINDSAY, T. F., Saint Benedict. His life and work. I., 1949.

CAPÍTULO VIII

Disciplina eclesiástica: Jerarquía, culto
y costumbres

219. Teniendo presente la exuberancia de vida que adquirió la Iglesia en este período, no es de sorprender que llegaran también a su mayor desarrollo todos los elementos que constituyen su vida interior. Tales son: la organización de la jerarquía; el desarrollo ulterior de las Iglesias; la celebración de sus asambleas o Concilios, que tanto lustre le comunicaron; el esplendor del culto y de las nuevas fiestas del año cristiano, junto con la administración de los sacramentos.

I. Los cargos eclesiásticos. El celibato ¹⁾

Como todo lo demás, la jerarquía eclesiástica presenta en este período un desarrollo notable, que es el mejor indicio de la vida interior de la Iglesia. Veamos, ante todo, lo referente a los cargos eclesiásticos.

220. a) **Innovaciones en los cargos eclesiásticos.** Dado el crecimiento del Cristianismo después de la paz de Constantino, era natural que la Iglesia introdujera en su jerarquía algunas reformas. Por esto nos encontramos con dos cargos nuevos: el *arcipreste* y el *archidiacono*. El primero (denominado por los griegos *Protopapas*) ocupaba el primer puesto después del obispo y lo sustituía a veces en la celebración de los oficios divinos y en la presidencia del colegio presbital. Más importante todavía era el *archidiacono*, que tenía la dirección de la administración de la diócesis, y de hecho poseía gran influjo en la misma, por lo cual era con frecuencia el sucesor del obispo.

Fuera de éstos, podemos notar brevemente los siguientes nuevos cargos: los *sincellos* (σύνκελλοι), que eran como compañeros o consejeros del prelado; los *ecónomos*, que tenían la superintendencia sobre los bienes eclesiásticos; los *defensores* (ἐκδικοί), que se ocupaban en la dirección de los procesos; los *notarios*, que asistían al archidiacono; los *archiveros* (χαρτοφύλακες), que custodiaban la documentación; *mansionarios* eran llamados los sacerdotes que tenían a su cargo la custodia de determinadas iglesias. A esto deben añadirse las innovaciones en las *órdenes menores*, o cargos semejantes. Los *exorcistas* y *ostiarios* no aparecen en el Oriente

desde el siglo VII. Por otra parte, desaparecieron en el Occidente las *diakonisas*. En cambio, se nos presentan: el nuevo cargo de los *cantores* (ψάλται), que forma una especie de orden menor; los *intérpretes* (ἐρμηνεύτης), los *fossores* o *copiats*, excavadores de sepulcros; los *parabolanos*, es decir, enfermeros. En último término debemos conmemorar a los *apocrisarios*, que eran los representantes del Papa ante el Emperador bizantino.

221. b) **Formación y mantenimiento del clero** ²⁾. La formación del clero siguió substancialmente como antes. Sin embargo, se advierte un doble cambio, digno de notar. En primer lugar, consta que Eusebio de Vercelli por una parte, y S. Agustín por otra, reunieron sistemáticamente en un lugar a los jóvenes clérigos que se formaban para el sacerdocio. De España, consta que se organizaron algunos centros de instrucción para los futuros sacerdotes. En segundo lugar, algunos de los nuevos monasterios organizaron escuelas para la formación del clero, que poco a poco fueron aumentando y se convirtieron en los mejores viveros de sacerdotes. Excelente modelo de esta clase de escuelas monacales fué la del monasterio de Lerins. Para fomentar la estima del sacerdocio, escribieron preciosos tratados: S. Gregorio Nacianceno, un «Discurso sobre su vida»; S. Juan Crisóstomo, «Sobre el Sacerdocio»; S. Ambrosio, «De officiis ministrorum»; S. Agustín, «De doctrina christiana», y otros.

La elección de los obispos siguió teóricamente en la forma establecida, según la cual eran el pueblo y el clero interesados los que decidían, con la aprobación de los obispos vecinos. Sin embargo, conviene añadir que en la práctica fueron muy frecuentemente los príncipes, a veces eclesiásticos, y sobre todo los emperadores, los que realizaron dicha elección o al menos hicieron pesar decididamente su influjo. Ejemplos claros de esta conducta son: las disposiciones del Concilio de Toledo de 681, según las cuales el Rey y el arzobispo de Toledo designaban los nuevos obispos. Los reyes de las Galias, Teodorico el Grande en Italia y otros príncipes procedían aun más radicalmente. En Oriente era más clara la intromisión secular, pues en la ocupación de las sedes importantes los emperadores bizantinos eran los que decidían. Al ocupar Italia en 553, se tomaron también el derecho de confirmar al nuevo Papa elegido.

222. c) **Celibato del clero** ³⁾. Poco a poco llegó a formarse la costumbre de que los clérigos de órdenes mayores renunciaban al matrimonio, y si estaban casados antes de recibirlas, renunciaban a su uso. Esta costumbre la transformó en ley el Concilio de Elvira, en el canon 33. En Oriente se siguió otro principio distinto. A los sacerdotes no se les permitía casarse. En cambio, se les permitía seguir usando del matrimonio ya contraído, y aun podían contraerlo los diáconos.

El canon 33 de Elvira fué acogido favorablemente en todo el Occidente. Diversos sínodos nacionales en las Galias, etc., y diversos Romanos Pontífices en sus Decretales, lo fueron adoptando. Esta ley tropezó en todas partes, sobre todo entre los nuevos pueblos germánicos, con una oposición decidida, de modo que en algunas regiones llegó a suspenderse su ejecución; y, lo que era peor, de hecho durante muchos siglos, aun existiendo la ley, eran muy numerosos los clérigos que hacían públicamente vida matrimonial.

²⁾ HORLE, G. H., Frühmittelalterliche Mönch- und Klerikalbildung in Italien. 1914. RIVET, Le régime des biens de l'Eglise avant Justinien. P. 1891. MARAULT, Essai historique sur l'éducation des clercs dans l'Eglise depuis N. S. Jésus-Christ. P. 1904. POSCHL, A., Bischofsgut und mensa episcopalis. 3 vol. 1908-1912.

³⁾ FUNK, Zölibat und Priesterehe im christl. Altertum. En Kg. Abh., I, 122 s. LEA, H. CH., An Historical Sketch of Sacerdotal Celibacy in the Christian Church. 2.^a ed. Boston 1885. GRANJON, Aperçu historique sur le mariage des prêtres dans l'Eglise d'Occident... P. 1901. VACANDARD, Les origines du célibat ecclésiastique. En Études crit., I, p. 71-120. P. 1905. KUETES, CH., Ordination and matrimony in the eastern orthodox Church. En J. Th. Stud., 11 (1910), 338-400, 481-513.

¹⁾ THOMASINUS, Vetus et nova ecclesiae disciplina circa beneficia. 3 vol. P. 1688. SÄGMÜLLER, J. B., Lehrbuch des kath. Kirchenrechts. I. 3.^a ed. 1914. KOENIGER, A. M., Gesch. des Kathol. Kirchenr. 1919. FUNK, F. J., Didascalia et Constitutiones apostolorum. 2 vol. 1905. ID., Die apostolischen Konstitutionen. 1891. LEDER, A. P., Die Diakonen der Bischöfe und Priester. 1905.

II. Parroquias, iglesias propias, metropolitanos y Patriarcas ⁴⁾

223. a) **Institución de las parroquias y otras iglesias.** A principios de este período se dió comienzo al sistema parroquial, que tuvo un doble origen. Efectivamente, unas veces sustituyendo a los *obispos de campaña* (*χωρηγιοκοποι*), otras simplemente como nueva institución, fueron apareciendo en los núcleos pequeños de población simples sacerdotes encargados de ejercer la cura de almas, como la ejercía el obispo en las ciudades. A estas comunidades cristianas se las designó como *parroquias* (*παροικιαί*), y a los sacerdotes se los llamó *párrocos*. Una institución parecida era la de los *periodeutas*, que eran simples sacerdotes que desde la ciudad acudían periódicamente y cuidaban las iglesias rurales.

Al lado de las parroquias propiamente tales, nos encontramos desde el siglo VI, sobre todo en las Galias y España, con las llamadas *iglesias propias* (*ecclesiae propriae*). En el sentido estricto de la palabra, eran ciertas capillas o iglesias que algunos señores territoriales o personas ricas establecían en sus propiedades, asignando los bienes necesarios para mantener el culto y nombrando al capellán que las servía. En estos casos, los fundadores procuraban obtener el llamado *derecho de patronato*. Además de estas iglesias de carácter privado, surgieron asimismo oratorios o iglesias secundarias, que tenían por objeto facilitar la asistencia a los oficios divinos a las personas que vivían lejos de la parroquia.

Designábanse como *oratoria*, *tituli*, *martyria*, etc., pero no se administraba en ellas el bautismo. Para él debía acudirse a la parroquia.

224. b) **Metropolitanos y Patriarcas ⁵⁾.** El sistema metropolitano siguió substancialmente como en el período anterior. En Oriente las provincias eclesiásticas coincidían generalmente con las civiles. En cambio, en este período fueron tomando cada vez más significación los *Patriarcas*. Esto obedecía a la tendencia a dar más realce a algunas sedes antiguas, como Antioquía y Alejandría. Así, mientras todo el Occidente pertenecía al Patriarcado de Roma, en Oriente se formaron cinco, según las llamadas diócesis: Constantinopla para Tracia, Éfeso para el Asia, Cesarea de Capadocia para el Ponto, Antioquía para el llamado Oriente, y Alejandría para el Egipto. Esta división experimentó algún cambio, por lo cual, fuera de Roma, quedaron más tarde los Patriarcados de Constantinopla, Antioquía, Alejandría y Jerusalén (cuyo derecho patriarcal fué reconocido en el Concilio de Calcedonia, 451).

Desde fines del siglo VI, el Patriarca de Constantinopla se comenzó a llamar «ecuménico». S. Gregorio Magno protestó solemnemente contra este título; pero, de hecho, así quedó en adelante. En Occidente, fuera de Roma, no hubo ninguna sede que tuviera los honores de pa-

⁴⁾ VACANDARD, E., Les études ép. sous les mérovs. En Études de crit. ..., 5.ª ed. 1913, p. 123 s. HAUCK, A., Die Bischofswahlen unter den Merowingern. 1883. ZORRELL, St., Die Entwicklung des Parrochialsystems. 1901. LECLERCQ, H., Art. Ch. Choréveques, en Dict. Arch. IMBART DE LA TOUR, P., Les paroisses rurales dans l'ancienne France. P. 1900. GILLMANN, F., Das Institut der Chorbischöfe im Orient. 1903. THOMAS, P., Le droit de propriété des laïques sur les églises et le patronat laïque au Moyen Age. P. 1906. BIDAGOR, R., La «Iglesia propia» en España. Estudio histórico-canónico. R. 1933. En Anal. Greg., 4.

⁵⁾ SCHMITZ, Metropolitaverfassung und Provinzialsynode in Gallien während des 5. Jahrh. En Z. kath. Th., 1887, 3 s. COBBAN, C. D., The Patriarchs of Constantin. Cambridge 1911. DOWLING, T. E., The orthodox greek Patriarchate of Jerusalem, 3.ª ed. L. 1913. VAILLÉ, S., Art. Constantinople, en Dict. Th. Cath. Fr., en Ech. d'Or. 1908, 65 s., 161 s. VANCOURT, R., Art. Patriarchats, en Dict. Th. Cath.

triarcal en el sentido que se daba en Oriente. Sin embargo, hubo algunas que poseían una preeminencia semejante. Tales fueron: Cartago en África, Milán en el norte de Italia, Arlés en el sur de las Galias, Toledo y Tarragona en España. Más tarde surgieron dos títulos de Patriarca de una historia curiosa: el de Aquilea-Grado, reconciliado con Roma, y Aquilea Antigua, que mantuvo cierta independencia.

III. El Primado de Roma ⁶⁾

225. En medio del desarrollo más bien próspero de la Iglesia en este período, a pesar de las difíciles crisis por que atravesó, la autoridad del Primado no sólo fué reconocida generalmente por todos, sino que experimentó una evolución y aumento notables.

a) **Ejercicio del Primado y reconocimiento de los Concilios.** El ejercicio efectivo de la autoridad suprema por parte de los Pontífices de Roma aparece, en primer lugar, en la serie de Concilios que se celebraron para resolverlos. En todos ellos el Pontífice Romano era verdadero juez y última instancia, que todos en último término reconocían. Sus legados ocupaban la presidencia de los grandes Concilios, y éstos buscaban su aprobación por parte del Romano Pontífice, de la cual recibían su autoridad definitiva. El interés con que todos los heresiarcas y los prohombres que los apoyaban, incluso los emperadores, buscaban atraer a su partido al Romano Pontífice, es el argumento más claro de que éste ejercía de hecho su autoridad suprema.

Esta autoridad era reconocida por toda la Iglesia. Existen documentos expresos de este reconocimiento. Los Concilios ecuménicos de Constantinopla (canon 3) de 381, y de Calcedonia (canon 28) de 451, reconocieron la supremacía del Romano Pontífice al urgir la preeminencia de Constantinopla, pues expresamente la colocaban después de Roma. Cuando en 519 los obispos orientales firmaron la fórmula del Papa Hormisdas en el asunto del cisma de Acacio, reconocieron expresamente la autoridad pontificia. Más expresiva fué la determinación del Concilio de Sárdica de 343, el cual reconoció el derecho de apelación a Roma de todos los obispos juzgados en sínodos nacionales. Es

⁶⁾ Liber Pontificalis, ed. Duchesne, L., 2 vol. P. 1925. Ed. March, J., B. 1925. GUENTER, O., Collectio Avellana (Cartas pontif.), en Corp. Scr. Eccl. Lat., 35. 1895 s. Liber Diurnus Romanorum Pontif., ed. Th. Sickel, 1889. GETZENY, H., Stil und Form der ältesten Papstbriefe bis auf Leo den Grossen. 1922. BEET W. E., The rise of the Papacy, 385-461. L. 1910. MARINI, N. CARD., Il primato di S. Pietro e de suoi successori in S. Giovanni Crisostomo. R. 1922. KOENIGER, A. M., Prima sedes a nemine indicatur. En Festg. Ehrhard, p. 278 s. 1932. HARAPIN, Th., Primatus Pontif. Rom. in Conc. Chalcedonensi. Quaracchi 1923. BATTIFOL, P., Le siège Apostolique, 359-451. P. 1924. SCHNÜRER, Kirche und K., I, 1924. LEDER, A., Acht Vorträge über das älteste Synodalrecht... 1915. KCHRODT, E., Die Kanones von Sardika. 1917.

particularmente interesante la razón que se aduce en dicho Concilio, es decir, el ser el Pontífice Romano el sucesor de S. Pedro.

226. b) El Papa determina sus facultades. Los mismos Romanos Pontífices definieron claramente su autoridad judicial y jurisdiccional sobre toda la Iglesia. El primero que expresó claramente estos derechos es *Gelasio I* (492-496), según el cual la Sede Romana es el fundamento seguro de la fe cristiana; el Papa posee en toda su plenitud el poder legislativo y es el juez supremo en lo religioso: «quod affirmavit in synodo Sedes Apostolica, hoc robur obtinuit; quod refutavit, habere non potuit firmitatem», dice el mismo Papa (Tract., 4, c. 9). Por otra parte, y como consecuencia lógica de lo dicho, se formó el principio de que *el Romano Pontífice no podía ser juzgado por nadie*. Así quedó ya en la Edad Media y así pasó al derecho común moderno: «Prima sedes a nemine iudicatur» (C I C, c. 1556).

IV. Concilios ecuménicos. Sínodos nacionales y provinciales ⁷⁾

227. Por efecto de las controversias dogmáticas y las diversas herejías que surgieron en este período, alcanzaron grande importancia y se desarrollaron notablemente los Concilios, ya universales, ya de carácter más restringido. Con esto llegaron a constituir estas reuniones del episcopado como el instrumento ordinario de la legislación eclesiástica.

a) Concilios ecuménicos. Con ocasión de algunas cuestiones trascendentales, que turbaban la paz de la Iglesia, se comenzó ya a principios del siglo IV a convocar asambleas generales o Concilios *ecuménicos*. El primero fué convocado por Constantino el Grande en Nicea el año 325, y hasta fines del siglo VII, se reunieron otros cinco, reconocidos por la Iglesia. En cambio, hubo otros sínodos, como el de Sárdica de 343, que aspiraban a ser ecuménicos, mas por diversas razones no llegaron a ser reconocidos como tales.

Las decisiones de los Concilios ecuménicos tenían un valor no sólo eclesiástico, sino también civil, pues desde un principio fueron reconocidos como asambleas imperiales. Esto aparece claramente en el modo como acostumbraban celebrarse. El emperador mismo solía convocarlos, sufragaba los gastos de su celebración y mantenía el orden exterior y aun vigilaba las discusiones. Por otra parte, los Papas ejercían claramente en estos Concilios sus privilegios primaciales. Así, sólo en inteligencia con ellos o bajo su dirección se reunían los Concilios ecuménicos, y en todo caso ellos enviaban sus legados, a quienes se daba siempre la preferencia. La aprobación de sus decisiones por parte del Romano Pontífice era necesaria, si bien era ejercitada de muy diver-

⁷⁾ KNELLER, C. A., Papstum u. Konzil im ersten Jahrtausend. En Z. kath. Th., 1903-1904. SCHWARTZ, ED., Die Konzilien des 4-5. Jahrhunderts. En Hist. Z. 104 (1909), 1-37. FUNK, F. J., Die Berufung der ökumen. Synoden des Altertums. En Kg. Abh., I, 39 s., 498 s.; II, 143 s. FORGET, J., Artic. Concile, en Dict. Th. Cath.

sas maneras. Si alguna decisión no era aprobada por el Papa, no adquiría fuerza de ley.

Lo más característico de los Concilios ecuménicos eran sus decisiones dogmáticas y los *símbolos*. Pero, además, la mayor parte dieron otro género de disposiciones prácticas en los *cánones* (*kanónes*). Por su importancia, desde el siglo VI se reunieron estos cánones en colecciones especiales, que, poco a poco, adquirieron gran significación.

Dionysius Exiguus formó hacia el año 500 una colección latina, que comprendía los cánones conciliares y las Decretales pontificias, desde Siricio (384-398) hasta Anastasio II (496-498). En la Iglesia oriental es particularmente célebre la colección de cánones ordenada por *Ioannes Scholasticus*, que fué Patriarca de Constantinopla desde 564. Es digna de especial mención la «Collectio hispana», formada en el siglo VII en España. Su valor es incomparable, pues se inició en el apogeo de la Iglesia visigoda y es la más abundante de su tiempo.

228. b) Otras clases de sínodos. Al lado de los Concilios ecuménicos celebráronse sínodos de carácter más restringido. Su objeto era substancialmente el mismo que el de los Concilios ecuménicos: la defensa de la fe y la organización de la Iglesia en los diversos territorios, sea con ocasión de algún peligro especial, sea en circunstancias enteramente normales.

Podemos distinguir, en primer lugar, los *sínodos generales*, que eran aquellos en que se reunía sólo el episcopado oriental o sólo el occidental. Tales son: Arlés en 314, Roma en 380. Gran importancia tenían también los sínodos *Patriarcales*, como el de Alejandría de 362 dirigido por S. Atanasio, y sobre todo los *nacionales*, que atendían a necesidades de un Patriarcado o de una nación. Estos últimos se desarrollaron muy prósperamente en los nuevos Estados occidentales y ejercieron un influjo decisivo en su organización eclesiástica y civil. Ejemplos de esta clase de sínodos son los célebres *Concilios de Toledo*. A los dichos hay que añadir todavía los Concilios *provinciales* y los *diocesanos*, que desempeñaron un papel muy importante en el desarrollo de la disciplina eclesiástica. Los primeros, según el canon 5 del Concilio de Nicea, debían celebrarse dos veces al año. En otras disposiciones se propone como término un año.

En Constantinopla se denominaba sínodo *endemusa* o *ciudadano* (*οἰκουμενικὸν ἐνδημικόν*) al que celebraba el Patriarca con los obispos que a la sazón se hallaban presentes en la ciudad, a quienes consultaba sobre asuntos de especial importancia. Más tarde fueron nombradas algunas personas como miembros perpetuos de estos Concilios. Eran una especie de consejeros del Patriarca.

V. El culto en general. Los sacramentos ⁸⁾

229. El culto divino pudo desarrollarse con más magnificencia, gracias, sobre todo, a la mayor libertad y al apoyo oficial de parte del Estado. Sin embargo, en lo substancial se continuaron las mismas funciones o ejercicios del período precedente.

⁸⁾ MURATORI, L. A., Liturgia rom. vetus. 2 vol. 1748. RENAUDOT, E., Liturgicarum orient. collectio. 2 vol. P. 1716. *Sacramentar. Leonianum*, ed. PL., 55, 21. *Gelasianum*, PL., 74, 1055. *Gregorianum*, PL., 78, 25. *Missale mozar. et Brev. goth.*, PL., 85-86. FÉROTIN, Liber Mozarabicus sacram. P. 1912. *Missale Am-*

a) **Diferentes liturgias.** En general, se puede observar que el Oriente tomó cierta exuberancia de ceremonias. Además, se fueron introduciendo en la misma liturgia oriental algunas expresiones, conformes con los nuevos dogmas que iban definiendo los Concilios ecuménicos. Pero lo que más llama la atención al confrontar las liturgias orientales es que, aunque más largas y llenas de simbolismo, son mucho más monótonas. Las liturgias occidentales, en medio de una relativa sobriedad, introdujeron mayor variedad en los oficios, distinguiendo los de los Mártires, Confesores y Vírgenes, y aun dedicando oficios especiales a muchos Santos, y sobre todo al Señor y a la Santísima Virgen.

Además, ya desde el siglo IV comienza a aparecer una variedad interesante de liturgias en las principales Iglesias de la Cristiandad. Tales fueron: la de *Santiago*, que se generalizó en Antioquía y Jerusalén; la de *S. Marcos*, en Alejandría; en Constantinopla, en cambio, se establecieron dos: la de *S. Juan Crisóstomo*, algo más breve, para los días ordinarios, y la de *S. Basilio el Grande*.

En Occidente, en cambio, prevaleció la llamada *liturgia romana*, si bien se emplearon otras varias que tomaron el nombre de su respectiva región. Las más notables son: la de *Milán*, denominada también *Ambrosiana*, usada en el norte de Italia; la *galicana*, que se empleaba en Lyon y generalmente en las Galias; la *británica* y la *mozarábica* o *visigótica*.

Cada una de estas liturgias ha sido transmitida en libros litúrgicos especiales, de los cuales nos interesan de un modo particular los que contienen la liturgia romana. Estos son: en primer lugar, los *Sacramentarios*, que son colecciones ordenadas de bendiciones litúrgicas y oraciones para la Misa, de los cuales son célebres: el *Leoniano*, encontrado por Bianchini en 1735 y procedente del siglo V; el *Gelasiano*, que parece se remonta al siglo VII, y el *Gregoriano*, del siglo VIII, enviado por Adriano I a Carlomagno, quien lo hizo introducir en su Imperio.

Una de las diferencias más estudiadas entre la liturgia oriental y las occidentales es la de la *epiclesis*, que consiste en una invocación al

brosian., ed. A. Ratti, etc. 3 vol. 1919. FUNK, Didascalia et Constitutiones apostolorum. 1905. MARTÈNE, E., De antiq. eccles. ritibus. 4 vol. P. 1700. CABROL, DOM, Les origines liturgiques. P. 1906. BATIFFOL, P., Dix leçons sur la messe. P. 1919. ID., Le Bréviaire romain. P. 1911. FORTESCUE, A., The Mass. Study of the Roman Liturgy. I. 1912. DUCHESNE, Les origines du culte chrétien. 6.* ed. P. 1920. JANIN, R., Les Églises orientales et les Rites orientaux. P. 1922. MOREAU, F., Les liturgies eucharistiques, leur origine et développement. Bruselas 1924. PUNIER, DOM J., La liturgie de la messe. 2.* ed. Avignon 1930. CALLEWAERT, De Breviarii romani liturgia. Brujas 1931. BRINKTRINE, Das röm. Brevier. 1932. THALHOFER-EISENHOFER, Handbuch der kathol. Liturgik. 2 vol. 3.* ed. 1933. DREWS, P., Art. en R. Enz. pr. Th. PUNIER, DOM P. DE, Art. Catéchuménat, Catéchèse, Baptême, Confirmation, en Dict. Arch. ERMONT, V., Le baptême dans l'Église primitive. P. 1904. SCHUSTER, I., Liber sacramentorum. Note storiche e liturgiche sul Missale rom. 6 vol. Turin 1919-1924. BATIFFOL, P., Les origines de la Pénitence. P. 1920. TIXERONT, L'ordre et les ordinations. P. 1925. ROUZIE, Les Saints Ordres. P. 1926. ALÈS, A., d'Baptême et Confirmation. P. 1927. MUGNIER, Le Sacerdoce. P. 1929. POSCHMAN, B., Die abendländische Kirchenbusse im frühen Mittelalter. 1930. En Bresl. Stud. hist. Theol., 16. DUFOURCO, R., Les étapes de la vie chrét. Le Baptême. P. 1930. VILLIEN, A., Les sacrement. Histoire et liturgie. P. 1931. GALTIER, L'Église et la remission des péchés aux premiers siècles. P. 1932. Véanse las obras de ORTEGA, EISENHOFER y RIGHETTI, citadas en la pág. 100.

Espíritu Santo, colocada después de las palabras de la institución de la Eucaristía, en las que se le suplica que baje sobre el altar para efectuar la conversión del pan y el vino en el cuerpo y sangre de Cristo. Esta invocación se halla en las liturgias orientales.

230. b) Liturgia eucarística, comunión y predicación.

Como en el período anterior, la ceremonia litúrgica por antonomasia la constituía la *liturgia eucarística* con todo lo que la acompañaba. A todo ello se dió desde el siglo IV el nombre de *Misa*. Esta palabra se deriva de la fórmula *Ite missa est*, que se decía al fin de la liturgia.

En este tiempo se fijaron definitivamente las diversas partes de la liturgia eucarística o misa. Toda ella constaba de dos partes, que eran también denominadas *misas*: *missa catechumenorum* y *missa fidelium*. La primera comprendía desde el principio hasta el Evangelio y sermón inclusive; la segunda, desde el ofertorio hasta el fin.

La *comunión* de los fieles tenía siempre una importancia muy especial. Sin embargo, se observa que poco a poco se hizo menos frecuente. S. Agustín habla todavía de la comunión diaria o semanal. En cambio, en el siglo VI nos encontramos con tres testimonios que atestiguan la comunión en sólo las tres fiestas de Navidad, Pascua y Pentecostés.

Según la costumbre antigua, se recibía la comunión de pie sobre la palma de la mano, y era bastante frecuente que las mujeres la recibieran sobre un paño de lino. Los que no comulgaban recibían al fin de la misa un pan bendito, llamado *Eulogia*.

Característico de este período fué el desarrollo de la *predicación litúrgica*, que tenía lugar durante la misa. Se comenzó con sencillas *homilias*, o simples explicaciones de la Sagrada Escritura; pero poco a poco se le fué dando más importancia, de modo que las mismas homilias tomaron un carácter más solemne y muchas veces eran sustituidas por sermones con ocasión de fiestas especiales, o de panegíricos a los Santos.

A este capítulo pertenece el *canto litúrgico de la Iglesia*, consistente, por regla general, en el canto de salmos o himnos especiales, que tenía lugar durante la celebración litúrgica. Esta era la incumbencia de los *cantores*, que formaban un orden especial, o de las *scholae cantorum*, que ocurren ya en el siglo IV. S. Ambrosio, a quien imitaron después otros muchos escritores eclesiásticos, compuso preciosos himnos litúrgicos. Al recitado sencillo en forma de dos coros (canto antifonal), siguió el canto propiamente tal, fomentado de un modo particular por S. Ambrosio (*cantus Ambrosianus*) y, sobre todo, por S. Gregorio Magno. Este último fijó definitivamente las melodías corales, que constituyeron desde entonces el canto eclesiástico por antonomasia: *canto Gregoriano*. Para transcribir los cantos se usaron notas especiales llamadas *neumas*.

Además de las funciones eucarísticas, se hicieron célebres las *Horas*, fomentadas particularmente por los monjes en sus iglesias. En primer lugar se introdujeron la *Tercia*, *Sexta* y *Nona*, a las que siguieron los *Maitines* y *Laudes*, las *Vísperas* y los tres *Nocturnos*. Más tarde se añadió *Prima* entre *Laudes* y *Tercia* y se separó *Completas* de las *Vísperas*, formando la oración de la noche.

231. c) **Administración de los sacramentos.** 1. **BAUTISMO.** El rito empleado en el bautismo se fijó ya en el siglo IV de la manera que se usa en nuestros días. Ya en el siglo V se había generalizado el *bautismo*

de los niños, a lo cual contribuyó la reacción contra el error pelagiano. El catecumenado siguió en uso en una forma parecida a los siglos precedentes. Los que ya estaban decididos y poseían la primera instrucción, acababan de prepararse durante la cuaresma. Llamábanse en Oriente φωτισόμενοι o βαπτιζόμενοι, *illuminati* o *baptizandi*, y en Occidente, *competentes* o *electi*. El símbolo Niceno-Constantinopolitano era el símbolo bautismal por antonomasia. Una vez recibido el bautismo, se iniciaba a los nuevos cristianos en los demás sacramentos, lo cual no se hacía antes por la disciplina del arcano.

Los *baptisterios* eran los lugares especiales, construidos cerca de las iglesias, donde se administraba generalmente el bautismo. Se siguió la costumbre de la triple inmersión, aunque en algunas regiones sólo se hacía una. Es digno de notarse que ya entonces se reconocía como suficiente en caso de necesidad el llamado *bautismo de deseo*, como también el *bautismo de sangre*.

2. CONFIRMACIÓN. Lo más digno de notarse en este período es que fué cada vez más frecuente el separarla del bautismo. El santo Crisma era consagrado por el obispo el Jueves Santo.

3. PENITENCIA. La *penitencia pública* siguió en su apogeo en toda la Iglesia durante el siglo iv. Testimonio de ello son el sínodo de Ancira, el Concilio de Nicea, y algunas epístolas de S. Basilio y S. Gregorio Niseno. Pero después que Nectario de Constantinopla en 395 suprimió el cargo de Penitenciario, sobrevino un cambio radical; pues mientras en Oriente cesó de existir, en Occidente continuó en uso la práctica de la penitencia pública. Con todo, aun en Occidente, se comenzó a poner limitaciones. S. León Magno prohibió las confesiones públicas, dando por razón que la privada era suficiente. Por otra parte, se generalizó la práctica de perdonar todos los pecados sin excepción alguna; pero sólo se concedía una vez la Penitencia o absolución pública.

Además, es digno de mención que, al extenderse notablemente la vida monacal, los monjes se fueron convirtiendo en los confesores ordinarios, y al mismo tiempo se hizo más frecuente la confesión privada. Los confesores eran llamados πατέρες πνευματικοί, *padres espirituales*.

La *extremaunción* y rito correspondiente se contienen ya en el *Sacramentarium Gregorianum*. El matrimonio se contraía siempre ante la Iglesia; pero segundas nupcias recibían en Oriente una penitencia especial.

VI. Fiestas cristianas. Veneración de los Santos.

Arte cristiano ⁹⁾

232. Una de las cosas en que más se notó la libertad y el desarrollo consiguiente del Cristianismo fué en la mayor abundancia y solemnidad de las fiestas dedicadas al Señor, que constituyen la base del

Año eclesiástico, así como también las dedicadas a la Santísima Virgen y a los Santos, que fueron tomando proporciones notables. Complemento de todo ello fué el desarrollo de los edificios y objetos dedicados al culto, con que se dió origen a numerosas obras de arte.

a) **Año eclesiástico. Fiestas del Señor.** Las fiestas más características del Señor quedaron ya en el siglo iv agrupadas en torno a dos ciclos: de *Navidad* y de *Pascua*. La fiesta misma de Navidad aparece atestiguada el 25 de diciembre en Roma, el año 336, de donde pasó a Constantinopla el 379. En cambio, el Occidente recibió del Oriente la fiesta de la *Epifanía*, con que se cierra el ciclo de Navidad. En las iglesias de las Galias se introdujo además desde el siglo vi el *adviento*, que consistía en cinco o seis semanas de preparación para el Nacimiento, en las cuales se dedicaban algunos días (lunes, miércoles y viernes) al ayuno. Por el mismo tiempo se completó este ciclo con la fiesta de la *Circuncisión del Señor*, el día 1.º de enero (la octava de Navidad).

De la misma manera se completó el *ciclo de Pascua*. Ya en el siglo iv aparecen antes de Pascua y después de ella dos fiestas muy características: el *domingo de Ramos*, en que tenía lugar la «traditio symboli» a los catecúmenos, y el recuerdo de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén; y la *Ascensión del Señor*, cuarenta días después.

El período intermedio entre estas festividades fué particularmente santificado. Así la semana entre el domingo de Ramos y Pascua era considerada como la *Semana Santa* («hebdomada magna»), en la cual se distinguían particularmente el *Jueves* y el *Viernes Santo* (Parasceve). Después de Pascua seguían ocho días especialmente solemnes para los catecúmenos, los cuales llevaban sus vestidos blancos hasta la dominica siguiente («dominica in Albis»). Los tres días antes de la Ascensión eran consagrados especialmente a la oración, desde que el obispo Mamerto de Vienne, con ocasión de ciertas calamidades, en 470 hizo en ellos públicas rogativas. Por esto se celebraban *procesiones* («Rogationes») y se recitaban las *Lecturas mayores* o *Procesión de San Marcos*. Parece que estas rogativas sustituyeron a ciertas fiestas gentiles llamadas *Robigalia* o *ambarvalia*. Todo este ciclo terminaba con la gran fiesta de *Pentecostés*.

A estas fiestas se añadieron otras varias, diseminadas dentro del Año eclesiástico, de las cuales la más importante es la *Invencción de la Sta. Cruz*, que recordaba el hecho de la invención de la misma por Sta. Elena, según la tradición, y su traslado a Jerusalén, cuando en 628 y 629 fué rescatada por el emperador Heraclio y conducida solemnemente a Jerusalén (3 de mayo).

Los *ayunos especiales* del año eclesiástico se fijaron también de una manera definitiva. El *ayuno de cuaresma* se introdujo en todas partes. En Occidente comenzaba seis semanas antes de Pascua; en Oriente, siete. A esto debía añadirse la *Semana Santa*, cuyo ayuno era especialmente riguroso. Además, desde el siglo v aparece en Roma el *ayuno de témporas*, que ocurre cuatro veces al año y comprende cada vez tres días (miércoles, viernes

⁹⁾ KIRSCH, J. P., Die Lehre von der Gemeinschaft der Heiligen im christlichen Altertum. 1900. LÉMANN, J., La Vierge M. dans l'hist. de l'Orient chrét. P. 1904. DELEHAYE, Les légendes hagiographiques. Bruselas, 2.ª ed. 1906. Íd., Les

origines du culte des martyrs. Bruselas 1912. GÜNTHER, H., Legenden-Studien. 1906. Íd., Die christl. Legende des Abendlandes. 1910. QUENTIN, H., Les martyrologues histor. du moyen âge. P. 1908. BAUDOT, J., Le Martyrologe. P. 1911. VACANDAR, Origines du culte des Saints. En Études de crit., III. P. 1912. LANZONI, F., Genesi, svolgimento e tramonto delle leggende storiche. R. 1925. En Studi. T., 43. GARUCCI, La storia dell'arte crist. nei primi otto secoli della chiesa. 6 vol., Prato 1873-1881. KIRSCH, J. P., Die christl. Kultusgebäude im Alt. 1893. WEISS, J. E., LIEBESDORF, Christus- und Apostelbilder. 1902. NÖRBERG, E., Marie dans l'Église antécristienne. P. 1908. KOCH, H., Die altchristl. Bilderfrage nach den liter. Quellen. 1917. GROSSI GONDI, F., I monumenti cristiani iconografici ed architettonici dei sei primi secoli. R. 1923. KÜNSTLE, K., Iconographie der Heiligen. 1926.

y sábado). Desde *Gelasio I* las tómporas fueron también destinadas a conferir las órdenes. Junto con el *ayuno* propiamente tal, se unía siempre la *abstinencia* de carnes y lacticinios.

233. b) Fiestas de la Virgen María y de los Santos. La veneración de los cristianos a la Santísima Virgen fué en aumento, sobre todo después de la declaración de su Maternidad divina en el Concilio de Éfeso (431). Por esto se introdujeron multitud de fiestas y se dedicaron importantes basílicas y santuarios de devoción.

La primera fiesta Mariana de que tenemos noticia es la de la *Presentación de Jesús en el templo*, la llamada *Candelaria*, que se celebraba en el siglo IV, una «cuadragesima» después de la Epifanía (14 de febrero); pero, después de la introducción de Navidad, el 2 de febrero. La procesión de candelas no se introdujo hasta el siglo VII. La *Anunciación de la Santísima Virgen*, según parece, tuvo origen en el Asia Menor, y ya en el siglo VI se había generalizado en Oriente. La *Asunción de la Virgen* (*κοιμησις*, *dormitio*), el 15 de agosto, aparece por vez primera en Jerusalén en el siglo V, y de allí pasó al resto de Oriente y al Occidente. Al separarse los nestorianos y los monofisitas, la conservaron. El *Nacimiento de María* (8 de septiembre) se comenzó a celebrar en Roma en el siglo VII. Para estas cuatro fiestas Marianas prescribió en Roma el Papa Sergio I (687-701) una procesión de rogativas.

A las fiestas del Señor y de la Santísima Virgen añadieron los cristianos otras muchas dedicadas a *los Santos*. Las más antiguas fueron las dedicadas a los mártires, a quienes desde un principio profesaban una devoción particular. Bien pronto alcanzaron una veneración universal las fiestas de *S. Esteban Protomártir* (26 de diciembre), *S. Lorenzo* (10 de agosto), *S. Juan Bautista* (24 de junio), y *los Santos Inocentes* (28 de diciembre). A principios del siglo VII, el Papa Bonifacio IV dedicó el Panteón a la *Santísima Virgen y todos los Mártires*, fiesta que fué el fundamento de la de *Todos los Santos*. Por otra parte, los griegos celebraban una fiesta dedicada a *Todos los mártires*. Al mismo tiempo, las diversas iglesias celebraban el aniversario de sus mártires, sobre cuyos sepulcros se fueron levantando capillas o iglesias (*memoriae*, *μνηρία*).

Además, se comenzó a profesar especial devoción a algunos ascetas, obispos y otros hombres extraordinarios que más se distinguieron por su santidad, a los que hay que añadir algunos ángeles. Entre éstos se distinguió de un modo particular el arcángel *S. Miguel*. De los Santos, el más venerado fué *S. Martín de Tours* († 401) en las Galias, sobre cuyo sepulcro ya su inmediato sucesor hizo construir una capilla, que se convirtió en lugar de peregrinación. Del mismo modo, en Oriente, *S. Atanasio* y *S. Basilio* fueron venerados como Santos poco después de su muerte. Los *sepulcros de los príncipes de los Apóstoles San Pedro y San Pablo* se convirtieron en lugar de especial veneración.

Precisamente por esta veneración a los mártires y confesores, tomó gran desarrollo en este período la literatura hagiográfica. En primer lugar, se aumentaron mucho las *actas de mártires*, aunque la mayor parte de las de este tiempo son de escaso valor y muchas son legendarias. Los monumentos literarios más insignes son los *Martirologios* o *Calendarios*, que en Oriente se llamaron *Sinaxarios* o *Menologios*. Son listas de los Santos más venerados, con la indicación de la fecha de su muerte o martirio.

234. c) El arte cristiano¹⁰). Como todo el culto exterior cristiano, el arte en todas sus manifestaciones recibió un im-

¹⁰) KLEINSCHMIDT, B., *Lehrbuch der christl. Kunstgeschichte*. 2.^a ed. 1926. BRÉHIER, L., *Les origines de la basilique chrét.* Bull. Mon., 1927, p. 221-250. MÉ-

pulso decisivo con la protección de Constantino y del Estado romano.

ARQUITECTURA: BASÍLICA. Ya antes de Constantino poseían los cristianos iglesias propias, destruidas en su mayor parte durante la persecución de Diocleciano. Mas con el apoyo e impulso de Constantino se inició aquella serie de grandes templos, generalmente en la forma llamada *basílica* y sólo algunos en forma *rotonda*. De este último tipo es S. Stefano rotundo de Roma. La *basílica*, conocida ya en la arquitectura romana y usada, sobre todo, para grandes salas de mercado o tribunales, tenía por base la figura rectangular, que por medio de suplementos a los lados tomaba la forma de una cruz. Este tipo de construcción era a la vez esbelto y práctico para el objeto a que se destinaba. A las veces llegaba a tener tres y aun cinco naves, y en torno al altar se construía un ensanche semicircular, denominado ábside (*ἄψις*, *concha*).

La *basílica* poseía además las siguientes características: delante de la iglesia existía ordinariamente un patio rodeado de columnas (*Atrium*), en cuyo centro había una fuente, llamada *Cantharus*. Desde este atrio se entraba a la iglesia por una o varias puertas. En Oriente se hallaba junto a la entrada un local (*narthex*), destinado a ciertos penitentes más adelantados, los cuales quedaban separados de los fieles por medio de rejas. En el interior se dedicaba la parte derecha a los hombres, y la izquierda a las mujeres. Desde la nave central se subía al *Presbyterium* o *Sanctuarium* (*βῆμα*), construido en el fondo delante del ábside, a un nivel notablemente más alto y rodeado de una especie de balaustrada. En el centro del *Santuario* se hallaba el altar (*θυσιαστήριον*), llamado *sacra mensa*, y en el fondo del ábside el trono o cátedra episcopal, rodeado de los asientos para los presbíteros. El techo era plano, a manera de artesonado. Sólo el ábside presentaba la forma abovedada. Junto a la iglesia se construía el *baptisterio* o capilla bautismal (*φωτ. ἱερόριον*), que era generalmente una pequeña rotonda, a la que solía añadirse un local (*secretarium*) para guardar los documentos parroquiales y celebrar reuniones.

Este tipo fundamental de la *basílica* latina experimentó en Oriente algunos cambios notables, que dieron por resultado el *estilo bizantino*. En primer lugar, se comenzó en Oriente tomando también para grandes iglesias el tipo de las rotondas, que quedaban cubiertas por una cúpula. Pero este tipo de iglesia tenía multitud de inconvenientes para la práctica de los oficios

LIDA, J. R., *Arqueología Española*. B. 1920. En Col. Labor. PUIG Y CADAFALCH, J., *L'arquitectura romana a Catalunya*. B. 1934. MARUCCI, H., *Éléments d'Archéologie chrét.* 3 vol. Id., *Manuale di Archeologia christ.* 3.^a ed. R. 1923. LÉCLERCQ, H., *Manuel d'Archéologie chrét.* 2 vol. P. 1907. KAUFMANN, C. M., *Handbuch der christl. Archäologie*. 2.^a ed. 1919. SYBEL, L. v., *Christliche Antike*, 2 vol. 1906-1909. Id., *Früchristliche Kunst*. 1920. PRIOAN, J., *Summa Artis. Historia general del Arte*. 8 vol. B. 1942.

litúrgicos, por lo cual se ideó una mezcla de basílica y rotunda en forma cuadrada o rectangular, que es lo característico del *estilo bizantino*. El modelo clásico de este género de construcciones es la magnífica *Iglesia de Santa Sofía* de Constantinopla, construída por Justiniano I.

Mas, como era natural, los cristianos procuraron *decorar de una manera digna* estos templos magníficos dedicados al culto. El punto céntrico de toda la ornamentación era el *altar*, construído de piedra o madera y en forma de mesa. Con frecuencia estaba cubierto con un templete sostenido por columnas (baldaquino, ciborium) y rodeado de cortinas corrientes. En su forma primitiva era sumamente sencillo; más tarde se le añadieron ornamentaciones de sarcófagos, sobre todo cuando estaba colocado sobre el sepulcro de algún mártir ilustre. Las formas consagradas se las guardaba en los *pyxis*, que eran recipientes de forma alargada, por lo que se llamaban también *turris*, o bien en los tabernáculos de forma de paloma (*columba* o *peristera*). Estas palomas-sagrarios solían quedar suspendidas debajo del ciborio o baldaquino.

Los *instrumentos de culto* más importantes eran el *cáliz* (*calix sacrificatorius*, *ποτήριον*) y la *patena* (*diskos*). En un principio se usaban cálices de madera, tierra cocida o cristal; más tarde se prescribió que fueran de metal. Para la comunión de los fieles se empleaba otro cáliz mayor, generalmente con asas (*calix ministerialis*).

La *indumentaria litúrgica* fué perfeccionándose y fijándose durante este período. En un principio no había nada prescrito sobre el particular. Los clérigos usaban en los oficios divinos los vestidos festivos. Poco a poco, durante los siglos IV y V, se fueron introduciendo: el *alba*, que procede de la túnica romana; la *casulla* o planeta, que es una acomodación de la *pænula*; el cíngulo, manípulo y estola. En este tiempo no se habla todavía de *amito* o *humeral*. El obispo usaba además el anillo, báculo y palio. El Papa, con sus diáconos, llevaban la Dalmática. Como *libros litúrgicos* se fueron formando los *Sacramentarios* (*εὐχολόγιον*), en que se contenían los ritos de la misa, de la administración de sacramentos y bendiciones, los *Leccionarios*, con las lecciones de la Sagrada Escritura, los *Evangelarios* y los *Dípticos* (*tabellae*) con los nombres de los que debían ser conmemorados en los mementos, ya vivos, ya difuntos.

En la *ornamentación* propiamente tal se empleó sobre todo la *pintura* para decorar las paredes con *frescos* o *mosaicos*, en lo cual se llegó a adquirir una perfección notable. En esto sobresale de un modo particular el *estilo bizantino*, que convirtió el interior de las iglesias en verdaderos museos de las más artísticas pinturas. Ejemplos preciosos son: en Roma, Santa Pudenciana, Santa María Maggiore; en Ravena, San Vitale, San Apollinare; en Constantinopla, Santa Sofía.

La *plástica* apenas fué cultivada en este tiempo por los cristianos. Lo más saliente en este arte son: la imagen de mármol del buen Pastor y una estatua de bronce de S. Pedro. Desde el siglo IV se comenzó a producir preciosas obras de relieve para ornamentación de los sarcófagos.

VII. Vida religiosa y social cristiana ¹¹⁾

235. Ya se ha hablado de la cristianización del Estado por influencia del Cristianismo. Este hecho llama la atención de cualquier investigador que quiera comparar la situación religiosa y social del Estado romano antes de Constantino y después de éste.

1. Por otra parte, conviene notar aquí que muchas de las conversiones en masa que tuvieron lugar en este período de apoyo oficial y de esplendor fueron meramente exteriores. Las consecuencias fueron gravísimas. La peor de todas fué el *espíritu mundano* que se introdujo en muchos cristianos, la falta de aquel espíritu profundamente religioso de los primeros siglos y, por consiguiente, la debilidad de muchos frente a los peligros y a las persecuciones. Otra consecuencia gravísima fué la poca solidez de la instrucción religiosa, de donde se deducía una gran facilidad en aceptar las doctrinas heterodoxas, que tantos estragos hicieron en este tiempo.

2. Sin embargo, no hay que exagerar la depravación de costumbres del Cristianismo de este período. Las lamentaciones de los Santos Padres y de los escritores ascéticos son debidas al celo de la perfección que abrasaba a aquellos hombres de Dios. Pero el estudio detenido de la actividad eclesiástica de este tiempo deja la impresión de que, a pesar de estos defectos, la Iglesia católica en conjunto disfrutaba de una vida próspera, de modo que aun la vida religiosa y social del pueblo cristiano se deben considerar como intensas y fecundas.

Esto aparece en el desarrollo extraordinario que alcanzó precisamente en este tiempo la vida ascética y monástica tanto en Oriente como en Occidente, lo cual no hubiera sido posible sino en un ambiente de religiosidad y espíritu cristiano vivo y pujante. Lo mismo aparece en el florecimiento de la literatura eclesiástica, en el apogeo de los Santos Padres y hombres eminentes, lo cual tampoco se concibe en un estado decadente del espíritu religioso de la Iglesia católica.

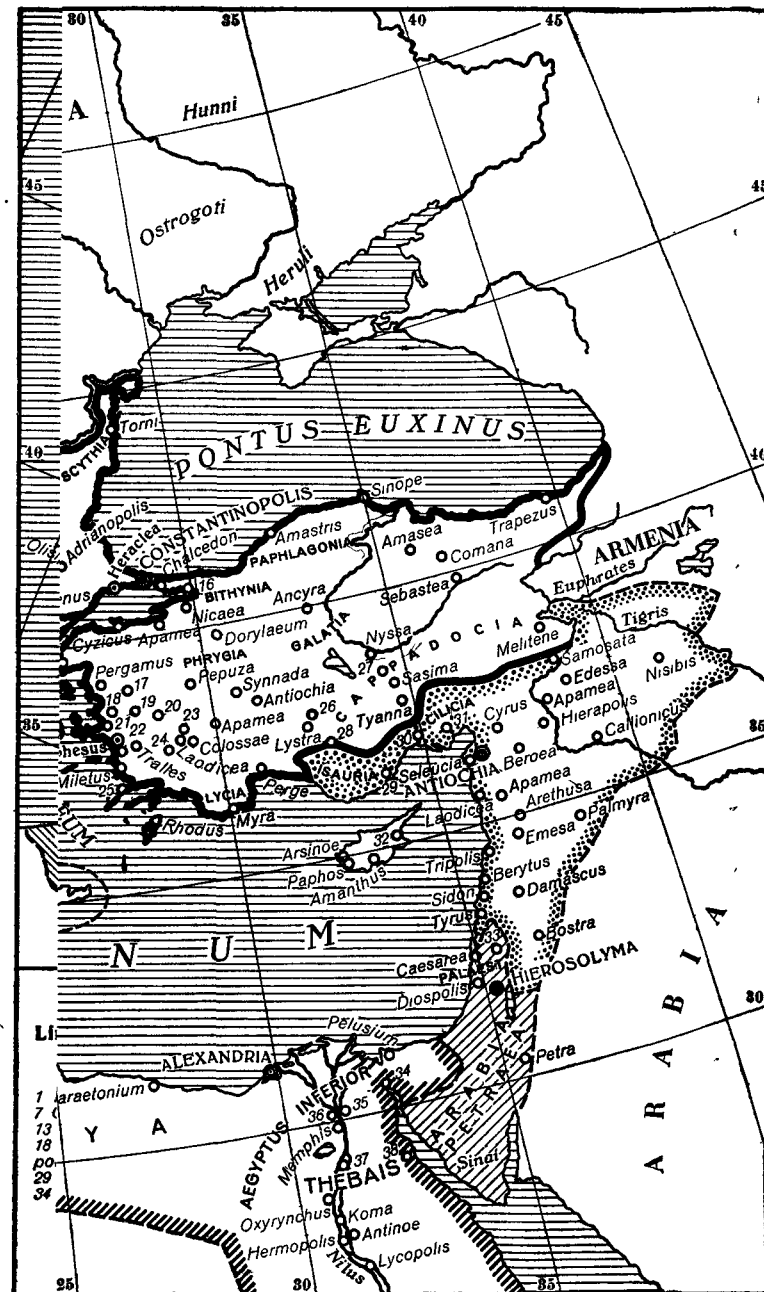
236. Pero de un modo particular se advierte el espíritu religioso y social de la Iglesia en las *obras de caridad para con el prójimo*, que fueron uno de los distintivos de este período. En el mismo, este género de obras siguió en aumento. Como norma general, una parte de los bienes de las iglesias eran destinados al socorro de los pobres y necesitados, y con ello se organizaron centros especiales de beneficencia. Las autoridades eclesiásticas tomaban sobre sí la obligación expresa de atender a las necesidades de los pobres; por lo cual algunos sínodos, como el de Tours de 567, tomaron especiales disposiciones a este efecto.

En esto fué modelo la organización de la beneficencia en Constantinopla y otras ciudades orientales. Establecieronse refugios de pobres,

¹¹⁾ RATZINGER, G., *Geschichte der christl. Armenpflege*. 2.^a ed. 1884. GRISAR, H., *Gesch. Roms. und der Päpste*, I. 1901. LALLEMAND, L., *Histoire de la charité*, I. 1902. GRUPP, G., *Kulturgeschichte der römischen Kaiserzeit*. 2 vol. 1903-1904; I en 2.^a-3.^a ed. 1921. *Íb.*, *Kulturgesch. des Mittelalters*; I en 3.^a ed. 1921. LIESE, W., *Gesch. der Caritas*. 2 vl. 1922. KURTH, G., *Les origines de la civilisation moderne*. 2 vol. 7.^a ed. P. 1923. SCHNÜRER, G., *Kirche u. K.*, I. 1924. POEHLMANN, R. v., *Gesch. der sozialen Frage und des Sozialismus in der antiken Welt*. 2 vol. 3.^a ed. 1925.

orfanotrofios y aun albergues de forasteros, que forman la base de multitud de establecimientos similares en los siglos posteriores. De este tipo son : los de *Fabiola* en Roma, de Pammaquio en Porto, de *Paulino* en Roma, y la llamada «ciudad nueva» de S. Basilio en Cesarea de Capadocia. La matrona romana *Melania* con su marido *Piniano*, opulentos millonarios, destinaron toda su fortuna a obras de caridad. En una de las casas de caridad establecida por ella murió *Melania* como superiora, mientras su marido vivió vida retirada en el Monte Olivete.

En este sentido se distinguieron por su espíritu de caridad algunos obispos de este tiempo. Entre los Santos Padres pueden señalarse algunos como grandes figuras de la caridad cristiana. Tales son : S. Gregorio Nacianceno, S. Basilio, S. Juan Crisóstomo, S. Ambrosio, S. Jerónimo y S. Paulino de Nola. Finalmente, algunos de los grandes Papas, como S. León y S. Gregorio Magno, fueron modelos de caridad cristiana.



EDAD MEDIA
(681-1303)

La Iglesia a la cabeza de la civilización occidental ¹⁾

237. Las circunstancias en que se hallaba la Iglesia al comenzar la Edad Media eran completamente diversas de las antiguas. En primer lugar, las Iglesias orientales iniciaron una lucha cada vez más enconada con el Occidente, que terminó con el cisma definitivo. Pero aun en Occidente se producen cambios radicales. Por un lado, ante la fuerza arrolladora del Islam, se pierden casi por completo para la Iglesia regiones tan fecundas como las africanas, donde tanto había florecido el catolicismo. Igualmente en España, la floreciente Iglesia visigótica se ve reducida casi a la nada por efecto de las conquistas musulmanas. En Italia mismo y en el sur de las Galias, después de la pérdida de territorios considerables, persiste durante largo tiempo la amenaza del poder musulmán.

Por otra parte, empero, los nuevos pueblos germanos, los eslavos y otros muchos que se fueron convirtiendo abrieron nuevos horizontes a la actividad de la Iglesia. Más aún: en todo el centro de Europa y en el norte y centro de Italia se desarrolla un nuevo Imperio profundamente cristiano, al lado del cual el Pontificado va ganando cada vez más prestigio, hasta convertirse en verdadero director, tanto en el orden religioso como en el orden político, de todas las naciones cristianas. De esta manera, a pesar de algunas crisis que tuvo que atravesar

¹⁾ CARLYLE, R. W., *History of Mediaeval Political Theory in the West*. 4 vol. L. 1903-1922. SCHNÜRER, G., *Kirche und Kultur im Mittelalter*. 3 vol. 2.ª ed. 1927 s. YOUNG, K., *The drama of the mediaeval papacy*. L. 1934. ÍD., *The Rise of the Christian Church*. Cambridge 1929. DAWSON, Chr., *Mediaeval religion*. L. 1934. PIRENNE, H., *Histoire de l'Europe des invasions au 16.º siècle*. Bruselas 1936. GRABMANN, M., *Mittelalterliches Geistesleben*. 2 vol. 1936. BAGUÉ, C., *Edad Media. Diez siglos de civilización*. B. 1942. HALM, G., *Die abendl. Kirche im M. A. Ihr äusserer Aufbau*. 1942. NEUSS, W., *Das Problem des Mittelalters*. 1946. ÍD., *Die Kirche des Mittelalters*. 1946. ROTA, E., *Questioni di storia medievale*. Milán 1946. CRUMP, C. G., *El legado de la Edad Media*. Trad. esp. M. 1944. BREZZI, P., *Roma e l'impero medievale, 774-1252*. En *Storia de R.*, 10. Bolonia 1947. HALPHEN, L., *L'essor de l'Europe, XI-XIII.º s.* 3.ª ed. En *Peupl. et Civ.*, VI. P. 1948.

el Pontificado durante la Edad Media, se puede afirmar que ésta se caracteriza por el predominio siempre creciente de los Pontífices Romanos, bajo cuya dirección crecieron y se desarrollaron los grandes pueblos medievales, las grandes instituciones, Órdenes religiosas y todas las actividades características del apogeo medieval. Gracias a esta fuerza interna del Cristianismo fué posible ir reconquistando gran parte del terreno perdido, sobre todo en España, y ampliar notablemente los territorios cristianos.

Así, pues, las dos fuerzas que llevan la dirección de los acontecimientos medievales son: el nuevo Imperio, por una parte; el Pontificado, por otra. Los pueblos germanos proporcionaron fuerzas vírgenes, capaces de gran desarrollo intelectual y material. La Iglesia católica en cambio, con la cultura latina heredada de la Edad Antigua, traía las fuerzas espirituales, que le daban el título de directora de la nueva civilización.

Teniendo presentes estas características de la Edad Media, aparecen claramente: por una parte, su limitación; por otra, la división en dos períodos que proponemos. Como límite de la misma fijamos el final del Pontificado de Bonifacio VIII en 1303, que coincide aproximadamente con el principio del llamado cautiverio de Aviñón; pues con este Papa termina en realidad aquella situación característica de la Edad Media, en que el Romano Pontífice ejercía una verdadera hegemonía en el concierto de los Estados cristianos occidentales. Con Bonifacio VIII, el esplendor medieval del Pontificado despiende los últimos fulgores, para entrar desde su sucesor Clemente V en aquel ocaso o período de sumisión a los poderes civiles y de lucha por su propia existencia, que inicia las grandes luchas religiosas de la Edad Nueva.

La división en dos grandes períodos queda claramente marcada con el comienzo del Pontificado de Gregorio VII el año 1073. El primero abarca desde 681 a 1073, y en él se realiza lo que constituye el rasgo típico de la Edad Media: la subida del Pontificado hasta llegar a su mayor esplendor. Pero antes de llegar a este estado, los Romanos Pontífices tuvieron que luchar contra toda clase de dificultades y pasaron crisis peligrosísimas, como no las ha vuelto a pasar la Iglesia. Es lo que constituye el siglo X, llamado *siglo de hierro* del Pontificado. En cambio, con el Pontificado de Gregorio VII se inicia el período de mayor apogeo de la Iglesia medieval, que se mantiene durante los siglos XII y XIII y da ocasión al mayor florecimiento de la vida cristiana en todos los órdenes. En el primer período el Pontificado lucha por obtener el prestigio, y en el segundo lo goza ampliamente.

PERÍODO I (681-1073)

La Iglesia vence duras crisis y robustece su poder ²⁾

238. En este período se va realizando lo que constituye la característica de la Edad Media: el predominio del Pontificado y de todo lo religioso. Ante todo, pues, se afianza la posición de los Papas con los nuevos Estados cristianos de Occidente hasta llegar a la constitución de los Estados Pontificios y del Imperio occidental. Entretanto tiene lugar el cisma de Occidente y termina la obra demoledora de los avances musulmanes, que separan de la Iglesia latina inmensas regiones. Por otra parte, sigue una larga crisis del poder pontificio y de relajación general, hasta que hacia el año 1050 se marca un avance rápido y definitivo en el prestigio pontificio. Al mismo tiempo, la Iglesia lucha victoriosamente contra la heterodoxia, se realiza una profunda reforma religiosa y se consolida toda la vida interior eclesiástica.

CAPÍTULO I

Afianzamiento de la Iglesia en Europa

Como paso previo a la formación de los Estados Pontificios y del Imperio occidental, la Iglesia hubo de afianzarse en el centro de Europa. Asimismo, una vez robustecido su poder y constituido el Imperio, pudo expansionarse hacia el norte y oriente de Europa.

²⁾ SCHUBERT, H., VON, Geschichte der christlichen Kirche im Frühmittelalter. 1921. DUFOURCO, A., Histoire ancienne de l'Église, V: Le Christian. et les Barbares 5-10.^e s. 5.^e ed. P. 1926. PFEL, E., Die fränkische und deutsche Romidee des frühen Mittelalters. 1929. GÜNTHER, H., Das deutsche Mittelalter. 2 partes. 1936-1939. En Gesch. der führ. Völker, XII, 1-2. DIEHL, CH., MARCAIS, G., Le monde oriental de 395 à 1081. P. 1936.

I. Evangelización de Alemania: San Bonifacio ³⁾

239. La Iglesia franca a principios del siglo VIII se hallaba en estado de decadencia, después del florecimiento motivado por la actividad de S. Columbano y sus monjes. *Carlos Martel* echó mano de los bienes eclesiásticos para premiar a sus guerreros, con lo que efectuó una verdadera secularización de los mismos. En las diversas regiones de la futura *Germania* se había introducido ya el Cristianismo; pero en unas se hallaba en un estado como de inacción, en otras había penetrado muy poco. En este estado de cosas se inician los esfuerzos de S. Willibrordo y S. Bonifacio.

a) **S. Willibrordo.** El primero fué S. Willibrordo, inglés de nación, quien, siguiendo el ejemplo de otros, entro en Frisia con once monjes para evangelizar a sus habitantes. Con su infatigable celo y los poderes especiales recibidos del Papa Sergio I, trabajó incansablemente durante medio siglo. El resultado fué una sólida base de Cristianismo en la región norte. En 695 fué consagrado obispo de los frisones, con la sede en Utrecht.

240. b) S. Bonifacio y su primera obra misionera. Sobre este fundamento continuó trabajando S. Bonifacio. Llamábase Winfrido y era asimismo inglés. Nació en *Kirton* en 675 y siendo monje en *Nhutcelle* y ordenado ya de sacerdote, el año 718 se dirigió primero a Roma, donde recibió de Gregorio II toda clase de facilidades y el nombre de *Bonifacio*, que conservó desde entonces. En Frisia trabajo dos años al lado de Willibrordo, pero luego se dirigió a *Hesse*, donde emprendió una gran campaña de evangelización. El resultado fueron miles y miles de conversiones.

Hecho este primer ensayo, el año 722 emprendió un segundo viaje a Roma. El Papa Gregorio II lo consagró entonces obispo, y con esta dignidad volvió Bonifacio el año siguiente a Alemania. Por de pronto, quiso completar la obra comenzada en Hesse. Precisamente en este tiempo, para probar a los gentiles la impotencia de sus falsos dioses, derribó con sus propias manos en Geismar la célebre *encina sagrada de Donar*, con cuya madera edificó luego una capilla a S. Pedro. A su lado se construyó el monasterio de *Fritzlar*.

El año 725 pasó a *Turingia*. Es cierto que ya había sido introducido el Cristianismo en esta región; pero de hecho se hallaba entonces en completo abandono. Una de sus primeras preocupaciones fué el

³⁾ *Vita Willibrordi*, ed. W. Levison, en *Mon. Germ. Hist., Script. rer. mer.*, VII. 1919. *Vitae Scti. Bonifacii*, ed. Levison, *Mon. Germ. Hist., Script. rer. german.*, 1905. HAUCK, *Kirchengeschichte Deutschlands*, t. II. LESNE, E., *La hiérarchie épiscopale... en Gaule et Germanie 742-882*. P. 1905. SCHNÜREK, G., *Die Bekehrung der Deutschen. Bonifatius*. 1909. ID., *Kirche und K. i. M.*, I, 288 s. KURTH, G., *Saint Boniface*. En col. «*Les Saints*», 4.^a ed. P. 1913. NOTTARP, H., *Die Bistumserrichtung in Deutschland im 8. Jh.* 1920. LAUX, J., *Der hl. Bonifatius*. 1922.

desarraigar la relajación de los monasterios y de los clérigos. Erigió cerca de *Gotha* el monasterio de *Ortdruf*. Sus mejores colaboradores fueron los nuevos monasterios que fué estableciendo en todas partes. Diez años enteros permaneció en Turingia, en los cuales realizó una labor impropia de organización y consolidación, que hizo cambiar completamente aquella Iglesia. En este tiempo, ante las nuevas que iba recibiendo Gregorio III sobre el gran fruto que hacía el misionero de Germania, le envió el *Palio arzobispal*, juntamente con el encargo de completar la jerarquía con el nombramiento de obispos.

241. c) Organización de la jerarquía y reforma de iglesias.

Con esto se dió principio a la segunda etapa de la actividad de S. Bonifacio, la organización de la jerarquía y la reforma de las grandes iglesias ya existentes. Esta nueva actividad fué preparada con su tercer viaje a Roma, ocurrido el año 737, en el que recibió la dignidad de Legado para Alemania y con ella todos los poderes que necesitaba.

A su vuelta a Alemania se le juntaron los nuevos misioneros anglosajones, *Lull*, *Denehard*, *Burkhard*, su pariente *Wunmbald* y su propio hermano *Willibald*. Con estos nuevos refuerzos emprendió la reorganización de las iglesias de *Baviera*, gobernada entonces por el duque *Odilon* (737-748). El resultado de sus esfuerzos fué la creación de los obispados de Ratisbona, Freising y Passau. De Baviera extendió su nueva actividad reformadora a las regiones vecinas y fundó asimismo los nuevos obispados de Wurzburg en Franconia, Buraburg en Hesse, Erfurt en Turingia y otros.

El año 741 entró S. Bonifacio en un nuevo campo de actividad. Muerto este año Carlos Martel, le siguieron sus hijos Carlomán en Austrasia y Pipino en Neustria, y ambos se mostraron desde un principio deseosos de reformar la Iglesia franca. Por esto Carlomán, que conocía la fama y el talento organizador de S. Bonifacio, lo invitó inmediatamente, y en efecto éste accedió a sus deseos y comenzó al punto tan difícil tarea. La reforma se dirigió principalmente al elemento eclesiástico, a los clérigos y obispos y a los monasterios ya existentes; pero no descuidó tampoco el pueblo. Para hacer más efectivas y duraderas las medidas reformadoras que juzgaba necesarias, organizó una serie de sínodos, algunos de los cuales tuvieron importancia decisiva.

El primero tuvo lugar en Austrasia el año 742. Es el *Concilium Germanicum primum*. Del resultado en él obtenido puede juzgarse por sus decisiones. El año 748 celebráronse otros dos sínodos en Austrasia, en que se continuaron tomando más medidas de reforma, y otros dos en Neustria, en los que, además de las disposiciones propias, se aceptaron las que había tomado el primero de Austrasia.

Esta obra vasta y profunda de organización y reforma se consolidó en una serie de Concilios de carácter general, de que Bonifacio

fué el alma. El punto culminante lo forma el gran sínodo de 747, en el cual todo el episcopado franco firmó lleno de entusiasmo la «Charta verae atque orthodoxae fidei professionis et catholicae unitatis», que fué enviada al Romano Pontífice. Sin olvidar nunca la fundación de monasterios, en los que apoyaba constantemente su obra reformadora, estableció en 744 el de *Fulda*, que fué en adelante su obra predilecta.

Después de haber intervenido el año 751 en la consagración de Pipino el Breve como rey de los francos, retiróse S. Bonifacio, ya octogenario, a Frisia, para continuar allí la obra evangelizadora. Empezó, en efecto, este trabajo con alientos juveniles y obtuvo magníficos resultados. Pero el 5 de junio de 754, cuando se disponía a administrar la Confirmación a los nuevos conversos en Dokum, unos gentiles fanáticos lo acometieron y martirizaron junto con cincuenta y dos compañeros. Su cuerpo descansa en Fulda.

Con razón se le da el título de Apóstol de Alemania, entendiéndose Alemania en el sentido de la Germania de Carlomagno. El extraordinario éxito de sus trabajos lo manifiesta el desarrollo ulterior de las iglesias del centro de Europa. Con su talento organizador, supo darles aquella cohesión y espíritu católico y romano, que tanto los distinguió.

II. Conversión de los Sajones, Países escandinavos y Eslavos ⁴⁾

241. Como complemento de la actividad misionera de S. Bonifacio, exponemos brevemente los principios y primeros progresos de la evangelización de los diversos territorios, que abrazaron el Cristianismo al norte y oriente de Europa durante los siglos VIII-XI.

a) **Conversión de la Frisia y Sajonia ⁵⁾.** 1. FRISIA. A la muerte de S. Bonifacio, quedaba por evangelizar una buena parte de Frisia.

Los sucesores de S. Willibrord y S. Bonifacio en esta obra evangelizadora tomaron como centro de su actividad a Utrecht. Efectivamente, Gregorio de Utrecht, antiguo compañero de S. Bonifacio en Hesse y Turingia, fué el impulsor de los nuevos misioneros, entre los cuales son dignos de mención S. Lebuin († 785) y S. Willehad († 789), todos anglosajones. Las dificultades fueron inmensas. Diversas veces vieron destruidas por los sajones las iglesias que a duras penas habían levantado en el país de Frisia. En uno de estos saqueos fué martirizado S. Lebuin, quien por

⁴⁾ Además de los manuales de Historia de las Misiones, véanse: *Magistri Adami Bremensis, Gesta Hamburgensis ecclesiae pontificum*, ed. B. Schmeidler. En Mon. Germ. Hist. Script. Rer. germ. HAUCK, Kirchengesch. Deutschl., II, 688 s.; III, 634 s. SCHÖFFEL, J. S., Kirchengesch. Hamburgs. I. 1929.

⁵⁾ FLASKAMPF, F., Die Anfänge friesischen und sächsischen Christentums, 1929. ID., Das hessische Missionswerk des hl. Bonif. 1926. ID., Die Missionsmethode des hl. Bonif. 1929. SIEBER, W., Das frühgermanische Christentum, 1931. JUNG-DIEFENBACH, J., Die Friesenbekehrung bis zum Martertod des hl. Bonifatius. Viena 1931. WIEDEMANN, H., Die Sachsenbekehrung. 1932. En Missionswiss. Stud., Neue Reihe, V. TOMEK, E., Kirchengeschichte Österreichs, vol. I. 1935. SCHMIDT, K. D., Die Bekehrung der Germanen zum Christentum, 1936, fasc. 1 y 2.

esto es considerado como patrono de Deventer. En la región frisiana de Dokum, santificada con la sangre de S. Bonifacio, trabajó otro gran misionero, S. Willehad, gran amigo de Alcuino. El fruto de conversiones fué inmenso. La conversión de la Frisia fué terminada por Liudgero, frisón de nacimiento, quien al fin, hacia el año 800, tuvo la satisfacción de ver bien arraigado en ella el Cristianismo. Su actividad incansable se extendió asimismo a Sajonia.

2. SAJONIA. Los sajones se extendían desde el Elba y Saale al Rin, ocupando todo el norte de Alemania. Ya en los siglos VII y VIII se habían hecho algunos primeros esfuerzos por su conversión; pero el resultado había sido nulo. Los esfuerzos últimos de S. Lebuin, víctima también de su fanatismo, y los primeros conatos de Liudgero y S. Willehad, se estrecharon contra la obstinación de su odio anticristiano.

En estas circunstancias, se convenció Carlomagno de que no tendría paz en su Imperio si no los sometía completamente, y que esta sumisión no sería completa y segura si no se convertían al Cristianismo.

El principio se dió en 772 con la destrucción del santuario de *Irmensul*, célebre entre los sajones. El año 776 tuvo lugar el primer levantamiento de Sajonia, que pudo ser reprimido por Carlomagno con relativa facilidad, después de lo cual, en el sínodo de Paderborn de 777, se realizó el primer bautismo en masa de muchos sajones. Sin embargo, precisamente el año siguiente, 778, se rebelaron de nuevo, capitaneados por el westfaliano Widukind. Las iglesias y monasterios fueron horriblemente saqueados y aun destruidos. Pero ante la fuerza arrolladora de Carlomagno, que fué avanzando en Westfalia y Ostfalia, tuvieron que someterse de nuevo y se repitieron los bautizos en masa.

Más trágico fué el levantamiento de 782 y su represión por el Rey Carlos. Cansado ya éste de tanta rebelión, después de haberla sofocado en Verden, hizo degollar a 4500 de los levantiscos. La nueva derrota infligida a los suyos en Detmold y en el Hase (783) indujo por fin a Widukind y a Abbo a capitular, y así en 785 fueron bautizados. Con sus jefes recibieron el bautismo innumerables sajones. Pero la dureza de los castigos impuestos ocasionó un nuevo levantamiento en 792. Después de repetidas campañas, terminó Carlomagno en 797 y 804 esta enconada guerra. Siguiendo los consejos de Alcuino, suavizó los castigos antes impuestos. Millares de sajones recibieron después de esto el bautismo. Poco a poco la situación se fué apaciguando, y con la actividad benéfica de Willehad, primer obispo de Breme, de Liudgero, obispo asimismo de Münster, y de otros celosos misioneros, el Cristianismo, admitido más o menos a la fuerza, fué echando hondas raíces en aquella región. Se organizaron multitud de monasterios, entre los cuales sobresalió el de Corvey, verdadero centro de cultura en lo sucesivo.

242. b) **Evangelización de los Países Escandinavos ⁶⁾.** Al conquistar los francos a Nordalbingia, que era la última región sajona, entraron en contacto con Dinamarca, con lo cual se iniciaron pronto los primeros conatos por su conversión.

1. DINAMARCA. Los primeros misioneros que intentaron la evangelización de Dinamarca fueron Willehad y Ebbo de Reims, sin obtener apenas ningún resultado. Éste lo reservaba la Providencia a S. Ansgario († 865), que debe ser considerado como el Apóstol del Norte, como S. Bonifacio lo fué de Alemania.

Era monje de Corvey, y al ser bautizado en 826 Harald, rey de Dinamarca, lo acompañó a su patria, donde predicó por vez primera el Evangelio. Pero, no obstante, tuvo que luchar constantemente con grandes dificultades, por lo cual el Papa Gregorio IV erigió la sede metropolitana

⁶⁾ BRIL, L., Les premiers temps du Christianisme en Suède. En Rev. Hist. Ecl. 12 (1911), 17 s., 231 s., 652 s. MOREAU, E. DE, Saint Anchaire, missionnaire en Scandinavie. Lovaina 1930. WILSON, T. B., History of the Church in Scandinavia. Westminster 1903. DVORNIK, F., Les Slaves, Byzance et Rome. P. 1926. BRÉHIER, L., Les Missions chrét. chez les Slaves. En Le Monde slave, IV (1927), 29 s.

de Hamburgo, de la cual fué él nombrado arzobispo con el objeto de que le sirviera de punto de apoyo en su actividad misionera. Con el mismo objeto le confirió el Papa todos los poderes de Legado suyo, que habían sido conferidos en otro tiempo a S. Bonifacio. Pero toda la obra de Ansgario sufrió un golpe durísimo el año 845, en que unos piratas daneses entraron a saco y destruyeron toda la ciudad de Hamburgo con sus iglesias y los tesoros de las mismas. La sede fué trasladada a Brema, y Ansgario continuó con redoblado celo su obra evangelizadora hasta su muerte, ocurrida en 865. Sin embargo, el Cristianismo no obtuvo verdadera consistencia hasta el siglo X, en que el obispo de Brema *Adalag* consiguió establecer varios nuevos obispados, y el rey Harald, el «Diente azul», recibió el bautismo en 965.

El triunfo definitivo del Cristianismo se obtuvo cuando *Canuto I el Grande* (1014-1035) se apoderó de Inglaterra y trajo de allí a Dinamarca gran número de sacerdotes y monjes, que fundaron los primeros monasterios.

2. SUECIA. El primero que evangelizó esta región fué el mismo S. Ansgario. Acompañado de dos monjes, Witmaro y Gislemaro, logró Ansgario entre 829 y 831 penetrar en esta región, donde obtuvo de su rey *Bjorn* el permiso de predicar su Evangelio, y después de dieciocho meses de durísimas fatigas logró dejar establecida una iglesia en Birca, a cuyo prefecto Herigario había bautizado. Así continuaron las cosas hasta el año 851, en que Ansgario, acompañado de Gauzberto, nuevo obispo de estas regiones, hizo una nueva entrada en Suecia, y aunque consiguió restablecer la cristiandad de Birca, no logró hacer arraigar el Cristianismo. Mejores resultados se obtuvieron cuando en 1002 el rey *Olaf* llamó a algunos misioneros ingleses, y él mismo fué bautizado en 1008.

3. NORUEGA. Los incansables monjes misioneros de Inglaterra tienen también la gloria de la primera evangelización de Noruega. Invitados por su rey *Hakon* el Bueno (938-961), educado en Inglaterra, se dirigieron a aquella región, donde pudieron con toda libertad predicar el Evangelio. El rey *Olaf Trygvason* (995-1000) los apoyó positivamente aun con la fuerza, y *Olaf el Gordo* (1014-1030) contribuyó a la construcción de una iglesia en Dronheim, que fué elevada en 1148 a arzobispado. Con esto quedó el Cristianismo sólidamente establecido.

Del mismo modo procuraron los dos reyes Olaf que fuera predicado el Evangelio en sus posesiones de las Faroes, las Hébridas y las Orcadas, así como también en *Islandia*, habitada por los normandos. Asimismo, en 985 y 1055 se introdujo el Cristianismo en Groelandia y Finlandia.

Sin embargo, estas cristiandades fueron luego destruidas y aun su recuerdo desapareció.

En cambio, surgió una floreciente cristiandad en *Normandia* con el príncipe *Rollón*. No obstante su antigua fama, como pirata y terror de las costas de Francia y aun de España con sus guerreros normandos, Rollón se hizo bautizar y contribuyó a la prosperidad material y religiosa de sus nuevos Estados.

243. c) El Cristianismo en los pueblos orientales de Europa ⁷⁾. Al emprender los pueblos germánicos su marcha hacia el sur y el occidente, los eslavos ocuparon sus puestos, extendiéndose hasta el Elba, el Saale, el bosque de Bohemia, el Danubio y la región norte de los Balcanes. En su evangelización trabajaron no solamente los misioneros latinos, sino también los bizantinos, por lo cual se observa el fenómeno de que algunos de estos pueblos cambiaran varias veces de rito.

1. PRIMERAS CONVERSIONES. El emperador Heraclio (610-641) obtuvo de Roma algunos misioneros para que predicaran el Evangelio a los *croatas*, los cuales consiguieron convertir a su príncipe Porga y un buen número de su gente. El mismo Heraclio obligó a abrazar el Cristianismo a los *serbios*, que se extendían hasta Dirraquio. Por otra parte, los *carantanos* de Carintia, Crainia y Estiria fueron evangelizados por algunos misioneros procedentes de Salzburgo. Los *avars*, emparentados con los hunos, al ser

sometidos por Carlomagno se convirtieron espontáneamente; pero se deshicieron poco después entre las tribus limítrofes.

2. MORAVIA. Desde que los moravos declararon la obediencia a Ludovico Pio, comenzó su evangelización por parte de algunos sacerdotes francos, y su caudillo Privila recibió el bautismo en 830. Sin embargo, su conversión fué muy superficial, hasta que desarrollaron su actividad apostólica los dos apóstoles propiamente tales de Moravia, los santos *Constantino* (Cirilo) y *Metodio* († 885), enviados por el emperador bizantino Miguel III.

Constantino (Cirilo), sacerdote, y Metodio, dignatario de la corte, trabajaron desde 864 a 867 bajo la protección del gran duque Ratislavo. Llamados a Roma por Nicolás I, se dirigieron a la Ciudad Eterna. Constantino murió dos años después. Metodio, en cambio, una vez consagrado obispo de Moravia y Panonia, volvió al campo de su apostolado, donde continuó su actividad misionera. Mas por desgracia, encontró grandes dificultades; tuvo que acudir por segunda vez a Roma para defender el rito eslavico, cosa que obtuvo plenamente, y se vió envuelto en interminables contiendas con los clérigos bizantinos hasta que murió en 885. Inmediatamente fué eliminado el rito eslavico, y los discípulos de Metodio desterrados del reino. No mucho después Moravia era destruida por los húngaros (906-908), y sólo en el siglo XI se organizó de nuevo el obispado de Elmutz, dependiente de Praga.

3. BULGARIA ⁸⁾. Este pueblo recibió las primeras noticias del Evangelio en el siglo IX; pero ocupado en sus empresas guerreras y llevado de su carácter indómito, no aceptó la ley de Cristo. Sin embargo, su rey Boris, instruido por misioneros enviados por el Patriarca bizantino Focio, recibió el bautismo el año 864. Pero, ya en 866, descontento de la actitud de Constantinopla, se dirigió al rey Luis el Alemán y al Papa Nicolás I en demanda de misioneros. Nicolás I accedió al punto a sus deseos y dió amplia respuesta a sus dudas en las «106 respuestas ad consulta Bulgarorum», nombrando al mismo tiempo como legados suyos al obispo *Paulo* y a *Formoso*, que luego fué Papa. Con esto comienza la célebre contienda entre el Patriarca de Constantinopla y el Romano Pontífice. El 3 de marzo de 870, apenas terminado el Concilio VIII ecuménico, no obstante sus buenas relaciones con Roma, el Patriarca Ignacio adjudicó la Bulgaria a la jurisdicción bizantina. La lucha siguió abierta durante los siguientes Pontificados. Ni Juan VIII frente a Focio, ni Juan X pudieron reconquistar el país perdido. Esta situación quedó confirmada cuando en 1081 el emperador Basilio II incorporó la Bulgaria al Imperio bizantino. Lo único que obtuvo fué cierta autonomía religiosa, con un Patriarca en *Achrida*.

4. BOHEMIA ⁹⁾. La introducción del Cristianismo en la región de los Checos, en Bohemia, tuvo lugar a partir del año 845, en que catorce de sus principales jefes fueron bautizados en Ratisbona. Inmediatamente acudieron de Baviera algunos misioneros, y asimismo S. *Metodio* extendió su actividad a esta región, por lo cual en 879 el duque *Borziwoi* y su esposa *Ludmilla* fueron bautizados, probablemente por el mismo S. Metodio. Sin embargo, con esta ocasión ocurrieron en la familia de los príncipes algunas tragedias horribles. El piadoso príncipe *Wenceslao* murió a manos de su propio hermano *Boleslao I, el Cruel*. Parecía, pues, que iba a comenzar un período de terror; pero Boleslao fué constreñido por el emperador Otón I a proteger el Cristianismo. Éste se afianzó definitivamente en tiempo de *Boleslao II, el Piadoso* (967-999), el cual fundó el obispado de Praga, que fué en adelante el centro religioso de la región.

5. LOS VENDOS. Inició su evangelización un tal *Boso*, capellán de Otón I, a mediados del siglo X. El mismo Emperador fundó en 948 el obispado de Brandenburgo y luego otros varios. En 983 se rebeló el príncipe *Mistewoi*, quien hizo martirizar cruelmente a sesenta sacerdotes y a muchos seculares. Pero su nieto *Gottschalk*, verdadero fundador del gran reino de

⁸⁾ RUNCIMAN, ST., A History of the First Bulgarian empire. L. 1930.

⁹⁾ NAEGLE, A., Die Anfänge des Christentums in Böhmen. En Hist. Jahrb. 32 (1911), 239 s. ID., Kirchengesch. Böhmens, I. Praga 1915-1918. DVORNICK, F., Saint Wenceslas, duc de Bohême. Praga 1929.

⁷⁾ SPINKA, M., A history of Christianity in the Balkans. Chicago 1933.

los vendos, elevó de nuevo el Cristianismo a gran prosperidad; mas su asesinato, ocurrido en 1066, entorpeció notablemente su ulterior desarrollo.

6. POLONIA ¹⁰⁾. La semilla cristiana entró en Polonia con ocasión del matrimonio del duque *Miecislavo I* (964-992) con la hija de Boleslao I de Bohemia, *Dombrowska*, ya cristiana. En 966 el mismo duque recibió el bautismo e inició la obra de evangelización de sus territorios. *Boleslao I, el Atrevido* (992-1024), en inteligencia con Otón I, fundó el arzobispado de *Gnesen* con los obispos de Cracovia, Breslau y otros. En 1079, el santo obispo de Cracovia, *Estanislao*, murió víctima de Boleslao II. Con algunas fluctuaciones, el Cristianismo se fué consolidando rápidamente. Uno de los que más contribuyeron fué el rey *Casimiro I*.

7. HUNGRÍA ¹¹⁾. Los *húngaros* o *maghiars* fueron durante mucho tiempo el terror de los pueblos cristianos que los rodeaban; pero vencidos por Otón I en 955 en la *batalla de Lech*, no lejos de Augsburgo, pudo iniciarse su evangelización. El año 973 el obispo de Passau pudo anunciar al Papa Benedicto VI el bautismo de 5000 húngaros. El obispo *Bruno* de Wenden, *Wolfgang* de Ratisbona y *Adalberto* de Praga trabajaron incansablemente por su evangelización; pero ésta no se pudo completar hasta que su rey *Esteban el Santo* (997-1038) fué bautizado y emprendió una campaña activísima en favor del Cristianismo. Éste quedó afianzado con la erección de diez obispos con la metrópoli de *Gran*. El año 1000, el santo Rey recibió la corona real del Papa Silvestre II.

8. PRUSIA. El obispo *Adalberto* de Praga fué el primero que intentó a fines del siglo X introducir el Cristianismo en Prusia; pero apenas había pasado una semana en aquella región, fué asesinado el 23 de abril de 997. Igualmente fueron martirizados en 1009 el canónigo de Magdeburgo, *Brun de Querfurt*, con dieciocho compañeros, que quisieron predicar el Evangelio en esta región. Por esto no se repitieron los conatos por entonces.

9. RUSIA ¹²⁾. La evangelización de este inmenso territorio la iniciaron los Patriarcas de Bizancio, *Focio* e *Ignacio*; pero de hecho obtuvieron escaso resultado. En 955, *Olga*, viuda del gran príncipe *Igor*, fué bautizada en Constantinopla y recibió en nombre de Elena. Entonces, a petición suya, Otón I envió a Rusia en 961 al obispo *Adalberto* de Magdeburgo; pero éste tuvo que volverse fracasado. Sólo en tiempo del nieto de Olga, *Wladimiro*, en 988, iniciaron algunos misioneros bizantinos la fundación definitiva del Cristianismo en Rusia, que se afianzó durante el reinado de su hijo *Jaroslavo*. Éste creó en 1035 el arzobispado de Kiew.

¹⁰⁾ SEPPELT, F. X., Die Einführung des Christentums in Polen. En Z. Missionsw. 10 (1920), 86 s. VOLKER, M. K., Kirchengesch. Polens 1930.

¹¹⁾ STRAKOSCH-GRASSMANN, Geschichte der Deutschen in Österreich-Ungarn, I (hasta 955). 1895. DELATTRE, P., La vocation des Hongrois au Catholicisme. Lovaina. 1928.

¹²⁾ LÜBECK, K., Die Christianisierung Russlands. Ein geschichtl. Überblick. Aquisgrán 1922. En Abh. aus d. Missionskunde. 32. BRIAU CHANINOV, N., L'Eglise russe. P. 1928. SCHEVEGLER, TH., Gesch. der kath. Kirche der Schweiz. 1935. BAUMGARTEN, Saint Vladimir et la conversion de la Russie. En Or. Chr., 79 (1932), 1-136.

CAPÍTULO II

Formación de los Estados pontificios y del Imperio occidental

244. Una vez afianzado el catolicismo en el centro de Europa, la Iglesia dió algunos pasos trascendentales en orden al robustecimiento de su poder entre los Estados de Occidente. Ellos fueron: la formación de los Estados Pontificios y la constitución del Imperio occidental.

I. Los Papas del siglo VIII y la formación lenta de los Estados pontificios ¹⁾

Una de las cosas que más contribuyeron a fundamentar el prestigio medieval de los Romanos Pontífices fué el establecimiento de su Poder temporal, que, además de elevar al Papa al nivel de los demás príncipes, le servía de base para aumentar su influjo moral y material sobre todas las naciones cristianas.

a) El Patrimonium Sancti Petri. Desde la invasión de los lombardos en el norte de Italia, dos poderes se disputaban la posesión del resto de la nación. Los lombardos, que ocupaban el norte, con su capital en Pavia, y los bizantinos, que poseían lo demás y lo gobernaban por medio de sus exarcas, residentes

¹⁾ THEINER, A., Codex diplomat. Dominii tempor. S. Sedis. 3 vol. R. 1861-1862. SCHNÜRER, G., Die Entstehung des Kirchenstaates. 1894. GUNDLACH, W., Die Entstehung des Kirchenstaates. 1899. HUBERT, H., Études sur la formation des États de l'Eglise. Les Papes Grég. II, Grég. III... (726-757). En Rev. hist., 69 (1899), 1-40, 241-272. DUCHESNE, L., Les premiers temps de l'État pontifical. 3. ed. P. 1911. CASPAR, E., Pipin und die röm. Kirche. 1914. BASTGEN, H., Die römische Frage, Dokumente und Stimmen. 3 vol. 1917-1919. RODENBERG, C., Pipin, Carlmann u. Papst Stephan II. 1923. HODGKIN, TH., Italy and her Invaders. t. VII y VIII. Nueva ed. O. 1931. LETURIA, P., Del Patrimonio de S. Pedro al Tratado de Letrán. M. 1929. TORMO, E., Las grandes falsedades de la Historia. La «Donatio» de Constantino, en Bol. Ac. Hist., 113 (1943), 73 s.

en Ravena. En medio de estas dos fuerzas se hallaba el Romano Pontífice, quien territorialmente era súbdito de Bizancio.

Ante todo, conviene tener presente que ya desde antiguo poseían los Papas en Roma, Italia, Sicilia y aun en Oriente algunas posesiones considerables, fruto de los donativos de príncipes y personas particulares. Esto los constituía en señores feudales, como tantos otros de aquel tiempo. A estos territorios se los denominaba *Patrimonium Sancti Petri*. Precisamente uno de los méritos de S. Gregorio Magno fué la organización y sabia administración de este patrimonio, que le sirvió para sacar los medios económicos para las grandes empresas que realizó. Con esto se puede considerar a S. Gregorio Magno como el primer organizador de los Estados pontificios, si bien no cambió su posición jurídica y quedó siempre súbdito del emperador bizantino.

Los lombardos, como era natural, querían llevar adelante la conquista del resto de Italia, y por otra parte no manifestaban apenas respeto alguno para con el Papa. Sin embargo, tal era el prestigio que había adquirido S. Gregorio, que en 599 cerraron con él un contrato, por el que renunciaban a ulteriores conquistas. Con esto transcurrió todo el siglo VII con relativa tranquilidad. Mas por este tiempo fué aumentando progresivamente en Italia la odiosidad de los bizantinos. Esto se debía: a la venalidad de sus exarcas y muy particularmente a las continuas desatenciones y tiranías cometidas por los emperadores bizantinos con los Romanos Pontífices. Por otra parte, al mismo paso que crecía en Italia la odiosidad de los bizantinos, aumentaba la estima del poder efectivo de los Romanos Pontífices. En multitud de ocasiones, obligados por las circunstancias, tomaron los Papas algunas decisiones, propias de señores independientes. El pueblo respondía con toda fidelidad. Esta independencia real y la fidelidad del pueblo se vió claramente en los reinados de Gregorio II (715-731) y Gregorio III (731-741). Diversas veces se armaron las milicias del pueblo para acudir en defensa del Romano Pontífice, ya contra los lombardos, ya contra los bizantinos. Otras veces los mismos Papas, al ver que no obtenían protección alguna de Constantinopla, hacían coaliciones y contratos con los señores vecinos de Espoleto y Benevento, y en 741 con el mismo rey lombardo. Esto no obstante, debemos notar que los Papas hacían constar siempre que eran súbditos del emperador bizantino. Tal era el estado del llamado *Ducatus Romanus*.

245. b) **Fundación de los Estados pontificios.** El año 751 tuvo lugar en el reino de los francos un hecho trascendental. Pipino el Breve, hombre sumamente enérgico y el último de los mayordomos de palacio de los reyes merovingios, fué consagrado solemnemente por un delegado pontificio, y gracias a esta consagración fué reconocido universalmente como rey. Con esto se explica el profundo agradecimiento que sentía Pipino hacia el Romano Pontífice.

El mismo año 751, el rey lombardo Astolfo se apoderó de Ravena, invadió el Ducado Romano y se presentó ante la ciudad de Roma. En vano *Esteban II* (752-757) pidió auxilio al Emperador, Constantino V Pogonato. Entonces, pues, tomó la decisión de buscarlo del rey de los francos. Después de burlar las tropas lombardas, que acompañaban junto a Roma, y de atravesar los Alpes, el 6 de enero del año 754 apareció Esteban II en *Pontion* ante el palacio real. Conmovido Pipino ante aquel espectáculo, le salió al encuentro y, bajando de su caballo, tomó el del Romano Pontífice de la brida y lo condujo así al interior del palacio. De este acto se desarrolló el ceremonial usado más tarde en los encuentros del Emperador con el Papa.

Después de los primeros agasajos, y oída la exposición del Papa, Pipino le prometió el auxilio pedido; mas queriendo sacar partido de la situación, quiso que el mismo Papa repitiera su consagración, como en efecto lo hizo Esteban II en la iglesia de S. Dionisio, ungiéndolo a él y a sus dos hijos Carlos y Carlomán, y confiriéndole el título de *Patricius Romanorum*. El complemento de todos estos actos se puso en la Pascua del mismo año (14 abril 754) en *Quiercy o Carisiacum*, pues allí, en presencia de los grandes y con toda solemnidad, el rey Pipino hizo la promesa jurada de reconquistar y devolver al Papa los territorios que le pertenecían. Todo esto constaba en un documento titulado *Promissio Carissiaca*, que se ha perdido.

En efecto, el Papa volvió a Roma; entretanto un ejército franco atravesó los Alpes y tomó a Pavia, con lo cual se obligó a Astolfo a devolver todo lo robado. Pero, al retirarse el ejército franco, volvió Astolfo a sus rapiñas, por lo cual en 756 se presentó personalmente Pipino, y después de vencer al rey lombardo y obligarle a devolver inmediatamente Ravena, el Exarcado y la Pentápolis, se dirigió a Roma, donde con un documento oficial hizo donación solemne al Romano Pontífice de los territorios conquistados. Por tanto, como por el *ius proelii*, admitido por todos, tenía derecho a aquellos territorios conquistados, hizo entrega legal de ellos al Romano Pontífice.

Con esto quedó constituido de una manera efectiva y jurídica el núcleo de los Estados pontificios, que comprendía la mayor parte del Exarcado y la Pentápolis. Más tarde se le agregaron otros territorios.

Siendo esto así, fácilmente se deducirá la falsedad del célebre documento conocido como *Donatio Constantini*, que se supone redactado por el emperador Constantino al hacer entrega al Papa Silvestre no sólo de los territorios de los Estados pontificios, sino de todo el antiguo Imperio occidental. Este documento fué utilizado en la Edad Media para fundar los derechos pontificios, e introducido en el *Corpus Iuris*. Pero ya en el siglo XV se probó su falsedad y hoy día todos los críticos lo rechazan.

II. El nuevo Imperio occidental y el Estado del Papa ²⁾

246. En la forma indicada quedó jurídicamente establecido el Estado de los Papas el año 756; pero su disfrute efectivo debía costarles todavía muchos sinsabores. Por esto no podemos considerar la donación de Pipino sino como el primer paso de la formación definitiva de los Estados pontificios.

a) Carlomagno confirma la donación de Pipino. Los Pontificados de *Paulo I* (757-767) y *Esteban III* (768-772) estuvieron llenos de dificultades por parte ya del nuevo rey lombardo, Desiderio, ya de los bizantinos. *Adriano I* (772-795) dió un nuevo sesgo a todo este negocio. En efecto, rompiendo los contratos establecidos, Desiderio acudió con su ejército sobre Roma y se dispuso a tomarla por la fuerza. Adriano I se dirigió con toda decisión a Carlomagno en demanda de auxilio, y entonces éste a fines del año 773 acudió personalmente y cercó a Pavía. En consecuencia, Desiderio voló desde Roma en su defensa, y con esto se entabló un duelo a muerte. Así se explica que el asedio se fuera prolongando hasta muy entrado el año 774. Entonces el rey Carlos, por Pascua de aquel año, se dirigió con una pequeña escolta a la Ciudad Eterna.

Allí, pues, el Sábado Santo, ante la Confesión de S. Pedro, se juraron mutua fidelidad el Rey y el Papa, y cuatro días después, miércoles de Pascua, confirmó Carlos con un nuevo documento la donación de su padre Pipino, a lo cual añadió él por su cuenta la promesa de algunos otros territorios, que debían ser conquistados a los lombardos. Hecho todo esto, volvió Carlos a Pavía, y en junio del mismo año 774 se apoderó de la ciudad sitiada y puso término al reino lombardo. Desde entonces llevó el título de «*gratia Dei Rex Francorum et Langobardorum et patricius Romanorum*».

Con esto quedaba una vez más confirmada la posesión de los Papas de los Estados pontificios. Es cierto que hubo luego bastantes contiendas entre Adriano I y Carlomagno, pues éste parecía entender su patriado sobre Roma en el sentido de un verdadero señorío, de modo que el Papa estuviera sujeto a él como señor feudal; pero todo esto

²⁾ EINHARD, Vita Karoli M., ed. Pertz-Waitz. 6.^a ed. 1911. AMANN, E., Art. León III, en Dict. Th. Cath. LECLERCQ-CABROL, Art. Charlemagne, en Dict. Arch. BIROT, J., Le Saint Empire, P. 1903. ZEUMER, K., Heiliges röm. Reich deutscher Nation. 1910. BASTGEN, H., Alkuin u. Karl d. Gr. En Hist. Jb. 1911, p. 809-825. BASELER, G., Die Kaiserkrönungen in Rom und die Römer (800-1220). 1919. HALPHEN, L., Études critiques sur l'histoire de Charlemagne. P. 1921. KAMPERS, F., Vom Werdegang der abendländischen Kaisermystik. 1924. Id., Rex et sacerdos. En Hist. Jb. 1926, p. 495 s. BELOW, G. von, Der deutsche Staat des Mittelalters, I, 2.^a ed. 1925. SCHNEIDER, FED., Rom u. Romgedanke im Mittelalter. 1926. DEMPFF, A., Sacrum Imperium. 1929. SCHRAMM, P. R., Kaiser, Rom und Renovatio. 1929.

se explica por la novedad de los hechos y el carácter dominador del soberano. Sin embargo, al fin se llegó a una inteligencia el año 781 con ocasión del segundo viaje de Carlomagno a Roma. Además, debió obtenerse la conformidad del Emperador bizantino, pues vemos que poco después se reanuda su correspondencia con Roma. El Papa fecha desde entonces sus diplomas por los años de su Pontificado.

247. b) Constitución del nuevo Imperio occidental. El tercer paso en este desarrollo de la Iglesia occidental fué la formación del nuevo Imperio de Occidente.

El nuevo Papa León III (795-816) entabló desde un principio relaciones amistosas con el Rey franco, enviándole en reconocimiento de su patriado lo que se llamaba la «*Confessio Scti. Petri*», es decir, unas llaves de oro en las que se encerraba algo del polvo de las cadenas de S. Pedro. En estas circunstancias, habiendo sido bárbaramente agredido por sus adversarios políticos, León III consiguió evadirse y se dirigió inmediatamente a Alemania, hasta que encontró al mismo Carlomagno en Paderborn, en Westfalia. Allí expuso al Rey todas las atrocidades que con él se habían cometido y consiguió fácilmente interesarle por su causa. La consecuencia fué que el rey Carlos le dió una buena escolta, con la cual el Papa volvió a Roma y fué repuesto en su Sede. Antes de partir, sin embargo, tuvo con él largas conversaciones, sobre las cuales se han hecho infinidad de suposiciones. La más verosímil es que en esta ocasión se trató detenidamente sobre la realización del plan, sin duda ya acariciado por Carlomagno, de la renovación en su persona del Imperio occidental.

Las cosas siguieron en Roma con toda normalidad; pero el año siguiente, 800, el 24 de noviembre presentóse el mismo Carlos en la Ciudad Eterna con el objeto de zanjar definitivamente todas las disidencias. Por esto, lo primero que se hizo fué celebrar un sínodo solemne en la Basílica de S. Pedro, en el que, según el principio de que «*Papa a nemine iudicatur*», juró León III solemnemente su inocencia y con esto Carlos dió por terminado el asunto. Esto sucedía el 23 de diciembre de 800.

Al día siguiente, durante los oficios de la noche de Navidad, después de celebrar la Misa el Papa León III con asistencia del rey Carlos, al acercarse éste a hacer la adoración acostumbrada, *lo ungió como Emperador*, mientras el pueblo, informado del acto que se realizaba, prorrumpió en vítores sintetizados en la expresión conocida: «*Carolo Augusto a Deo coronato, magno et pacifico imperatori Romanorum, vita et victoria*». Con esto Carlomagno quedaba constituido Emperador de Occidente, con todo el prestigio que habría de tener en adelante este título. Tal como entonces se le denominaba, era:

«Sacrum Romanum Imperium». Desde el siglo XIII: «Sacrum Romanum Imperium Nationis Germanicae».

248. c) Significación del nuevo título ³⁾. Ante un hecho de tanta trascendencia, conviene hacer algunas observaciones.

La primera es acerca del hecho, hoy tan discutido, sobre si Carlomagno recibió a disgusto el título de Emperador. La razón de plantear esta cuestión son las palabras del biógrafo de Carlomagno, *Einhard*, el cual afirma que Carlomagno quedó de ello tan disgustado, «ut affirmaret, se eo die, quamvis praecipua festivitas esset, ecclesiam non intraturum, si Pontificis consilium praescire potuisset». No obstante esta frase del cronista, convienen generalmente los historiadores en que sobre el hecho mismo de su coronación no pudo disgustarse. Nosotros creemos que no sólo no se disgustó de su coronación, sino que ésta estaba planeada con el Papa. La razón de su disgusto la vemos en las palabras que añade a continuación el biógrafo Einhard, que temía que, efectuado entonces y de aquella manera, causara mala impresión en la emperatriz Irene de Bizancio, y él, por sus fines políticos, deseaba proceder en inteligencia con ella. De hecho, el reconocimiento de su dignidad no se obtuvo de Bizancio hasta doce años más tarde.

En segundo lugar, no debemos concebir el acto realizado por el Papa como una traslación del Imperio bizantino, sino como una *renovación del Imperio occidental*, hundido el año 476, y esto en orden a las necesidades de los tiempos.

Por lo que se refiere a la significación del nuevo Imperio, no hay duda que la idea de la unificación de todos los cristianos en un gran Imperio era antigua y la habían sentido constantemente los cristianos. Esta idea quedó concretada e idealizada por S. Agustín en su célebre obra «De Civitate Dei». Un gran Imperio cristiano, unido por los mismos ideales; la unión y compenetración más perfecta de las dos potestades, civil y eclesiástica, con una armonía perfecta entre el Emperador y el Pontífice: esto lo sentían entonces los hombres más sensatos. Ahora bien, la Providencia parecía haber preparado al Rey de los francos como al hombre destinado a realizar este ideal. Sus dominios inmensos y el prestigio de que gozaba, lo ponían por encima de todos los príncipes cristianos. Todo conducía a creer que Carlomagno era el hombre destinado a unir a todos los cristianos y a tomar sobre sí la incumbencia de ser el defensor nato del Cristianismo y de procurar extenderlo a todas partes. Era el ideal de un reino cristiano verdaderamente universal.

³⁾ DANNENBAUER, Die Quellen zur Geschichte der Kaiserkrönung Karls d. Gr. 1931. LEVILLAIN, L., Le couronnement impérial de Charlemagne. En Rev. hist. Égl. de Fr., 1932, p. 5-19. BARBAGALLO, C., Il colpo di Stato del Natale dell'800. En Nuov. Riv. Stor., 17 (1933), 84-95.

CAPÍTULO III

Crisis y resurgimiento del Papado

249. Apenas constituidos los que debían ser los dos pilares del poder pontificio medieval, los Estados Pontificios y el Imperio occidental, entró la Iglesia en una de las crisis más difíciles y peligrosas que ha sufrido en su historia. Mas precisamente el haberla superado e iniciado su definitivo apogeo es una de las más patentes pruebas de su origen y asistencia divina.

I. Los Papas del siglo IX. Decadencia del Imperio carolingio ¹⁾

Con el talento de Carlomagno, llegó la cultura cristiana occidental a un gran apogeo, que muchos historiadores designan como «primer renacimiento». Pero muerto Carlomagno, las divisiones y debilidad de sus sucesores dieron origen a muchas calamidades.

a) Efectos en la Iglesia de la debilidad imperial. Dada la unión íntima de los Romanos Pontífices con el nuevo Imperio, naturalmente el torbellino de las divisiones y luchas del Imperio arrastró consigo a la Iglesia, de modo que poco a poco se hizo sentir la decadencia en el **florecimiento** religioso-cultural del tiempo de Carlomagno. Estas dificultades y luchas y el consiguiente efecto **desastroso** en el estado de la Iglesia, aumentaron durante el siglo IX con las invasiones de los normandos y de los sarracenos, frente a los cuales los Papas se hallaban indefensos.

¹⁾ AMANN, Artíc. Nicolas I y Jean VIII, en Dict. Th. Cath. LAPOTRE, A., L'Europe et le Saint-Siège à l'époque carolingienne: le Pape Jean VIII. P. 1895. GAY, J., L'Italie méridionale et l'Empire byzantin (868-1071). P. 1904. LESNE, E., La hiérarchie épiscopale... en Gaule et Germanie 742-882. P. 1905. VILLARI, P., L'Italia de Carlomagno alla morte di Arrigo VII. 1910. GANZHOFF, F. L., La fin du Règne de Charlemagne. Une décomposition. En Z. Schw. Gesch., 38 (1948), 433 s.

Fábula de la papisa Juana. En este tiempo debe ser colocada la célebre fábula de la papisa Juana, que supone que en 855, entre los Papas León IV y Benedicto III, ocupó el trono pontificio una mujer, que se presentaba como varón. Esta fábula es completamente falsa y tendenciosa. La prueba más convincente es que se han encontrado diversos documentos en que aparece en el mismo año 855 el Papa Benedicto III como sucesor inmediato de León IV. Además, el origen de la historia es muy posterior y lleva todas las características de las fábulas.

250. b) Los Papas y los hechos más notables del siglo IX. El pontificado de *Nicolás I* (858-867) es un verdadero oasis de prosperidad eclesiástica en este período. El blanco de toda su actividad fué la libertad e independencia de la Iglesia en perfecta inteligencia con los Emperadores. Por desgracia, no recibió de ellos la ayuda que esperaba y necesitaba.

Mantuvo la pureza de los principios cristianos y su independencia judicial en las cuestiones de fe y costumbres en una serie de acontecimientos. Así en Italia sostuvo su derecho de juez contra la rebeldía del arzobispo Juan de Ravena, apoyado por el mismo Ludovico II; pero, sobre todo, mantuvo la santidad del matrimonio contra Lotario II, quien había abandonado a su legítima esposa y se había juntado con una concubina.

Más dura fué la lucha contra el Patriarca Focio de Constantinopla, en la que brilló la prudencia y energía de Nicolás I. De la misma manera trabajó Nicolás I en todos los órdenes, y así se puede decir que durante su pontificado volvió a florecer la Iglesia.

Juan VIII (872-882), hombre de grandes cualidades, no tuvo la clara visión y la energía de su predecesor. Dos veces durante su pontificado pudo disponer de la corona imperial. Su elección recayó sobre *Carlos el Calvo*, en 875, y sobre *Carlos el Gordo*, en 881, hombres ineptos para tan elevado puesto. Por otra parte, apretado por Lamberto de Espoleto y Adalberto de Tuscia, tuvo que escapar a Francia en demanda de auxilio, como se había hecho en otros tiempos con Pipino y Carlomagno. Pero ni Carlos el Calvo ni Carlos el Gordo pudieron prestar el auxilio pedido. En la contienda con Focio tuvo poca fortuna, y así se llegó al rompimiento.

II. El siglo X, siglo de hierro de la Iglesia ²⁾

251. A la decadencia del siglo IX siguió un estado de gran postración de la Iglesia en todo el siglo X. El que de hecho se conservara incólume el depósito de la fe a pesar de tantas miserias, es la mejor prueba de que la Iglesia católica no es una institución humana.

²⁾ BRYCE, *Le saint Empire romain germanique*. P. 1890. SICKEL, W., *Alberich II und der Kirchenstaat*. En *Mittell. Inst. österr. Gesch.*, 23 (1902), 50-126. FEDELE, P., *Ricerche per la storia di Roma e del Papato nel sec. X*. En *Arch. St. Rom.* 33 (1910), 177 s.; 34 (1911), 75 s., 393 s. AMLING, E., *Zur Geschichte des Papstums im 10. Jahrh. (931-962)*, I. 1913. BUHLER, J., *Die sächs. und sal. Kaiser nach zeitgenöss. Quellen*. 1924. GAY, J., *Les papes du 11.^e siècle et la chrétienté*. P. 1926. LOWIS, D. W., *History of the church in France 950-1000*. I. 1926.

a) El Papado en manos de las familias nobles italianas. Se inaugura este período con el trágico pontificado de *Formoso* (891-896) ³⁾, el cual, frente a Lamberto de Espoleto, reconoció y coronó Emperador a Arnulfo. Los espoletanos tomaron una venganza terrible. En efecto, muerto Formoso en 896, su sucesor *Esteban VI* hizo sacar del sepulcro su cadáver, celebrar un juicio macabro contra él y arrojarlo luego al Tíber. Todo lo hecho por Formoso fué declarado inválido. Esteban VI murió asesinado en la cárcel.

En los años siguientes se suceden rápidamente los Pontífices, y la cuestión de Formoso sigue siendo agitada. *Sergio III*, el año 904, inicia la serie de los Papas sometidos a la familia de Teodora. Tal era su dependencia de aquella familia, que el historiador Luitprando, sin fundamento sólido, lanzó la especie de que era padre del hijo de Marozia, luego *Juan XI*. *Juan X* (914-928), no obstante haber sido elevado por las Teodoras, por leves sospechas de infidelidad fué arrojado a la cárcel, en donde pereció.

El desorden que todo esto produjo se vió en *Juan XI*, hijo de Marozia. Alberico de Espoleto, hijo también de Marozia, se rebeló contra su madre, mantuvo en una especie de prisión a su hermano el Papa, y tomó el título de «princeps atque omnium Romanorum senator». En esta forma rigió con mano dura la ciudad hasta 954, en que murió. Los cuatro sucesores de *Juan XI* fueron hechuras de Alberico y estuvieron enteramente sometidos a él.

En este estado siguieron las cosas hasta la muerte de Alberico el año 954. Hallándose en el lecho de muerte, hizo jurar a los Grandes que, al morir el Papa reinante, elegirían a su propio hijo Octaviano. Así sucedió el año siguiente, 955. Octaviano, joven de dieciocho años, fué elevado a la Sede Pontificia y tomó el nombre de *Juan XII* (955-964). Es el primer caso conocido de cambio de nombre. En realidad, no podía caer sobre la Iglesia, ya abatida con tantas humillaciones, una desgracia mayor. Joven altanero, corrompido, amigo del boato, lleno de toda clase de vicios, llevó Juan XII al Pontificado el mayor descrédito que jamás se había conocido.

Por esto, con su carácter veleidoso e inconstante, chocó bien pronto con Berengario de Friul y su hijo Adalberto, y para defenderse contra ellos llamó en su auxilio, el año 960, al nuevo rey de Alemania, Otón I, quien desde 936 había trabajado incansablemente por la unión de todos los territorios germanos y el robustecimiento de su poder. De hecho había conseguido ya elevarlos a un estado de prosperidad, comparable con los tiempos de Carlomagno. En estas circunstancias se explica que Otón I acudiera presuroso a Roma, pues esto le ofrecía la ocasión de coronar su obra instaurando el Imperio occidental.

252. b) Intervención de los Otones ⁴⁾. Otón I se presentó en Italia con un brillante ejército, y en la fiesta de la Purificación de 962 recibió en San Pedro de manos del Papa Juan XII la corona imperial. Unos días más tarde se redactó el célebre *Pactum Ottonianum*, que todavía se conserva en el Vaticano, en el cual Otón I renueva al Papa las donaciones de Pipino y Carlomagno, aumentándolas por su parte con otros donativos. Pero

³⁾ DÉMÈTRE POP, *La Défense du Pape Formose*. P. 1933.

⁴⁾ MERKERT, P., *Staat u. Kirche im Zeitalter der Ottonen*. 1906. PIVANO, S., *Stato e chiesa da Berengario I ad Arduino* (888-1015). Turín 1908. ZEUMER, K., *Heiliges röm. Reich deutscher Nation*. 1910. SCHRAMM, P., *Kaiser, Basileus u. Papst in der Zeit der Ottonen*. En *Hist. Z.*, 129 (1924), 424-475.

tan pronto como salió de Roma el Emperador, Juan XII entabló de nuevo relaciones con Berengario de Friaul, y con su conducta suscitó cada día mayores quejas. Otón I volvió a Roma en 963; Juan XII se escapó; pero el Emperador hizo juntarse en S. Pedro un sínodo y deponer al Papa por sus «sacrilegios y corrupción de costumbres». En su lugar fué elegido *León VIII*. Evidentemente esta elección era anticanónica.

Poco después se dirigió Otón I al norte, en donde venció definitivamente a Berengario; pero entretanto Juan XII volvió a Roma, mas por fortuna para la Iglesia murió en mayo del año 964. Entonces los electores romanos, sin contar con Otón I, eligieron Papa a *Benedicto V*. Mas el Emperador acudió al punto a Roma e introdujo a *León VIII*. Sin embargo, el asunto se arregló, pues *Benedicto V* abdicó, siendo luego trasladado a Hamburgo por el Emperador. Muerto poco después *León VIII*, fué elegido *Juan XIII* (965-972). Este nuevo Papa, aunque elegido con la anuencia del Emperador, estaba bajo la influencia de los *Crescencios*, descendientes de las *Teodoras*, con lo cual se inició la intromisión de esta familia noble.

Al desaparecer la fuerte mano de Otón I, los *Crescencios* volvieron a abusar de su fuerza. El Papa *Benedicto VI* fué arrojado a la cárcel por *Crescencio de Teodora*, «dux» de Roma, y luego fué decapitado. En su lugar subió el diácono *Bonifacio Franco*, llamado *Bonifacio VII*, quien al acercarse a Roma Otón II, se escapó a Grecia con gran cantidad de tesoros robados. Inmediatamente fué elegido *Benedicto VII* (974-983), quien con la protección del Emperador tuvo un reinado pacífico y próspero. Esto facilitó al Papa la obra de protección de la reforma cluniacense y una gran actividad eclesiástica. El año 983 fué elegido *Juan XIV*; pero a la muerte de Otón II volvió del Oriente el temible *Bonifacio Franco*, arrojó al Papa a la cárcel y allí lo dejó perecer. En su lugar tomó él mismo posesión de la Sede Pontificia, obligando a todos a reconocerle. Sus contemporáneos lo denominaron «monstrum horrendum». Pero a los once meses fué víctima de las iras populares (985).

Con esto termina aquella serie de infamias que mancharon el Pontificado durante este siglo de hierro. El «dux» *Johannes Crescentius* elevó entonces a Juan XV y durante su pontificado hubo todavía un conato de revuelta y de crimen; pero con la llegada a Roma del joven Otón III, entró otra vez la normalidad. El nuevo Papa *Gregorio V* (996-999), hombre de gran prestigio, fué el primer alemán que subió a la Sede Pontificia. Juan *Crescencio* aprovechó una salida del Emperador para arrojar al Papa y colocar a *Johannes Philagatus*; pero al volver Otón III, *Crescencio* fué decapitado y el antipapa recluso en un monasterio. A *Gregorio V* siguió *Silvestre II* (999-1008), primer Papa francés, hombre también sumamente benéfico para la Iglesia. De las cualidades del joven Emperador y del nuevo Papa podía esperarse una gran prosperidad para el Cristianismo; pero ambos murieron muy pronto: Otón III en 1002 y *Silvestre II* en 1003.

III. Nueva opresión del Pontificado y principio de la lucha por sus libertades ⁵⁾

253. Con los últimos Pontificados la Iglesia había comenzado a respirar y a florecer. Mas con la muerte prematura de Otón III entró de nuevo en un período de calamidades.

a) **Los Papas bajo la opresión de los nobles.** Los tres Papas siguientes (1004-1012) estuvieron bajo la más férrea dependencia de *Johannes Crescentius* el Joven. Sin embargo, no fueron personas indignas. Mas desde 1012 se apoderó de la Sede Pontificia la familia de los *condes de Túsculo*, descendientes de las *Teodoras*. *Benedicto VIII* (1012-1024) coronó Emperador a *Enrique II, el Santo*, y trabajó en inteligencia con él por la reforma eclesiástica; pero *Benedicto IX* (1022-1044) renovó la vergüenza y deshonra del Pontificado. Este último contaba sólo diecisiete años y era hijo de *Alberico de Túsculo*. Mas como desde un principio se dedicara a una vida escandalosa, fué arrojado de Roma por dos veces, y a la segunda, en 1045, los romanos nombraron al antipapa *Silvestre III*. En estas circunstancias, *Benedicto IX*, por una gruesa suma, abdicó su dignidad en manos de un eclesiástico, que tomó el nombre de *Gregorio VI*, quien fué reconocido sin dificultad por el clero y pueblo. Cerca de dos años gobernó *Gregorio VI* con relativa tranquilidad; pero ni el antipapa *Silvestre III* ni *Benedicto IX* renunciaban a sus pretendidos derechos.

En estas circunstancias, pues, acudió el piadoso emperador *Enrique III* para arreglar el asunto. Efectivamente, en un sínodo reunido en *Sutri*, abdicó *Gregorio VI*, mientras los otros dos fueron depuestos. Poco después era elegido *Clemente II* (1046-1047), el cual, bajo la protección del enérgico *Enrique III*, inició una era de paz y prosperidad para la Iglesia. Todavía intentó *Benedicto IX* un golpe de mano, y así, a la muerte de *Clemente II*, en 1047, se apoderó violentamente de la Sede Pontificia; pero *Enrique III* lo arrojó de Roma e hizo elegir al Papa legítimo *Dámaso II* (1047-1048).

254. b) **Principio del apogeo del Pontificado.** La intervención de *Enrique III* fué realmente benéfica para la Iglesia. Sin embargo, con el buen fin de evitar en lo futuro la dañina influencia de las familias nobles italianas, obtuvo el derecho de *Principado*, es decir, que no fuera elegido ningún Papa sin contar con él.

En la etapa siguiente, desde la elección de *León IX* en 1049, uno de los más ilustres Pontífices, hasta principios del pontificado de *Gregorio VII* (1073), ocuparon la Sede Pontificia varios Papas, que elevaron a gran altura el prestigio del Pontificado. Gran parte de esta obra se debe al célebre *Hildebrando*, luego *Gregorio VII*, quien ya desde el reinado de *León IX* fué el alma de toda la actividad pontificia.

⁵⁾ FISCHER, E., *Der Patriziat Heinrichs III und IV*. 1908. FLICHE, A., *Les Prégrégories*. P. 1916. Id., *La formation des idées grégoriennes*. Lovaina 1924. En Spic. Lov. HAMPPE, K., *Deutsche Kaisergesch.* 1923. GAY, *Les Papes du 11^e siècle*, cap. IV. P. 1926.

Bajo la inspiración inmediata de Hildebrando, archidíacono de la Iglesia romana, León IX tomó en un sínodo de Letrán medidas rigurosas contra la simonía y el concubinato de los clérigos. Igualmente Víctor II, inspirado por Hildebrando, celebró en 1055 el gran sínodo reformador de Florencia, al que asistieron el Emperador y ciento veinte prelados. Las medidas, cada vez más rigurosas, contra la simonía y el concubinato se fueron urgiendo sin cesar.

Un acontecimiento extraordinario fué el que tuvo lugar en abril de 1059 bajo el pontificado de Nicolás II (1058-1061). Este año se publicó un decreto en el cual se determinaba que los que debían realizar la elección del Pontífice eran los Cardenales. El clero y el pueblo debían dar únicamente su aprobación; pero todo ello debía hacerse «salvo debito honore et reverentia» al Emperador. El paso era de gran importancia, pues en resumidas cuentas se quitaba al Emperador el derecho que últimamente él había conseguido. Bien se vió en los años siguientes por las enconadas luchas que se suscitaron por esta causa.

Otro acontecimiento muy notable tuvo lugar en tiempo de Nicolás II, que indica el prestigio que había conseguido el Pontificado. En agosto de 1059 dió el Papa al rey de los normandos, Roberto Guiscardo, la Apulia y Calabria como feudo, y Sicilia cuando la conquistara de los sarracenos. A Ricardo de Anversa le dió Capua. Con esto se manifestaba el Romano Pontífice señor feudatario de aquellos territorios y se preparaba futuros apoyos y aliados en las luchas que sobrevinieron. Alejandro II (1061-1073), el inmediato predecesor de Gregorio VII, cierra esta etapa con una actividad reformadora admirable. Hildebrando y Pedro Damiano asistieron constantemente al Pontífice en esta empresa. Contra él inició ya el joven rey alemán Enrique IV la tremenda lucha, que había de continuar después contra los siguientes Pontífices. Con todo esto quedaba el terreno preparado para la obra de Gregorio VII.

IV. Invasión árabe en España. La Iglesia en la península Ibérica ⁶⁾

255. Después del período de florecimiento de la Iglesia visigoda en el siglo VII, con la invasión árabe iniciada en 711, entra en España una nueva etapa enteramente distinta de las anteriores, en la cual la inmensa mayoría de sus territorios estaban dominados por los musulmanes, mientras una pequeña parte de ellos quedaban libres e iban creciendo y organizándose progresivamente.

a) Triunfos de los árabes en la Europa occidental. La traición del conde Julián y del obispo don Opas, enemigos irreconciliables del último rey visigodo, don Rodrigo, abrió el año 711 a los árabes las puertas de España. Hacia el año 719 quedaban únicamente algunos núcleos cristianos independientes en los inaccesibles montes de Cantabria o de los Pirineos.

⁶⁾ Véase, sobre todo: VILLADA, III, 21 s., que forma la base de esta exposición. DOZY, Recherches sur l'histoire politique et littéraire de l'Espagne pendant le Moyen Âge. 3.^a ed. 2 vol. Leyde 1881. HAINES, Christianity and Islam in Spain (756-1031). L. 1889. GONZÁLEZ PALENCIA, A., Historia de la España musulmana. 4.^a ed. B. 1945. ÍD., Moros y cristianos, España medieval. M. 1945. DOZY, R., Historia de los musulmanes en España hasta la conquista de los almorávides. 2 vol. Trad. por M. Santiago Fuentes. M. 1943. LEVI PROVENÇAL, E., La civilización árabe en España. P. 1948. FONT RIUS, J. M., Instituciones medievales esp. La organización. M. 1949.

Por otra parte, se extendieron también por el Mediterráneo, ocupando Sicilia y una buena parte del sur de Italia. Todos los territorios de la España musulmana quedaron sometidos al emirato oriental de Damasco hasta 755, en que Abderrahmán I se independizó, inaugurando la serie de los califas independientes, y fundando el califato de Córdoba. En este estado y con varias alternativas siguió hasta 1031, en que se dividieron en multitud de pequeños cantones, llamados *Taifas*.

256. b) Situación general de los mozárabes ⁷⁾. La primera cuestión que se presenta es sobre la situación de la Iglesia en el país musulmán. A los cristianos sometidos a los árabes se los llamaba *mozárabes*; en cambio, a los descendientes de matrimonios mixtos y a los renegados se los denominaba *muladíes*. En general, la política seguida por los musulmanes en un principio fué de inteligencia con los vencidos, pues éste era el mejor modo de disfrutar en paz de su victoria. Por esto en cada región y en cada ciudad imponían un pacto o convenio distinto, cuyas condiciones eran más o menos duras según la resistencia que se había opuesto. El pacto más favorable fué el que obtuvo el duque godo *Teodomiro* en la región de Valencia y Murcia, con una independencia casi completa. En todo caso, los mozárabes generalmente conservaban libertad en el ejercicio de la religión y tenían una justicia y administración propias.

En esta suposición se entiende que en la mayor parte de las ciudades conservaran un buen número de iglesias, cuyo culto continuó funcionando. Así sucedió, por ejemplo, en Córdoba. Por esto mismo la jerarquía continuó en un principio tal como estaba, salvo algunos casos por excepción.

Este estado empeoró durante los primeros omeyas independientes, entre 755 y 822. Abderrahmán I (756-788) hubiera querido acabar con los mozárabes, pues le impedían su plan de unificación; pero por diversas razones prefirió contemporizar con ellos; sin embargo, les hizo sentir su disgusto, aumentando con frecuencia los tributos y con otros géneros de vejaciones. Alhaquem I (796-822) llevó más adelante su intolerancia, si bien es verdad que no llegó todavía a una persecución.

257. c) Persecución y martirios ⁸⁾. Esta situación empeoró con Abderrahmán II (822-852). Se comenzó destruyendo algunas iglesias y haciendo objeto a los mozárabes, sobre todo al clero, de algunos vejámenes. El efecto que de ahí se siguió

⁷⁾ SIMONET, Santoral hispano-mozárabe, escrito en 961. M. 1871. ÍD., Historia de los mozárabes de España. M. 1897-1903. RIBERA, La enseñanza entre los musulmanes españoles. Z. 1893. DOZY-LEVI-PROVENÇAL, Histoire des musulmans d'Espagne jusqu'à la conquête de l'Andalousie par les Almorávides (711-1110). P. 1932. LEVI-PROVENÇAL, España musulmana. En Menéndez Pidal, Historia de España, IV, B. 1950.

⁸⁾ PÉREZ DE URBEI, J., San Eulogio de Córdoba. M. 1928. YABEN, H., La autenticidad de la carta de San Eulogio al obispo de Pamplona. En Búnc. V., 5 (1944), 161 s.

fué una gran reacción y gran entusiasmo religioso en los cristianos, que indujo a muchos a provocar a los mahometanos, de donde se siguieron innumerables martirios. Los primeros fueron *Adulfo y Juan*, martirizados en 824.

Pero el principio propiamente tal de la era de los mártires tuvo lugar el año 850. S. Eulogio, testigo de los hechos, nos ha dejado una relación fidedigna. Abre la serie el presbítero *Perfecto*, quien, instado dolosamente a emitir su juicio sobre Mahoma, lo hizo con toda claridad, y en consecuencia fué preso y martirizado. A éste siguió el mercader *Juan*. Más insigne fué el noble *Isaac*, quien, habiendo entrado en un monasterio, se sintió inspirado a salir a la plaza pública para demostrar los errores de Mahoma. Llevado ante el juez, y repitiendo allí todo lo que antes había dicho, fué martirizado en junio de 851. El ejemplo cundió, y en una forma parecida fueron desde entonces muchos los que espontáneamente provocaban al pueblo y a los jueces mahometanos, sufriendo en consecuencia el martirio.

Esto dió ocasión a largas y enconadas discusiones entre los mozárabes. Unos censuraban la conducta de los espontáneos, afirmando que no merecían el título de mártires. A su cabeza iba el obispo de Sevilla, *Rocafredo*, a quien incitaba el mismo Abderrahmán. Otros, en cambio, sostenidos por S. Eulogio y Alvaro, defendían valientemente el heroísmo de los nuevos mártires. Para alentar a los cristianos escribió S. Eulogio el «Memorial de los Santos» y otras obras.

Por su parte, los adversarios de los mártires, sobre todo *Rocafredo* y el exceptor *Gómez*, impulsados por el Sultán, hicieron que se reuniera un Concilio y que en él se diera un decreto desaprobando la conducta de los mártires espontáneos. De nada valió este decreto. Los espontáneos siguieron presentándose, animados siempre por San Eulogio y los fervientes cristianos. Entonces fueron martirizados el diácono *Emila* y el seglar *Jeremías* con otros muchos.

Mohamed I más bien intensificó la persecución. Por esto desde 853 se inicia una nueva serie de mártires. Son dignos de especial mención: *Anastasio*, *Félix* y *Digna*; las vírgenes *Columba*, *Pomposa* y *Aurea*; los presbíteros *Amador* y *Elías*; los monjes *Pedro*, *Luis*, *Pablo* e *Isidoro*; el anciano *Witesindo*. S. Eulogio siguió animando a los cristianos, y para esto compuso en 857 la obra «*Apologeticus Martyrum*», hasta que él mismo obtuvo la palma del martirio en 859, poco después de ser elegido obispo de Toledo. Su vida la escribió su íntimo amigo *Alvaro*.

La persecución fué cesando poco a poco. Sin duda como reacción de los mozárabes contra esta opresión de que habían sido objeto, hubo durante los últimos decenios del siglo IX una serie de levantamientos contra el poder muslim. El más notable fué el promovido por *Omar-ben-Hafsum*, descendiente de los visigodos. Abderrahmán III (912-961) dominó definitivamente esta insurrección gloriosa. Por lo demás,

la política de este califa con los cristianos fué una alternativa constante entre la tolerancia y la persecución. Durante su reinado tuvieron lugar los martirios de Sta. Argéntea, S. Vulfura y el niño *San Pelayo*.

El tiempo que sigue hasta el fin de este período se distingue por cierto aflojamiento del fervor de los mozárabes. Por efecto de la larga dominación musulmana se fué perdiendo el horror que tenían en un principio contra todo lo que sabía a musulmán. Fueron apropiándose la lengua y la cultura árabes, arabizaron sus nombres y aun se dedicaron a colaborar directamente con las autoridades musulmanas.

258. d) Herejías y controversias doctrinales. Aparte el error del adopcianismo, son dignos de mención: los *acéfalos*, especie de priscilianistas fanáticos, que defendían la bigamia, hacían alarde de penitencia y de otras excentricidades; los *antitrinitarios*, contra los cuales escribieron el abad *Esperaindeo* y *Alvaro* a mediados del siglo IX, que ponían en duda la divinidad de Jesucristo; los *antropomorfistas*, sobre todo *Hostegesis*, quienes atribuían a Dios una forma humana y suponían que no podía estar en todas partes. El abad *Sansón* fué quien los desenmascará y rebatió.

259. e) La Iglesia en la España libre⁹⁾. Los cristianos de la península Ibérica que lograron mantener su independencia en el norte de España, formaron cuatro núcleos: Asturias, Castilla, Navarra-Aragón y Cataluña. En todos ellos, venciendo grandes dificultades, se fué reconstruyendo la organización cristiana y ampliando los territorios que se iban conquistando.

⁹⁾ VIGIL CRIACO, M., Asturias monumental, epigráfica y diplomática. 2 vol. Oviedo 1887. LECLERCQ, H., L'Espagne chrétienne. P. 1906. BARRAU D'HIGO, Études sur les Actes des rois asturiens (718-719). En Rev. hisp. 46 (1919), 1-191. KEHR, P., Das Papsttum und der katalonische Principat bis zur Vereinigung mit Aragon. 1926. Id. Das Papsttum und die Königreiche Navarra und Aragon bis zur Mitte des XII Jahrh. 1928. COTARELO-VALLEDO, A., Historia crítica y documentada de la vida y acciones de Alfonso III, el Magno, último rey de Asturias. M. 1933. PÉREZ DE URBEL, J., Los Monjes españoles en la Edad Media. 2 vol. M. 1933-1934. Id., Los monjes españoles en los tres primeros siglos de la Reconquista. En Bol. Ac. Hist., 101 (1932), 23-113. SERRANO, L., El obispado de Burgos y Castilla primitiva desde el siglo V al XIII. 3 vol. M. 1935-1936. CABAL, M. C., Alfonso II el Casto. Oviedo 1943. PÉREZ DE URBEL, J., S. Eulogio de Córdoba. 2 ed. M. 1942. CARLTON, M. SAGE, Paul Albar of Cordoba. Studies on his life and Writings. Dis. Washington 1943. SERRA VILARÓ, J., S. Próspero de Tarragona y sus discípulos refugiados en Italia en el año 711. B. 1943. VEGA, L. A. DE, Almanzor. En Milicia de Esp. Ed. M. M. 1946. VILLADA, Z. G., Organización y fisonomía de la Iglesia española desde la caída del imperio visigodo, en 711, hasta la toma de Toledo, en 1085. M. 1935. FOURNIER-LE BRAS, Histoire des Collections canoniques en occident. 2 vol. P. 1931-1932. ARINO-ALAFONT, A., Colección canónica Hispana. Estudio de su formación y contenido. Ávila 1943. CANTERA ORIVE, J., La batalla de Clavijo y aparición en ella de nuestro Patrón Santiago. Vitoria 1944. SÁNCHEZ ALBORNOZ, C., Asturias resiste. Alfonso el Casto salva a la Esp. crist. Buenos Aires 1946. MADDOZ, J., La respuesta de Esperaindeo a la consulta de Álvaro de Córdoba. En Est. ecl., 18 (1944), 289 s. Id., El epistolario de Álvaro de Córdoba. En Las Cienc., 10 (1945), 153 s. Id., Autógrafos de Álv. de C. En Est. Ecl., 19 (1945), 519 s. Id., Controversia epistolar entre Álvaro de Córdoba y Juan de Sevilla. En Rev. esp. Teol., 5 (1945), 285 s. Id., Fuentes jeronimianas en el epistolario de Álv. de C. En Rev. esp. Teol., 4 (1944), 211 s. ABADAL DE VINYALS, R. D', L'abad Oliva, bisbe de Vich, y la seva època. B. 1948.

Sobre la base de los nuevos territorios que fueron reconquistando los reyes cristianos, es notable el entusiasmo religioso que se fué desarrollando en todas partes. Se puede decir con toda verdad, que la lucha contra los invasores fomentaba el espíritu religioso. Son testigo de ello la abundancia de donativos que fueron juntándose en las iglesias de todos los terrenos conquistados, sobre todo Oviedo, Santiago, León, Pamplona, Ripoll. Testigo son también los innumerables monasterios que surgieron en todas partes. Son testigos, finalmente, los innumerables templos que se construyeron durante este período.

Digno de especial estudio es el santuario de *Santiago*, en particular lo que se refiere al *privilegio del voto* o *voto de Santiago*. Supone que Ramiro I, en 842, en agradecimiento a Santiago por la ayuda que le prestó en la batalla de *Clavijo*, hizo voto de entregar cada año una cantidad de trigo y vino, que más tarde se transformó en metálico. Según parece, el famoso documento de Ramiro I, en que consta este voto, y por consiguiente el voto mismo, no es auténtico. Queda, con todo, en pie el hecho que desde tiempo inmemorial los reyes establecieron la costumbre y tomaron sobre sí la obligación de hacer la *ofrenda nacional*, que todavía se sigue cumpliendo en nuestros días.

260. f) Actividades diversas de la Iglesia española. Ante todo conviene mencionar el influjo de los españoles en el Imperio carolingio. Así, *S. Pirminio* († 754), de origen visigodo, se estableció a las orillas del alto Rin y trabajó en Luxemburgo, Suiza, Alsacia y aun en Baviera, al mismo tiempo que S. Bonifacio, por la evangelización de aquellas regiones y reforma del Monacato. Igualmente *S. Benito de Aniane* († 821), uno de los grandes propagadores de la regla de San Benito en el Imperio carolingio, muy conocido por sus esfuerzos reformadores hechos desde Aquisgrán. Fueron también españoles: *Claudio*, obispo de Turín; *Prudencio Galindo*, obispo de Troyes; *Teodulfo*, obispo de Orleáns, y *Agobardo*, obispo de Lyon, célebres por su actividad literaria.

Dentro de la Península se distinguieron un buen número de personajes, que ilustraron a la Iglesia española. La Iglesia de los mozárabes la ilustró, sobre todo, *S. Eulogio*. A su lado deben colocarse el abad *Esperaindeo*, *Alvaro* y *Sansón*, los cuales ayudaron a S. Eulogio en su obra apologética y rebatieron las herejías que entonces se presentaron.

En la España libre sobresalieron por su actividad literaria: el obispo de Osma, *Eterio*, y *S. Beato de Liébana*, frente a la herejía de Elipando y Félix a fines del siglo VIII. Al lado de estos hombres, ilustres por su santidad y sus escritos, brillaron otros muchos por su talento organizador, por su cultura y por su santidad. Baste nombrar a los Santos Rosendo y Gennadio, los cuales trabajaron con espíritu reformador en Galicia y León; S. Froilán, S. Atilano, los Stos. Pelayo, Arsenio y Silvano y otros, que ilustraron y fomentaron la vida monástica; pero, sobre todo, el célebre abad Oliva del monasterio de Ripoll, una de las glorias más puras de la región catalana.

Desde el punto de vista cultural es digna de elogio la actividad extraordinaria de los diversos monjes copistas de este tiempo, que formaron la escritura visigoda y nos transmitieron en preciosos códices las obras principales de la Antigüedad cristiana, así como también la protección de las escuelas monacales y catedralicias y el florecimiento del arte religioso. Este presenta tipos originales interesantísimos en la arquitectura asturiana y mozárabe y en el incomparable arte de la miniatura española.

CAPÍTULO IV

Cuestiones doctrinales. Herejías y cismas

261. Pocas y poco importantes fueron las cuestiones dogmáticas que se agitaron en este período. En ellas incluimos las repetidas persecuciones de las imágenes y las contiendas entre la Iglesia oriental y la occidental, que llevaron al cisma de Focio y de Miguel Cerulario.

I. Los iconoclastas en Oriente.

Concilio VII ecuménico, Niceno II: 787¹⁾

Entre las cuestiones de fondo dogmático y heterodoxo debe contarse la lucha contra el culto de las imágenes, la cuestión de los *iconoclastas*, que dió lugar a una verdadera persecución con multitud de mártires. En ella se distinguen dos períodos: el primero, desde 726 a 780, y el segundo, desde 813 a 842. Entre ambos se celebró el Concilio VII ecuménico.

Desde el edicto de Milán se había desarrollado mucho el culto de las imágenes, sobre todo en Oriente, de modo que a principios del siglo VIII abundaban extraordinariamente en los templos las pinturas, estatuas y toda clase de representaciones de Dios y de los Santos.

262. a) Primer período de la persecución (726-780). En estas circunstancias, el emperador *León Isáurico* publicó un edicto general prohibiendo el culto de las imágenes. El Patriarca de Constantinopla *Germano* no se doblegó a la voluntad del Emperador y fué depuesto de su cargo. *Juan Damasceno*,

¹⁾ *Damascenus*, *Adversus eos q. sacras imagines abiciunt*, PG., 94, 1232 s. *Nicephorus*, *Antirrhethica*, *Apolog. Major. Minor*, PG., 100; ed. de Boor. 1880. *Tarasius*, PG., 98, 1385 s. *EMERESU*, C., *Artic. Iconoclasmie*, en *Dict. Th. Cath.* GRUMEL, *Artic. Images*, ib. *JUGIE*, M., *Artic. Jean Damascène*, ib. *CAYRÉE*, F., *Artic. Germain*, ib. *LECLERCQ*, H., *Artic. Images*, en *Dict. Arch.* TOUZARD, *La persécution iconocl. d'après la corresp. de St. Théodore Studite*, P. 1897. *LOMBARD*, A., *Constantin V. P. 1902*. *BRÉHIER*, L., *La querelle des images* (8.^e-9.^e siècles), P. 1904. En *Sc. et Rel.* *Id.*, *L'Eglise et l'Orient au Moyen Âge*, 3.^e ed. P. 1911. *FORTESCUE*, A., *The Orthodox Eastern Church*, 3.^e ed. L. 1920. *PARGOIRE*, J., *se byzantine 527-847*, 3.^e ed. P. 1923.

con una serie de escritos, rebatió todas las razones o calumnias traídas por los enemigos de las imágenes. Los Papas Gregorio II y Gregorio III animaron valientemente a los defensores de este culto. El resultado fué que se intensificó la persecución. El nuevo Patriarca de Constantinopla, Anastasio, se puso de parte del Emperador. Se inició una campaña de destrucción de toda clase de imágenes de Dios y de los Santos, y de ahí se pasó al destierro, mutilación y aun martirio de los que se oponían.

Constantino V Coprónimo intensificó todavía la persecución. Ésta se extendió a las reliquias, tan abundantes y veneradas, sobre todo en Oriente. El punto culminante lo forma el sínodo general celebrado el año 753 en el palacio imperial Hieria de Constantinopla, al que asistieron 338 obispos. El Emperador declaró absolutamente prohibido el culto de las imágenes y condenó a sus principales defensores, Germano y Juan Damasceno.

El Papa Esteban III respondió con un sínodo celebrado en Roma el año 769, en el cual se rechazaba el iconoclasta de Constantinopla. Por otra parte, Pipino rechazó enérgicamente todas las invitaciones del Emperador bizantino, y los Patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén se mantenían fieles al culto de las imágenes.

Pero ya León IV, sucesor de Constantino Coprónimo, inició una especie de tolerancia. A la muerte de éste, la emperatriz Irene comenzó un movimiento de pacificación. Su inspirador constante fué el nuevo Patriarca de Constantinopla, Tarasio. Entre otras medidas, sugirió a Irene la idea de invitar al Papa Adriano I para asistir personalmente a un Concilio, que debía determinar todas aquellas cuestiones. Así se hizo, si bien el Papa se contentó con enviar legados.

El 24 de septiembre de 787 se abrió en la iglesia de Santa Sofía de Nicea el VII Concilio ecuménico. Asistieron trescientos sesenta y siete obispos, presididos por los legados pontificios y Tarasio. El resultado fué que, después de ser presentados los documentos pontificios y las pruebas patrísticas, se proclamó la licitud del culto de las imágenes, notando la diferencia entre la *proskynesis* y la adoración.

263. b) Nueva persecución de las imágenes (813-842). Hasta el año 813 no se repitieron los casos de persecución. Pero el nuevo emperador León V, el Armenio (813-820), inauguró otro período de terror; pero Nicéforo, Patriarca de Constantinopla, se puso decididamente de parte del culto. Entonces el Emperador desterró al Patriarca. En su lugar nombró a Teodoro Casitera, dócil a su voluntad. Un conciliábulo de 815 renovó las decisiones del de 758, a lo cual siguió la persecución más violenta de las imágenes, reliquias y sus defensores.

Lo que había escapado a la primera persecución pereció en ésta. Los héroes fueron Nicéforo y el abad Teodoro Estudita, los cuales, aun desterrados, defendieron con sus cartas y escritos la ortodoxia y animaron a todos a la constancia. Asimismo el Papa Pascual I (817-824) animó constantemente a los defensores de las imágenes.

La muerte trágica de León el Armenio en 820 trajo un decenio de relativa paz; pero el emperador Teófilo, en 829, renovó la persecución, y llevó su crueldad al extremo de ensañarse con sus víctimas haciéndoles grabar en la frente versos burlones y quemando las manos de los pintores de imágenes.

Pero pronto vino de nuevo el socorro. La emperatriz Teodora hizo reunir en 842 un sínodo en Constantinopla bajo la dirección del Patriarca Metodio, y en él se renovaron las decisiones del Concilio VII ecuménico de 787. Poco a poco se fué llegando a la verdadera paz. En conmemoración de ella se estableció la *fiesta de la ortodoxia*, con la cual terminaron las persecuciones iconoclastas.

264. c) El culto de las imágenes en Occidente. En Occidente no hubo persecución iconoclasta. Solamente se persiguió algo a los súbditos del Emperador bizantino en el sur de Italia. Además, con esta ocasión se trató en Occidente la *cuestión teológica*. Debatíose de un modo particular en algunos sínodos francos. Carlomagno introdujo también algunas disposiciones en sus «Libri Carolini», que indicaban cierta prevención; pero en lo substancial se defendía el culto de las imágenes.

II. El adopcianismo y las cuestiones del Filioque

265. El adopcianismo era en el fondo una renovación del nestorianismo. La cuestión del Filioque era complemento de las luchas contra el macedonianismo.

a) Adopcianismo: Elipando de Toledo y Félix de Urgel²⁾. El autor de este error fué Elipando, arzobispo de Toledo. Después de pelear contra el error de Migneo, cayó él mismo a fines del siglo IX en otro. Enseñaba que el Hijo de Dios tomó por adopción la naturaleza humana. Por tanto, Cristo, como hombre, según él, es hijo adoptivo de Dios; pero según su divinidad, es hijo natural, de modo que se veía reducido a admitir dos hijos, dos personas, el nestorianismo, si bien él negaba esta consecuencia. Elipando pretendía apoyar su doctrina de un modo particular en la liturgia mozárabe. Con su actividad y elocuencia ganó bien pronto muchos adeptos, sobre todo al obispo Félix de Urgel, y aun llevó esta doctrina más allá de los Pirineos.

Contra la nueva doctrina se levantaron dos hombres: el abad Beato de Liébana y su discípulo Eterio, obispo de Osma. Beato y Eterio hicieron una exposición detallada del adopcianismo, por efecto de la cual el Papa Adriano I mandó una instrucción apretada a los obispos españoles. Elipando, cuyo territorio se hallaba en país musulmán, supo escapar a la

²⁾ ELIPANDUS TOL., Epist. PL., 96. FÉLIX DE URCEL, Opera, PL., id. España Sagrada, t. V. Alcuinus, Opera, PL., 100-101. Mon. Germ. Hist., Epist., IV, 1895. Beatus et Heterius, PL., 96. MANSI, Concilia, 13. JUGIE, M., Art. Adoptians, en Dict. Géogr. Hist. QUILLIET, H., Art. Adoptianisme au 8.^e siècle, en Dict. Th. Cath. HAUCK, Kircheng. Deutschl., II, 256 s. DUBOIS, G., De conciliis et theol. disputationibus apud Francos Carolo Magno regnante habitis. Alençon 1902. VUILLERMET, P., Elipand de Tolède. Brignais 1911. AMANN, E., L'Adoptianisme espagnol du 8.^e siècle. En Rev. Sc. Rel., 16 (1936), 281-317. RIVERA, J. F., Elipando de Toledo. Nueva aportación a los estudios mozárabes. Toledo 1940. MADRIZ, J., Una obra de Félix de Urgel falsamente adjudicada a S. Isidoro de Sevilla. En Est. Ecl. 23 (1949), 147 s.

requisitoria del Papa; pero Félix de Urgel, cuya diócesis pertenecía a la Marca Hispánica, tuvo que presentarse ante un Concilio de Ratisbona de 792, en el cual fué condenado. De momento dió señales de arrepentimiento y fué a Roma, donde repitió su abjuración; pero en España volvió a caer en su error. Entonces fué cuando inició su intervención el célebre *Alcuino* con un escrito en términos moderados. Pero, en vez de reconocerse, Félix contestó con otro.

Entretanto Elipando continuaba sus diatribas contra Beato de Liébana y procuraba obtener de Carlomagno su condenación. Carlomagno accedió entonces a los deseos de los adopcianos, y en inteligencia con Adriano I hizo celebrar un sínodo en *Frankfurt* el año 794. Lo presidían los legados pontificios; pero ni Elipando ni Félix acudieron. Sin embargo, el Concilio redactó dos escritos con la prueba bíblica y patristica contra el adopcianismo. Ambos fueron remitidos a España. Entonces, ante la respuesta negativa de Félix, el Papa León III, en un sínodo de Roma de 789, lo condenó y excomulgó. Alcuino escribió una obra en seis libros contra la última de Félix. Al fin Félix se sometió.

En el sínodo de *Aquisgrán* de 799 Alcuino tuvo una discusión de seis días con Félix, al fin de la cual éste abjuró definitivamente. Sin embargo, no fiándose de él, el Emperador no lo dejó volver a España, por lo cual vivió en Lyon, sin recaer hasta su muerte en 816. Elipando parece que permaneció reacio hasta el fin. Con la muerte de los cabecillas se extinguió poco a poco la herejía.

266. b) Cuestión del Filioque ³⁾. Esta partícula del símbolo Niceno-Constantinopolitano no se hallaba en él al principio. El Concilio constantinopolitano I sólo decidió la divinidad del Espíritu Santo. Pero, de hecho, siempre se había defendido en Occidente su procesión del Padre y del Hijo. Por vez primera aparece esta doctrina expresada en el símbolo por medio del *Filioque* en el Concilio III de Toledo de 589, y durante los siglos VII y VIII se fué extendiendo en Francia, Inglaterra y luego en Italia. Los griegos, agriados por otras causas, aprovecharon esta cuestión para iniciar un nuevo ataque contra los occidentales, pretendiendo que la procesión del Espíritu Santo del Padre y del Hijo era doctrina nueva y herética.

Así, pues, como la lucha se fuera intensificando cada vez más, el Papa León III tuvo que intervenir, y en un sínodo de *Aquisgrán* de 809 se trató la cuestión del *Filioque* desde el punto de vista teológico. Naturalmente, se defendió su inclusión en el Credo; el Papa aprobaba también la doctrina, pero se manifestó contrario a que se añadiera nada al símbolo, pues no todas las verdades del dogma, decía, deben ser incluidas en él.

Con todo, como en Francia, España e Italia de hecho ya se había introducido la costumbre, para no llamar la atención del pueblo se mantuvo el *Filioque*. Por esto los Concilios siguientes lo repiten en sus símbolos. Más tarde la Iglesia defendió también oficialmente la adición. Sin embargo, en diversas cuestiones con los orientales no ha tenido inconveniente en que se omita el *Filioque* del símbolo, con tal

³⁾ *Alcuinus*, Libellus de processione Sp. S., PL., t. 101. Además: PL., 98-99. PALMIERI, A., Art. Filioque, en Dict. Th. Cath. HEFELE, Konz. III. 749 s. HERGENROTHER, Photius. I, 690 s. MANGENOT, L'origine espagnole du Filioque, en Rev. Or. chr. 1906, 92 s. MEESTER, P. DE, Le Filioque. Études sur la théologie orthodoxe. En Rev. Bén., 1907, 86 s. JUGIE, M., Theologia dogmatica christian. orientalium, I. P. 1926.

que se admita la doctrina de que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo.

III. Contiendas sobre la Predestinación y la Eucaristía

267. Estas dos contiendas fueron las que más revuelo llegaron a adquirir entre las cuestiones dogmáticas de este período. La primera era una continuación de las que suscitó la doctrina de S. Agustín; la segunda tiene un carácter independiente.

a) **Lucha sobre la Predestinación** ⁴⁾. Los escritos de San Agustín fueron aprovechados constantemente sin que, después de los semipelagianos, nadie se escandalizara de ellos. Pero en el siglo IX el monje Gotschalk inició una nueva controversia, basada en estos escritos. Gotschalk o Godeschalchus, de carácter sombrío y vehementemente, entró en la Orden benedictina. En la lectura de S. Agustín y S. Fulgencio se formó un sistema especial sobre la Predestinación, basado en estas dos ideas: la inmutabilidad e independencia de la Predestinación; la doble predestinación: a la felicidad y a la condenación. Por tanto, el predestinado a la felicidad necesariamente se salva, y el predestinado a la condenación se ve obligado a pecar.

Esta doctrina la propuso a los monjes, y ya entonces trató *Servato Lupo* de quitarle tales ideas; pero fué inútil. Siguió él dándoles publicidad, y entonces *Rábano Mauro*, arzobispo de Maguncia, la impugnó en un tratado sobre la Predestinación. En vez de aquietarse, Gotschalk se presentó en 848 ante un sínodo de Maguncia, al que entregó una confesión de fe y una refutación de *Rábano Mauro*. Después de detenido examen, fué condenado y enviado a su obispo *Hincmaro* con la súplica que no le dejara predicar aquella doctrina.

En 849 se volvió a examinar esta doctrina en el sínodo de *Quiercy*, al que se presentó de nuevo Gotschalk. Este sínodo pasó más adelante, condenándolo como hereje, degradándolo de su dignidad sacerdotal y castigándolo con cárcel en un monasterio de la diócesis de Reims. Fueron vanos los esfuerzos por convertirlo. *Hincmaro* escribió varios tratados contra la doctrina de Gotschalk; pero parece exageraba un poco, llegando a condenar a S. Agustín. Por esto muchos temían que al condenar a Gotschalk se favoreciera el semipelagianismo.

Finalmente, en octubre de 860 se tuvo el gran sínodo de *Toucy*, en el que estaba representado casi todo el Occidente y al que asistían *Hincmaro* y *Remigio* de Lyon. En él se puso fin a todas estas contiendas condenando, por una parte, la doc-

⁴⁾ *Gotteschalch*, PL., 121. *Hincmar*, Rem., PL., 125, 126. *Servatus Lupus*, PL., 119. *Rabanus Maurus*, Opusc. praedestin., PL., 112. *Ratramnus* y *Remigius*, PL., 121. *Scotus Eriugena*, PL., 122. ROSA, E., Il monaco Gottescalo e la controversia predestinaziana. En Civ. Cat., 1911, IV, 188 s. PERUGI, G. L., Gottschalc. R. 1911.

trina de Gotschalk y, por otra, determinando bien la doctrina católica sobre la predestinación única, libertad humana y voluntad salvífica universal de Dios. Gotschalk no quiso aceptar estas decisiones; al fin cometió algunas excentricidades y murió, sin reconciliarse, en 868 ó 869.

268. b) Contendias sobre la Eucaristía. Fuera de alguna cuestión insignificante, hasta el siglo IX no se había atacado a la Eucaristía. Mas, por otra parte, no se había creado una terminología fija. Al querer, pues, estudiar mejor el misterio, se tropezó con el peligro de caer en expresiones inexactas o escandalosas para el pueblo.

La primera fase la forman una serie de libros que se escribieron a mediados del siglo IX. Suscitó muchas controversias el compuesto por Pascasio Radberto⁵⁾ en 831, en el cual afirmaba, entre otras cosas: «En la Eucaristía no hay otra carne que la que nació de María, sufrió en la cruz, etc.; y la Eucaristía no está sujeta a la corrupción, como otros manjares». Contra estas proposiciones escribieron en 853, *Rábano Mauro*, Rathramno⁶⁾ y asimismo, según parece, *Juan Escoto Eriúgena*⁷⁾. Pero, por desgracia, estos polemistas engendraron más bien confusión. Juan Escoto llegó, según parece, a defender que en la Eucaristía no había más que una figura.

Dos siglos más tarde se presentó la doctrina de *Berengario de Tours*⁸⁾. Era canónigo y director de la escuela de S. Martín, en donde comenzó a defender hacia 1046 las doctrinas de Juan Escoto y Rathramno contra Pascasio Radberto, que se reducían a esto: *que en la Eucaristía no estaba el verdadero cuerpo y sangre de Cristo, sino sólo una figura e imagen*. Tanta publicidad dieron Berengario y los suyos a esta doctrina, que llegó a conocimiento del Papa León IX, el cual, en un *sínodo de 1050* la condenó, mientras se invitaba a Berengario a presentarse al próximo *sínodo de Vercelli*; pero él no se presentó.

Condenado en Vercelli y posteriormente en varios sínodos, se presentó Berengario en 1059 en el gran *sínodo de Roma* bajo Nicolás II. El Concilio le exigió una retractación clara. Forzado por la necesidad, se avino a quemar sus propios libros y a admitir con juramento la doctrina de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. Pero

⁵⁾ *Paschasius Radbertus*, PL., 120. CHOISY, Paschase Radbert. Étude historique. Ginebra 1888. ERNST, J., Die Lehre des hl. Paschasius Radbertus von der Eucharistie. 1896.

⁶⁾ MARTIN, Ratramne. Une Conception de la Cène au 9.^e siècle. Tolosa 1891. NÄGLE, A., Ratramnus und die Eucharistie. 1903.

⁷⁾ CAPPUYN, D. M., Jean Scot Eriugène. Sa vie, son oeuvre, sa pensée. Lovaina 1930. En Univ. d. L. Disert. de la Fac. de Theol., ser. 2, n.º 25.

⁸⁾ HAYMO HALBERSTADT, PL., 116, 118. VERNET, F., Artic. Bérenger, en Dict. Th. Cath., V, 1209 s. DELARC, Les origines de l'hérésie de Bérenger. En Rev. Q. Hist., 20 (1876), 115 s. MACDONALD, A. J., Berengar and the reform of sacramental doctrine. L. 1930. SHEEDY, CH. C., The Eucharistic controversy of the XIIth cent. against the background of pre-scholastic theology. Washington 1946.

también esta conversión era aparente. Apenas salido de Italia, retractó todo lo hecho, deshaciéndose en invectivas contra León IX y Nicolás II.

Entonces siguió una lucha literaria, en la que tomaron parte diversos teólogos. En varios sínodos se volvió a condenar al hereje y su doctrina; pero Berengario y sus partidarios seguían defendiéndose.

Por última vez tuvo que responder de su fe ante el sínodo de Burdeos en 1080. Pero entonces parece que la gracia le tocó el corazón; se retiró a la isla de San Cosme, y en 1089 murió arrepentido. Sobre su doctrina se ha discutido mucho. No parece pueda dudarse de que negó la presencia real de Cristo en la Eucaristía; ciertamente negó la transubstanciación.

IV. El cisma oriental. Focio y Miguel Cerulario. VIII Concilio ecuménico, IV de Constantinopla, 869⁹⁾

269. Ya desde antiguo se habían ido marcando las diferencias entre los orientales y los occidentales. La cuestión de las imágenes, la formación del Imperio occidental, las discusiones sobre el *Filioque* aumentaron esta tensión en el siglo VIII. En el siglo IX el ambiente estaba preparado para una ruptura; pero hasta que se hizo definitiva recorrió dos períodos: el primero, desde 857 a 867 y desde 877 a 886, fué obra de Focio; el segundo, desde 1054 ya definitivo, motivado por Miguel Cerulario.

a) Primer período. Cisma de Focio: 857-886. Al piadoso Patriarca Metodios, que había puesto término a las persecuciones iconoclastas, siguió otro no menos digno, *Ignacio*. Por negarse a algunas injustas exigencias de *Bardas*, personaje de la familia real, fué depuesto de su silla en 857, y desterrado. Su lugar lo ocupó el ambicioso e intrigante *Focio*. Éste mandó al punto legados a Roma para obtener la aprobación de lo hecho. *Nicolás I*, hombre de grandes cualidades, entendió en seguida el verdadero estado de la cuestión, y así, el año 863 depuso a los dos legados infieles y declaró a Focio privado de su dignidad sacerdotal, mientras lo amenazaba con la excomunión, si no era repuesto en seguida el legítimo Patriarca Ignacio. Entonces, Focio se declaró en rebeldía, a la cual arrastró a los demás patriarcas orientales.

⁹⁾ *Vita Ignatii*, Acta SS. Boll., Oct., 10, 167-205. PG., t. 100, 11. HERGENROTHER, Monumenta graeca et lat. ad hist. Photii pertinentia. Ratisbona 1899. Id., Photius, 3 vol. 1867-1869. AMANN, E., Artic. Photius, en Dict. Th. Cath. DUCHESNE, L., Autonomies ecclésiastiques. 2.^a ed. P. 1904. RUINART, J., Le cisme de Photius. P. 1911. BOUSQUET, J., L'unité de l'Eglise et le schisme grec. P. 1913. JUGIE, M., Photius et la primauté de S. Pierre et du Pape. R. 1921. HEILER, F., Urkirche und Ostkirche. 1937. En Die kathol. Kirche des Ostens und Westens, I. HUSSEY, J.-M., Church and Learning in the byzantine Empire 867-1185. O. 1937. JUGIE, M., Le Schisme byzantin. P. 1945. DVORNIK, F., The Photian schism. L. 1948.

Poco tiempo duró este primer triunfo. El año 867 se apoderó del trono el emperador Basilio I¹⁰⁾, y unos días después era destituido Focio y relegado al monasterio de *Skepe*, mientras el legítimo Patriarca Ignacio ocupaba su lugar. Al punto comenzó Ignacio, en inteligencia con el Emperador, las negociaciones con Roma. El resultado fué que, para sellar la paz, se celebró en octubre de 869 el IV Concilio constantinopolitano, que fué el VIII ecuménico. Focio fué admitido; pero en la primera sesión se le declaró excomulgado y excluido del Concilio.

Sin embargo, Focio fué poco a poco ganándose las simpatías del emperador Basilio, hasta tal punto que, al morir Ignacio en 877, obtuvo sin dificultad la sede de Constantinopla. El Romano Pontífice Juan VIII púsole algunas condiciones para reconocerlo y le envió legados; pero Focio supo engañarlos. Un sínodo de 879 aprobó todo lo que Focio le propuso. El Papa en 881 excomulgó solemnemente a Focio y a sus legados infieles. De este modo el cisma quedó abierto de nuevo. Marino I (882-884) renovó la excomunión.

Mas cuando menos lo esperaba Focio, sobrevino su caída definitiva. En agosto de 886 subió al trono León VI, el Filósofo (886-912), antiguo discípulo de Focio, pero poco simpático con él. Por esto inmediatamente le depuso, proponiendo en su lugar a su propio hermano Esteban, de diez años. Focio fué internado en un monasterio, donde vivió todavía un decenio.

270. b) Segundo período del cisma, desde 1054¹¹⁾. En este estado siguieron las cosas durante cerca de dos siglos. Los orientales seguían fomentando los antiguos prejuicios. En la primera mitad del siglo XI hubo algún conato de rompimiento, pero no tuvo efecto.

El que dió el golpe definitivo fué el Patriarca Miguel Cerulario. En efecto, en 1053, después de una activa campaña antilatina, dió la orden de cerrar todas las iglesias y monasterios latinos de Constantinopla. La razón que dió fueron las conocidas acusaciones. León IX, al tener noticia de ello, tomó el asunto con gran interés, y así no sólo refutó el memorial de Miguel Cerulario, sino que mandó legados al emperador Constantino IX. Este quiso guardar las formas y recibió a los legados; pero Miguel Cerulario los rechazó y no quiso saber nada. Quería romper con Roma y ser jefe único en Oriente.

Así, pues, el 16 de julio de 1054 los legados pusieron el decreto de excomunión sobre el altar de la basílica de Santa Sofía y abandonaron la ciudad. Fué el acto oficial de rompimiento y principio del cisma oriental. Miguel Cerulario respondió lanzando excomunión contra los latinos; pero él mismo murió en el destierro en 1059. El cisma, sin embargo, continuó y sigue todavía.

¹⁰⁾ VOGT, A., Basile I et la civilisation byzant. P. 1908. ÍD., Basile I empereur de Byzance. P. 1908.

¹¹⁾ BRÉHIER, L., Le schisme oriental du 11.^e siècle. P. 1899. MICHEL, A., Humbert u. Kerullarios I. 1925.

CAPÍTULO V

Literatura eclesiástica y vida monacal en este período ¹⁾

271. Incluimos en este capítulo estos dos temas, que son una de las manifestaciones más típicas de la vida interior de la Iglesia. La literatura eclesiástica tomó un carácter muy particular en este período. Hicieron su entrada en la Iglesia los pueblos nuevos recién convertidos y se formaron nuevas escuelas y nuevos métodos, que dan a la literatura cristiana de la Edad Media un carácter especial, diverso de la Edad Antigua.

Por lo que a la vida monacal se refiere, es bien conocido el estado de florecimiento de la misma en el centro de Europa durante el siglo VIII. La obra de reforma de S. Bonifacio se basaba, en gran parte, en los grandes monasterios del centro de Europa. Sin embargo, en el siglo IX se manifestó una notable decadencia, a la que siguieron diversos esfuerzos por la reforma, sobre todo el de los cluniacenses.

I. Literatura eclesiástica

Con la fundación del nuevo Imperio y con la preponderancia de la vida monástica en el cristianismo occidental, los monasterios fueron los focos principales de vida literaria. Por esto vemos que ya en los siglos X al XII, en las escuelas monacales y en otras similares se introduce la misma organización fun-

¹⁾ MANITIUS, M., Gesch. der latein. Lit. des Mittelalters, I. En Hdb. kl. Alt. IX, 2. 1934. ÍD., Bildung, Wissenschaft u. Lit. im Abendland von 800 bis 1100 1925. MAITRE, Les écoles épiscopales et monastiques de l'Occident depuis Charlemagne jusqu'à Philippe Auguste. P. 1866. PATZELT, E., Die karoling. Renaissance. Viena 1914. BAUMERT, G., Die Entstehung der mittelt. Klosterschulen und ihr Verhältnis zum kl. Altertum. 1911-1914. HORLE, G. H., Frühmittelalterl. Mönch- und Klerikalbildung in Italien. 1914. TURCHI, N., La civiltà bizantina. Turin 1915. OVERBECK, F., Vorgeschichte und Jugend der mittelt. Scholastik. 1917. FUCHS, F., Die höheren Schulen in Konstantinopel im MA. 1926. ÜBERWEG-GEYER, vol. II en ÜBERWEG, Geschichte der Philosophie.

damental de los estudios superiores, que caracteriza después las célebres Universidades de París, Oxford, etc. Por una parte, las *artes liberales*, divididas en dos grupos: el llamado *Trivium* (gramática, retórica y dialéctica) y el *Quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música). Por otra, la *Teología*, que tenía como objeto los conocimientos necesarios para ejercer la cura de almas, lo cual se fué desarrollando ampliamente en el decurso de los años.

272. a) Literatura occidental en los siglos VIII y IX. En la Iglesia occidental podemos considerar diversos centros de vida cultural y literaria.

1. ESCRITORES DE LAS ISLAS BRITÁNICAS. A fines del siglo VII aparece una de las principales figuras, *Teodoro de Tarso*, a quien ya nombramos en otro lugar. Él y el italiano abad *Adriano*, que lo acompañaba, contribuyeron poderosamente a la prosperidad de las escuelas iniciadas en Cantorbery, York y otras. Pero el hombre que puso más alto en este tiempo el nombre británico fué *S. Beda el Venerable*²⁾, monje del monasterio benedictino de *Iarrow*. Distinguióse de una manera particular por su inmensa erudición, que lo hace muy comparable con Casiodoro e Isidoro de Sevilla. El título de *Venerable* se lo dieron ya sus contemporáneos en reconocimiento de sus extraordinarios méritos. Su obra principal es la «Historia eclesiástica gentis anglorum», magnífico resumen de todos los datos conocidos de su tiempo, que le ha merecido el dictado de «padre de la Historia inglesa». Además compuso multitud de obras *exegéticas*, que podemos dividir en *homilias* y *comentarios*, que se extienden a casi toda la Escritura.

2. RENACIMIENTO LITERARIO CON CARLOMAGNO³⁾. Uno de los lados más simpáticos de la actividad renovadora de Carlomagno fué la protección de los estudios y la organización de nuevas escuelas, que fueron la base de un verdadero renacimiento literario. Es célebre en este sentido la «Encyclica de litteris colendis» de 787, en la cual Carlomagno ordenaba la erección de escuelas catedralicias y monacales, en las que se enseñaran el *Trivium*, *Quadrivium*, la *Filosofía* y *Teología*. El modelo y al mismo tiempo fuerza impulsora de este movimiento fué la llamada *escuela palatina*, donde reunió a los hombres más ilustres de su tiempo, presididos por *Alcuino*.

²⁾ *Beda, Venerable*, Obras, PL., 90-95. PLAINE, F., Artíc. Bède, le Vén., en Dict. Bibl. GODET, P., Artíc. Bède, le Vén., en Dict. Th. Cath. QUENTIN, H., Artíc. Bède, le Vén., en Dict. Arch. CABROL, DOM., L'Angleterre chrét. avant les Normands. P. 1909.

³⁾ KÖNIG, A., Geistesleben und Unterrichtswesen zur Zeit Karls d. Gr. 1902. MULLINGER, J. B., The Schools of Charles the Great. 2.ª ed. Nueva York 1911.

Efectivamente, *Flacco Alcuino* (735-802)⁴⁾ se distinguió de una manera extraordinaria, ante todo, como director y organizador de la escuela palatina; más tarde lo fué también de la del monasterio de Tours. En general, se puede decir que Alcuino era una especie de ministro de Instrucción y Cultura, de Carlomagno, y que con su extraordinario talento y vastos conocimientos influyó de una manera decisiva en el movimiento cultural de su tiempo. Dejó también obras notables, como «Libri Carolini», «Adversus Felicem Urgelitanum», diversos poemas y epítafios, y sobre todo su obra maestra «De Trinitate».

Al lado de Alcuino son dignos de mención en la escuela palatina: *Pablo*, llamado *Diacono* († 797), quien compuso «De gestis Langobardorum», y otras. *Paulino de Aquilea*, quien escribió contra Félix de Urgel. *Teodulfo de Orleans* († 821), español de nacimiento, que se distinguió como clasicista y poeta y dejó la notable obra «De Spiritu Sancto» con algunas otras. Finalmente, el cronista *Einhard* († 840), que escribió sus «Annales» y la «Vita Caroli», que pertenecen a las fuentes principales de información de este tiempo.

3. OTROS ESCRITORES⁵⁾. Aparte lo dicho, se puede decir en general del siglo IX, que fué la edad de los Anales y Crónicas, que, aunque de un valor muy diverso, forman siempre la base de la documentación histórica. Entre los escritores más ilustres, notaremos: *Rábano Mauro* († 856), abad de Fulda y en 847 obispo de Maguncia, que intervino en las diversas contiendas teológicas del siglo IX y mereció el título de «praeceptor Germaniae»; entre sus escritos se distinguen los *exegéticos*, si bien se advierte que tiene poca originalidad. *Haimo de Halberstadt* († 853), conocido como historiador de la Iglesia. *Amalario de Metz* († 850), con sus obras «De ecclesiasticis officiis» y «Regula Canonicorum». *Walafrido Estrabón*, abad del célebre monasterio de *Raichenau*, compuso diversas obras *exegéticas*, *hagiográficas* y *poéticas*.

En Francia: *Agoberto de Lyon* († 840) escribió contra Félix de Urgel y contra el duelo medieval, tan generalizado en todas partes. *Servato Lupo de Ferrières* († ca. 863) fué también un gran erudito, como lo prueban su «Liber de tribus quaestionibus» y las ciento treinta cartas que se conservan. *Pascasio Radberto* († 860), monje de Corbie, quien escribió «De corpore et sanguine Domini», obra muy discutida. *Rairamo* († 867), monje asimismo de Corbie, intervino en las cuestiones teológicas con su tratado «De praedestinatione» y otros. *Hincmaro de Reims* († 882) intervino muy activamente en todo el movimiento cultural y compuso diversos escritos canónicos, dogmáticos e históricos.

Pero el que sobresale entre todos los escritores citados, tanto por su profundidad, como, sobre todo, por su originalidad, es *Juan Escoto Eriúgena* († 877⁶⁾). Como director de la escuela palatina de Carlos el Calvo, intensificó los estudios de S. Agustín y de los filósofos griegos, con lo cual llegó a formar un sistema filosófico-teológico propio, que, aunque algo arriesgado y demasiado dependiente del neoplatonismo, tiene muchos elementos apreciables, y en todo caso es clara muestra de su talento. Uno de sus trabajos más apreciados son sus traducciones del pseudo Dionisio Areopagita.

⁴⁾ MONCELLE, P., Artíc. Alcuine, en Dict. Géogr. Hist. KLEINCLAUSZ, A., Alcuin. En Coll. An. Univ. Lyon, 15. P. 1948. FUENTES ARAUJO, E., La institución de la Iglesia, según Alcuino. En Rev. esp. Teol., 8 (1948), 231-274.

⁵⁾ Véase, sobre todo: ÜBERWEG-GEYER, II, 157 s.

En Italia sobresalen: *Claudio de Turín* († 830), con sus comentarios a la Sagrada Escritura, y, sobre todo, *Anastasio Bibliotecario* († 886), que pertenece a los hombres más eruditos de su tiempo. Dejando aparte sus andanzas como antipapa y como agitador, adquirió gran renombre por sus trabajos de organizador de las cosas curiales, sobre todo por sus traducciones de las actas de los Concilios ecuménicos VI-X. Fuera de esto, fué muy estimada su Historia Eclesiástica, que es una síntesis de otras gregas.

273. b) Escritores latinos en los siglos X y XI. El siglo X fué, como en todo lo demás, verdadero siglo de hierro en la producción literaria. Lo único que mantuvo la tradición cultural de la Iglesia y en donde brillaron todavía algunos destellos de literatura eclesiástica no despreciable, fueron las escuelas monacales.

SIGLO X. 1. Uno de los que más se distinguieron como centro cultural de primer orden fué el de *San Gallen*, donde se llegó precisamente en el siglo X a un verdadero apogeo. Los hombres que en él trabajaron fueron muchísimos, si bien no hay ninguno que alcanzara un renombre universal. He aquí algunos nombres más salientes: *Notker Labeo* († 1022), abad, llamado «teutónico», es el cuarto entre los homónimos que se distinguieron literalmente. Asimismo sobresalieron cuatro monjes con el nombre de *Ekkehard*, distintos del místico, que vivió más tarde. Del monasterio y escuela de Corbey (Nueva Corbie) distinguióse el monje *Widukind* († 980) con su «Res gestae Saxoniae sive Annalium libri III». Digna de recuerdo es asimismo la monja *Roswitha de Gandersheim* († 894), célebre poetisa, que compuso en forma dramática, a imitación de Terencio, algunas vidas y leyendas de santos.

2. En Francia se desarrollaron con relativa prosperidad las escuelas de *Cluny*, de *Tours*, de *Lieja* y de *Reims*. En ellas se distinguieron particularmente: el canónigo *Flodoardo de Reims* († 966), quien compuso unos Anales o Crónica, la historia de Reims y una notable obra poética. *Gerberto de Reims* († 1003), como *Silvestre II*, adquirió gran renombre como matemático y escribió diversas obras matemáticas, filosóficas, teológicas y canónicas. En Inglaterra es digno de mención el abad de *Glastonbury*, obispo de *Cantorbery* desde 959, quien dejó una concordia notable de las reglas monacales. En Italia sobresalió sobre todo *Liudprando de Cremona* († 972), por sus diversos escritos históricos: «Rerum per Europam gestarum libri VI» y «Liber de rebus gestis Ottonis Magni»; pero en ellos se dejó llevar de la maledicencia y calumnia.

SIGLO XI. En el siglo XI continuó la literatura cristiana en el mismo estado de decadencia del anterior, aunque al fin de él se iniciaba ya el rejuvenecimiento de los estudios en las escuelas monacales y catedralicias, que llevó al apogeo de los dos siglos siguientes.

De Alemania nombraremos en particular: *Tietmaro de Merseburgo* († 1019), conocido por sus crónicas, de gran utilidad para la historia eclesiástica de los emperadores sajones. *Burckhard, obispo de Worms* († 1025), quien publicó una colección de cánones, y el monje *Hermann* († 1054), por sobrenombre «Contractus», del monasterio de *Raichenau*, uno de los mayores polígrafos y eruditos de su tiempo, quien escribió el «Chronicon de sex aetatibus mundi». A él se deben también los himnos «Veni Creator Spiritus», «Alma Redemptoris Mater» y, según parece, la «Salve Regina».

En Francia sobresalió de un modo especial y fué uno de los principales centros culturales de Europa la escuela monacal de *Bec*, en la Normandía. Su mayor esplendor fué debido a sus discípulos *Landfranco* y *Anselmo*. También comenzó a distinguirse la escuela de *París*, a la que acudían ya muchos extranjeros. Especial mención merecen: *Rodolfo Glaber*, de *Cluny* († 1050), conocido por su «Francorum historia», y, sobre todo, *Landfranco de Bec* († 1089), arzobispo de *Cantorbery*, uno de los mejores teólogos de su tiempo, que escribió contra Berengario «De corpore et sanguine Domini» y otras obras.

En Italia adquirieron particular renombre la escuela de medicina de *Salerno* y la de jurisprudencia de *París*. Entre los hombres más notables citaremos: *Guido de Arezzo* († 1050), monje benedictino, célebre como renovador de la música sacra. *Anselmo de Lucca*, como *Papa Alejandro II* (1061-1073), hombre de gran actividad en la reforma eclesiástica, que dejó gran número de decretales y cartas. El Cardenal-obispo *Humberto de Silva Cándida* († 1064) fué notable por su intervención literaria en el asunto del cisma oriental y por sus libros contra la simonía y contra Berengario.

Más que todos los dichos se distinguió, no sólo como reformador, sino sobre todo como escritor, *S. Pedro Damiano* († 1072), abad de *Fonte Avellana* y Cardenal-obispo de *Ostia*. En sus escritos aparece la seriedad de su carácter y la imperturbabilidad de su espíritu recto. Son particularmente dignos de mención: «*Liber gomorrhianus*», contra la corrupción del clero, y «*Disputatio synodalis de electione Pontificis*».

274. c) Actividad literaria en Oriente. No obstante la relativa prosperidad de la Iglesia bizantina en todo este período, son muy pocos los hombres que sobresalieron literariamente.

1. *S. JUAN DAMASCENO* († 749)⁶⁾. La primera figura de la Iglesia oriental en todo este período es, sin duda, *S. Juan Damasceno*, gran debelador de los iconoclastas. Nacido de una noble familia cristiana de *Damascos*, intervino activamente con sus numerosos escritos en defensa de las imágenes. Además compuso otras muchas obras, que le han merecido el título de último de los Padres orientales. La más célebre es la titulada *Πληρὴ γνώσεως*, «fons scientiae», verdadera enciclopedia religiosa de su tiempo, que abarca en tres partes: la Introducción metafísica, la Historia de las herejías y la más importante, «De fide orthodoxa», compendio del dogma católico, que sirvió de manual de estudio en las escuelas orientales.

2. En la misma controversia sobre las imágenes lucharon valientemente con la pluma: *Nicéforo* († 820), Patriarca de *Constantinopla*, y *Teodoro Estudita*, abad de *Studion* († 826). Pero entre los escritores orientales del siglo IX sobresale *Focio* († 897 ó 898), hombre de un carácter altanero y ambicioso, pero de un talento y erudición extraordinarios. Así, compuso los *Amfiloquia*, que son discusiones sobre asuntos exegéticos y dogmáticos muy discutidos, los *Comentarios exegéticos* y otras obras generales de carácter dogmático. A esto deben añadirse gran número de cartas teológicas, decretos sinodales, sobre todo la *Encíclica* de 867, y la célebre *Biblioteca*, es decir, una síntesis de 280 códices antiguos, y un *Lexikon* de la lengua griega.

3. Entre los otros escritores, particularmente los teólogos y escritores, son dignos de mención: *Aretas de Cesarea* († 932), que escribió principalmente un comentario del Apocalipsis. *Teofilacto de Achrida*, búlgaro († 1080), *Miguel Psello*, de *Constantinopla* († 1079), y *Eutimio Zigabeno* († 1118), que escribieron también buenas obras exegéticas. Este último es conocido, sobre todo, por su *Panoplia*, especie de apologética contra las herejías de su tiempo.

En el género hagiográfico trabajó particularmente *Simeón Metafrastes*, en la segunda mitad del siglo X, llegando a escribir ciento veinte vidas

⁶⁾ S. JUAN DAMASCENO, Obras, PG., 94-96, ed. Lequien, 1712. JUGIE, M., Art. Jean Damascène, en Dict. Th. Cath. ERMONT, V., S. Jean Damascène. En «La Pensée Chrét.» P. 1904. CAYRÉE, II, 322 s. (muy buen resumen).

de santos, muy leídas en la Edad Media. Más cultivado fué el género *histórico*, en el que compusieron crónicas y otras obras similares *Jorge Sincello* († 806), el Patriarca *Nicéforo* († 829) y otros.

II. Decadencia de la vida monástica.

Su renovación por Cluny ⁷⁾

275. Una de las notas más brillantes y eficaces de la reforma de S. Bonifacio es la multitud de monasterios por él fundados. Sobre esta base siguió edificando Carlomagno, de modo que en la segunda mitad del siglo VIII y durante el siglo IX los monasterios iban a la cabeza de la civilización, procurando entre otras cosas, en sus escritorios, las copias de los antiguos clásicos, que de esta manera fueron salvados de un seguro olvido.

a) **Decadencia y primeros conatos de reforma.** La decadencia general de la disciplina eclesiástica a fines del siglo IX y sobre todo en el X, arrastró consigo también a la vida monacal. Por esto, en sínodos y Concilios generales, y sobre todo en escritos de particulares, nos encontramos con frecuentes lamentaciones sobre el estado de relajación de la vida monástica. Claro está que, no obstante la relajación de muchos monasterios, quedaban otros observantes como Corbie, Fulda, Bobbio, Montecasino.

Por esto surgieron en diversas partes reformadores providenciales. S. Benito de Aniane ⁸⁾, español de origen, es uno de los primeros y más notables. El monasterio fundado por él en 779 en Aniane fué un modelo de observancia. En 814 fundó otro en Aquisgrán con la ayuda de Ludovico Pío, y desde él influyó en la reforma de otros. En 817 contribuyó muy activamente a redactar el «Capitulare Monachorum», y luego compuso el «Codex regularum», que tomaron muchos monasterios como base o código de reforma.

276. b) Reforma de Cluny ⁹⁾. La reforma de Cluny fué la más profunda y de más vastas consecuencias. Fué una renovación casi universal de los monasterios existentes, unos por estar relajados, otros por aspirar a mayor perfección. Su influjo no se redujo a los claustros monacales, sino que llegó al Pontificado y a toda la vida eclesiástica.

⁷⁾ Véase la bibl. gen. de Origen del Monacato y Órdenes religiosos.

⁸⁾ DULCY, S., La règle de saint Benoît d'Aniane et la réforme monastique à l'époque carolingienne. Nîmes 1935. MABILLON, J., Annales O. S. B. III-V. P. 1706-1708.

⁹⁾ A. BERNARD-A. BRUEL, Recueil de Chartes de l'abbaye de Cluny. 6 vol. (-1300). P. 1876-1903. SACKUR, Die Cluniacenser. 2 vol. 1892-1894. BESSE, DOM, L'Ordre de Cluny et son gouvernement. En Rev. Mab., 1905, p. 5-40, 97-178. CHAUMONT, L., Hist. de Cluny. 2.^a ed. P. 1911. SMITH, L. M., The early History of the Monastery of Cluny (-1048). O. 1921. EVAUT, J., Monastic life at Cluny 910-1157. O. 1931. GUY DE VALOIS, Le monachisme Clunisien des origines au 15.^e siècle. 2 vol. P. 1935. CROSSLEY, F. H., The English abbey, its life and work in the Middle Ages. L. 1935. WILLIAMS, W., Monastic Studies. Manchester 1938. CHAGNY, A., Cluny et son empire, 4 ed. Lyon 1949.

Berno, gran entusiasta de la regla Benedictina, en 910 tomó la dirección del pequeño monasterio de Cluny, fundado por el piadoso conde Guillermo de Aquitania. Dependía directamente del Papa. Además, se introdujo en todo su rigor la regla Benedictina.

El sucesor de Bernardo, *Odón* (926-942), fué el tipo del abad como lo deseaba S. Benito. Todo su celo lo enderezó a hacer vivir las reglas, y como centro de todo, el *opus Dei* o los oficios litúrgicos. Bien pronto Cluny adquirió extraordinaria fama, de modo que no sólo acudieron a él muchos monjes, sino que se le adhirieron otros monasterios. Con esto, se puede decir que Odón fué el que inauguró el período de conquista, y convirtió a Cluny en una Congregación. En Francia, en Italia, en España, en todas partes se fueron agregando más y más monasterios. A los ya existentes se les enviaba una colonia de monjes iniciados en la reforma, para que la introdujeran prácticamente. En cambio, los que se fundaban de nuevo recibían sus superiores de Cluny.

Los abades siguientes, Mayolo (948-994), S. Odilón (994-1049), S. Hugón (1049-1109), continuaron brillantemente la expansión de Cluny. A principios del siglo XII, con el abad *Hugón*, llegó la reforma Cluniacense a su apogeo y contaba en la congregación unos 2000 monasterios, esparcidos por toda Europa.

El prestigio que alcanzó la reforma fué inmenso. De ella partió el impulso para la reforma eclesiástica. De ella procedían *Hildebrando* (Gregorio VII) y otros portavoces de la misma. El mismo influjo se extendió a las artes, sobre todo las decorativas, en la multitud de monasterios y templos que se levantaron.

277. c) Nuevas Órdenes religiosos. Al mismo espíritu de reforma o intensificación de la vida cristiana sirvieron algunas Órdenes nuevas, instituidas en Italia.

1. CAMALDULENSES. La reforma monacal tomó en Italia una dirección especial. Aparte la reforma Cluniacense, que tuvo mucha aceptación, influyó el recuerdo de la vida anacrética, y así, en algunos movimientos de reforma se introdujo en Italia un nuevo tipo de vida religiosa, mezcla de vida cenobítica y anacrética.

El abad *Romualdo* se retiró en 999 para hacer vida de ermitaño; pero en 1012 el conde *Maldolo* le regaló unos terrenos, en los cuales construyó para sí y otros cuatro compañeros unas celdas individuales. Llamóse *Campo Maldolo*, de donde *camaldolo* y *camaldoli*. La colonia aumentó, y como base de su vida seguía la regla de S. Benito, pero acomodada a ellos. Un rasgo nuevo era el silencio absoluto y el hábito de lana blanca. De este principio se fué desarrollando la Orden de los *camaldulenses*, aprobada por Alejandro II en 1072. Al morir S. Romualdo en 1072, contaba pocos discípulos; cincuenta años más tarde eran ya nueve monasterios.

2. MONJES DE VALLEUMBROSA. Todavía aparece más la vida de contemplación en los monjes de Valleumbrosa. Su fundador, *Juan Gualberto*, vivió primero en un monasterio benedictino, luego con los camaldulenses; pero al fin se retiró en 1030 a un valle denominado *Acqua bella* y más tarde *Valle ombrosa*. Allí se le juntaron algunos compañeros, y con ellos organizó un nuevo género de vida. La base era la vida contemplativa y el más riguroso silencio; jamás debían abandonar el monasterio. A la

muerte del fundador en 1073, la nueva orden tenía ya doce casas; un siglo más tarde poseía cincuenta.

Muy parecida fué la actuación de *S. Nilo* († 1005), el cual se retiró a la soledad de *Rossano*, a donde le siguieron muchos discípulos, con los cuales llevó una vida de gran austeridad. Luego se dirigió a *San Miguel de Valletuce*, cerca de Monte Casino, y reunió otro núcleo de discípulos. Sin embargo, no tuvo continuadores. *S. Pedro Damiano*, siguiendo el espíritu de *S. Romualdo*, formó asimismo en *Fonte Avellana* un centro de vida eremítica de gran austeridad. Sin embargo, fué después elevado por los Papas a cargos de gran importancia y trabajó mucho en la reforma de la Iglesia.

278. d) El Monacato y la reforma de Cluny en España ¹⁰⁾.

1. VIDA MONACAL EN ESTE PERÍODO. Después de 711, con la invasión de los sarracenos, el Monacato español sufrió un golpe terrible. La vida monástica, en las regiones dominadas por los árabes, se vió sometida a multitud de restricciones, y poco a poco llegó a ser casi aniquilada. En cambio, en los núcleos cristianos independientes del norte aumentaban los centros de vida monacal.

Así, solamente dentro de las murallas de León había al menos quince monasterios. Además, del de Celanova, en Orense, dependían treinta y nueve, y del de Sahagún, ciento cincuenta. La Regla de San Benito fué abriéndose paso lentamente. Ante todo penetró en Cataluña, región sujeta a Carlomagno. En León y Castilla no nos consta que se comenzara a admitir hasta el siglo x.

Entre los monasterios más célebres merecen nombrarse: el de *Sahagún*, fundado por Alfonso III; los de *Cardena*, *Arlanza*, *Silos*, fundados y protegidos por los condes de Castilla; el de *Leyre*, por los reyes de Navarra; *San Juan de la Peña*, por los de Aragón; *Ripoll* y *San Juan de las Abadesas*, por los condes de Cataluña. El monasterio de *Oña* fué fundado en 1011 por don Sancho, conde de Castilla. En un principio fué monasterio doble. Al frente de las monjas estuvo la princesa Sta. Trigidia.

2. LA REFORMA CLUNIACENSE. En estas circunstancias, hizo su entrada en España la reforma Cluniacense. La inició el monje *Paterno*, de San Juan de la Peña, quien pasó primero algún tiempo en Cluny y luego introdujo la reforma en su monasterio. El mismo abad Paterno, invitado por don Sancho el Mayor, fué a *Oña* e introdujo la reforma de Cluny con todo su rigor. Como abad, dejó Paterno al monje *García*, y a su muerte sacaron de una cueva a un santo solitario llamado *Iñigo*, y lo pusieron al frente del monasterio.

Casi al mismo tiempo pasó la reforma a *Leyre*, *Sahagún*, *Ripoll*, y poco a poco a otros muchos, de modo que en el siglo XII llegaban los monasterios reformados a unos ciento treinta. Entre

ellos sobresalió *Sahagún*, que fué más tarde como el Cluny español. En toda esta obra cabe una parte importante a Sancho el Mayor y sus hijos don Fernando I y Alfonso VI. En Cataluña brilló extraordinariamente el monasterio de Ripoll, sobre todo con su célebre abad Oliva.

¹⁰⁾ PÉREZ DE URBEL, J., Los monjes españoles en la Edad Media. II, 306 s. M. 1933-1934. VILLADA, Z. G., III, 301 s. PÉREZ LLAMAZARES, Clérigos y monjes. León 1944.

CAPÍTULO VI

Disciplina: Jerarquía, culto y costumbres

279. Como en la Edad Antigua, así también en la Media siguieron su desarrollo normal los diferentes puntos que se refieren a la vida interior de la Iglesia. Lo cual es muy digno de tenerse en cuenta, si se considera el estado general de decadencia por que atravesó el Papado en el siglo X y en buena parte de los siglos IX y XI.

I. La jerarquía eclesiástica ¹⁾

En general, se puede decir, que la jerarquía eclesiástica y todo lo que con ella se relaciona siguió su progreso sistemático, si bien tuvo que sufrir las consecuencias de las crisis por que atravesó la Iglesia.

a) El Papa. Por lo que se refiere al fundamento de toda la jerarquía eclesiástica, el Romano Pontífice, debemos decir, ante todo, que ejerció de hecho y con más o menos amplitud la primacía. Esto es tanto más de maravillar, si se tienen presentes las duras pruebas que tuvo que pasar el Pontificado, con la presencia en él de personas indignas y su opresión por parte de las familias nobles y de algunos emperadores. Además, si bien es verdad que en este tiempo se separó definitivamente de su obediencia la Iglesia oriental, es bien sabido que esto tuvo su origen de la tendencia antigua de los orientales y de su incompatibilidad con el Occidente, no de la falta de prestigio del Pontífice. Más aún, no obstante las crisis de los Papas y la escisión del Oriente, el Papa fué en conjunto aumentando su

prestigio, de modo que al fin del siglo XI había llegado a una altura no alcanzada hasta entonces.

Con la creación de los Estados pontificios, era el Papa ya *señor temporal*, y al mismo tiempo fué aumentando sus derechos. Tales fueron: en primer lugar, el de la coronación de los emperadores. Además, él resolvía las causas más importantes de la Cristiandad, deponiendo obispos, concediendo la exención a los monasterios, otorgando diversos privilegios. En la elección pontificia se tuvo que sufrir, primero, la intrusión de algunas familias nobles, que durante algún tiempo secuestraron la dignidad Papal, y más tarde la intervención de los emperadores, que llegaron a arrogarse el derecho de elección; pero, al fin, Nicolás II dió el año 1059 la ley definitiva, por la cual teóricamente se regulaba la elección pontificia por medio de los Cardenales.

280. b) Los Cardenales. El título de Cardenal se fué introduciendo poco a poco, aplicándolo a diversos grupos de eclesiásticos que por sus ocupaciones formaban como el *cardo* o quicio de la organización eclesiástica que rodeaba al Romano Pontífice. El primer grupo lo constituía el *presbiterium*, o sea los veinticinco sacerdotes titulares de las veinticinco parroquias básicas de Roma. Estos eran los *Cardenales-presbíteros*. A éstos se añadían los *Cardenales-diaconos*, que eran los que servían las dieciocho diaconías de la ciudad. El Cardenal archidiacono era la mano derecha del Romano Pontífice. Además se formó un tercer grupo de *Cardenales-obispos*, formado por los obispos de las siete diócesis suburbicarias o de los contornos de Roma: Ostia, Porto, Santa Rufina, Albano, Sabina, Preneste o Palestrina, Frascati o Tusculum.

Su número fué variando según las circunstancias, y sus atribuciones fueron constantemente en aumento. Ya el sínodo de Letrán de 769 dispuso que el Papa debía ser elegido únicamente entre los Cardenales diaconos o presbíteros, pues los obispos se suponían intransferibles. Desde el siglo IX todos ellos eran considerados como el consejo oficial del Papa, y el año 1059 recibieron el derecho exclusivo de la elección pontificia.

281. c) Los metropolitanos y los obispos continuaron con las mismas atribuciones de la Edad anterior. En cambio, se advierte una marcada tendencia a aumentar el número de las provincias eclesiásticas a medida que progresaba el desarrollo de los nuevos Estados cristianos. Las atribuciones del metropolitano fueron disminuyendo por efecto de esta triple causa: la tendencia a la centralización de los poderes eclesiásticos en el Romano Pontífice, el cual ejercía prácticamente el derecho de juzgar al episcopado; la investidura laica, que concedía a los príncipes el derecho de nombrar a los prelados; y en tercer lugar, la misma actitud de los obispos, que procuraban sacudir toda dependencia de los metropolitanos.

Más cambios todavía experimentó la situación de los *obispos*, si bien canónicamente permanecía la misma. Gran número de iglesias y aun parroquias, fundadas por los señores feudales, salían de la jurisdicción episcopal. Del mismo modo eran exentos prácticamente los capellanes señoriales o reales, y, sobre todo, el generalizarse la exención de monasterios sacaba de la dependencia de los obispos una buena parte de las fuerzas más activas de la diócesis. La *visita anual* de la diócesis fué urgida constantemente por los Papas y diversos sínodos, y así se hacía constar expresamente en varios «Capitularia Episcoporum», sobre todo en los de Teodulfo de Orleáns y de Hincmar de Reims.

¹⁾ THOMASINUS, L., *Vetus et nova ecclesiae disciplina circa beneficia*. 3 vol. P. 1688. SÄGMÜLLER, *Die Entwicklung des Archipresbyterats und Dekanats bis zum Ende des Karolingerreiches*. 1898. THOMAS, P., *Le droit de propriété des laïques sur les églises et le patronage laïque au Moyen Âge*. P. 1906. PÖSCHL, A., *Bischofsgut und Mensa episcopalis*, 1.^a y 2.^a partes. 1908-1909. FAURE, J., *L'archiprêtre, des origines au droit décréétalien*. Grenoble 1911. SCHÜLER, M., *Die Besetzung der Bistümer bis auf Bonifaz VIII*. 1912.

Por esto mismo, para atender mejor a la administración de las grandes diócesis, y sobre todo para suplir sus frecuentes ausencias, aparecieron diversos cargos nuevos que eran auxiliares del obispo. Ante todo se presenta el *Chor-obispo*, que auxiliaba al ordinario en el ejercicio de su autoridad episcopal y administraba la diócesis después de su muerte. Como se ve, era una institución distinta de los *χρηστικτονοί* de la Antigüedad, u obispos de campaña, que poseían poderes episcopales particularmente limitados. Semejante fué la institución de los *archidiaconos*, que ya aparece en el período anterior, pero que se desarrolló notablemente en los siglos IX y X.

II. Administración eclesiástica: Concilios, diócesis y parroquias ²⁾

282. De lo dicho se pueden colegir ya en buena parte los rasgos característicos de la administración eclesiástica de este período. Sin embargo, es necesario notar algunas cosas en particular.

a) **Concilios y visitas diocesanas.** Para urgir con más eficacia la reforma de costumbres, continuaron celebrándose diversas clases de Concilios. En primer lugar se celebraron en este período dos Concilios ecuménicos, el II de Nicea, que fué el VII ecuménico (787), y el IV de Constantinopla, VIII ecuménico (869).

Mucho más importantes para el gobierno de la Iglesia fueron los *Concilios de reforma*, que comenzaron a celebrarse en este tiempo en Roma. Aunque Gregorio VII fué quien con más constancia los celebró, ya antes de él se introdujeron con bastante regularidad. En ellos se dieron y se siguieron urgiendo las medidas básicas más importantes para la reforma de la Cristiandad. A este mismo tipo de sínodos reformadores pueden juntarse los que celebró S. Bonifacio, tanto en Austrasia como en Neustria, y los generales de todo el territorio franco. También en ellos se fué encauzando la obra del gran misionero y organizador. Del mismo modo se celebraron en otras ocasiones y en otros Estados cristianos multitud de *Concilios nacionales* o *provinciales*, con el objeto de reformar y discutir las cuestiones pendientes.

Una de las cosas más urgidias en los diversos sínodos fué la *visita de las diócesis* por los obispos. Para facilitarla, además de la institución de los obispos auxiliares, se introdujo una organización nueva, el llamado *tribunal sinodal*, compuesto de siete varones de conocida probidad, que eran escogidos en cada comunidad cristiana, y bajo juramento debían informar al obispo sobre los acontecimientos y defectos más importantes. Sobre el modo como debían proceder los obispos en la administración y visita de sus iglesias, informan ampliamente los *Capitularia episcoporum*, que fueron uno de los frutos de los sínodos.

283. b) **Parroquias y otras instituciones semejantes ³⁾.** Desde el siglo IX las diócesis más extensas fueron divididas en *archidiaconados*, y éstos a su vez en *decanatos*, al frente de los cuales era nombrado uno de los párrocos con el título de *arcipreste* y *decano*. De tiempo en tiempo procuraba éste reunir los llamados *capítulos rurales* y servía de lazo de unión entre los diversos párrocos y la curia episcopal.

Una de las instituciones más memorables es la de la *vida común* de los eclesiásticos, que comenzó a introducirse en el siglo VIII. Para ello se compusieron algunas reglas sencillas y acomodadas, cuya base la for-

²⁾ SÄGMÜLLER, J. B., Lehrb. des kath. Kirchenrechts. 2 vol. 4.ª ed. 1925. THOMASINUS, L., Vet. et. nova eccl. disc. 3 vol. P. 1688.

³⁾ SCHRÖDER, A., Die Entwicklung des Archipresbyterats und Dekanats... 1898. IMBART DE LA TOUR, P., Les Paroisses rurales du 4.º au 11.º s. P. 1900. ZORELL, St., Die Entwicklung des Parroquialsystems bis zum Ende der Karolingerzeit. En Arch. Kath. K. R., 82 (1901), 74 s., 258 s.

maba el rezo en común del oficio divino, alguna especie de lectura piadosa y el comer y dormir en comunidad. Por otra parte, podía cada uno conservar sus bienes. A esto se llamó *vita canonica*, y a los que se acomodaban a ella *canonici*. Fué uno de los mejores medios para la reforma de la vida relajada de muchos clérigos. Por otra parte, como en las reuniones de los «canónicos» solía leerse un capítulo, de ahí que se diera el nombre de *Capítulo*, primero al local de reunión, luego al mismo Instituto.

La *parroquia* continuó formando la base de la administración eclesiástica. Diversos sínodos, como los de Calcedonia (451) y Orleáns (511), habían dado ya normas para regular la vida de las parroquias rurales. Solamente en las iglesias parroquiales se podía administrar el bautismo. Siguiendo su desarrollo orgánico, desde el siglo VII las parroquias obtuvieron cierta independencia administrativa, aunque siempre quedaron sujetas al obispo. En tiempo de Carlomagno se llegó ya a la estabilización de los bienes parroquiales, con prebendas fijas anejas al cargo de párroco.

Para ello se generalizó el pago de los *diezmos* ⁴⁾, que en un principio estaban limitados a los frutos del campo, y luego se generalizaron a toda clase de rentas. Además de los diezmos, recibían las iglesias *donativos*, sobre todo de las personas nobles y de los reyes, con lo cual se fueron formando en torno de las iglesias y monasterios, grandes núcleos de posesiones eclesiásticas, que en el siglo VII se calcula abarcaban un tercio del Estado franco (y algo parecido se puede decir de los demás Estados cristianos).

También en este tiempo tuvo un desarrollo extraordinario la institución de las *iglesias propias* ⁵⁾. No solamente los señores territoriales, sino también los monasterios, fundaban y dotaban monasterios e iglesias, y obtenían el derecho absoluto sobre ellas junto con el de nombrar a sus capellanes, dotarlos, desposeerlos, etc. Este sistema se desarrolló mucho en las regiones del Imperio germano. Ya desde Carlomagno tuvieron que intervenir los sínodos para regularizar la posición de los capellanes de esta clase de iglesias con respecto al ordinario, a quien debían permanecer siempre sujetos. Con la cuestión de las investiduras se eliminó más tarde o moderó el derecho especial de las iglesias propias.

III. Colecciones de cánones. El falso Isidoro ⁶⁾

284. a) **Colecciones de cánones.** El resultado principal de los Concilios quedaba consignado en los cánones. Por esto, bien pronto se sintió la necesidad de compilar los emanados de los principales Concilios o sínodos, con el objeto de tener siempre a mano esta especie de código eclesiástico. Ya en el período anterior aparecen estas «Colecciones de cánones»; pero desde el siglo IX se fueron multiplicando y adquiriendo gran importancia.

⁴⁾ PÖSCHL, A., Bischofsgut und Mensa episcopalis. 3 vol. 1908-1912. VIARD, P., Histoire de la dime ecclési. P. 1909. LÉSNÉ, E., La dime des biens ecclési. au 9^e et 10^e siècles. En Rev. Hist. Eccl., 1912, p. 477 s., 659 s.; 1913, 97 s., 48 s. MAGNIN, A., Art. Immunité ecclési., en Dict. Th. Cath. LÉCLERCQ, H., Art. Immunité, en Dict. Arch.

⁵⁾ HAUCK, A., Die Entstehung der bischöflichen Fürstenmacht. 1891. Id., Die Entstehung des geistl. Territorien. 1909. THOMAS, P., Le droit de propriété des aïeux sur les églises et le patronat laïque au Moyen Âge. P. 1906. HIRSCH, H., Die Klösterimmunität seit dem Investiturstreit. 1913. SCHULTE, A., Der Adel und die deutsche Kirche im MA. 2.ª ed. 1922. PÖSCH, A., Die Regalien der mittelalterl. Kirchen. 1928. Otras obras p. 230.

⁶⁾ HINSCHIUS, Decretales Pseudo-Isidorianae et capitula Angilramni. 1863. SIMSON, B., Die Entstehung der pseudo-isidorischen Fälschung in Le Mans. 1886. LURZ, G., Über die Heimat Pseudo-Isidors. 1898. SCHRÖRS, Papst Nikolaus I und Pseudo-Isidor. En Hist. Jb., 1904. 1-33. FOURNIER, P., Études sur les Fausses Décretales. En Rev. Hist. Eccl., 7 y 8 (1906-1907). SICKEL, E., Art. Pseudoisidor, en Realenz. pr. Th.

De las colecciones ya existentes alcanzó especial renombre la de *Dionisio el Exiguo*, sobre todo cuando el Papa Adriano I, el año 774, dió una copia ampliada de la misma como obsequio á Carlomagno. Comprendía los cánones apostólicos, los decretos de los cuatro primeros Concilios ecuménicos y un gran número de decretales pontificias desde Siricio hasta Anastasio II (384-498). Este fué el núcleo primero de la colección, que fué completada después. Carlomagno la promulgó en Aquisgrán en la forma refundida de Adriano I.

La segunda colección en orden de importancia y uso es la llamada *collectio hispana*. Tomó como base la colección de Dionisio el Exiguo. Lo nuevo consistía en añadir las decretales posteriores de los Papas y las disposiciones de los Concilios nacionales españoles y francos. Por esto fué la preferida en las Galias y en España, y aun en otras regiones europeas alcanzó gran autoridad.

285. b) Decretales pseudo-isidorianas. A este propósito, y para completar esta materia, es necesario que digamos algo sobre las falsas decretales isidorianas o el falso Isidoro.

Su autor es *Isidoro Mercator*, o más bien un grupo de escritores que se cubren con este nombre. Consisten en una colección de cánones o documentos pontificios, sobre la base de «*Collectio Canonum Hispana*» en una recensión francesa. Durante la Edad Media se supuso que el autor nombrado en el prólogo era S. Isidoro de Sevilla, y por eso a él se atribuía la colección. Tres son las partes que contiene: Decretales desde Clemente I hasta el Papa Milciades; colecciones de Concilios y Decretales desde Milciades a Gregorio II. En conjunto, al lado de muchos documentos auténticos se hallan unos cien falsificados, los cuales fueron cogidos de fuentes muy diversas.

El objeto que se pretende en la colección es robustecer y confirmar las opiniones entonces existentes sobre el poder del Papa, para lo cual presentaba un instrumento lo más completo posible sobre las cuestiones canónicas, teológicas y litúrgicas, aprovechaba todo el material que hallaba a mano, poniendo nombres antiguos a escritos y documentos nuevos con el fin de darles más autoridad, y añadiendo documentos de nueva invención donde no existían otros. El medio escogido es ciertamente reprehensible; pero no cabe duda de la buena fe de los coleccionadores.

Por otra parte, no se puede afirmar que con esta colección se creó un derecho nuevo; pues, en realidad, todas esas cosas ya se defendían en la Iglesia. Mucho menos se puede sostener que la lucha posterior de los Pontífices por la independencia del poder eclesiástico y la superioridad de éste sobre los príncipes esté basada exclusivamente en los falsos documentos de las Decretales pseudo-isidorianas. Éstas no hicieron otra cosa que confirmar lo ya existente. De hecho, en los siglos siguientes, incluso los grandes Pontífices de la Edad Media, utilizaron estas Decretales para defender sus derechos; pero ya en el siglo XII se comenzó a dudar de su autenticidad, como lo manifiesta Pedro Comestor, y en el siglo XIV, Marsilio de Padua. En el siglo XV los rechazaron muchos como documentos falsos, principalmente Nicolás de Cusa y Juan de Torquemada. El último que las defendió fué el jesuita Francisco de Torres, pero lo refutó el calvinista David Blondel. Desde entonces ya nadie puede creer de buena fe en su autenticidad.

IV. Culto: Sacramentos y sacramentales ⁷⁾

286. En el desarrollo del culto y de la administración de Sacramentos se introdujeron algunos cambios y nuevas formas, que dan bien a entender la vida de la Iglesia.

⁷⁾ PROBST, Die abendländische Messe vom 5. bis zum 8. Jahrh. 1896. FUNK, F. X., Die Entstehung der heutigen Taufform. En Kg. Abh., I, 1897. MAGANI, L'antica liturgia romana. 3 vol. Milán 1897-1899. BRAUN, J., Die priesterlichen

a) Liturgia y costumbres pertenecientes al culto. El primer fenómeno digno de observación es que, tanto en Oriente como en Occidente, se nota una tendencia clarísima a la *unificación de la liturgia*. Así, mientras en Oriente la *liturgia de Constantinopla* fué eliminando a todas las demás, en Occidente se fué introduciendo en todas partes la *liturgia romana*. En las Galias, Pipino el Breve prohibió la *liturgia galicana*, que debía ser sustituida por la romana, y Carlomagno completó esta obra introduciendo el «*Sacramentarium Gregorianum*», enviado por Adriano I. Del mismo modo en Inglaterra, el sínodo de Cloveshove del año 747 prescribió el uso de la liturgia romana. En España se mantuvo más tiempo la liturgia nacional mozarábiga; pero también fué sustituida en tiempo de Gregorio VII. En Escocia e Irlanda la liturgia romana se introdujo en el período siguiente. En cambio, los esfuerzos de los Papas no consiguieron eliminar la de Milán.

Las *misas privadas* comenzaron a introducirse en el siglo VII. Hasta entonces se continuó la costumbre primitiva de las misas parroquiales, a las que asistía el pueblo y el clero y recibía la comunión de manos del párroco; pero fuera de éstas, no se celebraban otras misas. En cambio, desde este tiempo comenzaron a celebrar todos los sacerdotes, por lo cual se hizo necesario aumentar los altares de las iglesias. Poco a poco, las oblationes que solían ofrecer los fieles fueron suplidas por estipendios de misas.

Respecto de la *comunión* de los fieles, tuvieron lugar cambios notables. Ya desde el período anterior fué desapareciendo la costumbre antigua de comulgar los cristianos con frecuencia. Las cosas fueron evolucionando de tal manera, que el sínodo de Tours de 813 impuso la obligación de comulgar al menos tres veces al año. Por otra parte, continuó en Occidente la costumbre de recibir la comunión *bajo las dos especies*, pero desde el siglo IX ya no se colocaba la hostia sobre la mano, sino sobre la lengua. También por este tiempo se comenzó a usar en Occidente el *pan sin levadura*, por lo cual los griegos designaron a los occidentales como *acimitas*.

La *predicación* se fué urgiendo cada vez más. Con este objeto aparecieron por vez primera diversos *sermonarios*. Tales fueron los de Beda el Venerable y Pablo Diácono. Más aún, con este mismo objeto, diversos hombres eruditos del tiempo, como Rábano Mauro y Pedro Damiano, compusieron explicaciones sistemáticas de los usos y ejercicios del culto divino. Es curiosa la observación de que en varios sínodos se urge la *predicación en lengua vulgar*.

Gewänder des Abendlandes. 1898. ÍD., Die pontifikalen G. des Abendlandes. 1898. ÍD., Die liturgische Gewandung. 1907. DUCHESNE, L., Origines du culte chrét. 5.^a ed., p. 119 s. P. 1909. BATIFFOL, P., Histoire du Bréviaire. 3.^a ed. P. 1911. TIXERONT, J., L'évolution de la discipline pénitentielle du 5.^e au 8.^e s. dans l'Église lat. En Univ. Cathol., 1912. 128 s. FERRERES, J. B., Historia del Misal Romano. Barcelona 1929.

Respecto del *canto eclesiástico*, después de los esfuerzos de S. Gregorio Magno, Paulo I envió a Pipino el Breve un «Antiphonale» y un «Responsale», en que se reunían las melodías entonces en uso. Con esto se fué introduciendo el canto eclesiástico en toda Francia, al mismo tiempo que se fundaba en Inglaterra la célebre escuela de canto de Kent. Pero quien le dió mayor impulso en Occidente fué Carlomagno, imponiéndolo a todo su Imperio. El monje *Hukbaldo de San Amando* inventó el canto a dos y más voces, y *Guido de Arezzo* perfeccionó el sistema de notas entre dos o más líneas, base del pentagrama.

También en este tiempo aparecen, procedentes de Oriente, los primeros *órganos* en las iglesias. El primero lo recibió Pipino el Breve como regalo de Constantino V Coprónimo, en 757. No mucho después, en 812, recibió Carlomagno otro mucho mejor del emperador bizantino Miguel. Éste fué llevado a Aquisgrán. Desde entonces el órgano se fué generalizando cada vez más. Es interesante la historia y uso de las *campanas*. Ya los persas, griegos y romanos las conocieron y usaron en los templos. Entre los cristianos aparecen por vez primera a fines del siglo VI, pero no se generalizaron hasta el siglo VIII.

287. b) Administración de los sacramentos. En general se puede decir que la administración de los sacramentos siguió en la misma forma que en el período precedente y con un desarrollo normal.

1. **BAUTISMO.** Desde el siglo VIII se convirtió en norma general la costumbre de bautizar a los niños. Por otra parte, continuó en uso el sistema de *inmersión* triple, y se introdujo la costumbre de bautizar condicionalmente en caso de duda. Salvo los casos de necesidad, sólo debía administrarse el bautismo en las iglesias parroquiales y en los días señalados. Un cambio, si la necesidad lo pedía, aun los bautizos administrados por judíos y paganos eran tenidos como válidos.

2. **CONFIRMACIÓN.** Siguiendo la costumbre ya establecida, la confirmación era administrada en Occidente no más que por los obispos; en cambio, en Oriente podía administrarla el simple sacerdote. El Santo Crisma sólo podía ser consagrado el Jueves Santo.

3. **PENITENCIA.** Dos direcciones pueden señalarse en el desarrollo de la penitencia: por una parte, se advierte una disminución constante del rigor antiguo en lo que se refiere a la penitencia pública; y por otra, la introducción gradual de la penitencia privada. La confesión privada traía consigo inmediatamente, por regla general, la absolución. Los pecados más graves eran todavía castigados con penitencia pública; a los tres pecados «capitales» antiguos se añadieron ahora: el rapto de una doncella, la usura, el perjurio, la magia, el incendio y otros. Los *jueces sinodales* tenían la obligación de denunciar al obispo a los pecadores públicos, y si éstos ponían dificultad en someterse a la penitencia impuesta, incluso se pedía auxilio a la autoridad civil.

El rigor antiguo se fué aliviando con una serie de nuevas prácticas: en primer lugar, por la llamada *redención*, a semejanza del *Wergeld* del derecho antiguo germano. Consistía en cambiar las penitencias impuestas por otras más ligeras. Otras veces la redención se hacía por medio de oraciones especiales o substituyéndose a otra persona, y sobre todo por limosnas, destinadas a los pobres y a otras obras buenas. Por desgracia, se

abusó bien pronto del sistema de la limosna, que vino a convertirse en algunos casos en verdadera compra de la absolución.

Además de la redención, se empleaba el sistema de la *conmutación* de una penitencia por otra, como el ayuno por ciertas oraciones, la disciplina por la visita de iglesias. Finalmente se empleaban las *indulgencias*, que comienzan a aparecer en el siglo IX y representan el paso más significativo en la mitigación de la penitencia. Así, ya en tiempo de Benedicto IX (1033-1045) se concedieron algunas *indulgencias plenarias*, cosa que se repite en 1065 por Alejandro II, y luego se hizo bastante frecuente. Estas indulgencias plenarias, concedidas a la visita de una iglesia, confesión o recitación de ciertas preces, acompañadas de alguna limosna, libraban de todas las penitencias impuestas por toda clase de pecados.

Relacionado con la penitencia está el *sistema penal* empleado por la Iglesia. Las dos penas mayores que imponía entonces la Iglesia eran el *entredicho* y la *excomunión*. El *entredicho*, unas veces se imponía a una población; otras, a una comarca o un reino. El efecto principal era que no podían celebrarse oficios divinos públicos, y sólo se permitía la misa privada y a puertas cerradas. Por lo demás, no se administraban los sacramentos, a no ser la comunión a los enfermos. La *excomunión* era esencialmente individual, y por ella se prohibía al excomulgado entrar en las iglesias y tratar con los demás cristianos. Ambos castigos llegaron a obtener un efecto efficacísimo en los tiempos de más fe y de mayor prestigio del Pontificado.

4. **EXTREMAUNCIÓN.** El uso de la Extremaunción durante este período es muy irregular. Por esto algunos sínodos, particularmente el de Aquisgrán de 801, urgieron su empleo en caso de enfermedad grave.

5. **MATRIMONIO.** Del mismo modo continuó la Iglesia urgiendo todas las disposiciones encaminadas a la santificación del matrimonio. A las ceremonias indispensables pertenecía el consentimiento mutuo, manifestado delante del sacerdote. Se completaron los impedimentos del matrimonio. En este tiempo encontramos los siguientes: *consanguinidad*, al menos hasta el cuarto grado; *afinidad*, *rapto*, *voto* y *disparidad de culto*. El matrimonio se consideraba absolutamente indisoluble, aun en caso de adulterio.

6. **SACRAMENTALES.** Ya desde el siglo IX aparecen reunidas en los *Sacramentarios* o *Rituales*, fórmulas especiales para bendecir a los emperadores, reyes o príncipes, a los caballeros y sus espadas, familia y matrimonio, madre e hijo, viajeros o peregrinos, comidas y bebidas, casas y cortijos, animales y frutos. Son los llamados sacramentales. Uno de los más populares fué el *agua bendita*. Su uso se remonta al siglo IX.

V. Veneración de los santos. Santuarios y peregrinaciones ⁸⁾

288. Una de las cosas que experimentaron un desarrollo más exuberante fueron las *fiestas* dedicadas a Jesucristo, a la Virgen y a los santos. Las más importantes en este tiempo eran: Navidades, que duraban

⁸⁾ NILLES, *Kalendarium manuale utriusque ecclesiae orientalis et occidentalis*. 2.^a ed. 2 vol. 1896. BEISSEL, ST., *Die Verehrung der Heiligen und ihrer reliquien im M.A.* 2 partes. 1890-1892. ZOEPF, L., *Das Heiligenleben im 10. Jahrh.* 1908. WILLIEN, A., *Histoire des commandements de l'Eglise*. P. 1908. KELLNER, *Heortologie oder das Kirchenjahr und die Heiligenfeste in ihrer geschichtlichen Entwicklung*. 3.^a ed. 1911.

cuatro días; Circuncisión, Epifanía, Purificación, Pascua, que duraba asimismo cuatro días; Ascensión, Pentecostés, San Juan Bautista, San Pedro y San Pablo, Asunción y Natividad de la Virgen, Todos Santos, y la fiesta de cada uno de los doce Apóstoles. A fines del siglo X se introdujo la festividad de los fieles difuntos, que se extendió rápidamente. Se introdujeron asimismo: la fiesta de los Inocentes, San Martín, San Lorenzo, San Miguel y otras de los patronos locales. Era incumbencia del obispo declarar cuándo uno debía ser considerado como santo. La primera canonización propiamente tal no tuvo lugar hasta fines del siglo X, en un sínodo de Letrán, por el Papa Juan XV.

Digna de especial estudio es la veneración tributada a la Santísima Virgen, que dio origen a innumerables leyendas. Ante todo, es un hecho que se le dedicaron gran número de iglesias, y aun desde el siglo XI fué celebrado particularmente el sábado como día mariano. S. Pedro Damiano introdujo el oficio de la Virgen, y por este tiempo aparece también la costumbre de juntar al «Padre nuestro» el saludo del «Ave María». Además se compusieron gran cantidad de himnos, como Ave Maris Stella, Alma Redemptoris Mater, y sobre todo la Salve Regina.

De esta veneración a la Santísima Virgen y a los santos se originó el gran número de *santuarios* o *lugares de peregrinación*, así como también el culto cada vez más intenso de las *reliquias*. Ante todo, fueron considerados como lugares de peregrinación *Jerusalén* y los diversos parajes santificados por Jesucristo y la Santísima Virgen. En segundo término, adquirieron gran celebridad los *sepulcros* de Roma de los príncipes de los Apóstoles, *Pedro y Pablo*, a donde acudían los fieles de todas partes. A esto se añadió un tercer santuario, que bien pronto se convirtió en importantísima meta de peregrinaciones de toda la Cristiandad: *Santiago de Compostela*. Además fueron muy venerados los *sepulcros* de los demás Apóstoles y de otros santos célebres, particularmente S. Martín de Tours.

Por otra parte, el celo por recoger reliquias dió frecuentemente ocasión a algunos abusos, particularmente a falsificaciones, contra las cuales tomaron medidas los Concilios y los Papas. Pero, en general, fué uno de los elementos que más contribuyeron a mantener la piedad típica medieval.

Con esto se explica el que por este tiempo aumentara notablemente la *literatura hagiográfica*. Además se escribieron muchas biografías; pero casi todas se resentían del prurito exagerado de recoger leyendas o cosas maravillosas.

Del mismo modo se desarrolló notablemente el *sistema de ayunos* iniciado en el período anterior. El *ayuno cuaresmal* quedó fijado definitivamente, y para que tuviera cuarenta días completos, se puso el principio en el miércoles que precede al primer domingo de cuaresma. Al mismo tiempo se introdujo la costumbre, prescrita luego por el Concilio de Benevento de 1091, de imponer la ceniza en este miércoles, por lo cual fué denominado *miércoles de Ceniza*. Del mismo modo se presentan a principios de este período los domingos de *Septuagésima*, *Sexagésima* y *Quincuagésima*, como domingos de penitencia, preparatorios del ayuno cuaresmal. Al ayuno se juntaba ordinariamente la abstinencia de carnes, huevos y lacticios. Más aún, era costumbre también durante la cuaresma abstenerse de la caza, del uso del matrimonio, celebración de procesiones y algunas diversiones.

VI. Vida moral y religiosa del pueblo cristiano *)

289. Para tener una idea lo más exacta posible del estado de la Cristiandad en este período, conviene añadir a todo lo dicho algunas observaciones.

*) KUSTER, C. F., De treuga et pace Dei. 2.^a ed. 1902. VACANDARD, F., L'Église et les ordes. En Études de critique, I, 4.^a ed. P. 1909. SCHREIBER, G., Mutter und Kind in der Kultur der Kirche. 1918. GRUPP, G., Kulturgesch. des MA. I-III. 3.^a ed. 1921-1924. GRELEWSKI, S., La réaction contre les ordes en France depuis le 9.^e siècle. Estrasbourg 1924. SCHNÜRER, G., Kirche u. K. I-II.

a) **El clero.** En general, se puede decir que el clero bajo, procedente en su mayor parte de las clases humildes, era más bien rudo, tenía una formación deficiente y era con frecuencia víctima del concubinato y de la simonía. El clero alto era excesivamente mundano y estaba demasiado metido en los asuntos seculares, por lo cual descuidaba la dirección de las iglesias y la verdadera reforma de costumbres.

Sin embargo, no faltaron, ni entre el episcopado ni entre el clero bajo, verdaderos modelos de sacerdotes y reformadores. Entre los Papas, no obstante las calamidades del tiempo, ya se ha visto cómo algunos se esforzaron, sobre todo desde León IX (1048-1054), en la reforma de la Iglesia. Lo mismo hicieron algunos santos ilustres, como la madre de Otón I, Matilde, y su esposa, Adelaida. Del mismo modo, Enrique II, el Santo, y la emperatriz Kunigunda, S. Esteban de Hungría y otros.

La *formación del clero* se fué organizando lentamente. Poco a poco fueron apareciendo algunas *escuelas catedralicias* y *monásticas*, donde recibían los clérigos los conocimientos indispensables para ejercer su ministerio. Los sacerdotes debían aprender los salmos del Breviario, el símbolo apostólico y el atanasiano. Además se les exigía el conocimiento de los libros litúrgicos, como el Sacramentario, Penitencial y Calendario eclesiástico. Como se ve, la formación dogmática era insuficientísima, y casi todo se reducía al aprendizaje práctico de los diversos ministerios sacerdotales.

290. b) **El pueblo.** No obstante los esfuerzos puestos por la Iglesia en la instrucción de los pueblos germanos recién convertidos, continuaron durante mucho tiempo entre ellos algunas costumbres con reminiscencias del paganismo.

Ante todo advertimos una tendencia persistente a ciertas *prácticas supersticiosas*, que tuvieron que corregir frecuentemente los sínodos nacionales. Así, el *Concilium Liftinense*, dirigido por S. Bonifacio en 743, compuso un célebre «Indiculus superstitionum» contra las prácticas de magia, adivinación, amuletos, brujerías, etc.

Más interesantes y característicos fueron los llamados *juegos orales* o *juicios de Dios*, basados en la suposición de que Dios intervendría en favor de la causa justa. Estas pruebas se generalizaron extraordinariamente desde el tiempo de Carlomagno y continuaron en uso durante la Edad Media. La Iglesia intervino frecuentemente para eliminar los abusos y las supersticiones evidentes.

He aquí algunas de las más importantes:

El *duelo*, usado principalmente desde el siglo X al XII, fué condenado por el Papa Nicolás I; sin embargo, gozaba de gran aceptación. *Prueba de la Eucaristía*: un acusado probaba su inocencia recibiendo la comunión, pues se suponía que no la podía recibir sin castigo de Dios, si no era inocente. *Agua fría*: el acusado que con pies y manos atados no sobrenadaba sobre el agua fría, era tenido por culpable. *Prueba del fuego*: se consideraba como inocente al acusado que entraba en el fuego con los pies desnudos y salía ileso.

Las *guerras y disensiones privadas* entre los señores feudales fueron objeto de la solicitud particular de la Iglesia. Las venganzas personales, las guerras parciales de unos señores contra otros sembraban frecuentemente la ruina entre las familias cristianas. Por esto la Iglesia obtuvo, por de pronto, el respeto al *derecho de asilo* otorgado por el código romano-cristiano a las iglesias. Además, el sínodo de Limoges de 1031 y otros sínodos francos trabajaron por introducir la llamada *Treuga Dei*, es decir, que desde el miércoles por la noche al lunes por la mañana no se hiciera ningún uso de las armas. En este sentido desarrolló también gran actividad el abad de Cluny, Odilón.

LEHMANN, ALFR., Aberglaube und Zauberei von den ältesten Zeiten bis in die Gegenwart. 3.^a ed. 1925. KEML, P., Die Steuer in der Lehre der Theologen des MA. 1927.

Estos lados desfavorables de la situación del Cristianismo en este período no deben hacer olvidar los *puntos luminosos y favorables*. Entre éstos sobresale, como ya se ha indicado diversas veces, el sentimiento religioso de que estaba imbuída la sociedad cristiana medieval y que dió a las veces origen a los defectos apuntados. De ahí la gran floración de monasterios y órdenes religiosas, que se llenaban de hombres y mujeres dedicados al servicio de Dios, y de grandes bienhechores entre los señores y los príncipes, que destinaban cuantiosas fortunas a la fundación de casas religiosas. De ahí también el aumento creciente de las obras de caridad, asilos y hospitales, que fueron la base de las Órdenes hospitalarias de los siglos siguientes.

PERÍODO II (1073-1303)

El Pontificado en su apogeo y hegemonía medieval ¹⁾

291. Los siglos XII y XIII representan el mayor florecimiento de la Iglesia medieval y el mayor prestigio del Pontificado. Gregorio VII, sobre la base de los Pontífices anteriores, da un paso decisivo, que en los pontificados siguientes conduce al punto culminante de Inocencio III. Durante el siglo XIII se mantiene el prestigio del Papa y de la Iglesia, si bien en los últimos decenios se inicia ya un descenso. Bonifacio VIII termina este período y significa el esfuerzo último del Pontificado por mantener la hegemonía. Este florecimiento de la Iglesia produce efectos extraordinarios, como son: las cruzadas; la lucha decidida contra la herejía; el apogeo de la escolástica; la floración de Órdenes Religiosos y la exuberante vida artística, religiosa y moral del pueblo cristiano.

CAPÍTULO I

El Pontificado y la Cristiandad

Frente a los príncipes seculares y particularmente los emperadores, tuvieron que mantener constantemente los Papas una lucha intensa en defensa de sus derechos. Algunas veces fué una lucha apasionada, que dió origen a cismas y a otros efectos deplorables en la Iglesia.

¹⁾ REGISTRES DES PAPES du 13.^e s. P. 1884 s. En Bibl. des éc. franc. d'Athènes et de R., 2.^a ser. JAFFÉ, POTTHAST, Regesta Pontif. Roman. LAVISSE, Histoire de France. II, 1 y 2. P. 1903. DUFOURCO, A., Le christianisme et l'organisation féodale (1049-1309). 4.^a ed. P. 1924. HELLMANN, S., Das Mittelalter bis zum Ausgange der Kreuzzüge. 2.^a ed. 1924. THE CAMBRIDGE MEDIEVAL HISTORY, V. Contest of Empire and Papacy. Cambridge 1926. CASTELLIERI, AL., Der Aufstieg des Papstums im Rahmen der Weltgeschichte, 1047-1095. 1936.

I. Gregorio VII y la lucha de las investiduras (1073-1085) ²⁾

292. Con la reforma Cluniacense y la actividad desplegada por los Pontífices que precedieron a Gregorio VII, estaba el terreno preparado para el gran apogeo del Pontificado. Pero el mérito principal de este gran Pontífice consiste en haber iniciado con toda decisión la nueva etapa de la lucha eclesiástica por sus libertades.

a) **La investidura laica.** Ya desde antiguo, los obispos y los abades habían obtenido gran significación pública, debido a la íntima unión entre la Iglesia y el Estado. Por esto desempeñaban cargos civiles de importancia, de donde se siguió que fueran recibiendo ciertos derechos de grandeza, *las regalias*, y aun los títulos de duques o príncipes. *Otón I* favoreció sistemáticamente esta elevación de los prelados, pues le daba la ventaja de poder intervenir mejor en su nombramiento. Por esto la aristocracia sacerdotal era generalmente más adicta al emperador.

Este estado de cosas, desde el punto de vista eclesiástico, tenía la ventaja del influjo y ascendiente que daba a los prelados; pero al mismo tiempo traía el inconveniente gravísimo de situarlos en una dependencia excesiva del rey o emperador. Porque la consecuencia que trajo consigo fué que los reyes y emperadores se fueran creando el derecho de nombrar ellos o elegir a los prelados, con lo cual se impedía la elección canónica. Este nombramiento, hecho por personas seculares, era lo que se llamaba la *investidura laica*, que oficialmente consistía desde *Otón I* en la entrega simbólica del báculo, a lo que se añadió luego el anillo.

293. b) Principio de la lucha. Al morir Alejandro II en el año 1073, fué proclamado por el pueblo el archidiacono Hildebrando, alma del movimiento de reforma, quien tomó el nombre de *Gregorio VII* (1073-1085). Era el hombre providencial. Inmediatamente puso en juego su indomable energía, su habilidad diplomática y su gran talento con el fin de llevar adelante su ideal de reforma eclesiástica. Para obtener este ideal de reforma eclesiástica era absolutamente necesaria la independencia del episcopado, pero en unión íntima con los poder

²⁾ *Liber Pontificalis*, ed. L. Duchesne, II, p. 282. *Registrum Greg. VII.* ed. E. Caspar. 2 vol. 1920-1923. *Libelli de Lite imper.*, en Mon. Germ. Hist., 3 vol. 1891-1897. BERNHEIM, E., Quellen Z. Gesch. des Investiturstreites. 2 vol. 2.ª ed. 1913-1914. HALLER, J., Gregor VII. En «Meister der Politik», 1924. Fliche, A., La réforme grégorienne. Vol. I-III. Lovaina 1924-1937. En Spic Lov., fasc. 6, 9, 16. Id., Saint Grégoire, VII, 3.ª ed. P. 1920. GAY, Les Papes du 11.º siècle et la chrétienté. P. 1926. SCHMIDLER, B., Heinrich IV und s. Helfer im Investiturstreit. 1927. VOESER, E., Papauté et pouvoir civil à l'époque de Grégoire VII. Lovaina 1927. WÜHR, W., Studien zu Gregor VII. Kirchenreform und Weltpolitik. 1930. En Hist. Forsch., und Quell., 10. MACDONALD, A. J., Hildebrand (Gregory VII). I. 1932. ARQUILLIÈRE, H.-X., Saint Grégoire VII. Essai sur sa conception du pouvoir pontifical. P. 1934. TELLENBACH, G., Libertas, Kirche und Weltordnung im Zeitalter des Investiturstreites. 1936. STUDI GREGORIANI. Per la storia di Gregorio VII e della riforma gregoriana. Ed. por G. B. Borino. R. 1947.

res civiles. Esto no se podía lograr sino realizando el ideal de la superioridad del Sacerdocio o poder espiritual del Pontificado sobre el poder temporal de los príncipes, lo cual deshacía el sistema de los emperadores, que más bien se consideraban como tutores del Romano Pontífice.

Ante todo, Gregorio VII enderezó sus esfuerzos a la reforma profunda del clero, como base de todo lo demás. Por esto ya en el *sínodo de 1074* promulgó severas disposiciones contra el concubinato de los clérigos y la simonía. Pero bien pronto se convenció de que, para obtener eficazmente la reforma, necesitaba independizarse en la elección de los eclesiásticos. Sólo así podría tener en el episcopado colaboradores eficaces en la reforma eclesiástica. Ahora bien, como lo que más se oponía a este plan era la investidura laica, se decidió a suprimirla. Así lo promulgó con toda decisión en el sínodo de febrero del año 1075.

De este modo, Gregorio VII emprendió la batalla contra la investidura laica, en la cual chocó violentamente con Enrique IV. Éste, al principio del pontificado de Gregorio VII, prometió su apoyo en el plan de reforma. Pero un gran número de prelados se declaró en rebelión. Al Papa no le arredró la resistencia. Por esto, en el mismo sínodo cuaresmal de 1075, juntamente con la prohibición de la investidura laica, excomulgó a cinco consejeros imperiales que continuaban practicando la simonía. Más aún. Con el objeto de dar más fuerza a su autoridad, publicó entonces los célebres *Dictatus Papae*, que resumen toda su concepción sobre el poder pontificio frente a los poderes civiles. Estos principios fundamentales del poder pontificio no eran una invención de Gregorio VII, sino una realización de la idea de S. Agustín y de los Papas Gregorio Magno y Nicolás I, y dió la norma para toda la Edad Media. En el número 12 se proclamaba el poder del Papa para deponer a los reyes, y en el 27 la facultad de librar a los súbditos del juramento de fidelidad.

294. c) Lucha de Enrique IV contra Gregorio VII. Enrique IV, victorioso de los sajones en la batalla del Unstrut de 1075, cambió su primer proceder con el Papa. Sin hacer caso de sus disposiciones y sentencias, admitió a los consejeros excomulgados por Gregorio VII y siguió obrando simoníacamente y nombrando prelados por su cuenta. Sabedor de esto el Papa, envióle al punto legados; pero éstos fueron tratados con desprecio. Más aún, en una asamblea del episcopado alemán, tenida en Worms en 1076, se presentó una acusación formal contra el Pontífice, en la que se reunieron las más bajas calumnias contra él. El resultado fué la *deposición de Gregorio VII*. Aun escritores protestantes juzgan esta conducta de Enrique IV como acto de gran ligereza, muy propia de su carácter, y que le trajo la ruina.

El Papa recibió la noticia mientras celebraba el sínodo cuaresmal de 1076. En él, pues, respondió al Rey alemán publicando la excomunión, y en consecuencia la deposición de Enrique IV. A continuación todos sus súbditos fueron declarados libres del juramento de fidelidad. Esta sentencia era la realización de los *Dictatus Papae*, que él mismo había proclamado. Los obispos partidarios de Enrique, parte fueron depuestos, parte excomulgados.

Era la primera vez que el Papa excomulgaba y deponía a un rey; pero el efecto fué desastroso para Enrique. Llevado de su cólera, hizo éste deponer de nuevo al Papa y publicó un virulento escrito contra él. Sus partidarios lo abandonaron. Los sajones aprovecharon las circunstancias para un nuevo levantamiento. Los grandes del reino en la dieta de *Tribur*, en octubre de 1076, convinieron con Enrique IV, que se hallaba en Oppenheim, al otro lado del Rin: que en la fiesta de la Purificación de 1077 se debía decidir el asunto en una dieta de Augsburgo, presidida por el Papa. Si Enrique dentro de un año no era absuelto de la excomunión, todos lo abandonarían.

Al acercarse el 2 de febrero, Gregorio VII se dirigía hacia Augsburgo; pero al llegar a Mantua, tuvo noticia de que Enrique IV se hallaba en Italia. El Papa se retiró entonces a la fortaleza de *Canosa*, perteneciente a la condesa *Matilde de Tuscia*. En efecto, Enrique se había decidido a humillarse ante el Papa y tratar de obtener así el perdón. Por esto, en el rigor del invierno, había atravesado los Alpes con muy pequeña escolta, y al tener noticia del retiro de Gregorio VII, se dirigió a *Canosa*, donde importunó por todos los medios para ser admitido ante el Papa. Ante la negativa de éste, apareció tres días, del 25 al 28 de enero de 1077, ante el castillo con los pies desnudos y en hábito de penitente pidiendo misericordia, hasta que al fin, juntándose a esto la intercesión de Matilde y del abad Hugón, fué admitido por el Papa y recibió de él la absolución. Enrique IV hizo a su vez toda suerte de promesas.

Naturalmente, la dieta de Augsburgo ya no tuvo lugar. Pero la situación se complicó; pues descontentos los nobles, no admitieron a Enrique y eligieron a *Rodolfo de Suabia*. Ambos partidos acudieron al Papa en demanda de apoyo. Éste quiso mantenerse neutral; pero Enrique, después de la batalla de *Flarcheim*, exigió su reconocimiento amenazando con un antipapa y cometiendo toda clase de tropelías.

295. d) El antipapa Clemente III y muerte de Gregorio VII. Ante esta conducta de Enrique, en el sínodo cuaresmal de 1080 proclamó el Papa por segunda vez su excomunión y deposición, a lo que se añadió el reconocimiento de su rival Rodolfo. A esto respondió Enrique rápidamente. Reunió por

Pentecostés de 1080, en Maguncia, una asamblea de obispos alemanes, y los obligó a desligarse de la obediencia de Gregorio VII. Luego, el 25 de junio, en un falso sínodo tenido en Brixen, hizo deponerle solemnemente. En su lugar eligieron a *Clemente III*. Más aún, en octubre del mismo año derrotó e hirió mortalmente a Rodolfo, con lo cual quedó Enrique dueño único de Alemania. Inmediatamente, en enero de 1081, se dirigió a Italia para imponer allí su voluntad.

No le fué tan fácil como suponía. En Pentecostés estaba ya ante las puertas de Roma; pero al no ser admitido por los romanos, fué coronado por su antipapa Clemente III en una tienda de campaña. El asedio se prolongó hasta que, con el auxilio del oro, consiguió entrar después de tres años, en 1084. En un sínodo celebrado en San Pedro, Enrique hizo deponer de nuevo a Gregorio VII. Éste se había refugiado en el castillo de Santángelo y resistía desde allí a Enrique, cuando inesperadamente se presentó Roberto Guiscardo, feudatario del Papa, ante cuyas fuerzas Enrique tuvo que abandonar la ciudad. Mas por los excesos de las tropas normandas de Guiscardo, Gregorio tuvo que salir con él y se retiró primero a Monte Casino y luego a Salerno. Allí, a fines de 1084, renovó la excomunión contra Enrique IV y el antipapa Clemente III.

Pero los últimos trastornos le habían herido de muerte, y así, el 25 de mayo de 1085 murió exclamando: «Dilexi iustitiam et odi iniquitatem; propterea morior in exilio».

296. e) Reforma de la Iglesia. Al mismo tiempo que mantuvo esta lucha tenaz contra Enrique IV, Gregorio VII trabajó en todas partes por realizar la reforma eclesiástica, y como medio fundamental para ella, la independencia de la investidura laica. Como medio particular para todo esto, procuró centralizar el poder eclesiástico por medio de legados pontificios y eliminando los abusos de jurisdicción de los obispos. Al mismo fin iban enderezados los sínodos cuaresmales que celebraba cada año en Roma y los provinciales que fomentaba en todas partes. Pero más que nada, influía su intervención personal con el episcopado y con los príncipes. A esto se añadió la acción eficaz de los polemistas, los cuales escribieron obras interesantes.

Sin embargo, Gregorio VII encontró una oposición tenaz no sólo de parte de Enrique IV, sino de parte de otros príncipes y, sobre todo, de algunos príncipes eclesiásticos, como Hermann de Bamberg y Manasés de Reims. Por parte de los recalcitrantes se escribieron libelos, como «An liceat sacerdotibus inire matrimonium».

Esto no obstante, podemos decir en conjunto que el balance final es favorable y de hecho obtuvo Gregorio VII un resultado positivo en la reforma. Así, en Francia los obispos se fueron sometiendo al Romano Pontífice y se admitió teóricamente la libertad pontificia en la elección de los prelados. En Inglaterra, el rey Guillermo el Conquistador, ayudado de Landfranco de Cantorbery, apoyó la reforma. En España, la obra de Gregorio VII presenta diversos aspectos que se verán en otro lugar. En general, procuró una intervención directa.

Sin embargo, no hay que pensar que Gregorio VII aspirara a un dominio temporal sobre los Estados cristianos, sino a un dominio espiritual.

De este modo, aunque al morir Gregorio VII parecía derrotado, en realidad sus ideas de reforma iban ganando terreno.

II. Continuación y fin de la lucha sobre las investiduras (1085-1124) ³⁾

297. Al morir Gregorio VII, dejaba tras sí un ejército de hombres defensores de sus ideas. En cambio, aun entre los eclesiásticos de la curia romana, era muy fuerte la oposición. Estas dos tendencias se notaron en la elección del nuevo Papa; mas por fin parecieron triunfar los enemigos de la reforma, pues no se eligió a ninguno de los designados por Gregorio VII, sino al abad de Monte Casino, hombre indeciso, que se llamó Víctor III ⁴⁾. Pero este Papa murió un año después.

a) Urbano II (1088-1099). Ascendiente del Pontificado ⁵⁾. En 1088 fué elegido el Cardenal Otto de Ostia, que tomó el nombre de Urbano II. Era antiguo prior de Cluny y decidido partidario de las reformas Gregorianas. Toda su actividad representa uno de los puntos culminantes del Papado.

Ya en el Concilio romano de 1089 manifestó sin ambages sus ideas de reforma. Mas, sobre todo, las proclamó en el sínodo de Melfi del mismo año. Los cánones allí promulgados constituyen el programa de su pontificado. En ellos mantiene íntegro el de Gregorio VII. Mas, por otra parte, procura juntar una política conciliadora, más en consonancia con su carácter, y deja que una gran cantidad de obras polémicas vayan produciendo su efecto. Además, mantiene la centralización de la Iglesia, con lo cual va aumentando el poder y prestigio de la Santa Sede y el espíritu religioso en todas las naciones cristianas.

Todo esto aparece en sus relaciones con las diferentes nacionalidades. Respecto de Francia, España e Inglaterra procuró con prudentes concesiones y convenios ventajosos robustecer su influjo y favorecer la reforma; en cambio, frente a Enrique IV tuvo que seguir una lucha abierta. En efecto, Enrique, después de dominar a todos sus adversarios en Alemania, quiso también sojuzgar a Italia, a donde se dirigió en 1090; pero allí se encontró con una oposición tenaz de Matilde de Tuscía, de modo que después de siete años tuvo que declararse fracasado. Su propio hijo Conrado se levantó en armas contra

³⁾ Véanse las obras generales citadas en el capítulo anterior.

⁴⁾ FLICHE, A., Le Pontificat de Victor III. En Rev. Hist. Écl., 1924. ÍD., Leçons sur la crise relig. de 1085 à 1088. Revue des cours et conférences. 1922-1923.

⁵⁾ PAULOT, L., Un Pape français. Urbain II. P. 1903. AMANN, Art. Urbain II, en Dict. Th. Cath.

él; por todo lo cual tuvo que abandonar a Italia. Lo único que le salió bien fué el mantener en Roma al antipapa Clemente III, por lo cual Urbano II tuvo que vivir casi todo su pontificado fuera de la Ciudad Eterna.

El éxito y significación del pontificado de Urbano II se puede apreciar en la firmeza como fueron avanzando las ideas gregorianas de reforma, y más concretamente en los grandes sínodos de Piacenza y de Clermont: el de Piacenza, celebrado en 1095 ante más de cuatro mil clérigos y treinta mil laicos, y el de Clermont del mismo año, que constituye el mayor triunfo de Urbano II, pues en él se inició la primera Cruzada. Al fin, Urbano II pudo entrar en Roma en Navidad de 1096. Inmediatamente celebró una grande asamblea en Letrán para afianzar los principios de reforma, y en julio de 1099 moría sin tener noticia del éxito de la primera Cruzada con la toma de Jerusalén, ocurrida quince días antes.

298. b) Pascual II y las revueltas de su tiempo ⁶⁾. Pascual II (1099-1118), de la Orden de Valleumbrosa, personificaba también la reforma; pero en su conducta fué poco enérgico y consecuente, lo cual fué más de sentir por las circunstancias turbulentas de los tiempos.

El antipapa Clemente III murió un año después de la elección de Pascual II; pero tuvo varios sucesores que murieron rápidamente. El último, Silvestre IV, vivió hasta 1111. Con el rey Felipe de Francia y con Enrique I de Inglaterra se llegó a un convenio definitivo en la cuestión de la investidura, por el cual quedaba a salvo la elección canónica. Con Enrique IV de Alemania el asunto fué más difícil. Cargado todavía con la excomunión y empeñado en la lucha contra las reformas eclesiásticas, siguió sosteniendo los antipapas. Por esto fué excomulgado de nuevo. Así murió, en guerra con su propio hijo Enrique y excomulgado por la Iglesia, el año 1106.

Enrique V no cambió la táctica de su padre. Tan pronto como se sintió seguro en el trono, se declaró contra la reforma Gregoriana, sobre todo en la investidura. Contra él, pues, en octubre de 1106 en Guastalla, repitió Pascual II la prohibición más absoluta de la investidura laica. Lo mismo renovó en la cuaresma de 1110. Entonces Enrique V intentó un golpe de audacia. A principios de 1111 se hallaba en Roma, donde obtuvo de Pascual II por medio del tratado de Sutri que los eclesiásticos renunciarían a las regalías y feudos, obligándose el Papa a mandar a todos los prelados, aun bajo pena de excomunión, que se sometieran; el Rey, por su parte, renunciaba a la investidura laica.

El Papa, hombre poco conocedor de las realidades humanas, aceptó esta solución del conflicto; pero era evidente que

⁶⁾ FRANZ, Papst Paschalis II. 1877.

los príncipes eclesiásticos se resistirían a renunciar a las regalías. Por esto, al leerse en la iglesia de San Pedro las estipulaciones entre Enrique V y el Papa en febrero de 1111, los magnates seculares y eclesiásticos levantaron decidida protesta. A esto siguió una verdadera batalla, que terminó con la prisión del Papa y varios Cardenales, efectuada por Enrique, el cual exigía entonces se le concediera el derecho de investidura. Dos meses pasó Pascual II en esta prisión, hasta que, ante las amenazas de un cisma, estando cerca del puente Mummolo, juró que concedía a Enrique todo lo que pedía.

Pero, al partir de Roma el Emperador, levantóse una protesta unánime contra el Papa. En Francia y en Italia se escribieron libros y celebraron sínodos contra él; hasta se hablaba de su deposición, mientras él llegó a pensar en la renuncia. Mas por fin, en el *sínodo de Letrán de 1112*, declaróse suspenso el privilegio concedido a Enrique V, como obtenido por la violencia, y se proclamaron de nuevo los principios de reforma de Gregorio VII. Más aún, como el Emperador no hiciera caso de estas disposiciones, el Papa, primero en Vienne y luego en Colonia, lo hizo excomulgar solemnemente.

Poco después, al morir la condesa de Tuscia en 1115, presentóse Enrique V en Italia para tomar posesión de sus bienes. Con esta ocasión apretó al Papa para que le levantara la excomunión. Pascual II se negó resueltamente. Dos años después, al acercarse Enrique V a Roma, retiróse el Papa a Benevento, de donde volvió a Roma después de la salida del Emperador; pero murió poco después. En este pontificado, a pesar de las debilidades del Papa, progresaron las ideas de reforma.

299. c) Calixto II. Fin de la cuestión de las investiduras ⁷⁾. *Gelasio II* (1118-1119) en su corto pontificado no pudo resolver nada. Tuvo que salir de Roma ante la fuerza del Emperador, y se refugió en Cluny, donde murió.

Calixto II (1119-1124), procedente de una de las familias más nobles, se mostró decidido desde un principio a solucionar los conflictos pendientes. Por esto se comenzó a tratar el asunto con Enrique V. El principio fué escabroso, y el Papa se vió obligado a excomulgar de nuevo al Emperador. Pero a los tres años se iniciaron nuevas negociaciones, y al fin se llegó a la solución que substancialmente habían aceptado ya Francia e Inglaterra. Ésta quedó consignada en el *Concordato de Worms* ⁸⁾ y *Edictum Calixtinum*: Enrique renunciaba a la investidura de

⁷⁾ MAURER, Papst Calixt II, 2 fasc. 1886-1889. ROBERT, U., Histoire du Pape Calixte II. P. 1891. Id., Bullaire du Pape Calixte II. P. 1890.

⁸⁾ BERNHEIM, E., Zur Gesch. des Wormser Konk. 1878. Id., Das W. K. und seine Vorurkunden 1906. RUDOLFF, H., Zur Erklärung des Wormser Konkordates. 1906.

anillo y báculo y concedía la elección canónica; en cambio, el Papa concedía que la elección se celebrara en presencia del Emperador, y en caso de elección dudosa decidiera él con el consejo del metropolitano. Las regalías las recibirían del Emperador con la entrega del cetro.

La solución fué acertada, pues delineaba bien los diversos poderes de los príncipes eclesiásticos. En lo substancial quedaban victoriosas las ideas pontificias. Para celebrar este acontecimiento se reunió un *Concilio magno en Letrán, en marzo de 1123*, que fué el IX *ecuménico*. Asistieron trescientos prelados.

III. Nuevas luchas del Pontificado (1124-1198) ⁹⁾

300. Al terminar la cuestión de las investiduras en 1124, el Papado se hallaba a extraordinaria altura. Sin embargo, durante el siglo XII tuvo que luchar contra toda clase de dificultades. Una de las mayores fué de nuevo la intromisión de las familias nobles; la otra, la lucha con los emperadores.

a) Luchas con las familias nobles. Ya en la elección de *Honorio II* (1124-1130) los Frangipani y Pierleoni estuvieron a punto de promover un cisma. Éste se pudo detener algún tiempo; pero al fin cayó sobre la Iglesia a la muerte del Papa. En efecto, los *Frangipani* eligieron a su candidato, que se llamó Inocencio II; mas, descontentos los *Pierleoni*, eligieron poco después al suyo, *Anacleto II* ¹⁰⁾. Roma y la mayor parte de Italia se declararon por el segundo; por esto, Inocencio II tuvo que escapar a Francia. *S. Bernardo* ¹¹⁾ y el abad *Pedro de Cluny*, las mayores autoridades morales de su tiempo, se pusieron de su parte, y así poco a poco fué reconocido por Francia, Alemania, Inglaterra, Aragón y Castilla. Con el apoyo del rey alemán *Lotario*, Inocencio II pudo entrar en Roma en 1133, pero tuvo que retirarse poco después a Pisa hasta 1137, en que volvió a Roma. En 1138 murió el antipapa, y su sucesor se reconcilió poco después.

Entonces Inocencio II celebró el II *Concilio de Letrán, X ecuménico, en 1139*. Asistieron más de mil prelados entre obispos y abades. En este Concilio se tomaron medidas rigurosas contra el agitador Arnaldo de Brescia.

⁹⁾ *Liber Pontificalis*, ed. Duchesne. Véanse las obras generales.

¹⁰⁾ *Anacleto, Cisma de*, PL., 179. *Vita-Scti. Bernardi*, PL., 185. *Epistolae*, PL., 182. OTTON DE FREISING, *Gesta Freder. I imp.*, ed. Waitz y Simpson, in sum schol. Hanover 1912.

¹¹⁾ Para más bibl. sobre S. Bernardo véase n. 335, nota 19. En particular: VACANDARD, *Vie de Saint Bernard*. 4.^a ed. P. 1912.

301. b) Revolución de 1143. Arnaldo de Brescia ¹²⁾. Después de solucionado el cisma, se levantaron algunos nobles contra el Romano Pontífice, cuyo gobierno sustituyeron por un senado. El nuevo senado romano puso su asiento en el Capitolio, desde donde continuó luchando con los siguientes Papas, todos ellos demasiado débiles. Por fin *Eugenio III* (1145-1153) ¹³⁾, con la intervención de S. Bernardo, llegó a una inteligencia con los rebeldes. A esto siguió una actividad intensa de Eugenio III en diversas naciones, cuyo resultado fué la segunda Cruzada. Pero la ausencia del Papa de la Ciudad Eterna fué aprovechada por el agitador *Arnaldo de Brescia* para soliviantar de nuevo los ánimos. Había sido condenado por el Concilio II de Letrán de 1130; vivió fugitivo en Francia; pero luego volvió a Italia, y en 1147 consiguió avivar la rebeldía proclamando la república romana independiente del Papa. Él mismo se llamaba *tribuno del pueblo*.

Contra Arnaldo de Brescia tuvo que echar mano Eugenio III de toda clase de medios. Excomulgólo repetidas veces y prohibió a todos los clérigos el trato con él. Ni en Francia ni en Alemania encontró el Papa auxilio eficaz. Al fin, después de grandes dificultades, logró entrar de nuevo en la Ciudad Eterna, y a principios de 1153 llegó con *Federico I Barbarroja* al *Tratado de Constanza*, por el cual el nuevo rey alemán prometía ayudar al Papa a restablecer el orden en Roma. Poco después moría Eugenio III, uno de los Papas más insignes de este siglo.

302. c) Luchas de Barbarroja con los Romanos Pontífices ¹⁴⁾. Al comenzar el pontificado de *Adriano IV* (1154-1159), la república romana de Arnaldo de Brescia había tomado una nueva constitución, con un emperador, dos cónsules y cien senadores. Arnaldo continuaba agitando las masas. Adriano IV quiso tentar un remedio supremo para quebrantar el prestigio del caudillo rebelde. *Declaró en entredicho la ciudad de Roma* por marzo de 1155. El efecto fué rápido. Arnaldo tuvo que escaparse, y poco después, preso por Federico Barbarroja, fué ajusticiado.

En cambio, empezaron pronto las luchas con el rey alemán. La primera tuvo lugar al hacer Federico su primer viaje a Roma en 1155. En efecto, al encontrarse en Sutri con Adriano IV, negóse el Rey a conducir de la brida el caballo del Papa, según era costumbre desde Pipino el Breve. Por fin, los grandes le convencieron de que era tradición antigua, y sólo así se avino a ello. Poco después fué coronado en San Pedro. En los años siguientes fué aumentando la tirantez entre

el Emperador y el Papa. La causa eran las pretensiones de Federico a aumentar sus derechos. El resultado fueron las *declaraciones de 1158* en los *campos de Roncaglia*, en las cuales se conculcaban los derechos adquiridos por las ciudades e iglesias. Adriano IV, sumamente celoso de sus derechos, tuvo que luchar hasta su muerte, ocurrida en 1159.

El sucesor de Adriano fué uno de los más enérgicos defensores de los derechos pontificios, *Alejandro III* (1159-1181). Los imperiales no se sometieron y eligieron al antipapa Víctor IV. Ante la fuerza del Emperador, Alejandro III tuvo que salir de Roma. En el sínodo de Toulouse de 1160 prestaron obediencia a Alejandro III los reyes de Francia e Inglaterra. Seguíanle también España, Irlanda, Sicilia y otros Estados. Los dieciséis años siguientes fueron una incesante lucha entre Federico Barbarroja y el gran Pontífice Alejandro III, quien gozaba en todas partes de un prestigio cada vez mayor. En 1163 *celebró en Tours un sínodo*, al que asistieron diecisiete cardenales, ciento veinticuatro obispos y cuatrocientos catorce abades.

Es digna particularmente de tenerse en cuenta la lucha entablada en Inglaterra entre Enrique II (1154-1189), Plantagenet, padre de Ricardo Corazón de León, y Sto. Tomás Becket o de Cantorbery. Éste había sido canceller del reino; pero elegido por Enrique II arzobispo de Cantorbery, se opuso con toda decisión a las intromisiones del Rey en los asuntos eclesiásticos. Entablóse entonces una lucha enconada entre ambos, que terminó, primero con el destierro del arzobispo en 1164, y su martirio en 1170 a manos de los sicarios del Rey. El Papa Alejandro III intervino varias veces en defensa de los derechos de la Iglesia, y condenando luego sólememente a los asesinos.

Desde 1166 a 1176 estuvo Federico I empeñado en una serie de guerras en Italia. Por fin, después de la terrible *derrota de Legnano en 1176*, entró en tratos de paz con el Papa legítimo Alejandro III, y en la *paz de Venecia* lo reconoció como tal, comprometiéndose a devolver todos los bienes quitados a las iglesias de Roma y a otras. Para celebrar tan fausto acontecimiento, reunió el Papa en 1179 un Concilio general en Roma, que fué el *III de Letrán y XI ecuménico*. Asistieron más de trescientos obispos y varios centenares de abades. Para evitar cismas, se dió un decreto sobre la elección papal, por el que se exigían dos terceras partes de los cardenales votantes.

Alejandro III murió en 1181. Hasta 1198 es digno particularmente de mención el *concilio de Verona*, celebrado por Lucio III en 1184, en el cual se tomaron medidas rigurosas contra los herejes albigenses y valdenses. *Enrique VI*, hijo de Barbarroja, fué más desconsiderado todavía que su padre en la lucha contra el Pontífice.

¹²⁾ VACANDARD, Arnauld de Brescia. En Rev. Q. Hist., 35 (1884). VERNET, F., Artíc. Arnauld de Brescia, en Dict. Th. Cath. Ib., Artíc. Latran, II Conc. oecumén., ib. GREENAWAY, C. W., Arnold of Brescia. Cambridge 1931.

¹³⁾ GLEBER, H., Papst Eugen III (1145-1153) unter besonderer Berücksichtigung seiner politischen Tätigkeit. 1936. En Beitr. Mittelalt. und neuer. Gesch., VI.

¹⁴⁾ KARGE, H., Die Gesinnung und Massnahmen Alexanders III gegen Friedr. Barbart. 1914. POULET, Ch., Guelphes et Ghibellins (1152-1378). 2 vol. Bruselas 1922. MARC BLOCH, L'Empire et l'idée impériale sous les Hohenstaufen. Rev. Cours et Confer. 1929, II. ABBOT, St. Thomas of Cant. 2 vol. I. 1918. HUTTON, W. H., Thomas Becket, Archb. of Cant. L. 1910. SPEAIGET, R., Thomas Becket, le saint assassiné. P. 1949.

IV. Inocencio III, punto culminante del prestigio del Pontificado (1198-1216) ¹⁵⁾

303. No obstante las sacudidas experimentadas en el siglo XII, el prestigio del Pontificado se mantuvo a gran altura; pero con Inocencio III llegó a su apogeo medieval. El Papa llegó a ser el verdadero director de las naciones europeas, recibió el juramento feudal de varios Estados y dispuso de las coronas cuando sus príncipes se hacían indignos. Su autoridad moral indiscutible trascendía también en lo temporal.

a) Ideas fundamentales y programa de Inocencio III. Inocencio III procedía de una de las familias más nobles de la Campaña, y se llamaba Lotario de Segni. Especializado en cuestiones de derecho, dedicó desde Lucio III a los asuntos curiales. Poseía cualidades extraordinarias: un carácter impulsivo, gran capacidad de trabajo, un amor profundo a la Iglesia. Era tal su prestigio, que el mismo día de la muerte de su predecesor fué elegido, cuando sólo contaba treinta y siete años. Inmediatamente se dedicó, con la energía de su carácter, a la realización del ideal pontificio a que había aspirado Gregorio VII.

Las ideas fundamentales de Inocencio III sobre el poder pontificio y lo que constituyó el programa de su pontificado están contenidos en su abundante correspondencia y, en particular, en el sermón que predicó el día de su coronación. El Papa es el Vicario de Cristo y heredero de los Apóstoles. Sobre este motivo fundamental se basa el poder del Papa, que se extiende a todas las Iglesias y a todos los Estados. De ahí la preeminencia del poder pontificio sobre el poder temporal, que constituía el ideal de su gobierno y está conforme con la teoría de Gregorio VII de las dos espadas, de las cuales la temporal está sometida y debe servir a la espiritual. Basándose en esta superioridad del poder pontificio, procuró con la energía que lo caracteriza, en el terreno temporal, restaurar su autoridad en los Estados pontificios y elevar lo más posible el prestigio del Romano Pontífice; y en lo religioso, trabajar incansablemente en defensa y aumento de la fe y en la verdadera reforma eclesiástica. Por esto su entusiasmo por la Cruzada, la lucha contra la herejía y la batalla por el mejoramiento de las costumbres cristianas.

304. b) Relaciones con los Estados de la Iglesia y los emperadores. El primer asunto fué la reorganización y aun reconquista de los Estados pontificios de Italia. Exigió al punto de todas las autoridades romanas y de los señores de las diversas ciudades de sus Estados el juramento de vasallaje. A fines del año 1198 lo había ya obtenido. Entonces dirigió su atención a

¹⁵⁾ EPISTOLAE INOC. III, PL., 214-217. AMANN, Art. Inoc. III, en Dict. Th. Cath. LUCHAIRE, A., Innocent III. 6 vol. P. 1905-1908. ÍD., Inoc. III et le IV Conc. de Latran. En Rev. Hist., 97 (1908), 225 s.; 98, 1 s. PIRIE-GORDON, C., Innocent the Great. An essay on his Life and Times. L. 1907. MICHAEL, E., Gesch. des deutschen Volkes seit dem 13. Jh. VI (1197-1227). 1915. MEYER, E. W., Staatstheorien P. Inoc. III. 1919. HALLER, J., Inoc. III, en «Meister der Politik», I. 2.ª ed. 1923. FLICHE, A., Innocent III et la réforme de l'Église. En Rev. Hist. Eccl., 44 (1949), 87-152.

Sicilia, sobre la cual poseía derechos feudales, arrebatados por los emperadores, y obtuvo el reconocimiento de estos derechos. La investidura de la isla la dejó a Federico, hijo de Constanza, y a la muerte de ésta quedó el mismo Inocencio III tutor y regente.

En la curia romana introdujo también reformas trascendentes. De Inocencio III data la nueva organización de la cancellería, que siguió luego largo tiempo. Esta contribuyó notablemente a disminuir la venalidad de los empleados y las falsificaciones de documentos, verdadera plaga de este tiempo.

Intervino asimismo en la elección del emperador de Alemania. En efecto, a la muerte de Enrique VI, en 1198, tuvo lugar una doble elección: *Felipe de Suabia* y *Otón IV*. En Alemania se desencadenó entonces la guerra entre los *Hohenstaufen* y los *Güelfos*, llamados en Italia *Güelfos* y *Gibelinos*. Inocencio III se mantuvo reservado mucho tiempo, hasta que se declaró por el *Güelfo Otón IV* en 1202. Esto acabó de inclinar la balanza en favor de Otón. Pero ya desde 1203, por su conducta, se hizo Otón IV cada día más antipático, por lo cual muchos se fueron pasando al bando contrario. Felipe de Suabia fué con esto ganando terreno y aun entró en relaciones con el Papa, cuando repentinamente en 1208 fué asesinado por una venganza personal. En 1209, Otón recibió la corona imperial.

Pero desde este momento cambió de conducta. Apoderóse de buena parte de los bienes ya devueltos al Papa y aun se dirigió hacia Sicilia en plan de conquista. Inocencio III, poniendo en práctica el principio de soberanía judicial del Papa, lanzó la excomunión, que incluía la deposición del Emperador. Los príncipes alemanes, ya disgustados contra Otón IV, no tuvieron dificultad en aceptar este fallo del Papa, y así, conforme a sus indicaciones, eligieron en Nüremberg en 1211 a Federico de Sicilia, que fué *Federico II*.

Con esto comienza el agitado reinado de *Federico II* (1212-1250), el cual lo debía todo a Inocencio III. De hecho se manifestó reconocido a su bienhechor, y así, mientras vivió Inocencio III, no se extralimitó frente a la Iglesia. En cambio, después de su muerte, estuvo en lucha constante con todos los Pontífices. En 1213 renovó Federico en Eger, con la bula de oro, todas las promesas hechas por Otón I al Papa. Más aún, con su entusiasmo juvenil, después de ser coronado en Aquisgrán, hizo voto de emprender una Cruzada a Jerusalén; pero este voto fué el principio de las mayores disensiones entre él y los Papas siguientes.

305. c) Intervención de Inocencio III en otros asuntos. En toda la actividad de Inocencio III aparece la misma superioridad moral sobre todos los príncipes, la misma alteza de miras. Es muy típica su intervención en *Inglaterra* ¹⁶⁾. El rey *Juan sin Tierra* (1199-1216)

¹⁶⁾ BELLESHEIM, Geschichte der katholischen Kirche in Schottland. 2 vol. 1883. ÍD., Gesch. der kath. Kirche in Irland. 3 vol. 1890 s. HUNT AND STEPHENS,

negó en 1207 su reconocimiento al cardenal Esteban Langton, y además inició una persecución de sus partidarios. Inocencio III declaró el entredicho en toda la isla, y después de repetidas amonestaciones excomulgó al Rey. En consecuencia, quedó éste depuesto, y el rey Felipe Augusto de Francia se disponía a ejecutar la sentencia pontificia entrando con su ejército en Inglaterra, cuando Juan sin Tierra reconoció el derecho pontificio y, para demostrar su buena disposición, se declaró súbdito feudal del Papa.

En Francia mantuvo también Inocencio III diversas luchas con *Felipe Augusto* (1180-1223) en defensa de la inviolabilidad del matrimonio. Como las amonestaciones del Papa para que abandonara a su concubina y se juntara con su legítima esposa no surtieran efecto, en 1200 lanzó el entredicho contra toda Francia. La reacción fué tan grande, que el Rey tuvo que ceder, si bien el asunto no terminó hasta 1213¹⁷⁾.

Semejante fué su actividad en todas partes. En 1204, don Pedro de Aragón fué coronado por el Papa, y en reconocimiento puso el reino a su servicio como feudo. Algo parecido hicieron Sancho de Portugal y Alfonso de Castilla. En realidad, Inocencio III era el árbitro de toda la Cristiandad.

306. d) Inocencio III y la reforma cristiana. Desde el principio de su pontificado, Inocencio III no perdió nunca de vista la reforma eclesiástica y, en general, los asuntos directamente religiosos. Por esto fué siempre tan entusiasta de la Cruzada, empresa encaminada a la defensa de la fe, que él promovió por todos los medios posibles. Por eso también organizó la defensa de la fe contra la herejía, siendo el alma de la campaña realizada por Simón de Montfort contra los albigenses en el sur de Francia, y fomentando el trabajo de los legados pontificios, que fueron los primeros inquisidores.

Al mismo ideal religioso de Inocencio III pertenece la protección constante de las nuevas Órdenes religiosas y, en particular, el favor otorgado a la Orden de San Francisco. Su ideal de reforma de costumbres, primero de los eclesiásticos y luego de todo el pueblo, lo expresó claramente en el discurso con que abrió el Concilio de Letrán.

Precisamente, movido por este ideal de organización y reforma eclesiástica, represión de la herejía y para organizar una Cruzada, reunió en 1215 el XII Concilio ecuménico, IV de Letrán, verdadero broche de oro de este pontificado. Nunca una asamblea cristiana ha visto reunidos tantos prelados y príncipes: setenta y un arzobispos, trescientos cuarenta y cuatro obispos, ochocientos abades; además, muchos príncipes, entre

los cuales el emperador Federico II y los reyes de Francia y Aragón tenían sus embajadores. Una de las cuestiones más debatidas fueron los procedimientos contra la herejía. El resultado fué la codificación de todas las disposiciones entonces existentes, a las que se dió nueva autoridad. Efecto del gran entusiasmo promovido por el Concilio fué la proclamación de una Cruzada para aquel mismo año. Pero mientras ésta se preparaba, murió Inocencio III en 1216.

V. Los Papas en lucha con Federico II (1216-1250)¹⁸⁾

307. Los Pontífices que siguieron a Inocencio III estuvieron en lucha constante con Federico II, quien representa el punto culminante de la política de los Hohenstaufen, consistente en dominar por completo al Papado y extender sus territorios hasta Sicilia. El resultado fué que la casa imperial de los Hohenstaufen se arruinó y el Papado sufrió en su prestigio, como se vió en los pontificados siguientes.

a) Honorio III (1216-1227)¹⁹⁾. Federico II prometió diversas veces sujetarse en todo al Romano Pontífice; pero de hecho abusó constantemente de su bondad. Es célebre el asunto de la Cruzada. En mayo de 1220 cayó en la excomunión, invocada por él mismo contra los cruzados infieles. Sin embargo, obtuvo la absolución y fué coronado Emperador. Hasta siete veces fué obteniendo diversas prórrogas en el cumplimiento de su voto. En el tratado de *S. Germano* de 1225 pareció tomar el asunto con más seriedad, renovando su voto y fijando como término de su cumplimiento el mes de agosto de 1227. Para obligarse más, declaró que incurriría en excomunión si no lo cumplía, y además tomó por esposa a Iolante de Briena, heredera del reino de Jerusalén. Honorio III parece llegó a creer en la sinceridad de estos deseos, pero murió en 1227 antes de verlos realizados.

Del mismo modo abusó Federico II del Papa Honorio en la cuestión de Sicilia. Contra todo lo estipulado, hizo proclamar a su hijo Federico, ya rey de Sicilia, rey de Romanos, con lo cual se juntaba la corona siciliana con la imperial. El Papa tuvo que rendirse. Por otra parte, el Emperador cometía toda clase de abusos en la elección

¹⁸⁾ FRANTZ, TH., Der grosse Kampf zwischen Papsttum und Kaisertum zur Zeit Friedrichs II. 1925. STEFANO, A. DE, L'ideale imperiale di Federico II. Florencia 1927. SUTTERLIN, B., Die Politik Friedrichs II und die röm. Kardinäle 1230-1250. 1928. PHISTER, K., Friedrich II. 1943. BRION, M., Frédéric II de Hohenstaufen. P. 1948.

¹⁹⁾ *Honorii III, Opera*, en Horoy, *Medii aevi bibliotheca patristica*. 5 vol. P. 1879-1883. *Regesta Honorii III*, ed. P. Pressuti. 2 vol. R. 1888 s. MICHAEL, E., Geschichte des deutschen Volkes. VI (1197-1227). 1915. KNEBEL, W., Kaiser Friedrich II und Honorius III. 1905.

History of the Church in England. 7 vol. L. 1898-1905. INGRAM, England and Rom. L. 1892. BÖMER, Kirche und Staat in England und in der Normandie im 11. und 12. Jahrh. 1899.

¹⁷⁾ DRESNER, Kultur- und Sittengeschichte der italienischen Geistlichkeit im 10. und 11. Jahrh. 1890. GRÖNER, Le diocesi d'Italia dalla metà del secolo 10.º fino a tutto il 12.º Melfi 1908.

de prelados, etc. En otros asuntos, sobre todo en la protección de las nuevas Órdenes religiosas, desplegó Honorio III gran actividad, como se verá en otros capítulos.

308. b) Gregorio IX (1227-1241)²⁰⁾. En estas circunstancias, ocupó el trono pontificio Ugolino de Ostia, quien se llamó Gregorio IX. Era pariente de Inocencio III, gran amigo de la reforma, favorecedor de los dominicos y franciscanos y defensor del prestigio pontificio. El primer asunto en que tuvo que enfrentarse con Federico II, fué la *Cruzada*. El nuevo Papa recordó al Emperador su voto. De hecho, Federico II se embarcó en septiembre de 1227 con cuarenta mil cruzados; pero dos días después reapareció en Otranto con la excusa de una enfermedad. Pero, enterado el Papa de la falsedad de esta excusa, declaró al Emperador incurso en *excomuni6n*. La reacción de Federico fué terrible. Mientras hacía publicar un manifiesto, en que acusaba al Papa de ansia de dominarlo todo, en contraposición con la pobreza de los Apóstoles, promovía en Roma un levantamiento de los *Frangipani*. El Papa tuvo que huir a Perugia. Entonces las tropas de Federico, dirigidas por Rainaldo de Espoleto, cayeron sobre los *Estados pontificios*; pero las pontificias, mandadas por Juan de Brienne, las arrojaron rápidamente. Entretanto, contra la prohibición expresa del Papa, Federico II, excomulgado, negoció en Oriente el *Tratado de Jaffa*, obtuvo el título de rey de Jerusalén, pagando cierta cantidad de dinero, y de hecho fué coronado en esta ciudad. Vuelto a Italia, tomó la dirección de la guerra contra los Estados pontificios; pero después de largas negociaciones se llegó a la *Paz de San Germano* de 1230. Por ella el Emperador fué absuelto de la excomuni6n, mientras se obligaba a devolver todos los bienes quitados a la Iglesia.

Después de una lucha apasionada de diez años, en que el Papa llegó a procurar que se eligiera a otro emperador, y Federico II acudió a los libelos más exacerbados contra el Papa, Gregorio IX convocó un Concilio para Pascua de 1241; pero Federico II le declaró la guerra y consiguió prender a más de cien prelados y tres cardenales que a él se dirigían. Con este botín se dirigió a Roma; pero mientras se hallaba en Grotta Ferrata, murió el Papa en agosto de 1241.

309. c) Inocencio IV (1243-1254)²¹⁾. Elevado al trono pontificio *Simbaldo Fieschi*, gran canonista y hombre de gran

²⁰⁾ *Registres de Greg. IX*. ed. Auvray, P. 1890 s. FELTEN, J., Papst Gregor IX. 1886. *Puigarnau-Rucabado*, Decretales de Gregorio IX. Versión medieval española. 3 vol. B. 1942-1943.

²¹⁾ *Registres d'Innoc. IV*, ed. E. Berger. P. 1884. BERGER, E., Saint Louis et Innoc. IV. P. 1893. WEBER, H., Der Kampf zwischen Friedrich II und Innoc. IV (bis 1244). 1900. FOLZ, A., Friedrich II und Innoc. IV 1244-1245. 1905. PUTTKAMMER, E., Papst Innozenz IV. Versuch einer Gesamtcharakteristik aus seiner Wirkung. 1930. PODESTÁ, F., Papa Innocenzo IV. Milán 1928.

des prendas, sus primeros esfuerzos con el Emperador fueron de conciliación; pero bien pronto se vió que no se fiaban el uno del otro, con lo cual se tuvo que llegar a un rompimiento. En efecto, Federico II exigía la presencia del Papa en *Narni* para una conferencia personal, si bien se traslucía su mala intención de apoderarse de su persona. Por esto Inocencio IV se escapó a Lyón, a donde llegó en diciembre de 1244, y desde esta ciudad continuó su actividad e invitó al Emperador a un Concilio.

Efectivamente, en los meses de *junio y julio de 1245* tuvo lugar el *Concilio I de Lyón, XIII ecuménico*²²⁾. Los prelados asistentes oscilaron entre ciento cincuenta y doscientos cincuenta. El mismo Inocencio IV lo abrió con un célebre discurso sobre las cinco llagas de la Cristiandad, de las cuales la última era la causada por el Emperador. Trat6se de la conducta de éste, a quien defendía su abogado *Tadeo de Suessa*, y en la tercera sesi6n se le depuso solemnemente.

Esto señala el principio de una nueva campaña de escritos. El Papa siguió con indomable energía la guerra contra Federico II. Este, empero, no cedió en lo más mínimo. En el norte de Italia tomó esta guerra un aspecto horrible con las crueles rivalidades entre los *güelfos* y los *gibelinos*, es decir, los partidarios del Papa y los del Emperador.

Esta lucha sin cuartel fué debilitando el prestigio de Federico II, el cual, de un modo inesperado, *murió en Fiorentino de la Apulia*, en diciembre de 1250, después de confesado y absuelto de la excomuni6n.

VI. Los últimos Hohenstaufen y luchas posteriores. Concilio XIV ecuménico, II de Lyón, 1274 (1250-1294)²³⁾

310. El período siguiente, desde la desaparición de Federico II al pontificado de Bonifacio VIII, se distingue por la poca consistencia de la acción de los Pontífices, los cuales generalmente tuvieron pocos años de gobierno. El prestigio del Pontificado se pudo mantener gracias a lo bien fundado que estaba en los años precedentes y al apogeo eclesiástico en todos los órdenes, a lo que se juntó también la debilidad del Imperio por las luchas intestinas y por el largo interregno.

a) **Lucha con los Hohenstaufen.** A la muerte de Federico II, Inocencio IV se decidió a no reconocer a ningún Hohenstaufen como rey alemán. Por esto, todavía desde Lyón, hizo predicar la Cruzada contra Conrado IV, en favor de Guillermo de Holanda. Luego se dirigió a Italia y se estableció en Perugia.

Por fin pudo entrar el Papa en el palacio de Letrán en 1253, y entonces Conrado IV inició conversaciones de paz; pero no se llegó a nin-

hizo de Felipe (Le Solennel Tournai en Abbeville)

²²⁾ VERNET, F., Art. Concile de Lyon, en Dict. Th. Cath.

²³⁾ BÖHMER, J. F., Regesta Imperii. VI (1273-1291). 1898. HAMPE, K., Beiträge zur Gesch. der letzten Staufer. 1910. BOUARD, A. DE, Le régime politique et les institutions de Rome 1252-1347. P. 1920.

gún resultado. Al contrario, Conrado fué excomulgado, y murió poco después: Asimismo murió Inocencio IV, en diciembre de 1254.

Clemente IV (1265-1268) dió entonces la investidura de Sicilia a Carlos de Anjou, hermano de S. Luis, y en efecto, Carlos se presentó en Sicilia y derrotó a *Manfredo* en febrero de 1266. En junio del mismo año recibió la corona de los Cardenales comisionados por el Papa. Sin embargo, el gobierno de Carlos de Anjou fué bien pronto tan odiado de los sicilianos, que volvieron a llamar a *Conradino*. Este se presentó, en efecto, fué recibido triunfalmente en Roma; pero fué derrotado en *Tagliacozzo* y poco después decapitado. Con él desapareció la casa de los soberbios *Hohenstaufen*.

Anjo de I. II

Anjo de Conrado IV

311. b) Luchas en Sicilia y Alemania. *Carlos de Anjou*, favorecido por los Papas, se hizo tan odioso a los sicilianos, que el 30 de marzo de 1282, en tiempo de *Martín IV* (1281-1285), se levantó contra él gran parte de la población, y en las llamadas *visperas sicilianas* de Palermo puso fin a la dominación francesa, dando muerte a Carlos de Anjou y a muchísimos franceses. Los levantiscos eligieron como rey a *Pedro III de Aragón*, casado con *Constanza*, hermana de *Manfredo*. El rey aragonés acudió a Sicilia y se aseguró fácilmente su dominio, a pesar de la excomunión que lanzó el Papa contra él y del entredicho contra la isla.

La intervención de los Papas en las cosas de Alemania fué decisiva. A la muerte de *Guillermo de Holanda* en 1256, que había sido favorecido por los Papas contra los *Hohenstaufen*, tuvo lugar una elección doble, que significaba propiamente un interregno de 1256 a 1273. Los dos elegidos, *Alfonso X de Castilla* y *Ricardo de Cornuallia*, reclamaron la aprobación del Papa; pero éste se reservó. Finalmente, en 1272, bajo la presión del Papa *Gregorio X* (1271-1276)²⁴⁾, los siete príncipes electores eligieron a *Rodolfo de Habsburgo* (1273-1291), el cual desde un principio gobernó en estrecha inteligencia con el Papa, renunciando expresamente al sur de Italia en favor de Carlos de Anjou.

312. c) Gregorio X y sus sucesores. *Gregorio X* volvió a dar vigor a la reforma y a otros muchos asuntos eclesiásticos. Para esto y para proveer a la liberación de *Tierra Santa* y al asunto de la unión con los griegos, convocó en *Lyón* un Concilio, que fué el *XIV ecuménico, II de Lyón*, de mayo a julio de 1274²⁵⁾. Asistieron a él quinientos obispos y otros mil prelados. Hallábase presente el rey *Jaime I de Aragón*. Entre los catorce Cardenales se hallaba *S. Buenaventura*.

En la cuarta sesión del 6 de julio tuvo lugar la proclamación de la *unión de la Iglesia oriental*. Diéronse también algunas disposiciones en favor de *Tierra Santa*; pero no se llegó a resultados prácticos. Con el fin de evitar los largos períodos de Sede vacante a la muerte de los Papas, dió el Concilio ciertas disposiciones encaminadas a lo que se ha llamado *Conclave*, consistente en el encerramiento de los Cardenales electores hasta la elección del Papa.

A *Gregorio X*, muerto en *Arezzo* en 1276, sucedieron rápidamente hasta *Bonifacio VIII* varios Papas, casi todos los cuales fueron elegidos y murieron fuera de Roma.

²⁴⁾ ZISTERER, A., Gregor X und Rudolf v. H. 1891. WALTER, FR., Die Politik der Kurie unter Gregor X. 1894.

²⁵⁾ HEFEL-LECLERQ, VI, 153 s. VERNET, F., Artíc. en Dict. Th. Cath. AUER, J., Studien zu den Reformschriften für das 2. Lyoner Konzil. 1910.

Martín IV (1281-1285) fué elegido en *Viterbo*, pero estableció su sede en *Orvieto*. Por efecto de las *visperas sicilianas*²⁶⁾, inició una guerra enconada con *Pedro de Aragón*; pero de hecho no consiguió su objeto, pues Sicilia continuó en poder de los aragoneses. Igualmente excomulgó al emperador bizantino *Miguel Paleólogo*, y después de largas contiendas se rompió de nuevo la unión con la Iglesia oriental.

En 1292 se manifestó en toda su crudeza la división del Colegio Cardenalicio, en el cual los Orsini disponían de seis votos y los Colonna de cuatro, mientras el undécimo, Gaetani, se mantenía neutral. Al fin, después de más de dos años, fué elegido el ermitaño *Pedro de Monte Burrone*, que se llamó *Celestino V* (1294); pero a los cinco meses de gobierno renunció a su dignidad y se retiró a la soledad del castillo *Fumone*, cerca de *Anagni*, donde murió como monje. En 1313 fué canonizado.

VII. El pontificado de Bonifacio VIII (1294-1303)²⁷⁾

313. Con el pontificado de *Bonifacio VIII*, que cierra este período y tuvo todavía gran brillantez, se marca un cambio en la significación del Romano Pontífice y de la Iglesia. Ya en los últimos decenios había desmerecido mucho el prestigio pontificio; pero, gracias a la sólida base en que estaba fundado, pudo todavía un hombre del talento y energía de *Bonifacio VIII* intentar hacer revivir los tiempos de *Inocencio III*, sintetizando en documentos clásicos, como la bula «*Unam Sanctam*», el concepto medieval de la hegemonía pontificia. Fueron los últimos rayos de un sol que iba hacia su ocaso.

a) Primeras actividades de Bonifacio VIII. Llamábase *Benedicto Gaetani* y fué elegido en diciembre de 1294, después de la renuncia de *Celestino V*. Personalmente era hombre de grandes cualidades, gran canonista y muy enérgico; pero al mismo tiempo excesivamente duro y desconsiderado. De hecho, muy pronto chocó contra su poderoso rival *Felipe IV de Francia*²⁸⁾, causando al Papado efectos desastrosos.

En efecto, *Felipe*, en guerra contra *Inglaterra*, impuso a los clérigos diversos tributos, cosa que no podía hacer sin con-

²⁶⁾ JORDAN, E., Les origines de la domination Angevine en Italie. P. 1910. KLUPPEL, L., Die äussere Politik Alfonsos III von Aragonien (1285-1291). 1912.

²⁷⁾ Les registres de Boniface VIII. ed. G. Digard, etc. 3 vol. P. 1884-1921. FINKE, H., Aus den Tagen Bonifaz VIII. 1902. ÍD., Acta Aragonensia. 3 vol. 1908-1922. HEMMER, H., Artíc. Boniface VIII, en Dict. Th. Cath. HOLZMANN, R., Wilhelm Nogaret. 1898. CURLEY, M., The Conflict between Pope Boniface VIII and King Philip IV the Fair. Washington 1927. LEELER, J., L'argument des deux glaives. En Rech. Sc. rel., 21 (1931) y 22 (1932). BOASE, T. S. R., Boniface the eighth, 1294-1303. I. 1933.

²⁸⁾ LANGLOIS, CH. V., Philippe le Bel et Boniface VIII. En LAVISSE, Hist. de France, III, 2.^a ed. P. 1911. ARQUILLIÈRE, H. X., L'appel au Concil sous Philippe le Bel. En Rev. Q. Hist., 89 (1911), 23-55. ÍD., L'origine des théories conciliaires. En Séanc. Acad. des Sc. mor. et polit., Nouv. Ser., 75 (1911), 573-587. BAUMHAUER, A., Philipp der Schöne und Bonifaz VIII. 1921. RIVIERE, J., Le problème de l'Église et de l'État au temps de Philippe le Bel. En Spic. Lov., 8. Lovaina 1926. DIGARD, G., Philippe le Bel et le Saint-Siège de 1285 à 1304. Lleja 1936. SEGARRA, FR., La bula de Bonifacio VIII *Unam Sanctam*. Valencia 1944. SIBILLA, S., Bonifacio VIII. R. 1949.

sultar al Romano Pontífice. Éste publicó entonces la bula «Clericis laicos», en la cual prohibía, bajo severas penas, a los clérigos dar a los laicos cualquier donativo sin consentimiento del Papa. A esto siguió una lucha cada vez más exaltada, en la que el Papa volvió a publicar otra bula y el Rey se entrometía cada vez más en los asuntos eclesiásticos. Pero al fin cedió Bonifacio VIII. En una bula, «Etsi de statu», declaró que no era su intención impedir que se hicieran donativos espontáneos al monarca ni las tasas feudales. Para sellar la paz fué canonizado en 1297 S. Luis, abuelo de Felipe.

También en Italia tuvo Bonifacio VIII graves conflictos con la familia de los *Colonna*, antiguos rivales de la casa del Papa, y con el nuevo rey de Sicilia *Federico III*, hermano de Jaime II de Aragón.

Los representantes principales de la familia *Colonna* eran los Cardenales Jaime y Pedro, los cuales en su oposición contra Bonifacio VIII no tuvieron escrúpulos en aliarse con todos sus enemigos. Ante una conducta tan apasionada, después de haber tomado algunas medidas rigurosas contra ellos, el Papa publicó la bula «*Lapis absconditus*», por la que se ordenaba proceder a la confiscación de los bienes de los rebeldes. Entonces los Cardenales rebeldes trataron de interesar de su parte a Felipe el Hermoso; pero el Papa les ganó la partida entrando con el rey francés en un período de relaciones amistosas. Con esto los *Colonna* tuvieron que rendirse en septiembre de 1298, pidiendo perdón al Papa. Éste se lo concedió. Sin embargo, no mucho después volvieron a rebelarse y se refugiaron en Francia.

Federico III de Sicilia, por su parte, sin hacer caso de la excomunión, estaba empeñado en mantener su dominio sobre Sicilia. El Papa hizo que Carlos de Valois se presentara en la isla para conquistarla; pero no obtuvo nada. En la primavera de 1302 fué completamente derrotado. *Federico III* quedó dueño del campo.

314. b) Apogeo y luchas ulteriores de Bonifacio VIII. No obstante estas dificultades y derrotas, Bonifacio VIII tuvo también triunfos resonantes. Así, en Alemania, al levantarse Alberto I de Austria contra Adolfo de Nassau, hizo el Papa de árbitro. Su fallo favorable a Alberto I inclinó la balanza en su favor. Por otra parte, el año 1300 fué testigo de uno de los mayores triunfos del Papado. Fué el jubileo ordenado por el Papa, que, según refieren testimonios oculares, revistió una solemnidad y proporciones nunca vistas en Roma.

Pero precisamente entonces se iniciaron de nuevo los roces con Felipe IV, cada vez más inflexible en sus pretensiones. En 1301 el obispo de Pamiers, Bernardo Saisset, fué apresado y conducido ante el Rey. Entonces el Papa quiso intervenir con energía y exigió se le entregara al acusado para juzgarlo en su tribunal.

La lucha que se siguió fué tomando un carácter cada vez más apasionado. Por supuesto, en Francia se prohibió la asistencia al Concilio anunciado en Roma. El Papa persistió en su celebración. Sin embargo, por efecto de algunos contratiempos sufridos por entonces por el Rey, éste se ablandó un poco y dejó ir a sus prelados a Roma. Así se explica que entonces precisamente apareciera la célebre bula *Unam Sanctam*, en la que resumía Bonifacio VIII la teoría medieval respecto a la superioridad del poder pontificio sobre el de los príncipes.

Pero en Francia fué ganando terreno la oposición al Papa bajo el impulso del fanático Guillermo *Nogaret*, a quien se unían en su odio contra Bonifacio los *Colonna*. *Nogaret* compuso un memorial, en el que reunió todas las calumnias que se habían lanzado contra el Papa. En dos asambleas tenidas en el Louvre en 1303, se llegó a la conclusión de exigir que fuera depuesto Bonifacio VIII y se convocara un Concilio. Fueron inútiles las tentativas de Bonifacio para llegar a una inteligencia. El mismo *Nogaret* se encargó de llevar a cabo un plan satánico para terminar de una vez: la prisión del Papa. Mientras Bonifacio se hallaba en *Anagni* y respondía con diversas bulas a las asambleas de París, *Nogaret* se presentó de improviso con un puñado de exaltados, y con un golpe de fuerza consiguió prender al Pontífice. Se dice que uno de los *Colonna* llegó a abofetearle. Pero una vez preso el Papa, no contando *Nogaret* con fuerza suficiente para conducirlo a Francia, detúvose en *Anagni*; entonces se rehizo el pueblo y logró libértar al preso. A duras penas pudieron salvar la vida *Nogaret* y los suyos.

Bonifacio VIII se portó muy dignamente después de su liberación. A los pocos días se dirigió a Roma, donde murió un mes después, sin duda por efecto de las emociones recibidas.

VIII. El Cristianismo en España en su lucha contra el Islam ²⁹⁾

315. Durante este período la Iglesia en España sigue la marcha ascendente del resto de la Cristiandad. Con la toma de Toledo en 1085 se inicia una nueva fase de la reconquista

²⁹⁾ PUIG Y PUIG, S., Episcopologio de la Sede Barcinonense. B. 1929. En Bibl. Balmes, serie III. GAVIRA MARTÍN, J., Estudios sobre la Iglesia españ. medieval. Episcopologios de sedes navarroaragonesas durante los siglos XI y XII. M. 1929. BIDAGOR, R., La «Iglesia propia» en España. Estudio histórico-canónico. R. 1933. ASÍN PALACIOS, M., La espiritualidad de Algazel y su sentido cristiano. 4 vol. M. 1941. SERRANO, L., Los Concilios nacionales de Palencia en la primera mitad del siglo XII. Palencia 1934. PÉREZ DE URBEL, J., La España crist... En Rev. Est. hisp., 1935, II, 585-602. VINCKE, J., Documenta selecta mutuas civi-

española, mucho más pujante y próspera en los siglos XII y XIII, que constituyen un verdadero apogeo en todos los órdenes.

a) Pontificado de Gregorio VII. Este Pontífice y la reforma cluniacense que él personifica tuvieron una influencia extraordinaria en todos los asuntos eclesiásticos españoles. Sin embargo, sobre su intervención en España conviene hacer dos observaciones:

En la reforma propiamente tal trabajaron con creciente intensidad los cluniacense y los legados del Papa. Los reyes Sancho el Mayor (1000-1035), Fernando I (1037-1065) y Alfonso VI de Castilla y León (1065-1109) les prestaron un apoyo decidido. En particular se luchó contra la simonía, tan combatida por Gregorio VII, y sobre todo el concubinato de los clérigos.

Además de la reforma eclesiástica, procuró Gregorio VII con gran actividad la *unidad y centralización de toda la Iglesia*. Este empeño tuvo en España algunas consecuencias dignas de mención. La principal fué la abolición del *rito mozárabe*. Ya Alejandro II en 1064 envió un legado a España con el encargo de abolir el rito mozárabe, contra el cual, además de su singularidad, se hacían valer algunas sospechas de adopcianismo. En un principio se opuso gran dificultad; pero el nuevo legado *Hugo Cándido*, apoyado por los cluniacenses y por el rey Alfonso VI, consiguió por fin introducir el rito romano. El año 1078 Gregorio VII pudo dar por terminada la obra. Hoy día se conserva el rito mozárabe en una capilla de la catedral de Toledo, donde lo renovó en el siglo XV el Cardenal Cisneros.

Es interesante la cuestión sobre las intenciones que tuvo Gregorio VII al tratar de atraerse a los Reyes españoles. Sin duda basándose en la *Donación de Constantino*, llega a decir «que el reino de España perteneció en otro tiempo a S. Pedro». Apoyándose, pues, en Sancho Ramírez de Aragón y en Cataluña, que se le habían declarado feudatarios, trató de obtener lo mismo en Castilla. Pero allí, Alfonso VI, apoyado por los cluniacenses, se opuso tenazmente. Como, por otra parte, el ideal del Papa era la lucha contra los musulmanes, y esto lo hacía Alfonso VI, Gregorio VII se dio por satisfecho. En realidad, lo que pretendía el Papa era el dominio espiritual, al cual subordinaba el dominio temporal que adquiría sobre los Estados feudatarios.

316. b) La Iglesia española en el siglo XII. Con el empuje recibido por los monarcas anteriores y por los Papas de fines del siglo XI, la nación y la Iglesia españolas siguieron en el siglo XII una marcha rápida hacia su apogeo.

Las luchas contra los musulmanes fueron tomando un carácter de verdadera cruzada y llevaron a grandes conquistas. *Alfonso VI*, con la toma de Toledo y otras plazas dió el primer empuje, llegando a imponer tributo al rey moro de Sevilla. *Alfonso I, el Batallador* (1104-1134), emprendió una gran campaña por todos los territorios andaluces y extremeños,

tatis Aragon. Cathalaunice et ecclesie relationes illustrantia. B. 1936. En Bibl. Balmes, serie II, vol. XV. SÁNCHEZ PÉREZ, J. A., El culto Mariano en España. M. 1943. MENÉNDEZ PIDAL, R., La España del Cid. 2.^a ed. Buenos Aires 1943. MANSILLA, D., La Curia Romana y el Reino de Castilla en un momento decisivo de su Historia. Burgos 1944. ÍD., Iglesia castellano-leonesa y Curia Romana en los tiempos del Rey San Fernando. M. 1945. LLAMPAYAS, J., Jaime I, el Conquistador. M. 1942. UBIETO-ARTETA, A., La introducción del rito romano en Aragón y Navarra. En Hisp. S., I (1948), 299 s.

se apoderó de Córdoba y Almería y obtuvo otras innumerables victorias. Por fin, no pudiendo consolidar estas conquistas, se volvió a Aragón con un gran ejército de mozárabes libertados. *Alfonso VII* de Castilla (1126-1157) volvió a recorrer victoriosamente las regiones musulmanas destruyendo gran parte del poder de los almorávides y almohades. *Alfonso VIII* (1158-1214), después de una minoría turbulenta, inició un nuevo período de conquistas, si bien tuvo que sufrir la terrible derrota de *Alarcos* en 1195. Pero de ella se rehizo en la victoria de las *Navas de Tolosa* en 1212.

En Aragón y Cataluña, después de la unión de *Ramón Berenguer IV* y *doña Petronila* (1137-1162), aumentaron notablemente las conquistas.

Una serie de personajes ilustres contribuyó a hacer efectiva la actividad de la Iglesia. En primer lugar trabajaron con energía los grandes reyes de la época, Alfonso VI, Alfonso VII, Ramón Berenguer IV. Con su ejemplo contribuyeron también varias ilustres reinas o hijas de reyes: *doña Berenguela*, madre de S. Fernando y *doña Blanca de Castilla*, madre de S. Luis de Francia.

Entre los prelados descollaron: en primer lugar, *don Bernardo*, reformador de Sahagún, luego arzobispo de Toledo y alma de toda la actividad eclesiástica desde 1085 a 1124. En su tiempo, Urbano II renovó a Toledo el título de Primada. Para afianzar la reforma eclesiástica, trajo don Bernardo de Francia un buen número de monjes cluniacenses, a quienes puso en los puestos más influyentes. De ellos, aunque alguno dejó bastante que desear, la mayor parte fueron excelentes prelados, y alguno es venerado como Santo (S. Pedro de Osma).

Émulo de don Bernardo fué *don Diego Gelmírez*, arzobispo de Santiago desde 1100 a 1140. Tenía sin duda graves defectos, sobre todo su espíritu altanero; pero trabajó como nadie por su diócesis y por todo el reino de Castilla, fundando iglesias y monasterios y propagando la cultura eclesiástica. Él terminó y consagró la catedral de Santiago.

Como Santos se distinguieron en la reforma eclesiástica: S. Gerardo de Braga y S. Pedro de Osma, S. Ramón de Barbastro, S. Odón de Urgel, S. Raimundo de Fitero, S. Pedro, abad de Moreruela, y otros.

317. c) Apogeo del siglo XIII. Coincidiendo con el esplendor de la Iglesia universal en el siglo XIII, la Iglesia española llega en este tiempo a su máximo apogeo.

1. LAS NAVAS DE TOLOSA ³⁰). El gran acontecimiento con que comienza el siglo es la batalla de las Navas de Tolosa de 1212. El célebre arzobispo de Toledo *don Rodrigo* ³¹) obtuvo de Inocencio III todas las gracias de las cruzadas, y así, predicó ésta en Italia, Alemania y Francia, y volvió a España con un brillante ejército. Juntáronse a Alfonso VIII los reyes de Portugal, Aragón y Navarra y nutridas representaciones de las Órdenes militares. Desgraciadamente desertaron casi todas las tropas extranjeras, cansadas de esperar; pero los ejér-

³⁰) HUICI, A., Estudio sobre la campaña de las Navas de Tolosa. Valencia 1916.

³¹) GORROSTERRATZU, J., Don Rodrigo Jiménez de Rada, gran estadista, escritor y prelado. Pamplona 1925. PUJOL, J., Crónica de España por Lucas, obispo de Tuy. M. 1926. VALLS I TABERNER, F., Diplomatarium de Sant Ramon de Penyafort. En An. S. Tarr., 5 (1929), 249 s.

citios españoles que quedaban, dirigidos por sus reyes y el arzobispo don Rodrigo, ganaron la célebre batalla el 16 de julio de 1212, una de las victorias más rotundas de la Historia. El entusiasmo de España y de toda la Cristiandad fué extraordinario.

2. VICTORIAS DE S. FERNANDO Y JAIME EL CONQUISTADOR. Fernando III, el Santo ³²⁾, una vez dueño de León y Castilla, dirigió sus armas contra los mahometanos, apoderándose de Córdoba en 1236, de Jaén en 1246, y de Sevilla en 1248. A estas conquistas importantes acompañaron y siguieron otras muchas, de modo que el reino musulmán quedó reducido al territorio de Granada. Su hijo, Alfonso X, el Sabio, se distinguió más como protector de las artes y anduvo muy distraído con su elección como emperador de Alemania; pero en su reinado se conquistaron Cádiz, Cartagena y otras ciudades. Émulo de S. Fernando fué su coetáneo, el rey de Aragón, Jaime I, el Conquistador. Sus conquistas más célebres fueron: las Baleares en 1229 a 1235, y Valencia en 1238. Además, siguió ganando los territorios de Murcia, que cayó en 1266.

3. LOS CONCILIOS Y LOS PAPAS. Lo expuesto indica la vitalidad del espíritu cristiano en la Península. Esto mismo explica la actividad creciente en la Iglesia española. Los Concilios celebrados en este tiempo fueron muchísimos. Tenemos noticia de más de treinta en el siglo XIII. Son célebres particularmente: el de Valladolid de 1228, el de Alcalá de 1257, los de Valencia de 1255, etc., dirigidos por su arzobispo Arnaldo de Peralta, y una serie de Tarragona, de que fué alma el arzobispo Pedro de Albalat. Los cánones en que más se insistía eran los encaminados a la reforma eclesiástica.

4. LOS REYES Y LOS SANTOS. Al lado de los Concilios y de los Papas, los reyes españoles fueron los que más trabajaron por la organización y buena marcha de la Iglesia en sus reinos. Por esto su principal solicitud, al conquistar nuevos territorios, era el organizar sus iglesias con toda su jerarquía. Así lo hizo S. Fernando en Baeza, Córdoba, Sevilla, y Jaime I en Mallorca, Valencia y otras regiones conquistadas.

A esta obra de reconstrucción y fomento de la Iglesia contribuyeron de un modo particular una verdadera pléyade de eclesiásticos y religiosos ilustres, de santos y fundadores. A la

³²⁾ RODRÍGUEZ, S., Vida del Santo Rey don Fernando III de España. B. 1902. CLONING, M., Ferdinand III, der Heilige... und die Wiedereroberung Spaniens. 1910. LAURENTIE, J., Saint Ferdinand III (1198-1252). P. 1910. RETANA, L. F., San Fernando y su época. M. 1941. GARCÍA GÁLLO, A., El imperio medieval español. En Arbor, 4 (1945), 199-228. GONZÁLEZ PALENCIA, A., Moros y cristianos en España medieval. M. 1945. PÉREZ DE URBEL, J., Historia del Condado de Castilla. 3 vol. M. 1945.

cabeza de todos debe colocarse a don Rodrigo Jiménez de Rada, primado de España y arzobispo de Toledo. Él fué el alma de todas las grandes empresas de su tiempo, el inspirador de los reyes, organizador y mecenas de multitud de obras literarias.

Tanto los nuevos institutos religiosos como los antiguos, el clero secular y el estado laico cuentan con santos notables, que con su ejemplo y actividad dieron gran impulso a la Iglesia española. Tales son: S. Raimundo de Peñafort, el mejor canonista de su tiempo y penitenciario del Papa Gregorio IX; S. Pedro González Telmo, S. Gonzalo de Amarante y otros hijos de Sto. Domingo; S. Ramón Nonato, S. Pedro Armengol y S. Pedro Pascual, hijos de la Merced; S. Rodrigo, abad de Silos, y otros.

5. CULTURA CRISTIANA EN EL SIGLO XIII. El apogeo de la Iglesia española en el siglo XIII brilla de un modo especial en el florecimiento extraordinario de las ciencias y las artes. Las grandes figuras de los reyes y prelados no sólo fomentaron la organización y reforma eclesiástica, sino todo lo que significaba cultura cristiana. Uno de los mayores Mecenas de la cultura de este siglo fué el rey de Castilla Alfonso X, el Sabio ³³⁾, autor, entre otras cosas, de las «Cantigas de Santa María», verdadera joya de la poesía medieval, así como también del Código de las siete partidas y de una célebre «Historia general de España». Como Mecenas y legisladores, no le anduvieron a la zaga S. Fernando y Jaime I, el Conquistador.

En Toledo brilló extraordinariamente la Escuela de Traductores, creada por el arzobispo Raimundo y dirigida por Domingo Gundisalvo, que tanta influencia ejerció en el progreso de los estudios escolásticos.

Como estrella de primera magnitud, no sólo en el cielo de la Iglesia española, sino en el de la Iglesia universal, brilla S. Raimundo de Peñafort. Cooperó a la fundación de la Orden de la Merced; como penitenciario del Papa, fué el principal

³³⁾ MILLÁS VALLICROSA, J., El literalismo de los traductores de la Corte de Alfonso el Sabio. En Andal., 1 (1933), 155-187. SÁNCHEZ PÉREZ, J. A., Alfonso X, el Sabio. M. 1935. En Bibl. cult. esp. FILGUEIRA VALVERDE, P., Primera crónica general de España por Alfonso X. Antología. M. 1944. TORRENTE BALLESTER, G., Alfonso X y Sancho IV. Crónica. 2 vol. M. 1945. LÓPEZ ORTIZ, J., La colección conocida con el título Leyes nuevas y atribuida a Alf. X el Sabio. En An. Hist. Der. Esp., 16 (1945), 5-70. SÁNCHEZ PÉREZ, J. A., Alfonso el Sabio. M. 1944. BALLESTEROS BER, A., Alf. X, el Sabio, como historiador. En Bol. Ac. Hist., 116 (1945), 35 s. Sobre la vida cultural de España, véanse: PEDRO HISPANO, De Anima. Ed. crítica. M. 1941. Obras filosóf., 2 vol. M. 1944. RUBÍO Y BALAGUER, J., Vida española en la época gótica. B. 1943. GONZÁLEZ PALENCIA, A., El Arzobispo Don Raimundo de Toledo. B. 1942. ALONSO DE CARTAGENA, Defensorium unitatis Christianae. Ed. crít. por P. M. Alonso. M. 1943. MILLÁN VALLICROSA, J. M., Nuevas aportaciones para el estudio para transmisión de la ciencia a Europa a través de España. B. 1943. San Raimundo de Peñafort, Summa Juris. B. 1945. LUÑO PEÑA, E., El pensamiento jurídico de San Ramón de Peñafort. Zaragoza 1945.

autor de la recopilación de las *Decretales* llamadas de Gregorio IX, obra terminada en 1234. Escribió además la célebre *Summa Raimundiana* y, en general, fué inspirador y consejero de Jaime I y de otros muchos personajes de su tiempo.

En los conocimientos canónicos se distinguió asimismo Juan de Dios o *Deogracias*, profesor de Bolonia. En los estudios filosóficos y teológicos descollaron: *Petrus Hispanus*, Poncio Carbonell, Raimundo Marín, y al fin del período, *Raimundo Lulio* († 1315).

En el campo de la *Historia* adquirieron méritos extraordinarios: don Rodrigo Jiménez de Rada, autor de la obra clásica «*Rerum in Hispania gestarum Chronicon*», «*Historia de los ostrogodos, vándalos, suevos y alanos*» y otras; *Lucas de Tuy*, gran cronista de su tiempo y autor de «*Chronicon mundi*»; asimismo el franciscano Juan Gil Zamora, el dominico Fray Rodrigo de Cerrato y otros.

CAPÍTULO II

Lucha contra el error y la herejía

318. Aunque en realidad no se presentaron en este tiempo grandes herejías, sin embargo, fueron suficientes para promover una reacción general en el pueblo y en los príncipes cristianos, sólo explicable en el ambiente de religiosidad que todo lo dominaba. Por efecto de esta reacción se llegó a la persecución violenta de la herejía, que se fijó en leyes por parte de los reyes y del emperador y en el establecimiento de la Inquisición medieval por parte del Romano Pontífice.

I. Diversas sectas y herejías ¹⁾

Durante estos siglos de exuberancia de vida religiosa, proliferaron y se desarrollaron una serie de herejías sumamente peligrosas, en las que, so capa de mayor perfección, se atacaban los fundamentos mismos de la Iglesia y aun de la sociedad civil.

a) Primeras manifestaciones. Los cátaros ²⁾. Las primeras manifestaciones llevan un carácter de revolución religiosa, más o menos abiertamente anticatólica. Pertenecen al principio del siglo XII y se presentan en muy diversas regiones.

En los Países Bajos, un cierto *Tangelus* propugnaba ideas fanáticas, que destruían toda autoridad, el sacerdocio y los sacramentos. Un movimiento parecido se extendió en Flandes y en la Champaña. Todos convenían en hacer la guerra a la legislación de la Iglesia, a la jerarquía. Ellos se presentaban como los únicos perfectos y puros. Por esto se denominaban *cátaros*. Por desgracia hicieron muchos adeptos y se extendieron hacia el sur de Francia, mezclándose y confundiéndose con otras herejías. Particularmente célebres fueron los fanáticos de este tipo como

¹⁾ DOLLINGER, IG VON, Beiträge zur Sektengesch. im Mittelalter. 2 vol. 1890.

²⁾ RAYNIER SACCHONI, DE (Rainerius Sacconus), Summa de Catharis et Leonistis seu pauperibus de Lugduno. Ed. en P. 1548; luego en 1719 por Martène y Durand. VERNET, F., Art. Cathares en Dict. Th. Cath. BROECKX, E., Le Catharisme. Étude sur les doctrines, la vie relig. et morale de la secte cathare... 1916. GUIRAUD, J., Histoire de l'Inquis. au Moyen Âge I. Cathares et Vaudois. P. 1935.

Pedro de Bruys y sus discípulos en el sur de Francia. Éste dió a la secta un carácter más doctrinario, que lo hacía parecido a ciertas ramas gnósticas y maniqueas.

Al lado de estas corrientes anticatólicas se distinguieron otras, que, siendo religiosas en un principio, luego degeneraron. Así, en los Países Bajos se formaron agrupaciones de hombres y mujeres piadosos, los cuales, sin atarse con votos, practicaban continencia. Esta vida los llevó a cierto exclusivismo, que los puso en contradicción con la jerarquía eclesiástica y los hizo degenerar en un verdadero iluminismo. Son los *beguinos* y *beghardos*, entre los cuales florecieron al principio algunas personas santas, pero que más tarde fueron los portavoces de ideas quietistas, y hubieron de ser condenados.

319. b) Los valdenses ³⁾. A este grupo de herejías o movimientos generales pertenecen los *valdenses*, así llamados por un rico ciudadano de Lyon, por nombre *Valdez* (Pedro?), que vivía hacia 1170. En efecto, movido Valdez por un arrebatado de ascetismo, distribuyó su fortuna entre los pobres y se entregó a una vida apostólica, propagando una traducción vulgar del Evangelio y predicando la pobreza más absoluta. A sus secuaces se les llamó «pobres de Lyon», y por los pobres zapatos que llevaban, «insabbatati», o bien simplemente *valdenses*.

Como no tenían fundamento teológico y se dejaron llevar de un fanatismo peligroso, pronto cayeron en errores y herejías semejantes a las de los cátaros, sobre todo la oposición a la jerarquía. Así también fueron los *Humillados de Lombardía*. Unos y otros, sobre la base de un alarde de pobreza y misticismo, atribuían a los sacerdotes ansia de riquezas y lujo exterior. Por esto despreciaban a la jerarquía,teniéndose a sí mismos por los verdaderos hijos de la Iglesia. Fueron condenados por la autoridad eclesiástica; pero ellos no hacían caso alguno. Tenían una organización propia; se dividían en *perfectos* y *amigos de los perfectos*. Por otra parte, la perfección que predicaban y la oposición contra una serie de abusos reales respondían al sentimiento religioso del tiempo y obtenían un éxito ruidoso. A fines del siglo XII, estas ideas infestaban el Languedoc, Aragón, Alsacia y Lorena, la Borgoña y Lombardía. Inocencio III hizo lo que pudo por convertirlos; pero entonces se confundieron con los albigenses y se tuvo que proceder con rigor contra ellos.

320. c) Los albigenses ⁴⁾. Por la extensión que llegaron a alcanzar, sobresalen entre todos estos elementos perturbadores, y fueron sin duda más peligrosos que los anteriores, pues poseían una doctrina más completa, basada en principios opuestos al Cristianismo. La base la formaba el *dualismo*, la oposición entre el principio del bien y del mal. A esta oposición responde

³⁾ COMBA, EM., Histoire des Vaudois d'après les plus récentes recherches. Florencia 1912. MOLINIER, CH., L'Eglise et la société cathare. En Rev. Hist., 99 (1907), 225-248; 95, 1-22, 263-291. POUZET, PH., Les origines lyonnaises de la secte des Vaudois. En Rev. Hist. Egl. Fr., 22 (1936), 5-37.

⁴⁾ SMEDT, CH. DE, Les sources de l'histoire de la doctrine et des pratiques de l'hérésie albigeoise. En Rev. Q. Hist., 16 (1874), 476 s. DOUAIS, L'Eglise et la croisade contre les albigeois. En Annal. Midi., 2 (1890). VACANDARD, E., L'Inquisition. 3.ª ed. P. 1907. Sobre los Cátaros o Albigenses, p. 81 s. Id., Les origines de l'hérésie albigeoise. En Rev. Q. Hist., 55 (1894), 50-83. WARNER, H. J., The Albigensian Heresy. L. 1922. HOLMES, E., The Albigensian or Catharist heresy. L. 1925.

la que hallaban en el mismo hombre entre el cuerpo y el alma. Por esto se consideraba a los albigenses como un retoño del maniqueísmo.

El dualismo tenía especial aplicación para los albigenses en la vida ética. El punto culminante para ellos era el modo de librar al alma del cuerpo. De ahí que el procedimiento más obvio era el *suicidio*, practicado por ellos de diversas maneras. Una de ellas era el llamado *martirio directo*, es decir, se hacía morir de asfixia al paciente o se le cortaban las venas. Otro sistema, mucho más usado y más característico, era el llamado *endura*, consistente en dejarse morir de hambre. Había casos en que se obligaba al *endura*.

Como el blanco era hacer la guerra a la carne, de ahí procedían otras prácticas típicas de los albigenses: ayunos severísimos, *guerra al matrimonio*.

Si a esto se añade la guerra a la jerarquía, a las instituciones y a los sacramentos cristianos y si se tiene presente el fanatismo que se apoderaba de los albigenses, se comprenderá el peligro inmenso que constituían para la Iglesia y para la misma sociedad cristiana. El *consolamentum*, o iniciación en la secta, introducía en un mundo ajeno a todo lo conocido y enemigo declarado de la sociedad. Por otra parte, tuvo una extensión rápida e intensa, que unida a la de los cátaros y valdenses, con los cuales se confundían, llegó a poner en verdadero peligro el catolicismo occidental. El nido principal era el mediodía de Francia.

Naturalmente, por parte de la Iglesia y de los príncipes cristianos se tomaron medidas contra estas herejías peligrosas. Se emprendió una guerra en toda forma, de la que fué alma Inocencio III; pero, sobre todo, lo que sintetiza las medidas tomadas contra estas herejías fué la *Inquisición*.

II. Evolución de la persecución violenta de la herejía.

La Inquisición medieval ⁵⁾

321. Mirada en conjunto, la *Inquisición medieval* fué uno de los efectos del sentimiento cristiano del siglo XIII. Pero la ocasión inmediata fueron las herejías de los cátaros, valdenses

⁵⁾ Véase nuestra obra «La Inquisición en España», p. 35 s. 2.ª ed. B. 1946. Además, entre la abundancia de bibliografía sobre esta materia, citaremos únicamente algunas obras más importantes: EYMERICH, N., Directorium inquisitorum. Nova ed. a Fr. Pegna. R. 1578. GUI, B., Practica Inquisitionis haereticarum pravitatis. Ed. y trad. franc. por G. MOLLAT. P. 1928. En «Les Classiques de l'Hist. de Fr. au Moyen Âge». HAVET, J., L'hérésie et le bras séculier au Moyen Âge jusqu'au 13.º siècle. En Bibl. Ec. des Chart., 41, 488-517, 570-607. MOLINIER, CH., L'Inquisition dans le midi de la France au 13.º et au 14.º siècles. P. 1880. LEA, H. CH., A history of the Inquisition in the middle ages. 3 vol. Nueva York 1887-1888. LANGLOIS, CH.-V., L'Inquisition d'après les travaux récents. P. 1902. VACANDARD, E., L'Inquisition... 3.ª ed. P. 1907. Id., Art. Inquisition, in Dict. Th. Cath. DOUAIS, L'Inquisition. P. 1906. TANON, Histoire des tribunaux de l'Inquisition en France. 2 vol. P. 1909-1912. GUIRAUD, J., Histoire de l'Inquisition. 2 vol. P. 1935 s. BELPERRON, P., La croisade contre les Albigeois et l'union du Languedoc à la France, 1209-1249. P. 1942. En Quest. d'hist. et d'arch. chrét., 1906. Id., Hist. de

y albigenses, que amenazaban con sus prácticas disolventes a los Estados cristianos. Sin embargo, para entender los diversos problemas que suscita su establecimiento, es conveniente recorrer, siquiera sea rápidamente, la evolución del principio de la persecución violenta de la herejía.

a) **La autoridad civil inició la persecución violenta de la herejía.** Hasta después del año 1000, las personas más significadas de la Iglesia católica más bien se inclinaron a la benevolencia con los herejes. En cambio, ya el Derecho Romano cristiano, considerando a algunos tipos de herejes como enemigos de la sociedad, dictó severas penas contra ellos, incluso la pena capital, confiscación de bienes e infamia. Contra este rigor trabajaron S. Agustín, S. Martín de Tours, S. Ambrosio, S. Juan Crisóstomo, S. Isidoro de Sevilla y otros. Esto se vio claro en el caso de Prisciliano.

Así continuaron las cosas hasta los siglos XI y XII, en que las nuevas herejías amenazaban ahogar al mundo cristiano. Por esto fué en primer lugar el pueblo mismo el que abrió espontáneamente una campaña de violencia contra estos herejes. Son innumerables los documentos que poseemos sobre este hecho.

El paso siguiente fué la persecución violenta de parte de los *príncipes cristianos*, y esto, incluso con disposiciones generales o leyes contra los herejes. La razón básica era el peligro constante para los Estados cristianos, como se demostraba prácticamente por las devastaciones causadas por los albigenses. Así, el conde Ramón V de Tolosa, ante el peligro creciente de los albigenses en sus Estados, dió una ley por la que los amenazaba con la pena de muerte. Esta ley sirvió de base en 1209 a los ejércitos de Simón de Montfort para proceder contra ellos. Pedro II de Barcelona, en 1197, fijó un plazo a los herejes, después del cual amenazaba con la pena del fuego a los que se hallaran en sus dominios. Algo parecido hizo Luis VIII de Francia en 1226 y Federico II de Alemania desde 1224.

322. b) Primeras disposiciones generales de la Iglesia. Las primeras disposiciones de los Concilios y de los Pontífices contra los herejes establecieron penas más suaves que las ya existentes de los príncipes seculares.

La primera medida de carácter general es la tomada por Alejandro III en el *Concilio III de Letrán en 1179*. Sin embargo, en ella se advierte que los clérigos «cruentas effugiant ultiones»; en cambio, excita a los príncipes a que empleen el rigor contra los herejes, que constituyen una amenaza constante.

El segundo paso lo dió Lucio III en *Verona en 1184*. En efecto, en un sínodo al que asistió el emperador Federico I Barbarroja, ante los estragos de las nuevas herejías, se dispuso que a los herejes obstinados se les aplicara el castigo debido. No se imponía todavía la pena de muerte; pero se urgía el empleo de la violencia. Además se recomendaba a los Ordinarios que hicieran *inquisición* en busca de los herejes.

Por el mismo tiempo se dió el tercer paso. Los Romanos Pontífices comenzaron a nombrar *legados especiales*, para que, de acuerdo con el Ordinario, urgieran las medidas de rigor contra los herejes. Eran un nuevo tribunal para proceder contra la herejía. El pontificado de Inocencio III no trajo cambio alguno en esta legislación. El

Papa urgió únicamente las disposiciones existentes; nombró legados que procedieran en la inquisición y castigo de los herejes, pero, contra lo que defienden algunos, no decretó la pena de muerte contra ellos. El mismo Concilio IV de Letrán de 1215, que codificó y urgió las medidas violentas contra los herejes, no añadió nada nuevo; por tanto, tampoco la pena de muerte.

323. c) Establecimiento de la Inquisición medieval por Gregorio IX. El último paso en esta evolución de la persecución violenta de la herejía fué el establecimiento de la pena de muerte y la organización de un tribunal especial llamado *Inquisición*, encargado de proceder con energía contra los herejes.

La ocasión inmediata, que indujo al Papa a incluir la pena de muerte entre las penas canónicas contra la herejía, fué una ley del emperador Federico II. En esta ley habían influido los legistas, que deseaban se restableciera la legislación romana, tendencia entonces muy poderosa; y como en la legislación romana cristiana existe la pena de muerte contra los maniqueos, y, por otra parte, los albigenses y demás herejes del siglo XIII eran considerados como retoño de los mismos, de ahí que se procurara renovar la pena de muerte contra las nuevas herejías. Hízolo por fin el Emperador en una ley de 1224, en la cual se insiste en que la herejía es un crimen de lesa majestad.

Entonces, pues, ante un modo de pensar tan general en toda la Cristiandad, Gregorio IX el año 1231 aceptó para toda la Iglesia la *ley imperial de 1224*, y en una ley especial de este mismo año dió normas particulares para urgir la inquisición y castigo de los herejes según esta y las anteriores disposiciones. De hecho, ya en 1231 consta de la aplicación de la última pena a algunos herejes en Roma mismo.

Para la ejecución de estas nuevas normas siguió el Papa nombrando legados especiales. Pero esto no bastaba. Entonces, pues, acudió a las dos nuevas Órdenes, los *franciscanos* y los *dominicos*, dedicados de un modo especial a la predicación, y los nombró agentes particulares para la ejecución de las leyes canónicas existentes contra la herejía. Esto equivalía a erigir un nuevo tribunal, el de la *Inquisición*. Este nuevo tribunal, formado en un principio de franciscanos y dominicos nombrados por el Papa, y luego únicamente por dominicos, nombrados por sus Maestres Generales o provinciales, comenzó a funcionar inmediatamente con gran energía. Las normas que se seguían en la persecución de los herejes eran todas las disposiciones canónicas existente contra la herejía. Es cierto que se cometieron excesos de parte de algunos tribunales o inquisidores particulares; pero también se realizaron actos de verdadero heroísmo, y en todo caso los principios en que se basaba la Inquisición eran entonces universalmente admitidos por los teólogos y canonistas.

324. d) La Inquisición medieval en España. El nuevo tribunal de la Inquisición fué extendiéndose en las diversas regiones de Europa, sobre todo en el mediodía de Francia y norte de Italia. En España

l'Inquisition au Moyen Âge. Vol. I. P. 1935. CHAMPION, P., Procés de condamnation de Jeanne d'Arc. Texte, traduction et notes. 2 vol. P. 1920-1921. FÖRG, L., Die Ketzerverfolgungen in Deutschland unter Gregor IX. 1932. En Hist. St. Krit., 218. BILLARD, A., Jeanne d'Arc et ses juges. P. 1933.

se introdujo por iniciativa de S. Raimundo de Peñafort. En efecto, este ilustre santo se hallaba entonces al lado de Gregorio IX, y así había seguido y tal vez aconsejado las medidas tomadas contra los herejes. Por efecto, pues, de su intervención, según lo atestiguan diversos documentos, el Papa escribió a *Espárrago*, arzobispo de Tarragona, en 1232, proponiendo el nombramiento de los PP. dominicos como inquisidores de Aragón.

Mas no se redujo a esto la intervención de S. Raimundo de Peñafort. Poco después compuso una instrucción especial para los inquisidores, que el mismo Romano Pontífice envió a los obispos aragoneses para que sirviera de norma. Más aún, en el Concilio celebrado en Tarragona en 1242 con el fin de tomar las medidas convenientes contra los albigenses y otros herejes, el principal consejero fué S. Raimundo. Entonces precisamente compuso un Manual práctico del Inquisidor, que ha sido editado recientemente, y fué entonces de gran utilidad. Por lo demás, la Inquisición medieval española se circunscribió a Aragón y siguió en todo las normas generales de este tribunal eclesiástico.

CAPÍTULO III

Florecimiento de la Ciencia eclesiástica

325. En el ambiente general de apogeo de la Iglesia no es de sorprender brillara de un modo especial la ciencia eclesiástica. Así, pues, por una parte asistimos en el siglo XII al desarrollo de los grandes centros de cultura, las escuelas monacales y catedralicias, que se transforman en Estudios Generales o Universidades; y por otra, vemos cómo van apareciendo las grandes síntesis y grandes figuras que caracterizan la prescolástica del siglo XII y el apogeo escolástico del siglo XIII. Complemento de ello es el primer desarrollo de la ascética y mística.

I. Las Universidades medievales ¹⁾

Uno de los puntos donde mejor se muestra el florecimiento general de los siglos XII y XIII y sus notas características es en el modo rápido como se desarrollaron los grandes centros de cultura. Por esto merece la pena que los estudiemos brevemente.

a) Centros de instrucción hasta el siglo XIII. Hasta el siglo XIII, apenas existían otros centros de instrucción científica que las *escuelas monacales y catedralicias*. En efecto, en torno de los más célebres monasterios solían reunirse algunos discípulos. El objeto de estas escuelas era educar a los monjes mismos, a los futuros doctores. Algo parecido sucedía en los Capítulos catedralicios, donde se educaban algunos hijos de

¹⁾ DENIFLE, H., Die Entstehung der Universitäten des Mittelalters bis 1400. 1885. D'IRISAY, ST., Histoire des Universités françaises et étrangères. 2 vol. P. 1933-1935. Además: Statutes of the Colleges of Oxford, with royal patents of foundation, etc. 3 vol. L. 1853 s. DENIFLE-CHATELAIN, Chartularium universitatis Parisiensis. 4 vol. P. 1889-1897. *Id.*, Auctarium Chartularii. 2 vol. P. 1894-1897. MALAGOLA, NARDI, ORIOLI..., Chartularium Studii Bononiensis. Imola. 6 vol. 1907 s. GERMAIN, A., Cartulaire de l'Université de Montpellier. 2 vol. Montpellier 1890-1912. RASHDALL, H., The universities of Europe in the MA. Nueva ed. por F. M. Powicke y A. B. Emden. 3 vol. L.-O. 1936. PAULSEN, Geschichte des gelehrten Unterrichts auf den deutschen Schulen und Univ. 2.^a ed. 2 vol. 1896. MOURIN-ECKART, Geschichte der deutschen Universitäten. 1930. AIGRAIN, R., Histoire des Universités. P. 1949.

nobles, destinados a las prebendas de las mismas catedrales. Una escuela catedralicia recibía el título de *Scholasteria maior*. El director se llamaba *magister scholarum* o *scholasticus*.

Entre las escuelas anteriores a las Universidades son dignas de especial mención: 1. Entre las *escuelas catedralicias*: la de *Angers*, restaurada en el siglo XI por los discípulos de Fulberto de Chartres, y frecuentada sobre todo por los normandos, bretones e ingleses; *Avranches*, ilustrada en el siglo XII por S. Anselmo; *Besançon*, que floreció de un modo especial en el siglo XII; *Chalons*, dirigida por Guillermo de *Champeaux* a principios del siglo XII; *Chartres*, una de las más célebres en la primera mitad del siglo XII, ilustrada por Juan de *Salisbury*; *Laon*, dirigida ya en el siglo XI por S. Anselmo de *Laon*; *Montpellier*, muy reputada en la Medicina; *Poitiers*, conocida por Guillermo de *Poitiers*, e Hilario, maestro de Gilberto de la *Porée*. 2. Entre las *escuelas monacales*: *Aurillac*, donde estudió el monje Gerberto, que se llamó luego Silvestre II; *Cluny*, que alcanzó gran prosperidad en tiempo de Pedro el Venerable; *Bec*, que floreció bajo la dirección de *Landfranco*.

326. b) Fundación de las Universidades. El ansia de instrucción no sólo hizo ensanchar el campo entre el pueblo dando comienzo a las *escuelas parroquiales*, sino más aún, entre la gente mejor dispuesta y en las materias de alta especulación. A esto ayudó, según parece, el contacto con el Oriente en las Cruzadas. El resultado fué la fundación de centros superiores de carácter universal, donde se enseñaba Teología, Derecho, etc. Llamáronse *Studium generale*, no porque se enseñara de todo, sino porque estaban abiertos a todos. Más tarde se los llamó *Universidades*.

El «estudio general» más antiguo de Europa es el de *Salerno* del siglo XI; sin embargo, por su carácter restringido a la Medicina, no se le suele contar entre las Universidades.

El verdadero desarrollo de las Universidades tuvo lugar desde fines del siglo XII. París, Bolonia y Oxford, a fines del siglo XII; Módena, Montpellier, Cambridge, hacia 1200; Vicenza, en 1204; Palencia, hacia 1212; Padua, en 1222; Salamanca, en 1220; Curia Romana, en 1244. Estas Universidades no se fundaron con un esquema uniforme. En unos casos se desarrollaron de las escuelas catedralicias, monacales o parroquiales; en otros, fueron creaciones independientes. De todas, empero, se puede afirmar que nacieron y se desarrollaron estrechamente unidas con la Iglesia.

327. c) Universidad de París²⁾. Una de las más antiguas, y como modelo de otras muchas, es la Universidad de París. Su origen

²⁾ FERET, La Faculté de théologie de Paris. Moyen Âge. 4 vol. P. 1884-1897. FOURNIER, M., Les statuts et privilèges des universités françaises. 4 vol. P. 1890-1894. BOUNEROT, J., La Sorbonne, sa vie, son rôle, ses oeuvres. P. 1927.

fué la escuela catedralicia de Notre Dame, ya muy desarrollada. Al lado de esta escuela existían ya en el siglo XII centros de estudios superiores, como la fundación de los canónigos de San Víctor, donde enseñaron Hugo y Ricardo de San Víctor, y la escuela de Santa Genoveva, donde enseñó Abelardo.

En sus principios la Universidad de París entera estaba en manos de sacerdotes seculares; pero al poco tiempo comenzó a gozar de gran concurso de diversas Ordenes religiosas, a lo cual contribuyeron los privilegios pontificios y reales que fué adquiriendo. Así, por ejemplo, que nadie sin especial potestad o aprobación pontificia podía excomulgar a ninguno de sus miembros; los estudiantes no estaban sujetos a los tribunales civiles, sino solamente a los eclesiásticos. Con todo esto la Universidad se convirtió en una institución fuerte, que trataba con el rey, el Parlamento y el obispo como un poder independiente. Se concibe también fácilmente el interés con que procuraba ir aumentando sus privilegios.

Un paso adelante lo constituye la *organización de las corporaciones* dentro de la Universidad. La primera se formó hacia 1200, y fué el «consortium magistrorum». Ésta se subdividió más tarde por disciplinas: Teología, Derecho Canónico, Derecho Civil, Medicina, Filosofía. La Filosofía y la Teología fueron el distintivo de la Universidad de París. La corporación de todos los discípulos y profesores, la *Universitas* propiamente tal, aparece por vez primera en 1221. Formóse con el fin de defender mejor los intereses comunes delante de las autoridades civiles y eclesiásticas.

Otra novedad muy importante fué el efecto del aumento de los escolares. Entonces se sintió la necesidad de subdividirse en *colegios* por regiones o naciones. Ya en el siglo XIII se formaron los colegios de los Gallicani, Picardi, Angli, Alemani. Entre los Gallicani se contaban los españoles y los italianos. Dentro de cada colegio existía una jerarquía completa. En los colegios vivían también los profesores de la nación respectiva.

Del desarrollo interno de los estudios da una idea lo que luego diremos sobre la escolástica. Una organización parecida a la de París tuvieron otras Universidades.

328. d) Otras Universidades insignes. 1. **BOLONIA**³⁾. Después de la de París, fué la más importante, si bien su fama se circunscribía al Derecho. La base fué la escuela antigua de Derecho; pero, como la Universidad de París, debió su progreso a los privilegios obtenidos.

En Bolonia obtuvieron también gran importancia las corporaciones o *Colegios*. Hacia 1250 existían las dos agrupaciones «Universitas Ultramontanorum» y «Universitas Citramontanorum». Lo que más atraía a los extranjeros era el título de doctor de Bolonia, muy apreciado en todas partes.

2. **OXFORD Y CAMBRIDGE**⁴⁾. Tuvieron su origen muy poco después de las anteriores, y pronto alcanzaron gran esplendor. Su modelo fué París. Son dignas de especial estudio, pues en ellas se han conservado los famosos *colegios*, que entonces o después se fundaron. Estos colegios son una de las notas más típicas de las Universidades antiguas. Su objeto era, en primer término, dar alojamiento a los muchos estudiantes pobres. Para esto se reunían en ellos fundaciones o becas. Tipo de estos colegios fué el de la *Sorbona* de París, fundado

³⁾ COPPI, Le Università italiane nel Medio Evo. 2.^a ed. Florencia 1886.

⁴⁾ MALLEY, Ch. E., History of the Univ. Oxford. 2 vol. I. 1927.

por Roberto de Sorbonne. Un grupo especial de colegios lo formaban las casas de estudio de los religiosos que acudían también a la Universidad.

329. e) Universidades españolas más antiguas ⁵⁾. Por lo que se refiere a las Universidades españolas, indicaremos las más importantes por su antigüedad o por su desarrollo. Desde luego, consta que en los reinos cristianos de la Península existían muchas escuelas catedrales o episcopales y monacales. Así consta de Segovia, Sevilla, Toledo, Tarragona, Gerona, Oviedo, León, etc.

1. **PALENCIA.** Sobre la antigua escuela catedralicia, Alfonso VIII erigió en 1212 un estudio general. Rodrigo Jiménez de Rada, en su crónica, atestigua que el Rey trajo para ello buenos maestros de Francia y de Italia y les dió buenos sueldos. Sin embargo, esta Universidad no prosperó.

2. **SALAMANCA ⁶⁾.** En cambio, prosperó mucho la de Salamanca, organizada por Alfonso IX hacia 1220, según parece, sobre la escuela catedralicia y varias monacales. En un principio se pusieron maestros de Teología, pero poco después comenzó a distinguirse también en Derecho Canónico. A mediados del siglo XIII había prosperado tanto, que podía compararse con París y Bolonia.

En 1254 Alejandro IV le confirmó todos los privilegios reales y la declaró uno de los cuatro estudios generales del mundo. Alfonso X, *el Sabio*, contribuyó a su gloria concediéndole nuevos privilegios, fundando becas y creando nuevas cátedras.

3. **VALLADOLID.** La tercera Universidad española fué la de Valladolid. Su fundación tuvo lugar a mediados del siglo XIII y se debió al municipio. Su desenvolvimiento ulterior fué mucho más modesto que el de Salamanca.

4. **VALENCIA.** Consta asimismo que en 1246 la ciudad de Valencia poseía un *estudio general*; pero faltan noticias sobre su desarrollo. Se ha probado, con todo, que intervino eficazmente S. Vicente Ferrer.

II. La Escolástica y sus principales representantes ⁷⁾

330. En íntima relación con el desarrollo de las Universidades medievales está el florecimiento de la Escolástica en los

⁵⁾ GIL ZÁRATE, La Instrucción pública en España. 3 vol. M. 1885. LA FUENTE, V., Historia de las Universidades y demás establecimientos de enseñanza en España. 4 vol. M. 1884-1889. Id., Historia de la Instrucción pública en España y Portugal... En Rev. Univ. M., I (1873), 189 s. RIBEIRO, J. S., História dos estabelecimentos literarios e artisticos da Portugal. Lisboa 1871. BRAGA, TR., História da Universidade de Coimbra nas suas relações com a instrução pública portuguesa. Lisboa 1892.

⁶⁾ ESPERABÉ ARTEAGA, E., Historia pragmática e interna de la Universidad de Salamanca. 2 vol. Salamanca 1914. SAN MARTÍN, J., La antigua Universidad de Palencia. M. 1942. TEIXIDOR, J. FR., San Vicente Ferrer, promotor del antiguo estudio general de Valencia. M. 1945.

⁷⁾ HURTER, H., Nomenclator literariae theologiae catholicae, II. 2.^a ed. (1109-1563). 1906. ÜBERWEG-GEYER, vol. II. 1928. Asimismo: PICAUVET, Esquisse d'une histoire générale et comparée des philosophies médiévales. 2.^a ed. P. 1907.

siglos XII y XIII, que forma el punto culminante de la cultura cristiana de este período.

a) Precursores de la Escolástica: Preescolástica. El director de estudios en las escuelas catedralicias era llamado *scholasticus*. Al iniciarse, pues, los «estudios generales», se aplicó la palabra a la profesión misma de los estudios científicos y a las ciencias por antonomasia de aquel tiempo, la *Teología* y la *Filosofía*. Por esto, desde entonces se llamó *Escolástica* a esta clase de estudios.

En ellos podemos distinguir varios rasgos característicos. En primer lugar, buscan en la Filosofía las pruebas o explicaciones del dogma católico. En esto se diferencian del sistema seguido hasta entonces, que consistía en aducir como pruebas del dogma los textos de la Sagrada Escritura y de la Tradición. Los escolásticos pasan más adelante y procuran explicar en lo posible las verdades reveladas. Por tanto, la Filosofía y la Teología iban estrechamente unidas. De aquí se deduce el segundo rasgo característico, es decir, el acomodar a las cuestiones filosóficas y teológicas cristianas alguno de los grandes sistemas filosóficos, sobre todo el platonismo y aristotelismo, de donde se seguirán las diversas tendencias de las escuelas católicas. Finalmente, puede notarse un tercer rasgo, que es la importancia dada a la dialéctica, que formó un lenguaje especial más conciso y apremiante y menos expuesto a divagaciones y discursos.

En el desarrollo medieval de la Escolástica podemos distinguir dos períodos: el primero lo forman los siglos XI y XII, que son como los precursores de la Escolástica propiamente tal: la *Preescolástica*. El segundo, que llena todo el siglo XIII, constituye el apogeo de la Escolástica. Por lo que al primero se refiere notaremos únicamente los escritores y las tendencias más importantes.

1. **S. ANSELMO († 1109) ⁸⁾.** S. Anselmo de Cantorbery, considerado generalmente como el primer escolástico, nació en Aosta del Piamonte; pero más tarde estudió en *Le Bec* bajo el

GRABMANN, M., Geschichte der scholastischen Methode. 2 vol. 1909-1911. Id., Die Gesch. der kath. Theologie seit dem Ausgang der Väterzeit. 1933. Trad. castellana. M. 1940. ROBERT, G., Les écoles et l'enseignement de la Théologie pendant 12.^e siècle. P. 1909. BAUMKER, KL., Die europäische Philosophie des Mittelalters. En Kultur der Gegenw. I, 5, 2.^a ed. 1913. OVERBECK, FR., Vorgesichte und Jugend d. Mittelalters. Scholastik. 1917. BIERBAUM, Bettelorden und Weltgeistlichkeit an der Univ. O. 1920. Beih. d. Franzisk. Stud. EHRLÉ, FR., L'Aristotelismo e l'Agostinismo nella scholastica del s. XIII. R. 1925. En Xen. Thom., III, 517-588. GLOBEUX, P., Répertoire des maîtres en Théologie de Paris au 13.^e siècle. P. 1934. En Ét. phil. méd., n.º 17. GHELLINCK, J. DE, Littérature latine au Moyen Âge. 2 vol. P. 1938. En Bibl. Sc. Rel., 85, 86. Id., Le mouvement théologique du XII siècle. Bruselas 1948.

⁸⁾ FILLIATRE, CH., La Philosophie de S. Anselme de Cant. P. 1920. CLAYTON, J., Saint Anselm, a critical biography. Milwaukee 1933. MARIAS, J., S. Anselmo y el Insensato y otros estudios. M. 1944. SCHMITT, F. S., Sancti Anselmi Cantuariensis archiep. opera omnia. 3 vol. Edimburgo 1944-1946.

magisterio de Landfranco, a quien siguió en la dirección de esta escuela, que él mantuvo en gran esplendor hasta que fué elevado a la sede de Cantorbery. En sus escritos se caracteriza por el equilibrio de sus facultades. Partiendo del principio de que la razón debe estar de acuerdo con la fe, inició el método típico de la Escolástica, llamando a la Filosofía en su auxilio para explicar las verdades reveladas.

Entre sus obras son dignas de mención: el diálogo «De veritate», es decir, Dios como suprema verdad, y «De libero arbitrio», ambas de carácter más bien filosófico. En el campo teológico compuso el «Monologium seu exemplum meditando de ratione fidei», verdadero tratado racional sobre Dios y sobre el modo de razonar la fe. A esta obra añadió a modo de complemento el «Prologium seu fides quaerens intellectum», en que trata de explicar las verdades de la fe. En esta obra se halla el célebre argumento de la existencia de Dios *a priori* (prueba ontológica). También escribió sobre la Trinidad y sobre la Redención.

2. PEDRO ABELARDO († 1142). Estudió en la escuela catedralicia de París bajo el magisterio de Guillermo de Champeaux, que gozaba ya de gran renombre. Desde 1113 fué él mismo profesor en la escuela de Santa Genoveva, y luego en una escuela particular, y a través de una vida agitadaísima manifestó un talento extraordinario, acompañado de un éxito sorprendente. Una de sus obras más insignes es la titulada «Sic et non», donde discute sentencias de la Escritura aparentemente contradictorias y trata de armonizarlas. Más célebres todavía fueron los tratados «De unitate et Trinitate», «Introductio ad Theologiam» y «Theologia christiana», pues las ideas heterodoxas que en ellas exponía dieron origen a interminables discusiones, en que Abelardo manifestó su carácter intemperante y poco sincero. Fué célebre, sobre todo, su discusión con S. Bernardo, el cual procuró fueran condenadas diecisiete proposiciones de Abelardo en un sínodo de Sens de 1140, condenación confirmada luego por Inocencio II. Abelardo se reconoció y murió reconciliado con la Iglesia.

Con el influjo que ejercieron S. Anselmo y Abelardo y otros hombres de gran autoridad, se fué fijando cada vez más el método de la dialéctica escolástica. Con esto se marcaron más diversas tendencias, que aparecieron principalmente en Francia en torno a la gran *cuestión de los universales*. En efecto, mientras los partidarios de la escuela platónicoagustiniana defendían la teoría de las ideas universales «a parte rei» (realistas), otros, en cambio, se fueron al extremo opuesto defendiendo que tales conceptos universales eran meros productos del entendimiento sin fundamento en la realidad (nominalistas, conceptualistas). Poco a poco se fué formando una teoría media, representada por los mejores escritores escolásticos, que, basados en Aristóteles, concedían un fundamento en las cosas, de las cuales abs-

trae el entendimiento el concepto universal. Notemos algunos nombres ilustres:

3. Bruno de Segni († 1123) y Odón de Cambrai, en sus diversos escritos sobre la Trinidad y el pecado original defendieron las mismas ideas y principios de S. Anselmo. Roscelin de Compiègne († 1123), fundador o al menos principal sostenedor del nominalismo, era hombre de talento, pero de un carácter mordaz con sus adversarios. Su teoría nominalista fué atacada principalmente por S. Anselmo y al fin tuvo que retractarse en un sínodo de Soissons en 1092. Su principal contrincante fué Guillermo de Champeaux († 1121), quien había sido discípulo suyo y de Anselmo de Laon, pero bien pronto manifestó las tendencias realistas que luego lo distinguieron. Se hizo célebre como profesor en la escuela catedralicia de París y como fundador de los Canónigos regulares y Escuela de San Víctor⁹). Frente a las tendencias nominalistas y a las innovaciones de Abelardo, enseñó esta escuela una doctrina de carácter más conservador, basada principalmente en S. Agustín. Además de Guillermo de Champeaux, sobresalieron en ella Hugo († 1141) y Ricardo de San Víctor († 1178), a mediados del siglo XII. Hugo fué quien introdujo la doctrina sobre la Iglesia en el cuerpo de la doctrina de la Teología. Su influencia fué bien patente, ya que, más de un siglo más tarde, las expresiones sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado, de la bula «Unam sanctam», están tomadas de él. Sus obras más notables son: el «Discalion», que es una especie de Metodología para las ciencias, y «De Sacramentis christianae fidei», que es una exposición de toda la Teología.

4. Más caracterizados todavía por sus tendencias platónicas son: el inglés Abelard de Bath († 1150), hombre de gran erudición, versado particularmente en las ciencias naturales; y, sobre todo, los representantes de la célebre Escuela de Chartres. Precisamente por la significación de los hombres que en ella enseñaron, adquirió esta escuela, en el siglo XII, una importancia comparable con la de París. Son dignos de mención: Bernardo de Chartres († 1124?) y su discípulo Guillermo de Conches († 1145), que se dedicaron más bien a estudios gramaticales y a las ciencias naturales, y Gilberto de la Porrée (= Porretanus, † 1164), uno de los hombres más ilustres de esta escuela, de la que fué cancellor, en 1141 profesor de París, y en 1142-1154 obispo de Poitiers. Entre las obras que escribió pueden citarse: «Comentario a los opúsculos teológicos de Boecio», «De sex principiis» (las seis últimas categorías de Aristóteles). Esta última fué tomada después como libro de texto en la Universidad de París. Juan de Salisbury († 1180), nacido en Inglaterra, recibió toda su instrucción en Europa e ilustró a la Escuela de Chartres, de donde fué obispo en 1176-1180. Sus escritos tienen especial importancia, porque nos dan una idea y cierta crítica de las principales corrientes ideológicas de su tiempo. Digno de especial mención es todavía Alanus ab Insulis (de Lille, † 1203), apellidado «doctor universalis», quien escribió, entre otras cosas, «De fide catholica contra haereticos», verdadera apología de la doctrina católica contra las herejías de su tiempo, y las «Regulae o Maximae Theologiae».

5. La sistematización de la Escolástica tomó desde mediados del siglo XII la forma de *libri sententiarum* o sumas. Ya Abe-

⁹) MIGNON, A., Les origines de la Scolastique et Hug. de S. V. 2 vol. P. 1895. KIRGERSTEIN, J., Die Gotteslehre des Hugo von S. V. 1897.

lardo y Hugo de San Víctor tomaron la iniciativa de este género de obras, y de hecho ejercieron gran influjo en los que les siguieron. Pero el que con más éxito realizó el nuevo sistema fué *Pedro Lombardo* († 1160) con su «*Libri quattuor sententiarum*». Nació en Lunello (Lombardía) y recibió su educación en Bolonia y en la Escuela de San Víctor de París. Fué luego profesor de la Escuela catedralicia y obispo de París. En 1140 escribió un comentario a las epístolas de S. Pablo, al que siguió otro a los salmos; pero su gloria principal le vino de la obra citada, compuesta en 1150-1152, en la que da un resumen de toda la Teología, que, aunque imperfecto, fué durante varios siglos la base de las explicaciones teológicas.

Al lado de Pedro Lombardo deben ser citados como autores de sumas parecidas a la suya: *Roberto de Meun* († 1167), autor de una célebre Suma teológica. Por otra parte, manifiesta gran independencia de criterio. *Pedro Pictaviense* (de Poitiers, † 1215), profesor desde 1169 en la Escuela catedralicia de París, compuso unos comentarios a la obra sobre los salmos de Pedro Lombardo, y sobre todo su «*Sententiarum libri quinque*». Del mismo modo desarrollaron gran actividad en el campo teológico: *Simón de Tournai* († 1219), con sus «*Institutiones in sacram paginam*» y «*Quaestiones*»; *Prevostin de Cremona*, como profesor de París y autor de «*Quaestiones*», etc.; *Pedro Comestor* († 1178-79), con su célebre «*Historia scholastica*», y *Pedro Cantor* († 1196), con su «*Summa de Sacramentis et animae consiliis*» y otras varias.

331. b) Influjo de las traducciones y escritos árabes¹⁰⁾. Por este mismo tiempo se realizó un hecho que ejerció extraordinario influjo: la traducción de multitud de escritos árabes en la península Ibérica, de los cuales unos eran a su vez traducciones de obras griegas, otros obras originales. Por este medio fueron conocidas diversas obras filosóficas de Aristóteles y de otros autores insigne.

El principio de esta actividad lo dió la conquista de Toledo en 1085. En efecto, los árabes habían juntado una erudición inmensa, que por entonces tenía su asiento en España. Habían tomado de los griegos, asirios y persas muchas de sus ideas y se habían apropiado muchas de sus obras clásicas. Conocedores,

¹⁰⁾ GRABMANN, M., *Forschungen über die lateinischen Aristotelesübersetzungen* des 13. J. 1916. HORTEN, Averroes. 1920. ASÍN PALACIOS, M., *El justo medio en la creencia (Ictisad)*. Compendio de la Teología dogmática de Algazel. M. 1929. LEVY, L. G., Maimonide. P. 1932. En «*Les grands Philosophes*». R. DE V., *La première entrée d'Averroes chez les Latins*. En *Rev. Sc. phil. théol.*, 22 (1933), 193 s. ALONSO, M., Álvaro de Toledo. Comentario al «*De substantia orbis*» de Averroes, M. 1941. ASÍN PALACIOS, M., *Huellas del Islam*. M. 1942. *Id.*, *Tratado de Avempace sobre la unión del intelecto con el hombre*. En *Al-Andalus*, 7 (1942), 1 y s. *Id.*, *La Carta de Adrós*, de Avempace. *Id.*, 8 (1943), 1 y s. MUCKLE, J. T., *The treatise De anima of Dominicus Gundisalvus*. En *Medieval Stud.*, 2 (1940), 23-903. ALONSO, M., Dom. Gundisalvo y el *De Causis primis et secundis*. En *Est. Ecl.*, 21 (1946), 318 s. *Id.*, *Traducciones del arcediano Dom. Gundisalvo*. En *Al-And.*, 12 (1947), 295 s. *Id.*, *Teología de Averroes*. Estudios y documentos. M. 1947. GAUTHIER, L., *Ibn Rochd (Averroes)*. En «*Les grands philosophes*». P. 1948.

pues, de estos tesoros los cristianos españoles que vivían en contacto con los árabes, comenzaron a traducir al latín una porción de obras de Medicina, y en particular las principales obras de Aristóteles, de quien se conocía en Occidente muy poco. A esto se añadió la traducción de algunos comentarios árabes del mismo Aristóteles. Más aún, se siguió traduciendo otros escritos árabes originales, como los del médico *Avicenna*, muerto en 1037; su discípulo *Algazel* y, sobre todo, de *Averroes*, nacido en Córdoba en 1126, y de los judíos *Avicibrón* y *Maimónides*. Asimismo el comentario de Aristóteles de Issak Farabi y de Ibn Tufail.

Todo este trabajo de traducción lo dirigió la célebre *Escuela de traductores* de Toledo, cuya alma fué Raimundo, arzobispo de esta ciudad. Entre los traductores se distinguieron: *Domingo Gundisalvo*, el converso judío *Juan Hispano* y *Gerardo de Cremona*, todos ellos muy estudiados hoy día. Tal cúmulo de traducciones del árabe trajeron de golpe un mundo nuevo de ideas en los centros estudiosos de Europa.

Las ciencias naturales o experimentales recibieron un notable aumento. Por esto ya el mismo Domingo Gundisalvo compuso una obra, que pretendía ser una nueva fase de la filosofía.

Los problemas que todo esto suscitaba no eran fáciles. Por una parte, era difícil la armonía entre los conocimientos cristianos y los nuevos principios filosóficos. Por otra, las obras nuevas de Aristóteles descubrieron un sistema completo de Filosofía, que fascinaba a las inteligencias. Pero el peligro verdadero provenía de las obras de origen árabe, particularmente de las de Averroes, quien defendía un panteísmo solapado; y como estas doctrinas peligrosas fácilmente eran atribuidas al mismo Aristóteles, de ahí la suspicacia que éste producía en muchos. Por desgracia, algunos doctores católicos se dejaron seducir por estas novedades, como Amalrico de Bène, profesor de Teología en la Universidad de París, y David de Dinant.

La reacción que produjo este peligro en el campo conservador católico tuvo por resultado la formación de una corriente que tenía por lema seguir lo más posible a S. Agustín. Pero al mismo tiempo se formó una corriente media, que fué tomando de las nuevas ideas todo lo aprovechable en la Filosofía y Teología cristianas. Los portavoces de esta corriente fueron S. Alberto Magno y Sto. Tomás de Aquino.

332. c) Apogeo de la Escolástica en el siglo XIII. Tendencia conservadora. Con el desarrollo cada vez más próspero de las escuelas existentes en la Europa occidental y con el influjo de todas estas traducciones árabes, se llegó en el siglo XIII al gran apogeo de la Escolástica, que se caracteriza por el triunfo del sistema especulativo, basado en la dialéctica más estricta; por el predominio creciente del aristotelismo, gracias

a los hombres extraordinarios que lo avaloraron, y en último término, por la parte decisiva que tomaron las órdenes mendicantes en las discusiones escolásticas.

1. *Alejandro de Hales* († 1245)¹¹. Inglés de nación, adquirió el grado de maestro en París y fué doctor y maestro de Teología con tal éxito, que se le llamó «doctor irrefragabilis». Habiendo entrado en la Orden de San Francisco en 1231, fué el primer franciscano que obtuvo una cátedra en París, con lo cual acabó de inclinar a la Orden a este ministerio. Su gloria la constituye la «*Summa universae Theologiae*», escrita sobre la base del libro de las sentencias de Pedro Lombardo, y una de las más completas que se escribieron en la Edad Media. Al título ya citado se añadió el de «*Theologorum monarcha*».

2. *S. Buenaventura* (1221-1274)¹². Su nombre era *Juan de Fidanza*, y nació cerca de Viterbo; pero a los cuatro años fué curado por S. Francisco de Asís, quien le dió el nombre de *Buenaventura*. Después de entrar en la Orden franciscana, fué discípulo de Alejandro de Hales y desde 1247 a 1257 enseñó Teología en el colegio franciscano de París, al mismo tiempo que enseñaba Sto. Tomás en el de los dominicos. Distinguióse por su energía y acertado gobierno como general de los franciscanos desde 1257 a 1273; pero no menos sobresalió en el campo teológico, en que siguió fiel a la escuela conservadora agustiniana. Sus obras teológicas se distinguen por una dialéctica clara y concisa y por una unción y belleza de estilo que le merecieron el título de «doctor seráfico».

Entre sus obras, unas son de *carácter exegetico*; otras *oratorias*, como gran cantidad de preciosos sermones; otras *ascéticas*, en que se muestra maestro consumado; otras *teológicas*, como el comentario a las sentencias de Pedro Lombardo, el «*Breviloquium*» y «*Quaestiones disputatae*».

Como representantes de la misma tendencia conservadora agustiniana debemos citar a *Juan de Rupella* (de la Rochelle, † 1245), sucesor de Alejandro de Hales en la cátedra de los franciscanos de París, y *Adán el Marisco* (de Marsch, † 1258), quien fué el primer franciscano que enseñó en la Universidad de Oxford, con lo que abrió la serie de los ilustres doctores de esta Orden, que tanto la ilustraron en el porvenir.

¹¹ *Alex. de Hales*, Opera. Summa theologica studio et cura PP. Collegii S. Bonaventurae. ed. Vol. I-III. Quaracchi 1924 s. DUCET, V., The history of the Summa. En Franc. St., 7 (1947), authenticity of the Summa. En Franc. St., 7 (1947), 26 s. ID., De Summa Fr. Alex. Halensis historice considerata. En Riv. Fil. Nev-Sc., 40 (1948), 1-44.

¹² *S. Buenaventura*, Opera omnia studio et cura PP. Collegii S. Bonaventurae, ed. 10 fol. y un Index. Ad Claras Aquas (Quaracchi) 1896 s. LEMMENS, Der hl. Bonaventura. R. 1924. CLOP, E., S. Bonaventure. P. 1922. En col. «Les Saints». Obras de San Buenaventura. Ed. lat.-castell. en B. A. C., vol. I-VI. M. 1945-1949.

333. d) Portavoces de la tendencia aristotélica moderada.

Frente a esta tendencia conservadora, tomó gran vuelo durante todo el siglo XIII la representada por los hombres más eminentes del tiempo, que procuraron aprovechar los elementos buenos que les ofrecían las nuevas traducciones árabes, sobre todo los escritos de Aristóteles que éstas dieron a conocer. Por esto, esta tendencia se caracteriza por su sistema filosófico, basado en la ideología aristotélica.

1. *S. Alberto Magno* († 1280)¹³. La primera figura que se nos presenta es S. Alberto Magno, nacido en Lavingen de Suabia, en Alemania. Después de hechos sus estudios en Padua, entró allí mismo en la Orden dominicana y enseñó Teología en varios colegios de la misma. En 1245 pasó a París, donde obtuvo el grado de maestro y se dedicó a la enseñanza con tal éxito, que no cabían los oyentes en las clases. En este tiempo pudo conocer y estudiar los escritos de Aristóteles y demás traducciones árabes, pero no se dejó alucinar por ellos. El fruto lo manifestó en las obras que comenzó a redactar durante su magisterio en París. Desde 1248 a 1260 organizó el nuevo colegio dominicano de Colonia y enseñó en él, pero sobre todo completó la mayor parte de sus obras. En la curia pontificia desempeñó el cargo de «Magister palatii», luego volvió a Colonia, donde perseveró enseñando hasta su muerte. Sus contemporáneos le dieron el título de *Magno* y *doctor universal*.

Es asombrosa la profundidad y amplitud de sus conocimientos. Sus obras en buena parte consisten en comentarios de Aristóteles y del libro de las sentencias de Pedro Lombardo. Entre sus escritos teológicos sobresalen la «*Summa theologiae*» y «*Summa de creaturis*», de gran valor y originalidad. Más originales si cabe, son sus escritos filosóficos, que divide en tres partes: «*Philosophia rationalis*» o *logica*, «*Philosophia realis*» (*physica*, *mathematica*, *metaphysica*) y «*Philosophia moralis*». Pero lo que más merece nuestra atención son sus elucubraciones sobre ciencias naturales, en las que llegó a donde ningún autor cristiano había llegado. A lo que aprendió de las traducciones árabes añadió el muchísimo, como fruto de su experiencia y estudio particular. Por esto, S. Alberto Magno debe ser considerado como un verdadero iniciador y maestro de estas ciencias. Su principal mérito consiste en haber sido el primero en presentar en un conjunto todos los nuevos elementos de los escritos aristotélicos y de los autores árabes judíos, todo fundido y acomodado a la ciencia y filosofía cristianas.

¹³ *S. Alberto Magno*, Opera. Ed. P. Jammy. 21 fol., Lugduni 1651; ed. A. Borgnet, 38 vol. P. 1890-1899. GORGE, M.-M., L'essor de la pensée au Moyen Âge. Albert le Grand. Thomas d'Aquin. P. 1933. PELSTER, F., Kritische Studien zu dem Leben und zu den Schriften Alberts des Grossen. 1920. STRUNS, F., Albertus Magnus. Weisheit und Naturforschung im Mittelalter. Viena 1926. GRABMANN, M., Der Einfluss Alberts des Grossen auf das mittelalterl. Geistesleben. 1928. GARREAU, A., Saint Albert le Grand. P. 1932.

2. *Sto. Tomás de Aquino* (1225-1274)¹⁴. La gran obra iniciada por Alberto Magno fué completada por su discípulo más ilustre, Sto. Tomás de Aquino. Nacido en Roccasecca, cerca de Nápoles, de una familia noble, entró a los diecinueve años en la Orden de Santo Domingo; desde 1245 hizo sus estudios en París y en Colonia bajo el magisterio de Alberto Magno, y ya entonces, por su afición al estudio, fué designado con el mote de «buey mudo». En 1250 fué ordenado de sacerdote. Finalmente, en 1252 aparece en París, donde había estallado una lucha encarnizada, que tenía por objeto eliminar de la enseñanza en la Universidad a las Órdenes mendicantes. Así, pues, Sto. Tomás inauguró sus batallas literarias defendiendo el derecho de los religiosos, y el resultado fué que en 1256 fueron admitidos oficialmente en el cuerpo de profesores de la Universidad las dos lumbreras de la Escolástica, S. Buenaventura y Sto. Tomás.

Al mismo tiempo, desde el año 1252 comenzó Sto. Tomás su actividad como profesor, que ya no tuvo interrupción durante veintidós años, hasta su muerte. Enseñó en París, en la curia pontificia, en el Colegio dominico de Roma, en Viterbo, otra vez en París, y finalmente en Nápoles. Murió antes de cumplir los cincuenta años, en 1274. Su actividad literaria en este tiempo relativamente corto fué portentosa; pero, sobre todo, fué maravillosa la profundidad de su talento y su genialidad en la creación o formulación de un sistema completo de Filoso-

¹⁴) *Sto. Tomás de Aquino*, Opera omnia, 18 vol. fol. R. 1570-1571. Opera omnia. Ed. Vivès. 34 vol. P. 1871 s.; ed. Leonina, I-XIV. R. 1882-1926. SERTILLANGES, St. Thomas d'Aquin. 2 vol. P. 1910. En «Les grandes philosophes». MANDONER, P., Chronologie sommaire de la vie et des écrits de St. Thomas. En R. Sc. Phil. Theol., 9 (1920). ÍD., Des écrits authentiques de St. Thomas d'Aquin. 2.ª ed. Friburgo 1910. MICHELITSCH, A., Kommentatoren zur Summa Theologiae des hl. Thomas von Aquin. 1924. ROUSSELOT, P., L'Intellectualisme de St. Thomas. 2.ª ed. P. 1924. GILSON, St. Thomas d'Aquin. 2.ª ed. P. 1925. REVILLA, AL., Valor doctrinal de la obra de Santo Tomás. En Ciud. de D., 140 (1925), 511-536. GRABMANN, M., Die Kulturphilosophie des hl. Thomas von Aquin. 1925. ÍD., Einführung in die Summa Theologiae des hl. Thomas von Aquin. 2.ª ed. 1928. HESSEN, J., Die Weltanschauung des Thomas von Aquin. 1926. TISCHLER, P., Die geisteswissenschaftliche Bedeutung des hl. Thomas von Aquin für Metaphysik, Ethik und Theologie. 1927. MINDAN, M., Santo Tomás de Aquino. Selección filosófica. M. 1942. RUIZ-GIMÉNEZ, J., Santo Tomás de Aquino. Tratado de la justicia y del derecho. I. M. 1942. CHESTERTON, G. K., Santo Tomás de Aquino. Trad. por H. Muñoz. M. 1942. ZAZAGÜETA, J., Santo Tomás de Aquino en su tiempo y en el nuestro. M. 1942. A'REAL, J., Santo Tomás de Aquino. Iniciación al estudio de su figura y su obra. M. 1945. *Suma Teológica* de Sto. Tomás de Aquino. En B. A. C. Vol. I-III. 1947-1950. *Tommaso d'Aquino*. La Somma Teologica. Trad. e commento. Vol. I. Florencia 1949. GRABMANN, M., Die Werke des hl. Thomas v. Aquin. En Beitr. Phil. Th. M.-A., 22, 1-2. Münster 1949. TAURISANO, I., S. Tommaso d'Aq. En I grandi Italiani, VI. Turin 1946. CHESTERTON, G. K., St. Thomas Aquinas. L. 1947. MANSER, G. M., La esencia del tomismo. Trad. esp. M. 1947. SERTILLANGES, A. D., Sto. Tomás de Aquino. 2 vol. Buenos Aires 1946. GRABMANN, M., Das Seelenleben des hl. Thomas v. Aq. 1949. SILVATAROUCA, A., San Tommaso oggi. Turin 1949.

fía y Teología. El resultado fué que, no obstante los prejuicios que existían contra los nuevos escritos aristotélicos, Sto. Tomás supo cristianizarlos, por decirlo así, de tal manera, que llegó a formar sobre ellos un sistema característico, en el que desaparecen por completo los peligros que algunos veían en las nuevas doctrinas. Sto. Tomás fué indudablemente uno de los hombres de más talento que ha producido la Humanidad. Por otra parte, con su santidad a toda prueba y la nobleza de carácter que lo distinguía, conquistó para la Iglesia y para la Orden de Predicadores uno de sus mejores timbres de gloria.

Sus escritos se caracterizan por el orden y la claridad, al mismo tiempo que son el mejor argumento de la profundidad y amplitud de los conocimientos de Sto. Tomás. Por esto, la posteridad ha consagrado para él el título de *doctor angélico*. Dejando aparte sus obras *exegéticas*, *oratorias*, *ascéticas* y *litúrgicas*, notamos brevemente las que más lo caracterizan. Estas son: en primer lugar, sus trabajos *apologéticos* o *polémicos*, entre los cuales sobresale la célebre «Summa contra Gentiles», cuyo objeto es inducir filosóficamente al incrédulo a admitir el dogma cristiano. Entre sus obras *filosóficas* son dignos de mención algunos comentarios a Aristóteles, que en parte quedaron sin terminar, y varios tratados sueltos, como «De anima» y otros. Pero donde desarrolló Sto. Tomás su incomparable talento fué en sus obras *teológicas* propiamente tales. Estas son: las «Quaestiones disputatae» y «Quaestiones quodlibetanae», que responden a las disputas ordinarias y extraordinarias tenidas en las clases; el «Comentario a los cuatro libros de las sentencias de Pedro Lombardo», una de las obras magistrales de Sto. Tomás, que junto con la «Suma Teológica» presentan la mejor síntesis conocida hasta entonces de la teología cristiana. La primera de estas dos obras capitales es el fruto de los primeros años de estudio. La segunda representa el fruto más sazonado de su talento.

334. e) Otras figuras del apogeo escolástico¹⁵). Con la actividad de estos grandes hombres de la Escolástica, los franciscanos y los dominicos se afianzaron definitivamente en los grandes centros universitarios de París y Oxford. Ya antes de Alberto Magno y de Sto. Tomás, la *Orden dominicana* se había señalado en la Universidad de París por su tendencia aristotélica moderada. Así, *Rolando de Cremona* († 1271) fué el primer dominico que enseñó en París en 1229-1231, utilizando ampliamente las traducciones árabes. Contemporáneo de Sto. Tomás fué su hermano de hábito *Pedro de Tarantasia* († 1276), que enseñó en París desde 1258 a 1265 y luego fué Papa con el nombre de Inocencio V (1276). Es conocido, sobre todo, su comentario al libro de las sentencias. También en Oxford lograron penetrar pronto los dominicos. *Roberto Bacon*, profesor de aquella Universidad, entró en la Orden, y siendo ya dominico continuó en la cátedra. Pero el primer dominico de Oxford, de quien estamos más informados, es *Ricardo de Fishacre* († 1248), discípulo y sucesor de Roberto Bacon.

¹⁵) DORHOLD, B., Der Predigerorden und seine Theologie. 1917. FELDER, H., Geschichte der wissenschaftl. Studien im Franziskanerorden bis um die Mitte des XII Jh. 1904. LITTLE, A. G., The Franciscan School at Oxford in the 13. Century. En Arch. Fr. Hist., 1926, 803-874. THOMSON, S. H., The Writings of Robert Grosseteste, bishop of Lincoln. Cambridge 1940.

Vicente de Beauvais († 1264)¹⁶⁾, O. P., autor de una gran enciclopedia, titulada «Speculum maius», y de una obra que le dió gran renombre, «De institutione filiorum regiorum seu nobilium». *Jacobo de Voragine* († 1298), O. P., conocido principalmente por su «Legenda sanctorum».

La Orden de San Francisco, aunque tuvo doctores ilustres en París, se afianzó más profundamente en Oxford. En primer lugar, aunque no era franciscano, debemos citar a *Roberto Grosseteste* († 1253)¹⁷⁾, que fué célebre profesor de la Universidad de Oxford y gran protector del influjo franciscano en la misma. Su tendencia, como la de los franciscanos que le siguieron, era conservadora y agustiniana; mas, por otra parte, manifestó en sus numerosos escritos cierta inclinación por los procedimientos empíricos.

Rogerio Bacon (1212-1294), inglés de nación, fué una de las glorias de la Universidad de Oxford, donde fué discípulo de Grosseteste. Asimismo fué discípulo de Alberto Magno en París, y habiendo entrado en la Orden de San Francisco, se distinguió por sus extraordinarios conocimientos en matemáticas, en las ciencias naturales y en las lenguas, todo lo cual le valió el título de «doctor mirabilis». Mas, por desgracia, se dejó llevar de cierto espíritu de crítica, por lo cual tuvo que ser condenado por la Orden. Al terminar este período, a principios del siglo XIV, se hallaba en su mayor apogeo la Escuela franciscana de Oxford, con el príncipe de sus ingenios Duns Escoto, y Ricardo de Mediavilla (Middleton). Pero de ellos se hablará en el período siguiente.

Fuera de las dos Órdenes mendicantes indicadas, se distinguieron también algunos ingenios, entre los cuales citaremos: *Guillermo de Auvergne* († 1249), profesor de Teología en París. Se distingue por su originalidad y se inclina más bien a la tendencia conservadora agustiniana. *Guillermo de Auxerre* († 1231), autor de una «Summa aurea» y hombre de confianza de Gregorio IX. *Enrique de Gante* († 1293), llamado «doctor solemniss», canónigo de Tournai y maestro de la Universidad de París, uno de los más decididos defensores de la tendencia agustiniana, por lo cual en una serie de «Quodlibeta» atacó las «novedades» de Sto. Tomás, que identificaba con el averroísmo.

III. Ascética y mística¹⁸⁾

335. Al mismo tiempo que la Escolástica llegaba al apogeo que acabamos de esbozar, se desarrollaba en el seno de la Iglesia otra corriente ideológica, que no llegó a su mayor esplendor hasta el siglo XIV. Nos referimos a la ascética y mística, a la que se ha llamado también *teología afectiva*. Su objeto es el estudio y exposición de la vida de perfección cristiana, que

presenta como punto culminante la unión íntima con Dios y su contemplación.

Por otra parte, conviene observar que, si bien es verdad que la tendencia de la mística, por entrar en el terreno del afecto, es en cierta manera contraria al sistema escolástico, que se basa en la especulación, sin embargo ambas tendencias se desarrollaron a la par, de modo que varios de los escolásticos más eminentes, como S. Anselmo y S. Buenaventura, fueron a la vez excelentes místicos.

a) **Ascética y mística en el siglo XII.** Ante todo, es digna de notarse la escuela de ascética benedictina, que forma la base de los centros ascéticos de Cluny, Cîteaux y Claraval, como también de la escuela de Bec, con su principal representante, S. Anselmo. «La piedad benedictina se alimentaba en la celebración del oficio divino... Durante la salmodia de las fórmulas sagradas el alma se unía a Dios y contemplaba el objeto de la fiesta. Casi cada palabra del oficio o de la misa daba a Sta. Gertrudis ocasión a una elevación mística» (Pourrat, II, 2).

Esta tendencia a la mística o sentimiento y como experiencia de Dios, aparece ya de una manera bastante clara en S. Anselmo. Por esto, a pesar de ser el primero que insistió en la especulación filosófica para probar las verdades de la fe, fué un hombre verdaderamente afectivo, y aun en la exposición de algunas cuestiones parece aspirar a la intuición de la verdad. Pero es lo cierto que sobre las verdades estudiadas especulativamente, se inflamaba en un afecto sensible, que le hacía prorrumper en exclamaciones de la más elevada mística.

Pero el que debe ser considerado como padre y prototipo de los místicos medievales es *S. Bernardo*¹⁹⁾. El influjo extraordinario que ejerció en sus contemporáneos y en las generaciones que le siguieron se debe, en primer lugar, al prestigio de su santidad y a su trato exquisito. Pero, por lo que a sus escritos se refiere, la misma sencillez, naturalidad y unción de que están llenos fué lo que más contribuyó a procurarles la popularidad que alcanzaron, sintetizada en el título que le ha consagrado la Historia, de «doctor melifuo». En efecto, S. Bernardo no era amigo de la especulación, y su mística era más bien práctica. Por esto no hizo ninguna teoría sobre su asce-

¹⁶⁾ BERNHART, J., Die philosoph. Mystik des MA. 1922. BUTLER, C., Western Mysticism, the Teaching of SS. Augustin, Gregory and Bernard on contemplation and contemplative life. L. 1922. S. BERNARDI, Opera. ed. Mabillon, PL., 182-185. S. Bernardo, Selected treatises of St. Bernard (De diligendo Deo, De gradibus humilitatis et superbiae), ed. W. Williams, a. B. Mill. Cambridge 1927. RIES, J., Das geistliche Leben in seinen Entwicklungsstufen nach der Lehre des hl. Bernard 1906. SCHUCK, J., Das religiöse Erlebnis beim hl. Bernard von Clairvaux. 1922. LINHARDT, R., Die Mystik des hl. Bernard von Clairvaux. 1924. GILSON, E., La théologie mystique de S. Bernard. P. 1934. *Obras de San Bernardo*, en B. A. C. M. 1946. PONS, I., Obras completas. 5 vol. B. 1925-1929. ÍD., Vida de San Bernardo, Abad de Claraval. B. 1942. GILSON, E., Saint Bernard. P. 1949.

¹⁶⁾ LIESER, L., Vincentius v. Beauvais als Compiler und Philosoph. 1928.

¹⁷⁾ BAUR, L., Die philosophie des Robert Grosseteste. 1917. En Beitr. Phil. Theol. MA. PARROT, Roger Bacon. P. 1894.

¹⁸⁾ MEHLIS, G., Die Mystik in der Fülle ihrer Erscheinungsformen. 1927. CHUZEVILLE, J., Les mystiques allemands du 13^e siècle au 14^e siècle. P. 1935. ALONSO, M., Planeta. Obra ascética del siglo XIII, por Diego García. M. 1943. NUEDA, L., Transcripciones abreviadas de las obras más famosas de místicos, ascéticos y Doctores de la Iglesia. B. 1943.

tismo ni dejó síntesis alguna de los estados extraordinarios de oración; pero, en cambio, en sus escritos se hallan todos los elementos de una preciosa teología mística.

El fundamento de la ascética de S. Bernardo es la humildad, y por lo mismo presenta como punto céntrico de la perfección cristiana la imitación de Jesucristo, sobre todo en sus humillaciones y en su pasión: «haec mea sublimior philosophia, scire Iesum et hunc crucifixum». La contemplación continua de los misterios de la vida de Cristo, particularmente de su pasión, debe conducir al alma a la cumbre de la perfección, que expresa S. Bernardo con la frase: «in tantum Deus cognoscitur in quantum amatur»; y como símbolo del amor más sublime presenta el desposorio del alma con su Dios. Sus escritos principales desde el punto de vista ascético son: «De gradibus humilitatis et superbiae», «De diligendo Deo», «De consideratione», «De praecepto et dispensatione». Las ideas ascéticas y místicas de S. Bernardo se hallan también esparcidas en sus numerosas obras de carácter dogmático o polémico y en sus sermones, llenos de unión y entusiasmo apostólico.

En el cultivo especulativo y sistemático de la mística se distinguieron particularmente los hombres más eminentes de la escuela de S. Víctor, Ricardo y Hugo. Su mérito principal consiste en haber reunido todos los elementos esparcidos en los grandes pensadores de su tiempo y haber formado con ellos un sistema de ascética y mística. La base la forman las ideas platónicocristianas del pseudo Dionisio Areopagita, muy esparcidas en la Edad Media, y las ya conocidas de S. Bernardo.

En el siglo XII adquirió bastante renombre el alemán Ruperto de Deutz († 1135), por los tratados místico-alegóricos de algunos libros de la Sagrada Escritura. Sin embargo, aparece bastante arbitrario en sus alegorías. Notables místicos fueron asimismo: Guido, prior general de los Cartujos, quien escribió preciosas meditaciones llenas de unción y de ideas místicas; Guillermo de Thierry y el premonstratense Adam. Digna de especial mención, sobre todo por su originalidad, es Sta. Hildegarda de Bingen († 1179). Sus visiones y éxtasis los dejó consignados en gran número de escritos, que presentan un aspecto parecido al de las profecías del Antiguo Testamento. Entre éstos sobresalen: el «Liber vitae meritorum» y «Liber divinorum operum». Con todo esto llegó a alcanzar tal ascendiente, que acudían a ella como a oráculo gran número de obispos, reyes y príncipes.

336. b) La mística en el siglo XIII. El predominio que alcanzó en este siglo la Escolástica fué, sin duda, un obstáculo para el desarrollo de la mística. Ésta, en cambio, a fines del mismo siglo y durante el siglo XIV experimentó un apogeo extraordinario. Esto no obstante, en torno a las dos nuevas Órdenes religiosas, los franciscanos y los dominicos, encontramos ya en el siglo XIII diversas concepciones de la perfección cristiana, representadas por algunos escritores y místicos.

Ante todo, es digna de mención la Escuela franciscana. Personalmente, S. Francisco de Asís fué uno de los místicos más elevados de la Iglesia. Toda su concepción de la nueva Orden que fundó y toda su vida religiosa estaba fundada en el amor más tierno y afectuoso

a la pobreza, como el modo más perfecto de imitar a Cristo. Su amor a Jesús era tan hondo, que se deshacía en lágrimas y se extasiaba con el solo pensamiento en él, y la contemplación de su pasión le arrebató fuera de sí de tal manera, que mereció uno de los regalos místicos más sorprendentes de la Historia: la impresión en su cuerpo de las llagas de la pasión. Por lo demás, otro de los rasgos típicos de la mística de S. Francisco de Asís es la consideración de las criaturas como imágenes vivas de las perfecciones de Dios, el ver en todo lo creado al Creador.

Pero el hombre más notable como escritor ascético y místico entre los primeros franciscanos fué S. Buenaventura, quien si se distinguió como escolástico, no sobresalió menos como místico. Fiel enteramente a la Escuela franciscana, su alma se inclinaba más a la vida afectiva que a la especulación. Sin embargo, a diferencia de S. Bernardo, no desdeñó la especulación escolástica, sino que la cultivó como el que más; pero en su concepto no tenía valor sino en cuanto conducía a la unión con Dios. En su teoría sobre la ascética y mística cristiana, él fué el primero que presentó la división de las tres vías de la vida espiritual: purgativa, iluminativa y unitiva. Por otra parte, expone una idea muy original y completa sobre la contemplación e insiste de un modo particular, como verdadero hijo de S. Francisco, en la pasión y vida de Cristo, como el objeto por antonomasia de nuestra contemplación.

La Orden de Santo Domingo insistió más desde un principio en el estudio y especulación. Pero al mismo tiempo se formó en su seno una escuela de ascética, con sus características especiales, que la distinguen de la franciscana. La espiritualidad dominicana tomó como base la mortificación propia y la renuncia de la propia voluntad, con el objeto de conseguir de esta manera el verdadero conocimiento propio y la humildad verdadera, de donde se sigue el entregarse confiadamente en manos de Dios.

Como los demás escritores escolásticos de este tiempo, Santo Tomás esparció en diversas partes de la «Suma Teológica» los principios básicos de la perfección cristiana, es decir, dió un verdadero resumen de ascética. Como principio de la misma pone la gracia, indispensable para toda obra santa; conforme a la enseñanza tradicional en la Iglesia, el Doctor Angélico presenta el amor de Dios como la síntesis de la perfección; como los mejores medios para aumentar en nosotros este amor, propone la meditación de la vida de Jesucristo y de sus perfecciones, el rezo y toda clase de oración; y finalmente, para facilitar el amor de Dios y, por tanto, adelantar más en la perfección cristiana, insiste en la lucha contra las pasiones hasta desposeernos de nosotros mismos y descansar en solo Dios. Santo Tomás trata asimismo de la contemplación, basándose en

las teorías místicas del pseudo Dionisio Areopagita, S. Gregorio Magno y la escuela de S. Víctor. Sin embargo, insiste en que a la contemplación mística sólo se llega después de obtener la calma de las pasiones y la conveniente disposición con la práctica de las virtudes morales.

Fuera de las dos escuelas y de los ascetas y místicos apuntados, se distinguieron en el siglo XIII otras personas más o menos notables. Tales son, por ejemplo: David de Augsburgo († 1271), quien compuso algunos tratados ascéticos; *Matilde de Magdeburgo* († 1285), que escribió también poesías místicas. Más ilustre fué, sin duda, *Sta. Gertrudis* († ca. 1302)²⁰⁾, que se distinguió por su amor sensible a la humanidad de Cristo y por la intensa vida mística que vivió, tal como aparece en las «Revelaciones» que ella misma escribió. Del mismo modo fué favorecida con éxtasis y toda clase de gracias místicas *Sta. Matilde de Hackeborn* († 1298). Otra ilustre mística, *María de Oignies*, unió esta vida de regalos sobrenaturales con la más rígida penitencia.

²⁰⁾ *Sta. Gertrudis*, *Revelationes Gertrudianae ac Mechildianae*. 2 vol. Pic-tavii et Parisiis 1875-1877.

CAPÍTULO IV

Expansión religiosa de la Iglesia: las Cruzadas y nuevas Órdenes religiosas

337. La vitalidad del Cristianismo en los siglos XII y XIII se manifiesta en otras múltiples actividades que constituyen los rasgos característicos de la Edad Media. Tales son: ante todo, la expansión misionera, que, no contentándose con los territorios de Europa y próximo Oriente, se lanza a las lejanas regiones de la China; las Cruzadas, símbolo del espíritu medieval; finalmente los nuevos tipos de vida religiosa, que abren amplios horizontes a la piedad.

I. Actividad misionera de la Iglesia ¹⁾

En la actividad misionera de la Iglesia Católica durante este período, debemos distinguir dos fases, que son al mismo tiempo dos sistemas diversos de evangelización. Por una parte, con el entusiasmo religioso propio de la época, emprendieron los cristianos, apoyados por los príncipes y animados por los Papas, la «guerra santa», es decir, verdaderas cruzadas o guerras de conquista de varias regiones al norte de Europa. Por otra, algunos misioneros consiguieron con sus esfuerzos sobrehumanos predicar el Evangelio en diversos pueblos del Asia y del África.

a) Evangelización del norte de Europa. Durante los siglos XII y XIII se termina casi por completo la cristianización de los diversos territorios bañados por el mar Báltico y otros limítrofes. Por lo general se iniciaba militarmente por la intervención de los príncipes cristianos o de los cruzados; pero en todo caso iba acompañada del trabajo apostólico de los misioneros, que procedían de las nuevas Órdenes, es decir, de los cistercienses, dominicos, franciscanos y premonstratenses.

1. **Los vendos**²⁾. Especial eficacia tuvo la cruzada para su conversión, predicada por S. Bernardo el año 1147, por efecto de la cual fueron introducidas muchas familias cristianas alemanas bajo la protección de Enrique el León, duque de Sajonia (1142-1162), y otros príncipes. Su prin-

¹⁾ *Chronica Slavorum*, en *Mon. Germ. Hist., Script.*, 21. *Chron. Lyvoniae*, ib. 23, etc. MICHAEL, E., *Geschichte des deutschen Volkes seit dem 13. Jahrh.*, I, 1897, 86 s. KOTSCHKE, R., *Staat u. Kultur im Zeitalter der ost-deutschen Kolonisation*. 1910. MOREAU, E. de, *Histoire de l'Église en Belgique, des origines au début du XII siècle*. 3 vol. Lovaina 1940 s.

²⁾ WIESENER, W., *Gesch. der christl. Kirche in Pommern zur Wendenzeit*. 1899. KREUSCH, E., *Kircheng. der Wendenlande*. 1902. OLEKOP, H., *Die Anfänge der kathol. K. bei den Ostseefinnen*. 1912.

cial misionero, *Vicelin*, fué creado en 1149 obispo de Mecklenburg, y con el auxilio de los religiosos premonstratenses y cistercienses llevó a término la evangelización de este territorio. Entre las tribus de los vendos trabajaron particularmente: *S. Benno de Meisen* († 1106) y *S. Norberto de Magdeburgo*, quien se apoyó, sobre todo, en los premonstratenses del monasterio de Santa María y en el Margrave Alberto el Oso.

2. POMERANIA. El año 1120 se comprometieron los pomeranos con Boleslao III a abrazar la doctrina cristiana, y así, gracias a los esfuerzos del obispo *Otón de Bamberg*, se inició su conversión definitiva en 1123, y luego progresó rápidamente. Este gran apóstol fundó las iglesias de Stettin, Julin y otras muchas y, según dicen algunas crónicas, bautizó más de 20 000 paganos. Muy pronto se establecieron los premonstratenses, cistercienses y dominicos, que terminaron la obra.

3. FINLANDIA. Su conversión no se realizó hasta un siglo más tarde, por efecto de las cruzadas promovidas por Juan Birger en 1249 y Thorkel Knutson en 1293, ambos procedentes de Suecia. También la *Livonia* fué evangelizada desde 1186. *Adalberto de Buxhoven* († 1229) fundó la sede episcopal de Riga y fué su primer obispo. Sin embargo, para afianzar el Cristianismo fundó la Orden militar «Fratres militiae Christi», con cuyo auxilio evangelizó *Estonia*, *Samagitia* y la isla *Osel*. Inocencio IV creó en 1246 diversos obispados.

4. PRUSIA. Los primeros resultados positivos los obtuvo el cisterciense *Cristiano*, del monasterio de Oliva, nombrado por Inocencio III en 1215 obispo de Prusia. Con el apoyo del duque Conrado de Masovia se fundó la «Militia Christi contra Pruthenos», llamaron en su auxilio en 1225 a los *Caballeros Teutónicos* y emprendieron la conquista de Prusia en toda forma. Al mismo tiempo se introdujeron desde 1230 los dominicos y otras Ordenes religiosas; pero la dominación y evangelización de Prusia no quedó terminada hasta 1283. Inocencio IV erigió en 1243 los obispados de Kulm, Pomerania, Ermland y Samland.

338. b) Misiones fuera de Europa ³⁾. Dos causas influyeron para que la Cristiandad occidental dirigiera su atención en el siglo XIII a la evangelización de las regiones paganas del Asia y del norte de África. Por una parte, el contacto en que se había puesto con ellas en tiempo de las Cruzadas, y por otra, las grandes conquistas de los tártaros y mogoles, que amenazaban con la destrucción del Cristianismo.

1. ASIA. Prescindiendo de ciertas tradiciones antiguas sobre la conversión de un jefe tártaro y de las leyendas esparcidas sobre el *Preste Juan*, en el siglo XIII llegamos a un terreno seguro histórico. Los mogoles, capitaneados por el célebre *Dschingis Khan* (el señor más poderoso) y sus hijos, extendían sus dominios en todo el centro y occidente asiático, destruyendo las cristiandades nestorianas y todo lo que hallaban a su paso. El Papa *Inocencio IV* envió entonces diversas expediciones de misioneros franciscanos y dominicos con el objeto de atraer a este pueblo a la verdadera fe. Son célebres particularmente los franciscanos *Juan de Piano del Carpine* y *Guillermo de Ruysbroek* (1245-1255), quienes tuvieron la valentía de llegar hasta el palacio del gran Khan *Mangu Karakorum*, y luego nos dejaron informes preciosos sobre su expedición. Pero el resultado fué nulo.

En cambio, el franciscano *Juan de Montecorvino* obtuvo mejores resultados en la China propiamente tal. Conocida esta región por las descripciones que acababa de hacer el comerciante veneciano *Marco Polo*,

³⁾ CORDIER, H., Les voyages en Asie du Bienh. Odoric. P. 1891. Íd., Mirabilia descripta. Les merveilles de l'Asie. P. 1925. BROU, A., L'Évangélisation de l'Inde au Moyen Âge. En Ét. 87 (1901), 577 s. BRÉHIER, L., L'Église et l'Orient au Moyen Âge. P. 1907. LEMMENS, P. I., Die Heidenmission des Spätmittelalters. 1919. En Franz. St., 5. PELLIOU, P., Les Mongols et la Papauté. En Rev. Or. chr., 23-24 (1922-1924), 3 s., 225 s. ALTANER, B., Die Dominikanermission im 13. Jh. 1924. En Br. St. hist. Th., 3. GHEELINCK, J. DE, Les Franciscains en Chine aux 13.^e-14.^e s. En Xaveriana. Lovaina 1927. STREIT, R., Bibliotheca Missionum. IV. Asiatische Missionsliteratur 1245-1599. 1928. MOULE, A. C., Christians in China before the Year 1550. L. 1930.

aquel misterioso apóstol llegó en 1291 hasta la capital de China, *Cambalu-Peking*, donde predicó algún tiempo el Evangelio junto con otros hermanos en religión. La nueva cristiandad adquirió tal consistencia, que *Clemente V* nombró al gran misionero arzobispo de *Cambalu*. Sin embargo, tan halagüeños principios se deshicieron rápidamente con el desmembramiento del Imperio mogol y los desórdenes que siguieron.

2. ÁFRICA. Desde la conquista del norte de África por los mahometanos, nadie había intentado hacer ningún esfuerzo por su conversión. *S. Francisco de Asís* fué el primero que lo intentó, dirigiéndose en 1219 al sultán de Egipto, *El Camil*; pero sin obtener ningún resultado. En 1220 envió él mismo a cinco religiosos franciscanos, los cuales hallaron bien pronto en Marruecos la palma del martirio. A esta misma región envió *Honorio III* en 1223 misioneros dominicos, cuyo prior había sido consagrado obispo. A éstos les siguieron los minoritas *Agnellus* (1237) y *Lupus* (1246), y durante el resto del siglo XIII tanto los franciscanos como los dominicos trabajaron en la evangelización de Marruecos. Entre los últimos es digno particularmente de mención el Beato *Raimundo Lulio*, quien erigió en Palma de Mallorca un colegio misionero y luego predicó él mismo en Túnez el año 1292. Sin embargo, dada la prohibición absoluta de toda propaganda religiosa entre los mahometanos, la tarea de estos misioneros era sumamente difícil y peligrosa. *Raimundo Lulio* murió en 1315, apedreado por los muslimes.

II. Las Cruzadas hasta fines del siglo XIII ⁴⁾

339. Las Cruzadas son uno de los fenómenos más dignos de estudio y uno de los efectos más característicos del entusiasmo religioso de los siglos XII y XIII. Por esto se han hecho investigaciones sobre las causas que les dieron origen y los efectos que produjeron en la Cristiandad, así como también sobre la participación que en ellas tuvieron los Romanos Pontífices.

a) Primera Cruzada (1095-1099) ⁵⁾. Ya desde antiguo se repitieron frecuentemente las peregrinaciones para visitar los Santos Lugares. Generalmente los cristianos no habían encontrado grandes dificultades en estas peregrinaciones; pero desde 1071, en que los turcos se apoderaron de gran parte del Asia Menor, se fueron haciendo cada vez más difíciles. Por esto ya Gregorio VII concibió la idea de organizar un ejército para libertar los Santos Lugares; pero no lo pudo realizar.

Urbano II fué el hombre destinado por la Providencia para entusiasmar a los pueblos occidentales y levantar los ejércitos de las cru-

⁴⁾ MICHAUD, Histoire des Croisades. 7 vol. 1824-1829. SCHLÉE, F., Die Päpste und die Kreuzzüge. 1893. VOLK, O., Die abendländisch-hierarch. Kreuzzugsidee. 1911. LEIB, B., Rome, Kiev et Byzance à la fin du 11.^e siècle. P. 1924. JORGA, N., Brève histoire des croisades et de leur fondation en Terre Sainte. P. 1924. BRÉHIER, L., L'Église et l'Orient au Moyen Âge. Les Croisades. 5.^a ed. P. 1928. SCHNÜRER, G., Kirche u. K., II. 289 s. 1929. ERDMANN, C., Die Entstehung des Kreuzzugsgedankes. 1934. FUNK-BRENTANO, Les Croisades. P. 1934. GROUSSET, R., Histoire des Croisades et du royaume de Jérusalem. 3 vol. P. 1934-1936. CAMPBELL, G. A., The Crusades. I. 1935. CAHEN, CL., La Syrie du Nord à l'époque des croisades. P. 1940. VILLEY, M., La croisade. Essai sur la formation d'une théorie juridique. P. 1942.

⁵⁾ BRÉHIER, L., Histoire anonyme de la prem. Croisade., ed. y trad. P. 1924. CHALANDON, Hist. de la prem. Croisade. P. 1925. FLICHE, A., Urbain II et la Croisade. En Rev. hist. Égl. fr., 1927, 289 s. GROUSSET, P., Les origines et les caractères de la première croisade. Neuchâtel 1945.

zados. Esto fué posible, en primer lugar, por la fuerza creciente del sentimiento cristiano en las naciones de Occidente y por la conciencia de su poder, alcanzada por la Cristiandad en las luchas contra los moros en España. La coalición de las fuerzas imponentes que se necesitaban para aquella empresa fué obra del único que podía realizarla, el *Soberano Pontífice*, que se hallaba en el apogeo de su prestigio universal.

Por lo que se refiere a la *primera Cruzada*, la demanda de auxilio presentada por los embajadores del emperador bizantino Alexio en el sínodo de Piacenza de 1095 dió el último impulso a Urbano II. En el gran sínodo de Clermont del mismo año 1095 se vió el efecto que habían producido los ardientes predicadores de la Cruzada, *Pedro de Amiens*, el *Ermitaño*, y el mismo Papa. A las ardorosas palabras que dirigió Urbano II a los doscientos prelados y a la gran masa del pueblo y de la nobleza respondieron todos con el grito de «Dios lo quiere», que fué en adelante el santo y seña de los cruzados. Alistáronse inmediatamente ilustres prelados, príncipes y nobles: el obispo Ademaro de Puy, *Godofredo de Bouillon* y sus dos hermanos Balduino y Eustaquio, alma del movimiento en Lorena; Roberto de Flandes, Roberto de Normandía, Raimundo de Tolosa, Bohemundo de Tarento y Tancredo. El mismo Papa señaló como distintivo una cruz roja sobre los hombros.

En 1096 se inició por fin el movimiento. En Constantino-pla, donde se juntaron los diferentes ejércitos, comenzaron las grandes dificultades con la traición de los bizantinos. A través de innumerables obstáculos llegaron por fin a Antioquía, que rindieron contra un ejército inmenso de los turcos. Mientras Balduino fundaba el principado de Edessa, el resto del ejército cruzado, muy reducido por las grandes pérdidas sufridas, llegó por fin, en Pentecostés de 1099, a la vista de Jerusalén. La emoción de los cruzados fué inmensa. El 15 de julio de aquel año entraba finalmente en la ciudad Godofredo de Bouillon, y tras él todo el ejército. Estaba conquistado el reino cristiano de Jerusalén. Su primer rey fué *Godofredo de Bouillon*, a quien siguió el año siguiente su hermano *Balduino*. En Navidades de 1099 se celebraba ya un Concilio, en el que se tomaron diversas medidas para la organización eclesiástica del nuevo reino. Aparte el reino de Jerusalén, quedaban fundados los Estados cristianos de Edessa, Antioquía, y luego el de Trípoli en Siria.

340. b) Segunda Cruzada (1147-1149). Sólo con gran dificultad pudieron mantenerse los nuevos Estados cristianos de Oriente. Ante la presión imponente del mosul Noradino, cayó por fin Edessa en 1144. Esto causó gran impresión en los cris-

tianos occidentales, y así, con la elocuente predicación de San Bernardo y del Papa *Eugenio III*, se organizó una nueva Cruzada, dirigida por Luis VII de Francia y Conrado III de Alemania. Empezóse la marcha en 1147; pero en Constantinopla tropezaron con la oposición y las emboscadas continuas de los griegos. Juntáronse por fin en Nicea, y llegaron a Jerusalén en 1148. Pero las discusiones entre los dirigentes y las traiciones de los naturales del país hicieron que fracasara todo plan ulterior. Sin obtener, pues, ningún resultado se volvieron a Europa en 1149.

341. c) Tercera Cruzada (1189-1192). Así, pues, el pequeño reino de Jerusalén quedó a merced de enemigos poderosísimos. Precisamente entonces se levantó en Egipto el sultán Saladino, ante cuya fuerza fueron cayendo Damasco y otras regiones, y finalmente Jerusalén el 3 de octubre de 1187. Este golpe resonó lúgubremente en toda la Cristiandad. *Clemente III* trabajó con gran ardor por levantar nuevos cruzados. Federico I Barbarroja en Alemania, Felipe II Augusto en Francia y Ricardo Corazón de León en Inglaterra, formaron nutridos ejércitos, que emprendieron la marcha en 1189.

Pero bien pronto comenzaron las calamidades. Federico Barbarroja, después de grandes proezas, murió al atravesar el río Calicadno en Sicilia, y poco después su hijo Federico de Suabia moría también, víctima de la peste, en Ptolemaida. Por otra parte, los ejércitos de Felipe Augusto y de Ricardo Corazón de León iban divididos y aun se hacían la guerra. Por esto, el primero se volvió en seguida, mientras Ricardo obtenía de Saladino algún terreno entre Tiro y Jope para que los peregrinos europeos pudieran ir a Jerusalén. Con esto se volvió también en 1192.

342. d) Cuarta Cruzada (1202-1204). *Inocencio III*, con su indomable energía, volvió a levantar el espíritu de Cruzada, y en efecto, en 1202 se puso en movimiento un ejército casi exclusivamente de franceses, dirigido por Bonifacio de Montferrat y Balduino de Flandes. Pero por las intrigas del dux de Venecia, Enrico Dandolo, contra todo lo convenido con el Romano Pontífice, dirigieronse a Constantinopla y allí, después de largas luchas, vencieron al Emperador bizantino y fundaron un Imperio latino, que duró medio siglo. El Papa no tuvo más remedio que reconocer los hechos consumados y sacar de ellos el mayor provecho posible.

343. e) Quinta Cruzada (1217-1221). La fundación de un Imperio latino en Oriente excitó más bien en Europa una gran efervescencia. A esto hay que atribuir la tristemente célebre *Cruzada de los niños*, promovida en Francia y Alemania por este tiempo, que terminó trágicamente con la muerte o cautiverio de casi todos ellos.

Inocencio III quiso encauzar de nuevo este entusiasmo, y así, en el Concilio *IV de Letrán* de 1215 promovió una nueva Cruzada, que

al fin se organizó en 1217. Tomaron parte en ella Andrés II de Hungría y Leopoldo VII de Austria; pero las veleidades de Federico II, que no llegó a juntarse con ellos, malogró la empresa. Andrés II se volvió pronto a causa de las innumerables dificultades que se presentaron. Leopoldo de Austria emprendió el sitio de Damieta; pero al fin tuvo que abandonarlo, y se volvió asimismo a Europa.

344. f) Sexta y séptima Cruzadas. S. Luis (1248-1249; 1270). El último que volvió a levantar bandera de Cruzada realizando un último esfuerzo por libertar los Santos Lugares fué S. Luis, rey de Francia. En 1248 emprendió una primera expedición, acompañado de tres hermanos suyos y de la flor de la nobleza francesa. En junio de 1249 habían ya conquistado a Damieta, desde donde debía dirigirse a Palestina; pero bien pronto el mismo Rey cayó prisionero de los turcos en una campaña contra el Cairo, y solamente devolviendo Damieta y entregando una gruesa suma de dinero pudo obtener su libertad y la de los suyos. Todavía permaneció cuatro años en Oriente visitando privadamente los Santos Lugares y organizando los pequeños Estados cristianos de Akon, Jaffa, Sidón y Cesarea. En 1254 volvió a Francia.

Más trágica todavía fué una segunda expedición de 1270, considerada como la séptima Cruzada. En ella tomaron parte tres hijos suyos y los reyes de Navarra y de Sicilia. Llegados a Túnez en el mes de julio, emprendieron el asalto de Cartago; pero al poco tiempo estalló una horrible peste, que en un mes arrebató a un hijo del Rey, al legado pontificio, a muchísimos nobles y finalmente al mismo Rey. Así terminó esta Cruzada, que marca el fin de tan gloriosas como desgraciadas empresas.

345. g) Efectos de las Cruzadas. Realmente es un abismo insondable de la divina Providencia, que tanta energía y entusiasmo se malograrán casi por completo. Sin embargo, aunque a primera vista las Cruzadas constituyeron un fracaso, obtuvieron al mismo tiempo frutos nada despreciables.

1. En primer lugar se manifestó magníficamente el entusiasmo religioso, dándose ocasión a innumerables actos de heroísmo. Es cierto que se mezclaron miserias humanas; pero tomadas en conjunto las Cruzadas, son la manifestación más brillante del espíritu cristiano de la época. 2. Además, con los golpes dados por los cruzados a los turcos, se detuvo durante varios siglos el peligro del Islam, que amenazaba constantemente a Europa. 3. Finalmente, las Cruzadas produjeron diversos frutos intelectuales, pues el contacto con la cultura bizantina trajo al Occidente elementos culturales nuevos e importantes.

ec 18^a III. Nuevas Órdenes religiosas: Cartujos, Cistercienses, Premonstratenses ⁶⁾

- 354) **346.** El espíritu cristiano, rejuvenecido en los siglos XII y XIII, produjo una nueva floración de Órdenes religiosos y aun

⁶⁾ Véase, sobre todo, HEIMBUCHER, Die Orden und Kongregationen, I. 1933.

de nuevas tendencias en la vida monacal, más conformes con el espíritu del tiempo. Su primera manifestación fueron una serie de conatos de grandes santos, que pueden ser considerados como reforma de los benedictinos o cluniacenses. Mas, por otra parte, por las notables innovaciones introducidas, muchos las consideran como nuevas Órdenes.

a) S. Bruno y la Orden de los cartujos ⁷⁾. S. Bruno nació en Colonia y vivió algún tiempo en Reims. En esta ciudad se sintió atraído a la vida solitaria, y en efecto se retiró a *Molesmes*, al lado de S. Roberto. Por fin, un antiguo compañero, el obispo Hugo de Grenoble, le ofreció la *Chartreuse*, al pie de los Alpes, donde se estableció con seis compañeros en 1084. El Papa Urbano II, antiguo compañero suyo, lo llamó a Roma, con lo que pareció que iba a deshacerse la nueva fundación; pero aun entre los negocios curiales, Bruno se sintió atraído por la soledad, y así, obtuvo del Papa el lugar llamado *La Torre* en Calabria, y fundó allí una segunda Cartuja en 1091. En ella murió en 1111.

En realidad, era muy poco lo que existía a la muerte de S. Bruno, y sin embargo, este poco se iba a desarrollar en una gran Orden. S. Bruno no dejó regla alguna, sino solamente la *tradición*, que el quinto Prior general reunió en 1127 con el título de *Costumbres*. La base la forma la *regla benedictina*; pero a ésta se añadían dos principios que forman el eje de la nueva Orden: el *silencio* y la *soledad*, es decir, la vida contemplativa, mezcla de armitaño y cenobita. En su mayor apogeo, en el siglo XIV, llegó a contar ciento ochenta monasterios.

347. b) Los Cistercienses ⁸⁾. Los Cistercienses tuvieron por primer fundador a S. Roberto, quien fundó el monasterio de Molesmes. Por las dificultades que le opusieron allí algunos, salió con varios discípulos fieles y se retiró a la soledad de *Cîteaux* (Cistercium), donde fundó un nuevo monasterio, base de la Orden cisterciense. No mucho después Molesmes aceptó de nuevo la dirección de S. Roberto; pero de hecho, en vida del primer fundador, la Orden no alcanzó gran desarrollo. En lo que a las reglas se refería, S. Roberto sólo trataba de restablecer en todo su rigor la de S. Benito.

⁷⁾ ANTONE, S., Art. *Chartreux*, en Dict. Th. Cath. COULEULX, DOM LE, Annales Ordinis Carthus. ab a. 1084 ad a. 1429. 8 vol. Montreuil 1885. BAUMANN, E., Les Chartreux. P. 1929. En la col. «Les grands Ordres Monast.». La grande Chartreuse, par un Chartreux. Grenoble 1930. X., La Cartuja. S. Bruno y sus hijos. B. 1933.

⁸⁾ BERLIÈRE, DOM U., Les origines de Cîteaux et l'Ordre bénédictin au 12.^e siècle. En Rev. Hist. Ecl., 1 (1900), 448 s.; 2 (1901), 253 s. LE BAIL, DOM A., L'Ordre de Cîteaux. La Trappe. En la col. «Les grands Ordres relig.». P. 1924. OTHON, D. J., Les origines cisterciennes. En Rev. Mab., 1932, 133 s., 233 s.; 1933, 1 s., 81 s., 153 s. CANTVEZ, J. M., Statuta Capitulum Gener. Ordinis cisterciensis ab anno 1116 ad a. 1786. Lovaina 1933 s.

Su sucesor *Alberico* (1099-1109) dió mayor consistencia a la nueva organización, fijando definitivamente sus *Estatutos*. En ellos se añade a la regla benedictina, que forma la base, la distinción entre los monjes propiamente tales y los conversos o legos. Aun el hábito debía ser diverso, es decir, blanco en vez del negro de los benedictinos. De ahí que se comenzara a distinguirlos como *monjes blancos* y *monjes negros*. Asimismo se insiste más en la pobreza y en la soledad. Esto no obstante, la fundación siguió una vida algo lánguida, y con una enfermedad contagiosa que contrajo la comunidad de Cîteaux, amenazaba una ruina completa.

348. c) S. Bernardo de Claraval ⁹⁾. Este santo ilustre fué el medio de que se valió la Providencia para encauzar definitivamente la vida de los monjes cistercienses. En enero de 1112 entró con treinta compañeros en el monasterio de Cîteaux. Entre ellos había cuatro hermanos y un tío suyo. Con el número y el fervor decidido de los nuevos monjes se rejuveneció el Instituto. Su fama cundió bien pronto, y así, un año después de la entrada de Bernardo, se comenzaron a erigir casas dependientes de Cîteaux. Una de ellas fué *Claraval*, comenzada en 1115, de la que fué nombrado superior el mismo Bernardo, que contaba veinticinco años. Desde entonces comienza S. Bernardo su actividad, y la fundación del Cister, animada por él, inicia su avance rapidísimo.

Mas, como era natural, S. Bernardo tuvo que vencer dificultades gravísimas. La mayor fueron las luchas con los cluniacenses, a las cuales dieron ocasión algunos monjes del Cister que ponderaban con exceso los abusos de los monasterios cluniacenses, y la desgracia de Cluny de tener un abad tan indigno, que hubo de ser depuesto. El mismo S. Bernardo se vió metido en lo más ardiente de la contienda frente a Pedro el Venerable de Cluny.

El resultado práctico de esta contienda fué que de hecho se eliminaron algunos abusos introducidos en la observancia benedictina; y por lo que a los cistercienses se refiere, quedó bien determinado su campo, como respondiendo a una tendencia ascética de mayor pobreza y mayor recogimiento.

Por otra parte, S. Bernardo, aun fuera de su Orden, fué uno de los hombres más influyentes de su tiempo; estuvo relacionado con los príncipes y los Papas; fué el alma de las grandes empresas que entonces se llevaron a cabo; el defensor de la ortodoxia contra la herejía; el pacificador en medio del cisma papal; uno de los mejores escritores de la Edad Media. A la muerte de S. Bernardo eran trescientos cuarenta y ocho los monasterios fundados por el Cister. Hacia 1300 llegaron a setecientos en toda Europa.

⁹⁾ VACANDARD, Vie de Saint Bernard. 2 vol. 3.^a ed. P. 1902. BERNARDO, S., Obras completas, trad. del latín por el P. Jaime Pons, S. J. 5 vol. B. 1925-1929. WILLIAMS, W., Saint Bernard of Clairvaux. Manchester 1935.

349. d) Canónigos regulares. Los esfuerzos de los Papas, sobre todo desde Gregorio VII, por la reforma del clero, obtuvieron buenos resultados. Estos esfuerzos, unidos al espíritu ascético del tiempo, indujeron a muchos sacerdotes a buscar una vida más perfecta. De ahí proceden las fundaciones de canónigos regulares. Las más insignes son:

1. PREMONSTRATENSES ¹⁰⁾ Su fundador fué S. Norberto, de la diócesis de Xanten en Prusia, quien, siendo canónigo, vivió algún tiempo una vida disipada; pero convertido después, se dedicó a la piedad y a la predicación entre sus compañeros del clero. Tuvo que vencer grande oposición, incluso de los obispos. Al fin se estableció en *Prémontré*, no lejos de Laon, en 1124, y allí juntó un buen número de discípulos. Su ideal era la vida monástica unida con el ministerio de las almas. Con sus instrucciones verbales organizó un núcleo de clérigos fervorosos, pero no llegó a dar una forma definitiva a su obra.

Su sucesor, el *Beato Hugón*, fué el instrumento providencial para ello. Él fijó la regla sobre la de S. Agustín y conforme al ideal de S. Norberto, y le dió un nuevo y definitivo impulso. La vida de los nuevos religiosos tenía un doble aspecto: monacal y parroquial. Sus comunidades se llamaron *canónigos regulares*, que eran verdaderos monasterios. De cada monasterio o capítulo dependían uno o varios puestos de cura de almas, es decir, las parroquias servidas por ellos. S. Bernardo fué uno de los que con más entusiasmo fomentaron la nueva institución.

2. LOS VICTORINOS. Al mismo tipo de canónigos regulares pertenecen los victorinos. Fueron organizados por *Guillermo de Champeaux*, profesor de París, en el retiro de San Víctor. Su sucesor les dió una vida uniforme con su regla correspondiente, basada sobre la de San Agustín. El obispo de París la recibió muy bien y quiso imponerla al cabildo de la catedral, pero no pudo conseguirlo. En cambio, se extendió en muchas partes.

Del mismo tipo fueron otras varias instituciones regionales, de modo que, de hecho, en muchos capítulos de catedrales o colegiatas se introdujo alguna de las reglas de los canónigos regulares.

IV. Órdenes militares ¹¹⁾

350. Una de las manifestaciones más características del espíritu cristiano del período que historiamos y de la tendencia ascética hacia la vida religiosa y monacal que él produjo, son las Órdenes militares. Por otra parte, están muy en consonancia con el espíritu guerrero de la época y con el fervor de los cruzados cristianos.

a) Caballeros Hospitalarios o de S. Juan ¹²⁾. Fueron primero Orden hospitalaria. Su origen lo forma un hospital de

¹⁰⁾ PETIT, F., L'Ordre de Prémontré. En col. «Les Ordres relig.», P. 1922. GRASSL, B. F., Der Premonstratenserorden, s. Gesch. und seine Ausbreitung bis zur Gegenwart. Tongerlo 1934. VÉLEZ, P., Leyendo nuestras crónicas. Notas sobre nuestros cronistas y otros historiadores. 2 vol. El Escorial 1932. *Vita Scti. Norberti*, en Mon. Germ. Hist., Script., XII, 663 s. *Acta SS.*, jun., 1, 819 s.

¹¹⁾ PRUTZ, H., Die geistlichen Ritterorden. 1908. CARO, Historia de las Órdenes militares. M.

¹²⁾ DELAVILLE LE ROULX, Cartulaire général de l'Ordre des Hospitaliers de St. Jean de Jérusalem. 4 vol. P. 1894-1901. Id., Les Hospitaliers en Terre Sainte

Jerusalén, dedicado a S. Juan Bautista, fundado hacia 1050. Al ser conquistada la ciudad por la primera Cruzada en 1099, ganó mucho este hospital y, según parece, un lego benedictino llamado Gerardo le dió mayor consistencia. El sucesor de Gerardo en la dirección del hospital, *Raimundo de Puy*, le dió la organización definitiva y una regla propia. Según ella, en este primer período los *Hospitalarios* no tenían caballeros.

Mas, con el tiempo, se convencieron de que, para proteger a los peregrinos en los hospitales y refugios, era necesario poseer fuerza militar. Por esto se comenzó a dar entrada en el Instituto a la rama de los caballeros. Así, consta que ya desde 1137 se los admitía, y en adelante fueron tomando tal incremento, que la Orden tomó justamente el carácter de Orden militar a imitación de los Templarios.

351. b) Los Templarios o "equites templi" ¹³). En 1119 juntáronse ocho caballeros franceses en Jerusalén y formaron una piadosa asociación. Su jefe parece fué *Hugo de Paganis*. A los votos religiosos añadieron el de dedicarse a la protección y defensa de los peregrinos cristianos, que fué el objeto primero de las Órdenes militares. El rey Balduino II les asignó como morada el palacio construido, según se creía, en el lugar del templo de Salomón. De ahí les vino el nombre de *Templarios* o *milites templi*. Vivían a la manera de los canónigos regulares y tomaban parte en los oficios divinos, mientras no se lo impedían sus obligaciones militares.

Como el pueblo no los consideraba como religiosos, los templarios vivieron algún tiempo una vida muy penosa. Por esto su fundador y otros cinco caballeros acudieron al Concilio de Troyes de 1128, al que asistieron muchos cistercienses, entre ellos el mismo S. Bernardo, y allí consiguieron interesarlos. S. Bernardo recibió del Concilio el encargo de redactar los estatutos de la nueva Orden, y en efecto lo hizo con entusiasmo. Con esto fué admirable el éxito que obtuvo la nueva Orden en todas partes. Inocencio II le concedió grandes privilegios. Como hábito definitivo tomaron el manto blanco y cruz roja. En adelante los templarios sirvieron de tipo para las nuevas Órdenes militares.

352. c) Caballeros Teutónicos ¹⁴). Unos caballeros alemanes erigieron hacia 1187 en Akon una especie de hospital militar, para cuyo servicio formaron una congregación, que poco después quedó organi-

et à Chypre. P. 1904. AMBRAZIEJUTÉ, M., Studien über die Johanniter-Regel. Friburgo de Suiza 1929.

¹³) ALBON, MARQUÉS DE, Cartulaire général de l'Ordre du Temple (1119-1150). P. 1913-1922. WILCKE, W. F., Geschichte des Ordens der Tempelherren. 2 vol. 1860 s. SCHNÜRER, G., Die ursprüngliche Templerregel. 1903.

¹⁴) SALLES, F. DE, Annales dell'Ordre Teutonique. Viena 1887. OEHLER, M., Gesch. des Deutschen Ritterordens. 2 vol. 1908-1912. GATZ, K. ET T., Der Deutsche Orden. 1936.

zada como Orden militar, con manto blanco y cruz negra. Como los hospitalarios, se dedicaron a los hospitales y a la guerra. Para los hospitales tomaron los estatutos de los hospitalarios; para los caballeros, las reglas de los templarios. Como Orden militar alemana, tuvo gran desarrollo, sobre todo en Tierra Santa, y al fin de este período, en los territorios alemanes, para la conversión de diversos pueblos.

353. d) Los Trinitarios ¹⁵). Directamente emparentada con las Órdenes militares está la Orden de los Trinitarios, así como la de la Merced, de que hablaremos luego. Eran una nueva manifestación del espíritu caballeresco cristiano de la época. En efecto, por las luchas entre los cristianos y los infieles y debido a las piraterías de éstos, yacían en la esclavitud en todas las ciudades musulmanas centenares y miles de cristianos, sufriendo toda clase de penalidades. En estas circunstancias concibieron algunas almas generosas la idea de trabajar y aun ofrecer sus propias vidas para procurar la libertad de aquellos infelices. Éste es el origen de los Trinitarios. = *San Juan de Mata*

Su fundador fué S. *Juan de Mata*, de origen provenzal. La idea de la fundación la tuvo en Marsella, al oír hablar con frecuencia en aquel puerto sobre la triste suerte de los esclavos cristianos. Reunió algunos compañeros y compuso una regla especial sobre la base de la de S. Agustín, que fué aprobada en 1198 por Inocencio III. La nueva Orden se llamó «Ordo Sctae. Trinitatis et redemptionis captivorum».

Ya al año siguiente, 1199, partieron los primeros religiosos para el África. Según su regla, un tercio de sus rentas debía emplearse en la redención de cautivos; pero el lado heroico de su vocación consistía en el voto que hacían de quedarse en lugar de los cautivos en caso de necesidad. Los centros y residencias aumentaron rápidamente, sobre todo en los puertos de Francia y España. Muchos sufrieron el martirio. Se calcula que los libertados por los Trinitarios ascienden a noventa mil.

V. Órdenes religiosas y militares en la península Ibérica ¹⁶)

354. El apogeo del Cristianismo, que durante los siglos XII y XIII se manifiesta en todas las naciones europeas de una manera especial en el florecimiento de las Órdenes religiosas, aparece igualmente en la península Ibérica.

¹⁵) DESLANDRES, L., Église et le rachat des captifs. P. 1902. ÍD., L'Ordre des Trinitaires. P. 1903.

¹⁶) PÉREZ DE URBEL, Los monjes esp. 2 ed. M. 1945. ALCOCER, R., Santo Domingo de Silos. Valladolid 1926. SERRANO, L., El real monasterio de Santo Domingo de Silos (Burgos). Burgos 1926. PÉREZ DE URBEL, F., El Monasterio en la vida española de la Edad M. B. 1942. ANTÓN, F., Monasterios medievales de la prov. de Valladolid. Valladolid 1942.

a) **Los Cistercienses**¹⁷⁾. La entrada de los cistercienses en España tuvo lugar por Castilla en 1133, con la fundación de la abadía de *Moreuuela*, cerca de Zamora. Debióse a una petición hecha por Alfonso VII al mismo S. Bernardo. Desde entonces las fundaciones aumentan constantemente. S. Bernardo, favorecido por los monarcas españoles, interviene en casi todas ellas: La Oliva, Fitero, Las Huelgas, Veruela, Santas Creus, Poblet y otras muchas. Mas, debido a la munificencia de los fundadores, la sencillez y pobreza de los principios se transformó en esplendor que no cedía al de los cluniacenses. Así, los monasterios de Sobrado en Galicia, Carrando en León, Valbuena en Castilla, La Oliva en Navarra, Veruela en Aragón, Poblet en Cataluña, son el tipo más claro del señorío monástico.

Por el interés que ofrece, conviene decir algo sobre el *monasterio de Veruela*. Sin discutir la tradición sobre la aparición de la Virgen a don Pedro de Atarés, históricamente es segura la fundación del monasterio por don Pedro de Atarés, señor de Borja, después de 1139. Don Pedro hizo donación a los monjes de Scala Dei, de Veruela y del término de Maderuela. Los monjes se establecieron en Veruela en 1140 en una ermita. La obra del monasterio se comenzó y siguió con rapidez. En 1171 estaba concluida. Las posesiones fueron aumentando rápidamente.

También se multiplicaron en España los monasterios de monjas cistercienses. Fué célebre el de *Las Huelgas*, cerca de Burgos, fundado por Alfonso VIII para el retiro de personas nobles. La abadesa tenía extraordinarios poderes en todos los contornos, y jurisdicción sobre trece monasterios cistercienses.

355. b) **Canónigos regulares. Premonstratenses.** Ya desde antiguo se había introducido en muchos cabildos de España la vida común, que hacían en las casas construidas para los canónigos junto a las catedrales o colegiatas. Llamábase *canónica*. Por lo demás, no existía regla especial. Entrado el siglo XI, con el prestigio de la vida monástica, se fué sintiendo la necesidad de sujetar la de los canónigos a reglas más estrechas. Así, consta que en muchas iglesias de Cataluña, Aragón y Castilla se introdujo la regla o *canónica* de S. Agustín. En alguna región los mismos Concilios la fijaron.

Según parece, la *regla premonstratense* se introdujo en España por medio de dos nobles castellanos, don Sancho Ansúrez y don Domingo Gómez, quienes fueron a Prémontré, trataron personalmente con S. Norberto y luego fundaron en España la primera residencia de *Retuerta* en 1146. Desde allí se propagaron rápidamente los nuevos canónigos regulares de S. Agustín, de modo que algún tiempo después se habían introducido en muchas iglesias.

356. c) **Órdenes militares extranjeras en España.** El ambiente de lucha continua contra los mahometanos, en que vivían los caballeros en España, era el más a propósito para las Órdenes militares.

¹⁷⁾ MARTINELL, C., El monestir de *Santes Creus*. B. 1929. GUITERT, J., Real monasterio de Poblet. B. 1929. PALOMER, J., La decadencia de Poblet. B. 1929. DOMÉNECH Y MONTANER, L., Historia y arquitectura del monasterio de Poblet. B. 1925.

Por esto en nuestra Península se desarrollaron notablemente las extranjeras y prosperaron las propias.

La ocasión de la entrada en España de las Órdenes militares extranjeras fué el *testamento de Alfonso el Batallador*, quien dejaba herederos de parte de sus reinos a los canónigos del Santo Sepulcro, a los Caballeros de San Juan y a los Templarios. Al presentarse los representantes de dichas Órdenes para urgir la ejecución de este testamento, se llegó a un acuerdo, por el cual ellos recibieron diversas plazas en la Península para establecerse en ellas.

Como representante de los *Canónigos del Santo Sepulcro* vino un tal *Girardo*, a quien se le asignó la ciudad de Calatayud. Allí se fundó, en efecto, la nueva Orden, que luego se fué extendiendo en muchas ciudades. Sin embargo, hay que notar que no era Orden militar, sino Orden de canónigos regulares. Inocencio III la suprimió. Los *Caballeros de San Juan* u hospitalarios recibieron algunas plazas del alto y bajo Aragón. A fines del siglo XII poseían la villa de Caspe y durante las grandes conquistas del siglo XIII lucharon muy activamente. Al suprimirse los Canónigos del Santo Sepulcro, los hospitalarios heredaron sus bienes. Los *Templarios* parece habían entrado ya en España antes del testamento de Alfonso I, el Batallador; pero con esta ocasión recibieron la ciudad de *Daroca* con diversos pueblos, y sobre todo la fortaleza de *Monzón* en 1143. Desde entonces arraigó esta Orden en la Península, sobre todo en Aragón, contribuyendo como la que más en las luchas contra los mahometanos.

357. d) **Órdenes militares españolas**¹⁸⁾. Dado el ambiente religioso y caballeresco de España, no es de maravillar que surgieran diversas Órdenes militares de origen español. Tales fueron:

1. ORDEN DE CALATRAVA. Su origen se debe a un monje cisterciense, quien en 1153, junto con varios caballeros cristianos, se ofreció a defender la fortaleza de *Calatrava*, que los Templarios no se sentían con fuerzas para sostener. Un capítulo del Cister les compuso una regla acomodada a los nuevos religiosos caballeros y designó como hábito el manto blanco con cruz roja de lirio. En 1164 quedó aprobada por Alejandro III la nueva Orden militar. Ya en 1169 el Maestre General puso a disposición del Rey 1200 caballeros. Fué en adelante uno de los más firmes sostenes de los reyes en las luchas contra los musulmanes.

2. ORDEN DE ALCÁNTARA. Esta Orden fué la transformación de una hermandad de caballeros, que tenía como objeto la defensa del obispado de Salamanca. La primera aprobación se la dió Alejandro III en 1175. En 1213 los nuevos caballeros recibieron de Alfonso IX de León la villa de *Alcántara*, que

¹⁸⁾ RADBS Y ANDRADA, Crónica de las tres Órdenes, etc. Toledo 1572. Establecimientos de la Orden de Santiago. 1503. Regla de la Orden de Cavallería de San Tiago del Espada. Valencia 1599. GULLAMAR, M., De las Órdenes militares de Calatrava, Santiago, Alcántara y Montesa. M. 1825. FERNÁNDEZ GUERRA Y ORBE, V., Historia de las Órdenes de Caballería. M. 1864. FERNÁNDEZ LLAMAZARES, J., Historia compendiada de las cuatro Órdenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa. M. 1862. REVILLA VIELVA, R., Órdenes militares de Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa. M. 1927.

fué en adelante su centro principal, que les dió el nombre definitivo. Sus reglas fueron las mismas de los caballeros de Calatrava, basadas en las del Cister.

3. ORDEN DE SANTIAGO. Fué un desarrollo ulterior de una institución de caballeros, encargados de proteger a los peregrinos de Santiago, que luego tomó como fin la lucha contra los infieles. Alfonso VIII de Castilla los protegió y les concedió vastos territorios en Castilla. El principal fué el castillo de Uclés con sus vastas posesiones. La regla se la compuso en 1175 el Cardenal Alberto, luego Papa Gregorio VIII, y el mismo año la Orden fué confirmada por Alejandro III.

4. ORDEN DE MONTESA. Aunque es algo posterior, sin embargo adquirió también gran importancia en las guerras contra los moros. Se fundó en 1312 con ocasión de la disolución de los templarios, cuyos bienes heredó en Aragón. El Papa Juan XXII la aprobó en 1317.

358. e) Orden de la Merced¹⁹⁾. El fruto más sazonado del espíritu cristiano y caballeresco de la España medieval fué la Orden de la Merced, redención de cautivos, como lo fué en el resto de Europa la Orden de los Trinitarios. Su fundador fué S. Pedro Nolasco, originario del Languedoc, pero educado en Barcelona. Allí, y particularmente en su puerto, fué donde se informó sobre las miserias de los esclavos cristianos del África, y así fundó en 1218 en la iglesia de Santa Eulalia la nueva Orden, que, como la de los Trinitarios, debía dedicarse con voto especial a la redención de aquellos desgraciados. En esta fundación le ayudaron el rey Jaime I, el Conquistador, y S. Raimundo de Peñafort, quien compuso los estatutos. La tradición nos refiere que la Sma. Virgen se apareció en sueños al rey don Jaime, manifestándole sus designios sobre la nueva Orden. En un principio admitíanse también caballeros; pero más tarde quedaron éstos eliminados. La Orden se desarrolló rápidamente y todavía subsiste como Orden mendicante. En los primeros siglos llegó a rescatar más de 25 000 cautivos cristianos.

VI. Órdenes mendicantes. Los Franciscanos²⁰⁾

359. a) Órdenes mendicantes en general. Muy digna de estudio es la tendencia especial del espíritu cristiano de la

¹⁹⁾ SINAU, Bullarium coelestis ac regalis ordinis B. M. Virginis de Mercede. B. 1696. GARÍ Y SIUMELL, La Orden Redentora de la Merced. Historia de las Redenciones de cautivos cristianos realizadas por los hijos de la Orden de la M. B. 1873. SANCHEZ, M., Vida de San Ramón Nonato. B. 1910. PÉREZ, P., S. Pedro Nolasco. Fundador de la Orden de la Merced, I. B. 1934. GARGANTA, J. M., En torno de los orígenes mercedarios. En Contempor., 8 (1936), 169-179.

²⁰⁾ VERNET, F., Les Ordres mendiants. P. 1933. En Bibl. Sc. Rel. Secti. Francisci Opuscula. Quaracchi 1904. THOMAS DE CELANO, S. Francisci Assisi.

Edad Media, que dió origen a las Órdenes mendicantes. Las ciudades se habían desarrollado notablemente; la vida comercial se intensificaba. Por esto se presentó un nuevo tipo de religiosos, que, sin verse obligados a mantenerse del trabajo de sus manos, se dedicaron a la instrucción del pueblo y a la enseñanza en los grandes centros culturales.

Además existía en muchas almas buenas la tendencia hacia un mayor rigor en la pobreza, según se vió en los cartujos y cistercienses; mas aunque también algunos herejes se presentaban con ideas semejantes, fácilmente se veía su tendencia heterodoxa, por su rebelión contra la jerarquía. De hecho este sentimiento de pobreza evangélica es el que dió principio a la Orden franciscana y el que forma la base de todas las nuevas Órdenes mendicantes.

Otra característica de este nuevo tipo de religiosos es que por la organización que recibieron y por su misma finalidad eran como tropas ligeras al servicio del Romano Pontífice. A esto ayudaba la circunstancia de que no estaban encardinados a un monasterio determinado, sino que podían ser destinados por sus superiores a donde se juzgara conveniente, y sobre todo ayudaba la centralización de los poderes, que daba gran eficacia a su dirección.

360. b) Origen de la Orden franciscana. S. Francisco de Asís, hijo de un comerciante de Umbría, después de una vida algo descuidada, experimentó un cambio interno, y de resultados de él se dedicó a la vida penitente y concibió un deseo vehementísimo de amar e imitar a Cristo, reproduciendo en sí la vida del Evangelio. Desheredado por su propio padre, recibió

Vita et miracula... R. 1906. S. Buenaventura. Legenda S. Francisci. Quaracchi 1898. WADDING, Annales fratrum Minorum. 2.ª ed. R. 1731-1736, etc. En total 25 fol. Nueva ed. desde 1930. Quaracchi. Bullarium Franciscanum, 7 vol. R. 1759. El últ. ed. 1904. CLARENUS, ANGELUS, Expositio regulæ fratrum minorum, ed. L. Oiger. Quaracchi 1912. SCHNÜRER, G., Franz von Assisi. 2.ª ed. 1907. L. SALVATORELLI, Vita di S. Francesco di A. Bari 1926. SARASOLA, P. L. DE, S. Francisco de Asís. M. 1930. CUTHBERT, R., Life of St. Francis of Assisi. L. 1933. BARCELLINI, P., S. Francesco d'Assisi. Turin 1942. KARRER, O., Franz v. A. Legenden und Laude. Zurich 1945. ENGLIBERT, O., Vida de S. Francisco de Asís. Buenos Aires 1949. HOLZAPFEL, H., Historia fratrum Minorum. Trad. al lat. 1909. LÓPEZ, A., La Provincia de Esp. y los Frailes Menores. Santiago 1915. HEFELE, Die Bettelorden und das religiöse Volksleben Ober- und Mittelitaliens im 13. Jahrh. 1910. LEMAITRE, H.-MASSERON, A., St. François d'Assisi, son oeuvre, son influence 1226-1926. P. 1927. P. GRATIEN, Histoire de la fondation et de l'évolution de l'Ordre des Frères Mineurs au 13.º siècle. P. 1928. ÍD., S. François d'Assise. P. 1910. LÉON, A., S. François d'Assise et son oeuvre. P. 1928. MASSERON, A. Les Franciscains. P. 1931. En «Les grands Ordres monast. et Instit. rel.» En Bibl. cath. sciences rel. SESSEVALE, FR. DE, Histoire générale de l'Ordre de Saint François. 1.ªre partie: Le Moyen Âge (1209-1517). I. P. 1935. LONGUY, J. DE, A l'ombre des grands Ordres. Histoire... des huit principaux tiers Ordres. P. 1937. GEMELLI, A., El Franciscanismo. Trad. del ital. B. 1940. POU Y MARTÍ, J., Conspectus trium Ordinum religiosorum S. Francisci. R. 1929. LIZASO, R. DE, Exposición de la Regla de los Frailes Menores. Pamplona 1939. Obras completas de S. Francisco de Asís. En B. A. C. 2 ed. M. 1950.

en febrero de 1208 una ilustración del cielo en la iglesia de la *Porciúncula*, basada en el Evangelio de la misión de los Apóstoles. La ilustración se concretaba en la *pobreza evangélica*, como síntesis de la perfección a que debía aspirar. Bien pronto se le juntaron algunos compañeros, con los cuales formó una asociación, a la que llamaron «*virii paenitentiales*». Vivían de limosnas; usaban la indumentaria de la gente pobre; se dedicaban a hacer el mayor bien posible a los prójimos. El mismo Francisco les compuso una *regla*, basada en expresiones evangélicas.

En 1210 dirigieron a Roma con el fin de obtener la aprobación de este género de vida, que S. Francisco sintetizaba siempre diciendo que era la realización práctica del Evangelio. Sin embargo, en Roma se les presentaron dos grandes dificultades. La primera era cierto prejuicio existente, pues varios de los herejes de entonces se presentaban haciendo alarde de pobreza. Además, eran tantas las Órdenes antiguas y recientes, que muchos creían que el fundar nuevas era contraproducente. Pero un examen detenido convenció al Papa de la santidad de sus deseos. Así, pues, aprobó oralmente el mismo año 1210 la nueva «*Fraternidad de la penitencia*». La tradición o leyenda añade un sueño misterioso visto por Inocencio III, que le presentaba a San Francisco sosteniendo el edificio de la Iglesia, que amenaza derrumbarse.

361. c) Desarrollo de la Orden. La primera residencia de S. Francisco fue *Rivo-Torto*, en Asís. Poco después de conseguir la aprobación de la Orden, obtuvo la capilla de la *Porciúncula*, junto a la cual construyó edificios sencillos, que pueden ser considerados como el primer convento franciscano. Bien pronto se le fueron juntando numerosos compañeros y pudo enviar apóstoles a Umbría, Toscana y las Marcas. En todas partes los primeros franciscanos o *frailes menores*, como se comenzó a llamarlos, hacían profesión de la más estricta pobreza, hospedábanse en algún monasterio o casa cristiana, hacían una vida como la de Cristo y los Apóstoles. Tal era el ideal del fundador.

Ya en 1212 se estableció una segunda Orden de San Francisco, que se llamó «*Congregación de señoras pobres*». Su primera superiora fue Sta. Clara, de donde fueron denominadas *Clarisas*.

Como la Orden fuera creciendo, el fundador pudo enviar discípulos fuera de Italia. En 1217 salieron los primeros para Francia, España, Alemania y el Oriente. S. Francisco mismo, con su candor angelical, se dirigió al Oriente y llegó a predicar al sultán de Egipto con la idea de convertirlo.

En este mismo tiempo se dió un paso importante con la ayuda del Cardenal Hugolino, luego Gregorio IX. Para completar la obra de regeneración de la sociedad cristiana, fundó S. Francisco en 1221 la *Orden Tercera*. Por ella se ofrecía a las personas del mundo la posibilidad de llevar una vida conforme con el espíritu franciscano, de

imitación de la vida de Cristo y de los Apóstoles. La Orden Tercera contribuyó a ganar muchas simpatías al movimiento franciscano.

Ante la extensión que iba tomando la Orden, suplicaron a S. Francisco muchos de sus hijos que redactara una regla más completa y definitiva. Así pues, en 1221 se retiró a la soledad de *Monte-Colombo* y allí compuso una *nueva regla*, que sometió a la aprobación de sus consejeros. Entre éstos y el Santo hubo entonces algunas discusiones, en las que ya se marcaba la tendencia a suavizar algunos puntos. Al fin consiguieron hacerle cambiar algunas cosas, y de esta manera *la regla fue aprobada por Honorio III en 1223*.

Estas contradicciones afectaron al Santo Fundador. Por esto descargó el peso del gobierno en Pedro de Catania y luego en *Fray Elias*. Durante los últimos años dedicó S. Francisco a la vida de soledad, donde contemplaba sin cansarse a Jesús crucificado. Entonces fue cuando recibió, en 1224, según refieren sus contemporáneos dignos de fe, la gracia de la *estigmatización*.

Los dos años que todavía vivió, estuvieron para el santo llenos de penalidades. Sus achaques fueron en aumento. Llegó a volverse ciego. Entonces compuso el célebre *Cántico al sol*. Las dulzuras de la contemplación eran amargadas por el aire de grandeza que iban tomando algunos en la Orden. Por esto, poco antes de morir, quiso redactar un *testamento*, en el que expresó su deseo de que la religión por él fundada conservara el carácter de sencillez, de pobreza absoluta y alejamiento de todo boato exterior.

S. Francisco murió en la *Porciúncula* el 3 de octubre del año 1226. Es uno de los santos más simpáticos de la Iglesia. Aun muchos incrédulos quedan embelesados ante el atractivo del *poverello* de Asís.

362. d) Expansión ulterior y acomodación definitiva de la Orden. La Orden de los Frailes Menores siguió expansionándose rápidamente. La Santa Sede les había concedido diversos privilegios; poseían casas, oratorios, cementerios, en contraposición con los primeros franciscanos, que discurrían como peregrinos por las pequeñas poblaciones. En esta nueva forma se fueron instalando en las poblaciones más importantes: París, Bolonia, Oxford, Londres, Génova, Venecia, Marsella, Madrid, Barcelona. A mediados del siglo XIII eran ya unos 20 000, divididos en treinta y dos provincias.

Uno de los puntos más característicos de las concesiones pontificias fue la *cuestión sobre el estudio*. Al aumentar la fama de la Orden, se le juntaron muchas personas de estudio, y, por otra parte, muchos veían la gran utilidad que el dedicarse al estudio podía tener para el fin apostólico de la Orden. Es cierto que esta tendencia estaba fuera de la mentalidad de S. Francisco; pero los Romanos Pontífices, sobre todo el gran amigo de los Frailes Menores, Gregorio IX, los empujaban por este camino. Era una manera práctica de interpretar el espíritu del fundador. Por otra parte, con la bula «*Quo elongati*», Gregorio IX ampliaba convenientemente el concepto de la pobreza, y con otras decisiones posteriores los Romanos Pontífices autorizaron diversas acomodaciones del pensamiento de S. Francisco.

La intención del Papa era muy buena y beneficiosa para la Iglesia, pero algunos espíritus inquietos tomaron pie de ahí para irse al extremo opuesto. El cabecilla fué *Fray Elías*, Ministro general desde 1232 a 1239, el cual se dedicó de una manera exagerada a fomentar el boato en la Orden, y lo que era peor, en una serie de innovaciones procedía con absoluta independencia. Al fin se formó un partido contra él, y en un Capítulo, presidido por Gregorio IX, hubo de ser depuesto. Prueba clara de su mal espíritu fué lo que hizo después, pasándose al bando de Federico II de Alemania, quien se hallaba entonces en lucha apasionada contra el Papa. Sin embargo, se reconcilió en el lecho de muerte.

El mismo Capítulo fijó definitivamente las Constituciones de la Orden, según las legítimas modificaciones aprobadas por el Papa. Oficialmente quedó todo resuelto; pero de hecho continuó latente en el seno de la Orden el germen de división entre los que querían observar la Regla tal como había quedado en las Constituciones aprobadas por los Papas, y los que, con la excusa de volver al espíritu de S. Francisco, trataban de introducir singularidades, o bien, por el contrario, seguían la tendencia iniciada por Fr. Elías. S. Buenaventura y S. Antonio de Padua tuvieron autoridad suficiente para mantener la paz. Pero más tarde estallaron diversos conflictos, en los que tuvo que intervenir el Romano Pontífice.

En España se introdujeron los franciscanos en sus principios. El mismo Santo Fundador había estado en España, de paso para Marruecos, dejando aquí la semilla de su espíritu. Fr. Bernardo de Quintaval, enviado por S. Francisco en 1217 a la Península, estableció tan sólidamente en ella la Orden, que dos años más tarde contaba con un centenar de sujetos, y en 1233 formaba tres provincias.

VII. Orden de los Padres Predicadores y otras Órdenes Mendicantes ²¹⁾

363. Casi al mismo tiempo que se fundaba la Orden de S. Francisco, se ponían los fundamentos de la de los Dominicos. Los móviles que le dieron origen fueron: la necesidad creciente de instrucción religiosa en las regiones infestadas por la herejía, y al mismo tiempo el ansia cada vez mayor de organizar el estudio de las grandes cuestiones filosóficas y teológicas.

²¹⁾ RIPOLL, TH.-BREMOND, A., *Bullarium Ordinis praedicatorum*. 8 fol. R. 1729-1740. *Monumenta Ord. Fratrum Praed. hist.*, ed. B. M. Reichert, etc. 14 vol. Lov.-R. 1896-1905. *Analecta Ordinis Fratrum Praed.* R. 1893. s. BALME, LELAIDIER, COLLOMB., *Cartulaire... de S. Dominique*. 3 vol. P. 1893-1901. MAMACHI, *Annales ordinis Praedicatorum*. 5 vol. R. 1754 s. *Id.*, I. (156), 317 s. FRACHETO, GERARD DE, *Vitae Fratrum O. P.* *Id.*, *Chronica ordinis*. DIAGO, F., *Historia de la Provincia de Aragón*. B. 1599. MANDONET, St. Dominique. *L'idée, l'homme et l'oeuvre*. 2 vol. 2.ª ed. P. 1938. ALTANER, B., *Der hl. Dominikus. Untersuchungen und Texte*. 1922. RAMBAUD, H. DOM, *Saint Dominique. Sa vie, son oeuvre, son ordre*. P. 1926. SCHEEREN, W. D., *Der hl. Dominikus*. 1927. LACORDAIRE, E., *Santo Domingo de Guzmán M.* 1931. DÍEZ PARDO, F., *Sto. Domingo de Guzmán. Monografía histórica*. Vergara 1936. MORTIER, P., *Histoire des maîtres généraux de l'Ordre des Frères Prêcheurs*. 8 vol. P. 1903-1920. FERNÁNDEZ, P. A., *La Orden de Santo Domingo*. Ávila 1911. HALUSA, T., *Der Prediger- und Dominikanerorden*. Graz. 1925. PUCCETTI, A., *L'Ordine Dominicano*. Milán 1927. ZELLER, R. C. T., *La vie dominicaine*. P. 1927. BERNADOT, M. V., *L'Ordre des Frères Prêcheurs*. Tolosa 1928. *Compendium historiae Ordinis Praedicatorum*. R. 1930. BENNET, R. F., *The early Dominican history*. Cambridge 1937. CANAL GÓMEZ, M., *Fr. Sebastiani de Olmeda, O. P. Chronica ordinis praed. ab initio eiusdem ordinis usque ad a. 1550*. R. 1936. WALZ, A. M., *Compendium historiae Ordinis Praedicatorum*. 2. ed. R. 1948.

cas en las nuevas Universidades europeas. Las otras Órdenes mendicantes tuvieron fines parecidos.

a) Santo Domingo y la fundación de su Orden. *Sto. Domingo*, natural de *Caleruega* en Castilla, era canónigo de Osma y se había distinguido por su doctrina y su ardiente celo. Junto con algunos sacerdotes de Montpellier dedicóse en el sur de Francia a la conversión de los albigenses que la infestaban. Sto. Domingo insistía en la predicación sencilla, juntando con ella el ejemplo de una vida pobre y austera.

Hacia 1208 estableció en *Prouille*, cerca de Carcasona, una comunidad de religiosas, que se dedicaban a la instrucción de los niños. En la guerra que ese mismo año se desencadenó contra los albigenses, dirigida por Simón de Montfort, trabajó Sto. Domingo por desligar su causa de la de los guerreros, y así pudo continuar su acción pacífica de instrucción. Su mejor apoyo fué el obispo cisterciense de Tolosa, llamado *Fulco*.

Habiéndose, pues, formado un grupo compacto de sacerdotes dedicados a la instrucción del pueblo, el año 1215 se dirigió a Roma acompañado del obispo Fulco, con el objeto de conseguir la aprobación de la nueva organización; mas por el principio establecido en el Concilio de Letrán del mismo año, contra la fundación de nuevas Órdenes, no encontraron ambiente favorable.

Esto no obstante, vuelto Sto. Domingo al Languedoc, continuó trabajando con los suyos en la instrucción religiosa del pueblo y en la conversión de los herejes. El nuevo Papa Honorio III comprendió en seguida que, en este caso, se trataba de atender a nuevas y urgentes necesidades. Por esto en 1216 envió a Sto. Domingo la aprobación más entusiasta de su Instituto. Por entonces sólo existía en *Prouille* y en *Tolosa*. Su regla se basaba en la de S. Agustín.

364. b) Extensión y carácter especial de la Orden. Santo Domingo continuó acreditando cada vez más a su fundación, con lo cual ésta fué tomando rápido incremento. Ya en 1217 pudo enviar algunos de sus hijos a lejanas tierras. Hasta 1221, en que murió, estableció residencias en Roma, Bolonia y París, además de otras. A su propagación contribuyó Honorio III, quien urgía constantemente la necesidad de la predicación y enseñanza. De esta manera la Orden de Predicadores hizo su entrada en uno de los campos más fecundos de su actividad futura, el de las *Universidades*.

Todavía en vida del santo fundador tuvo lugar en Bolonia, en 1220, el primer Capítulo general de la Orden. Éste declaró definitivamente que era una Orden mendicante, con menos

rigor en la pobreza que los Franciscanos. Muerto Sto. Domingo en 1221, durante el segundo Maestre General, Beato Jordán de Sajonia, ganó gran influjo y se extendió rápidamente. Con su magnífica organización, desplegó gran actividad en la predicación y en la enseñanza. Por otra parte, ya desde el principio encomendaron los Romanos Pontífices a los Padres Predicadores una ocupación que llegó a identificarse con la Orden: *la Inquisición* de la herejía. Con esto, los Dominicos quedaron constituidos como los inquisidores por antonomasia.

En el desarrollo de la Escolástica, que tuvo lugar en este tiempo, brillaron astros de primera magnitud de la Orden de Predicadores, de quienes se hablará luego. De la fundación primera de Prouille se desarrolló la rama femenina de las *Dominicas*. Además se formó una hermandad, llamada *Militia Christi*, de la cual se desarrolló la *Orden Tercera* de Santo Domingo, parecida a la de San Francisco.

365. c) Los Dominicos y el Rosario ²²⁾. Uno de los rasgos más típicos de la Orden dominicana, y en particular de Sto. Domingo, es su devoción a la Virgen. La Orden como tal se presentaba como Orden de Nuestra Señora. Pero la cuestión debatida es sobre el hecho de si debe considerarse a Sto. Domingo como *fundador del Rosario*. He aquí lo que puede afirmarse:

Consta que en el siglo XII estaba extendida entre los cistercienses la devoción de rezar series de 50, 100 y 150 Padrenuestros y Avemarías, y que para contarlos se usaba una cinta de perlas, parecida a nuestro rosario. Consta asimismo que Sto. Domingo tomó esta práctica como arma para sus misiones, propagándola en todas partes. En este sentido se le puede llamar, más que fundador, gran propagador del Rosario. Sin embargo, no consta que le diera la forma de decenas, añadiendo a cada una la consideración de los misterios de la vida de Cristo, que suele considerarse como esencial al Rosario.

Esta forma definitiva del Rosario aparece en el siglo XV, y como los portavoces de la misma fueron los PP. Dominicos, también entonces se comenzó a presentar a Sto. Domingo como su fundador.

365. d) La Orden de los Carmelitas ²³⁾. Los Carmelitas tuvieron su origen antes que los Franciscanos y Dominicos. Los fundamentos los puso un cruzado, *Bertoldo de Calabria*, a fines

²²⁾ HOLZAPFEL, St. Dominikus und der Rosenkranz. 1903. ESSER, TH., O. P., Unserer lieben Frau Rosenkranz. 1889. CHAPOTIN, M. D., Notes historiques sur le Rosaire. P. 1901. MEZARD, D., O. P., Étude sur les origines du Rosaire. Caluire 1912. GETINO, L. G. ALONSO, O. P., ¿Fue Sto. Domingo fundador del Rosario? En Cienc. Tom., 24 (1921), 369 y s. Id., ¿Fundó Sto. Domingo el Rosario? Ib., 25 (1922), 376 y s. Id., Orígenes del Rosario. Vergara 1925. Id., Sto. Domingo de Guzmán. M. 1939. FAUCHER, X., O. P., Les Origines du Rosaire. P. 1923. GORCE, M., O. P., Le Rosaire et ses antécédents historiques. P. 1931. GILLET, M. S., Saint Dominique. P. 1942. THURSTON, H., Art. Chapelet en Dict. Arch., III, 399 y s. y art. Rosary en Cath. Enc., 13, 184 y s. Id. En The Month. 1900, 1901, 1908. BIHLMAYER, K., Art. Rosenkranz en Lex. Th. K. 8 (1936), 989 y s.

²³⁾ VILLIERS, C. DE, Bibliotheca Carmelitana. Nueva ed. por G. Wessels. R. 1927. ZIMMERMANN, B., Art. en Dict. Th. Cath. VAUSSARD, M. M., Le Carmel. P. 1929. BOSCHE, L. V. D., Les Carmes. P. 1930.

del siglo XII, en la cueva de Elías, sobre el monte Carmelo. Honorio III confirmó la nueva Orden, con el carácter de eremítica, en 1226. Sin embargo, los Carmelitas generalmente defendían que debían su origen al profeta Elías. El P. Papebroch deshizo esta tradición.

Más tarde, la Orden fué convertida por Inocencio IV en mendicante.

366. e) Orden de los Agustinos ²⁴⁾. En el siglo XII existían varias pequeñas agrupaciones de eremitas que seguían la regla de S. Agustín. Entre ellas pueden contarse: los fundadas por S. Guillermo de Maleval († 1157), extendidas en Italia, Alemania, Bélgica y Francia; las fundadas por Juan Bon de Mantua († 1249) y otras. Ahora bien, siguiendo la norma dada por el Concilio IV de Letrán, de que se unieran en una Orden los diferentes grupos que seguían el mismo género de vida, Alejandro IV reunió a todas estas congregaciones de eremitas en una sola, a la que se dió el nombre de *Eremitas de S. Agustín*, o *Agustinos*. Así lo hizo el 4 de mayo de 1256.

La nueva Orden Mendicante está basada en la regla de S. Agustín, con Constituciones propias, establecidas por Clemente d'Osimo, Maestro General desde 1271 a 1274. De hecho, no obstante su título de *eremitas*, se instalaron en las poblaciones y se multiplicaron rápidamente, a la par que las otras grandes Órdenes mendicantes, en Italia, Alemania, Francia, España y otros territorios.

Los Servitas. Fueron fundados por Bonfiglio Monaldi y otros seis mercaderes florentinos. Los siete *Hermanos fundadores* se caracterizaban por su espíritu de penitencia y su devoción especial a la Pasión y a los Siete Dolores de María. La asociación por ellos fundada recibió en 1255 la aprobación de Alejandro IV, como Orden mendicante.

²⁴⁾ *Analecta Agustiniana*, R. 1905 s. PERINI, D. A., Bibliografía Augustiniana, I. Florencia 1929.

CAPÍTULO V

Disciplina: Jerarquía, culto, costumbres cristianas

367. En este período, en que llegó a su mayor apogeo el sentimiento religioso del pueblo cristiano, no es de sorprender que floreciera extraordinariamente todo lo que se refiere al régimen y culto de la Iglesia.

Por eso vemos que se desarrolla prósperamente la jerarquía eclesiástica, llegando el Papado a su máximo esplendor y a una hegemonía efectiva; el culto cristiano presenta una verdadera exuberancia en todas sus manifestaciones; el arte cristiano exhibe las formas más sublimes en los estilos románico y gótico, y la vida cristiana se muestra llena del fervor más entusiasta.

I. Jerarquía, Sacramentos, Culto ¹⁾

En estos tres puntos básicos de la vida interior de la Iglesia, aparece el Cristianismo de los siglos XII y XIII sumamente próspero.

a) **Jerarquía eclesiástica.** 1. EL PAPADO. En el desarrollo de la jerarquía eclesiástica, lo más característico de este período es el ascendiente que llegó a conseguir el Romano Pontífice. Los números 303 al 312 lo prueban con toda evidencia. La teoría sobre el poder pontificio frente y al lado de los emperadores y príncipes fué defendida con más o menos decisión desde que en 1059 Nicolás II dió el decreto para independizar de los emperadores la elección de los Papas. Desde Gregorio VII se llevó adelante la campaña con el fin de realizar esta independencia y hegemonía de la autoridad pontificia, que con Inocencio III llegó a su más perfecta realización.

Según esta concepción medieval, existen en el reino universal cristiano dos poderes: el *sacerdocio* o poder espiritual, encarnado en

el Romano Pontífice, y el *Imperio* o poder temporal, que reside en el emperador y en los reyes o príncipes. Ambos poderes son independientes; pero deben estar íntimamente unidos y coordinados, para lo cual, en virtud del principio de que lo espiritual debe dirigir a lo temporal, los emperadores y los reyes deben estar sometidos al Romano Pontífice. Esta unión y subordinación la expresan los Papas y los escritores del tiempo con la imagen del alma y el cuerpo, el Sol y la Luna.

De este principio se deducía, ante todo, el *poder judicial* del Papa respecto de los emperadores, no sólo como personas particulares, sino como señores temporales. Por esto muchos de ellos fueron amonestados, reprendidos y excomulgados por los Papas, los cuales se sentían con pleno derecho de velar por los principios morales de la Cristiandad. Más aún, los príncipes temporales, aun considerados como soberanos, estaban de alguna manera sometidos al poder espiritual pontificio. Algunos escritores del tiempo (Thomas Becket, Egidio Rom., Alvaro Pelayo, etc.) defendieron el poder directo de los Papas en el gobierno temporal de los príncipes. Pero la opinión corriente entre los teólogos más eminentes y lo que los mismos Romanos Pontífices defendían era el *poder indirecto* en el gobierno de los príncipes. Es decir, que si el príncipe temporal se hacía indigno, el Papa tenía el derecho de desligar a sus súbditos de la obediencia debida a su señor y aun de deponerlo solemnemente.

El poder y prestigio que adquirió el Romano Pontífice le permitió centralizar más el gobierno de la Iglesia. Así, se reservó el derecho de confirmar la elección de los obispos, que en los primeros siglos pertenecía a los metropolitanos; se exigió la confirmación pontificia de los abades exentos; se reservó el Papa la *canonización* de los santos, que hasta entonces solían declarar en sus diócesis los mismos obispos; asimismo la *absolución* de ciertos pecados, como el incendio de iglesias y la falsificación de documentos pontificios. Por otra parte, se urgió el derecho general de apelación al Romano Pontífice.

2. COLEGIO DE CARDENALES. A medida que aumentaba el poder y prestigio pontificio, creció también la significación del Colegio de los Cardenales, que tomó el aspecto de corte del Papa. En el siglo XIII contaba cincuenta y tres miembros: veintiocho titulares de las principales iglesias de Roma (Cardenales presbíteros); 18 Cardenales diáconos, y los siete obispos de las diócesis llamadas suburbicarias. Desde el decreto de Nicolás II (1059), al Colegio Cardenalicio pertenecía la elección del Papa, y de ahí se originó el ascendiente que fué adquiriendo. Por esto, los Cardenales fueron tomando la preferencia frente al episcopado universal, y en los Concilios I y II de Lyon (1245 y 1274) aun los Cardenales diáconos se sentaban delante de los obispos. En tiempo de Inocencio IV (1245) se introdujo el uso del capelo rojo, pero estuvo reservado en un principio a los legados; luego se generalizó a todos los Cardenales.

3. JERARQUÍA DIOCESANA. Los *metropolitanos*, por la mayor centralización del poder pontificio, dejaron de ejercer diversas atribuciones que hasta entonces se habían reservado. Sin embargo, conservaban todavía el derecho de confirmar la elección de los obispos sufragáneos y consagrarlos, así como también el de visitar sus diócesis, si bien no poseían jurisdicción sobre ellas, ejercer el oficio de jueces en segunda instancia, y sobre todo el de organizar y presidir los Concilios provinciales.

Los *obispos* continuaron siendo los representantes natos de la jerarquía eclesiástica. Pero en este tiempo muchos de ellos juntaban la autoridad civil, pues eran señores feudales o príncipes temporales. Así, se procuraron auxiliares para la administración de la diócesis. Tal fué el origen de los *vicarios generales*. Efectivamente, a partir del tiempo de las Cruzadas en el siglo XII, nos encontramos con frecuencia con el *procurador* o

¹⁾ Véanse las obras generales.

vicario del obispo, a quien suplía durante su ausencia en la Cruzada. De aquí se pasó adelante y poco a poco este cargo fué tomando un carácter permanente y recibió el título de *vicario general*.

A esto se añadió también en este tiempo la institución de los *obispos auxiliares*, que se procuraban principalmente los obispos-príncipes alemanes que poseían grandes diócesis. En un principio se echó mano de algunos obispos orientales arrojados de sus diócesis, cuyos títulos conservaron; pero luego se siguió dando los mismos títulos («in partibus infidelium») a dichos obispos coadjutores.

Los *capítulos* aumentaron su prestigio, sobre todo por el doble hecho de que gobernaban la diócesis durante la sede vacante y poseían el derecho de elegir al nuevo prelado. Las riquezas que se fueron acumulando en torno de los capítulos dieron origen a muchos abusos, por lo cual se tuvieron que tomar diversas medidas. Estas iban encaminadas a evitar que los reyes, dignatarios y gente rica consideraran los cabildos como lugar de colocación de sus hijos.

4. RENTAS ECLESIASTICAS. Con el fervor religioso del tiempo aumentaron notablemente los bienes y rentas eclesiásticas. La fuente económica más importante del Romano Pontífice eran las *rentas de los Estados pontificios* y el *dinero de San Pedro*, es decir, cierto canon que pagaban algunos Estados, que se reconocían feudos del Papa. A esto se añadían los derechos por las bulas y privilegios concedidos a los monasterios y otras tasas. Para las iglesias en general, la fuente eran: ante todo los donativos, que iban formando grandes núcleos de bienes inmuebles y haciendas, que constituían la base de los beneficios. Fuera de esto, el diezmo (que no era precisamente la décima parte de los frutos, sino la trigésima o quincuagésima) y los llamados derechos de estola o limosnas dadas con ocasión de los ministerios religiosos o administración de sacramentos. Con todos estos fondos se atendía al sustento de los clérigos, a la fábrica de iglesias, sostenimiento del culto, diversas obras de caridad y aun se contribuía a los gastos de las Cruzadas. Algo parecido se debe decir de los monasterios, muchos de los cuales reunían considerables riquezas.

En la observancia del *celibato eclesiástico* se urgieron las leyes ya existentes. Si alguna duda quedaba en la ley eclesiástica, León IX, Gregorio VII y otros Papas la fijaron definitivamente. En la *Iglesia occidental* todos los clérigos mayores quedaban estrictamente obligados a su observancia. En cambio, en la *Iglesia griega* se afianzó la práctica existente, de que no se les permitían segundas nupcias, pero sí el uso del matrimonio contraído.

368. b) Administración de Sacramentos²⁾. En la administración de los Sacramentos se experimentaron ligeras innovaciones.

En el *bautismo* se fué introduciendo el sistema de la *infusión* en lugar de la *inmersión*, usado hasta entonces. Sin embargo, Sto. Tomás designa todavía la inmersión como la forma generalmente en uso. Además, ya no se observaban las fechas de Pascua y Pentecostés. Más aún: en el siglo XIV se prescribe el bautismo de los niños en seguida después de nacidos.

²⁾ BROMMER, F., Die Lehre vom sakramentalen Charakter in der Scholastik bis Thomas von Aquin. 1908. ANDRIEUX, L., La première communion, histoire et discipline. 2.^a ed. P. 1911. CORDONNIER, CH., Le culte du S. Sacrement. Étude historique. P. 1928. GALTIER, P., Art. Indulgences, en Dict. Apol. JONGH, H. DE, Les grands lignes de l'histoire des indulgences. Lovaina 1912. PAULUS, N., Geschichte des Ablasses im Mittelalter. 3 vol. 1922-1923. AUCIAUX, P., La théologie du sacrement de pénitence au XII.^e s. En Univ. Lov., 2.^a ser., 41. Lovaina 1949. SPITZIS, J. A., Sacramental penance in the XIIth and XIIIth cent. En St. on Sac. Theol., 2 ser., 6. Washington 1947.

Respecto de la *liturgia eucarística*, se fué introduciendo la costumbre de dar la comunión solamente bajo la especie de pan. Además se fué reservando la comunión para las personas adultas, por lo cual se dejó la práctica de la comunión de los niños después del bautismo. En general, aumentaron las señales exteriores de respeto al Sacramento, como la costumbre de arrodillarse a su paso; en cambio, disminuyó la frecuencia de la comunión. Aun las personas más devotas y los mismos religiosos no solían comulgar en los siglos XI al XIII, sino cuatro o cinco veces al año. El sínodo IV de Letrán de 1215 prescribió a todos los cristianos con uso de razón el comulgar al menos una vez al año.

Es digna de notarse la costumbre de la llamada *misa seca*, que consistía en recitar todas las oraciones acostumbradas en la misa, pero sin ofertorio, consagración y comunión, y se generalizó bastante desde el siglo XII. Al color *blanco* de los ornamentos usado generalmente en la Antigüedad, se añadieron ahora el rojo, verde, negro y algo más tarde el morado.

En el sacramento de la *penitencia* se mantuvo la práctica iniciada en el período anterior, que tendía a aumentar el uso de la confesión privada. Según la opinión general, el Sacramento comprendía tres partes: contrición, confesión y satisfacción; sin embargo, se defendió ya que basta la contrición perfecta si la confesión y la satisfacción resultan imposibles. El Concilio IV de Letrán de 1215 prescribió la confesión anual, que debía hacerse durante el tiempo de Pascua e ir acompañada de la comunión.

Por otra parte, los monjes y religiosos de las nuevas Órdenes mendicantes se fueron constituyendo en los confesores ordinarios; más aún, con el fin de facilitar la confesión privada, obtuvieron el privilegio de confesar a cualquiera sin que se necesitara el permiso del párroco del confesado. Contra este privilegio lucharon muchos párrocos y sínodos; pero al fin triunfó el principio de la libertad en la elección de confesor. La *penitencia pública* todavía aparece en uso, de modo que algunos príncipes se sometieron a ella; pero poco a poco se fué eliminando. En su lugar se introdujeron otra clase de mortificaciones, como peregrinaciones, disciplinas, ingreso en un monasterio, expedición en una Cruzada. Unas y otras penitencias podían ser sustituidas por las *limosnas*, y sobre todo por las *indulgencias*, que se fueron generalizando cada vez más.

Por lo que se refiere a la *extremaunción*, se agitó mucho la cuestión sobre si podía repetirse. S. Buenaventura y Sto. Tomás la resolvieron en sentido afirmativo. Por otra parte, algunos Concilios tuvieron que luchar contra ciertas opiniones supersticiosas, relacionadas con este sacramento, así como también fijaron los miembros que debían ser ungidos.

En el sacramento del *matrimonio* se declaró la ilicitud de los clandestinos. El Concilio IV de Letrán ordenó su celebración «in facie Ecclesiae et coram sacerdote et post publicas proclamationes» (can. 21). Asimismo se especificaron y determinaron más los impedimentos matrimoniales.

369. c) El culto cristiano³⁾. Para dar más realce al culto, introdujeron los cluniacenses, en tiempo de Pedro el Venerable, el *canto polifónico* a dos o tres voces; pero los cistercienses, que en su primera institu-

³⁾ GÜNTHER, H., Legenden-Studien. 1906. Íd., Die christliche Legende des Abendlandes. 1910. FRENKEN, G., Wunder und Taten der Heiligen. 1925. KÜNSTLE, K., Ikonographie der Heiligen. 1926. DENIS, E., Sainte Julienne de Cornillon. Lieja 1927. (Fiesta del Corpus). FEIS, L. DE, La santa casa di Nazaret ed il santuario di Loreto. 2.^a ed. Florencia 1906. CHEVALIER, U., Notre Dame de Lorette. P. 1906. KRESSNER, G., Die Wahrheit über Loreto. 1926. RSCHBACH,

ción buscaban mayor sencillez y pobreza, introdujeron el *canto llano* o gregoriano, que fué luego el preferido en Roma, si bien se permitía y aun fomentaba el polifónico.

Parte substancial del culto era la *predicación*, que en este tiempo tomó un carácter mucho más metódico. A esto constituyó el aumento general de la cultura eclesiástica. Por esto sobresalieron en este tiempo insignes oradores cristianos del temple de S. Bernardo, Pedro el Ermitaño y S. Antonio de Padua.

El esplendor del culto se manifiesta de un modo particular en el *desarrollo de las fiestas* celebradas por la Iglesia medieval, en las cuales se prohibían los trabajos serviles y se celebraban los grandes ritos religiosos. El primer lugar lo tomaban las fiestas de nuestro Señor. En este tiempo se introdujo la *fiesta del Corpus*. Su primera institución tuvo lugar en Lieja en 1246 y se debió a las revelaciones de la Beata Juliana de Mont-Cornillon. A esto se añadió el *milagro de Bolsena* de 1263, por lo cual Urbano IV, que había sido archidiácono de Lieja, la extendió a toda la Iglesia. Más tarde fué confirmada en el Concilio de Vienne de 1311-1312 por Clemente V. Juan XXII añadió la procesión, que tanta popularidad llegó a alcanzar. Asimismo se introdujo la *fiesta de la Santísima Trinidad*, celebrada en Bélgica desde el siglo x. En los diversos sínodos del siglo xii se extendió a las principales naciones cristianas, hasta que Juan XXII en 1334 la prescribió para toda la Iglesia.

El culto de la *Santísima Virgen*, siempre tan popular, recibió nuevo impulso con las nuevas Órdenes mendicantes, sobre todo los carmelitas y dominicos. Sus manifestaciones fueron: la construcción de iglesias y monasterios, dedicados a la Santísima Virgen, de que abundan los ejemplos; la introducción de diversas devociones especiales, como el Oficio Parvo de la Santísima Virgen y la Salve Regina. En este tiempo se introdujo el uso del *Avemaría*. Los carmelitas propagaron el *escapulario*, los cistercienses y dominicos el uso de las series de 50, 100 y 500 *Avenarias*, que fueron la base del *Rosario*. Por esto, no es de extrañar que se introdujeran algunas nuevas fiestas Marianas. Una de ellas es la *Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen*. Según parece, se celebraba ya en Inglaterra desde 1128 en algunos monasterios benedictinos. S. Anselmo de Cantorbery la propagó. Los franciscanos, en su Capítulo de Pisa de 1263, prescribieron a toda la Orden la fiesta de «la Concepción Inmaculada de la Virgen». Desde entonces los franciscanos fueron sus grandes defensores, no obstante la oposición que encontraron en algunos grandes doctores católicos, sobre todo en los dominicos.

De hecho, a este tiempo pertenecen gran parte de las tradiciones, más trajeron a Europa gran número de preciosas reliquias, con las cuales se inflamó la devoción de los fieles a muchos santos, antes desconocidos. Esto dió ocasión a abusos, por lo cual el Concilio IV de Letrán prohibió la veneración de nuevas reliquias sin autorización eclesiástica.

De hecho, a este tiempo pertenecen gran parte de las tradiciones más o menos fundadas, que se conservan aun hoy día sobre santuarios de la Virgen y de los santos, imágenes milagrosas y reliquias insignes. Es deber sagrado de la crítica el depurar con toda sinceridad lo que hay de verdad en estas tradiciones.

II. El arte cristiano. Desarrollo del arte románico y apogeo del gótico ⁴⁾

370. El punto en que mejor desarrolló la Iglesia de este período toda su magnificencia y esplendor fué, sin duda, el arte,

A., La vérité sur le fait de Loreto. P. 1909. RINIERI, I., La santa casa di Loreto. 3 vol. Turín 1910-1911. HUFFER, G., Loreto, eine geschichtskrit. Untersuchung der Frage des hl. Hauses. 2 vol. 1913-1921. LLOPART, E. M., Los orígenes de la creencia y de la fiesta de la Asunción en España. Est. Mar., 6 (1947), 155-198.

⁴⁾ Véanse: DEHO, G., BEZOLD, G. VON, Die kirchliche Baukunst des Abendlandes. 2 vol. 1884-1901. KUHN, A., Allgemeine Kunstgeschichte. 3 t. en 6 partes,

y particularmente la arquitectura, como lo demuestran los grandes templos medievales.

a) **Predominio del estilo románico.** Con el apogeo que alcanzó la vida monacal en el período anterior, y sobre todo con el favor recíproco de Carlomagno, de los emperadores carolingios y demás príncipes cristianos, surgieron en los siglos VII a X muchas iglesias. En ellas predominaban los tipos ya estudiados en la última parte de la Edad Antigua: la *rotonda*, con las variantes introducidas por el estilo bizantino, y la *basílica*. Esta segunda fué la que siguió predominando, pero con la innovación, desde el siglo X, de que en vez de construirlas en madera, como se había hecho generalmente hasta entonces, se construían en piedra.

Pero ya en el siglo IX aparece en Lombardía el nuevo principio de construcción, que transformó el tipo de *basílica* en *iglesia románica*. El nombre de *estilo románico* le vino, según parece, del hecho de haberse desarrollado al mismo tiempo que se formaban las lenguas románicas. Su característica principal consiste en el arco redondo que sustituyó al artesonado o techo plano de la *basílica*, y por otra parte, la forma de cruz latina. En su formación influyó, sin duda, el arte bizantino. Ya en el siglo X se introdujo en el centro de Europa y en todo el Occidente, y siguió extendiéndose, apoyado principalmente por los monjes, en sus nuevas construcciones.

Además de las indicadas, podemos añadir algunas características del *estilo románico*: entre la nave central y el ábside se colocó el coro, en el fondo del cual se hallaba el altar mayor. Debajo del coro, que estaba en un plano más elevado, se construía generalmente la *cripta*, la cual sustituyó a la antigua *confesión*. En ella se guardaban las reliquias más insignes y se enterraba a los obispos, grandes bienhechores y personas más distinguidas. Además de la gran nave central, se construían ordinariamente otras laterales, más bajas y estrechas. La separación de las naves la formaban grandes y sólidos pilares, que sustituyeron a las esbeltas columnas de las primitivas *basílicas*. A esto se añadió un principio de ornamentación arquitectónica de los pilares y aun de las paredes y arcos, así como también de diversos altares y capillas laterales, a los que correspondían a veces pequeños ábsides. Más típicas todavía fueron las torres, que se construyeron por lo regular en número de dos, cuatro y aun seis, unas veces a ambos lados de la fachada, generalmente muy sencilla, otras en el crucero. Las sencillas ventanas de las antiguas iglesias fueron sustituidas por ventanales con sus arcos románicos, los cuales se introdujeron también en forma grandiosa y solemne en los pórticos de las fachadas.

La mayor parte de los monasterios de los siglos XI y XII se construyeron en este estilo, así como también un gran número de iglesias y catedrales de las ciudades más importantes. De ello se nos conservan innumerables ejemplos, como: en Alemania, las catedrales de Maguncia, Worms, Espira, Fulda y Tréveris; en Francia, San Sereno de Toulouse, Notre Dame la Grande de Poitiers, la catedral de

1891-1909. KRAUS, F. X., Gesch. d. christl. Kunt. fortgesetzt von J. Sauer. 2 vol. 1895-1908. MICHEL, A., Histoire de l'art depuis les premiers temps chrét. I-VII. P. 1905-1925. WÖRMANN, K., Geschichte der Kunst aller Zeiten und Völker. 6 vol. 1915-1922. 2.ª ed. HASAK, M., Der Kirchenbau des Mittelalters. 2.ª ed. 1913. En Hand. der Architektur, 2, 4, 3. WEISE, G., Untersuchungen zur Gesch. der Architektur und Plastik des Früheren Mittelalters. 1916. FRANKL, P., Die frühmittelalterl. und roman. Baukunst. 1918-1926. En Handbuch der Kunstwiss. TOESCA, P., Storia dell'arte italiana, I (hasta 1300). Turín 1927. FOUILLON, H., Art d'Occident. Le Moyen Âge roman et gothique. P. 1938.

Clermont, Cluny y Saint-Germain-des Prés; en Italia, las catedrales de Pisa, Módena, Parma, San Ambrosio de Milán, San Marcos de Venecia.

En España se desarrolló prósperamente el estilo románico sobre el antiguo visigótico. En su primera fase, que puede llamarse *prerrománico* y coincide con los primeros siglos de la Reconquista (siglos VIII a X), presenta características importantes. De ello son muestra las iglesias de San Juan de los Baños, San Julián de los Prados, Santa María de Naranco, San Miguel de Lino, Santa Cristina de Lena y San Salvador de Valdediós. Además, en España se formó el arte típico *mozárabe*, que tiene como característica principal el arco de herradura. De sus monumentos más antiguos son ejemplos: San Miguel de Escalada, San Miguel de Celanova, San Millán de la Cogolla, Santiago de Peñalba. Pero además en España se conservan asimismo magníficos ejemplares del *arte árabe*, que desarrolló en este tiempo todo su esplendor. Así lo demuestran, por ejemplo: la mezquita de Córdoba, la Alhambra de Granada y otros muchos monumentos de Sevilla, Toledo y otras ciudades. Del *arte románico* en España, en muchos casos influido por el bizantino y el mozárabe y mezclado con los principios del gótico, podemos citar como ejemplos: iglesias de San Isidoro de León, catedral de Jaca, San Martín de Frómista; catedral de Santiago de Compostela con su magnífico Pórtico de la Gloria, San Vicente de Ávila, catedral de Zamora, colegiata de Toro; monasterio de Ripoll y otros muchos monasterios e iglesias.

371. b) Apogeo de la arquitectura gótica ⁵⁾. A mediados del siglo XII se fué introduciendo poco a poco el nuevo estilo, al que se llamó primero *opus francigenum*, por haber aparecido por vez primera en la Isle de France, y luego generalmente *gótico*, que era sinónimo de «árabico». Las características de este nuevo estilo son el arco punteado y la bóveda de aristas o crucería. Es muy curioso el estudio sobre el modo como se introdujo en Europa este principio de construcción; pero es un hecho que ya los árabes lo emplearon en el siglo X en la España musulmana. Por esto, la teoría de que el arte gótico lo introdujeron los cruzados en Francia, podría transformarse diciendo que tal vez no fueron los cruzados de Oriente, sino los que volvían de España.

El primer paso fué el llamado *estilo de transición*, en el que aparecen ya los nuevos elementos del gótico sobre el fondo románico. De este estilo se conservan ejemplos preciosos, como las iglesias de Bamberg y Limburg a. Lahn en Alemania; los monasterios de Poblet, Veruela, San Cugat de Barcelona, y otros muchos; las catedrales de Tarragona, Cuenca y Ávila. Pero bien pronto, debido sin duda al esplendor religioso que todo lo invadía, se fué desarrollando este estilo, dando a las nuevas construcciones un aire de esbeltez y magnificencia, que forman el encanto de las grandes obras del *estilo gótico*. Su apogeo se extiende durante los siglos XIII y XIV.

Además de la característica general ya indicada, conviene notar las siguientes: el arco punteado da a todas las construcciones góticas la tendencia general a elevarse. A esto se añade la tendencia a las líneas simples, que hizo se sustituyeran los gruesos sostenes por ligeras aristas, y los grandes lienzos de pared por los espléndidos ventanales. Juntamente

⁵⁾ MARTIN, C. et ENLART, C., *L'art gothique en France*. 2 vol. P. 1913-1924. GALL, E., *Die gotische Baukunst in Frankreich und in Deutschland*. I. 1925. SCHEFFLER, K., *Der Geist der Gotik*. 1917. WÖRRINGER W., *Formprobleme der Gotik*. 6.ª ed. 1922.

se introdujeron los diversos tipos de ornamentación típica del estilo gótico, que, además de las líneas sencillas de sus arcos y aristas, consistía en la esbeltez de las columnas, variados capiteles, arbotantes y contrafuertes. A ello hay que añadir la esbeltez de las torres, los grandes roseones y espléndidas fachadas, junto con el desarrollo cada vez más exuberante de la imaginería, que llena sobre todo los portales, los claustros y sepulcros, y la pintura gótica, que se hallaba en su primer desarrollo.

Por lo que se refiere a la distribución del interior, conviene advertir que el coro quedaba separado de la nave central por una verja o pared. Esta verja de separación del coro fué en adelante objeto de notables obras de arte, así como también el púlpito y la sillería del coro. El altar tipo baldaquino duró bastante tiempo, y se puede considerar como el altar románico y gótico. Sin embargo, se fué introduciendo poco a poco el tipo de altar de *retablo*, que en un principio formaba un fondo del baldaquino y luego eliminó a éste. Este retablo, en el que se depositaban las reliquias, fué tomando un desarrollo cada vez mayor, hasta convertirse en el centro de toda la iglesia, donde se exhibían las mejores obras de arte de la pintura y de la plástica.

Su monumento más antiguo es el de San Dionisio de París, de 1140. Además, en Francia fué donde se desarrolló más rápidamente y donde ha dejado ejemplos más bellos, como las catedrales de Reims, Laon, Notre Dame de París, de Chartres y Amiens. Al mismo tiempo se extendió en el resto de Europa, donde alcanzó en los siglos XIII y XIV su máximo apogeo. De ello son preciosos modelos: en Alemania, las catedrales de Tréveris, Marburgo, Colonia, Friburgo, Ratisbona; en Italia, la catedral de Milán, las catedrales de Como, Padua, Florencia, Sena; en Inglaterra, las catedrales de Cantorbery, Lincoln, Worcester, York; en Bélgica, Santa Gúdula de Bruselas.

En España ⁶⁾, aunque más lentamente, entró también de lleno el estilo gótico y desarrolló toda su magnificencia durante el siglo XIII y siguientes. Entre los grandes monumentos que nos dejó, podemos citar: ante todo, las tres grandes catedrales de Burgos, León y Toledo. Fernando III fué quien dió el principal impulso para su construcción. Otras muchas, como las de Burgo de Osma, Barcelona, Plasencia, Sigüenza, Oviedo, San Miguel de Palencia, se comenzaron en el siglo XIII y se terminaron después. Los monasterios construidos por los cistercienses y otras Órdenes son, en su mayor parte, excelentes obras del apogeo gótico. Así, por ejemplo: Santa María de Huerta, Las Huelgas, Osera, Santas Creus, Oña, Cardeña y otros.

La *imaginería* o *plástica* tuvo un desarrollo mucho más lento. Hasta el siglo X, apenas nos ha dejado otros ejemplos que los relieves de los sarcófagos. Con el apogeo del arte románico y, sobre todo, del gótico, experimentó un gran desarrollo. Así nos encontramos con multitud de obras plásticas en los púlpitos, coros, altares, y sobre todo en las grandes fachadas de las catedrales y otros edificios de los siglos XI a XIII. En estas obras se llegó ya en el siglo XIII a gran perfección. Entre los artistas son dignos de mención los dos *Pisano*, padre e hijo. Más lento aún fué el progreso de la *pintura*, que solamente a fines de este período comenzó a

⁶⁾ PINEDO, R. DE, *El simbolismo de la escultura medieval española*. Bilbao 1930. CALZADA, A., *Historia de la arquitectura española*. B. 1933. Fñ Col. Labor. LOZOYA, MARQUÉS DE, *Historia del Arte hispánico*. 3 vol. B. 1934-1940. ÍD., *El arte gótico en España*. B. 1935. En Bibl. Pro. Eccl. et Patria, 4. PUIG I CADAFAELCH, J., *La geografía i l'origen del primer art romànic*. B. 1930. CAMPS CAZORLA, E., *El arte románico en España*. B. 1935. En Bibl. Pro. Eccl. et Patria, 5. LAMBERT, E., *L'art gothique en Espagne aux 12.º et 13.º siècles*. P. 1931. ÍD., *Tolède*. P. 1925. LAVEDAN, P., *L'architecture gothique relig. en Catalogne, Valence et Baléares*. P. 1935. MAYER, A. L., *El estilo gótico en España*. M. 1929. Trad. española de F. Villaverde.

manifestar vida propia, independiente de los cánones del arte bizantino. Esto se manifestó sobre todo en las vidrieras de colores de los grandes ventanales, que tanta belleza comunicaban a los edificios góticos.

III. Estado general religioso-social ⁷⁾

372. Más que en otros períodos de la Historia eclesiástica, se advierten en el apogeo de la Edad Media marcados contrastes. Así admiramos, por una parte, el fervor y entusiasmo religiosos y los ejemplares de heroicas virtudes, no sólo en aquellos ejércitos de monjes y monjas que poblaban innumerables monasterios, sino también en el pueblo cristiano, en los caballeros y aun en los príncipes. De este sentimiento religioso procedían las obras características de este período. Mas, por otra parte, nos encontramos con unos hombres llenos de supersticiones, dados a la violencia, rapiña, lujuria y crueldad.

a) **Imagen de la vida religiosa medieval.** Estas sombras en la imagen del Cristianismo medieval no deben exagerarse hasta el extremo de que desfiguren la impresión de conjunto. Ante todo, debe observarse que en este período abundaron los hombres y mujeres extraordinarios, dignos de mención no sólo por su saber, sino sobre todo por sus *eximias virtudes*. Tales son, por no citar más que unos pocos: algunos ilustres Pontífices, como Gregorio VII, Eugenio III, Inocencio III; los grandes fundadores, S. Bernardo, S. Francisco de Asís, Sto. Domingo, S. Juan de Mata, S. Pedro Nolasco; los reyes y personas reales, como S. Fernando III, S. Luis de Francia, Sta. Isabel, doña Blanca; los grandes doctores de la Iglesia, S. Buenaventura, S. Alberto Magno, Sto. Tomás de Aquino.

A esto deben añadirse las *manifestaciones de la cultura religiosa* y de la intensidad de vida cristiana, que mantienen en todo caso y en todo tiempo un valor objetivo y real. A esto se refiere el desarrollo creciente de todas las instituciones de enseñanza, que llevaron a la fundación y apogeo de las grandes Universidades; el florecimiento de las ciencias religiosas, sobre todo la Teología y Filosofía, que produjo hombres de extraordinaria potencia intelectual, como S. Anselmo, Pedro Lombardo, Abelardo, Alejandro de Hales, los maestros de la Escuela de San Víctor y de Chartres; el desarrollo creciente del arte arquitectónico, que terminó con las creaciones geniales del arte románico y gótico, como lo admiramos en las grandes catedrales de Maguncia, Espira, Colonia, París, Reims, Chartres, Amiens, Cartorbery, York, Pisa, Florencia, Milán, Burgos, León, Toledo.

Más claramente se ve el lado luminoso en las nuevas Órdenes religiosas que aparecieron en este período. Tales son: los cartujos y cistercienses, premostratenses y demás Órdenes de canónigos regulares, los franciscanos, dominicos, carmelitas y agustinos, los trinitarios y mercedarios, y finalmente las Órdenes militares, que, no obstante las imperfecciones humanas que acompañaron a las veces a algunos de sus caballeros, son el mejor ejemplo de la idealización cristiana del espíritu de la época.

En particular, conviene notar el progreso que se hizo en las *obras de caridad*. Tenemos noticias abundantes sobre la fundación de gran número de instituciones dedicadas a socorrer a los indigentes. El ejemplo más heroico en este sentido son las Órdenes dedicadas por voto especial a la

redención de los cristianos cautivos. En segundo lugar, las diversas Órdenes hospitalarias, a cuya cabeza se hallan los Caballeros de San Juan, llamados también «Hospitalarios». Pero además se establecieron en las ciudades muchos hospitales, hospicios de pobres, orfanotrofios, posadas de peregrinos, sobre todo en los centros de peregrinación, Jerusalén, Roma y Santiago de Compostela; finalmente, casas de leprosos. Para sostener todas estas instituciones de beneficencia hubo gran número de personas ricas, caballeros y damas, príncipes y reyes, que hicieron grandes donativos, con los cuales se pudieron hacer fundaciones perpetuas. Pero lo que no conviene olvidar es que todas estas obras de beneficencia fueron siempre promovidas y dirigidas por la Iglesia y deben ser consideradas como cosa suya.

373. b) **Sombras que oscurecen esta imagen.** Sin embargo, hay que reconocer que en medio de tantas virtudes existían también defectos y vicios considerables. Esto se debe a la imperfección innata en la naturaleza humana y a la reacción exagerada del espíritu y exaltación religiosa de la época.

Entre los defectos más característicos mencionaremos los dos siguientes: en primer lugar, el *espíritu de superstición*, que se manifestaba de un modo particular en la veneración de reliquias espurias, muchas de ellas traídas del Oriente, y en multitud de usos y prácticas populares. El fundamento de este defecto era evidentemente el espíritu hondamente religioso. Por esto continuó la práctica supersticiosa de los *juicios ordales* o *juicios de Dios*, y estaban sumamente arraigados en el pueblo. En segundo lugar, es un hecho que, sobre todo a fines del siglo XIII, se advierte cierta *corrupción de costumbres*, según lo atestiguan los escritores del tiempo. Esta corrupción de costumbres llama más la atención en los monasterios y en el clero secular; pero se explica como efecto de las riquezas que se habían acumulado, de donde se derivaba un bienestar, demasiado propicio a la vida muelle y relajada. Por otra parte, muchos de los clérigos, convertidos en capellanes de las fundaciones que se habían ido creando, carecían de la debida instrucción y aun vocación para aquellos puestos. Lo mismo se puede decir de muchos prebendados de las iglesias y Capítulos, que sólo buscaban en su estado las rentas y ventajas materiales. Todos estos eclesiásticos eran el terreno mejor preparado para aquella corrupción de costumbres, que acabamos de notar.

Por lo que al pueblo se refiere, se explican sus deficiencias y vicios propios de la época, si se tiene presente la ignorancia en que vivían y el mal ejemplo de muchos eclesiásticos.

⁷⁾ LALLEMAND, L., Histoire de la Charité. III. P. 1906. EHRHARD, A., Das Mittelalter und seine kirchliche Entwicklung. 1908. LIESE, W., Geschichte der Caritas. 2 vol. 1922. GRUPP, G., Kulturgeschichte des Mittelalters. IV, 3.ª ed. 1924; V, 2.ª ed. 1925. LANGLOIS, CH., La vie en France au Moyen Âge (12.^e-14.^e s.) d'après les moralistes du temps. 3 vol. P. 1926-1927. COULTON, C. G., Life in the middle ages... 4 vol., Cambridge 1928-1929. MEFFERT, FR., Caritas und Krankenwesen bis zum Ausgang des Mittelalters. 1927. DEMPF, A., Sacrum Imperium. 1929.

EDAD NUEVA
(1303-1648)

Decadencia del influjo pontificio y reacción religiosa de la Iglesia ¹⁾

374. La Edad Nueva, en contraposición con la Antigua y la Media, se distingue por la decadencia del influjo del Pontificado, los trastornos religiosos y la reacción católica a que éstos dieron origen. Efectivamente, con lo dicho en los capítulos precedentes se ve con claridad que los principios básicos de la unidad religiosa y de la hegemonía del Pontificado, característicos de la Edad Media, se fueron desmoronando desde principios de la estancia de los Papas en Aviñón, y sobre todo con ocasión del cisma de Occidente. Una de las consecuencias de esta situación fué la decadencia de la vida eclesiástica, que se manifiesta en la relajación del clero, en los abusos cada vez mayores de la curia pontificia y en la corrupción de costumbres en el pueblo cristiano.

En estas circunstancias bastó una chispa lanzada por Lutero para que prendiera en toda la Cristiandad el fuego de la rebelión religiosa más radical que se ha conocido. Sus efectos fueron de extraordinaria trascendencia, y de un matiz característico de esta Edad Nueva. Por de pronto, algunas naciones enteras quedaron separadas de la Iglesia católica, mientras en otras se dividieron sus habitantes en dos campos bien deslindados, los católicos y los protestantes. Esta división de la Cristiandad trajo consigo, como consecuencia natural, la convivencia entre diversas confesiones, que se tradujo bien pronto en la disminución del aprecio y estima de la unidad religiosa, que había constituido la aspiración suprema de los antiguos.

¹⁾ SCHÄFER, D., *Weltgeschichte der Neuzeit*. 2 vol. 11.ª ed. 1922. FRIEDEL, E., *Kulturgesch. der Neuzeit*, I-II. 1927-1928. IBARRA, RODRÍGUEZ, E., *Historia del mundo en la Edad Moderna*. 2.ª ed. B. 1936. PASTOR, *Gesch. der Päpste*. vol. I-XVI. Trad. cast. 1-22, 35-37. BAUDRILLART, *L'Eglise Cathol., La Renaissance, Le Protest.* P. 1906. LEMAN, A., *L'Eglise dans les temps mod.* (1447-1789). P. 1928. VICENS VIVES, J., *Historia General moderna...* B. 1942. NEW, C. W., *Modern history*. L. 1947.

Mas, por otra parte, ante los ataques que los nuevos herejes dirigían contra la Iglesia católica, frente a los principios proclamados por los wicklefitas y husitas, por Lutero, Calvino y demás innovadores, formóse en el campo católico una reacción, que tuvo en los siglos XVI y XVII una serie de frutos importantísimos. Uno de ellos es, sobre todo, la reforma verdadera, a la cual puso los fundamentos el Concilio de Trento y en la que colaboraron Pontífices ilustres y santos providenciales con un ejército de Órdenes religiosas. Además se fijaron los dogmas contra los cuales se había levantado más oposición; en una palabra, toda la vida y actividad de la Iglesia católica tomó un rumbo nuevo y se renovó y acomodó a los tiempos presentes para poder luchar contra los nuevos adversarios.

Con esto quedan esbozados los dos períodos en que dividiremos la Edad Nueva. El primero es la preparación del segundo. En él se desencadena e intensifica la batalla contra el Pontificado, cuyo efecto es la disminución del prestigio del mismo. Además, en él aumenta cada vez más la relajación de costumbres en la Iglesia, sin que los esfuerzos parciales, que se realizan para su reforma, produzcan efectos considerables.

En el segundo período se realiza la revolución religiosa con el levantamiento de Lutero y demás innovadores, que tiene como resultado, por una parte, la escisión más dolorosa de la Cristiandad, y por otra, la reacción y reforma providencial de la Iglesia.

PERÍODO I (1303-1517)

Decadencia del Pontificado, cisma y conatos de reforma ²⁾

375. Los siglos XIV y XV, que abarca aproximadamente este período, son una preparación para las catástrofes religiosas del siglo XVI. Lo que realizaron Lutero y Calvino y los demás innovadores del siglo XVI, estaba ampliamente preparado: primero, con la estancia de los Papas en Aviñón, y luego con el Cisma de Occidente, que tanto contribuyeron a socavar el prestigio del Pontificado; finalmente con todo el desarrollo de la vida eclesiástica a lo largo del siglo XV y principios del XVI. A esto se añadió el trabajo demolidor de las nuevas corrientes heterodoxas, que no tuvieron bastante contrapeso con la actuación de las Órdenes Religiosas ni con los esfuerzos parciales de reforma. No obstante el brillo del Renacimiento y de los nuevos descubrimientos del Nuevo Mundo, el estado de la Iglesia al terminar este período presenta más bien un aspecto de postración y decadencia religiosa.

CAPÍTULO I

Los Papas en Aviñón (1305-1378)

El período de la estancia de los Papas en Aviñón es de los más tristes de la Historia de la Iglesia. Por esto es designado como *cautiverio de los Papas* en Aviñón (1305-1378). Las causas de este fenómeno, que se oponía a toda la tradición de la Iglesia, fueron: en

²⁾ *Lettres communes et curiales des Papes d'Avignon*. P. 1899 s. En *Bibl. Écoles franç. d'Athènes et Rome* 3.ª serie. BALUZIUS, ST., *Vitae Paparum Avinionensium*. Nueva ed. por Mollat. 4 vol. P. 1914 s. FINKE, H., *Acta Aragonensia*, 3 vol. 1908-1922. DUFOURCO, Le christ. et la désorganis. individualiste (1303-1527). 4.ª ed. 1925. MOWAT, R. B., *The later middle ages*. O. 1917. *The Cambridge med. Hist.*, vol. VIII: *The close of the middle ages*. Cambridge 1936. ROCQUAIN, F., *La cour de Rome et l'Esprit de la réforme avant Luther*. 3 vol. P. 1893-1897. LOSERTH, J., *Gesch. des späteren Mittelalters* 1903. MOLLAT, G., *Les papes d'Avignon (1305-1378)*. 6.ª ed. P. 1930. ÍD., *Artic. Avignon*, en *Dict. Apol.*

primer lugar, el rey francés, quien no contento con lo que había obtenido del Romano Pontífice, estaba decidido a sujetarlo, convirtiéndose en árbitro de la Iglesia. Para esto lo mejor era mantener al Papa en territorio francés, sujeto siempre a su mano férrea. En segundo lugar, influyó decididamente el estado deplorable de la Iglesia y de los Estados pontificios. Las luchas sangrientas entre los partidos y familias nobles amedrentaban después a los Papas franceses de Aviñón y era un pretexto para no volver a Roma.

Las consecuencias fueron en verdad tristísimas. Roma y los Estados pontificios quedaron en un estado deplorable, presa de las facciones y partidos. Los Papas se rebajaron a meros instrumentos de la política de una nación. Precisamente por esto desmereció mucho el prestigio del Pontífice ante las demás naciones, y además este estado de cosas dió ocasión a una nueva complicación en el sistema de contribuciones eclesiásticas; pues para contribuir a los nuevos gastos de la curia pontificia, se arbitraron nuevos sistemas de impuestos, que hicieron odioso al Romano Pontífice.

I. Clemente V. Principio de la estancia de los Papas en Aviñón ³⁾

376. Bonifacio VIII, no obstante el brillo de su Pontificado, marca el fin del prestigio medieval pontificio. Con su muerte en 1303, como consecuencia indirecta del atentado criminal de Anagni, quedaba en pie una serie de problemas, sobre todo la oposición de Felipe el Hermoso y el Pontificado. En particular debía darse una solución sobre las censuras que gravaban sobre el rey francés y sobre los raptos de Bonifacio VIII, Nogaret y Sciarra Colonna.

En tan difíciles circunstancias fué elegido con relativa rapidez un Papa de carácter conciliador, antiguo General de los dominicos, quien tomó el nombre de *Benedicto XI*, y procuró a todo trance la paz, absolvió al rey Felipe y perdonó a los prelados y teólogos franceses. Sin embargo, persistió en la defensa de los derechos pontificios, por lo cual exceptuó del perdón general a algunos prelados y, sobre todo, a Nogaret y a los culpables del crimen de Anagni. De hecho se apresaba ya el Papa a lanzar nuevas excomuniones contra todos ellos, cuando inesperadamente murió el 7 de julio de 1304.

El rey francés, instigado por Nogaret, no quería permitir fuese elegido un partidario de Bonifacio VIII; Nogaret hizo una presión desvergonzada en el Sacro Colegio, hasta que al fin, después de once meses, fué elegido un miembro extraño al mismo, el arzobispo de Burdeos, que se llamó Clemente V (1305-1314). Pero lo más nuevo de la situación fué que éste, en vez de acudir a Roma siguiendo la invitación de los Cardenales, los convocó a todos a Lyon, donde fué coronado y fijó luego su residencia, que fué trasladada más tarde a Aviñón.

³⁾ *Regestum Clementis V*, cura monach. O. S. B. 9 vol. y apénd. R. 1885-1892. FINKE, H., *Aus den Tagen Bonifaz VIII*. 1902. HEMER, H., *Artic. Clement. V*, en *Dict. Th. Cath.* BERCHON, E., *Histoire du Pape Clement V: Burdeos 1897*. LIZERAND, G., *Clément V et Philippe le Bel*. P. 1910.

377. a) Clemente V. Cuestión de los templarios ⁴⁾. Por desgracia, Clemente V se dejó llevar de una política de condescendencia con Felipe el Hermoso. Éste fué exigiendo cada vez más, y el Papa se convirtió en un instrumento dócil en sus manos. Los Colonnas fueron reintegrados en el Sacro Colegio; las bulas «*Clericis laicos*» y «*Unam sanctam*» fueron suspendidas para Francia.

El asunto de los templarios es el acontecimiento más triste de este pontificado. Felipe IV, ciego de ambición y celoso del poder de los templarios, no descansó hasta acabar con ellos. La debilidad del Papa le sirvió a las mil maravillas para obtenerlo. La amenaza del proceso de Bonifacio VIII fué el medio favorito para arrancar del Papa las concesiones más exorbitantes.

En 1307 se inició la campaña. La Inquisición se puso en Francia a disposición del Rey. Con un supuesto permiso del Papa, se prendió al Gran Maestre *Jacobo de Molay* y a casi todos los templarios de Francia y se inició el gran proceso. Se les echaba en cara crímenes horribles: el escupir y pisotear la cruz; hacer profesión de negar a Cristo; toda clase de acciones innobles y torpes. Por medio de la tortura y otras industrias obtuvieron que muchos confesaran estos y otros muchos crímenes. Está probado que el mismo Gran Maestre fué sometido a la tortura y concedió todo lo que se le puso en la boca y aun mandó a los suyos que lo concedieran todo.

El Papa trató de encauzar tantas arbitrariedades e injusticias; pero Nogaret se dió maña, por medio de memoriales y otras industrias, para hacer ver la objetividad de las acusaciones contra los templarios, y, siempre con la amenaza de Bonifacio VIII, obtuvo de Clemente V la orden expresa para que no solamente en Francia, sino en todo el mundo se iniciara el proceso formal contra la Orden. De nada sirvió que tanto el Gran Maestre como otros muchos se desdijeran de lo confesado en el tormento; tampoco sirvió de nada el que en Aragón y en otras partes la conclusión de los procesos contra los templarios les fuera enteramente favorable. El 12 de mayo de 1310 fueron ajusticiados cincuenta y cuatro en París. Semejantes ejecuciones siguieron en otras ciudades.

378. b) Concilio de Vienne y cuestión de Bonifacio VIII. El *Concilio de Vienne (XV Concilio ecuménico)* ⁵⁾, de octubre de 1311 a mayo de 1312, se encontró con este negocio difícilísimo. La mayoría de los Padres, vistas las pruebas de los procesos de las diversas naciones contra los templarios, declaró

⁴⁾ MOLLAT, G., *Artic. Templiers*, en *Dict. Apol.* PRUTZ, H., *Entwicklung und Untergang des Templerordens*. 1888. FINKE, H., *Papstum und Untergang des Templerordens*. 2 vol. 1907. LIZERAND, G., *Le dossier de l'affaire des Templiers*. P. 1923. USÓN y SESÉ, M., *Aportaciones al estudio de la caída de los templarios en Aragón*. En *Univ.*, 3 (1926), 479-523. LOBET, M., *Histoire mystérieuse et tragique des Templiers*. Lieja 1943.

⁵⁾ EHRLE, F., En *Arch. Lit. Kg. MA.*, II (1886), 353 s.; III (1887) s.; IV (1888), 361 s. MÜLLER, E., *Das Konzil von Vienne, 1311-1312, 1934*. En *Vorreform. Forsch.*, 12.

que no se probaba la culpabilidad de la Orden. Sin embargo, siempre bajo la presión de Felipe el Hermoso, Clemente V la abolió «non per modum definitivae sententiae, sed per modum provisionis... apostolicae».

El juicio de conjunto no puede ser ya dudoso después de los estudios y de los documentos recientes. La Orden y el Gran Maestre fueron inocentes. La culpa principal recae sobre Felipe el Hermoso y Nogaret. Clemente V tiene la gran responsabilidad de haberse prestado a una injusticia flagrante.

Por lo que se refiere a Bonifacio VIII, Clemente V cedió en todo, excepto en la condenación del Papa. Llegó a conceder que anularía todo lo realizado por él y dió la absolución a Nogaret. El asunto del proceso contra Bonifacio VIII sirvió a Nogaret y al rey francés como un ariete en todos los asuntos, para obtener de Clemente V lo que querían.

Finalmente, no obstante las concesiones del Papa para no verse obligado a entrar en este desdichado proceso, por fin hubo de hacerlo. El acusador más furibundo era Nogaret, quien acumuló todas las calumnias contra aquel Pontífice. En abril de 1311 se llegó a la conclusión final, que significa una de las mayores debilidades de Clemente V. Por la bula «Rex gloriae» se anulaban todas las sentencias dadas por Bonifacio VIII desde 1300. Felipe era declarado inocente, y aun Nogaret era defendido de su atentado de Anagni. Bonifacio VIII resultaba culpable, no de herejía, sino de obstinación.

En 1314 murió Clemente V, intachable en su vida privada, pero prototipo de la debilidad frente a los poderes públicos. Ciertamente no cedió en puntos dogmáticos; pero con sus debilidades causó daños irreparables a toda la Iglesia.

II. Los Papas en Aviñón: Juan XXII y Benedicto XII

379. A la muerte de Clemente V, quedó planteada en toda su crudeza la cuestión de los Papas en Aviñón. Desde entonces se vieron claramente las tristes consecuencias de una situación tan irregular. El influjo desmedido de la corte francesa se hacía sentir constantemente en todos los asuntos eclesiásticos, malogrando con ello muchas empresas.

a) **Juan XXII (1316-1334)** ⁶⁾. En la elección del nuevo Papa se vió de un modo palpable la profunda división que existía en el seno del Sacro Colegio, pues sólo después de más de dos años se pudo al fin realizar. Juan XXII, francés de nación, era hombre enérgico, de gran capacidad de trabajo y estaba dotado de grandes cualidades de mando; mas, por otra parte, no

poseía el tacto y la comprensión necesario para acomodarse a las circunstancias y a las personas. Estas dotes personales, junto con el influjo constante de la política francesa, caracterizan su pontificado, en el cual, por otra parte, se desarrollaron sucesos de especial importancia.

Una gran parte del mismo la llenó la *lucha contra Luis de Baviera* (1314-1347). En efecto, éste había sido elegido frente a otro candidato a la corona alemana, pero Juan XXII quiso mantenerse neutral, de modo que, aun después de la victoria de Luis en Mühldorf, no lo quiso reconocer. En consecuencia, se inició una gran campaña de parte del apasionado Monarca contra Juan XXII, en la que llegó a acusarlo de herejía y apeló a un Concilio. La respuesta del Papa fué la excomunión personal de Luis.

La lucha se fué exacerbando cada vez más. A la campaña de palabra siguió la de los escritos. De parte del Rey se pusieron todos los que circunstancialmente se hallaban en pugna con el Romano Pontífice. Así se le fueron juntando los franciscanos condenados por Juan XXII en la cuestión de la pobreza: *Miguel de Cesena*, antiguo general; *Bonagratia* y, sobre todo, *Guillermo de Occam* ⁷⁾. De este modo la contienda adquirió proporciones gigantescas.

Como si esto fuera poco, juntáronse otros enemigos pontificios sumamente apasionados, que con sus escritos socavaban los cimientos del Pontificado. Son los primeros que nos indican claramente las nuevas corrientes, que llegaban a poner en duda y aun a negar abiertamente el Primado de Roma. El más notable escrito que entonces salió a luz es el *Defensor pacis*, compuesto por los profesores *Marsiglio de Padua* y *Juan de Januín* ⁸⁾. Según ellos, todo el poder de la Iglesia radica en el pueblo cristiano y en el Concilio general. El Primado del Papa no es más que un rango honorífico. El Rey tiene el cargo de inspeccionar a la Iglesia, pues significa la primera autoridad dada por Dios. Es verdad que se escribieron refutaciones de estos escritos, sobre todo el «*De Planctu Ecclesiae*» del hispano-portugués *Alvaro Pelayo* ⁹⁾; pero el hecho es que cundieron mucho y sirvieron en adelante de arsenal para todos los enemigos del Papado.

En esta forma siguió la lucha antipontificia, fomentada y dirigida por Luis de Baviera; pero en estas circunstancias fué éste llamado por los gibelinos del norte de Italia, donde se presentó en 1327. En Milán se puso la corona de rey de Lombardía, y en Roma se hizo coronar emperador por los obispos desterrados y el prefecto de la ciudad, Sciarra Colonna. No contento con esto, hizo deponer a Juan XXII y elegir un antipapa, que se llamó *Nicolás V*.

La reacción de Juan XXII frente a todos estos actos no se hizo esperar. Lanzó contra Luis IV todas las censuras canónicas. Por otra parte, hizo examinar y condenó el «*Defensor pacis*» y prosiguió con todo rigor y decisión la campaña contra el rey alemán. A la muerte de Felipe el Hermoso de Francia, se iniciaron algunas conversaciones por parte de varios príncipes con el fin de llegar a la paz; pero el Papa exigía la renuncia de Luis de Baviera al trono alemán, a lo cual no quiso éste avenirse.

Juan XXII tuvo también algunas dificultades de carácter religioso; pues desde 1331 defendió la opinión de que la visión beatífica sólo se al-

⁷⁾ OCCAM, W., *Tractatus de Imperatorum et pontificum potestate* (1347), ed. por C. K. Brampton. O. 1927.

⁶⁾ *Lettres communes*, publ. por G. Mollat. Vol. I-VII. P. 1900-1922. *Lettres de Jean XXII*, ed. por A. Fayen. P. 1908-1909. MÜLLER, R., *Ludwig der Bayet und die Kurie*. 1914. VALOIS, N., Jacques Duèse, *Pape Jean XXII*. En *Hist. litt. de la France*, 34. P. 1935. SOL, E., *Un des plus grands papes de l'histoire: Jean XXII*, Jacques Duèse de Cahors. P. 1948.

⁸⁾ *Marsilio de Padua, Defensor pacis*, ed. por C. W. Prothé-Orton. Cambridge 1928. RIVIERE, J., *Artic. Marsile de Padoue*, en *Dict. Th. Cath.* BATAGLIA, J., *Marsiglio da Padova e la filosofia politica del Medio Evo*. Firenze 1928.

⁹⁾ *Alvaro Pelayo, De planctu Ecclesiae*. Ulmae 1474. JUNG, N., *Un Franciscain théologien. Alvaro Pelayo*. P. 1931.

canzaría después del juicio universal. Pero al fin se retractó en el lecho de muerte, y en todo caso fué una opinión meramente personal y privada.

380. b) Benedicto XII (1334-1342) ¹⁰⁾. El nuevo Papa, que era monje cisterciense, era el polo opuesto de su predecesor. De carácter sencillo, era amigo apasionado de la paz. Sin embargo, como continuaban las mismas circunstancias, los efectos fueron también muy parecidos y la paz no llegó a realizarse. El lado más luminoso de su pontificado lo constituye el esfuerzo eficaz por la reforma de muchos abusos introducidos en la administración eclesiástica. Por otra parte, estuvo libre del nepotismo, verdadera plaga de los Pontífices de este tiempo, y parece llegó a pensar en serio en la vuelta a Roma; pero la situación caótica de los Estados pontificios lo amedrentó. El resultado fué que comenzó la construcción del gran palacio, pontificio de Aviñón, que afianzó más la estancia de los Papas en la ciudad del Ródano.

En las relaciones con Luis de Baviera fué donde apareció el lado oscuro de su actuación, pues se dejó llevar del influjo francés, con gran daño de los intereses religiosos. Tanto el Papa como el rey alemán estaban dispuestos a llegar a un acuerdo. Pero esto se oponía a los intereses de Francia, y por esto fracasaron los tratos de paz. Estos acontecimientos produjeron en Alemania gran disgusto, por lo cual, tanto los príncipes del Imperio como el mismo Luis de Baviera publicaron una declaración, en la que afirmaban que no se necesitaba la aprobación pontificia para la elección imperial.

En 1340 se iniciaron nuevas negociaciones de paz; pero esta vez fué el mismo rey alemán quien con su conducta las hizo fracasar. En efecto, por sí y ante sí, y por la plenitud de su poder, declaró disuelto el matrimonio de la condesa Margarita de Mantasch y aprobó su segundo matrimonio con el hijo del mismo Luis. Con esto, él mismo se cerró la puerta a todas las negociaciones.

En la dieta de Frankfurt, Luis protestó con diferentes decretos contra el papa, afirmando que el papa no podía juzgar al emperador. **III. Clemente VI, Inocencio VI, Urbano V y Gregorio XI.** *de Bors, que al volver a Roma, trado rey o emperador, bastaba ya, para ser rey o emperador.*

381. Los efectos de la situación de Aviñón siguieron experimentándose cada vez con más intensidad y aparecieron con toda su crudeza y sus trágicas consecuencias cuando Urbano V y Gregorio XI realizaron al fin la vuelta a la Ciudad Eterna.

<a) Clemente VI (1342-1352) ¹¹⁾. El nuevo Papa, hombre de gran erudición y prudencia natural, pero amigo del boato, se dejó llevar por completo de la influencia francesa. Uno de

¹⁰⁾ BENOIT XII, Lettres communes, publ. par J. M. Vidal, I-III, P. 1903 1911. JACOB, K., Studien über Benedikt XII. 1914. COLOMBE, G., Le palais des papes d'Avignon. P. 1927.

¹¹⁾ Clément VI, Lettres, éd. par Ph. van Isacker et U. Berlière, I. R. 1924. MOLLAT, G., Clemente VI, en Arch. Hist. MA., 3 (1923), 239-274.

los hechos que hizo se afianzara el Pontificado en Aviñón, fué el terminar con extraordinaria magnificencia el palacio de los Papas y comprar la posesión de Aviñón y sus contornos, creando con esto un pequeño Estado del Papa.

Frente a Luis de Baviera ⁽¹¹⁾ se volvió a la lucha violenta del tiempo de Juan XXII. Fracasadas las nuevas negociaciones, siguió una bula de excomunión en tonos violentos, en la cual el Papa invitaba a los príncipes a proceder a una nueva elección contra el bávaro. Como, por otra parte, éste se había creado muchos enemigos, procedieron los príncipes a una nueva elección en la persona de Carlos IV, bien relacionado con el Papa. La muerte de Luis Bávaro en 1347 dejó a Carlos dueño absoluto del campo.

382. b) Inocencio VI (1352-1362) ¹²⁾. Inocencio VI era más bien hombre sencillo y pacífico, y en su tiempo se llevaron a cabo empresas notables. Su defecto principal fué el nepotismo y la sujeción excesiva a la política francesa, defecto crónico en los Papas de Aviñón. El acontecimiento más importante de su pontificado fué la reconquista y reorganización de los Estados pontificios, llevada a cabo por el eminente Cardenal español Gil de Albornoz ¹³⁾.

En efecto, en los Estados pontificios el fanático Cola de Rienzo ¹⁴⁾ había conseguido elevarse a una especie de dictadura, con el título de «tribuno del pueblo»; pero al poco tiempo había sido destituido por el populacho. Con esto había comenzado a cundir en todas partes una horrible anarquía, que amenazaba con la ruina de todo lo existente. Levantóse un nuevo tribuno llamado Barancelli; pero también éste fué derribado. Entonces, pues, el año 1353, se presentó en los Estados pontificios el Cardenal Gil de Albornoz, hombre de extraordinaria energía y dotado de gran talento de organización, y con el ejército que lo acompañaba consiguió reconquistar rápidamente todos los territorios del Papa. Hecho esto, dejó en Roma como senador y representante pontificio al mismo Rienzo; pero pronto tuvo que volver Albornoz, cuando un tumulto del pueblo acabó con la vida de aquél. Entonces el Cardenal aseguró por completo los Estados pontificios y les dió la excelente legislación que siguió en vigor hasta los tiempos de Pío IX.

Igualmente es digno de mención el viaje de Carlos IV a Roma, realizado el año 1355. Con esta ocasión fué coronado Emperador por un legado del Papa. Al mismo tiempo Carlos IV publicó la célebre bula de oro, en que se fijan las relaciones del Imperio con el Romano Pontífice.

¹²⁾ Innocent VI, Suppliques, éd. par U. Berlière. P. 1911. SCHEFLER, W., Karl IV und Innocenz VI. 1912.

¹³⁾ WURM, H. J., Kardinal Albornoz. 1892. FILIPPINI, F., Il cardinale Egidio Albornoz. Bologna 1933.

¹⁴⁾ RODOCANACHI, E., Cola di Rienzo. P. 1888. VIELSTEDT, H., Cola di Rienzo. Die Geschichte des Volkstribunen. 1936. FLEISCHER, V., Rienzo, The rise and fall of a dictator. I. 1948.

383. c) Urbano V (1362-1370). Primera vuelta a Roma ¹⁵⁾. El nuevo Papa Urbano V, monje benedictino, venerado como Beato y el mejor, sin duda, de este triste período, desde un principio trabajó con decisión y energía en la reforma de diversos abusos introducidos en la vida eclesiástica. Muy especialmente influyó en suscitar de nuevo la idea de Cruzada, que dió origen a una expedición capitaneada por el rey de Chipre y el legado pontificio, que terminó con la conquista de Alejandría en 1365. Pero en lo que se manifestó más claramente la buena voluntad de Urbano V fué en su vuelta a Roma, realizada en 1367.

Los éxitos del Cardenal Gil de Albornoz, coronados con el restablecimiento de los Estados pontificios, hicieron desaparecer una de las mayores dificultades que se oponían a la vuelta de los Papas a Roma. Por otra parte, el ansia de esta vuelta a Roma se iba haciendo cada vez más general en toda la Iglesia. De ella se hicieron eco *el Petrarca* y *Sta. Brígida*, los cuales dirigieron al Papa escritos apremiantes. Por fin, el mismo emperador Carlos IV apareció en persona en Aviñón e hizo ver al Papa la necesidad de su vuelta a Roma. Por todas estas razones, no obstante la oposición vehemente de parte del rey francés y de los curiales de Aviñón, Urbano V se decidió finalmente a abandonar la ciudad del Ródano, y el 16 de octubre de 1367 hizo su entrada en Roma. El año siguiente se presentó en la Ciudad Eterna Carlos IV, acompañado de su ejército, y fué coronado por el Romano Pontífice en la Basílica de San Pedro.

Sin embargo, no duró mucho la satisfacción de esta vuelta, tan ansiada de todos. Muerto el Cardenal Albornoz, quien con su energía y habilidad había sabido poner orden en los Estados del Papa, se iniciaron de nuevo los desórdenes y luchas callejeras. Con esto, los partidarios de Aviñón no hallaron ya descanso hasta que arrancaron de Urbano V la decisión de volver a Francia. En otoño de 1370 llegó el Papa a la ciudad del Ródano, donde murió el 19 de diciembre del mismo año, con lo que se cumplió la profecía que en son de amenaza le había dirigido Sta. Brígida.

384. d) Gregorio XI (1370-1378). Vuelta definitiva a Roma ¹⁶⁾. El sucesor de Urbano V, que tomó el nombre de Gregorio XI, era sobrino de Clemente VI, y volvió a encontrarse en circunstancias bien difíciles. Los desórdenes de los Estados pontificios no sólo no se prestaban a una vuelta del Papa a Roma, sino que con la intervención de la República

de Florencia se fueron complicando de tal manera, que Gregorio XI se vió obligado a intervenir con los mayores castigos. Como no bastaran otras penas, en marzo de 1376 lanzó el entredicho contra la ciudad de Florencia y envió contra los levantiscos un ejército de bretones. Pero esto excitó más todavía al populacho. *Sta. Catalina de Sena*, con una serie de cartas dirigidas a los contendientes y al Papa, trató de obtener la paz; mas por culpa de los florentinos no se consiguió nada.

En cambio, los esfuerzos de esta ilustre virgen por inducir al Papa a volver a la Ciudad Eterna consiguieron al fin el efecto deseado. La entrada de Gregorio XI en Roma tuvo lugar en 1377. Por desgracia, la situación era sumamente intranquilizadora y las luchas de partidos continuaban su obra de destrucción. Hasta tal punto llegó este estado de intranquilidad, que Gregorio XI llegó a pensar en serio en volver a Aviñón; pero su pronta muerte, en marzo de 1378, frustró este plan. Desde entonces los Papas han vivido en el Vaticano.



¹⁵⁾ *Urbain V.*, Lettres, éd. par A. Fierem et C. Tihon, I. R. 1928. Suppliques, éd. par A. Fierem. R. 1914. DUBRULLE, M., Les registres d'Urbain V, 1362-1363. P. 1928. LANOUVELLE, E., Le Bienheureux Urbain V et la chrétienté au milieu du XIV siècle. P. 1929.

¹⁶⁾ TOMMASEO, N., MIESCIATELLI, P., Lettere di S. Catarina da Siena. 3.^a ed. 6 vol. Siena 1913 s. FAWTIER, R., Sainte Catherine de Sienne. Essai de critique des sources, I. P. 1921. ALESSANDRINI, A., Il ritorno dei Papi da Avignone e S. Caterina da Siena. En Arch. Stor. reali soc. hist. patr. 56-57 (1933-1934), 1-132. JØRGENSEN, J., Sainte Catherine de Sienne. 12.^a ed. P. 1924. DELL'ERA, I., Santa Caterina de Siena. Florencia 1946. WILBOIS, J., Sainte Catherine de Sienne et l'actualité de son message. P. 1948.

CAPÍTULO II

Cisma de Occidente y diversos conatos de solución ¹⁾

385. El cisma de Occidente fué una de las consecuencias inmediatas del cautiverio de los Papas en Aviñón y significó una de las más difíciles crisis que ha atravesado la Iglesia. Sus consecuencias fueron tristísimas: el prestigio del Pontificado y de la Iglesia sufrió lo indecible. Por eso se hizo posible que se generalizara la teoría conciliar y aun se llegara a dudar sobre la necesidad del Primado. Con esto se explican los conatos de solución que se realizaron en Pisa y Constanza, hasta la elección de Martín V.

I. Elección de Urbano VI en Roma y cisma de Occidente ²⁾

La situación en que se hallaba el Colegio de los Cardenales era crítica. Los pareceres estaban profundamente divididos. De dieciséis Cardenales, once eran franceses, pero aun éstos formaban grupos antagónicos. Por otra parte, el pueblo pedía con insistencia un Papa romano o al menos italiano.

386. a) Elección de Urbano VI (1378-1389). En estas circunstancias tuvo lugar la elección de Urbano VI, cuya validez queda suficientemente probada por multitud de investigaciones recientes.

1. En primer lugar, según escribe uno de los conclavistas, los electores tuvieron suficiente libertad. En efecto, el 8 de

¹⁾ Sobre el cisma de Occidente en general, véanse en particular: PASTOR, trad. cast., I, 237 s. HAUKET et BERLIÈRE, Documents relatifs au grand schisme. En Anal. Vat. Belg., t. 8 y 12. R. 1924-1930. GAYET, L., Le grand schisme d'Occident. 2 vol. P. 1889 s. SCHEUFFGEN, F., Beiträge zur Gesch. des grossen Schisma. 1889. VALOIS, N., La France et le grand schisme d'Occident. 4 vol. P. 1896. s. SALEMBIER, L., Le grand cisme d'Occident. Nueva ed. P. 1921. BOÜARD, M. DE, La France et l'Italie au temps du grand schisme d'Occident. P. 1936. SEDLMEYER, M., Die Anfänge des grossen abendl. Schisma. 1940.

²⁾ GRAF, TH., Urban VI. Untersuchungen über die röm. Kurie während seines Pontifikates. 1916.

abril de 1378, después de la Misa del Espíritu Santo, celebraron con tranquilidad la elección, de la que salió elegido el arzobispo de Bari. Con esto se satisfacía al pueblo, que exigía la elección de un romano o al menos italiano. Lo que hicieron después los Cardenales, a la vista del pueblo, ciertamente adolece de falta de libertad; pero la elección ya estaba hecha. Así lo confirman otros conclavistas.

2. En segundo lugar, si quedara alguna duda sobre la libertad de los electores de Urbano VI, consta que los Cardenales tomaron parte en la coronación el 18 de abril y pidieron diversas gracias al nuevo Pontífice, con lo cual lo reconocieron como legítimo. Esto mismo aparece en otros muchos actos de los Cardenales. Ahora bien, este reconocimiento posterior por parte del Colegio Cardenalicio basta para subsanar cualquier defecto, si es que lo hubo.

387. b) Cisma de Occidente. El antipapa Clemente VII ³⁾. Por desgracia, el nuevo Papa Urbano VI no respondió a las circunstancias. Era intachable en su conducta, pero adolecía de un defecto capital: era irascible y no sabía guardar las formas con las personas. Con gran decisión se dedicó a la reforma eclesiástica; pero pronto chocó con los Cardenales, acostumbrados al boato de Aviñón. Esto creó un estado de ánimo sumamente violento.

El resultado fué que un grupo de Cardenales, principalmente franceses, abandonaron la curia y rompieron con Urbano VI. Para sincerarse ante la Cristiandad, publicaron el 9 de agosto un manifiesto en Anagni, en el que presentaban la elección de Urbano VI como inválida por falta de libertad de los electores. El 20 de septiembre los trece Cardenales rebeldes eligieron un nuevo Papa en la persona de Roberto de Ginebra, que se llamó *Clemente VII* (1378-1394). Con esto se dió principio al *cisma de Occidente*.

Las causas inmediatas fueron: en primer lugar, la conducta del Papa; pero los más responsables fueron los Cardenales, quienes, por falta de sumisión a la autoridad por ellos mismos reconocida, no dudaron en falsear los hechos, más o menos inconscientemente, desencadenando sobre la Iglesia esta terrible calamidad.

Inmediatamente el antipapa puso su corte en Aviñón, y por efecto del manifiesto sobre la invalidez de la elección de Urbano VI, fueron muchos los que se declararon en su favor. De hecho, pues, la Cristiandad se dividió en dos obediencias. Por Clemente VII se declararon Francia, Nápoles, España, Escocia. Por Urbano VI, Roma y los Estados pontificios, Carlos IV, Inglaterra, etc. Cuán difícil era orien-

³⁾ GÖLLER, F., Repertorium Germanicum. I: Klemens VII (1378-1394), 1916. *Clemente VII*, Suppliques, ed. por K. Hauquet, I (1378-1379). R. 1924.

tarse en la confusión que siguió, lo demuestra el hecho de que mientras Sta. Catalina de Sena trabajaba incansablemente por Urbano VI, el gran Apóstol S. Vivente Ferrer empleaba todo su influjo en favor del Papa de Aviñón, que él creía legítimo. Esto mismo sucedía a otros muchos.

388. c) Los Papas. Primeros conatos de solución. Urbano VI persistió en una lucha enconada contra Nápoles. En ella y en toda su conducta aparece su carácter vehemente. Por esto mismo, convencido de su derecho, ni siquiera pensó en dar paso alguno para llegar a una solución del cisma. Como un grupo de Cardenales, creyendo que el Papa estaba trastocado, hubieran formado el plan de llevarlo a una casa de salud, descubiertos por Urbano VI, fueron presos y ajusticiados. Murió en octubre de 1389 sin ser casi llorado por nadie.

Bonifacio IX (1389-1404) ⁴⁾, su sucesor, era de carácter bondadoso. Afirmó su autoridad en los Estados pontificios e hizo la paz con Nápoles. En cambio, en los asuntos eclesiásticos fué deficiente. Dieron lugar a muchas quejas los nuevos impuestos llamados *annatae Bonifatianae*. Por otra parte, mostró poco interés por la solución del cisma, no obstante el ansia que se manifestaba en la Cristiandad.

El antipapa **Clemente VII** siguió en Aviñón. A su muerte en 1394 fué elegido el español **Pedro de Luna**, quien tomó el nombre de **Benedicto XIII** (1394-1416) ⁵⁾. Al entrar en el conclave se había comprometido incluso a renunciar a la dignidad papal, con el fin de llegar a la solución del conflicto; pero una vez elegido, no quiso saber nada de renunciaciones, aun cuando le fueron abandonando sus principales sostenedores. En toda su conducta aparece la convicción más absoluta y fanática de su derecho, que en conciencia no le permitía renunciar.

En esta situación los hombres mejor intencionados buscaban un medio para solucionar el cisma. De la Universidad de París partieron las diversas soluciones.

1. Ya en 1380 y 1381, los profesores alemanes Gelnhausen y Langestein propusieron el medio que parecía más apropiado, la *via synodi* o *concilii*. La base era suponer al Concilio superior al Papa, teoría en sí errónea, pero que fué propuesta por muchos con la mejor buena intención, como único medio para resolver el cisma. En adelante defendieron esta teoría los hombres más significados de la Universidad de París, como **Pedro d'Ailly** y **Gerson**.

2. *Via cessionis*. Al lado de la solución por la *via concilii*, se proponía la *via cessionis*, es decir, la renuncia de los Papas. No hay

duda que era una solución ideal, y de hecho la defendían los hombres de más criterio; pero la dificultad consistía en obtener esta renuncia.

3. *Via compromissi*. Esta solución tuvo también algunos representantes: consistía en que se aceptara un árbitro y se atuvieran todos a su solución.

4. Hablóse también mucho de la *via discussionis* y de la *via subtractionis*, que comenzó a realizarse; pero no se obtuvo el resultado apetecido.

II. Los Concilios de Pisa y Constanza. Martín V y el Concilio XVI ecuménico ⁶⁾

389. La situación se hacía cada vez más insostenible. El nuevo **Papa Inocencio VII** (1404-1406), no obstante su buena voluntad, no pudo obtener nada. A la elección de **Gregorio XII** (1406-1415), pareció que se acercaba el fin, pues el Papa tomó con interés la obra de la inteligencia con el antipapa. Como también **Benedicto XIII** parecía movido por buenos deseos, se creía llegado el momento de la solución del cisma. Se convino en 1407 en celebrar una reunión en *Savona*; pero Gregorio XII no acudió, y, por otra parte, consta que **Benedicto XIII** sólo iba con la confianza de que induciría a su adversario a la renuncia. De hecho no resultó nada.

a) Sínodo de Pisa en 1409 ⁷⁾. El efecto fué que la mayor parte de los Cardenales de Gregorio XII y de **Benedicto XIII**, disgustados de esta conducta, rompieron y se separaron de ellos y convinieron en celebrar un Concilio en Pisa. Procuróse ganar para esta idea al Papa y al antipapa; pero ambos la rechazaron. Entonces, pues, celebraron el sínodo de Pisa en marzo de 1409 con asistencia de treinta y cuatro Cardenales y nutrida representación de teólogos, prelados y príncipes. Aunque la base del sínodo era anticanónica, de hecho estaban en él representados varios de los hombres de más prestigio del tiempo, guiados de la mejor buena fe.

Dominado el sínodo por la teoría de la superioridad del Concilio sobre el Papa, declaróse legítimamente reunido y procedió en seguida a deponer a Gregorio XII y **Benedicto XIII**, y después de otras decisiones eligió al nuevo Papa, que se llamó **Alejandro V**. Con esto se termina la labor del sínodo de Pisa.

De hecho, el sínodo de Pisa, en vez de traer la unidad, engendró más división. En adelante hubo *tres Papas*, y la Cristiandad se hallaba dividida en tres obediencias. Por mucho que se quiera disculpar la buena fe de los teólogos de Pisa, ciertamente hicieron mucho daño

⁴⁾ JANSEN, M., Papst Bonifaz IX. 1904.

⁵⁾ PUTIG Y P-IG, S., Pedro de Luna, último Papa de Aviñón. B. 1920. GIMÉNEZ SOLER, A., El carácter de don Pedro de Luna. En Univ. 3 (1926), 49-97. SANABRÉ, J., El cisma de Occidente y los reyes de Aragón. En Res. ecles. 1927, 577-594. CASAS, A., El Papa Luna. B. 1944.

⁶⁾ RÖSLER, A., Kardinal Joh. Dominici O. Fr. 1893.

⁷⁾ RUBIO, J. A., La política de **Benedicto XIII** desde la substracción de Aragón. Zamora 1926. VINCKE, J., Briefe zum Pisaner Konzil. 1940.

a la Iglesia. El Papa del sínodo, Alejandro V, apoyado por Inglaterra y Francia, consiguió apoderarse de Roma y entrar en ella. A su muerte, en 1410, fué elegido *Juan XXIII* (1410-1415), quien desacreditó la causa que representaba.

390. b) Concilio de Constanza. Fin del cisma (1414-1418) ⁸⁾. El nuevo rey alemán Segismundo (1410-1437) sentía como nadie la necesidad de acabar con la división de la Cristiandad; pero él y todos los demás no veían otro medio de terminar el cisma, sino con un Concilio universal. Como condición primera, debía procurarse la renuncia de los tres Papas existentes. Es mérito muy principal del rey Segismundo el haber conseguido que resignara Gregorio XII, quien, convocando por su cuenta el Concilio, subsanó todos sus defectos.

Efectivamente, Juan XXIII, que se hallaba a merced de Segismundo, se avino fácilmente a la reunión del *Concilio de Constanza para noviembre de 1414*, y prometió su resignación. Reunióse, pues, el Concilio, que fué muy concurrido. Hallábase presente el rey Segismundo, que era su alma. Juan XXIII tenía esperanza en el gran número de prelados italianos partidarios suyos; pero ésta se deshizo al determinarse que en las votaciones definitivas no habría más que los cuatro votos de las naciones Italia, Alemania, Francia, Inglaterra, y más tarde también un quinto, el de España. Los Cardenales tenían también un voto, que era el sexto.

Vencidas multitud de dificultades, y habiéndose declarado el Concilio legítimamente reunido en el Espíritu Santo y en representación de toda la Iglesia el 5 de abril de 1415, tuvo que proceder ante todo contra Juan XXIII. Se le siguió un proceso, que terminó el 20 de mayo con su deposición.

Entretanto se había conseguido que Gregorio XII presentara su renuncia. Hízolo, en efecto, en la *sesión catorce, el 4 de julio de 1415*, declarando antes que él, con su autoridad pontificia, legitimaba el Concilio. Con este acto quedaba éste de hecho legitimado y con facultad para elegir un nuevo Papa. Por esto el Concilio de Constanza, desde la sesión catorce es ecuménico, el XVI de la serie.

Benedicto XIII, en cambio, se resistió a todas las tentativas de inducirlo a la resignación. El mismo Segismundo se entrevistó con él en Perpiñán; pero no obtuvo nada. Ante esta obstinación, se apartaron de su obediencia los príncipes españoles, y así desde entonces obtuvo España un voto en Constanza. El Concilio, pues, inició un proceso contra el Papa Luna, quien en julio de 1417 fué depuesto «por perjurio,

cismático y hereje». Abandonado de casi todos, se retiró a Peñíscola, donde siguió defendiendo sus derechos hasta 1423, en que murió.

Durante los dos años 1415 y 1416 el Concilio de Constanza trabajó en las cuestiones de la fe, sobre todo contra la herejía de los husitas, y trató muchos asuntos de importancia. Pero en 1417, una vez terminado el proceso contra Benedicto XIII, se decidió finalmente a la elección del nuevo Papa, y en efecto, el 11 de noviembre, salió elegido el Cardenal Odón Colonna, que se llamó *Martín V* (1417-1431). Con esto quedaba terminado tan pernicioso cisma. Todas las naciones cristianas reconocieron al nuevo Papa.

Por desgracia, la alegría que se apoderó del pueblo cristiano con este acontecimiento no fué duradera; pues Martín V no manifestó por la reforma eclesiástica el celo que se esperaba. Por esto también la labor del Concilio resultó incompleta. En efecto, se presentaron y discutieron diversos proyectos de reforma durante el año 1418, pero no se tomaron decisiones eficaces. Al fin, habiéndose concluido tres concordatos, con los alemanes, con los romanos (italianos, españoles y franceses) y con los ingleses, se disolvió el Concilio el 18 de abril de 1418. Martín V no dió aprobación ninguna a sus decisiones en cosas de fe. Su sucesor, Eugenio IV, aprobó en 1446 el Concilio en cuanto no contradecía la primacía Pontificia. Por lo demás, Martín V procuró levantar el prestigio del Pontificado y particularmente mejorar las condiciones de Roma.

A este tiempo pertenece la vida maravillosa de *Sta. Juana de Arco*. Nacida de una familia humilde, se sintió llamada por Dios para libertar a su patria, y así, después de obligar al enemigo a levantar el cerco de Orléans y conducir al rey Carlos VII a Reims para ser coronado, fué entregada en mayo de 1430 a los ingleses. El tribunal de la Inquisición, dirigido por el obispo de Beauvais, Pedro Couchon, y bajo la presión de la política inglesa, la condenó e hizo quemar en mayo de 1431 como supuesta rea de herejía y magia; pero en julio de 1456, con la aprobación de Calixto III, fué declarada públicamente inocente.

⁸⁾ FINKE, H., *Acta Concilii Const.* 4 vol. 1896-1928. Íd., *Bilder vom Konstanzer Konzil*. 1903. BAUDRILLARD, A., *Artic. Constance*, en *Dict. Th. Cath.* AMANN, E., *Artic. Martin V.* Íd. BESS, B., *Studien zur Geschichte des Konstanzer Konzils*, I. 1891. FROMME, B., *Die spanische Nation und das Konstanzer Konzil*. 1896. POWERS, *Nationalism at the Council of Constance*. Washington 1928. ZUNZUNEGUI, J., *El Reino de Navarra durante la primera época del cisma de Occidente*. San Sebastián 1942. En *Victoriensia*, n. 1.

CAPÍTULO III

La Iglesia frente a las nuevas corrientes ideológicas

391. El siglo xv presentaba problemas trascendentales y difíciles. Ante todo, el de la reforma eclesiástica, indispensable si se tienen presentes los tristes efectos del cautiverio de Aviñón y del cisma de Occidente. Además, estaba en su mayor apogeo la corriente del renacimiento, frente a la cual los Papas tomaron la posición de dirigentes y Mecenas. Finalmente, en medio del resurgimiento de España tenía lugar el descubrimiento del Nuevo Mundo, que abría campos inmensos a la Iglesia Católica.

I. Sínodos de Basilea y de Ferrara-Florenia. Concilio XVII ecuménico ¹⁾

Después de la solución del cisma, muchos teólogos y otras personas significadas quedaron con la persuasión de que la teoría conciliar había salvado a la Iglesia. Cuán hondas raíces había echado esta opinión, se vió en los acontecimientos que siguieron.

Eugenio IV (1431-1447), que sucedió a Martín V, era hombre piadoso, pero tenía poca experiencia, de donde se originaron graves daños. No obstante la agitación de su pontificado, trabajó incansablemente por el bien de la Iglesia.

392. a) Sínodo de Basilea (1431-1437) ²⁾. Uno de los mayores acontecimientos de su pontificado fué el *sínodo de Basi-*

¹⁾ ARNOLD, R., Repertorium Germanicum. Eugen IV. t. I (1431), 1897. GUIRAUD, J., L'État pontifical après le grand schisme. P. 1896. En Bibl. des Ec. franç. d'Athènes et Rome, 73. VALOIS, N., La crise religieuse du XV siècle. Le Pape et le Concile (1418-1450). 2 vol. P. 1909. IMBART DE LA TOUR, P., Les origines de la Réforme. 3 vol. P. 1905-1914.

²⁾ Monumenta Concil. generalium saeculi XV. Concil. Basiliense. 4 vol. Viena 1857-1896. HALLER, J., Concilium Basiliense, 5 vol. Basilea 1896-1926. Vol. VIII, fasc. I, 1936. JACQUIN, A. M., Artf. Bâle, en Dict. Géogr. Hist. BAUDRILLART, Artf. Bâle, en Dict. Th. Cath. CREIGHTON, A history of Papacy, t. II, The Concil of Basel. L. 1882. PÉROUSE, G., Le Cardinal Louis Aleman et la fin du grand schisme. Lyon 1904.

lea. Abrióse en julio de 1431 con objeto de continuar la obra reformadora de Constanza. Pero, dudando el Papa de la seguridad de Basilea, tomó en seguida la decisión, sin duda poco acertada, de disolverlo y convocar otro en Bolonia. El disgusto fué general, y el mismo legado Cesarini suplicó al Papa revocara la orden de disolución. Sin embargo, Eugenio IV no cedió. Mas, por otra parte, el Concilio, con el apoyo de los príncipes, se declaró en rebeldía y siguió sus trabajos.

Esto no obstante, el acierto del sínodo en la feliz solución del conflicto de los husitas y en otros asuntos, y sobre todo el peligro constante de un cisma, movieron a Eugenio IV a entrar en relaciones con los Padres de Basilea. Como señal de reconciliación coronó en 1433 al rey Segismundo y reconoció el Concilio. Por esto desde entonces se le considera como el *XVII ecuménico*. A partir de aquí comenzó el Concilio de Basilea una serie de trabajos de gran utilidad para la reforma eclesiástica. Pero al entrar en la cuestión de la «reformatio in capite» lo hizo de tal forma, que excitó el disgusto de Eugenio IV. Por esto, al afianzarse el Papa en su posición política, como por otra parte se tratara de la unión de los griegos, y éstos se negaran a ir a Basilea, Eugenio IV en 1437 se decidió por una ciudad italiana. Al no someterse la mayoría del Concilio, se llegó a un rompimiento, mientras una minoría, con el legado Cesarini, se trasladaba a Ferrara, para continuar allí el Concilio legítimo.

393. b) Concilio de Ferrara-Florenia (1438-1442) ³⁾. Tuvo como principal objeto la *unión con los griegos*. Abrióse el 8 de enero de 1438, si bien debe considerarse como continuación del de Basilea. Sin embargo, bien pronto se trasladó a *Florenia*. Las negociaciones fueron muy difíciles; pero el temor de los griegos a la amenaza de los turcos los contuvo hasta llegar a una solución. El decreto final de unión «laetentur caeli» fué publicado el 6 de julio de 1439. A éste siguieron otros sobre la unión de los armenos y jacobitas.

Con estos éxitos adquirió Eugenio IV gran prestigio, y por lo mismo fué decayendo el del sínodo rebelde de Basilea, que continuaba reunido. En junio de 1439 llegó éste a deponer a Eugenio IV y nombrar un antipapa llamado *Félix V*, el último de la Historia; pero tuvo escasa importancia. Respecto del falso Concilio de Basilea, al declararse el emperador Federico III contrario a él, inclinó definitivamente la balanza en favor de Eugenio IV. Mucho influyó también en este

³⁾ PETIT, G., Documents relatifs au Concile de Florence, P. 1920-1923. HEFELÉ-LECLERCQ, VII, 951 s. VANUTELLI, P. V., Il Concilio di Firenze. R. 1899. MÖHLER, L., Kardinal Bessarion. I. 1923, p. 56 s. MERCATI, G., Scritti di Isidoro il Cardinale Ruteno. R. 1926. En Studi, T. 46.

sentido el célebre humanista *Enea Silvio Piccolomini*, quien después de defender largo tiempo la teoría conciliar y el sínodo de Basilea, se pasó a Eugenio IV y trabajó incansablemente en su favor.

Una de las obras más insignes de este Pontificado fueron los concordatos con diversos príncipes alemanes, concluidos en 1447, poco antes de la muerte del Papa. El falso sínodo de Basilea siguió su vida cismática, cada vez más lánguida. Arrojado de Basilea por Federico III, se refugió en Lausana. En 1449 se disolvió.

II. El Renacimiento y Humanismo ⁴⁾

394. Uno de los movimientos más típicos y más fecundos en resultados prácticos durante este período, fué el conocido con el nombre de Renacimiento o Humanismo. Precisamente la estancia de los Papas en Aviñón y la desaparición de la tutela imperial sobre Italia, trajo consigo la consecuencia de que los príncipes italianos volvieran a levantar cabeza y procuraran significarse cada vez más con la protección de las letras y las artes. Sobre este ambiente apareció a mediados del siglo XIV y continuó durante el siglo XV aquel movimiento, que trataba de hacer revivir la Antigüedad clásica. Por otra parte, no se limitó a Italia, sino que poco después se fué extendiendo a otras naciones con el nombre general *renacimiento*. Sin embargo, en su tendencia a renovar los estudios científicos y literarios, sobre todo con el clasicismo antiguo, se le ha llamado *humanismo*.

a) Principio del movimiento humanístico. De hecho nunca se habían olvidado en el seno del Cristianismo las obras de la Antigüedad clásica. De ello son testigos los esfuerzos de los Santos Padres por defender su uso en las escuelas cristianas. Asimismo es conocido el trabajo ímprobo que pusieron los más célebres monasterios medievales por transmitirnos en multitud de copias las obras clásicas latinas y griegas. Sin embargo, hay que reconocer que, con el predominio de los estudios escolásticos de los siglos XII y XIII, se fué perdiendo el interés por lo antiguo y se generalizó bastante el mal gusto literario.

En estas circunstancias, pues, surgió en Italia la reacción contraria, a cuya cabeza encontramos los poetas *Dante Alighieri*

⁴⁾ OLGATI, FR., *L'anima del Umanesimo e del Rinascimento*. Milano 1924. BERDACH, K., *Vom Mittelalter zur Reformation*, I-V. 1893-1928. Id., *Reformation, Renaissance, Humanismus*. 2.ª ed. 1926. HAUSER, H., et RENAUDET, A., *Les debuts de l'Âge Moderne. La Renaissance et la Réforme*. P. 1929. En *Peuples et civiliz.*, por Halphen, L., et Sagnac, Ph. VIII. FUNK-BRENTANO, FR., *La Renaissance*. P. 1935. IBARRA, E., *Historia del mundo en la Edad Moderna*. El Renacimiento, vol. I. B. 1935. JOFFANIN, G., *Storia dell'Umanesimo (dal XIII al XVI secolo)*. Nápoles 1934. SYMONDS, J. A., *Renaissance in Italy*. Nueva ed. 7 vol. L. 1921-1927. BURCKHARDT, J., *Cultura del Renacimiento en Italia*. Trad. castell. M. 1941. BRANDI, K., *Die Renaissance in Florenz und Rom*. 7.ª ed. 1927. BRINTON, S., *The golden Age of the Medici (1434-1494)*. L. 1925. RENAUDET, A., *Préforme et humanisme à Paris. 1494-1517*. P. 1916. REY ALTUNA, L., *La ética del Renacimiento*. En *Rev. de Fil.*, 5 (1946), 419 s.

(† 1321) ⁵⁾, célebre por su poema «La divina comedia» y verdadero forjador de la lengua literaria italiana; y sobre todo *Francisco Petrarca* († 1374) ⁶⁾, gran promovedor del estudio de los clásicos latinos, y estilista latino de primer orden. Coronado públicamente como poeta por el rey Roberto de Nápoles, se convirtió en oráculo de su tiempo. Por desgracia, se dejó llevar demasiado del desprecio de la Escolástica y de la maledicencia contra los abusos eclesiásticos. Con su prestigio, Florencia se convirtió en centro del nuevo movimiento humanístico.

Al lado de Petrarca debe colocarse a *Juan Boccaccio* († 1375), a quien corresponde particularmente el mérito de haber iniciado con intensidad el estudio del griego. Para ello organizó una cátedra de griego en Florencia. Su laboriosidad infatigable y su brillante estilo le conquistaron gran renombre; mas desgraciadamente cultivó la crítica mordaz contra los clérigos y usó con frecuencia un realismo obsceno en sus escritos, sobre todo en el «Decamerone». Con el impulso impreso por Boccaccio, el estudio del griego se fué generalizando cada vez más. A ello contribuyó sobre todo *Manuel Chrysolora*, originario de Bizancio, quien desde 1396 enseñó en Florencia y en otras ciudades. Entre sus discípulos sobresalieron Ambrosio Traversari, Pablo Vergerio, Francisco Filelfo y Guarino Veronese, de los cuales los dos últimos fueron a Constantinopla para completar sus conocimientos griegos.

395. b) Apogeo del movimiento humanístico. Sobre estos fundamentos, la vida literaria tomó en el siglo XV un desarrollo nunca visto. Los clásicos latinos y griegos eran buscados y estudiados con verdadero entusiasmo. Encontráronse gran número de códices y obras clásicas desconocidas. Surgieron escuelas y academias para su estudio, sobre todo en torno a Florencia y Roma. El Renacimiento estaba en todo su apogeo.

Distinguíronse particularmente por sus hallazgos de códices latinos y griegos, *Poggio Bracciolini*, *Leonardo Bruni* y *Aurispa*. Con ocasión de las cuestiones sobre la unión en el Concilio de Florencia, desarrollaron gran actividad en los círculos italianos los griegos *Gemisto Plethon*, de tendencias semipaganas, y su discípulo *Bessarion* († 1472), original de Nicea, hombre extraordinariamente erudito, que después de elevado a la dignidad Cardenalicia, vivió en adelante en Roma. De especial eficacia para la marcha próspera del movimiento humanístico fué la protección decidida que le dispensaron los príncipes italianos más poderosos. Al frente de todos deben ser colocados los florentinos *Cosimo de Médici* († 1464) y su sobrino *Lorenzo el Magnífico* († 1492). Bajo su mecenazgo, verdaderamente espléndido, trabajaron los grandes humanistas *Niccolò Nicoli*, *Vespasiano Bisticci*, *Leonardo Bruni*, *Ambrosio Traversari*, *Marsilio Ficino*. *Traversari*, general de los camaldulenses, hizo una excelente traducción latina de los Santos Padres y otros autores griegos; *Ficino* publicó una traducción latina de Platón.

⁵⁾ MATROD, H., *Dante sur les pas de St. François*. En *Franç. St.*, 23 (1910). *Dante. Le opere di Dante*. Testo critico... a cura di Barbi, Parodi, etc. Florencia 1921. BENTO, S., *La filosofía política de Dante nel «De Monarchia»*. Torino 1921. ASÍN PALACIOS, M., *La escatología musulmana en la «Divina Comedia»*. M. 1919.

⁶⁾ NOLHAC, P. DE, *Petrarque et l'Humanisme*, 2.ª ed. 2 vol. P. 1907.

El ejemplo de Florencia fué imitado por otros Estados italianos. Así, en Nápoles y Milán, en Mantua sobre todo la noble familia Gonzaga, en Ferrara la familia Este, en Urbino los Montefeltro. Pero sobre todo ejercieron su influjo en este movimiento los Romanos Pontífices.

Este renacimiento de los estudios clásicos se extendió asimismo a las lenguas orientales, sobre todo al hebreo. Ya Poggio se especializó en el hebreo durante el Concilio de Constanza y procuró la reproducción de libros hebreos. Uno de los que más se distinguieron en estos estudios fué Juan Pico de la Mirandola († 1494), hombre de gran ingenio, que llegó a dominar el hebreo, caldeo y árabe, fomentó por todos los medios la literatura oriental y, después de algunos deslices doctrinales, murió a los treinta y dos años de edad dedicado a las obras de piedad y misericordia.

396. c) El Humanismo fuera de Italia. Como era natural, el movimiento humanístico del Renacimiento italiano tuvo imitadores en las principales naciones europeas, de modo que en casi todas floreció ya en el siglo XVI. En Francia se manifestó en primer lugar como oposición a las corrientes de la Escolástica, fomentada por hombres tan eminentes como Gerson, De Clemanges y otros. En Inglaterra se distinguió sobre todo Tomás Moro († 1535), canciller del reino, quien escribió excelentes obras humanísticas.

Más intenso fué el influjo del Renacimiento en Alemania, donde ya a fines del siglo XV las Universidades de Praga, Heidelberg, Viena, Erfurt y Basilea manifestaban sus tendencias humanísticas. A ello contribuyeron las relaciones entre el Imperio y el norte de Italia, y en particular la actividad de Eneas Silvio Piccolomini y otros célebres humanistas, protegidos por Federico III. El invento de la imprenta contribuyó poderosamente desde 1462 al progreso de las nuevas ideas. Entre los hombres e instituciones que más influyeron en el movimiento renacentista germánico son dignos de mención: las escuelas de los Hermanos de la Vida Común, sobre todo en Dauter: Rodolfo Agricola († 1485), gran estilista latino y profundo conocedor del griego, apellidado «alter Virgilius»; Juan Murnelio († 1519), notable por sus tratados de Filología y Pedagogía y sus traducciones latinas; Juan Tritemio, célebre por su erudición clásica; sobre todo Jacobo Wimpheling († 1528), a quien por sus méritos patrióticos y pedagógicos se llamó «Praeceptor Germaniae». Algo entrado el siglo XVI, distinguieron en Alemania como humanistas Ulrico de Hutten († 1523), hombre apasionado en sus campañas antirromanas, y sobre todo Desiderio Erasmo, de Rotterdam († 1536), gran helenista y latinista, crítico mordaz de los defectos de su tiempo, que gozaba de un influjo extraordinario.

397. d) El Humanismo frente a la Iglesia. Conviene notar de un modo especial la posición del Humanismo frente a la religión y a la Iglesia. Ante todo debemos advertir que, como se verá en el capítulo siguiente, los Romanos Pontífices fueron en conjunto los más decididos protectores y mecenas del Renacimiento. Además, no obstante las observaciones que hacemos, todo el movimiento tenía un fondo cristiano y se realizó en torno a los principios cristianos, que formaban la base de la ideología del tiempo. Por esto, gran número de los más eminentes humanistas, comenzando por Petrarca, eran excelentes católicos; y aun muchos de los que se dejaron llevar de críticas acerbas contra la Escolástica y contra los abusos eclesiásticos más o menos reales, tenían en el fondo un sentimiento netamente cristiano. Por esto es falsa la apreciación de algunos historiadores, que atribuyen al Renacimiento en general una tendencia pagana.

Esto no obstante, hay que reconocer, en primer lugar, que precisamente por la tendencia a resucitar el clasicismo antiguo, se advierten en algunos espíritus más radicales, diversos defectos. Tales eran: una exageración evidente en las críticas contra la Escolástica, que

denigraba junto con su estilo formalista y su latín contrahecho, las mismas discusiones fundamentales del dogma; una veneración excesiva de todo lo clásico, que los llevaba a veces al extremo de querer trasladar a nuestros tiempos el ambiente del mitologismo antiguo y les cerraba los ojos para no ver el peligro moral de algunos escritos de los poetas antiguos; finalmente, en algunos de ellos un espíritu de rebeldía y subjetivismo en el juicio práctico de las cosas, que los ponía en contradicción con la autoridad jerárquica de la Iglesia, a la que preferían la autoridad de los clásicos.

Los peligros a que podía llegar este movimiento aparecen claramente en algunos célebres humanistas. Así, Pomponius Laetus organizó hacia 1460 una Academia en Roma, que debía reproducir el clasicismo antiguo, para lo cual, sus miembros recibían nombres clásicos y llevaban una vida medio pagana. Hasta tal punto llegó el abuso, que Paulo II tuvo que intervenir. A imitación del clasicismo romano, comenzó a ponerse de moda cierto libertinismo y epicureísmo, que tuvo efectos lamentables. Así aparece sobre todo en la actividad desarrollada por Lorenzo Valla († 1465), benemérito por algunos trabajos de sana crítica, pero que en su escrito «De voluptate ac vero bono», presenta como ideal la doctrina de Epicuro, y en multitud de trabajos, escritos en un latín elegantísimo, manifiesta un espíritu de maledicencia y una audacia en el pensar, que causaron gran escándalo en su tiempo. Más dañino a las costumbres fué Antonio Beccadelli († 1471), quien compuso una serie de poemas o epigramas con el título de «Hermaphroditus», en que sacó a relucir todas las inmundicias de los versos de Ovidio.

Desde un punto de vista más filosófico o ideológico, manifestaron algunos humanistas tendencias peligrosas. A ellas pertenece la representada por Nicolás Machiavelli († 1527), según el cual la única norma de moral para el príncipe es su propia conveniencia. Más trascendental fué el ataque sistemático desencadenado por muchos humanistas contra la jerarquía y el principio de autoridad, así como también contra la vida religiosa, el Monacato y el sacerdocio en general.

III. Los Papas del Renacimiento hasta 1517 ⁷⁾

398. Mientras el Pontificado, durante la primera mitad del siglo XV, tuvo que luchar contra los ataques que le dirigían la teoría conciliar y la nuevas tendencias heréticas del tiempo, no perdió de vista el movimiento de renovación que se iba realizando, sobre todo en Italia. Por esto es interesante la observación, que tan pronto como los Papas quedaron relativamente libres de los trastornos religiosos, causados por los Concilios de Constanza y Basilea, iniciaron su intervención activa en las corrientes renacentistas del tiempo, convirtiéndose bien pronto en los mayores mecenas del Renacimiento. Por esto a los Papas de este tiempo se les denomina «Papas del Renacimiento».

A este propósito conviene hacer algunas observaciones. Ya antes de Nicolás V, que es el primer gran Pontífice del Renacimiento, habían trabajado los Papas en el movimiento cultural, ya iniciado. Los Papas de Aviñón lo habían fomentado, y consta que Martín V intro-

⁷⁾ The Cambridge modern History. I. The Renaissance. Trad. cast., vol. I. B. 1914. STEINMANN, E., Rom in der Renaiss. von Nikolaus V bis Leo X. 3.^a ed. 1908. BONCOMPAGNI, L., Roma nel Rinascimento, I. Albano 1928.

dujo en su cancillería a algunos humanistas, como también Eugenio IV fué gran protector de las artes.

a) **Nicolás V (1447-1455)** ⁹⁾. Fué el iniciador y prototipo de los Papas del Renacimiento. Se llamaba Tomás Parentucelli y era ya conocido como entusiasta humanista, como coleccionador de libros y favorecedor de los literatos. Al ser elevado al solio Pontificio, Nicolás V se convirtió en el centro del movimiento renacentista de su tiempo, dando con esto gran prestigio al Papado. Desde un principio dedicó sumas inmensas a la renovación y ornamentación de la ciudad de Roma y a la protección decidida de todos los espíritus más elevados de su tiempo. Por esto, los prohombres del Renacimiento celebraron su Pontificado como el mayor triunfo, y estuvieron, en una forma o en otra, al servicio del Papado.

Así, *Fra Angélico* († 1445) decoró el despacho privado del Papa, hoy capilla de San Lorenzo. *Nicolás Perotti* fué nombrado secretario apostólico, y por encargo del Papa tradujo a Polibio. *Filelfo* se ocupó de la traducción de Homero. En general, una de las grandes preocupaciones de Nicolás V fué traducir al latín toda la literatura griega, en lo cual ocupó gran número de humanistas, a quienes remuneraba regiamente. La caída de Constantinopla en 1453 trajo a Italia gran número de eruditos, como Lascaris, quienes trajeron consigo preciosos manuscritos, que vinieron a parar a manos de Nicolás V. Su entusiasmo por el movimiento humanístico le hacía cerrar los ojos al inconveniente de mantener relaciones y favorecer a hombres como *Beccadelli* y *Valla*. No obstante la excesiva libertad de que hacía alarde, continuó *Poggio Bracciolini* en el puesto de secretario, que había ocupado durante siete Pontificados.

Pero la gloria más pura de Nicolás V es el haber reunido un número considerable de manuscritos, que hizo ingresar en la *Biblioteca Vaticana*, de la cual es considerado con razón como fundador. Además, tuvo ocasión de celebrar grandes acontecimientos, que dieron a conocer el brillo que había alcanzado el Pontificado. Así, el año 1450 tuvo lugar el gran Jubileo, que trajo a Roma grandes masas del pueblo cristiano. En marzo de 1452 coronó solemnemente al emperador Federico III (1440-1493).

Por lo que se refiere a la reforma y en general a los asuntos propiamente eclesiásticos, Nicolás V, contra lo que ordinariamente suele decirse, les dedicó una atención digna de tenerse en cuenta. Prueba de ello es la impresión que hizo el plan de reforma presentado por el cartujo Jacobo de Jüterbogk, y, sobre

⁹⁾ EHRLE, E., *Historia bibliothecae Romanorum Pont.*, I. R. 1890. JONQUIÈRE, C. DE LA, *Histoire de l'Empire Ottoman*. 2 vol. P. 1914. SCHLUMBERGER, G., *Le siège, la prise et le sac de Constantinople par les turcs 1453*. 3.ª ed. P. 1922. PLEYE, K., *Die Politik Nikolaus V.* 1927.

todo, el apoyo constante a la obra reformadora de Nicolás de Cusa y de S. Juan de Capistrano. Por otra parte, nombró diversos legados, encargados de sostener los intereses católicos, y consolidó la posición de los Estados pontificios frente a las intrigas de las familias nobles.

Entretanto, la unión con la Iglesia griega, realizada en el Concilio de Florencia (1439), no encontró el apoyo debido en el clero y pueblo. Más aún: en Rusia fué rechazada ya en 1441; en Alejandría, Antioquía y Jerusalén en 1443. El mismo emperador Juan Paleólogo, su más decidido sostén, viendo que con la Unión no obtenía los auxilios deseados para librarse de la presión turca, se enfrió también en su defensa. Con la caída de Constantinopla el año 1453 y la sangrienta opresión que siguió, quedó sumida la Cristiandad en la más horrible situación. Así, mientras en oriente los cristianos eran oprimidos con la más inhumana esclavitud y se favorecía positivamente el cisma con la elevación al Patriarcado de Constantinopla de Gennadio, enemigo acérrimo de la Unión, gemían los católicos de los países balcánicos bajo el yugo mahometano y en todo el occidente se vivía bajo la pesadilla del peligro turco. Nicolás V hizo lo posible para excitar en la Cristiandad la idea de una Cruzada, sin que obtuviera resultado alguno, y bajo la impresión de estos acontecimientos, murió en 1455.

399. b) **Calixto III (1455-1458)** ⁹⁾. Originario de la familia española de los Borja, a la que favoreció de una manera desmedida, mostró cierta indiferencia frente al movimiento humanista, si bien mantuvo generalmente en sus puestos a los prohombres del Renacimiento. Su gran preocupación y como obsesión constante fué el levantar una Cruzada contra los turcos, para lo cual prescribió a toda la Cristiandad oraciones y sacrificios. Para apoyar su acción, nombró diversos legados y utilizó el enorme prestigio del gran predicador S. Juan de Capistrano. Pero ni en Alemania ni en Francia se obtuvo nada. Sólo *Hungría*, amenazada de cerca por el sultán turco, reaccionó ante el peligro inminente, y siguiendo la invitación del Cardenal legado *Carvajal*, levantó un ejército al mando de Juan Hunyadi, quien ganó a los turcos la batalla de Belgrado (1456).

400. c) **Pío II (1458-1464)** ¹⁰⁾. A Calixto III siguió el célebre humanista Eneas Silvio Piccolomini con el nombre de Pío II, con el cual se abrió un nuevo período de mecenazgo pontificio en favor del movimiento renacentista. Después de una vida muy agitada, en que defendió largo tiempo la teoría conciliar y fué el apoyo más decidido del sínodo de Basilea, se pasó con armas y bagaje al Romano Pontífice, a quien defendió con sus

⁹⁾ SANCHIS SIVERA, J., *El Obispo de Valencia D. Alfonso de Borja (Calixto III)*. M. 1926. RIUS Y SERRA, J., *Catalanes y Aragoneses en la Corte de Calixto III*. En *An. S. Tarr.* 3 (1927), 193-330.

¹⁰⁾ WEISS, A., *Aeneas S. Piccolomini als Pius II*. 1897. BOULTING, W., *Aeneas S. (Pius II)*. I. 1909. ADY, C. M., *Pius II*. I. 1913. BUYKEN, TH., *Enea Silvio Piccolomini*. 1931. HOCKS, E., *Pius II und der Halbmond*. 1941.

brillantes dotes de orador, literato y poeta. Es célebre la retracción que hizo de las ideas conciliares, siendo ya Papa, en la bula «In minoribus agentes», donde tiene las conocidas palabras: «Aeneam reicite; Pium recipite».

Por lo demás, sin olvidar los estudios humanísticos, su principal atención estuvo dedicada al peligro turco. En efecto, Mohamed II seguía avanzando por Serbia y los países balcánicos, y entretanto las potencias occidentales, incluso Federico III, no daban ningún paso eficaz contra él. Pío II convocó a los príncipes cristianos en Mantua en 1459; pero sus esfuerzos no fueron secundados. Sin embargo, el rey de Hungría *Matías Corvino* y sobre todo el príncipe *Skandenberg* obtuvieron señalados triunfos contra los turcos. Al fin, en un arrebatado de entusiasmo, el mismo Papa quiso marchar a la cabeza de una armada; pero murió antes de embarcarse en Ancona.

En los asuntos de la reforma desarrolló igualmente notable actividad. Así, organizó una comisión especial, de la cual conocemos dos planes de reforma de la curia. En ambos se insiste, como causa principal de la relajación eclesiástica, en la excesiva acumulación de prebendas. Además se señalan los abusos del nepotismo y de las indulgencias. Por otra parte, dió Pío II la bula «Excecrabilis», en la cual amenazaba con excomunión el abuso entonces muy en boga de apelar por cualquier cosa a un Concilio universal. En Francia obtuvo de Luis XI una serie de ventajas para la autoridad pontificia, por lo cual dió a sus monarcas el título de «Cristianísimo».

Paulo II (1464-1471) no manifestó interés especial por los estudios humanísticos, si bien era aficionado a las antigüedades. En el conclave había jurado una capitulación, por la que se obligaba a continuar la guerra contra los turcos y a desterrar el nepotismo; pero una vez elegido quiso invalidarla, por lo cual se entabló un conflicto ruidoso entre él y el Colegio Cardenalicio. Sin embargo, se ocupó con seriedad de la cuestión turca, aunque con poco éxito. Para extirpar los abusos del gran número de empleados en la cancillería pontificia, suspendió el Colegio de abreviadores, que eran unos setenta; por lo cual los humanistas que estaban allí colocados, se alzaron contra él. Platina, que era uno de ellos, se vengó luego del Papa, con una obra, en que pintaba con negros colores su carácter. También procedió Paulo II contra la Academia Romana, dirigida por Pomponio Leto, por sus tendencias gentiles.

En la reforma propiamente tal, consta que procuró cercenar los abusos simoníacos, persiguió valerosamente la venalidad y todo acto de recibir presentes y procuró seleccionar con sano criterio a las personas que colocaba en altos puestos.

401. d) Sixto IV (1471-1484)¹¹. Con este Pontificado aumenta el estado de despreocupación religiosa y mundanización del Papado, que caracteriza el período siguiente hasta León X. Había sido general de los franciscanos; era hombre erudito y de una vida intachable, lo cual le valió ser elevado al Cardenalato y luego al Solio pontificio. Fué gran protector de las artes y debe ser considerado como uno de los más ilus-

¹¹ RODOCANACHI, E., Une cour princière au Vatican pendant la Renaissance (Sixtus IV bis Alex. VI), P. 1926.

tres mecenas del Renacimiento. La Biblioteca Vaticana le debe buen número de sus más preciosos manuscritos; muchos monumentos de Roma y en particular la célebre *Capilla Sixtina*, le deben a él su origen.

Estas actividades del Papa no le hicieron olvidar el peligro turco. De hecho quiso organizar una Cruzada, pero los príncipes cristianos cerraron los oídos a su fogosa predicación. El peligro llegó a su colmo con la caída de Otranto en la Apulia; pero las discusiones que siguieron a la muerte de Mohamed II, impidieron el avance de las armas turcas.

El lado negro de este Pontificado lo forma su exagerado nepotismo del Papa y su escasa preocupación por la reforma eclesiástica. En lo primero fué más bien víctima de los parientes, quienes, elevados por él a altos puestos, abusaron de su inexperiencia en los negocios y obtuvieron inmensas riquezas. El más tristemente célebre fué *Pedro Riario*, Provincial de los franciscanos y elevado al Cardenalato, pero que con su insaciable acumulación de prebendas y su vida licenciosa, dió gran escándalo a la Cristianidad. Muy semejante fué su hermano *Jerónimo Riario*, quien elevado a príncipe de Imola, ejerció un influjo constante en el Papa, a quien con su sed de riquezas y su falta absoluta de escrúpulos, complicó en multitud de negocios, como la conjuración contra los Medici. Asesinado Juliano y herido Lorenzo de Medici en la catedral, se tomó luego dura venganza de los conjurados, entre los cuales había algunos sacerdotes. Por esto Sixto IV excomulgó al dux Lorenzo y lanzó entredicho contra la República. El peligro de los turcos contribuyó a la reconciliación. El mismo nepote Jerónimo Riario fué causa de diversos conflictos con Nápoles y Venecia, y con las familias de los Colonna y los Orsini.

402. e) Inocencio VIII (1484-1492). Llamábase *Bautista Cibo* y fué elegido bajo el influjo del Cardenal Juliano della Rovere. Antes de su ordenación sacerdotal había llevado una vida algo libre, y aunque después evitó los mayores excesos, siguió más bien la corriente de mundanización de la curia y de la Iglesia. Causó graves disgustos y gran escándalo su interés en favorecer a dos hijos naturales, habidos antes de las órdenes; uno era Franceschetto, a quien primeramente no dejó presentarse en el Vaticano; pero que luego casó solemnemente con una hija de Lorenzo de Medici.

Entretanto aumentaba la relajación de la curia pontificia. En vez de atacar a la raíz del mal, el Papa más bien lo empeoró aumentando en dieciocho a veinticuatro el número de secretarios de bulas, cargos que se obtenían por medio de determinadas sumas de dinero. La vida de los Cardenales dejaba bastante que desear. Las prebendas abundantes de que disponían, les permitían vivir en lujosos palacios, y por esto eran los que más se oponían a la verdadera reforma eclesiástica. Hasta qué punto se podía llegar en esto, lo manifiesta la elección en el Colegio Cardenalicio del hijo de Lorenzo de Medici, niño entonces de trece años, a quien colmó el Papa de prebendas eclesiásticas.

403. b) Alejandro VI (1492-1503)¹². Después de Inocencio VIII subió al trono pontificio el Cardenal *Rodrigo de Borja*, sobrino de Calixto III.

¹² PORTIGLIOTTI, G., I. Borgia. Milano 1913. SANCHIS SIVERA, J., El Cardenal Rodrigo de Borja en Valencia. M. 1924. ROO, P. DE, Materials for a History of Pope Alexandre VI and his Time. 5 vol. Bruges 1924. MATHEW, A. H., The

Nacido en Játiva en 1430, recibió de su tío Calixto III diversas prebendas, y bien pronto fué creado Cardenal; pero llevó una vida escandalosa, sin que bastaran a hacerlo cambiar de conducta las amonestaciones de Pío II y los buenos deseos que algunas veces concibió. Conforme atestigua una documentación abundante, aun después de elevado a la dignidad cardenalicia se dejó llevar de la incontinencia, y aun siendo Papa favoreció desmesuradamente a sus cuatro hijos naturales, sobre todo a Lucrecia y César Borja. A Lucrecia la presenta la documentación moderna mucho mejor de lo que hizo correr la fama. En cambio César, contando diecisiete años fué creado arzobispo de Valencia y Cardenal en 1492; pero después del asesinato de su hermano Juan, renunció a estas dignidades y fué nombrado duque de la Romagna. Desde entonces ya no tuvo límites su ambición. Alejandro VI no supo poner coto a los innumerables crímenes que cometió. Recientemente, el publicista Orestes Ferrara ha intentado probar que toda la documentación que presenta a Alejandro VI como padre de sus cuatro hijos naturales y en general bajo tan negros colores por su conducta, está falsificada y es tendenciosa. Las razones que trae son poderosas, pero no convincentes ni suficientes para destruir la tradición que pesa sobre Alejandro VI.

El estado deplorable de las costumbres y los malos ejemplos de las autoridades eclesiásticas y civiles dieron ocasión al ardiente dominico *Jerónimo Savonarola*¹³⁾, del convento de San Marcos de Florencia, para emprender una campaña, en la que obtuvo extraordinarios resultados en la reforma de su convento, de los eclesiásticos y del mismo pueblo. Con su fogosa predicación y su ascetismo seductor, en el que se mezclaban supuestas profecías y milagros estupendos, obtuvo un ascendiente tal, que llegó a ser prácticamente el director político de la República. Pero en medio de su actividad religiosa y ascética, unióse con los franceses, presentándolos como salvadores providenciales, sobre todo a su rey Carlos VIII. Esto excitó la suspicacia de Alejandro VI, quien prohibió a Savonarola la predicación, después de haberse él negado a presentarse en Roma. A esto siguió su rebelión y su consiguiente excomunión en 1497. Savonarola siguió no obstante predicando y clamando contra los vicios de la curia y del Papa, a quien designaba como simoníaco. Sin embargo, al impedir él la celebración de la prueba del fuego entre un dominico, partidario suyo, y un franciscano que lo impugnaba, el pueblo se exaltó contra él, fué asaltado el convento de San Marcos, él mismo apresado, y después de un proceso precipitado en que fué sometido al tormento, sufrió con dos compañeros la pena de muerte «como hereje y despreciador de la Santa Sede». Su actuación ha sido muy diferentemente juzgada, pero en todo caso se puede afirmar, por una parte, que Savonarola se mantuvo doctrinalmente en el terreno de la fe, y por otra parte que, movido de una ilusión más o menos culpable, se puso en contradic-

ción abierta con la autoridad suprema de la Iglesia, a la que debía obediencia.

En el gobierno de la Iglesia, en sus relaciones con los príncipes cristianos y en otros asuntos eclesiásticos, Alejandro VI realizó diversos actos que arrojan algo de luz entre las sombras de su Pontificado. Así, por ejemplo, trabajó intensamente en contener el poder creciente de los turcos, y sobre todo puso término a las contiendas entre los portugueses y españoles en el Nuevo Mundo, trazando por la bula «*Inter caetera*» una línea divisoria entre las posesiones de las dos coronas. Con ésta y otras intervenciones de Alejandro VI, se le puede considerar como acertado promotor de las misiones católicas. Por otra parte, fomentó las Órdenes religiosas y confirmó la bula de Sixto IV sobre la Inmaculada Concepción. Sobre su muerte, acaecida en agosto de 1503, circularon insistentes rumores de envenenamiento; pero parece suficientemente probado que murió de muerte natural.

*Pío III*¹⁴⁾, elegido a la muerte de Alejandro VI, dió claras muestras de querer emprender la verdadera reforma, pero murió a los veintiséis días.

404. f) Julio II (1503-1513)¹⁵⁾. A Pío III siguió rápidamente el Cardenal Juliano della Rovere, con el nombre de Julio II. En las estipulaciones con los Cardenales, que precedieron a su elección, se había comprometido a procurar la reforma con un Concilio; pero luego no quiso saber nada de esto, y si bien en su vida privada fué intachable, se distinguió por su afición al boato y magnificencia y un carácter más bien de guerrero y príncipe secular. Julio II puede ser considerado como gran mecenas del Renacimiento de su tiempo, digno continuador de Nicolás V y Pío II. Entre los artistas protegidos por él figuran Bramante, Miguel Ángel y Rafael, los cuales con los planos de la gran basílica de San Pedro, con las geniales pinturas de la capilla Sixtina y la ornamentación grandiosa de las cámaras pontificias, dejaron un nombre inmortal a este Pontificado.

Pero lo que más caracteriza este Pontificado es la actuación de Julio II en dos grandes empresas militares. La primera fué la restauración de los Estados Pontificios, para lo cual tuvo que arrojar de ellos a César Borja y hacer la guerra a Venecia. Para esta guerra se unió a la *Liga de Cambray*, formada por el emperador Maximilia-

Life and times of Rodrigo Borgia. Pape Alex. VI. 2.^a ed. L. 1924. LA TORRE, F., Del conclave di Alessandro VI, Papa Borgia. R. 1933. FERRARA, O., El Papa Borgia. M. 1943.

¹³⁾ PASTOR, V., 497 s. *Íd.*, Zur Beurteilung Savonarolas. 1898. SCHNITZER, J. (contra Pastor) en Hist. pol. Bl., 121 (1898), 465 s.; 125 (1900), 262 s. *Íd.*, Savonarola. 2 vol. 1923-1924. LOJENDIO, J. M., Savonarola (estudio biográfico). M. 1945. MAGNI, V., L'apostolo del Rinascimento. Savonarola. Florencia 1941. BERZERO, G., Vita di Girolamo Savonarola. Brescia 1942. RIDOLFI, R., I processi del Savonarola. En *Bibliofilia*, 46 (1944), 3 s.; 47 (1945), 41 s. JANTE, A. DEL, Savonarola, l'illuminato di Dio. 2 ed. Bologna 1948.

¹⁴⁾ PICCOLOMINI, E., Il pontificato di Pio III. En Arch. Stor. ital., 5.^a ser., 32 (1903), 102-138.

¹⁵⁾ RODOCANACHI, E., Rome au temps de Jules II et de Léon X. P. 1912. *Íd.*, Histoire de Rome, II: Le Pontif. de Jules II. P. 1928. RENAUDET, A., Le Concile galican de Pise-Milan 1510-1512, P. 1922.

no, Francia y España. Terminada esta empresa, acometió la segunda, consistente en arrojar de Italia a los franceses, que se habían apoderado de Milán y Génova. Para realizarlo mejor, formó con Fernando el Católico y Venecia la *Liga Santa*, con lo que arrojó a los franceses del norte de Italia. Asimismo, para oponerse a los manejos cismáticos del rey francés Luis XII, convocó para 1512 un *Concilio General*. De este modo el sínodo cismático de Pisa se deshizo sin gloria en Lyon.

405. g) León X (1513-1521)¹⁶⁾. El sucesor de Julio II fué el Cardenal Juan de Medici, hijo del célebre dux Lorenzo. Elevado al Cardenalato a los trece años, llegaba al solio pontificio con sólo treinta y siete, donde se distinguió por una protección decidida de los artistas más eminentes de aquel tiempo, en cuyo centro se hallaba Rafael. Por otra parte, se dedicaba con apasionamiento a la caza y a los grandes festejos y diversas representaciones, típicas de aquel tiempo. Con esto se comprende fácilmente que no pudo pensar en la verdadera reforma de la Iglesia, si bien en su tiempo, principalmente, se celebró el Concilio Lateranense, XVIII ecuménico.

Por lo que se refiere a su actuación política, en primer lugar procuró con todas sus fuerzas el engrandecimiento de su familia; por lo demás, fué más bien indeciso y falto de energía, por lo cual algunos le echan en cara doblez de carácter. Antes de la muerte de Luis XII, llegó a una inteligencia con él, por lo cual éste se avino a reconocer el Concilio de Letrán. En cambio, después de muchas oscilaciones, se juntó a la liga contra Francisco I, formada por España, Milán y Suiza; pero vencidos por el rey francés en la célebre batalla de Marignano de 1515, que trajo de nuevo a Francia el Milanésado, León X entró en relaciones con Francisco I, que terminaron con el Concordato de 1516. Finalmente, cansado de la tutela que ejercía sobre él el rey francés, se unió con Carlos V contra él y ambos lograron en 1521 la reconquista de Milán. Poco después moría León X a los cuarenta y seis años de edad.

406. h) Concilio de Letrán de 1512-1517. XVIII Concilio ecuménico¹⁷⁾. Convocado por Julio II para oponerse a los conatos cismáticos del conciliábulo de Pisa, para la reforma de costumbres y para poner la paz entre los príncipes cristianos, sus primeras sesiones transcurrieron sin decisiones dogmáticas ni reformatorias. Formado en un principio casi exclusivamente de italianos, gracias a los esfuerzos del Papa se obtuvo que pronto le prestaran obediencia el Emperador y el rey de Francia. En la sesión VIII, después de reconocer solemnemente el rey de Francia la legitimidad del Concilio, se dieron algunas disposiciones doctrinales, en las dos sesiones siguientes publi-

caron algunos decretos de reforma, y en la sesión XI se publicaba solemnemente el Concordato entre León X y Francisco I, y sobre todo se renovó la bula «Unam Sanctam», con lo cual se proclamaba la suprema autoridad papal y se rechazaba la teoría conciliar. Con la sesión XII, del 16 de marzo de 1517, se puso término al Concilio.

IV. La Iglesia española en este período¹⁸⁾

407. En la Iglesia española de este período se notan todas las características de la Iglesia universal. Al apogeo del siglo XIII siguieron dos siglos de decadencia persistente. Sin embargo, brillaron algunas figuras ilustres y ocurrieron acontecimientos notables. Lo más característico de España es la continuación y término final de la lucha secular contra el Islam, así como también el descubrimiento del Nuevo Mundo.

a) Estado general y fin de la Reconquista. No obstante la debilidad de los reyes de Castilla y Aragón, no se perdió de vista el plan nacional de la Reconquista. He aquí algunos hechos más salientes.

Gracias a la energía de *doña María de Molina*, esposa de Sancho IV (1284-1295), durante los reinados de Fernando IV y Alfonso XI de Castilla se mantuvo la paz interior y se hicieron notables conquistas, sobre todo la de Gibraltar. Pero entonces entraron los Benimerines, pueblo poderoso del África, y derrotaron diversas veces a los castellanos. Ante el peligro que esto suponía, se unió Alfonso XI con los reyes de Aragón y Portugal y obtuvo la célebre *victoria del Salado* en 1340.

La intervención de los españoles en el cisma de occidente tuvo bastante importancia, sobre todo por el apoyo que prestaron a Clemente VII y luego a Benedicto XIII, que era español. Al fin, viendo la obstinación de éste, le negaron la obediencia y acudieron a Constanza. En el *Concilio de Basilea* distinguieron: el Cardenal Juan de Torquemada, quien empleó su ciencia y erudición en favor del Romano Pontífice; además, el arzobispo de Burgos, Alfonso; los Cardenales Cervantes, Juan de Mella y Alonso Carrillo. Digno de especial mención es Alonso de Madrigal, llamado el *Tostado*, obispo de Ávila.

La conquista de Granada cierra gloriosamente la epopeya secular de la Reconquista. En toda esa empresa apareció el temple de doña Isabel y el valor de don Fernando. Comenzó en 1481, y tuvieron que tomarse una por una las plazas fuertes que formaban el reino de Granada. La nobleza se distinguió por su valor y piedad, llegando a realizar proezas como las de Pulgar y Garcilaso de la Vega. El 2 de enero de 1492 ondearon los estandartes cristianos en la Alhambra, y pocos días más tarde hicieron los Reyes Católicos su entrada triunfal. Esta empresa es un indicio del estado a que se había levantado

¹⁶⁾ VAUGHAN, H. M., *The Medici Papes: Leo X and Clement VII*. I. 1908. *Leonis X. Regesta*, ed. J. Hergenröther, fasc. I-VIII (hasta 1514). 1884-1891. RODANACHI, E., *Histoire de Rome, Le Pontificat de Léon X*. P. 1931.

¹⁷⁾ VERNET, F., *Artic. en Dict. Th. Cath.*

¹⁸⁾ Véanse las obras generales de España, BALLESTEROS, GALLACH y sobre todo MENÉNDEZ Y PELAYO, y asimismo las que se citan en la nota siguiente.

España al fin de este período con los *Reyes Católicos*¹⁹⁾, don Fernando y doña Isabel. En todos los órdenes, España entera quedó reconstituida. En el orden religioso, se trabajó con gran energía por su unidad, muy amenazada por el peligro judío y mahometano. A esto atendió el organismo de la nueva Inquisición, establecido por los Reyes Católicos. En la reforma eclesiástica desarrolló una benéfica actividad el *Cardenal Cisneros*²⁰⁾.

408. b) Concilios y conatos de reforma eclesiástica. Del examen de las disposiciones de los diversos Concilios celebrados en este período se desprenden estos rasgos generales:

1. En primer lugar, la repetición de las disposiciones contra el concubinato y la simonía, en favor de la inmunidad eclesiástica, contra los peligros de los judíos. Esto indica el estado real de la época, debido a la situación general de la Iglesia y a la debilidad de los poderes civiles en España, que contribuía a fomentar la relajación. De este estado de relajación se hacen eco muchos documentos de la época, que aunque recargan las tintas, sin duda responden substancialmente a la realidad. 2. Mas por otra parte, se advierte por estos Concilios españoles, que, si eran ciertos los defectos, no se transigía con ellos, sino que la autoridad competente procuraba su remedio.

Además, son dignos de notarse otros esfuerzos extraordinarios encaminados a la reforma, sobre todo en los claustros. En primer lugar, son célebres los trabajos de reforma monacal llevados a cabo en monasterios particulares por diversos personajes. Así: *Fr. Juan de Villacreces*, reformador del convento de la Saceda y luego de otros conventos franciscanos desde 1390; y *S. Pedro Regalado* († 1450), fundador de un monasterio en 1415, que se distinguió por su estrecha observancia.

La reforma de carácter general tuvo lugar en tiempo de los Reyes Católicos. Su ejecutor fué *Fr. Francisco Jiménez de Cis-*

¹⁹⁾ MARIÉJOL, J. H., *L'Espagne sous Ferdinand et Isabelle*. P. 1892. HEFELE, CH., J., *El Cardenal Jiménez de Cisneros y la Iglesia española en el siglo xv*. B. 1869. BALAGUER, V., *Los Reyes Católicos*. 2 vol. M. 1892. BRIERA SALVATIERRA, F., *Grandezas del reinado de Isabel la Católica*. M. 1904. BARBASÁN, C., *Juicio crítico del Rey Fernando el Católico*. M. 1897. WITTLIN, A. S., *Isabella, Begründerin der Weltmacht Spaniens*. Zurich 1936. WALSH, W. T., *Isabel de España*. Trad. del inglés. 4.ª ed. M. 1940. LLANOS TORRIGLIA, F., *La reina Isabel fundidora de España*. B. 1941. GIMÉNEZ SOLER, A., *Fernando el Católico*. B. 1941. LLAMPAYAS, J., *La España imperial*. Fernando el Católico, 1941. ARCO, R. DEL, *Fernando el Católico, artífice de la España imperial*. Zaragoza 1939. DOUSINAGUE, J. M., *La política internacional de Fernando el Católico*. M. 1944. *Id.*, *Fernando el Católico y el Cisma de Pisa*. M. 1946. SILLÓ, C., *Isabel la Católica, fundadora de España*. Valladolid 1938. CARRIAZO, J. M., *Crónica de los Reyes Católicos por Fernando del Pulgar*. En Colección Crónicas. V y VI. 2 vol. M. 1943. FLÓREZ DE SEPTIÉN Y HUIDOBRO, E., *Reinas Católicas*. M. 1943. FERNÁNDEZ DE RETANA, L., *Isabel la Católica*. 2 vol. M. 1947. LA TORRE Y DEL CERRO, A. DE, *Los Reyes Católicos y Granada*. En *Hisp.*, 4 (1944), (244 s.; 339 s.).

²⁰⁾ HEFELE, Cisneros, *ibidem*. HUIDOBRO, *Historia del Cardenal Fr. Francisco Jiménez de Cisneros*. Santander 1901. FERNÁNDEZ MONTAÑA, *El Cardenal Cisneros*. M. 1921. FERNÁNDEZ DE RETANA, L., *Cisneros y su siglo*. 2 vol. M. 1929. DOMÍNGUEZ BERUETA, J., *El Cardenal Cisneros*. M. 1929. MERTON, R., *Cardinal Gimenes and the Making of Spain*. L. 1934. GARCÍA MERCADAL, J., *La España imperial*. Cisneros, 1436-1517. M. 1941. STARKIE, W., *La España de Cisneros*. Trad. por Alberto de Mestas. B. 1943. RUIZ CRESPO, J. M., *Cisneros, Cardenal regente*. M. 1945. BASABE, E., *Vida de Cisneros*. M. 1945. BRION, M., *Le Cardinal Fr. Ximénez, le Richelieu de l'Espagne*. P. 1948.

neros, apoyado en el favor decidido de doña Isabel. Esta reforma fué una de las empresas más notables del reinado de los Reyes Católicos.

En efecto, Cisneros la acometió con toda intensidad al ser elevado en 1495 a la silla de Toledo. Primero tomó medidas de carácter general procurando la selección en los prelados y dignidades eclesiásticas, y trabajando por la debida instrucción del clero y del pueblo. Luego se dedicó en particular a las *Órdenes religiosas*. La reforma de los franciscanos la emprendió ya en 1493. La oposición fué tenaz. El mismo general de la Orden vino a España y consiguió un decreto del Papa para que se suspendiera la reforma. Pero la Reina puso en juego toda su influencia, y se pudo continuar con bula especial del Papa. Algo parecido se fué ejecutando en las casas de los dominicos, agustinos, carmelitas y otros religiosos.

El efecto fué sumamente beneficioso. No se cortaron todos los abusos; pero en general, la disciplina eclesiástica quedó rejuvenecida. A ello contribuyó la actividad desplegada por Cisneros en la propaganda de obras para la instrucción del pueblo. De ahí brotó aquella gran floración de vida ascética, de grandes santos y escritores ascéticos y místicos de la primera mitad del siglo xvi. A esto, en buena parte, se debe que no logran penetrar en España las ideas de falsa reforma de Lutero.

409. c) Herejías de este período. No obstante el estado deficiente de la vida católica en este período, apenas hubo en la Península herejía alguna. Sin embargo, son dignos de notarse algunos heterodoxos y focos secundarios de ideas heréticas:

1. El heterodoxo de más fama fué *Arnaldo de Vilanova*, probablemente de origen catalán. Distinguióse por sus conocimientos de Medicina y manifestó afición especial a la alquimia y sobre todo a la Teología, que había estudiado ligeramente en su juventud. En las muchas obras que escribió manifestó bien pronto extravagancias y errores peligrosos, a lo que añadió un prurito de atacar y morder a los clérigos, por lo cual fué procesado; pero al fin quedó libre. Obcecado con su idea sobre la venida del anticristo, la expuso en la Universidad de París, ante el Papa Bonifacio VIII, y luego ante los Papas siguientes y ante don Fadrique de Sicilia. Despreciado de todos por sus locuras, murió al fin algo misteriosamente. En una reunión de Teólogos de Tarragona de 1316 se condenaron muchas proposiciones de sus escritos, por su parentesco con los begardos. Vilanova fué más bien un excéntrico que un hereje.

2. Además consta que cundieron bastante *las ideas de los begardos*. En 1320 aparecen en Barcelona *Pedro Oller* de Mallorca y *fray Bonato*. La Inquisición intervino y los castigó decididamente, así como también otros casos que se descubrieron. Al mismo tipo pertenece un foco de fraticelos descubierto en Durango en 1442, cuyo jefe fué un tal *Alonso Mella*, franciscano.

3. Otro heterodoxo, citado con frecuencia, es *Pedro de Osma*, maestro de Teología en la Universidad de Salamanca. Defendió algunos errores sobre la confesión, las indulgencias y poder de perdonar, y llegó a afirmar que la Iglesia puede errar en cosas de fe. Fué procesado, y al fin abjuró las opiniones erróneas encontradas en sus escritos.

410. d) Hombres ilustres de este tiempo. Célebre fué ya al principio de este período *Raimundo Lulio* ²¹⁾, verdadero prodigio de erudición, gran teólogo, gran asceta, gran filósofo y gran literato, desconocido y perseguido de muchos, que murió al fin mártir en 1315. Al siglo XIV pertenecen asimismo un buen número de Santos o Beatos; Sta. Isabel, hija de Pedro III de Aragón, reina de Portugal; Raimundo Alberto, general de los mercedarios, venerado como santo; el Beato Fr. Pedro Tomás, carmelita, a quien elevó el Papa al Patriarcado de Constantinopla.

A principios del siglo XV despiden extraordinarios resplandores la figura del gran apóstol y taumaturgo *S. Vicente Ferrer* ²²⁾, una de las glorias más puras de Valencia, de España y de toda la Iglesia, pues no sólo desplegó su celo en Valencia, sino en diversas partes de la Península, en Francia y en otras naciones de Europa, convirtiendo innumerables judíos y otros muchos descarriados a la verdadera fe. Es prototipo del apóstol popular. Su prestigio extraordinario lo manifestó asimismo en su intervención en asuntos políticoreligiosos de gran trascendencia, como el Compromiso de Caspe y el cisma occidental. Murió en 1419.

Al mismo siglo pertenecen: los dos santos de la Orden franciscana, *S. Pedro Regalado* y *S. Diego de Alcalá* († 1463), así como también el agustino *S. Juan de Sahagún*.

Además de estos y otros santos, ilustraron a la Iglesia española un buen número de *prelados insignes*. Baste nombrar algunos: El Cardenal *Gil Albornoz*, según se ha dicho en otro lugar, fué el hombre providencial para la reconquista y organización definitiva de los Estados pontificios. En el siglo XIV sobresalió el obispo de Burgos, *Pablo de Santa María*, rabino converso, gran apóstol entre los suyos

²¹⁾ LONGFRÉ, E., Art. Lull, en Dict. Th. Cath. AVINYÓ, J., Història del Lullisme. Villanueva y Geltrú, 1925. ALLISON PEERS, E., Ramón Lull. A biography. L. 1929. *Miscellania Lulliana*, Homenaje al B. Ramon Lull en ocasió del VII centenari de la seva naixença. Est. Franc. 1935. RIBER, L., Raimundo Lulio. B. 1935. En «Pro Eccl. et Patria». CARRERAS ARTAU, Historia de la filosofía española, I (siglos XII al XV). (Trata a fondo la cuestión de R. Lull). M. 1939. SUREDA BLANES, FR., El Beato Ramón Lull. Su época, su vida, sus obras. M. 1934. GARCÍAS PALOU, J., El Primado Rom. en los escritos del Bto. Ramón Lull. En Rev. esp. Teol., 2 (1942), 521 y s. RAMÓN LULL. Obras literarias. En B. A. C. M. 1948. BATLLORI, M., Introducción bibl. a los estudios lulianos. Mallorca 1945. CARRERAS ARTAU, J., La cuestión de la ortodoxia lulliana ante el Conc. de Trento. En Bol. Arq. Lul., 29 (1945), 501 s. CALDENTY, M., Reminiscencias lullianas en... Trento. Ibid., 472 s.

²²⁾ SANCHIS SIVERA, J., Historia de San Vicente Ferrer. Valencia 1896. BRETTLE, S., San Vicente Ferrer und sein literarischer Nachlass. 1924. FAGES, P., Histoire de saint Vincent Ferrier. 6 vol. P. 1894-1901. GORGE, M., Saint Vincent Ferrier. P. 1924. JOHANNET, R., Saint Vincent Ferrier (1350-1419). Bruges 1930. *Sant Vicens Ferrer*, Sermous, a cura de J. Sanchis Sivera. Vol. I. B. 1932. En «Els Nostres Clàssics». V. 3. GENOVÉS, V., San Vicente Ferrer en la política de su tiempo. M. 1943. TEIXIDOR, FR. J., San Vicente Ferrer, promotor y causa principal del antiguo estudio gen. de Valencia. M. 1945.

y sobre todo hombre de gran erudición, que compuso varias obras notables de Teología y Sagrada Escritura. *Alfonso de Madrigal*, o *el Tostado*, obispo de Avila, fué sin duda uno de los hombres más sabios de su tiempo. Escribió una exégesis sobre todos los libros del Antiguo Testamento, y otra monumental sobre el Evangelio de San Mateo, además de otras muchas obras. Cuéntanse maravillas de su potencia de retención.

Personajes influyentes de primera categoría fueron en la segunda mitad del siglo XV: *Alonso de Acuña Carrillo*, arzobispo de Toledo, y su sucesor el Cardenal *Pedro González de Mendoza*, gran literato y jurista; pero uno y otro fueron superados todavía por el Cardenal *Jiménez de Cisneros*, alma del movimiento eclesiástico de su tiempo y dos veces regente de la nación.

411. e) Ciencia y cultura eclesiásticas. Si bien es verdad que en una buena parte de este período más bien se nota una gran decadencia literaria y cultural, a la par que en el resto de Europa, sin embargo, se manifiestan en España las corrientes humanísticas y científicas, propias sobre todo del siglo XV.

A esto contribuyeron en primer lugar las *Universidades* ya establecidas, a las que se añadieron otras varias en este período. Tales son: En Lérida en 1300; en Huesca en 1354; en Gerona en 1446; en Zaragoza en 1474. Con el reinado de los Reyes Católicos se multiplicaron los centros docentes de una manera asombrosa; pero ninguno fué tan célebre como la *Universidad de Alcalá*, obra favorita de Cisneros, inaugurada en 1508. La magnificencia con que fué dotada y la selección de los profesores que en ella se juntaron, pusieron bien pronto una base sólida y segura del prestigio que iba a adquirir en todo el siglo XVI. Bien claramente lo manifestó una de las primeras grandes obras que produjo, la *Biblia Políglota de Cisneros*, en la que colaboraron hombres tan eminentes como *Antonio Nebrija* y *Pablo Corónel* ²³⁾.

²³⁾ Sobre la Universidad de Alcalá y otros puntos y personas de la cultura de este período, véanse: URRIZA, J., La preclara Facultad de Artes y Filosofía de la Univ. de Alcalá en el siglo de oro, 1509-1621. M. 1942. BALL, A., F. G., El renacimiento español. Trad. por E. J. Martínez. Zaragoza 1944. FERNÁNDEZ, F., La España imperial. Fr. Hernando de Talavera, Confesor de los Reyes Católicos. M. 1942. LAYNA SERRANO, F., El Cardenal Mendoza como político y consejero de los Reyes Católicos. M. 1935. MERINO, A., El Cardenal Mendoza. B. 1942. GÓMEZ CANEDO, L., Juan de Carvajal. Un gran español al servicio del Papa. M. 1942. MARÍN OCETE, A., Pedro Mártir de Angleria y su «Opus Epistolarum». Granada 1943. CANDAL, E., Ioannis de Torquemada O. P., Cardinalis S. Sixti, Apparatus super decretum Florentinum unionis Graecorum. R. 1942. THEEMOS, P., Jean de Turrecremata. Les relations entre l'Eglise et le pouvoir civil d'après un théologien du XV^e s. Lovaina 1943. MATÉU y LLOPIS, F., Juan L. Vives el expatriado. En Anal. Cult. Val. 2 (1941), 2 y s. L. VIVES, Tratado del socorro a los pobres. Trad. de Fr. Alcayde y Vilar. Valencia 1942. GRAF, P., Luis Vives como apologeta. Trad. por J. M. Millás Vallicrosa. M. 1943. GORDON, J., J. Luis Vives. Su época y su filosofía. M. 1945. GOMIS, J. B., Criterio social de Luis Vives. M. 1946. URMENTA, FERMÍN DE, La doctrina psicológica y pedagógica de L. Vives. B. 1949.

Fuera de estos centros de cultura de carácter nacional, conocido es el canon del Concilio de Valladolid de 1322, que mandaba se establecieran colegios para la formación de clérigos. Además nos consta que varias Órdenes religiosas poseían en sus conventos cátedras de Teología y Letras. Así, cuando fundaron los Reyes Católicos San Juan de los Reyes en Toledo, dispusieron que se establecieran en él dos cátedras de Teología.

En cuanto a los hombres particulares que sobresalieron por su ciencia o cultura, algunos han sido ya citados. Baste, pues, ahora añadir algún otro:

Francisco Jiménez o *Ximenis*, natural de Girona, fué uno de los hombres más eruditos del siglo xiv. Vivió casi siempre en Valencia, donde tomó el hábito franciscano y escribió obras como la «Vita Christi», «De natura angelica», el «Libre de les dones» y el «Crestíá». *Nicolás Eymerich*, célebre como Inquisidor general de Aragón y por las polémicas que mantuvo contra Raimundo Lulio, se distinguió por sus obras canónicas, sobre todo por la que lo ha hecho más célebre, «Directorium Inquisitorum». Además compuso varios tratados teológicos y exegéticos.

Como historiadores o cronistas merecen mención especial *Gonzalo de Hinojosa*, obispo de Burgos, el carmelita Francisco Ribot y el agustino García de Eugui. También en el siglo xiv sobresale como literato el presbítero Juan Ruiz, conocido generalmente con el nombre de *Arcipreste de Hita*.

Mucho más abundante fué la producción y cultura literaria en el siglo xv. *Alonso de Espina*, gran apóstol de la Orden franciscana a mediados del siglo, se distinguió también como teólogo con su *Fortalitium fidei* y otros escritos. Más célebre sin duda fué el Cardenal *Juan de Torquemada*, dominico y profesor de Teología en París y maestro de Palacio de Enrique IV. Murió en 1468 dejando multitud de obras, que acreditan la gran reputación de que gozó en vida. Descollaron también como teólogos, escriturarios o canonistas y por las diversas obras que nos dejaron: Rodrigo Sánchez Arévalo, Fernando de Córdoba, Nicolás Bonet y muchos otros. Como historiadores y cronistas, baste citar al capellán de Enrique IV, *Diego Enriquez del Castillo*, al cura de los Palacios *Diego Bernáldez*, quien escribió una Crónica de los Reyes Católicos, y *Hernando del Pulgar*, quien compuso otra parecida. En realidad, la España de los Reyes Católicos a principios del siglo xvi, deja una impresión, desde el punto de vista cultural y religioso, de una gran fecundidad y exuberancia, que llegó a su apogeo en los reinados siguientes. A la cabeza de los humanistas españoles debe colocarse al insigne Juan L. Vives († 1540).

V. Descubrimiento del Nuevo Mundo. Actividad misionera de la Iglesia ²⁴⁾

412. El espíritu misionero de la Iglesia tomó a fines del siglo xv un nuevo rumbo, ensanchando extraordinariamente su campo de acción. Esto era debido a la serie de descubrimien-

²⁴⁾ JOR AO-PAIVA-MANSO, Bullarium Patronatus Portugalliae. 4 vol. Lisboa. 1868-1876. HERNÁNDEZ, Colección de Bulas y Breves relativos a América y Filipinas. 2 vol. Bruselas 1879. VELASCO GARCÍA, J., Precedentes del descubrimiento de América. En Cambridge Mod. Hist., vol. 22, cap. II. AYARRAGARAY, La Iglesia en América y la dominación española. Buenos Aires 1920. CIVEZZA, M. DE, Storia.

tos que tuvieron lugar a partir de este tiempo, y de un modo particular el del Nuevo Mundo, todos realizados por los portugueses y españoles, que junto con sus armas llevaban la fe cristiana. Con esto alborea una nueva era en la historia de las misiones, que se desarrolla en el siglo xvi; pero recibe su primer impulso a fines de este período.

a) Primeros descubrimientos en África. Ya desde mediados del siglo xiv conocían los navegantes portugueses y españoles las islas Canarias; mas el período de descubrimientos comenzó a mediados del siglo xv. Eugenio IV concedió en 1443 a los portugueses las regiones que descubrieron en el África occidental, y de hecho éstos se extendieron rápidamente. Por otra parte, Juan de Bethencourt, de origen normando, pero a las órdenes de los reyes castellanos, desde 1402 fué conquistando las islas Canarias. En todas estas nuevas regiones se fué introduciendo la fe cristiana, y así nos consta que ya en 1404 fué erigido en la isla de Lanzarote el obispado de Rubicón. Además consta el interés que tomaron los reyes Alfonso V y Juan II por la cristianización de las nuevas regiones descubiertas. Bartolomé Díaz descubrió en 1482 la región del Congo, cuyos primeros misioneros lo convirtieron rápidamente en una misión próspera. Es cierto que en estas nuevas regiones del África se inició bien pronto la más exagerada «trata de negros», que dificultó su cristianización; pero gracias a las amonestaciones de los Papas y a la actividad de los misioneros, se disminuyeron bastante sus horrores.

Un desarrollo ulterior de estos descubrimientos fué el hecho notable de rodear el África por el Sur, abriendo así un camino hacia el Oriente. Los primeros pasos se dieron con el descubrimiento de las islas Porto-Santo y Madeira entre 1418-1419, y Cabo Blanco en 1441. Bartolomé Díaz dobló en 1487 el Cabo de Buena Esperanza. Desde entonces se intensifican las expediciones y se multiplican los nuevos descubrimientos en el África oriental hasta la India.

Pero lo que conviene notar aquí es que todos los descubridores llevaban consigo misioneros, quienes en todas partes iniciaban rápidamente su labor evangelizadora entre los indígenas. Así Vasco de Gama, en su viaje a la India en 1417, llevaba dos Padres trinitarios; Cabral iba acompañado de ocho franciscanos y nueve sacerdotes seculares. Albuquerque con su poderosa armada de 1503, condujo a la India al vicario general Domingo de Sousa, con lo que se introdujo la jerarquía católica. Igualmente llevaban misioneros los navegantes Almeida en 1505, y Da Cunha en 1506. A estos primeros obreros evangélicos siguieron otros dominicos, franciscanos y de otras Órdenes, de modo que rápidamente se fundaron conventos en Goa, Cochín, Salsete y multitud de ciudades, ocupadas por los portugueses. Pronto corrió también la sangre de los mártires misioneros. Así, en 1500 sufrieron el martirio los tres protomártires de la India.

413. b) Descubrimiento del Nuevo Mundo ²⁵⁾. Más importante todavía fué el descubrimiento de las Américas, hazaña

universale della Missioni Francescane. 11 vol. R. 1866-1895. TERZORIO, CL. DA, Le missioni dei minori capuccini, t. I-VIII. R. 1913-1932. MANDONET, Les Dominicains et la découverte de l'Amérique. P. 1893. SIERRA, V. D., El sentido misional de la conquista de América. Buenos Aires 1942. SALAZAR, B., Los doce primeros apóstoles franciscanos en México. México 1943. CARRO, V., La Teología y los Teólogos Juristas españoles ante la conquista de América. 2 vol. M. 1944. DAUVERS, F. W., The portuguese India. 2 vol. L. 1894. FLISCHKE, H., Vasco da Gama. Der Weg nach Ostindien. 2.ª ed. 1926. Id., Fernão de Magalhães. Die erste Weltumseglung. 1926. GALLOIS, L., Los portugueses. Sus descubrimientos y colonizaciones. En Lavissee, Hist. Univ., vol. IX, cap. XII.

²⁵⁾ MEDINA, Biblioteca Hispano-americana (1943-1510). 6 vol. Santiago de Chile. 1902. GOTTSCHALK, P., The earliest diplomatic documents on America. The papal bulls of 1493. 1927. BAYLE, C., Expansión misional de España. En Col.

gloriosa que ha inmortalizado el nombre de Cristóbal Colón ²⁶⁾. Mucho se ha discutido sobre su nacionalidad; pues mientras unos afirman que es italiano, nacido en Génova, otros defienden que es español. Lo decisivo es que solamente en Castilla y particularmente en la reina Isabel la Católica, encontró el apoyo moral y los medios para realizar el plan que había concebido, de encontrar un nuevo camino para las Indias por el occidente. Además de la Reina y del Cardenal Mendoza, apoyaban sus planes los frailes franciscanos del Convento de la Rábida, Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena, con todo lo cual pudieron realizarse los ideales de Colón. Efectivamente, el 12 de octubre de 1492 llegó con sus tres carabelas, «Santa María», «Pinta» y «Niña», al Nuevo Mundo, donde echó pie a tierra en la isla de *Guanahamí*, que llamó *San Salvador*.

Aunque, conforme a las más recientes investigaciones de Miss. A. Gould no acompañaba a Colón ningún sacerdote, una de las primeras cosas que realizaron los descubridores, fué entonar un solemne *Te Deum* en acción de gracias al Señor.

pro Eccl. et Patr., 13. B. 1936. LETURIA, P. DE, Las grandes bulas misionales de Alejandro VI. B. 1930. JIMÉNEZ FERNÁNDEZ, M., Nuevas consideraciones sobre la historia, sentido y valor de las bulas alejandrinas de 1493 referentes a las Indias. Sevilla 1944. BAYLE, C., Las bulas alejandrinas de 1493 referentes a las Indias. En Raz. y Fe. 132 (1945), 435 s. (sobre la obra anterior). GIMÉNEZ FERN., Algo más sobre las bulas alejandrinas. En An. Univ. hisp., 8 (1945), 37-88. PEREYRA, C., Las huellas de los conquistadores. M. 1942. CABAL, J., Carabelas de España. Viajes y descubrimientos de los navegantes españoles de los siglos xv y xvi. B. 1942. BERTRAND, J. T., Histoire de l'Amérique espagnole. 2 vol. P. 1930. LÓPEZ DE GÓMARA, F., Historia general de las Indias. 2 vol. M. 1932. REPARAZ, G. DE, Historia de la Colonización. En Col. Labor, n.º 328-329. B. 1933. DANTIN CERECEDA, J., Exploradores y conquistadores de India. M. 1934. HERRERA, A. DE, Historia general de los hechos de los Españoles en las islas y tierra firme del Mar Océano. Ed. de A. Ballesteros Beretta. 3 vol. M. 1934-1935. LETURIA, P., John Mair y Vitoria ante la conquista de América. En An. Asoc. Fco. Vit., 1930-1931. III, 43-84. MÜNZ, H., Vitoria and the conquest of America. Manila 1935. PERRICOT Y GARCÍA, Historia de América y de los pueblos americanos, I: América Indígena. B. 1935. BALLESTEROS GAIROIS, M., Historia de América. M. 1946. GALVAO, A., Tratado dos descubrimientos. 3.ª ed. Porto 1946. BABELON, J., L'Amérique des Conquistadores. P. 1947. BALLESTEROS BER, A., Génesis del descubrimiento. R. 1947. PÉREZ EMBID, FL., Los descubrimientos en el Atlántico... hasta el tratado de Tordesillas. M. 1948.

²⁶⁾ CAPPA, R., Colón y los españoles. M. 1889. ÍD., Estudios críticos sobre la dominación española en América. 18 vol. M. 1888-1896. HARRISSE, H., Christophe Colomb devant l'Histoire. P. 1892. ASENSIO, J. M., Cristóbal Colón. Sus viajes, sus descubrimientos. 2 vol. B. 1892. STREICHER, F., Die Heimat des Kolumbus. En Span. Forsch. 2 (1930). FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, M., Viajes de Colón. 2.ª ed. M. 1934. MADARIAGA, S. DE, Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón. Buenos Aires 1940. HONBEN, H. H., Cristóbal Colón. De la leyenda al descubrimiento. Trad. por J. de Bandujo. B. 1942. MATEO, A. M., Colón e Isabel la Católica. Valladolid 1942. MORISON, S. E., A life of Christopher Columbus. Boston 1942. BALLESTEROS GAIROIS, M., Cristóbal Colón. M. 1943. BALLESTEROS BERETTA, A., Cristóbal Colón y el descubrimiento de América. 2 vol. B. 1945. ARTECHE, J. DE, Elcano. M. 1942. MELÓN RIZ DE CORDEJUELA, Magallanes-Elcano o la primera vuelta al mundo. Zaragoza 1943. FRAMIS, Fernando de Magallanes. M. 1944.

Mas no se detuvieron aquí Colón y sus arriesgados navegantes. Inmediatamente se dirigió hacia Cuba y descubrió la isla de Haití, que recibió el nombre de *Hispaniola*, y dejando una buena guarnición de españoles, volvió a España en mayo de 1493. Ante un acontecimiento de tanta trascendencia, el Rey Católico don Fernando se apresuró a obtener del Papa Alejandro VI una serie de concesiones, con el fin de poder continuar libremente aquellos descubrimientos. Es digna de mención la bula «*Inter caetera*» de 3 de mayo de 1493, por la que se concede a los españoles el derecho sobre las tierras nuevamente descubiertas, y para evitar conflictos con los descubridores portugueses, se traza la *línea de demarcación*. Esta debía pasar a cien leguas de distancia de las islas Azores y Cabo Verde, pero mas tarde se convino con Portugal en fijarla a 370.

Una de las cosas en que insisten las bulas pontificias, es en la evangelización de las nuevas tierras descubiertas, que se impone como condición a los Reyes Católicos. Por esto, antes de emprender Colón su segundo viaje, el 10 de mayo de 1493, le dieron los reyes una instrucción, en que expresaban su voluntad de que se atrajera a la fe cristiana a todos los nuevos pueblos descubiertos. Siguiendo, pues, las órdenes del Monarca, acompañaba a Colón en el segundo viaje al Nuevo Mundo una expedición de misioneros jerónimos y franciscanos, presididos por el benedictino P. Boil. Desembarcados en Haití o Santo Domingo, la llamada isla Hispaniola, y mientras Colón y los suyos ensanchaban su radio de acción hacia Cuba, Puerto Rico y demás Antillas, los misioneros trabajaban incansablemente en la conversión de los indígenas. Los misioneros franciscanos nos aseguran que en 1500 habían convertido ya tres mil indios.

En 1498 hizo Colón un tercer viaje, en el que descubrió la isla Trinidad y llegó hasta el continente Americano. Por dificultades surgidas entre él y otros capitanes españoles, enviaron los Reyes un comisario regio, quien llegó a encarcelar a Colón. En 1502 pudo éste hacer su cuarto viaje a América. Murió en Valladolid el 21 de mayo de 1506.

Entretanto se intensificaban los trabajos de misionización. El impulso más notable lo recibió ésta en 1502 con la expedición de diecisiete franciscanos, que acompañaban al comisario regio Nicolás Ovando. En 1510 llegaba una expedición de dominicos, capitaneados por Fr. Pedro de Córdoba. Casi al mismo tiempo iniciaron su actividad religiosa los mercedarios, jerónimos y agustinos. Con esto se fueron organizando diversas cristiandades, formadas por españoles e indígenas, por lo cual ya en 1504 se erigieron tres diócesis en la Española; en 1511 quedó organizada definitivamente la jerarquía católica de las Antillas, con las sedes de Santo Domingo en Haití (Hispaniola), cuyo primer obispo fué el franciscano *García de Padilla*, y Concepción de la Vega, también en la Española, con el dominico *Fr. Pedro de Deza*. No mucho después se estableció la de San Juan de Puerto Rico, con el sacerdote secular *Alonso Manso*. El primer obispo de Tierra Firme fué *Fr. Juan de Quevedo*, O. F., consagrado en agosto de 1513 en Panamá. El desarrollo ulterior de estas cristiandades se verá en el período siguiente.

414. c) **La cuestión de la esclavitud de los indígenas.** Desde un principio los colonizadores españoles habían usado y abusado de los indígenas para sus intereses personales, por lo cual muy pronto se planteó la cuestión sobre si era lícito usarlos como esclavos. Doña Isabel, después de hacer examinar el asunto por los teólogos, había prohibido cautivarlos. Sin embargo, aunque se esquivaba el nombre de cautivos y esclavos, de hecho los indígenas vivían en las *encomiendas* españolas en verdadera esclavitud, y muchas veces eran tratados inhumanamente.

Por esto los dominicos y otros religiosos protestaron diversas veces y defendieron públicamente la ilicitud de aquel sistema de cautiverio. Distinguiéronse de un modo particular Fr. Antonio de Montesinos y Fr. Pedro de Córdoba, O. P. Sin embargo, otro misionero no menos célebre, el franciscano Fr. Alonso de Espinar, representaba los intereses de los colonos. En general se marcaron ya en esta ocasión las diferentes tendencias en el modo de apreciar a los indígenas americanos; pues mientras los dominicos los presentaban como dóciles y morigerados, por lo cual debía tratárseles con blandura, los franciscanos reconocían su indolencia e inconstancia, si bien protestaban contra los abusos de los colonos. Por fin prevaleció el criterio representado por estos últimos, que fué apoyado por los jerónimos, por lo cual en 1513 el Rey dió una serie de disposiciones en favor de la libertad de los indios, pero al mismo tiempo llamó la atención sobre las exageraciones de algunos misioneros.

Con esto se intensificó en América la trata de negros de África, pues éstos eran más robustos y aptos para los pesados trabajos de minas y cultivo del azúcar. Por esto se tuvo que insistir de parte del gobierno en la protección de los indígenas, por lo cual el Cardenal Cisneros, Regente a la muerte de don Fernando, prohibió en 1516 la introducción en América de los negros de África. Es cierto que esta disposición apenas se observó, y que los colonos siguieron abusando de los indios; pero hay que hacer notar que las autoridades españolas, sobre todo el Consejo de Indias, siguió constantemente urgiendo las disposiciones que les favorecían.

CAPÍTULO IV

Tendencias heterodoxas de este período

415. Como en los períodos anteriores, también en éste hubo varios movimientos heréticos; pero lo nuevo de ellos es su carácter francamente antipontificio. A ello dió ocasión la serie interminable de calamidades que cayeron sobre la Iglesia, sobre todo el cisma de occidente. De esta manera se fué preparando el ambiente para la revolución de Lutero.

I. Intensa corriente de rebeldía

Los primeros movimientos heterodoxos se presentan entre elementos procedentes de los mismos defensores de la Iglesia y entre los mismos teólogos. La confusión de los tiempos nubló sus inteligencias y contribuyó eficazmente a que se pusiera de este modo la base de otros errores más trascendentales.

a) **Los franciscanos espirituales o fraticelos**¹⁾. Desde el principio hubo algunos franciscanos que, tratando de defender el rigor primitivo, se declararon en rebeldía. Estas ideas rigoristas fueron tomando un aspecto fantástico, sobre todo con los sueños apocalípticos de Pedro Juan Olivi y el abad Cisterciense Joaquín de Fiore. Pero junto con el rigorismo iba siempre unida la tendencia a la insubordinación y rebeldía.

Con este espíritu se explican varios hechos que acaecieron con los *Espirituales* o *Fraticelos*, que son los nombres que se daba a estos extremistas franciscanos. *Celestino V* había favorecido su plan de for-

¹⁾ WADDINGUS, L., *Annales Minorum*. 2.^a ed. R. 1731 s. *Bullarium francisc.*, I-IV. R. 1759-1768. Supplem. V-VII. OLIRE, LIV., *Documenta inedita historiam fraticellorum spectantia*. Quaracchi 1913. En Arch. Fr., 3-6 HOLZAPFEL, H., *Handbuch der Gesch. des Franziskaner Ordens*. 1909. GRATIEN, P., *Histoire de la fundation et de l'évolution de l'Ordre des Frères Mineurs au 13.^e siècle*. P. 1928. EHRLICH, FR., *Die spiritualen, ihr Verhältnis... zu den Fraticellen*. En Arch. Lit. Kg. MA., 2-4. 1886 s. RENÉ DE NANTES, *Hist. des spirituels dans l'Ordre de Saint François*. P. 1909. En Ét. Franc., 14-22. TOCCO, F., *La questione della povertà nel secolo XIV*. Napoli 1910. BALTHASAR, H., *Gesch. des Armutstretes im Franziskanerorden bis z. Konzil v. Vienne*. 1911. En Vorref. Forsch., 6. DOTTRE, D. L., *The Nature and the Effect of the heresy of the Fraticelli*. Manchester 1932.

mar una congregación franciscana independiente; pero *Bonifacio VIII* anuló todos los actos de su predecesor en este asunto. En consecuencia, los espirituales quedaron muy amargados. Así se explica que, al levantarse los Colonna en 1297 contra Bonifacio VIII, se pusieran de su parte y atacaran encarnizadamente al Romano Pontífice, en quien veían al mismo anticristo. Con sus libelos contribuyeron a socavar el prestigio del Pontificado.

Más notable fué aún su fanatismo en tiempo de *Clemente V*. Al publicar este Papa una declaración, en la que exigía bajo las penas más severas la unión entre los franciscanos espirituales y los conventuales, muchos de aquéllos se rebelaron y aun apostataron de la fe. Más aún: a la muerte de Clemente V, levantáronse en el sur de Francia y en Italia, cometiendo diversos atropellos contra los demás franciscanos. Juan XXII tuvo que entablar en 1317 procesos contra ellos, de resultados de los cuales algunos fueron quemados.

Poco después se renovó la rebelión. Entre los mismos conventuales se planteó el problema de la pobreza, y algunos extremistas defendían que Cristo y los Apóstoles no habían poseído nada, ni siquiera lo que consumían. Los ánimos se fueron acalorando, y Juan XXII tuvo que intervenir declarando esa opinión como herética. Entonces los nuevos extremistas, con no menor acrimonia que los antiguos espirituales, iniciaron una campaña furibunda contra el Papa. A la cabeza del movimiento iban el general *Miguel de Cesena*, *Guillermo de Occam* y *Bonagrata*. Al fin se escaparon a Alemania, donde, ya excomulgados y en rebeldía, trabajaron con sus escritos al lado de Luis de Baviera en su lucha contra el Papado.

416. b) Teoría conciliar. La *teoría conciliar* es, sin duda, la tendencia herética que más caracteriza este período. El principio de esta teoría, que consiste en defender la superioridad del Concilio sobre el Papa, aparece ya claramente en las luchas de los poderes civiles, Felipe el Hermoso y Luis de Baviera, contra el Papa. *Guillermo de Occam* la propuso en sus escritos antipontificios. Pero el golpe más temible contra el poder pontificio y la defensa más abierta y decidida de la teoría conciliar, fué obra de los profesores de París, *Juan de Jandún* y *Marsiglio de Padua*, en su escrito «Defensor pacis» de 1324.

Los efectos desastrosos de estas ideas aparecieron claramente con ocasión del gran cisma, así como también se vió entonces la gran extensión que habían alcanzado. En todos los intentos de solución del cisma, aun en las personas mejor intencionadas, presidía la suposición de que el Concilio era superior al Papa. El efecto que esta doctrina podía producir, lo manifiesta el Concilio de Pisa, que en vez de unión trajo división. Solamente gracias a la renuncia del Papa legítimo Gregorio XII, se obtuvo al fin la deseada unión. Terminado el cisma, gran parte de los teólogos continuaron defendiendo la teoría conciliar, como se vió en el sínodo de Basilea. Mas por desgracia, continuó más o menos latente este modo de pensar, que contribuyó decididamente a la revolución religiosa de Lutero.

II. Herejías de Juan Wicklef y Juan Huss

417. La herejía de Juan Wicklef, como la de Huss, tienen un carácter de franca rebeldía contra la autoridad pontificia, basada en parte en un nacionalismo exagerado.

a) Juan Wicklef (ca. 1329-1384) y el wicklefismo ²⁾. *Juan Wicklef*, así llamado por su ciudad natal Wicklif, en York, había hecho sus estudios en Oxford, y ya entonces se asimiló algunas ideas apocalípticas de Joaquín de Fiore. El sentimiento nacionalista, en oposición con Roma, se manifestó en Inglaterra de un modo especial, al negarse Eduardo III a pagar el tributo feudal al Papa. En las discusiones que siguieron comenzó Wicklef a manifestar sus opiniones radicales, deshaciéndose en invectivas contra el Papa y la propiedad del clero. Estas mismas ideas las expuso luego en una serie de escritos. Más aún: dió comienzo a una violenta campaña contra el Monacato, porque veía que en los monjes encontraba sus defensores el Papado. Todo este movimiento de Wicklef encontró apoyo en la corte y aun en el pueblo. El año 1372 fué nombrado profesor de Teología en Oxford.

Desde este momento intensificó su propaganda. Mas al fin tuvo que intervenir la autoridad eclesiástica. En 1377 Gregorio XI condenó diecinueve errores de Wicklef. Precisamente entonces estalló el gran cisma, lo cual sirvió a Wicklef para arreciar en su campaña contra el Papado. Éste es el blanco de sus obras, escritas entonces, «De potestate Papae» y «De Ecclesia». Para él, Cristo era el único Papa. Cada elegido era un sacerdote. El Papa de Roma era para él el anticristo. Asimismo comenzó a proponer la Sagrada Escritura como única fuente de la fe, negaba la transubstanciación en la Eucaristía, llamaba a la confesión invento tardío y atacaba con vehemencia el culto de las imágenes y las indulgencias. Su intensa actividad fué secundada por sus partidarios, que eran llamados *Lollardos* o sembradores de cizaña (*lollium*).

418. b) Juan Huss y el husitismo en Bohemia ³⁾. El fanatismo religioso de los albigenses y valdenses y algunos predicadores bien intencionados que atacaron con excesiva crudeza los vicios del clero y del Monacato, prepararon el terreno para la revolución religiosa de *Juan Huss*. Éste nació en 1369, y desde 1396 era profesor de Filosofía en la nueva Universidad de Praga. Dedicóse asimismo a la predicación y comenzó bien

²⁾ *Opera*, ed. por Wyclif-Society. Hasta 1922, 40 vol. L. 1883 s. LOSERTH, J., Artíc. Lollarden, Wyclif en Realenz. prot. Th. HEDDE, R., Artíc. Lollards, en Dict. Th. c. CAPES, W., History of the English Church in the 14. and 15. Centuries. L. 1900. BELLOC, H., History of England. III (1348-1525). L. 1928. TREVELYAN, G., M., England in the Ages of Wyclif. 4.ª ed. L. 1909. BONET-MAURY, G., Les précurseurs de la Réforme. P. 1904. GAIKNER, J., Lollardy and the Reformation in England. 4 vol. L. 1908-1913. ARROWSMITH, R. S., The Prelude to the Reformation. L. 1923. WORKMAN, H. B., John Wyclif. 2 vol. O. 1926. TREVELGAN, G. M., England in the age of Wyclif. L. 1946.

³⁾ *Joh. Huss*, Opera omnia, ed. W. Flajshans, fasc. I. 1914. LOSERTH, J., Beiträge zur Gesch. der hussit. Bewegung, I-V. 1877-1895. ID., Huss und Wiclif. 2.ª ed. 1925. WORKMAN, H. B., The Age of Huss. L. 1902. STEJSKAL, J. R., Le procès de Joh. Huss. P. 1923.

pronto a atacar con vehemencia la corrupción de la Iglesia. En estas ideas le confirmó la lectura de los escritos de Wicklef.

Todo esto llamó la atención en la Universidad, donde había una mayoría de alemanes, por lo cual en 1403 fueron censuradas setenta y cinco proposiciones de Wicklef. Pero entonces la minoría checa tomó el asunto como causa nacional e hizo suya la causa de Huss. El mismo rey Wenceslao se puso de su parte, cambió los estatutos de la Universidad y aun nombró a Huss rector de la misma. Por efecto de esto muchos alemanes abandonaron la ciudad, mientras el arzobispo Sbínsko condenaba una serie de proposiciones de Wicklef, en 1410 lanzaba la excomunión contra Huss, y en 1411 el entredicho sobre Praga.

La lucha se enardeció entonces mucho más. Huss, puesto ya en el camino de la rebelión, siguió en sus diatribas contra el Papado, presentaba a Wicklef como un santo y llegaba a hacer quemar una bula de Gregorio XII. El efecto fué que en 1412 también el Papa lo excomulgó y declaró en entredicho la ciudad en donde residiera. Huss apeló a un Concilio y al juez supremo, Cristo. Sin embargo, se retiró de Praga; pero a su retiro acudían grandes masas del pueblo, fanatizadas por él. Entonces escribió su obra principal «Tractatus de Ecclesia». En ella y en otros escritos suyos aparece la doctrina de que S. Pedro no fué la verdadera cabeza de la Iglesia; la única cabeza de la Iglesia es Cristo. La dignidad papal proviene del Emperador. Las censuras eclesiásticas son invención del anticristo.

En estas circunstancias se anunció el Concilio de Constanza de 1414. El rey Segismundo quiso que Huss compareciera, y le proporcionó un salvoconducto. Con él se presentó Huss ante el Concilio; pero a las pocas semanas fué preso y se inició su proceso. Segismundo trató de hacer valer su salvoconducto; pero ante la evidencia de la culpa de Huss, se sujetó al Concilio. Precisamente sobre esta conducta de Segismundo, después de haber concedido a Huss su salvoconducto, y sobre la del Concilio, que no lo respetó, se ha discutido mucho. El Concilio, por su parte, condenó cuarenta y cinco proposiciones de sus escritos. Se le exigió que abjurara de ellas; pero ante su obstinada negativa, convicto y confeso, el 6 de julio de 1415 fué condenado y quemado como hereje. Once meses después se aplicó la misma pena a su discípulo *Jerónimo de Praga*.

El ajusticiamiento de Huss lo tomaron los Bohemios como una afrenta nacional. Por esto se inició en seguida un levantamiento y una serie de guerras, que se distinguieron por las atrocidades cometidas por los fanáticos husitas. Por fin en 1434, en el Concilio de Basilea, se llegó a una inteligencia con los cuatro artículos, llamados «Compactatos de Praga». Con esto comenzó una paz relativa, pues todavía hubo revueltas, y algunos grupos extremistas persistieron hasta las revoluciones religiosas del siglo siguiente.

CAPÍTULO V

Vida literaria y otras actividades de la Iglesia

419. Aunque resintiéndose de la decadencia eclesiástica general, se desarrolló en este tiempo una intensa actividad en diversos órdenes. Tales son, en primer lugar, la escolástica, que inicia su período de decadencia; la mística, que más bien brilla con particular esplendor; las órdenes religiosas, que en medio de cierta tendencia a la relajación, ofrecen importantes innovaciones y casos de reforma; finalmente consideramos igualmente la institución de la Inquisición española como uno de los casos más palpitantes de la vida y renovación cristiana en la Península Ibérica.

I. La Escolástica en su desarrollo ulterior ¹⁾

El entusiasmo por el estudio, que tanto esplendor alcanzó en los siglos XII y XIII, continuó todavía durante el siglo XIV. De ello son clara muestra, por una parte, las numerosas Universidades que se fundaron en este tiempo, y por otra, la abundancia de hombres insignes que ilustraron la Escolástica. Los Papas continuaron concediendo su más decidida protección a los centros de estudio y a los hombres de ciencia.

Sin embargo, bien pronto aparecen algunos vestigios de marcada decadencia, pues al lado de este entusiasmo por el estudio y en vez de especulaciones dignas y serias, comenzaron a preponderar ciertas discusiones de escuela, que fueron degenerando en el más frío formalismo. Así, pues, el desarrollo de la Escolástica en este período se caracteriza: 1. Por cierta inclinación a cuestiones agudas o discusiones filosóficoteológicas exacerbadas entre escuelas, como sobre la Imaculada Concepción. 2. Como consecuencia de esto, se descuidaban los asuntos fundamentales de la ciencia teológica, y fué pre-

¹⁾ CAYRÉE, F., Précis de Patrologie, vol. II. P. 1030. HUMBERT, A., Les origines de la théorie moderne. I (1450-1520). P. 1910. BÄCKER, C., Die europäische Philosophie des M. A. En Kultur der Gegenwart, vol. I, 5. 2.^a ed. 1913. HUIZINGA, J., Herbst des Mittelalters. 2.^a ed. 1928.

valeciendo el nominalismo. El mismo lenguaje escolástico se llena de tecnicismos y barbarismos con tal abundancia, que ocasionó la reacción, también exacerbada, de los humanistas.

420. a) Juan Duns Escoto († 1308) y la escuela franciscana ²⁾. Este ilustre escolástico, que participa más bien del período anterior, es el doctor franciscano por excelencia y forma como el puente entre la época clásica y el período de decadencia. Nació en Escocia en 1265, y fué célebre profesor en Oxford, en París y en Colonia, donde murió en 1308. Fué designado como «doctor subtilis» por la agudeza de su ingenio, y fundó la escuela franciscana moderna. Sus características son, por una parte, la continuación del augustinismo, defendido desde un principio por la escuela franciscana, y por otra, su oposición al tomismo, frente al cual creó un sistema filosófico-teológico, que se distingue por su agudeza y perfección.

En la cuestión básica de los universales es realista, y más que Sto. Tomás, en contraposición con los nominalistas. Sin embargo, se aparta del doctor Angélico en designar a la forma como principio de individuación. Mas por otra parte, en todo su sistema teológico da la preferencia a la voluntad, no al entendimiento, como Sto. Tomás. Esta primacía se manifiesta de un modo particular en la libertad, en que la voluntad es la causa total de sus decisiones y no está sujeta a ninguna especie de predeterminación. Escoto debe ser considerado como uno de los mejores talentos del apogeo de la Escolástica.

En su corta carrera compuso una serie de obras, sobre algunas de las cuales la crítica de nuestros días todavía discute la autenticidad. Son seguramente suyas: «Quaestiones in Metaphysicam», «Reportata Parisiensia», «Opus Oxoniense» y «De Primo Principio».

421. b) Guillermo de Occam (1295-1349) y el nominalismo ³⁾. Al lado de la escuela tomista y de la escuela franciscana, se formó una nueva, fundada por el franciscano *Guillermo de Occam*, que venía a renovar y agudizar más la división ya existente en el siglo XII entre realistas y nominalistas a propósito de la cuestión de los universales. Su primer promotor fué Guillermo de Occam, discípulo de Duns Escoto e inglés como

²⁾ JOH. DUNS SCOTI, Opera omnia, ed. Vives. 26 vol. P. 1891-1895. *Commentaria Oxoniensis*, ed. M. F. García. 2 vol. Ib. 1912-1914. BERTONI, A., Le bienheureux Jean Duns Scot, sa vie, ses doctrines, ses disciples. Lepanto, 1917. LANDRY, B., Duns Scot. P. 1922. En «Les Grands philosophes». LONGRÉ, E., La philosophie du bienh. Duns Scot. P. 1924. MÜLLER, M., Duns Scotus. Tractatus de primo principio. Ed. crit. 1941. MARTÍNEZ, J. M., Criteriología escotista. Doctrina textual del b. J. Duns Escoto. En Verd. V., 3 (1945), 651 s. BERAUD DE SAINT MAURICE, Jean Duns Scot. P. 1948.

³⁾ SEEBERG, R., Art. Occam. en Realenz. pr. Th. 14. 260-280. AMANN, E., y VIGNAUX, P., Art. Occam. en Dict. Th. Cath. Ib., Art. Nominalisme, ib. 10. Nominalisme au XIV.^e s. Monreal 1948. HOCHSTETTER, E., Studien zur Metaphysik. Wilhelms v. Occam. 1927. GUILIELMO DE OCCAM, Opera politica. Manchester 1940 s. GIACON, C., Guglielmo di Occam. Saggio storico-critico. 2 vol. Milán 1941.

él, maestro celebradísimo de la Universidad de París y hombre de gran talento. Poseía un carácter vehemente e irascible, por lo cual ya en 1326 se vió metido en un conflicto con la autoridad eclesiástica. Efectivamente, habiendo sido citado ante el Papa para explicar algunas opiniones defendidas en sus escritos, acudió a Aviñón, pero pronto se escapó y se puso al servicio de Luis de Baviera en su violenta campaña contra el Romano Pontífice, de que ya hemos hablado. No se sabe si se reconcilió en la hora de la muerte.

Desde el punto de vista filosófico y teológico escribió «De introductione in Porphyrii Isagogen» y «De communitatibus Porphyrii»; «Quaestiones et decisiones super 4 libr. Sententiarum»; «Quodlibeta septem» y otras. El comentario a los libros de las sentencias es sin duda la obra capital; pero en toda su filosofía se trasluce un espíritu de crítica y de escepticismo, que llega a negar la posibilidad de probar por medio de la razón ninguna verdad teológica. En efecto, siendo los universales, conforme a su doctrina, meras ficciones de la mente, nuestros conceptos no responden a la realidad; de donde se deduce la falta de conformidad entre las verdades filosóficas y teológicas. Por tanto, la Filosofía no puede demostrar las verdades de la fe, las cuales deben ser creídas por la autoridad de las Sagradas Escrituras y la definición de la Iglesia, aunque sean contrarias a la razón. Según esto, la existencia de Dios y su unidad son meramente dogmas de fe y no se pueden demostrar.

El fondo de su sistema lo forma una crítica persistente sobre las verdades fundamentales de la Iglesia. Así, por ejemplo, de la transubstanciación afirmaba que, considerada con la luz de la razón, contenía contradicciones. En realidad, las consecuencias del occamismo en la Teología eran demoledoras. Sin embargo, halló muchos partidarios en el siglo XIV y luego en el XV. A todo este sistema se le llamó *vía moderna*, al paso que a los sistemas dominico y franciscano se les denominó *vía antigua*. La lucha entre las dos tendencias llena las discusiones filosóficas y teológicas de este período. Lo que no se puede negar es que el nominalismo de Occam conducía al escepticismo, y preparó el camino de la falsa reforma de Lutero. De hecho, éste estudió en la escuela de Occam y se apoya en sus ideas.

422. c) Tendencias intermedias. Entre las dos nuevas tendencias inauguradas en este período, de Escoto y Occam, nos encontramos con varios escolásticos muy celebrados, que no pertenecen a ninguna escuela, si bien algunos los designan como nominalistas. Lo único que tienen todos ellos de común con el nominalismo es la dura crítica contra el realismo de los tomistas y escotistas. Estos autores son: *Durando de S. Porciano*, *Pedro Auréolo*, *Enrique de Herclay* y *Jacobo de Metz*.

Durando de S. Porciano († 1334), O. P., fué profesor de París y luego obispo de Meaux. Por su valentía en la defensa de sus ideas fué llamado «doctor resolutísimo»; pero habiendo defendido primero el realismo de Sto. Tomás, luego se hizo su enemigo más acérrimo, formando un sistema propio sobre

una base platónico-agustiniana. Su obra maestra son los «Comentarios a las sentencias», donde defiende algunas sentencias temerarias, como que los milagros de Cristo no prueban su divinidad. Por estas ideas tuvieron que intervenir sus superiores.

Pedro Auréolo († 1321), obispo de Aix, se distinguió por su fogosa elocuencia, por lo cual recibió el apelativo de «doctor facundus». Por otra parte, se dejó llevar de un espíritu exagerado de crítica contra el tomismo y el escotismo, y en consecuencia fué a su vez impugnado vivamente por ambos lados. Su obra más importante fueron los comentarios a los cuatro libros de las sentencias, a los que añadió otras muchas, entre las cuales sobresalen los «Compendiosa commentaria S. Scripturae». Por su parte se inclinó a un nominalismo o empirismo especial, que fué desde entonces denominado *conceptualismo*.

423. d) Principales representantes del realismo moderado. Frente a la oposición desencadenada contra el tomismo, los partidarios de Santo Tomás se aplicaron de un modo particular a su defensa, si bien conviene tener presente que los tomistas del siglo XIV conservaban una libertad bastante amplia en sus opiniones individuales. En torno al tomismo, que era el representante más genuino de la *vía antigua* o realismo moderado, se agruparon diversas escuelas, como la de los dominicos, que fué naturalmente la más tenaz en la defensa del doctor Angélico, y las de los agustinos, carmelitas y cistercienses.

El hombre más insigne entre los defensores del tomismo antiguo es sin duda el dominico *Juan Capréolo* († 1444), profesor en París y en Tolosa, quien compuso sus «*Libri IV defensionum theologiae Divi doctoris Thomae de Aquino*» contra los escotistas y nominalistas, por lo cual mereció el nombre de «*princeps Thomistarum*».

En la escuela agustiniano-tomista se distinguió sobre todo *Egidio Romano* († 1316), profesor de París y luego general de su Orden. En 1287 su doctrina fué declarada doctrina de la Orden. Entre los defensores del tomismo son dignos de especial mención igualmente: el cartujo belga, *Dionisio Rychel* o *Rickel* († 1477), llamado *Cartujano*, quien se distinguió por su erudición como escolástico y como místico, como lo manifiestan sus obras; los dominicos Juan de París, Herveas Natalis y Bartolomé de Luca; finalmente, *Tomás de Bradwardin* († 1349), inglés y profesor de Oxford, quien junto con la Teología escolástica cultivó la Astronomía y Matemáticas y mereció el título de «*doctor profundus*». Entrado ya el siglo XVI, se distinguió notablemente *Tomás de Vio* († 1534), de Gaeta, por lo que era llamado *Cayetano*. Fué autor de un magnífico comentario a la Suma de Santo Tomás.

Nicolás de Cusa († 1464)⁴⁾ fué también hombre de extraordinaria erudición en el siglo XV, si bien manifestó en sus escritos bastante independencia. Defendió primero la superioridad del Concilio sobre el Papa; mas luego se puso de parte de Eugenio IV y fué uno de sus principales colaboradores.

⁴⁾ Rotta, P., *Il Card. Niccolò di Cusa*. Milano 1928. COMBES, A., *Jean de Montreuil et le chancelier Gerson*. P. 1942.

424. e) Desarrollo ulterior del nominalismo. Los principios establecidos por Occam y el espíritu de crítica, que tanto él como Durando y Auréolo introdujeron en las escuelas, siguieron su natural desarrollo. Como era natural, Oxford fué el centro más importante de las tendencias de la *vía moderna*, al que siguieron París y otros centros escolásticos del Continente. Las exageraciones y peligros que llevaba consigo la nueva tendencia, aparecieron claramente en los profesores de París *Juan de Mirecourt* y *Nicolás de Autrecourt*, de los cuales este último llegó a negar el valor objetivo del principio de causalidad. Por esto tuvo que intervenir la autoridad eclesiástica. Otros nominalistas, entretanto, se dedicaron de un modo especial a las Ciencias naturales y a la Astronomía. Así, ya entonces se establecieron los principios que más tarde hicieron suyos los sistemas de Copérnico y Galileo. Entre estos investigadores debe ser nombrado especialmente Juan de Buridan.

En el campo eclesiástico propiamente tal trabajaron una serie de hombres ilustres sobre la base de los principios de Occam. Tales son, entre otros: *Pedro d'Ailly* († 1420), francés, profesor y canciller en la Universidad de París, luego Cardenal. En Lógica y Teología siguió las teorías de Occam, llegando a afirmar «*Deus destructo quolibet sensibili extrinseco, posset conservare in anima sensationem*». Siguiendo a Occam, no admite la fuerza de las pruebas de la existencia de Dios.

Juan Charlier o *Gerson* († 1429), llamado por su eximia piedad «*doctor christianissimus*», fué discípulo de Ailly y luego su sucesor como canciller de la Universidad de París. Escribió gran número de obras que le dieron fama universal. En general se declaró siempre discípulo de Occam, pero defendió sus ideas con libertad, por lo cual se le puede llamar nominalista moderado. Esto era más conforme con su espíritu conciliador, que buscaba la inteligencia entre los extremismos de las escuelas. Cultivó asimismo la catequesis y sobre todo la mística, y luchó contra los falsos místicos.

Más importancia, entre los defensores del nominalismo de Occam, tuvo a fines del siglo XV *Gabriel Biel*, nacido en Espira, y desde 1468 miembro de la hermandad de Hermanos de la vida común. Desde 1484 fué profesor de Teología en la Universidad de Tubinga, fundada en 1477, y allí fué en adelante el representante más conocido y estimado de la *vía moderna*. Su obra principal es «*Epithome pariter et collectorium circa quatuor sententiarum libros*», al que debe añadirse el «*Supplementum Gabrielis Biel*». En esta obra expone las ideas de Occam, pero limándolas de algunos extremismos peligrosos. Ejerció notable influjo, según lo prueba el hecho de que los occamistas comenzaron a denominarse «*Gabrielistas*».

425. f) Estudio de la Sagrada Escritura. Ya Sto. Tomás y San Alberto Magno, con los demás escolásticos del siglo XIII, habían utilizado la exégesis, distinguiendo entre el sentido gramatical y el espiritual; pero de ordinario se limitaban a citar las interpretaciones de S. Agustín o S. Juan Crisóstomo, y así las *catenae* que se componían no tenían originalidad. Pero en los siglos XIV y XV la exégesis avanzó notablemente, de lo cual son claro indicio las nuevas cátedras de lenguas orientales, establecidas en las principales Universidades por disposición del Concilio de Viena en 1311.

En este sentido trabajaron de un modo particular: *Nicolás de Lyra* († 1304), de la Orden de San Francisco, quien enseñó con gran loa en París y mereció el título de «*doctor planus et utilis*». El fruto de su trabajo lo reunió en su obra magna, en que comentó toda la Sagrada Escritura, titulándola *Postilla* (de cuyo origen se dan dos

interpretaciones: Post illa [verba textus], y diminutivo de Postea, como noticia marginal). Estableció el principio de que la exégesis debe partir del sentido literal, para lo cual primero expone brevemente este sentido y luego su interpretación junto con las diversas opiniones. Para todo este trabajo utilizó el original hebreo, pero generalmente se valió de las diversas traducciones antiguas. De hecho esta *Postilla* obtuvo extraordinario éxito.

Desde entonces se hicieron cada vez más frecuentes los trabajos de exégesis. Así, el obispo *Paulo de Burgos* (el Burgense) compuso las «Additiones», que es una nueva obra sobre la de Lyra, a quien muchas veces corrige. Más notable y original es *Alfonso de Madrigal*, el *Tostado*, obispo de Ávila, de quien se ha hablado en otro lugar, y escribió amplios comentarios a la Sagrada Escritura.

En la exposición de la *Moral* se siguió más bien el sistema casuístico. Esto se hizo especialmente urgente desde que con las nuevas Ordenes mendicantes se fomentó más el cultivo de las misiones populares, y por tanto de las confesiones. La primera casuística propiamente tal fué la «Summa de poenitentia», de *S. Raimundo de Peñafor*, de la cual se hicieron innumerables reproducciones, síntesis e imitaciones. Dignas de especial mención son: la «Summa Artesana», compuesta por un Minorita, y sobre todo la «Summa Pisanella» de Bartolomé de Santa Concordia, y «Summula confessionis» de San Antonino, arzobispo de Florencia.

La *Historia Eclesiástica* recibió gran impulso con el nuevo invento de la imprenta. Compusieron gran cantidad de crónicas, y algunos más distinguidos humanistas trabajaron por eliminar las fábulas o tradiciones infundadas del campo de la Historia. En este sentido trabajaron, entre otros, Lorenzo Valla, Nicolás de Cusa, Aeneas Silvius Piccolomini, Bembo, Poggio y Platina.

II. Apogeo de la Mística ⁵⁾

426. El principio de la decadencia escolástica en el siglo XIV coincide con una floración extraordinaria de la ascética y mística, que se desarrolló de un modo particular en los claustros. De hecho, mientras los escolásticos de la decadencia se perdían en formulismos y cuestiones de escuela, gran número de almas privilegiadas, entre las cuales se cuentan algunos santos, se dedicaron a la ciencia del espíritu; sin embargo, es digno de notarse que a medida que la ascética y mística se fueron separando de la sólida base de la especulación escolástica, cayeron en cierta oscuridad, y de ahí fácilmente se despeñaron en el falso misticismo.

a) Eckhart († 1327) y la escuela mística alemana ⁶⁾. A la cabeza de los místicos alemanes, que fueron los que más sobre-

⁵⁾ POURRAT, P., *La Spiritualité chrét.*, vol. II. 4.ª ed. P. 1924. Además: O. KERRE, *Die grosse Glut. Textgesch. der Mystik im Mittelalter*. 1926. LEVASTI, A., *Místicos del duecento y del trecento*. Milán-Roma 1935.

⁶⁾ SPAMER, A., *Texte aus der deutschen Mystik des 14. und 15. Jh.* 1912. HORNSTEIN, K. DE, *Les grands mystiques allemands du XIV.º siècle...* Lucerne 1923. DENIFLE, H. S., *Deutsche Mystiker des 14. Jahrh.* 1936.

salieron en la primera mitad del siglo XIV, está el maestro *Eckhart* o *Eckehart* ⁷⁾, natural de Hochheim, no lejos de Gotha. Joven aún, entró en la Orden dominicana, fué luego discípulo de Alberto Magno y se distinguió más tarde como profesor en París, Estrasburgo y Colonia. Pero al mismo tiempo que enseñaba escolástica, en la que siguió substancialmente a Sto. Tomás con algunas innovaciones neoplatónicas, se dedicó de lleno a la mística, componiendo sus célebres «Sermones», «Tractatus» y «Sententiae». Sin embargo, se puede afirmar que no se distingue por la originalidad de su pensamiento y se apoya principalmente en los principios neoplatónicos. En particular se nota el gran influjo ejercido en él por los escritos del seudo Areopagita. Por otra parte, escribía en un estilo brillante, y en las obras escritas en alemán es uno de los mejores escritores de su tiempo.

Mas por desgracia, manifestó en sus escritos cierta confusión en algunos de los conceptos tocantes al conocimiento de Dios y sus relaciones con el mundo, por lo cual fué acusado de panteísmo. Así, pues, en 1326 se inició un proceso inquisitorial contra él; pero Eckhart, sin esperar la decisión de los jueces eclesiásticos, hizo una profesión *solemne de fe y se manifestó públicamente dispuesto a rechazar todos los errores que se encontraran en sus escritos*; pero antes de la solución murió santamente. No mucho después Juan XXII publicó la decisión inquisitorial (27 de marzo de 1329), por la cual se le condenaban dieciocho proposiciones como heréticas y diez como sospechosas de herejía. Partiendo de estas proposiciones, condenadas o sospechosas, son muy discutidos en la actualidad los escritos y el pensamiento de Eckhart; pero en todo caso hay que tener presente que Eckhart vivió una vida ejemplar y murió reconciliado y sometido al juicio de la Iglesia.

Los escritos de Eckhart tuvieron la virtud de excitar a otros hombres notables, los cuales evitaron los extremismos de su maestro y procuraron por medio de escritos en lengua vulgar influir en la piedad del pueblo. Tales fueron: *Juan Tauler* († 1361) ⁸⁾, nacido en Estrasburgo, donde ingresó en la Orden de Predicadores. Trabajó algún tiempo en Colonia y Basilea. Por la extraordinaria aceptación de sus enseñanzas fué denominado «Theologus sublimis et illuminatus» y venerado como director del círculo de los llamados «amigos de Dios».

El segundo gran discípulo de Eckhart fué *Enrique de Suso* († 1366) ⁹⁾, perteneciente también a la Orden de Sto. Domin-

⁷⁾ DENIFLE, H. S., *Meister Eckhart lateinische Schriften*. En Arch. Lit. Kg. MA., II. 1886. KARRER, O., *Meister Eckhart*. 1926. ÍD., *Das Göttliche in Seele bei M. Eckhart*. 1928. BORWE, P., *Die neueren Eckharts Forschungen*. En Schol., 3 (1928), 557-571 (contra Karrer).

⁸⁾ VETTER, F., *Taulers Predigten*. 1910. THÉRY, G., *Esquisse d'une vie de Tauler*. En la Vie spirit. Supplém. Mars. 1927. LUDOLPHUS DE SAXONIA, *Vita Christi*, ed. L. M. Rigollot. 4 vol. P. 1878 s.

⁹⁾ WILMS, H., *Der selige Heinrich Seuse*. 1914.

go, en la que fué algún tiempo prior. Su vida ascética y la caridad ardiente que lo abrasaba dieron a su actividad y a sus escritos un carácter atractivo, que no poseía su maestro; por lo demás, se resiente un tanto del influjo de Eckhart, con sus expresiones oscuras o inexactas. Su primera obra, «De veritate», es una polémica contra los beghardos y los hermanos del libre espíritu. Es notable su obra «Horologium aeternae sapientiae», escrita por él mismo también en alemán, que algunos califican modernamente como el mejor libro de la mística alemana.

Entra de lleno en la exposición del movimiento de la mística en Alemania, el desarrollo de la asociación de los *amigos de Dios*, que tuvo grande influjo en el siglo XIV. Su objeto era propagar las ideas de Eckhart y oponerse a los fraticelos y a los hermanos del libre espíritu. Con este ideal, aunque no hacían votos religiosos, extendieron su influjo en toda la región del Rin, hasta Suiza y Baviera; pero en medio del bien que indudablemente hacían, tomaron un carácter exclusivista, muy parecido al de ciertas sectas de su tiempo. Al frente del movimiento parece estuvieron Tauler, Suso, Enrique de Nordlingen y otras muchas personas insignes; a él se juntaron infinidad de conventos y religiosas dominicanas, como Margarita y Cristina Ebner.

Uno de los que más contribuyeron a dar a conocer esta asociación de los amigos de Dios fué *Rulman Merswin*, comerciante de Estrasburgo. Al mismo círculo pertenece el autor anónimo de un célebre libro compuesto a fines del siglo XIV y que alcanzó gran popularidad, titulado *Teología alemana*. Su objeto es dar una instrucción general sobre la perfección cristiana, que compendia en la sujeción de la voluntad humana a la divina; mas por otra parte, la obra defiende ciertas ideas de un panteísmo práctico, que la hicieron luego sospechosa. De hecho ejerció notable influjo en la senda-reforma del siglo XVI, y de Lutero sabemos que hizo uso de ella frecuentemente.

427. b) Otras figuras y centros de misticismo. Al lado de los nombres citados, son dignas de especial mención una serie de figuras del misticismo católico, del que son ejemplos vivos y prácticos. Tales son: *Angela de Foligno*, célebre por sus éxtasis y terribles sufrimientos, que supo describir admirablemente en la obra «Teología de la Cruz»; *Sta. Brigida de Suecia*¹⁰⁾, la santa extática por antonomasia, confidente regalada de Cristo, de quien recibió insignes revelaciones; *Sta. Catalina de Sena*, mujer providencial de su tiempo, que tanto ayudó al Romano Pontífice en su cautiverio de Aviñón y luego en su lucha contra toda clase de dificultades internas y externas, en todo lo cual y en sus numerosos escritos se manifestó verdadera vidente y mística consumada. Del mismo modo pueden ser contados entre los místicos insignes de este tiempo S. Lorenzo Giustiniani, S. Bernardino de Sena, S. Juan Capistrano.

En relación íntima con los centros alemanes de misticismo se halla el de los Países Bajos, que llegó a adquirir extraordinaria importancia, sobre todo con la actividad de *Juan Ruysbroek* († 1381)¹¹⁾, nacido cerca de Bruselas, que después de

una vida de celo en el ministerio sacerdotal, entró ya sexagenario en los regulares de S. Agustín. En sus excelentes tratados, escritos en lengua vulgar, se acreditó de un misticismo iluminado, que le mereció el renombre de «admirable» y «doctor exático». Sus obras más notables son: «De nuptiis spiritualibus», «De septem gradibus amoris», «De vera contemplatione».

La acusación de panteísmo, que algunos lanzaron contra él, es enteramente falsa; además, se ha averiguado recientemente que bebió buena parte de su inspiración mística en el falso Areopagita y en la escuela de San Víctor. De todos modos, es un gran sintetizador y fué sumamente estimado por Gerson, Tauler y los grandes místicos de su tiempo.

Otro escritor muy benemérito en el campo ascético es el autor de la célebre *Imitación de Cristo*, uno de los libros más leídos de toda la literatura cristiana. Son innumerables las discusiones que se han entablado desde el siglo XVII sobre su verdadero nombre. Muchos defendieron que era el conocido escritor Gersón; pero no parece probable esta opinión. Mucho más probabilidad tiene la teoría, generalmente admitida, de que el autor de la célebre «Imitación de Cristo» es *Tomás Hämerken*, llamado vulgarmente *Kempis*¹²⁾ por la población, cerca de Colonia, donde nació. Su vida nos es bastante conocida, y así sabemos que se distinguió en la dirección de las almas y que murió a los noventa y dos años en 1471. Entre sus obras son dignas de mención por su carácter ascético y místico, «Soliloquium animae», «Hortulus rosarum», «Exercitium spirituale». Uno de sus distintivos es el amor que respira a la persona de Cristo, de lo cual el ejemplo más evidente es el libro de la «Imitación».

Al lado de los dichos debemos citar, como gran escritor místico del siglo XV, a *Juan Gersón*¹³⁾, quien escribió obras notables de carácter ascético y místico y ejerció extraordinaria autoridad e influjo en los círculos de los «amigos de Dios» y demás personas espirituales; además *Dionisio Cartujano*, el íntimo amigo de Ruysbroek, *Gerardo Groot* († 1384), conocido principalmente como organizador de la asociación denominada «Hermanos de la vida común», que fué una de las instituciones que más influyeron en la profundización de

ble. P. 1923. KUCKHOFF, J., Johannes von Ruysbroeck. 1938. LÓPEZ, Bl., Juan Ruysbroek. Adorno de las bodas espirituales. B. 1943.

¹²⁾ Thomae Hemerken a Kempis, Opera omnia, ed. J. Pohl, vol. I-VII, 1902-1922. POHL, J. M., Thomas von Kempen ist der Verfasser der Bücher «De imitatione Christi». COUMOND, J., Les doctrines de l'imitation de Jésus-Christ. Lille 1926. BATLLORI, M., Las últimas aportaciones al problema de la imitación de Cristo Palma de Mallorca 1944.

¹³⁾ CONNOLLY, J. L., John Gerson reformer and mystic. Louvain 1928. STELZENBERGER, J., Die Mystik des John Gerson. 1928. En Bresl. Stud. hist. Theol., 10.

¹⁰⁾ Sta. Caterina da Siena, Libro della divina doctrina, ed. di M. Florilli. Bari 1912. Revelations s. Brigittae. 2 vol. Roma 1928.

¹¹⁾ Oeuvres du Ruysbroek, trad. par les Bénédictins de S. Paul de Wisques. 3 vol. Bruxelles. 1917-1920. WAUTIER, D'AYGALLIERS, A., Ruysbroek l'Admira-

la piedad cristiana en el norte de Alemania. De estos círculos salieron hombres insignes, entre los cuales se cuenta Tomás Kempis.

III. Decadencia y renovación de las Órdenes religiosas ¹⁴⁾

428. Del mismo modo que en la Escolástica y en la vida eclesiástica general, se advierte en este período una marcada decadencia en el desarrollo de la vida monástica y en las Órdenes religiosas. Esta decadencia se observa en las diversas ramas de la Orden benedictina, en casi todas las Órdenes antiguas y, lo que es más sensible, en las Órdenes mendicantes de reciente fundación. A ello contribuían el ambiente general de la Iglesia y las riquezas acumuladas en los monasterios, por lo cual muchos entraban en el claustro en busca de un modo fácil de vivir. Sin embargo, hay que observar que no era general esta relajación. Por de pronto, consta que los cartujos se conservaron perfectamente en su primitiva observancia. Por lo demás, aun entre las demás Órdenes existían multitud de monasterios que conservaron su verdadero espíritu ante la relajación bastante general.

a) **Medidas de reforma de las Órdenes antiguas.** Por esto, la misma Providencia se encargó de suscitar hombres extraordinarios o mover a los Romanos Pontífices o Concilios generales, para que tomaran las medidas necesarias para la reforma de las Órdenes que más lo necesitaban. Uno de los que más trabajaron en la reforma de los religiosos, es el Papa *Benedicto XII* (1334-1342), quien había sido él mismo cisterciense y dió multitud de reformas para los cistercienses y otras Órdenes. Una de las medidas más conocidas en este sentido fué la constitución llamada *Benedictina*, por la cual dividió en treinta y seis Provincias a la Orden de San Benito. Estos conatos de reforma de la gran Orden benedictina llevaron en el siglo xv a la formación de diversas agrupaciones regionales de monasterios, que tomaron el nombre de *Congregaciones*, como la de Santa Justina en Padua, la de *Valladolid* en España, y más tarde la de *San Mauro* en París. Más importancia adquirió la *Congregación de Bursfeld*, iniciada en 1433 por el abad Juan Dederoth, ayudado por el abad de Tréveris Rhode, la cual llegó a abarcar ochenta y ocho monasterios de hombres y mujeres.

En el monasterio de Windesheim, *Florencio Radewyns* inició en 1386 una reforma que tomó el carácter de una nueva obra, extendida luego en Alemania y Holanda. A fines del siglo xv comprendía ochenta y seis monasterios de hombres y dieciséis de mujeres. Asimismo son dignos de mención en Alemania Juan Busch, que reformó cuarenta y tres monasterios, y Nicolás de Cusa, que influyó en la reforma de muchos.

Las divisiones y conflictos que se suscitaron dentro de la *Orden franciscana*, que han sido conmemorados en otro lugar, volvieron a resurgir a fines del siglo xv. El resultado fué la separación definitiva entre las dos ramas de los *Observantes* y *Conventuales*, llevada a cabo por una bula de León X en 1517. En el siglo xvi se hizo la tercera escisión, que dió lugar a la tercera rama franciscana de los *Capuchinos*. También entre los *carmelitas* hubo una lucha parecida de tendencias, que terminó igualmente con la formación de los *Observantes* y *Conventuales*. Las *Órdenes militares* fueron perdiendo en gran parte el objeto principal de su institución, por lo cual se advierte en ellas una sensible decadencia. En los siglos siguientes fueron el baluarte principal contra los turcos en Rodas y Malta.

¹⁴⁾ MEYER, JO., *Buch der Reformatio des Predigerordens*, hg. v. B. M. Reichert. 2 partes. 1908-1909. SALEMBIER, Petrus de Alliaco. Lille 1886. HILFSCHEIDT, St., *Gesch. des benediktin. Mönchtums*. 1929, 253 s. MORO, S., *Antonino in relazione alla riforma cattolica nel secolo xv*. Florencia 1900.

En la *Orden dominicana* trabajaron de un modo especial en la reforma: el Maestro general Raimundo de Capua y Conrado de Prusia. Más notables fueron los hombres extraordinarios que surgieron dentro de la *Orden franciscana*, que contribuyeron a renovar el primitivo fervor. Tales son: *S. Bernardino de Sena* († 1444) ¹⁵⁾, que recorrió con su ardiente predicación una buena parte de Italia, y *S. Juan de Capistrano* († 1456) ¹⁶⁾, que fué como el heredero de su espíritu y el brazo derecho del Romano Pontífice en la reforma de costumbres.

429. b) **Nuevas Órdenes o Congregaciones religiosas.** Los *Olivetanos* o Congregación de la Santísima Virgen del Monte Olivete fueron fundados en 1324 por *Juan Tolomei*, sabio distinguido de la ciudad de Siena, quien, favorecido de un modo especial de la Santísima Virgen, se retiró a la soledad y organizó esta Congregación. La base de su regla la tomó de San Benito. En el siglo xiv contaba ya cien monasterios.

Los *Jesuitas* tienen asimismo como fundador a otro caballero sienés, *Juan Colombini*. Se dedicaban con particular abnegación a las obras de caridad, y de un modo especial al cuidado de los enfermos. Bran legos, pero recibían las Órdenes menores. Fueron confirmados por Urbano V en 1364.

Los *Jerónimos* formaban diversas congregaciones de ermitaños, que seguían la regla de San Agustín con los aditamentos de San Jerónimo. De estas congregaciones son conocidas cuatro en España e Italia. La más insigne fué la española fundada en España por *Fernando Pecha* en 1373 y aprobada por Gregorio XI.

Los *Mínimos* tuvieron su origen de los ermitaños que reunió S. Francisco de Paula hacia el año 1460 y se basan en la Orden franciscana. Por esto se denominan en algunas partes *Paulanos*. Aspiraban a una vida más estrecha todavía que los Hermanos menores y se distinguieron particularmente por el rigor de su penitencia. Fueron confirmados por Sixto IV en 1483 y por Alejandro VI en 1493.

Entre las Órdenes de mujeres sobresale la de *Santa Brígida*, llamada también *Orden del Salvador*, fundada por la gran mística de Suecia y aprobada por Urbano V en 1370. Su ideal era recordar la pasión de Cristo y de su Santísima Madre. Una característica en sus principios fué que los monasterios debían constar de dos partes, una de hombres y otra de mujeres, todos gobernados por la abadesa. Desarrolló una actividad muy benéfica en el norte de Europa.

Entre las nuevas fundaciones religiosas, es digna de particular mención la institución de los *Hermanos de la vida común* ¹⁷⁾ o de la devoción moderna, fundados por *Gerardo Groot* († 1384). Después de una vida algo libre, se convirtió por el influjo del Cartujano y se dedicó a predicar la penitencia en todo el bajo Rhin hasta Bélgica. Con esto fué reuniendo en torno suyo multitud de personas deseosas de la perfección y fundó en Davenport, en Bélgica, una sociedad de clérigos, que sin votos especiales hacían vida común y se dedicaban preferentemente a la contemplación y predicación. Después de la muerte de su fundador siguió desarrollándose bajo el influjo de Florencio Radewyns, y adquirió un influjo extraordinario en la educación de innumerables clérigos y personas de la alta sociedad y en el fomento de la verdadera piedad cristiana. Su regla estaba basada en la de San Agustín. Fundóse asimismo una rama femenina, que

¹⁵⁾ HEFELE, K., *Der hl. Bern. von Siena* 1912. FERRERO-HOWELL, A. G., *S. Bern. of Siena*. L. 1913. DINELLI, L., *S. Bern. da S. Lucca*. 1910. THUREAU-DANGIN, P., *St. Bern. de Siena*. 2.ª ed. P. 1926. FACCHINETTI, V., *S. Bernardino da Siena místico sole del secolo xv*. Milano 1933. *S. Bernardino de S. Saggi e richi nel 5 centenario della morte, 1444-1944*. Milán 1945. PACETTI, D., *De Sancti Bernardini senensis operibus*. Ratio criticae editionis. Florencia 1947.

¹⁶⁾ KERVAIL, L. DE, *Jean Capistran. Son siècle, son influence*. P. 1887. *Id.*, *Un frère mineur d'autrefois: S. Jean de Capistran*. Vauves 1909. HOFER, J., *Johannes von Capistrano*. 1936.

¹⁷⁾ HÖNING, G., *Die Brüder des gemeinsamen Lebens und ihre Zeit* 1894. MESTWERDT, P., *Die Anfänge des Erasmus. Humanismus und Devotio moderna*. 1917.

se parecía a la institución de los Beghardos y Beguinos. De los *Beguinos* se puede decir también que siguieron prosperando en los siglos XIV y XV en Bélgica y en el bajo Rin, en donde los grandes beguinajes constituían verdaderas poblaciones que vivían bajo la misma dirección común.

IV. Fundación y actividad de la Inquisición española ¹⁸⁾

430. De intento hemos dejado para este lugar el interesante asunto de la Inquisición española, fundada por los Reyes Católicos. Precisamente por lo mucho que se ha escrito en pro y en contra, es necesario formarse una idea exacta de este tribunal. Para ello disponemos de un doble género de documentación original: las bulas pontificias, junto con las instrucciones de los Inquisidores generales, que disponían el modo de proceder; y los procesos, que demuestran el modo como en realidad procedía la Inquisición.

a) Institución de la Inquisición española. En España existía ya la Inquisición medieval, y de hecho nos consta de su actividad, si bien estaba circunscrita a Aragón. Se pregunta, pues, ante todo, cuál fué la causa del establecimiento del nuevo tribunal.

La verdadera causa de su establecimiento no son la intolerancia o la avaricia de los Reyes Católicos o de los Romanos Pontífices, como repiten Llorente y Lea, sino el *peligro de parte de los Marranos*, nombre que se daba a los falsos conversos judíos. Así lo testifican los documentos de aquel tiempo y lo admiten los historiadores modernos más concienzudos. Los conatos de los Reyes para infundir a estos falsos conversos los

¹⁸⁾ Para una idea de conjunto y para la bibliografía completa sobre la Inquisición española, véanse nuestras obras: *La Inquisición en España*. 2 ed. B. 1946. *La Inquisición española y los alumbrados*. M. 1936. Aquí sólo indicaremos algunas obras más importantes. *Adversarios de la Inquisición*: LLORENTE, J. A., Memoria histórica sobre cuál ha sido la opinión nacional de España acerca del tribunal de la Inquisición. M. 1812. *Id.*, Anales de la Inquisición de España. 2 vol. M. 1812-1813. *Id.*, Historia crítica de la Inquisición española. 8 vol. B. 1818-1835. Ed. en francés, P. 1812. MELGARES MARÍN, J., Procedimientos de la Inquisición... 2 vol. M. 1886. LEA, E. C., A history of the Inquisition of Spain. 4 vol. 2.ª ed. Nueva York. 1922. *Id.*, The Inquisition in the Spanish Dependencies. Nueva York 1908. LUCKA, E., Torquemada und die spanische Inquisition. 1926. SABATINI, R., Torquemada and the Spanish Inquisition (ilustrada). 6.ª ed. L. 1927. ROTH, C., A history of the Marranos. L. 1933. JOUVE, M., Torquemada, grand Inquisiteur d'Espagne. P. 1934. *Escritores apologistas*: RODRIGO, Fco. J., Historia verdadera de la Inquisición. 3 vol. M. 1876-1877. Sobre esta obra: GRISAR, H., Z. f. kath. Theol., t. III (1879), p. 548 s. ORTÍ y LARA, La Inquisición. M. 1877. Nueva ed. 1934. CAPP, F., La Inquisición española. M. 1888. ALTÖGER, M., Consejo Supremo de la Inquisición. En Rev. Hist. 65-74. Valladolid 1925. *De carácter más imparcial*: Sobre todo diversos trabajos de FIDEL FITA, publicados en los volúmenes XI-XVI del Bol. Ac. Hist., en los que ilustra los orígenes de la Inquisición. En particular recomendamos la obra de R. SCHÄFER, Beiträge zur Gesch. der Inq. 3 vol. 1902. PINTA LLORENTE, M. DE LA, Variedades inquisitoriales. En Ciud. de Dios, 155 (1943), 501 y s.

sentimientos cristianos, resultaron inútiles. Por esto don Fernando y doña Isabel, en el año 1748, obtuvieron del Papa *Sixto IV* una bula, en que se les concedía la facultad de elegir inquisidores que aplicaran el derecho vigente contra los herejes. Como un nuevo e insistente conato de instrucción de los falsos conversos resultara contraproducente, el año 1481, en el mes de enero, se dió principio a la Inquisición de Sevilla. Los primeros inquisidores fueron *Miguel de Morillo* y *Juan de San Martín*.

Hay que reconocer algún rigor excesivo en los primeros inquisidores de Sevilla. Así aparece en las crónicas de Bernáldez y Pulgar y otros documentos. En cambio, Llorente y otros exageran este punto llegando a afirmar que sólo en Sevilla y en 1481 fueron quemadas 2000 personas. Esto es falso. Por otra parte, sin embargo, se debe admitir cierta benignidad en los inquisidores sevillanos. Así se explica que a todos los que se presentaban espontáneamente se concediera perdón, y a los que confesaran su culpa durante el proceso, se les reconciliara con algunas penitencias, de modo que en las crónicas del tiempo hallamos la cifra de 17 000 reconciliados. Asimismo, en las relaciones de autos de fe vemos que, de ordinario, al lado de 5, 10, 20 quemados, aparecen 700, hasta 1000 reconciliados.

431. b) Organización de la Inquisición española. Muchas fueron las dificultades para la organización de la Inquisición española. La nueva Inquisición quedó independiente de la medieval. El Inquisidor general debía ser nombrado por el Rey, si bien necesitaba la aprobación del Papa. En 1483 el dominico Tomás de Torquemada fué elegido primer Inquisidor general. El mismo estableció en seguida varios tribunales en diversas provincias. En 1484 compuso las primeras instrucciones generales en una asamblea reunida en Sevilla. En general, empleó algún rigor; pero es falsa la leyenda formada sobre su crueldad. Los reconciliados en su tiempo fueron muy numerosos. Con frecuencia, al establecerse nuevos tribunales, hubo tumultos promovidos por los ricos conversos. Es conocido el caso del asesinato de S. Pedro de Arbués en Zaragoza en 1485.

El *Consejo Supremo* o simplemente la *Suprema*, tenía la autoridad superior. Su presidente era el Inquisidor general, a quien se juntaban los miembros del Consejo, casi todos clérigos, pero algunos también seglares.

Los *tribunales locales* eran creados por el Consejo supremo. En el siglo XVI hubo catorce en España y varios en ultramar. En cada uno había dos o más inquisidores. Además, existían otros oficiales: fiscal, secretarios, notarios, etc. Es célebre la institución de los familiares, especie de policía o de colaboradores de la Inquisición.

432. c) Modo de proceder de la Inquisición española. Será útil dar aquí una idea de conjunto sobre el modo de proceder de la Inquisición española.

1. DENUNCIAS. Generalmente, a todo proceso precedían algunas denuncias, las cuales se hacían: o bien *con ocasión de la lectura de los edictos de fe*, en los que se cargaba la conciencia de todos los cristianos bajo las mayores penas para que denunciaran a los sospecho-

sos de herejía; o bien *por medio de los mismos encarcelados*, o bien *por medio del espionaje*, con lo cual se descubría a los más astutos.

Sobre las denuncias de la Inquisición se suelen repetir graves inexactitudes. Es falso que la Inquisición se contentase con cualquier denuncia. La lectura de los procesos convence más bien de que se exigían muchas y muy convincentes antes de proceder contra el reo. Es falso que se contentaran con las denuncias *anónimas*. Consta que no se hacía caso de ellas. El uso de los presos para inducirlos a denunciar a sus cómplices no puede presentarse como abuso, pues se usa en todos los tribunales. El *espionaje* tampoco puede presentarse como injusto. Por lo demás, los adversarios han exagerado extraordinariamente su efecto, como si los inquisidores no hubieran dejado vivir en paz a nadie.

2. **CÁRCELES SECRETAS.** Son aquellas en que eran detenidos los reos durante el proceso. Se procedía a la prisión del presunto hereje cuando las denuncias parecían suficientes. Sobre estas cárceles se han dicho las mayores atrocidades, pero los documentos auténticos prueban otra cosa. El protestante E. Schäfer, después de estudiar unos doscientos procesos de protestantes, confirma que *las cárceles secretas de la Inquisición española eran las más suaves de su tiempo*. No eran, pues, calabozos lóbregos y oscuros; pues de los procesos se deduce que en ellas los reos leían y escribían mucho. Consta también que había cama, mesa y otros muebles. La *alimentación* no era deficiente, y así es falso que muchos murieran de peste o incuria. Son rarísimos los casos de muerte en la cárcel. Más aún: había médico especial para los presos.

3. **PRINCIPIO DEL PROCESO.** Después de preso el reo, la primera audiencia se tenía dentro de los ocho días siguientes. En ella, después del juramento, se preguntaba al preso por su genealogía y las oraciones del cristiano. Luego se entablaba una verdadera pugna entre el inquisidor y el preso, en la cual el inquisidor procuraba inducir al reo a decir claramente si había cometido algo contra la fe; el preso, en cambio, trataba de encubrir lo que tal vez había cometido. Esto era muy importante, pues si el preso, antes de la acusación, confesaba llanamente su culpa, era tratado con benignidad. En esta forma se tenían varias audiencias; pero si el reo perseveraba en la negativa, hechas las tres *moniciones* oficiales, se le anunciaba que el fiscal tenía una acusación.

4. **ACUSACIÓN Y PRIMERA DEFENSA.** Inmediatamente el fiscal leía la acusación, en la que se resumían los puntos contenidos en las testificaciones. Leída la acusación entera, volvía a comenzar el fiscal leyendo por orden cada uno de sus apartados, y el reo daba la respuesta que creía conveniente. Generalmente los presos negaban casi todos los puntos de la acusación o los explicaban satisfactoriamente, en lo cual se empleaban varias sesiones.

Hecho esto, se le designaba al preso un *abogado*, y se le daba una copia de la acusación. Con ella y con la ayuda del abogado componía el reo la primera defensa, algo difícil por no conocerse todavía los testimonios de los testigos. El *abogado de la Inquisición española* desarrollaba una actividad mucho mayor de lo que suele decirse. Hay que reconocer su defecto básico, es decir, que era abogado de oficio, y por esto cuando se convencía de la culpa real del reo, no podía continuar en la defensa. En cambio, en la mayoría de los casos, consta que trabajaba por hacer valer todo lo que favorecía al reo.

Esta defensa escrita era leída ante los inquisidores. Generalmente en ella tomaba el reo la misma posición que en la respuesta verbal. Una vez leída la defensa, si no se tenía nada que añadir, se cerraba esta primera parte del proceso y se pasaba a las pruebas.

5. **LAS PRUEBAS.** Ante todo traía el fiscal las pruebas de los testigos contra el reo. Se llamaba la *publicación de testigos*, cuyo testimonio necesariamente debía ser ratificado. Al presentar el fiscal estos testimonios, omitían los nombres de los testigos. Este *secreto de los testigos* es uno de los puntos más discutidos e impugnados sobre el modo de proceder de la Inquisición. Nosotros creemos que era un medio necesario, si se quería llevar a efecto la persecución de la herejía; pues la experiencia había demostrado que, si no existía aquel secreto, se retraían los cristianos de hacer denuncias por miedo a las represalias.

Después de leída toda la lista de los testimonios, respondía el reo a cada uno y al fin recibía una copia. También en esto se empleaban a veces varios días. Entonces, pues, el reo, ayudado de su abogado, *componía la segunda defensa*, que era la más eficaz, y era leída en presencia de los inquisidores.

Pero además disponía el reo de un tercer medio de defensa, los *testigos de abono*. En efecto, nombraba una lista de personas y proponía las preguntas que se les debían hacer, y de hecho todas eran llamadas por los inquisidores y sujetadas a dicho interrogatorio. Por regla general eran parientes y amigos del reo, que debían dar testimonio de su buena conducta. Hay que confesar, con los procesos en la mano, que los inquisidores eran fieles en interrogar a todos estos testigos de abono.

6. **CUESTIÓN DEL TORMENTO.** Terminado esto, si el reo no tenía nada que añadir, el proceso se hallaba en un estadio decisivo. Si la prueba en pro o en contra era convincente, se daba la sentencia, ya absolutoria, ya condenatoria. Pero si era dudosa, con indicios positivos en contra, frente a la negativa del reo, se solía acudir a la cuestión del tormento. A este propósito, son innumerables las falsedades e inexactitudes, que suelen publicarse. Conviene, pues, aclarar algunos puntos.

En primer lugar, es injusto echar en cara a la Inquisición el uso del tormento, pues lo empleaban todos los tribunales. Además es falso que la Inquisición lo aplicara en todos los procesos. En todo el siglo xv no lo empleó, y después, sólo raras veces.

Por otra parte, los géneros de tormento usados por la Inquisición eran más suaves que los de los tribunales de su tiempo. La Inquisición española nunca empleaba tormentos que destruyeran miembros o sacaran sangre. Nunca empleó el tormento del fuego. Los únicos tormentos empleados fueron: el *del cordel* y el *del agua*, y sólo rara vez el de la *garrucha*. Además, antes del tormento el reo era examinado por el médico, y durante el mismo asistía el delegado del Ordinario, quien a veces lo hacía suspender. Por regla general sólo se empleaba una vez en un proceso.

7. **PENAS APLICADAS POR LA INQUISICIÓN ESPAÑOLA.** Terminada la prueba o el tormento, si se aplicaba, debía darse la sentencia. Para ello se reunían los inquisidores, el delegado del Ordinario y los consultores. En caso de duda, se enviaba todo al Consejo Supremo.

La *pena de muerte*. Era la mayor, y según constaba en el derecho, debía ser *por el fuego*. Se daba contra aquellos a quienes se había probado que eran herejes, si ellos mismos no habían confesado su culpa antes que se diese la sentencia. La Inquisición misma no los quemaba, sino que los entregaba al brazo secular, y éste ejecutaba la sentencia. Sin embargo, debe concederse que quienes lo decidían eran los inquisidores; por tanto, ellos eran los responsables, pues incluso se amenazaba con penas eclesiásticas a la autoridad civil, si no ejecutaba la sentencia. Esto supuesto, no puede culparse

a la Inquisición española del hecho mismo de aplicar la pena de muerte contra los herejes, pues esto era entonces admitido por todos y formaba parte del derecho común eclesiástico y civil.

Sobre el número de "víctimas" de la Inquisición española se han dado cifras fantásticas; hasta se ha hablado de cien mil o más. Mas por otra parte, los apologistas han exagerado los números bajos. Ciertamente es imposible dar un número seguro, ni siquiera aproximado; pero se puede afirmar que los cálculos de Llorente y otros enemigos de la Inquisición son muy exagerados. Conviene tener presente que si los reos, después de la sentencia, daban alguna señal de arrepentimiento, no eran quemados vivos, sino muertos con garrote y luego se quemaba el cadáver. De hecho, la mayor parte morían así.

Reconciliación. Todos aquellos cuya culpa estaba probada, pero que se arrepentían antes de la sentencia, eran reconciliados. Sin embargo, recibían penitencias tanto más graves cuanto mayor había sido la herejía y más habían tardado en confesar. Entre estas penas deben contarse: la cárcel perpetua, confiscación de bienes, inhabilitación, sambenito, galeras.

8. AUTO DE FE. El auto de fe consistía en una gran asamblea, donde se reunían todas las autoridades civiles y eclesiásticas con el pueblo en masa, y los reos debían ser condenados o reconciliados con el objeto de publicar las sentencias. Se aprovechaba esta ocasión para excitar al pueblo a defender la verdadera fe, para lo cual se daba a todo el acto gran solemnidad. Por esto los autos de fe eran grandes espectáculos populares.

De aquí se deduce la falsedad de las descripciones, en las que se presentan los autos de fe como reuniones del pueblo para asistir a la quema de los herejes. En el auto de fe solamente se promulgaban las sentencias. Las ejecuciones de los que eran entregados al brazo seglar se cumplían en otro sitio distinto después del auto.

Sobre los efectos que produjo en España durante los dos primeros siglos de su existencia, y sobre los hechos más notables de su actividad, hablaremos en el período siguiente.

CAPÍTULO VI

Culto y vida cristiana

433. Como fácilmente se comprende, el esplendor del culto público y de la vida cristiana en los siglos XIV y XV presenta las mismas deficiencias y características de todas las actividades eclesiásticas. La única excepción gloriosa fué el arte cristiano, que se desarrolló a la par con el movimiento renacentista. El culto *propiamente tal*, la *administración de sacramentos*, *fiestas cristianas* e *instrucción religiosa* presentan marcados síntomas de decadencia y aun de relajación.

I. Desarrollo del arte cristiano ¹⁾

Siguiendo el movimiento general del Renacimiento, el arte cristiano de los siglos XIV y XV y principios del XVI presenta en todos los órdenes características de gran brillantez y exuberancia.

a) Postrimerías del estilo gótico. El estilo gótico, que domina las construcciones cristianas del siglo XIII, siguió en su apogeo durante el siglo XIV, en que experimentó algunas transformaciones que le dan un carácter de exuberancia y magnificencia en contraste con la severidad de las construcciones clásicas anteriores. Esto aparece en la nueva forma que toma el arco, en la bóveda y en toda la ornamentación, por lo que recibió el nombre de *gótico florido*.

De este período gótico se conservan gran cantidad de monumentos en todos los Estados cristianos de Europa, sobre todo en Alemania

¹⁾ MÜNZ, E., *Histoire de l'art pendant la Renaissance*. 3 vol. P. 1888-1895. Id., *Les arts à la cour des Papes Innocent VIII, Alex. VI, Pie III (1484-1503)*. P. 1898. BODE, W., *Die italienische Plastik*. 3.^a ed. 1902. PHILIPPI, A., *Die Kunst der Renaissance in Italien*. 2.^a ed. 2 vol. 1905. VENTURI, A., *Storia dell'arte Italiana*. IV-IX, 3. Florencia 1905-1928. MARLE, R. VAN, *The Development of the Italian Schools of Paintings*. 10 vol. La Haya 1923-1928. FREY, D., *Gotik und Renaissance Grundlage der modernen Weltanschauung*. 1929.

(San Esteban de Viena, la colegiata de Ulm, etc.), en Francia y en Italia. En este período surgió la catedral de Milán y la cartuja de Pavia. Además, conviene advertir que, dada la lentitud con que se iban construyendo las grandes catedrales góticas, muchas de ellas, iniciadas en el siglo XIII, no se terminaron hasta los XIV y XV.

En España se advierte exactamente el mismo fenómeno, con la particularidad de que el estilo gótico tardó más en desaparecer, y precisamente en los siglos XIV y XV dejó gran cantidad de monumentos. Por otra parte, el gótico florido experimentó entre nosotros un desarrollo extraordinario, y en tiempo de los Reyes Católicos llegó a adquirir tales proporciones, que pudo denominarse *Isabelino*, y coincide con el que al mismo tiempo dominaba en Portugal, bajo el reinado de don Manuel. De los monumentos góticos de este tiempo citaremos: la catedral de Barcelona, comenzada en 1289 y terminada en 1329; la de Gerona, comenzada en 1316; la de Palma, construida en su mayor parte durante el siglo XIV; la de Zaragoza, muy influida del estilo mudéjar; la de Sevilla, de fines del siglo XV, y como ejemplos clásicos del estilo isabelino o manuelino, la iglesia de San Juan de los Reyes de Toledo, el colegio de San Gregorio en Valladolid y el Palacio del Infantado en Guadalajara. En Portugal, el tipo clásico de este estilo es el monasterio de jerónimos de Belem. Entre las construcciones civiles dignas de mención citaremos únicamente las varias lonjas construidas en este tiempo, como las de Palma de Mallorca, de 1426; de Valencia y de Zaragoza, y los castillos o fortalezas como los de Coca, Turégano, de la Mota y el de Bellver en las Baleares. El estilo mudéjar siguió igualmente su desarrollo y nos dejó preciosos monumentos en el Alcázar de Sevilla, en la Alhambra de Granada y en otros muchos.

434. b) Estilo del Renacimiento: arquitectura y plástica.

Su fundamento es una imitación libre del clásico grecorromano, por lo cual se explica perfectamente que apareciera bajo la influencia de los humanistas del siglo XV y precisamente en Italia, donde éstos habían adquirido la preponderancia.

La construcción, en conjunto, era más bien sencilla. Sobre la base de las columnas y otros elementos romanos, procuraba sobre todo la amplitud de los locales, a los que dotaba de una ornamentación seria. Por esto es denominado *estilo decorativo*.

El primer florecimiento del estilo renacentista apareció en Florencia bajo la dirección de *Brunelleschi* († 1446), quien construyó la cúpula de la catedral, y *Alberti*. De aquí pasó el nuevo estilo al resto de Italia, y así surgió en Milán la iglesia de Santa Maria delle Grazie, y en Venecia se formó el llamado estilo Véneto. Los Papas asumieron bien pronto la dirección de los grandes arquitectos del Renacimiento. Ya Nicolás V concibió la construcción del gran templo de San Pedro, continuado después con energía por León X y terminado en 1626. Bramante y luego Miguel Ángel fueron sus principales directores. Del mismo modo se propagó el estilo del Renacimiento en otras regiones, sobre todo en Francia, Alemania y España.

En España casi se confunde con el llamado plateresco y tiene su desarrollo entrado ya el siglo XVI.

El *arte plástico* se cultivó principalmente como complemento de las construcciones del Renacimiento, pues precisamente este estilo, llamado decorativo por antonomasia, ofrecía ancho pábulo a los artistas para adornar las iglesias con estatuas, ornamentación de púlpitos, altares, tabernáculos, capiteles y sepulcros. Uno de los principales artistas italianos es Lorenzo Ghiberti († 1455), constructor, entre otras cosas, de las puertas del baptisterio de Florencia. Asimismo se distinguieron con sus imágenes y otras diversas obras plásticas: *Donatello* († 1466) y *Lucas della Robbia* († 1482). En Sena sobresalió *Santiago della Quercia* († 1438). Pero quien elevó el arte plástico a una altura jamás alcanzada por la inspiración cristiana fué *Miguel Ángel Buonarroti* (1475-1564), hombre genial, igualmente extraordinario como arquitecto que como imaginero y pintor. A este primer período de su actividad en el arte plástico pertenece su obra maestra *Pietà*, y el monumento a Julio II, ambos en la Basílica de San Pedro.

En España, el desarrollo de la plástica fué sumamente próspero. En primer lugar hay que notar la gran exhuberancia de estatuas, monumentos y demás obras del arte plástico, que se produjeron en el siglo XIV. La mayor parte de las catedrales góticas nos presentan ejemplos preciosos. Más dignos de mención y más típicos del arte plástico en las catedrales españolas, son algunos retablos monumentales, construidos o al menos comenzados en el siglo XV. Así, *Juan de Vallfogona* y Guillem de la Mota, en la catedral de Tarragona; el mismo Juan de Vallfogona, en la Seo de Zaragoza; *Gil de Siloe*, en el retablo de Santa Ana y capilla del Condestable de la catedral de Burgos, y en el célebre monumento a Juan II en la cartuja de Miraflores. Al mismo tipo pertenecen los retablos de las catedrales de Oviedo, Sevilla y Toledo.

Otra especialidad característica del arte plástico español son las obras de talla en madera, que encierran los coros de nuestras catedrales, por no hablar de las puertas monumentales y otras obras del género, construidas en gran parte a fines de este período. Como ejemplar citaremos el coro de la Seo de Zaragoza, obra principalmente de *Juan Navarro* y los hermanos *Antonio* y *Francisco Gomar*; el de la catedral de Barcelona, tallado desde 1453 por *Matías Bonafé*; el de Sevilla, debido a los artistas *Sánchez* y *Dancart* desde 1475; el de la catedral de Burgos, ejecutado por *Felipe de Borgoña* desde 1499, y el de Toledo por el Maestro *Rodrigo*, aunque terminado en 1540 por *Berruguete* y Felipe de Borgoña.

435. c) La pintura en este período. A fines del siglo XIII el pintor florentino *Cimabué* inició un nuevo movimiento, al que dió nuevo impulso su discípulo *Giotto* († 1337), quienes procuraron dar más vida a las figuras. Con esto se formó la *escuela florentina*, con la que está íntimamente unida la de

Sena. A esto siguió el siglo xv, en que descollaban una verdadera pléyade de artistas de primer orden. En la *escuela de Toscana* brilla en primer término el dominico *Fra Angélico* de Fiesole († 1455)²⁾, célebre por la ternura e ingenuidad de sus pinturas de la vida de Cristo y de la Virgen. De gran influjo en la nueva dirección del arte pictórico fué el realismo de *Masaccio* († 1428) con sus pinturas en la capilla Brancaccio de Florencia. *Filippo Lippi* († 1469) reunió la ingenuidad de Fra Angélico y el realismo de Masaccio. Estas mismas cualidades aparecen en los pintores *Bonozzo Gozzoli* († 1489), *Lorenzo di Credi* († 1537), *Sandro Botticelli* († 1510), célebre por sus Madonas; *Filipino Lippi* († 1504), hijo de Filippo, y finalmente *Domenico Chirlandajo* († 1494).

Son dignos de mención igualmente: En la llamada *escuela de Umbria*, sobre todo *Melozzo da Forlì* († 1494), conocido por la belleza de la forma, que dió particularmente a los ángeles; *Lucas Signorelli* († 1523), *Perugino* († 1524), notable por el dominio de los colores. En la *escuela de Padua*, *Mantegna* († 1506). En la *Veneciana*, los hermanos *Gentile* y *Juan Bellini*, y en la de *Bologna*, *Francisco Francia* († 1517).

De esta manera se llegó al apogeo propiamente tal del arte pictórico italiano, que tuvo lugar a principios del siglo xvi. En él sobresalen: *Leonardo da Vinci* († 1519), verdadero maestro del color, notable por la reproducción fiel del ambiente, por su fina observación y variedad de recursos. Es célebre su «Última cena» en el monasterio de Santa Maria delle Grazie en Milán. A Leonardo sigue *Miguel Ángel Buonarrotti* († 1564)³⁾, citado ya antes, que manifestó en la bóveda y en el altar mayor de la capilla Sixtina y en otras obras suyas gran religiosidad y profundidad de pensamiento. El tercero entre los pintores geniales del apogeo italiano es *Raffaello Santi* de Urbino († 1520), el cual reunió todas las cualidades de los anteriores, sobre todo la perfección de la forma y la genialidad en la concepción. Sus obras clásicas son innumerables, pero entre ellas se distinguieron las varias Madonas y los frescos en las diversas estancias del Vaticano (Escuela de Atenas, Disputa, Parnaso, Misa de Volsena).

Al lado de estas tres grandes figuras de la pintura italiana se distinguen igualmente: el dominico *Fra Bartolomeo* († 1517), *Coreggio* († 1530), *Palma Vecchio* († 1528), *Tiziano Vercelli* († 1576), que entra más bien en el período siguiente y se distinguió por la variedad de su inspiración; finalmente, *Andrea del Sarto* († 1531), gran artista del color y de la belleza de las formas.

²⁾ *Fra Angelico da Fiesole*. Monografías: WINGENROTH, M., 2.ª ed. 1926. SCHOTTMÜLLER, FR., 3.ª y 4.ª ed. 1928.

³⁾ GRIMM, H., *Leben Raphaels*. 2.ª ed. 1886. ÍD., *Leben Michelangelos*. Ed. ilustrada Phaidon-Verlag. 1935.

Fuera de Italia tardó más tiempo en desarrollarse la pintura; pero al fin de este período llegó a adquirir en los Países Bajos y en Alemania un apogeo considerable. En *Francia* siguió cultivándose más bien el arte de las miniaturas, que alcanzó su mayor apogeo en el siglo XIII. Entrado ya el siglo xv empezó a florecer la pintura propiamente dicha en *Bélgica*, donde se distinguieron los dos hermanos *Huberto* († 1426) y *Juan* († 1440) *van Eyck*. Su obra clásica es el célebre altar de Gante. En la *escuela de Brabante* sobresalieron, en primer lugar, su director *Rogerio van de Weyden* († 1464) y su discípulo *Juan Memling*, a los que hay que añadir *Hugo van der Goes* y *Quintín Massys*.

De los Países Bajos penetró el nuevo movimiento en *Alemania*. Son dignos de mención: *Martín Schongauer* († 1488), *Miguel Wolgemut* († 1519) y *Federico Herlin* († 1499); sobre todo *Alberto Dürer* († 1528), notable pintor y escultor por la expresión individual de sus creaciones, que lo convierten en el artista más genial de la Alemania del siglo xvi; asimismo: *Juan Holbein*, superior a Dürer en la armonía de las imágenes, pero no tan profundo ni original en la concepción; finalmente, *Matías Grünewald* († 1530), místico y visionario, muy rico en el colorido, pero frecuentemente de un realismo exagerado, como aparece en su célebre Crucifixión y en la Piedad.

En España fué aún más lento el desarrollo del arte de la pintura. Sin embargo, ya en el siglo xiv y sobre todo en el xv y principios del xvi, son dignos de mención: de la *escuela catalana*, *Luis Borrás* († 1424), de quien se conservan cuadros excelentes; *Benito Martorell* († 1458), discípulo de la escuela florentina y autor del cuadro de la Transfiguración de la catedral barcelonesa; *Luis Dalmau*, que dió desde 1432 nueva orientación a la pintura y es autor del célebre retablo de los Cancellers, y los tres *Vergós*, Jaime, Rafael y Pablo. La *escuela castellana* se inició en el siglo xiv con algunos pintores florentinos, uno de los cuales, *Dello*, nos dejó el precioso retablo de la catedral vieja de Salamanca. Por otra parte, consta que desde 1428 *Juan van Eyck* recorrió el reino de Castilla. Los pintores castellanos más célebres son: *Pedro Berruguete*, autor del célebre «Auto de fe» y de otros muchos; *Jorge Inglés*, a quien debemos el magnífico retrato de Íñigo López de Mendoza, *Fernando Gállegos*, *Juan Flamenco*, *Juan de Borgoña* y *Antonio del Rincón*.

II. Culto, sacramentos e indulgencias ⁴⁾

436. El culto público siguió celebrándose durante este período con el mismo esplendor del precedente, si bien en algunas cosas aparecen síntomas de decadencia. Multitud de Concilios señalaron y urgieron las prácticas que debían observarse en él, y para ello se compusieron multitud de libros, como los Directorios o Manuales de ritos.

a) **Administración de sacramentos.** En general se puede decir que continuaron las prácticas tradicionales. Sin embargo, son dignas de ob-

⁴⁾ SCHMITZ, W., Sakramentempfang gegen Ende des Mittelalters. En St. Mar. L. 1890. I, 540 s.; II, 30 s. KELLNER, Heortologie. 1911. BUND, J., L'année ecclésiastique et les fêtes des Saints dans leur évolution historique. P. 1911. BA- TIFOL, P., Histoire du Bréviaire. 3.ª ed. P. 1911. EISENTRAUT, E., Die Feier der Sonn- und Feiertage. 1914. THURSTON, H., The holy Year of Jubilee. L. 1900. ÍD., The Roman Jubilee. Íb. 1925. PAULUS, N., Geschichte des Ablasses im MA. 3 vol. 1923-1924. REMY, F., Les grandes Indulgences Pontificales aux Pays-Bas à la fin du Moyen Âge (1300-1501). Louvain 1928.

servarse las siguientes particularidades: En el sacramento del bautismo se fué eliminando el sistema de la *inmersión* y quedó en uso exclusivamente el de infusión. La Sagrada Eucaristía fuera de la misa ya desde antiguo se administraba únicamente bajo la especie de pan; pero en este tiempo se introdujo esta costumbre, aun durante la misa, de modo que sólo el celebrante sumía el Sanguis. Así lo sancionó el Concilio de Constanza. Por otra parte, solía recibirse la comunión con muy poca frecuencia, por lo cual algunos sínodos exigieron que se recibiera tres, dos, y aun el de Rávena de 1314, una sola vez al año. Algunos místicos, por su parte, inculcaron la comunión frecuente, pero obtuvieron poco éxito.

Por lo que se refiere a la *Penitencia*, fué cesando definitivamente la *penitencia pública*, a lo cual contribuyó muy eficazmente el sistema de indulgencias.

Para la solemnidad del culto divino contribuyeron eficazmente las fiestas ya de antiguo establecidas y las nuevas que se fueron introduciendo. Entre éstas últimas citaremos las siguientes: la *Santísima Trinidad*, generalizada en la Iglesia por Juan XXII en 1334; la *Visitación de la Santísima Virgen* (2 de julio), que se inició en el siglo XIII y fué aprobada por Urbano VI en 1369; los *Siete Dolores* de la Santísima Virgen, introducida en la Iglesia en el siglo XV; la *Inmaculada Concepción*, en torno a la cual se suscitaron gravísimas contiendas teológicas entre los tomistas y escotistas, de los cuales estos últimos la defendieron con apasionamiento. Sixto IV aprobó esta fiesta, y en 1477 con una constitución especial la dotó de especiales indulgencias. En general se nota la tendencia a aumentar las fiestas de precepto, que variaban según las diócesis, de modo que en algunas llegaban a más de cien al año.

Las prácticas de piedad y devoción se desarrollaron igualmente. Además de las oraciones ya conocidas, el «Credo» y el «Ave María», que se generalizó en el siglo XIII, se introdujeron: en el siglo XVI la «Santa María»; en los siglos XIV y XV el «Angelus Domini», primero el toque y oración por la tarde, luego por la mañana, y más tarde a mediodía con la conmemoración del anuncio del Ángel. El *Via-Crucis*, que hasta el siglo XIII recorrían los cristianos realmente en sus peregrinaciones a Tierra Santa, se introdujo como práctica de devoción en el siglo XV, procurando reproducir las estaciones de la vía del Calvario. El número de estas estaciones varió algún tanto, de modo que hasta el siglo XVII no se fijaron las catorce que hoy conocemos. En algunas partes llegó a haber hasta treinta y cuatro.

437 b) Indulgencias. El sistema de indulgencias se desarrolló extraordinariamente, de manera que tanto en la práctica, por las exageraciones de los fieles, como en la teoría por la doctrina incorrecta de algunos predicadores, se cometieron verdaderos excesos. Una de las indulgencias más estimada era la del *Jubileo*, o año jubilar, durante el cual ganaban los peregrinos de Roma gran número de indulgencias. Primero se celebraba cada cien años; pero Paulo II ordenó que se celebrara cada veinticinco. Más notable fué el progreso que se advierte en este período, de aplicar indulgencias a los difuntos a modo de sufragio. Los Papas concedieron diversas indulgencias de este género. De hecho los documentos pontificios pusieron siempre bien clara la doctrina sobre la indulgencia y las condiciones para ganarla.

Por este mismo tiempo se introdujeron los «altares privilegiados», y asimismo se concedían con alguna frecuencia indulgencias extraordinarias con ocasión de alguna solemnidad. La fe ardiente del pueblo se inflamaba en estas ocasiones y se renovaba como en una misión. Estas indulgencias se concedían a veces con un fin de beneficencia, como construir una iglesia, un hospital o un puente, y así se ponía por condición la satisfacción de una limosna. Esto fué lo que más se prestó a abusos.

Desde el siglo XIV se publicó la bula «In coena Domini», que reunía las censuras reservadas al Romano Pontífice. Su primera redacción data de Urbano V en 1364 y contenía siete censuras. Otra segunda redacción, con diez censuras, se debe a Martín V. Posteriormente tuvo diversas modificaciones.

III. Erudición e instrucción religiosa del pueblo cristiano ⁵⁾

438. La instrucción religiosa del pueblo cristiano fué fomentada de un modo particular en las catequesis y en las escuelas. El resultado fué que, generalmente hablando, el pueblo poseía una erudición religiosa muy suficiente. Así lo demuestran las obras catequísticas que se nos han conservado de este tiempo, las cuales con la invención de la imprenta se propagaron rápidamente. A este grupo de obras pertenecen el «Opus tripartitum» de Gerson, el «Manipulus curatorum» de Guido de Monte Rotherio, y otras muchas obras escritas en lengua vulgar.

A fomentar la piedad y la instrucción del pueblo contribuían poderosamente los devocionarios de este tiempo, que llevaban títulos muy diversos: «Libri confessionis», «Specula confessionis», «Praeparatio ad SS. Communionem», etc. Digno especialmente de mención es el «Liber confessionis» compuesto por Juan Wolff, sacerdote de Frankfurt. Otro tipo de libros de piedad eran los titulados «Ars moriendi», cuyo inspirador parece fué el mismo Gerson.

Como era natural, los sacerdotes eran los encargados de la instrucción religiosa del pueblo. Pero quienes desarrollaron una actividad más paciente y metódica en la predicación fueron las Órdenes mendicantes. Unos y otros fueron apoyados por las disposiciones de los sínodos diocesanos, que insistían en la obligación de los fieles de oír la palabra de Dios, así como de los pastores de almas de anunciarla. Así se concibe fácilmente que, para facilitar el trabajo de los predicadores, se multiplicaran los sermonarios u obras parecidas.

Por desgracia, no todos los predicadores cumplieron su oficio con la debida perfección; y así se advierte, por una parte, cierta tendencia en algunos a discutir cuestiones escolásticas en vez de predicar la doctrina cristiana, y por otra una verdadera exageración en admitir y propagar leyendas y casos raros. Ambos defectos, disculpables por el ambiente del tiempo, contribuyeron a desacreditar muchas veces la predicación cristiana. A esto se añadió otro defecto, que tuvo su origen en el predominio del humanismo en el siglo XV. Con la afición desmedida a los clásicos antiguos que se suscitó en todas partes, los mismos predicadores se dieron a repetir en sus sermones citas sin cuento de los mismos, como si se tratara de textos de la Sagrada Escritura, y aun descuidando ésta notablemente.

Sin embargo, hubo predicadores celosos y santos misioneros, que no sólo contribuyeron con su esfuerzos personal a levantar el ambiente religioso del pueblo, sino que formaron escuela de una predicación sana y sólida, basada en el dogma y en la Escritura. Tales son, por no citar más que los principales: S. *Vicente Ferrer* en España, de quien ya se habló en otro lugar; S. *Bernardino de Sena*, que recorrió gran parte de Italia, renovando con su ardorosa palabra el espíritu de los pueblos, como se ve por los ejemplos de los sermones que se nos han conservado; S. *Juan de Capistrano*, heredero del espíritu de S. Bernardino, gran renovador de costumbres y predicador infatigable de la palabra de Dios. A estos hombres extraordinarios debemos añadir gran número de místicos, quienes con sus exhortaciones y ardientes escritos contribuyeron a levantar el ambiente cristiano.

⁵⁾ KERKER, M., Die Predigt in der letzten Zeit des Mittelalters. En Theol. Quart., 1861, p. 373 s.; 1862, p. 267 s.

CAPÍTULO I

Primer desarrollo del protestantismo
en los territorios alemanes

El movimiento de rebelión tuvo su comienzo en Alemania y territorios circunvecinos, donde consiguió arraigar definitivamente. Así, pues, veamos ante todo cómo se desarrolló el protestantismo en dichos territorios.

PERÍODO II (1517-1648)

La falsa reforma protestante y la verdadera
reforma católica ¹⁾

439. Este período comienza con el levantamiento de Lutero el año 1517, al que siguen otros núcleos semejantes de rebelión, que producen una de las mayores catástrofes religiosas de la Iglesia. En efecto, en la situación deplorable en que se hallaba la Iglesia a principios del siglo XVI, bastó la tea lanzada por los corifeos protestantes, para que se produjera tan deplorable incendio. En estas circunstancias, y ante la necesidad urgente de la Iglesia, Dios le deparó las fuerzas indispensables para que se realizara la verdadera reforma. Así, pues, frente a la catástrofe producida por el protestantismo, se realiza la reacción católica, en la que toman parte el Concilio de Trento, los grandes Papas reformadores, los nuevos Institutos religiosos y la Escolástica rejuvenecida. La consecuencia es la renovación interior de la Iglesia, que se manifiesta en todos los órdenes, particularmente en el resurgimiento de las misiones. El período termina en la paz de Westfalia de 1648, en la que se marca definitivamente la división de las dos confesiones.

¹⁾ SCHNEBER, J., etc. *Kirche und Reformation. Aufblühendes kathol. Leben im 16. u. 17. Jh.* 3.^a ed. 1917. EHRHARDT, A., TROELTSCH, E., *Katholisches und protestantisches Christentum in der Neuzeit*. 2.^a ed. 1922. En *Kultur der Gegenwart*, I, 4. RANKE, L. VON, *Deutsche Gesch. im Zeitalter der Ref.* 6 vol. 1925-1926. *Protyl n-W. l'geschichte*, vol. V: *Das Zeitalter der Relig. Umwälzung Reformation und Gegenreformation, 1500-1660*. 1930. BAC, F., *L'Anti-latin. L'Allemagne de la Réforme. 1517-1546*. P. 1930. HASER, H., *La preponderance espagnole (1559-1660)*. P. 1933. En *Peuples et civilisations. Hist. Gén.* por HALPHEN y SAGNAC, IX. SEPPERT, F. X., *Das Papsttum in der neueren Zeit (1534-1789)*, vol. V. 1936. HAYES, C. J. H., *Historia política y cultural de la Europa Moderna*. Vol. I. 1500-1830. B. 1946. ALT, W. O., *Europe in modern Times*. L. 1947. REDAWAY, W. F., *A history of Europe, 1610-1715*. L. 1948. CRISTIANI L., *L'Eglise à l'époque du Concile de Trente*. En *Hist. de l'Egl.* por Fliche-Martin. P. 1948. EER, K., *Die Geschichte der Kirche im Zeitalter des konfessionellen Absolutismus, 1555-1648*. Viena 1949.

I. Causas que prepararon esta defección general ²⁾

Para entender bien el hecho mismo del levantamiento de Lutero, y sobre todo para comprender la rapidez con que se fué propagando por todo el norte y centro de Europa la revolución por él iniciada, es necesario representarse el estado de la Iglesia y del pueblo cristiano a principios del siglo XVI.

440. a) Estado de los elementos eclesiásticos. Ante todo, téngase presente el efecto producido en el campo de las ideas por las diversas corrientes antipontificias, que llenan todo el período anterior. Ciertamente no puede negarse que el prestigio pontificio había decaído muchísimo. A esto contribuía igualmente el estado deplorable en que se hallaba la curia romana y todo el clero tanto secular como regular. La conducta de algunos Papas durante los decenios anteriores había dejado tras sí efectos desastrosos.

Por lo que se refiere, en general, al *clero secular*, consta que a principios del siglo XVI, en las regiones del centro de Europa, se hallaba en un estado de corrupción del que apenas podemos hacernos cargo hoy día. Una de las causas que más contribuían a ello, era el hecho de que muchos hijos de la nobleza eran destinados a las dignidades eclesiásticas sin atender a su vocación. Por esto, aunque hubo honrosas excepciones, los prelados eran ordinariamente hombre mundanos y abandonaban la dirección de la diócesis a subalternos.

²⁾ Además de las obras y lugares citados en la nota anterior, véanse: PASTOR, trad. cast., VII, 267 s. SCHNÜRER, *Kirche und K.*, III, 259 s. GEBHARDT, B., *Die Gravamina der deutschen Nation*. 2.^a ed. 1895. FINKE, H., *Die kischenpolit. und kirchl. Verhältnisse zu Ende des MA.* En *Röm. Quart. Suppl.* IV. 1896. BÄNDLART, A., *L'Eglise cathol., la Renaissance, le Protestantisme*. 5.^a ed. P. 1905. IMBART DE LA TOUR, P., *Les origines de la Réforme*. 2 vol. Melun 1943-1944. LORTZING, J., *Wie ist die abendländische Kirchenspaltung entstanden?* 1929. ANDREAS, W., *Deutschland vor der Reformation*. 1932. BELLOC, H., *Characters of the Reformation*. L. 1936. WYCKENS, L., *Les origines du Lutheranisme*. En *Nouv. Rev. Th.*, 59, p. 213-239.

La causa de la corrupción en el *bajo clero* era muy diversa. Era la ignorancia y el descuido en que vivía abandonado. Sin retribución cierta en muchos casos, o con retribución insuficiente en las capellanías pobres; sin la instrucción necesaria al sacerdote que debe instruir a los demás, vivía una vida impropia, dedicado a las veces a otras ocupaciones. La consecuencia fué una gran corrupción, por lo cual el concubinato y la simonía se convirtieron en una verdadera plaga. Así lo atestiguan multitud de documentos, no sólo de los humanistas que se complacían en proclamar todos estos defectos y exagerarlos, sino de las personas más sensatas, que se lamentan de ellos y tratan de corregirlos.

El *estado deplorable del clero regular* está asimismo confirmado por innumerables testimonios fidedignos. De todos modos no conviene generalizar demasiado, dejándose llevar de las diatribas de algunos humanistas. Su estado era en realidad muy diverso según las regiones. Es cierto que muchos monasterios de Alemania y de todo el norte y centro de Europa, se mantenían en la más estricta observancia; pero hay que reconocer que otros no menos numerosos estaban completamente relajados. En España, donde la relajación había cundido menos, había costado gran trabajo a Cisneros su reforma.

En general se puede afirmar que la causa que más había contribuido a esta relajación de los regulares, eran las muchas riquezas de los monasterios. Una segunda causa era la plaga de los abades nobles, que recibían esta prebenda sólo por su nobleza, y por consiguiente ni residían en sus monasterios ni daban buen ejemplo con su conducta. Con esto se comprende fácilmente que gran parte del clero secular y regular estaba preparado para sacudir el yugo de la obediencia y demás votos religiosos.

441. b) Situación del elemento secular. Ante todo se advierte, como efecto natural de este estado de cosas, una aversión creciente por parte de muchos seglares contra el clero, al que veían frecuentemente ignorante e indigno. La gente más sencilla conservaba generalmente la fe y las creencias católicas y aun el respeto al clero, sin dar importancia a sus defectos. Pero las personas más instruídas multiplicaban sus protestas y sus muestras de disgusto. En este sentido colaboraron activamente las últimas herejías, los wicklefitas y husitas.

En particular aumentaba en todos la *aversión contra el Papa y la curia Romana*. El cautiverio de Aviñón y todas las corrientes antipontificias se fueron conjurando para fomentar la prevención y odio contra Roma. En esto tuvieron una parte muy importante las contribuciones que con ocasión del cisma se habían aumentado y se urgían con rigor.

La expresión más clara de esta aversión contra Roma se contiene en las célebres «gravamina nationis Germanicae», que fueron una serie de quejas que presentaba el pueblo germano contra Roma, repetidas y urgidas hasta con intemperancia en multitud de ocasiones. Muchas de estas quejas estaban justificadas, sobre todo el que la curia Romana se permitía en Alemania más extorsiones de dinero que en otras partes, lo cual

se debía sin duda a que no encontraba allí, como en Francia, una autoridad fuerte que se le opusiera. Irritóse más esta aversión contra Roma al juntársele el elemento nacional, por lo cual se convirtió en verdadero rencor contra los italianos, a quienes se acusaba de despreciar a los alemanes.

El *humanismo alemán*, con el matiz nacional y sectario que tomó, contenía elementos y tendencias favorables al espíritu antirromano. *Desiderio Erasmo*³⁾ era hombre erudito, pero débil en sus convicciones religiosas y gran seductor. Con su desprecio de la Escolástica, con su ironía y sátiras contra la vida monacal, contribuyó poderosamente a socavar el respeto a la autoridad religiosa. *Ulrico Hutten*, humanista alemán, era hombre de grandes cualidades, pero moralmente corrompido, y así se convirtió en gran propagandista de las ideas revolucionarias y en particular de los prejuicios contra Roma, a la que hizo una guerra encarnizada.

II. Desarrollo de las ideas de Lutero y su levantamiento contra la Iglesia⁴⁾

442. El levantamiento de Lutero no se produjo de repente, sino que fué preparándose desde mucho tiempo antes. Precisamente una serie de estudios recientes han dado mucha luz en el desarrollo de la ideología de Lutero.

a) Evolución de la ideología de Lutero. Nacido en Eisleben en 1483, en 1505 recibió el grado de Maestro en Erfurt, y poco después entró inesperadamente en los eremitas de San Agustín. Rápidamente hizo sus estudios, ordenóse de sacerdote en 1507, y en 1508 comenzó a enseñar en la nueva Universidad de Wittenberg. En todo este tiempo, por confesión propia, se

³⁾ *Opera*, ed. Beatus Rhenanus, 9 vol. Basil. 1540-1541. *Opus epistolarum Desiderii Erasmi*, ed. P. S. Allen, I-VII. O. 1906-1928. ALLEN, P. S., *The Age of Erasmus*. O. 1914. SEEROHM, F., *The Oxford reformers*, J. Colet, Erasmus u. Thomas Morus. 3.^a ed. L. 1913. RENAUDET, A., *Erasme, sa vie et son oeuvre jusqu'en 1517*. P. 1913. Id., *Erasme, sa pensée relig. et son action de 1518 à 1521*. P. 1926. SMITH, PR., *Erasmus*. 3 vol. Nueva York 1923. QUONIAN, TH., *Erasme*. P. 1934. BATAILLON, M., *Erasme et l'Espagne. Recherches sur l'histoire spirituelle du XVI^e siècle*. París 1937. CAMPBELL, W. E., *Erasmus, Tyndale and More*. M. 1949.

⁴⁾ *Corpus Catholicorum*, 1919 s. *Reformationsgesch.* Stud. u. Texte... 1906 s. MÜLLER, J. T., *Die symbolischen Bücher der evangelisch-luther. Kirche...* 2 vol. 1930. HEFELE-LECLERCQ, VIII, 621 s. PASTOR, trad. cast., VII, 317 s. DÖLLINGER, J., *Die Reformation, ihre innere Entwicklung und ihre Wirkungen*. 3 vol. 1846-1848. LINDSAY, TH. M., *History of the Reformation*. 2 vol. L. 1906-1907. PAULUS, N., *Protestantismus und Toleranz im 16. Jh.* 1911. SMITH, H., *The Age of the Reformation*. Nueva York. 1923. LORTZ, J., *Die Reformation in Deutschland*. 2 vol. 1939-1940. MONTALBÁN, F. J., *Los orígenes de la Reforma protestante*. M. 1942. ANDREAS, W., *Deutschland vor der Reformation*. 3 ed. 1942. RIVADE-NEYRA, P. DE, *Historia de la Contrarreforma*. M. 1944. BENDISCOLI, M., *Il luteranesimo*. Milán 1948.

sintió feliz. En 1511 fué a Roma por asuntos de la Orden; pero no disminuyó para nada su fe católica.

*Los años 1512 a 1518 realizaron el cambio definitivo en Lutero*⁵⁾. Explicó las cartas a los Rom., Gál. y Hebr. Un comentario recién descubierto sobre la Ep. ad Rom., que resume la explicación de 1515-1516, presenta un testimonio claro del cambio ya operado en Lutero. En relación con esto debe ponerse lo que él llama «descubrimiento de la torre», fundado en la Ep. ad Rom., y que consiste en que la justificación de los hombres se efectúa por la aplicación extrínseca de los méritos de Cristo, sin que las obras del hombre sirvan para nada. Es el principio de la justificación de la fe.

Este principio fué bien pronto completado con otros, también básicos en la ideología de Lutero: la negación de la libertad humana, la certeza de la salvación, el subjetivismo más exagerado, la negación de los sacramentos. Lutero se sugestionó de tal manera con aquellos principios básicos de su nueva ideología, que nada ni nadie lo pudo apartar ya de su *Evangelio*, base de toda su felicidad. Por esto comenzó a defenderlos en sus clases y predicación, y bien pronto encontró muchos adictos. Uno de los primeros fué Andrés Bodenstein, llamado Karlstadt por su patria. El disgusto existente contra Roma era el terreno mejor preparado para esta revolución de las ideas.

443. b) Levantamiento y primera actividad. Durante los años 1515-1516 publicó León X una indulgencia con el fin de reunir recursos para la obra de San Pedro de Roma. El dominico Juan Tetzel fué nombrado por el arzobispo de Maguncia, Alberto de Brandenburgo, para que la publicara en diversas regiones. Tetzel desempeñó su comisión con gran entusiasmo, y en el verano de 1516 se hallaba en las cercanías de Wittenberg, de donde acudían a oírle grandes masas con el consiguiente revuelo en toda la ciudad.

Ésta fué la ocasión del levantamiento de Lutero. Como de hecho sus nuevas ideas se oponían abiertamente a las indulgencias, procuró primero durante todo el año 1517 oponerse a las doctrinas predicadas por Tetzel; pero viendo que no obtenía el efecto deseado, el 31 de octubre de 1517 fijó en la puerta de la

⁵⁾ *Luthers Werke*, ed. de Erlange, por J. G. Plochmann... 67 vol. en al., 38, en lat. 1826-1886. Id., *Weimarer krit. Gesamtausgabe*, por J. K. F. Knaake G. Kawerau, etc. Hasta ahora 54 vol. 1883 s. BOEHMER, H., Luther im Lichte der neueren Forschung. 5.ª ed. 1918. DENTFLE, H., Luther und Luthertum, I, 1904. 2.ª ed. 1904-1906, II, por A. M. Weiss, 1909. WEISS, A. M., Luthers Psychologie. 1906. CRISTIANI, L., Luthéranisme ou Protestantisme (1517-1528). P. 1911. PAGNIER, L., Art. M. Luther, vie et théologie, en Dict. Th. Cath. GRISAR, H., Luther. 3 vol. 3.ª ed. 1924-1925. Id., M. Luthers Leben und sein Werk 2.ª ed. 1927. Id., Lutherstudien. 6 fasc. 1921-1923. BRUNNISI, LOR. PA, Lutero. 3 vol. a cura di P. Greg. de Casteldelpiano. Siena 1933. MARITAIN, J., Trois réformateurs: Luther, Descartes, Rousseau. P. 1947. PLASS, E. M., This is Luther. A character study. San Luis 1948.

iglesia de la Universidad de Wittenberg una lista de noventa y cinco tesis sobre las indulgencias y materias similares. Era el modo usual para proponer públicamente las propias opiniones. A vueltas de hacer resaltar algunos abusos que se cometían, en realidad proponía sus nuevas ideas, que negaban el valor de las indulgencias y aun la jurisdicción pontificia.

Es cierto que la disputa no se tuvo; pero el efecto fué extraordinario. La razón fué porque Lutero aparecía ante muchos como el nuevo paladín de la reforma, que levantaba bandera contra las prácticas abusivas romanas. Las tesis, pues, se propagaron rápidamente por Alemania. Lutero parecía el hombre del día, el héroe nacional. La inmensa mayoría no vió el lado peligroso de la nueva doctrina.

Sin embargo, hubo algunos que no se dejaron alucinar y descubrieron el virus de Lutero. Es mérito de Tetzel, tan calumniado por una literatura tendenciosa, el haber sido el primero en ver el alcance de los errores luteranos. Desde Frankfurt del Oder, en enero de 1518, publicó y defendió públicamente ciento seis tesis, que llamó *antitheses*, en las que oponía a Lutero la doctrina ortodoxa. Más notable fué la defensa que hizo Juan Eck⁶⁾, hábil dialéctico y profesor de la Universidad de Ingolstadt, y en adelante uno de los paladines de la causa católica. Compuso una serie de *annotaciones* a las noventa y cinco tesis de Lutero, notando el parecido de éstas con las condenadas de Huss.

Asimismo escribieron contra la nueva doctrina otros doctores católicos. Pero frente a un hombre como Lutero, que creía encontrar su doctrina en el Evangelio y la tenía como inspiración divina, no valían nada estas refutaciones. Por esto ya en la cuaresma de 1518 lanzó su «sermón sobre la indulgencia y la gracia», que pretendía ser una refutación de la doctrina católica sobre la penitencia; a las *annotaciones* de Eck, que él llamó *obeliscos*, respondió con sus *asteriscos*, en que culría de injurias a su adversario. Con el mismo desprecio respondió a los demás.

En la disputa de Heidelberg, tenida por los agustinos en abril de 1518, presidió Lutero el acto y llegó a defender que la libertad humana es mero nombre. Poco después escribió sus «Resoluciones de virtute indulgentiarum», que tuvo el atrevimiento de enviar a Roma.

III. Discusiones, proceso y excomunión⁷⁾

444. Como no podía menos de suceder, en Roma se iniciaron pronto las medidas encaminadas a poner fin a aquella revolución religiosa, si bien en un principio no se le daba gran importancia.

a) Primeras medidas tomadas en Roma. Desde Roma, ya en febrero de 1518, se encargó al superior de los agustinos, Staupitz, que llamara al orden a Lutero; pero Staupitz no obtuvo nada. Entonces, pues, se mandó desde Roma a Lutero la orden de presentarse en el término de sesenta días. Sin embargo, con la protección de Federico el Sabio, de Sajonia, obtuvo el permiso de ser juzgado en Alemania por el Cardenal Ca-

⁶⁾ GREVING, J., Joh. Eck als junger Gelehrter. 1906.

⁷⁾ COSSIO, A., Il Cardinale Gaetano e la Riforma, I. Cividale 1902. KALKOFF, P., Forschungen zu Luthers röm Prozess. 1905. Id., Luthers röm Prozess. 1912.

yetano. La reunión se efectuó en Augsburgo; el Cardenal se esforzó por inducirlo a la retractación; mas Lutero se negó en absoluto, y temiendo ser encarcelado, abandonó ocultamente la ciudad, después de hacer ante notario la apelación «a Papa non bene informato ad melius informandum». No mucho después apeló a un Concilio universal.

445. b) Disputa de Leipzig (junio-julio 1519) ⁸⁾. Después de estos insistentes intentos por reducir a Lutero, la curia romana dejó algún tiempo el asunto, ocupada como estaba por la elección imperial a la muerte de Maximiliano I (enero de 1519). En cambio, en Alemania continuaba intensificándose la agitación religiosa. *Karlstadt*, el más ardoroso entusiasta de Lutero, invitó a Eck a una disputa pública. Túvose en efecto en Leipzig, en un palacio ofrecido por el duque Jorge de Sajonia, durante los meses de junio-julio de 1519. Asistió el duque y gran concurrencia. Inicióse la disputa entre Eck y *Karlstadt*; pero bien pronto hubo de intervenir el mismo Lutero, el cual, apretado por la dialéctica de Eck, en sucesivas sesiones, tuvo que confesar que negaba la institución divina del Primado y la infalibilidad de los Concilios. Por otra parte, rechazó la interpretación de la Escritura, hecha por los Padres.

El resultado de la disputa fué que se puso de manifiesto ante todo el mundo la opinión de Lutero sobre el Papado y la tradición. Por mucho que éste y los suyos se atribuyeron la victoria, en realidad el triunfo estaba de parte de Eck. De hecho, Jorge de Sajonia y otros se apartaron del heresiarca por efecto de esta disputa. Las Universidades de Colonia y Lovaina, invocadas como árbitros, fallaron contra Lutero.

El año siguiente, 1520, fué decisivo para la causa luterana. Lutero y los suyos intensificaron su campaña, echando mano de todas las calumnias y del ambiente contra Roma. Bien pronto Lutero se convirtió en héroe nacional. A principios de 1520 sumaban 1500 los estudiantes de Wittenberg, atraídos por los innovadores. A esto contribuyeron de una manera más o menos directa *Erasmus*, *Ulrico Hutten* y otros humanistas. Con el ambiente de triunfo que se fué formando en torno de las nuevas ideas, Lutero fué tomando medidas más radicales. Desde entonces aparece aquella acrimonia contra todos sus adversarios, aquella verdadera obsesión contra el Papa.

En la conciencia de superioridad, de reformador y de profeta que se había formado, escribió en la segunda mitad del año 1520 una serie de documentos, que forman la base dogmática de sus partidarios: el dirigido «A la nobleza alemana», «De captivitate babilonica» y «Sobre la Misa». En ellos halaga los sentimientos nacionales, impugna claramente la jerarquía eclesiástica, el celibato, las indulgencias, la misa privada y los sacramentos.

446. c) Fin del proceso y excomunión de Lutero. Frente a esta activísima campaña, no faltaron los defensores del dogma

⁸⁾ SEITZ, O., Der authentische Text der Leipziger Disputazion, 1903. BAR-GE, H., A. Bodenstein v. Karlstadt. 2 vol. 1905.

católico y de la Iglesia. Las Universidades de Lovaina y Colonia censuraron una serie de tesis de Lutero. Jorge de Sajonia hizo de su corte el centro de la reacción católica. *Tomás Murner*, franciscano, y otros teólogos, tomaron asimismo la defensa de la Iglesia. Pero el más activo de todos fué *Juan Eck*, quien se dirigió a Roma para urgir el proceso contra Lutero.

En efecto, en Roma pudo continuarse finalmente el proceso interrumpido, y el 15 de junio de 1520 apareció la bula «*Exsurge, Domine*», en la que se condenaban cuarenta y una proposiciones de Lutero, se ordenaba la destrucción de sus escritos y se le amenazaba con la excomunión si no se retractaba en el término de sesenta días. Para la publicación de la bula en Alemania, tarea sumamente difícil, fueron encargados *Juan Eck* y *Jerónimo Aleander*.

La respuesta de Lutero y sus admiradores fué bien significativa. Mientras se ponían a los delegados pontificios toda clase de dificultades para la publicación de la bula, ocasionando verdaderos tumultos, Lutero escribió uno de su más crudos libelos intitulado «Contra la bula del anticristo», verdadero grito de rebeldía contra sus superiores jerárquicos. Más aún: el 10 de diciembre, ante un público numeroso, quemó solemnemente la bula junto con un ejemplar del Derecho canónico. Luego compuso otro de los tratados básicos de su actividad anti-romana: «*De libertate christiana*». En él se da un resumen de su doctrina sobre la justificación. Este libelo lo envió a Roma ⁹⁾.

A estos actos respondió el Romano Pontífice con la bula definitiva del 3 de enero de 1521, en la que se promulgaba la excomunión del heresiarca. X

IV. Primeros efectos de las ideas luteranas ¹⁰⁾

447. No tardaron en aparecer de la manera más cruda y evidente los primeros efectos de las predicaciones de Lutero. En la dieta de Worms se presentó él mismo en ademán retador; pero las revueltas de Wittenberg y la guerra de los campesinos mostraron adónde conducían aquellas ideas.

a) Dieta y edicto de Worms. El nuevo emperador *Carlos V* ¹¹⁾, rey asimismo de España, tenía convicciones honda-

⁹⁾ CLEMEN, O., Flugschriften aus den ersten Jahren der Reformation. 4 vol. 1906-1910. GRISAR, H., HEEGE, F., Luthers-Kampfbilder. 4. fasc. 1922-1923, En Luther-St. 2. 3, 5-6. Opera. En Corpus Reform., vol. 1-28. 1834-1860. SELL, K., Mel. und die deutsche Reformation bis 1531. 1897. HELD, P., Ulrich von Hutten. 1928.

¹⁰⁾ Véase en particular PASTOR, trad. cast., VII. 378 s. HEFELE-LECLERCQ. VIII, 774 s.

¹¹⁾ SANDOVAL, P. DE, Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V... 2 vol. Pamplona 1714-1718. NAMECHE, A. J., L'empereur Charles V et son règne. Lovaina 1889. BAUMGARTEN, H., Gesch. Karls V. 3 vol. (hasta 1539). 1885-1892. ARMSTRONG, Q., The Emperor Charles V. 2.ª ed. 2 vol. I., 1910.

mente católicas. Por esto, en la dieta de Worms, de enero de 1521, quiso que se tomaran las decisiones convenientes contra Lutero, después de su condenación por el Papa. Mas, por de pronto, se comenzó presentando de nuevo las cien «gravamina nationis germanicae», con cuya discusión se renovaron los resentimientos contra Roma. Además, algunos príncipes que simpatizaban con Lutero, obtuvieron que se le permitiera presentarse y defenderse. En efecto, armado del salvoconducto imperial, presentóse Lutero ante la dieta, pero se negó a retractarse.

El resultado de la dieta fué bien exiguo. Carlos V hizo publicar el *edicto de Worms* ¹²⁾, en el que se proscribía a Lutero y a sus partidarios; mas por otra parte, Lutero se escapaba de Worms y era ocultado en la fortaleza de *Wartburg*, que él llamaba luego su «Patmos». Allí permaneció diez meses, ocupado en traducir la *Biblia* ¹³⁾ y componer otras obras, como «De votis monasticis» y «De abroganda Missa privata». Al mismo tiempo, *Melanchton*, uno de sus más eximios discípulos, escribía la primera dogmática luterana, los «*Loci communes rerum theologicarum*».

448. b) Revueltas de Wittenberg ¹⁴⁾. Las diatribas de Lutero contra la jerarquía eclesiástica y la ponderación del subjetivismo religioso, que no necesita ni sacerdotes ni altares, ni misa, ni votos religiosos, produjeron bien pronto efectos deplorables. La primera víctima fué Wittenberg. Mientras Lutero se hallaba en *Wartburg*, un grupo de fanáticos comenzó en Wittenberg una verdadera batalla iconoclasta, destruyendo imágenes y suspendiendo la misa y otras prácticas religiosas. Muchos monjes abandonaron sus monasterios y se casaron. Formóse una secta de los llamados *anabaptistas*, dirigidos por *Tomás Münzer* y *Nicolás Storch*, los cuales querían abolir toda autoridad y todo culto exterior. El mismo *Karlstadt* se les juntó, organizando una destrucción general de las imágenes.

Al tener noticia de estas revueltas, abandonó Lutero su retiro, en marzo de 1522, presentóse en Wittenberg y logró restablecer el orden, si bien tuvo que acceder a la supresión de la misa privada, ayunos y celibato de los clérigos. Más aún, dejó en 1524 el hábito, que hasta entonces había conservado, y en junio de 1525 se unió con la religiosa cisterciense *Catalina Bora*. Mas por otra parte, ante todos estos acontecimientos, bastantes personas significadas se enfriaron en su primer entusiasmo por la causa de Lutero. Es notable, sobre todo, la conducta de Erasmo ¹⁵⁾. Espantado de los «enigmas» y consecuencias de la predicación luterana, en 1524 escribió su obra «De libero arbitrio», a la que contestó Lutero con la suya «De servo arbitrio», modelo de su estilo provocador. Erasmo le respondió a su vez con el «*Hyperaspistes*» y rompió definitivamente con el heresiarca.

¹²⁾ KALKOFF, P., Der Wormser Reichstag von 1521. 1922.

¹³⁾ HIRSCH, E., Luthers deutsche Bibel. 1928.

¹⁴⁾ MÜLLER, N., Die Wittenberger Bewegung. 1521-1522. 2.ª ed. 1911. KNOLLE, Th., Luther und die Bilderstürmer. 1922.

¹⁵⁾ Erasmo, De libero arbitrio, ed. por J. von Walter. 1910. MEYER, A., Étude critique sur les relations d'Erasme et de Luther. P. 1909. MURRAY, R. H., Erasmo and Luther. L. 1920.

449. c) Dietas de Nüremberg (1522-1524) ¹⁶⁾. No obstante el edicto de Worms y el desvío de algunas personas cultas, la falsa reforma de Lutero seguía su carrera triunfal. De Alemania se propagó el incendio a los Países Bajos, a Suiza y otras naciones. Por desgracia, el Emperador, ocupado en sus guerras con Francia y con el mismo Romano Pontífice hasta 1529, no pudo intervenir eficazmente en los asuntos de Alemania. Por otra parte, mientras algunos príncipes favorecían directamente las reformas luteranas, los católicos no acababan de entenderse. Entretanto, muerto León X en 1521, fué elegido Adriano VI (1522-1523), hombre celoso de la reforma eclesiástica. Por esto inició en seguida la reforma de la curia pontificia.

En 1522-1523 tuvo lugar en Alemania una *dieta de Nüremberg*. El legado pontificio, Francisco Chieregati, hizo una declaración solemne en la que reconocía en nombre del Papa la culpa de la curia romana en las calamidades que todos lamentaban. Esta confesión hizo gran impresión, pero el resultado fué nulo. Los príncipes que se habían apoderado de los bienes eclesiásticos, no estaban dispuestos a volver atrás. Las pasiones estaban demasiado excitadas. Lo único positivo fué una promesa de la dieta, de impedir el avance de la innovación de Lutero.

Pero aun esto, poco resultó efímero, pues Lutero continuó desarrollando gran actividad. Precisamente a este tiempo pertenecen algunos de sus libelos más groseros, como el «Monje-ternera» y el «Papa-asno». El nuevo Papa Clemente VII (1523-1534) era hombre de costumbres intachables, pero indeciso y enemigo del Concilio universal que todos reclamaban. Además, estuvo en pugna constante con Carlos V, con lo cual se dificultó la defensa de la Iglesia en Alemania.

En la primavera de 1524 se celebró una nueva *dieta en Nüremberg*. Se querían tomar medidas enérgicas contra la agitación luterana. El Cardenal Campegio, legado del Papa, urgió el cumplimiento del edicto de Worms. Fué declarado ley del Imperio; mas respecto a su cumplimiento, se comprometieron sólo «en cuanto fuera posible», exigiendo además la reunión de un Concilio aquel mismo año.

450. d) Guerra de los campesinos ¹⁷⁾. Durante los años 1524-1525 acaeció la horrible revolución social, conocida con el nombre de «guerra de los campesinos», que debe ser considerada, en buena parte al menos, como fruto de las predicaciones luteranas. El levantamiento comenzó en el verano de 1524 por el norte de Baviera, y poco a poco se fué extendiendo a todo el sur y centro de Alemania. Los horrores cometidos fueron incalculables. Más de mil monasterios y castillos fueron arrasados o incendiados. Lutero mismo aprobó en un principio el movimiento; pero más tarde, horrorizado por los estragos cometidos, excitó a los príncipes contra los campesinos como contra «perros rabiosos». Al fin se pudo contener tanta barbarie. A ello contribuyeron particularmente Jorge Truchsess de Waldburg y Felipe de Hessen. Innumerables cabecillas fueron ajusticiados, entre ellos el fanático *Tomás Münzer*. Estos sucesos tuvieron su efecto en el movimiento de la falsa reforma. Su popularidad perdió notablemente. Lutero se convenció del peligro de excitar demasiado al pueblo. En adelante se dirigió más bien a los señores territoriales y procuró introducir sus ideas por la imposición de éstos.

¹⁶⁾ RE LICH, O. R., Der Reichstag von Nürnberg 1522-1523. 1887. RICHTER, E. A., Der Reichstag zu Nürnberg 1524. 1909.

¹⁷⁾ JANSSEN, II, 19.ª 20.ª ed. 1915, p. 475-699. WIBBELING, W., M. Luther und der Bauernkrieg. 1925. GÜNTHER, FR., Der deutsche Bauernkrieg. 1933.

V. Progresos del protestantismo: Espira y Augsburgo ¹⁸⁾

451. Después de la guerra de los campesinos, comienza la era de la estabilización del luteranismo por imposición de los señores territoriales. A esto contribuyó notablemente la alianza Gotha-Torgau entre los príncipes protestantes, capitaneados por Felipe de Hessen. Por esto mismo se hizo más intensa la lucha con los príncipes católicos, como se vió en las diversas dietas imperiales, que llenan los años siguientes y son de gran trascendencia. Finalmente, la dieta y confesión de Augsburgo de 1530 pone de manifiesto el avance realizado.

a) Dieta de Espira de 1526 ¹⁹⁾. Los efectos de la consolidación del protestantismo aparecieron en la dieta de Espira del año 1526. Aprovechándose de la escasa concurrencia de príncipes católicos, los protestantes obtuvieron la decisión de que «en las cuestiones religiosas observara cada uno la conducta que le pareciera bien ante Dios y la majestad imperial». Era el primer triunfo oficial del luteranismo y la consagración del principio de las iglesias territoriales, el *ius reformandi* de los príncipes.

Por desgracia, esta tendencia desfavorable a los intereses católicos era favorecida por la marcha de los acontecimientos políticos de Europa, sobre todo por la guerra entre Carlos V y el Papa Clemente VII, en la que las fuerzas imperiales realizaron en 1527 el tristemente célebre *sacco di Roma*. El tratado de Barcelona de 1529 puso fin a esta guerra. En febrero de 1530 Carlos V recibió la corona imperial de manos de Clemente VII. La consecuencia de todo esto fué la organización de multitud de iglesias territoriales protestantes. En esta organización, el centro lo constituía el príncipe. Las nuevas iglesias, pues, eran iglesias del Estado. El primero enteramente protestantizado fué la Prusia de la Orden Teutónica. Su gran Maestre, Alberto de Brandenburgo, entró en relaciones con Lutero, transformó en 1525 su territorio en territorio hereditario, y al año siguiente se casó. En la obra de secularizar el ducado e introducir el culto luterano colaboraron varios religiosos apóstatas.

Felipe de Hessen quiso también dar ejemplo. En otoño de 1526 celebró un sínodo e introdujo la «reformatio Hasiae», que sirvió luego de modelo a otros territorios. Prohibióse el culto antiguo; los párrocos «papistas» fueron sustituidos; los bienes de los monasterios y fundaciones religiosas, confiscados. A esto se juntaron algunas campañas iconoclastas, cosa muy frecuente en estas reformas. Lo mismo realizaron en sus Estados el príncipe elector Juan de Sajonia y otros príncipes protestantes. Melancthon compuso un «Manual de visitas» para la introducción de estas

¹⁸⁾ SEHLING, E., Die evg. Kirchenordnungen des 16. J., I-V. 1902-1913. Íd., Gesch. der protest. Kirchenverfassung. 1907. KRÜGER, G., Philip der Grossmütige als Politiker. 1904. HOLSTEIN, G., Luther und die deutsche Staatsidee. 1926. MURRAY, R. H., The political Consequences of the Reformation. L. 1926. LAGARDE, G. DE, Recherches sur l'esprit politique de la Réforme. P. 1926.

¹⁹⁾ BRIEGER, TH., Der Speierer Reichstag 1526. 1909.

reformas. A esto añadió Lutero sus dos *Catecismos*, uno menor en 1526 y otro mayor en 1529.

452. b) Dieta de Espira de 1529 ²⁰⁾. En la dieta de Espira de 1529 los príncipes católicos mostraron mucha más decisión. A ello contribuían varias causas: la reacción contra la actitud retadora de los protestantes; la terminación de los conflictos entre el Papa y Carlos V, con lo cual el Emperador había ganado mucho prestigio; finalmente, el quedar don Fernando más libre de la opresión de los turcos. Así, pues, la decisión de la dieta fué: anular la de 1526, y que hasta un próximo Concilio todo debía quedar *in statu quo*, es decir, la innovación protestante podía continuar donde ya estaba establecida, pero no extenderse a otras partes; en cambio, debía permitirse en todas partes el decir y el oír misa.

No hay duda que esto significaba un triunfo católico. Por esto bastó para que un grupo de seis príncipes y catorce ciudades *protestaran* oficialmente contra estas decisiones de la dieta. De ahí vino a los nuevos herejes el nombre de *protestantes*. El Emperador rechazó esta protesta y convocó otra dieta para 1530 en Augsburgo, a la que quería asistir personalmente.

453. c) Dieta de Augsburgo de 1530 y confessio augustana ²¹⁾. Carlos V, coronado por Clemente VII en Bolonia en febrero de 1530, dirigióse a Augsburgo junto con el legado pontificio Lorenzo Campegio, ambos animados de los mejores deseos de unión. Los protestantes se prepararon para esta asamblea, para lo cual Lutero mismo compuso los *diecisiete artículos de Schwabach*, que retocados por Melancthon, se presentaron como el símbolo de unión: la *Confessio Augustana*.

A la dieta asistieron, al lado del Emperador y del legado pontificio, la mayoría de los príncipes alemanes. El 24 de junio de 1530 se dió principio a los trabajos. Carlos V pidió a los príncipes luteranos que propusieran su punto de vista. En su respuesta éstos presentaron el documento que tenían preparado, que por lo mismo recibió el nombre de *Confessio Augustana* y fué en adelante el principal de sus escritos simbólicos. Consta de veintiocho artículos, divididos en dos partes. La primera comprende veintiuno, en los que se expone la doctrina luterana en la forma más suave. La segunda expone los «abusos» de los católicos, tales como el celibato y misa privada.

²⁰⁾ MAYER, E., Der Speierer Reichstag 1529. 1929. LIND, E., Speyer und der Protestantismus, II. 1930.

²¹⁾ *Confessio Augustana*, ed. H. H. Wendt. 1927. Íd., ed. Joh. Ficker. 1930. FICKER, JOH., Die Konfutation des Augsb. Bekenntnisses. 1891. SCHUBERT, H. VON, Die Anfänge der evg. Bekenntnisbildung bis 1529-1530. 1928. Íd., Der Reichstag v. Augsburg. 1930. LORTZING, J., Die Augsburg. Konfession. 1930. NAGEL, N. E., Luthers Anteil an der Confessio Augustana. 1930. WINCKELMANN, O., Der Schmalkaldische Bund 1530-1532-1892.

En realidad, esta fórmula, que no expresaba con suficiente claridad las doctrinas protestantes, no era del agrado de Lutero. Pero además, por las diferencias que había acerca de la Eucaristía, cuatro ciudades alemanas presentaron una protesta llamada *Confessio tetrapolitana*. Estos documentos fueron examinados de orden del Emperador por una comisión de doctores católicos, entre los cuales se hallaban *Eck*, *Wimpina*, *Cochlaeus* y *Fabri*, los cuales redactaron al fin su *Confutatio pontificia*.

Con esto declaró Carlos V refutada la confesión protestante y amenazó con severas medidas a los que no se sometieran. Siguieron, sin embargo, las negociaciones con comisiones. Melancton manifestó interés positivo por llegar a la unión. Pero la intransigencia de Lutero y de algunos príncipes protestantes malogró todos estos esfuerzos.

En estas circunstancias terminó la dieta de una manera inesperada. Partieron de Augsburgo los príncipes protestantes, mientras Melancton presentaba la «Apología Confessionis Augustanae». Carlos V hizo pública el 18 de noviembre la *conclusión de la dieta*, en la cual se ordenaba a todos volver a la Iglesia antigua, se imponía el edicto de Worms y se mandaba la restitución de los bienes eclesiásticos confiscados. Pero estas decisiones no fueron observadas por los protestantes, los cuales se sentían más fuertes y unidos. Sin embargo, la dieta había dado la sensación de fuerza del Emperador y de los católicos.

454. d) Compromiso de Nüremberg de 1532. En este corto período de afianzamiento de la causa católica obtuvieron los católicos otro triunfo: la elección de don Fernando de Austria como rey de Romanos, realizada en Colonia en enero de 1531. La decidida oposición que hicieron los protestantes no logró impedirlo. Como respondiendo a este acto trascendental, los príncipes luteranos formaron en febrero de 1531 la *liga de Esmalcalda*, que tenía por objeto la mutua defensa contra el Emperador. Además entablaron relaciones con las potencias extranjeras enemigas de Carlos V, Francia e Inglaterra.

Más aún: abusando de la situación apurada en que se hallaba el Emperador frente a los turcos, que en 1532 amenazaban con un ejército poderosísimo la ciudad de Viena, se negaron a prestarle los socorros que pedía, si no se levantaban las decisiones de Augsburgo. Ante la inminencia del peligro turco, Carlos V tuvo que ceder. Así, pues, el 23 de julio de 1532, en el *compromiso de Nüremberg* prometió el Emperador tolerar sus innovaciones hasta la celebración de un Concilio. Por desgracia, Carlos V tuvo que ausentarse de Alemania unos ocho años. El Concilio no se pudo celebrar. La posición de los protestantes se fué consolidando cada vez más. •

CAPÍTULO II

Nuevos avances del protestantismo hasta la paz de Augsburgo (1555)

455. Después de los triunfos indicados, los progresos del protestantismo fueron sumamente rápidos. Por esto se hubo de llegar a la guerra de Esmalcalda de 1547, que aunque victoriosa para el catolicismo, no pudo contener el avance protestante.

I. Zuinglio y las nuevas ideas en la Suiza alemana ¹⁾

La rebelión de Alemania había encontrado eco en otras naciones. La primera en responder fué Suiza, si bien el desarrollo de las nuevas ideas procedió allí con independencia.

a) Zuinglio y el desarrollo de sus ideas. La situación eclesiástica en la Suiza alemana era muy parecida a la de Alemania. Gran parte del clero, tanto secular como regular, estaba muy relajado. Por otra parte, la comunicación continua con Alemania traía de allí todas las novedades. En estas circunstancias se presentó *Zuinglio* (1484-1531). En 1502 inició su actividad como maestro en Basilea y fomentó las tendencias antieclesiásticas. Desde 1516 trabajó como *plebanus* en Einsiedeln; a pesar de las ideas peligrosas que comenzó a esparcir, fué promovido en 1518 como predicador en la colegiata de Zurich. En su nueva ocupación continuó su campaña innovadora.

Todo su afán iba enderezado a exagerar los defectos de la Iglesia, sobre todo en romerías, ayunos, indulgencias. Desde el sermón de Año

¹⁾ Obras, Ed. por F. Egli, etc. En *Corpus Reformationum*, vol. 88 s., 1905 s. Han salido: I-IV, VII-X. FLEISCHLIN, B., *Zuingli*. 1930. LANT, A., *Zwingli und Calvin*. 1913. HARNON, W., *Kirchengesch. der reformierten Schweiz*. 1907. FLEISCHLIN, B., *Schweizer. Reformations-Geschichte*. 2 vol. 1907-1909. EGLI, E., *Schweizerische Reformationsgesch. I (1519-1525)*. 1910. STAEHELIN, E., *Briefe und Akten zum Leben Ökolampads*, I. 1927. DERR, ROTH., *Aktensammlung zur Gesch. der Basler Reformation*. 2 vol. Bâle 1933. RICH, A., *Die Anfänge der Theologie H. Zwinglis*. Zurich 1949.

Nuevo de 1519 se lanzó a una crítica abierta contra todas estas prácticas y otras muchas, de las que decía que eran «santidad material». La Iglesia, decía, debía volver a la «filosofía de Cristo». La lectura de los primeros escritos de Lutero lo confirmó y alentó en esta conducta. Sólo la Biblia y algunos Santos Padres tenían autoridad para él. Frente a cierto misticismo de Lutero, él tenía una tendencia de mucho mayor libertad.

La predicación de la indulgencia para la fábrica de San Pedro, hecha en Suiza en 1519 por el franciscano Bernardino Sansón ofreció ocasión a Zuinglio para dar a su campaña una forma más radical y un carácter nacionalista. Con la agitación que promovió, se atrajo en 1520 al Consejo de Zurich. Desde entonces él fué el verdadero director político de la ciudad.

Más aún: apoyado por otros diez sacerdotes, elevó al obispo de Constanza la petición de que suspendiera la ley del celibato, aduciendo como razón que ni él ni otros lo observaban. De hecho en 1522 se unió privadamente con una concubina, y en 1524 hizo público su matrimonio con ella. Este ejemplo fué seguido por otros muchos.

456. b) Consolidación y luchas del zuinglianismo. Todos los conatos del obispo de Constanza por atraer a Zuinglio fueron inútiles. La innovación se fué consolidando. El mismo Zuinglio organizó en enero de 1523 en Zurich una disputa solemne. Para ella presentó sesenta y siete tesis, en las que proclamaba la suficiencia de la Sagrada Escritura, rechazaba la misa, los sacramentos y el purgatorio, y en general se expresaba en tonos más radicales que Lutero. Tomaron parte en esta disputa los teólogos católicos Faber y Blantsh; pero, según estaba ya convenido de antemano, el Consejo adjudicó la victoria al hereje. Lo mismo sucedió con una segunda disputa, en otoño de 1523, sobre las imágenes y la misa.

Para poner en práctica todas sus ideas, compuso entonces Zuinglio una especie de manual sobre el nuevo culto, con el cual se fué introduciendo la falsa reforma en todo el cantón. De este modo fueron arrojadas las imágenes, suspendiéronse los monasterios, prohibióse la misa. El nuevo culto se distinguía por su sequedad y falta de vida. Al principio consistía en la oración, lectura de la Biblia y predicación. Incluso estaba prohibido el canto. A fines de 1525 el antiguo culto casi había desaparecido en Zurich.

Zuinglio encontró también imitadores en otros cantones. En San Gallen, a pesar de la oposición del Abad Francisco Geisberg, se introdujo la falsa reforma en 1524. Asimismo se introdujo en Toggenburg, Appenzell, etc. En *Basilea* se formó bien pronto uno de sus focos principales. A ello contribuyó Juan *Ecolampadio*, ayudado del francés *Farel*. En 1529 el cantón era hereje.

Sin embargo, en el mismo seno de la falsa reforma, tuvo que sufrir Zuinglio una oposición obstinada. Ésta provenía principalmente de Lutero y tenía por objeto la doctrina sobre la Eucaristía. Lutero negaba la transubstanciación, pero defendía la presencia real. Zuinglio, en cambio, sólo admitía en la Eucaristía una figura o símbolo. Sobre esto se produjo una contienda apasionada entre 1526 y 1528. Sin embargo, el año 1529, Felipe de Hessen organizó la célebre *disputa religiosa de Marburg*; pero

no se obtuvo la unión deseada. La misma oposición apareció en la *protesta Tetrapolitana* contra la confesión de Augsburgo en 1530.

457. c) Levantamiento de los cantones católicos. Batalla de Kappel en 1531, y muerte de Zuinglio. Frente a este movimiento de defección, un grupo de cantones se mantuvo fiel a la Iglesia católica. A la cabeza iban Uri y Lucerna. Al principio procuraron la inteligencia por medios pacíficos y sobre todo con una gran disputa, celebrada en Baden, en mayo de 1526. Pero el resultado fué nulo. Por esto se fueron formando *coaliciones*. En 1527-1529 se formó la liga de Zurich, Constanza, Berna, San Gallen y otras regiones. Frente a esta coalición uniéronse los cantones católicos con don Fernando de Austria.

La guerra que amenazaba se pudo evitar algún tiempo con la primera paz de Kappel de 1529, que más bien favorecía a los innovadores. Sin embargo, éstos no quedaron satisfechos y siguieron cada vez más audaces. Al fin, pues, los cantones católicos tuvieron que acudir a las armas, y así el 11 de octubre de 1531 se dió la *batalla de Kappel*, en la que los católicos salieron victoriosos. *Zuinglio murió en la batalla*. Su cuerpo hubo de ser descuartizado por el verdugo público y luego quemado. En noviembre del mismo año siguióse una segunda victoria de los católicos, y entonces se llegó a la *segunda paz de Kappel*. En ella se establecía que cada cantón podía conservar su religión, y en los territorios neutros ambas debían ser toleradas. La abadía de San Gallen volvió a los católicos. Poco a poco el zuinglianismo desapareció como tal, fundiéndose con el calvinismo.

II. Consecuencias y desarrollo ulterior del protestantismo ²⁾

458. Entretanto el protestantismo seguía desarrollándose rápidamente en los territorios alemanes, según aparece en multitud de hechos característicos.

a) Anabaptistas de Münster. Uno de los grupos más fanáticos entre los innovadores, fué el de los *anabaptistas*, que se desarrollaron mucho en diversas regiones, fomentando en todas partes un espíritu tal de rebeldía, que los mismos protestantes les declararon la guerra más decidida. El Espíritu Santo, según ellos, dirige inmediatamente a los fieles. Por tanto, ni Escritura, ni culto exterior, ni jerarquía, ni sacramentos. Por otra parte, todo debía ser común.

En el norte de Alemania y en Holanda fué extendiéndose rápidamente esta plaga de soñadores y fanáticos, que tenían la habilidad de seducir a las masas. Fué célebre en Westfalia *Melchor Hoffmann*, y sobre todo *Bernardo Rottman*. Münster se convirtió en foco del fanatismo más exagerado. Con la agitación del demagogo *Knipperdolling* y de los holandeses *Juan Matthiesen* y *Juan Bockelson*, los anabaptistas llegaron a ha-

²⁾ KERSENBRUCH, H. VON, *Anabaptistici furoris Monasterium evertentis historica narratio*, ed. por H. Detmer. 2 vol. 1899-1900. BAX, E. B., *Rise and Fall of the Anabaptists*. L. 1903. SCHÖNEBAUM, H., *Kommunismus in Reformationszeitalter*. 1919. ROCKWELL, W., *Die Doppelhe des Landgrafen Philipp von Hessen*. 1904. PAULUS, N., en *Hist. pol. Bl.* 135 (1905) I, 317 s.; 147 (1911) I, 503 s., 561 s.

cerse dueños de la ciudad. Quemaron libros, imágenes, tesoros artísticos; introdujeron un verdadero comunismo, incluso en las mujeres. Se proclamó el nuevo «reino de Jerusalén» con *Bockelson como rey*. Entretanto, el príncipe-obispo von Waldeck, que había conseguido escapar, indujo a algunos príncipes a prestarle auxilio, particularmente *Felipe von Hessen*, y puso cerco a la ciudad, que al fin se tuvo que rendir, en junio de 1535. Rottman logró escaparse; pero Bockelson y otros cabecillas fueron ajusticiados.

Por este mismo tiempo acaeció un hecho, que también era producto de las predicaciones luteranas y que causó gran escándalo: *Felipe de Hessen tomó una segunda mujer* sin abandonar a la primera, y esto con la aprobación de Lutero. Para hacerlo, dió por razón que también los patriarcas del Antiguo Testamento habían tenido varias mujeres. Pidió autorización a Lutero, el cual se espantó «por el escándalo que se seguiría»; pero al fin se la dió «en atención a sus méritos», si bien le impuso secreto. Sin embargo, se supo bien pronto, y de hecho el descrédito de Lutero fué muy grande.

459. b) Nuevos progresos del protestantismo. El decenio de 1535-1545 fué fecundo en acontecimientos favorables al desarrollo de los protestantes. Las concesiones del compromiso de Nüremberg y la ausencia forzada de Carlos V fueron aprovechadas por los príncipes luteranos para su propaganda. Por otra parte, mientras vivió Clemente VII, fué inútil pensar en la celebración de un Concilio.

Su sucesor *Paulo III* (1534-1549) anunció el Concilio para mayo de 1537 en Mantua. Esta decisión tuvo al menos el resultado práctico de obligar a Lutero y a los suyos a que declararan que no querían ningún Concilio. Más aún: para dar la sensación de que su doctrina estaba bien determinada y segura, Lutero mismo la compendió en los *veintitrés artículos de Esmalcalda*, en que se marcan bien sus diferencias de la doctrina católica. Al deshacerse el plan del Concilio de Mantua, Paulo III anunció otro para Viena en mayo de 1538; pero tampoco pudo celebrarse.

Por otra parte, los príncipes protestantes seguían su campaña contra el Emperador. En 1535 fué renovada por diez años la *liga de Esmalcalda*, en la que ingresaron nuevos territorios. Frente a esta actividad protestante, Carlos V y su hermano don Fernando, junto con los poderosos príncipes de Baviera y de Sajonia y otros, formaron en 1538 en Nüremberg una *alianza defensiva* para once años. Sin embargo, encontrándose Carlos V en un nuevo aprieto en su guerra contra los turcos, se vió obligado a hacer nuevas concesiones a los protestantes en el *convenio de Frankfurt de 1539*, pues sólo así podía obtener el socorro que necesitaba.

III. Coloquios religiosos. Guerra de Esmalcalda y paz de Augsburgo (1555) ³⁾

460. La tensión iba en aumento. Sólo así se explica que el Emperador recurriera al dudoso sistema de los coloquios religiosos, después de lo cual se vió obligado a hacer uso de las armas; pero a pesar de la victoria obtenida contra los protestantes, no supo sacar el debido partido de ella, llegando finalmente a la paz de Augsburgo, desfavorable a los intereses católicos.

³⁾ BLATTER, A., Die Tätigkeit Melanchtons bei den Unionsversuchen 1539-1541. 1899. CÖMMERER, H., VON, Das Regensburgische Religionsgespräch 1546. 1901. KORTE, A., Konzilspolitik Karls V 1538-1543. 1905.

a) Discusiones religiosas. Guerra de Esmalcalda. Entonces se realizaron nuevos esfuerzos por llegar a una inteligencia con los protestantes: son los coloquios religiosos, de iniciativa del Emperador. El resultado fué enteramente nulo. El primer coloquio religioso se inició en Hagenau en 1540, trasladóse luego a Worms y se terminó en la *dieta de Ratisbona* de 1541. Carlos V se hallaba presente. Tomaron parte, entre los católicos, Juan Eck, Von Pflug y Gropper; entre los protestantes, Melanchton, Bucero y Pistorius. Asistían los legados pontificios *Contarini* y *Morone*. Hubo en un principio cierta esperanza de inteligencia; pero Lutero se mantuvo intransigente, y al tratarse de ciertas cuestiones candentes, como la jerarquía y la Eucaristía, pareció imposible la unión. Entonces el Emperador publicó por su propia autoridad el *interim de Ratisbona*, de julio de 1541, que reproducía algunos artículos, en que al principio se había llegado a convenir; más aún: apretado por el peligro de los turcos, en la «declaración de Ratisbona» hizo nuevas concesiones.

El efecto fué que se envalentonaron los protestantes, y así, durante la ausencia del Emperador en la guerra contra Argel y la siguiente contra Francia, se apoderaron violentamente de varios territorios. Fué notable el caso de Colonia. Su arzobispo *Hermann von Wied*, hombre de vida muy libre, fué ganado para la causa protestante, pero tuvo que resignar, y Colonia permaneció católica. Por fin, por la *Paz de Crespí de 1544* con Francia y una tregua con los turcos en 1545, consiguió Carlos V desentenderse de sus enemigos exteriores. Con esto quedó libre para atender a los asuntos de Alemania.

Ante todo intentó de nuevo el camino de los coloquios. Anunció el Concilio de Trento para marzo de 1545; pero los protestantes se negaron a asistir. Lutero puso de manifiesto sus sentimientos hostiles en uno de sus más significativos libelos «Contra el Papa de Roma, creado por el diablo». En la *dieta de Ratisbona de 1546* fueron invitados los protestantes a un nuevo coloquio; pero no hicieron caso.

Todos estos acontecimientos ya no los vió Lutero. Durante los últimos años había tenido que sufrir mucho por sus enfermedades y aun, según parece, por los remordimientos ante los efectos de su rebelión; pero su odio contra el Papado había ido en aumento y aun a sus mismos amigos se hizo inaguantable. Finalmente, murió en Eisleben en febrero de 1546. Es legendario todo lo que se ha escrito sobre su supuesto suicidio o sobre su desesperación ⁴⁾. El juicio sobre Lutero y su obra no puede ser dudoso a un católico: con su obsesión y soberbia se hizo responsable de la división definitiva de la Cristiandad con todas las calamidades que la acompañan.

El resultado fué la *guerra de Esmalcalda* (1547) ⁵⁾. En efecto, ante la conducta de los protestantes, Carlos V creyó llegado el momento de acudir a las armas. Para ello se unió con su hermano, con el Papa y con varios príncipes alemanes. En el bando opuesto se hallaban los de la liga de Esmalcalda. Éstos fueron los primeros en romper las hostilidades. En julio de 1546 irrumpieron por el Danubio. Carlos V respondió lanzando el anatema imperial contra los cabecillas y pronto logró someter

⁴⁾ JANSSENS, O. C., III, 660 s. PAULUS, N., Luthers Lebensende. 1898. SCHUBART, CHR., Die Berichte über Luthers Tod und Begräbnis. 1917.

⁵⁾ HASENCLEVER, A., Die Politik Karls V und Philipps von Hessen vor Ausbruch des Schmalkald. Kr. 1903.

a varios territorios y ciudades del sur de Alemania, mientras el fuerte de los protestantes se mantenía inactivo. Entonces Mauricio de Sajonia, aliado del Emperador, invadió los territorios del jefe protestante, el elector de Sajonia, y así mientras éste acudía a defenderlos, fué derrotado el 24 de abril de 1547 en la *batalla de Mühlberg*. El mismo elector de Sajonia quedó hecho prisionero. Poco después se rindió y fué hecho prisionero también Felipe de Hessen.

Los dos jefes protestantes quedaron en cautiverio hasta 1552. Fueron restablecidos en sus puestos algunos príncipes-obispos, arrojados por los protestantes. Arregláronse algunos otros asuntos. Por lo demás, Carlos V exigió únicamente que se compusiera la cuestión religiosa por el Concilio de Trento, entonces reunido. El protestantismo, como potencia militar quedaba derrotado; la liga de Esmalcalda desecha; pero el luteranismo en sus efectos religiosos continuaba pujante como antes.

461. b) Dietas, Interim y Paz de Augsburgo. Por desgracia, un conjunto de causas contribuyeron a desvirtuar el efecto de la victoria católica. Una de ellas fué la decisión de Carlos V de arreglar por su cuenta la difícil cuestión religiosa. Para ello, después de un nuevo coloquio en la dieta de Augsburgo de 1547-1548, publicó el *Interim de Augsburgo*, católico en la doctrina, pero que hacía algunas concesiones excesivas a los protestantes, como el matrimonio de los sacerdotes. Precisamente por esto desde Roma se hizo una guerra intensa a las intromisiones del Emperador en los asuntos eclesiásticos y se rechazó el Interim, que por otra parte no satisfacía ni a los católicos ni a los protestantes.

Entretanto el nuevo Papa *Julio III* (1550-1555) había convocado por segunda vez el Concilio de Trento, y el Emperador, en la dieta de Augsburgo de 1550, lograba inducir a los príncipes protestantes a enviar representantes. En efecto, en 1551 reanudó el Concilio de Trento sus tareas, y bien pronto se presentaron algunos enviados protestantes.

Todo parecía que iba tomando una buena dirección, cuando repentinamente la traición del antiguo aliado de Carlos V, Mauricio de Sajonia, cambió por completo la situación. En efecto, uniéndose con el rey francés y en inteligencia con otros príncipes alemanes, cayó de improviso sobre Innsbruck, donde se hallaba Carlos V, con el objeto de hacerlo prisionero. Afortunadamente éste pudo escapar. El efecto inmediato fué una nueva suspensión del Concilio de Trento, y un nuevo progreso de los protestantes en Alemania. Efectivamente, encargado don Fernando de negociar con los príncipes protestantes, se llegó al *tratado de Passau* en 1552 ⁹⁾, en el cual se suspendía el Interim de Augsburgo y se aseguraba el libre ejercicio de la religión a los protestantes. El arreglo definitivo debía efectuarse en una dieta el año próximo.

⁹⁾ KUHN, W., *Gesch. des Pasauischen Vertrags*, 1907.

El arreglo final se fué prorrogando a causa de las guerras que siguieron contra Francia, hasta que al fin, en la dieta de Augsburgo de 1555, se llegó a la *Paz de Augsburgo* ⁷⁾, cuya característica es haber sellado definitivamente la división religiosa de Alemania. Según ella, las dos confesiones, católica y protestante, tenían libertad en el Imperio; pero la elección de la confesión pertenecía al príncipe territorial. Era el *ius reformandi* de los príncipes, concretado en la frase: «*cuius regio eius et religio*». La única deferencia guardada a los católicos fué el *reservatum ecclesiasticum*, consistente en que si un príncipe eclesiástico se hacía protestante, perdía su derecho al principado, el cual continuaba católico.

⁷⁾ BRANDI, K., *Der Augsburger Religionsfriede*, krit. Text. 2.^a ed. 1927. JANSSEN, III, 869 s. PASTOR, trad. cast., XII.

CAPÍTULO III

Las innovaciones religiosas en los otros Estados europeos

462. No solamente en Alemania y en la Suiza alemana arraigaba profundamente el protestantismo; sino que el mismo espíritu de innovación religiosa se introducía en otros territorios del centro y norte de Europa, se apoderaba de Inglaterra y Escocia y se esforzaba por penetrar aun en las regiones de más raigambre católica, como eran Francia, Italia y España.

I. Calvino y las innovaciones en Ginebra.
Iglesias reformadas ¹⁾

Al mismo tiempo que la falsa reforma luterana seguía su desarrollo hasta la paz de Augsburgo, se operó en la Suiza francesa un cambio religioso, al principio bajo el influjo de las ideas luteranas, luego independiente de éstas, de modo que llegó a formar un tipo diverso de protestantismo, el de la *Iglesia reformada*.

a) **Calvino y su actividad en Ginebra.** Calvino, nacido en 1509 en Noyon, al norte de Francia, desde 1530 empezó a dedicarse a la Teología bajo la influencia de las ideas luteranas. El año 1533 había roto ya con la Iglesia católica, por lo cual tuvo que salir de Francia. En 1534 se dirigió a Basilea, donde escribió una obra dogmática, «*Institutio christianae religionis*». Poco después se trasladó a Ferrara,

¹⁾ *Obras de Calvino*, ed. por G. Baum, etc. En *Corpus Reformat.*, t. 29-87. 1863-1900. *Calvini Opera selecta*, ed. por P. Barth, I. 1926; III-VI, 1927-1931. BAUDRILLART, Art. Calvin, en *Dict. Th. Cath.* DOUMERGUE, E., Jean Calvin, Les hommes et les choses de son temps. 8 vol. Lausanne 1899-1927. BORGEAND, CH., L'Académie de Calvin. Genève 1900. PAULUS, N., Protest. und Toleranz. 1911, pág. 228 s., 275 s. GOYAU, G., Une ville-église. Genève (1535-1907). 2 vol. P. 1919. KOEHLER, W., Luthertum, Calvinismus und Puritanismus. 1931. BRNOIT, JEAN D., Jean Calvin. La vie, l'homme, la pensée. P. 1933. IMBART DE LA TOUR, P., Les origines de la Réforme, IV: Calvin. P. 1935. MACKINON, J., Calvin and the Reformation. Cambridge 1936. NAEF, H., Les origines de la Réforme à Genève. Genève 1936. FAREL, G., 1489-1565, Biographie. P. CHIMINELLI, P., Il Calvinismo. En *Le religioni dell'umanità*, 19. Milán 1948.

donde estuvo en relaciones con la princesa Renata, amiga de la falsa reforma, y a su vuelta fijó su residencia en Ginebra.

En Ginebra se estaba obrando un cambio fundamental. Desde 1532 trabajaba por la seudorreforma el apasionado *Guillermo Farel*. Con su energía y sus dotes de organizador, Calvino consiguió pronto ser considerado como el jefe único de la Iglesia ginebrina; sin embargo, se fué formando una oposición cada vez mayor, y al fin el Consejo de la ciudad tuvo que desterrar en 1538 a los dos predicadores. Desde 1538 a 1541 trabajó Calvino en Basilea y Estrasburgo con los fugitivos alemanes y estudió detenidamente los escritos de Lutero y demás innovadores. Con esto llegó a formarse su concepción característica, dominada por cierto fatalismo, es decir, la *predestinación absoluta*. Por lo demás, en lo substancial convenía con Lutero, aunque en la Eucaristía negaba la presencia real.

Finalmente, en 1541 fué llamado por el Consejo mismo de Ginebra, y en efecto, Calvino volvió con aire de triunfador. Desde entonces inició una actividad creciente, con la cual fué adquiriendo cada vez mayor influjo, hasta llegar a convertirse en verdadero dictador religioso y político de Ginebra. La seudorreforma que impuso presenta un carácter riguroso y tétrico. Como código fundamental compuso y aplicó sus «*Ordenances ecclésiastiques*». En noviembre de 1541 fueron aceptadas por la ciudad. Su carácter básico era una organización presbiteriano-democrática. Se establecía un tribunal religioso, el cual desarrolló un rigor extraordinario. Consta que sólo hasta 1546 se ejecutaron treinta y ocho penas de muerte.

La ciudad no tuvo más remedio que rendirse a la férrea disciplina de Calvino. El culto se redujo a la predicación, preces y canto de salmos. Esto contribuyó a excitar contra el calvinismo adversarios muy diversos. Fué notable el médico *Bolsec*, carmelita apóstata, quien impugnó la doctrina sobre la predestinación. En 1551 fué desterrado. Más trágico fué el fin de otro médico, el español *Miguel Servet*, quien se opuso directamente a Calvino negando la Trinidad. Fué quemado vivo en octubre de 1553. En toda esta labor ayudó poderosamente el teólogo francés *Teodoro Beza*. Era hombre erudito y gran polemista, por lo cual fué puesto al frente de la llamada *Academia*, especie de facultad teológica calvinista.

463. b) **El calvinismo fuera de Suiza.** Durante los últimos años de su vida vió Calvino extenderse su sistema fuera de Suiza. Es notable la rapidez de este desarrollo. Se debía a dos causas: a la preparación de muchas regiones con las propagandas luteranas, y al talento organizador de Calvino, unido con su sistema, más armónico que el de Lutero.

Así, bien pronto se propagó el calvinismo a Francia, Inglaterra y Escocia, Polonia, Hungría, Países Bajos y varios territorios de Alemania. En Francia, Inglaterra y Holanda se formó una unidad de reforma, que se llamó *Iglesia reformada*, que fué la representante del calvinismo en Europa y llegó a constituir una verdadera potencia. En general era más cerrada y batalladora que la Iglesia luterana, y por lo mismo más agresiva contra el catolicismo. En adelante, junto con el luteranismo, fué el enemigo más poderoso de la Iglesia católica.

II. El protestantismo en Francia ²⁾

464. La introducción del protestantismo en Francia tuvo también gran importancia, sobre todo por las guerras sangrientas que ocasionó. Además, la situación religiosa y social, muy parecida a la de Alemania, y la comunidad de fronteras con Alemania y Suiza, favorecían el avance del protestantismo en territorio francés. El nombre de *hugonotes*, que recibieron los calvinistas en Francia, les vino de *eidgenossen*, es decir, confederados.

a) Período de persecución: Francisco I y Enrique II. Hasta la muerte de Enrique II, en 1559, se puede decir que la posición de Francia frente a los protestantes fué, oficialmente al menos, de persecución, si bien a veces por motivos políticos llegaron sus reyes a aliarse con los herejes.

Sin embargo, el rigor oficial no fué urgido, y así las ideas protestantes pudieron introducirse con relativa facilidad durante este primer período. Los primeros en favorecerlas fueron algunos nobles, en particular *Margarita de Valois*, reina de Navarra, hermana de Francisco I. Desde la muerte de Francisco I en 1547, la hereja encontró un camino más fácil, pues la debilidad de sus sucesores le facilitaba su obra. Sin embargo, Enrique II mantuvo todavía cierto rigor oficial. Por desgracia, la falta de celo del episcopado facilitó el avance de las nuevas ideas.

Desde 1555 los que más favorecieron el calvinismo fueron los *Borbones*, que eran una rama de la familia real. Así, *Antonio de Borbón* y su esposa *Juana d'Albret*, reina de Navarra, fueron sus más decididos defensores, así como también *Luis de Condé*, hermano de Antonio de Borbón; *Gaspar de Coligny*, gran general y político, y dos hermanos suyos. Al fin del reinado de Enrique II (1559) los *hugonotes* o calvinistas franceses eran tan fuertes, que celebraron en París una asamblea, en la que proclamaron la *Confessio Gallicana*. Se pudo comprobar que eran ya unos 400 000.

465. **b) Período de organización y crecimiento.** Después de la asamblea de París los hugonotes pretendieron ya el reconocimiento oficial, a lo que se prestaba la debilidad del rey Francisco II (1559-

²⁾ HAUSER, H., *Les Sources de l'histoire de France au XVI^e siècle (1494-1610)*. 4 vol. P. 1911-1916. RANKE, L., *Von, Französ. Geschichte, vornehmlich im 16. u. 17. Jh.* 6 vol. 3.^a ed. 1877. LAVISSE, etc., *Histoire de France*, V, 1. IX, 1 (1492-1789). P. 1903-1910. GOYAU, G., *Histoire relig. de la nation Française*. P. 1922. ROMIER, L., *Les origines politiques des guerres de Religion (1547-1559)*. 2 vol. P. 1913-1914. ID., *La conjuration d'Amboise*. P. 1923. ID., *Catholiques et Huguenots à la cour de Charles IX*. P. 1924. AUTIN, A., *L'échec de la Réforme en France au XVI^e siècle*. P. 1918. FAUREY, J., *La monarchie Française et le protestantisme français*. P. 1923. LAGARDE, G. DE, *Recherches sur l'esprit politique de la Réforme*. P. 1926. VIÉNOT, J., *Histoire de la Réforme française des origines à l'édit de Nantes*. P. 1926. LERÉGNE, R., *La tragédie relig. en France, les débuts (1514-1573)*. P. 1929. MANN, M., *Erasmus, les débuts de la Réforme française (1517-1536)*. P. 1934. IMBART DE LA TOUR, P., *Les origines de la Réforme*. 2 ed. por J. de Pins. I. Melun 1948.

1560). Esto excitó la reacción entre los católicos más decididos. La poderosa familia de los *Guisa* tomó la dirección de este movimiento, que alcanzó rápidamente gran incremento, por lo cual los hugonotes decidieron deshacerse de sus jefes Francisco de Guisa y su hermano Carlos, Cardenal de Lorena, para apoderarse ellos del gobierno. Con este objeto organizaron la célebre *conjuración de Amboise*, el primer acto terrorista de los hugonotes; pero fué descubierta a tiempo y castigada con rigor.

Durante la minoría de Carlos IX (1560-1574), su madre y regente, *Catalina de Médicis* ³⁾, quiso seguir una política de equilibrio entre los dos partidos, católico y calvinista. Así llamó al gobierno a Antonio de Borbón y se suspendió oficialmente la persecución de los hugonotes. Con esto se abrió para éstos una nueva era de rápidos progresos y de campañas anticatólicas, y el partido se pudo organizar perfectamente en toda la nación. A esta actuación, que aumentaba el peligro anticatólico, respondieron los católicos organizando en Pascua de 1561 el célebre triunvirato, formado por el duque de Guisa, el condestable Montmorency y el mariscal Saint André. Su objeto era defender los intereses de la Iglesia.

En estas circunstancias, y con el fin de obtener la inteligencia mutua, la regente hizo celebrar el famoso *coloquio de Poisy* (otoño de 1561). Acudieron a él personas muy significativas de ambas partes: por los protestantes, el teólogo Beza; por los católicos, el Padre Laínez, general de los jesuitas, y el Cardenal de Lorena. El resultado del coloquio fué enteramente nulo. En cambio, en el *edicto de Saint German* de 1562 se concedía a los hugonotes libertad religiosa, y fuera de las ciudades, libertad de cultos, con la condición de no cometer violencias. Pero estas concesiones fueron contraproducentes, pues no hicieron más que alentar a los hugonotes en su afán de eliminar por completo el culto católico, y en consecuencia, de cometer toda clase de violencias.

III. La seudorreforma en los Estados del norte y oriente europeo

466. Prescindiendo de los Países Bajos, de que se hablará después, en los demás territorios del norte europeo se introdujo el protestantismo bastante pronto, y en general por imposición de los príncipes. Éstos vieron en las innovaciones luteranas un medio excelente para aumentar su poder con los bienes eclesiásticos y someter a él a los nobles y a los prelados. Algo parecido sucedió en las regiones orientales de Europa, si bien allí influyó algo más la propaganda directa de los predicantes luteranos.

a) El protestantismo en Dinamarca ⁴⁾. Desde la unión de Kolmar en 1397, Dinamarca dominaba sobre Noruega y Suecia. Su rey Cristiano II (1513-1523) conoció ya en sus principios el movimiento luterano y quiso

³⁾ MARÉJOL, J. H., *Catherine de Médicis*. 2.^a ed. P. 1920. ID., *Le royaume de Catherine de Méd.* 2.^a ed. P. 1922. A. BONTÉ, *Catherine de Médicis et Coligny*. P. 1913.

⁴⁾ KRARUP, A., LINDBAECK, J., *Acta Pontificum Danica*, V-VI (1492-1536). Copenhagen 1913-1915. KRARUP, J., *Gesch. der kathol. K. im Dänemark*. 1863. SCHMITT, L., *Die Verteidigung der kath. Kirche in Dänemark*. 1899. SCHNELL, J., *Die dänische Kirchenordnung von 1542*. 1927.

valerse de él para afianzar su poder frente a la nobleza. Por esto invitó a los dos discípulos de Lutero, Reinhard y Karlstadt; pero éstos no pudieron hacer nada, pues el Rey fué depuesto en 1523. Entretanto el pueblo se resistía a toda innovación, pero el nuevo rey Federico von Holstein (1523-1533), una vez seguro en el trono, rompió su juramento, favoreciendo la predicación del luterano Juan Jansen, y presentándose ya abiertamente como protestante desde 1526. La nueva doctrina adquirió rápidamente tal consistencia, que en 1527 se le concedió oficialmente libertad, y en la dieta de Copenhague de 1527 se pudo ya presentar la «Confessio Havnica».

De nada sirvieron los esfuerzos del carmelita Pablo Heliae y del franciscano Nicolás de Herborn para contrarrestar en la dieta y después de ella las maquinaciones luteranas. El protestantismo fué ganando terreno, y el nuevo rey Cristiano III (1533-1539) acabó de completar su victoria. Hizo encarcelar en un solo día (20 de agosto 1536) a los siete obispos del territorio, se apoderó de sus bienes y se declaró jefe de la Iglesia. Juan Bugenhagen fué el encargado por Lutero para introducir el nuevo sistema religioso según el modelo de Sajonia. Comenzó una era de terrorismo contra los católicos, por efecto del cual fueron martirizados algunos monjes. En la dieta de Copenhague de 1546 perdieron los católicos los últimos derechos y se prohibió a todos los sacerdotes, bajo pena de muerte, la entrada en Dinamarca.

467. b) El protestantismo en Noruega y Suecia ⁵⁾. En Noruega ofreció el pueblo católico más resistencia; pero como estaba unido con Dinamarca, tuvo que ceder a la imposición de Cristiano III. Efectivamente, como lo había hecho en Dinamarca, así también hizo prender en 1536 a todos los obispos de Noruega e introdujo violentamente la seudorreforma. Los sacerdotes fueron puestos ante la alternativa de la apostasía o el destierro. La misma suerte corrió Islandia, dependiente de Dinamarca.

Suecia obtuvo por fin su libertad con Gustavo Vasa (1523-1560), quien la gobernó luego como rey. El protestantismo había sido ya predicado desde 1520 por los discípulos de Wittenberg, Juan y Lorenzo Peterson; pero quien consiguió introducirlo fué el nuevo rey Gustavo Vasa, ganado por los innovadores durante su destierro en Alemania. Ayudado de su canciller Lorenzo Peterson, fué extendiendo la nueva doctrina e imponiéndola por la fuerza, por lo cual ya en 1527 en la dieta de Vesteras se separó de Roma y proclamó la libertad de la llamada «palabra de Dios».

468. c) La innovación en las regiones orientales. El proceso en el avance del protestantismo en las regiones orientales europeas fué muy diverso según los territorios. En Livonia, Curlandia y Estonia sucedió lo mismo que en Prusia. Al frente de Livonia se hallaba Walter de Plettenburg, el cual, aunque personalmente católico, ya desde 1521 favoreció la herejía, que pudo introducirse en Riga, Dorpat y otras ciudades importantes. En Curlandia se obró un cambio político, cuando su gobernador militar Gotardo Kettler la puso bajo la soberanía de Polonia; pero por desgracia, su obispo Juan Wonninghausen se secularizó tomando una mujer e introduciendo la confesión de Augsburgo. Estonia cayó igualmente en el protestantismo al unirse con Suecia, que ya era protestante.

En Polonia ⁶⁾, y en el ducado de Lituania unido con ella, trabajaron activamente por la nueva doctrina algunos discípulos de Wittenberg. Sin embargo, se les opuso decididamente el rey Segismundo I (1501-1548), el cual prohibió bajo pena de confiscación de bienes la lectura de libros luteranos. El arzobispo Juan Laski y el canciller Andrés Krzyki, junto con

⁵⁾ MEZLER, J., Die apostolischen Vikariate des Nordens. 1919. MARTIN, J. F., G. Vasa et la Réforme en Suède. P. 1906. BIANDET, H., Le St.-Siège et la Suède durant la seconde moitié du XVI^e siècle. P. 1907. ÍD., Notes et Documents. 2 vol. Paris-Genève 1906-1912.

⁶⁾ THEINER, Vetera Monumenta Polonica... 2 vol. R. 1861. WOTSCHKE, TH., Gesch. der Reform in Polen. 1911. BERGA, A., Pierre Skarga 1536-1612. Études sur la Pologne du XVI^e siècle et le protest. polonais. P. 1916. DAWID, G., Le Protestantisme en Pologne jusqu'en 1570. 1927.

el entusiasmo del pueblo, profundamente católico, se pusieron decididamente de parte de su rey. Sin embargo, las nuevas ideas fueron penetrando poco a poco en la Universidad de Cracovia, donde las enseñaba Martín Glossa; lo mismo sucedía en Posen por la actividad de Juan Seclisian, primer traductor de la Biblia polaca. Los diversos grupos de luteranos, calvinistas y zuinglianos se unieron al fin en 1570 por medio del «Consensus Sandomiriensis», y finalmente bajo Segismundo II (1548-1572) obtuvieron libertad de religión en la Paz religiosa de Varsovia de 1573. Sus principales portavoces fueron Juan Laski, sobrino del arzobispo antes nombrado, y el príncipe de Lituania Radziwill. Por parte de la ortodoxia distinguíose sobre todo el Cardenal Estanislao Hosio, quien hizo lo posible para introducir las decisiones de Trento y organizó el gimnasio de Braunsberg bajo la dirección de los jesuitas. A su celo incansable, unido al de otros valientes prelados, se debe el haber salvado la fe católica, si bien quedó en el país la semilla de la división religiosa.

Las regiones de Silesia, Bohemia y Hungría ⁷⁾ fueron bien pronto presa de las innovaciones luteranas. Durante el reinado de Luis II (1516-1526) se declararon en su favor muchos nobles, y la victoria de los turcos de 1526, con el consiguiente desorden en el país, más bien favoreció estas tendencias. No obstante los esfuerzos del nuevo rey don Fernando por oponer un dique a la herejía, cinco ciudades libres se declararon luteranas y adoptaron la confesión de Augsburgo.

IV. Enrique VIII y la separación de Inglaterra de la unión con Roma ⁸⁾

469. En Inglaterra, donde tanta importancia había de tener el protestantismo en el porvenir, sus principios fueron muy diversos de los de otras naciones. Los primeros pasos que se dieron fueron ocasionados únicamente por la pasión escandalosa del Rey; pero luego, una vez rotas las relaciones con Roma, se fué poco a poco organizando la Iglesia anglicana, con mucha influencia calvinista, pero con algunos elementos propios.

a) Principios de la defección. Enrique VIII (1509-1547). El wicklefismo había minado mucho el prestigio del Papado y fomentado cierto nacionalismo en oposición a Roma. Enri-

⁷⁾ WOLFSGRUBER, C., Kirchengeschichte Österreichs-Ungarns. 1909. LOESCHE, G., Luther, Melancthon und Calvin in Österreich-Ungarn. 1909. DOUMERGUE, E., La Hongrie calviniste. Toulouse 1912.

⁸⁾ EHSES, ST., Röm. Dokumente zur Ehescheidung Heinrichs VIII von England. 1893. Obras generales: RANKE, L., von, Engl. Gesch., vornehmlich im 16. und 17. Jh. 9 vol. 2.^a ed. 1870-1872. «Cambridge Modern History», II-VI. Cambridge 1904-1906. DIXON, R. W., History of the Church of England (1500-1570). 6 vol. 2.^a ed. L. 1884-1902. CAMM, B., Lives of the English Martyrs under Henry VIII and Elizabeth (1535-1583). 2 vol. L. 1904-1905. TRÉSAL, J., Les origines du schisme anglican (1509-1571). P. 1908. GASQUET, CARD. F. A., The Eve of Reformation. 6.^a ed. L. 1909. ARROWSMITH, R. S., The prelude to the Reformation. I. 1923. HYLAND, G. K., A century of persecution under Tudors and Stuarts. L. 1926. BELLOC, H., A history of England, IV: The Transformation of England. I: Henry VIII (1509-1547). L. 1931. JANELLE, P., L'Angleterre catholique à la veille du schisme. P. 1935. HACKETT, F., Henry the eight. L. 1929. CONSTANT, G., La Réforme en Angleterre. 2.^a ed. I: Le schisme anglican. Henri VIII (1500, 1547). P. 1931. RIVAL, P., Les six femmes du roi Henry VIII. 2.^a ed. P. 1936. CRABISTES, P., Clément VII and Henry VIII. L. 1936. SMITH, H. M., Henry VIII and the Reformation. L. 1948.

que VIII fué durante mucho tiempo verdadero paladín de la fe católica, y en 1521 compuso contra Lutero su «Assertio septem Sacramentorum», que le mereció de León X el título de «defensor fidei». Mas por otra parte se dejó cegar de una pasión amorosa con *Ana Bolena*, dama de la corte, y concibió la idea de hacer disolver su matrimonio con Catalina de Aragón, dando por excusa su invalidez, pues ella había sido esposa de su hermano Arturo.

De hecho se había concedido dispensa del impedimento que esto traía consigo; pero el Rey suponía o fingía suponer que esta dispensa era inválida. Por desgracia, encontró quienes apoyaran su pretensión, sobre todo el canciller Wolsey, quien poco después cayó en desgracia y murió. Esto no obstante, siguió Enrique VIII en Roma la causa de su matrimonio, apoyado desde entonces por *Cromwell* y *Crammer*, quienes le fueron infundiendo la idea de romper con la autarquía pontificia.

470. b) Enrique VIII rompe con Roma. Al fin, como en Roma no fueran satisfechos sus deseos, en febrero de 1531 Enrique VIII se hizo proclamar cabeza de la Iglesia en Inglaterra. Ante estos hechos, el canciller *Tomás Moro* rompió con el Rey. Fué sustituido por *Cromwell*. En enero de 1533 Enrique VIII realizó públicamente el matrimonio con Ana Bolena, la cual dió a luz una hija, la futura reina Isabel, en septiembre del mismo año. Esto significaba el rompimiento con Roma. Por esto el Papa no tuvo más remedio que protestar, publicando la excomunión de Enrique VIII. A este acto del Papa respondió el rey de Inglaterra apelando a un Concilio universal. Más aún, cuando Clemente VII en 1534 pronunció la sentencia definitiva declarando válido el matrimonio con Catalina de Aragón, apareció la célebre *acta de supremacía*, votada por el Parlamento inglés, que reconocía al Rey como única cabeza de la Iglesia. Con esto comenzó oficialmente el cisma.

Las consecuencias fueron de gran trascendencia. Enrique VIII inició una verdadera persecución contra todos los que no se le sometieran. Por desgracia, la mayoría del clero se plegó a su voluntad. Sin embargo, hubo víctimas notables. Tales fueron: El obispo *Juan Fisher* y *Tomás Moro* ⁹⁾, ajusticiados en 1535. Además muchos monjes, en particular dieciocho cartujs, y algunos sacerdotes seculares. Las medidas tomadas fueron cada vez más radicales. Desde 1536 fueron suspendidos todos los monasterios menores, en número de 367, y sus bienes confiscados. En 1539 se suspendió

⁹⁾ LLANOS Y TORRIGLIA, F. DE, El divorcio de Catalina de Aragón, S. Juan Fisher y S. Thomas More. M. 1935. MORTIMER, C. G., BARBER, S. C., The English Bishops and the Reformation 1530-1560. L. 1936. HOLLS, CH., Sir Thomas More. L. 1934. ERB, A., Thomas Morus. John. Fisher. 1935. SARGENT, D., Thomas More. L. 1936. CHAMBERS, R. W., Thomas More. Ein Staatsmann Heinrichs des VIII. 1946. MAYNARD, TH., Humanist as Hero. The life of Sir Thomas More. Nueva York 1947. LEMONIER, L., Un résistant catholique. Thomas More. P. 1948. MISCHLER, P., Thomas More. 1948.

a todos los demás, que llegaron a 950. Algunos conatos de levantamiento fueron sofocados con energía.

Frente a esta actitud de Enrique VIII, el nuevo Papa Paulo III publicó en 1538 la bula de excomunión y deposición solemne del rey inglés; pero éste, que fué siguiendo una verdadera bacanal de matrimonios y ajusticiamientos de esposas infieles, en 1539 hizo publicar por el Parlamento el llamado «estatuto de sangre», por el que imponía bajo pena de muerte una serie de dogmas, enteramente conformes con los católicos. Esto se confirmó en 1543 con el estatuto llamado «Necessary doctrine». Mas como se exigía de los católicos el reconocimiento de la autoridad suprema del Rey en los asuntos religiosos, la persecución fué constantemente en aumento. Así continuaron las cosas hasta la muerte de Enrique VIII en 1547.

471. c) Eduardo VI (1547-1553) ¹⁰⁾. Era hijo del tercer matrimonio de Enrique VIII; mas como era de menor edad, se estableció un Consejo de regencia, presidido por Crammer. Con esto se dió el segundo paso en la defección de Inglaterra. En efecto, Crammer, influido ya por las ideas calvinistas, llamó a algunos teólogos de esta secta, con los cuales fué inoculando la herejía en las instituciones inglesas. Distinguiéronse en esta obra: *Bernardino Ochino*, *Martin Bucero* y *Juan Laski*. El acontecimiento religioso más notable fué la publicación en 1549 del *Book of common prayer*, la liturgia nueva de la Iglesia anglicana, revisada y renovada en 1552. En general, se notaba la influencia calvinista.

Por otra parte, iba en aumento el rigor contra los católicos, para lo cual dieron pretexto algunas conjuraciones descubiertas. En 1552 se publicó un símbolo, compuesto por Crammer, enteramente calvinista, sobre todo en la doctrina de la predestinación y Eucaristía. De hecho se puede decir que a la muerte de Eduardo VI en 1553 el calvinismo estaba oficialmente introducido en Inglaterra.

V. Tentativas del protestantismo en Italia ¹¹⁾

472. Hasta qué punto había llegado el peligro de una defección general de la Iglesia, lo muestran claramente los esfuerzos hechos por los protestantes y los resultados obtenidos en Italia, ante los ojos, por así decirlo, del Romano Pontífice. Sin embargo, gracias al ascendiente de la autoridad pontificia y a la energía desplegada por los gobernadores del Rey Católico, se pudo atajar el mal en sus mismos principios.

a) **Diversos focos de protestantismo en Italia.** En casi todas las ciudades importantes de Italia trataron los protestantes de las diversas tendencias, de establecer focos de irradiación. Así los vemos en Nápoles, Florencia, Ferrara, Turín y Venecia. En Nápoles trabajó particularmente el español *Juan Valdés* ¹²⁾, secretario del virrey, insigne humanista, amigo

¹⁰⁾ USHER, R. G., The Reconstruction of the English Church. 2 vol. I. 1910. CONSTANT, G., La transformation du culte anglican sous Edouard VI. En Rev. Hist. Eccl., 1911, 38 s., 242 s., 474 s. ÍD., Le changement doctrinal dans l'Eglise anglicane sous Ed. VI (1547-1553). ÍD. 31, 32 (1935-1936).

¹¹⁾ COMBA, Storia della riforma in Italia, I. Firenze 1881. ÍD., I nostri protestanti. 2 vol. Firenze 1895-1897. BUSCEBELL, G., Reformation and Inquis. in Italien. En Quellen u. Forsch. 13. 1910. RODOCANACHI, E., La Réforme en Italie. 2 vol. P. 1924. CHIMINELLI, P., Scritti religiosi dei riformatori italiani. Torino 1925. TACCHI-VENTURI, P., En Storia della Comp. di Gesù in Italia, I. La vita religiosa in Italia... 2.ª ed. R. 1913.

¹²⁾ HEEP, J., Juan de Valdés. 1909.

íntimo de Erasmo y tocado de cierto misticismo y espíritu reformador, que lo convierte en precursor y propagador de muchos principios luteranos. Del mismo espíritu soñador y simpatizante con las nuevas doctrinas, se dejó alucinar un círculo de damas selectas de la sociedad napolitana, entre las cuales debe contarse a Julia Gonzaga, viuda del duque de Trajetto y, al menos durante algún tiempo, a la célebre *Victoria Colonna*. Algunos discípulos de Valdés, menos idealistas que él, propagaron ya más claramente las nuevas ideas. Sin embargo, hay que reconocer que ni Victoria Colonna ni muchos de los adictos a este círculo napolitano pensaron nunca en separarse de la Iglesia católica.

Más serio fué el peligro en el norte de Italia. Es célebre sobre todo la duquesa *Renata de Ferrara* († 1575), la cual acogió favorablemente a Calvino y protegió constantemente el movimiento protestante. Al mismo tiempo comenzaban a defenderse en Turín algunas ideas claramente luteranas, mientras en Pavia se imprimían algunos escritos del mismo Lutero y los «Locí» de Melanchton. Del mismo modo se trabajaba en Florencia y en Venecia en la traducción y difusión de la Biblia y se organizaban centros peligrosos de protestantismo. Pero la Inquisición intervino enérgicamente, hizo recoger muchos escritos protestantes y desterró a muchos innovadores, con lo cual se atajó el mayor peligro.

473. b) Principales innovadores italianos. Los partidarios empedernidos de la falsa reforma, en su mayor parte, tuvieron que escapar de Italia ante la persecución de que se les hizo objeto. Tales fueron *Pedro Pablo Vergerio*¹³⁾, que había sido Nuncio pontificio, acusado de herejía en 1541, huyó a Suiza y en 1553 a Wittenberg. Más tarde llegó a ser profesor en Tubinga. *Bernardino Ochino*, primero franciscano, luego Vicario general de los capuchinos y más tarde entregado de lleno a la herejía, escapó y se casó en Ginebra. Los últimos años de su vida los pasó en Inglaterra, donde fué profesor en Oxford y contribuyó a consolidar las innovaciones. *Pedro Mártir* de Vermigli vivió una vida muy agitada, refugiándose primero en Zurich y luego en Oxford, para volver luego a Suiza, donde murió. *Pablo Sarpi*¹⁴⁾, de la Orden de los servitas, el cual, si bien no rompió con la Iglesia, le hizo mucho daño con sus escritos y fomentó constantemente el protestantismo.

VI. Conatos de introducción del protestantismo en España¹⁵⁾

474. También en España hizo la nueva herejía esfuerzos extraordinarios por introducirse, no obstante la vigilancia de los Reyes Católicos y sobre todo del tribunal de la Inquisición; pero al fin la fe católica salió victoriosa, y el protestantismo quedó definitivamente eliminado de la Península.

¹³⁾ FERRAI, Il processo di Pier Paolo Vergerio. En Arch. Stor. ital. (1885), 201 s., 333 s.; 16 (1885), 25 s., 153 s., 201 s. PASCHINI, P., P. P. Vergerio. R. 1925.

¹⁴⁾ BERNARTH, Bernardino Ochino von Siena. 1875. 2.ª ed. 1892. NICOLINI, B., Bernardino Ochino o la reforma in Italia. Napoli 1935. REIN, Paolo Sarpi und die Protestanten. 1904.

¹⁵⁾ SCHÄFER, E., Beiträge zur Gesch. des Protest. 3 vol. 1902. MENÉNDEZ Y PELAYO, M., Hist. de los Heterod., 2.ª ed., vol. IV, pág. 390-438; V., 1-205. M. 1928. PFANDL, L., Das spanische Lutherbild des 16. Jahrh. En Hist. Jb., 50 (1930), 446-497. CASTRO, A. DE, Historia de los protestantes españoles y de su persecución por Felipe II. Cádiz 1851 (tendencioso). DROIN, M., Histoire de la réformation en Espagne. 2 vol. Lausana-P. 1880. LASALLE, J., La réforme en Espagne au XVI^e siècle Montauban 1883. BÖHMER, E., Bibliotheca Wiffeniana. Spanisch Reformers... 2 vol. L. 1874-1883. BENÍTEZ DE LUGO, A., Constantino Ponce y la Inquis. de Sevilla. En Rev. de Esp., vol. 194, 5 s., 18 s. M. 1885. CHRIST, E., Spanische Glaubenshelden. Basilea 1886. WILKERS, C. A., Gesch. des Span. Protestantismus im 16. Jahrh. En Z. K. Gesch., vol. 11-12 (1888-1891).

a) Primeros conatos aislados. Ya desde el levantamiento de Lutero se advierte un conato especial por introducir en España las nuevas doctrinas. Tal sucede en algunos alumbados de 1520-1530, y sobre todo en algunos erasmianos del mismo tiempo. Este esfuerzo de los protestantes se manifiesta particularmente durante este primer estadio, en los libros prohibidos. Gracias sin duda al rigor con que las autoridades públicas españolas, y en primer lugar la Inquisición, ejecutaron las órdenes existentes contra los libros heréticos, no se puede decir que las doctrinas luteranas llegaran a tener verdaderos seguidores en la península Ibérica hasta pasada la mitad del siglo XVI. Los chispazos de simpatía entre los erasmistas, sobre todo en Bernardino de Tovar, Juan de Vergara y los hermanos Valdés, así como también algunos principios defendidos por los alumbados del grupo de Toledo, más o menos parecidos a los de los protestantes, no pueden ser considerados todavía como principios de luteranismo en España.

475. b) Foco de luteranismo en Valladolid. El primer lugar donde consiguieron los protestantes formar un núcleo considerable de partidarios, fué Valladolid y sus cercanías, lo cual, si se tiene presente la estrecha vigilancia de la Inquisición, indica claramente la habilidad que empleaban los innovadores para introducirse en las diversas regiones. Es cierto que este foco de protestantismo no llegó a adquirir la consistencia que suponen algunos escritores de aquel tiempo, hasta el extremo que constituyera un serio peligro para la religión católica; pero de todos modos llegó a extenderse hasta Palencia y Logroño con su centro en Valladolid, y desarrollaba un proselitismo cada día más activo.

El iniciador del movimiento fué *don Carlos de Seso*, quien aprendió la nueva doctrina en el norte de Italia por los años 1550. Pedro de Cazalla, cura de Pedrosa, fué uno de los primeros que se le juntaron. La más notable conquista fué la del canónigo *doctor Agustín Cazalla*, quien desde su larga estancia en Alemania, como capellán de Carlos V, guardaba cierta simpatía por las ideas luteranas. Éste, a su vez, atrajo a la secta a su anciana madre Leonor de Vivero y sobre todo al dominico *Fr. Domingo de Rojas*. A éstos siguieron otras personas, algunas bastante significadas, como Pedro de Sarmiento, las religiosas del monasterio de Belén y el bachiller Herrezuelo, a los que se juntó un nuevo círculo en Zamora, dirigido por Cristóbal de Padilla.

El movimiento se iba extendiendo con rapidez; pero el mismo celo fanático de sus miembros fué ocasión de su perdición. Efectivamente, habiendo la Inquisición entrado en sospechas de lo que se tramaba, inició las prisiones en Zamora en abril de 1558 con Cristóbal de Padilla, al que siguieron rápidamente casi todos los miembros de la comunidad, pues los unos descubrían a los otros. Siguiéronse los procesos con relativa rapidez, y en junio de 1559 estaban ya casi todos terminados. Dos autos de fe, sin duda los más célebres de la Inquisición española, dieron feliz remate a este peligro de herejía. El primero se efectuó en la fiesta de la Trinidad, y el segundo el 8 de octubre de 1559. A este último asistió el mismo rey Felipe II, que acababa de volver de Inglaterra. Lo más característico de estos procesos es que casi todos los corifeos de la secta retractaron sus errores durante el proceso o después de dada la sentencia de relajación. El más célebre entre ellos, el doctor Agustín Cazalla, no cesó un momento de hablar al pueblo para que escarmentaran en cabeza ajena. Carlos de Seso, el principal promotor de la secta, después de una conducta indigna durante el proceso, se mantuvo obstinado y murió en la herejía. Pero en todo caso, con el castigo de los culpables desapareció definitivamente el foco protestante de Valladolid.

476. c) **Foco protestante en Sevilla.** Casi al mismo tiempo que en Valladolid, hacía el protestantismo otro esfuerzo parecido por introducirse en *Sevilla*, donde llegaron a reunirse más de cien miembros, procedentes de todas las clases de la Sociedad. Sin embargo, tampoco aquí se puede hablar de verdadero peligro para la ortodoxia.

Según parece, el verdadero padre de la comunidad protestante de Sevilla, fué el *doctor Egidio*, canónigo de la catedral. Ya en 1550 fué examinado por la Inquisición como sospechoso; pero pudo librarse, con la abjuración de varias proposiciones heréticas. Esto no obstante, siguió ocultamente trabajando por la herejía. Otro de los miembros más ilustres de esta comunidad fué el Canónigo Magistral de Sevilla, *Constantino Ponce de la Fuente*, notable predicador y hombre de brillantes cualidades. La herejía la aprendió cuando Carlos V, atraído por sus dotes oratorias, se lo llevó a Alemania como capellán, y así a su vuelta a Sevilla, se dió de lleno a difundirlas con las cautelas que exigía la prudencia. Como algunos se percataran de la tendencia peligrosa del Canónigo Magistral, hicieron algunas denuncias y tuvo éste que acudir a la Inquisición para dar razón de sí; pero por entonces pudo parar el golpe.

Con el influjo de los doctores Egidio y Constantino, se fué formando rápidamente una comunidad considerable, que ya en 1555 constaba de dos focos principales: el monasterio de los Jerónimos de San Isidro y la casa de Isabel de Baena. Entre los miembros más distinguidos de la comunidad protestante cuéntanse doce monjes del citado monasterio con su prior «Maestro Blanco», el médico Cristóbal de Losada y el noble Juan Ponce de León.

Una remesa de libros, proveniente de Frankfurt, fué la ocasión del descubrimiento. No obstante la habilidad del contrabandista Julianillo, no pudo éste ocultar por completo su mercancía, y así puesta en autos la Inquisición, fué siguiendo la pista, y poco a poco fué echando mano a la mayor parte de los contagiados con la herejía. Constantino fué uno de los primeros apresados; pero no se pudo evitar que escaparan once monjes de San Isidro, entre los cuales se hallaba el célebre destructor de la Biblia, Cipriano de Valera. Casi todos retractaron diversas veces, si bien muchos volvieron a su obstinación. Por fin pudo celebrarse el primer auto de fe el 24 de septiembre de 1559, en el que hubo quince relajados al brazo secular y varios reconciliados. Entre ellos se hallaba Juan Ponce de León, quien al fin se arrepintió, como casi todos los demás. En agosto de 1560 estaban terminados otros treinta procesos, entre los cuales se hallaba el del *doctor Constantino*, fallecido de enfermedad en la cárcel. En un nuevo auto de fe, en adviento de este año,

fueron relajados catorce protestantes y quemadas las estatuas de Constantino y Egidio, pues este último había muerto antes del descubrimiento de la herejía. El 26 de abril de 1562 fueron relajados otros seis herejes y quemadas dieciséis estatuas, entre las cuales las de los monjes de San Isidro. Finalmente, el 28 de octubre del mismo año 1562 se celebró un cuarto auto de fe, en el que fué condenado el Prior de los Jerónimos. De esta manera desapareció por completo la comunidad de Sevilla.

Los conatos del protestantismo por introducirse en España fracasaron por completo, debido sobre todo a la estrecha vigilancia de la Inquisición. Algún otro caso suelto de protestantes españoles o extranjeros o de simpatizantes con el protestantismo no tiene importancia en el movimiento general de la herejía.

CAPÍTULO IV

Principios de la reforma católica

477. Todo lo dicho da una idea de las horribles calamidades que afligían a la Iglesia en el siglo XVI. Frente a ellas se obró bien pronto una reacción saludable, que condujo a la verdadera reforma eclesiástica. De este modo, lo que no habían podido conseguir los esfuerzos de los concilios y de algunos Papas del siglo XV ni la predicación de algunos grandes reformadores del tipo de S. Bernardino de Sena y S. Juan de Capistrano, se obtuvo ahora por obra especial de la Providencia, ante la destrucción realizada por la herejía.

I. El Concilio de Trento ¹⁾

Uno de los medios más eficaces de que se valió la Providencia para la realización de la verdadera reforma y la reconstrucción interna de la Iglesia, fué la celebración del Concilio de Trento, que en sus tres etapas y a pesar de innumerables dificultades, tomó una serie de decisiones disciplinarias y doctrinales, que sirvieron de base para toda la actividad futura de la Iglesia.

¹⁾ JOURDAN, G. N., *The Movement toward Catholic Reform in the early 16th Century*. L. 1913. *Concilium Tridentinum*, *Diastorum, actorum, epistolarum, tractatum nova collectio*, ed. Societas Goerresiana. 1901 s. *Canones et Decreta Concilii Trid.*, muchas ed. LE PLAT, J., *Monumentorum ad historiam Concilii Trid. spectantium Ampliss. Collectio*. 7 vol. Lovanii 1781-1787. SARPI, PAOLO, *Istoria del Concilio Tridentino*. L. 1619. 2.ª ed. Genève 1629 s. (muy tend.). PALLAVICINO, SPORZA, *Istoria del Concilio di Trento*. 2. fol. R. 1656-1657 (contra Sarpi). RICHARD, P., *Concile de Trente*. Contin. de Hefele-Leclercq. t. IX. P. 1930. DUFOURCQ, A., *Le christianisme et la réorganisation absolutiste. Le Concile de Trente (1527-1622)*. P. 1933. MERKLE, S., *Die weltgeschichtl. Bedeutung des Tridentiner Konzils*. 1936. FERRANDIS TORRES, M., *El Concilio de Trento*. 2 vol. 1560-1561. M. 1934. BURGOS, R., *España en Trento*. M. 1941. CASTRO, J. DE, *Portugal no Concilio de Trento*. 2 vol. Lisboa 1944. *El Concilio de Trento*, Exposiciones e investigaciones (con ocasión del IV Centen. del Concilio) por Colaboradores de Razón y Fe. M. 1946. CAVALLERA, F., *Le décret du Concile de Trente sur la justification*, 13 janvier 1547. En *Boul. Litt. Eccl.*, 1947, 1948, s., JEDIN, H., *Geschichte des Konzils von Trient. I. Der Kampf um das Konzil*. 1949.

a) **Primera etapa del Concilio de Trento (13 diciembre 1545-11 marzo 1547)**. Paulo III (1534-1549) ²⁾ fué el primer Pontífice que inició con energía la verdadera reforma, no obstante algunos defectos que oscurecen sus méritos. Tuvo el acierto de elegir prelados insignes, como Contarini, Sadoletto, Pole y otros; favoreció las nuevas Órdenes religiosas, sobre todo a los jesuitas, e instituyó en 1542 el tribunal de la Inquisición o Santo Oficio.

Pero mucho más eficaz para la reforma eclesiástica fué el esfuerzo por reunir y mantener el Concilio de Trento. Dos veces anunció un Concilio; en 1536 para Mantua, y en 1537 para Vicenza; pero fué imposible reunirlos. Al fin, hecha la paz entre Carlos V y Francia en 1544, se anunció el Concilio para marzo de 1545 por la bula «Laetare, Jerusalem». Los protestantes se negaron a asistir. Como *legados pontificios* fueron nombrados los Cardenales *del Monte, Cervini y Pole*. Se comenzó en diciembre de 1545.

Vencidas innumerables dificultades, se convino por fin en alternar las cuestiones dogmáticas y las de reforma, ambas fundamentales en la obra del Concilio. Todas ellas eran discutidas en las comisiones de Teólogos y Canonistas, y luego presentadas en las sesiones generales de los Padres del Concilio. Finalmente se promulgaban en las sesiones públicas.

En la *sesión IV (8 abril 1546)* se presentaron las primeras decisiones de importancia. Frente a los protestantes, determinóse el *Canon de la Sagrada Escritura*, señalóse la Vulgata como edición auténtica para el uso teológico; se declaró que la tradición y el juicio de la Iglesia eran la norma auténtica para la inteligencia de la Escritura, y que por otra parte, tanto la Escritura como la tradición, son norma de fe. En la *sesión V (17 junio 1546)* se publicó el decreto sobre el *pecado original*, puntualizando los diversos puntos atacados por los herejes. Entre los decretos de reforma se ordenó la erección de cátedras de Teología en las catedrales, etc., y se inculcó la necesidad de la formación de buenos predicadores.

La *sesión VI (13 enero 1547)* fué la más importante de esta etapa y tal vez de todo el Concilio. El asunto propuesto era la *justificación*, base de la doctrina protestante. Por esto los imperiales hicieron lo posible por retrasar su discusión, con el fin de no zaherir a los luteranos, en vísperas de la guerra de Esmalcalda. Al fin se reunió en un decreto toda la doctrina católica acerca de la justificación, con lo que se cierra a los protestantes toda posibilidad de interpretación torcida. Este decreto es una

²⁾ MRRBT, C., *Quellen zur Gesch. des Papstums*. 4.ª ed. 1924, p. 265 s. RICHARD, P., *Origines des nonciatures permanentes*. En *Rev. Hist. Eccl.* 1, 1906, 52 s., 317 s. CAPASSO, C., *Paolo III*. 2 vol. Messina 1925. FRIEDENSBURG, W., *Kaiser Karl V und Papst Paul III (1534-1549)*. DOREZ, L., *La cour du Pape Paul III*. 2 vol. P. 1932.

pieza acabada en todos sentidos. En el decreto de reforma se urge sobre todo la obligación de residencia a los obispos y clérigos.

En la *sesión VII* (3 marzo 1547) se inició la materia de los Sacramentos, publicando la doctrina católica sobre los *Sacramentos en general*, sobre el Bautismo y la Confirmación.

Con esto termina propiamente la primera etapa. Por temores más o menos fundados de una enfermedad contagiosa, los legados pontificios, en la *sesión VIII* (11 marzo), decidieron trasladar el Concilio a Bolonia. El Papa aprobó esta decisión. En Bolonia continuaron trabajando las comisiones de teólogos, y en las sesiones IX y X no se hizo más que prorrogar el Concilio. En *septiembre de 1549 Paulo III lo suspendió*.

478. b) Segunda etapa del Concilio de Trento (1.º mayo 1551-28 abril 1552). El sucesor de Paulo III, *Julio III* (1550-1555), era el Cardenal del Monte, uno de los legados del Concilio. Por esto en diciembre de 1550 lo convocó de nuevo para el 1.º de mayo de 1551.

Las sesiones XI y XII no ofrecen nada de particular. Entretanto se discutió ampliamente en las comisiones todo lo referente a la Eucaristía, sobre la cual, aun entre los católicos, aparecieron opiniones nuevas y peligrosas. La cuestión sobre la comunión bajo las dos especies ofrecía también grandes dificultades.

En la *sesión XIII* (11 octubre 1551) se publicó por fin la doctrina católica, proclamando la *presencia real* de Cristo en la Eucaristía. En la *sesión XIV* (25 noviembre 1551) se proclamó, después de detenida discusión, todo lo referente a la *Penitencia* y a la *Extrema Unción*. Al mismo tiempo se dieron en estas dos sesiones algunos decretos disciplinarios de gran importancia.

Con esto estaba ya determinada casi toda la doctrina católica sobre los Sacramentos. Todo parecía ir a pedir de boca. Precisamente entonces acababan de llegar algunos representantes de príncipes luteranos, si bien se vió pronto que era imposible toda inteligencia. Con el objeto de intentarlo, en la *sesión XV* (25 enero 1552) se aplazaron los decretos sobre la ordenación y la Santa Misa; pero en estas circunstancias surgió la traición de Mauricio de Sajonia contra Carlos V; encendiéndose de nuevo la guerra, y ante el peligro en que se hallaban en Trento, fueron escapándose la mayor parte de los Padres. Por esto, cuando ya quedaban muy pocos, en la *sesión XVI* (28 abril 1552) fué suspendido por segunda vez el Concilio.

479. c) Tercera etapa de Trento (18 enero 1562-4 diciembre 1563)³⁾. *Paulo IV* (1555-1559), hombre rígido y gran

³⁾ RIESS, L., Die Politik Pauls IV und seiner Nepoten. 1909. ANGEL, R., La disgrâce et le procès des Carafa d'après des documents inédits (1559-1567). Madrid 1909. I., Paul IV et le Concile. En Rev. Hist. Écl. 8 (1907), 716-741. I., L'activité réformatrice de Paul IV. En Rev. Q. Hist., 86 (1909), 67-103. MONTI,

amigo de la reforma eclesiástica, desarrolló una gran actividad en este punto; pero por otra parte cometió algunos errores muy sensibles. Como tal debe contarse la aversión que concibió desde un principio contra el Concilio, por lo cual nunca quiso saber nada sobre su continuación.

Pío IV (1559-1565), de carácter y tendencias completamente contrarias a su predecesor, personalmente era más bien inclinado a cierta diplomacia y vida mundana; pero su nepote, *Carlos Borromeo*⁴⁾, a quien hizo Cardenal a los veintiún años, influyó en él constantemente dando a su Pontificado el carácter de severidad y tendencia reformadora. Uno de sus mayores méritos es el haber terminado el Concilio de Trento.

En efecto, vencidas las enormes dificultades de Francia y del Emperador, se comenzó esta tercera etapa del Concilio el 18 de enero de 1562. En las sesiones XVIII-XX no se publicó decreto alguno, ya porque las materias propuestas no estaban suficientemente discutidas, ya por las crecientes dificultades que se iban acumulando. Estas provenían de la cuestión sobre si el Concilio debía ser continuación del anterior, y sobre todo, por la insistencia del emperador Fernando en exigir que se tratara en seguida un plan completo de reforma de la Iglesia en la cabeza y miembros.

La *sesión XXI* (16 julio 1562) trajo por fin el decreto dogmático sobre la *comunión bajo las dos especies*. En él se fijaban los principios con toda precisión: también bajo una sola especie se recibe a Cristo entero y todas las gracias necesarias; la ley existente sobre la comunión bajo una sola especie es eclesiástica, y así la Iglesia puede modificarla. En la *sesión XXII* (17 septiembre 1562) se publicaron los puntos fundamentales sobre el *Santo Sacrificio de la Misa*, cuestión vital en la contienda contra el protestantismo. Al mismo tiempo se dieron diversos decretos de reforma sobre la conducta de los clérigos, condiciones para los beneficios, etc.; pero sobre todo, en la cuestión del cáliz de los laicos, se llegó a la conclusión de dejar al Romano Pontífice la solución definitiva. De hecho *Pío IV* concedió en 1564 a varias diócesis (Baviera, Austria, Maguncia, Tréveris) la comunión bajo las dos especies; pero

G. M., Ricerche su Paolo IV. Carafa. Documenti inediti Benevento 1925. FUSSE, ST., Die Letzte Berufung des Trienter Konzils. En Festschr. G. Hertling. 1913, p. 139 s. CONTANT, G., La Légation du Card. Morone. P. 1922. O'NEILL, J. H., The Cardinal of Lorraine and the Concil of Trent. Cambridge 1930. CHURCHMAN, B., Las relaciones de las dos Cortes habsburguesas en la tercera asamblea del Conc. Trid. En Bol. Ac. Hist. 103 (1933), 297-388. JEFFERSON, H., Kirchenreform und Konzilsgedanke 1550-1559. En Hist. Jb. 54 (1934), 401-431. I., Krisis und Wendepunkt des Trienter Konzils (1562-1563). I., Das Konzil von Trient. Ein Überblick über die Erforschung seiner Geschichte. R. 1948.

⁴⁾ *Acta Ecclesiae Mediolanensis*, ed. A. Ratti II-III. Mediolani. 1892-1896. CELLIER, L., St. Charles Borromée. 6.ª ed. P. 1928. En Col. «Les Saints». ORSENICO, C., Vita di Carlo Borromeo. 2 vol. 3.ª ed. Milán 1929.

no se obtuvo el efecto deseado, y así en 1571 se retiró la concesión⁵⁾.

480. d) Últimas sesiones y fin del Concilio. Desde la sesión XXII las dificultades aumentaron sin cesar, por lo cual la sesión XXIII tuvo que ser prorrogada cerca de un año.

Las causas eran dos: En primer lugar la célebre discusión sobre si los obispos recibían su dignidad directamente de Dios o por medio del Romano Pontífice. Los españoles, los franceses y otros muchos defendían el origen inmediato divino de la dignidad episcopal. Los prelados italianos y otros varios estaban de parte del origen pontificio. El P. Laínez propuso una teoría intermedia, que pareció dar la solución. La segunda fuente de dificultades fué la insistencia de los imperiales en sus planes de reforma de la curia. *Morone* consiguió personalmente del Emperador que abandonara muchas exigencias.

En la sesión XXIII (15 julio 1563) se proclamó por fin la doctrina católica sobre el *Orden*, insistiendo en su cualidad de Sacramento y en la superioridad de los obispos sobre los presbíteros. En el decreto de reforma se resolvió la cuestión batallona sobre el origen inmediato del episcopado, evitando el punto discutido y usando una fórmula general. En la sesión XXIV (11 noviembre) se formuló en doce cánones la doctrina sobre el *Matrimonio*, su origen, su naturaleza y su sacramentalidad.

Entretanto la agitación tomaba nuevas formas. Mientras los españoles urgían que se trataran a fondo otros asuntos, los demás instaban para que se pusiera fin al Concilio. El mismo Papa deseaba terminar. Así, pues, en la sesión XXV (3 y 4 diciembre 1563) se publicó un resumen de varios decretos sobre el Purgatorio, la invocación de los Santos, sobre las reliquias e indulgencias y reforma de las Órdenes religiosas, y se dejaron en manos del Papa una serie de cuestiones. Tales eran: edición de un índice de libros prohibidos; publicación de un Catecismo; nueva edición del Breviario y Misal romano. Hecho esto, el Cardenal *Morone*, en nombre del Papa, cerró definitivamente el Concilio. Se hallaban presentes: seis Cardenales, tres Patriarcas, veinticinco arzobispos, ciento sesenta y siete obispos, siete generales, siete abades, treinta y nueve procuradores de ausentes. En la bula «*Benedictus Deus*» de 26 de enero de 1564, Pío IV dió la aprobación oficial a las decisiones de Trento.

De este modo quedaba terminada la asamblea, que en conjunto es, sin duda, la más importante de la Historia de la Iglesia. Por medio de los decretos dogmáticos se fijaba con toda precisión la doctrina católica frente a los protestantes; con

⁵⁾ CONSTANT, G., *Concession à l'Allemagne de la communion sous les deux espèces. Étude sur les débuts de la réforme cathol. en Allemagne (1548-1621)*, 2 vol. P. 1933.

los decretos disciplinares se ponía la base de la verdadera reforma de la Iglesia, tan anhelada por todos sus hijos. Todas estas decisiones fueron admitidas poco a poco y publicadas en todas las regiones católicas, si bien algunos príncipes pusieron dificultades y reservas de diversa índole, como en Francia y en España. En adelante los decretos de Trento fueron el código de la reforma eclesiástica, que fué tomando cada vez mayor consistencia.

II. Nuevas Órdenes religiosas. La Compañía de Jesús⁶⁾

481. El Concilio de Trento fué el medio providencial más importante para la verdadera reforma de la Iglesia frente a las innovaciones protestantes. Pero no fué el único. Otro medio sumamente eficaz para la regeneración de la Iglesia fueron las nuevas Órdenes religiosas junto con la renovación o reforma de algunas ya existentes. Pero entre todas las nuevas Órdenes establecidas en este tiempo, según el juicio unánime de los

⁶⁾ PISANI, P., *Les compagnies des prêtres du xvi^e siècle au xviii^e siècle*. P. 1928. *Institutum Societatis Jesu*, Bullarium et Compendium Privilegiorum... 3 vol. Florencia 1892-1893. *Monumenta Historica Soc. Jesu*, nunc primum edita a PP. eiusdem Soc. M. 1894 s. 65 vol. *Constitutiones Soc. Jesu* latinae et hispanicae cum earum declarationibus. Ed. Juan Jos. de la Torre. M. 1892. *Constitutiones Societatis Jesu*, Ed. crítica. 3 vol. R. 1936-1939. En Mon. Hist. Soc. Jesu; Monum. Ignat., series 3. *Historia Soc. Jesu* hasta 1633, por varios PP. S. J. CARAYON, A., Documents inédits concernant la Comp. de Jésus. 23 vol. P. 1863-1886. *Epistolae Praepos. Gener. ad Patres et Fratres S. J.* 3 vol. Gandavi 1847. ROSA, I. Gesuiti della origine ai nostri giorni, cenni storici. R. 1914. BRUCKER, J., La Comp. de Jésus, esquisse de son institut et de son histoire 1521-1773. P. 1919. DUHR, B., *Gesch. der Jesuiten in den Ländern deutscher Zunge*, 4 vol. 1907-1928. ASTRIN, A., *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*. 7 vol. (1540-1758). M. 1902-1925. II en 2.^a ed. 1912. FOUQUERAY, H., *Histoire de la Comp. de Jésus en France (1528-1645)*. P. 1910-1925. I-V vol. PONCELET, A., *Histoire de la Comp. de Jésus dans les anciens Pays-Bas*. 2 vol. Bruxelles 1927-1928. H. GHES, TH., *History of the Society of Jesus in North America (hasta 1773)* 2 vol. L. 1907-1917. Documents: ib. I, 1908-1910. TACCHI VENTURI, P., *Storia della Compagnia di Gesù in Italia*, I-II (hasta 1540). R. 1910-1922. I en 2.^a ed. 1931. CAMPBELL, T., *The Jesuits. History of the society of Jesus*. L. 1935. FÉLIX, JOS., *La guerre aux Jésuites*. 2.^a ed. P. 1879. BROWN, *Les Jésuites de la légende*. 2 partes. P. 1906. DUHR, H., *Jesuiten-Fabeln*. 4.^a ed. 1904. KRATZ, W., *Katholische Urteile über die Jesuiten*. 1913. KOCH, L., *Jesuitenlexikon. Die Gesellschaft Jesu eins und jetzt*. 1934. *Contra la Compañía (entre otras muchas obras)*: MIR, M., *Historia interna documentada de la Compañía de Jesús*. 2 vol. M. 1913. RÉCALMÉ, J. DE, *Notes documentaires sur la Comp. de Jésus*. 2 vol. P. 1924-1927. Ademas: LEITE, S., *Historia da Companhia de Jesus no Brasil*. I. Lisboa 1938. VILLOSLADA, R. G., *Manual de la historia de la Compañía de Jesús*. M. 1941. BRODRICK, J., *The Origin of the Jesuits*. L. 1941. ARBORE, J., *Los manantiales de la difamación antijesuitica*. 2 vol. B. 1934. RODRÍGUEZ, FR., *História da Companhia de Jesus na Assis-tência de Portugal*. Vol. II y III en 4 t.: Porto 1939-1944. MONTALBÁN, FR. J., *La Compañía de Jesús Misionera*. 1540-1941. Bilbao 1941. FERNÁNDEZ ZAPICO, L., *Historia, Dalmases, Fontes narrativi de Scto. Ignatio de L. et de Societatis Jesu initiis*. En Mon. Hist. Soc. J., 66. R. 1944. FERNÁNDEZ ZAPICO, D., *Regulae Societatis Jesu*, 1540-1556. En Mon. Hist. Soc. I., 71., Ignat., III. R. 1948.

historiadores, descuella la Compañía de Jesús por la parte importantísima que le cupo en la reforma eclesiástica y por la originalidad de sus Constituciones, que rompían en muchas cosas los moldes tradicionales de la vida monacal.

a) **San Ignacio de Loyola y su primera evolución** ⁷⁾. Íñigo o Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, nació probablemente en 1491, llevó hasta los treinta años una vida, cristiana en el fondo, pero un tanto libre. Pundonoroso por educación e inclinaciones naturales, fué el alma de la defensa de la ciudadela de Pamplona contra la invasión francesa en 1521; pero herido en una pierna y obligado a guardar cama durante largo tiempo, dedicóse, para distraerse, a leer algunas obras de piedad que le procuraron sus familiares, sobre todo la vida de Cristo, de Ludolfo de Sajonia, y la leyenda de oro o vidas de santos. Esta lectura cambió poco a poco su modo de pensar. De soldado de un rey terreno, quiso convertirse en soldado de Cristo, dedicándose a la penitencia de sus pecados y al apostolado con los demás.

Con la energía y decisión que caracterizaban todas sus acciones, dirigióse primero al Santuario de Montserrat, donde la noche del 22 de marzo de 1522 veló al modo caballeresco su nuevo traje de penitente; luego se retiró a una cueva en las afueras de Manresa, donde llevó algunos meses una vida de riguroso ascetismo. Uno de los más fecundos frutos de esta primera etapa de su vida, fué el librito de los *Ejercicios espirituales* que redactó ya entonces en sus partes substanciales. En todo ello le ayudaron sin duda los libros de piedad que había leído en Loyola y los que le proporcionaron los monjes de Montserrat, sobre todo el «Ejercitatorio de la vida espiritual» del abad García de Cisneros; pero no puede desconocerse un auxilio muy especial de la Providencia, que preparaba a Ignacio para la dirección de las almas. Por esto en su nueva vida, y en particular en sus «ejercicios» se marcaba ya claramente el sello de actividad militar, que concibe toda la vida cristiana, como el seguimiento de una bandera y que con su mirada fija en su capitán divino, procura dominar todas las resistencias de la carne y llegar al más puro amor.

⁷⁾ *Autobiografía*, dictada al P. Cámara. En Mon. Hist. S. J.; Mon. Ign., ser. IV. I. M. 1904, pág. 31-98. RIVADENEYRA, P., en latín y en castellano, muchas ed. THOMSON, FR., *Saint Ignatius de Loyola*, ed. by J. H. Pollen. 3.^a ed. I. 1909. FUNK, PHIL., *Ignatius von Loyola*. 1913. En *Klassiker der Religion* vol. 6. CASANOVAS, J., *S. Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesús*. M. 1930. HOLLIS, C., *S. Ignatius*. I. 1931. HONDER, A., *Ignatius von Loyola*. 1932. D'AMON, P., *Saint Ignace de Loyola*. P. 1934. LETURIA, P., *El gentilhomme Íñigo López de Loyola*. B. 1941. En *Bibl. pro Eccl. et Patria*. 20. OLMEDO, F. G., *Introducción a la vida de San Ignacio*. M. 1944. CASANOVAS, I., *San Ignacio de Loyola, fundador de la Comp. de Jesús*. Trad. por el P. M. Quera. B. 1944. PINARO DE LA BOULAYE, H., *Saint Ignace de Loyola, directeur d'âmes*. P. 1947. LARRAÑAGA, V., *S. Ignacio de Loyola. Obras completas. I. Autob. y diario esp.* En B. A. C. M. 1947. CRECECA, F., *Diego Laínez en la Europa religiosa de su tiempo (1512-1565)*. 2 vol. M. 1946.

Con los nuevos ideales de perfección, concebidos en Manresa, en los que predominaba ya un marcado espíritu de apostolado, que poco a poco debía concretarse en la creación de un instituto todo él apostólico, emprendió una peregrinación a Tierra Santa, donde empapó su espíritu en el entusiasmo caballeresco por la persona del Redentor. De vuelta de Jerusalén, convencido de la necesidad de las letras para la realización de su ideal apostólico, asistió en Barcelona, contando ya treinta y tres años, a las clases de gramática, estudió luego Filosofía y Teología en Alcalá, Salamanca y París.

482. b) **Fundación de la Compañía de Jesús**. En este tiempo, se fué concretando en su mente la idea de fundar una Orden religiosa, que tuviera como fin primordial el trabajar por el bien de las almas. En París fué conquistando un grupo de jóvenes universitarios, a los que imbuyó en sus ideas, sobre todo por medio de los Ejercicios espirituales: *Pedro Fabro*, de una prudencia y piedad exquisitas; *Francisco Javier*, de origen navarro, joven ardoroso, que se entregó por completo a su maestro; Diego Laínez, Alfonso Salmerón, Nicolás Bobadilla y el portugués Simón Rodríguez, todos ellos muy aventajados en los estudios.

Con este grupo de seis compañeros decidióse a poner en ejecución su pensamiento de consagrarse en común a la evangelización del mundo en las mismas tierras en que lo hizo Cristo. Para esto, el día de la Asunción de la Virgen del año 1534 reuniéronse los siete en una capilla de Montmartre, y en la misa que celebró Pedro Fabro, único sacerdote entre ellos, hicieron los votos de pobreza y castidad y la promesa de dirigirse a Jerusalén una vez terminados sus estudios, para ejercitar allí su apostolado; pero si después de esperar un año, no se podía realizar esta peregrinación, debían marchar a Roma y ponerse a disposición del Papa. No mucho después se completó el número de diez de los primeros fundadores de la Compañía de Jesús con Claudio Jayo, Juan Coduri y Pascasio Broet.

Siguiendo, pues, el plan establecido, en la primavera de 1537 reuniéronse finalmente en Venecia y de allí se dirigieron todos a Roma, donde Paulo III los acogió amablemente y les otorgó sin dificultad el permiso de ir a Jerusalén. Sin embargo, no habiendo podido embarcarse para Jerusalén, y habiendo recibido las sagradas Órdenes, decidieron, en cumplimiento de su voto, ponerse a disposición del Papa. La aparición de «la Storta», referida por documentos fidedignos, en que Jesús crucificado prometió a Ignacio su ayuda en Roma, lo confirmó sin duda en la idea, ya entonces bien decidida, de fundación.

Habiéndose, pues, presentado ante el Papa, Ignacio junto con Fabro y Laínez, Paulo III los acogió con especial benevo-

lencia, después de lo cual comenzaron a ocuparse en ministerios apostólicos. No mucho después, sintieron todos la necesidad de deliberar sobre las «constituciones», que debían regirlos, y así, a principios del año 1539, tuvieron una serie de consultas, que dieron por resultado la primera fórmula del Instituto.

Muy significativa fué también la voluntad decidida de Ignacio de que la nueva Orden se llamase *Compañía de Jesús*, con lo que afirmaba el carácter de organización militar al servicio directo de la Iglesia y de su Vicario. Los jesuitas recibieron en un principio los nombres de «Sacerdotes reformados», «Iníguistas» y «Teatinos». Vencidas, pues, las dificultades que opusieron algunos Cardenales contra el establecimiento de toda nueva Orden religiosa, finalmente, el Papa Paulo III, el 27 de septiembre de 1540, aprobó solemnemente el nuevo Instituto por la bula «Regimini militantis Ecclesiae», en la cual se incluía la fórmula del Instituto.

483. c) Constitución interior de la Compañía de Jesús. Ya en esta primera fórmula del Instituto y luego, sobre todo, en las Constituciones de la Orden, quedaban bien delineadas las características de la fundación de Ignacio. En general se puede decir que presentaba un tipo nuevo de Orden religiosa, que rompía el molde de lo que hasta entonces se conocía y practicaba en la Iglesia. Todo esto iba determinado por el fin específico que Ignacio se proponía con la nueva Orden, de trabajar intensamente por el bien de las almas, la vida activa en el sentido más amplio de la palabra. Por esto quiso Ignacio que sus religiosos profesos hiciesen un voto especial de obediencia al Papa, para dar a entender que estaban siempre dispuestos a ser enviados adonde hicieran falta en el servicio de la Iglesia. Todo lo demás fluye de este principio básico. La Compañía de Jesús no tiene hábito propio, pues sus hijos deben asemejarse a los clérigos honestos con el objeto de trabajar mejor con el prójimo. Abandona la práctica tradicional del coro, pues éste quita a sus operarios la libertad de movimientos en sus trabajos apostólicos; alarga de una manera especial la probación, pues lo juzga necesario para hacer a sus miembros aptos para su actividad futura; toma con especial interés la instrucción del pueblo sencillo y sobre todo las misiones entre infieles.

Más profundas todavía son estas otras innovaciones, que juzgó igualmente Ignacio necesarias para su Instituto. Ante todo la centralización y el aumento del poder del General. Elegido de por vida, si bien está sometido a la Congregación general y puede ser depuesto, posee un poder extraordinario. Sobre todo, él es quien nombra directamente a los Provinciales y principales superiores locales de toda la Orden, con lo cual ejerce un influjo directo y eficaz sobre ella. Por lo que a cada uno de sus miembros se refiere, como el interés principal de Ignacio consistía en tener instrumentos bien preparados, aumentó las probaciones y retrasó la profesión, que normalmente no se hace hasta muchos años después de la entrada en la Compañía. Más aún: eran muy pocos los que Ignacio juzgaba completamente aptos para todos los cargos y ministerios, por lo cual sólo a un corto número concedía la profesión. Esto introducía una diferencia de probaciones y de grados, de que no se tenía idea hasta entonces: dos

años de noviciado y al fin del mismo los votos, que siendo verdaderamente religiosos, no eran la profesión tradicional; el grado de los escolares, mantenido hasta el fin de los estudios, en que puso Ignacio otro año, llamado de tercera probación; el grado de coadjutores espirituales, formado por los sacerdotes que hacían los votos públicos, pero no la profesión, y el de profesos, que hacía la profesión solemne. Esto aparte de los legos o coadjutores temporales.

Todo esto era una verdadera revolución en la vida religiosa; pero el genio de Ignacio veía que era necesario para el fin apostólico que pretendía su Orden, y no se arredró ante la guerra que preveía se había de hacer a sus creaciones. La práctica de la Iglesia en los siglos posteriores ha dado razón a Ignacio.

484. d) Desarrollo y actividad de la Orden. Sobre estas bases comenzó la Compañía de Jesús a desarrollar una actividad vasta e intensa. Por de pronto, acudieron rápidamente a sus filas gran número de hombres de extraordinarias cualidades. Con sus grandes dotes de gobierno, supo Ignacio dirigir el nuevo Instituto con una habilidad tal, que a su muerte, ocurrida en 1556, contaba ya unos mil miembros, repartidos en doce provincias. El Papa y los príncipes más influyentes de la Cristiandad la llamaban a porfía y le encomendaban obras de gran interés para la Iglesia. S. Ignacio de Loyola, que puso término a las Constituciones escritas el año 1550, era el primer operario que realizaba personalmente empresas grandiosas.

Así, mientras Ignacio mismo ponía el fundamento para el *Colegio Romano* y organizaba el *Germánico*, el Papa enviaba a Laínez y Salmerón como teólogos pontificios al Concilio de Trento, a cuya tercera convocatoria asistía ya Laínez como General y se sentaba entre los Padres. Por otra parte, el rey de Portugal suplicaba el envío de algunos discípulos de Ignacio. El 5 de marzo de 1540 salía Simón Rodríguez para Lisboa, adonde llegaba el 17 de abril. Javier, el discípulo predilecto de Ignacio, salía igualmente para Portugal el 17 de abril, abriendo luego nuevos mundos para el Cristianismo en las Indias. En España trabajaban incansablemente hombres tan eminentes como Araoz, Torres, Villanueva, Nadal y otros innumerables; entraba en la Compañía el Santo Duque de Gandía, Francisco de Borja, quien daba mucho realce a la Orden ante la nobleza y el pueblo español; al lado de Ignacio en Roma y en toda Italia se distinguían multitud de españoles, como Polanco y Nadal, Rivadeneyra y Olave. En Alemania entraba el primer jesuita, *Pedro Canisio*, al que seguían otros muchos, los cuales, ayudados de Jayo, Bobadilla y Fabro, iniciaban aquella obra de regeneración, en que tuvieron una parte principalísima.

Al mismo tiempo comenzaba la Compañía de Jesús una de las actividades en que más debía sobresalir, los estudios y la enseñanza de la juventud. Varios de los compañeros de Ignacio, sobre todo Laínez y Salmerón, fueron primeras lumbreras en la Teología católica, y otros muchos siguieron después brillando con no menores resplandores. Mientras Laínez en 1542 explicaba en Venecia el Evangelio de San Juan y poco después fundaba allí un colegio, surgía en Portugal el de Coimbra, que Juan III hizo levantar al lado de la célebre

Universidad; mientras S. Francisco de Borja fundaba la Universidad de Gandía y surgían los colegios universitarios de Alcalá y Salamanca y otros colegios en la Península, se iniciaba la actividad docente de los jesuitas en Bélgica, Francia, Alemania y otros países, de modo que a la muerte del fundador contaba la Compañía unos cien colegios o residencias.

Aparte todo lo dicho, la Compañía de Jesús trabajaba intensamente en el apostolado. De gran importancia fué su actuación en la dirección de las almas, en la instrucción del pueblo y misiones populares, en todo lo cual le servían de arma incomparable los Ejercicios espirituales, que un Fabro, un Doménech y otros muchos manejaban admirablemente. En esto le ayudaban los muchos privilegios que recibieron de los Romanos Pontífices y el favor creciente de los príncipes y del pueblo cristiano.

Con esto se constituyó la Compañía en el símbolo del espíritu nuevo, activo y rejuvenecido de la Iglesia, y fué indudablemente uno de los apoyos más firmes de la misma en las batallas que hubo de mantener contra la herejía. En las ciencias, en la piedad, en la actividad general de la Iglesia, puso la Compañía el sello inconfundible del genio de Ignacio, por lo cual, aunque es falsa la afirmación de que la Compañía fué fundada para luchar contra el protestantismo, de hecho fué un instrumento eficaz de que se valió la Providencia para la verdadera reforma de la Iglesia frente a las innovaciones de la herejía. Los generales que siguieron a Ignacio, es decir, Laínez, Borja, Mercuriano y Aquaviva, siguieron la dirección que Ignacio había dado a su Orden. Por esto se explica que fuera constantemente odiada y perseguida a muerte por todos los enemigos de la Iglesia, protestantes, jansenistas, falsos filósofos y galicanos.

III. Las demás Órdenes religiosas ⁸⁾

485. Entre las otras nuevas Órdenes y Congregaciones religiosas podemos observar un elemento o tendencia común, que es cultivar la vida activa o trabajar por los demás, ya en las obras de beneficencia, ya sobre todo en el bien de sus almas. A esto podemos añadir todavía que comenzaron a surgir, a imitación de la Compañía de Jesús, nuevas instituciones dedicadas a la enseñanza. Otro rasgo que indica la exuberante vida de la Iglesia, es la corriente reformadora que se advierte en muchas Órdenes antiguas, en las que se llegó a veces a nuevas instituciones o ramas reformadas.

⁸⁾ BELTRÁN DE HEREDIA, V., Historia de la Reforma de la Provincia de España (1450-1550). En Instit. Hist. F. F. ⁹ Praed., u. II. R. 1939. Íd., Las corrientes de espiritualidad entre los Dominicos de Castilla durante la primera mitad del s. XVI. En Bibl. Teól. Tom., n. 7. Salamanca, 1941. PASCHINI, P., S. Gaetano di Thiene, G. P. Carafa e le origini dei Chierici regolatini Teatini. R. 1926.

a) **Los capuchinos ⁹⁾**. En la Orden franciscana se produjo en 1517 la escisión que separó definitivamente los *Conventuales* de los *Observantes*. Las divisiones intestinas continuaron trabajando esta benemérita Orden. Entre los mismos Observantes formóse una nueva tendencia, fomentada por *Mateo de Bassi* y *Luis de Fossombrone*, que deseaban volver en todo a la primitiva observancia de S. Francisco, y entre otras cosas deseaban introducir la barba y la capucha, de donde les vino el nombre. Clemente VII aprobó el plan, y con esto se formó la nueva rama franciscana de los *Capuchinos*, quienes ya desde el principio se distinguieron por su celo ardoroso por la conversión de los pecadores y por su contacto inmediato con el pueblo sencillo. Por esto adquirieron bien pronto gran simpatía popular y consiguieron extenderse rápidamente en Italia, España, Francia, Alemania y países de misiones. Un golpe muy rudo para la nueva institución fué que su tercer Vicario general, Bernardino Ochino, apostató y se hizo protestante en 1543; pero la caridad y celo abnegado de sus miembros pudieron lavar pronto esta mancha, que no empañó el mérito de la nueva Orden. De hecho, ella fué una de las que más colaboraron en la defensa de la Iglesia y propagación de la verdadera reforma frente al protestantismo.

486. b) **Clérigos regulares o Congregaciones de clérigos**. Como reacción contra la decadencia de la vida del clero, adviértese principalmente en Italia una nueva tendencia, encaminada a fomentar los trabajos parroquiales y a reformar el clero secular. Son los clérigos reformados, que trabajaban en las misiones populares y en la educación de los jóvenes dedicados al sacerdocio. Los más antiguos son los *Teatinos*, fundados en 1524 por S. Cayetano de Tiene y Juan Pedro Carafa (luego Papa Paulo IV) sobre la base de una congregación de clérigos ya existente y llamada «Oratorio del amor divino». Los teatinos renunciaban a todo y hacían profesión de vivir de la divina Providencia.

Los *Barnabitas ¹⁰⁾*, llamados también *Paulinos*, fueron igualmente clérigos regulares, organizados en Milán hacia el año 1531 por S. Antonio María Zacaría y otros dos nobles. Se establecieron en el monasterio de San Bernabé, de donde les vino el nombre. Más renombre y extensión alcanzaron los clérigos *Oratorianos*, fundados por S. Fe-

⁹⁾ BOVERIUS, Z., Annales ordinis Minorum Cap. 5 fol. Lugduni 1632-1737. *Bullarium Ordinis Fratrum Min. Cap.*, ed. a M. a Tugio. 7 fol. R. 1740-1752. Continuación: vol. VIII-X, por P. Damiani. Oeniponte, 1883-1884. *Liber memorialis ordinis Fratrum Min. Scti. Francisci Capucinatorum* (1528-1928). R. 1928. En Anal. Ord. Cap., vol. 44, suplem. Pastor, trad. cast., X, 342 s., XI, 451 s. MONTF. RONDONO, G. M. DA, Gli inizi dell'ordini Capuccino e della provincia Romana. R. 1910. ALENÇON, U. D', Les origines des Frères Mineurs Capucins. Gembloux 1923. C. THIBERT, C., The Capuchins. 2 vol. L. 1928. MELCHIOR DE POBLADURA, Historia generalis fratrum minorum Capucinatorum. 2 vol. R. 1947.

¹⁰⁾ PREMOLI, O. M., Storia dei Barnabiti. 3 vol. R. 1913. DUBOIS, A., Les Barnabites. P. 1924.

*lipe Neri*¹¹⁾, que tenían una forma de organización más libre, pues sin hacer voto especial se dedicaban a los trabajos apostólicos propios del clero, formando una verdadera «élite» del clero secular. Asimismo fomentaron los trabajos científicos, por lo cual hombres tan eminentes como *Baronio* y *Raynald*, proceden del Oratorio. Gregorio XIII confirmó esta institución en 1575.

Al mismo tipo de *clérigos regulares* pertenecen: los *Oblatos* de Milán, que tienen como fundador en 1578 a S. Carlos Borromeo, y desarrollaron gran actividad; los *Lazaristas*, que eran celosos misioneros, inflamados con el espíritu de S. Vicente de Paúl, quien los organizó en 1624, y los *clérigos de la Madre de Dios*, obra de Juan Leonardi en 1574.

487. c) Instituciones para la educación de la juventud. Siguiendo el ejemplo de la Compañía de Jesús, iniciáronse en el siglo XVI las fundaciones de Órdenes y Congregaciones dedicadas a la enseñanza, que tanto habían de prosperar en los tiempos modernos.

La más antigua de este tipo es la Orden de *Jeronimitas*, fundada en 1582 por S. *Jerónimo Emiliano*; pero recibieron también el nombre de *clérigos de Somasca*¹²⁾, pues en esta población poseían su casa matriz. En un principio se limitaban al cuidado e instrucción de huérfanos; pero luego se extendieron a toda clase de niños del pueblo sencillo. Pío V les impuso la regla de San Agustín, con lo cual se convirtieron en Orden religiosa.

Más importancia y extensión, particularmente en España, alcanzaron los *clérigos* de las *Escuelas Pías* o simplemente *escolapios*, llamados también *piaristas*. Su institución se debe al español S. *José de Calasanz*, quien le dió principio en Roma en 1600, reuniendo piadosos sacerdotes que debían dedicarse a la instrucción de la juventud, particularmente de los niños pobres. Fuera de Italia y de España, se extendieron particularmente en Austria y Polonia. En 1629 Gregorio XV los elevó a Orden religiosa. El mismo fin pretendían los *Clérigos regulares minoritas*, fundados en 1589 en Nápoles por San Francisco Caracciolo.

Entre las Órdenes o Congregaciones femeninas dedicadas a la enseñanza, debemos hacer resaltar ante todo a las *ursulinas*¹³⁾. Su organización primera, como asociación piadosa, se debe a *Sta. Angela de Merici*, de Brescia, y tenía por objeto el cuidado de enfermos y educación de las niñas. En 1544 recibió la aprobación oficial de Paulo III y fué reconocida como Orden, extendiéndose a diversas naciones y desarrollándose cada vez más en la instrucción de la juventud femenina.

¹¹⁾ Prounelle, L., BORDET, L., Saint Philippe Neri et la société rom. de son temps (1515-1595). 3.ª ed. P. 1929. MAGNI, V., San Filippo Neri, il fiorentino apostolo di Roma. Florencia 1947.

¹²⁾ PREMOLI, O. M., L'ordine dei Chierici Regolari Somaschi (1528-1928). R. 1928. PICANYOL, L., Brevis conspectus historico-stadisticus ordinis scholarum Piarum. R. 1932. CABALLERO, V., Orientaciones pedagógicas de S. José de Calasanz. 2 ed. M. 1945.

¹³⁾ POIRIER, A. D., L'institut des ursulines de Jésus. P. 1932. En «Les Ordres relig.».

Las *Salesianas* o *Religiosas de la Visitación*¹⁴⁾ fueron fundadas en 1610 por S. *Francisco de Sales* en unión con *Sta. Juana Francisca Frémot de Chantal*. Tomando como base la regla de San Agustín y con una tendencia semicontemplativa, se dedicaron a la educación de las jóvenes de la buena sociedad, con lo que contribuyeron al mantenimiento de la piedad en muchas familias nobles. Su crecimiento fué muy notable. Del mismo modo S. Pedro Fourier fundó en 1598, con la regla de San Agustín, las *Religiosas de Nuestra Señora*, dedicadas a la instrucción de las niñas. Especial importancia adquirió la fundación de la inglesa *Maria Ward*¹⁵⁾, las *Damas inglesas*. Nació esta institución en Saint Omer, adonde se había refugiado la dama inglesa María Ward, tomó el nombre de *Hijas de Jesús* a imitación de los jesuitas, y se dedicó exclusivamente a la enseñanza. No obstante sus buenos principios, fué abolida por Urbano VIII en 1631; pero se reorganizó en el siglo XIX en Munich, donde recibió la aprobación y se extendió mucho por Alemania con el título oficial de *Instituto de la B. V. M.* y con el popular de «*Englische Fräulein*». Recientemente se han establecido en España.

488. d) Fundaciones dedicadas al cuidado de los enfermos. Una de las tendencias más cultivadas por las nuevas fundaciones religiosas, fué el cuidado de los enfermos. A la cabeza de todas por su antigüedad y por sus servicios, debemos colocar a los *Hermanos de San Juan de Dios*¹⁶⁾, que tuvieron su origen en el hospital organizado en Granada en 1540 por este heroico apóstol de la caridad cristiana para los enfermos más repugnantes. Su vida maravillosa, en cuya dirección tuvo grande influjo el apóstol de Andalucía, *Beato Juan de Ávila*, y los prodigios de su caridad le atrajeron las simpatías del arzobispo Pedro Guerrero y de la corte española, y el pueblo le dió espontáneamente el título de *Juan de Dios*. Sin regla en un principio y dedicada al cuidado de las más repugnantes enfermedades, la institución fué reconocida como Orden en 1572 por Pío V, el cual le dió la regla de S. Agustín.

Los *Camilos*¹⁷⁾ o «Padres de la buena muerte» son una organización de *clérigos regulares*, fundada por S. *Camilo de Lellis* y aprobada en 1585. Su fin es el cuidado de los enfermos, en que han seguido gozando de gran popularidad.

489. e) Reforma de Órdenes ya existentes. Además de todas las Órdenes y Congregaciones enumeradas, hubo en Italia, España y en

¹⁴⁾ VINCENT, F., S. François de S. directeur d'âmes. P. 1923. GIRAUD, V., Ste. Jeanne de Chantal. P. 1929.

¹⁵⁾ RIESCH, H., Maria Ward, 1922. GRISAR, J., en St. der Z., 113 (1927), 34 s., 131 s. Vida de María Ward. Trad. por J. M. Llovera. B. 1946.

¹⁶⁾ MAGNIN, J. M., S. Jean de Dieu. 4.ª ed. P. 1930. POZO, L., DEL, S. Juan de Dios. 1911. MONVAL, J., Les frères hospitaliers de Saint Jean de Dieu. P. 1936. En «Les grands Ordres relig.», 22. ROUSSORTO, G., L'Ordine Ospedaliero di S. Giovanni di Dio. R. 1950. ALARCÓN CAPILLA, A., La Granada de Oro. San Juan de Dios. M. 1950.

¹⁷⁾ WIESEN, W., Kamilus Lellis und sein Werk. 1921. VANTI, M. J., Biogr. de S. Camilo de Lellis. Torino 1929.

otras regiones, diversas reformas de Órdenes ya existentes, cuyo resultado fueron instituciones casi enteramente nuevas. En esto influyó muchísimo el Concilio de Trento, que en la última sesión de 25 de diciembre de 1563 publicó el célebre decreto «De regularibus et monialibus», en que insistía de un modo especial en la reforma de las Órdenes antiguas. Del tronco de los franciscanos observantes se formaron las tres ramas de los *Reformados*, *Recoletos* y *Descalzos*. Estos últimos fueron fundados en 1559 por S. Pedro de Alcántara en España, y se distinguieron por su extremado rigor y estricta observancia¹⁸⁾.

Los *Carmelitas*¹⁹⁾ experimentaron también una reforma muy notable. Su iniciadora fué Sta. Teresa de Jesús, nacida en Ávila, mujer de extraordinarias cualidades. Efectivamente, después de obtener la aprobación y los poderes de la Santa Sede y venciendo terribles dificultades de todo género, fué introduciendo en gran número de monasterios femeninos la reforma carmelitana. De los de mujeres pasó a los de varones, en lo que la apoyó decididamente S. Juan de la Cruz, no menos santo y místico que ella, ni menos admirable por la sublimidad de sus escritos. La Orden así reformada recibió su aprobación de Gregorio XIII en 1580 y dió el nombre a los *carmelitas descalzos* en contraposición a los que no recibieron la reforma, llamados carmelitas calzados.

La Orden benedictina en Francia fué objeto de distintas reformas, que dieron por resultado diversas Congregaciones o ramas. Dom Didier de la Cour reformó a partir de 1600 varios monasterios de Lorena, que formaron la *Congregación de Vannes y San Hidulfo*. Más célebre fué la Congregación de *San Mauro*, promovida desde 1618 por el abad de Saint Germain-des-prés junto a París. Fué célebre sobre todo por su actividad en los estudios históricos y patristicos durante los siglos XVII y XVIII.

IV. Los tres grandes Papas reformadores: Pío V, Gregorio XIII y Sixto V

490. Tanto el Concilio de Trento como las Órdenes religiosas, con los hombres extraordinarios que produjeron, fueron instrumentos providenciales para la verdadera reforma. Pero los que dirigieron toda esta reacción católica y le imprimieron una consoladora eficacia, fueron los Romanos Pontífices. Sobre todo los que siguieron inmediatamente al término del Concilio

tridentino, pueden ser considerados como enviados por Dios para urgir su ejecución, por lo cual son denominados los *Papas reformadores* por antonomasia.

a) **Pío V (1566-1572)**²⁰⁾. A la muerte de Pío IV, fué elegido, bajo el influjo de Carlos Borromeo, *Pío V*, que se llamaba *Miguel Ghisleri*, de la Orden de Predicadores, hombre de gran energía y celo extraordinario por la fe. Mantuvo como Papa la sencillez de su vida; redujo a lo más indispensable los gastos de su persona; a sus parientes los dejó en el estado en que se hallaban; sólo elevó a un nepote al Cardenalato por imposición de los que lo rodeaban. Muchas son las obras que realizó, en todas las cuales aparece siempre como el director e impulsor de la reforma católica. De él arranca el empuje arrollador que comenzó a tomar el movimiento católico de reforma, que luego continuaron dignamente sus sucesores.

Su primera solicitud fué la ejecución de los decretos de Trento. Por esto ya en 1566 apareció el *Catecismo Romano*, obra debida a su iniciativa conforme al deseo manifestado por los PP. de Trento. Asimismo se continuó trabajando en la edición del *Breviario Romano*, que apareció, ya reformado, en 1568. Lo mismo sucedió con el *Misal Romano*, que se publicó en 1570.

Pero el blanco principal de su actividad fué seguir y realizar las normas trazadas por el Concilio de Trento. Por esto favoreció constantemente la labor de la Inquisición. Por otra parte, sobre la base de los principios medievales que entonces todavía defendían los teólogos, lanzó en 1570 la excomunión contra Isabel de Inglaterra. Por lo que se refiere al protestantismo en Alemania, él fué el alma de la actividad de S. Pedro Canisio y de infinidad de esfuerzos por atraer al catolicismo a tantos descarriados o al menos detener el avance de la herejía.

Muy significativa sobre la inflexibilidad de Pío V en la defensa de los derechos pontificios, fué la bula llamada «In coena Domini», publicada en 1568. Esta bula era un resumen de las censuras reservadas al Papa, tuvo su origen en el siglo XIII, pero fué ampliada y renovada por Pío V. En Venecia, en España y en otras partes hubo protestas vivísimas contra ella, pues los príncipes y autoridades locales creían mermados sus derechos. Pío V mantuvo enérgicamente los suyos contra toda clase de protestas.

Un punto muy brillante de este Pontificado lo forma la lucha contra el Islam. El año 1570 cayó Chipre, última plaza

¹⁸⁾ HOLZAPFEL, H., Handbuch der Gesch. des Franziskanerordens. 1909, p. 298 s.

¹⁹⁾ VAUSSARD, M. M., Le Carmel. 12.^a ed. P. 1929. SILVERIO DE SANTA TERESA, Historia del Carmen descalzo en España, Portugal y América. 8 vol. (1515-1576). Burgos 1936. L. R. y SAN JOSÉ, FR. Concordancias de las obras y escritos de Sta. Teresa de J. B. 1945. *San Juan de la Cruz*, Vida y obras. Biografía inédita del Santo, por el R. P. Crisógono de Jesús. En B. A. C. M. 1946.

²⁰⁾ PASTOR, trad. cast., XVII s. Además: ORTROY, F. VON, en Anal. Bol., 1914, 187-215. GRENTÉ, G., Saint Pie V. 2.^a ed. P. 1914. SERRANO, L., La Liga de Lepanto entre España, Venecia y la Santa Sede. 1570-1573. 2 vol. M. 1918. 1920. HIRSCHAUER, CH., La politique de S. Pie en France. P. 1922. PASCHINI, P., Il Catechismo Romano del Concilio di Trento. R. 1923.

fuerte de los cristianos en Oriente. Pío V excitó el espíritu de cruzada y después de innumerables afanes, logró unir las flotas de España, Venecia y los Estados pontificios, al mando de *don Juan de Austria*. La victoria de Lepanto del 7 de octubre de 1571, una de las mayores de la Historia, fué en gran parte obra suya. Por desgracia, no se aprovechó debidamente a causa de las divisiones de los aliados.

491. b) Gregorio XIII (1572-1585) ²¹⁾. El Cardenal *Hugo Buoncompagni*, que se llamó *Gregorio XIII*, ya conocido por sus notables conocimientos jurídicos, aunque en su vida anterior a su entrada en el estado eclesiástico dejaba algo que desear, sin embargo, una vez elegido Papa, siguió el camino comenzado por Pío V en la ejecución de los decretos tridentinos. Ante todo se distinguió por su decidida protección de la enseñanza católica. Así, él fué el segundo fundador del *Colegio Romano*, cuya facultad teológica llevó desde entonces su nombre de *Universidad Gregoriana*. Asimismo dotó convenientemente el segundo gran centro de estudios regido en Roma por los jesuitas: el *Collegium Germanicum*, al que se juntó el *Collegium Hungaricum*. El mismo Gregorio XIII fundó en 1577 el *Collegium graecum*, y favoreció la fundación del *Colegio Inglés*, cuya dirección encomendó también a los jesuitas. Este colegio mereció el nombre de «*Seminarium martyrum*». En general Gregorio XIII fué el gran protector de los jesuitas. De hecho, en Alemania y en todas partes los jesuitas aumentaron considerablemente sus colegios contribuyendo con ello eficazmente al renacimiento católico.

Gregorio XIII atendió particularmente a las naciones infestadas por el protestantismo. Precisamente para ejercer una actividad más eficaz, dió una forma definitiva a las *nunciaturas* apostólicas, creando nuevos nuncios donde no los había. Así, a los ya existentes en París, Madrid, Viena, Lisboa, se añadieron los de Lucerna para Suiza en 1579, de Graz para parte de Austria en 1580, de Colonia para los Países Bajos en 1584. En Francia hubo de intervenir de un modo especialísimo, pues a este tiempo pertenecen la actividad de los hugonotes y las guerras que contra ellos se hicieron. Más difícil fué la actuación de Gregorio XIII en los asuntos de Inglaterra, donde la reina Isabel seguía persiguiendo cada vez con más saña a los católicos. Gregorio XIII siguió el modo de pensar de Pío V. Sus esfuerzos iban encaminados a destronar a Isabel, para lo cual animó constantemente a Felipe II para que organizara una invasión, y favoreció algún levantamiento de los católicos, que fué bien pronto sofocado. Según se ha probado con algunos documentos, siguiendo una opinión defendida en aquel tiempo, aprobó el plan de asesinato de Isabel, como consecuencia de la licitud del levantamiento en armas contra ella, declarada ya excomulgada y usurpadora del reino.

²¹⁾ BIAUDET, H., *Les nonciatures apostoliques permanentes jusqu'en 1648*. P. 1910.

Durante este Pontificado pareció probable la conversión del protestantismo al catolicismo del reino de Suecia. Esto sucedió en tiempo de Juan III de Suecia, personalmente inclinado al catolicismo, y además casado con una princesa católica, polaca de nacimiento. De hecho se trabajó incansablemente en este sentido. El jesuita *Antonio Possevino* fué a Suecia como legado del Papa; el Rey se convirtió; pero tales fueron sus exigencias y tal la reacción anticatólica del país, que todas las buenas esperanzas se vinieron a tierra.

492. c) Sixto V (1585-1590) ²²⁾. A Gregorio XIII siguió el Cardenal Felipe Ferreti, franciscano, llamado *Sixto V*, de origen sumamente humilde, pero de carácter enérgico, gran hombre de Estado y decidido portavoz de la reforma católica.

Su talento de gobernante y su indomable energía los manifestó en primer término en la organización y pacificación de los Estados pontificios. Sobre todo es célebre la campaña sin cuartel que emprendió contra la plaga de los bandidos, que eliminó casi por completo. Por otra parte procuró y logró sanear la hacienda reuniendo grandes fondos para atender a las obras indispensables de la reforma católica. En este mismo plan de organización se movieron una serie de medidas dentro de la curia pontificia y del Colegio de los Cardenales. El número de los Cardenales lo fijó en setenta (cincuenta presbíteros y veinte diáconos). Organizó quince Congregaciones de Cardenales encargadas del despacho de los diversos asuntos. Casi todas se han conservado hasta nuestros días. Él fué también el que ordenó la *visitatio liminum*, medida importantísima para el régimen de la Iglesia. Por otra parte, siguiendo las disposiciones del Tridentino, hizo la edición del *texto de la Vulgata*; mas por desgracia resultó tan imperfecta, que a la muerte de Sixto V fué retirada del comercio, y entonces otra comisión la volvió a revisar y publicó la edición definitiva en 1592 en tiempo de Clemente VIII: la *Vulgata Clementina*.

Además de esta actividad, que podríamos llamar interna, desarrolló Sixto V una actividad prodigiosa en el *campo internacional*. En general, se puede decir que todo su empeño iba encaminado a proteger en todas partes el renacimiento y reforma católicos y a defender la libertad de la Iglesia frente al absolutismo de los príncipes. Por esto tomó a las veces posiciones muy enérgicas frente a Felipe II, cuyo absolutismo chocaba contra el ideal del poder pontificio que Sixto V se había formado. Esta posición del Papa se explica teniendo presente que obraba conforme a los principios medievales de la hegemonía del poder espiritual. Por esto hizo poner en el Índice el tomo I de las «*Disputationes de controversiis*» de Belarmino, porque sólo defendía un poder indirecto del Papa sobre los príncipes.

El punto principal y más delicado era la posición del Papa en las guerras de los hugonotes en Francia. Frente a Enrique de Nava-

²²⁾ HUBNER, AL., VON, *Sixtus V.* 2 vol. 1871. LE BACHELET, X. M., *Belarmin et la Bible Sixto-Clémentine*. P. 1911. PASTOR, L., VON, *Sixto V, il creatore della nuova Roma*. R. 1922.

rra, jefe de los hugonotes, pero hombre por lo demás de grandes cualidades, la Liga recibió el apoyo más decidido de Felipe II, el cual trataba de colocar en el trono de Francia a su hija Isabel Clara Eugenia. Aun después de la conversión de Enrique de Navarra, Felipe II continuaba apoyando el partido contrario. El Papa siguió en toda esta contienda una política de expectación, con lo cual tuvo que ponerse frente a la actitud de Felipe II. Esta política tuvo por resultado el desligar a Francia de la inmensa monarquía de España. De hecho, el resultado fué bueno, pues al fin Enrique de Navarra se convirtió; pero es difícil decidir si esta conversión y, por consiguiente, el futuro católico en Francia, se debe más bien al influjo de la Liga y de Felipe II o a la actitud del Papa. También es difícil decidir si para los intereses generales de la Iglesia fué mejor el resultado obtenido en gran parte por la actitud del Papa, que el que hubiera resultado si hubiera triunfado la Liga católica colocando en el trono de Francia a la hija de Felipe II.

Algo parecido se debe decir de la actitud de Sixto V frente a Felipe II en la política de éste en Inglaterra. Para defender los intereses católicos en Inglaterra, urgió constantemente Sixto V el plan de un desembarco; pero cuando al fin se preparó la armada invencible, sobre todo después de su descalabro, tomó el Papa una posición de frialdad y aun de desvío muy difícil de explicar. Muchos suponen que vió Sixto V el punto flaco de la monarquía española y su incipiente decadencia, sobre todo después de esta derrota, y así explican el hecho de que desde entonces se manifestara cada vez más contrario a la política de Felipe II, como se vió en los asuntos de Francia. El 27 de agosto de 1590 murió Sixto V.

CAPÍTULO V

Lucha entre la falsa y la verdadera reforma

493. Entretanto seguía su curso el desarrollo de la falsa reforma en Alemania. En general se puede decir que ambas partes, los protestantes y los católicos, se dieron cuenta de la importancia que tenían las posiciones que ocupaban, y así procuraron a todo trance mantenerlas, luchando además por avanzar en sus respectivas conquistas. Por esto la lucha se fué haciendo cada día más intensa, sobre todo si se tiene presente que los católicos, repuestos de sus primeras indecisiones y reforzados con las nuevas fuerzas que recibieron, tomaron una actitud más agresiva. Así se llegó al gran conflicto de la guerra de los Treinta Años, que fué en último término la lucha entre las dos confesiones, de la que salió con ventaja el protestantismo.

I. Alemania desde 1555 hasta la Paz de Westfalia ¹⁾

Ante todo debemos seguir la evolución de esta lucha entre las fuerzas católicas y protestantes en el centro de Europa y en particular en el imperio alemán.

a) Progresos de la falsa reforma en Alemania. La solución de la paz de Augsburgo de 1555 no satisfizo ni a los católicos ni a los protestantes, por lo cual fué una especie de armisticio entre los dos contendientes. Sin embargo, lo que más caracteriza el tiempo inmediato a este convenio son los rápidos progresos que seguía haciendo el protestantismo en toda Alemania.

¹⁾ DROISEN, G., *Gesch. der Gegenref. (bis 1608)*. 1893. HOFFEN, O. H., *Kaiser Max II und sein Kompromisskatholizismus*. 1895. DUHR, B., *Gesch. der Jesuiten in den Ländern deutscher Zunge*. 4 vol. 1907-1928. SCHMIDLIN, J., *Die kirchl. Zustände in Deutschland vor dem 30. jähr. Krieg*. 3 vol. 1910. BIBL, V., *Maximilian II. Der rätselhafte Kaiser*. 1930. JANSSEN, J., *Geschichte des deutschen Volkes seit dem Ausgang des Mittelalters*. 8 vol. 16 ed. 1924. SCHNÜRER, G., *Kathol. Kirche und Kultur in der Barockzeit* 1937. EDER, K., *Die Geschichte der Kirche im Zeitalter des konfessionellen Absolutismus (1555-1648)*. 1949.

El emperador *Fernando I* (1556-1564), católico convencido, pero algo débil de carácter, hizo constantes esfuerzos por llegar a la unidad. Así, organizó un nuevo *coloquio religioso en Worms*, en octubre de 1557, al que asistieron por una parte Melanchton, y por otra el apóstol de Alemania S. Pedro Canisio. Pero no se obtuvo nada, y así puede ser considerado como el último intento de este género. Los protestantes, por su parte, aprovechando la facultad que les daba la paz de Augsburgo con el célebre *ius reformandi*, trabajaban intensamente por introducir la innovación en diversos territorios. Pero lo peor fué, que sin hacer caso del *reservatum ecclesiasticum*, establecido también en Augsburgo, se apoderaron de territorios eclesiásticos, como el arzobispado de Magdeburgo y otros. Se puede afirmar que hacia 1570 unas siete décimas partes de Alemania habían caído en el protestantismo.

El emperador *Maximiliano II* (1564-1576) estuvo a punto de entregar la dignidad imperial a los protestantes. En teoría, deseaba mantenerse imparcial entre las dos confesiones; pero en la práctica favoreció constantemente a los herejes.

494. b) Renovación del catolicismo alemán ²⁾. Ante todos estos hechos, los católicos se decidieron a proceder con energía. Por de pronto usaron ellos también el *ius reformandi*, obligando a emigrar o a someterse a todos los protestantes de territorios católicos. Con esto coincidió la actividad del nuevo apóstol de Alemania, S. Pedro Canisio, y de un ejército de misioneros, sobre todo los PP. de la Compañía de Jesús con sus sermones y sus colegios.

El resultado fué que se inició una nueva era para el catolicismo alemán, que los historiadores modernos denominan *contrarreforma*. En todo caso no era una mera reacción o guerra contra el protestantismo con un carácter negativo; antes al contrario, era un rejuvenecimiento del Catolicismo, que ante las devastaciones protestantes sacaba de sí mismo nuevos elementos de vida y volvía a crecer pujante desafiando a todos los adversarios. El mismo fenómeno que en Alemania se advertía en Francia, Inglaterra, Países Bajos y aun en España.

Los príncipes católicos más decididos se pusieron a la cabeza del movimiento. *Alberto V* de Baviera en 1564 organizó visitas de reforma, prohibiendo en sus Estados el culto protestante, introdujo los decretos tridentinos, fundó colegios de jesuitas; *Guillermo V*, su hijo, siguió con más decisión todavía esta misma política. Por otra parte, el Cardenal *Otón Truchsess von Waldburg*, obispo de Augsburgo, desarrolló una actividad reformadora extraordinaria. Es sin duda el más típico representante de la reacción católica. Apoyado en el *ius reformandi*, estableció visitas parroquiales y reorganizó la Iglesia en su territorio. Uno de los instrumentos de que se valió fueron los jesuitas. Fundó con ellos la Universidad de Dilinga, estableció diversos colegios y trató de elevar el nivel cultural de los católicos.

Otros muchos príncipes siguieron estos ejemplos. Tales son, entre otros, los de Fulda, Münster, Maguncia. Muy significativo es el caso de *Colonia* desde 1577. Después de larga batalla, había sido elegido

²⁾ BRANDI, K., *Gegenreformation und Religionskriege*. 1930. Id., *Deutsche reformation und Gegenreformation*. 2 vol. 1929-1931. KIDD, B., *The Counter-Reformation (1550-1600)*. L. 1933. BRAUNSBERGER, O., *Peter Canisius*. 3.^a ed. 1921. SCHÄFER, W., *Petrus Canisius*. 1931. BRODRICK, J., *St. Peter Canisius 1521-1597*. L. 1935. SIEBERT, F., *Zwischen Kaiser und Papst. Kardinal Truchsess von Waldburg und die Anfänge der Gegenreformation in Deutschland*. 1943.

arzobispo Gebhard Truchsess von Waldburg, el cual en 1582 se declaró protestante. Gregorio XIII lo excomulgó y nombró arzobispo de Colonia al Conde Ernesto de Baviera. Siguióse una lucha entre ambos partidos, que al fin se decidió en favor de los católicos con las armas bávaroespañolas. Esta contienda tenía extraordinaria importancia, pues de su resultado dependía si los católicos o los protestantes tendrían mayoría en el Colegio de príncipes electores. Un triunfo parecido se obtuvo en el obispado-principado de *Estrasburgo*. El candidato católico triunfó al fin contra el protestante.

En *Austria*, *Rodolfo II* (1576-1612) inició un período de nueva energía, que favoreció la reacción católica. Así prohibió el culto protestante en las ciudades, sobre todo en Viena. Los jesuitas fueron sus más eficaces colaboradores. En particular se distinguió ya en este tiempo Fernando II, que luego fué emperador. Había sido alumno de los jesuitas en Ingolstadt, y se convirtió en portavoz de la reforma católica.

La misma renovación se manifestó en *Suiza* ³⁾. El impulso lo dió S. Carlos Borromeo, en cuya diócesis caía buena parte de Suiza. Lo apoyaron el obispo de Basilea *Blarer* y el nuncio pontificio *Bonhomini*. Gregorio XIII fundó en Milán en 1579 el *Colegio Helvético*. Desde 1574, en que entraron en Lucerna, los jesuitas trabajaron con gran actividad. S. Pedro Canisio pasó también en Suiza varios años.

El resultado de conjunto de esta renovación católica fué magnífico. Se dió a todos los católicos la sensación de unidad y fuerza; detúvose el avance de la falsa reforma; se ganaron algunos territorios medio perdidos; sobre todo, se organizó y armó el catolicismo para el porvenir.

Frente a esta potente reacción católica los protestantes reaccionaron a su vez. Por esto se abrió una campaña de polémicas; publicáronse libelos de diversa índole; la oposición de confesiones se agudizó cada vez más. Símbolo de todo ello es la obra protestante «Centurias de Magdeburgo», a la que respondieron los católicos con los «Anales de Baronio». En el campo político el efecto inmediato fué la Unión protestante formada en 1608, y la Liga católica de 1609. Son los preparativos de la guerra de los Treinta Años.

495. c) Los Papas de este periodo. En este tiempo, los Romanos Pontífices continuaron la misma política de reforma que sus predecesores, apoyando constantemente los esfuerzos de los católicos en las diversas naciones; pero tuvieron que presenciar el envalentonamiento de los protestantes, que al fin del Pontificado de Paulo V estalló en horrible conflicto.

³⁾ GINDELY, A., *Gesch. der Gegenreformation in Böhmen*. 1894. REINHARDT H., *Studien zur Gesch. der kath. Schweiz im Zeitalter Karls Borromeos*. 1911. BROUTIN, P., *La liguée épiscopale de saint Charles Borromée*. En *Nouv. Rev. Théol.*, 69 (1947). 1036 s.

Clemente VIII (1592-1605) consiguió terminar los conflictos religiosos de Francia con la absolución de Enrique IV en diciembre de 1595, y de servir de mediador entre Francia y España en 1598. Menos feliz fué en los asuntos de Inglaterra, pues no pudo obtener, como esperaba, la reconciliación de Jacobo VI, hijo de María Estuardo. Por otra parte, fué gran protector de algunos sabios eminentes, particularmente S. Roberto Belarmino y Baronio. *Paulo V* (1605-1621), eminente por sus conocimientos lingüísticos, fué hombre de gran energía, y trabajó incansablemente por defender y aumentar el prestigio pontificio. Es digno de mención el conflicto con Venecia, en que llegó a declarar el entredicho sobre la Señoría; pero al fin hubo de resignarse a una solución de compromiso. En su Pontificado se terminó la construcción de la Basílica de San Pedro, y en general se distinguió por la protección de las artes. *Gregorio XV* (1621-1623) en su corto Pontificado siguió la misma política y se distinguió por su apoyo decidido a la causa católica en Alemania.

Más importante fué, por varios conceptos, el Pontificado de *Urbano VIII* ⁴⁾ (1623-1644), que fué el gran mecenas de su tiempo y tuvo que asistir al desarrollo ulterior del gran conflicto que seguía asolando el centro de Europa. Es notable su actividad constructora y el esfuerzo que puso por robustecer la independencia de los Estados pontificios.

496. d) Guerra de los Treinta Años ⁵⁾: 1619-1649. La guerra de los Treinta Años, que llena todo este tiempo, comenzó con un carácter marcadamente religioso, y a pesar de que hubo gran interés en quitárselo por parte de los enemigos de la casa de Habsburgo, se vió claramente al fin que la derrota de esta casa, confirmada en la paz de Westfalia, implicaba una verdadera derrota del catolicismo. En su primer período (1619-1623: guerra de Bohemia y del Palatinado) terminó con una franca victoria de las armas católicas del emperador Fernando II, apoyadas por la Liga católica, España y el Papa. También el segundo período (1625-1629: guerra sajona-dinamarquesa), en que el rey de Dinamarca, Cristiano IV, apoyado por Inglaterra y Holanda, acudió en defensa del protestantismo, terminó con una franca victoria de los católicos. Los generales Wallenstein

⁴⁾ LEMAN A., Urbain VIII et la rivalité de France et la Maison d'Autriche 1631-1635. Lille 1920. POLLAK, O., Die Kunsttätigkeit unter Urban VIII. 1927.

⁵⁾ WINTER, G., Gesch. des 30 jähr. Krieges. 1893. *The Cambridge Modern History*, IV. Cambr. 1906. GÜNTHER, H., Die Habsburger Liga 1626-1635 (Akten aus Simancas). 1908. RANKE, L., von, Gesch. Wallensteins. 6.^a ed. 1910. SCHIAPPA, L., La mediazione di Roma e di Venezia nel Congresso di Münster per la pace di Westphalia tra Francia e Alemagna. Bologna 1923. PAUL, J., Gustaf Adolf. 3 vol. 1927-1932. PHILIPPI, F., Der Westfälische Friede 1898.

y Tilly derrotaron por completo a los jefes protestantes. El rey de Suecia, *Gustavo Adolfo*, se presentó entonces como defensor de la causa evangélica (tercer período: 1630-1635: guerra sueca) y al mismo tiempo como contrincante del Emperador en el dominio de la costa del Norte, y en una serie de victorias sobre los imperiales llegó hasta Baviera; pero al fin murió él mismo en la batalla de Lutzen (1632) y los suyos fueron derrotados.

El prestigio de la causa católica y de la casa de Habsburgo se había robustecido. Pero esto fué precisamente el motivo del giro que tomaron entonces las cosas. La lucha claramente religiosa se convirtió, aparentemente al menos, en política, es decir, en un duelo entre la casa de Borbón y la de Habsburgo, entre Francia y la dinastía de Austria. De parte de los protestantes se puso entonces Richelieu con todo el poder de la Francia robustecida; mientras de parte del Emperador continuaba España, ya en franca decadencia. El Papa Urbano VIII, convencido de que la lucha tenía un carácter meramente político, procuró a todo trance mantenerse neutral entre ambos contendientes. Esta posición, que subjetivamente era sin duda sincera, no satisfizo a ninguna de las partes, y ha sido siempre muy criticada por los defensores de la causa católica tradicional; pero, lo que fué peor todavía, contribuyó a la victoria de Richelieu, que entrañaba consigo la de los protestantes en Alemania contra el Emperador y contra España, que junto con su posición política defendían la causa católica. De hecho, pues, este cuarto período de la guerra de los Treinta Años (1635-1648: guerra sueco-francesa) fué una cadena ininterrumpida de acciones de una y otra parte, que asolaron horriblemente gran parte de Alemania, y sólo después de difíciles esfuerzos se llegó a la célebre Paz de Westfalia de 1648 ⁶⁾. Políticamente significaba una humillación y derrota de la casa imperial; desde el punto de vista religioso traía consigo la división definitiva de las dos confesiones en Alemania. La protesta del Papa Inocencio X no pudo cambiar este resultado.

II. Luchas religiosas en Francia. Edicto de Nantes ⁷⁾

497. Por efecto de la política de Catalina de Médicis, se envalentonaron los hugonotes en Francia de tal manera que,

⁶⁾ TAPIÉ, V.-L., La politique étrangère de la France et le début de la guerre de trente ans. 1616-1621. P. 1934. *Mémoires du Card. Richelieu*, ed. por H. de Beaucaire, etc., I-IX. P. 1908-1929. ANDREAS, W., Richelieu. Stuttgart, 1922. En *Meister der Pol.*, I: 593-634. DEDOUVRES, L., Le Père, Joseph de Paris, capucin. L'Eminence grise. 2 vol. P. 1932. HANOTAUX, G., Histoire du Card. de Richelieu. P. 1947. BURCKHARDT, C. J., Richelieu, la conquista del poder. Trad. castell. por B. Arbilla. M. 1948. BRAUBACH, M., Der Westfälische Friede. 1948.

⁷⁾ THOMSON, J. W., The Wars of Religions in Fr. 1559-1576. L. 1909. CARRIÈRE, V., Les Épreuves de l'Église de France au sixième siècle. La persecution hu-

no contentos con la libertad obtenida en el tratado de San Germán de 1562, entraron en un período de violencias que llenaron los decenios siguientes.

a) Primeras guerras religiosas. En este ambiente de violencia se comprende se llegara pronto a un conflicto armado. La ocasión fué la matanza de Vassy (1.º de marzo de 1562), realizada por los secuaces de Guisa entre los hugonotes, como reacción contra las atrocidades que éstos cometían en todas partes. Con esto se inició aquella serie de guerras religiosas que durante treinta y seis años ensangrentaron toda Francia. Los católicos recibían apoyo de España, del Papa, de Saboya; los hugonotes de Inglaterra, Alemania y demás países protestantes. Lo notable era que los hugonotes, siempre vencidos, conseguían cada vez mejorar sus posiciones. Al terminar las tres primeras guerras, Antonio de Borbón y Saint André habían muerto en la batalla; el duque de Guisa había sido asesinado. La paz de San Germán de agosto de 1570 pareció poner término a la lucha. El triunfo de los hugonotes tenía que completarse con el matrimonio de la hija de Carlos IX, Margarita de Valois, con Enrique de Borbón, jefe de aquéllos.

Pero precisamente con ocasión de esta boda, en agosto de 1572, tuvo lugar en París uno de los acontecimientos de más triste recuerdo: *la noche sangrienta de San Bartolomé* ⁸⁾, en la que fué asesinado Coligny y millares de hugonotes. En efecto, ante el prestigio que iba obteniendo el almirante Coligny ante Carlos IX, Catalina de Médicis decidió acabar con él. Juntóse entonces con Enrique de Guisa, ansioso de vengar la muerte de su padre, y ambos lograron atraer al Rey a sus ideas. Así, pues, en la noche de San Bartolomé, del 23 al 24 de agosto, promovieron una matanza general en París, imitada en las provincias durante los días siguientes. Enrique de Navarra y otros escaparon, porque abjuraron la herejía.

El hecho es en sí reprochable; pero se explica por el estado de apasionamiento de sus autores. La responsabilidad principal recae sobre la Reina y sobre el Duque; el Rey fué más bien juguete de los demás. El hecho de cantarse en Roma un Te Deum al recibir la noticia, se debe al error de haber creído que la familia real había sido librada de un complot, y los herejes, sus supuestos autores, castigados. Por otra parte, los que menos pueden protestar son los hugonotes, pues ellos usaban

guenote. En R. hist. Égl. Fr., 16. p. 337-372; 473-501. ROCQUAIN, F., La France et Rome pendant les guerres de Religion (1559-1598). P. 1924. VIÉNOT, J., Histoire de la Réforme française des origines à l'édit de Nantes. P. 1926. CHAMPION, P., Charles IX; la France et le contrôle de l'Espagne. 2 vol. 1939. ID., La Jeunesse de Henri III. P. 1941. ZOFF, O., Die Hugonotten. Geschichte eines Glaubekampfes. 1948.

⁸⁾ DUHR, B., (Noche de San Bartolomé). En St. Mar. La., 29 (1885). 116 s., 269 s. VACANDARD, E., Les Papes et la Saint-Barthélemy. Étud. de critique..., p. 217-292. P. 1905.

continuamente este medio. Así, consta que el mismo Coligny había alabado el asesinato de Guisa.

498. b) Fin de las guerras religiosas. Edicto de Nantes de 1598. Con la subida al trono de Enrique III (1574-1589), hombre sin dignidad y corrompido, la situación fué empeorándose. Por esto en 1576 se formó la *Liga Católica*, capitaneada por los Guisa, con objeto de defender los intereses católicos. Por otra parte comenzaba a notarse el resurgir de la reacción católica, gracias a la acción de Trento, de los jesuitas, capuchinos, etc.

En 1584 se planteó la cuestión en una forma decisiva. Muerto el hermano del Rey, y no teniendo éste descendencia, el heredero parecía ser Enrique de Navarra, que volvía a ser jefe de los hugonotes. Formáronse, pues, dos partidos: el de Enrique, que eran los hugonotes, y la Liga, cuyo objeto era ahora impedir que subiera al trono un calvinista, y cuya actividad fué cada vez mayor. Felipe II estaba de su parte con todo su poder. Pero esto mismo fué la ocasión de la guerra llamada de los tres Enríques, más sangrienta que todas las anteriores.

Efectivamente, el Rey comenzó a tener celos del prestigio que iba adquiriendo Enrique de Guisa, jefe de la Liga, y así concibió al fin y realizó el asesinato del mismo y de su hermano, el Cardenal de Lorena, en diciembre de 1588. El efecto que produjo un acto tan repugnante fué que Enrique III acabó de perder las pocas simpatías que tenía y tuvo que echarse en manos de los hugonotes. Con ellos, pues, emprendió una guerra furibunda contra la Liga, deseosa de vengar la muerte de sus jefes; pero frente a París, ocupado por los liguistas, fué asesinado en agosto de 1589.

Con esto se planteó la cuestión gravísima de la sucesión. El heredero al trono era Enrique de Navarra ⁹⁾; pero los católicos, y la Liga que los representaba, no querían permitir que un hereje ocupara el trono de San Luis. Por esto la guerra siguió más encarnizada. Felipe II, el apoyo principal de la Liga, proponía como heredera a su hija Isabel Clara Eugenia, hija de Isabel de Valois. En esta posición siguieron las cosas varios años en medio de una lucha fratricida. Al fin, Enrique de Navarra se convenció de que no ocuparía el trono, si no se hacía católico; por lo cual decidió convertirse. Se le atribuye la célebre frase: «la corona de Francia bien vale una misa». El 25 de julio de 1593 abjuró la herejía en San Dionisio de París. Todavía quedó bastante resistencia, apoyada por Felipe II, pues en realidad había motivos fundados para dudar de la sinceridad de la conversión de Enrique; pero poco a poco se fué deshaciendo.

En 1598 *Enrique IV* dió a los hugonotes el *edicto de Nantes*, que concedía libre ejercicio de culto con muy pocas limitaciones, entrada en los cargos públicos, Universidades y escuelas propias. Francia entró en un nuevo estadio. Enrique IV, hombre de talento, activó la reorganización y rejuvenecimiento de Francia, que siguió después rápidamente y llegó a su apogeo a principios del período siguiente.

⁹⁾ PERRENS, F. T., L'Eglise et l'État en France sous Henri IV. 2 vol. P. 1872. BAIRD, H. M., The Huguenots and Henry of Navarra. 2 vol. L. 1886. CHALEMBERT, V. DE, Histoire de la Ligue sous Henri III et IV. P. 1898. BRIERE, Y. DE LA, La conversion de Henri IV. P. 1905. DESDEVISES, DU DEZERT, G., L'Eglise et l'État en Fr., I (1598-1801). P. 1907. PANNIER, J., L'Eglise réformée de Paris sous Henri IV. P. 1911. VAISSIÈRE, P. DE, Henri IV. P. 1928.

III. La Iglesia católica y el anglicanismo en Inglaterra ¹⁰⁾

499. Mucho más dificultosa era la situación de la Iglesia en Inglaterra. Por esto, aunque el corto período de María la Católica la dejó respirar un tanto, sin embargo, bien pronto entró de nuevo en la terrible lucha de la reina Isabel, de la que salió casi arruinada.

a) **María la Católica (1553-1558)** ¹¹⁾. Era hija del primer matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Aragón, y de convicciones profundamente católicas. Por esto trató en seguida de restablecer el catolicismo. Como el orden religioso establecido por Eduardo VI tenía aún poca consistencia, no pareció muy difícil este trabajo; mas desgraciadamente un conjunto de circunstancias lo fueron inutilizando.

Inmediatamente nombró el Papa al Cardenal Pole legado suyo en Inglaterra, y ya en 1554 se proclamó solemnemente restablecido el catolicismo. Hecho esto, comenzó una campaña activísima para la renovación de todas las instituciones, y por esto durante los años siguientes se procedió con rigor contra los protestantes, muchos de los cuales fueron ajusticiados. Algunos los hacen subir a 280, entre ellos *Crammer* y otros cuatro obispos. Este sistema ha dado lugar a muchas críticas. Pero hay que tener presente que la persecución fué en gran parte motivada por diversas conjuraciones. Por otra parte hay que conceder que la misma Reina era partidaria del sistema riguroso, el cual, si ella hubiera vivido más tiempo, tal vez hubiera tenido mejor resultado.

De hecho, por este rigor y por las propagandas calvinistas, la impopularidad de la Reina fué aumentando. A ello contribuyó su matrimonio con Felipe II, pues se suponía que esto era en detrimento de la independencia inglesa. Para colmo de desgracias, no tuvieron sucesión en este matrimonio. Pero la mayor desdicha fué que la Reina murió pronto y no se pudo consolidar la restauración. Con marcada injusticia se la designa como la *Sanguinaria*.

500. b) **Isabel (1558-1603)** ¹²⁾. En estas circunstancias, le sucedió la hija de Ana Bolena, Isabel, que durante el reinado de

¹⁰⁾ CONSTANT, G., *La Réforme en Angleterre*, 2 vol. P. 1939. BELLOC, H., *History of England*, L. 1925. GRAHAM, R., *English Ecclesiastical Studies*, L. 1927. WILLMOT-BUXTON, E. M., *A Catholic History of Great Britain*, L. 1921. EDWARDS, TH. CH., *The age of the Tudors and Stuarts*, L. 1949. GILL, J., *La chiesa anglicana*, Milán 1948.

¹¹⁾ BROWN, M. CR., *María Tudor*, L. 1911. ANGEL, R., *La réconciliation de l'Angleterre avec le Saint-Siège sous Marie Tudor (1553-1554)*, En *Rev. Hist. Eccl.*, 10 (1909), 521-536. 744-789. WOODWARD, K., *Queen Mary*, L. 1927. WHITE, B., *Mary Tudor*, L. 1935. HAILE, M., *The life of Cardinal Pole*, L. 1914. LLANOS Y TORRIGLIA, F., *María I de Inglaterra, ¿la sanguinaria?* Reina de España, M. 1946.

¹²⁾ POLLEN, J. H., *Unpublished documents rel. to the English Martyrs*, I (1584-1603), L. 1908. ID., *The English Catholics in the Reign of Queen Elizabeth 1558-1580*, L. 1920. ID., *Sources of the History of Roman Catholics in England, Ireland and Scotland*, L. 1921. POLLARD, A. F., *Political History of England 1547-1603*, L. 1910. MEYER, A. O., *England and the Catholic Church under Elyz. and the Stuarts*, I. R. 1911. CLARK, H. W., *History of English Nonconformity*, 2 vol. L. 1911-1913. ID., *Studies in the English Reformation*, L. 1912. BURTON, E. H., POLLEN, J. H., *Lives of the English Martyrs under Elizabeth*, I (1583-1588), L.

María se había portado como católica. Su conducta, en un principio, fué propia de su carácter calculador. Por una parte la iglesia nacional halagaba sus tendencias avasalladoras; por otra, los católicos más bien le mostraban antipatía por su nacimiento. Por esto ella se inclinaba más bien a la iglesia nacional; sin embargo, tardó algún tiempo en declararse abiertamente.

Así, pues, sólo poco a poco fué rompiendo con la Iglesia católica. El primer paso lo dió en la solemnidad de la coronación y en la apertura del Parlamento, enero de 1559, en que fué reconocida como cabeza suprema de la Iglesia. El segundo, ya definitivo para el rompimiento con Roma, lo dió Isabel el mismo año con otro decreto del Parlamento, por el cual quedaba abrogado el culto católico y se introducía el nuevo rito anglicano, es decir, el *book of common prayer*. El rompimiento era ya definitivo.

Desde entonces se iniciaron las medidas positivas contra los católicos, en las cuales, como en toda la política de Isabel, su principal consejero fué el célebre *William Cecil*. Por de pronto obligaron a todos los obispos y sacerdotes a admitir los últimos decretos del Parlamento. De los dieciséis obispos católicos, quince negaron el juramento. Fueron depuestos, y once murieron después de larga cárcel. En cambio, entre el bajo clero fueron muy pocos los que resistieron.

Sin embargo, en los planes de Cecil y de Isabel entraba el no proceder con excesivo rigor contra los católicos. No querían hacer mártires. Este sistema caracteriza la primera fase de la persecución. Multas exorbitantes, prisión y toda clase de vejaciones eran los castigos preferidos. Desde 1563 comenzó la segunda fase de la persecución, mucho más radical y sanguinaria. La negación del juramento era castigada con penas severas, tales como cárcel durísima, tormento y aun a veces con la pena de muerte. Las víctimas fueron principalmente sacerdotes y obispos.

501. c) **Punto culminante de la lucha de Isabel contra los católicos**. *La persecución propiamente tal comenzó en 1570*. La ocasión fué la bula de excomunión lanzada por Pío V contra Isabel, que en la concepción medieval traía consigo la deposición de la Reina y la liberación de sus súbditos del juramento de fidelidad. Con esto Cecil y la Reina se enfurecieron, pretendiendo presentar a los católicos como enemigos del Estado y como tales dignos de muerte. Los sacerdotes se vieron obligados a abandonar la isla; aun los que los acogían eran cruelmente castigados por esto sólo aun con la pena de muerte. En-

1914. CLAYTON, J., *The historic Basis of Anglicanism*, L. 1925. ATTERIDGE, A. H., *The Elizabethan persecution*, L. 1928. POLLARD, G. F., *Ecclesia Anglicana*, L. 1931. TESTORE, C., *I martiri gesuiti d'Inghilterra e di Scozia*, 1934. CADE, J. B., *Queen Elizabeth and the English catholic historians*, Louvain. 1935. En *Univ. Louvain. Rec. de Trv. ser. 2.ª*, n.º 33. BLACK, J. B., *The reign of Queen Elizabeth, 1558-1603*, O. 1936. HUGHES, PH., *Rome and the Counter-Reformation in England*, L. 1944. CHEYNEY, E. P., *A history of England from the defeat of the Armada to the death of Elizabeth*, 2 vol. Nueva York 1948.

tonces se realizó la obra sanguinaria de la tortura, y de los martirios, que dan un sello de crueldad al reinado de la reina «virgen». Es la era de los mártires. Por mucho que se quiera forzar la verdad, en realidad lo que se perseguía era la religión. Uno de los más ilustres héroes fué *Edmundo Campión*¹³⁾, ajusticiado en 1581 con dos compañeros.

Pero la persecución y los martirios tuvieron la virtud de excitar la conciencia católica. Como era imposible tener seminarios en Inglaterra, Guillermo Allen, Cardenal de Inglaterra, fundó el de Douai, y Gregorio XII más tarde otro en Roma, mientras Felipe II fundaba algunos en España. En estos centros se formaban los futuros héroes y mártires de Inglaterra. Por otra parte, no es de extrañar que en algunos caracteres fogosos la reacción diera origen a varias conjuraciones contra Isabel. Todas ellas fueron sofocadas y tuvieron un efecto desastroso para los católicos.

En 1588 se efectuó la célebre expedición de la «Armada invencible», emprendida por los españoles para vengar la muerte de María Estuardo y defender el catolicismo en Inglaterra. Isabel y todo su reino vivieron horas de angustia; pero al fracasar aquella expedición, el prestigio de la Reina creció notablemente, y los católicos tuvieron que sentir más aún sus iras.

De esta manera siguió sin menguar la persecución hasta la muerte de la reina Isabel, ocurrida en 1603. En conjunto, consta que murieron once obispos y muchos sacerdotes y laicos. Otros muchos murieron en las cárceles por efecto de los tormentos. Isabel había conseguido dejar afianzada en Inglaterra la Iglesia anglicana. Los años siguientes el catolicismo siguió fuera de la ley. La *conjuración de la pólvora* de 1605, obra de algunos nobles exaltados, dió ocasión a un recrudecimiento de la persecución.

502. d) Escocia e Irlanda¹⁴⁾. En Escocia se distinguió como reformador *Juan Knox*, agitador fanático, de carácter tético. Desde 1559 inició una campaña violenta contra el catolicismo. El Parlamento proclamó en 1560 la *Confessio Scotica*, que era una forma de calvinismo. En estas circunstancias entró en escena *María Estuardo*, reina de Escocia, cuya conducta ha sido muy discutida. Viuda de Francisco II de Francia a los diecinueve años, poseía grandes cualidades, pero poca experiencia. En 1560 volvió a Escocia, donde se vió obligada a reconocer la iglesia nacional y a luchar frente a Knox y al rebelde *Murray*. Su matrimonio con Darnley empeoró la situación, la cual se agravó al ser éste asesinado en 1567 y casarse María con *Bothwell*, uno de los promotores del asesinato.

La gran acusación que pesa sobre María es este matrimonio con Bothwell, que sus enemigos presentan como señal evidente de su complicidad. Sin embargo, parece más probable que se casó con él bien a su pesar, y que no tuvo parte alguna en el asesinato de Darnley. Inmediata-

¹³⁾ WAUGH, E., *Edmundo Campion*, I. 1935.

¹⁴⁾ BELLESHEIM, A., *Gesch. der Catholischen Kirche in Schottland*. 2 vol. 1883. LANG, A., *The Mystery of Mary Stuart*. I. 1901. FRANCIS, R., *Grand Mary of Scotland*. 1561-1568. I. 1930. BOWER, M., *Mary Queen of Scots*. I. 1934. HUMBERT-ZELLER, M., *Marie Stuart, 1542-1587*. P. 1948. REBOUX, P., *Le calvaire de M. Stuart*. P. 1948.

mente la nobleza se levantó; la Reina fué presa, pero logró escaparse; presentó batalla, pero fué vencida y se refugió en Inglaterra, esperando ayuda de Isabel. Pero en vez de auxilio, encontró una dura cárcel de diecinueve años y al fin la muerte, bajo el pretexto de participación en un complot contra la Reina. Fué decapitada en 1587. Lo más que puede probarse es que trató positivamente de evadirse, lo cual está justificado. Su figura se agigantó con la persecución y el sufrimiento, de modo que puede ser considerada como víctima de sus creencias católicas. Desde 1603 Escocia quedó unida a Inglaterra con Jacobo I, hijo de María Estuardo.

*Irlanda*¹⁵⁾ tuvo que sufrir lo indecible desde Enrique VIII, por su fidelidad a la antigua fe. El Parlamento de Dublín reconoció oficialmente en 1536 el acta de supremacía de Enrique VIII, y más tarde la supremacía religiosa de Isabel. Pero el pueblo no se rindió. Desde entonces se le sometió a los más duros martirios, que han durado siglos enteros sin conseguir vencerlo.

IV. Defección de los Países Bajos¹⁶⁾

503. En los Países Bajos, vinculados desde 1477 a la casa de Habsburgo, tuvo entrada muy pronto el calvinismo y dió ocasión a las largas luchas, en las que intervinieron directamente los reyes de España, como señores naturales del país. Sobre esta base se desarrollaron los acontecimientos, que llevaron a la división de la Holanda calvinista y Bélgica católica.

a) **Levantamiento y sus primeros efectos.** Carlos V, nacido en Gante en 1500, a pesar de su vida agitada, conservó siempre gran afecto a su país natal, al que respondió éste con igual simpatía, ayudándole eficazmente en sus empresas militares con el fruto abundante de su comercio. Por esto, durante su reinado no se registró conato ninguno de levantamiento, y por otra parte los gobernadores del Emperador hicieron cumplir el edicto de Worms manteniendo alejada la herejía. La situación cambió desde 1555, cuando Carlos V abdicó en su hijo estos Estados, que poco después quedaron unidos a la monarquía española. Las causas eran muy diversas. La base, según parece, la formaba la poca simpatía que sentían los naturales por Felipe II¹⁷⁾, al que consideraban como extraño, sobre todo desde que el año 1559 partió para España y no volvió ya a Flandes.

¹⁵⁾ BELLESHEIM, A., *Gesch. der kathol. Kirche in Irland*. 3 vol. 1890. HOLLOWAY, H., *The Reformation in Ireland*. I. 1919. RONAN, M. V., *The Reformation in Ireland under Elizabeth (1558-1580)*. I. 1930. DUDLEY EDWARDS, R., *A history of penal laws against Ir. Catholics, 1534-1603*. I. 1935.

¹⁶⁾ PIJPER, F., *Bibliotheca Reformatoria Neerlandica*, I-X. Haag. 1903-1914. SCHREVEL, A. C., *Recueil des documents relatifs aux troubles religieux en Flandre 1577-1584*. 3 vol. Bruges 1921-1928. HOLZWARTH, F. J., *Der Abfall der Niederlande*. 3 vol. 1865-1872. WILLOCK, F., *L'Introduction des décrets du concile de Trente dans le Pays-Bas*. GEYL, P., *The Revolt of the Netherlands (1555-1609)*. I. 1932. MOREAUX, R. DE, *Histoire de l'Eglise en Belgique*. 4 vol. En public. Bruxelles 1948-1949.

¹⁷⁾ GACHARD, *Correspondance de Philippe II sur les affaires des Pays-Bas*. Bruselas 1848 s. Otras varias obras de GACHARD. SCHREVEL, A. C. DE, *Recueil des documents relatifs aux troubles religieux en Flandre 1577-1584*. 3 vol. Bruselas 1921-1928. NAMECHE, A. J., *Le règne de Philippe II et la lutte relig. dans les Pays-Bas*. 3 vol. Louvain 1885-1888. Id., *Guillaume le Taciturne*. 2 vol. Louvain 1880. ALBA, DUQUE DE, *Domination y guerra de España en los Países Bajos*. Relevo del duque de Alba. M. 1900. OSORIO, A., *Vida y hazañas de D. Fernando Álvarez de Toledo, Duque de Alba*. M. 1945. GOSSART, E., *L'établissement du régime espagnol dans les Pays-Bas à la fin du règne de Philippe II*, Bruxelles 1906. PIRENE, H., *Histoire de Belgique*. 4 vol. 3.ª ed. Bruxelles 1923.

Esta poca simpatía se fué agudizando a medida que el Rey fué urgiendo la ejecución de algunas leyes.

A estas causas hay que añadir otras muy importantes. Efectivamente, la herejía, sobre todo el calvinismo, había comenzado a hacer estragos en los Países Bajos. Muchos notables flamencos estaban descontentos por creerse postergados ante los extranjeros españoles. Uno de ellos era Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, hombre de grandes dotes personales y hasta entonces muy adicto a la causa de España; pero, habiendo abrazado ocultaemente el calvinismo, se sentía incompatible con los españoles. Púsose, pues, al frente de los descontentos, formando con ellos una verdadera conjuración. A su lado se hallaban, entre otros, los condes de Egmont y Horn.

Como sus quejas iban dirigidas especialmente contra Granvela, uno de los miembros del Consejo, la gobernadora, Margarita de Parma, lo separó de su cargo; pero el resultado fué contraproducente. Precisamente entonces, terminado el Concilio de Trento, comenzó a urgirse la ejecución de sus decretos, sobre todo la represión de la herejía. Esto fué ocasión para que estallara la revuelta de un modo ruidoso. Formóse, pues, en 1565 la *Confederación de Breda*, a cuyo frente se hallaba Luis de Nassau, hermano de Guillermo, y mientras algunos confederados marchaban a Madrid, otros a quienes se llamó luego «pordioseros», *gueux*, se presentaron ante la gobernadora y protestaron contra los edictos religiosos y la introducción de la Inquisición. A esto siguió una verdadera revolución religiosa en todo el país. En agosto de 1566 se realizó en diversas ciudades, pero sobre todo en Amberes, una verdadera campaña iconoclasta, destruyendo innumerables imágenes, arrasando multitud de iglesias y aun asesinando a algunos católicos. Como término de todo, se proclamó la *Confessio Belgica*, sobre la base del calvinismo. Ante este levantamiento peligroso, el gobierno reaccionó y pudo restablecer el orden; pero gran parte de los jefes, sobre todo Guillermo de Nassau, huyeron al extranjero, mientras otros, como Egmont y Horn, abrieron los ojos y se pusieron de parte de la gobernadora.

504. b) Represión y resultados. Al tener noticia de lo sucedido, Felipe II sintió un primer impulso de acudir personalmente a resolverlo. Tal vez hubiera sido lo más eficaz; pero de hecho no lo hizo. En cambio, envió a su mejor general, el célebre *duque de Alba*, el cual, siguiendo las instrucciones que llevaba, urgió el castigo de la revuelta, que quedó a cargo del célebre «tribunal de tumultos» o como se le ha venido llamando, «tribunal de sangre». Egmont y Horn, apresados a la salida del Consejo, no obstante su arrepentimiento y sus protestas de fidelidad al Rey, fueron ajusticiados en la plaza del mercado de Bruselas. La misma suerte corrieron otros conjurados. Al mismo tiempo el duque de Alba derrotaba completamente a Guillermo de Orange y sus confederados.

Parecía dominado el conflicto. Pero el disgusto seguía latente, y la dura represión del duque de Alba contribuía a aumentarlo. Este mismo efecto tuvieron los tributos que se hubo de imponer a la población para sostener el peso de la guerra. Aprovechando este ambiente, publicó el príncipe de Orange en 1569 un manifiesto en favor de la reforma, y apoyado por los príncipes protestantes e Isabel de Inglaterra, siguió alentando a las provincias del Norte a la rebelión. Con esto el duque de Alba tuvo que acudir de nuevo a las armas, sobre todo en 1572, en que proclamado ya el de Orange abiertamente jefe del movimiento calvinista y *seguro* del apoyo de las potencias protestantes, emprendió una guerra a fondo contra los españoles. En estas circunstancias, Felipe II creyó prudente relevar de su cargo al duque de Alba en 1573.

Don Luis de Requesens, sucesor de Alba, se encontró con una situación caótica, pues Orange y los suyos iban ganando terreno. Por

esto, no obstante algunas ventajas que pudo obtener, el movimiento de revuelta iba avanzando. Así se pudo llegar en 1576 a la llamada *pacificación de Gante*, en que las diecisiete provincias se confederaron para arrojar a los españoles. Entretanto el calvinismo había penetrado por completo en varias provincias del Norte. *Don Juan de Austria*, que siguió a Requesens en 1578, no obstante sus excepcionales cualidades militares, apenas pudo obtener nada. Guillermo de Orange y sus confederados se sentían ya demasiado fuertes para ceder a las insinuaciones conciliadoras de don Juan. Sin embargo, poco antes de morir obtuvo algunos éxitos que prepararon el período siguiente.

En efecto, a pesar de que en el primer año de su gobierno, en 1579, se formó la unión definitiva de las provincias rebeldes llamada *Unión de Utrecht*, *Alejandro Farnesio*¹⁸⁾, sucesor de don Juan y hombre genial como político y como militar, desplegó una actividad sistemática, que tuvo por resultado la reconquista y afianzamiento de gran parte de territorio perdido. De esta manera, con su genio militar, que lo constituye el primer general de su tiempo, fué reconquistando plazas, como las de Breda, Dunkerque, Brujas, Gante y sobre todo la difícilísima de Amberes y otras muchas. Por otra parte, su trato afable y sabia política fué atrayendo a muchos por la convicción.

Guillermo de Orange, apoyado constantemente por Inglaterra y los príncipes protestantes, luchó sin cesar, defendiendo palmo a palmo sus posiciones, y al fin consiguió mantener en su poder las siete provincias del Norte: Holanda, Zelanda, Utrecht, Güelders, Groninga, Frisia y Oberyssel. En cambio, Farnesio mantuvo las diez restantes para España y para el catolicismo.

Más tarde Felipe II cedió estos territorios a su hija Isabel Clara Eugenia, casada con el archiduque Alberto, mientras reconocía tácitamente la independencia de Holanda. El calvinismo o Iglesia reformada siguió siendo la religión oficial de Holanda, mientras el catolicismo estaba expresamente proscrito.

V. España, paladín de la verdadera reforma católica¹⁹⁾

505. Por poco que se examine la historia eclesiástica del siglo XVI, se advertirá la posición que ocupaba España, de van-

¹⁸⁾ PASTURE, A., *La restauration relig. aux Pays-Bas catholiques sous les archid. Albert et Isabelle*. 1596-1633. Louvain 1925. PONCELET, A., *Histoire de la Comp. de Jésus dans les anciens Pays-Bas*. 2 vol. Bruxelles 1927-1928. MEESTER, B. DE, *Le Saint-Siège et les troubles des Pays-Bas, 1566-1579*. Louvain 1934. ESSER, L. VAN DER, *Alexandre Farnèse, prince de Parme (1545-1592)*. 4 vol. Bruxelles 1933-1935. VAN ESSEN, A., *Le Cardinal-Infant et la politique européenne de l'Espagne 1609-1641*. Bruselas 1944. *Miscellanea hist. L. van der Essen*. 2 vol. Sobre hist. de los Países Bajos, siglos XVI y XVII. 1947.

¹⁹⁾ MERRIMAN, J. B., *The rise of Spanish Empire in the old world and in the new*. 3 vol. Nueva York 1918-1926. BALLESTEROS Y BERETTA, A., *Historia de España...* vol. III-IV. B. 1922-1931. IBARRA, J., *España bajo los Austrias*. B. 1935. En col. Labor. FERRANDIS TORRES, M., *La contrarreforma*, obra de España. M. 1944. MASIÁ, A., *Introducción a la Historia de España*. B. 1944. CARO BAROJA, J., *Los pueblos de España*. B. 1946.

guardia de la fe y defensora del catolicismo en las difíciles luchas por que tuvo éste que atravesar. Por esto es justo que lo notemos aquí de una manera clara y expresa.

a) La España del siglo XVI fué católica por antonomasia. Ante todo conviene hacer constar el hecho de que la España del siglo XVI fué la nación católica por excelencia. Después de los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel, España era la primera potencia de Europa, y como tal se mantuvo durante los reinados de Carlos V y Felipe II (hasta 1598) por lo menos. Pero al mismo tiempo, mientras las otras naciones europeas se veían minadas por la herejía, España permanecía firme en la fe católica y defensora de la misma en todas partes.

Las causas de este hecho son múltiples. La principal y como fundamento de las demás, es la tradición antigua de los reinos pirenaicos, avezados a la lucha contra los infieles, que había acostumbrado a los españoles a considerarse como los defensores natos de la religión católica. El catolicismo constituía la parte fundamental del carácter español. Este espíritu completamente cristiano del pueblo español había sido reavivado por el resurgimiento general del tiempo de los Reyes Católicos, y de un modo particular por la sólida reforma promovida por el gran Cardenal Cisneros. Añádase a esto lo que puede ser considerado como fruto de este ambiente católico y al mismo tiempo como su mejor sostén y fomento: aquella verdadera floración de Santos y de nuevas Ordenes Religiosas, que tanto contribuyeron a renovar y mantener vivo el sentimiento cristiano del pueblo. Todas estas causas de la tenacidad del espíritu católico de España hubieran perdido su eficacia, si no hubiera poseído España los reyes que poseyó. Por esto debe considerarse como factor decisivo del fenómeno indicado, el haber tenido España reyes extraordinarios, de profundos sentimientos religiosos, que se formaron tal conciencia de su deber como gobernantes, que preferían perder regiones enteras de su patrimonio, a verlas contaminadas con la herejía.

A este propósito, conviene deshacer una falsa idea, que corre mucho en nuestros días, cuando se habla de la España católica del siglo XVI. Efectivamente se concede, porque el hecho es evidente, que España fué adalid del catolicismo, al que defendía en todas partes cuando los otros lo abandonaban; pero en todo lo que hicieron Carlos V y Felipe II, no ven otra cosa que su propio interés. Así afirman que la defensa de la religión fué un mero pretexto, y que lo que defendían de hecho nuestros monarcas eran sus intereses. Tal es la idea que se trasluce, por ejemplo, a través de toda la «Historia de los Papas», de Pastor, por otra parte sumamente benemérito de la causa católica.

Frente a esta manera de enjuiciar la actuación de España en el siglo XVI, debemos hacer las siguientes afirmaciones, que pueden probarse con suficientes documentos:

En primer lugar hay que conceder que los reyes españoles tuvieron ciertamente defectos, y algunos bastante notables. En particular propendían a cierto absolutismo exagerado e intromisión en asuntos religiosos, propia del tiempo. Además, debe concederse que de hecho defendían sus intereses personales o los de la monarquía española, lo cual parece muy lícito, mientras no conste el abuso. En cambio, hay que negar que dieran a estos intereses la preferencia sobre los religiosos. Con palabras y con obras expresaron frecuentemente su decisión de defender ante todo y sobre

todo la religión. Así se vió en Alemania, en los Países Bajos, en América. Las cartas privadas de Felipe II recientemente publicadas lo muestran claramente.

Asimismo es falso que los motivos religiosos en su actuación fueran muchas veces mero pretexto para defender sus intereses. La lectura de la correspondencia privada de Felipe II y la consideración desapasionada de toda la actuación española del siglo XVI convence de que en realidad el motivo religioso era el móvil de sus empresas, no pretexto. En Esmalcalda, en Lepanto, en Inglaterra, en las guerras religiosas de Francia, creemos que el móvil primero era la religión, aunque a éste se le juntara el interés político.

Hay que negar también que el absolutismo de los reyes españoles fuera tal como se le presenta. Hubo exageración muchas veces en la defensa de supuestos derechos frente a los de la Santa Sede. El absolutismo de la época cegaba a veces a los monarcas; pero esto no era un cesaropapismo, que quiere sujetar al dogma a sus propios intereses, ni era una desatención sistemática a la autoridad pontificia. Por otra parte, hay que tener presente que algunos Papas eran políticamente contrarios a los reyes españoles, tales como Clemente VII y Paulo IV. Por esto se hubo de llegar a guerras entre los Reyes Católicos y el Papa, y así muchas actitudes de los reyes españoles se referían a los Papas como príncipes y adversarios políticos, no como pastores de la Iglesia.

506. b) España colaboró eficazmente en la verdadera reforma. Supuestas estas observaciones generales, podemos afirmar que España colaboró eficazmente a la verdadera reforma.

El mejor instrumento de la reforma católica fué el Concilio de Trento. Pues bien, España tuvo en él una parte activísima. Menéndez y Pelayo llega a afirmar que este Concilio fué tan español como ecuménico. En sus tres etapas colaboraron unos doscientos españoles, entre Padres, teólogos, embajadores y otros representantes. Distinguiéronse particularmente: El Cardenal Pacheco, obispo de Jaén; el arzobispo de Granada, Pedro Guerrero; el obispo de Valencia, Martín Pérez de Ayala; el arzobispo de Braga, Fr. Bartolomé de los Mártires; los jesuitas Laínez y Salmerón, teólogos pontificios; los dominicos Melchor Cano, Pedro y Domingo de Soto; los franciscanos Francisco de Orantes y Francisco de Zamora; los eminentes canonistas Antonio Agustín y Diego de Covarrubias y otros muchos.

En segundo lugar, España dió a la Iglesia algunas grandes Ordenes religiosas y un buen número de grandes santos, que fueron los instrumentos providenciales de la reforma católica. Baste citar a los reformadores S. Pedro de Alcántara, el venerable Tomás de Jesús, Sta. Teresa y S. Juan de la Cruz. Añádanse a éstos los nombres de los fundadores S. Juan de Dios, S. José de Calasanz y S. Ignacio de Loyola, todos los cuales, con sus nuevos ejércitos de religiosos, anduvieron a la cabeza de la regeneración eclesiástica.

España produjo un verdadero ejército de doctores católicos, que fueron, al lado de los anteriores, nuevos instrumentos providenciales para la reacción católica. El siglo XVI fué el siglo

de oro de las ciencias eclesiásticas en España. Los teólogos, escriturarios y canonistas, no contentos con ilustrar a España, pasaron a Roma, a París, a Alemania, y en todas partes fueron grandes lumbreras de la fe. Basten los nombres de Vitoria, ambos Sotos, Melchor Cano, Antonio Agustín, Doctor Navarro, Suárez, Vázquez, Toledo, Lugo, Gregorio de Valencia, Arias Montano, Báñez.

Además, España defendió a la Iglesia con la espada, siempre que fué necesario, incluso cuando las otras naciones católicas le hacían la guerra. En esto España fué el brazo derecho de la Iglesia, por lo cual a ella acudían los Papas en los casos de mayores apuros de la Cristiandad. Más aún, en defensa de este ideal España se desangró, lo cual es una de sus mayores glorias. Por esto, dondequiera que se defendía la causa católica, se hallaba España, a veces sola. Tal sucedió: en España, terminando los últimos restos árabes; en Alemania, derrotando a los ejércitos luteranos; en los Países Bajos, salvando para el Cristianismo gran parte de sus provincias; en Lepanto, contra los turcos; en Francia, contra los hugonotes; en Inglaterra, contra la persecución de Isabel.

Como si esto fuera poco, España evangelizó inmensos territorios en ultramar. Desde un principio España llevó con las armas el Evangelio. Es cierto que los colonos españoles abusaron con frecuencia de los indígenas; pero esto eran excesos particulares. La ley protegía a los misioneros y a los indios, el gobierno español levantó iglesias, sostenía innumerables misioneros, fué constantemente el sostén más eficaz del Cristianismo. En realidad, se ve que en todas partes España colaboró con la Iglesia en la reforma y actividad eclesiástica. El capítulo siguiente sobre la Inquisición muestra claramente la vigilancia que se tenía en España por la pureza de la fe.

507. c) Característica de los reyes españoles del siglo XVI. El carácter de los reyes Carlos V y Felipe II aparece con suficiente claridad en lo que se ha dicho sobre su actuación; pero es conveniente recoger aquí algunos rasgos más típicos, que den una idea de conjunto.

*Carlos V*²⁰⁾, que como rey de España fué Carlos I, comenzó a reinar en 1516, cuando sólo contaba dieciséis años, y elegido Emperador en 1519, resultaba a los diecinueve años el monarca más poderoso del mundo. No obstante su juventud y la vida agitada a que se vió sometido, desde un principio se distinguió por su independencia y claridad de juicio, tenacidad en sus resoluciones y alto concepto de su responsabilidad. Por esto, aun-

²⁰⁾ SANDOVAL, P. DE, Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V. 2 vol. Pamplona 1714-1718. HAEBLER, K., Gesch. Spaniens unter der Regierung Karls I. Gotta 1907. DEBACHENAL, R., Histoire de Charles V. P. 1916. LEWIS, D. B. W., Charles V, emperor of the West. L. 1936. MERRIMAN, R. B., Carlos V, el emperador español en el viejo y nuevo mundo. Trad. del inglés por G. Sans Huelin. Buenos Aires. 1940. GARCÍA MERCADAL, J., Carlos V y Francisco I. Zaragoza 1943. BABELON, J., Charles V: 1500-1558. Époques et visages. P. 1947.

que de carácter jovial y siempre ocupado en expediciones militares, gobernó por sí mismo sus inmensos Estados y no confió nunca en validos omnipotentes. Por lo demás, fué siempre hijo sumiso de la Iglesia, por lo cual fué una verdadera fatalidad el que las guerras y otros asuntos de gobierno desviarán su atención de Alemania; pues de lo contrario hubiera sin duda atajado en un principio el protestantismo. Pero de todos modos, cuando se convenció de que no había otro remedio, no vaciló en poner en juego todo su poder para hacerle la guerra. Debilitado al fin por los años y por el peso de los acontecimientos, se retiró del gobierno en 1556, y en la soledad de Yuste en Extremadura vivió una vida de retiro y de preparación para la muerte, ocurrida en 1558, digno remate de la vida cristiana que había llevado como Emperador.

Gran parte de las empresas de su vida llevan marcado el carácter religioso. Tal ocurre, sobre todo, en las guerras contra los turcos, peligro constante contra la Cristiandad, y las de Alemania contra los protestantes, que casi le costaron la vida. Aun en el asunto que más empuja la limpieza de su conducta como emperador católico, el saqueo de Roma en 1527, se vió claramente, por una parte, que la guerra contra el Papa estaba justificada, pues tenía carácter meramente político, y por otra, que él no tuvo la culpa de los desmanes cometidos por la soldadesca, que más bien le causaron disgusto. Si una vez vencido y preso el Papa, abusó Carlos de sus ventajas, se le debe disculpar, al menos en parte, por la política seguida por Clemente VII. En todo caso, bien pronto el Emperador mostró verdadera generosidad, que fué bien correspondida por el Romano Pontífice.

*Felipe II*²¹⁾, fué en todo digno hijo de su padre, si bien de carácter muy diverso. Más reservado que aquél, lento en sus resoluciones, amigo del retiro y de la meditación, coincidía con Carlos V en la independencia de su gobierno y en no confiar enteramente en ningún ministro. Sumamente cauto y acertado en la elección de sus consejeros, obraba siempre con suma independencia, tomando sobre sí toda la responsabilidad de sus acciones. Su defecto principal era la excesiva lentitud en el obrar, que le hacía llegar tarde a las veces en las cuestiones que reclamaban una solución rápida. En sus convicciones religiosas no había nada más que desear. Felipe II simboliza en sí el espíritu católico y el caballero cristiano de su tiempo, que pone por encima de todo la fe suya y de su pueblo. Casi todas las empresas de Felipe II llevan más o menos claro el sello religioso. Así, la represión de los levantamientos moriscos granadinos (1567-1571); las campañas contra los turcos, que culminaron en la gran victoria de Le-

²¹⁾ FERNÁNDEZ DURO, C., Estudios históricos sobre el reinado de Felipe II. M. 1890. Otras obras del mismo autor. FERNÁNDEZ MONTAÑA, J., Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II. M. 1882. Otras cinco obras del mismo con la misma tendencia. FORNERON, H., Hist. de Philippe II. 3.^a ed. 4 vol. P. 1887. BRATLI, C. I. B., Philippe II. P. 1912. MARKES, E., Philipp II. En Meister der Politik. I. 1922. BERTRAND, L., Philippe II: Une ténébreuse affaire. P. 1929. *Id.*, Philippe II à l'Escurial. P. 1930. COSSOU, J., La vie de Philippe II. P. 1929. SCHNEIDER, R., Philipp II oder Religion und Macht. 1931. MERRIMAN, R. B., Philip the prudent. L. 1934. ESTRADA, J., Felipe II, el rey calumniado. M. 1935. RODRÍGUEZ URBANO, C., La España de Felipe II. De Colón a Bolívar. B. 1935. SERRANO, L., España en Lepanto. B. 1935. En Bibl. Pro Eccl. et Patria. BURGOS, R., España en Trento. M. 1941. SCHNEIDER, R., Felipe II o religión y poder. Trad. por M. Almagro. M. 1943. BERTRAND, L., El enemigo de Felipe II. Antonio Pérez, secretario del Rey. Trad. por M. Sanz Cabo. M. 1943. FERRANDIS, M., Don Juan de Austria, paladín de la Cristiandad. M. 1942. VALBUENA PRAT, A., La vida española en la Edad de Oro. B. 1943. URRIZA J., La preclara Facultad de artes y filosofía de la Universidad de Alcalá de Henares en el siglo de Oro, 1509-1621. M. 1941-1942. MARCH, J. M., Niñez y juventud de Felipe II. Documentos inéditos. 2 vol. M. 1941-1942. PFANL, L., Felipe II. Bosquejo de una vida y una época. Trad. de J. Corts Grau. M. 1942. GARCÍA MERCADAL, J., Antonio Pérez, secretario de Felipe II. M. 1943. MARAÑÓN, G., Antonio Pérez, El hombre, el drama, la época. 2 vol. M. 1947. PFANL, L., Carlos II. Trad. castell. M. 1947. BRANDL, F., La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II. P. 1949.

panto; las guerras religiosas en Francia; la invasión frustrada de Inglaterra; las guerras en los Países Bajos. En todas partes donde se hallaba en peligro la fe, se encontraba también a los soldados de Felipe II, que fué verdadero paladín de la Cristiandad. Su muerte en 1598, después de una enfermedad larga y dolorosa, en que dió ejemplos de heroica paciencia, coronó dignamente la vida ejemplar de este gran Rey.

Sus sucesores *Felipe III* y *Felipe IV*²²⁾ mantuvieron substancialmente los mismos principios religiosos, y en su tiempo siguió siendo España la defensora del catolicismo y la nación católica por excelencia; pero ni en su conducta general como gobernantes, ni en la magnitud de las empresas que realizaron, pueden compararse con sus predecesores.

508. d) Hechos religiosos notables. Además de las nuevas Órdenes religiosas de carácter general que hubo en España y de que se ha hablado antes, podemos notar las siguientes, que junto con las anteriores indican el elevado grado de fervor religioso existente en la Península. Ante todo mencionaremos la fundación o reforma de *S. Pedro de Alcántara*, modelo de austeridad y ascetismo religioso. Ardiendo en deseos de mayor perfección dentro de la Orden franciscana, a que pertenecía, introdujo la más estrecha observancia en un convento de la sierra de Arábida y luego en Coria, Pedroso y otras poblaciones. Felipe II se puso enteramente de su parte, y Pío V lo apoyó decididamente obligando a los conventuales a aceptar la reforma de los observantes. Por otro decreto. Pío V obligó también a las monjas franciscanas a someterse a la observancia.

Semejante reforma se realizó en los premonstratenses por decreto del mismo Papa Pío V, el cual incitó del mismo modo a los dominicos a la reforma. Los agustinos iniciaron también una profunda reforma, que tuvo lugar en Talavera en 1588. En ella tuvo grande influjo el Beato Orozco, y a ella pertenecía Fr. Luis de León. Los *agustinos recoletos*, como se llamó a los reformadores, se extendieron luego fuera de España. Más profunda fué la reforma de los *mercedarios*, que propiamente introdujo el cambio en la Orden. Desde que terminó la reconquista de España, disminuyó rápidamente el número de esclavos cristianos en África, y así fué enfriándose el fervor de estos religiosos, cuyo ministerio se ejercitaba entre aquellos infelices. Por esto en 1603 emprendieron varios Padres la reforma en el colegio de la Merced de Madrid. Paulo V la aprobó, y por efecto de ella la Orden continuó desde entonces como mendicante con las nuevas constituciones aprobadas por Urbano VIII.

Para la reforma general de la Iglesia sirvió sobremanera el interés con que se tomó la introducción de los *decretos tridentinos*. Por otra parte, antes y después del mismo Concilio se celebraron *Concilios provinciales* en diversas regiones españolas. Del estudio de las disposiciones conciliares españolas se deduce que el nivel del clero había mejorado muchísimo respecto de los siglos anteriores.

Complemento de todo lo dicho sobre el apogeo de la Iglesia española en el siglo XVI, es la pléyade extraordinaria de santos que en ella brillaron. A los que se citan con particular encomio en otras partes, como fundadores de Órdenes Religiosas, como grandes misioneros del temple de un S. Francisco Javier y bajo otros conceptos, conviene añadir los siguientes:

Uno de los más insignes fué *Sto. Tomás de Villanueva*, religioso de la Orden de San Agustín, que fué algún tiempo catedrático de Salamanca y de Alcalá y más tarde gran predicador popular y arzobispo de Valencia, donde se distinguió como padre de los pobres y

²²⁾ CÁNOVAS DE CASTILLO, A., Historia de la decadencia de España desde Felipe III hasta Carlos II (1598-1700). 2.ª ed. M. 1911. ÍD., Estudios del reinado de Felipe IV. DUQUE DE MAURA, Decadencia política de España en el siglo XVII. En Bol. Ac. Hist., 117 (1945), 311 s. PALACIO ATARD, V., Derrota, agotamiento y decadencia del siglo XVII. M. s. a. DELEITO y PEÑUELA, J., El declinar de la monarquía española. M. 1947.

por su celo de las almas. Son célebres sus *contiones*, verdadero arsenal de sana doctrina y elocuencia popular. De *S. Francisco de Borja* se ha hablado ya de paso. Perteneciente a una de las familias más nobles de España, después de haber gozado de la privanza de Carlos V, abandonó sus títulos de duque de Gandía y marqués de Lombay, y entró en la Compañía de Jesús, de la que fué tercer General. Edificó al mundo por el desprecio de las grandezas humanas y contribuyó poderosamente a afianzar el prestigio de la naciente Compañía.

S. Pascual Bailón, timbre de gloria de la Orden franciscana, fué célebre por su abrasado amor al Santísimo Sacramento y por el don de milagros que Dios le concedió; el trinitario *S. Miguel de los Santos*, fué extraordinario apóstol de la divina palabra y contribuyó poderosamente a mantener el fervor cristiano en el pueblo español; *S. Alonso Rodríguez*, hermano lego de la Compañía de Jesús, fué un ejemplo sublime de humildad religiosa, y su amigo y discípulo *San Pedro Claver*, abnegado apóstol de los negros en Cartagena de Indias, ganó para Dios más de cien mil almas de aquellos desgraciados.

A los santos hay que añadir gran número de siervos de Dios: El *Beato Juan de Rivera*, arzobispo de Valencia, hombre insigne por muchos conceptos, pero sobre todo por su eximia santidad, que lo hace particularmente modelo de prelados y sacerdotes, para cuya formación dejó fundado en Valencia el colegio que lleva su nombre; los Beatos Andrés Hibernón, Salvador de Horta, Julián de S. Agustín, todos pertenecientes a la Orden de los franciscanos; el agustino Alonso de Orozco, y las angelicales Inés de Benigánim y Sta. Catalina de Tomás, también de la Orden de San Agustín. No menos ilustres son: el célebre apóstol de Andalucía, *Beato Juan de Ávila*, verdadero prodigio de elocuencia y celo de las almas; el venerable *Luis de Granada*, dominico, escritor clásico y gran apóstol, y el venerable *Tomás de Jesús*, agustino portugués, quien con su heroica caridad no dudó en compartir la suerte de los esclavos cristianos de África.

En el campo de la cultura anduvo España a la cabeza del mundo europeo. Esto aparecerá claramente en los capítulos dedicados al movimiento científicoteológico y al apogeo de la literatura ascética.

VI. La Inquisición española y su ulterior actividad ²³⁾

509. La Inquisición española fué el instrumento más eficaz para contener el error en la península Ibérica, es decir, un gran instrumento de la verdadera reforma. Por esto vamos a ver brevisimamente cuál fué su actuación en algunos asuntos más importantes del siglo XVI. Esto mismo

²³⁾ Para la bibliografía general sobre la Inquis. esp., véase p. 438. Además MENÉNDEZ Y PELAYO, Heterodoxos, 2.ª ed. V, 419 s., y la «Ciencia española», passim. Asimismo: MILLARES CARLO, A., Proceso inquisitorial contra fray Alonso de Espinosa, dominico (1590-1592) (sin año ni lugar). NAVARRA YÉBENES, R., Reseña histórica de la Inquisición en España. M. 1931. LLORCA, B., Sobre el proceso de Caranza. Diversos dictámenes en esta célebre causa por el arzobispo de Granada, D. Pedro Guerrero. En Estudios Eccl., t. 13 (1934), p. 75-103, 202-226; t. 14 (1936), p. 185-207. BATAILLON, M., Erasme et l'Espagne. P. 1937. PINTA LLORENTE: P. M. DE LA, Proceso inquisitorial contra los catedráticos hebraístas salmantinos. Gaspar de Grajal, Martínez de Cantalapiedra y Fr. Luis de León. I. Gaspar Grajal, M. 1935. ÍD., Procesos inquisitoriales contra Francisco Sánchez de las Brozas. M. 1941. ÍD., Causa criminal contra el biblista Alonso Gudiel. M. 1942. ÍD., Proceso criminal contra el hebraísta salmantino Martín Martínez de Cantalapiedra. M. 1946. JUNCO, A., Inquisición sobre la Inquisición. Méjico 1949. BALLESTEROS GAIBROIS, M., El P. Juan de Mariana. B. 1944.

servirá para esclarecer algunos puntos dudosos y resolver algunas objeciones que se le suelen oponer.

a) **Su actuación con los humanistas fué justa.** En primer lugar, no puede ponerse en duda el hecho de que al fin del reinado de los Reyes Católicos se protegía en España a los estudios humanísticos. La Universidad de Alcalá, la Biblia poliglota, el florecimiento de los hebraístas, el nombre mismo de Cisneros y de los primeros representantes de la Literatura española, todo esto es suficiente para probar el hecho indicado. Pero hay más todavía. En un principio, Erasmo era muy venerado en España, donde se formó una poderosa escuela de erasmianos. Así lo atestiguan Luis Vives, Alfonso y Juan Valdés, Juan de Vergara, Núñez Coronel, Damián de Goes. Sin embargo, existía al mismo tiempo un buen número de opositores suyos, que iban cobrando cada vez más fuerza. De todos modos, gracias al apoyo decidido que prestaban a los erasmianos el Inquisidor general *Manrique* y el arzobispo de Toledo *Fonseca*, esta oposición no tuvo ningún resultado durante bastante tiempo.

Por otra parte, es cierto que hubo algunos procesos de la Inquisición contra algunos erasmianos; pero un estudio detenido de los mismos convence fácilmente de que estaban justificados. Así, en los procesos contra Juan de Vergara y Bernardino de Tovar aparecen ideas muy peligrosas; pero aun éstos terminaron con la absolución. La oposición fué aumentando, y así se celebró la célebre Congregación de Valladolid en 1527, cuya solución fué favorable a Erasmo y a sus discípulos; pero al desaparecer poco después Manrique y Fonseca, se obtuvo por fin la prohibición de los escritos de Erasmo. Ahora bien, dada la naturaleza de estos escritos, con sus ironías y críticas mordaces contra el clero, el Monacato, etc., creemos que esta prohibición está bien fundada. Mas, por lo demás, se siguió protegiendo los estudios humanísticos, que pronto alcanzaron gran esplendor.

510. b) **La Inquisición frente a la herejía.** Sobre la actividad de la Inquisición española frente a las diversas corrientes heréticas y otras aberraciones peligrosas de la fe, conviene hacer algunas observaciones. Los procesos, tan frecuentes a fines del siglo xv y principios del xvi, contra los falsos conversos judíos, fueron disminuyendo rápidamente. Ya se ha visto anteriormente la actividad desarrollada por la Inquisición contra el protestantismo. A ella se debe en gran parte el que éste no arraigara en la Península. Un capítulo especial lo forman los procesos contra los alumbrados, que constituyeron en los siglos xvi y xvii una verdadera plaga para la piedad española. Mucho se ha discutido sobre sus doctrinas y el origen de un fenómeno tan característico en la España del siglo xvi. Era una aberración de la verdadera mística del estilo que se ha visto frecuentemente en la Iglesia católica.

Podemos distinguir diversos tipos de alumbrados. Unos, con buen celo de amor de Dios, se dejaron seducir por la apariencia de santidad y de la ilusión de éxtasis y revelaciones, sacando de ahí una serie de principios peligrosos, como cierta impecabilidad y desprecio de las obras exteriores. Otros eran personas más bien corrompidas, que más o menos conscientemente, aprovecharon la apariencia de santidad como pretexto para satisfacer sus pasiones. Precisamente en esta clase de alumbrados ocurrieron ciertas aberraciones típicas, como el trato sexual, desprecio de toda autoridad, pretensión de ver la esencia de Dios. Por fin, otros, llevados de una especie de ansia histérica de aparecer como santos, remedaban revelaciones y profecías, fingían llagas y otros fenómenos místicos y tuvieron engañados durante mucho tiempo a los que los rodeaban. El ejemplo clásico es Magdalena de la Cruz, descubierta en 1546. Su peligro consistía en el descrédito que se seguía para la verdadera virtud y santidad.

La Inquisición hizo un gran servicio a la verdadera piedad castigando y cortando severamente todos estos abusos y errores. Son célebres, sobre todo, los grupos de alumbrados siguientes: el de *Toledo* y sus alrededores, descubierto hacia 1520-1525. Sus promotores eran Francisca Hernández, Isabel de la Cruz, Pedro Ruiz de Alcaraz y Antonio Medrano. La Inquisición los castigó con rigor, tal vez excesivo respecto de algunos. El segundo

grupo notable fué el de *Llerena*, entre 1570-1582. Sus corifeos fueron Hernando Alvarez, Francisco Mesa y otros cinco sacerdotes. Son los ejemplos clásicos de los alumbrados más peligrosos, por los principios que representaban y las acciones de que ellos mismos se confesaron reos. El tercer grupo, el más numeroso y variado de todos, es el de Sevilla, descubierto alrededor de 1625. En él sobresalen el presbítero Villalpando y la Madre Catalina de Jesús. En este grupo hay alumbrados perversos, como el mismo Villalpando, e ilusos, como Catalina de Jesús. La Inquisición tuvo mano fuerte y desarraigó el mal que había ahondado mucho.

Aparte estos grupos persiguió la Inquisición algunos casos sueltos de ilusos o engañados, como María de la Visitación en Lisboa el año 1588, caso muy parecido al de Magdalena de la Cruz, que tuvo engañados durante largos años al mismo monarca Felipe II y a su Corte; el padre Jerónimo de la Madre de Dios, preso en 1616; la célebre monja de Carrión, cuyo proceso comenzó en 1635, y las monjas de San Plácido, en 1638. Respecto de los brujos y brujas, con el relativo rigor de la Inquisición contra algunos núcleos que aparecieron en diversas partes, se eliminó esta plaga, que tantas víctimas produjo en el centro de Europa.

511. c) **La Inquisición española y la ciencia.** Las Cortes de Cádiz de 1817 repitieron en todos los tonos esta acusación, y los adversarios de la Iglesia y de la Inquisición la siguen coreando en nuestros días. ¿Qué hay de verdad sobre esto? He aquí los casos principales de que se suele hacer mención:

Francisco Sánchez, el Brocense. Era eminente en Filología. La Inquisición inició un proceso, no terminado por muerte del procesado. En las actas originales se ve que la causa fué la tendencia de este filólogo a impugnar a los teólogos, a veces con frases peligrosas. Por tanto, no se le procesó por su ciencia, sino por sus evidentes extralimitaciones. *Luis de la Cadena*, célebre canciller de Alcalá. Consta solamente que hubo una denuncia. Por ello, y temiendo pasara la cosa adelante, se dirigió él a París y allí fué nombrado profesor de la Sorbona. Por consiguiente, no hubo proceso alguno ni intervino la Inquisición. *Antonio Nebrija*, padre de los estudios humanísticos, es presentado como víctima de la Inquisición. Lo único que sucedió fué que algunos teólogos lo tenían por sospechoso a causa de sus impugnaciones de la Vulgata; pero todos se estrecharon contra la protección que los inquisidores generales Deza y Cisneros dispensaron al gran humanista. Como se ve, no hubo tal persecución.

Arias Montano, autor de la Biblia Regia de Amberes, fué acusado por algunos de defender ideas rabínicas. Pero, examinado el asunto por la Inquisición, ésta lo calificó favorablemente. Así, pues, ni siquiera hubo proceso. El *P. Mariana* no sólo no fué perseguido, según afirman algunos, sino que fué muy estimado por los inquisidores, por lo cual le encomendaron la redacción del Índice de libros prohibidos de 1583 y la calificación de la Biblia Regia de Arias Montano. *Fr. Luis de León*, clásico y filólogo humanista y exegeta eximio, fué procesado dos veces; pero deben tenerse presentes las circunstancias. Dos causas influyeron: la envidia de algunos doctores y las exageraciones del mismo Fr. Luis en la impugnación de la Vulgata. Hay que conceder que los inquisidores fueron duros y desconsiderados; pero también debe admitirse que él defendió sus ideas con obstinación. Al fin la Inquisición lo absolvió y él pudo escribir con toda libertad.

El *P. Papebroch*, uno de los primeros bolandistas. Contra él se hizo un proceso en la Inquisición de Toledo, y de resultados de él fueron condenados los catorce primeros volúmenes del «Acta Sanctorum». La causa fué la controversia que tuvo él con los carmelitas, negando a su religión la antigüedad que ellos suponían. En consecuencia, fué acusado en Roma, pero allí se le absolvió; entonces acudieron los carmelitas a Toledo, donde fué condenado. Sin duda la Inquisición española obró con precipitación. Hay que notar, con todo, que Papebroch tuvo muchos adversarios y que sus ideas tendían a ciertas exageraciones.

512. d) **La Inquisición y los místicos.** Muchos escritores urgen de un modo particular contra la Inquisición, que parece se ensañó contra los

místicos y que muchas veces les «cortó las alas»; por tanto, la Inquisición no sólo persiguió a los sabios, sino también a los santos. En toda esta cuestión puede afirmarse en general que la Inquisición, como muchos teólogos del tiempo, por razones no despreciables, exageró el peligro de los falsos místicos o alumbrados, y por temor de la falsa mística, hablaba y obraba a las veces como si persiguiera de hecho a los santos. Sin embargo, hay que notar estas dos cosas: Primera, que los inquisidores, como los teólogos, tenían bien claros los principios. Segunda, que los más grandes santos y místicos pudieron obrar y escribir las cosas más elevadas sin que la Inquisición se lo impidiera.

He aquí algunos hechos particulares, que son objeto de controversia:

S. Ignacio de Loyola: Se hicieron contra él tres procesos en Alcalá y uno en Salamanca entre 1526 y 1527, siempre por ciertas sospechas de iluminismo. Esta suspicacia exagerada se debía en parte a la reacción contra el grupo de alumbrados de Toledo, que acababa de ser descubierto; pero en todo caso no fué la Inquisición la que hizo estos procesos. *Beato Juan de Ávila*. Mucho tiempo se había dudado sobre un proceso contra él, del que hacen mención los escritores antiguos. Recientemente lo ha descubierto y publicado el P. Camilo M. Abad. De él resulta que, después de prolijo examen, fué absuelto por la Inquisición. Por otra parte, en el índice de 1559 se incluyó el libro «Audi filia»; pero, por aclaración expresa del mismo Ávila, esta obra no era suya, sino de alguno de sus amigos, quien la publicó en su nombre. El «Audi filia» legítimo no estuvo nunca en el Índice de la Inquisición.

S. Francisco de Borja no fué procesado, según se afirma. Se puso en el mismo Índice de 1559 un libro que corría con su nombre, en el cual se contenían algunos trataditos suyos y otros de diversos autores. Pero se pudo probar que las proposiciones sospechosas se hallaban en estos últimos. *Sta. Teresa de Jesús* nunca fué procesada ni tuvo que sufrir nada de la Inquisición. Lo único que sucedió fué que la princesa de Éboli, por vengarse de la santa, entregó su autobiografía a la Inquisición, donde estuvo algún tiempo; pero al fin fué aprobada. *S. Juan de la Cruz* no tuvo que sufrir nada de la Inquisición, sino de los frailes discolos. *Bartolomé de Carranza*, arzobispo de Toledo, tuvo que sufrir un largo proceso. Es cierto que en él influyeron pasiones humanas, sobre todo la envidia del Inquisidor general Fernando de Valdés y la enemistad de Melchor Cano; pero en el fondo había fundamento para el proceso, y al fin se reconoció en Roma, por lo cual tuvo que retractar una serie de proposiciones.

En general, es falso que la Inquisición fuera obstáculo a la ciencia. La prueba más clara es que precisamente en aquel tiempo prosperaron en España las ciencias y las letras, como no se ha visto en España ni antes ni después. De hecho la inmensa mayoría de los sabios, eruditos, literatos y artistas pudieron dedicarse a sus trabajos con toda libertad. El *Índice de libros prohibidos* se refería a un número de libros muy insignificante, de modo que de hecho los clásicos de la Antigüedad, los escritores eclesiásticos, los filósofos y científicos de todos los tiempos, con muy pocas excepciones, podían ser leídos por los hombres doctos del siglo XVI en España. Por esto, aun existiendo el Índice y la Inquisición, brillaron en todos los ramos de la ciencia sabios innumerables. El siglo XVI es el siglo de oro de la literatura y de la erudición española.

CAPÍTULO VI

Iglesias disidentes. Lucha contra el error

513. Para completar la idea de conjunto sobre el desarrollo de la Iglesia en este período, conviene añadamos aquí algunos datos sobre las controversias entre las Iglesias luteranas y reformadas, sobre la situación de las Iglesias cismáticas orientales y sobre el bayanismo, que debe considerarse como una de las consecuencias de la falsa reforma.

I. Controversias entre las Iglesias luteranas y reformadas ¹⁾

Trasladándonos ahora a las Iglesias protestantes, veamos el desarrollo interno de su doctrina o, en otras palabras, las diversas tendencias doctrinales que se fueron manifestando entre ellas mismas.

a) Primeras cuestiones sacramentarias. Prescindiendo de las primeras cuestiones doctrinales, que promovieron los fanáticos *anabaptistas* y demás soñadores parecidos, bien pronto surgieron entre Lutero y algunos discípulos suyos discusiones más fundamentales. La primera tenía por objeto la presencia de Cristo en la Eucaristía. Lutero defendía la presencia real, si bien negaba la transubstanciación (teoría de la *impanación*). A esta teoría se opuso su discípulo *Karlstadt*, quien negaba simplemente la presencia real. Zuinglio explicaba el «est» como equivalente a «significat», mientras Ecolampadio y Bucero daban a la Eucaristía el significado de una figura.

Por esta causa se acaloraron tanto los ánimos, que sólo a duras penas evitó el margrave de Hesse se rompieran las relaciones entre los dos corifeos de la falsa reforma. Mucho mayor fué el peligro que vió Lutero en la opinión propuesta por *Melanchton*, hombre que gozaba de extraordinaria autoridad, como teólogo entre los protestantes. Melanchton proponía una explicación de la Eucaristía, muy semejante a la de Calvino, es decir, *recepción espiritual de Cristo*, y esta teoría quedó consagrada en la confesión reformada de Augsburgo, de 1540. Lutero hizo toda la guerra que pudo a esta opinión, pero la autoridad de Melanchton la favorecía mucho. De parte de Lutero se puso principalmente *Flacio Ilirico*, tan conocido por las «Centurias de Magdeburgo». Esto dió ocasión a prolongadas y enconadas contiendas.

¹⁾ MÖHLER, J. A., Symbolik. 1832. DÖLLINGER, I., Die Reformation. III. 1848. JANSSEN, J., Gesch. des deutschen Volkes, III s. LOOPS, FR., Leitfaden zum Studium der DG. 4.ª ed. 1906. RITSCHL, Dogmengeschichte der Protest. 4 vol. 1908-1927. SEEBERG, R., Lehrbuch der DG., IV. 2.ª-3.ª ed. 1917-1920. HARNACK, A., Lehrbuch der Dogmatik. 4.ª ed. 1932. KOEHLER, W., Zwingli und Luther, 1924.

514. b) Otras diferencias doctrinales. No menor revuelo adquirieron otras varias cuestiones doctrinales entre los protestantes. La primera es la que se dió en llamar *cuestión antinomista*, cuyo principal promotor fué *Juan Agrícola*. Se trataba de si se debía rechazar la ley de Moisés y excluirla del Evangelio. Agrícola defendía que la ley del Evangelio comprendía las dos cosas, el horror o penitencia y el consuelo de Cristo. Lutero, en cambio, atribuía lo primero a la ley antigua y sólo lo segundo al Evangelio. Lutero llegó en esta contienda a defender que el Antiguo Testamento no importa nada a los cristianos.

Siguiendo por el mismo camino, otro teólogo protestante, *Andrés Osiander*, profesor de Teología, propuso doctrinas parecidas; pero lo que más revuelo causó en el campo luterano fué su doctrina sobre la *justificación*, enteramente contraria a la de Lutero y bastante parecida a la católica. Es la llamada *cuestión de Osiander*. Los puntos capitales de esta teoría eran: que la justificación consiste en la entrada de Cristo en nosotros y en la *inhabitatio* del Espíritu Santo. Estas ideas eran contrarias particularmente a la teoría de Melancton, quien sobre la imputación meramente extrínseca de Lutero presentaba la justificación del hombre como una especie de acto forense, en que Dios declara justo al hombre. La lucha fué durísima, sobre todo en Prusia. Aun después de la muerte de Osiander continuó la lucha.

La cuestión *adiáforica* fué una reacción contra el Interim de Augsburgo de 1548, en el cual se admitían los sacramentos, imágenes, fiestas y otras cosas semejantes como «prácticas neutrales o medias» (*adiá-popa*). La cuestión de *Maier* versaba sobre las *buenas obras*, cuya necesidad para la vida futura era defendida por el profesor de Teología en Wittenberg, *Jorge Maier*. Sus adversarios llegaron a afirmar que eran dañinas.

En otra dirección, más bien racionalista, erraron algunos fanáticos protestantes procedentes de los anabaptistas. Son algunos grupos *antitrinitarios*. El más célebre de todos es el español Miguel Servet², el cual no sólo combatía con todas sus fuerzas la doctrina de la Trinidad, sino que patrocinaba cierto panteísmo y deshacía las teorías protestantes sobre la justificación. El tribunal de Calvino, en Ginebra, lo hizo ajusticiar por estas doctrinas. También fué decapitado en Berna el antitrinitario italiano *Valentín Gentile*.

Particularmente perseguido por los luteranos era el llamado *criptocalvinismo* o calvinismo disimulado. Algunas regiones se desligaron del luteranismo y se adhirieron a los calvinistas o Iglesia reformada, mientras muchos que oscilaban entre las teorías de Lutero y Calvino eran denominados *criptocalvinistas*. El mismo Melancton tuvo que oír esta acusación. Por lo demás, es sabido que en algunos territorios, atacaban los luteranos con más violencia a los calvinistas que a los mismos católicos o papistas.

515. c) Conatos de unión. La división doctrinal entre los luteranos apareció particularmente peligrosa con la campaña del discípulo de Melancton *Gaspar Pucer*, quien llevó al extremo el *criptocalvinismo*, pues con las formas luteranas defendía muchas ideas de Calvino. Apoyábanse principalmente en la Sajonia protestante, y su ideología quedó consignada en el «Corpus doctrinae christianae», publicado en 1560 como respuesta a la copilación rabiosamente luterana «Libro apologético de Weimar», que había salido el año anterior. Es cierto que algunos años después los fieles luteranos lograron meter en la cárcel al mismo Pucer y a otros dirigentes del *criptocalvinismo*; pero de todos modos se creyó necesario llegar a la unificación de las diversas tendencias e ideologías protestantes.

En este sentido de unificación trabajaron incansablemente algunos príncipes; pero su más infatigable propagandista fué el teólogo *Jacobo Andreae*, profesor de Tübinga, a quien ayudó particularmente *Martin Chemnitz*. Efectivamente, todos estos teólogos, apoyados por el príncipe elector de Sajonia, compusieron el llamado «Libro de Bergen» (monaste-

rio cerca de Magdeburgo), y juntándolo luego con los tres símbolos antiguos, Niceno, Constantinopolitano y Atanasiano, «La Confessio Augustana» y demás libros simbólicos protestantes, los publicaron en *junio de 1580* como *fórmula de concordia* («formula concordiae» de 1580). Su carácter oficial hizo que este libro de la concordia fuera aceptado en muchas regiones protestantes alemanas; sin embargo, fué rechazado por otras, por lo cual algunos hablaron de «formula discordiae».

516. d) Disensiones en Inglaterra y otras regiones. Tampoco Inglaterra quedó libre de enconadas luchas dentro de su Iglesia nacional. Por decreto de la reina Isabel se había proclamado el *acta de Unión* en 1559; pero bien pronto quedó ésta rota de hecho por la insistente campaña de algunos escoceses y otros ingleses, que habían visitado el Continente. Estos elementos propugnaban mucha más sencillez en el culto, para lo cual tomaban como modelo el calvinismo. Por esto rechazaban las fiestas, vestiduras sacerdotales y todo lo que recordaba, según ellos, los abusos papistas. Por esta tendencia purificadora se les dió el nombre de *puritanos*, que aparece ya en 1566. Con esto se da principio a las sectas, que tanto debían dividir al protestantismo.

Sin embargo, la Iglesia oficial no cedió. Por esto se emprendió contra los puritanos, por parte del Estado, una campaña violenta que hizo se unieran ellos más para su defensa, con lo cual se dió principio a la constitución de sus centros. Organizáronse, pues, sobre la base *presbiteriana*, y ellos mismos se llamaron por ello *presbiterianos*, pues rechazaban toda jerarquía monárquica o episcopal y sólo admitían en su dirección el presbiterio o junta de ancianos, como centro democrático y conforme con el Cristianismo primitivo. Los puritanos recibieron también otro nombre, *disidentes* o *no-conformistas*, por haberse opuesto a la religión oficial. Por efecto de la opresión de que fueron objeto, muchos emigraron a Estados Unidos, donde fundaron colonias.

Más tarde, durante el reinado de Carlos I (1625-1649), los puritanos o presbiterianos aumentaron su prestigio y llegaron casi a prevalecer; pero luego se les sobrepujó el sistema ideado por el gran revolucionario *Oliviero Cromwell*, es decir, el de los *congregacionalistas*, que forman el origen de una nueva secta, y que rechazaba la organización presbiterial o sinodal y proclamaban la independencia de toda comunidad, llamada por ellos *congregación*.

En Polonia y regiones vecinas adquirió alguna importancia, en la segunda mitad del siglo xvi, la secta de los *socinianos*, así llamada por *Fausto Sozzini*, natural de Siena. Su tendencia era abiertamente antitrinitaria, y aun se puede decir que presentaba un carácter racionalista y librepensador, como eran las ideas de su tío *Lelio Sozzini*. Otro punto característico de esta secta es la negación de la divinidad de Jesucristo, de los sacramentos y de todo el Cristianismo.

Los Países Bajos fueron igualmente testigos de una gran agitación doctrinal dentro de la Iglesia reformada o calvinista. El objeto lo formaba el dogma fundamental del calvinismo, la doctrina sobre la predestinación. Así, mientras unos (*supralapsarios*) defendían que ésta tuvo lugar aun antes del pecado original, otros (*infralapsarios*) afirmaban que sólo después de él. El defensor supralapsario más decidido fué *Jacobo Arminio*, célebre en estas controversias, y su contrincante más notable era *Francisco Gomar*. Ya en 1604 se hallaban ambos enzarzados en apasionantes discusiones, en que Arminio acusaba a Gomar de maniqueo, y Gomar a Arminio de semiarriano.

Muerto Arminio en 1609, sus discípulos continuaron defendiendo con pasión sus ideas aun frente a la acusación de agitadores políticos, por lo cual fueron también llamados *arminianos* o *remonstrantes*. Frente a los cinco puntos básicos presentados por éstos, los adversarios o *contrarremonstrantes* y *gomaristas*, que se tenían como legítimos intérpretes de Calvino, presentaron una apología propia. No obstante el favor que prestaban muchos nobles a los arminianos, al fin se impuso la causa de los *infralapsarios*, apoyados por el gobernador general Mauricio de Orange. Así lo proclamó el sínodo de Dordrecht de 1617, que proscribió rigurosamente el arminianismo y condenó a muerte como reo de alta traición a

² BOUVIER, La question Michel Servet, P. 1908. GOYANES, J., Miguel Servet. Su vida y sus obras. M. 1933.

uno de sus portavoces, Oldenbarneveldt, desterró a muchos y condenó a otros, como *Hugo Grotius*, a cárcel perpetua. En otros sínodo de 1618 tomaron parte muchos teólogos de Alemania e Inglaterra, y se completó la victoria de lo que se llamaba ortodoxia protestante.

El desarrollo ulterior de las sectas protestantes pertenece al período siguiente. Coincidiendo casi con la paz de Westfalia, se inició en 1649 la de los *quakeros*, fundada por *Fox*. Poco antes, entre 1620 y 1630 había surgido la de los *baptistas*, como escisión de los presbiterianos. Como el protestantismo lleva en su seno el germen de la división, no es de sorprender que ya desde el principio se manifestara ésta con tanta dureza.

II. Las Iglesias cismáticas orientales en este período ³⁾

517. Para conocer el movimiento religioso del siglo XVI y primera mitad del XVII, son de gran interés los esfuerzos hechos en oriente para la unión con los católicos, y los que hicieron los protestantes para atraer a las Iglesias orientales.

a) **Diversos conatos de unión entre católicos y orientales.** El triunfo más llamativo es el obtenido con los *nestorianos* de la India, los llamados cristianos de Santo Tomás. El arzobispo de Goa, Alejo Meneses, obtuvo en 1599 que abjuraran el nestorianismo y admitieran la unidad católica. Hasta 1653 los gobernaron cuatro jesuitas. Otro grupo de *nestorianos* del antiguo reino de *Persia* se unió también con la Iglesia desde 1562. En 1653 se contaban 40 000 familias católicas caldeas.

Con los *jacobitas de la Siria* se hicieron esfuerzos, sobre todo en tiempo de Gregorio XIII. Su Patriarca, David Ignacio XI, prestó obediencia al Papa en 1583, pero fué luego infiel. En cambio, durante el siglo XVII el Patriarca Simeón se convirtió y ganó a muchos jacobitas.

Dignos de mención son particularmente los esfuerzos hechos por los católicos de *Abisinia*, donde predominaba el monofisitismo, influido por el Islam. Por algún tiempo triunfó el heroísmo de los misioneros jesuitas con la conversión del rey Seltán-Segâd; pero los bonzos continuaron haciendo una guerra sin cuartel, y el sucesor Basíledes volvió a restablecer el cisma, desterrando a los católicos.

En cambio, se consiguió afianzar la unión ya obtenida con los *maronitas*. A ello contribuyó especialmente el Colegio maronita, fundado en Roma por Gregorio XIII, del que salieron hombres eminentes, como Jorge Asuira, que fué luego Patriarca. Varios de sus miembros entraron en la Compañía de Jesús y fueron celosos apóstoles entre sus compaisanos. Del mismo modo se afianzó la fe católica entre los *armenios*, gracias particularmente al celo de los dominicos. Distinguióse el arzobispo *Naxivan*, a quien Paulo III hizo diversas concesiones. El rey Esteban V hizo una visita a Roma, y Gregorio XIII fundó también un Colegio para los armenios.

Por otra parte, se consiguió la unión de la *Iglesia rutena*. Desde 1570 trabajaron incansablemente los jesuitas, sobre todo con una escuela de Wilna. El primer paso decisivo lo dió el Patriarca *Miguel Rahosa*, el cual en 1590 se declaró independiente del patriarcado de Constantinopla, y no mucho después decidió la unión con Roma. Finalmente, una embajada elegida para este objeto, prestó la obediencia al Papa Clemente VIII en diciembre de 1595. Se les concedió retener el rito propio ruteno. Muy importante fué también la reforma que se realizó de los monjes *basilianos*, que formaron la Congregación de la Santísima Trinidad. Uno de sus héroes fué el arzobispo de Polocz, *Josafat*, martirizado en 1624 por los cismáticos y beatificado en 1646 por Urbano VIII.

³⁾ KYRIAKOS, D., *Gesch. der Oriental. Kirchen 1453-1898*. Trad. alem. por E. Rausch. 1902. MICHALCESCU, J., *Die Bekenntnisse und wichtigsten Glaubenszeugnisse der griechisch-orient. Kirche*. 1904. FORTESCUE, A., *The orthodox Eastern Church*. 3.^a ed. L. 1920. KIDAL, B. J., *The churches of Eastern Christendom from A. D. 451 to the present time*. L. 1927. JANDN, R., *Les Églises orientales et les rites orientaux*. 3.^a ed. P. 1936. ID., *Les Églises séparées d'Orient*. P. 1930. JUGIE, M., *Les schisme byzantin. Aperçu historique et doctrinal*. P. 1941.

518. b) **La Iglesia griega.** La situación de la *Iglesia griega* bajo el *dominio turco* continuó cada día más difícil. Los Patriarcas cismáticos de Constantinopla consiguieron que se respetara el culto cristiano; pero ellos y los fieles en general eran tratados con desprecio. Por otra parte, la ignorancia y corrupción del clero ortodoxo iban aumentando y empeoraba todavía la situación. Entre los católicos romanos que iban disminuyendo constantemente, trabajaron diversas Órdenes religiosas. Desde 1583 encontramos a los jesuitas en Constantinopla, y consta que trabajaban por la conversión de los naturales.

Los esfuerzos que se hicieron por ambas partes por conseguir la unión de la Iglesia griega, fueron inútiles. Gregorio XIII tuvo la satisfacción de recibir la obediencia del Patriarca bizantino Metrofanés III. Él y algunos de sus sucesores se mostraron favorables a la unión con Roma; pero fueron depuestos o gobernaron muy poco tiempo, mientras los enemigos de la unión conseguían que ni siquiera fuera admitida la reforma gregoriana del calendario.

Por su parte, los protestantes hicieron, ante todo, lo posible para impedir la inteligencia entre griegos y romanos, y lo que aún es peor, estorbaron la obra de los misioneros católicos. Además son dignos de mención algunos conatos de atraer al protestantismo a la *Iglesia griega*, si bien la fidelidad de ésta a la fe ortodoxa se mostró inflexible. Un delegado del Patriarca Joasaf II (1555-1565) se presentó en Wittenberg y recibió de Melancthon una traducción griega de la «Confesión de Augsburgo» y un escrito para el Patriarca, en que procuraba atraerlo a su causa. El Patriarca no se dignó responderle. Un nuevo mensaje de los teólogos protestantes Jacobo Andreae y Martín Crusius al Patriarca Jeremías II, recibió por respuesta una refutación de la doctrina luterana sobre la justificación y los sacramentos.

Los calvinistas hicieron algunos conatos semejantes. *Cirilo Lukaris*, de origen griego, hizo estudios en Europa y se entusiasmó con el sistema de Calvino. Elevado en 1602 al patriarcado de Alejandría, trabajó por introducir en la Iglesia griega las ideas calvinistas, y después de apoderarse de la sede patriarcal de Constantinopla (según parece envenenando a su predecesor), ya no tuvo empacho en hacer alarde de su herejía; pero al punto se comenzó una campaña violenta contra él, que obtuvo del Sultán fuera desterrado. Por influjo de Inglaterra y Holanda pudo volver de nuevo a Constantinopla, compuso una *confesión* en latín y en griego, continuó luchando por la introducción del calvinismo en la Iglesia griega y al fin en un sínodo de 1638 fué condenado y luego ajusticiado por sospechas políticas. Sus ideas calvinistas fueron expresamente condenadas por el sínodo ortodoxo de 1638 y otros posteriores.

519. c) **La Iglesia rusa ⁴⁾.** La Iglesia de Rusia se desarrolló bajo la dependencia de Constantinopla. Su centro estuvo durante mucho tiempo en Kiew, pero desde 1329 en Moscú. Sin embargo, cuando Iván III Basil-

⁴⁾ SMURLO, E., *Le Saint-Siège et l'Orient orthodoxe russe, 1609-1645*. 2 vol. Praga 1928. HEFELE, K. J., *Die russische Kirche*. En Beitr. z. KG. I (1864), 344-406. PIERLING, G., *La Russie et le Saint-Siège (1439-1814)*. 5 vol. P. 1896-1912.

jewitsch († 1505) puso término a la dominación mogólica, se declaró también jefe de la Iglesia, que se independizó de hecho de Constantinopla. Esta situación se consumó en tiempo de Iván IV (1533-1584), en que los rusos acabaron de conquistar su independencia. En 1588 se obtuvo finalmente del Patriarca bizantino Jeremías II la erección de un Patriarcado independiente de Moscú. Éste fué reconocido como tercero, después de Constantinopla y Alejandría, pero desde entonces estuvo en una dependencia inmediata de los Zares.

En diferentes ocasiones se hicieron algunos conatos de unión con la Iglesia rusa. Prescindiendo de los que hicieron Inocencio III, Alejandro IV y Juan XXII por medio de los dominicos, y otros Pontífices, en tiempo de Gregorio XIII pareció se presentaba buena ocasión. En efecto, apretado Iván IV por los polacos, envió una embajada a Gregorio XIII, el cual aprovechó la ocasión, y por medio del jesuita P. Possevino, a quien envió como legado suyo, procuró conseguir la unión; pero pronto se vió que el zar Iván IV no procedía con buena intención. Nuevas esperanzas se concibieron en tiempo del falso Demetrio; pero al ser éste asesinado, la Iglesia rusa quedó confirmada en su independencia bajo la dinastía Romanow.

III. Lucha contra el bayanismo ⁵⁾

520. Si del campo disidente de los protestantes y cismáticos orientales volvemos a los núcleos católicos europeos, nos encontraremos con uno de los errores más característicos del siglo XVI, el bayanismo, de gran importancia como puente entre las ideas protestantes y el jansenismo.

a) El bayanismo y su doctrina. El daño inmenso que produjo en Europa el espíritu protestante, no aparece solamente en las muchas regiones que separó de la unión con Roma o dividió en sus confesiones religiosas, sino también en el influjo que ejerció en la mentalidad católica, logrando infiltrar los principios de subjetivismo e independencia, que tanto daño hicieron en lo sucesivo. Tal es el caso del bayanismo. En la *Universidad de Lovaina*, que estaba en contacto con los centros de estudio de Europa, se tuvo que notar bien pronto el influjo de las ideas protestantes. Prescindiendo de otros indicios, esto aparece claramente en *Miguel Bayo*, profesor de Escritura desde 1551, y en Juan Hessel. Ambos profesores comenzaron bien pronto a manifestar su disconformidad con la Escolástica, sobre todo con su método especulativo, y así se presentaron como reformadores de los estudios sobre la base de la Escritura y Patrística, de un modo particular S. Agustín.

Sin embargo, en esta campaña apareció bien pronto una doctrina completamente nueva, la doctrina de Bayo, quien más o menos incons-

cientemente, reproducía tesis de Lutero algo suavizadas. Esta doctrina se reducía al estado original del hombre, a la gracia y a la libertad. Su error fundamental consistía en considerar los dones sobrenaturales como consubstanciales con la humana naturaleza, y en cambio exagerar las consecuencias del pecado original, que hace que el hombre no pueda por sí mismo hacer otra cosa que pecar, ni posea verdadera libertad interior (*a necessitate*). En todo esto, Bayo creía ver la doctrina de S. Agustín, en oposición a los escolásticos, que la habían abandonado.

Los primeros en advertir el peligro de esta doctrina fueron los franciscanos, los cuales entresacaron de los escritos de Bayo dieciocho proposiciones y las enviaron a la Sorbona. Esta las declaró, en 1560, en parte heréticas, en parte falsas o peligrosas.

Mas, como era de temer, Bayo no se sometió a esta censura y siguió defendiendo sus ideas. Más aún; al morir o salir de Lovaina otros profesores, quedó él canciller de la Facultad y consiguió dar gran extensión a sus errores. En estas circunstancias, el arzobispo de Malinas, Granvela, creyó conveniente imponerle silencio. No contento con esto, obtuvo de Felipe II que Bayo y Hessel fueran enviados a Trento para ver si allí eran mejor instruidos. Pero al volver Bayo de Trento en 1563, continuó más aferrado que antes a sus ideas.

521. b) Oposición decidida. Condenación del bayanismo.

Por esto los franciscanos, jesuitas y otros doctores insistieron en sus críticas. Mas como vieran que el peligro y daño aumentaban, enviaron memoriales a Roma y a la Corte de España, en los que la serie de dieciocho proposiciones falsas había sido elevada a setenta y nueve. Ante tales instancias, Pío V hizo examinar detenidamente el asunto, y en 1567 publicó una bula, en la que se condenaban las setenta y nueve proposiciones entresacadas de los escritos de Bayo, como heréticas, erróneas o escandalosas, pero sin nombrar a su autor. La bula fué publicada en la Universidad por Granvela, y sin dificultad alguna fué aceptada por todos. En cambio, Bayo no quiso someterse. Inmediatamente escribió una *Apología*, que mandó a Roma en 1569; pero el Papa urgió la sumisión; Bayo, empero, continuó durante los años siguientes buscando toda clase de excusas. A este propósito es célebre la discusión sobre la *Coma Piana*.

Finalmente, en 1579, Gregorio XIII, para evitar subterfugios, publicó una nueva bula, en la cual incluía la de Pío V y obligaba a todos a admitirlas. Bayo reconoció por fin como suyas algunas proposiciones condenadas y las abjuró. Lo mismo hizo en un escrito enviado a Roma en 1580. En atención a esta conducta, pudo continuar como canciller.

El desarrollo ulterior de esta ideología vino a parar al jansenismo, y tuvo lugar en el siglo siguiente.

CHANIANOV, N. B., *L'Église russe*. P. 1928. KOLOGRIVOF, J. DE, *Il cristianesimo russo-ortodosso*. Milán 1947. GÓMEZ, H., *La Iglesia rusa. Su historia y su doctrina*. M. 1948. ÍD., *Las Sectas*. M. 1949.

⁵⁾ L.F. BACHELET, X. M., Art. Bayanisme, en Dict. Th. Cath. PASTOR, trad. cast., XVII, 329 s., XVIII s. JANSSEN, F. X., *Baius et le Baianisme*. Lovaina 1930.

CAPÍTULO VII

Nuevas conquistas católicas: las misiones

522. La obra de las misiones entre infieles reviste en el siglo XVI una extensión e importancia extraordinarias, por lo cual se puede afirmar que si la Iglesia perdió en Europa grandes territorios por la herejía, ganó en cambio otros más extensos todavía en América y en las Indias orientales. Por otra parte, conviene también notar que esta obra inmensa se debió en casi su totalidad a los españoles y portugueses, por lo cual se confirma de nuevo el hecho de que España fué el paladín de la Iglesia en este período.

I. La obra de las misiones en general ¹⁾

Ante todo es conveniente tener presentes algunas ideas generales, que sirven para apreciar debidamente la obra realizada por los misioneros católicos.

¹⁾ *Colección de documentos inéditos* relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las antiguas posesiones de Ultramar. 2.ª ser. 1885-1900. Vol. II y III. HERNÁNDEZ, Colección de Bulas y Breves relativos a América y Filipinas. Bruselas 1879. *Leyes y Ordenanzas* hechas nuevamente por S. M. para la gobernación de las Indias... En Col. Doc. inéd. Hist. Esp., 2.ª ser., t. V, p. 60 s. M. 1890. STREIT, R., *Bibliotheca Missionum* (bibliogr.) I-V. 1916-1929. HENRIOT, M., R. A., *Histoire gén. des Missions depuis le XIII^e siècle*. 2 vol. 1844-1847. SOLÓRZANO, Política indiana. M. 1647. VIÑAS y MEY, L., *El Estatuto del obrero indígena en la colonización española*, 1900. BECKER, J., *La política española en las Indias*. 1920. BLANCO-FOMBONA, R., *El conquistador español del siglo XVI*. M. 1922. GOYAU, G., *L'Eglise en Marche. Études d'histoire missionnaire*. 2 vol. P. 1928-1930. ROUSSEAU, F., *L'idée missionnaire aux XVI et XVII^e siècles*. P. 1930. OLICHON, HGR. A., *Les Missions. Histoire de l'expansion du catholicisme dans le monde*. P. 1935. BALLESTEROS, M., *Labor cultural de los misioneros españoles en América*. M. 1936. CIVEZZA, M. DA, *Storia universale della Missioni Franciscane*. 11 vol. R. 1866-1895. TERZORIO, CLEM. DA, *Le missioni dei Minori capuccini*, vol. I-VIII. R. 1913-1932. LEMMENS, LEON, *Gesch. der Franziskaner-missionen*. 1929. HUONDER, A., *Deutsche Jesuiten-missionare des 17. und 18. Jh.* 1899. FURLONG CARDIFF, G., *Los jesuitas y la imprenta en la América latina*. Buenos Aires 1940. CARBIA, R. D., *La crónica oficial de las Indias occidentales*. Buenos Aires 1941. ID., *Historia de la Leyenda Negra hispanoamericana*. M. 1944. VICENS VIVES, J., *Rumbos oceánicos. Los navegantes hispanos*. B. 1946. BABELON, J., *L'Amérique des conquérants*. P. 1947.

a) **Nuevos descubrimientos en ambas Américas.** La obra de Colón y los primeros descubridores fué continuada en toda su extensión, y ampliada notablemente. Con las noticias que se recibían de América, se multiplicaron de un modo prodigioso los descubridores y aventureros. Desde 1510 se precipita el ritmo de los descubrimientos. Núñez de Balboa fundaba la colonia de Santa María de la Antigua y, después de infinitas penalidades, llegaba al Pacífico en septiembre de 1513. Por otra parte, Ponce de León por un lado, Fernández de Córdoba y Grijalba por otro, llegaban a la Florida diversas veces entre 1512 y 1517, y tomaban posesión de la misma. Pero la gran hazaña de estos años fué la conquista de Méjico o gran reino de los Aztecas, realizada por *Hernán Cortés*, quien en 1519 llegaba a Veracruz y en 1521 tomaba la capital de Méjico. Su obra fué continuada por Pedro Alvarado, conquistador de Guatemala, y otros muchos que conquistaron las regiones de Centroamérica.

Al mismo tiempo, otro insigne conquistador, el extremeño *Francisco Pizarro*, se internaba en el continente sudamericano, descubría y conquistaba el Perú entre 1526-1527 y fundaba en 1535 la ciudad de Lima, mientras su contrincante *Almagro* avistaba a Chile, terminando otros la conquista del rico territorio de los Incas. Esta obra fué completada por Belalcázar y Valdivia. Siguiendo la misma dirección, los dos hermanos *Gonzalo y Pedro de Mendoza* descubrieron inmensos territorios y fundaron respectivamente Buenos Aires en 1535 y Asunción en 1538, mientras *Jiménez de Quesada* se establecía en Colombia y fundaba en 1538 Santa Fe de Bogotá. Por el Norte, ya en 1527 quedaba explorada toda la región costera entre la Florida y Méjico. El año siguiente se internaron algunos y descubrieron gran parte del Misisipi, Nueva Méjico, California, y no mucho más tarde Hurtado de Mendoza llegaba también a California en 1532. Por estas inmensas regiones continuaron los trabajos de exploración durante los años siguientes.

523. b) Colonización española. Bartolomé de las Casas.

Más delicada es la cuestión sobre el modo cómo iban organizando y colonizando las regiones descubiertas, sobre lo cual se entablaron discusiones apasionadas. Los españoles conquistadores tendían a aprovecharse lo más posible de los indígenas; pero este sistema empleado por los españoles ha sido exagerado y desnaturalizado por los enemigos del catolicismo y de España. Por desgracia, quien más contribuyó a darles armas, fué el célebre dominico *Bartolomé de las Casas* ²⁾.

Fr. Bartolomé de las Casas nació en Sevilla en 1474, y en 1502 hizo su primer viaje a América al lado del gobernador Ovando. Hechas sus primeras pruebas apostólicas, entró en la Orden de Santo Domingo para poder trabajar más por los pobres indios, a quienes se dedicó por completo. El trato que daban muchos encomenderos a sus indios indignó a Las Casas; por esto hizo una serie de viajes, en los cuales trabajó lo indecible por mejorar la situación de los indígenas. En 1520 obtuvo la facultad de ensayar un sistema propio de colonización, y aun en 1544 fué nombrado obispo de Chiapas; pero al poco tiempo volvió a España, donde continuó trabajando por lo que constituía su obsesión, la defensa de los indios contra los colonos. Murió en Atocha en 1566. Las obras clásicas de Las Casas son: «Historia de las Indias», «La destrucción de las Indias», y sobre todo la «Historia apologética de las Indias».

²⁾ LAS CASAS, FR. BART. DE, *La destrucción de las Indias*, seguido de la Refutación de Las Casas por Vargas Machuca. Ed. por L. Michaud. P. 1925. ID., *Historia de las Indias*. 3 vol. M. 1926-1927. MILLARES, A., *Fr. Bartolomé de las Casas*. Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verd. rel. Méjico 1942. HANKE, L., *Bartolomé de Las Casas*. Pensador, político, historiador, antropólogo. Trad. castell. La Habana 1949.

¿Que hay que decir sobre la actuación de Las Casas y sobre el verdadero sistema de colonización de los españoles? Fr. Bartolomé de las Casas fué un hombre celoso, que en todo este asunto manifestó excelente voluntad; mas por otra parte cometió exageraciones evidentes. Su mismo lenguaje es apasionado. La falsedad de sus afirmaciones se prueba con datos de otros contemporáneos. Según él, por ejemplo, los españoles destruyeron en Haití unos tres millones de indios, cuando, según los mejores cálculos, su población no pasaba de 300 000. Por otra parte, su sistema de colonización, que con permiso especial de los reyes hizo ensayar algún tiempo, fué un completo fracaso. Su primer plan era apoyarse únicamente en elementos indígenas; pero bien pronto se convenció de que, dado el carácter indolente y flojo de aquellos indios, necesitaba otras fuerzas más robustas, y así admitió la importación de negros. Cometía, pues, él mismo con estos negros lo que reprendía en los colonos.

Por tanto, nos parece más justa la apreciación que hicieron otros religiosos no menos celosos que Las Casas, entre los cuales se distinguieron los franciscanos y más tarde los jesuitas. Reconocían por un lado los abusos que cometían los encomenderos españoles y trabajaron con todas sus fuerzas por eliminarlos; mas, por otro, reconocían también el carácter indolente del indio, que necesitaba la tutela constante del español. Sobre esta doble idea se basaron las disposiciones oficiales, que se fueron tomando en diversas ocasiones, particularmente en las célebres *Leyes de Indias*. Que el sistema español no iba encaminado a la destrucción del indio, sino que en gran parte lo fué elevando progresivamente, aparece en el hecho de que en la regiones hispanoamericanas existe un porcentaje muy alto de indios y otro mayor de mestizos en la población actual. Frente a este hecho poco pueden decir las otras naciones europeas, cuyo sistema de colonización iba encaminado a la destrucción del indígena o a su separación casi completa, como de una casta inferior.

524. c) La obra misionera de España. En todos estos vastos territorios que fueron descubriendo y colonizando los descubridores españoles, y formaron después las colonias de España, se fué introduciendo el Cristianismo. Pero precisamente sobre el sistema español (y casi lo mismo se puede decir del portugués) de cristianizar a los infieles, se han entablado en los tiempos modernos apasionadas discusiones, por lo cual conviene establecer aquí algunos principios generales.

El sistema español, tal como lo presentan sus opositores, consiste, a grandes rasgos, en que el Estado tomaba oficialmente la religión y la imponía a los indígenas. Por otra parte, los privilegios que poseía el Estado sobre la Iglesia, a cambio de su protección oficial, eran tan exorbitantes, que propiamente resultaba contraproducente, pues la jerarquía eclesiástica quedaba completamente maniatada a la autoridad civil. A todo esto se añadía que el Cristianismo que se predicaba resultaba tan matizado con el ambiente nacional, que perdía su carácter propio religioso y aparecía ante los indígenas como idéntico con la nacionalidad española.

Hay en todo esto una exageración e incomprensión evidentes. El sistema general de evangelización bajo la protección del Estado, no hay duda que tiene inconvenientes; pero es claro, que tiene una eficacia incomparablemente mayor que el sistema de misiones sin la protección de un Estado fuerte, confiando únicamente en el apoyo privado. La Historia nos lo demuestra claramente, y así basta comparar la rapidez con que se fueron cristianizando inmensas regiones bajo la protección de España y Portugal, con la lentitud con que se procede en otras regiones, en que no

se cuenta con este apoyo. Los peligros y abusos de esta protección se han visto desgraciadamente también en la evangelización española, pero esto no contrapesa sus enormes ventajas y mucho menos debe hacernos cerrar los ojos para no reconocer el esfuerzo realizado por los Estados católicos. Es cierto que el Estado español abusaba muchas veces de su protección; es cierto que la conducta de muchos gobernadores, y sobre todo la avaricia de los colonos o encomenderos, malograban innumerables veces la obra de los misioneros. Pero en todo caso no hay que olvidar que los reyes con sus inagotables recursos y aquellos mismos españoles, tomados en conjunto, con sus donativos generosos y aun con sus mismas personas, hacían posible el mantenimiento de tantos misioneros, la construcción de tantas iglesias y aun el respeto por parte de los indígenas.

Todo el conjunto de privilegios obtenidos por los Reyes Católicos de los Papas y las normas que ellos empleaban en el gobierno espiritual de los vastos territorios de ultramar, es lo que se denomina el *Patronato* o, bajo otro aspecto, el *Vicariato* de Indias. Ya en la bula de Alejandro VI de 4 de mayo de 1493, se concede a los Reyes que «puedan destinar» a los que mejor les parezca para aquellos territorios. Estos poderes se van concretando y ampliando en ulteriores documentos pontificios de *Julio II* (26 de julio de 1508), *Adriano VI* con su célebre «Omnimoda» de 13 de mayo de 1522 y otros Papas. De todos ellos se deducía la facultad de los reyes, según resume el P. Constantino Bayle «desde nombrar obispos hasta instituir un hospital de aldea; desde edificar una catedral hasta dar normas para la lucecita del sagrario; desde autorizar las misiones entre gentiles o vedarlas, hasta la fundación de una cofradía; desde retener un documento papal no pasado por el Consejo de Indias, hasta presidir la elección de provincial, verbigracia, en un Capítulo de la Merced...»³⁾.

No hay duda que son enormes las concesiones que el Patronato o Vicariato de Indias hacía a los Reyes Católicos y que muchas veces fueron ocasión de intromisiones reprobables y conflictos dañinos para los intereses de la Iglesia; pero a cambio de estos privilegios, era admirable lo que el Estado español (y algo semejante debe decirse del portugués) hacía por las Misiones y por la Iglesia. En todas las regiones descubiertas erigía y dotaba las iglesias, sustentaba a los misioneros, sostenía con todo su poder la Iglesia. Más aún: desde que los nuevos misioneros eran designados en España, corrían a cuenta del Estado español todos los gastos que se hacían, hasta conducirlos a sus respectivas misiones. De lo que todo esto suponía, se tendrá una idea si se considera que solamente a Filipinas fueron enviados desde 1575 a 1595, en sólo veinte años, 454 misioneros, y que sólo en el reinado de Felipe II fueron enviados a ultramar 2682 religiosos y 376 clérigos. De los enormes esfuerzos hechos por el Estado español, dan testimonio las magníficas iglesias construídas en todas partes, al frente de las cuales deben ponerse las catedrales de Méjico y tantas otras de toda América. Todo corría a cuenta de los erarios del Estado.

Con razón concluye el misionólogo P. Charles, que Filipinas y la América española católicas demuestran que el sistema de misionización de España obtuvo un resultado que nadie ha obtenido.

II. Misiones en América

525. Supuestas estas ideas generales, veamos cómo se organizaron y el desarrollo que tuvieron las misiones españolas y portuguesas en los diversos territorios de América.

³⁾ Véase C. BAYLE, *La expansión misional de España*, B. 1936: p. 27. En la misma obra puede verse una buena exposición de conjunto sobre el Patronato y la obra misionera de España. Para la mejor inteligencia de tan importante materia, véanse sobre todo: LETURIA, P. J. E., *Der hl. Stuhl und das span. Patronat in America*. En *Hist. Ib.*, 46 (1926), 14-61. *Id.*, *El origen histórico del Patronato de Indias*, en *Raz. Fe*, 1927. *Id.*, *El Vicariato de Indias...* En *Span. Forsch.*, I, 1, p. 133 s. 1930 (aquí se hallará mucha bibliografía).

a) **Misiones de Méjico** ⁴⁾. La colonización y evangelización de Méjico es una de las más antiguas y gloriosas de España. Los hijos de San Francisco tuvieron en ella la parte más activa. Siguiéronles luego los agustinos, los dominicos y los jesuitas. Ya antes de Hernán Cortés, habían llegado al territorio mejicano algunos misioneros; pero no obtuvieron resultado alguno. La evangelización de Méjico comienza con *Hernán Cortés*, hombre profundamente religioso y convencido de que su primera obligación era contribuir a la cristianización de los pueblos conquistados.

A Cortés acompañaban en su entrada en Méjico diversos religiosos, entre los cuales sobresalían el clérigo Juan Díaz, que bautizó a cuatro caciques y muchos nobles, y el mercedario *Bartolomé de Olmedo*, que era el capellán del Ejército y acompañaba a todas partes a Cortés. Al poco tiempo pidió éste a Carlos V nuevos misioneros, y en efecto fueron enviados en 1523 tres franciscanos, entre los cuales sobresale *Fr. Pedro de Gante*, quien por espacio de cincuenta años trabajó incansablemente por aquella Iglesia. Pero la expedición más notable fué la de otros doce franciscanos, llamados con razón «los doce apóstoles de Méjico», a cuya cabeza iba *Fr. Martín de Valencia*, superior de la primera «custodia» o provincia franciscana en el Nuevo Mundo y una de las columnas de la Iglesia mejicana. No menos ilustre fué *Fr. Toribio de Benavente*, perteneciente también a los «doce apóstoles», quien tomó el nombre de *Motoliná*, palabra indígena que significa pobreza, que fué la primera que oyó a los naturales, admirados ante la que ostentaban los nuevos misioneros.

La actuación de estos primeros operarios fué admirable. Con señas o como pudieron, se fueron dando a entender a los naturales. Para hacerlos más respetables a los indígenas, Cortés les hizo públicamente grandes honores, y de esta manera se comenzó la verdadera civilización de Méjico. El moderno historiador de la Iglesia mejicana, P. Cuevas, afirma que «con ellos vino la civilización» y que a ellos se debe si «desde entonces existe un Méjico civilizado». No mucho después, mal dominada la lengua del país, aparecía en 1528 la primera gramática, obra de Pedro de Gante; surgían los primeros orfanotrofios y hospitales, se construía la primitiva catedral. El año 1542 eran ya ochenta y seis los operarios franciscanos. Del fruto que obtenían hablan las cartas auténticas de Pedro de Gante y Martín de Valencia, de los cuales el primero afirma que ya en 1529 habían bautizado más de 200 000 indios, y el segundo, unos años después, los hace subir a un millón.

A los franciscanos siguieron los dominicos, que fueron recibidos por Cortés con las mismas señas de veneración el año 1526. Eran doce también, y a su cabeza iban *Fr. Domingo de Betanzos* y *Fr. Tomás Ortiz*. El más célebre fué el primero, quien organizó en seguida un noviciado en Méjico, donde se reunían bien pronto hasta veintidós. A la muerte del P. Betanzos en 1548 la Provincia dominicana de Nueva España poseía unas sesenta casas. A los dominicos pertenecía el célebre *Fr. Bartolomé de Las Casas*, el gran defensor de los indios.

Los éxitos obtenidos por los franciscanos y los dominicos suscitaron una cierta emulación en otras Órdenes religiosas. Por esto ya en 1533 llegó una expedición de agustinos, capitaneada por *Fr. Francisco de la Cruz*, y en la que tomaban parte *Fr. Agustín de la Coruña* y *Fr. Juan de San Román*. Otro operario célebre, *Fr. Nicolás de Agreda*, conducía

una expedición en 1535, y en los años siguientes 1536 y 1539 llegaban nuevos ejércitos de misioneros, entre los que descuella *Fr. Alonso de la Veracruz*. En 1548 la Orden agustiniana poseía cuarenta y seis monasterios, y a fines de siglo dos Provincias. *Fr. Agustín de la Coruña* y *Fr. Juan de San Román* fomentaron con gran éxito los trabajos entre los indios de Chilapa.

A los operarios ya existentes, entre los que hay que contar a muchos clérigos seculares, se juntaron desde 1572 los jesuitas. El P. *Martínez*, que se introdujo en la Florida para emprender su evangelización, fué martirizado muy pronto. Su compañero, P. *Rogel*, volvió a las Antillas y dió principio allí a un domicilio de la Orden. Otro grupo de jesuitas, dirigido por el P. Segura, volvió a la Florida y trabajó algún tiempo entre los indígenas; mas él y otros cinco jesuitas murieron también mártires. Pero estos hechos crearon en torno de los jesuitas cierta aureola de admiración, por lo cual, a petición de la Audiencia de Méjico, Felipe II obtuvo del General S. Francisco de Borja el envío de una expedición de quince jesuitas a Nueva España.

Al llegar la Compañía a Méjico, estaban ya puestas las bases de la Iglesia mejicana; pero el trabajo en su solidificación y en la conversión de los indios limítrofes era inmenso. A este trabajo, pues, se dedicaron con toda su alma los jesuitas, quienes ya en 1576 fundaban un colegio en la capital y no mucho después otros en Puebla, Guadalajara, Veracruz, etc. En 1580 poseía ya la Compañía en Nueva España ciento siete miembros y competía con las demás Órdenes religiosas en sus trabajos apostólicos. Por iniciativa del Visitador, P. *Avellaneda*, iniciaban los jesuitas en 1591 las misiones de *Cinaloa*, cuyo primer misionero, P. *Tapia*, la regó pronto con su sangre. A ésta siguió la de *Topila* y otras.

Con todos estos operarios y los de otras Órdenes y del clero secular, a principios del siglo XVII la Iglesia mejicana estaba sólidamente establecida. La jerarquía había sido organizada desde un principio. Así, en 1527 se constituían los obispos de Méjico y Tlascala; este último gobernado por el dominico *Fr. Julián Garrés*, y el de Méjico por el santo *Fr. Juan de Zumárraga*. *Fr. Juan de Zumárraga*, ilustre hijo de S. Francisco, fué el verdadero padre y organizador de la Iglesia mejicana, en la que celebró Juntas y Concilios, construyó iglesias y colegios, organizó misiones, defendió a los indios y fué padre de todos. Tuvo que defenderse ante el emperador Carlos V, pero reconocida su inocencia, en 1546 era elevado a primer arzobispo de Méjico. Poco a poco se fueron añadiendo las diócesis de Nicaragua y Honduras en 1531, Guatemala en 1533, Antequera en 1535, Michoacán en 1536, Chiapas en 1543. No mucho después encontramos las diócesis de Oaxaca, Durango, Linares, Guadalajara y Sonora.

En las regiones inmensas que se extienden al norte de Méjico y en parte de los actuales Estados Unidos y Canadá, se comenzaron también algunas misiones a principios del siglo XVII; pero como su desarrollo se realiza a mediados y a fines de este siglo, dejamos su exposición para el período siguiente.

526. b) Las Antillas: Cuba, Puerto Rico, etc. Después de la introducción del Evangelio en la Española, Haití y otras regiones, según se ha indicado ya en otra parte, siguió el desarrollo de estas cristiandades de las Antillas. Cuba y Puerto Rico quedaron pronto plenamente organizadas.

Cuba había sido ya evangelizada por los franciscanos desde 1495. Velázquez llevó consigo cuatro dominicos, los cuales iniciaron su actividad misionera en 1510. La diócesis de Baracoa, fundada en 1515 y, sobre todo, la de Santiago, erigida en 1522, sirvieron de centros de irradiación. Por el mismo tiempo se introdujeron los mercedarios, y tanto éstos como los franciscanos y los dominicos, trabajaron incansablemente con los naturales. Poco después se establecieron otras diócesis.

Puerto Rico aparece ya misionado en 1511 con el envío de un grupo de veintidós *minoritas*. Este mismo año es erigida la diócesis de San Juan de Puerto Rico, junto con las de *Sto. Domingo* y *Concepción de la Vega*. Los franciscanos y los dominicos contribuyeron eficazmente a consolidar esta misión, y desde ella extendieron el Cristianismo a *Jamatca*, desde 1520, y a otras islas del archipiélago. Asimismo, Cuba, Puerto Rico

⁴⁾ CUEVAS, M., Historia de la Iglesia en Méjico. 5 vol. Tlalpan. 1921-1928. BRADEN, CH. S., Religious Aspects of the Conquest of Mexico. Cambridge 1931. OCARANZA, F., Capítulos de la historia franciscana. Méjico 1930. RICHARD, R., La conquête spirituelle du Mexique de 1523-1524 à 1572. P. 1933. *Hernán Cortés*, Estampas de su vida. M. 1948. SAHAGUN, B. DE, Historia general de las cosas de Nueva España. 5 vol. Méjico 1938. BENAVENTE, T., Historia de los Indios de Nueva España. Méjico 1941. BERGER, JOHN, A., The Franciscan Missions of California. Nueva York 1941. DÍAZ DEL CASTILLO, B., La conquista de Méjico. En Col. Cisneros, 3. Méjico 1943. PICÓN-SANJES, M., De la conquista a la independencia... Méjico 1944. SÁNCHEZ BAQUERO, J., Fundación de la Compañía de Jesús, en Nueva España. Méjico 1945. PORTILLO, A., Díez de Solano, Descubrimientos y exploraciones en las costas de California. M. 1947.

y Santo Domingo sirvieron de punto de partida para algunas expediciones misioneras a La Florida y Norteamérica, así como también a tierra firme de Sudamérica.

Los jesuitas iniciaron su actividad en Cuba en 1568. En las pequeñas Antillas no se introdujo el Cristianismo hasta el siglo XVII. Sus primeros misioneros fueron los capuchinos, desde 1635.

527. c) América Central. La evangelización de los diversos territorios de Centro-América se realizó desde Méjico y desde las grandes Antillas. Ya se ha indicado antes cómo desde 1531 se establecieron diversas diócesis. En Guatemala trabajaron los franciscanos desde 1525 y se distinguieron don *Francisco Marroquín* y *Fr. Gómez Fernández de Córdoba*. Desde 1533 aparecen igualmente activos los dominicos y los mercedarios. La diócesis de Tegucigalpa fué establecida en 1531. En Honduras, además de la diócesis antes indicada, se erigió en 1536 otra con el nombre de *Trujillo*. Desde Méjico, a partir de 1534 introdujeron los franciscanos el Evangelio en el *Yucalán*. Pronto acudieron otros muchos de su Orden, que trabajaron en Mérida y Campeche, etc.

En *León de Nicaragua* fundaron los mercedarios una diócesis en 1534, cuya magnífica catedral se inició en 1537. La diócesis de Panamá fué fundada en 1513 en Santa María de Darién, que luego pasó a Panamá. Su primer obispo, el franciscano Fr. Juan de Quevedo, se distinguió por su infatigable celo apostólico.

528. d) Venezuela y Colombia ⁵⁾. De un modo semejante se organizaron misiones e iglesias en *Nueva Granada*, las actuales Venezuela y Colombia. En efecto, según se hacía en todas partes, siguiendo a los conquistadores Pizarro, Almagro, Quesada y los Mendoza, entraron los misioneros en las diversas regiones de América del Sur. Más aún: frecuentemente se adelantaron a los conquistadores. Los que más trabajaron en todas estas regiones de Sudamérica fueron las grandes Órdenes misioneras, franciscanos, dominicos, mercedarios y agustinos, a las que se añadieron más tarde los jesuitas.

La evangelización de estos inmensos territorios se inició desde el Panamá, y sus primeros misioneros fueron los dominicos. Éstos aparecen ya desde 1510, pero su actuación se intensificó desde 1519, en que la sede episcopal de Darién fué trasladada a Panamá. Pero el primer apóstol más significado de estas regiones fué el dominico Fr. *Reginaldo Pedraza*, quien el mismo año 1519 había acudido allá desde Santo Domingo con otros Padres dominicos. En 1526 entraba una nueva expedición de misioneros; en 1529 llegaba Fr. Tomás Ortiz, con otros veinte, todos ellos de la Orden de Predicadores, y en 1531 se erigió la sede de Santa Marta con su primer obispo Fr. *Tomás Ortiz*.

Inmediatamente se intensificaron los trabajos apostólicos entre los indios, organizando misiones en el Magdalena y entre los indios zipacas. Los dominicos Fr. Jerónimo de Loaysa y Fr. Bartolomé de Hojeda colaboraron eficazmente a la fundación de *Cartagena*, que convirtieron en centro de evangelización. Su primer obispo fué Fr. *Tomás de Toro*, a quien sucedió *Loaysa*, uno de los hombres que más trabajaron en la evangelización de Colombia. Por su parte, los franciscanos, habiendo iniciado en 1527 su actividad misionera en Nueva Granada, intensificaron más y más sus trabajos, de manera que en 1565 constituyeron ya una Custodia de la Orden. A Jiménez de Quesada, en la célebre expedición iniciada a través de bosques vírgenes en 1536, y terminada con la fundación de Bogotá, lo acompañaban los misioneros Fr. Domingo de Las Casas y Fr. Pedro Zambrano, dominicos. En 1538 se erigió la sede de Bogotá. Otros dominicos se dirigieron en 1540 a Cundinamarca. Entretanto, el franciscano Francisco de Vitoria organizaba las misiones entre los indios, y los agustinos

organizaban sus misiones en Nueva Granada en 1553. Fué célebre el vicario general de los dominicos, Fr. *Pedro de Miranda*, quien a su muerte en 1569 dejaba una Provincia con dieciocho conventos, que evangelizaban más de cien pueblos. Distinguiéronse: Fr. Bartolomé de Hojeda, de quien se dice que bautizó a 200 000 indios; S. *Luis Beltrán*, apóstol de las selvas de Tubara, donde bautizó 10 000.

Nuevas sedes se añadieron a las ya existentes. Popayán en 1546, y la sede de Bogotá fué elevada a metropolitana en 1564, con su primer arzobispo el franciscano Fr. *Juan de los Barrios*, hombre sumamente benemérito.

Los jesuitas llegaron a Nueva Granada en 1589, pero sólo desde 1604 se afianzaron en Bogotá y Cartagena, donde muy pronto se distinguieron por su heroica caridad el P. Sandoval y, sobre todo, el apóstol de los negros, S. *Pedro Claver*.

529. e) Nueva Castilla o Perú ⁶⁾. En las regiones del gran imperio de los Incas fué más difícil el trabajo de evangelización. Sus primeros misioneros fueron Fr. Marcos de Niza, franciscano, y los dominicos Fr. Reginaldo de Pedraza y cinco compañeros. Los franciscanos comenzaron su actividad en 1527 y los dominicos en 1532. Las crueldades cometidas por los conquistadores Pizarro y Almagro y las horribles dificultades de la expedición, no impidieron que los misioneros pudieran al fin organizar la Iglesia peruana. En 1537 se pudo organizar ya la Iglesia de *Cuzco*, cuyo primer obispo fué el dominico Fr. *Vicente de Valverde*. Su obra misionera fué continuada sobre todo por Fr. Francisco de San Miguel y Fr. Alonso de la Cerda con otros dominicos que les siguieron. En 1541 se estableció la Orden en Lima, y en 1565 contaba cien religiosos en aquella región. La sede de Lima se estableció en 1541 con su primer obispo Fr. *Jerónimo de Loaysa*, elevado a arzobispo en 1545. Su sucesor fué *Sto. Toribio de Mogrovejo*, gran apóstol del Perú y de la América entera, a cuya organización contribuyó poderosamente sobre todo con los diez Concilios diocesanos y tres provinciales que celebró.

Los franciscanos siguieron el ejemplo de Fr. Marcos de Niza, y así en 1550 poseían ya quince domicilios. En Lima, en Cuzco, Trujillo, en los centros principales de la región y en infinitad de poblados indios establecieron sus conventos y organizaron su actividad apostólica. Fr. *Pablo de Coimbra*, apóstol de la región de Huánuco, y Fr. *Mateo Tumilla* pertenecen a los operarios más ilustres. Los mercedarios aparecen en el Perú en 1540 y entre ellos se distinguieron los PP. Antonio Rendón, Antonio Correa y Francisco Ruiz. Desde 1550 encontramos asimismo a los agustinos, entre los cuales citaremos el primer Provincial Fr. Andrés de Salazar, Fr. Antonio Lozano y Fr. Pedro de Cepeda.

Los primeros misioneros jesuitas llegaron al Perú en 1568, llamados con insistencia por el obispo de Popayán, el agustino Fr. Agustín de la Coruña. Éran el P. *Jerónimo del Portillo* con sus siete misioneros. Allí fundaron sólidamente un colegio y comenzaron una gran obra apostólica. Después de nuevas instancias de Felipe II, envió S. Francisco de Borja una segunda expedición de doce jesuitas, que acompañaron al nuevo virrey Francisco de Toledo. Hubo algunas discusiones molestas sobre el encargo de doctrinas y la cura de almas, que rechazaban los jesuitas; pero bien pronto se entregaron éstos con una actividad extraordinaria a la conversión de los indios, en lo que compitieron con todas las Órdenes religiosas. Los PP. *Samaniego* y *Martínez* establecieron la célebre misión de *Santa Cruz de la Sierra*.

530. f) Ecuador. Al Ecuador llegaron los misioneros Fr. Marcos de Niza, ya conocido, y Fr. Alonso de Montenegro, O. P., junto con su primer explorador Benalcázar. Al ser tomada la capital, Quito, en 1534, estos reli-

⁵⁾ CASTRO SEGOVE, J., La expansión de la Merced en la América colonial. En *Mision. hisp.* 1 (1944), 73 s. MATEOS, J., Antecedentes de la entrada de los jesuitas españoles en las misiones de América (1538-1565). En *Mision hisp.*, 1 (1944), 109-166. FIGERAS, A., Principios de la expansión dominicana en Indias. En *Mision. hisp.*, 1 (1944), 303 s.

⁶⁾ LETERRIA, P., Sto. Toribio de Mogrovejo, el más grande prelado y misionero de América. Vaticano 1940. MATEOS, F., Historia general de la Compañía de Jesús en la prov. del Perú. Crónica anónima de 1600... 2 vol. M. 1944. In., Primera expedición de misioneros jesuitas al Perú (1565-1568). En *Miss. hisp.* R. (1945), 41-108. VARGAS, J. M., La conquista espiritual del Imperio de los Incas. Quito 1948.

giosos establecieron sus conventos, y desde allí trabajaron incansables en todas direcciones. Quito fué constituida en Sede episcopal en 1546. Los franciscanos llegaron hasta Cuenca y Pasto, actualmente de Colombia. Los jesuitas llegaron al Ecuador en 1580. En 1584 tenían una residencia en Quito, donde desplegaron gran actividad.

531. g) Nueva Toledo o Chile. La expedición a Chile partió en 1540 desde el Perú, dirigida por Valdivia, a quien acompañaban los sacerdotes seculares Marmolejo, Pérez y Lobo, el franciscano Fr. Fernando de Barrionuevo y el mercedario Pedro Rendón. No se pudo realizar mucho por entonces; pero en 1548 llegaba a Chile el mercedario P. Antonio Correa, primer apóstol de aquella región. Desde entonces se fué afianzando aquella cristiandad, en la que iban a la cabeza los mercedarios. En 1580 se distinguía sobre todo el monasterio de Chillán. Los franciscanos, a petición de Felipe II, llegaron a Chile en 1553, donde los PP. Martín de Robledo, Juan de la Torre y otros tres organizaron la primera residencia en Penco, entre los araucanos, a quienes se dedicaron de un modo particular. La jerarquía se estableció en 1561 con la sede de Santiago de Chile, a la que siguieron luego otras.

El año 1593 llegaba a Chile el primer jesuita, P. Valdivia, y poco después emprendía la célebre misión de los araucanos, que tantos sinsabores debía causar a él y a la Orden.

532. h) El Plata (Argentina, Uruguay, Paraguay) ⁷⁾. En la expedición de las regiones del Plata, dirigida por don Pedro de Mendoza, formaban parte también diversos misioneros, como el jerónimo Fr. Luis de Cerezuolo y los franciscanos Fr. Luis y Fr. Cristóbal. En 1538 existía en la Asunción del Paraguay un domicilio de franciscanos, entre los cuales el más conocido es Fr. Bernardo de Armenta, quien hizo algunas exploraciones por el río Paraguay llegando a los confines del Brasil. Los dominicos y mercedarios desarrollaron gran actividad en estas regiones desde 1541 y se dedicaron de lleno a la conversión de indios. En 1549 había en Tucumán muchos misioneros mercedarios y dominicos. Entre los primeros sobresalían los PP. Alonso Trueno y Diego de Porras, y entre los segundos Fr. Gaspar de Carbajal. Algo más tarde se agregaron también los franciscanos, quienes rápidamente sobrepasaron a los otros misioneros. Son célebres en los anales de las misiones los apóstoles del Tucumán S. Francisco Solano y Fr. Luis Bolaños. Este último llegó a convertir en el Paraguay unos 20 000 indios y fundó varias reducciones. S. Francisco Solano, el sol Peruano, tuvo un apostolado durísimo de catorce años, en que recorrió todo el Tucumán y el Chaco. En 1547 se fundó la sede episcopal de Asunción, con Fr. Juan Barrios O. F. M., como obispo; en 1552 la de La Plata, que tuvo por primer prelado a Fr. Tomás de Sta. María; en 1570 la de Córdoba de Tucumán, y en 1582 la de Buenos Aires. En 1589 acudieron los jesuitas al Tucumán, llamados por su obispo. El P. Bárcena comenzó su obra entre los indios calchuguis, y el P. Monroy entre los omayhuacas, mientras el P. Ortega entraba en el Guayrá. Las célebres misiones o reducciones de este territorio se organizaron entrado ya el siglo XVII, como se verá en el período siguiente.

533. i) Misiones del Brasil ⁸⁾. En el Brasil entró el Cristianismo con los primeros conquistadores y sus primeros misioneros fueron los franciscanos.

⁷⁾ CABRERA, P., Introducción a la historia eclesiástica de Tucumán. 1535-1590. Buenos Aires 1935. FURLONG, G., Los Jesuitas y la cultura Rioplatense. Montevideo 1933. ACEVEDO, E., Anales históricos del Uruguay. 4 vol. Montevideo 1933-1934. PASTELLS, P., Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay... 5 vol. M. 1933. ZURETTI, J. C., Historia eclesiástica argentina. Buenos Aires 1945.

⁸⁾ CORREIA LÓPEZ, E. O., Padre Manuel de Nobrega e a formação do Brasil. Lisboa 1949. VASCONCELOS, S. DE, Vida do Padre José de Anchieta. 2 vol. Rio Janeiro 1943. MARCONDES DE SOUSA, TH. O., O descobrimento do Brasil. São Paulo 1946. ZUBILAGA, F., La Florida. La Misión jesuítica (1566-1572) y la Colonización española. R. 1941.

canos. Ya en el primer descubrimiento en 1500, Fr. Enrique de Coimbra, que acompañaba a Cabral, erigió una cruz, de donde el lugar tomó el nombre de Bahía de Santa Cruz. Una segunda expedición de 1503 terminó con el martirio de dos franciscanos. Después de 1525 hallamos algunos más y, según parece, bautizaron a muchos indios.

Sin que se adelantara mucho más en la evangelización del Brasil, llegaron los jesuitas en 1549. Eran el P. Nóbrega con otros cinco, que acompañaban al gobernador Sousa. Entre ellos se distinguieron por su celo los PP. Núñez, Píros y Azpilcueta. Al P. Nóbrega se debió la erección del obispado de San Salvador de Bahía, que se encargó al clero secular, mientras él y los suyos se dedicaban a los indios. Las luchas de los misioneros contra la rapacidad y dureza de los colonos fueron aquí más terribles que en otras partes. En ellas se inmortalizó el célebre P. Vieira, abogando con toda su elocuencia por la libertad de los indios, sin las exageraciones de Las Casas. Desde 1553 los jesuitas del Brasil formaban una Provincia.

Entre los hombres célebres de la misión brasileña deben citarse: el Beato Azevedo, visitador de la misma, martirizado por los calvinistas cuando volvía a la misión con otros cuarenta misioneros; el P. Anchieta, verdadero tipo de apóstol, que recorrió innumerables veces aquellas misiones con los pies descalzos y una cruz en la mano, que supo defender a sus indios con inusitada elocuencia y escribió gramáticas y diccionarios para el aprendizaje de sus lenguas. En 1606 había en el Brasil ciento ochenta jesuitas que tenían ya organizadas una serie de misiones, y poseían domicilios en las ciudades más importantes.

Entretanto los franciscanos renovaban su obra misionera, y a fines del siglo XVI poseían una buena misión en el Brasil. En esta segunda fase de su actividad organizaron conventos en Pernambuco en 1585 y otro en Bahía en 1587. Del mismo modo fueron multiplicando sus domicilios, que a principios del siglo XVII competían con los de los jesuitas. Distinguióse sobre todo el lego Fr. Diego Palacios, célebre por su caridad eximia, que le dió fama de santo.

534. j) La Florida y otras regiones de Norteamérica. En las inmensas regiones que se extienden al norte de Méjico y en parte de los actuales Estados Unidos y Canadá, se comenzaron también durante el siglo XVI y principios del XVII algunas misiones. En La Florida iniciaron su acción apostólica los agustinos en 1565, los jesuitas en 1567 y los franciscanos en 1597. En la Georgia penetró por vez primera el Evangelio en 1570 por medio de los jesuitas. Asimismo en Virginia en 1567. Pero en todos estos y otros territorios de Norteamérica no tuvieron su plena consolidación y desarrollo estas misiones hasta el período siguiente. Así, pues, más adelante se hablará de ellas.

III. Misiones en el África

535. Al mismo tiempo que en América, descubriéndose nuevos territorios en África, Asia y Oceanía. Por lo que se refiere a la obra de evangelización, seguía en estas empresas el mismo sistema que en las de América. Como allí los españoles, así también aquí los portugueses y los mismos españoles llevaban al lado de los conquistadores los misioneros, y junto con la cultura nacional introducían la doctrina cristiana. Las ventajas del sistema de protección de los misioneros por parte del Estado eran las mismas; los inconvenientes tal vez eran mayores, si tenemos presente que el patronato portugués traía consigo más sujeción y dependencia de la jerarquía eclesiástica a la civil.

He aquí, ante todo, el desarrollo de las misiones en el territorio africano e islas adyacentes.

a) El Congo. Los primeros grandes descubrimientos tuvieron lugar a lo largo y en la costa occidental africana. Uno de los más importantes fué el del Congo, que ya desde un principio, en 1482, fué evangelizado por los misioneros católicos. Entre éstos se distinguieron: el canónigo Juan

de Sousa desde 1490, y el gran apóstol *Vicente dos Anjos*, denominado el Manicongo por su obsesión por el Congo. Con el bautismo del reyezuelo Mani y de gran número de indígenas parecía comenzar un período de prosperidad. Pero no mucho después, por efecto de algunas luchas intestinas entre los príncipes, parecía iba a perderse aquella cristiandad, cuando el nuevo rey del Congo, llamado Alfonso, cristiano fervoroso, inició desde 1507 días de esplendor para aquella Iglesia. El rey de Portugal, Manuel el Afortunado, envió gran abundancia de religiosos, dominicos, franciscanos, agustinos, sacerdotes seculares y aun doctores en Teología, con lo cual se robusteció y organizó más sólidamente la Misión del Congo. Sin embargo, hay que advertir, que sea por el carácter de los indígenas, sea por defecto de la instrucción que se les daba, no penetró muy hondo el Cristianismo. El primer obispo de la capital fué el propio hijo del rey Alfonso, llamado Enrique, si bien no tenía diócesis en el Congo. Sólo a su muerte en 1534 fué erigida por Paulo III la de *Santo Tomás*, como sufragánea de Funchal. En 1547 llegaron los primeros jesuitas, PP. Jorge Vaz, Cristóbal Ribeiro, Jaime Díaz y el estudiante Diego de Sandoval, los cuales no pudieron impedir con su heroico celo el ocaso de aquella cristiandad. Los esfuerzos posteriores, particularmente los de Felipe II, quien obtuvo en 1597 la erección de la diócesis de San Salvador del Congo, fueron igualmente inútiles. No había sonado todavía la hora del Congo.

536. b) Angola y Guinea. Las primeras exploraciones se hicieron desde el Congo a partir de 1520. En 1552 llegaron los PP. Cornelio Gómez y Fr. Nogueira. En 1559 partieron los PP. Francisco de Gouveia, Agustín de Lacerda y los Hermanos Antonio Mendes y Manuel Pinto; pero el reyezuelo Dambi desencadenó una gran persecución, que imposibilitó los trabajos apostólicos. La situación cambió en 1578, al convertirse el príncipe Basano y gran número de indígenas con su rey en 1584. Con esto se pudo organizar la Iglesia, que tenía como centros principales Loanda y Massangano, que fué erigida en 1596 en sede episcopal. De todos modos no cesó la persecución, y así la cristiandad no pudo prosperar.

Guinea no pudo ser misionada hasta principios del siglo XVII. Sus primeros misioneros fueron jesuitas, mandados por Felipe III. Fué célebre el P. Barreiro, quien obtuvo la conversión del reyezuelo de Buna y otros personajes importantes. Nuevas expediciones de misioneros contribuyeron a hacer avanzar la Cristiandad.

537. c) Mozambique. En el África oriental se organizó una misión en 1559 en *Mozambique*. Ya de antiguo existía aquí una fuerte colonia portuguesa, que servía de enlace con la India. En ella tuvo que invernar S. Francisco Javier en su viaje hacia la India, y tanto él como otros misioneros habían procurado hacer algún bien en los portugueses; pero no se habían internado en el país. Los jesuitas PP. Silveira y Fernández fueron penetrando hasta 1562 en aquellas regiones hasta Tongue e Inhambane, a cuyo rey bautizaron. Con esto la Cristiandad tomó buen principio. El P. Silveira llegó asimismo hasta Zambeza y bautizó a otro reyezuelo; pero murió víctima de los mahometanos. Con esto los demás jesuitas tuvieron que volverse. En 1577 el dominico Juan dos Santos hizo un nuevo intento; pero se estrelló también ante la resistencia musulmana. Los jesuitas insistieron por su parte en 1607 con excursiones hacia Tete, Sena, y otras regiones. En 1628 sabemos que había veinticinco Padres ocupados, que tenían como centro un colegio en Mozambique. Casi al mismo tiempo comenzaron los dominicos y los agustinos sus misiones, en que lograron respectivamente la conversión de los reyezuelos Manuza y Jussuf.

538. d) Madagascar. La isla de *Madagascar* fué también tomada como campo de misiones. Los primeros misioneros fueron algunos dominicos, que en 1540 perecieron víctimas de los naturales en un convite canibalesco. No tuvo mejor fortuna el intento del jesuita P. Mariano en 1613. Logró levantar una iglesia y llevar consigo al hijo del Rey, a quien hizo instruir y bautizar en Goa; pero a su vuelta apostató y no resultó nada de la misión.

539. e) Abisinia y Etiopía. Más dignos de mención son los trabajos llevados a cabo por la evangelización de *Abisinia* o *Etiopía*, donde muchos

localizaban las fábulas del Preste Juan. Un primer intento del *Negus* Claudio (1505-1540) terminó con un completo fracaso. El primer hecho notable de esta misión es la embajada solemne enviada por Julio III en 1554, en cuya preparación intervino activamente S. Ignacio de Loyola. Iba en ella como *Patriarca* y enviado pontificio el P. Juan Núñez Barreto con los PP. *Oviedo* y *Carneiro* como obispos auxiliares y otros diez jesuitas. Mientras el Patriarca se detenía en Goa, el P. Oviedo se dirigió a Etiopía para tantear el terreno, y llegó en efecto en marzo de 1557, pero su estancia en aquellas regiones fué una cadena de sufrimientos inconcebibles, motivados por las disensiones e inestabilidad política del país. Al morir en Goa en 1562 el Patriarca Núñez Barreto, le siguió el mismo P. Oviedo, pero su miseria llegó al extremo de tener que labrar la tierra para poder sustentarse. En este estado murió casi abandonado, en 1577.

Otra expedición fué dirigida en 1589 por el P. Pedro Páez, verdadero apóstol de Etiopía; pero ya en el viaje fué hecho prisionero y vivió en cautiverio diez años. Libre de él al fin, se dirigió a Etiopía, adonde llegó en 1604 y trabajó heroicamente diecinueve años. Fruto de sus trabajos fué la conversión del rey Za-Dagal y de su sucesor Seltán-Sagád. Es verdad que éste volvió a recaer en el cisma; pero en 1626 hizo nueva profesión de fe católica ante el nuevo Patriarca Méndez. Desde entonces prosperó bastante el catolicismo; pero los monjes coptos le hicieron una guerra sin cuartel. Entretanto llegaron nuevos jesuitas, que trabajaron heroicamente; pero a la muerte de Seltán-Sagád en el seno de la Iglesia, estalló la persecución violenta, y mientras muchos católicos y misioneros morían mártires, el Patriarca con otros volvió a la India. Así terminó esta gloriosa misión.

IV. Misiones del Asia y Oceanía

540. De extraordinaria importancia en el campo de las misiones fué la obra realizada en la India, China, Japón y otros grandes territorios del Asia y Oceanía, donde tantas luchas debía mantener la Iglesia Católica en los siglos siguientes.

a) La India *). San Francisco Javier. Con el empuje de sus conquistadores y navegantes, Portugal fué sembrando toda la costa de la India de colonias portuguesas, que se mantenían en la periferia sin penetrar apenas en el interior; pero, al igual que los españoles, los portugueses llevaban siempre misioneros e introducían la fe católica junto con el comercio portugués. Así Vasco de Gama en 1498, Cabral en 1500, Albuquerque en 1503, Almeida en 1505, da Cunha en 1506, llevaban consigo operarios evangélicos. Como tales llegaron en primer lugar los franciscanos a la India, se instalaron en Goa, Cochín, Meliapur y en todas las colonias de portugueses. Los dominicos pusieron domicilio en estos mismos lugares y sobre todo en Ormuz al ser tomado en 1514. Sin embargo, su actividad se limitaba al trabajo entre los portugueses.

Sólo hubo algún conato de evangelización de los naturales en Calicut entre los paravas y en Cochín con los cristianos de Santo Tomás. El trabajo de los franciscanos con estos cristianos siromalabares obtuvo un éxito completo, de lo que resultó desde 1503 una floreciente cristiandad de unas 30 000 familias, bajo su obispo Mar Jacob. La jurisdicción eclesiástica se ejercía en un principio desde Funchal, de la isla Madeira. Más tarde hubo algunas visitas de comisarios apostólicos, pero sólo en 1537 fué nombrado el primer obispo de Goa, que fué el franciscano Juan de Albuquerque.

*) LA NAV. A., H'stoire des Missions de l'Inde. 5 vol. P. 1898. D'SA, M., History of the Catholic Church in India, I. Bombay 1910. JANN, A., Die katholischen Missionen in Indien, China und Japan 1915. VALIGNANO, A., Historia del principio y progreso de la Comp. de Jesús en las Indias Orientales (1542-1564), public. por J. Wicki. R. 1944.

En estas circunstancias se presenta *S. Francisco Javier*¹⁰⁾, verdadero apóstol de la India. Ya en su primera designación aparece clara la voluntad de Dios, pues ni era ésta la primera intención de S. Ignacio de Loyola, ni era voluntad de Juan III, que Javier partiera para la India. Pero por encima de los desig-nios de los hombres, Dios lo llevó a aquellas tierras para que fuera allí el gran misionero, descubridor y como roturador de misiones, y quedara al mundo como ejemplo sublime de activi-dad apostólica.

Llegó, en efecto, Javier a la India en mayo de 1542 con el título de Nuncio Apostólico, acompañado del H. Mansilha y otro Padre, y con los mayores honores del gobernador Sousa y el rey de Portugal. Su primera actividad se desarrolló entre los compañeros de viaje, en las colonias que tocaron durante el mismo y entre los portugueses de la capital Goa. Con su elo-cuencia y santidad cosechó fruto abundante y conquistó grandes bienhechores para su apostolado futuro. Pero su celo lo impul-saba al contacto con los naturales. Por esto, el mismo año em-prendió la primera gran campaña en la *Pesquería*, situada al sur de Goa, entre los *paravas*. En Comorín hizo prodigios; en un año fundó treinta pueblos, escribió a Roma cartas llenas de fuego, en las que cuenta cómo a veces su brazo caía rendido de tanto bautizar. Entretanto se le van juntando otros misio-neros. En Travancor funda otra cristiandad floreciente, pasa a Meliapur, donde visita el sepulcro de Sto. Tomás, y en 1545 continúa su exploración hasta Extremo Oriente. Llega a Malaca y de allí pasa a las Molucas, que va ganando para Cristo, y dejando a otros operarios que han llegado de Europa o se le han juntado en la India, sigue su trabajo de roturador de misiones. En todos estos trabajos no se olvida nunca de España, adonde escribe cartas hermosísimas, ni a los de la India, a quienes rige como un modelo de superiores.

Con el auxilio del japonés Yajiro emprende en 1549 el viaje al Japón, y allí hace prodigios de valor apostólico en Kagoshima, en Meako y en Yamaguchi; pero convencido de que para la evangelización del Japón es necesario comenzar por la de la Chi-na, deja en aquellas regiones al P. Torres, vuelve a la India y no obstante las insuperables dificultades que se le ofrecen, emprende desde allí el viaje a la China, pero muere el 2 de diciembre de 1552 a la vista del Celeste Imperio, en la pequeña

¹⁰⁾ *Monumenta Xaveriana*, 2 vol. M. 1900-1912. En Mon. Hist. S. J. SCHUR-HAMMER, G., Der Hl. Franz. Xavier. Apostel des Ostens. 1925. BROU, A., S. Fran-çois Xavier, Conditions et méthodes de son apostolat. Brujas 1925. ROCHA, M., O apóstolo das Indias, S. Francisco Javier. Lisboa 1942. UBILLOS, G., Vida de S. Francisco Javier, apóstol de las Indias y del Japón. Burgos 1943.

isla de Sanchón. En realidad, Francisco Javier fué un misio-nero heroico y santo. Su gloria principal consistió en roturar para otros misioneros inmensos territorios de misiones. Al morir, dejaba bien organizadas muchas iglesias en Goa, Ormuz, Cochín, Travancor, Pesquería, Santo Tomé, Malaca Maluco y Japón.

541. b) La India después de San Francisco Javier. Después de Ja-vier, las misiones de la India quedaban en un estado de gran prosperidad. Así continuó todo el resto del siglo, y a principios del XVII formaban los jesuitas dos Provincias, Goa y Cochín. Sobresalen particularmente las ex-cursiones apostólicas a Maduré en 1595, Nagapatam en 1597, y Bengala en 1598. Pero la que tuvo más resonancia fué la del gran Mogol, *Akbar el Magnífico*. Este hombre curioso, que dominaba en un imperio inmenso, manifestó deseos de convertirse, y efectivamente fué en 1580 a su Corte una expedición, dirigida por el P. Rodolfo Aquaviva; pero no obstante las atenciones que les guardó, Akbar perseveró en su paganismo. El mismo resultado negativo obtuvo en 1591 una segunda expedición de los PP. Lei-ton y Vega, y aun la tercera, en la que iba el célebre *Hermano Goes*. A pesar de sus buenas palabras, Akbar moría en 1605 en el paganismo.

Entre los hombres que más se distinguieron, merece citarse el P. *Val-lignano*, quien como visitador y provincial, fué el alma de las misiones de Indias y del Oriente desde 1574 hasta 1606. La jerarquía fué también com-pletándose. La sede episcopal de Goa fué elevada a arzobispal y patriar-cal en 1558, con las sufragáneas de Cochín, Malaca, Macao, Funai y Me-liapur.

Las demás Órdenes religiosas trabajaron casi exclusivamente entre los portugueses y apenas tomaron parte en las misiones. Esto obedecía, entre otras causas, a las muchas dificultades que el ejercicio de las misiones en-contraba en la India. La mayor de todas era la cuestión de las *castas*, y precisamente en solucionar esta dificultad trabajó particularmente el cé-lebre P. *Roberto Nóbili*¹¹⁾. El año 1606 llegaba a Maduré, donde hacía doce años trabajaba el P. Fernández sin apenas obtener fruto. Con permiso de su obispo, el P. Nóbili, con un tesón indomable, aprendió las lenguas del país, sobre todo el sánscrito, y se propuso presentarse como un asceta o *sannyasi* cristiano, que cumplía perfectamente con toda la etiqueta de los brahmanes. Para ello hizo largo tiempo vida solitaria, se vistió un traje verdeamarillo, rapó su cabeza y se ciñó el cordón brahmánico. Con esto pudo presentarse a los brahmanes, y en efecto convirtió a buen nú-mero de ellos, inaugurando este nuevo sistema de acomodación. Pero no todos entendieron este sistema, por lo cual el P. Nóbili fué acusado de apostasía, y luego tuvo que ir a Goa, donde escribió su *Apología*. El asunto fué enviado a Roma; pero al fin fué resuelto en favor del P. Nóbili el cual pudo volver al campo de su actividad. Murió en 1656.

542. c) La China¹²⁾. Los primeros conatos de evangelización de los inmensos territorios de la China, realizados en 1518 y 1542, no tuvieron éxito duradero. Tampoco lo tuvo el arranque generoso y heroico de San Francisco Javier, muerto a las puertas de China. La fundación de Macao en 1557 y el núcleo cristiano que allí se formó fué la mejor base para la evangelización de China. Desde allí, en efecto, hicieron diversas entradas

¹¹⁾ DARMEN, P., Robert de Nobili, 1924. RICC, M., Opere storiche, ed. P. Tacchi Venturi. 2 vol. Macerata 1911-1913.

¹²⁾ CORDIER, H., Histoire génér. de la Chine et de ses relations avec les Pays étrangers. 4 vol. P. 1920-1921. FRANKE, O., Gesch. des chines. Reiches, I. 1930. LAUNAY, A., Histoire des Missions de la Chine. 3 vol. Vannes 1907-1908. THOMAS. Histoire de la Mission de Pékin. 1923. PLANCHET, Les Missions de Chine. 11.^a ed. Peking 1935. SALVIONI, E., P. Mateo Ricci. Turin 1947. D'ELIA, P. M., Storia dell'introduzione del cristianesimo in Cina, scritta da Mateo Ricci. Ed. crit. R. 1942. Id., Fonti Ricciane. Documenti originali concernenti Matteo Ricci e la storia delle prime relazioni tra l'Europa e la Cina (1579-1615). Libri IV-V. R. 1949.

algunos jesuitas, como la efectuada por los PP. Pérez y Texeira en 1565, quienes llegaron a Cantón, pero no pudieron obtener permiso para predicar. También desde Filipinas se intentó entrar en China. Es célebre, sobre todo, la expedición del P. Rada y compañeros agustinos, en 1574-1575, y la del P. Alfaro con otros franciscanos en 1579.

El P. Mateo Ricci, S. J. fué el primero que consiguió introducir el Cristianismo en China. Acompañado del P. Ruggieri, quien ya había logrado llegar hasta Cantón y Shuihing, entró el P. Ricci en China y se presentó ante el virrey de Shuihing, quien los recibió amablemente. Desde entonces Ricci, con los grandes conocimientos de Matemáticas y Astronomía que poseía, comenzó a captarse la simpatía de los mandarines, tomó el vestido de los letrados y se acomodó en algunas otras cosas a la usanza del país. Con esto creció notablemente el ascendiente de los Padres. Pudieron juntarse otros jesuitas, entre los cuales se distinguieron Schall, alemán, y Verbiest, belga, quienes llegaron a ser nombrados directores matemáticos de la Corte imperial; fundaron diversas residencias en Peking y Nanking y fueron recogiendo bastante fruto de conversiones. Así continuaron las cosas hasta la muerte del apóstol de China, P. Ricci, y aun después de la revolución política de 1644, que trajo un cambio de dinastía, las cristiandades continuaron con relativa prosperidad.

543. d) El Japón ¹³⁾. La misión del Japón fué muy gloriosa y duró aproximadamente un siglo. El primer empuje lo recibió con S. Francisco Javier, quien, después de muchas penalidades, logró establecer diversas cristiandades en Kagoshima, Hirado, y principalmente Yamaguchi. El P. Torres, al que se juntó pronto el P. Gago, siguió cultivando aquellas Iglesias. Muy pronto organizaron otra en Funai, que dió tan buen resultado que, según algunas relaciones, en 1571 había ya 5000 cristianos. Estos buenos resultados se mejoraron todavía con los nuevos misioneros que llegaban de Europa. El P. Valignani dió nuevo impulso a la misión, de modo que en 1582 se calculaban los cristianos en unos 150 000. En 1585 fué al Papa Gregorio XIII una embajada del Japón, dirigida por dos príncipes cristianos. Por esto en 1588 se erigió en Funai una sede episcopal sufragánea de Goa. Más aún: no obstante el primer amago de persecución sangrienta de 1596, la Iglesia del Japón creció extraordinariamente, de manera que a principios del siglo XVII subían los cristianos a unos 750 000. Precisamente por esto comenzaron a llegar de Filipinas algunos religiosos franciscanos. Por todo esto, el *Schogun* o jefe militar Hidejoshí, a quien los cristianos llaman *Taicosama*, comenzó a temer del poderío de los españoles y por consiguiente de los cristianos, y desencadenó una cruel persecución. Con la muerte de Taicosama en 1598, obtuvieron los cristianos una larga tregua.

Desde entonces siguió más rápido el aumento de cristianos, y los franciscanos establecieron ya muchos conventos. En 1602 llegaron asimismo los primeros dominicos, y no mucho después los agustinos. Muchos *daimios* o nobles se iban convirtiendo sin cesar. Pero entonces fué cuando estalló aquella furiosa persecución, que desde 1614 fué destruyendo la cristiandad japonesa hasta casi aniquilarla. El impulso principal lo dieron los calvinistas ingleses y holandeses, quienes habiéndose establecido en Yedo, lograron insinuarle con el Emperador y convencerle de que debía acabar con el Catolicismo. La primera disposición draconiana la dió el *Schogun* Daifusama en 1614, por la cual todos los misioneros debían ser desterrados, destruidas las iglesias y desterrados o quemados los cristianos. Muchos misioneros, sin embargo, quedaron ocultos. El sucesor de Daifusama, Hicetada, urgió la orden; pero todavía pudieron burlarla muchos misioneros. Desde 1618 comenzó, pues, aquella horrible carnicería y caza cruel contra los cristianos, que apenas tiene semejanza en la Historia. Innumerables cristianos, sacerdotes y simples fieles, fueron quemados y martirizados con los tormentos más exquisitos. La caza brutal contra los cristianos

¹³⁾ PROFILET, Le martyrologe de l'Église du Japon (1549-1649). CARY, O., A History of Christianity in Japan (1549-1909). 2 vol. L. 1909. BAYLE, C., Un siglo de cristiandad en el Japón. B. 1935. En Bibl. Pro. Eccl. et Patria.

fué continuada por Jemitsu desde 1626. Los cristianos, y menos los misioneros, no se rendían; muchos misioneros entraban ocultamente en el Japón, donde les aguardaba el martirio. Los barcos que llegaban a puertos japoneses eran cuidadosamente examinados; todo cristiano era quemado sin compasión. Se llegó a exigir de todo extranjero, que pisoteara el crucifijo. Pero en medio de todo, los cristianos dieron un ejemplo admirable. Se conocen nominalmente 3120 mártires y se tiene noticia de más de 200 000 reducidos a la última miseria o desterrados por su fe. Muchos misioneros fueron bárbaramente martirizados. Innumerables cristianos siguieron ocultamente observando sus prácticas religiosas, y modernamente han sido descubiertos.

544. e) Filipinas ¹⁴⁾. En 1520 llegaba a Filipinas Hernando de Magallanes, se decía en Cebú la primera misa y se bautizaba el reyezuelo de la isla con ochocientos indios; pero poco después moría asesinado el gran navegante. La ocupación definitiva la llevó a cabo, en nombre del rey de España, Legazpi, quien se posesionó de Cebú en 1565, y poco después tomaba posesión de todas las islas, a las que se dió el nombre de Filipinas en honor del Rey. Con los descubridores iban algunos misioneros, al frente de los cuales estaba Fr. Andrés de Urdaneta. Bien pronto acudieron otros muchos misioneros desde Méjico y desde España. Por esto, tanto los agustinos como los franciscanos establecieron pronto diversos domicilios. Así se explica la rapidez con que procedió la evangelización de las diversas islas del archipiélago. Sólo el franciscano Fr. Alonso Medina, se dice convirtió a 50 000 indígenas. Uno de los franciscanos más ilustres en los principios es Fr. Juan de Plasencia. En 1579 la ciudad de Manila era erigida en diócesis, para la cual fué nombrado el dominico Fr. Domingo de Salazar, quien entró en Manila acompañado de otros veinte de su Orden. Con esto inauguraron los dominicos su actividad en Filipinas. En 1614 abrían en Manila la Universidad de Santo Tomás.

Al mismo tiempo que los dominicos, llegaron también a Filipinas los jesuitas, quienes, después de establecerse en la capital, dieron comienzo a su obra entre los indígenas. Su primer promotor fué el célebre P. Chirino. En 1607 los jesuitas de Filipinas formaban una Provincia de más de cien sujetos, extendidos en multitud de domicilios. Los agustinos llegaron en 1606. Con los trabajos de estas cuatro Ordenes y de los clérigos seculares, la cristiandad de Filipinas progresó rápidamente. La jerarquía constaba en 1595 de la sede arzobispal de Manila y tres sufragáneas, Nueva Segovia, Nueva Cáceres y Cebú. Un siglo después de su conquista había unos dos millones de cristianos.

¹⁴⁾ MARÍN Y MORALES, Ensayo de una síntesis de los trabajos realizados por las corporaciones religiosas de Filipinas. Manila 1901. COLÍN-PASTELLS, Labor evangélica de los obreros de la Comp. de Jesús en las Islas Filipinas. Nueva ed. B. 1904. MONTALBÁN, F. J., El patronato español y la conquista de Filipinas... Burgos 1930. En Bibl. Hisp. Missionorum, 4. MCCARTHY, E. J., Spanish Beginnings in the Philippines (1564-1572). Washington 1943. RIVADENEIRA, M. DE, Historia de las Islas del Archipiélago Filipino. Ed., pról. y notas, por el P. J. Legisima. M. 1947.

CAPÍTULO VIII

Las Ciencias y las Artes

545. Al mismo tiempo que se desencadenaban en Europa las luchas religiosas, de que se ha hablado antes, y mientras se realizaban en ultramar las heroicas hazañas de nuestros misioneros, florecían en el seno de la Iglesia los estudios eclesiásticos, particularmente los teológicos e históricos. Este resurgir de los estudios era señal evidente de la reacción católica y de su carácter constructivo. Por otra parte, estos trabajos científicos fueron a su vez uno de los instrumentos más eficaces para promover la verdadera reforma.

I. Rejuvenecimiento de la Teología católica ¹⁾

Frente a las aberraciones dogmáticas de los protestantes, se advierte, ante todo, un cultivo intenso y un florecimiento admirable de los estudios de carácter dogmático, como son los polémicos, apologéticos y teológicos. En todo lo cual conviene observar, como ya muchos lo han hecho, que el florecimiento de las ciencias eclesiásticas comienza en España y Portugal, países de más sano catolicismo, y sigue en las naciones latinas, Italia y Francia, extendiéndose luego a los Países Bajos y Alemania. Además, a la cabeza de todo este movimiento iban las dos grandes Órdenes religiosas, los dominicos y los jesuitas, a quienes

¹⁾ TURMEL, J., *Histoire de la Théologie positive du Concile de Trente au Conc. du Vatican*. P. 1906. HURTER, H., *Nomenclator litterarius theologiae cath.* 5 vol. 2.^a ed. (1109-1563), 1906; III, 3.^a ed. (1564-1663), 1907. SOMMERVOGEL, CH., *DE BACKER, A., Bibliothèque des écrivains de la Comp. de Jésus*. Nueva ed. P. 1890-1907. DÖRHOLT, B., *Der Predigerorden und seine Théologie*. 1917. ESCHWEILER, K., *Die zwei Wege der neueren Théologie*. 1926. ÍD., *Die Philosophie der span. Spätscholastik*. En *Span. Forsch.*, I, 1 (1928), 251-325. SOLANO, M., *Los grandes escolásticos españoles de los siglos XVI y XVII*. M. 1928. VILLOSLADA, R. G., *La Universidad de París durante los estudios de Fr. de Vitoria (1507-1522)*. R. 1938. En *Anal. Greg.*, 14. Véase, en particular: GRABMANN, M., *Historia de la Teología católica desde fines de la era patristica hasta nuestros días*. Trad. por D. Gutiérrez, O. S. A. M. 1940.

seguían los franciscanos, carmelitas, agustinos y algunos miembros ilustres del clero secular.

a) **Literatura polémica.** Ante todo, es digna de estudio la literatura de controversia, que produjo a fines del siglo XVI insignes maestros como Bellarmino, Gregorio de Valencia, Tomás Stapleton y Pedro Canisio. Se trata ordinariamente de obras teológicas, muchas veces modelos en su género, y que en el último estadio de su evolución se caracterizan por el orden y precisión con que proponen las cuestiones más importantes del dogma católico.

Entre los primeros que se opusieron inmediatamente a los innovadores, son dignos de mención: en Alemania, Juan Eck († 1543), de cuya actividad se habló; Jerónimo Emser, Juan Gropper y otros; en Inglaterra, los santos Juan Fisher y Tomás Moro († 1535), mártires de la fe, que defendieron también con sus escritos; Edmundo Campión, etc.; en Italia, Silvestre Prierias, y sobre todo los dos teólogos del Concilio de Trento, Ambrosio Catharino († 1553) y Jerónimo Seripando. En España son notables en el primer período controversista: los franciscanos, teólogos de Trento, Alfonso de Castro († 1558), Andrés de Vega († 1560), que escribió la excelente obra «De iusticatione doctrina universa», y Martín Pérez de Ayala († 1566), arzobispo de Valencia y autor de «De divinis... traditionibus».

En la segunda mitad del siglo XVI llegó a su mayor desarrollo la literatura controversista, y produjo polemistas de primer orden.

El príncipe de los controversistas católicos fué, sin duda, S. Roberto Bellarmino († 1621) ²⁾, jesuita, profesor de Teología en Roma y Cardenal de la Santa Iglesia, a la que defendió con sus extraordinarias cualidades, principalmente con las célebres «Disputationes», que resumen y resuelven las cuestiones a la sazón más discutidas, sobre todo acerca de la Sagrada Escritura, la Iglesia, la gracia, la justificación y los sacramentos.

A su lado pueden ponerse dignamente: el jesuita P. Gregorio de Valencia († 1603) ³⁾, que fué profesor en Dilinga e Ingolstadt en Alemania, y escribió diversas obras de controversia que tuvieron grande aceptación, como «De rebus fidei hoc tempore controversis» y el tratado magistral «Comentario a la suma teológica»; y el inglés Tomás Stapleton († 1598), célebre profesor de Lovaina, que es quien mejor ha penetrado la doc-

²⁾ SERVIÈRE, J. DE LA, *La théologie de Bellarmine*. P. 1908. LE BACHELET, X. M., *Bellarmino avant son Cardinalat (1542-1598). Correspondance et documents*. P. 1911. ÍD., *Auctarium Bellarminianum*. P. 1913. Biografías: TACCHI VENTURI, P. R. 1923. BRODICK, J., 2 vol. I. 1928. DUDON, P., *Artic. Bellarmino*, en *Dict. Géogr. Hist.*

³⁾ HENTRICH, W., *Gregor von Val. und der Molinismus*. Innsbruck 1928. En *Phil. und Grenzwiss.*, 4 y 5.

trina de los innovadores, que expuso en sus obras «Principiorum fidei... demonstratio methodica» y «Universa iustificatiois doctrina catholica». A éstos podemos juntar a *S. Pedro Canisio* († 1597), primer jesuita alemán, infatigable organizador de la verdadera reforma y polemista inagotable, que le valieron el título de «martillo de la herejía». Entre sus escritos descuella desde el punto de vista polémico el célebre «Catecismo» o «Summa doctrinae christianae», verdadero arsenal de pruebas de la Sagrada Escritura y Santos Padres para las verdades de la fe.

También son insignes polemistas: los jesuitas alemanes *Adán Tanner* († 1632) y *Jacobo Gretser* († 1625), de los cuales el primero fué un gran teólogo, discípulo de Gregorio de Valencia, y como él escribió «Comentario a la Suma»; los jesuitas belgas *Martín Becanus* († 1624), con su «Manuale controversiarum», y *D. Gravina* († 1643), con las «Praescriptiones catholicae».

546. b) Estudios dogmáticoescolásticos: Escuela tomista. Unida íntimamente con la literatura polémica se desarrolló la ciencia teológica, que forma su fundamento. Sin duda las sistematizaciones del dogma, que nos presenta la Escolástica del siglo XVI y primera mitad del XVII, forman un conjunto no superado después y muy comparable con la obra de los escolásticos del siglo XIII. Los centros principales de este apogeo de la Teología se encuentran en España, y españoles fueron por consiguiente sus hombres más sobresalientes. En España precisamente fué donde se deslindaron y distinguieron las diversas escuelas que más contribuyeron a este resurgimiento de las ciencias eclesiásticas. Ante todo, la escuela tomista.

El núcleo primero del tomismo español tuvo como centro la Universidad de Salamanca, y más en particular el convento dominico de San Esteban. Allí brilló, ante todo, *Francisco de Vitoria* († 1564)⁴⁾, profesor profundo y original e inspirador de otros teólogos eminentes. Recientemente se han publicado por vez primera algunos de sus escritos. Son célebres, sobre todo, las diversas «Relectiones», «De potestate Ecclesiae... Pontificis...», «De Indis et iure belli». Con esta última se adelantó a Hugo Grocio.

Al lado de Vitoria deben colocarse sus hermanos en religión *Domingo de Soto* († 1560), discípulo de Vitoria y profesor en

Salamanca, quien escribió, entre otras cosas, «De iustitia et iure»; *Pedro de Soto* († 1563)⁵⁾ y *Melchor Cano* († 1560)⁶⁾, discípulo también de Vitoria y que supo mantener a gran altura la cátedra de Salamanca, célebre como el principal portavoz del tomismo en su tiempo, y por su obra «De locis theologicis», que abre nuevo campo a la teología positiva. En Italia sobresalió a principios del siglo XVI el Cardenal Tomás de Vio, llamado comúnmente *Cayetano* († 1534), gran defensor del Primado frente a los innovadores, y autor de notables comentarios a Aristóteles, a la Suma teológica y a la Sagrada Escritura.

En un segundo estadio de desarrollo de la escuela tomista se distinguieron algunos discípulos de Vitoria, Melchor Cano y Soto, que dieron gran nombre a la ciencia española y a la Orden de Santo Domingo. Tales son: *Domingo Báñez* († 1604)⁷⁾, alma de su escuela durante varios decenios, y gran conocedor de la Escolástica, aunque vehementemente de carácter y unilateral de criterio, quien nos dejó excelentes comentarios a Aristóteles y a la «Suma teológica» junto con otros tratados teológicos; *Bartolomé de Medina* († 1581), alma gemela de Báñez, y como él gran conocedor de la Escolástica y autor de comentarios a Santo Tomás. A la misma altura se mantuvieron: *Tomás de Lemos* († 1629) y *Pedro de Ledesma* († 1615), los dos más acérrimos antagonistas de Molina, con sus obras respectivas «Panoplia divinae gratiae» y «Tractatus de auxiliis divinae gratiae». Algo más tarde, *Juan de Santo Tomás* († 1644) compuso los célebres «Cursus philosophicus» y «Cursus Theologicus». Citemos todavía: *Pedro de Sotomayor* († 1564), *Mancio de Corpus Christi* († 1576), *Conrado Koellin* († 1536), *Crisóstomo Javellus* († 1550), *Diego Álvarez* († 1635).

547. c) Escuela de los jesuitas. Frente a las antiguas escuelas de los tomistas y los franciscanos se formó otra nueva con la naciente Compañía de Jesús, que compitió dignamente con los hombres más célebres de su tiempo. Su característica fué una mayor libertad en la exposición de Santo Tomás, a quien enriqueció con nuevas especulaciones escolásticas de gran valor en el campo de la Filosofía y Teología.

Entre los teólogos más insignes de la Compañía de Jesús pueden citarse: *Francisco de Toledo* († 1596), más conocido

⁴⁾ GETINO, L. G. A., El maestro Fray Francisco de Vitoria. Su vida, su doctrina e influencia. M. 1930. *Francisco de Vitoria*, O. P., Comentarios de la 2.ª de Sto. Tomás. Ed. por V. Bertrán de Heredia. 5 vol. 1932-1935. En Bibl. Teol. esp., vol. 2-6. STEGMÜLLER, F., Fco. de Vitoria y la doctrina de la gracia en la escuela Salmantina. B. 1934. En Bibl. Hist. Balmes, ser. II, vol. X. SCOTT, J. BR., Fco. de Vitoria and his law of nations. O. 1934. BARCIA, C., Internacionalistas españoles del siglo XVI. Francisco de Vitoria. M. 1934. VILLOSLADA, O. C. p. 546.

⁵⁾ CARRO, V. D., El Maestro Fr. Pedro de Soto, O. P. Salamanca 1931. En Bibl. teol. esp., vol. I. ÍD., Domingo de Soto y el derecho de gentes. Los colaboradores de Vitoria. M. 1930.

⁶⁾ LANG, A., Die loci theologici des Melchor Cano. 1925.

⁷⁾ BELTRÁN DE HEREDIA, V., El maestro dom. Báñez. En Cienc. Tom., 47 (1933), 26 s., 162 s. GONZÁLEZ PALENCIA, A., Datos biográf. del licenciado Sebastián de Covarrubias. En Miscel. Conq. Cuenca 1929, p. 32-133.

como exegeta, escribió el célebre tratado «*In summam theol. S. Thomae*»; *Gregorio de Valencia* († 1603), ya citado como gran controversista, autor de los excelentes «*Comentarii Theologici*». Pero quien sobrepuja a todos los teólogos jesuitas es *Francisco Suárez* († 1617)⁸⁾, profesor de Teología en Roma, Salamanca y Coimbra, quien por la profundidad de su ciencia mereció del Romano Pontífice el título de *Doctor eximio*. Hombre de una erudición y capacidad pasmosas, abarcó casi todos los ramos de las ciencias sagradas, juntando una fecundidad sin igual con suma claridad y dominio de las materias. Es, sin duda, el escolástico más fecundo de los tiempos modernos y el que más influjo ha ejercido en las generaciones siguientes. De su extraordinario talento dan muestra particularmente las «*Disputationes metaphysicae*».

En la agudeza de entendimiento fué digno émulo de Suárez, *Gabriel Vázquez* († 1604), quien se distingue asimismo por su erudición escrituraria y patrística. Por la solidez de su doctrina y claridad de exposición sobresale *Diego Ruiz de Montoya* († 1632), apreciado también por el uso que hace de la teología positiva. Sus tratados sobre el ser divino, y particularmente el «*De Trinitate*», son lo más completo que poseemos en esta materia. Más conocido es el nombre de *Luis de Molina* († 1600), quien nos dejó diversas obras de Teología, pero se distinguió, sobre todo, como portavoz de la «Ciencia media» y de las célebres controversias sobre la gracia, que van unidas a su nombre. A estos nombres podemos añadir otros no menos ilustres: *José Martínez de Ripalda* († 1468), célebre, sobre todo, por su obra «*De ente supernaturali*»; el Cardenal *Juan de Lugo* († 1660), célebre por su tratado «*De fide divina*». Otros nombres célebres, como *Rodrigo de Arriaga* († 1667) y *Martín de Esparza* († 1670), caen más bien en el período siguiente.

Dignos de mención son asimismo otros teólogos eminentes de la Compañía, que dejaron escritas diversas obras teológicas: *Cristóbal Gil* († 1608), *Pedro de Fonseca* († 1599), maestro de Molina y primer autor de la «Ciencia media»; *Fernando Martínez Mascarenhas* († 1628), *Santiago Granado* († 1632), *Gaspar Hurtado* († 1646), *Luis Torres* († 1635), *Enrique Enríquez* († 1608), *Francisco Lugo*, digno hermano del Cardenal.

⁸⁾ SCORRAILLE, R. DE, François Suárez. 2 vol. P. 1912-1913. Trad. cast. por Pablo Hernández. 2 vol. B. 1915. ROMMEN, H., Die Staatslehre des Fr. Suárez. 1927. RECASENS, L., La filosofía del derecho de Francisco Suárez. M. 1927. GONZÁLEZ RIVAS, S., Un tratado inédito de Suárez sobre la Ciencia Media. En Miscel. Com., 9 (1948), 59-132. *Diversos estudios sobre Suárez*, en *Estudios Ecl., Rev. de Fil., Razón y Fe, Pensamiento y Miscel. Comill.*, 1948. SOLÁ, FR. DE P., Suárez y las ediciones de sus obras. B. 1948. SUÁREZ, Obras. Misterios de la vida de Cristo. En B. A. C. 2 vol. M. 1948-1950.

Fuera de España sobresalen: en primer lugar, el belga *Leonardo Lessio* († 1628), teólogo eminente, como lo prueban sus tratados «*De gratia efficacia*» y «*De perfectionibus div.*»; *Egidio Coninck* († 1633), discípulo suyo, del que conservamos excelentes obras teológicas; *Martín Becano* († 1625), notable por su claridad y concisión. En Alemania sobresalieron más bien los teólogos venidos del extranjero. Forma una gloriosa excepción el P. *Adán Tanner* († 1682), discípulo de Gregorio de Valencia, a quien emula dignamente en su «*Theologia scholastica*». En Italia descollaron: *Francisco Albertini* († 1619) y *Francisco Amico* († 1651), que compuso una «*Teología escolástica*» muy voluminosa. En Francia, finalmente, son dignos de mención: *Claudio Tiphano* († 1641), teólogo muy apreciable por su ingenio, y *Teófilo Raynaud* († 1663), muy original y a veces algo estrafalario.

548. d) Escuela franciscana y otras escuelas. La escuela escotista o franciscana, digna émula en otro tiempo de la tomista, mantuvo dignamente también en los siglos XVI y XVII las doctrinas de sus antiguos maestros. Uno de sus mejores representantes es *Lucas Wadding* († 1657), conocido, sobre todo, como autor de los «*Annales Minorum*», que hizo una nueva edición de las obras de Escoto y defendió acérrimamente sus ideas. Entre los representantes de la escuela escotista mencionaremos: *José Anglés* († 1587), *Francisco de Herrera* († cerca 1600), *Hugo Cavellus* († 1626); un grupo de conventuales italianos: *Bernardo de Regio* († 1536), *Francisco de Mazzara* († 1588), *Felipe Faber* († 1630), *Ángel Vulpes* († 1647). Los capuchinos se remontaron más arriba de Escoto: *Fr. Pedro Trigoso* († 1593), con su comenzada «*Summa Theologica ad mentem Sancti Bonaventurae*»; *Francisco de Coriolano* († 1625), autor de una «*Summa Theologiae*»; *José Zamora* († 1649); *Teodoro Foresto* († 1637); *Luis de Caspe* († ca. 1640), y otros muchos.

A todas estas escuelas e insignes teólogos habríamos de juntar todavía gran número de carmelitas, como *Fr. Pedro Cornejo* († 1618); benedictinos, como *Alfonso de Virués* († 1545), *Gaspar Ruiz* († 1639); cistercienses, como *Marsilio Vázquez* († 1611), y los agustinos *Dionisio Vázquez* († 1539), autor de diversos comentarios de San Juan; *Lorenzo de Villavicencio*, que dió gran impulso a la Teología con su obra «*De recte formando studio Theologiae*»; *Cristóbal de Santotis* († 1611), teólogo de Trento que nos dejó la gran obra «*Theatrum SS. Patrum*», y otros.

II. Otros estudios eclesiásticos

549. Al lado de los trabajos de carácter más directamente dogmático, ya fueran polémicos, ya teológicos, nos ofrece la ciencia eclesiástica del siglo XVI y principios del XVII multitud de obras exegeticas, canónicas o morales e históricas.

a) Estudios exegeticos o bíblicos. Los estudios bíblicos fueron fomentados por la necesidad de oponer a los innovadores una interpretación justa de la Sagrada Escritura. Por de pronto, no hay que olvidar que a principios del siglo XVI se había publicado en Alcalá, bajo el impulso del Cardenal Cisneros, la célebre Biblia poliglota Complutense, que suponía un avance gigantesco en obras de este género. En su edición habían intervenido los humanistas y escriturarios más célebres de España.

De gran importancia para el estudio de la Biblia fueron algunas gramáticas y diccionarios hebreos, introducciones a los libros sagrados, traducciones y ediciones del texto original. A este género de obras pertenecen las que publicaron *Luis de Tena* († 1622), *Francisco Pavone* († 1637) («Introductio in S. Scripturam») y *Martín de Cantalapiedra* († 1579), con sus «Regulae ad intelligendas Scripturas divinas». Entre los escriturarios, autores de ediciones de textos, debemos citar en primer término a *Benito Arias Montano* († 1598), quien editó la célebre Biblia poliglota que lleva su nombre.

Entre los escriturarios propiamente tales descuellan: el jesuita *Alfonso Salmerón* († 1586), teólogo pontificio en el Concilio de Trento, quien nos dejó su monumental comentario al Nuevo Testamento. No menos ilustre es el *P. Juan Maldonado* († 1583), también jesuita y profesor de París, conocido por su excelente Comentario de los Evangelios; el Cardenal *Francisco de Toledo* († 1596), célebre como colaborador en la edición de la Vulgata Clementina y con sus comentarios a San Juan y a los Romanos. Digno émulo de los anteriores fué *Nicolás de Lorena* († 1609), quien con sus trabajos contribuyó a cimentar sólidamente los estudios bíblicos.

A los escriturarios ya nombrados pueden añadirse: *Francisco Ribera* († 1579), que comentó el Apocalipsis; *Juan de Pineda* († 1637), *Benito Perera* († 1610), *Gaspar Sánchez* († 1628), *Jerónimo de Prado*, *Fernando de Salazar*, *Juan Lorin* († 1646), *Benedicto Justiniano* († 1622); *Cornelio a Lapide* († 1637), célebre por su obra de compilación de todos los comentaristas bíblicos, todos pertenecientes a la Compañía de Jesús. Además se distinguieron: los dominicos *Tomás de Maluenda* († 1628), *Antonio Aghelli* († 1618), *Cornelio Jansenio* († 1576), profesor de Douai y autor de una «Concordia», y finalmente *Guillermo Estius* († 1613), muy conocido y estimado por sus comentarios a las epístolas de San Pablo.

550. b) Estudios de Moral y Derecho canónico. La Moral se nos presenta generalmente como formando parte de la Dogmática, por lo cual los grandes tratados clásicos de Moral de este período están en íntima relación con las obras dogmáticas. Poco a poco se fué desligando la Moral hasta formar una rama especial de los estudios eclesiásticos. Por otra parte, el Derecho canónico se cultivó mucho más pronto, pero en unión con el Derecho civil, del que formaba parte. Después del Concilio de Trento se estudió por separado; pero entrado el siglo XVII, las obras de Derecho canónico están demasiado imbuídas del espíritu jansenista y galicano. Al mismo tiempo se fué desarrollando la nueva tendencia de la Moral, la llamada *Casuística*, que cuenta en el siglo XVII con los autores más eminentes.

Las grandes discusiones a que dió lugar el *probabilismo* y otras cuestiones morales pertenecen al período siguiente.

Como iniciador de la Moral especial o casuística debe ser considerado: *Martín de Azpilcueta*, llamado *Doctor Navarrus* († 1586), con su conocido «Manuale confessoriorum». Más propiamente moralistas son: *Juan Azor* († 1603), del que poseemos un tratado completo de Moral; *Tomás Sánchez* († 1610), jesuita como Azor, célebre por su tratado de «Matrimonio», el más completo que se ha escrito. Más célebre y mucho más discutido después, fué el *P. Antonio de Escobar y Mendoza* († 1669), quien con sus tratados generales de Moral dió ocasión a Pascal y a innumerables impugnadores a que tacharan de laxa su doctrina y la de los jesuitas. En la misma discusión tomó parte el teatino *Martín Bonacina* († 1631). Otros autores, como *Caramuel*, *Diana*, *Roncaglia*, *Concina*, pertenecen al período siguiente.

En el campo del Derecho Canónico notamos principalmente; *Juan P. Lancellotti* († 1561), quien reunió todos los conocimientos sobre estas materias en las «Institutiones Iuris Canonici»; *Diego de Covarrubias* († 1577), teólogo de Trento y gran conocedor de ambos Derechos, como aparece en sus obras; *Antonio Agustín* († 1586)⁹⁾, obispo de Tarragona, que tomó parte en el Concilio de Trento, y con su «Epitome iuris Pontificii» y otras obras se acreditó de gran canonista; *Agustín Barbosa* († 1649), de origen portugués, pero que mostró su erudición canonista en Italia con un voluminoso tratado de Derecho Eclesiástico; *Pablo Laymann* († 1635), autor de una preciosa obra de Moral, que resume todas las cuestiones debatidas.

551. c) Teología histórica. En el terreno de los trabajos históricos hubieron de hacer frente los católicos a las obras tendenciosas de los protestantes, lo cual dió origen a cierto resurgimiento de las ciencias históricas. Estas fueron aplicadas a la Teología y Sagrada Escritura, por lo cual se hicieron ya algunos trabajos de Historia Eclesiástica propiamente tal.

Figura de primer orden fué el agustino italiano *Onofre Panvinio* († 1568) con su «Chronicon ecclesiae» y «Epitome Romanorum Pontificum», que le merecieron el título de «Pater omnis historiae». Pero el historiador eclesiástico por antonomasia de este tiempo fué el oratoriano *César Baronio* († 1607) con sus

⁹⁾ GÓMEZ PINÁN, T., Antonio Agustín. Su significación en la ciencia española. En An. Hist. Der. esp., 5 (1928), 346 s. TOLDRA RODÓN, J., El gran renacentista español, D. Antonio Agustín... En Bol. Arq., 45 (1945), 3-5 p. LARRAMENDI, M. L., Miscelánea de noticias romanas acerca de D. Martín de A., Doctor Navarro. M. 1943.

célebres *Anales*, continuados luego por *Raynaldo*, *Laderchig* y otros.

De gran importancia para la arqueología cristiana fueron los trabajos de *Antonio Bosio* († 1629), sobre todo su «Roma sotterranea». Un buen principio de crítica de ediciones lo presentaron el jesuita *Santiago Sirmond* († 1651) y *Francisco Combéfis*, dominico, con sus *Bibliotecas de Padres griegos*. En este sentido se siguió trabajando notablemente en el período siguiente, al cual pertenece el primer desarrollo de dos obras insignes en el campo de la Historia eclesiástica: el «Acta Sanctorum» de *Juan Bolando*, S. J. († 1665), y las publicaciones de los maurinos.

Especial mención en este apartado merece el jesuita *Dionisio Petavio* († 1652), por ser el primero que intentó con cierta amplitud aprovechar en la Dogmática el método historicopatrístico. Con este sistema escribió su «Dogmata Theologica», «De Deo Uno et Trino» y otras obras. Por este mismo camino siguió el oratoriano *Luis Tomassin* († 1695).

552. d) Ciencias experimentales. En ellas podemos decir que apenas se trabajó nada. Sin embargo, ya en sus principios, comenzaron a manifestar una oposición decidida a los estudios teológicos. Esto dió ocasión al caso tristemente célebre de *Galileo Galilei* († 1642)¹⁰. Este célebre astrónomo se presentó como portavoz de la teoría defendida ya por Copérnico y rechazada generalmente por los teólogos, del movimiento de la Tierra alrededor del Sol. En 1616, durante el pontificado de Paulo V, se llegó por fin a un conflicto con la Inquisición romana, la cual entabló un proceso y declaró esta teoría como insostenible en Filosofía, y herética, por ser contraria a la Escritura. No se atuvo Galilei a esta sentencia, y en una obra publicada en 1632 la volvió a defender. Por esto tuvo que comparecer de nuevo ante el Santo Oficio, y allí, bajo la amenaza del tormento, fué obligado a retractarse. Es falso que de hecho se le aplicara el tormento.

Sobre estos hechos hay que decir, en primer lugar, que no se trata de decisiones infalibles pontificias. Por lo demás, es de sentir que un Tribunal como el Santo Oficio se equivocara en su sentencia. Ésta se explica, teniendo presente el estado de la Ciencia en aquel tiempo. Más tarde, cuando el movimiento terrestre se probó con toda claridad, no hubo dificultad en su admisión. Por lo demás, no hay que olvidar que la conducta de los protestantes contra Kepler fué mucho más dura, por supuesta disconformidad de sus ideas astronómicas con la Biblia.

¹⁰ *Sobre Galilei*: VACANDARD, E., Études de critique. 295-387. P. 1905. PASTOR, XII, 203 s.; XIII, 616. AUBANEL, P., Urbain VIII et Galilei. P. 1929.

553. e) Controversia sobre la gracia: Molinismo¹¹. En medio de este florecimiento general de los estudios teológicos y de las especulaciones más intrincadas sobre el dogma católico, no es de maravillar que surgieran algunas controversias más o menos apasionadas entre los doctores y escuelas. La más célebre es la que se entabló entre la escuela tomista y los jesuitas a fines del siglo XVI y principios del XVII, en torno al libro del P. Luis de Molina, «De liberi arbitrii cum gratiae donis... concordia» y a su teoría sobre la *Ciencia media*, el llamado *molinismo*.

La cuestión que se trataba de resolver era el modo como se debía compaginar la libertad humana y la necesidad e infalibilidad de la gracia eficaz para toda obra buena. El célebre dominico español Domingo Báñez y la escuela tomista presentaron el sistema llamado de la *praemotio physica* o predeterminación, según la cual Dios es quien determina la voluntad con un auxilio o gracia, que por su misma naturaleza es eficaz, pero al mismo tiempo con su omnipotencia hace que la libertad humana no sufra detrimento. Los jesuitas, en cambio, creyeron que este sistema no salvaba la libertad humana, y así idearon otro, consistente en que Dios, por la llamada «Ciencia media», conoce los futuros contingentes, por lo cual sabe lo que el hombre haría si tuviera esta o aquella gracia, y así da al hombre una gracia determinada, que no es eficaz por su naturaleza, sino por el consentimiento del hombre; pero de hecho, al darla Dios, sabe ya por la Ciencia media que lo es, y así lo predestina al bien según su beneplácito. Esta teoría fué ya expuesta por el jesuita portugués P. Fonseca; pero quien la desarrolló definitivamente fué el P. Luis de Molina, profesor de Évora, en el libro antes citado.

Sobre estas dos opiniones se entabló en España una apasionada controversia, que tuvo principio en Valladolid en 1594. La opinión de Báñez la defendían Tomás Lemos, y generalmente todos los dominicos; la de Molina, el jesuita Antonio de Padilla, Suárez, y en general los jesuitas. Por esto la controversia tomó cierto aspecto de lucha entre las dos Órdenes. Mientras los dominicos acusaban a Molina y a los jesuitas de que, por salvar la libertad humana, destruían el concepto de la gracia y aun la omnipotencia de Dios, los jesuitas acusaban a los dominicos de que, so pretexto de salvar la omnipotencia de Dios, destruían la libertad humana.

¹¹ Véanse las relaciones modernas de ASTRAIN, A., Hist. de la Comp. de Jesús en la Asist. de Esp., IV, 115-360. SCORRAILLE, François Suárez, I. 167 s. PASTOR, texto al. XI, 613 s.; XII, 163 s. STEGMÜLLER, Gesch. der Molinismus, I. En Beitr. Phil. Th. MA 1935. Además pueden verse las obras antiguas sobre esta materia: SERRY, Hist. Congreg. de Auxiliis... 1699. MEYER, Liv., Historiae controversiarum de divinae gr... Concordia initia et progressus. 1881. Además pueden consultarse: RIGNON, TH. DE, Bannes et Molina. P. 1883. ÍD., Bannésianisme et Molinisme, I. P. 1890. VANSTEENBERGHE, E., Art. Molinisme, en Dict. Th. Cath. RIEL, C. G. VAN, Beitrag zur Gesch. der Congregationes de Auxiliis. Berna 1921. LUIS DE MOLINA, Los seis libros de la Justicia y el Derecho. M. 1944. GARCÍA PRIETO, L., La paz y la guerra. Luis de Molina y la escuela española del siglo XVI en relación con la ciencia y el derecho internacional. Zaragoza 1944.

La controversia fué tomando proporciones cada vez mayores. Salamanca y Alcalá y los teólogos más insignes tomaron partido por una o por otra parte. Viendo al fin el Papa Clemente VIII que la contienda tomaba proporciones demasiado grandes, hizo trasladar la causa a Roma, imponiendo silencio entretanto a las dos partes. De esta manera, el 8 de enero de 1598 comenzaron las sesiones de la Congregación «De auxiliis divinae gratiae», nombrada por el Papa. Los jesuitas Miguel Vázquez, Pedro Arrúbal, La Bastida y más tarde Gregorio de Valencia disputaron contra los dominicos Diego Álvarez, Tomás de Lemos y Miguel de Ripa. Mientras el Cardenal Vernerio apoyaba decididamente a los dominicos, el Cardenal Bellarmino se puso con todo su prestigio de parte de los jesuitas. Entretanto murieron los dos protagonistas de ambos sistemas, Báñez y Molina, pero sus causas eran sostenidas con tenacidad por sus escuelas. Al fin, después de nueve años de discusiones, el 28 de agosto de 1607, Paulo V dió por terminada la controversia. La cuestión resultaba indecisa; ambas partes quedaban con libertad para enseñar sus respectivas sentencias, pero con rigurosa prohibición de designar como herética la opinión contraria. Más tarde se añadió la prohibición de publicar impresos sobre estas materias sin permiso especial de la Santa Sede.

III. Apogeo de la literatura ascética y mística ¹²⁾

554. Una de las manifestaciones más expresivas del apogeo intelectual de los siglos XVI y XVII son las diversas corrientes de ascetismo y las obras incomparables de ascética y mística que en ellas se nos ofrecen. En lo cual observamos que este florecimiento de la ascética y mística tiene lugar en España, nación que simboliza el resurgir católico de la Iglesia de este tiempo.

a) Diversas tendencias y escuelas ascéticomísticas. Como era natural, la doctrina fundamental ascética y mística, tal como aparece en este período de apogeo, está basada en los autores clásicos de la Edad Media y de la Antigüedad cristiana. Por esto es muy significativo el hecho de que en la reforma promovida por Cisneros, uno de los medios que éste empleó fué la reproducción de muchos escritos ascéticomísticos de la Antigüedad, como la «Escala espiritual» de S. Juan Climaco, diversas

¹²⁾ Pueden verse, sobre todo, las obras generales: POURRAT, La Spir. Chrét. III-IV, y GRABMANN, M., Hist. de la Teol. Cat., de quienes sacamos casi todo el contenido de este capítulo. Además: TORRENTS MASAGUER, L., Breve estudio de la mística española. B. 1936.

obras de S. Buenaventura y S. Bernardo, el Kempis, Gerson, Eckard, Taulero y algunos místicos de los Países Bajos. Esto explica el influjo que estos autores ejercieron en diversas escuelas y escritores ascéticos y místicos de España, como en S. Juan de la Cruz.

Ya en la primera mitad del siglo XVI aparece en España la primera floración de obras ascéticomísticas, en la que tuvieron la parte principal los franciscanos. De ellos procedían Alonso de Madrid, que publicó en Sevilla «El arte de servir a Dios»; Bernardino de Laredo († 1565), autor de «Subida del Monte Sión», aparecida en 1535, y sobre todo *Francisco de Osuna* († 1540) ¹³⁾ con su célebre «Abecedario espiritual», una de las obras más leídas y apreciadas por los grandes místicos del siglo XVI.

A los franciscanos siguieron los dominicos, al frente de los cuales se halla *Fr. Luis de Granada* († 1588), quien con sus tratados «De la oración y meditación», «Guía de Pecadores» y otros, escritos en elegante estilo, contribuyó como el que más a la difusión de una ascética sólida y segura. Entre otros autores pertenecientes a diversas escuelas y a mediados del siglo XVI, merecen especial mención: *Ludovico Blosio* († 1566), que fué uno de los tratadistas más influyentes de la Orden benedictina y escribió su «Institutio spiritualis»; el abad del Monasterio de Montserrat, *García Cisneros*, publicó hacia el 1500 el «Ejercitatorio de la vida espiritual», obra muy leída y que tuvo algún influjo en la ascética de S. Ignacio de Loyola; el Beato *Juan de Ávila* († 1569) ¹⁴⁾, quien con su admirable predicación, no menos que en sus escritos y cartas, se muestra uno de los más expertos directores de almas. Entre los agustinos de este tiempo sobresalen: *Sto. Tomás de Villanueva* († 1555), célebre arzobispo de Valencia, verdadero Santo Padre de su tiempo. El venerable *Luis de Montoya*, Beato Alfonso de Orozco, Fr. Sebastián Toscano, portugués, Fr. Malón de Chaide, venerable Tomé de Jesús y otros, que escribieron obras magníficas, modelos de estilo y repletas de doctrina ascética y mística. A ellos debemos añadir en nombre de *Fr. Luis de*

¹³⁾ ROS, FID. DE, Un Maître de Ste. Thérèse. Le père François d'Osuna. P. 1937. *Místicos franciscanos españoles*. 3 vol. en B. A. C. M. 1948-1949. ROS, F. DE, Le Fr. Bernardin de Laredo, Un inspirateur de Sainte Thérèse. P. 1948.

¹⁴⁾ JUAN DE ÁVILA, BTO., Obras espirituales. 2 vol. M. 1942. *Diversos estudios*, en Manresa, 1945. GARCÍA VILLOSLADA, R., Sermones inéditos del Bto. Juan de Á. En Est. Ecl., 19 (1945), 423 s.

¹⁵⁾ MONASTERIO, J., Místicos agustinos españoles. Vol. I. El Escorial. 1929. BELL, A. F. G., Luis de León. A study of the Spanish Renaissance. O. 1925. BORDOY-TORRENS, P. M., Momentos históricos de la gloria de F. Luis de L. En Ciud. D., 154 (1942), 451 y s. CRISÓGONO DE JESÚS, El misticismo de Fr. Luis de León. En Rev. Esp. 1 (1942), 30 y s. VOSSLER, K., Luis de León. 1943. FRAY LUIS DE LEÓN, Obras completas castellanas. Ed. por Fr. Félix García. M. 1944.

León¹⁵), quien con «Los Nombres de Cristo», «La perfecta casada» y otras obras se acreditó de estilista de primer orden, gran exegeta y no menos de notable tratadista ascético.

Un lugar especial en este cuadro de la ascética del siglo XVI merece el libro de los «Ejercicios de San Ignacio»¹⁶), que estableció principios nuevos que formaron desde entonces la base de la escuela de la Compañía de Jesús. Se caracteriza por un ascetismo esencialmente activo, que, comenzando con el uso constante de las tres potencias, llega a la contemplación adquirida, con el tipo ignaciano de las aplicaciones de sentidos. Otro rasgo característico de la ascética de los ejercicios de S. Ignacio es presentar la vida espiritual cristiana con un carácter militar, al que se acomodan los momentos más decisivos, sobre todo el de la elección de estado. El influjo de esta obra en lo sucesivo fué extraordinario.

555. b) Apogeo de la mística y ascética. El punto culminante de la ascética y mística españolas lo constituyen los dos célebres santos y escritores, *Sta. Teresa de Jesús* († 1582)¹⁷) y *S. Juan de la Cruz* († 1591)¹⁸). Las obras de la mística doctora,

¹⁶) *Exercitia spiritualia*: Ed. crit. en Mon. Hist. S. J., Monum. Ign., ser. II. M. 1919. BROU, A., Les exercices spirit. de S. Ignace, histoire et psychologie. P. 1922. ID., Saint Ignace maître d'oraison. P. 1925. BÖMINGHAUS, E., Die Ascese der Ignatian. Exerzitien. 1927. WATRIGANT, H., Collection de la Bibliothèque des Exercices de Saint Ignace. Enghien 1906-1926. MARIN, C. H., Spiritualia Exercitia secundum Romanorum Pontificum documenta. B. 1941. Además existen gran multitud de explicaciones o comentarios. Los más recientes son: SOLANES, B. 1942. MESCHLER, M., Explanación de las Meditaciones del Libro de los Ejercicios de San Ignacio de Loyola. 2 vol. Nueva ed. M. 1943. LA PALMA, L. DE, Camino espiritual de la manera que lo enseña S. Ignacio en su libro de los ejercicios. M. 1944. PINARD DE LA BOULAYE, H., Exercices spirituelles selon le méthode de Saint Ignace. 2 vol. P. 1944. ORAÁ, A., Ejercicios espirituales de S. Ignacio de Loyola. 2.ª ed. M. 1944. CASANOVAS, I., Comentario y explanación de los Ejerc. espirituales de San Ignacio de Loyola. Trad. por el P. Isla. 3 vol. B. 1945-1949. LARRAÑAGA, V., La espiritualidad de S. Ignacio de L. y la reforma católica. En Rev. esp., 1946, 155 s. PINARD DE LA BOULAYE, Saint Ignace de Loyola, directeur d'âmes. P. 1947. ID., La spiritualité Ignatienne. P. 1949.

¹⁷) *Sta. Teresa*, Obras de Sta. Teresa de Jesús, ed. por el P. Silverio de Santa Teresa. 9 vol. Burgos 1915-1924. HORNAERT, R., S. Thérèse écrivain. 2.ª ed. P. 1927. BERTRAND, L. (Biogr.). P. 1927. GABRIEL DE JESÚS, La santa de la Raza. Vida gráfica de Sta. Teresa de Jesús. 3 vol. Madrid 1929-1933. SAVIGNOL, M.-J., Sainte Thérèse de Jésus. Sa vie, son esprit, son oeuvre. Toulouse 1936. SANTA TERESA, SILVERIO DE, Historia del Carmen descalzo en España, Portugal y América. 8 vol. Burgos 1935-1936. CRISÓGONO DE J. SACRAMENTADO, Doctrina de Sta. Teresa. Ávila 1940. ID., Perfección y Apostolado según Sta. Teresa de J. M. 1942. HERRANZ ESTABLES, H., Flores del huerto de Sta. Teresa de Jesús. M. 1942. SANTULLANO, L., Obras completas de Sta. Teresa de Jesús. M. 1942. DOMÍNGUEZ BERTUETA, J., Santa Teresa de Jesús. M. 1944. JUVIGNY, P. DE, Sainte Thérèse à l'école du Christ. P. 1949. WAACH, H., Theresia von Avila. Leben und Werk. 1949.

¹⁸) CRISÓGONO DE JESÚS SACRAMENTADO, San Juan de la Cruz. Su obra científica y su obra literaria. 2 vol. M. 1929. SANTA TERESA, STL. DE, San Giovanni della Croce dottore della Chiesa. Milano 1929. HOORNAERT, R., L'âme ardente de St. Jean de la Croix. Bruges 1929. BRUNO DE JESÚS MARÍA, Saint Jean de la Croix. P. 1930. Obras editadas y anotadas por el P. Silverio de Sta. Teresa, C. D. 5 vol.

sobre todo la autobiografía, «Camino de perfección», «Las Moradas», pertenecen al tesoro de la más pura mística del mundo cristiano. En estilo inimitable presenta la mejor descripción de los estados místicos que pueda uno imaginar. Su alma gemela, S. Juan de la Cruz, nos expone asimismo el proceso interior de las almas hasta llegar a la «noche oscura» y a los estados místicos más sublimes. Sus obras principales «Subida al Monte Carmelo», «Noche oscura», «Cántico espiritual», forman un verdadero análisis psicológico y metafísico de la mística católica.

A fines del siglo XVI y primera mitad del XVII son verdaderamente innumerables los escritores de ascética y mística que aparecen en España, y sólo a mediados del siglo XVII, cuando en España declinaba ya este apogeo, comienza a brillar el de la Francia rejuvenecida. He aquí algunos nombres principales: los dominicos Cristóbal de la Cruz († 1615), Pedro Blasco († 1618); *Alonso de Cabrera* († 1598), célebre sobre todo como predicador, pero autor también de sólidos tratados ascéticos; los franciscanos Diego de Estella († 1572), Antonio de Guevara, Diego de Murillo († 1605), Sor María de Agreda, con su precioso epistolario y su «Mística ciudad de Dios»; el jesuita S. Francisco de Borja († 1572), con diversos opúsculos ascéticos; el carmelita Jerónimo Gracián de la Madre de Dios († 1614), el benedictino Antonio de Alvarado († 1611), y Juan de Castañiza y el cartujo Antonio de Molina († 1612).

Más conocidos todavía son: *Alfonso Rodríguez* († 1616), célebre por su «Ejercicio de perfección y virtudes cristianas»; *Pedro de Ribadeneyra* († 1611), con su «Tratado de la Tribulación»; *Luis de la Palma* († 1630), gran comentador de los Ejercicios en su «Camino espiritual»; *Álvarez de la Paz* († 1620), uno de los tratadistas más estimados en su «De vita spirituali...»; *Luis de la Puente* († 1624), uno de los autores predilectos de la ascética española y teólogo profundo al mismo tiempo, con sus célebres Meditaciones y «Guía espiritual».

Grupo especial aparte y hermosas primicias del florecimiento ascético francés del siglo XVII, forma el melifluido *S. Francisco de Sales* († 1622)¹⁹), quien con su incomparable «Filotea», su

Burgos 1931 s. CRISÓGONO DE JESÚS S., San Juan de la Cruz. B. 1935. En Bibl. Pro Eccl. et Patria. 2. SANDOVAL, A. DE, San Juan de la Cruz. El Santo, el Doctor místico, el poeta. M. 1942. SABINO DE JESÚS, San Juan de la Cruz y la crítica literaria. Santiago de Chile 1942. DOROTEO DE LA SAGRADA FAMILIA, Guía espiritual de la contemplación... según la doctrina de... San Juan de la Cruz. B. 1942. HERRERO, M., S. Juan de la Cruz. *Cántico Espiritual*. M. 1942. VALBUENA PRAT, A., Poesías completas de S. Juan de la Cruz. B. 1942. GABRIEL DI S. M. MADDALENA, San Giovanni della Croce direttore spirituale. Florencia 1942. JIMÉNEZ DUQUE, B., Una interpretación moderna de S. Juan de la Cruz. En Rev. espir. de T., 4 (1944), 315 s. ALAEJOS, A., Personalidad filosófica de S. Juan de la Cruz. En Rev. Esp., 3 (1944), 49 s. CHANDEBOIS, H., Portrait de saint Jean de la Croix. P. 1948.

¹⁹) HAMON, A. I. M., Vie de St. François de Sales. Nueva ed. P. 1917. STROWSKI, F., St. François de Sales. Nueva ed. P. 1928. MÜLLER, M., Frohe Gottesliebe, Das religiös-sittliche Ideal des hl. Franz von Sales. 1933. WATRIN, E., Die welt-

«Teótimo» y otras obras aparece como uno de los mejores expositores de la ciencia del amor y merece el dictado de «santo amable por excelencia», que hace amable la virtud y la ascética cristiana.

556. c) **Vida cristiana** ²⁰⁾. Con lo dicho se puede ya formar una idea aproximada de la vida del pueblo cristiano en el siglo XVI. En este punto hay que hacer una distinción fundamental entre los pueblos latinos, preservados de la herejía, y los que fueron víctimas de las innovaciones religiosas. En estos últimos, la situación moral, que a principios del siglo era tan deficiente como se vió en otro lugar, fué empeorando y produjo un estado de postración deplorable, según lo dan a entender las excentricidades de los anabaptistas y las crueldades de la guerra de los campesinos. Los ejércitos de religiosos y religiosos apóstatas, la libertad y el individualismo, que predicaba la falsa reforma, contribuyeron eficazmente a una decadencia creciente de las costumbres cristianas. Sin embargo, desde mediados del siglo XVI, aparece en estos países una poderosa reacción, debida a la actividad de las diversas fuerzas de la reforma católica, el Concilio de Trento, los Papas de la Reforma y las Órdenes religiosas.

Frente a esta situación de las regiones infestadas por la herejía, las naciones latinas, particularmente España e Italia, experimentaron en este tiempo un resurgir cristiano extraordinario. Aunque algo retrasado, notamos también en Francia este mismo fenómeno, por lo cual podemos hablar de apogeo de la vida y costumbres cristianas en las naciones latinas. Aquella pléyade de escritores ascéticos que acabamos de conmemorar; las nuevas Órdenes religiosas y las antiguas nuevamente reformadas; todas las instituciones eclesiásticas renovadas por el Concilio de Trento, no hicieron otra cosa que fomentar el espíritu profundamente cristiano del pueblo. Uno de los indicios más claros de este resurgimiento de la vida cristiana en las naciones latinas es el sinnúmero de santos que florecieron en este período, y de que se ha hablado ya. Son los fundadores o reformadores de Órdenes religiosos: S. Ignacio de Loyola, S. Juan de la Cruz, Sta. Teresa de Jesús, S. Juan de Dios, S. Camilo de Lelis, Los Papas, obispos y doctores que dieron ilustre ejemplo de su doctrina y virtudes: S. Pío V, S. Carlos Borromeo, S. Roberto Bellarmino, S. Francisco de Sales, S. Pedro Canisio. Los grandes apóstoles que ilustraron al mundo con su predicación y ejemplo: S. Francisco Javier, S. Francisco de Borja, S. Felipe Neri, Sta. Magdalena de Pazzis, Sta. Rosa de Lima, S. Francisco Solano, S. Luis Beltrán, y otros innumerables.

557. d) **El culto y constitución cristiana**. El Concilio de Trento y la piedad del pueblo cristiano contribuyeron a fomentar el culto católico. Como reacción contra la campaña protestante, que iba particularmente enderezada contra la misa, los sacramentos, indulgencias y contra casi todas las prácticas del culto católico, el Concilio de Trento dió sabias disposiciones para que se corrigieran o previnieran los abusos. Conforme a lo prescrito en el Concilio, se publicaron los nuevos libros litúrgicos y se procuró la mayor uniformidad posible en la Iglesia occidental. Es cierto que varias iglesias conservaron algunas particularidades, como Colonia, Milán, Lyon, Toledo; pero otras muchas se acomodaron al rito romano, cuya aceptación urgieron constantemente los Papas.

En la celebración de las fiestas de precepto existía gran variedad en la Iglesia, pues los obispos tenían facultad de prescribirlas en sus diócesis. Aun las prescritas para toda la Iglesia eran muchas en número. Primero en Alemania (Ratisbona, 1524) y luego en Francia (Burdeos, 1583), se dieron algunas disposiciones para limitar las fiestas de precepto. Por fin

anschauliche Grundlage der Introduction à la vie dévote des hl. Franz von Sales... 1935. LECLERCQ, J., Saint François de Sales, docteur de la perfection. Nueva ed. Tournai-P. 1948. MANDERINI, Th., S. Francisco di Sales. Brescia 1949.

²⁰⁾ EISENTRAU, E., Die Feier der Sonn- und Festtage seit dem letzten Jahrhr. des Mittelalters. 1914. LÖFFLER, Ph., Die Marian. Kongregationen. 5.ª ed. 1924.

el Papa Urbano VIII en 1642, por la bula «Universa», redujo a treinta y cuatro las fiestas mayores, fuera de los domingos.

En la constitución de la Iglesia apenas hubo innovaciones dignas de mención. Como tales debemos enumerar: la erección de *Nunciaturas* en las naciones o regiones católicas, que comienzan a aparecer a principios del siglo XVI. Las primeras fueron las de España, Venecia y Viena. Por otra parte, conforme a las ordenanzas del Concilio de Trento, la *dignidad episcopal* quedó muy reforzada. Su *elección* por parte de los capítulos catedralicios quedó también bastante limitada por las concesiones hechas a los reyes.

Para la debida formación del clero dió el Concilio de Trento acertadas disposiciones. Con el fin de evitar la ignorancia de tantos sacerdotes, prescribió exámenes especiales antes de las órdenes, para las cuales el único competente era el propio obispo. Más práctica era la disposición sobre la erección de *seminarios* especiales para la formación del clero, al menos en cada provincia eclesiástica. A partir de Trento comienzan a aparecer los llamados *seminarios conciliares*.

IV. Las artes al servicio de la Iglesia católica ²¹⁾

557. Una de las manifestaciones más características de la cultura y prosperidad material y religiosa de un pueblo son las artes en sus diversas aplicaciones. Por esto, no es de maravillar que mientras en los países minados por la herejía daban pocas muestras de vida, en los países latinos, llenos de nueva savia religiosa, experimentasen las artes un inusitado esplendor.

Este arte nuevo, como nacido de la exuberancia de vida religiosa, es fundamentalmente religioso, y por efecto, sin duda, de la cultura renacentista que le precedió, tiende a la imitación de las formas y aun de los motivos clásicos. Esto, unido al ansia de magnificencia, novedad y originalidad propios de la época, nos explica la formación y las características del nuevo *arte barroco*. En su primer estadio es el mismo arte del Renacimiento, con la tendencia a una mayor ornamentación y recargo de formas.

a) **Pintura y escultura**. Dejando a un lado las letras y poesía, que presentan en este tiempo un carácter eminentemente religioso, fijémonos sobre todo en la pintura y escultura, así como también en la arquitectura, que tienen una aplicación

²¹⁾ ANDRÉ-CUELL, G., Barrocco. P. 1924. RIEGL, A., Die Entstehung der Barockkunst in Rom. 2.ª ed. 1923. BRINCKMANN, A. E., Die Kunst des Barocks und Rokos. 1924. WÖLFFLIN, H., Renaissance und Barock in Italien. 4.ª ed. 1926. SCHUBRING, P., Die Kunst der Hochrenaissance. 1926. MÄLE, E., Die Kunst des Barocks in Italien, Frankreich, Deutschland und Spanien. 2.ª ed. 1929. En Propyläen-Kunstgesch. Id., L'art religieux après le Concile de Trente. P. 1932. M. Noz, A., Roma barocca. Milano 1919. CROCE, B., Storia dell'età barocca in Italia. Bari 1929. BRAUN, J., Die belgischen Jesuitenkirchen. 1907. Id., Die Kirchenbauten der deutschen Jesuiten. 2 vol. 1908-1909. Id., Spaniens alte Jesuitenbauten. 1913. FARINELLI, A., Italia e Spagna. 2 vol. Turin 1929. TESORO de arte universal. Reproducción de las mejores obras de arte del mundo. B. 1934. WEINMANN, K., Das Konzil von Trient und die Kirchenmusik. 1919. FELLNER, K. G., Palestrina. 1930. Id., Grundzüge der Gesch. der kathol. Kirchenmusik. 1929.

directa al culto cristiano. En Italia había pasado ya el apogeo del Renacimiento; sin embargo, en el siglo XVI se desarrolla como una nueva fase del mismo apogeo, que toma las formas características del arte barroco. En Bolonia se distinguió la escuela de los *Caracci*, Luis y Agustín, notable por su plasticidad en las representaciones de Cristo. El pintor *Domenichino* († 1641) se deleitó más bien en los grandes contrastes; *Guido Reni* (fallecido en 1642), hombre original y de concepción profunda, que supo dar a sus Madonnas y figuras de Cristo una belleza de forma y unción verdaderamente ideal. A éstos debemos juntar otros citados anteriormente, que desarrollaron gran parte de su actividad en este período, como Miguel Ángel, Rafael, Correggio, Ticiano. Además, en la escuela de Venecia empieza a dominar el llamado *manierismo* o convencionalismo, que no quita, sin embargo, la originalidad y el mérito a los grandes artistas, como *Jorge Vasari* († 1574), *Angel Bronzino* († 1572), *Federico Baroccio* († 1612). Como representantes de una tendencia más naturalista, se presentan: *Caravaggio* († 1609), *Tintoretto* († 1574), *Veronese* († 1588), *Dolci*, *Rosa* y *Guercino*.

En los Países Bajos ²²⁾ florecieron en este tiempo algunos artistas pintores, dignos de ser parangonados con los mejores italianos y españoles. Tales son: *Rubens* († 1640), pintor oficial de los Países Bajos españoles, fecundo y original, el mejor representante del barroquismo en la pintura; *Rembrandt* (fallecido en 1674), célebre por el expresionismo y dominio de los colores; *A. van Dyck* († 1641), el pintor más equilibrado de la escuela flamenca. Alemania nos presenta sus grandes pintores *Alberto Dürero* († 1528), *Matías Grünewald* († 1530) y *Hans Holbein* († 1543), insignes por su expresionismo y fuerza de colorido. *Lucas Cranach*, aun siendo protestante, pintó preciosas Madonnas y siguió siendo el mejor representante de la pintura alemana.

558. b) Pintura y escultura en España. La pintura en España ²³⁾, primero bajo el influjo de los Países Bajos, luego bajo el de Italia, llegó a una completa independencia y experimentó su época más brillante. Todavía bajo el influjo extranjero, están los valencianos *Juan Vicente Macip* y su hijo *Juan*

de Juanes († 1579), a quien se llegó a llamar «el Rafael español»; asimismo algunos flamencos venidos a España, *Francisco Frutet* y *Pedro de Campaña* (Kampeneer) y otros de la misma escuela de Sevilla. A este grupo hay que juntar el extremeño *Luis de Morales*, denominado «El Divino», que se caracteriza por cierta independencia y grandiosidad. *Juan Fernández Navarrete* fué uno de los mejores discípulos de los pintores italianos. Como retratistas se distinguieron: *Antonio Moro* (Mor), flamenco; el español *Alonso Sánchez Coello* († 1588) y *Juan Pantoja de la Cruz* († 1610).

El apogeo de la pintura española tiene lugar en la segunda mitad del siglo XVI y primera del XVII, y presenta un carácter preferentemente religioso. Uno de los pintores más originales, lleno de espiritualidad y expresionismo típicamente barroco, es el griego *Domenico Theotocópoulos*, que se domicilió y trabajó en España, donde se le conoce con el nombre de El Greco. Son célebres sus cuadros: El entierro del Conde de Orgaz, el Cardenal Inquisidor y gran multitud de retratos y pinturas religiosas. A su lado debemos colocar a los valencianos *Ribalta*, *Ribero* y *Espinosa*, entre los cuales sobresale *José Ribera* († en 1652), que vivió y trabajó largo tiempo en Italia, donde se le llamó el «Spagnoletto». Se distingue por su realismo, a veces algo pesimista, y la expresión y contraste de sus cuadros religiosos: La Dolorosa, San Sebastián y Los Apóstoles.

La escuela sevillana experimentó días de gloria con *Juan del Castillo*, *Francisco Herrera el Mozo*, *Juan Valdés Leal*; pero sobre todo con *Francisco de Zurbarán* († 1664), el gran pintor de las escenas religiosas, maestro del color y de los contrastes; *Bartolomé Esteban Murillo* († 1682), que aventaja a todos los pintores españoles en la dulzura de sus composiciones religiosas. Su nombre ha quedado inmortalizado por las Inmaculadas y las diferentes Madonnas. A su punto culminante llegó la escuela sevillana con *Diego Rodríguez de Silva y Velázquez* († 1660), quien en sus diversos viajes a Italia aprendió toda la técnica de la pintura, que unida a su genio del pincel lo convirtió en el pintor más completo entre los primeros del mundo. El Cristo de Velázquez, Los borrachos, Las lanzas, Las hilanderas, Las meninas, los diversos retratos de Felipe IV, dan una idea de la fecunda inspiración de este hombre genial.

Al lado de los pintores de primer orden sobresalieron en España una serie de *imagineros* o *escultores* de no menor inspiración. Como discípulos de Miguel Ángel se distinguieron: *Bartolomé Ordóñez* y, sobre todo, el palentino *Alonso Berruguete*, quien dejó en toda España monumentos acabados de un expresionismo encantador. Contemporáneos suyos son Gaspar

²²⁾ H. IZINGA, I., *Holländische Kultur des 17. Jh.* 1933. GRÜCK, G., *Rubens van Dyck und ihr Kreis.* 1933. WEISBACH, W., *Rembrandt.* 1926. NEWMANN, C., *Rembrandt.* 4.ª ed. 2 vol. 1924. ROOSER, M., *L'oeuvre de Rubens.* 5 vol. Antwerpen 1886-1891.

²³⁾ KERRER, H., *Spanische Kunst von Greco bis Goya.* 1926. WILLUMSEN, J. E., *La jeunesse du peintre El Greco.* 2 vol. P. 1927. MAILLARD, C., *Le Greco.* P. 1931. LOGA, A. VON, *Die Malerei in Spanien im 14. bis 18. Jh.* 1923. JUSTI, C., *Murillo.* 2.ª ed. 1904. ÍD., *Diego Velázquez und sein Jahrhundert.* 1933. MAYER, A., *Historia de la pintura española.* 2.ª ed. M. 1942.

Becerra, Juan de Juni, Nájera y Tordesillas. Por influjo de Felipe II vinieron a España los escultores lombardos llamados *Leoni*, que formaron a muchos artistas españoles, como *Juan de Arfe Villafañe* y *Lesmes Fernández de Moral*. Por otra parte, la escuela castellana recibe un impulso gigantesco con el gran artista de la imagen, *Gregorio Fernández* y su escuela de Valladolid. La Piedad, la Virgen de las Angustias y otras muchas imágenes hablan todavía de su inspiración religiosa y profunda. Dignas competidoras de la escuela castellana son las de Sevilla y Granada con sus incomparables maestros *Juan Martínez Montañés*, *Juan de Mesa*, *Alonso Cano*, *Pedro de Mena*, José de Mora y Pedro Roldán. Las muchas imágenes que se han conservado de estos insignes artistas, sobre todo de Montañés, Cano y Mena, pertenecen a las más preciadas joyas del arte español.

559. c) La arquitectura barroca. En la arquitectura es donde se manifiestan claramente las características del arte barroco que se presenta en este tiempo. Es una falsa concepción el considerar el barroco como arte decadente. Fué una manera propia de expresar los sentimientos de la época con una exuberancia de forma que en otros tiempos no se entendería.

Al principio de este período domina todavía el estilo del Renacimiento, cuya obra maestra es la *Basílica de San Pedro* de Roma, imitada luego en otros muchos templos. El plan primero de Bramante y de Miguel Ángel fué completado por el gran maestro *Maderna* y luego por el no menos grande *Bernini*. En Venecia se siguió todavía el tipo del Renacimiento con *Andrés Palladio* y Sansovino, y en Roma por *Jaime Vignola* en la iglesia del Gesú. Poco después el barroco se desarrolla con toda rapidez, sobre todo en Roma, que es donde mejores monumentos nos ha dejado. Los maestros más notables fueron: ante todo, *Lorenzo Bernini* († 1680) y *Francisco Borromini* († 1667). A estos dos grandes maestros siguen el teatino *Guarini* y el jesuita *Pozzo*.

En España, la arquitectura del Renacimiento tuvo gran desarrollo en el siglo XVI y nos dejó monumentos insignes, como la catedral de Jaén. Este estilo fué sustituido por el llamado estilo de *Herrera*, de formas severas y secas, pero grandiosas y efectistas. Su encarnación más conocida es *El Escorial*, y, en general, Felipe II fué quien más lo promovió. Como reacción contra la sequedad del estilo herreriano se pasó al barroco español, con marcada tendencia a recargar la ornamentación en todas las formas posibles. El estilo ideado por Churriguera abusa más todavía de la decoración, pero en algunos monumen-

tos presenta un conjunto agradable y armónico. Entre los arquitectos del barroco son dignos de mención: Francisco Mora, Gaspar Ordóñez, Juan Bautista Crescenzi, el hermano jesuita Francisco Bautista, en la iglesia de San Isidro de Madrid. Propagadores del estilo churrigueresco, además de José Churriguera, fueron *Alonso Cano*, pintor, escultor y arquitecto; Sebastián Herrera, su discípulo, y *Francisco Herrera el Mozo*, que proyectó la basílica del Pilar.

EDAD MODERNA
(1648-1950)

Absolutismo de los príncipes y descristianización de la sociedad ¹⁾

560. La Edad Moderna, en contraposición con la precedente, que termina en la paz de Westfalia, se caracteriza por una serie de movimientos ideológicos, fruto espontáneo de las revoluciones religiosas de la Edad anterior. La Edad Nueva prepara y realiza la gran revolución religiosa, que tiene por resultado la división de la cristiandad en dos grandes confesiones. Esta revolución y la consiguiente división quedan substancialmente terminadas en 1648. En cambio, las generaciones que siguen reciben la herencia de las ideas sembradas por los innovadores protestantes, y estas ideas van produciendo sus frutos naturales, que son: el subjetivismo más radical, el nacionalismo exagerado y la negación de la autoridad pontificia, el indiferentismo religioso, la revolución más desenfrenada, el racionalismo, ateísmo, materialismo y los errores sociales de nuestros días.

Por otra parte, teniendo presentes los acontecimientos que se desarrollaron en este tiempo, podemos claramente distinguir dos períodos, separados por la Revolución francesa y bien caracterizados por sus rasgos propios.

El primer período, que corre desde la paz de Westfalia (1648) hasta la Revolución francesa (1789), se distingue, en

¹⁾ VEIT, L. A., vol. IV, 1-2 de *Kirchengesch. de Hergenröther-Kirsch*, enteramente refundido. WEISS, Hist. Univ., trad. cast., vol. 10-24. CAMBRIDGE, Modern Hist. LAVISSE, ed. Ibarra (cfr. n.º 124, notas 1 y 2). RANKE, L. VON, *Die röm. Päpste in den letzten vier Jh.* 3 vol. 11.ª ed. 1907. EHRHARD, A., *Kathol. Christentum und Kirche Westeuropas in der Neuzeit.* 2.ª ed. 1909. En *Kultur der Geg. I*, 4. PASTOR, L. VON, *Geschichte der Päpste*, vol. XIV-XVI: *Zeitalter des fürstl. Absolutismus. 1929-1932*; trad. cast., vol. 35-37. B. 1936. Como continuación: SCHMIDLIN, J., *Papstgesch. der neuesten Zeit.* 3 vol. 1933-1936. HAYWARD, F., *Histoire des Papes.* 1929. SEPPELT, F. X., *Das Papstum in der neueren Zeit (1534-1789).* 1936. En *Gesch. des Papstums*, vol. V. SCHNÜRER, G., *Kathol. Kirche und Kultur in der Barockzeit.* 1937. IBARRA ROÍRÍG, E., *Historia del mundo en la Edad Moderna*, XI. B. 1942. MURET, P., PH. SAGNAC, *La prépondérance anglaise, 1715-1763.* En *Peupl. et Civil.*, 11. P. 1949. RAYNER, R. M., *European History, 1648-1789.* L. 1949. PRÉCLIN, E., TAPIÉ, V. L., *Le XVII siècle. Monarchies centralisées, 1610-1715.* 2.ª ed. P. 1949.

primer lugar, porque en él queda marcada definitivamente la división de confesiones y se entra en un estadio de tolerancia, que más bien significa abierto indiferentismo. Pero lo más típico es que la idea del Estado lo va absorbiendo todo, y así surge el sistema absolutista más exagerado, que llega a su apogeo en la Francia de Luis XIV. El galicanismo, el febronianismo y josefinismo no fueron más que aplicaciones prácticas de estos principios. En último término, como consecuencia de todo lo dicho, aparecen los enemigos más encarnizados de la Iglesia, el filosofismo y el enciclopedismo, que le declaran una guerra solapada, pero intensa. El resultado es la Revolución francesa.

El segundo período de la Edad Moderna es el resultado natural de los anteriores. A la guerra promovida por el protestantismo, por el absolutismo y sus secuaces los jansenistas, galicanos y enciclopedistas, siguió la inmensa catástrofe de la Revolución francesa con todas sus consecuencias, que se sintetizan en la descristianización creciente de la sociedad. Desde el punto de vista eclesiástico, esto tuvo la consecuencia de romper las relaciones entre la Iglesia y el Estado y la persecución cada vez más violenta de los principios cristianos.

Pero esta persecución tuvo la virtud de suscitar una reacción poderosa de todos los valores de la Iglesia, personificados en el Papa. Por esto, tan pronto como termina el período de la revolución, surgen en Francia, en Alemania, en todas partes, nuevas figuras, que dan nuevo esplendor al catolicismo y lo defienden de los enemigos que siguen intensificando sus campañas de destrucción. Por otra parte, desde mediados del siglo XIX, los grandes progresos de la ciencia materializan más y más a la sociedad. El socialismo y el comunismo la pervierten con sus falacias; se intensifica la persecución. Esto da motivo a una nueva reacción católica. La Iglesia se espiritualiza cada vez más. Sobre la base del Concilio Vaticano, la autoridad moral de los últimos Pontífices adquiere un valor sobrehumano, frente a todas las fuerzas del materialismo ateo, con la defensa del dogma, la intensificación de las misiones y el ejemplo de su conducta.

PERÍODO I (1648-1789)

Absolutismo de parte de los príncipes ²⁾

561. Este período comienza con la paz de Westfalia, que significaba una derrota del Catolicismo y aseguraba al protestantismo los territorios conquistados. Dos cosas caracterizan la situación religiosa de los siglos XVII y XVIII, ambas como consecuencia de estos hechos. Por una parte, la posición de los príncipes se robustece y como consecuencia predominan las corrientes de independencia y usurpación de los derechos pontificios. Por otra, aumenta el individualismo y descristianización creciente de la sociedad, que se manifiesta en el enciclopedismo y la falsa ilustración, y en la guerra abierta contra la Iglesia. Todo ello termina con la catástrofe de la Revolución francesa.

CAPÍTULO I

Actividad general del Pontificado y sus primeras luchas

Como consecuencia de las luchas religiosas y la guerra de los treinta años, el Papado perdió una buena parte de su prestigio. Esto no obstante, tuvo que continuar luchando contra nuevos enemigos, que el espíritu del tiempo le oponía.

I. Principales representantes del Papado ³⁾

Frente a las tendencias absolutistas de los reyes y en particular de los ministros de Francia Richelieu y Mazarino, los

²⁾ PICOT, M. P. J., *Mémoires pour servir à l'Hist. ecclésiastique pendant le XVIII.^e siècle*. 3.^a ed. 7 vol. P. 1853 1887. IMWICH, M., *Gesch. des europäischen Staatensystems von 1660-1789*. 1905. KASER, K., *Gesch. Europas im Zeitalter des Absolutismus (1660-1789)*. 1923. *Proßla n-Weltgesch. etc.*, vol. VI: *Das Zeitalter des Absolutismus (1660-1789)*. 1932. HART NG, F., *Neuzit von der Mitte des 17. Jh. bis zur französischen Revolution*. 1932. SAINT-LÉGER, A., SAGNAC, PH., *La prépondérance française, Louis XIV (1661-1715)*. P. 1935. *En Peuples et Civil.*, vol. X.

³⁾ DESHAYE, E., *Artic. Alexandre VII, propositions condamnées par lui*. en *Dict. Th. Cath.* PASTOR, XIV, 1, 303 s.

Papas defendieron con tenacidad sus derechos y los de la Iglesia. En general, se puede afirmar que los Romanos Pontífices de este período fueron muy dignos y que supieron hacer frente a los embates cada vez más vehementes que el absolutismo de los reyes, la falsa religiosidad del jansenismo y el espíritu anticristiano de los enciclopedistas lanzaron contra la Iglesia. Sin embargo, su debilidad se fué haciendo cada vez más patente.

562. a) Inocencio X (1644-1655) y Alejandro VII (1655-1667) ⁴⁾. Después de Urbano VIII, testigo de casi toda la guerra de los treinta años y de la tendencia francamente adversa que iba tomando por la intervención de Richelieu, *Inocencio X* protestó inútilmente contra la paz de Westfalia por sus disposiciones anticatólicas. Por otra parte, se desvivió por dar a la Iglesia y a Roma, aun materialmente, un estado de prosperidad, en particular con ocasión del Año Santo de 1650.

Sucedíole *Alejandro VII*, a cuya elección se había opuesto Mazarino ⁵⁾. Así se explica que encontrara desde un principio grandes dificultades en Francia. Muy sensible para el Papa, de un modo particular, fué su exclusión en la paz de los Pirineos (1659) entre Francia y España. Por ella se confirmaba la hegemonía de Francia y la humillación de los Papas. Por otra parte, el esfuerzo de Alejandro VII por unir las potencias cristianas contra el peligro de los turcos fué contrarrestado sistemáticamente por el político francés. Es célebre el caso del embajador Créquy, que terminó con la humillante paz de Pisa (1664).

En cambio, Alejandro VII ejerció una actividad muy beneficiosa en otros asuntos. Así, logró mejores relaciones con la Señoría de Venecia, obteniendo la admisión oficial de los jesuitas. Muy importante fué asimismo la conversión de Cristina de Suecia. En 1665 fué recibida solemnemente en Roma, donde murió en 1689. Perteneció también a las actividades más loables de su pontificado la intervención en los asuntos del jansenismo y del probabilismo. Por otra parte, siguió la tradición del Pontificado como Mecenas de las artes y protector de la cultura cristiana en todas partes. Alejandro VII debe ser considerado como uno de los creadores del período brillante del barroco romano.

b) Inocencio XI (1676-1689) ⁶⁾. Este Pontífice fué sin duda uno de los más ilustres de la Edad Moderna. Era hombre de religiosidad profundísima, de grande erudición y de un tesón inquebrantable en la defensa de los derechos de la Iglesia. La

⁴⁾ CIAMPI, I., *Inocencio X Pamfili e la sua Corte*. R. 1878. FRIEDENSBURG, W., *Regesten zur deutschen Gesch. aus der Zeit Innocenzs X.* R. 1904.

⁵⁾ COVILLE, H., *Étude sur Mazarin et ses démêlés avec le Pape Innocent X.* P. 1914.

⁶⁾ IMMICH, M., *Papst Innocenz XI (1676-1689)*. 1901. BOJANI, F. DE, *Innocent XI. Sa correspondance avec ses nonces*. 3 vol. R. 1910-1912.

lucha más tenaz y persistente tuvo que mantenerla frente al absolutismo arrollador de Luis XIV, que suscitó una serie de cuestiones en puntos vitales para la Iglesia. Tales fueron: las regalías de la corona y el galicanismo con todas sus consecuencias, el derecho de asilo de los embajadores y el jansenismo.

El peligro turco ocupó de nuevo la atención de la curia romana. Los turcos llegaron a apoderarse de Candía y amenazaban de cerca a Italia y al Occidente. Por otra parte, Luis XIV los azuzaba contra Polonia y Austria, y aun consta que llegó a aliarse con ellos. El Papa obtuvo al fin la unión entre Leopoldo I de Austria y Juan Sobieski de Polonia, los cuales consiguieron librar a Viena, y el 12 de septiembre de 1683 lograron la gran victoria de *Kohlenberge*.

La actuación de Inocencio XI en las cuestiones doctrinales fué de extraordinaria importancia. En 1679 condenó sesenta y cinco proposiciones laxistas. Con esto terminó la violenta campaña en torno a estas materias contra los jesuitas. Asimismo condenó el molinosismo o quietismo, tachando sesenta y ocho proposiciones entresacadas de los escritos de Molinos. Además procedió con toda decisión contra los enemigos más formidables de la Iglesia en su tiempo, el jansenismo y el galicanismo.

Los Papas *Alejandro VIII* (1689-1691) e *Inocencio XII* (1691-1700) fueron dignos sucesores de los precedentes y tuvieron el consuelo de terminar las dificultades con la corte de Francia, logrando que Luis XIV retirara la declaración de 1682.

563. c) Clemente XI (1700-1721) ⁷⁾. Tuvo un pontificado largo y difícil, pero defendió dignamente a la Iglesia y sus derechos. El acontecimiento que más sinsabores le trajo fué la guerra de sucesión española, que estalló al principio de su pontificado.

Como señor feudatario de Nápoles y Sicilia, dependientes de España, se vió obligado a intervenir en tan desdichado asunto. Pero las consecuencias eran que a cualquier parte a que se inclinaba, la otra tomaba medidas radicales de represalia. Así sucedió, en efecto, que forzado por las victorias de los austríacos y viéndose en Roma mismo amenazado por los imperiales, reconoció finalmente en 1709 a Carlos, el contrincante de Felipe de Borbón. Las consecuencias fueron desastrosas. Sin tener en cuenta estas circunstancias, Felipe V rompió las relaciones con la Santa Sede, y se emprendió en España una denigrante campaña contra Roma. En la paz de *Utrecht* terminó por fin el conflicto (1713). Con Amadeo II de Sicilia se iniciaron grandes contiendas. El Papa, ante los abusos que se cometían con los privilegios contenidos en la llamada *Monarchia Sicula*, la suspendió; pero Amadeo no hizo caso alguno. Esto dió origen a una contienda cada vez más encarnizada, de modo que el Papa, al fin, lanzó el entredicho sobre la isla. En represalia fueron desterrados 3000 sacerdotes, y en esta forma siguió la lucha hasta 1718, en que Sicilia pasó a los españoles.

⁷⁾ POMETTI, F., *Studi sul Pontificato di Clemente XI*. En Arch. reale soc. Rom. Storia. 14 (1742-1756). 2 vol. P. 1912.

Clemente XI tuvo que intervenir también en los asuntos del jansenismo y de su ulterior prolongación por Pascasio Quesnel, en lo cual fueron de gran trascendencia sus bulas «Vineam Domini», «Universi Dominici gregis», y sobre todo «Unigenitus». De gran importancia fué asimismo la intervención pontificia en la célebre cuestión de los ritos chinos y malabares, en la cual por medio de decretos y de sus legados Tournon y Mezzabarba procuró a todo trance impedir el uso de los llamados *ritos chinos*, defendidos principalmente por los misioneros jesuitas.

Frente a todas las tribulaciones, causadas por dificultades religiosas y políticas, experimentó Clemente XI una gran satisfacción con la victoria del príncipe Eugenio sobre los turcos en Belgrado el año 1717, con otras de menor importancia. *Inocencio VIII* (1721-1724) se distinguió por su hábil administración. *Benedicto XIII* (1724-1730) tuvo que intervenir en la última fase del jansenismo en oposición al galicanismo de Francia. *Clemente XII* (1730-1740) vió en su pontificado el espinoso asunto de los *convulsionarios* jansenistas, contra quienes se tomaron enérgicas disposiciones. Por lo demás, se distinguió por su actividad constructora, con lo que dotó a Roma de importantes monumentos.

564. d) Benedicto XIV (1740-1758). Tal fué el nombre que tomó el célebre canonista Próspero Lambertini al ser elevado al solio pontificio. En él se distinguió por su erudición, su actividad y esfuerzos por llegar a la concordia, para lo cual hizo algunas veces concesiones tal vez excesivas. Esto no obstante, su pontificado marca un paso adelante en el abismo de la irreligiosidad y en la guerra contra la Iglesia y el Pontificado.

El valor de sus escritos es reconocido por todos, sobre todo «De synodo dioeclesiana». Durante su pontificado publicó además bulas importantes, como sobre la penitencia y sobre los ritos chinos. En sus relaciones con los diversos Estados, tuvo que sobrellevar tribulaciones gravísimas. En la guerra de sucesión de Austria (1740-1748), en que los Estados pontificios tuvieron que intervenir, tomó una posición neutral. Por otra parte, procuró varios concordatos con diversos Estados, llevado siempre del espíritu de la más amplia condescendencia. Tales fueron: los de Piamonte (1741), Nápoles-Sicilia (1741), España (1753), Austria (1757). Hasta qué punto llegaban sus concesiones, lo muestra el de España.

En cuestiones doctrinales, además de los diferentes temas de gran trascendencia tratados en sus escritos y los resueltos en sus relaciones internacionales, frente a los jansenistas mantuvo con suavidad, pero tenazmente, la bula «Unigenitus». Durante su pontificado tomó cada vez más fuerza el enciclopedismo, con su guerra contra la religión, y comenzó la gran campaña contra los jesuitas.

Clemente XIII (1758-1769) tuvo un pontificado agitadísimo, pues mientras los librepensadores de todos los matices hacían una guerra

obstinada a la Iglesia y se empeñaban en la destrucción de la Compañía de Jesús, él mantuvo el prestigio de la Iglesia y defendió con energía a los jesuitas, publicando una nueva bula de aprobación. En medio de tantas calamidades de la Iglesia, brillaron en este tiempo hombres insignes del temple y erudición de un San Alfonso María de Liguori (†1787).

Clemente XIV (1769-1774) ^{a)} no tuvo la energía de su predecesor para oponerse a la presión del espíritu jansenista y librepensador, y cediendo a su presión, sacrificó a la Compañía de Jesús, sin que por ello obtuviera la paz deseada.

565. e) Pío VI (1775-1799) ^{a)}. Hombre de grandes prendas personales, se distinguió por su sólida formación, su piedad y su atractivo natural; pero su pontificado fué el final de una catástrofe, que se venía ya de tiempo preparando: la Revolución francesa.

Como gobernante, los Estados pontificios le deben el haber deseado una serie de pantanos, el arreglo de la administración y la construcción de preciosos edificios. En asuntos de carácter doctrinal tuvo que intervenir con decisión. Muy particularmente se vió obligado a luchar contra el febronianismo, y sobre todo contra el llamado josefinismo, de José II. Con objeto de poner fin a este abuso, Pío VI hizo un viaje a Viena; pero en realidad no obtuvo nada. Al mismo género pertenecen las luchas incesantes contra las regalías de las Cortes borbónicas, que servían a los ministros enciclopedistas como instrumento para toda clase de extorsiones y abusos. Pero el colmo de los sufrimientos lo trajo a Pío VI la Revolución francesa.

II. Francia en el apogeo de su absolutismo con Luis XIV. El galicanismo ¹⁰⁾

566. Coincidiendo con la decadencia de la hegemonía de España durante los reinados de Felipe III (1598-1621) y Fe-

^{a)} THEINER, A., *Gesch. des Pontifikates Clement XIV*, 1853. RAVIGNAN, F., *Clément XIII et Clément XIV*, 2 vol. P. 1854. PASTOR, XVI, 1, 443 s.; XVI, 2. CRECHTO, L., *Il Pontifice Clemente XIV nel vol. XVI*, p. 2 della «Storia dei Papi» di Ludov. von Pastor. R. 1934. KRATZ, G.; LETURIA, P., *Intorno al «Clemente XIV» del Barone von Pastor*, R. 1935.

^{b)} HAYWARD, F., *Le dernier siècle de la Rome pontificale*. I. Clément XIV, Pie VI, Pie VII (1769-1814). P. 1924. GENDRY, I., *Pie VI*, 2 vol. P. 1907.

¹⁰⁾ LAVISSE, E., *Hist. de France*, t. VII, 1, 2; VIII, 1. SAINT-LÉGER, A. DE, SAGNAC, PH., *La prépondérance française sous Louis XIV* (1661-1715). P. 1935. PRUNEL, L., *La renaissance catholique en France au XVII^e siècle*. P. 1921. GÉRIN, CH., *Louis XIV et le Saint-Siège*, 2 vol. P. 1894. DESJÉVISES DU DEZERT, G., *L'Eglise et l'État en France*, I (1598-1801). P. 1907. HFINECKER, W., *Die Persönlichkeit Ludwigs XIV*, 1915. BERTRAND, L., *Louis XIV*, P. 1923. MENTZ, G., *Ludwig XIV, sein Reich und seine Zeit*, 1922. DEJEU, J., *Le rôle politique des protestants français, 1715-1794*, 2 vol. 1925. VAI MAS, G. DE, *L'éveil missionnaire de la France*, Lyon 1942. *Œuvres*, *Lettres et documents du Père Joseph de Paris concernant les missions étr.* Lyon 1942. DEVISMES, B., *Unité religieuse, unité nationale*. P. 1946. SAGNAC, PH., A. DE SAINT-LÉGER, *Louis XIV, 1661-1715*, 3 ed. en *Peupl. et Civil.*, X. P. 1948. PAGÉS, G., *Naissance du grand siècle*. La France de Henri IV à Louis XIV, 1598-1661. P. 1948. VEDGWOOD, C. V., *Richelieu and the french Monarchy*, L. 1949.

lipe IV (1621-1665), comienza el siglo del apogeo francés, que abarca los reinados de Luis XIII (1610-1643) y Luis XIV (1643-1715). Lo más característico de este tiempo es, junto con la prosperidad que llegó a adquirir el catolicismo en todas sus manifestaciones, el absolutismo de los reyes, sobre todo de Luis XIV, que aspiraba a la preponderancia del Estado sobre la religión. Su manifestación más palpable y violenta fueron las diversas cuestiones del galicanismo.

a) **Apogeo de la vida católica** ¹¹⁾. Ante todo, es un hecho que, como en Francia tuvieron origen los principales movimientos heterodoxos de este tiempo, así también allí tuvo su apogeo la vida católica y surgieron instituciones y hombres providenciales. Esto tuvo lugar, sobre todo, durante la primera mitad del siglo XVII y durante todo el reinado de Luis XIII. Colaboraron en esta obra y le dieron gran esplendor una serie de nuevas creaciones, encaminadas a la reforma y fomento cultural del clero, tales como el *oratorio francés*, fundado por *Pedro Bérulle*; los *Sulpicianos*, obra de *Juan Jac. de Olier*, y las diversas obras de los dos grandes apóstoles *S. Francisco de Sales* y *S. Vicente de Paúl*.

Índice del apogeo religioso es la *Sociedad del Santísimo Sacramento*, descubierta y muy estudiada recientemente. A ella pertenecían las personas más ilustres de la sociedad francesa. Con su carácter oculto, tenía por objeto dar consistencia al sentimiento católico y animar mutuamente a los verdaderos creyentes. Se la ha denominado *masonería católica*. Por otra parte, una de las cosas en que más apareció el prestigio del catolicismo en la Francia de Luis XIV fueron los grandes oradores eclesiásticos. Baste nombrar: a *Bossuet* ¹²⁾, uno de los hombres más elocuentes que han existido; con su fogosa palabra trabajó incansablemente en defensa de la religión. *Fenelón* ¹³⁾ fue hombre de una potencia de convicción extraordinaria, educador, asceta y orador de primera categoría. *Bourdaloue*, llamado el «predicador del Rey» por antonomasia, que mantenía en suspenso a toda la Corte con su palabra arrebatadora y su lógica inflexible. Asimismo *Masillon*, *Fléchier* y otros notabilísimos predicadores de la época.

En este ambiente y en el de perfecta unidad y absoluto dominio de la nación, se explica que Luis XIV llegara a entablar una guerra a muerte contra los hugonotes. Se comenzó por el empleo de algunos medios pacíficos para convertirlos al catolicismo; pero bien pronto se hubo de recurrir a las medidas de violencia, que culminaron con la *suspensión del Edicto de Nantes*, en octubre de 1685. El destierro de los predicantes, los castigos más rigurosos contra los obstinados, todo esto hizo que el mismo Fenelón y el Papa Inocencio XI desaprobaran

¹¹⁾ FOUQUERAY, H., *Histoire de la Comp. de Jésus en France*. III-IV. P. 1913-1925. BREMOND, H., *Histoire littér. du sentiment relig. en France*, vol. 2 s. P. 1915 s.

¹²⁾ LANGEMARE, E., *Bossuet et la société française*. P. 1910. GAZIER, A., *Bossuet et Louis XIV*. P. 1914. SOUDAY, P., *Bossuet*. P. 1915 s.

¹³⁾ DRUON, H., *Fenelón*. 2 vol. P. 1903-1906.

medidas tan draconianas. Pero Luis XIV mantuvo su política de intransigencia, con lo cual se calcula que abandonaron a Francia unos 200 000 hugonotes. Esta política ha sido muy criticada; pero de hecho, aunque continuaron en Francia algunos círculos protestantes, arrancó el mal de raíz.

567. b) **Primeras manifestaciones del galicanismo francés** ¹⁴⁾. Otra de las manifestaciones típicas de este espíritu intransigente y absolutista de Luis XIV, es el galicanismo con las diversas cuestiones que lo acompañaron y siguieron. Su tendencia era la supremacía del Rey en unión con la Iglesia nacional, frente al poder y jurisdicción pontificios.

Basándose en algunas concesiones hechas por León X a Francisco I, algunos teólogos y canonistas franceses, como Pithou y Richer, defendieron con tesón ciertas prerrogativas o derechos reales. Uno de estos derechos era el llamado de las *regalias*, que consistía en que, durante la sede vacante de una diócesis, el rey cobraba las rentas y proveía las parroquias. Luis XIV quiso extender este derecho a todas las provincias recién conquistadas, lo cual dió principio a una lucha enconada. Sólo dos obispos de los ciento veinte de Francia se resistieron a la voluntad real. Estos fueron *Pavillon*, de Alet, y *Caulet*, de Pamiers, los dos acérrimos jansenistas, pero, por lo demás, defensores de los derechos pontificios. Contra ellos, pues, y contra otros recalcitrantes procedió Luis XIV con gran rigor, y como los dos obispos habían apelado a Roma, surgió la contienda entre Roma y Francia. Todas las reflexiones del Papa al clero francés y a Luis XIV fueron inútiles.

568. c) **Las libertades galicanas**. El colmo lo puso la asamblea general del clero de 1681-1682, la cual, en primer lugar, reconoció el derecho de regalía de la Corona, con la extensión de Luis XIV; pero, lo que fue más grave, proclamó los cuatro principios del galicanismo, las llamadas *libertades galicanas*. Según ellos, a S. Pedro y a sus sucesores les fue entregada la potestad en lo espiritual, no en lo civil; además, persisten los decretos del Concilio de Constanza sobre la superioridad de los Concilios sobre el Papa; de aquí que el uso del poder pontificio debe ser regido por los cánones, pero juntamente deben ser admitidas las costumbres tradicionales de la Iglesia de Francia; aun en las cuestiones de fe, el Papa no es infalible, si no se añade el consentimiento de la Iglesia.

Estos cuatro principios habían sido redactados por *Bossuet*, quien, aunque más moderado que otros muchos, se había constituido en portavoz de estas tendencias nacionalistas. La mayor

¹⁴⁾ *Collectio Lacensis*, I. 1870. DUBRUEL, M., ARQUILIEBRE, H. X., *Artic. en Dict. Apol. Ind., Artic. Galicanisme*, en *Dict. Th. Cath. Ind., Innocent XI et l'extension de la Régale*. P. 1906. SÉVESTRE, E., *Les idées gallicanes et royalistes du haut clergé à la fin de l'ancien régime*. P. 1917. MARTIN, V., *Le galicanisme politique et le clergé de France*. P. 1929. *En Bibl. Instit. Droit canon.*, vol. III. Ind., *Les origines du Gallicanisme*. 2 vol. P. 1939. LÉCLER, J., *Qu'est-ce que les libertés de l'Eglise gallicane*. En *Rech. Sc. Rel.*, 23 (1933), 385-410, 542-568; 24 (1934), 47-85.

parte del clero se puso de hecho de su parte. Al clero debe juntarse también un buen número de religiosos, entre ellos el confesor del Rey, el jesuita P. Lachaise.

Naturalmente, en Roma surgió en seguida una gran oposición. *Inocencio XI* protestó contra los cuatro artículos, y pasando más adelante, comenzó a negar la confirmación a los nuevos obispos que habían tomado parte en la asamblea de 1681-1682. Con esto sucedió que en 1688 eran treinta y cinco las sedes episcopales vacantes. La lucha se fué haciendo cada día más intensa.

569. d) La libertad de las embajadas. *Inocencio XI*, en efecto, con el fin de atender mejor al orden público, suspendió el derecho de asilo que poseían las embajadas y los barrios contiguos, pues en realidad eran el refugio de los perseguidos por la justicia. Todas las embajadas se sometieron a esta medida tan racional de política, excepto la francesa. Por esto el Papa llegó a excomulgar al embajador, marqués de Lawardin. Inmediatamente al tener noticia de ello, *Luis XIV*, poniendo en práctica los principios galicanos, apeló a un Concilio, ocupó en represalia los territorios pontificios de Aviñón y Venaisin y prendió al Nuncio.

Al fin, *Luis XIV* tuvo que volver atrás, lo cual no fué poco en su carácter. Con el cambio de Pontífice se llegó a un arreglo, renunciando el Rey al derecho de asilo y devolviendo las posesiones papales.

No fué tan fácil el arreglo de la cuestión general del galicanismo y de los cuatro artículos. *Alejandro VIII* volvió a condenarlos. *Inocencio XII* insistió en lo mismo. Por esto, al fin *Luis XIV* se vió obligado a ceder, a lo cual contribuyó el hecho de que su posición frente a las potencias europeas iba empeorando. Así, pues, en 1693 declaró que retiraba el edicto sobre la ejecución de los cuatro artículos galicanos. Por otra parte, los obispos que habían participado en la asamblea general mostraron al Papa su arrepentimiento, y sólo entonces recibieron la aprobación pontificia. En lo esencial, el conflicto quedaba resuelto con el triunfo de la ortodoxia. Sin embargo, el espíritu galicano continuó en Francia y fuera de ella produciendo tristes efectos.

III. El jansenismo y su obstinada lucha contra la ortodoxia ¹⁵⁾

570. Los errores de Bayo, de que se habló en otro lugar, continuaron produciendo efectos demoledores. No son otra cosa

¹⁵⁾ CARREYRE, J., Artíc. Jansénisme, en Dict. Th. Cath. RECDÉLÈVRE, A. DE, Artíc. Jansénisme, en Dict. Apol. Además: POURRAT, P., La spiritualité chrét., IV, 2, P. 1928. BREMOND, H., Histoire littéraire du sentiment religieux en France, vol. IV: La Conquête Mystique. L'école de Port-Royal. P. 1923. MEYER, A. DE,

las contiendas ocasionadas por el jansenismo y los principios mortíferos que éste defendía. Desde los Países Bajos, donde nació, extendióse a Francia, y allí fué luego uno de los mayores enemigos de la Iglesia en los siglos XVII y XVIII.

a) Jansenio y las primeras luchas contra él. Cornelio Jansen recibió su educación en Utrecht y Lovaina, y allí bebió las doctrinas de Bayo. Desde 1617 trabajó en Lovaina, y en 1630 fué nombrado allí mismo profesor de Exegética; pero elevado en 1636 al obispado de Iprés, murió en 1638. De hecho pasó una vida relativamente oculta y con una actividad muy limitada, pero al morir dejó una obra, cuyo título era «Augustinus, sive doctrina Sancti Augustini de humanae naturae sanitate, aegritudine, medicina adversus Pelagianos et Massilienses». Esta obra fué publicada, por deseo expreso de Jansenio, dos años después de su muerte. Sobre ella versa toda la cuestión del jansenismo.

Comprende tres partes: 1. «Historia del Pelagianismo». 2. «De gratia primi hominis, angelorum, de statu naturae lapsae et purae». 3. «De gratia Salvatoris». En esta última parte expone su concepto de la gracia, como algo que lo obra todo de una manera irresistible, pues el hombre no puede de sí nada. Esta doctrina encontró inmediatamente buena acogida en muchos elementos, que estaban ya preparados con las ideas bayanas. A esta disposición general debe añadirse la incansable actividad del abate *Saint-Cyran*, fanatizado con estas nuevas ideas, que presentaba como doctrina de S. Agustín y como síntesis del ascetismo más elevado. De hecho se extendió rápidamente.

Pero bien pronto los jesuitas reconocieron el peligro y procuraron desenmascararlo. Así, pues, ya en 1641 la obra fué condenada por decreto de la Congregación del Índice, y en 1642 *Urbano VIII* la prohibió por la bula «*In imminenti*». Con esto se dió principio a la gran contienda en torno a este libro y su condenación pontificia. Por de pronto, los defensores de Jansenio veían en el acto del Papa la condenación de S. Agustín, e iniciaron una campaña apasionadísima contra ella. En esta campaña se señalaron: en primer lugar, el abate *Saint-Cyran*; pero sobre todo se distinguió el célebre *Antonio Arnauld* ¹⁶⁾, jefe del jansenismo, quien trabajó incansablemente por la causa jansenista y contra la Compañía de Jesús. Desempeñaron igual-

Les premières controverses jansénistes en France (1640-1649). Louvain 1917. GAZIER, A., Histoire générale du mouvement janséniste. 2 vol. P. 1922 (sectario). BOURNET, L., La querelle janséniste. P. 1924. BUONAUTI, C., Giansenio. Milán 1928. CROIX-RUY, J., Le Jansénisme. Pascal et Port-Royal. P. 1931. ABELLÁN, P. M., Fisonomía moral del primitivo jansenismo. Granada 1942. VILLAERT, L., Les origines du Jansénisme dans les Pays-Bas catholiques. Bruselas 1948.

¹⁶⁾ CARREYRE, J., Artíc. Antoine Arnauld, en Dict. Geogr. Hist.

mente un papel muy importante las monjas del monasterio cisterciense de Port-Royal, centro vital del jansenismo, sobre todo la abadesa *Angélica Arnauld*, y los llamados *Solitarios de Port-Royal*¹⁷⁾, hombres pertenecientes a la primera nobleza y fanatizados por la causa de Jansenio.

Todos estos elementos se entregaron con gran apasionamiento a la propaganda del jansenismo. Una de las obras que entonces se publicaron fué «De la frecuente Communion». En ella aparece uno de los lados más peligrosos del movimiento, es decir, que bajo apariencias de perfección, iban a parar a un rigorismo y subjetivismo exagerado, que destruía la piedad cristiana. Por desgracia el Parlamento se puso de parte de los jansenistas, por lo cual el Episcopado se fué alarmando, y así ochenta y ocho obispos, a quienes se juntó el popularísimo S. Vicente de Paúl, acudieron a Roma.

Ante estas y otras insistentes reclamaciones, *Inocencio X*, en la bula «Cum occasione» de 1653, *censuró las cinco proposiciones*, entresacadas del libro de Jansenio, las cuales habían sido también condenadas por la Sorbona. Son consecuencias de la falsa doctrina fundamental de Jansenio sobre la doble delectación: la delectación superior o «relative victrix» y la delectación inferior.

571. b) Contienda sobre las cinco proposiciones. Con esto comenzó la célebre controversia sobre la *quaestio iuris* y *quaestio facti* de las cinco proposiciones de Jansenio. Los jansenistas negaban que tales proposiciones se hallaran en Jansenio, y aun pasando más adelante, negaban al Papa la facultad de declarar este hecho: era la *quaestio facti*. Sobre esta cuestión, esto es, sobre el hecho de si se hallaban o no en Jansenio, basaba el *silentium obsequiosum* al Romano Pontífice.

La lucha siguió más encarnizada. La Sorbona arrojó a Arnauld y a otros sesenta doctores, rebeldes a la autoridad del Papa. Los jansenistas, en cambio, arreciaron su campaña contra los jesuitas. Entonces fué cuando *Pascal*¹⁸⁾ publicó su célebre obra «Lettres Provinciales», que constituían una diatriba sarcástica contra la moral de los jesuitas. El tópico que entonces se puso de moda contra la Compañía fué su laxismo y corrupción. Por desgracia, los jesuitas quedaron desde entonces muy desacreditados.

Contra todos los subterfugios y diatribas, *Alejandro VII* en 1656 publicó la declaración de que las cinco proposiciones eran de hecho

de Jansenio. *Alejandro VII* propuso una nueva fórmula en 1664, y obligó a todos a suscribirla. Pero tampoco esta vez encontró una aceptación general. Cuatro obispos (de Alet, Beauvais, Angers, Pamiers) se rebelaron contra ella, pretendiendo que bastaba el silencio obsequioso. De nada sirvió que, movido por miras políticas, Luis XIV desde 1660 persiguiera el jansenismo. Las monjas de Port-Royal cayeron en censura, y el obispo de París puso en entredicho su monasterio; pero ellas no se sometieron. Solamente al subir al trono *Clemente IX* se llegó por fin a una inteligencia. Los cuatro obispos rebeldes aceptaron la fórmula de *Alejandro VII*; pero en un acta separada hicieron reservas que manifestaban su rebeldía. Con esto se hizo la llamada *paz Clementina* (1668). Muchos jansenistas se reconciliaron entonces con la Iglesia. Pero muchos continuaron haciéndole una guerra oculta.

572. c) Nueva fase del jansenismo. Estando así las cosas, a principios del siglo XVIII volvió a resucitar la contienda en una forma nueva y violenta. En el verano de 1701 se propuso el célebre *caso de conciencia*. Cuarenta doctores de la Sorbona declararon que no era motivo suficiente para negar la absolución el defender el silencio obsequioso. Contra este dictamen se pronunciaron varios obispos, sobre todo *Bossuet* y el mismo Papa *Clemente XI* en 1703. Pero los adversarios no se dieron por satisfechos, y así en julio de 1705 *Clemente XI* publicó la bula «*Vineam Domini*», en la que declaraba expresamente que no bastaba el silencio obsequioso, y que las cinco proposiciones debían ser rechazadas *ore et corde*. Sin embargo, el clero, imbuído entonces en los principios galicanos, sólo quiso aceptarla mediante la aprobación de la asamblea del clero francés. Por otra parte, las monjas de Port-Royal se negaron resueltamente a admitirla, lo que les acarreó un nuevo entredicho.

573. d) Pascasio Quesnel¹⁹⁾. Entretanto apuntaba un nuevo movimiento con *Pascasio Quesnel*. Huído a Bélgica, como otros jansenistas, durante la persecución de Luis XIV, desde 1671 publicó en varias ediciones sus «*Réflexions Morales*». La obra era enteramente jansenista; pero por cierto misticismo en que estaba envuelta, halló muy buena acogida. La edición de 1694 llevaba además la aprobación del obispo *Noailles de Châlons*. En dicha obra se defendía de una manera particular la fuerza de la gracia, que era de hecho *irresistible*.

En 1708 la obra fué censurada por *Clemente XI*; pero en Francia se levantó al punto una gran oposición. Antonio de Noailles, entonces Cardenal arzobispo de París, se negaba a retirar la aprobación que había dado al libro. En estas circunstancias, a petición de Luis XIV, fué examinada de nuevo la obra por una comisión especial, y en 1713 *Clemente XI* publicó

¹⁷⁾ SAINTE-BEUVE, C. A., Port-Royal. 6 vol. 6.ª ed. P. 1901 s. MONLAUR, R., Angélique Arnauld. P. 1901. HALLAYS, A., Les solitaires de Port-Royal. P. 1927. SANDERS, E. K., Angélique de Port Royal. L. 1928. LAPORTE, J., La doctrine de Port-Royal (Saint Cyran, Ant. Arnauld). 2 vol. P. 1923.

¹⁸⁾ Lettres provinciales, éd. définitive por F. Strowski. P. 1926. STROWSKI, F., Pascal et son temps, 3 vol. 3.ª ed. P. 1909-1913. GIRAUD, V., Pascal, l'homme, l'oeuvre, l'influence. 4.ª ed. P. 1922. CHEVALIER, J., Pascal. P. 1936.

¹⁹⁾ LE ROY, A., Correspondance de P. Quesnel. 2 vol. P. 1900. INGOLD, A. M. P., La seconde phase du Jansénisme. P. 1900. CARREYRE, J., Le Jansénisme durant la Régence. Louvain 1932. En Bibl. Rev. Hist. Eccl., 3-4. CAHEN, L., Les querelles religieuses et parlementaires sous Louis XV. P. 1913. VILLAERT, L., Bibliotheca Janseniana belgica. I. P. 1949.

la célebre bula *Unigenitus* ²⁰⁾, en la que se condenaban 101 proposiciones de la misma.

La batalla se hizo con esto más furiosa. Mientras en las demás naciones la decisión pontificia era admitida sin dificultad, en Francia se intensificó la oposición. Noailles accedió al fin a retirar su aprobación del libro de Quesnel; pero él y otros siete obispos se negaban a aceptar la bula, con la excusa de que algunas de las 101 proposiciones sonaban bien si se las consideraba por separado.

La confusión aumentó durante la regencia de *Felipe de Orleans* (1715-1728). Cuatro obispos llegaron a apelar a un Concilio universal, siguiendo en esto la doctrina galicana. Esta apelación contra la bula «*Unigenitus*» la hicieron suya otros obispos, a quienes se juntaron las Universidades de París, Reims, Nantes y centenares de católicos. Francia entera se dividió en dos campos: los *appellantes* y los *acceptantes*. El Parlamento pertenecía a los primeros. El punto culminante de todo el conflicto lo forma la bula «*Pastoralis officii*», publicada por Clemente XI en 1718, y la nueva apelación contra la misma, hecha por Noailles y otros muchos obispos.

Así siguieron las cosas, hasta que en 1720 alborcó un cambio favorable a la ortodoxia, en el que parece intervino el nuevo rey Luis XV. Después de largas discusiones, subterfugios y excusas, Noailles aceptó simplemente la bula «*Unigenitus*» en octubre de 1728, y su ejemplo fué imitado por otros muchos.

Desde entonces el jansenismo fué perdiendo en Francia. Todavía se hizo un esfuerzo con los pretendidos milagros y éxtasis de algunos, los llamados *convulsionarios*, sobre todo los que decían se obraban sobre el sepulcro del diácono Francisco de París. Pero en realidad, como movimiento general, el jansenismo había perdido su prestigio. En cambio, continuó ejerciendo su maléfico influjo en muchos particulares, disfrazado de muy diversas maneras. En Holanda los refugiados franceses formaron una Iglesia jansenista cismática, la *Iglesia de Utrecht*, que persistió bastante tiempo.

IV. El quietismo de Molinos y de madame Guyon ²¹⁾

574. El quietismo es un movimiento muy propio de los períodos de efervescencia religiosa, y significa cierto fanatismo del tipo de algunas sectas gnósticas o de algunos cátaros, albigenses o begardos medievales, que solía retoñar con frecuencia en la Iglesia.

a) **Quietismo de Molinos** ²²⁾. Su principal propagador en el siglo XVII fué *Miguel Molinos*, español, si bien su actividad se desarrolló en Italia, mientras sus ideas se extendieron principalmente en Francia. Desde 1669 lo encontramos en Roma, donde bien pronto gozó de gran aceptación como director de almas. Su fama de hombre espiritual subió de punto al publicar su célebre obra «*Guía espiritual*».

²⁰⁾ SCHILL, A., Die Constitution «*Unigenitus*». 1876. LE ROY, A., France et Rome de 1700-1715. P. 1892.

²¹⁾ POURRAT, Spir. Chrét., IV. 196 s. Además: PACQUIER, J., Artíc. en Dict. Th. Cath. Id., Qu'est-ce que le Quietisme? P. 1910.

²²⁾ DUDON, P., Le Quietisme espagnol Michel Molinos (1628-1696). P. 1921.

Según Molinos, el blanco de la santidad consiste en la absoluta pasividad y paz interior, de modo que el alma no desee la virtud y perfección y no desarrolle actividad alguna: el *quietismo*. A este estado lo llamaba *annihilatio*. En él ya no podía pecar el alma, aunque exteriormente pareciera que traspasaba los mandamientos. Pronto se vió el peligro, y en consecuencia se sujetó a examen esta doctrina. Así lo hizo la Inquisición desde el año 1685. El resultado fué que en 1687, Inocencio XI censuró sesenta y ocho proposiciones suyas. Molinos tuvo que abjurar y fué condenado a encierro vitalicio en un monasterio. Con estas medidas fué desapareciendo poco a poco el movimiento quietista en Italia, de modo que, aunque en el siglo XVIII retoñó en el sacerdote *José Beccarelli*, también éste fué condenado rápidamente.

575. b) **El quietismo en Francia**. Más consistencia llegó a alcanzar en Francia. Su promotora principal fué la viuda *Juana M. de la Motte Guyon*, muy propensa a sueños místicos. Apoyada por el barnabita *Francisco Lacombe*, se dió a propagar las ideas quietistas, que culminaban con la expresión de que debía servirse a Dios con amor puro y desinteresado, que excluye el galardón, y esto no como un acto, sino como un estado.

Ante el peligro de estas propagandas, Lacombe fué alejado de la dama por orden del Ordinario y aun más tarde encarcelado hasta su muerte. Madame Guyon, por su parte, fué también examinada varias veces; pero ella continuaba defendiendo sus teorías con gran entusiasmo. El efecto no se dejó esperar. Muchas personas piadosas, y aun muchos eclesiásticos, se dejaron fascinar por las nuevas ideas. El mismo Fenelón se entusiasmó por ellas. Las célebres *conferencias de Issy* (1694), presididas por Bossuet, fijaron en treinta artículos la mística ortodoxa. Fenelón los admitió, pero con la adición de los «cuatro artículos explicativos», en los que salía decididamente en defensa de madame Guyon. Con esto la contienda tomó un carácter más elevado, poniéndose en ella frente por frente los dos grandes obispos *Bossuet* y *Fenelón* ²³⁾. El mismo Luis XIV se interesó en el asunto, poniéndose al lado de Bossuet.

En estas circunstancias, Inocencio XII hizo examinar detenidamente toda la cuestión, y el 12 de marzo de 1699 en un breve declaró *peligrosas* veintitrés proposiciones de Fenelón. Éste se sometió generosamente, dando gran ejemplo de religiosidad y humildad, cosa que le atrajo grandes alabanzas. Madame Guyon en 1703 fué puesta en libertad, pero desterrada a Blois, donde murió.

²³⁾ HIVELIN, H., Bossuet, Fénelon, le Quietisme. 2 vol. P. 1912. DELPLANQUE, A., La pensée de Fénelon d'après ses oeuvres morales et spirituelles. P. 1930. CHEREL, A., Fénelon ou la religion du pur amour. P. 1934.

CAPÍTULO II

Nuevos errores y tendencias antipontificias

576. Uno de los efectos de las ideas galicanas y juntamente del espíritu ateo de la época fué la rebelión contra la autoridad pontificia, manifestada en el febronianismo, sínodo de Pistoya, josefinismo y otros acontecimientos similares. Todos ellos tenían por objeto mermar la autoridad del Papa.

I. Primeras manifestaciones

Íntimamente relacionados con el espíritu galicano y como consecuencias del mismo deben considerarse los diversos errores que se manifestaron durante el siglo XVIII, en torno al febronianismo. Por esto, es conveniente ver en particular el desarrollo de cada uno de ellos.

a) **Febronianismo: su primer desarrollo**¹⁾. Uno de los que más influyeron en la formación del febronianismo fué el canonista de Lovaina *Bernardo van Espen*, cuyos escritos se difundieron mucho por Alemania. En ellos defendía ideas galicanas y episcopalistas, procurando favorecer los privilegios y facultades episcopales a costa de las pontificias. Sobre estos antecedentes, *Nicolás von Hontheim*, obispo auxiliar de Tréveris, que gozaba de gran prestigio, inició una nueva campaña antipontificia. Reduciendo más todavía los derechos del Papa, publicó en 1763 con un seudónimo la obra *Justini Febronii, «De Statu Ecclesiae et de legitima potestate Romani Pontificis liber singularis, ad reuniendos dissidentes in religione christiana compositus»*.

¹⁾ MEJER, O., *Febronius*. 2.^a ed. 1885. MERGENTHEIM, L., *Die Wurzeln des Febronianismus*. En *Hist. pol.* Bl 139 (1907), 180-192. RECHENMACHER, L., *Der Episkopalismus des 18. Jh. in Deutschland*. 1908. STÜMPFER, FR., *Die kirchenrechtl. Ideen des Febronius*. 1908. HIRSCHBERG, H., *Staat und Kirche nach Febr.* 1911.

En esta obra quería demostrar que Cristo había entregado el poder de las llaves a toda la Iglesia, y así este poder, ejercido por el Papa y los obispos, *radicaliter y principaliter* reside en la Iglesia de los fieles; los prelados, en cambio, lo ejercen *usualiter y usufructualiter*. Por otra parte, los obispos tienen todos el mismo poder, recibido inmediatamente de Dios; el Papa es centro de todos, pero sólo «*primus inter pares*». Al Papa corresponde casi exclusivamente el poder y deber de mirar por la unidad de la Iglesia y observancia de sus leyes; los demás derechos habían sido adquiridos con las falsificaciones del pseudo-Isidoro y con otros abusos. Así, pues, todos estos derechos abusivos debían ser quitados al Romano Pontífice.

El libro tuvo inmediatamente un éxito fabuloso. Se hicieron diversas traducciones. Algunas Cortes, como las de España, Francia, Venecia, protegieron su divulgación.

577. b) **Reacción católica contra el febronianismo**. Como era natural, se produjo también una gran reacción en el campo católico, por lo que se compusieron inmediatamente una serie de refutaciones, como las de *Pedro Ballerini*, del dominico *Mamachi* y del jesuita *Zaccharia*. Más aún, el mismo Romano Pontífice, *Clemente XIII*, ya en 1764, puso la obra en el Índice y exigió a los obispos alemanes medidas contra ella.

Entretanto Hontheim, oculto bajo el seudónimo, seguía trabajando incansablemente por sus ideas, consiguiendo que en 1769 los arzobispos de Colonia, Tréveris y Maguncia compusieran un escrito en el que se comprendían treinta y un artículos substancialmente episcopalistas o febronianos. Sin embargo, no se tardó mucho en conocer al verdadero autor del *Febronio*, y así el Papa *Pío VI* insistió con el arzobispo de Tréveris, para que obligara a retractarse a su auxiliar Hontheim. Éste tuvo que conceder al fin que él era el verdadero autor; pero se resistía a la retractación, hasta que finalmente la envió a Roma en 1778.

Al tener noticia de un acto tan importante, el Papa manifestó su alegría en pleno consistorio. Sin embargo, Hontheim volvió atrás, y compuso el «Comentario a la retractación», en el cual volvía a afirmarse en sus primeras ideas, en las cuales le siguieron animando muchos príncipes y prelados. En este estado de rebeldía más o menos disimulada continuó Hontheim hasta su muerte, ocurrida en 1790.

578. c) **La puntuación de Ems**²⁾. Los frutos de toda esta campaña eran cada día más manifestos. El desprecio de los derechos pontificios fué en aumento. Muchos profesores de las Universidades, los consejeros de los reyes, hacían profesión de las ideas febronianas. Todo esto se vió claramente en el asunto de la nueva *Nunciatura de Munich de 1785*. En efecto, al ser establecido en esta ciudad un nuevo Nuncio pontificio el año 1785, los arzobispos de Colonia, Tréveris, Maguncia y otros temieron que se resentiría su jurisdicción. Por esto se unieron todos en un plan de asegurar sus derechos, y en 1786 en el balneario de Ems celebraron una

²⁾ VIGENER, F., *Gallicanismus und Episkop. Strömungen im deutschen Katholizismus*. 1913. GOYAU, G., *L'Allemagne religieuse: Le Catholicisme*, I. 6.^a ed. P. 1923. SCHOTTE, H. (Sobre el Congr. de Ems.) En *Hist. Jb.* 1914, 86 s., 319 s., 781 s. ENDRES, F., *Nuntiaturstreit bis zum Emser Kongress*. 1908.

asamblea, llamada *puntuación de Ems*, en la cual propusieron en veintitrés artículos el plan de una Iglesia alemana con el espíritu de Febronio. En este plan se eliminaban todos los recursos o apelaciones a Roma, las exenciones, las facultades quinquenales, la jurisdicción de los Nuncios.

Inmediatamente se levantó una protesta general; pero, sobre todo, desde Roma y desde las Nunciaturas, de parte de buen número de teólogos y de las Órdenes religiosas, se hizo al punto una guerra decidida. Por otra parte, los mismos promovedores de aquel movimiento comprendieron pronto su inconsistencia, y así, el arzobispo de Maguncia se presentó a la curia para renovar las facultades quinquenales. De esta manera, la actitud rebelde de la puntuación de Ems fué perdiendo eficacia.

579. d) Sínodo de Pistoya (1786) ³⁾. En Italia, el principal sostenedor de estas ideas era Leopoldo II, Gran duque de Toscana. Desde 1780 tomó una serie de medidas dictadas por el espíritu febroniano; suspendió la Inquisición y favoreció a los jansenistas. Su principal colaborador era el obispo de Pistoya, *Escipión Ricci*, jansenista desde su juventud. Bajo la dirección de Ricci, en 1786 celebraron en Pistoya un sínodo, en el cual se dieron una serie de disposiciones radicales. Por de pronto fueron proclamados los cuatro artículos galicanos y recomendadas las opiniones de Quesnel. Además fueron rechazadas las indulgencias, la devoción al Sagrado Corazón, los ejercicios, misiones, etc. Debían ser suprimidas todas las Órdenes religiosas, excepto una a imitación de Port-Royal.

Sin embargo, en un sínodo general celebrado en Florencia en 1787, todos los obispos, menos Ricci y otros dos, se declararon contra estas innovaciones; pero Leopoldo II siguió introduciendo reformas a su sabor, hasta que, habiendo sido elevado en 1790 al trono imperial, se deshizo rápidamente su obra en Toscana. Ricci mismo tuvo que escaparse y renunciar a su obispado. Las reformas, en su mayor parte, fueron retiradas. Pío VI, en la bula «*Auctorem fidei*» del 28 de agosto de 1794, censuró ochenta y cinco proposiciones del sínodo de Pistoya. Ricci se sometió en 1805.

II. El emperador José II: Josefinismo ⁴⁾

580. Junto con el febronianismo y las ideas similares, se desarrolló en Austria el llamado josefinismo, que no es otra cosa que la intromisión imperial más exagerada en las cuestiones religiosas más menudas, que se manifestó en una serie de medidas gravemente vejatorias de la Iglesia. Fué una de tantas manifestaciones del espíritu antipontificio de este período.

a) **Primeras medidas de José II en asuntos eclesiásticos.** La tendencia a la intromisión en asuntos eclesiásticos venía ya de antiguo entre los emperadores de la casa de Austria. Pero en tiempos de la emperatriz *María Teresa* (1740-1780) se fué exagerando cada vez más. María Teresa era católica de corazón; pero comenzó a dejarse llevar del espíritu de la época, procurando mejorar la situación financiera de la nación a costa de la Iglesia, bajo el pretexto de reforma de la misma. A este espíritu obedeció la prohibición de nuevas fundaciones de casas religiosas por

³⁾ SCADUTO, F., *Stato e Chiesa sotto Leopoldo I di Toscana*. Firenze 1885. RODOLICO, N., *Gli amici a i tempi di Scipione de Ricci*. Firenze 1920. JEMELO, A. C., *Il Giansenismo in Italia prima della rivoluzione*. Bari 1928.

⁴⁾ RICHL, A.; REINÖHL, E. VON, *Kaiser Joseph II als Reformator* 1881. SCHLITZER, H., *Pius VI und Joseph II (1782-1784)*. 1894. Íb., *Die Regierung Josephs II in den belg. Niederlanden*, I. 1900. LAENEN, J., *Étude sur la suppression des couvents par Joseph II dans les Pays-Bas autrichiens*. Anvers 1905. WIEDEMANN-WARNHELM, A. VON, *Joseph II, Licht und Schatten aus seinem Leben*. En *Hist. Jb.* (1916), 353 s., 624 s. GUGLIA, E., *María Theresa, ihr Leben und ihre Regierung*. 2 vol. 1917. KRETSCHMAYR, H., *M. Theresa*. 1925. SCHEPPER, G. DE, *Marie-Thérèse et Joseph II*. En *Rev. Hist. Eccl.* 35 (1939), 509-529. WINTER, E., *Der Josefismus und seine Geschichte*. Viena 1943.

razón de que ya eran demasiadas las existentes, y sobre todo el imponer la intervención del Estado los bienes eclesiásticos, suspender la exención de los tributos por parte del clero y otras disposiciones parecidas. De otro género fueron una serie de medidas encaminadas a la reforma interior de la Iglesia independientemente de las autoridades eclesiásticas. Así, se introdujo una reforma de las *Facultades mayores*, bajo el influjo de *Swieten*, conocido jansenista y enemigo de los jesuitas. A esto se añadió la reforma de los mismos estudios teológicos con un criterio francamente antieclesiástico. A todo esto puso el colmo la prohibición de publicar en el Imperio los documentos pontificios sin la aprobación imperial.

Sobre esta base, se continuó en mayor escala la opresión de la Iglesia, desde que en 1765 María Teresa se asoció al trono a su hijo *José II*, y sobre todo desde que éste quedó como único gobernante (1780-1790). Junto con el Emperador contribuyó poderosamente a esta campaña antieclesiástica el príncipe *Kaunitz*, canciller omnipotente.

José II era en el fondo buen católico; pero influido por los principios febronianos de la época, se ilusionó con la idea de que todo, incluso la Iglesia con todas sus instituciones, debía someterse y acomodarse. Guiados por este principio, él y su ministro volteriano Kaunitz rompieron todos los derechos adquiridos y los convenios con la Santa Sede y pisotearon materialmente la autoridad del Papa, descendiendo a tales menudencias, que se pudo aplicar al Emperador el mote de «sacristán del Imperio».

En efecto, ya desde 1780-1782 tomó diversas medidas generales. La primera fué cortar las relaciones entre el Papa y el episcopado austríaco y quitar a los eclesiásticos el privilegio del foro propio; renovó la censura estatal de todos los decretos pontificios, y prohibió a los obispos pedir facultades a Roma.

581. b) Desarrollo ulterior del josefinismo. Pío VI en Viena ⁵⁾. Bajo el influjo antirreligioso de la época, se determinó suprimir todas las Órdenes religiosas que no tenían un fin particular de educación, benéfica o predicación. De esta manera desaparecieron en pocos años cerca de 700 conventos. Del mismo modo fueron suprimidas en 1783 las hermandades, que tanto arraigo tenían en el pueblo cristiano. Para infundir al clero los principios del nuevo Estado, se erigieron cinco grandes seminarios imperiales (Viena, Pest, Lovaina, Pavia, Friburgo), con cinco filiales, al paso que se cerraban los seminarios diocesanos. Para completar la obra, se escogía para el profesorado a los hombres más dóciles al Emperador y tocados de jansenismo y febronianismo. Por esto no es de sorprender que no se toleraran las bulas «*Unigenitus*» e «*In coena Domini*».

Entonces Pío VI, en la primavera de 1782, emprendió el viaje a Viena con el objeto de influir personalmente en el ánimo del Emperador y sus ministros. Es cierto que su estancia de cuatro semanas en Viena sirvió para reanimar en muchos sus sentimientos católicos. Pero en lo substancial no obtuvo nada. José II rodeó al Papa de toda la magnificencia que le correspondía; pero no quiso entrar en discusiones sobre asuntos eclesiásticos. La visita de José II a Roma en diciembre del mismo año fué únicamente un acto de cortesía. Las cosas siguieron como antes.

El episcopado de Austria se plegó en su mayor parte a la voluntad de José II. No faltaron, sin embargo, algunos hombres íntegros. Entre ellos se distinguieron: el Primado Bathyan y el Cardenal-arzobispo de Viena *Migazzi*, y *Esterhazy*, de Agram. Pero, de hecho, no obtuvieron nada con sus representaciones. Pío VI, por su parte, mantuvo con toda energía los derechos de la Santa Sede. Para evitar mayores males tuvo que hacer enormes concesiones en un Concordato celebrado en enero de 1784.

En *Bélgica*, entonces bajo el Imperio de Austria, se aplicaron también todas estas medidas, que caracterizan el josefinismo. Pero allí fué donde más oposición encontraron, debido en gran parte a la actividad del episco-

⁵⁾ SORANZO, GIOV., «*Peregrinus apostolicus*». Lo spirito pubblico e il viaggio di Pio VI a Vienna. Milano 1937. En *Public. Univ. Sacro Cuore*, ser. V, vol. 14. BENEDIKT, E., *Kaiser Josef II, 1741-1790*. 2.ª ed. Viena 1947. NOROTUY, A., *Staatskanzler. Kaunitz...* Viena 1947.

pado y sobre todo del arzobispo de Malinas, Cardenal *Frankenberg*. José II antes de morir, en 1790, reconoció que había ido demasiado lejos en sus intromisiones eclesiásticas. Pero era demasiado tarde. El fermento de revuelta en Bélgica continuó produciendo su efecto hasta llegar a su emancipación, y la tendencia antieclesiástica, conocida hoy con el nombre de «josefinismo», hizo un daño inmenso a la Iglesia católica.

CAPÍTULO III

Los librepensadores y la falsa ilustración

582. Al mismo tiempo que agitaba a la Iglesia la falsa religiosidad jansenista, y mientras se intensificaba la campaña contra los derechos pontificios, se presentaron otros enemigos a la verdadera religión, el llamado filosofismo, la falsa ilustración, la masonería o enciclopedismo, que significaba la negación de todos los dogmas y de las prácticas tradicionales de la religión.

I. Deísmo, filosofismo y falsa ilustración ¹⁾

El deísmo o filosofismo, procedente de Inglaterra, se fué extendiendo en toda Francia y luego en toda Europa, llegando a ser el espíritu de moda al mismo tiempo que tomaba formas más amplias y radicales, sintetizadas en el enciclopedismo o en el pomposo nombre de *ilustración*, la *Aufklärung* de los alemanes. Era el fruto espontáneo del naturalismo de muchos humanistas, de la negación de la autoridad de los protestantes y al mismo tiempo de las tendencias del jansenismo y galicanismo. Por esto era el peor enemigo de todos, la consecuencia de todos y el que envenenó a la sociedad y preparó la catástrofe de la Revolución francesa.

a) **Primer desarrollo en Inglaterra.** El principio de este movimiento del racionalismo moderno tuvo lugar en Inglaterra. La base la forma el empirismo de *Bacon de Verulam*, según el cual el ideal de la ciencia, en oposición a la Escolástica, es el estudio de la naturaleza sin prejuicio alguno, pero sujetándolo al examen de la razón, a la experiencia. Sin embargo, Bacon distinguía el terreno de la fe, al que no podía llegar la experiencia humana. Otros, empero, sobre todo *Herbert*, quisieron trasladar el método empírico al terreno religioso, con lo cual se creyó descubrir una religión natural. Son célebres en este particular los cinco dogmas naturales de los que ellos hablaban: 1) la fe en Dios; 2) deber de adorarle; 3) por medio de la piedad; 4) dolor de los pecados; 5) galardón

¹⁾ WILLMANN, O., *Gesch. des idealismus*, vol. III. 2.^a ed. 1907. ÜBERWEG, vol. III, *FRISCHEISEN-KÖHLER*. 12.^a ed. 1924. BROCKDORFF, C. VON, *Die englische Aufklärungsphilosophie*. 1924.

de la otra vida. Al resultado de todo este movimiento se le designó con el nombre de *deísmo*, el cual se puso de moda desde luego en Inglaterra. En torno suyo surgieron luego innumerables sistemas de la religión natural. Fué célebre de un modo particular el defendido por Hobbes.

Esta tendencia y su desarrollo ulterior recibió asimismo el nombre de filosofismo de *librepensamiento*, y sus partidarios *librepensadores*. Por camino distinto trabajaron Juan Locke²⁾ y David Hume³⁾, quienes llegaron al fin a un verdadero escepticismo filosófico-religioso. Tal era el estado de fermentación filosófico-racionalista, que inició la guerra más tenaz a todo lo sobrenatural. Lo que dió consistencia a este estado de cosas fué la *masonería*⁴⁾. En efecto, la masonería, que es la organización de los deístas y librepensadores, se fundó en 1717 en Londres. Sus iniciadores fueron los miembros de ciertas casas constructoras de la iglesia de San Pablo, bajo la dirección del presbítero anglicano James Anderson. Desde el principio tomó un carácter de sociedad oculta, con el objeto de poder defender mejor los intereses de sus asociados. Con el pretexto de defender los intereses de la humanidad, su verdadero objeto era una guerra sin cuartel contra la Iglesia y todo lo que ella representa. La organización se extendió rápidamente, primero en Inglaterra, luego en Francia y en todo el mundo, siempre sectaria y fanática. Los Papas han prohibido diversas veces la masonería.

583. b) La falsa ilustración en Francia⁵⁾. Más radical y de más funestos resultados fué el espíritu deísta y anticatólico en Francia. Diversas causas contribuyeron a fomentarlo. Ya *Renato Descartes* († 1650)⁶⁾, con su duda metódica, dió un golpe terrible a la Revelación. Sobre esta duda metódica avanzó el principio del criticismo y racionalismo, que no cree sino lo que prueba. A esta causa hay que añadir otras dos. En primer lugar, el efecto desastroso del jansenismo y galicanismo, que rompían todo freno de autoridad y proclamaban el subjetivismo más desenfrenado. En segundo lugar, el influjo de las ideas deístas, procedentes de Inglaterra, con su pretendida religión natural, su libertad de pensamiento y de Prensa, y sobre todo la masonería.

Por todo esto se explica la actividad demoledora en el orden religioso del hugonete *Pedro Bayle*, padre del filosofismo francés († 1706), quien con su «Dictionnaire historique et critique» hizo una crítica durísima de la fe y de la Iglesia. Por el mismo camino siguió el barón *Carlos de Montesquieu* († 1755) con sus sátiras y burlas contra todo lo santo y venerado. El espíritu de los nuevos filósofos, como ellos se llamaban, fué apoderándose de la alta sociedad francesa.

En esta nueva corriente, cada vez más arrolladora, comenzaron a brillar algunos escritores. Tales fueron, sobre todo, *Di-*

²⁾ CRONS, E., Die religionsphilosoph. Lehren Lockes. 1910.

³⁾ LEROY, A., La critique et la religion chez D. Hume. P. 1931.

⁴⁾ BRAUWEILER, H., Deutsche und roman. Freimaurerei. 1917. SCHENKEL, G., Die Freimaurerei im Lichte der Religions- und KG. 1926.

⁵⁾ DUCROS, L., Les Encyclopédistes. P. 1900. FABRE, J., Les pères de la Révolution (De Bayle à Condorcet). P. 1910. HARZFELD, H., Gesch. der französ. Aufklärung. 1922.

⁶⁾ GOUIER, H., La pensée religieuse de Descartes. P. 1924. JOUVENEL, B. DE, Jean-Jacques Rousseau. Du Contrat social. Ginebra 1947. DERATHÉ, R., Jean J. Rousseau et le Christianisme. En Rev. Meth. Mor. 54 (1948), 379 s.

derot y *D'Alembert*, los cuales publicaron la célebre *Enciclopedia de las ciencias*, empapada en el espíritu incrédulo y librepensador y llena de una crítica destructora (París 1751-1780). Por esto se comenzó a denominar a los representantes de este movimiento *enciclopedistas*. Uno de los que más se distinguieron fué sin duda *Voltaire*, espíritu fino, de grandes dotes naturales, pero sin carácter, cínico y corrompido. Ganado por el deísmo en una estancia en Inglaterra, en sus numerosos escritos e incansable actividad dirigió la guerra contra la Iglesia y llegó a constituirse en oráculo de los enciclopedistas. Su palabra de combate era «écrasez l'infâme», entendiéndolo con ello la Iglesia.

Con esto se formó una generación y un ambiente general de incredulidad e irreligión, que se extendió rápidamente en España, Italia, Alemania y otros países. *Juan Rousseau* colaboró particularmente en esta obra destructora, sobre todo con su *Emilio* y otras obras de carácter educativo, que iban inoculando la impiedad en las nuevas generaciones. En general, no fué tan cínico y violento como Voltaire y sus secuaces. El resultado más palpable del espíritu enciclopedista fué la catástrofe de la Revolución francesa.

584. c) Falsa ilustración y racionalismo en Alemania⁷⁾. Del mismo modo que en Inglaterra y Francia, las nuevas corrientes del deísmo y falsa ilustración penetraron profundamente en Alemania. A ello contribuyó el fenómeno representado por el llamado *pietismo* religioso, que aparece a un tiempo en Alemania, Inglaterra y los Países Bajos, fomentado por *Voetius Lodenstein* y sobre todo por *Spener*, *Francje* y *Bengel*. El célebre filósofo *Guillermo Leibniz* († 1716) tendió el puente entre estas tendencias y el racionalismo. Sin principios ni convicciones religiosos, creyó que podía unificar la ciencia con los misterios del catolicismo y excogitó un sistema idealista, que era el primer paso para el racionalismo. *Samuel Pufendorf* († 1694) y sobre todo *Cristiano Wolf* († 1754) propusieron ya el racionalismo más abierto, que no necesita para nada la revelación. Con la protección del rey-filósofo *Federico II, el Grande*, admirador de Voltaire y de los filósofos franceses, el nuevo espíritu fué penetrando cada vez más en los círculos influyentes de la sociedad protestante alemana.

En este mismo ambiente vivieron y trabajaron los portavoces del clasicismo alemán: *Lessing* († 1781), quien, apoyado en lo que llamaba el «espíritu de Lutero», llegó al más absoluto indiferentismo; *Herder* († 1803), quien eliminaba los dogmas; *Wieland* († 1813), *Schiller* († 1805) y *Goethe* († 1832), que defendían una especie de monismo, panteísmo, o sistema epicureísta, que de todo tiene, menos de sobrenatural y católico. Todo este conjunto de ideas y sistemas es lo que suele designarse como idealismo alemán, cuya naturaleza es muy difícil de determinar. El último y más poderoso impulso a esta corriente idealística o racionalista se lo dió el célebre filósofo *Manuel Kant* († 1806)⁸⁾, que trata de poner en oposición la fe y la razón y tiene como única aceptable la que él llama religión de la

⁷⁾ LICHTENBERGER, H., Histoire des idées religieuses en Allemagne depuis le XVIII.^e siècle. 3 vol. 2.^a ed. P. 1887. BOUTROUX, E., La philosophie allemande au XVIII.^e siècle. P. 1929.

⁸⁾ DENEFFÉ, A., Kant und die kathol. Wahrheit. 1922. JANSEN, B., Kriticismus Kants. 1925. Íd., Die Religionsphilosophie Kants. 1929.

razón. Con su «Crítica de la razón pura» fué Kant el gran apóstol del racionalismo moderno.

Toda esta campaña, llevada con insistencia por hombres de tanto prestigio literario y filosófico, produjo también un efecto profundo en el campo católico germanoaustríaco. Su primera víctima fué el emperador José II.

II. Guerra del enciclopedismo contra la Compañía de Jesús. Su extinción

585. La guerra a muerte contra la Compañía de Jesús, que llena todo el siglo XVIII, había sido desencadenada por los jansenistas; pero fué llevada al extremo por los enciclopedistas y filósofos. Por desgracia, se les juntaban en esta campaña muchos elementos del campo católico: religiosos, obispos y príncipes, con más o menos buena fe. Se fueron acumulando contra ella toda clase de calumnias, falsas imputaciones y aun algunos defectos reales. En general, se puede afirmar que deben concederse algunas faltas reales, a veces graves, de personas particulares. En cambio, no se ha probado que la Orden como tal fuera culpable de lo que se le imputaba.

a) Destrucción de la Compañía de Jesús en Portugal⁹⁾. Portugal dió el primer paso en orden a su total destrucción. Reinaba a la sazón José I (1750-1777), monarca muy débil y vicioso; pero en su lugar regía de hecho José de Carvalho, marqués de Pombal. Como hombre advenedizo y librepensador, odiaba a la nobleza, por lo cual se propuso humillar a los nobles y acabar con los jesuitas. Al morir la reina madre en 1754, Pombal procuró sacar de la Corte a los jesuitas. Más aún, su heroísmo con ocasión del terremoto de 1755, lo aprovechó para calumniarlos. Sobre todo utilizó los sucesos del Paraguay desde 1750. Por un convenio entre España y Portugal, 30 000 indios debían ser trasladados de sus reducciones al sur del Paraguay; pero se opusieron tenazmente a ello, dando ocasión a una guerra. Pombal echó toda la culpa a sus misioneros, los jesuitas. En estas circunstancias, Pombal obtuvo de Benedicto XIV el nombramiento de un visitador de los jesuitas. Fué éste el Cardenal Saldanha, amigo del mismo Pombal. Éste, sin oír a los supuestos culpables, comenzó en seguida a tomar medidas radicales contra ellos.

Pero la verdadera catástrofe se desencadenó bien pronto. Con ocasión del atentado cometido contra el Rey el 3 de septiembre de 1758, Pombal acusó como autores a los jesuitas y a la nobleza. Las consecuencias fueron terribles. Hizo ajusticiar de la manera más aparatosa y cruel a varias personas nobles, y el 3 de septiembre de 1759 salió una ley de destierro contra la Compañía, por la cual se confis-

⁹⁾ J. F. J., Collecção dos negocios de Roma no Reinado de el Rey D. José I, ministério de Marquez de Pombal e pontificados de Benedicto XIV e Clemente XIII. 2 vol. Lisboa 1874-1875. GOMES, F. L., Le Marquis de Pombal. Esquisse de sa vie publique. Lisbonne 1869. Malagrida und Pombal. 1872. DUHR, B., Pombal. En St. Mar. L., Erg. t. 14, n.º 53. 1892. ID., Pombal. 1891. ROMANO, B., L'espulsione dei Gesuiti dal Portogallo. Città di Castello 1914. FERRÃO, ANT., O marques de Pombal e a expulsão dos Jesuitas (1759). Coimbra 1932.

caban todos sus bienes, se cerraban todas sus casas y se suspendía la Orden en Portugal y en sus colonias. Los desterrados fueron conducidos a los Estados pontificios, pero muchos fueron detenidos en horribles calabozos en Portugal. El anciano Gabriel Malagrida poco después fué ajusticiado como supuesto reo de alta traición y de herejía, mientras otros tuvieron que sufrir horriblemente en sus encierros, donde muchos perecieron.

586. b) Disolución de la Compañía en Francia¹⁰⁾. Aparte los enemigos tradicionales de los jesuitas, los jansenistas y librepensadores, se conjuraron contra ellos en Francia el valido del Monarca, *duque de Choiseul*, y la marquesa de Pompadour, amante de Luis XV. De nada sirvió el afecto del Rey y de los príncipes a la Compañía de Jesús. Todos sus enemigos, de común acuerdo, redoblaron la campaña contra ella. En estas circunstancias tuvo lugar el asunto del P. Lavalette. Este Padre, siendo Superior de los jesuitas en la isla Martinica, había trabajado mucho por la misión; pero al fin se había enredado en diversos negocios de comercio. El resultado fué que, por hundimiento de unos barcos de mercancías, quedó adeudado en varios millones, y la empresa acreedora de Marsella presentó proceso contra él y contra la Orden. Todo esto sirvió de base para la más violenta campaña contra la Compañía. El proceso civil se convirtió en criminal, y el Parlamento quiso examinar las constituciones y los privilegios de la Compañía de Jesús. Una comisión, compuesta en su mayor parte de jansenistas, hizo el examen, cuyo resultado fué que las reglas fueron designadas como dañinas y opuestas a las leyes del Estado. De nada sirvió que gran parte del episcopado se declarara en favor de la Orden. El mismo Luis XV se interesó, proponiendo algunas concesiones, como un Vicario general para Francia y el cambio de algunas constituciones. Clemente XIII y el P. General Ricci mantuvieron el principio: *aut sint ut sunt, aut omnino non sint*. Finalmente, en agosto de 1762, el Parlamento publicó un decreto por el cual disolvía la Compañía de Jesús en Francia. Sus bienes fueron confiscados y a los particulares se les permitió vivir como sacerdotes seculares. El Papa protestó solemnemente contra tanta violencia, pero no pudo impedir su ejecución.

587. c) Extrañamiento de los jesuitas en España¹¹⁾. En España seguía con grande apasionamiento la campaña antijesuitica. Es cierto que un buen número de obispos habían salido en defensa de la Compañía. Sin embargo, los ministros omnipotentes Aranda y Roda, imbuídos en el enciclopedismo de la época y fieles instrumentos de la masonería, habían jurado su ruina. Por esto, a fuerza de intrigas y de calumnias, consiguie-

¹⁰⁾ VIVIER, Status assistentiae Galliae Soc. Jesu. 1762-1768. P. 1899.

¹¹⁾ Colección general de las providencias aquí tomadas por el gobierno sobre el extrañamiento... de la Compañía. I. M. 1767. PASTOR, XVI, 1, p. 697 s. ISLA, J. FR., Memorial en nombre de las cuatro provincias de España... desterradas del reino, a S. M. el Rey Don Carlos III. Ed. J. B. de Uriarte. M. 1882. DANVILA y COLLADO, M., Reinado de Carlos III. M. 1892 s. NONELL, J., El V. P. José Pignatelli de la Comp. de Jesús en su extinción y restablecimiento. 3 vol. Manresa 1893. DUHR, B., Jesuitenfabeln. 4.ª ed. 1904. MARCH, J. M., El restaurador de la Compañía de Jesús, Beato José Pignatelli y su tiempo. 2 vol. B. 1935-1944. EGÜA RUIZ, C., Los Jesuitas y el motín de Esquilache. M. 1947.

ron infundir en el Monarca sospechas contra la Compañía, y Carlos III, hombre de cortos alcances, se dejó seducir de estos taimados ministros. La batalla contra los jesuitas siguió el curso de Portugal y Francia. Repitieronse las mismas calumnias, y finalmente se les hizo culpables del motín de Esquilache, promovido por la población de Madrid por las innovaciones de este ministro.

Puestas las cosas en este punto, un consejo extraordinario decidió que la Compañía de Jesús debía ser disuelta. Para ello, el conde de Aranda tomó con todo secreto las medidas necesarias; el 3 de abril de 1767 fueron apresados todos los jesuitas de Madrid y el 4 todos los del resto de España y conducidos inmediatamente a los puertos señalados, desde donde fueron trasladados a Italia, víctimas de un trato inhumano, al que muchos sucumbieron. A esto siguió la publicación de la «Pragmática sanción» de Carlos III, en la cual el Rey, por razones que se reservaba para su real ánimo, extrañaba a la Compañía de España y de todos sus dominios. Casi al mismo tiempo se efectuaba la prisión de los jesuitas de las colonias españolas, que fueron también conducidos a Italia, donde se juntaron con los demás.

Nápoles siguió el ejemplo de España. El enciclopédista y masón *Tanucci*, ministro omnipotente, supo inducir al joven rey *Fernando IV de Nápoles y Sicilia*¹²⁾ a imitar el ejemplo de su padre Carlos III, y el mismo año que en España, todos los jesuitas de Nápoles y Sicilia fueron desterrados.

También el duque *Fernando de Parma*, sobrino de Carlos III, tuvo que hacer lo mismo. Ciento cincuenta jesuitas fueron arrojados ignominiosamente de sus dominios.

588. d) Extinción universal de la Compañía de Jesús¹³⁾. Las Cortes borbónicas y la masonería no estaban aún satisfechas. Por esto, ya en tiempos de Clemente XIII comenzaron a trabajar para obtener la extinción universal de la Compañía. Sin embargo, no obtuvieron nada. En el Conclave que siguió a su muerte, hubo una lucha terrible. Las Cortes borbónicas exigían del nuevo Papa un compromiso formal de extinguir la Compañía. Al fin fué elegido el Cardenal *Ganganelli*, francis-

¹²⁾ GUARDIONE, FR., *L'espulsione dei Gesuiti dal regno delle due Sicilie*. Catania 1907.

¹³⁾ Pueden verse: CRÉTINEAU-JOLY, J., *Clément XIV et les Jésuites*. P. 1847. THEINER, A., *Geschichte des Pontif. Klemens XIV.* 2 vol. 1853 (adversario). CORDARA-ALBERTOTTI, *De suppressione Societatis Jesu Commentarii*. Padova 1923-1925. GUIRAUD, J., *Histoire partielle, hist. vraie*, vol. IV, 12.^a ed. P. 1923, 206-390. ZARANDONA, A., *Historia de la extinción y restablecimiento de la Compañía de Jesús*, brevemente anotada por el P. R. Cappa. 3 vol. M. 1890. MARCH, J. M., *El restaurador de la Compañía de Jesús*, Bto. José Pignatelli y su tiempo. 2 vol. B. 1936-1944. PASTOR, L. DE, *Historia de los Papas*. Trad. cast. vol. 35-37 (obra fundamental).

cano conventual, quien tomó el nombre de *Clemente XIV*. Mucho se ha discutido sobre si hizo promesa formal acerca del asunto de los jesuitas. Según parece, dió a entender a las Cortes borbónicas que lo haría. Promesa formal no la hubo.

Inmediatamente después de la elección de Clemente XIV, las Cortes borbónicas comenzaron a exigir la extinción de los jesuitas. El Papa tomó entonces como norma el ir dando largas al asunto, lo cual exasperaba a los ministros enciclopédistas. Los reyes de Francia y España, fieles instrumentos en sus manos, seguían instando y amenazando. Entonces, con el objeto de complacerles, sin verse obligado a dar el golpe fatal contra la Compañía de Jesús, el Papa comenzó a dar muestras de frialdad a los jesuitas; luego, pasando adelante, propuso hacer una reforma del Instituto y tomó algunas medidas radicales, como quitarles la dirección de los seminarios de Roma y prohibirles la admisión de novicios. De este modo se iría extinguiendo la Orden.

Pero todo fué inútil. En vez de Azpuru, fué nombrado embajador de España el violento *Moñino*, el cual inició al punto en 1772 la campaña más brutal con el fin de arrancar del Papa la deseada extinción. Uno de los instrumentos que más le ayudaron fué *Bontempi*, el hombre de confianza de Clemente XIV. Como el Papa objetaba que otros príncipes cristianos, sobre todo la emperatriz *María Teresa*, estaban de parte de los jesuitas, se trabajó con ella, y al fin se obtuvo que declarara que no se opondría. Este cambio fué el precio del matrimonio de su hija *María Antonieta* con el delfín de Francia, ambos sacrificados más tarde por la Revolución. El resultado fué que ya en 1772 dió Clemente XIV a Moñino una promesa clara y se nombraron comisiones para su ejecución, las cuales redactaron la bula al dictado de Moñino.

Así, pues, el 21 de julio de 1773 Clemente XIV firmó el decreto «*Dominus ac Redemptor*», por el cual quedaba extinguida la Compañía de Jesús, como medida disciplinaria en orden a conservar la paz en la Iglesia. Los miembros de la extinguida Compañía recibieron facultad de entrar en otra Orden o de seguir como sacerdotes seculares. El General y la mayor parte de los jesuitas obedecieron con absoluta sumisión, mientras algunos pocos manifestaron de diversas maneras su disgusto.

En cambio, en la ejecución de una orden tan dura, las comisiones nombradas emplearon un rigor excesivo. Este rigor llegó al colmo en la conducta observada con el General P. Ricci y sus asistentes. Fueron presos y tratados con gran rigor en el castillo de Santángelo. Allí se siguió un largo proceso al P. Ricci, en el que apareció claramente su inocencia. Él mismo protestó solemnemente de la inocencia de la Orden y de la suya, hallándose a las puertas de la muerte, que ocurrió en 1775 en la misma cárcel.

Solamente en Rusia¹⁴⁾ Catalina II, y en Prusia Federico II, se opusieron e imposibilitaron la publicación del decreto pontificio, por lo cual la Compañía continuó viviendo allí canónicamente. En 1788 la aprobó Pío VI de viva voz.

¹⁴⁾ MOROCHKIN, *Die Jesuiten in Russland seit Katharina II.* 3 vol. 1867-1870. Les Jésuites de la Russie... *Mémoires d'Archetti*. P. 1872.

III. La Iglesia en España en los siglos XVII y XVIII

589. Este período coincide con la decadencia general de España, en la cual se pueden hacer dos observaciones: la primera es que, comparando a la Iglesia española con la de Francia, se advierte que sigue direcciones opuestas. En Francia, el siglo XVII marca un apogeo creciente; en España, en cambio, una decadencia cada vez mayor; el siglo XVIII, empero, en el que allí se inicia un descenso, entre nosotros se advierte una subida. La segunda observación es que en todos los órdenes estuvo España constantemente bajo la dependencia de Francia, de donde fué recibiendo los gérmenes de los movimientos e ideas anticatólicas, galicanas, filosóficas y enciclopédicas.

a) **Últimos reyes de la casa de Austria.** Al comenzar este período (1648), España se halla en franca descomposición. *Felipe IV* (1621-1665)¹⁵⁾, hombre indolente, aunque no falto de talento, se había echado en manos de favoritos. Estos la condujeron a la guerra de los Treinta Años, luchas en Italia y en Flandes; sublevación de Cataluña, terminada en 1652; levantamiento de Portugal hasta 1688, en que obtuvo su independencia; luego, alzamiento de Aragón y Andalucía. La *paz de los Pirineos* (1659) demostró nuestro desprestigio.

Carlos II (1665-1700)¹⁶⁾, primero bajo la regencia de su madre Mariana de Austria, luego en manos del P. Nithard, de Valenzuela y Juan de Austria, acelera la ruina española. En este tiempo se aumenta la descomposición interior y se hunde la economía. En diferentes guerras con Francia, Holanda e Inglaterra, y en Ultramar contra los piratas, va desapareciendo nuestra fuerza militar. Portugal se pierde definitivamente en 1688; el Franco Condado, en la *paz de Nimega* en 1679.

La Iglesia en este tiempo sigue los vaivenes de la situación política. Sin embargo, a mediados del siglo XVII florecían todavía las ciencias, las letras y las artes. En general, se puede decir que la vida eclesiástica seguía substancialmente como en el siglo XVI; pero iba perdiendo en valor y eficacia a medida que el Estado se iba descomponiendo.

590. b) Siglo XVIII: Vista de conjunto¹⁷⁾. Al morir Carlos II, entró a reinar la *Casa de Borbón*. Con el advenimiento de la nueva dinastía se introdujeron algunas cosas buenas, como el orden y cierta prosperidad material; en cambio, perdió España aquel ideal religioso que forma el tesoro de la dinastía anterior, aun en su decadencia, y se fué abriendo la puerta al galicanismo, jansenismo y enciclopedia francés.

Felipe V (1700-1746) inicia esta etapa. En general, se puede afirmar que fué personalmente piadoso; pero estuvo en conflictos constantes con la Iglesia. Su ministro *Macanaz* lo hizo furioso regalista; *Alberoni* lo convirtió en ambicioso, al mismo tiempo que le hacía devolver mucho prestigio a la Iglesia. Luego Felipe V estuvo supeditado a su segunda esposa *Isabel Farnesio* durante el resto de su vida, y como ella era fero-

rosa católica, se mejoraron notablemente las relaciones con la Iglesia. Por lo demás, a este reinado se debe el principio de un renacimiento literario y cultural.

Fernando VI (1746-1759)¹⁸⁾ fué gran amigo de la paz. A esto se debió la reconstrucción lenta de la nación, tan sacudida en los reinados anteriores. Sus ministros Carvajal, Eusebiana y Wall, de tendencias muy diversas, se equilibraban mutuamente, lo cual sirvió a la incipiente prosperidad y para afianzar la situación de la Iglesia. *Carlos III* (1759-1788), de cortos alcances y piadoso a su manera, procuró a sus Estados ciertas mejoras materiales; pero dejó que se adueñaran por completo algunos ministros enciclopedistas y masones, como Aranda y Roda. Con esto causó a la Iglesia daños irreparables. El regalismo en el peor sentido de la palabra, llegó a su colmo. Se ató a la Iglesia de pies y manos. *Carlos IV* (1788-1808), hombre sin carácter, tuvo que sufrir las consecuencias de todas las debilidades y errores de su padre y las suyas. Al comenzar su reinado estalló la Revolución francesa, que marca el principio del período siguiente.

591. c) Relaciones con la Santa Sede: regalismo y patronato¹⁹⁾. Las relaciones de España con la Santa Sede durante este período van guiadas por el espíritu regalista propio de la época, es decir, la tendencia de la autoridad real a la intrusión en los asuntos eclesiásticos. Los reyes de la casa de Austria se habían ido procurando multitud de derechos y privilegios de la Corona, que defendieron con tenacidad. Al advenimiento de la Casa de Borbón, los reyes españoles poseían multitud de regalías o derechos más o menos bien fundados, como el patronato o derecho de presentación. Pero, no contentos con esto, procuraron ampliar más y más estos derechos, que puestos en manos de los ministros enciclopedistas y masones eran un arma de dos filos contra la misma Iglesia que se los concedía. De ahí que esos ministros anticatólicos fueran los defensores más decididos del regalismo.

Después de muchas alternativas y dificultades, se iniciaron negociaciones con Roma en 1717; pero el extremismo de algunos y la ambición del nuevo valido Alberoni estorbaron la avenencia. No mucho después, por iniciativa del Cardenal *Belluga*, se llegó finalmente a un convenio con la Santa Sede. Inocencio XIII publicó entonces la bula *Apostolici ministerii* en mayo de 1723, que era una especie de concordato, en el que se urgía la observancia de algunas reformas de Trento y se reorganizaba la disciplina eclesiástica. Más adelante se repitieron los esfuerzos de los regalistas, urgiendo la cuestión del *Patronato real*, y al fin se llegó al *Concordato de 1737*, que era un término medio entre las tendencias regalistas y las exigencias de Roma. Pero por esto ninguna de las partes quedó satisfecha. Así, pues, muy pronto se iniciaron nuevos trabajos en orden a la obtención de un nuevo Concordato. Durante el reinado de Fernando VI, el P. Rábago

¹⁵⁾ CÁNOVAS DEL CASTILLO, A., Estudios del reinado de Felipe IV. 2 vol. M. 1888-1889.

¹⁶⁾ SANLLEHY Y GIRONA, C., La Sucesión de Carlos II. 2 vol. B. 1933. MAURA y GAMAZO, G., Vida y reinado de Carlos II. 3 vol. M. 1942. ÍD., Supersticiones de los siglos XVI y XVII y hechizos de Carlos II. M. 1942.

¹⁷⁾ LERA, P., España bajo los Borbones. 2.ª ed. B. 1930. TAXONERA, L. DE, Felipe V, fundador de una dinastía. B. 1942.

¹⁸⁾ PÉREZ BUSTAMANTE, C., Correspondencia reservada e inédita del P. Francisco de Rábago, confesor de Fernando VI. M. 1936.

¹⁹⁾ *Colección de Concordatos y demás convenios celebrados después del Concilio Tridentino*. M. 1848. HERGENRÖTHER, J., Spanicus Verhandlungen mit dem Päpstl. Stuhle. En Arch. kath., KR. Neue Folge, IV (1863), 1-45, con varias contin. DES-DEVISSÉS DU DÉZERT, L'Espagne de l'Ancien Régime. 3 vol. P. 1899. MARIANI, La Spagna e la Santa Sede (1655-1659). R. 1902. BAGUENA, J., El Cardenal Belluga. Su vida y su obra. Murcia 1935.

y el ministro Ensenada intensificaron sus esfuerzos. Los más decididos regalistas, como Mayans y Buriel, trabajaron incansablemente. Al fin Benedicto XIV, con su política de amplia condescendencia, el 11 de febrero de 1763 otorgó el *nuevo Concordato*. En él se reconoce el *Patronato real en toda su amplitud*.

En el mismo sentido de amplias concesiones al regalismo debe contarse el establecimiento del *tribunal de la Rota*, realizado en 1771 por Clemente XIV, en lugar del de la Nunciatura de España. A él quedaba sometido de alguna manera el Nuncio en algunos asuntos importantes. Bien claro se vio el espíritu de los ministros de Carlos III con el *Regium exequatur*, urgido ya desde los reyes de la casa de Austria, pero que los Borbones emplearon con hostilidad.

592. d) Ideas heterodoxas en España. La Inquisición. Por lo que se refiere al estado interior de la Iglesia española, podemos afirmar, en general, que el pueblo y la clase media se conservaban enteramente ortodoxos. Su apego a la fe católica era inquebrantable. En cambio, entre la clase elevada, comenzaron a cundir diversas ideas de carácter marcadamente heterodoxo, generalmente importadas de Francia.

Además del *regalismo*, de que acabamos de hablar, y aliado con él, hizo mucho daño en España el jansenismo²⁰, que se manifestó de muy diversas maneras. Una de las más típicas fué la facilidad con que se introducían y propagaban libros de un carácter marcadamente jansenista o galicano, como sucedió con el teólogo francés *Mesenghi*, «Exposición de la doctrina cristiana». Por su influjo en el ambiente general, es digna de notarse la labor demolidora del jansenismo en los centros de enseñanza, hasta conseguir apoderarse de las Universidades. Más aún, el mismo tribunal de la Inquisición y muchos de los eclesiásticos más distinguidos, como Villanueva, el arzobispo Amat y en parte también Masdén, estaban tocados del espíritu jansenista, con el matiz que tomó en España de espíritu rebelde, regalista y revolucionario.

Mucho más peligrosos y más heterodoxos fueron los *enciclopedistas*, de quienes hemos hablado ya. Discípulos fieles de Voltaire, formaron un ambiente de incredulidad y espíritu antipontificio, que caracteriza el siglo XVIII. A los conocidos enciclopedistas Aranda, Roda, Floridablanca, Cabarrús, Urquijo y Godoy hay que añadir una verdadera caterva de literatos imbuidos del mismo espíritu. La *masonería*²¹ hizo también su entrada en España por este tiempo, de modo que la mayor parte de los enciclopedistas eran masones militantes. Parece que se introdujeron en España, junto con la dinastía de los Borbones, entre los acompañantes de Felipe V. Sin embargo, Felipe V y Fernando VI tomaron medidas rigurosas contra ella, y la Inquisición trató de cortarles los pasos; pero esto no obstante, ya en 1760 se pudo fundar la *Gran logia española*.

La actuación de la Inquisición fué muy difícil en este período. En general, se puede afirmar que estuvo bastante sometida a los poderes civiles, y que su vigilancia contra las ideas heterodoxas dejó bastante que desear. En los últimos años de Carlos II y los primeros de Felipe V, el proceso más resonante fué el del P. *Froilán Díaz*, confesor de Carlos II, acusado de haber empleado hechizos con el enfermizo Rey; pero al fin fué absuelto por el Santo Oficio el 17 de noviembre de 1704. El Inquisidor general Girdice tuvo todavía en 1714 la independencia suficiente para condenar el Memorial cismático de Macanaz, válido del Rey, y en 1776 acometió un proceso contra *Olavide*, fiel discípulo de los enciclopedistas, que pagó con su reclusión en el monasterio de Sahagún los errores de sus maestros, Aranda y Roda, que lo merecían más que él. Fuera de estos procesos y otros parecidos contra algunos incrédulos, los más ordinarios, en que intervino la Inquisición en la segunda mitad del siglo XVII y

todo el XVIII fueron de judaizantes, bigamos, hechiceros y, sobre todo, contra falsos místicos o alumbrados. Son célebres particularmente los casos de las monjas de Corella, sobre todo la abadesa madre Agüeda, que durante veinte años fingió milagros y curaciones, y que al fin fué descubierta y condenada en 1743; asimismo la *beata de Cuenca*, la *beata Clara* y la *beata Dolores*, relajada esta última en un auto de fe de Sevilla en 1781.

592. e) Actividad de la Iglesia española. Personas ilustres.

Frente a los vaivenes de la política religiosa del siglo XVIII y la guerra solapada y tenaz de todos sus enemigos, la Iglesia española desarrolló una actividad digna de tenerse en cuenta. Las Órdenes religiosas, particularmente la Compañía de Jesús, continuaron trabajando en la instrucción del pueblo y en la defensa de los intereses católicos. Así, en 1725 fundaron los jesuitas en Madrid el Colegio de Nobles, al que siguieron otros parecidos en Calatayud, Barcelona y Valencia. Los escolapios multiplicaron sus instituciones de enseñanza en toda la Península; y otras Órdenes hacían lo mismo. Las congregaciones nuevas tuvieron en este tiempo en España muy poca importancia. En cambio, la vida religiosa en España y en sus colonias recibió un golpe fatal con la expulsión de los jesuitas y destrucción de gran parte de sus obras.

Señal evidente de la actividad religiosa en este período son los personajes, ilustres por diversos conceptos, que en él florecieron.

Entre los santos o personas insignes por su santidad se distinguieron: S. José Oriol, muerto en Barcelona en 1702, héroe de la caridad; el *Beato Francisco Posadas*, dominico, gran predicador, émulo de S. Vicente Ferrer; el Venerable *Diego de Cádiz*, capuchino, prodigio de elocuencia popular, y varios otros. También merecen mención especial algunos Prelados, insignes por sus virtudes y actividad eclesiástica, como el arzobispo de Toledo, *Valero*, y el de Cartagena, Cardenal *Belluga*, quienes intervinieron activamente en la marcha de los acontecimientos españoles, defendiendo los derechos de la Iglesia. A éstos deben añadirse: el obispo de Oviedo, *Reluz*, y el de Segorbe, *Gómez Haedo*; el de Huesca, *Sánchez Sardñero*; el de Barcelona, *Climent*; el de Lugo, *Izquierdo* y *Tavira*, todos ellos grandes apóstoles de sus diócesis y de España entera. A fines del período y comienzos del siguiente descoló el arzobispo de Toledo, Cardenal *Lorenzana*, uno de los hombres más influyentes de su tiempo.

En las *ciencias teológicas* el período fué de completa decadencia. Por esto las pocas obras que se compusieron, como las de Derecho canónico de *Caparrós* y *Murillo Velarde*, son de escasa importancia. En cambio, en *Historia eclesiástica* florecieron algunos ingenios dignos de mención: *Manuel Martí*, deán de Alicante, y el P. *Buriel*. Este último concibió un plan grandioso y reunió muy abundantes materiales; pero murió a los cuarenta y tres años, en 1762, sin haber podido publicar más que pequeños esbozos. Pero la obra monumental de este género fué la *España Sagrada*, ideada y comenzada por el P. *Flórez*, agustino, quien publicó veintinueve tomos desde 1747 a 1775, y continuada después por los PP. Risco, Merino y La Canal. En ella reunieron abundantísimos materiales sobre la historia de gran parte de las diócesis españolas.

Frente a los daños que causaba en las almas el enciclopedismo y la impiedad, surgieron asimismo algunos *apologístas* excelentes. Baste citar a *Ceballos*, *Rodríguez* y *Castro* y *Alvarado*. Los seis volúmenes de *Ceballos*, titulados «La falsa filosofía, crimen de Estado», son un arsenal de materiales apologéticos contra los males del tiempo. El *Filósofo rancio*, seudónimo del P. *Alvarado*, con sus «Cartas filosóficas» desenmascaró las vaciedades e intrigas de la falsa ilustración.

²⁰) MIGUÉLEZ, Jansenismo y regalismo en España. Valladolid 1896.

²¹) LA FUENTE, V. DE, Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España, y especialmente de la francmasonería. 2.ª ed. 3 vol. B. 1933.

CAPÍTULO IV

Actividad misionera de la Iglesia Católica

593. La actividad misionera de la Iglesia católica se presenta en la segunda mitad del siglo XVII y en el siglo XVIII en todo su desarrollo. Sin embargo, hacia el fin de este período se advierte una decadencia general, debida a varias causas. La primera era la decadencia general de España y Portugal, que eran las que principalmente mantenían las misiones; pues aunque, no obstante la situación decadente de ambos territorios, procuraron durante mucho tiempo mantener en todo su esplendor los inmensos territorios de misiones, proporcionándoles los medios para su desarrollo, sin embargo no pudieron al fin contener su decadencia. A esto se añadía la acción constante de las sectas y naciones protestantes, que indudablemente influyeron en contener el avance de las misiones católicas. De un modo particular influyó en la decadencia de las misiones la disolución de la Compañía de Jesús, por la cual tantos misioneros tuvieron que abandonar sus puestos.

I. Las Misiones en América ¹⁾

En general, podemos decir que las Iglesias de la América española y portuguesa, una vez organizadas, continuaron su desarrollo normal en este período. Gran parte de sus respectivos territorios poseía una jerarquía completa y vivía en un estado semejante al de la Península. Pero al mismo tiempo, en todos ellos se mantenían las misiones vivas y se emprendían nuevas entre los indígenas. De este modo, las iglesias existentes fueron ensanchando su campo. Veamos los hechos principales en cada uno de estos territorios.

594. a) Méjico y sus misiones ²⁾. La Iglesia de Nueva España o Méjico, ya desde fines del siglo XVI, quedó plenamente organizada. A mediados del siglo XVII distinguióse el célebre Juan de Palafox,

¹⁾ Véase en particular: ASTRAIN, A., Historia de la Comp. de Jesús en la Asistencia de España, vol. V-VII. Además: DESDEVISSES DU DEZERT, G., L'Église espagnole des Indes à la fin du 18.^e siècle. En Rev. Hist. 39 (1917). GOYAU, G., L'Église en marche. 1.^a a 3.^a series. P. 1928-1931. MAAS, O., Las Órdenes religiosas de España y la colonización de América en la segunda parte del siglo XVIII, vol. II. B. 1929. SIERRA, V. D., Los Jesuitas germanos en... Hispano-América. Buenos Aires 1944. ASPURZ, L. DE, La aportación extranjera a las misiones esp. del Patronato regio. M. 1946.

²⁾ DAENELL, E., Die Spanier in Nordamerika 1513-1824. 1911. LUMMIS, C. F., The Spanish pioneers and the California missions. 2.^a ed. Chicago 1929. EN-

obispo de Puebla de los Angeles, quien mantuvo serios conflictos con la Audiencia, pero sobre todo con los jesuitas. Al fin tuvo que retirarse a España, donde vivió una vida tranquila y escribió diversas obras ascéticas. Citemos en segundo lugar al célebre arzobispo de Méjico, Francisco de Lorenzana, quien desde 1766 a 1772 trabajó incansablemente en su diócesis fomentando toda clase de obras culturales y religiosas.

Por lo que se refiere a las misiones, conviene notar, ante todo, las que se organizaron en Nueva Vizcaya entre los Zacatecos, a fines del siglo XVI. Asimismo se cultivó la misión entre los Chichimecos, donde a principios del siglo XVII existían dieciséis conventos. Pero el resultado en estas misiones fué muy escaso. Lo mismo puede decirse de la misión de Sonora, donde en 1616 quemaron los indígenas todos los puestos de misioneros, martirizando a varios jesuitas, un franciscano y un dominico. Mucho mayor solidez alcanzaron las misiones en los siglos XVII y XVIII, en las cuales se distinguieron particularmente los franciscanos y los jesuitas. En efecto, mientras los franciscanos evangelizaban la parte occidental del norte de Méjico, los jesuitas se extendían por la oriental, tomando por base a Sinaloa. Hacia el año 1640 estaban muy desarrolladas y trabajaban en ellas más de sesenta misioneros entre las tribus de los *tepehuanes*, *tarahumares* y *Sonora*. Distinguiéronse los PP. Pascual y Martínez, mártires de los mayos; el irlandés Godínez (Wadding), uno de los más célebres misioneros del siglo XVII, que sobresalió también como escritor y murió misionero entre los tarahumares. En la misión de Sonora se immortalizó desde 1638 el P. Bartolomé Castaño, el cual en 1653 había organizado ya veintitrés pueblos con 25 000 cristianos.

Más célebres todavía fueron los trabajos apostólicos de la misión de California, cuyo principio verdaderamente heroico se debe a los célebres misioneros P. Salvatierra, italiano; P. Kino (del alemán Kühn), tirolés, y P. Ugarte, español. La vida de estos ilustres misioneros desde el año 1680 fué un tejido de esfuerzos sobrehumanos, primero en Sinaloa y luego en la península de California, hasta que consiguieron organizar de una manera estable aquellas misiones extremadamente difíciles.

También los franciscanos organizaron misiones en la Baja California. Hacia 1596 pusieron los fundamentos seis franciscanos, si bien apenas tuvieron éxito. En cambio, algunos carmelitas que hicieron su aparición el año 1602, no llegaron a estabilizarse. En 1632 tenemos noticias de algunos sacerdotes seculares que intentaron fundar misión. Intentos semejantes realizaron los jesuitas Roque de Vegas, Cortes y otros desde 1642, mas con escaso resultado.

Las célebres misiones de Nuevo Méjico fueron iniciadas por los franciscanos, que escribieron en ellas una de las páginas más gloriosas de su historia misionera. Después de algunos intentos fracasados, se dió principio a la misión en 1598, y en 1630 se calculaban los cristianos en unos 80 000. Entre los primeros misioneros son célebres los PP. Salas, López y Porras, a quienes se atribuye en las crónicas el don de milagros, y de hecho convirtieron diversas tribus y organizaron sólidamente aquellas Iglesias. La invasión de los indios *apaches* en 1680 fué una verdadera hecatombe para la misión y causó el martirio a veintiséis franciscanos y unos dieciséis cristianos. Desde entonces los heroicos misioneros franciscanos entablaron una verdadera lucha espiritual con sus propios verdugos, los apaches, que les hicieron nuevos mártires; pero al fin se rindieron a la fe, y hacia el año 1775 había entre ellos quince reducciones de cristianos.

GELHARDT, Z., The missions and Missionaries of California. 2 vol. Santa Bárbara. 2.^a ed. 1929-1930. MAAS, O., Misiones de Nuevo Méjico. M. 1929. BAYLE, C., Historia de los descubrimientos y colonización de la Baja California, por los PP. de la Comp. de Jesús. Bilbao 1933. En Bibl. hisp. Missionum, 3. Véase en particular: CUEVAS, Hist. de la Igl. de Méjico. SALVATIERRA, J. M., Misión de la Baja California. Con introd. del P. Const. Bayle. M. 1946. PIETTE, CH. M., Le secret de Junípero Serra, fondateur de la Californie-Nouvelle. 1769-1784. 2 vol. Washington 1949.

En las regiones de *California*, organizaron asimismo los franciscanos importantes misiones. En ellas se distinguió el gran misionero Fr. *Júnipero Serra*. Su actuación principal fué como continuadores de la obra de los jesuitas después de la extinción de éstos en 1773. Los dominicos habían establecido también reducciones parecidas a las de los jesuitas, y las aumentaron al desaparecer éstos.

595. b) Antillas y Centroamérica. De las Antillas y Centroamérica es muy poco lo que podemos referir de este período. En la Española, Cuba, Sto. Domingo, Puerto Rico y en todos los territorios dominados por los españoles se estableció definitivamente la religión católica, que fué abrazada por casi todos los indígenas.

Por su parte, los misioneros franceses emulaban, en las Antillas dependientes de Francia, la obra de los misioneros españoles. En *Martinica*, *Dominica* y *Guadalupe* establecieron misiones en el siglo XVII los dominicos franceses. A fines del siglo XVII distinguióse el P. *Pablo* y a principios del XVIII el P. *Martel*. En *Haití*, en 1703, fueron sustituidos los capuchinos por los jesuitas franceses, entre los cuales son dignos de mención los PP. *Le Pers* y *Boutin* por su celo entre los esclavos negros. Por otra parte, los capuchinos continuaron trabajando en otras misiones de las Antillas.

Digno de mención es el trabajo de los capuchinos y franciscanos en la Misión de la *Guayana española*, junto con la isla de la *Trinidad*. En la *Guayana francesa* se organizaron los jesuitas franceses, entre los cuales se distinguieron los PP. *Grillet* y *Béchaurel*, quienes penetraron desde la isla *Cayenne* hacia el interior, y hacia el año 1700 el P. *Crenilly*, quien trabajó con los negros. Multitud de jesuitas franceses continuaron estas misiones. Después de la extinción de la Compañía de Jesús, Luis XV pidió a Pío VI en 1777 otros misioneros, y la Propaganda sólo pudo mandar algunos ex jesuitas portugueses.

596. c) Nueva Granada (Colombia-Venezuela-Bolivia). Los territorios de Nueva Granada constituyeron uno de los núcleos más importantes de la colonización española. Por esto consta que, entre otros centros importantes de cultura, organizaron los jesuitas en Bogotá un Colegio de Estudios Superiores. De especial importancia fueron las misiones fundadas por los jesuitas y otras Órdenes misioneras en estas extensas regiones.

Notemos de un modo particular, desde fines del siglo XVI, la misión *Casanare*, que se extendía entre Colombia y Venezuela, y por la parte costera desarrollaba gran actividad en Cartagena. Esta ciudad, con su célebre mercado de negros, fué el campo de acción de uno de los misioneros más simpáticos de la Historia, el jesuita S. *Pedro Claver*. Llegó a Cartagena en 1615 y allí se dedicó desde un principio a la instrucción de los negros, que arribaban constantemente en grandes barcas. En este heroico ministerio perseveró el santo cuarenta años hasta 1654, y según documentos fidedignos, llegó a bautizar cerca de 400 000. Obra verdaderamente admirable, que supone una abnegación y heroísmo sin ejemplo.

Desde Bogotá fundáronse igualmente diversas misiones importantes en *Los Llanos* y *Orinoco*. Después de un primer intento en 1625, se acometió más eficazmente en *Los Llanos* una misión desde 1659, y a los cinco años se habían juntado unos 30 000 indios. Desde 1682 se avanzó hacia el *Orinoco*, donde fundaron el pueblo de Santa Rosa, y pronto juntaron hasta siete pueblos. Una invasión inesperada de los caribes terminó con el martirio de varios misioneros y la ruina de la misión; pero pronto fué ésta renovada con el apoyo de las armas españolas y bajo la dirección del gran apóstol P. *Neira*; y, en efecto, las misiones de *Los Llanos* y *Orinoco*, que se extendían en una buena parte de la actual Venezuela, continuaron después prósperamente. Muy pronto acudieron los franciscanos, y desde 1644 a 1674 sobresalió Fr. *Jacinto de Carvajal*.

En la región actual de *Venezuela* se introdujeron asimismo los franciscanos desde 1656, bajo la dirección de *Juan de Mendoza*, llegando a los *Palenques*, que ellos bautizaron. Al mismo tiempo se desarrolló la misión de los capuchinos aragoneses entre los *Piritas*. Distinguiéronse los Padres Francisco de Pamplona y José de Carabantes, quienes penetraron hasta el interior de los *Caribes*. Desde 1658 fundaron allí diversos pueblos y reducciones. Otros capuchinos procedentes de Andalucía establecieron misiones en los *Llanos de Caracas*. En el siglo XVIII vinieron en su auxilio los jesuitas desde la isla *Trinidad*.

597. d) Nueva Castilla o Perú. Los territorios del actual Perú fueron particularmente preferidos por los españoles. A ello contribuía no solamente la fama de las fabulosas riquezas de los Incas, sino también, sobre todo para los misioneros, la abundancia de pueblos indígenas que habitaban en las proximidades de las grandes poblaciones. De hecho, Lima constituía uno de los centros más significados de cultura española, y en 1724, el franciscano *Francisco de José* fundó en *Ocopa* del Perú uno de los Colegios de Estudios Superiores de Sudamérica.

Es célebre de un modo particular la misión de los *Mojos*, establecida desde el Perú entre indígenas de la actual Bolivia, al norte de Santa Cruz de la Sierra. Inicióla en 1668 el Hermano lego Juan de Soto y establecióla más sólidamente desde 1675 los PP. *Pedro Marbán* y *Cipriano Barace*, apóstoles insignes de estas regiones. El P. *Orellana*, junto con otros nuevos misioneros, dió mayor impulso a estas misiones, con lo cual a principios del siglo XVIII quedaban bien fundados diversos pueblos de indios cristianos, y en 1706 se contaban 30 000 bautizados. El P. *Barace* murió mártir en 1702.

A su lado se distinguieron a fines del siglo XVII y principios del XVIII los jesuitas *Arlet* y *Borin*, procedentes de Bohemia. Después de la expulsión de los jesuitas, se encargaron de la misión los sacerdotes seculares, mas con esto desmerecieron mucho. Los franciscanos, por su parte, partiendo de *Apolobamba*, organizaron también misiones entre los *Chiriguano*s y otras tribus. En ellas llegaron a formar diecisiete reducciones. Por otra parte, penetraron en el *Ukayali*, donde fundaron pueblos cristianos, y a principios del siglo XVIII el Colegio de *Ocopa*, al que antes aludimos.

598. e) Ecuador. En la región del Ecuador, célebre también como centro de la colonización española, sobre todo la capital *Quito*, se fundaron misiones importantes.

Especial renombre alcanzaron las misiones de los *Maynas* o misiones del *Marañón*, organizadas por los jesuitas sobre la base de indios transportados a lo largo del río Amazonas. En 1638 se les dió principio desde Anito por los PP. *Gaspar Cujía* y *Lucas de la Cueva*. A fuerza de trabajos y privaciones, después de regada la tierra con la sangre del protomártir P. *Francisco de Figueroa*, ya en 1653 quedaban organizadas doce reducciones y recogidos en ellas unos 70 000 indios. Entre los hombres que más se distinguieron deben contarse el P. *Raimundo de la Santa Cruz*, heroico explorador y víctima de su celo; los PP. *Pedro Suárez* y *Lucero*, quienes se extendieron hacia nuevas tribus, y algo más tarde el P. *Enrique Richter*, austríaco, gran apóstol de los maynas, cunibos y otras tribus, que fundó varias reducciones y murió mártir en 1695; el P. *Samuel Fritz*, bohemio, uno de los mayores misioneros de Sudamérica, que llegó a convertir veintinueve tribus, fundó cuarenta estaciones misionales y trabajó más de cuarenta años hasta 1728, en que murió.

Asimismo organizaron los jesuitas portugueses importantes misiones a lo largo del *Marañón*, partiendo del Brasil. En ellas se distinguió de un modo particular a mediados del siglo XVII el insigne P. *Vieira*, uno de los hombres más insignes de las misiones.

599. f) Nueva Toledo o Chile. Desde Nueva Toledo o Chile desarrollaron los españoles, tanto desde el punto de vista civil como religioso, una actividad extraordinaria. Son interesantes algunas de sus misiones.

La de los *Araucanos*, pueblo belicoso que tantas veces tuvo en jaque a los españoles, fué una de las más difíciles y gloriosas. En ella tomaron parte, en primer lugar, los franciscanos, y luego los jesuitas. Por efecto de los levantamientos de 1598 y decenios siguientes, murieron mártires algunos célebres misioneros, entre ellos el superior franciscano P. *Juan de Tovar*. Desde 1612 trabajó activamente el célebre jesuita P. *Valdivia*, quien ya en 1617 había bautizado a 4000 indios. Siguió el gran misionero Padre *Rosales*, quien hizo subir los cristianos a 10 000. Igualmente se distinguieron los PP. *Astorga* y *Mascardi*, de los cuales este último murió mártir en 1673. Con esto y la actividad de los misioneros franciscanos, que tenían por base a Chillán, quedaron sólidamente establecidas las misiones católicas en Araucanía, de modo que, aun en medio de los levantamientos contra los españoles, los misioneros fueron bastante respetados y sirvieron de mediadores para reducir a los indios amotinados. Los franciscanos llegaron a fundar hasta catorce reducciones o pueblos entre los *Pehuenches*. Después del destierro de los jesuitas en 1767, tomaron ellos sus misiones y aun procuraron aumentarlas. En el *Gran Chaco* fundaron en 1784 desde el Colegio de San Carlos varias reducciones entre los *Mocortés* y *Tobas*.

600. g) El Plata (Argentina, Paraguay, Uruguay) ³⁾. De especial trascendencia fueron en este período los trabajos realizados por los misioneros en estos territorios. Entre los centros españoles de más importancia deben contarse *Córdoba del Tucumán*, donde los jesuitas establecieron un Colegio de Estudios Superiores, y *Asunción*, donde su obispo *Bernardino de Cárdenas* puso muchas dificultades a los jesuitas, llegando en su apasionamiento a cometer verdaderas excentricidades.

Por lo que se refiere a las misiones, además de las ya conmemoradas del Tucumán y regiones vecinas, no hay duda que ocupan el primer lugar las célebres *reducciones del Paraguay*, verdadero timbre de gloria de los jesuitas, pero que han sido objeto, por parte de sus adversarios, de las más duras y opuestas críticas y de las más apasionadas calumnias. Después de los primeros conatos, su primer organizador fué el P. *Diego de Torres*, a principios del siglo XVII, y consistían en una serie de pueblos, donde eran «reducidos» (de aquí el nombre de «reducciones») los indígenas de las selvas, y donde, reconociendo la soberanía del rey de España, al que pagaban un moderado tributo, eran gobernados religiosa y civilmente por los misioneros jesuitas. La razón de adoptar los jesuitas este sistema, que mantenía a los indios en una especie de aislamiento, era protegerlos contra los

³⁾ GIMÉNEZ, A. M., La Iglesia y el Estado argentino. Buenos Aires 1934. ALAMEDA, J., Argentina católica. Historia de la Iglesia en la Argentina. Buenos Aires 1935. HERNÁNDEZ, P., El extrañamiento de los Jesuitas del Río de la Plata y de las Misiones del Paraguay por decreto de Carlos III. M. 1908. ENRICH, FR., Historia de la Compañía de Jesús en Chile. B. 1891. ASTRAIN, A., Hist. de la Comp. de Jesús, V-VII, passim. HERNÁNDEZ, P., Organización social de las doctrinas guaraníes. 2 vol. 1913. PASTELLS, Historia de la Comp. de Jesús en la Prov. de Paraguay. 4 vol. B. 1913 s. SCHMIDT, FR., Der christlich-soziale Staat der Jesuiten in Paraguay. 1913. O'NEILL, G., Golden years on the Paraguay: A history of the Jesuit missions from 1600 to 1767. L. 1934. MÜHN, J., La Argentina vista por viajeros del siglo XVIII. Buenos Aires 1946. ZURETTI, J. C., Historia eclesiástica argentina. Buenos Aires 1945. LUGON, C., La république communiste chrétienne des Guaranies, 1610-1768. P. 1949.

abusos de que eran objeto por parte de los colonos y gobernantes españoles, y suplir la falta de iniciativa y previsión de aquellos indígenas. Los territorios ocupados por estas «reducciones» eran el actual *Estado de las Misiones* de Argentina, que se extendía por un lado por el Paraguay, y por otro, el sur del Brasil. La raza que predominaba entre los indios era la de los *guaraníes*, y en su desarrollo llegaron a contar hasta treinta pueblos y cerca de 150 000 indígenas.

Aunque indolentes e imprevisores, los indios mostraron generalmente mucha sujeción a los misioneros, dedicándose a la agricultura, con lo que proveían a su subsistencia, y llegaron a cierto grado de prosperidad. Los misioneros, por su parte, gobernaban de un modo patriarcal, en que la religión formaba la base de toda la vida cívica, y durante cerca de dos siglos cosecharon frutos abundantes a costa de improbos trabajos. Se ha discutido mucho sobre si la protección de los indios era excesiva, impidiendo el desarrollo cívico de los mismos; pero los misioneros obraban así por la experiencia de que los naturales eran incapaces de gobernarse a sí mismos. Las calumnias esparcidas desde un principio y explotadas, sobre todo, en el siglo XVIII, de que las reducciones del Paraguay eran una fuente de riqueza para los jesuitas y que éstos organizaron allí un Estado independiente, no tienen ninguna consistencia, como repetidas veces se ha probado.

Entre los hombres más beneméritos de las misiones del Paraguay hay que contar al P. Ruiz de Montoya, que fué quien les dió mayor impulso y fundó varios pueblos, y los PP. Roque González y Juan del Castillo, fundadores también y mártires ilustres en noviembre de 1628. Entre las dificultades más serias que hubieron de superar se cuentan: las tristemente célebres invasiones de los paulistas o mestizos de San Pablo del Brasil, que tuvieron lugar entre los años 1628-1641 y arruinaron casi todas las reducciones. Gracias a la energía de los misioneros, que consiguieron armar a los indios con armas de fuego y atender a su propia defensa, se puso término a las bárbaras incursiones de esos desalmados. En segundo lugar, fueron una terrible tribulación para los jesuitas los atropellos y calumnias de don Bernardino de Cárdenas, uno de los principales explotadores de la calumnia sobre las inmensas riquezas que guardaban escondidas los jesuitas. Finalmente, fué fuente de amarguras para las misiones de Paraguay el tratado de 1750 entre España y Portugal, por el cual España cedía parte del terreno ocupado por las reducciones a cambio de la Colonia del Sacramento. El juicio definitivo de la Historia reconoce el valor incomparable de la obra colonizadora y misionera de los jesuitas en estas célebres reducciones, únicas en su género.

601. h) El Brasil. En el Brasil se desplegó una actividad extraordinaria al servicio de las misiones. Ya se ha aludido antes a las del Maraño, promovidas por los jesuitas portugueses, cuyo héroe principal en el siglo XVII fué el P. *Vieira*. Mérito suyo muy principal es haber conseguido en 1680 la prohibición de la esclavitud de los negros y el restablecimiento de la autoridad de los jesuitas en el Maraño. Con espíritu apostólico y elevado, luchó valerosamente contra los abusos intolerables de los encomenderos y colonos, y precisamente por haber sido momentáneamente vencido por ellos, se cometieron las más horribles destrucciones en los pueblos cristianos indígenas, mientras él mismo era aprisionado, maltratado y conducido a Portugal. Victorioso al fin de sus adversarios, volvió al Brasil, donde siguió trabajando incansablemente por los indios. Murió en 1697.

Los jesuitas continuaron defendiendo a los naturales y mantuvieron en gran prosperidad aquellas misiones. Distinguiéronse igualmente en la defensa del territorio contra las acometidas de los holandeses y otros

herejes. Por todo ello, la expulsión de los jesuitas, realizada por Pombal en 1759, significó una catástrofe para estas misiones. Los capuchinos portugueses iniciaron su actividad a fines del siglo xvi entre los indígenas. Hacia el año 1659 consta que habían fundado diversas reducciones, y desde Pernambuco, después de su elevación a obispado, organizaron aldeas de indios cristianos. Por otro lado, los capuchinos italianos trabajaban hacia 1672 entre los *Guarulhos*, y en torno a Bahía hacia 1676 instruían a multitud de negros. A su lado, se distinguieron los carmelitas y mercedarios en la conversión de los indios. A fines del siglo xviii reorganizaron igualmente los franciscanos sus misiones brasileñas entre negros.

602. i) La Florida. Desde un principio había sido esta misión particularmente difícil. Los primeros intentos de los jesuitas y franciscanos dieron por resultado gloriosos martirios. A fuerza de sangre se organizó por fin la misión a fines del siglo xvi. Los franciscanos comenzaron también otra en 1597, regando con su sangre el campo de su actividad. Hacia el año 1657 se hallaban en el apogeo de su esplendor, cuando tuvo lugar la invasión de los indios *Apalaches*, que destruyeron las ocho reducciones existentes. Volvióse a instaurar dicha misión el año 1674; pero a principios del siglo xviii fué de nuevo aniquilada por los herejes ingleses y otros intrusos.

603. j) Nueva Francia o Canadá⁴⁾. La primera organización de las misiones católicas en los inmensos territorios del norte de los Estados Unidos y el Canadá estuvo llena de peligros de todas clases. A las dificultades de otros países se añadía aquí la de no contar con el apoyo oficial del Estado y encontrarse con la oposición de los calvinistas.

Después de repetidos conatos, hechos por algunos jesuitas y franciscanos, en 1633 los PP. jesuitas tenían abierto un colegio en Quebec, y los PP. Massé y Brébeuf⁵⁾ y otros trabajaban ardorosamente entre los indios *hurones* y *algonquines*, entre los cuales muy poco a poco fueron haciendo bastantes cristianos; pero no lejos de los hurones vivían sus enemigos mortales, los *iroqueses*, los cuales, azuzados por los calvinistas holandeses, iniciaron una guerra sin cuartel contra los hurones cristianos y sus misioneros. Una primera víctima fué el P. Jogues, a quien cortaron las manos. Pero el período de persecución fueron los años 1648-1649, en que martirizaron cruelmente a los PP. Deniel, Brébeuf y Lallemant, Garnier y Chabanel, canonizados por Pio XI. Los hurones que quedaron con vida fueron conducidos a Quebec, y como si la sangre de los mártires hubiera fertilizado aquellas misiones, más tarde se convirtieron los mismos iroqueses.

Por este mismo tiempo, en la nueva colonia de Montreal se fundaba otro centro de vida católica, que también tuvo que atravesar dificultades sin cuento; pero gracias a la actividad del católico Maisonneuve, en 1668 era nombrado primer obispo del Canadá *Francisco Montigny-Laval*, y a su lado se hallaban trabajando por aquella Iglesia, además de los jesuitas, algunos sulpicianos y varias religiosas. Sobre esta base se fué desarrollando la misión, aunque luchando constantemente con el fanatismo protestante.

Este fanatismo se hizo sentir, sobre todo, en el Estado de Nueva York, mientras estuvo bajo el dominio de Inglaterra. Los jesuitas y los capuchi-

⁴⁾ SHEA, History of the Cath. Church in the Un. St. (1521-1860). 4 vol. Nueva York 1886-1892. HUGHES, The history of the Society of Jesus in North America colonial and federal. 4 vol. I. 1908 s. CAMPBELL, FR., Priests Priests of North America 1642-1710. Nueva York 1910. PHELAN, T. P., Catholics in colonial Days. Nueva York 1935. RAY, M. A., American Opinion of Roman Catholicism in the XVIII century. Columbia 1936. ROCHERONLEIX, C. DE, Les Jésuites et la nouvelle France au xviii.^e siècle. P. 1906. RILEY, A. J., Catholicism in New England to 1788. Washington 1936. MORIS, A. J., History of the Catholic Church in Western Canada. 2 vol. Toronto 1910. GARNEAU, F. X., Histoire du Canada. 5.^a ed. Vol. I. P. 1913. GOYAU, G., Les origines religieuses du Canada. P. 1924. WRIGHT, L. B., The colonial civilisation of North America, 1607-1763. I. 1949.

⁵⁾ FOUQUERAY, H., Les Martyres du Canada. 3.^a ed. P. 1930. RIGAUULT, G., GOYAU, G., Martyres de la Nouvelle-France. P. 1925. ROZ, F., Histoire des Etats-Unis. Nueva ed. P. 1947.

nos trabajaban con gran celo; pero en 1700 se dió la ley de ajusticiar a todo predicador católico que entrara en aquel Estado, ley que ejecutaba fielmente el gobernador Bellamont. Así continuaron las cosas hasta que, con la independencia de los Estados Unidos en 1775, los católicos obtuvieron plena libertad, y en 1789 el primer obispo en Baltimore, que fué el ex jesuita *Juan Carroll*.

II. Misiones del Próximo Oriente y África

604. Como en América, así también en el Próximo Oriente y en África siguió desarrollándose la actividad misionera de la Iglesia, si bien aquí se hubo de luchar con más graves dificultades. Estas eran: mayor tenacidad de los naturales en sus propias concepciones religiosas; la falta de protección del Estado, y en último término la guerra cada vez más activa y obstinada de los protestantes ingleses y holandeses.

a) Misiones del Próximo Oriente. Los numerosos territorios del oriente europeo, Asia Menor, Persia, Palestina, Egipto y otros vecinos, estaban en gran parte sometidos al yugo musulmán; pero en ellos tenía la Iglesia católica la tarea importante de atender a los católicos diseminados entre los árabes y aun de procurar la unión de algunos núcleos ortodoxos. Por la grande influencia que ejerció en todos estos territorios la Francia de Luis XIII y Luis XIV, se explica que de allí procediera gran parte de los misioneros de estos países.

Durante el reinado de Luis XIII, el alma del movimiento misionero fué el célebre capuchino P. José de París. Por esto se explica la preponderancia de los misioneros capuchinos. Uno de los primeros centros de evangelización fué Constantinopla, desde donde se extendieron a Chios, Naxos, Líbano, Chipre. Una de las ideas geniales del P. José de París fué instalar en el Líbano una imprenta, que contribuyó poderosamente a la propaganda. En *Tierra Santa* chocaron los capuchinos franceses con los franciscanos italianos; pero con el apoyo de Francia y de la Congregación de Propaganda habían instalado ya en 1682 unos veinticinco centros de apostolado.

Por su parte, los carmelitas emprendieron una misión en la *Persia*, donde hacia 1625 trabajaban los célebres misioneros PP. Juan Tadeo de San Eliseo y Próspero de San Juan. Desde aquí se emprendió la misión de *Alepo*. En Persia trabajaban igualmente, a mediados del siglo xvii, los jesuitas, y en 1682 sabemos que dos padres entraron en Armenia. Su actividad se extendía a Chios, Naxos, Alepo, Damasco y otras regiones. En Chios fué célebre el centro de estudios establecido por los dominicos, quienes publicaron allí obras notables.

Con el cultivo de los capuchinos y franciscanos, los *maronitas* mantuvieron su unión con la Iglesia Romana. Los *jacobitas* fueron poco a poco conquistados por los carmelitas. En 1650 se convertía el obispo jacobita de Alepo, y no mucho después su Patriarca con varios sufragáneos. Dignos de mención son los trabajos evangélicos de los dominicos entre los armenios y caldeos nestorianos, y de los jesuitas en Armenia Menor, donde se convirtieron algunos Patriarcas.

605. b) Egipto, Etiopía, Argelia y Marruecos. También estas misiones del norte de África fueron objeto de especial solicitud.

A *Egipto* dedicó especial interés el P. José de París. En 1630 fueron enviados al Cairo capuchinos franceses. Rápidamente se fué intensificando la misión, en la que se distinguió el P. *Gil de Loches*, *Agatángelo de Vendôme* y *Casiano de Nantes*. Los franciscanos de Tierra Santa acudieron igualmente al Cairo y Alejandría, y desde 1698, por voluntad expresa de

Luis XIV, establecieron los jesuitas en el Cairo un centro importante de su actividad futura. Son conocidos los padres jesuitas *Sicard* y *Brévedent*. Uno de los trabajos en que más se insistió fué la conversión de los coptos, trabajo sumamente difícil por su fanatismo y el temor de los turcos.

La misión de *Etiopía* fué renovada en 1637 por los PP. Agatángelo y Casiano de Nantes, pero bien pronto fueron apresados y ahorcados. Durante todo el siglo XVII repitieron los franciscanos los conatos de evangelización de Etiopía, pero con poco éxito. Sólo a fines del siglo obtuvo algún resultado el P. *Francisco de Salem*, encargado urgentemente por la Propaganda, y su sucesor, P. *José de Jerusalén*, logró entablar buenas relaciones con el rey Iyasu, el cual en 1702 firmó una profesión de fe católica. Entretanto los jesuitas dieron pruebas de su actividad, y todo parecía prometer buen resultado; pero un cambio político destruyó la misión y martirizó un buen número de misioneros en 1717. Sin embargo, todavía se hicieron, sobre todo por los franciscanos, nuevos conatos; pero el fanatismo de los monjes coptos y las dificultades políticas imposibilitaron una labor sólida y duradera.

En *Argelia* y *Marruecos*, sometidos al fanatismo turco, se hubo de luchar con las mismas dificultades que en Egipto. Sin embargo, como en Argel y otras regiones había muchos cautivos cristianos, acudieron los misioneros para aliviar su situación. Los franciscanos y luego los lazaristas formaron, generalmente en torno de los consulados, algunos centros de vida católica, para lo cual, por el interés comercial, se les concedía permiso, y desde estos centros procuraban internarse en otras regiones. Los misioneros eran generalmente franceses; pero a Marruecos acudieron también los capuchinos y franciscanos de las provincias meridionales españolas. Fué célebre el santo misionero franciscano P. *Del Prado*, nombrado Vicario apostólico en 1630. En una relación de 1705 se habla de las muchas iglesias y hospitales que poseían los franciscanos españoles en Marruecos y de la dura labor que allí realizaban.

606. c) Misiones del África occidental y oriental. Las misiones del Congo, Guinea y Angola habían consumido muchas fuerzas; pero en el siglo XVII arrastraban una vida lánguida. La Congregación de Propaganda decidió darles nueva vida. Así, en 1637 envió una expedición de capuchinos franceses dirigida por el intrépido *Rafael de Nantes*, a la que siguieron otras, con lo que se organizó la *Misión de Cabo Verde*. Sin embargo, ya por la guerra que les hacían los piratas calvinistas, ya por otras causas gravísimas, todos estos misioneros abandonaron el campo en 1644. Entonces fué encomendada la misión a los franciscanos españoles de la Bética, los cuales sólo a fuerza de heroicas fatigas obtuvieron algún fruto. En 1674 volvieron a Guinea los franciscanos franceses, a quienes siguieron los dominicos y otros religiosos; pero el resultado total fué muy escaso.

La misión del Congo fué encomendada por Urbano VIII a los capuchinos romanos, los cuales, superadas las dificultades que les oponía Portugal, en 1645 se hallaban en la capital congoleña. Las conversiones se multiplicaron rápidamente. Nuevos misioneros intensificaron la labor evangélica. Desde Loanda, centro de su actividad, se extendieron hacia Angola y otros territorios. La misión llegó a alcanzar gran prosperidad. Sólo F. Jerónimo llegó a bautizar unos 100 000 indígenas; entre ellos se convirtió al rey de Sogno. Más tarde, por la guerra de los holandeses, decayó mucho esta misión.

En *Madagascar* se había podido hacer muy poco hasta 1647, en que la Congregación de Propaganda encomendó la misión a los carmelitas descalzos. Llegaron éstos, en efecto; pero poco después entraron también los lazaristas franceses, enviados por S. Vicente de Paúl, quienes fueron suplantando a los primeros, y con los nuevos refuerzos que recibieron lograron buen número de conversiones. Sin embargo, el rigor del clima y las guerras intestinas acabaron con los misioneros y con casi todos los cristianos. Los nuevos intentos de los lazaristas por establecer misión en Madagascar en 1665, y luego durante el siglo XVIII, fueron inútiles. La hora de esta misión no había sonado todavía.

III. Misiones del Asia y Oceanía ⁶⁾

607. Más todavía que en las misiones de América, África y el Próximo Oriente, en las de la India, China y Oceanía tuvo que desplegar la Iglesia toda la fuerza de su celo apostólico. Además, principalmente para estas misiones y las del África se fundaron nuevas instituciones, que debían tener en lo sucesivo gran influjo en el desarrollo de las misiones. Por otra parte, en torno a estas misiones de Oriente se suscitaron algunas controversias trascendentales.

a) Nuevas instituciones misioneras. En la primera mitad del siglo XVII se efectuó la creación del organismo llamado *Congregación de Propaganda Fide*⁷⁾, que había de tener en lo sucesivo una importancia capital en la dirección de las misiones. El primer conato en la institución de un organismo que se ocupara de las misiones, lo realizó Pío V con dos comisiones de Cardenales. Pero quien dió más impulso a esta idea fué el carmelita descalzo Fr. *Tomás de Jesús*, hasta que, elegido Papa el Cardenal Ludovici en 1621 con el nombre de *Gregorio XV*, la realizó con la creación de la Congregación de Propaganda Fide, en enero de 1622. No fué fácil, desde un principio, la actuación de este organismo pontificio. Por de pronto se vió que no era conveniente tomara la dirección de las misiones españolas o portuguesas, pues de ellas se ocupaba el patronato español y portugués. Por esto quedaron fuera de su campo de acción la América latina, Filipinas y parte de la India. Sin embargo, en muchas regiones sometidas al patronato portugués, sobre todo en la India y China, procuró actuar activamente la nueva Congregación, lo cual ocasionó graves conflictos. El resto de los territorios de misiones caía de lleno dentro del campo de la Congregación de Propaganda, el cual comprende generalmente todas aquellas regiones donde no está todavía establecida la jerarquía completa.

Al lado de la Congregación de Propaganda debe colocarse la *Sociedad de Misiones extranjeras de París*, cuyo objeto específico es la formación del clero indígena. Su primer impulsor fué el jesuita P. *Rhodes*, quien después de obtener innumerables conversiones, desterrado, como todos los misioneros, de Tonquín y de la Cochinchina en 1645, trabajó en Roma y en París por llevar obispos propios a aquellas tierras, que fomentaran el clero indígena. La idea prendió ardientemente entre algunos sacerdotes de París, sobre todo en M. *Pallu* y la ferviente *duquesa de Aiguillon*; pero sólo después de vencer graves dificultades, sobre todo las que oponía la Corona de Portugal, se pudo realizar en 1658. Efectivamente, M. *Pallu*, La Motte y Cotelendy recibieron la consagración episcopal, y no mucho después se organizaba el Seminario de Misiones extranjeras, cuyo primer superior era M. *Vicente Meur*. Su campo primero de actividad fué la Cochinchina, y mientras los nuevos Vicarios apostólicos organizaban los primeros centros o seminarios para la formación del clero indígena y se daba nuevo impulso a las misiones de oriente, en París trabajaba la Sociedad por reunir recursos y formar misioneros ejemplares y obispos modelo.

608. India y misiones vecinas ⁸⁾. En la India y misiones vecinas, que tanto se habían distinguido en el período anterior, nos encontra-

⁶⁾ GOYAU, G., *Les Prêtres des Missions étrang.* P. 1932. LAUNAY, A., *Histoire générale de la Société des Missions étrangères*. 2 vol. P. 1915-1916. HAHN, H., *Geschichte der kath. Missionen seit Jesus Christus*. 5 vol. 1857-1865. NATIVITÉ, EL. DE LA, *Les Missions des Carmes déchaussés*. Avon 1930.

⁷⁾ HOFFMANN, K., *Ursprung und Anfangstätigkeit des ersten Päpsti. Missionsinstituts*. 1923. PASTOR, XIII. 100 s., 740 s.

⁸⁾ LAUNAY, *Histoire des Missions de l'Inde*. P. 1898. ÍD., *Hist. de la Mission de Siam*. P. 1920. ÍD., *Histoire de la Mission de Conchinchine*. P. 1923-1925. ÍD., *Hist. de la Mission de Tonkin*, I. P. 1927. JANN, A., *Die kathol. Missionen in*

mos en este tiempo con una serie de graves conflictos. En efecto, a las dificultades jurisdiccionales entre Portugal y la Santa Sede se añadían otras, con las que tropiezan las misiones asiáticas de este tiempo, originadas de otras causas. La principal era el cambio que se iba operando en las grandes colonias del Extremo Oriente. En 1639 Holanda se apodera de Malaca; en 1642 de Formosa, y en 1658 de Ceylán; Inglaterra tomaba Madrás en 1640, y Bombay en 1661; Francia ocupaba Pondichery en 1674, y en 1687 entraba en Indochina. Con esto se concibe que las misiones existentes sufrieran profundos trastornos y se diera ocasión para que se iniciaran otras nuevas.

De la *misión Maduré* nos dan algunas estadísticas de 1700 unos cien mil cristianos. En ella se desarrolló la actividad del insigne mártir jesuita S. Juan Britto, quien en poco tiempo bautizó más de 15 000 indígenas y murió mártir en 1693.

En la llamada misión del *Gran Mogol*, en 1696 entraron a trabajar los carmelitas, enviados por la Congregación de Propaganda; pero su Vicario *Palma* sufrió dura persecución y escapó apenas con vida de los portugueses. En el *Malabar* se creó al mismo tiempo un nuevo Vicariato, confiado a los carmelitas; pero, debido a una serie de persecuciones, los cristianos de Santo Tomás habían disminuido extraordinariamente. En *Pondichery* entraron los capuchinos franceses enviados por Propaganda, cuando en 1687 pasó a Francia esta colonia. Estos continuaron cultivando aquella misión al lado de los jesuitas; pero pronto se llegó a una serie de conflictos sobre los llamados ritos *malabares*.

Efectivamente, los jesuitas, siguiendo el método del P. Nobili⁹⁾, tomaron algunas prácticas de los indios y acomodaron otras a los usos cristianos, con el objeto de facilitar a los naturales el ejercicio del cristianismo. Los nuevos misioneros capuchinos se opusieron a este sistema y denunciaron en Roma una serie de ritos o prácticas, como empleadas por los jesuitas, de las cuales la mayor parte, o estaban inexactamente reproducidas, o no tenían la significación supersticiosa que se les asignaba. El Romano Pontífice encargó a su legado *Tournon*, que de paso para la China examinara también esta cuestión, y en efecto, el legado pontificio se detuvo en Pondichery, y habiéndose informado rápidamente, dió en 1703 un decreto condenando una serie de ritos, tal como se los presentaron los contrincantes de los jesuitas. Esto originó gran confusión, hasta que en agosto de 1734 Clemente XII, y en 1744 Benedicto XIV, condenaron definitivamente aquella serie de prácticas abusivas. Así ha quedado desde entonces este asunto; pero debemos añadir que estos ritos, tal como fueron condenados, no fueron nunca defendidos por los jesuitas, los cuales los consideraban realmente censurables. En esto consiste la diferencia fundamental de los ritos malabares y de los ritos chinos condenados. Los malabares eran una ficción que no se practicó nunca, y todos convenían en condenarlos; los chinos existían en realidad, y la cuestión venía de que los jesuitas los consideraban como prácticas civiles, y sus contrincantes como prácticas supersticiosas.

En el *Tíbet* fueron ineficaces los primeros conatos de los jesuitas, *H. Benito Goes* entre 1602 y 1607, los PP. Andrade y Marqués desde 1625, y otros parecidos. Mejor resultado obtuvieron los capuchinos desde 1707, los cuales, arrojados primero, volvieron después en 1732, acompañados del P. *Oracio della Penda*, y obtuvieron permiso para predicar la fe. La conquista del Tíbet por parte de la China en 1737 trajo persecución contra los cristianos; pero no destruyó la Iglesia allí existente.

Indien, China und Japan. P. 1915. BASU, B. O., Rise of the Christian power in India. 2.^a ed. Calcuta 1931. BERTRAND, La mission du Maduré. P. 1847-1854. GISPERT, M., Historia de las misiones dominicanas de Tonkin. Ávila 1928.

⁹⁾ DAHMEN, P., Un Jésuite brahme. Robert de Nobili, missionnaire du Maduré (1577-1656). Louvain 1930.

609. c) **China. Cuestión de los ritos chinos**¹⁰⁾. Como se vió en otro lugar, el P. Ricci organizó nuevamente la misión de China, para lo cual le dió buen resultado el sistema de adaptación a ciertos usos y expresiones que reconocía como meramente civiles. Los jesuitas continuaron su obra, que llevó aquella misión a una relativa prosperidad, en que descollaron los PP. *Schall* y *Verbiest*. Pero a mediados del siglo XVII estalló ruidosamente la célebre *cuestión de los ritos chinos*¹¹⁾. En substancia se trataba sobre si podían los cristianos emplear los vocablos chinos *Tienchu*, *Tien* y *Shangti* y algunos otros aplicados a Dios, y asimismo si era lícito el uso de algunas costumbres chinas en honor de los antepasados, ciertas muestras de veneración a Confucio y la omisión de algún rito secundario en la administración de los sacramentos. Los jesuitas, en la persuasión de que nada de esto implicaba superstición, y por el contrario, el no observarlo era sumamente odioso a los chinos, permitíanlo sin dificultad. En cambio, los franciscanos y dominicos que procedentes de Filipinas se habían establecido también en China, se opusieron tenazmente a estas prácticas, suponiendo que eran supersticiosas.

Después de algunos primeros roces, el dominico P. *Morales*, misionero de la China, se dirigió a Roma y presentó en 1643 diecisiete proposiciones, en las que condensaba los ritos condenables que practicaban los jesuitas en las misiones de China. Inocencio X en 1645 dió la primera respuesta en este asunto, que era una condenación clara de aquellas prácticas, mientras no se dispusiera otra cosa. A esto respondieron los jesuitas enviando a Roma al P. Martini, el cual en 1654 presentó al Santo Oficio en cuatro proposiciones la prueba de que las prácticas aprobadas por los jesuitas no contenían nada de superstición. Efectivamente, el Papa Alejandro VII se convenció por estas razones, y en marzo de 1656 aprobó de nuevo los ritos chinos, con tal que los cristianos los reconocieran como meras prácticas civiles.

Así continuaron las cosas algunos decenios, cuando en 1693 el nuevo Vicario apostólico de Tukién, *Carlos Maigrot*, volvió a suscitar la cuestión, pues mientras en un decreto prohibía el uso de la respuesta romana, favorable a los ritos, enviaba a Roma a Nicolás Charnot y conseguía que volviera a examinarse todo el asunto. Como toda la cuestión versaba sobre si aquellos ritos eran actos meramente civiles o prácticas religiosas, los jesuitas, para hacer más fuerza en favor de su opinión, obtuvieron y enviaron a Roma la declaración del emperador Kangsi, de que las prácticas discutidas en honor de Confucio y de los difuntos eran actos civiles. Esto no obstante, en noviembre de 1704, *Clemente XI* las condenó definitivamente, y para la ejecución de este decreto envió a China como delegado suyo a Carlos Tomás Maillard de *Tournon*, Patriarca de Antioquía. Vencidas no pocas dificultades de parte de los portugueses, y gracias a los esfuerzos de los jesuitas, *Tournon* fué recibido con grandes honores por el Emperador en diciembre de 1705; pero como poco después publicara el decreto romano con la prohibición de los ritos chinos, enterado el Emperador, lo hizo prender, llevar a Macao y entregar a los portugueses, que estaban furiosos contra él y lo encarcelaron. De nada sirvió que él

¹⁰⁾ THOMAS, Histoire de la Mission de Pékin depuis les origines jusqu'à l'arrivée des Lazaristes. P. 1923. PLANCHET, J. M., Les Missions de Chine et du Japon. Pékin 1933. ALCOBENDAS, S., Las Misiones franciscanas en China (1650-1690). M. 1933. En Bibl. hisp. Miss., t. V. D'ELIA P. M., The catholic Missions in China. L. 1934. PFISTER, L., Notices biographiques sur les Jésuites... de Chine, II: XVIII^e siècle. L. 1934.

¹¹⁾ BRUCKER, J., Art. Rites chinois, en Dict. Th. Cath. AMANN, E., Art. Rites Malabares. Íb., PASTOR, XV, 284 s., 440; XVI, I, 306 s. HONDER, A., Der Chinesische Ritenstreit. 1921. PRAY, G., Historia controversiarum de ritibus sinicis. Pestini 1789.

Papa Clemente XI aprobaba todo lo hecho por Tournon y en 1707 lo creara Cardenal para sustraerlo de las manos de los portugueses. Agobiado por tantas penalidades, Tournon moría en las cárceles de Macao en 1710.

Entretanto los jesuitas, sin saber qué hacer, pues por una parte no se veía claro si estaba en vigor el decreto del legado, y por otra era evidente que su cumplimiento traía la ruina de la misión, tuvieron que pasar el más horrible de los tormentos, pues su actitud tenía todas las apariencias de desobediencia al Romano Pontífice. Para poner término a esta situación dolorosa, el P. General de los jesuitas y todos los procuradores de la Orden, reunidos en Roma en 1711, renovaron al Papa su voto especial de obediencia, y el 19 de marzo de 1715 Clemente XI dió el decreto final «Ex illa die», que confirmaba la condenación de los ritos chinos.

El efecto inmediato fué el que habían previsto los jesuitas. El emperador Kangsi, en abril de 1717, expulsó de su Imperio a todos los misioneros y prohibió en absoluto la religión cristiana. Con obediencia heroica, los jesuitas se sometieron a la voluntad expresa del Romano Pontífice; pero entonces el Papa, haciendo un último esfuerzo para arreglar pacíficamente el conflicto, envió un nuevo legado, Juan Ambrosio Mezzabarba, Patriarca de Alejandría. Kangsi no lo quiso recibir. Entonces él hizo algunas concesiones a los misioneros, que suavizaban la prohibición de los ritos; pero el nuevo emperador Yung-cheng desde 1722 intensificó todavía la persecución del Cristianismo, y en Roma, examinando lentamente todo este asunto, publicaba Benedicto XIV en 1741 la bula «Ex quo», que confirmaba todas las condenaciones de los ritos, anulando las concesiones de Mezzabarba e imponiendo en adelante a todos los misioneros el juramento de observar estas disposiciones; pero con todos estos trastornos y la extinción de la Compañía de Jesús, que acaeció poco después, la misión quedó casi completamente destruida.

Modernamente una serie de concesiones y declaraciones de la Santa Sede justifican claramente el modo de ver de los jesuitas, que tenían aquellas prácticas como meramente civiles.

610. d) Indochina, Ceylán, Filipinas y Oceanía. En la península de la *Indochina*, y sobre todo en las vastas regiones de *Tonkin* y *Cochinchina*, existían cristiandades numerosas, calculadas en 1650 en unos 300 000. Éste fué el primer campo de actividad de los Vicarios apostólicos de las Misiones extranjeras de París, sobre todo el P. *Pallu* y *La Motte*. A su lado trabajaban los jesuitas y los dominicos, todos los cuales durante las interminables persecuciones que siguieron, mostraron una tenacidad a toda prueba. El mismo heroísmo mostraron muchos cristianos. Son dignos de mención el jesuita alemán P. *Gaspar Kratz*, martirizado en 1737 con otros tres jesuitas portugueses, y el dominico *Francisco Gil de Federich*, ajusticiado en 1745 junto con el P. *Luciniana*. En las frecuentes interrupciones de persecución intensificaban sus trabajos los misioneros, que vivían ocultos una vida semejante al martirio.

También en *Ceylán* obtuvieron los católicos resultados considerables. Los calvinistas holandeses se opusieron tenazmente a la labor de los misioneros; pero los católicos descendientes de los portugueses mantuvieron heroicamente su fe. En 1717 poseían unas 400 iglesias.

La misión e Iglesia de *Filipinas* siguió cada vez más próspera bajo la protección del patronato español. Los franciscanos, dominicos, jesuitas, agustinos recoletos y una buena parte de clero indígena, fueron completando la conquista de los territorios no sometidos todavía al Cristianismo. La actividad misionera propiamente tal se desarrolló desde 1637 en *Mindanao*, donde desplegó su celo el santo P. *Marcelo Mastrilli*; pero la misión fué difícil, pues tuvieron que luchar contra la perfidia de los musulmanes y del sultán *Corralat*, y buen número de misioneros recibieron la palma del martirio.

Sin embargo, la misión siguió prosperando. Los operarios apostólicos de las diversas Órdenes siguieron afluyendo a *Filipinas*; se fueron poco a poco evangelizando la isla de *Joló* y demás islas del archipiélago, y desde *Filipinas* emprendieron los españoles diversas expediciones apostólicas a la *China*, *Japón*, *Formosa* y otras partes. Las más célebres conquistas hechas desde *Filipinas* son las de las *Marianas* y *Carolinas*. Las prime-

ras las descubrió el P. *Sanvitores*, quien acompañado del P. *Luis Medina* y otros misioneros, organizó en 1668 la expedición a *Guam*, y en poco tiempo fueron bautizados 30 000 indígenas. Aunque los dos PP. *Medina* y *Sanvitores* murieron pronto, mártires de su celo, y asimismo fueron martirizados otros jesuitas misioneros, sin embargo se fué completando la conquista espiritual del archipiélago, sobre todo desde que todos los isleños fueron reunidos en las tres islas de *Guam*, *Rota* y *Saypán*. El año 1696 se acometió asimismo la conquista y evangelización de las islas que se llamaron *Carolinas* y *Palaos*, que aunque costó muchas víctimas, no fué abandonada por los incansables misioneros jesuitas.

CAPÍTULO V

Las ciencias eclesiásticas ¹⁾

611. En el cultivo de los estudios eclesiásticos, hay que hacer algunas observaciones sobre el período de 1648-1789. La impresión de conjunto es de decadencia de las grandes escuelas teológicas, por lo cual vemos que generalmente ya no se produjeron aquellos grandes tratados dogmáticos originales que tanto abundaron en la época anterior, y aun todo el sistema escolástico se fué disgregando poco a poco. Esto no obstante, observamos, en segundo lugar, que al principio de este período brillan todavía algunas grandes lumbreras de la Teología, y que la decadencia se produjo muy lentamente. En cambio, en el terreno de la Historia eclesiástica y Teología histórica, se produce un avance notabilísimo, con una serie de grandes investigadores que produjeron multitud de obras de primer orden. Entre tanto se agitaban en el campo de la moral una serie de controversias y surgían obras fundamentales, sobre todo con S. Alfonso M. de Ligorio.

a) Trabajos escriturarios y escolásticos. Los estudios de la Sagrada Escritura son los que más rápidamente desmerecieron. Sin embargo, se produjeron diversas obras dignas de mención: el oratoriano Ricardo Simón († 1712), conocedor profundo de la Arqueología y Filología, pero se enzarzó en varias discusiones con Bossuet; el benedictino Agustín Calmet († 1757), quien compuso un comentario completo de toda la Sagrada Escritura. Muy útiles para los estudios bíblicos son el aparato para la Biblia de Lamy, y la hermenéutica de Dom Martianay.

En la Escolástica y Apologética algunos grandes teólogos, como el Cardenal Lugo, Arriaga, Esparza, continuaban produciendo sus obras monumentales. Entre sus sucesores son dignos de mención: Gonet († 1681) con su «Clypeus Theologiae Thomisticae», A. Goudin († 1695), V. Contenson († 1674), M. Grandi († 1692) y P. Labat († 1670). En la escuela tomista: Carlos B. Billuart, dominico († 1757), autor de una célebre suma de Santo Tomás; el Cardenal V. Luis Gotti († 1742), que escribió otra de no menos valor, a lo que juntó algunas obras de carácter apologético; Jacinto Drouin († 1740); Bernardo M. de Rossi († 1775), autores de interesantes monografías teológicas; otros varios que compusieron cursos generales de Filosofía o Teología to-

mista, como el dominico Pedro Gazzaniga († 1799) y el benedictino Luis Babenstuber († 1715). Fué notable impugnador del deísmo inglés Anselmo Desing († 1772), y del galicanismo el Cardenal Celestino Sfondrati, O. S. B. († 1694).

De la escuela jesuítica citemos: el célebre historiador del Concilio de Trento, Cardenal Sforza Pallavicini († 1667), quien compuso también excelentes «Disputationes Theologicae»; Juan Martinon († 1662), autor de algunas obras de Teología y de otra obra polémica contra Jansenio; Cristóbal Haunold († 1689), más bien moralista, pero que también escribió tratados de Teología. Asimismo sobresalían: Edmundo Simonet († 1733), Juan Marin († 1725), autores de tratados generales de Escolástica; Francisco Noel=Natalis († 1729), a quien se debe un buen compendio de Suárez; Jaime Platel († 1681), autor de una «Synopsis cursus theologici»; Pablo G. Antoine († 1741), célebre como moralista, como acérrimo defensor del probabiliorismo, pero no menos ilustre con su «Theologiae specula». Al lado de los dichos hay que colocar a Juan de Ulloa († 1725), Cardenal Alvarez Cienfuegos († 1739), teólogos eminentes, y Juan Bta. Gener († 1781), quien proyectó y en buena parte realizó el vasto plan de una enciclopedia eclesiástica; una serie de cursos, como de V. Pichler († 1736) y Carlos Sardagna († 1775), y sobre todo la «Theologia Wirceburgensis», en la que trabajó particularmente el P. Kilber, profesor de Wurzburg.

De otras escuelas y tendencias escolásticas notemos los escritores dogmáticos: los franciscanos Bartolomé Mastrio y B. Bellutio († 1678, 1676), autores del excelente «Cursus philosophiae ad mentem Scoti»; el capuchino Gaudencio Bontemps Brixiniense († 1672); ya en el siglo XVIII, los franciscanos Claudio Frassen († 1711), con su «Scotus academicus...», Tomás ex Charmes († 1765) y varios otros.

Son interesantes algunas tendencias especiales que se manifestaron en diversas naciones. Así como el conocido copilador de los Concilios españoles, Cardenal José Sáenz de Aguirre († 1699), escribió la obra «Sti. Anselmi theologia» con el intento de fundar una escuela anselmiana; otro español, Juan Bta. Lardita, quiso armonizar las doctrinas de S. Anselmo y Sto. Tomás. En Cataluña y Baleares se procuró dar nuevo realce a la escuela y doctrinas de Ramón Lull. Por otra parte, trabajaron los agustinos por renovar la escuela egidiana, y en este sentido escribieron Nicolás Gavardi († 1715), Agustín Arpe y otros. Emparentados con esta tendencia están algunos escritores, que pretendiendo renovar la escuela agustiniana, se acercaron demasiado al jansenismo; tales fueron: Cr. Lupo, Cardenal Enrique Noris († 1704), con su «Historia Pelagiana», y Lorenzo Berti († 1766), con su obra de «Theologicis disciplinis». De los oratorianos salieron en un principio hombres tan ortodoxos, como Baronio y Raynald; pero más tarde algunos escritores se contagiaron de jansenismo, como Quesnel († 1711) y Duguet († 1773). Más moderada, pero también con tendencia peligrosa, es la obra de Gaspar Juenin († 1727).

Conviene notar aquí un grupo de escritores notables de la Sorbona, que junto con cierta tendencia tomista, se muestran bastante independientes. En general, conviene advertir que casi todos ellos están tocados de espíritu galicano; pero no obstante, algunos conservan aún el vigor teológico de los antiguos escolásticos. He aquí los nombres principales: Juan Bta. Du Hamel († 1706), con su «Theologia speculativa...»; Carlos Witase († 1716), que se ladeó hacia el jansenismo, como lo prueban sus «Tractatus theologici»; Honorato Tournely († 1729), quien con sus «Praelectiones theologiae» llegó a ser el texto predilecto, hombre de extraordinaria erudición y buen criterio; Pedro Collet († 1770), Montagne, y Pedro D. Huet († 1721), quien con su «Demonstratio evangelica» y otras obras se manifestó excelente apologeta.

612. b) Teología moral. La Teología moral y Derecho Canónico se disgregaron definitivamente de la Teología, y por otra parte, se

¹⁾ Puede verse GRABMANN, p. 246 s., de quien tomamos buena parte de lo que aquí exponemos. Además: HORTER, H., Nomenclator... IV (1664-1763), 3.ª ed. 1910. V, 1 (1764-1869), 3.ª ed. 1921.

fuieron separando más y más entre sí. A esto contribuyó el cultivo más intenso de la Moral, llamada casuística o práctica, que produjo autores de primer orden, mientras el Derecho Canónico era también muy fomentado; pero desgraciadamente, algunos de los mejores tratadistas se dejaban llevar del espíritu galicano.

Además, en el campo de la Moral, surgieron en este tiempo grandes controversias, como las del *laxismo*, condenado por Alejandro VII e Inocencio XI, y el *rigorismo*, por Alejandro VIII. Más trascendencia tuvo dentro del campo católico la cuestión sobre el *probabilismo*²⁾, sistema propuesto por el dominico Medina, pero defendido luego generalmente por los jesuitas, a quienes opusieron los dominicos el *tuciorismo*, y más tarde S. Alfonso M. de Liguorio el *equiprobabilismo*. La cuestión se envenenó constantemente, sobre todo por el interés de los jansenistas en presentar a los probabilistas, es decir, a los jesuitas, como *laxistas*.

Como tratadistas de Moral y de Casuística, se distinguieron el jesuita Antonio de Escobar († 1669)³⁾, con su «Examen y práctica de confesores», que fué objeto de la crítica más mordaz, sobre todo de Pascal; el cisterciense Juan de Caramuel († 1682), a quien critica particularmente S. Liguorio; el jesuita Tomás Tamburinus († 1675), Antonio Diana († 1663), con sus «Resoluciones» en doce folios, Constantino Roncaglia († 1737); todos ellos defensores del probabilismo. En favor del tuciorismo escribieron: los dominicos V. Baron († 1674), Daniel Concina († 1756) y G. V. Patuzzi († 1769).

La Teología alemana desempeñó un papel importantísimo en todas estas contiendas y produjo obras notables en el campo de la Moral. Tales son: Benjamín Elbel († 1756), franciscano, y Jorge Gobert († en 1679), jesuita, ambos beneméritos casuistas. Más célebres todavía son: el franciscano Patricio Sporer († 1714), quien compuso su excelente «Theologia moralis», uno de los mejores manuales de los tiempos modernos; Herman Busenbaum († 1668), jesuita, cuya obra «Medulla theologiae moralis» es la casuística más leída y estudiada; Claudio Lacroix († 1714), uno de los moralistas más estimados de la Compañía de Jesús, y finalmente Juan Reuter († 1762), que escribió su «Neconfessarius practice instructus», reeditado constantemente hasta nuestros días.

613. c) Derecho Canónico. En el Derecho Canónico continuaron los comentarios a las Decretales de Gregorio IX, y en general al «Corpus Iuris Can.» A este tipo pertenecen las obras de Próspero Fagnani († 1678), Manuel González Téllez († 1673) y otros. Una especie de enciclopedia general, no de poco mérito y muy utilizada, es la «Prompta Bibliotheca» de L. Ferraris († 1760). Por otra parte, se cultivó de un modo especial la Historia del Derecho Canónico, en que se distinguieron: Juan Doujat († 1688), profesor de París, con su «Histoire du Droit Can.», y Gerardo de Maestricht con su «Historia Iuris Eccl.» Pero quien más sobresalió en el estudio del Derecho, es el oratoriano Luis Thomassin, eminente también en el campo de la Teología histórica y positiva. Sobre todos estos trabajos positivos trabajó

²⁾ BLIC, J. DE; VERMEERSCH, A., Art. Probabilisme, en Dict. Apol. AMANN, E., Art. Laxisme en France, en Dict. Th. Cath. TER HAAR, F., Das Dekret Innocenz XI über den Probabilismus. 1904. SCHMITT, A., Zur Gesch. des Probabilismus. 1904. JANSEN, J. L., Geschichte und Kritik im Dienst der «Minus-probabilis», 1906.

³⁾ WEISS, K., P. Antonio de Escobar y Mendoza als Moraltheologe. 1908.

incansablemente el canónigo de Lovaina, Z. B. van Espen († 1728), quien por desgracia puso su gran erudición al servicio de las ideas galicanas.

La ciencia alemana se distinguió también en este tiempo en el campo del Derecho Canónico. Así lo prueban: el jesuita Francisco Schmalzgrueber, con su gran enciclopedia «Ius eccles. universum», y el franciscano Anacleto Reiffenstuel († 1737), de quien poseemos varias obras de inmenso valor. A éstos hay que añadir algunos otros, que escribieron compendios o instituciones para las escuelas, como los jesuitas Zech y Wiestner.

De España podemos citar al célebre dominico y arzobispo de Valencia, Juan Tomás de Rocaberti († 1699), quien se hizo benemérito de la Iglesia con su gran colección en 21 folios de teólogos y juristas, titulada «Bibl. Max. Pontificum».

Al fin de este período nos encontramos con dos autoridades de primer orden en el campo de la Moral y del Derecho Canónico. El primero es S. Alfonso M. de Liguorio († 1787), gran apóstol y fundador de los Redentoristas, pero célebre, sobre todo, como portavoz del equiprobabilismo en la Moral, y que con las muchas obras que escribió («Homo Apostolicus», «Theologia Moralis», etc.) es sin duda la primera autoridad de los tiempos modernos en estas materias. El segundo es Benedicto XIV († 1758), conocido también con su nombre Próspero Lambertini, el cual abarcó en sus muchos escritos innumerables cuestiones canónicas, en las que disfruta de indiscutible autoridad, no sólo como Papa, sino como erudito canonista. Son célebres particularmente sus obras «De synodo dioecesana», «De servorum Dei beatificatione», «Institutiones ecclesiasticae».

614. d) Teología histórica e Historia eclesiástica. Desde el principio de este período y empalmando con el anterior, comienzan a desarrollarse dos instituciones de incomparable valor para la Teología positiva, la Historia eclesiástica y ciencias afines. Nos referimos a los Bollandistas⁴⁾, y Maurinos⁵⁾, de que se ha hablado en otro lugar. Entre los primeros se distinguieron los PP. Papebroech y Germond. Entre los segundos, Juan Mabillon († 1707), Bernardo de Montfaucon († 1741), Juan L. d'Achery, Martine, Constant, Ruinart, etc.

En el mismo ambiente de estudios positivos aparecieron las grandes colecciones de los jesuitas F. Labbe († 1667) y J. Hardouin († 1729),

⁴⁾ DELEHAYE, H., L'oeuvre des Bollandistes. Bruxelles 1920.

⁵⁾ BROGLIE, E. DE, Mabillon et la société de l'abbaye de St. Germain-des-Prés. 2 vol. P. 1888. LECLECCQ, H., Art. Mabillon, en Dict. Arch. DENIS, PH., Mabillon et sa méthode historique. P. 1910. BERGKAMP, J. U., Dom J. Mabillon and the Benedictine Historical School of St. Maur. Washington 1928. MARTÈNE, E., Histoire de la Congrégation de Saint-Maur, publ. por G. Charvin. 5 vol. (hasta 1667). P. 1928-1931. RUINART, DOM T., Mabillon. En la Col. «Pax», 35. Maredsous 1933. BROGLIE, E. DE, Bernard de Montfaucon et les Bernardins. 2 vol. P. 1891.

Mansi († 1729), *Assemani*, *Renaudot*, *A. Muratori* y *E. Maffei*. En Alemania sobresale el célebre Príncipe-Abad de Saint Gallen, *Martin Gerbert* († 1793), llamado por muchos, por su erudición y sus preciosos escritos y correspondencia, «el Mabillon alemán». Con todo esto se explica la floración de grandes obras de carácter general y nacional que comenzaron a publicarse en este tiempo, como: *Natalis Alexander*, *Tillemont*, *Ceiller*, *Orsi Ughelli*, y en España la «España Sagrada» de los agustinos *Flórez* y *Risco* y sus sucesores.

Uno de los efectos prácticos de este nuevo ambiente fué que la Escolástica tomó un carácter más positivo; por esto abundaron los trabajos de Teología histórica propiamente tal, como los del jesuita *Juan Garnier* († 1681), del oratoriano *Juan Morinus* († 1659), el alemán *E. Amort* († 1775), agustino; los franceses *Luis Cellot*, *Pedro de Marca*, *Dechamps* y el insigne *Bossuet*. Más aún; ya entonces se inició el estudio de la Teología según el nuevo sistema positivo, aprovechando los conocimientos históricos y patristicos que se habían ido adquiriendo. En esto realizaron una obra excelente el jesuita *Dionisio Petavio* († 1652) y el oratoriano *Luis Thomassin* († 1695).

615. e) La Ascética y Mística⁹⁾. En la literatura ascética y mística, la segunda mitad del siglo XVII fué continuación de la primera, y así nos encontramos en España y en Italia con multitud de escritores eminentes, si bien se advierte que van desmereciendo en número y calidad. En cambio, en Francia se llega precisamente entonces al verdadero apogeo de la literatura ascética y mística, que nos dejó hombres tan insignes como S. Francisco de Sales, el Cardenal Bérulle, Condren y Olier. Al mismo tiempo se manifiestan los extremismos opuestos del quietismo de Molinos y de madame Guyon, y el ascetismo sin alma de los jansenistas. Durante el siglo XVIII fueron más bien escritores esporádicos los que nos han dejado algunas obras de cierto valor en Ascética y Mística.

Las escuelas españolas e italianas nos presentan buen número de tratadistas dignos de mención, en la segunda mitad del siglo XVII y principios del XVIII. He aquí algunos: el dominico *Fr. Tomás de Vallgornera* († 1665), célebre por su excelente manual «*Mystica theologia Sancti Thomae*»; el portugués *Fr. Vicente Contenson* († 1674), conocido por su «*Theologia mentis et cordis*»; el Cardenal cisterciense *Juan Bona* († 1674), con sus múltiples tratados litúrgicoascéticos, particularmente «*De sacrificio missae*». A todos éstos podemos juntar un número considerable de escritores carmelitas que siguieron la doctrina de Sta. Teresa y de S. Juan de la Cruz: Antonio del Espíritu Santo († 1674), Felipe de la Santísima Trinidad, Nicolás de Jesús María, Honorato de Santa María († 1729). Además: los franciscanos Andrés de Quirós († 1668), Ambrosio de Lombez († 1778); los jesuitas Eusebio Nieremberg († 1658), célebre sobre todo por su «*Aprecio y estima de la divina gracia*» y gran número de excelentes opúsculos ascéticos; *Benedicto Rogacci* († 1719), y más recientemente *Juan Bta. Scaramelli* († 1752), con su excelente «*Direttorio místico*».

La escuela francesa nos presenta, en primer término, a S. Francisco de Sales, escritor ascéticomístico genial, de quien se habló en el período anterior. Es prodigioso el influjo que ejerció este santo en la vida religiosa y ascética de la Francia de Luis XIII y Luis XIV. Sobre este ambiente dieron nuevo esplendor a la escuela francesa el Cardenal *Pedro de Bérulle* († 1629), quien con la Congregación del Oratorio y sus escritos ascéticos y toda su incansable actividad, fué una de las columnas del catolicismo

francés. Su ascetismo, fundado en la Redención y en la persona de Jesús, tuvo excelentes imitadores. Las mismas ideas las desarrollaron en sus preciosos escritos: *Carlos de Condren* († 1641) y *J. J. Olier* († 1657), conocido fundador de los sulpicianos. En la espiritualidad francesa de este tiempo influyeron también mucho con sus escritos *S. Juan Eudes* († 1680) y *Luis Grignon de Montfort* († 1716).

⁹⁾ Véase sobre todo POURRAT, *La spirit. chrét.*, vol. IV. BREMOND, R. P., *Le courant mystique au XVIII siècle*. P. 1943.

CAPÍTULO VI

Diversas manifestaciones de la vida religiosa

616. Todo lo expuesto sobre la lucha de la Iglesia católica contra las corrientes anticristianas del galicanismo, jansenismo y demás tendencias antipontificias; su expansión en los inmensos territorios de América, África y Oriente; la persistencia de la cultura y producción literaria, no obstante las dificultades que se le oponían: todo esto significa una intensa vida interior de la Iglesia. Pero todavía podemos añadir aquí otras manifestaciones de esta vida interior, cuales son: las nuevas Órdenes y Congregaciones religiosas, el florecimiento del arte cristiano y la persistente vida cristiana del pueblo creyente.

I. Nuevas Órdenes y Congregaciones religiosas

Por lo que se refiere a las Órdenes y Congregaciones religiosas, advertimos, en primer lugar, durante este período, que las ya existentes, particularmente la Compañía de Jesús y alguna otra de reciente fundación, desarrollaron una actividad extraordinaria, que respondía en conjunto a las necesidades del tiempo. Tal sucedía con la educación de la juventud, los trabajos de misiones, el apostolado con el pueblo cristiano y las obras de beneficencia.

a) **Nuevas instituciones para la educación.** A la educación de la juventud masculina atendió durante este tiempo, sobre todo, la Compañía de Jesús con su célebre *Ratio studiorum*, la cual se puede decir que mantuvo una especie de monopolio de la segunda y aun de la primera enseñanza. A su lado se hallaban en España, Italia y algunas otras regiones los escolapios y algunos otros religiosos; pero éstos se ocupaban casi exclusivamente de los niños pobres, y aun en conjunto adquirieron poca importancia. En la enseñanza femenina hay que observar que, por entonces, era relativamente escaso el número de mujeres que recibían una instrucción algo completa, y a éstas atendían los nuevos institutos recién fundados.

La educación de la juventud recibió un refuerzo muy importante con los *Hermanos de las Escuelas Cristianas*, fundados en 1680 por el canónigo Juan Bautista de la Salle († 1719)¹⁾ y aprobados por Bene-

dicto XIII. En adelante han servido de modelo para otras congregaciones semejantes. En Francia se extendieron rápidamente y adquirieron gran popularidad. A la muerte de su fundador contaba ya veintisiete casas. Poco después comenzó a extenderse por España, Italia, Alemania y otras naciones, donde adquirió gran incremento.

A la *instrucción del clero* en particular se dedicaron algunas nuevas fundaciones: tales son los llamados *eudistas* o congregación de sacerdotes seculares, organizados por S. Juan Eudes en 1644. Dedicábanse en particular a los seminarios y a las misiones populares y fueron los grandes debeladores del jansenismo. Los *sulpicianos* son también una congregación de sacerdotes seculares, que deben su origen al venerable Juan Jacobo Olier († 1657), gran amigo de S. Vicente de Paúl. Se dedicaron a la instrucción y reforma del clero y se han hecho célebres por la dirección del seminario de San Sulpicio de París, de donde les vino el nombre. Más tarde se propagaron también en América.

617. b) **Apostolado con el pueblo y en las misiones.** El campo de la instrucción popular y las misiones entre infieles fué cultivado muy particularmente por casi todas las Órdenes antiguas y recientes, como los dominicos, franciscanos, capuchinos, jesuitas, agustinos, mercedarios y otros. Pero a éstas se juntaron nuevas creaciones. Ante todo son dignos de mención los *oratorianos franceses*, organizados por Pedro de Bérulle a principios del siglo XVII, a imitación de los oratorianos de San Felipe Neri. En un principio representaron un papel muy importante en el resurgir católico de Francia en tiempo de Luis XIII. En segundo lugar debemos colocar a los *lazaristas*, congregación de clérigos dedicados a las misiones populares y entre infieles, obra importantísima de la Francia católica del siglo XVII, fundada por S. Vicente de Paúl, y representante de su espíritu. En efecto, este hombre admirable, prodigio de caridad con el prójimo, gran organizador y consejero de las obras más importantes de su tiempo, organizó esta congregación en el colegio de San Lázaro, de donde tomó el nombre, y pudo ya enviar muchos misioneros a las misiones de infieles. En Francia se extendió rápidamente; luego pasó a España, Portugal, Austria y otros países.

Los *pasionistas* o Congregación de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, fué fundada en 1725 por S. Pablo de la Cruz († 1757)²⁾ con el fin particular de promover entre los fieles la devoción a la pasión como medio de reforma de la vida cristiana. La Congregación fué aprobada por Benedicto XIV en 1741 y luego por otros Papas. Se extendió rápidamente en Italia y otras naciones, incluso en territorios de misión.

Pero la más importante de las nuevas fundaciones, que tienen por objeto el cultivo del pueblo cristiano, es la *Congregación del Santísimo Redentor* o simplemente los *redentoristas*. La fundación tuvo efecto en 1732 y se debe a S. Alfonso María

¹⁾ *Biografías*: GUIBERT, J., P. 1900. BRUG, FR., 1919. RIGAULT, G., L'Institut des Frères des écoles chrét. P. 1928. RAVELET, A. S. Jean-Baptiste de la Salle. 3.ª ed. corregida por G. Rigault. Tours 1933. RIGAULT, G., Histoire générale de l'Institut des frères des écoles chrétiennes. 4 vol. P. 1938-1942. MÉNABRÉA, A.,

S. Vincent de Paul le Savant. P. 1948. CANITROT, E., Le plus familier des saints, Vincent de Paul. P. 1947. DODIN, A., Saint Vincent de Paul. P. 1949. MOLIEN, A., Le Card. de Bérulle. P. 1947.

²⁾ LUCA DI S. GIUSEPPE, Un grande apostolo del Crocifisso nel secolo XVIII, o San Paolo della Croce, Firenze 1910. LIPHOLD, F., Der hl. Paul vom Kreuz, 1930.

de Ligorio³⁾, uno de los hombres más eminentes de su siglo. La congregación fué aprobada por Benedicto XIV, y desde entonces se entregó de lleno a la predicación e instrucción del pueblo, extendiéndose rápidamente por todo el mundo. Entre sus hijos más ilustres se cuenta *S. Clemente M. Hofbauer*, apóstol de Viena, por quien adquirió en Alemania gran popularidad. Los redentoristas son estimados en todas partes como excelentes operarios apostólicos.

618. c) Nuevas instituciones de beneficencia. Reformas. Fruto de la abnegada caridad de *S. Vicente de Paúl* fué la institución de las *Hermanas de la Caridad*, aprobada en 1668. Su objeto abarca todo lo que puede abrazar la caridad cristiana, hospitales, orfanatos, asilos de pobres e instituciones semejantes, con lo cual y la mayor libertad que da el no estar atadas las Hermanas a la clausura y no ser propiamente religiosas, adquirieron rápidamente una extensión y popularidad tal, en todo el mundo, que las ha hecho las hermanas de la caridad por antonomasia.

La Congregación del *Buen Pastor*, dedicada al cuidado de muchachas caídas o en peligro de caer, venera como a su primer fundador a *S. Juan Eudes*, antes citado. Este, en efecto, fundó en 1644 una congregación denominada del *Socorro*; pero en el siglo XIX fué reorganizada por *Sta. María Eufrosia Pelletier*, que le dió la forma actual, con la que se extendió por todo el mundo.

Los *trapistas*⁴⁾ o *cistercienses reformados* son uno de los frutos más característicos del resurgir religioso de Francia. Tomaron el nombre de la abadía de la *Trappe*, donde desde 1664 introdujo una reforma completa el abad *Juan le Bouthillier de Rancé*. Se distingue por su extremado rigor, al que pertenece el silencio más absoluto, la abstinencia de carnes y aun el abandono de estudios especiales. El ideal es la vida contemplativa.

II. Vida cristiana. El arte cristiano⁵⁾

619. Frente a todos los movimientos heterodoxos de este período, la Providencia puso en manos de la Iglesia medios suficientes para que se defendiera y llevara adelante su misión divina. Tales son: los Romanos Pontífices, muchos de los cuales fueron hombres de gran energía y talento; las Ordenes religiosas, antiguas y recientes; la práctica de la Reforma Tridentina; toda la actividad misionera y científica de la Iglesia. Por lo que al resultado se refiere, es cierto que el pueblo cristiano en general se resintió de tantos embates de sus enemigos, y por esto bajó bastante en este tiempo el espíritu católico; pero esto no obstante, la Iglesia mantuvo firme el depósito de la fe y de las costumbres.

a) **Vida cristiana. Nuevas devociones.** Salvo en las regiones donde predominaba el protestantismo, en las demás siguió el catolicismo predo-

³⁾ *Biografías*: BERTHE, A., 2 vol. P. 1900. FIGHLER, A., 1922. *Sts. Alphonsi de Lig.* Opera dogmatica, ed. A. Walter. 3 vol. R. 1903. *Id.*, Opera moralia. ed. I. Gaudé. 4 vol. R. 1905-1912. DELERUE, F., *Le système moral de S. Alphonse de Liguori*. Saint-Etienne 1929.

⁴⁾ GROLLEAU, CH.; CHASTEL, G., *La trappe*. P. 1932. SCHMID, B., *J. le Bouthillier de Rancé*. 1897. LUDDY, A. J., *The real de Rancé*. I. 1931.

⁵⁾ *Mes de María*: METZLER, J. B., *En Katholik*, 1909, I, 100 s., 177 s., 262 s. *En Z. Asz. Myst.*, 1928, 89-101.

minando en la vida pública. El pueblo continuaba, en Italia, España y Francia y demás naciones católicas, con su apego tradicional a la fe heredada, y aun se puede añadir que, siguiendo la tendencia de la época, el culto desplegaba un esplendor extraordinario en las fiestas y solemnidades religiosas. Es el tiempo del apogeo del gusto barroco en todos los órdenes y esto traía consigo la exuberancia y magnificencia, a veces excesiva, en el culto divino y en las fiestas populares. Así, se dió ocasión a buen número de nuevas devociones; por lo cual, tanto los Ordinarios como la Santa Sede tuvieron que ejercer un control constante y prohibieron algunas exageraciones de la devoción. Con este objeto y con el fin de introducir la mayor uniformidad posible en el culto, se urgió el uso universal de los libros litúrgicos romanos, y de hecho se consiguió introducirlos en casi todas partes menos en Lyon, Milán, Munich y algunas otras ciudades.

Una de las nuevas devociones que alcanzaron más popularidad, fué el *Vía Crucis*, a la que se concedieron muchas indulgencias. Por otra parte, eran muy numerosas las fiestas de precepto del Señor, de la Santísima Virgen y de algunos santos, cosa muy del agrado del pueblo cristiano. Pero el espíritu jansenista e irreligioso de la sociedad ilustrada atacó violentamente algunas de ellas e influyó en algunos príncipes para que las redujeran. Benedicto XIV concedió diversos permisos de reducción de fiestas, por lo cual poco después quedaron limitadas a veinticuatro las que obligaban a toda la Cristiandad. No obstante la tendencia a disminuir las fiestas, precisamente en este tiempo se generalizó y fué ganando cada vez más simpatías la de la *Inmaculada Concepción*. El entusiasmo por esta fiesta se manifestó, sobre todo, en España, de donde partieron diversas embajadas y peticiones insistentes a Roma para su aprobación. Al fin fué aprobada en 1708 por Clemente XI para toda la Cristiandad. Ya en 1644 había sido aprobada para España.

Más novedad trajo otra devoción, que estaba destinada para desempeñar un papel importantísimo en la ascética y piedad moderna: la *devoción al Sagrado Corazón de Jesús*. Su iniciadora principal fué *Sta. Margarita María Alacoque* († 1690)⁶⁾; pero ya antes de ella la habían propuesto con bastante claridad algunos escritores, y particularmente *S. Juan Eudes*, casi al mismo tiempo que *Sta. Margarita*. Esta ilustre santa, humilde hija de la Visitación en el convento de Paray-le-Monial, recibió diversas y estupendas revelaciones, por las cuales el mismo Jesucristo le mandaba propagar esta devoción. Con la ayuda del jesuita P. La Colombière y de otros padres de la Compañía de Jesús, consiguió la santa vencer innumerables dificultades y dió principio a esta devoción, que sólo lentamente fué extendiéndose a todo el mundo. El jansenismo y el espíritu impío de la época opusieron tenaz resistencia; pero ya Clemente XIII en 1765 permitió un oficio especial el viernes después de la octava de Corpus y Pío IX lo extendió a toda la Iglesia. En España fueron instrumentos providenciales para extender esta devoción al P. Bernardo de Hoyos y los PP. Cardeveraz y Loyola a mediados del siglo XVIII.

⁶⁾ *Monografías sobre Sta. Margarita*: CANTHEY, 3 vol. 4.ª ed. P. 1914. BOUGAUD, E., 12.ª ed. P. 1919. HAMON, A., *Histoire de la dév. au Sacré-Coeur*, 3 vol. P. 1923-1928. SÁENZ I TEJADA, J. M., *Vida y obras principales de Sta. Margarita M. Alacoque*. Bilbao 1943. KRIVE, J., *Sainte Marguerite-Marie*. P. 1948.

Para mantener el fervor religioso en el pueblo sirvieron extraordinariamente: en primer lugar, la floración abundante de libros ascéticos que provenían del período anterior y los nuevos que se produjeron en este tiempo. Pero más eficazmente contribuyeron a ello los predicadores de la palabra de Dios, que desplegaron en este tiempo una actividad extraordinaria, y algunos adquirieron fama universal. Tales son, por no citar más que algunos: por lo que se refiere a España, hemos citado ya a S. José Oriol de Barcelona, al Beato Fray Diego de Cádiz, y al dominico Francisco Posada. En Italia son dignos de especial mención el capuchino P. Marcos de Aviano, y sobre todo el jesuita Pablo Segneri, uno de los hombres más notables del púlpito cristiano. En Alemania descollaron: el agustino Abrahán de Santa Clara, el capuchino Martín Cohem y sobre todo el redentorista San Clemente Hofbauer, apóstol de Viena. Respecto de Francia, ya se ha hablado antes.

620. b) El arte cristiano ⁷⁾. Sobre el arte cristiano de este período sólo diremos que siguió la corriente iniciada en el siglo XVII. Durante el resto de este siglo vemos el apogeo del estilo barroco; pero ya a fines del mismo y sobre todo en la primera mitad del XVIII, se entró en el período del amaneramiento y complicación caprichosa de los elementos de ornamentación, que dan un carácter especial al llamado *rococó* o *barroco decadente*, que es el *churrigueresco decadente* de España.

Los mismos maestros de la arquitectura barroca italiana, particularmente Bernini, fueron excelentes artistas de la estatua. Al lado de Bernini debemos colocar a *Maderna* y *Algardi* con una serie de discípulos. En la pintura nos hallamos en franca decadencia. Sin embargo, todavía se distinguieron en Roma algunos pintores, como *Batoni* († 1787), y en Alemania el sajón *Mengs* († 1779), que trabajó también en España.

En España trabajaron muchos artistas extranjeros; pero a su lado se distinguieron algunos españoles, que crearon obras notables en medio de las muchas extravagancias del barroco decadente. *José Churriguera* († 1728) dió su nombre a un estilo barroco recargado, que produjo obras de buen gusto, pero propendió siempre a la exageración. Sus discípulos *Pedro Ribera*, *Garcla Tomé* y *Casas Novoa*, crearon obras de gran valor, como la fachada de la Universidad de Valladolid. Entrando en el siglo XVIII, se construyeron los palacios de la Granja, Aranjuez y Riofrio. En ellos trabajaron los italianos *Juvara*, *Sacchetti*, *Raveglío* y el francés *Carlíer*. Este último dirigió también las Salesas de Madrid. El Palacio Real de Madrid fué proyectado y construido (1738-1764) por el arquitecto de Turín *Juan Bautista Sacchetti*.

Una innovación trajo la Academia de San Fernando de Madrid, que desde 1752 introdujo la nueva tendencia o estilo neoclasicista. Su mejor arquitecto es don *Ventura Rodríguez* († 1785), que terminó el Palacio Real, dirigió el interior del Pilar de Zaragoza y construyó diversas iglesias. A su lado debe ponerse el valenciano Fray *Francisco de las Cabezas* († 1773), a quien se debe el plan de San Francisco el Grande de Madrid. En la escultura produjeron obras apreciables Pedro

Duque de Cornejo y Felipe Coral; pero la figura sobresaliente de este tiempo es el murciano *Francisco Salzillo Alcaraz*, a quien se deben incomparables obras religiosas en madera policromada.

En pintura desmerecieron mucho las grandes escuelas españolas, mientras trabajaban en España pintores extranjeros. Entre éstos sobresalieron *Luca Giordano*, *Amigroni*, *Corrado* y sobre todo *Tiépolo* y *Mengs*. Estos últimos trabajaron en la decoración del Palacio Real. Entre los españoles son dignos de mención: *Antonio Palomino* († en 1725), *Luis Peret y Alcázar* († 1799), *Antonio Carnicero* († 1814), *Antonio Viladomat*, el mejor representante de Cataluña, y *Francisco Bayeu*. Al fin entra en escena el incomparable *Goya*, cuya actividad cae en el período siguiente.

⁷⁾ PINDER, W., *Deutscher Barock*. Düsseldorf 1912. BRINCKMANN, A., E., *Die Baukunst des 17. und 18. Jh. in den Roman. Ländern*. 5.ª ed. 1929. POLLAK, F., *Lorenzo Bernini*, 1909. REYMOND, U., *Le Bernini*. P. 1910. WEINGARTNER, J., *Römische Barock-kirchen*. 1930.

PERÍODO II (1789-1950)

Descristianización creciente de la Sociedad ¹⁾

621. El segundo período de la Edad Moderna es el resultado natural de los siglos anteriores. La horrible catástrofe de la Revolución francesa fué el efecto de las propagandas protestantes y de falsa ilustración. Tras la Revolución francesa siguió la descristianización creciente de la sociedad y todo el conjunto de nuevos sistemas basados en el materialismo, positivismo y ateísmo. Sin embargo, también en los siglos XIX y XX, frente al desquiciamiento general de los antiguos principios cristianos, se ha producido una intensa reacción en el seno de la Iglesia Católica. El resultado es que ésta se ha espiritualizado más y más y ha ido formando, apoyada en sus excelentes Pontífices, una selección de católicos, que permiten esperar los mejores resultados. De hecho, no obstante el materialismo y olvido de Dios en los tiempos contemporáneos, en la Iglesia Católica florecen más que nunca las instituciones típicamente eclesásticas, las ciencias, las artes y la vida cristiana.

CAPÍTULO I

La Iglesia católica frente a los embates de la Revolución ²⁾

La Revolución francesa es un acontecimiento de extraordinaria importancia, que cambió el ser de la sociedad moderna. sobre todo las relaciones mutuas entre los diversos Estados, no

bleza, clero y pueblo; en una palabra: introdujo el principio de la democracia. Diversas fueron las causas que motivaron esta catástrofe. En primer lugar, la obra demoledora contra el principio de autoridad de parte de los protestantes, y en particular de los hugonotes en Francia. Además, la inconsistencia del régimen antiguo, la corrupción de las clases nobles, el absolutismo exagerado de los príncipes, la falta de administración. A todo esto debe añadirse el trabajo persistente de los jansenistas y galicanos y, sobre todo, la actividad desenfrenada de los librepensadores y masones, que con la descristianización de la Sociedad quitaban todas las trabas morales y alimentaban las pasiones humanas.

I. La Iglesia durante la Revolución francesa

Aunque la Revolución francesa echó abajo todo el régimen antiguo, sin embargo, quien más tuvo que sufrir fué la Iglesia. Por eso, omitiendo otras manifestaciones de la Revolución francesa, nos ceñiremos aquí a lo que se relaciona con la Iglesia católica.

622. a) Primeros pasos de la Revolución. La ocasión inmediata fué la mala situación económica de Francia. En mayo de 1789 Luis XVI (1774-1792) convocó en Versailles los estados generales, nobleza, clero y pueblo; pero bien pronto se advirtió la agitación reinante, que el gobierno no supo reprimir con energía. El resultado fué que el tercer estado se alzó con la dirección; se constituyó en asamblea constituyente, mientras de hecho eran eliminados el clero y la nobleza.

Inmediatamente se dió principio a una verdadera campaña anticatólica. La medida fundamental fué la tomada en agosto de 1789: la proclamación de los Derechos del hombre, entre los cuales estaba

ed. P. 1926. SOREL, A., L'Europe et la Révolution française. 4 vol. P. 1923. LECLERCQ, H., Hist. du déclin. et de la chute de la monarchie française (1789-1792). 3 vol. P. 1924-1930. BELLOC, H., The French Revolution. 2.ª ed. L. 1925. LEFEVRE, G.; GUYOT, F.; SAGNAC, PH., La Révol. franç. P. 1930. En Peupl. et Civil., XIII. WEISS, J. B., Hist. Universal trad. Ruiz Amado. Vol. 15-21. B. 1928 s. ROBDON, B., Histoire du clergé pendant la Révolution française. 2 vol. P. 1889. SLOANE, W. M., The french Revolution and Religious Reform (1789-1804). L. 1901. GIOBBIO, A. D., La Chiesa e lo Stato in Francia durante la Rivoluzione (1789-1799). R. 1905. DESDEVICES DU DÉZERT, G., L'Église de Paris et la Révolution. 4 vol. P. 1908-1911. LA GORCE, P. DE, Histoire religieuse de la Rév. Franç. 5 vol. P. 1909-1923. MATHIER, L., La Révolution et l'Église. P. 1910. CONSTANT, G., L'Église de France sous le Consulat et l'Empire (1800-1814). P. 1928. PHILLIPS, C. S., The Church in France 1789-1848. L. 1929. GAXOTTE, P., La Revolución Francesa. M. 1934. TAINE, H., Les origines de la France contemporaine en France. 6 vol. P. 1878-1893. HERVÁS Y PANDURO, L., Causas de la Revolución Francesa. M. 1943. GOETZ W., Historia Universal, vol. XII. La revolución francesa, etc. M. 1931. LEFFON, J., La crise révolutionnaire 1789-1846. En Hist. de l'Égl. de Fliche-Martin, 20. P. 1949. MAURRAS, CH., Réflexions sur la Révolution de 1789. P. 1948. SOBOUL, A., La Révolution française, 1789-1799. P. 1948. ROGERS, C. B., The spirit of Révolution in 1789. Princeton 1949. LEDRE, CH., L'Église de France sous la Révolution. P. 1949.

¹⁾ KRALIK, R. VON, Allgemeine Gesch. der neuesten Zeit von 1815 bis zur Gegenwart. 6 vol. Graz 1915-1919. SEIGNOBOS, CH., Histoire polit. de l'Europe contemporaine (1814-1896). Nueva ed. P. 1926. ROSE STOCK, E., Die europäischen Revolutionen. 1931. SCHNABEL, FR., Gesch. der Neuesten Zeit (1789-1919). 7.ª ed. 1931. Id., Deutsche Gesch. im 19. Jh. 3 vol. 1929-1935. JARRY, E., L'Église contemporaine. P. 1936. SILBERNAGL, J., Die Kirchen-polit. und relig. Zustände im 19. Jh. 1901. MAC CAFFREY, History of the Catholic Church in the 19th Century. GARCÍA DE CASTRO, R., ¿El catolicismo en crisis? B. 1935. MACKINTOSH, J., History of Europe, 1815-1939. L. 1946. GENET, L., L'époque contemporaine, 1848-1939. P. 1946. OEG, D., Europe in the XVIII century 5 ed. L. 1948. LIPSON, E., Europe in the XIX and XX th. centuries. 4.ª ed. L. 1948. JOLIBET, CH., ARQUILLÈRE, H. X., Histoire contemporaine, de 1789 à 1875. P. 1949.

²⁾ LAVISSE, E., Histoire de France contemporaine (1789-1919). 10 vol. 1921-1925. RAMBA D'A., Hist. de la civilisation contemp. en France (1789-1912), n.

la libertad más absoluta de religión. Con el objeto de librarse de la persecución violenta, los nobles renunciaron a todos los títulos y privilegios, y se ofrecieron a la patria los tesoros de las iglesias. Pero estas ofertas parecieron pobres y tardías. Así, pues, la asamblea, a propuesta del perjuró *Talleyrand*, obispo de Autun, nacionalizó todos los bienes de la Iglesia. A estas medidas siguieron en febrero de 1790 otras más radicales: disolución de todas las Órdenes religiosas, excepto las de la caridad, instrucción e investigación científica. Más aún; en julio apareció la *Constitución civil del clero*, en la que se traslucía claramente la intención sectaria de la asamblea. Las 134 diócesis quedaban reducidas a 83, como los departamentos; la elección de obispos y párrocos se encomendaba a los políticos.

Para completar todas estas medidas se exigió inmediatamente de todos los párrocos y clérigos el juramento de la nueva Constitución del clero. El Rey se vió reducido a la impotencia, física y moralmente. Con esto se inició el período de confusión. Gran parte del clero se negó rotundamente a prestar el juramento exigido. Se calculan en unos 50 000 los clérigos fieles a su deber. En cambio, unos 30 000 lo prestaron. A su cabeza estaban el abate Grégoire y el tristemente célebre Talleyrand. El clero quedó dividido en no juramentados y juramentados. Los primeros fueron arrojados oficialmente de sus cargos, amenazados con duros castigos, perseguidos y vejados; la mayor parte emigraron a Inglaterra, Alemania, etc. Unos 40 000 siguieron esta suerte.

Pío VI rechazó la Constitución civil en abril de 1791 y excomulgó consecuentemente a los sacerdotes juramentados. Al mismo tiempo anuló todas las elecciones y consagraciones hechas según dicha Constitución. Como reacción, celebráronse grandes demostraciones antipontificias y se arrebataron al Papa los territorios de Aviñón y Venaisin, que ya no volvieron a su poder.

623. b) Período del Terror: Asamblea legislativa y Convención (1791-1795). La asamblea constituyente fué sustituida por la legislativa, la cual abrió en octubre de 1791 el período del Terror. Al punto se emprendió la campaña de exterminio contra los no juramentados. Las Órdenes religiosas todavía existentes fueron suprimidas. El Rey intentó escaparse en junio de 1791; pero habiendo sido detenido, cobró más ánimo y se negó a dar su aprobación a la ley de supresión de las Órdenes religiosas; como consecuencia hubo un motín popular y Luis XVI fué preso en el Temple en agosto de 1792. A esto siguieron las horribles matanzas de septiembre de 1792³⁾. El pueblo, azuzado y envenenado, entró en las cárceles de París entre el 2 y el 7 de dicho mes y se entregó a la más vergonzosa carnicería. Fueron en conjunto 1357 las víctimas; entre ellas más de 200 sacerdotes, de los cuales 191 fueron beatificados en 1926.

A esto siguió el período llamado de la *Convención* (septiembre 1792-octubre 1795). El terror aumentó todavía. Los elementos más radicales ejercieron su dictadura sanguinaria, devorándose mutuamente: Robespierre, Danton, Marat y otros.

³⁾ SABATIÉ, A. C., *Les massacres de Septembre*. P. 1921. WELLSCHINGER, H., *Les martyrs de Septembre*. P. 1919. CARON, P., *Les massacres de Septembre*. P. 1935.

Luis XVI fué ajusticiado el 21 de enero de 1793. La reina María Antonieta le siguió en noviembre del mismo año. Igualmente perecieron en París y en provincias innumerables personas nobles o de significación derechista. La guerra contra la religión se intensificó con saña cruel. Se facilitó el divorcio, se introdujo el matrimonio civil, y finalmente en noviembre de 1793 *se abolió solemnemente la religión católica*. En su lugar se proclamó el culto de la razón, con escenas repugnantes en la iglesia de Notre-Dame de París. Fueron igualmente violadas en Francia más de 2000 iglesias, convirtiéndolas en clubs y cabarets.

Más aún: para borrar todo recuerdo del Cristianismo, fué abolido el calendario cristiano y sustituido por otro de nueva invención, con décadas y fiestas nacionales. Hasta qué punto llegó el envilecimiento de algunos eclesiásticos, lo demostró el obispo de París Gobel, quien declaró que el pueblo francés no necesitaba otro culto que el nuevo de la razón. Robespierre⁴⁾ le cortó la cabeza en abril de 1794. En la primavera de 1794 los extremistas Danton y Desmoulins fueron vencidos por Robespierre. Este, en un momento de lucidez, decretó solemnemente la existencia de un *Ser supremo y la inmortalidad del alma* (mayo 1794). Sin embargo, fué la imagen más repugnante de la crueldad, hasta que en julio cayó él mismo bajo la guillotina.

Entonces subieron unos elementos más moderados y terminó el período de Terror. Con gran prudencia se pudieron abrir algunas iglesias al culto. Con el *Directorio*, que duró desde 1795 a 1799, continuó este estado de cosas. Más que la religión y el Cristianismo, fué protegida la nueva secta de los teofilántropos. Sin embargo, con esta libertad relativa, ya en 1798 se había instaurado el culto en unas 40 000 iglesias.

En un nuevo estadio completamente diverso se entró cuando el *General Napoleón Bonaparte* con su golpe de Estado del 18 de Brumario (9 noviembre 1799) derribó al Directorio y se proclamó Cónsul por diez años. Su ministro omnipotente *Talleyrand*, ya enteramente laicizado, contribuyó poderosamente a entablar una inteligencia con la Iglesia.

624. c) El Papa Pío VI frente a la Revolución. Pío VI había condenado de diversas maneras los excesos de la Revolución, por lo cual se atrajo el odio de los revolucionarios y tuvo que sufrir muchas vejaciones. Más aún; en 1796, amenazado en sus Estados, se vió obligado a comprar la paz con durísimas condiciones: ocupación del Norte por los franceses, y la paga de veintiún millones de francos. Las violencias siguieron adelante. Se le exigió luego que retirara todos los decretos contra Francia, a lo cual se negó Pío VI. Como venganza, Napoleón ocupó

⁴⁾ MATHIER, L., *Robespierre et le culte de l'Etre Suprême*. Le Puy 1911. *Id.*, *Rome et le clergé français sous la Constituante*. P. 1911. SICARD, A., *Le clergé de France pendant la Révolution*. 2 vol. P. 1912-1927.

Mantua, y en febrero de 1797 obligó al Papa a la *paz de Tolentino*, sumamente humillante. Por ella renunciaba a Aviñón, Venaisin, Ferrara, Bologna. Además se obligaba a pagar treinta millones de francos y a entregar gran cantidad de preciosos manuscritos y obras de arte.

Todo esto era el preludio de los trágicos acontecimientos que siguieron. Mientras se envenenaba al pueblo con toda clase de propaganda contra el Papa, el general Duphot, aliado con los elementos revolucionarios, inició una campaña de agitación. Finalmente, el general Berthier, encargado por el Directorio, entró en Roma en febrero de 1798 y proclamó la República. Frente a una violación tan patente de sus derechos, Pío VI se negó a renunciar a sus Estados y aun a escaparse. En consecuencia, fué preso y conducido a *Valence* en medio de innumerables vejaciones. Allí murió en agosto de 1799. Apartemente quedaba triunfante la Revolución.

II. Pío VII y Napoleón Bonaparte ⁵⁾

625. A la muerte de Pío VI en Valence en agosto de 1799, la situación para la Iglesia era difícilísima. Pero la previsión del Papa difunto había ordenado que el Conclave se reuniera donde se encontrara un número mayor de Cardenales, y así se juntaron pronto treinta y cinco en Venecia bajo la protección del emperador Francisco I y, en efecto, fué elegido el Cardenal Chiaramonti, quien tomó el nombre de *Pío VII* (1800-1823).

a) Primeros encuentros de Pío VII con Bonaparte. El nuevo Papa, de la Orden benedictina, era de carácter suave y bondadoso, y bien pronto se vió que era el hombre providencial, pues con su entereza inconvencible y el heroísmo de su paciencia fué deshaciendo todos los planes del corso, ciego y envalentonado.

Como entretanto los franceses habían sido arrojados de gran parte de Italia, el Papa pudo ir a Roma. Su brazo derecho fué el Cardenal

⁵⁾ *Pío VII.* Mémoires du Card. Consalvi, ed. por J. Crétineau-Joly. 2 vol. 2.^a ed. P. 1866. BERTOLOTTI, D., Vita di Pio VII. Torino 1881. WELSCHINGER, H., Le Pape et l'empereur (1804-1815). P. 1905. RINIERI, I., Napoleone e Pio VII (1804-1813). 2 vol. Torino 1906. MADELIN, L., La Rome de Napoléon, la domination française en Rome de 1809-1814. P. 1906. FERET, P., La France et le Saint-Siège sous le premier Empire, la Révolution et la monarchie de Juillet, 2 vol. P. 1911. MAYOL DE LUPÉ, La captivité de Pie VII, d'après des documents inédits. 2 vol. 2.^a ed. P. 1916. ALCAIS, A., Napoleon et la religion. P. 1923. BEZZI, G., Il primo conflitto tra Napoleone e la S. Sede. Torino 1927. KIRCHHEISEN, FR. M., Napoleon. Ein Lebensbild. 2 vol. 1927-1929. LATREILLE, A., Napoléon et le Saint-Siège (1801-1808). P. 1935. LÜHRS, M., Napoleons Stellung zu Religion und Kirche 1939. BAINVILLE, J., Napoléon. Trad. por M. Alemán. M. 1942. LENOTRE, G., Napoléon. Croquis de la épopée. Trad. por L. Andrés y Frutos. B. 1942. PACEA, B., Napoleone contro Pio VII. R. 1944. RAMPINI, R., Napoleone. I grandi italiani, 15. Turin 1945. GEYL, P., Napoleon. For and against. L. 1949. PRATT, F., The Empire and the glory: Napoleon Bonap. 1800-1806. Nueva York 1949. GAILLARD, J., Napoléon. P. 1949.

Consalvi, como Secretario de Estado, hombre de una habilidad y talento extraordinarios. Pero bien pronto cambió por completo la situación. Después de su victoria en Marengo contra los austriacos (14 de junio de 1800), quedó Napoleón dueño otra vez de Italia; pero, reconociendo la necesidad de la inteligencia con el Papa, quiso consolidar su posición en Francia en unión con él, legalizando de esta manera su propia autoridad.

Pronto se iniciaron conversaciones entre Napoleón y Pío VII. La mediación de Consalvi fué allanando dificultades, y al fin se llegó al *Concordato de 15 de junio de 1801*, que constaba de diecisiete artículos. La Iglesia Católica quedaba legalizada; al culto católico se le aseguraba completa libertad. Una de las concesiones trascendentales del Papa era el reducir las diócesis a sesenta, imponiendo, en bien de la paz, la obligación de renunciar a todos los obispos que todavía vivían. El nombramiento de los obispos quedaba en manos del primer Cónsul, si bien se requería la aprobación pontificia. El Cónsul heredaba todos los derechos y privilegios eclesiásticos de los reyes franceses. Este Concordato sirvió luego de base y modelo a otros varios.

En sí, pues, no obstante las enormes concesiones del Papa, el contrato pudo considerarse como un triunfo de la Iglesia. Mas por desgracia, en la ejecución cometió Bonaparte las mayores arbitrariedades, que desvirtuaron su eficacia. La más trascendental fué la publicación, junto con el Concordato, de *setenta y siete artículos orgánicos*, cuyo espíritu estaba basado en el galicanismo y destruían el buen efecto del Concordato. En ellos, entre otras cosas, se exigía el *Placet* para todos los decretos pontificios y se obligaba a los Seminarios a defender los artículos galicanos. Naturalmente, el Papa protestó contra los artículos orgánicos; pero no obtuvo nada. Napoleón urgió constantemente su más exacto cumplimiento. La dificultad creció todavía más, pues de los ochenta obispos supervivientes no juramentados, treinta y ocho se negaban a resignar. El Papa se vió obligado a deponerlos, acto necesario sin duda en aquellas circunstancias, pero único en la historia de la Iglesia. En 1803 se llegó asimismo a un Concordato con la Italia francesa, que se llamó *República italiana*, y comprendía la Lombardía y las tres legaciones de los Estados pontificios.

626. b) Violencias de Napoleón con Pío VII. El carácter absolutista y tiránico de Napoleón trajo a Pío VII nuevas tribulaciones. En mayo de 1804 se hizo proclamar Emperador hereditario y quiso ser coronado por el Papa. Pío VII, en bien de la paz, se presentó en la Corte francesa, obtuvo que se arreglara primero el matrimonio civil de Napoleón, y el 2 de diciembre de 1804 lo ungió en Notre-Dame como Emperador; pero al querer proceder a ponerle la corona, Napoleón la cogió y se la puso él mismo, coronando luego a su esposa.

Pío VII esperaba poder arreglar personalmente algunos asuntos, sobre todo la revocación de los artículos orgánicos; pero de hecho obtuvo muy poco. Lo más notable fué la admisión de algunas Congregaciones religiosas. Por otra parte, Napoleón hizo lo posible para detener al Papa en París o en Aviñón; pero el Papa lo estorbó; pues, en previsión de un acto de violencia, había dejado firmado un documento de renuncia para el caso de ser forzado a quedarse en Francia. Con esto pudo volver a Roma; mas bien pronto comenzó su calvario.

En mayo de 1805 Napoleón inició una nueva serie de violencias, haciéndose coronar rey de Italia y permitiéndose continuas infracciones del Concordato. La situación empeoró al negarse Pío VII a disolver el matrimonio del hermano de Bonaparte, Jerónimo, con la protestante miss Paterson. En represalias fué tomada, en octubre de 1805, la ciudad pontificia de Ancona. Las violencias fueron cada vez mayores. Una de las que más sintió el santo Pontífice fué la separación violenta de su Secretario, Cardenal Consalvi⁶⁾. Después de la victoria de Austerlitz (2 diciembre 1805), Fernando IV de Nápoles fué sustituido por José Bonaparte.

El colmo de las violencias tuvo lugar el 2 de febrero de 1808, en que Napoleón hizo entrar en Roma al general Miollis, y el 17 de mayo de 1809, en que apareció el decreto de Schönbrunn (Viena), que robaba definitivamente los Estados del Papa, declarando a Roma capital del nuevo imperio, y asignando al Romano Pontífice una pensión de dos millones de francos. Pío VII protestó, y el 10 de junio de 1809 publicó una bula, en la que excomulgaba al terrible corso. Pero la venganza de éste no se dejó esperar. La noche del 5 al 6 de julio el Papa fué aprisionado en el Quirinal, junto con el Cardenal Pacca, y conducido a Savona, hecho objeto de toda clase de malos tratos. A Pío VII se le encerró en una fortaleza de esta ciudad, separado del Cardenal. Los demás Cardenales fueron conducidos a París, donde eran bien vigilados.

Para poner término a sus triunfos, Napoleón se divorció de su primera esposa, Josefina, y se unió con la duquesa María Luisa, hija de Francisco I de Austria. De los veintisiete Cardenales, trece se negaron a asistir a la ceremonia. Al frente de ellos estaba Consalvi. En castigo se les prohibió el uso de la púrpura (por esto se les designó en adelante como *Cardenales negros*), se les quitó la pensión e internó de dos en dos.

627. c) Nuevas violencias y vuelta de Pío VII a Roma. La vida de Pío VII en Savona fué una violencia continuada. A ello contribuía de un modo especial su separación de todos sus consejeros y Cardenales. Consta que se le llegó a privar de libros e instrumentos de escribir. El desorden en Francia fué en aumento, pues muchas de las diócesis quedaban sin pastor. En consecuencia, formóse el plan de proveerlas sin contar con el Papa. Para ello se celebró un Concilio nacional en París en junio de 1811, al que asistieron 104 obispos, presididos por el Cardenal Fesch, tío de Napoleón y arzobispo de Lyon. El principal decreto fué: que si el Papa durante seis meses no diera la aprobación de los obispos presentados, adquirirían los metropolitanos los derechos del Papa. Cinco Cardenales rojos arrancaron luego violentamente a Pío VII la aprobación de este decreto.

Pero esto no bastaba al déspota. Quiso obtener más todavía personalmente. Hizo suspender el Concordato, y mientras se hallaba en su campaña de Rusia (1812), mandó conducir al Papa a Fontainebleau. Aquí, pues, apenas vuelto de su malhadada expedición, tuvo Napoleón una serie de conversaciones con Pío VII, en las cuales, a fuerza de violencias morales y amenazas de todas clases, obtuvo al fin el 25 de enero de 1813, once artículos preliminares para un nuevo Concordato. Napoleón los hizo publicar, mandó cantar un Te Deum en acción de gracias, y los designó como *Concordato de Fontainebleau*. El Papa, entretanto, habiendo obtenido alguna mayor libertad, y apoyado por los Cardenales que se le mantenían fieles, revocó solemnemente aquellas concesiones el 23 de marzo.

⁶⁾ FISCHER, Kardinal Consalvi. 1899. ANGELUCCI, C. A., Il grande segretario de la Santa Sede. Ercole Consalvi. R. 1924.

Los acontecimientos se desarrollaron luego rápidamente. Vencido Napoleón por los aliados, se vió obligado a dejar en libertad al Papa, y él mismo tuvo que firmar, el 11 de abril de 1814, su abdicación al trono. El 24 de mayo, Pío VII entraba en Roma, aclamado por el pueblo, mientras Napoleón era conducido a la isla de Elba. Cuando se escapó en 1815, Pío VII se refugió en Génova; pero, pasado el reinado de los 100 días y desterrado de nuevo Napoleón a Santa Elena, el Papa volvió definitivamente a la Ciudad Eterna.

Moralmente, Pío VII debe ser considerado como vencedor frente a la lucha mantenida contra Napoleón. Entretanto, la habilidad del Cardenal Consalvi, que volvía a ocupar su puesto al lado del Papa, obtuvo en el Congreso de Viena de 1815 la *devolución de los Estados pontificios*. Con gran energía trabajó desde entonces el Papa, apoyado por su Secretario de Estado, en la reorganización de sus Dominios y de la vida eclesiástica en todas partes. Uno de sus primeros actos fué el restablecimiento de la Compañía de Jesús en toda la Iglesia (7 de agosto de 1814). Para restablecer el orden eclesiástico en las diversas naciones, hizo el Papa una serie de Concordatos. Tales fueron: Francia en 1817; Baviera, 1817; Piamonte-Cerdeña, 1817; Nápoles, 1818; Prusia, 1821.

CAPÍTULO II

Resurgimiento general de la Iglesia ¹⁾

628. Después del Pontificado de Pío VII, no terminaron las tribulaciones para la Iglesia. El ambiente de revolución continuó ejerciendo su funesto influjo durante los siguientes Pontificados. Sin embargo, a través de todas las agitaciones, se advierte un resurgir general de la Iglesia y de los valores espirituales del catolicismo.

I. Restauración de la Iglesia Católica en Francia

Como en Francia había tenido efectos más funestos la revolución, así también se operó una reacción más profunda y más amplia. Es lo que se denomina la *Restauración*, que produjo una verdadera floración de hombres eminentes y sirvió de impulso y modelo de otras naciones.

a) Los Pontificados siguientes hasta Pío IX (1848) ²⁾. León XII (1823-1829) fomentó la reacción contra las tendencias revolucionarias, democráticas o liberales. Por esto procedió con rigor contra las sectas ocultas de los carbonarios y masones. En el jubileo de 1825, apareció claramente el resurgir de la vida católica en las diversas naciones europeas. León XII tuvo la satisfacción de presenciar el principio de la emancipación de los católicos en Inglaterra.

Pío VIII (1829-1830) ³⁾ en los veinte meses que duró su Pontificado apenas pudo desarrollar actividad especial.

Gregorio XVI (1831-1846) ⁴⁾, monje camaldulense, buen cañonista y teólogo, se distinguió por su religiosidad y espíritu conservador

¹⁾ VERSASI, E., Pío VII, Napoleone e la Restaurazione. I Papi del secolo XIX. I. 1933. OMODEO, A., Aspetti del Cattolicesimo della Restaurazione. Turin 1946.

²⁾ VERSASI, E., Tre pontificati. Leone XII, Pío VIII, Gregorio XVI. Turin 1936. HOUX, DER, Histoire de Léon XII. P. 1900. GUILLERMIN, J., Vie et pontificat de Léon XII. P. 1902.

³⁾ MALAZAMPA, G., Una gloria della Marche. Cenni storico-biografici su Pío VIII. Cingoli 1931.

⁴⁾ BERNASCONI, A. M., Acta Gregorii Papae XVI, scilicet Constitutiones, bullae... 4 vol. R. 1901-1904. SYLVAL, CH., L'Histoire du Pontificat de Grégoire XVI. Bruges 1889. BASTGEN, H., Forschungen und Quellen zur Kirchenpolitik Gregors XVI, I. 1929. VINCENTI, M., Gregorio XVI. R. 1941. *Miscellanea con-*

frente a la fermentación constante del espíritu revolucionario del tiempo. Defendió tenazmente el sistema antiguo, no obstante las representaciones, más o menos bien intencionadas, de las otras potencias europeas.

De hecho, debe concederse que esto se llevó con cierta exageración, por lo que el Papa se opuso sistemáticamente a la introducción de algunos adelantos modernos, como el ferrocarril y el gas, por lo cual algunas potencias le urgieron la necesidad de algunas reformas. En particular se quería obtener la admisión del elemento civil en la administración de los Estados pontificios. Pero ni Gregorio XVI ni su célebre secretario Lambruschini se avinieron a estas innovaciones, introduciendo solamente algunas reformas de carácter administrativo y cultural. En este estado de lucha sorda y continua siguió todo el Pontificado de Gregorio XVI. Algunos levantamientos de poca importancia fueron reprimidos por las fuerzas del Papa.

Desde el punto de vista eclesiástico, Gregorio XVI desarrolló una gran actividad. Así, ya el 15 de agosto de 1832, publicó la célebre bula «Mirari vos» contra el indiferentismo de la época. Además condenó definitivamente una serie de errores, como los de Hermes y Bautain; se opuso enérgicamente a las ideas defendidas por Lamennais; urgió a los obispos alemanes las medidas contra los matrimonios mixtos; prohibió solemnemente la esclavitud entre los cristianos; dió gran empuje a las misiones católicas; entró en relaciones y procuró concordatos con diversas naciones europeas; fomentó en todas partes el resurgir de la vida católica.

629. b) Principio de la restauración en Francia ⁵⁾. La Revolución y el gobierno arbitrario de Bonaparte habían dejado en un verdadero caos todas las cuestiones religiosas de Francia. Por esto, al subir al trono Luis XVIII (1814-1824), trató en seguida de poner orden en las mismas. Pero en vez de empezar la reacción católica por desarraigar o corregir estas ideas, trató de imponer el orden a la fuerza, con lo cual se entabló bien pronto una lucha, que con sus altos y bajos había de prolongarse hasta nuestros días. El *Concordato de 1817* tropezó con una fuerte oposición en las cámaras. Por esto quedó en lo subs-

memorativa de Gregorio XVI. 2 vol. R. 1948. FERNESOLE, P., La papauté et la paix du monde. De Grégoire XVI à Pie XI. P. 1948. DEMARCO, D. Il tramonto dello Stato pontificio. Il papato di Gregorio XVI. Turin 1948.

⁵⁾ LA GORCE, P. DE, Histoire du second Empire. 7 vol. P. 1894-1905. *Id.*, Hist. de la seconde République française. 2 vol. 4^a ed. P. 1904. *Id.*, La Restauration (1814-1830). 2 vol. P. 1926-1928. GUICHE, E. DE, La France morale et relig. à la fin de la Restauration. P. 1912. FERET, Histoire diplomatique. La France et le Saint-Siège sous le 1^{er} Empire, la Restauration et la Monarchie de juillet, d'après les documents officiels et inédits. 2 vol. P. 1911. OMODEO, A., La cultura francese nell'età della Restaurazione. Milán 1946. DAUSSETTE, A., Histoire religieuse de la France contemporaine. P. 1948. POULET, D. CH., Histoire de l'Eglise de France. Vol. III. P. 1949. SEVRIN, E., Les missions religieuses en France sous la Restauration (1815-1830), L. Saint-Mande 1948. BURY, J. P. T., France, 1814-1940. I. 1949. LUCAS DUBEUTON, La Restauration et la Monarchie de Juillet. 1949.

tancial el Concordato de Napoleón. Por otra parte, se organizó de nuevo la Iglesia en Francia; las diócesis fueron reducidas a ochenta; se establecieron Seminarios y capítulos; se admitieron algunas Órdenes religiosas y se tomaron otras disposiciones semejantes.

Con esto comenzó a resurgir la vida católica con grande empuje. A este resurgimiento colaboraron, además del episcopado y de las Órdenes religiosas, buen número de católicos seglares, que iniciaron una doble campaña: de influencia directa en la política de la nación, y de escritos de carácter apologético. Los más insignes en este primer período fueron: *Chateaubriand* ⁶⁾ († 1848), gran político y gran escritor católico; *De Maistre* ⁷⁾ († 1821); *Lamennais* ⁸⁾, gran apologeta en sus principios; luego, desgraciadamente, apóstata; el obispo *Frayssinous* y *De Bonald*, políticos defensores de la causa católica, y otros. Todos ellos dieron principio al período de apogeo de la apologética francesa, tanto más necesaria cuanto que el espíritu galicano y enciclopédista persistía produciendo sus deletéreos efectos.

630. c) Nuevas revoluciones y nueva reacción católica. Frente a esta reacción impetuosa y avasalladora, se fué creando una oposición cada vez más intensa, que llegó a su colmo en tiempos de Carlos X (1824-1830). En efecto, este monarca, hermano de Luis XVIII, tomó una serie de medidas de carácter marcadamente católico e intransigente, como la supresión de la libertad de Prensa. El resultado fué que en 1827 se registraron algunos conatos de revuelta, que obligaron al Gobierno a ceder. La primera víctima fueron los jesuitas.

Todo esto envalentonó al partido liberal y anticatólico, que no paró hasta llegar a la *revolución de julio de 1830*, por la cual Carlos X fué destronado y en su lugar subió *Luis Felipe* (1830-1848), el rey ciudadano, hijo del famoso «Egalité» y elegido por el pueblo. Al punto se dió principio a toda clase de vejaciones y violencias. Por de pronto, el catolicismo perdió su posición privilegiada como Iglesia del Estado; fué un período de persecución más o menos abierta. Sin embargo, hay que añadir que Luis Felipe, al principio hostil a la Iglesia, luego se fué volviendo cada vez más favorable.

Pero, entretanto, este estado de cosas produjo efectos salubres. La reacción católica fué extraordinaria y constituye la segunda etapa, la más heroica y pujante del renacimiento católico francés ⁹⁾. La obra de apologética y de rehabilitación católica, emprendida por *Chateaubriand* y *De Maistre*, fué continuada y ampliada notablemente. Entonces ilustraron el catolicismo francés los dos célebres polígrafos, los condes *Carlos de Montalembert* († 1870) ¹⁰⁾ y *Alfredo Faloux*; entonces iniciaron su actividad aquella serie de dominicistas de *Notre-Dame* ¹¹⁾, los jesuitas *Ravignan* y *Félix* y el dominico *Lacordaire*; entonces trabajaron incansablemente por la causa católica el P. Ro-

zaven, el obispo *Félix Dupanloup*, el historiador *Ozanam* ¹²⁾, fundador igualmente de las célebres conferencias de San Vicente de Paúl.

Para hacer más eficaz su acción, los cuatro grandes escritores *Montalembert*, *Lamennais*, *Lacordaire* y *Gerbet* fundaron en 1830 el periódico «*L'Avenir*», cuyo lema era Dios y libertad, de carácter polémico políticoreligioso. Mas por desgracia torció algunas ideas, llegando a defender la libertad de pensamiento, de cultos y de Prensa y la separación de la Iglesia y el Estado. Esto suscitó duras polémicas, por lo cual Gregorio XVI, después de inútiles advertencias, el 15 de agosto de 1832 condenó la publicación y en particular los principios indicados. Todos los editores se sometieron, excepto *Lamennais*, quien apostató poco después. Esto no obstante, siguió adelante el movimiento católico. Las Órdenes y Congregaciones crecieron rápidamente, sobre todo las dedicadas a la enseñanza; organizáronse nuevas asociaciones católicas de seglares; se fundaron excelentes revistas católicas. Grandes escritores católicos, como el célebre publicista *Luis Veuillot*, defendieron el catolicismo más puro, el llamado ultramontanismo. Se trabajó de un modo particular por la libertad de enseñanza, en lo que obtuvieron magníficos resultados, y en general llegaron a introducirse en la vida pública de la nación.

En este estado se hallaban las cosas, cuando la revolución de 1848 destronó a Luis Felipe y proclamó la *segunda República*, que no cambió apenas las relaciones del Estado con la Iglesia.

II. Renovación del catolicismo en los territorios germanos ¹³⁾

631. La Revolución francesa trajo un trastorno general en la situación eclesiástica de Europa; pero igualmente la reacción que siguió produjo una regeneración extraordinaria del catolicismo, que se manifestó de un modo particular en Alemania con una nueva floración de hombres e instituciones.

a) Trastornos y primera organización de la jerarquía. La paz de Lunéville, de febrero de 1801, que adjudicaba a Francia los territorios situados a la izquierda del Rin, fué el principio del gran despojo. Por la decisión de Ratisbona de 1803, se robaban a la Iglesia todos los territorios eclesiásticos, abadías y fundaciones. Nunca había sido tan enorme la pérdida experimentada por la Iglesia de un solo golpe. Su misma organización resultaba completamente trastornada. Las cosas llegaron al extremo, que en 1814 sólo quedaban en posesión de sus sillas cinco obispos en toda Alemania.

Por otra parte, resultaron completamente estériles los esfuerzos hechos por el Nuncio pontificio *Della Genga* y por el Príncipe-Prímado *Dalberg*, por mejorar la situación de la Iglesia. Más aún; el Congreso de Viena (1814-1815) ¹⁴⁾ no llegó a solución práctica alguna

¹²⁾ MÉJECARZE, F., *Fr. Ozoman et l'Église catholique*. Lyon y P. 1932. DANTRY, J., *Histoire de la Révolution de 1848 en France*. P. 1948. LEFLON, J., *L'Église de France et la révolution de 1848*. P. 1948.

¹³⁾ LÜLMANN, CH., *Das Bild des Christentums bei den grossen deutschen Idealisten*. 1901. BRÜCK, K., KISSLING, J. B., *Gesch. der kathol. K. in Deutschland im 19. Jh.* 4 vol. 2.ª ed. 1902-1908. GOYAU, G., *L'Allemagne religieuse. Le catholicisme (1800-1870)*. 4 vol. P. 1905-1909. RINIERI, I., *La secolarizzazione degli stati ecclesiastici della Germania*. R. 1906. SEEGER, R., *Die Kirche Deutschlands im 19. Jh.* 3.ª ed. 1909. SCHNABEL, F., *Deutsche Gesch. im XIX Jh.*, 2.ª ed. 2 vol. 1949.

¹⁴⁾ RINIERI, I., *Il congresso di Vienna e la S. Sede (1813-1815)*. R. 1904. FREKSA, F., *Der Wiener Kongress*. 2.ª ed. 1917.

⁶⁾ GUIRAUD, V., *Le christianisme de Chateaubriand*. 2 vol. P. 1925-1928.

⁷⁾ GOYAU, G., *La pensée relig. de J. Maistre*. P. 1921. BRETON, G., «Du Pape», de J. Maistre. *Étude critique*. P. 1931.

⁸⁾ DUDON, P., *La Mennais et le Saint-Siège*. P. 1911.

⁹⁾ THIRY, J., *Les débuts de la seconde Restauration*. P. 1947.

¹⁰⁾ NARFON, J. G. DE, *Montalembert et Veuillot*. P. 1914. LALLEMAND, P. DE, *Montalembert et ses amis*. P. 1927.

¹¹⁾ FERNESOLE, P., *Les Conférenciers de Notre-Dame, I: Genèse et fondation Lacordaire et Ravignan*. P. 1935.

sobre la ansiada reorganización eclesiástica de Alemania. Por esto se hubo de acudir a la organización parcial de cada uno de los territorios. De esta manera se fué normalizando la situación en *Baviera*, por la acción decidida de Maximiliano I (1799-1825). El Concordato de octubre de 1817, no obstante las concesiones hechas al espíritu del tiempo, fué luego la base y modelo de otros parecidos. En *Prusia*, a la que pertenecían la Renania y la Silesia, profundamente católicas, el desorden eclesiástico había llegado a lo sumo; pero, al fin, se llegó en julio de 1821 a un convenio con la Santa Sede. Por él se formaban las dos provincias eclesiásticas de *Colonia* y *Gnesen-Posen* y se organizaba toda la Iglesia prusiana. En *Hannover* se siguió el ejemplo de Prusia con el convenio de 1824. Para los Estados del Sur, *Württemberg*, *Baden*, *Hessen*, etc., se celebraron algunas negociaciones en *Franckfurt*, y se logró una nueva organización católica.

632. b) Primeros esfuerzos de la reacción católica. Con todo esto parecía normalizada la situación de la Iglesia católica en Alemania. Pero ante todo hay que notar que en todas partes predominaba el espíritu febroniano de José II. De esta manera se hacía muy difícil el resurgir del espíritu católico, tan necesario en aquellas circunstancias. En este sentido, sobre todo con sus ideas episcopalistas, hizo un daño inmenso el Vicario general de Constanza, barón de Wessenberg († 1860); pero sobre todo colaboraron un buen número de publicaciones contrarias a toda creencia positiva y defensoras de una religión humanitaria y sentimental.

Contra todo este ambiente se formó un bloque de hombres eminentes, que tomaron a pecho el fomentar los sentimientos católicos y defender los derechos pontificios. A este grupo pertenecían: *Eucario Adam*, el obispo auxiliar Gregorio *Zirkel*, el prelado *Ruperto Kornmann*, el ayo del príncipe Luis de *Baviera*, *José Anton*, el cartujo *Lappurger* y otros. Con los esfuerzos de estos hombres insignes y la actividad de la jerarquía católica, la vida católica se fué rehaciendo poco a poco. Un hecho que influyó mucho en favor del catolicismo, fué la conversión del marqués *Federico Leopoldo von Stolberg*, ocurrida en 1800. Su obra monumental, «*Historia de la Religión*», llena de unción y piedad, y sobre todo la figura atrayente del Marqués conquistados para el catolicismo algunas personas significadas. El incomparable polemista y fogoso escritor *José Görres*¹⁵⁾ hizo con sus artículos y sus libros un efecto admirable. Hacia el año 1824 el catolicismo alemán había cambiado de aspecto.

633. c) El catolicismo alemán completamente regenerado. Una serie de acontecimientos contribuyeron poderosamente a robustecer la posición del catolicismo. El primero es el llamado *suceso de Colonia*. En la cuestión de los matrimonios mixtos, el gobierno de Prusia había prohibido toda clase de convenios antes del contrato matrimonial, en orden a la educación de los hijos, lo cual iba directamente contra la práctica católica. Gregorio XVI puso bien en claro los principios católicos; pero el gobierno de Prusia siguió

adelante en su campaña sectaria; el nuevo arzobispo de Colonia, *Clemente Augusto von Droste-Vischering* (1835-1845), se puso con toda decisión frente a las exigencias de Berlín, por lo cual el gobierno prusiano, en noviembre de 1837, lo prendió, aunque más tarde le dió por cárcel una posesión suya en Westfalia. Sobre este ambiente escribió Görres su célebre obra «*Athanasius*», que fué de gran efecto. Todos los obispos se pusieron, como un hombre, de parte del de Colonia. El arzobispo de Gnesen-Posen, *Martin von Dunin*, el más significado de todos, fué también preso y castigado a seis meses de cárcel. En su diócesis hubo duelo general. En estas circunstancias, el nuevo rey Federico Guillermo IV (1840-1861) cambió de táctica. El arzobispo von Dunin pudo volver a su diócesis. Para el de Colonia se encontró también una solución; de hecho prevaleció la práctica de exigir garantías antes del matrimonio, para la educación cristiana de los hijos.

Mucho más alcance en la marcha general del catolicismo alemán tuvo el *movimiento romántico*, que fomentaba el aprecio de la Edad Media, con sus grandes amores de la Religión y la Iglesia. Este movimiento, que significaba una reacción contra la irreligiosidad del filosofismo y falsa ilustración, fué adquiriendo rápidas proporciones y atrajo al seno de la Iglesia a muchos protestantes y otros descarriados. Entre sus núcleos principales son dignos de notarse: el de *Westfalia*, en torno a la princesa Amalia de Gallitzin, del que formaba parte el gran historiador, profesor *Katerkamp*. No menos importante fué el centro de *Maguncia*, desde donde ejercieron gran actividad el obispo *José L. Colmar* y los profesores *Liebermann* y *Räss*. A ellos se debe la fundación de la célebre revista «*Der Katholik*». Por otra parte, también la conocida escuela católica de *Tubinga*, sobre todo con uno de sus fundadores, *Möhler*, fué siempre a la vanguardia en el campo católico.

Pero donde más se desarrolló este resurgir católico es en *Baviera*. Ante todo se halla el rey *Luis I* (1825-1848), entusiasta de las nuevas ideas románticas. En principio usó ampliamente los derechos que le concedía el Concordato, pero respiraba el ambiente cesaropapista, propio de la época; sobre esto abusaron algunos de sus ministros, con sus intromisiones insidiosas y aun sectarias; pero el Rey y su ministro Abel lo aprovecharon magnánimamente para llevar a lo puestos de más influencia, sedes episcopales, cabildos y cátedras de Universidades, a hombres de gran valor y de espíritu profundamente católico. Por lo demás, él fué constantemente el mecenas de las artes, embelleció sobre todo a Munich, levantó iglesias, restableció monasterios y diversas congregaciones religiosas.

En este ambiente se desarrollaron: el centro de los «*Confederados*», bajo la dirección del obispo auxiliar Gregorio *Zirkel*, de Wurzburg; el de la Universidad de Landshut, donde desarrolló su actividad el profesor *Juan Miguel Sailer*¹⁶⁾, luego obispo de Ratisbona y uno de los hombres más influyentes del catolicismo alemán. Finalmente, el centro más activo de todos, el de la Universidad de Munich, donde fué profesor de Historia desde 1827 el entusiasta *José Görres*, convertido por la revolución en uno de los campeones más esforzados de la causa católica, verdadero prodigio de actividad periodística y organizador de las grandes empresas católicas de su tiempo. En todo esto influyó el ejemplo de Francia. Con esto se fué formando el bloque del llamado *ultramontanismo*, que significaba un catolicismo activo y fiel al Romano Pontífice. De aquí procedió el entusiasmo con que los católicos defendieron sus derechos en el año revolucionario de 1848 y en la *asamblea nacional de Franckfurt* (1848-1849). El símbolo más claro de la nueva posición del catolicismo son las grandes asambleas católicas (*Katholikentage*), que se iniciaron en 1848 en Maguncia, y las conferencias generales del episcopado, que comenzaron también ese mismo año en Wurzburg.

En *Austria*¹⁷⁾ tuvo relativamente pocas consecuencias la secularización y la consiguiente desorganización jerárquica. En cambio, el espíritu

¹⁶⁾ SAILER, J. M., Obras. 41 vol. 1830-1845. SCHLAGE, W., J. M. Seiler, der Heilige einer Zeitenwende. 1932.

¹⁷⁾ WOLFGRUBER, C., Kirchengesch., Oesterreichs-Ungarns. 1909. BIBL, V., Metternich in neuer Beleuchtung. 1928. TOMEK, E., Kirchengeschichte Oesterreichs. 2 vol. Viena 1949.

¹⁵⁾ GÖRRES, JOS., Ges. Schriften, ed. por W. Schellberg. 1926 s. REISSE, R., Die weltanschauliche Entwicklung des jungen Görres. 1926. SCHELLBERG, W., Josef von Görres. 2.^a ed. 1926. SCHORN, A., J. Görres relig. Entwicklung. 1929.

del josefinismo continuó durante largo tiempo ejerciendo su maléfico influjo. Uno de los que más influyeron en mantenerlo fué el célebre canceller *Metternich*, quien durante treinta y nueve años fué el verdadero árbitro de Austria.

III. El catolicismo en los demás países de Europa

634. Como en Francia y en Alemania, así también en la Gran Bretaña y en otros países de Europa se advierte el mismo resurgir católico en la primera mitad del siglo XIX. Era la reacción natural contra la propaganda desenfadada de la falsa ilustración y del espíritu irreligioso del siglo XVIII, que no había satisfecho a nadie y más bien dejaba tras sí el ansia de lo espiritual y desconocido.

a) **La emancipación del catolicismo en la Gran Bretaña**¹⁸⁾. En la gran Bretaña, la suerte de los católicos comenzó a mejorar a fines del siglo XVIII, y luego avanzó rápidamente en el siglo XIX hasta llegar a su completa emancipación.

De hecho, hasta fines del siglo XVIII persistían en todo el Imperio Británico las leyes tiránicas que excluían a los católicos de todos los cargos públicos. Pero ya en 1775-1780 consiguieron los católicos libertad en el ejercicio de su religión. A éstos y a otros avances católicos se opuso el rey Jorge III (1760-1820), acérrimo enemigo del catolicismo.

En estas circunstancias se presenta en Irlanda *Daniel O'Connell*¹⁹⁾. Comenzó con la formación del partido «Catholic association», con la que obtuvo la unión de todos los católicos y llegó a conseguir tal prestigio, que pudo reanudar dos veces las relaciones interrumpidas con el Gobierno inglés. De esta manera el Parlamento inglés se hubo de ocupar seriamente de la situación de Irlanda, mientras el episcopado, para desvanecer pretextos, publicaba una declaración de que los católicos no concedían al Papa ningún poder en asuntos políticos de Inglaterra y que la infalibilidad pontificia no pertenecía a los dogmas de la fe. En 1828 el mismo O'Connell fué elegido por el Parlamento y pudo plantear la cuestión de la libertad católica ante el ministerio *Wellington-Peel*, y lo hizo con tal energía y peso

¹⁸⁾ SYKES, N., *Church and State in England in the 18. Century*. L. 1935. BRÜTZER, L., *Die Katholikenemanzipation in Grossbritannien und Irland*. 1905. WARD, B., *The Dawn of the Catholic Revival in England (1781-1803)*. 2 vol. L. 1909. Id., *The Eve of the Catholic Emancipation (1812-1829)*. 3 vol. L. 1911-1913. Id., *The Sequel to Cath. Emancipation (1830-1850)*. 2 vol. L. 1915. PALANQUE, G., *Histoire du Catholicisme en Anglet*. 3.ª ed. P. 1909. GASQUET, *Great Britain and the holy See*. R. 1919. THUREAU-DANGIN, P., *La Renaissance cathol. en Angleterre au XIX^e siècle (1832-1892)*. 3 vol. 7.ª ed. P. 1923. Id., *Le catholicisme en Anglet. au XIX^e siècle*. Ib. 4.ª ed. 1909. GWYN, D., *The Struggle for Catholic Emancipation (1750-1829)*. L. 1928. Id., *A Hundred Years of Catholic Emancipation*. Ib. 1929. RAMOS, P. M., *E. «Movimiento de Oxford» y su centenario*. En *Rel. Cult.* 23 (1933), 5-32, 193-219; 24, 79-108. BIVORT DE LA SANDÉ, J., *Anglican et Catholics. Le problème de l'Union anglo-romaine (1833-1933)*. P. 1949. Id., *Documents sur le problème de l'Union anglo-romaine (1921-1927)*. P. 1949.

¹⁹⁾ GWYN, *Daniel O'Connell*. L. 1929. Id., *Young Ireland and 1848*. Cork 1949. TIERNEY, M., *Daniel O'Connell. Nine centenary essays*. Dublin 1949.

El catolicismo en los demás países de Europa

de razones, que la célebre *ley de emancipación* fué aprobada en la cámara baja y en la cámara alta en marzo-abril de 1829. Jorge IV (1820-1830), que no tenía ninguna simpatía por los católicos, tuvo que aprobarla.

635. b) **Consecuencias de la emancipación**. Esto significaba un triunfo incomparable del catolicismo. Por él se concedía a los católicos completa igualdad política con todos los demás; podían ser elegidos para el Parlamento y tenían entrada en los cargos públicos con sólo alguna excepción. Más tarde, en 1838, fueron libertados los católicos irlandeses de la humillante obligación de pagar diezmos a los pastores anglicanos. Todos estos triunfos se debían, en gran parte, a la incansable actividad de Daniel O'Connell, a quien el pueblo irlandés dió con razón el título de «el libertador». Su última campaña iba enderezada a la independencia de Irlanda; pero en 1874 le alcanzó la muerte. Su sucesor, O'Brien, continuó luchando valerosamente por las libertades católicas. Sin embargo, en las grandes hambres de 1845-1847 tuvieron que emigrar unos dos millones de pobres irlandeses a Estados Unidos, Canadá y aun Inglaterra.

Por otra parte, en Inglaterra mismo alcanzaba el catolicismo un rápido incremento. El número de católicos que hacia 1800 pasaba poco de 50 000, aumentó notablemente. La libertad conseguida en el Parlamento trajo al catolicismo un buen número de personas de la alta sociedad y dió principio hacia 1833 a un período de acercamiento entre la Iglesia anglicana y la católica, que tenía su centro en Oxford: es lo que se designa como *movimiento de Oxford*. De este movimiento proceden y a su vez contribuyeron a darle nuevo impulso, hombres tan eminentes como: *Enrique Newman* († 1890)²⁰⁾, *Eduardo Manning* († 1892), *Nicolás Wiseman* († 1865)²¹⁾.

Favoreciendo este movimiento, trabajaron los católicos con gran intensidad por desvanecer los innumerables prejuicios protestantes. Con este objeto se dió principio a la Prensa católica, con la fundación del «*Tablet*» y el «*Catholic Magazine*». Desde 1838 se añadió el Instituto Católico de Londres, dirigido por el marqués de *Chrewhurst*. Ya en 1846 se contaban en Inglaterra diez facultades de Teología, entre las cuales sobresalía la de los jesuitas de *Stonyhurst*.

En Escocia, los católicos, aunque pocos en número, manifestaron gran firmeza en la fe. Desde 1827 existían tres vicariatos apostólicos, y en 1848 había ya ochenta y siete iglesias católicas²²⁾.

636. c) **La Iglesia católica en los Países Bajos**²³⁾. En 1795, después de apoderarse de Bélgica y Holanda, proclamaron los franceses la llamada

²⁰⁾ TRISTRAM, H., *Newman and his friends*. L. 1933. SEUCOURT, R., *The life of Newman*. L. 1948. HARROLD, CH. F., *John H. Card. Newman. Essays and Sketches*, 3 vol. Nueva York 1948. LUTZ, J., *Kardinal J. H. Newman. Ein Zeit- und Lebensbild*. Einsiedeln 1948.

²¹⁾ GWYN, Card. Wiseman. L. 1929.

²²⁾ BELLESHEIM, A., *Gesch. des kath. K. in Schottland*. 2 vol. 1889-1890. LEC-KEY, W. ED., *Le cathol. en Escosse*. P. 1905.

²³⁾ PIRENNE, H., *Histoire de Belgique*, vol. VI-VII (1792-1914). Bruxelles 1926-1932. Id., *Histoire de la Belgique contemporaine (1830-1914)*. 2 vol. Bruxelles 1928-1929. TERLINDEN, CH., *Guillaume I roi des Pays-Bas et l'Eglise catholique en Belgique (1814-1830)*. 2 vol. Bruxelles 1906. MOREAU, E. DE, *Le Catholicisme en Belgique*. Liège 1928. SIMON, A., *L'Eglise catholique et les débuts de la Belgique indépendante*. Wetteren 1949. HAAG, H., *Les origines du catholicisme libéral en Belgique, 1789-1839*. Lovaina 1950.

República batálica, con la más completa libertad de cultos. Muy variadas fueron las vicisitudes de esta República, desde 1810 directamente anexionada al Imperio francés; pero, sobre todo en este último período, los católicos habían tenido que sufrir mucho la arbitrariedad tiránica de Napoleón. El Congreso de Viena de 1815 confirmó la *Unión de los Países Bajos*, que puso a Bélgica y Holanda bajo el cetro de Guillermo I, de la casa de Orange. Sin embargo, esto no tuvo consistencia. Guillermo I manifestó desde un principio poca simpatía por los católicos, que formaban casi dos terceras partes de sus súbditos. En 1816 prescribió como ley del Estado los artículos orgánicos de Napoleón y persiguió a las Ordenes religiosas. Pero lo que más sintieron los católicos, fueron las medidas tomadas en la enseñanza pública, encaminadas a protestantizar la nación. Así, en 1816 se organizaron tres Universidades en Bélgica, con profesores casi exclusivamente protestantes, y en los centros de segunda enseñanza apenas se dejó profesor alguno católico.

Por todo esto fué aumentando el disgusto de la población católica de Bélgica, y cuando no se vió ninguna mejoría después del convenio hecho con la Santa Sede en 1827, estalló al fin la revolución en 1830, que separó definitivamente a Bélgica de Holanda, bajo su primer rey *Leopoldo I* (1831-1865). Es verdad que el nuevo Estado belga proclamó en su nueva Constitución de 1831 la separación de la Iglesia y el Estado y la libertad de Prensa, culto y enseñanza. Mas por otra parte manifestó abiertamente en todo su preferencia por el catolicismo como religión de la mayoría. De esta manera la Iglesia católica comenzó a desarrollarse con toda libertad. Establecieron rápidamente multitud de colegios y centros de enseñanza católica y comenzaron en seguida a prosperar las Ordenes religiosas. En 1834 se fundó una *Universidad libre* en Malinas, que fué trasladada en 1835 a Lovaina, donde tomó rápidamente gran incremento. Entretanto la situación de los católicos en *Holanda* mejoró bajo el reinado de Guillermo II (1840-1849). En 1848 se llegó a una revisión de la Constitución, y en ella obtuvieron los católicos completa libertad, con lo cual se inició también un nuevo período de renovación católica. A ello contribuyó la reorganización de la jerarquía, hecha por Pío IX en 1853.

637. d) *La Iglesia en Italia* ²⁴⁾ y Suiza. Con la destrucción de la dominación francesa en Italia, volvieron a organizarse desde 1815 los antiguos Estados. Bien pronto se procuró ordenar en ellos la cuestión religiosa por medio de concordatos, como los de Piamonte de 1817 y de Nápoles en 1818. Sin embargo, siguió pujante la actividad de las sociedades secretas, que en ninguna parte hicieron tantos estragos como en Italia. A la masonería se añadió la de los *carbonarios*, que se hizo cada vez más sectaria. Con esto se fué creando un ambiente anticatólico, que dió ocasión a las campañas antipontificias que caracterizan el reinado de Víctor Manuel II (1849-1878).

También Suiza había sido víctima en 1789 de la invasión francesa, que la transformó en «República helvética indivisible»; pero sembró en ella el desorden religioso y la impiedad. Una de sus primeras consecuencias fué la pérdida de todos sus derechos por parte de la Iglesia, particularmente de todos sus bienes. Napoleón le restituyó algunos de estos bienes; pero la situación eclesiástica continuó en un estado deplorable, aun después de la restauración de 1815. Por el convenio de 1828 se llegó a una reorganización eclesiástica, que comprendía cinco obispados. Sin embargo, este principio de paz y orden fué de corta duración. Desde 1830 se abrió una serie de campañas anticlesiásticas, que se fueron desarrollando en diversos cantones. Esto provocó alguna reacción, de modo que Lucerna concedió a los jesuitas la apertura de una residencia; pero con ello se dió origen en 1847 a una nueva campaña antijesuita y a una guerra religiosa, de la que salió victorioso el espíritu sectario.

²⁴⁾ CHIUSO, La chiesa in Piemonte dal 1797 ai giorni nostri, vol. I-V. Torino 1887-1904. CAVALLOTTI, Memoire sulle società segrete dell'Italia meridionale e specialmente sui Carbonari. R. 1904. MADELI, La Rome de Napoléon. P. 1906. BARETTA, A., Le società segrete in Toscana nei primo decennio dopo la Restaurazione (1814-1824). Torino 1912.

638. e) *Rusia y Polonia* ²⁵⁾. La historia del catolicismo de este período en Rusia y Polonia está manchada de traición y de sangre. En todas las reparticiones de Polonia, Rusia, que quedaba con la parte principal, prometió protección y ayuda a los católicos; pero nunca mantuvo su promesa. *Catalina II* ²⁶⁾ se empeñó en meter en el cisma a varios millones de latinos y rutenos. *Pablo I* (1798-1801) se portó mejor con los católicos e inició cierta inteligencia con Roma. Sin embargo, ejerció una intrusión constante en los asuntos eclesiásticos. Su hijo *Alejandro I* (1801-1825) siguió una política parecida de inteligencia con Roma y aun de favor para los católicos. Personalmente religioso y aun místico, manifestó simpatías por el catolicismo, y aun se duda si realmente se convirtió en el lecho de muerte.

En cambio, con el reinado de *Nicolás I* (1825-1855) comenzó un nuevo período de persecución sistemática. Los rutenos unidos de Lituania y Rusia Blanca fueron forzados por toda clase de violencias a incorporarse a la Iglesia rusa. Sus prelados fueron perseguidos, muchos monasterios y Seminarios cerrados, sus sacerdotes maltratados, encarcelados y desterrados. El resultado fué que casi todos sucumbieron a la violencia moral de los cismáticos. Contra todo esto alzó repetidas veces su voz de protesta el Papa; pero no fué escuchado. En 1845, en una audiencia con el Papa, Nicolás I prometió satisfacer las quejas existentes, y en 1847 se llegó a un Concordato con Pío IX. Sin embargo, no se cambió la táctica, y la situación de los católicos continuó cada vez más angustiosa.

IV. La Iglesia católica en la península Ibérica ²⁷⁾

639. La Historia eclesiástica de España en este período es sumamente agitada, como fiel trasunto de las convulsiones políticas, que llenan todo el siglo XIX. Es un conjunto de extremismos de barbarie y persecución al lado de las grandes reacciones patrióticas y religiosas.

a) *La Iglesia en la guerra de la Independencia* ²⁸⁾. El reinado de Carlos IV es un tejido de debilidades frente a las amenazas constantes de la Revolución francesa. Al fin España se dejó arrastrar por el torbellino de la revolución y del espíritu antirreligioso, que le trajo, entre otras cosas, las derrotas de San Vicente en 1797 y de Trafalgar en 1805. El más culpable en toda esta política fué Manuel Godoy, el

²⁵⁾ LESCOEUR, L., L'Eglise catholique en Pologne sous le gouvernement russe. 2 vol. 2.^a ed. 1880. HAASE, F., Die kathol. Kirche Polens unter russ. Herrschaft. 1917. GÓMEZ, H., La Iglesia rusa. Su historia y su dogmática. M. 1948. Id., Las sectas rusas. M. 1949. AMMANN, A. M., Storia della Chiesa Russa e dei Paesi limitrophi. Turin 1947.

²⁶⁾ KORCROK, A., Die griechisch-kath. Kirche in Galizien. 1921. TOLSTOJ, D. (ruso-ortod.), Le catholicisme romain en Russie. 2 vol. 2.^a ed. P. 1867. BOIS, J., L'Eglise cath. en Russie sous Catherine II. En Rev. Hist. Eccl. 1909. 65 s., 308 s. BOUDOV, A., La Saint-Siège et la Russie y leurs relations diplomatiques au XIX^e siècle (1814-1863). 2 vol. P. 1922-1925.

²⁷⁾ BALLESTEROS y BERETA, A., Hist. de España y su influencia en la Hist. univ., t. VII. B. 1934. CASTILLO y AYENSA, Historia de las negociaciones de España con la Santa Sede. 2 vol. M. 1859. MIGUÉLEZ, M. F., Jansenismo y regalismo en España (datos para la Historia). Valladolid 1895. BECKER, J., Relaciones diplomáticas entre España y la Santa Sede durante el siglo XIX. M. 1909. COMÍN COLMER, E., Historia del anarquismo español. 1836-1948. M. 1948.

²⁸⁾ GRANDMAISON, G. DE, L'Espagne et Napoléon. 3 vol. P. 1908-1931. PRIEGO, J. M., Cómo fué la guerra de la Independencia. M. 1936. PÉREZ GOYENA, La masonería de España durante la guerra de la Independencia. En Raz. y Fe. 22, 413 s. Id., El espíritu religioso de la guerra de la Independencia. Ib. 21, 5 s.

cual hizo al fin traición a la patria prestándose a Napoleón en sus planes de conquista de España. En efecto, ocupadas por los franceses las plazas fuertes de España y atraídos traidoramente a Bayona Carlos IV y su hijo Fernando VII, fueron obligados por Napoleón a abdicar a la corona. Napoleón nombró rey de España a su hermano José Bonaparte.

Entretanto el pueblo de Madrid, y con él la parte más sana de España, se levantó el 2 de mayo contra los invasores, dando principio a la *guerra de la Independencia*. Formáronse en seguida juntas provinciales y una central, presidida por el conde de Floridablanca, y desde un principio tomó la campaña un matiz religioso, al mismo tiempo que patriótico. Frente a las tropas bien disciplinadas de los franceses y a sus más ilustres generales, el pueblo español, desorganizado, pero entusiasta y heroico, se fué abriendo camino hasta arrojar de España a los intrusos. Son conocidos los hechos y nombres heroicos de la guerra de la Independencia; los sitios de Zaragoza y de Girona, los nombres de Daoiz y Velarde, Agustina de Aragón y los generales Castaños y Palafox; las batallas del Bruch y de Bailén (junio y julio de 1808), de Talavera de la Reina (julio 1809), Ciudad Rodrigo, Badajoz, Arapiles, y la definitiva victoria en junio de 1813. El intruso José Bonaparte tuvo que abandonar en 1813 el suelo español. En diciembre, el mismo Napoleón se vió obligado a reconocer a Fernando VII.

Desde el punto de vista religioso, José Bonaparte y Napoleón cometieron en España continuos atropellos, que contribuyeron a enajenarles la voluntad del pueblo español. Por dondequiera que pasaban las tropas francesas, dejaban señales de su vandalismo antirreligioso. Gran parte del tesoro artístico religioso del Escorial y de otras innumerables iglesias desapareció durante este tiempo.

Mas por desgracia, la reacción del elemento directivo no respondió, ni en su patriotismo ni en su religiosidad, al entusiasmo del pueblo. A la junta central siguió un *consejo de regencia*, presidido por el insigne prelado don Pedro de Quevedo. Este consejo manifestó una tendencia elevada y católica; pero las Cortes de Cádiz, que comenzaron a actuar en septiembre de 1810, estaban animadas de un espíritu jansenista y anticatólico, que dió por resultado la libertad de imprenta, la abolición del Voto de Santiago y la abolición del Santo Oficio. En una palabra: elaboraron el año 1812 una Constitución tal, que ha sido después base y modelo de las constituciones y reformas anticlericales.

640. b) Reinado de Fernando VII (1814-1833) ²⁹⁾. La vuelta de Fernando VII a España en marzo de 1814 puso término a este estado de cosas. Pero la restauración adoleció del mismo defecto que la francesa. Mezclando cuestiones políticas y religiosas y sin hacer caso de la situación real, se procedió con un radicalismo exagerado, que hirió susceptibilidades y creó enemigos. Se llamó inmediatamente y colmó de honores al Nuncio; se restableció la Inquisición; se admitió de nuevo a las Órdenes religiosas, y no mucho después, se introdujo también la renaciente Compañía de Jesús. La Iglesia obtuvo oficialmente sus antiguos privilegios.

²⁹⁾ CIRRIA, Fernando VII y la Constitución de Cádiz. M. 1905. ARZADÚN, J., Fernando VII y su tiempo. M. 1942. SOTO DE GANGOITI, J., La Santa Sede y la Iglesia Católica en España. M. 1942. MARTÍNEZ FRIERA, J., Godoy, príncipe de la paz. M. 1944.

Sin embargo, bien pronto comenzaron a conspirar las sociedades secretas, con el fin de resucitar la Constitución de Cádiz. Realmente Fernando VII se esforzó por levantar el estado de la Nación en lo material y en lo religioso. En este empeño la Iglesia colaboró dándole toda clase de facilidades; pero al fin estalló de nuevo la revolución en 1820. Sus iniciadores fueron el comandante Riego y el coronel Quiroga, detrás de los cuales estaba la masonería. Proclamada por los insurrectos la Constitución de 1812, Fernando VII se vió obligado a admitirla en marzo de 1821. Inmediatamente quedó de nuevo suprimida la Inquisición; los jesuitas tuvieron que abandonar el suelo patrio, y asimismo se tomaron otras medidas radicales. Todo lo que se había hecho desde 1814 a 1820 quedó completamente aniquilado. Más aún; cuando el Romano Pontífice se negó resueltamente a admitir como embajador al clérigo jansenista y galicano Villanueva, el Nuncio Giusliniani se vió obligado a salir de Madrid en enero de 1823.

Este estado de anarquía y descomposición de España terminó en 1823 con la *intervención de Francia*. En efecto, preocupadas las potencias europeas del estado de la Península, llegaron a un acuerdo en el Congreso de Verona de diciembre de 1822, según el cual en abril de 1823 entró en España el duque de Angulema con un fuerte ejército, el cual encontró en todas partes el apoyo del pueblo, que no estaba conforme con sus gobernantes. Restablecida la autoridad real y dominados los focos de rebeldes, inicióse un nuevo período de reacción católica, que restableció el estado de cosas del año 1820. Se permitió la vuelta de los jesuitas, y se restituyó en sus puestos a los clérigos y obispos.

641. c) Isabel II hasta 1848. En los últimos años de Fernando VII la situación se iba agravando cada vez más, pues aumentaba la oposición entre los partidos extremistas. Esta situación empeoró cuando, por muerte de la reina Josefa en 1829, se casó el Rey con María Cristina de Nápoles, de la que tuvo pronto una hija, en cuyo favor suspendió la ley sálica, declarándola heredera del trono. Don Carlos, hermano de don Fernando, heredero presunto a quien seguían los elementos más sanos, protestó contra este acto; pero de parte de la infantita Isabel se pusieron los liberales y revolucionarios, que confiaban en su debilidad para apoderarse de nuevo del Gobierno.

En estas circunstancias murió el Rey en 1833, e inmediatamente estalló la guerra civil, pues mientras los liberales aclamaban a Isabel, bajo la regencia de su madre María Cristina, don Carlos alzaba bandera en las Vascongadas y Aragón. Con esto se dió principio a la *primera de las guerras entre los carlistas y liberales*, que ensangrentaron el suelo español en el siglo XIX. La situación religiosa en el territorio dominado por los liberales o cristinos, se fué poniendo cada vez peor, pues bien claro se veía que el elemento católico estaba de parte de don Carlos. A esto contribuyó la rotunda negativa de la Santa Sede a reconocer el gobierno de Madrid, según éste exigía con instancia. De esta manera se preparaban los tristes sucesos de 1834 y 1835.

En efecto, en 1834 se dió principio al período del terror para la Iglesia española. Los exaltados aprovecharon el pretexto del cólera, que estalló en Madrid en 1834, para presentar a los frailes como sus causantes. Coincidió con esto la entrada de don Carlos en Navarra,

seguida de una serie de triunfos del general Zumalacárregui⁸⁰), por lo cual el 17 de julio se lanzaron a la calle algunos puñados de sicarios y asesinos, azuzados por la masonería, y asesinaron bárbaramente a quince jesuitas del Colegio Imperial, luego un buen número de Padres dominicos en el Convento de Santo Tomás, y unos cincuenta franciscanos en el de San Francisco el Grande, terminando el día con el asesinato de ocho religiosos mercedarios. Al mismo tiempo saquearon y destrozaron sus respectivos conventos.

Fué la señal de batalla, dada a todos los revolucionarios, masones y anticlericales. El gobierno no hizo nada para impedir y menos para castigar tanta barbarie. Martínez de la Rosa echaba la culpa al general San Martín; éste a sus subalternos. Al año siguiente se repitieron los degüellos de los frailes en las diversas provincias: en abril de 1835, en Zaragoza y en Murcia; en julio, para celebrar el aniversario de los sucesos de Madrid, fueron asesinados en Reus casi todos los franciscanos y carmelitas de los dos conventos de aquella población; en Barcelona fueron incendiadas en la noche del 25 innumerables casas religiosas; en Murcia se repitieron las escenas de terror.

El gobierno, entretanto, más que cómplice en todos estos crímenes, dió principio a una verdadera inundación de decretos vejatorios y persecutorios de la Iglesia, a la que trataba de aniquilar. Las Cortes de 1834 lo empujaban por este camino. Se presentó a los obispos ante los tribunales eclesiásticos, con la acusación de favorecer a los carlistas; se castigó severamente a los predicadores y confesores por supuestas faltas a la Constitución; en julio de 1835 se suspendió de nuevo la Compañía de Jesús. Desde octubre de 1836 quedó prohibida a los fieles toda comunicación con Roma. En forma parecida continuaron las cosas durante los años siguientes, en que los diversos gobiernos que se sucedían parecían disputarse la primacía en la persecución religiosa. La guerra carlista terminó por fin, gracias a las traiciones de algunos y a la división de los católicos, con el *tratado de Vergara en agosto de 1839*. Parecían iniciarse mejores tiempos para el catolicismo; pero entonces estalló una nueva revolución en *septiembre de 1840*, que arrojó a María Cristina de la regencia y puso en su lugar al general Espartero.

Con la *regencia de Espartero* se renovaron todas las violencias y vejaciones contra la Iglesia, la persecución y destierros de los obispos y párrocos; la plaga de los administradores eclesiásticos intrusos; el cierre del tribunal de la Nunciatura. Entonces se procedió a la más inicua confiscación y venta de los bienes eclesiásticos. Este robo general, unido al cometido años antes de todos los bienes de las Ordenes religiosas, constituye el robo sacrílego denominado *desamortización* de los bienes de manos muertas, realizado por el ministro *Mendizábal* y otros sucesores. Con él se enriquecieron a poca costa todos los amigos de los gobiernos liberales.

Estas iniquidades movieron finalmente al Papa para que, en febrero de 1842, dirigiera una encíclica a toda la cristiandad, pidiendo oraciones por España, concediendo para ello jubileo extraordinario. Sin duda oyó Dios las oraciones del Papa y de los fieles, pues la reacción católica, que alboreaba ya en España, fué adquiriendo cada vez más consistencia, y en junio de 1843 el general *Narváez* arrojó de Madrid a Espartero, hizo declarar

⁸⁰) GONZÁLEZ DE ECHEVARRI, J. M., Zumalacárregui. Estudios críticos a la luz de los documentos inéditos. Valladolid 1935.

mayor de edad a Isabel II y estableció un gobierno moderado, que entró al punto en relaciones con la Santa Sede y puso orden en la Iglesia española. Con esto se anuncia un período de relativa paz y tranquilidad para los católicos.

642. d) La heterodoxia en este período. Por lo que se refiere a las ideas heterodoxas esparcidas en España hasta mediados del siglo XIX, ante todo hay que enumerar las que forman la base de las revoluciones, que tanto abundaron, y de la persecución de la Iglesia. El *enciclopedismo* y la incredulidad son sin duda los que, desde el reinado de Carlos III, más daño infligieron a la pureza de la fe.

A esto mismo se reduce la heterodoxia de los llamados *afrancesados*, durante el primer tercio del siglo XIX. Eran muchos intelectuales, poetas y escritores, imbuidos en el espíritu volteriano y simpatizantes con la causa francesa, que trabajaron por inocular el veneno de la incredulidad al pueblo español. Tales son, por ejemplo, los clérigos Arce, Escoiquiz, Estala, Miñano, Sotelo y Reinos; los literatos Meléndez Valdés, Moratín, Hermosilla, Pérez del Camino; los políticos Urquijo, Azanza, Godoy y otros. El caso más detestable es el del clérigo *Juan Antonio Llorente*, antiguo secretario de la Inquisición, quien llegó al servilismo de hacer de consejero del rey intruso, por lo cual tuvo luego que escapar a París. Allí publicó su obra sectaria «Historia crítica de la Inquisición española», y los «Retratos políticos de los Papas», donde se muestra hombre sin creencias, difamador y estúpido.

Las tendencias heterodoxas, antipontificias y jansenistas se manifestaron de un modo particular en las *Cortes de Cádiz*. Allí, en efecto, se dieron cita y defendieron los puntos de vista más avanzados, los clérigos Muñoz Torrero, Joaquín L. Villanueva y Ruiz Padrón, y los futuros políticos sectarios Argüelles y Toreno, Espiga, Oliveros y Gallejo. Sobresale entre todos el bibliófilo *Gallardo*, quien vertió innumerables ideas heterodoxas en su célebre «Diccionario crítico burlesco». El protestantismo hizo también algunos esfuerzos por introducirse en este tiempo, una vez desaparecido el tribunal de la Inquisición. Sin embargo, los resultados fueron escasos. Sólo una persona notable, *José M. Blanco* (White), abrazó las nuevas doctrinas y las defendió con tenacidad.

Pero los que más daño hicieron a la verdadera fe fueron las *sectas secretas*. Una de las más célebres fué la «Sociedad de caballeros comunes». A éstos pertenecía Riego. A los masones propiamente tales pertenecían los personajes más funestos de la persecución religiosa, Argüelles, Toreno, Alcalá Galiano y Álvarez Mendizábal. Ellos fueron socavando los principios fundamentales del Cristianismo y haciendo una guerra satánica a la Iglesia.

Por sus ideas galicanas se distinguió el obispo de Astorga, *Félix Torres Amat*, conocido como supuesto traductor de la Biblia, si bien acaba de probarse que la traducción que corre con su nombre se debe principalmente al jesuita *P. Petisco*; y finalmente el ministro de justicia Alonso defendió en diversas ocasiones principios cismáticos.

643. e) Actividad católica en este período. Al principio de este período pertenece en primer lugar la actividad de un número respetable de ex jesuitas desterrados en Italia, que se distinguieron extraordinariamente en el campo de las ciencias y de la literatura.

Véase cómo enjuicia Menéndez y Pelayo su mérito literario y científico: «En un solo día arrojamos de España al P. Andrés, creador de la Historia literaria, el primero que intentó trazar un cuadro fiel y completo de los progresos del espíritu humano; a *Hervás* y *Panduro*, padre de la Filología comparada y uno de los primeros cultivadores de la Etnografía y de la Antropología; al P. *Serrano*, elegantísimo poeta latino; a *Lampillas*, el apologista de nuestra literatura...; a *Masdeu*, que tanta luz derramó sobre las primeras edades de nuestra Historia..., hombre ciertamente doctísimo y a cuyo aparato de erudición no iguala ni de cerca ninguno de nuestros historiadores; a *Eximeno*, filósofo sensualista, matemá-

tico no vulgar e ingenioso autor de un nuevo sistema de estética musical; a *Garcés*, acérrimo purista, enamorado del antiguo rigor y elegancia de la lengua castellana; al P. *Arévalo*, luz de nuestra Historia eclesiástica y de las obras de nuestros Santos Padres y poetas cristianos, que ilustró con prolegómenos tan inestimables como la *Isidoriana* o la *Prudentiana*, que Huet o Montfaucon o Zaccaria no hubieran rechazado por suyos; al P. *Arteaga*, autor del mejor libro de Estética que se publicó en su tiempo, historiador de las revoluciones de la ópera italiana, hombre de gusto fino y delicadísimo...; al P. *Aymerich*, que exornó con las flores de la más pura latinidad un asunto tan árido como el episcopado barcelonés...; al P. *Pla*, uno de los más antiguos provenzalistas; al P. *Gallisa*, discípulo y digno biógrafo del gran romanista y arqueólogo Finestres; a *Requeno*, el restaurador de la pintura pompeyana; a *Colomé* y *Lasala*, cuyas tragedias admiraron a Italia; al P. *Isia*, cuya popularidad de satírico nunca marchita, y el recuerdo de «Fray Gerundio» bastan; a *Montengón*, único novelista de entonces; al P. *Aponte*, maravilloso helenista, restaurador del gusto clásico en Bolonia; al P. *Pou*, por quien Herodoto habló en lengua castellana; al P. *Alegre*, insigne por su virgiliana traducción de Homero...; al P. *Maceda*, apologeta de Osio; al P. *Gustá*, controversista incansable, siempre envuelto en polémicas con jansenistas y filosofantes; a *Prat de Saba*, bibliógrafo de la Compañía y fecundísimo poeta latino... (Heterodoxos, VI, 175 s.).

En España mismo fué muy lenta la reacción literaria en el campo católico. En las Cortes de Cádiz se levantó enérgica la voz de algunos católicos eminentes, como Ostolaza, Riesco e Inguanzo, el futuro Primado de Toledo. Pero, en general, se advierte que toda la reacción del período primero de Fernando VII, desde 1814 a 1820, es casi exclusivamente oficial. El período segundo de la reacción católica, desde 1828 a 1838, fué más fecundo en la actividad interna de la Iglesia. Así, se presentan ya en este tiempo algunos apologetas católicos, como: el dominico P. M. *Vidal*, con su obra «Origen de los errores revolucionarios y su remedio»; el capuchino P. *Vélez* con la «Apología del Altar y del Trono» y «Preservativo contra la irreligión».

Pero el renacimiento propiamente tal del catolicismo español, digno de parangonarse con el francés del mismo tiempo, se produjo como efecto de las largas luchas del período de 1434 a 1448, comenzó a advertirse hacia el año 1440 y llegó a su mayor desarrollo a mediados del siglo. Señal de ello son las nuevas revistas católicas, como «El Católico», de Madrid, y «La Religión», de Barcelona. Dos de los personajes que más se distinguieron en esta reacción católica fueron *Jaime Balmes*³¹⁾ con sus obras de carácter apologetico y filosófico y una actividad política incansable, y *Donoso Cortés*³²⁾, gran orador parlamentario, defensor acérrimo de las tradiciones católicas. Más adelante podremos ver el desarrollo ulterior de este renacimiento católico.

³¹⁾ CASANOVAS, J., Balmes. La seva vida, el seu temps, les seves obres. B. 1932. 3 vol. En Bibl. Balmes, serie II, 4-6. Trad. castellana en dos vol. B. 1942. LLADÓ, J., Balmes y los pensadores católicos del siglo XIX. Vich 1926. RÍOS SARMIENTO, J., Jaime Balmes. B. 1941. BALMES, *El Criterio*. Ed. centenario, por M. Flori. B. 1943. ÍD., B. para todos, por A. Esclasans. B. 1943. ÍD., Comentarios por Cl. Villegas. Vich 1944. ÍD., Ed. 33. Araluce. B. 1942. ÍD., Curso de filosofía elemental. B. 1944. Balmes. Conferencias sobre «El Criterio», pronunciadas en Balmesiana. B. 1944. LA ORDEN MIRACLE, E., Jaime Balmes político. B. M. 1942. CORTS GRAU, J., Jaime Balmes. Antología. M. 1942. GONZÁLEZ, I., La cuestión social, según Jaime Balmes. M. 1943. ZARAGÜETA, ETC., Balmes, filósofo, social, apologeta y político. M. 1945. *Diversos trabajos* en Pensamiento, 1948. Balmes. Obras completas, en B. A. C. 7 vol. (1948-1950).

³²⁾ DONOSO CORTÉS, Obras completas de, 2 vol. en B. A. C. M. 1946.

CAPÍTULO III

Luchas de la Iglesia hasta fines del siglo XIX

644. Frente a la obra demoledora de la revolución francesa había tenido que luchar heroicamente la Iglesia católica, no sólo mientras los revolucionarios estuvieron en el poder, sino aun después de la derrota definitiva de Napoleón, por los efectos disolventes que las ideas revolucionarias habían producido. En la segunda mitad del siglo XIX continuó entablada la misma contienda y, gracias a los excelentes Papas, *Pío IX* y *León XIII*, la Iglesia siguió luchando con ventaja. Frente a la descristianización y materialización de la sociedad, la Iglesia católica ganó constantemente en robustez y fuerza interior y desarrolló cada vez más los organismos que la integran, espiritualizándolos y elevándolos.

I. Pío IX y sus luchas contra la revolución. El estado de la Iglesia¹⁾

El pontificado de Pío IX (1846-1878) fué uno de los más agitados de la Edad Moderna, y al mismo tiempo se distinguió por una serie de acontecimientos de gran trascendencia para la Iglesia, como son la pérdida de los Estados pontificios, el Concilio Vaticano y la declaración de la infalibilidad pontificia.

a) **Primeros actos de la Revolución (1846-1850).** La agitación revolucionaria de Italia había tomado en los últimos años de Grego-

¹⁾ CASTALDI, B., Pío IX e i suoi tempi. R. 1882. BALLERINI, Le prime pagine del Pontificato di Pío IX. R. 1909. PELCZAR, J. B., Pío IX e il suo Pontificato. 3 vol. Torino 1909 s. MONTI, Pío IX nel Risorgimento Italiano. Bari 1928. BRIZZOLESI, V., Da Pío IX a Pío XI. R. 1929. LECANUET, E., Les dernières années du Pontificat de Pío IX (1870-1878). 2.^a ed. P. 1931. CRISPOLTI, F., annes du Pontificat de Pío IX (1870-1878). 2.^a ed. P. 1931. CRISPOLTI, F., Pío IX, Leone XIII, Pío X, Benedetto XV, Ricordi personali. Milano 1932. DEMARCO, D., Pío IX e la rivoluzione romana del 1848... Modena 1947. HAYWARD, F., Pío IX et son temps. P. 1948.

rio XVI un matiz patriótico, el de la *unidad italiana*, con dos concepciones diversas. La primera, defendida por *José Mazzini*, de carácter abiertamente sectario. La segunda, de los patriotas moderados, a cuya cabeza estaban los sacerdotes *Gioberti* y *Rosmini* y *Máximo d'Azélio*, tenía un carácter liberal y quería una Italia federal, presidida por el Romano Pontífice con el apoyo militar del rey del Piamonte. La táctica de Pío IX, en un principio, fué ganarse a los revolucionarios por medio de la blandura y de las concesiones. Por esto su primer acto fué una amnistía general y una serie de reformas de carácter democrático. La más notable fué la admisión de elementos civiles en la administración de los Estados pontificios, y finalmente una Constitución de tipo moderno, proclamada en marzo de 1848.

Esto no obstante, los revolucionarios no estaban satisfechos. Por esto, tomando como pretexto la guerra estallada entre Piamonte y Austria, se lanzaron abiertamente a la revolución. El primer acto fué el asesinato del conde *Pelegriño Rossi*, presidente de la nueva Cámara, en el momento de ir a abrirla. A esto siguió el *encierro del Papa en el Quirinal* con amenazas de muerte por parte del populacho. Más aún; mientras el Papa huía disfrazado a Gaeta, el 2 de febrero de 1849 se proclamaba en Roma la República, a cuyo frente se puso el triunvirato Mazzini, Saffi, Armellini. A esto se siguieron toda clase de excesos y profanaciones contra las iglesias y casas religiosas.

Pero entretanto Pío IX había invocado la intervención de las otras naciones, sobre todo Francia, Austria, España, Nápoles, y por iniciativa de España se celebraba en Gaeta una conferencia de estas potencias. Ocupada la Ciudad Eterna en julio de 1849 por las fuerzas francesas del general Oudinot, Pío IX volvió a Roma en abril de 1850 bajo la protección de las fuerzas internacionales.

645. b) Ocupación de los Estados pontificios en 1870 ²⁾.
Al volver Pío IX a Roma, procuró reorganizar los negocios de la Ciudad Eterna; pero escarmentado por el fracaso experimentado, no quiso ya saber nada de reformas constitucionales ni avenirse con los defensores de la unidad nacional. Así, pues, en inteligencia con Austria y con su secretario de Estado *Antonelli*, contra la presión ejercida por Francia, volvió al antiguo régimen. Lo único que consintió fué dar una parte bastante considerable del gobierno al elemento civil. Para defensa del Papa, permaneció en Roma un presidio de franceses hasta 1870, mientras los austríacos siguieron ocupando las legaciones del Norte hasta 1859.

Pero al mismo tiempo siguió la agitación en favor de la *unidad de Italia*, que iba tomando cada vez un carácter más anticlerical y an-

²⁾ HERGENRÖTHER, J., *Der Kirchenstaat seit der französ. Revolution*. P. 1859-1861. DÖLLINGER, IGN., *Kirche und Kirchen, Papsttum und Kirchenstaat*. 1861. BOURGEOIS, E., CLERMONT, E., *Rome et Napoléon III (1849-1870)*. P. 1907. CE. SARE, R. DE, *Roma e lo Stato del Papa (1850-1870)*. R. 1907. VIGEVANO, *La fine dell'esercito pontificio*. R. 1920. LETURIA, P., *Del patrimonio di San Pedro al tratado de Letrán*. M. 1928. En *Bibl. de Cuest. act.*, 4. CURATORIO, G. E., *La questione romana da Cavour a Mussolini*. R. 1928. MOLLAT, G., *La question romaine de Pie VI a Pie XI*. P. 1932. SOLÁ, FR. DE P., *La Inmaculada Concepción*. Estudio históricodogmático-litúrgico. B. 1941.

tipontificio. La esperanza de esta tendencia era el reino de Piamonte-Cerdeña, con su nuevo rey *Víctor Manuel II* (1849-1878), el cual, en su aspiración a la unión de toda Italia, no dudó en servirse de los revolucionarios Mazzini y Garibaldi, y adoptar una política francamente sectaria contra la Iglesia. Por esto bien pronto fueron expulsados los jesuitas; se abolió el privilegio del foro eclesiástico y se tomaron otras medidas antieclesiásticas. El director y el alma de este nuevo movimiento, con todas sus características, era el conde *Camilo Cavour* ³⁾, presidente del gobierno de Turín, hombre de gran talento y tenacidad en el empeño de engrandecer el Piamonte, arrojar de Italia a los austríacos y conseguir la unidad de toda Italia.

La habilidad diplomática de Cavour llevó las cosas de tal manera, que ya en el Congreso de París de 1856 se propuso la «cuestión de Italia», es decir, de los Estados pontificios. Poco después, en sus conversaciones con Napoleón III en 1858, llegó a una alianza con Francia para una guerra contra Austria, que terminó en 1859 con la incorporación de Lombardía al Piamonte y la pérdida para el Papa de la Romagna, las Marcas y Umbría, que incorporaron también al nuevo reino de Italia. Las armas del revolucionario Garibaldi contribuyeron decididamente a todas estas conquistas, a las que añadió Garibaldi en 1860 la del reino de Nápoles y Sicilia. Víctor Manuel pudo proclamarse en 1861 rey de Italia. Sólo faltaban los Estados pontificios. Diversas veces trató de inducir a Pío IX a renunciar a ellos en su favor; pero éste y su secretario Antonelli se encerraron en el más absoluto «non possumus».

Sin embargo, los acontecimientos se fueron precipitando. Víctor Manuel esperaba únicamente una ocasión favorable para caer con sus tropas sobre Roma. Así, pues, al partir para Francia la guarnición francesa de Civitavecchia, con ocasión de la guerra francoprusiana de 1870, los piamonteses se lanzaron sobre los Estados pontificios. El 20 de septiembre *entraban en Roma* por la Puerta Pia las tropas de Víctor Manuel y dominaban fácilmente en toda la ciudad, mientras las tropas del Papa, después de un simulacro de oposición, cesaban en su resistencia.

De nada sirvió la protesta solemne del Papa ante los representantes de las potencias extranjeras contra aquel robo sacrílego, como tampoco se obtuvo nada con la excomunión del Rey y de todos sus colaboradores en aquel despojo. Víctor Manuel puso en Roma la capital de su reino, la Italia unida, y para dejar arreglado el asunto del Papa, en mayo de 1871 publicó la *ley de garantías*, por la cual reconocía la inviolabilidad del Papa y le asignaba una renta anual de tres millones y medio de liras. Además le otorgaba los palacios del Vaticano y Letrán y la Villa de Castel Gandolfo. Naturalmente, Pío IX rechazó enérgicamente estas indignas estipulaciones y desde entonces vivió como preso en el Vaticano, a merced de las limosnas de los católicos de todo el mundo. Sólo el Tratado de Letrán de Pío XI en 1929 arregló definitivamente tan delicado asunto.

³⁾ MATHER, P., *Cavour et l'unité italienne*. 3 vol. P. 1922-1927. ZANICHELLI, D., *Cavour*. Florencia 1926.

646. c) Régimen interior de la Iglesia. Las convulsiones exteriores y la pérdida de sus Estados no disminuyeron en nada el prestigio interior del Pontificado; al contrario, éste se espiritualizó más, convirtiéndose en adelante en el centro de la resistencia moral a todas las fuerzas demoledoras del racionalismo y materialismo modernos. Pío IX desarrolló en esto una actividad extraordinaria, que vio coronada con el éxito más halagüeño. Una de sus actuaciones más simpáticas es la *declaración del dogma de la Inmaculada Concepción el 8 de diciembre de 1854*, que le ha merecido el título de «Papa de la Inmaculada».

Diez años más tarde, el 8 de diciembre de 1864, publicó Pío IX con la encíclica «Quanta cura» uno de los documentos más importantes de la Edad Moderna, el célebre *Syllabus*, que es un recuento de los ochenta errores modernos más trascendentes, como el panteísmo, naturalismo, indiferentismo, libelismo, socialismo. Este documento produjo una agitación extraordinaria en los círculos liberales, que dirigían a la sazón los destinos de casi todas las naciones. En esta declaración pontificia creyeron ver un desafío a la cultura y al progreso moderno.

De gran trascendencia para el régimen de la Iglesia fué la actividad de Pío IX en la centralización de la administración eclesiástica, unida con un desarrollo ulterior de la jerarquía católica. Esto era de gran importancia frente a los efectos disolventes de las propagandas galicanas y febronianas y de las revoluciones de todo el siglo. Gracias al esfuerzo del Papa, se fué restableciendo el prestigio del Primado de Roma y su autoridad fué efectivamente acatada en todas partes. Efecto de este prestigio creciente del Papa fué la organización de la jerarquía católica en Inglaterra, Holanda y otras regiones de Europa, la fundación de los nuevos Obispos y Vicariatos apostólicos en las misiones y los nuevos Concordatos con Rusia, España y Austria. Señal del prestigio alcanzado fué la concurrencia extraordinaria en Roma de los prelados de todo el orbe en el centenario de San Pedro y San Pablo en junio de 1867, y sobre todo con ocasión del Concilio Vaticano.

II. El Concilio Vaticano (1869-1870) ⁴

647. El Concilio Vaticano, el vigésimo entre los ecuménicos, celebrado más de 300 años después del de Trento, es el acontecimiento más importante del siglo tocante al régimen de la Iglesia. En él se definió el dogma importantísimo de la infalibilidad pontificia, que dió ocasión a enconadas contiendas y tristes claudicaciones.

⁴ GRANDERATH, *Constitutiones dogmaticae Concilii Vat... explicatae atque illustratae* 1893. Id., *Gesch. des Vaticanischen Konzils*. ed. por K. Kirch. 3 vol. 1903-1906. CECCONI, E., *Storia del Concilio Vat.* 4 vol. R. 1873-1879. VACANT, A., *Études sur les Constitutions du Conc. du Vatican*. 2 vol. P. 1895. MOURRET, F., *Le Concile du Vatican d'après des documents inédits*. P. 1919. CAMPANA, E., *Il concilio vaticano I*. Lugano 1926. BUTLER, DOM C., *The Vatican Concil. The story told from inside bishop Ullathorne's letters*. 2 vol. L. 1930.

a) Reunión y primeros trabajos del Concilio. Con ocasión de la publicación del *Syllabus* en 1864, manifestó Pío IX su intención de reunir un Concilio, y en la gran asamblea del episcopado, tenida en 1867 para celebrar el centenario de la muerte de los Príncipes de los Apóstoles, lo anunció con toda solemnidad. Finalmente, Pío IX el 8 de diciembre de 1869 lo abrió en presencia de unos 740 obispos de toda la Cristiandad.

Es interesante el estudio sobre los preparativos y los fines asignados al Concilio. Por una parte, es un hecho que oficialmente sólo se le asignaba en general la proclamación de la verdad católica frente a los errores modernos. Mas, por otra, era voz general que se trataba principalmente sobre la *infalibilidad pontificia*. De hecho se pusieron en movimiento todos los que de alguna manera se oponían a esta declaración, al frente de los cuales estaba el conocidísimo historiador Ignacio Döllinger.

Inmediatamente se nombraron las cuatro comisiones, para que estudiaran los asuntos y propusieran los temas, que luego en las sesiones públicas debían ser discutidos y proclamados. De los cincuenta y un temas que se prepararon, sólo dos llegaron a su definitiva publicación: «De fide catholica» y «De Ecclesia Christi». En la *tercera* sesión pública, del 24 de abril de 1870, se promulgó el primer decreto dogmático, la constitución «De fide catholica». En ella se proclamaban las verdades fundamentales del Cristianismo y se condenaban los errores modernos que a ellas se oponen, como el ateísmo, el racionalismo, materialismo, panteísmo, tradicionalismo y otros.

648. b) La infalibilidad del Romano Pontífice. Pronto se emprendió el tema de la *infalibilidad pontificia*. Ya el 25 de diciembre de 1869 se presentó la proposición de definir esta verdad como dogma; pero no se inició su discusión hasta que fué presentada en marzo de 1870 una petición formal, dada por 480 Padres entre los 740. Pero inmediatamente se formaron dos grandes tendencias sobre esta materia, que llenó los meses de mayo hasta julio.

Contra la definición del dogma se declararon gran número de obispos alemanes, entre ellos *Ketteler* ⁵) y *Hefele*, muchos austriacos y la tercera parte de los franceses, al frente de los cuales iba *Dupanloup*. En favor de la misma se declararon todos los españoles y casi todos los italianos. Sin embargo, hay que tener presente que la mayor parte de los adversarios de la definición no lo era del dogma como tal, sino de la oportunidad de la definición.

La discusión en el Concilio se hizo muy animada y a las veces algo violenta. Finalmente, como se viera que no podía conseguirse unanimidad de pareceres, se procedió el 13 de julio a la votación previa, en la cual votaron de 605 participantes 451 en favor, 88 en contra y 66 condicionalmente. Después de esto, 57 de ellos abandonaron el Concilio haciendo uso del permiso del Papa.

⁵) *Sobre Ketteler*: RIED, U., en *Hist. Jb.* 1927. 667-726.

De este modo se llegó a la *sesión IV del 18 de julio de 1870*, en la cual 533 padres votaron en favor y sólo dos contra la infalibilidad, y aun estos últimos se sometieron ante la desición de la mayoría. Inmediatamente después, Pío IX aprobó y promulgó la Constitución del Concilio «De Ecclesia Christi» (Pastor aeternus), en la cual se expone la institución y ejercicio perpetuo del Primado, se proclama su infalibilidad en las cosas de fe y la universalidad de su episcopado en toda la Iglesia.

Con esto terminó el Concilio, que se hallaba todavía en los principios de su actividad. La razón fué que al estallar la guerra franco-prusiana el 19 de julio, gran número de prelados abandonaron la Ciudad Eterna; a esto se añadió la guerra de los piamonteses contra los Estados pontificios y su entrada en Roma el 20 de septiembre. El 20 de octubre quedó suspendido el Concilio «hasta mejores tiempos».

La importancia de estas decisiones del Vaticano es fácil de comprender. Por ellas aparecía claramente y se confirmaba la unidad absoluta de la Iglesia en torno al Romano Pontífice; quedaba definitivamente vencido el mayor enemigo de los últimos tiempos, el espíritu de rebelión contra la jerarquía suprema. El prestigio y autoridad del Papa crecía extraordinariamente, con lo cual podía intensificar su actividad en la dirección de todos los asuntos eclesiásticos.

649. c) Oposición al Vaticano. Sin embargo, como era de suponer, se experimentó alguna oposición al dogma de la infalibilidad, definido por el Concilio. Es cierto que la minoría de los obispos no conformes con la definición se fué sometiendo, siendo el último Hefe; que lo hizo en abril de 1871. Mas por otra parte, se formó en Alemania una oposición bastante fuerte, cuyos partidarios se llamaron *viejos católicos*⁶⁾. El alma de este movimiento era *Ignacio Döllinger*, benemérito de la investigación histórica y de la causa católica y profesor de la Universidad de Munich. Negóse rotundamente a aceptar la definición del Concilio, por lo cual el 14 de abril de 1871 fué excomulgado por su obispo. Entonces organizó la oposición celebrando un congreso de los «viejos católicos» y poniendo en adelante al servicio de su odio creciente contra Roma toda su inmensa erudición. La secta siguió una vida bastante lánguida y celebró diversos congresos en Colonia y Bona.

En Suiza, la oposición al Concilio Vaticano tuvo también alguna importancia. En la diócesis de Berna se formó una fuerte resistencia, que llegó a desposeer al obispo *Lachat*, que quiso proceder con rigor contra ellos, y a los eclesiásticos de Jura de Berna, que se pusieron al lado de su obispo. Organizóse igualmente la secta de los «cristianos católicos», los cuales, además de rechazar los decretos del Vaticano, se enredaron en otros errores dogmáticos.

⁶⁾ KOPP, M., *Del Altkatholizismus in Deutschland*. 1913. ÍD., *Altkatholizismus und Protestantismus*. 2.ª ed. 1925. GESCHWIND, P., *Gesch. der Entstehung der christlich. Kirche in der Schweiz*. 2 vol. 1904-1910.

III .Pontificado de León XIII (1878-1903) ⁷⁾

650. El pontificado de León XIII, sucesor de Pío IX, puede considerarse como providencial, pues devolvió a la Iglesia la paz que necesitaba en sus relaciones diplomáticas con las otras naciones, y resolvió las cuestiones sociales de actualidad. En conjunto, se puede afirmar que León XIII elevó el prestigio moral del Pontificado a una altura nunca alcanzada hasta entonces.

a) Relaciones entre la Iglesia y el Estado. León XIII era hombre de gran erudición, buen humanista y gran diplomático, por lo cual todos concibieron grandes esperanzas de su actuación. En ella le ayudaron notablemente sus secretarios de Estado *Jacobini* y sobre todo *Mariano Rampolla*. Con sus numerosas encíclicas fué tocando las cuestiones más candentes de los tiempos modernos, dando soluciones y direcciones, que han marcado desde entonces la norma de conducta de la Iglesia.

Uno de los puntos en que más sobresalió, fué en el modo de entablar y llevar las relaciones con los Estados, a pesar de que en varios casos no pudieron ser amistosas. Para esto partía de la base de un concepto claro sobre el problema del Estado moderno, y de sus deberes y derechos para con los individuos y para con la Sociedad, así como también sobre los oficios que dentro del Estado puede y debe ejercer la Iglesia como sociedad religiosa y cultural. El problema de la *separación de la Iglesia y el Estado*, que tanto había preocupado y seguía preocupando a todos, lo resolvió naturalmente en la forma tradicional; mas por otra parte, con su visión clara de la realidad, no tuvo dificultad en admitir la separación en los Estados que, como América del Norte, carecían de unidad religiosa. La misma visión de la realidad tuvo en la tan delicada cuestión de las *formas de gobierno*, obrando siempre sobre la base de que son indiferentes para la Iglesia.

Sobre estas bases trabajó León XIII con éxito por mantener buenas relaciones con los diversos Estados e influir en ellos con la moral cristiana. Esta acción era de gran importancia, pues al subir al trono la situación era muy delicada. En Alemania obtuvo un triunfo señalado, poniendo término al «Kulturkampf». Gracias a las atenciones para con el Emperador y sus repetidos esfuerzos por entablar buenas relaciones, se comenzó por reconocer en 1880 las buenas disposiciones, del Papa, y poco a poco se fué allanando el camino hasta llegar a una inteligencia. Esta se manifestó claramente cuando el mismo Bismarck⁸⁾ ofreció en 1885 a León XIII el arbitraje en la cuestión pendiente entre España y Alemania

⁷⁾ *Leons XIII Epistolae encyclicae*. 1878-1904. *Acta Leons XIII*. 23 vol. R. 1881-1905. GALLAND, J., *Papst Leo XIII*. 1893. CESARE, R. DE, *Dal Conclave di Leone XIII al ultimo Consistorio*. Città di Castello. 2.ª ed. 1902. CRISPOLTI, C. AURELI, G., *La politica di Leone XIII da Galimberti a Rampolla*. R. 1912. MOURRET, F., *Les directions politiques intellectuelles et sociales de Léon XIII*. P. 1920. GÖETZ, W., en «*Meister der Pol.*», 2.ª ed. III. 1924. SCHWER, W., *Papst Leo XIII*. 1923. SODERINI, ED., *Il Pontificato di Leone XIII*. 3 vol. Milán 1932-1933. HOCEDÉZ, E., *León XIII et la théologie*. En Greg. 23 (1942), 375 s.

⁸⁾ LEPÈVRE DE BÉHAINE, E., *León XIII et le prince Bismarck*. P. 1898.

acerca de las Carolinas. Al celebrar León XIII su jubileo sacerdotal en 1888, llevaba una mitra regalada por Guillermo I. Por su parte, recibió dos veces (en 1888, 1903) la visita oficial de Guillermo II.

No fué tan afortunado en sus *relaciones con Francia*⁹⁾, a la cual, por otra parte, manifestó constantemente una especial predilección. Al principio de su Pontificado se inició la era de la persecución de la Iglesia, que él trató de impedir con todo su talento y habilidad diplomática; pero los esfuerzos de la masonería salieron al fin con su intento. Luego hizo lo posible para unir a los católicos divididos, procurando el reconocimiento de la República con el fin de ir introduciendo en ella el espíritu cristiano. Es la célebre cuestión del *ralliement*, que tantas discusiones ha suscitado, de la cual no se sacó apenas provecho alguno para la causa católica, pues la República aumentó más bien su espíritu anticristiano. Bien claro se vió en el ataque brutal contra las Órdenes religiosas y en el espíritu ateo de los gobernantes franceses desde el año 1901.

651. b) La cuestión social: "Rerum Novarum"¹⁰⁾. Con su talento práctico, reconoció León XIII que la cuestión obrera era una de las más importantes en nuestros días. Por esto, para resolverla, publicó la *encíclica "Rerum Novarum"*, una de las más oportunas de los tiempos modernos, que ha merecido a León XIII el título de «Papa social» o «Papa de los obreros».

Con palabras nuevas para muchos, insiste en la obligación de los patronos de mirar por la dignidad de los trabajadores, no tratándolos como esclavos, procurar su bien temporal e intelectual, hacerles posible su vida de familia. Al mismo tiempo inculca a los obreros su deber de no ejercer violencias y respetar los derechos de los demás, sin dejarse arrastrar por las predicaciones de los falsos amigos. A esto añade León XIII hermosas ideas sobre el modo cómo el Estado debe proteger al obrero, es decir, vigilando por la duración debida del trabajo, el descanso dominical, jornal mínimo, moderando el trabajo de los niños y de las mujeres.

Esta encíclica tiene especial importancia por haber resuelto las discusiones existentes entre muchos católicos sobre la actitud del Estado frente a las cuestiones sociales. La solución era que el *Estado tiene un deber social* y debe intervenir para solucionarlo debidamente. Por esto desde entonces no puede ya haber dudas, desde el punto de vista católico, acerca del problema general, si bien quedan muchas cuestiones particulares por resolver. León XIII dió además otros documentos contra el comunismo y el socialismo.

652. c) Otras actividades de León XIII. La actividad de León XIII, fuera de las cuestiones indicadas, fué realmente extraordinaria. Así, no hay duda que fué un *protector eminente de los estudios* y de la cultura cristiana. En su encíclica «Aeterni Patris» propuso a Santo Tomás como Doctor de la Filosofía y Teología católicas, y por lo demás fomentó las investigaciones científicas. Para esto puso el Archivo Vaticano al

servicio de los investigadores de todo el mundo y reglamentó el uso de la Biblioteca Vaticana con el fin de ponerla al alcance de todos. Para realizar dichos trabajos llamó a Roma a hombres eminentes, como el Cardenal *Hergenröther*, P. *Denifle*, O. P. y P. *Ehrle*, S. I. Además reorganizó el observatorio Vaticano y fomentó la fundación de centros superiores de estudios, como el Instituto Católico de París.

De un modo especial se esforzó por obtener la *unión de las Iglesias disidentes*, para lo cual publicó diversas encíclicas, como «*Praeclara*» y «*Satis cognitum*», y dirigió numerosas exhortaciones a los anglicanos, coptos y otros. Con el fin de allanar dificultades, estudió y declaró definitivamente la invalidez de las ordenaciones anglicanas y estableció una comisión especial para las cuestiones orientales, asegurando la guarda de sus ritos y fomentando sus instituciones. Dentro mismo de la unidad católica, supo mantener la más estricta centralización, al mismo tiempo que *extendió como nadie la jerarquía*. En muchas regiones como Escocia, Bosnia, Japón, África del Norte, introdujo la jerarquía católica; en otras introdujo reformas, la organizó de nuevo o le dió más extensión. En conjunto creó 248 nuevas diócesis y unos 50 Vicariatos y Prefecturas apostólicas. Con esto mismo se indica suficientemente el gran interés que tuvo León XIII por las misiones, las cuales adquirieron entonces gran empuje.

Finalmente, dedicó especial atención a la *defensa de la fe* contra los peligros modernos. Gran parte de sus encíclicas no tienen otro objeto. A esto se refiere, sobre todo, su actividad social frente al peligro del socialismo y comunismo. Pero, además, reconoció el peligro especial del racionalismo moderno, sobre todo para la interpretación de la Sagrada Escritura. Para obviarlo, publicó la *importante* encíclica «*Providentissimus Deus*» de 1893, en la cual establecía los principios católicos, y en 1902 organizó una comisión bíblica, encargada de vigilar la recta interpretación de la Biblia.

Por toda esta enorme actividad, y por el ascendiente extraordinario que llegó a alcanzar, León XIII tuvo la satisfacción de experimentar en diferentes ocasiones el enorme entusiasmo de toda la cristiandad y aun del mundo entero en torno de su persona. Tales ocasiones fueron su jubileo sacerdotal de 1888, y sobre todo el jubileo general de 1900. Murió en julio de 1903.

⁹⁾ LECANUET, *La vie de l'Eglise de France sous Léon XIII*. P. 1930.

¹⁰⁾ SCHILLING, *Staats- und Soziallehre Leos XIII*. 1926. TARDINI, *La dottrina sociale cattolica nei documenti di Leone XIII*. R. 1928. BONTI, *Il pensiero sociale di Leone XIII*. Bergamo 1932.

CAPÍTULO IV

Ascendiente del Pontificado en el siglo XX

653. Siguiendo la dirección marcada por los Papas del siglo XIX, los del siglo XX han trabajado hasta nuestros días, no sólo por mantener el prestigio alcanzado, sino por aumentar el ascendiente de la Iglesia Católica, espiritualizarla más y más e imprimirle un ritmo de actividad cada vez más intenso. Los resultados han sido verdaderamente extraordinarios. Si es cierto que ha aumentado la des cristianización, el ansia de placeres, la desmoralización del mundo, no lo es menos que se estiman también más que nunca los valores espirituales de la Iglesia Católica y que la autoridad moral del Papa está muy por encima de toda autoridad puramente humana. Según esto, la Iglesia desarrolla una actividad mayor en las ciencias e investigación científica, en la obra apostólica de las misiones, en el arte y la liturgia y en la profundización de la vida cristiana.

I. Pío X y su actividad eclesiástica (1903-1914) ¹⁾

El Pontificado de Pío X marca un cambio radical en la política de León XIII, a quien sucedió en 1903, pues mientras éste era el tipo de la elevación y diplomacia cristiana, Pío X se distinguió por su piedad y espíritu religioso. Sin embargo, estas cualidades le dieron tal ascendiente, que se puede afirmar que en su Pontificado el prestigio moral se afianzó y aun creció.

a) Reformas eclesiásticas ²⁾. Ya en la bula de entronización manifestó claramente su ideal de *instaurare omnia in*

¹⁾ *Acta Pii X*, 5 vol. R. 1905-1914. HARVEY, G. L. H., *The Church and the XXth century*. L. 1936. PREMOLI, *Storia ecclesiastica contemporanea (1900-1925)*. Torino 1925. *Biografías*: BAZIN, R., P. 1928. TOROSEN, W. y L., L. 1930. CIGALA, A. DE, *Vie intime de S. S. Pie X*. P. 1926. SEGÜLLER, FRID., *Pius X*. Einsiedeln 1926. VERCESI, ERN., *Il pontificato di Pio X*. Milán 1935. MELCHIORI, G., *Pio X*. Milán 1935. CARLI, F., *Pio X y su tiempo*. B. 1943. HERMELINK, H., *Die katholische Kirche unter den Pius-Päpsten des XX Jh.* Zurich 1949.

²⁾ HILLING, N., *Die Reformen Pius X auf dem Gebiet der kirchenrechtl. Gesetzgebung*. 3 partes. 1909-1915. AVENTINO, *Le gouvernement de Pie X*. P. 1912. RUK, E., *Die Organisation der römischen Kurie*. 1913. ROCAFORT, J., *Les résistances à la politique religieuse de Pie X*. P. 1920.

Christo. En realidad, a esto enderezó desde un principio todos sus esfuerzos, por lo cual se le puede muy bien llamar «el Papa reformador». Como base de la renovación de la sociedad cristiana, quiso que se reformara la vida interior de la Iglesia, su constitución, su administración, su organización. Por esto quiso comenzar el ejercicio de su cargo con una visita de Roma; pero ya que esto no lo pudo hacer, ordenó la visita de todas las diócesis de Italia y urgió la disciplina eclesiástica en todo el mundo. Para la mejor formación del clero organizó de nuevo los Seminarios, suprimiendo muchos en Italia y dando nuevos estatutos de estudios.

Las medidas de reforma tomadas por Pío X son innumerables. Así, por no citar más que algunas: la reforma de la *música eclesiástica*, ordenada ya en 1903 con su célebre *Motu proprio* «Inter sollicitudines»; la reorganización de la elección pontificia; la reforma del Breviario Romano por la bula «Divino afflatu» de 1910, y la de la Curia Romana con tendencia a la disminución de las Congregaciones.

Pero la empresa más universal de este género es la simplificación y unificación de todo el Derecho eclesiástico, con el objeto de elaborar el «Codex Iuris Canonici». Ya en 1904 anunció Pío X este plan, para cuya realización nombró una comisión de Cardenales, canonistas y teólogos, que inició sus trabajos con gran intensidad. Muchas de las reformas parciales de su Pontificado no fueron más que avances de lo que debería contener el nuevo Código general de la Iglesia. Para 1915 se creyó podría estar ya preparada esta gran obra; pero la muerte del Papa, al principio de la Gran Guerra y la complicación de algunos asuntos, retrasaron su publicación definitiva hasta 1917.

654. b) Otras actividades eclesiásticas de Pío X. En el régimen interno de la Iglesia desarrolló Pío X una actividad sumamente beneficiosa. En primer lugar procuró defender a la Iglesia de los peligros de la heterodoxia, en particular de uno que bautizó con el nombre de *modernismo* ³⁾, que es la tendencia a negar la revelación como medio de transmisión de las verdades cristianas. Contra esta tendencia, en la que se resumen todos los errores del racionalismo, positivismo, relativismo, publicó Pío X diversos documentos, particularmente la encíclica «Pascendi» y el decreto «Lamentabili». Más aún; impuso un juramento especial contra estos errores al profesorado, a los eclesiásticos y a los predicadores.

Por las mismas razones dedicó especial atención al estudio de la Biblia ⁴⁾ y en general al estudio científico, sobre todo por parte de los eclesiásticos. En su escrito «Quoniam in re Biblica» de marzo de 1909, después de ponderar la importancia del estudio de la Biblia, principalmente en los tiempos modernos, propone las normas básicas

³⁾ CIAMPI, A., *Il nuovo sillabo di Pio Papa X contro gli errori moderni*. Lecce 1911.

⁴⁾ PETERS, N., *Papst Pius X und das Bibelstudium* 1906.

que deben seguirse en él para no caer en los peligros modernos. Con la fundación del Instituto Bíblico de Roma procuró fomentar positivamente este estudio. Los benedictinos recibieron la orden de trabajar en la preparación de una edición crítica de la Vulgata. A esto siguieron otras muchas disposiciones del mismo carácter.

Entre las actividades de Pío X no hay duda que una de las más simpáticas es su esfuerzo por fomentar la Sagrada *Comunión*, particularmente la comunión diaria, la comunión de los enfermos y de los niños. Son conocidas las disposiciones dadas en este particular. Por esto mismo fomentó Pío X la celebración de los grandes *Congresos Eucarísticos*, que fueron tomando un carácter de grandes concentraciones de las fuerzas católicas.

655. c) Sus relaciones con los diversos Estados. En oposición a León XIII, no estaba Pío X habituado a las cuestiones diplomáticas; pero, asistido de su Secretario de Estado, el Cardenal Merry del Val, hijo de un experto diplomático español, supo mantener dignamente el prestigio de la Iglesia. Todo su interés en este punto iba encaminado a contener el desvío creciente en los diversos Estados, procurando, por otra parte, mantener con firmeza los principios de la moral cristiana.

En *Francia* tuvo que ver cómo uno a uno, casi todos los derechos de la Iglesia eran objeto de la más violenta furia del radicalismo moderno. Sin embargo, con sus frecuentes intervenciones, fué encauzando la resistencia y actuación de los católicos franceses. En *Italia*, modificando la actitud de León XIII, favoreció la cooperación pública de los católicos en la vida política. En *Alemania* fomentó el crecimiento del catolicismo, que fué consolidándose cada vez más. Asimismo intervino activamente en Inglaterra, España, Portugal y otras naciones, procurando promover en todas partes los intereses de la Iglesia.

II. Benedicto XV y la guerra europea ⁵⁾

656. Digno sucesor de los Papas que le precedieron, supo defender los intereses de la Iglesia y mantener el prestigio del Pontificado a través de las difíciles circunstancias que la Providencia le deparó. En este tiempo se produjeron acontecimientos de gran trascendencia para los Estados y para la Iglesia.

a) Benedicto XV y la guerra europea ⁶⁾. Benedicto XV, elegido en 1914 a la muerte de Pío X, poseía gran habilidad y

⁵⁾ *Actes de Benoît XV.* 3 vol. P. 1924-1926. *Biografías de Benedicto XV:* VISTALLI, FR., R. 1928. MIGLIORI, G., Milán 1932. GOYAU, G., *Papauté et chrétienté sous Benoît XV.* P. 1922. LAMA, F. VON, *Papst und Kurie in ihrer Politik nach dem Krieg.* 1926. SEMERIA, G., *I miei quattro papi.* vol. II: *Benedetto XV.* Milán 1932. Los documentos pontificios pueden verse en el tomo correspondiente de AAS. RENONVIN, P., *La crise européenne et la première guerre mondiale.* 3 ed. En *Peupl. et Civil.*, 19. P. 1948.

⁶⁾ DUDON, P., *Le Pape et la Guerre.* P. 1915. ARNAULD D'AGNEL, G., *Benoît XV et le conflit européen.* 2 vol. P. 1916. MAURRAS, CH., *Le Pape, la Guerre et la Paix.* P. 1917. QUIRICO, J., *Das Wirken Papst Benedikts XV im Weltkrieg.* 1919. JOHNSON, H., *Vatican diplomacy in the world war.* L. 1933.

experiencia diplomática del tipo de León XIII, lo cual fué providencial en los tiempos en que se inició su Pontificado. Asistido por su Secretario de Estado, Cardenal *Gasparri*, tuvo que hacer frente a las complicaciones de la guerra europea, que acababa de estallar y se prolongó hasta 1918. Por esto tomó como blanco principal de su actuación, la paz y reconciliación de los beligerantes.

Para ello, desde el principio, dirigió al episcopado, a los fieles y a los gobernantes diversas exhortaciones de paz, y no obstante la presión ejercida, sobre todo por parte de los franceses, mantuvo constantemente la más estricta neutralidad. Ante la persistencia y las horribles consecuencias de la guerra, y viendo que sus repetidas exhortaciones no producían el efecto deseado, trabajó eficazmente por aliviar los sufrimientos de los presos, de los hambrientos y de todos los que sufrían a causa de la guerra. Fué notable, en particular, la propuesta de mediación presentada por Benedicto XV en el verano de 1917, que comenzó con buenos auspicios, y fué recibida con gran entusiasmo por muchos; pero al fin las buenas esperanzas se desvanecieron y continuó la guerra con todos sus horrores.

De todos modos, la actividad del Papa en estas circunstancias fué extraordinaria, de modo que, aunque no tuvo el éxito apetecido, sin embargo constituye una de las glorias del Pontificado de nuestros días. Por otra parte, todos están conformes en admitir que, gracias a su mediación, se realizaron notables canjes de prisioneros y grandes obras de caridad para con los oprimidos por la guerra. Cuando finalmente se puso término a la gran contienda en 1918, el Papa siguió trabajando por remediar las múltiples necesidades que de ella se derivaron. El ascendiente moral que adquirió con todo esto el Pontificado se manifestó en el hecho de que tanto Inglaterra como Holanda establecieron relaciones oficiales con la Santa Sede.

Por otra parte, pareció complicarse la *cuestión de Italia*, cuando ésta entró en guerra contra Alemania, pues inmediatamente salieron de Roma las representaciones diplomáticas ante la Santa Sede, de Austria, Baviera, etc., y se pusieron dificultades a la comunicación del Papa con estas naciones. La diplomacia y prudencia de Benedicto XV y de su Secretario de Estado evitaron ulteriores complicaciones. Más aún; ante la necesidad de los tiempos, la Curia romana favoreció la formación del «Partito popolare italiano», que comenzó a trabajar en 1919 en el Parlamento, mientras por otra parte facilitó la visita de los príncipes católicos al Romano Pontífice.

657. b) Régimen interior de la Iglesia. En el régimen interior de la Iglesia, continuó Benedicto XV la misma actividad de Pío X. Algunas disposiciones no fueron otra cosa que complemento de la obra iniciada por este Papa. Así, por ejemplo, la creación de una Congregación para Seminarios y Universidades y otras medidas de reforma de la Curia. Pero el acontecimiento

más notable de este género fué la publicación definitiva del *Codex Iuris Canonici*, que se efectuó por Pentecostés de 1917. Benedicto XV tiene la gloria de haber puesto cima a un trabajo de gran utilidad para la Iglesia de nuestros días.

Benedicto XV dedicó una atención especial a los *estudios*, fomentando la fundación de Universidades católicas, como la de Milán, las Facultades teológicas en diversas regiones y el incremento de los estudios bíblicos. Es digno de especial mención, igualmente, su entusiasmo por las *misiones*. Por medio de su encíclica «Maximum illud» de noviembre de 1919 dió normas acertadas para el trabajo de los misioneros. Por otra parte, el trabajo de reconstrucción de las misiones medio destrazadas por efecto de la Gran Guerra, requería gran energía y perseverancia.

Con la misma elevación supo mantener Benedicto XV el espíritu cristiano de la sociedad moderna, contribuyendo con ello a levantar el nivel moral del catolicismo. Cuando se hallaba en su mayor actividad, murió inesperadamente en enero de 1922.

III. Pío XI. Prestigio moral del Pontificado ⁷⁾

658. Pío XI recogió el fruto de los Pontífices que le precedieron, y añadiendo a esto una actividad y habilidad extraordinarias, elevó el Pontificado a una altura moral que no había tenido desde hacía varios siglos. En su tiempo todas las actividades de la Iglesia tomaron proporciones que le conquistaron el respeto aun de los mismos heterodoxos.

a) Pío XI. Paz Christi in regno Christi. Pío XI fué elegido en febrero de 1922. Se había distinguido principalmente hasta entonces como prefecto, primero de la biblioteca Ambrosiana de Milán, y luego de la Vaticana. Más tarde fué Visitador Apostólico de Polonia, y en 1921 fué nombrado arzobispo y Cardenal de Milán. Su actividad al frente de la Iglesia se distinguió por una firmeza y profundidad extraordinarias. Fué indudablemente el hombre providencial en medio de la agitación moderna, que tuvo la energía suficiente para aplicar el remedio necesario y eficaz, aunque molesto y duro, y no menos la diplomacia indispensable para conseguir por medios suaves, efectos trascendentales.

⁷⁾ *Actes de Pie XI*, I. P. 1928. BIERBAUM, M., Papst Pius XI. 1922. EHRHARD, A., Papst Pius XI. 1929. FREDIANI, GIUS., Pio XI. R. 1929. WILLIAMSON, B., The Story of Pape Pius XI. Nueva York 1931. PAZZALI, P., S. S. Pio XI. Vicenza 1929. GWYN, D., Pius XI. L. 1923. BRIERE, Y. DE LA, L'organisation internationale du monde contemporain et la Papauté souveraine, 3 vol. P. 1929-1931. SALVATORELLI, L., Pio XI e la sua eredità pontificale. Turin 1939. Para el texto de los documentos pontificios, véase AAS en los volúmenes correspondientes. Se hallará un buen resumen de la actividad de Pío XI en Anuario Social de España, p. 36 s. M. 1941.

El programa de su actuación lo expresó en la encíclica «Ubi arcano», de 25 diciembre 1922, con las palabras «Pax Christi in regno Christi», y en realidad éste fué el ideal de toda su actividad: la unificación de todo el género humano, la paz de todos en la fe de Cristo. Para ello aprovechó el gran jubileo de 1925, uno de los más concurridos de toda la Historia, para proclamar la *fiesta en honor de Cristo Rey*, como lo anunció en la encíclica «Quas primas», de 11 de diciembre de 1925. Por otra parte, con el fin de intensificar la vida cristiana, organizó la *Acción Católica* ⁸⁾, que tiene por objeto la colaboración del elemento laico en la obra de la cristianización de la Sociedad. Esta obra fué constantemente una de las preferidas de Pío XI, quien procuró fomentarla por todos los medios posibles.

Al mismo fin de la cristianización de la Sociedad se dirigieron sus esfuerzos para la santificación del matrimonio, para lo cual publicó, sobre todo, la célebre encíclica «Casti connubii» de 1930, en la que se tratan los problemas de más actualidad en tan delicado asunto. Complemento de esta bula son los esfuerzos de Pío XI por la buena educación de la juventud cristiana, y sobre todo por la solución de las *cuestiones sociales*. En este respecto continuó la obra de León XIII, publicando en 1931 la encíclica «Quadragesimo anno», al cumplirse el cuarenta aniversario de la bula «Rerum novarum». En realidad, la bula de Pío XI es el mejor complemento de la de León XIII en una materia de tanta actualidad. Con el mismo objeto dió a luz otros documentos importantes. En ellos presenta el Papa con toda claridad el punto de vista de la Iglesia frente al socialismo y a otras teorías modernas. Muy notable en este respecto es la encíclica «Divini Redemptoris» de marzo de 1937, en que rebate con toda decisión el comunismo.

659. b) Otras actividades de Pío XI. En sus relaciones con los demás Estados, Pío XI desarrolló una actividad verdaderamente eficaz, con lo cual pudo efectuar una serie de concordatos importantísimos y aumentar las representaciones diplomáticas del Vaticano de 28 a 37. En esta actividad diplomática fué secundado por su eminente Secretario de Estado, Cardenal *Gasparri*, a quien sucedió en 1930 el no menos eminente Cardenal *Pacelli*, actual Pontífice reinante.

Particularmente dolorosa para Pío XI fué su intervención en Francia frente a l'*Action française* ⁹⁾, y en *Alemania*, sobre todo desde el advenimiento del nacionalsocialismo. Al fin tuvo que condenarlo con la encíclica «Mit brennender Sorge». En *Inglaterra*, *Bélgica*, *Holanda*, *Portugal* y otras naciones europeas siguió de cerca y alentó el movimiento católico. Más solicitud, si cabe, empleó todavía en sus relaciones con los Estados Unidos y Canadá, cuyo catolicismo creció extraordinariamente. Asimismo con las demás repúblicas americanas. *Méjico*, en cambio, le dió motivos de gran preocupación y angustia.

⁸⁾ SCHLUND, P. E., Die Kathol. Aktion. Materialien und Akten. 1928. COVAGNA, A. M., Pio XI e l'Azione cattolica. R. 1929. CIVARDI, L., Manual de Acción Católica. 2 vol. Trad. castell. B. 1940. SÁNCHEZ DE LAS MATAS, J., La Acción Católica y sus ramas. M. 1941. HERVÁS BENET, I., Jerarquía y Acción Católica. Valencia 1941.

⁹⁾ FONTAINE, Saint-Siège. Action Française et Catholiques integraux. P. 1928.

En los últimos años de su Pontificado fué particularmente *España* el objeto de sus solicitudes paternales.

Por lo que a *Rusia*¹⁰⁾ se refiere, continuó la lucha más encarnizada contra la Iglesia, que el comunismo ha tratado de llevar a todas partes, como a Méjico y a España. Pío XI lo reconoció claramente en su encíclica «*Divini Redemptoris*» el año 1937, como el mayor peligro de nuestros tiempos.

Pero el acontecimiento más importante en el terreno diplomático durante el Pontificado de Pío XI es la *solución definitiva de la cuestión romana* por medio del *Tratado de Letrán* de 6 de febrero de 1929. Este hecho tan trascendental fué posible gracias a la decisión del Papa y la clarividencia política de Mussolini, los cuales quisieron terminar a todo trance una situación tan anormal. Al Papa se le reconoce la soberanía en un pequeño Estado, denominado *Vaticano*. Junto con este convenio político se estipuló también un *Concordato*, que regula las relaciones entre el Estado italiano y la Santa Sede¹¹⁾.

Como *científico e investigador*, Pío XI dedicó desde un principio especial protección a los estudios, facilitó el uso de la Biblioteca y Archivo Vaticano, organizó nuevos colegios y centros de investigación, como el Instituto de Arqueología Cristiana y el Instituto Oriental, dió nuevo impulso a la Universidad Gregoriana y a las Universidades católicas de diversas partes, publicó en 1931 una nueva constitución de estudios con nuevos planes y nueva organización de los estudios filosóficos y teológicos.

No menos importante es el *empuje dado a las misiones*¹²⁾ entre infieles y todo lo que con ellas se relaciona. A esto se refiere el interés que tomó Pío XI por la *unión de las Iglesias orientales*, para lo cual ya desde 1923 fué dando pasos de importancia; mas por otra parte rechazó en la encíclica «*Mortalium animos*», de enero de 1928, las tendencias unionistas, muy en boga en los últimos años, que no tienen como centro la Ciudad Eterna y el Pontificado.

Apenas queda rama alguna, en que pueda ejercitarse la actividad de un Pontífice, que no haya sido particularmente fomentada por Pío XI, quien ni siquiera olvidó a la Iglesia triunfante, pues ha sido uno de los Papas que más santos y beatos ha elevado a los altares.

¹⁰⁾ Sobre la Iglesia Católica en Rusia: PIERLING, P., *La Russie et le Saint-Siège*, 5 vol. P. 1896-1912. BECK, E., *Die russische Kirche*. 2.ª ed. 1926. D'HERBIGNY, M., *Evêques russes en exil*. P. 1931. Art. *Russland*, en *Lex. Theol. K.*

¹¹⁾ RESTREPO, J. M., *Concordata regnante S. D. Pio XI inita*. R. 1934. GIANINI, A., *I concordati postbellici*. Milán 1929. Texto del Tratado de Letrán: AAS. 21 (1929), 290 s. LETURIA, P., *Del Patrimonio de San Pedro al Tratado de Letrán*. M. 1929. OLGIAI, F., *La questione romana e la sua soluzione*. Milán 1929. BRIÈRE Y. DE LA, *Les Accords du Léran*. P. 1930. MOLLAT, G., *La question romaine de Pie VI à Pie XI*. P. 1933. CAIROLI, L. P., *Il Concordato fra la S. Sede e l'Italia*. Monza 1932.

¹²⁾ OLICHON, M., *Pie XI et les Missions*. P. 1928. FRAGELLA, Pío XI Papa missionario. Milán 1930.

CAPÍTULO V

El Catolicismo en los diferentes Estados europeos

660. Para tener una visión de conjunto del desarrollo de la Iglesia Católica y de la actuación de los Papas en el último siglo, es necesario recorrer, ante todo, los principales territorios de Europa.

I. La Iglesia Católica en Francia¹⁾

La historia religiosa de Francia, desde la revolución de 1848, está llena de acontecimientos importantes, que han dado una nueva dirección al catolicismo de este país. Podemos decir que la tendencia general fué constantemente el empeoramiento de la situación de la Iglesia y de los católicos. Al punto culminante se llegó a principios del siglo XX, y actualmente se nota el efecto de las últimas generaciones de olvido de la Iglesia y de las escuelas laicas, en una verdadera paganización de las masas. Sin embargo, se advierte igualmente la obra intensa de una selección de católicos que trabajan por la regeneración de la sociedad francesa en todos los campos de la vida cultural y religiosa.

a) Napoleón III y principio de la III República (1848-1901). El primer efecto de la revolución de 1848 fué una anarquía general, que costó la vida al arzobispo de París, *Dionisio Affre*, víctima de su celo. Al fin se impuso el general Cavaignac, y Luis Napoleón logró ser nombrado Presidente, y más tarde, por el golpe de Estado de diciem-

¹⁾ HANOTAUX, G., *Histoire de la France contemporaine (1871-1900)*. 4 vol. P. 1903-1908. DESPAGNET, *La République et le Vatican (1870-1906)*. P. 1906. LECANUET, E., *L'Église de France sous la troisième Rép.* 4 vol. P. 1907-1931. BOURGEOIS, E., *Rome et Napoléon III (1849-1870)*. P. 1907. GOYAU, G., *Autour du catholicisme social*. 5 vol. P. 1907-1912. HOSOTTE, L., *Histoire de la troisième Rép.* (1870-1910). 3 vol. P. 1910-1912. CALIPPE, CH., *Attitude sociale des Catholiques français au XIX^e siècle*. P. 1911. GOLDSCHMITT, FR., *Der Kulturkampf in Frankreich (1880-1914)*. 2.ª ed. 1918. BLATZ, H., *Geistige Kämpfe im modernen Frankreich*. 1922. COLLINS, R. W., *Catholicism and the Second French Republic (1848-1852)*. Nueva York 1923. PLOU, J., *Le ralliement, son histoire*. P. 1928. MAURAIN, J., *La politique ecclésiastique du second Empire (1852-1869)*. P. 1930. ID., *Le Saint-Siège et la France (1852-1853)*. Documents inédits. 1930. CAPÉ-ÉLAN, L., *L'invasion laïque, de l'avènement de Combes au vote de la séparation*. P. 1935. SAGOT, DU VAUROUX, MGR., *L'Église de France et la politique au temps présent*. P. 1936. PHILLIPS, C. S., *The Church in France, 1848-1907*. L. 1936. CAPÉ-ÉLAN, L., *L'invasion laïque, de l'avènement de Combes au vote de séparation*. P. 1941. AUBRY, O., *El segundo imperio*. Trad. por F. Valsierra. B. 1943.

bre de 1852, Emperador con el nombre de *Napoleón III*, Éste procuró desde un principio ganarse el apoyo de los católicos, por lo cual ya en 1848 intervino en favor del Romano Pontífice, en 1850 decretó la libertad de enseñanza, con otras disposiciones semejantes. Sus decretos sobre la unidad de la fe y rito, Seminarios y administración de sacramentos, contribuyeron eficazmente a consolidar la situación de la Iglesia católica en Francia. En el mismo sentido siguió Napoleón III, una vez declarado Emperador, por lo cual se inició en Francia una floración de instituciones católicas de todas clases. Héroes de este resurgimiento fueron: el arzobispo de Reims, Cardenal Gousset y el arzobispo de Burdeos, Cardenal *Donnet*, *Luis Veuillot* y otros muchos.

Sin embargo, bien pronto se vió el verdadero carácter de Napoleón III. Cuando creyó que no necesitaba el apoyo católico, cambió por completo de conducta. Después de la guerra contra Austria de 1859, inició una serie de medidas vejatorias para la Iglesia, en todas las cuales aparecía el plan de privarla de su ascendiente público. Para ello comenzó a acariciar la idea de reducir al Papa a un mínimo poder temporal, y así él fué quien más apoyó desde un principio todas las empresas de Víctor Manuel, encaminadas a apoderarse lentamente de los Estados pontificios, si bien, en atención al ambiente popular, aparecía públicamente como protector del Papa y mantenía tropas para su defensa. Por otra parte, comenzó la opresión de las Órdenes religiosas y las instituciones católicas, y en 1864 se pudo atacar violentamente el *Syllabus* que acababa de publicar el Romano Pontífice. En este estado de violencia contra el catolicismo seguían las cosas, cuando Napoleón III emprendió en 1870 la desgraciada guerra contra Prusia; pero derrotado en Sedán (2 de septiembre), perdió la corona, y en 1873 murió en Inglaterra.

La nueva etapa de la historia religiosa de Francia comenzó con un corto período de la anarquía más desenfrenada. Entre marzo y mayo de 1871 reinó en París el comunismo revolucionario, que proporcionó el martirio al arzobispo de París, *Darboy*, a los jesuitas PP. Ollivain, Ducondray, Clerc y de Deugy, y cerca de sesenta entre sacerdotes y laicos. Restablecido el orden por el mariscal *Mac Mahon* como Presidente (1873-1879), siguió un período de tranquilidad religiosa, en que el catolicismo volvió a florecer rápidamente.

Sin embargo, se advertía fácilmente que los elementos anticatólicos, dominados y dirigidos por la masonería, continuaban minando el terreno. Uno de sus corifeos, *Ernesto Renán*, hacía una campaña insidiosa de descrédito del catolicismo, con su novelesca «Vida de Jesús». En consecuencia, desde 1876 los elementos radicales fueron ganando una superioridad cada día más evidente. El primero que lanzó abiertamente el desafío a los católicos fué *León Gambetta*, quien llegó a exclamar en el Parlamento: «El clericalismo, he ahí el enemigo». Con este ambiente se inició aquella serie de leyes y medidas antieclesiásticas, primero bajo la dirección de *Ferry* y *Bert*, más tarde de *Combes* y *Briand*, que iban atenazando más y más e imposibilitando todo movimiento a la Iglesia. En 1880 fueron clausurados unos 70 establecimientos de enseñanza de los jesuitas y otras 261 casas religiosas; en 1882 se introdujo el divorcio; en otras leyes sucesivas se procuró laicizar los cementerios, la administración de la justicia y toda la vida de la nación.

Frente a la campaña anticlerical de todos los enemigos de la religión, los católicos fervientes no supieron mantener la unión que tanto les inculcaba León XIII, lo cual facilitó en gran parte la labor demoleadora de los adversarios. No obstante las instancias del Romano Pontífice, muchos elementos de la antigua nobleza y del clero no se avi-

nieron a reconocer el régimen republicano (el célebre «ralliement») con el fin de inocularle la vida católica. Esto sirvió de pretexto al radicalismo gubernamental para perseguirlos a ellos y a la Iglesia como supuestos enemigos del régimen.

661. b) Nuevas leyes contra la Iglesia. No obstante la opresión de que era objeto, la Iglesia católica gozaba todavía de gran ascendiente. Desde 1901 se abre una nueva era de persecución más intencionada y violenta. El primer paso fué una campaña furibunda contra las *Congregaciones religiosas*, sobre todo las que se dedicaban a la enseñanza. Una ley de 1901 prohibió la enseñanza a las Congregaciones no reconocidas oficialmente. En consecuencia, buen número de institutos religiosos presentaron solicitudes de reconocimiento; pero el ministerio *Combes* lo negó a todas sistemáticamente. Luego pasó adelante y prohibió la enseñanza a todas las Congregaciones en general, por lo cual entre 1903 y 1904 tuvieron que cerrarse más de diez mil centros de enseñanza católica. En estas circunstancias ocurrieron dos choques ruidosos con la Santa Sede. El primero fué el conflicto con León XIII sobre el nombramiento de algunos obispos, pues Combes exigía que los nombres propuestos por él fueran aceptados. Como León XIII no aceptara estas exigencias, desde 1903 quedaban buen número de sedes vacantes. El segundo conflicto fué la visita del presidente Loubet al rey de Italia en abril de 1904, y la consiguiente protesta de Pío X. Entonces el gobierno francés rompió las relaciones con la Santa Sede y dió curso rápidamente al decreto de separación entre la Iglesia y el Estado.

La lucha fué violenta, pues la ley significaba el mayor desprestigio y humillación de la Iglesia católica. Por esto hubo protestas enérgicas del Papa, del episcopado francés y de las grandes masas del pueblo católico; pero esto no obstante, la ley fué aceptada definitivamente en octubre de 1905. Esta ley traía consigo la más absoluta libertad de cultos y prohibía toda protección del catolicismo por parte del Estado. Por parte de la misma ley, se ordenaba la formación de las llamadas «asociaciones para el culto», de carácter enteramente laico, que debían administrar los bienes de las iglesias bajo la inspección del Estado. La Iglesia, pues, quedaba reducida a una simple asociación privada, que debía someterse a la vigilancia de un Estado laico.

Contra esta ley, que significaba el despojo de la Iglesia de sus derechos seculares, protestó el Papa por su encíclica «Vehementer nos» de febrero de 1906; más aún; por una nueva disposición de agosto del mismo año prohibió a los católicos la formación de las «asociaciones para el culto», en la forma prescrita por el Gobierno, contraria a las leyes de la Iglesia. La respuesta del gobierno francés fué la secularización de todos los bienes eclesiásticos: palacios episcopales, seminarios, escuelas, casas parroquiales. Su valor subió a 410 millones.

662. c) Consecuencias y últimos acontecimientos. Las consecuencias de todo esto para la Iglesia francesa han sido trascendentales. En la conferencia de los obispos de 1907, se dieron en seguida las disposiciones para la organización de una contribución para el culto, creación de los Seminarios, fundación de una caja para atender a las diócesis pobres y a otras muchas necesidades. Pero en realidad, la pobreza de la Iglesia se hizo sentir de una manera preocupadora, y una de las derivaciones ha sido la falta cada vez mayor de vocaciones en los seminarios, y por consiguiente de sacerdotes en las parroquias. Es cierto que esta situación ha traído consigo algún buen resultado, pues por una parte el Romano Pontífice ha tenido más libertad en el nombra-

miento del episcopado, y por otra los elementos eclesiásticos han sido más escogidos; muchas Congregaciones religiosas iniciaron de nuevo su actividad y se intensificaron muchas empresas científicas católicas. Pero, a la larga, no hay duda que esta situación ha causado un daño inmenso a la Iglesia, y lo peor es, que el pueblo va siendo sistemáticamente descristianizado, a lo cual contribuye la falta de prestigio público en que se desarrolla la actividad eclesiástica.

La situación no cambió durante los Pontificados de Pío X y Benedicto XV, no obstante el interés manifiesto de estos Papas por las cosas de Francia, y el auge creciente del fervor mundial en torno al gran Santuario de Lourdes. Algo mejoraron las relaciones de la Iglesia con Francia en el Pontificado de Pío XI, el cual procuró aprovechar todas las ocasiones que se le ofrecieron para dar a la Francia católica muestras de su benevolencia. Sin embargo, tuvo que proceder con energía en 1926 contra el grupo de la «Action française» dirigido por Carlos Maurras, al que se juntaban buen número de sacerdotes y religiosos. Esto dió ocasión a enconadas polémicas; pero poco a poco, se fueron todos sometiendo a la voz del Romano Pontífice. Por otra parte, en 1929 se consiguió notable alivio a algunas Órdenes y Congregaciones religiosas, a las cuales les fueron concedidos todos sus derechos y devueltas sus posesiones.

II. El catolicismo en Alemania ²⁾

663. Por lo que se refiere a la vida católica en Alemania durante el último siglo, podemos decir en general que, no obstante las grandes batallas que el catolicismo tuvo que arrostrar, se fué fortaleciendo cada vez más y ganando prestigio público hasta tomar parte directa con los hombres del «Centro» en la dirección del país. Sin embargo, al advenimiento del Nacionalsocialismo, toda su organización se vino abajo, y la Iglesia ha sido una de las víctimas de esta nueva herejía de nuestros días.

a) **Vida católica en Alemania.** La revolución de 1848 produjo en Alemania una gran fermentación de ideas; la asamblea nacional de Franckfurt proclamó la más absoluta libertad de cultos, pero en realidad la exclusión de ciertas Órdenes religiosas y la falta de garantía para la Iglesia católica, daban a entender más bien que se trataba exclusivamente de la libertad del protestantismo y sus sectas, aun a costa del catolicismo. Por esto el episcopado católico, en su reunión de Wurzburg del mismo año 1848 exhortó a los fieles y al clero a la fidelidad y perseverancia.

Sin embargo, fuera de algunos incidentes, como la prisión del animoso obispo de Friburgo, *Herman von Vicari*, los temores de opresión por parte del nuevo Estado, confederado en torno a Prusia, no se realizaron hasta más tarde, y entretanto se pudo desarrollar en Alemania una vida católica cada vez más próspera. Pero donde aparecía más claramente el resultado

²⁾ GOYAU, G., Bismarck et l'Église. Le Kulturkampf (1870-1887). 4 vol. P. 1911-1913. Id., L'Allemagne relig. Le Catholicisme. 4 vol. P. 1907. MEINERTZ, M., SACHER, H., Deutschland und der Katholizismus. 2 vol. 1918. KISSLING, J. B., Gesch. des Kulturkampfes im deutschen Reiche. 3 vol. 1911-1916. Id., Gesch. der deutschen Katholikentage. 2 vol. 1920-1923. HERMELINK, H., Katholizismus und Protestantismus in der Gegenwart. 3.ª ed. 1926. SIEGER in Fesseln. Das christliche Deutschland: 1933-1945. 1947.

práctico de este resurgir de la Alemania católica, era en las organizaciones diversas que fueron surgiendo en este tiempo y llegaron rápidamente a un desarrollo prodigioso. Tales son: la *asociación de empleados*, fundada en 1845 por Adolfo Kolping, que se dirigía a los oficiales de toda clase de oficios manuales y se extendió rápidamente en toda Alemania y aun fuera de ella; la *asociación de San Bonifacio*, que tenía por objeto el cultivo de la vida cultural católica con la fundación de escuelas, iglesias y centros católicos en los territorios protestantes; la *asociación de San Rafael*, que se ocupa de los emigrados; la *asociación de San Carlos Borromeo*, para la difusión de los buenos libros. A estas organizaciones hay que añadir la actividad de la Prensa y de otros centros culturales católicos, la fracción política del Centro, fundada en 1870 para la defensa de los intereses católicos, la *sociedad de Görres*, fundada en 1876 para fomentar los trabajos de investigación católica, y otras instituciones parecidas, que son muestra clara de la nueva vida del catolicismo alemán.

664. b) **El «Kulturkampf» de Prusia ³⁾.** En esta forma relativamente pacífica se desarrollaba la vida católica en todo el territorio alemán, particularmente en Prusia con el rey Guillermo I (1861-1888). Pero el nuevo presidente del Gobierno, *Otón von Bismarck*, que ya había dado pruebas de espíritu sectario en Baden y Nassau, al ser elevado en 1862 a la cabeza del gobierno de Prusia, abrió una nueva era de persecución, que ha designado la Historia con el apelativo de *Kulturkampf*. Las victorias de 1866 y 1870 contra Austria y contra Francia pusieron a Prusia a la cabeza del nuevo Imperio alemán. A esto se añadió la excitación producida por la declaración de la infalibilidad pontificia en el Concilio Vaticano. Todo esto dió ocasión a los elementos liberales, protestantes y viejos católicos para desencadenar una de las campañas más violentas de los tiempos modernos. A la cabeza de la misma se hallaba el canciller de hierro Bismarck, a quien asistía como instrumento incondicional el ministro de Culto, *Adalberto Falk* y en Baviera el ministro de Culto *von Lutz*. En toda esta contienda el partido católico del Centro recién fundado defendió valientemente los intereses católicos en el Parlamento, y particularmente su jefe y gran orador *Windthorst* ⁴⁾, que tuvo que habérselas contra las imperiosas réplicas de Bismarck.

Los primeros golpes fueron dirigidos contra las Órdenes religiosas. Ya en 1872 se dió para toda Alemania la ley de disolución de la Compañía de Jesús y de las demás Órdenes similares, esto es, los redentoristas, lazaristas y damas del Sagrado Corazón, desterrando al mismo tiempo a todos sus miembros extranjeros. Juntamente el ministro Falk excluía a todos los sacerdotes y religiosos del cargo de enseñanza en las escuelas del Estado.

A estas primeras disposiciones siguieron en 1873 las célebres *leyes de mayo*, que ponían a los católicos en una situación imposible de sostener. La primera exigía de los eclesiásticos tres años de estudio y un examen en un centro del Estado; la segunda disponía que el poder disciplinar sólo podía ser ejercido por autoridades alemanas y no existía más apelación que a los poderes del Estado; por la tercera se señalaban los límites del poder conreccional de la Iglesia, que consistía únicamente en castigos espirituales; la cuarta declaraba inmediatamente libres de toda carga a los que declaraban delante un juez su voluntad de salir de una confesión religiosa. Pío IX dirigió al mismo emperador Guillermo I un escrito autógrafo,

³⁾ LEFÈVRE DE BEHAINE, Léon XIII et Bismarck, P. 1899. *Biografías de Bismarck*: SCHÄFER, D., 2 vol. 5.ª ed. 1928. ROLOFF, G., 1929. SCHMITT, F. X., Bismarck Abkehr vom Kulturkampf. 1930. QUINTANAR, MARQUÉS DE, Bismarck, artífice de la tercera República francesa. M. 1936. LEHMANN, M., Bismarck. Eine Charakteristik. P. 1948.

⁴⁾ REUMONT, A., L. Windthorst. 2.ª ed. 1920.

en que le probaba que estas disposiciones destruían la esencia del catolicismo. Los obispos declararon unánimemente que no podían moral ni materialmente cumplir aquellas leyes.

Pero precisamente lo más inicuo de todo fué el modo cómo se urgió su cumplimiento. Efectivamente, el ministro Falk dió orden de imponer severas multas y cárcel rigurosa a los infractores. Así se disponía en nuevas leyes de 1874. El arzobispo de Colonia, Melchers, y el de Gnesen-Posen, Ledokowski, y los obispos de Paderborn, Breslau, Münster y Limburgo fueron depuestos de sus cargos por violación de estas leyes. Nuevas leyes de 1875 agudizaron más todavía la persecución. El cumplimiento de las obligaciones del Estado para los particulares se hacía depender de la aceptación por éstos de todas las leyes emanadas; todas las Órdenes y Congregaciones que no se dedicaban exclusivamente al cuidado de los enfermos, quedaron suspendidas en todo el reino. Complemento de todo esto fué la obligatoriedad del matrimonio civil y otras disposiciones parecidas, con que se respondió a la declaración hecha por Pío IX en 1875, de que todas estas leyes eran nulas en cuanto se oponían a los derechos divinos de la Iglesia. Por desgracia, este ejemplo de Prusia fué imitado por otros Estados germanos. Solamente en Württemberg reinaba completa tranquilidad, debida a los buenos sentimientos de su rey Carlos I, y no poco también a la actividad del obispo de Rottenburg, *Carlos José von Hefele*.

El efecto de toda esta campaña, llevada con una tenacidad y vehemencia dignas de mejor causa por Bismarck y Falk, fué verdaderamente terrible. Por no someterse a la voluntad de los gobernantes, fueron clausurados los Seminarios y convictorios; en 1878 sólo quedaban cuatro obispos en sus puestos respectivos; más de mil parroquias estaban cerradas; centenares de sacerdotes desterrados. Sin embargo, se puede afirmar que los clérigos y los laicos mostraron en conjunto una fidelidad a toda prueba. Las asociaciones católicas se robustecieron en este tiempo de persecución. El partido del *Centro*, con sus jefes Windthorst, Mallinckrodt y los hermanos Reichensperger, aumentó considerablemente.

665. Final de la contienda. Tiempos recientes. Todo esto dió a entender al Gobierno que debía adoptar otro sistema. En ello le confirmó el rápido crecimiento del socialismo, que parecía poner en peligro al Estado, como lo manifestaban los atentados contra el Emperador; finalmente, el cambio de dirección fué facilitado por la muerte de Pío IX y la elección del Papa diplomático por antonomasia, León XIII. Así lo vió claramente Bismarck, y ya en 1879 despidió a su colaborador Falk, y desde 1880 comenzó a tomar medidas con tendencia francamente conciliadora. De este modo se hizo posible el nombramiento de las Sedes vacantes de Colonia, Gnesen-Posen y otras muchas; se facilitó la vuelta de las Órdenes religiosas, con otras disposiciones parecidas. Las mismas leyes fatídicas de mayo de 1873 después del arbitraje de León XIII en la cuestión de las Carolinas, fueron abrogadas poco a poco. Algo parecido se hizo en los diversos territorios alemanes.

De hecho, pues, la Iglesia católica ganó más bien con la prueba, y el Estado tuvo que volver atrás de su política de persecución.

El reinado del emperador Guillermo II (1888-1918)⁶⁾, que, siguió a estos acontecimientos, se caracteriza por la paz y crecimiento del catoli-

⁶⁾ BUCHNER, M., *Kaiser Wilhelm II und die deutschen Katholiken*, 1929. GREINER, J., *Das Ende des Hitler-Mithos*. Zürich 1947. KEMPENEERS, J., *La resistance catholique en Allemagne, 1933-1945*. En *Rev. Gen. Belg.*, 1948, 47 s. LESTEN, G., *La première guerre mondiale*. P. 1949. BARROUX, R., *Histoire générale illustrée de la deuxième guerre mondiale*, 1936-1945. 2 vol. P. 1947.

cismo. Es cierto que no desaparecieron todos los motivos de queja de los católicos; particularmente en Prusia se manifestó algunas veces cierta intolerancia y falta de igualdad en el trato de las diversas confesiones. Pero en general hay que reconocer que el catolicismo pudo desarrollarse con bastante libertad, y de un modo particular florecieron espléndidamente las organizaciones católicas. En 1890 se levantó la ley de destierro de muchos sacerdotes; y en 1894 fueron admitidos de nuevo los redentoristas y otros religiosos desterrados; la ley contra los jesuitas no fué abrogada por completo hasta 1917.

En medio de esta consolidación y crecimiento del catolicismo, sólo el año 1910, con ocasión de la encíclica «*Editae saepe*» sobre San Carlos Borromeo, hubo un choque considerable entre Roma y Berlín, debido a ciertas frases duras que dedicaba Pío X a los herejes del siglo XVI. El Gobierno alemán elevó por ello una protesta oficial ante la Santa Sede, y el Papa le satisfizo en lo posible, ordenando que dicha encíclica no se publicara en Alemania.

A partir de 1918 la Iglesia católica experimentó en Alemania diversas oscilaciones. Superada la crisis que siguió a la guerra 1914-1918, se pudo llegar a los concordatos de Baviera en marzo de 1924, de Prusia en junio de 1929, y de Baden en octubre de 1932. Más aún; con el advenimiento del nuevo régimen nacionalsocialista se concluyó bien pronto el Concordato con todo el Reich, que parecía prometer un porvenir risueño al catolicismo alemán; pero bien pronto comenzaron a enturbiarse las relaciones entre la Iglesia y el Estado, que se fueron reflejando en diversas manifestaciones públicas de Pío XI, y particularmente en la encíclica «*Mit brennender Sorge*» de 1937.

III. El catolicismo en las otras naciones europeas

666. La imagen que hemos presentado del catolicismo en Francia y Alemania aparece también en casi todas las naciones de Europa. El espíritu liberal y ateo, propio de la época, luchó con tenacidad en todas partes contra los principios espirituales, representados por la Iglesia católica, la cual mantuvo dignamente y aun aumentó su prestigio, a pesar del ambiente de irreligión y materialismo que por todas partes la rodeaba.

a) La Iglesia en Austria. En el Imperio Austro-húngaro⁷⁾ se había conseguido ya, después del año 1820, deshacer de algún modo el bloque febronianorregalista, heredado de José II; pero no se terminó con las pretensiones de superioridad absoluta del Estado sobre la Iglesia hasta la revolución de 1848. Efectivamente, en 1849 se reconoció oficialmente la independencia de la Iglesia, y con una serie de leyes de 1850 se levantó el *Placet*, se permitió el libre comercio con Roma, se concedió libertad disciplinar a los obispos. En este sentido de armonía se llegó al Concordato de 1855, que aunque hacía algunas concesiones al Emperador, eliminaba definitivamente el josefinismo.

Sin embargo, después de la guerra desgraciada contra Prusia en 1866, comenzó a empeorar la situación para la Iglesia. Con nuevas leyes se atribuyó el Estado la jurisdicción sobre el matrimonio y las escuelas populares. Contra estas leyes protestaron el Papa y los obispos como infracción evidente del Concordato; pero en vez de dar satisfacción, el Gobierno llegó a meter en la cárcel al más valiente de los obispos, Rudigier, de Linz, como perturbador de la paz en una hermosa pastoral. Más aún; al ser declarada en 1870 la infalibilidad pontificia, el Gobierno declaró suspenso

⁷⁾ MAYER, F. M., *Gesch. Österreichs mit besonderer Rücksicht auf das Kulturleben*. 2 vol. 3.^a ed. 1909. REDLICH, J., *Kaiser Franz Joseph von Österreich*. 1928. FRIED, J., *Nationalsozialismus und kathol. Kirche in Österreich*. Viena 1947. KISSER, J., *Geistige Strömungen der Gegenwart im Lichte des Katholizismus*. Viena 1947.

el Concordato, y ya en plan de persecución, se dieron en 1874 las leyes de mayo, que aunque no tan inicuas como las de Prusia, imitaban su espíritu sectario e intransigente. Pero hay que reconocer que no se urgió su ejecución. Desde entonces, no obstante la posición poco amistosa de muchos gobiernos, y gracias en buena parte a la disposición del emperador Francisco José (1848-1916), la Iglesia se pudo desarrollar cómodamente y llegar a una relativa prosperidad, que conservó hasta la guerra europea.

A partir de 1918, Austria, mutilada hasta lo sumo, tuvo que luchar constantemente contra las mayores dificultades económicas y contra los esfuerzos del socialismo por dominar el país. Dignos de especial recuerdo son los esfuerzos del partido católico, primero, con Mons. Seipel desde 1922 hasta 1929, luego, con Dollfuss, ambos católicos decididos. Este último se distinguió por la energía de su actuación, en particular contra la propaganda alemana de los nacionalsocialistas y sobre todo contra su plan de anexionarse a Austria. En 1933 llegó a un Concordato. En 1934 reprimió con energía un movimiento anarcosocialista, mas poco después fué asesinado por los nacionalsocialistas. Por fin, en 1938, se realizó el amenazado *Anschluss* con Alemania, y desde entonces Austria quedó sometida a la política anticatólica hitleriana. Después de la guerra, sólo a duras penas se va levantando de su postración.

667. b) Suiza⁷⁾. Suiza ha sido campo predilecto de la masonería en su campaña contra el catolicismo. Ante la intensificación de esta campaña hacia el año 1845, que no se paró ante el asesinato del jefe católico *Len von Ebersol*, los cantones católicos formaron una alianza y se levantaron en armas en 1847: pero fueron derrotados, y en consecuencia se intensificó la persecución. La nueva Constitución de 1848 prohibía expresamente la Compañía de Jesús y las demás Órdenes «semejantes». En su revisión de 1874 se volvió a urgir la misma prohibición, y se proclamaba la más absoluta superioridad del Estado sobre la Iglesia. Por otra parte, se favorecía a todas las sectas disidentes, y desde 1870 de un modo particular a los viejos católicos.

A un verdadero *Kulturkampf* se llegó en algunos cantones de mayoría protestante. Así, en 1870 Ginebra suspendió de golpe todas las escuelas católicas y desterró a las Congregaciones religiosas dedicadas a la enseñanza, al mismo tiempo que se desposeía de su cargo y desterraba al Vicario general *Gaspar Mermillod*. En 1870 fué clausurado el Seminario, se prohibió a los católicos defender la infalibilidad pontificia; el obispo *Lachat* fué depuesto y desterrado. Berna inició en 1874 una verdadera opresión de los católicos, arrojando a los párrocos de la región del Jura. Esto no obstante, el catolicismo resistió victorioso, y desde 1880 entró en un período de relativa libertad que le permitió desarrollarse. El cantón de Friburgo fundó en 1889 una Universidad católica que ha adquirido gran prestigio. En 1911 se declaró en Basilea la separación de la Iglesia y del Estado, en forma que más bien favorecía a la Iglesia católica.

668. c) El catolicismo en Inglaterra⁸⁾. Sobre la base de la emancipación y las demás ventajas obtenidas, se desarrolló el catolicismo rápidamente en Inglaterra. El movimiento de Oxford, con los hombres eminentes que le proporcionó, ayudó eficazmente a esta regeneración. El más notable de todos, *Enrique Newman* († 1890), poco después de su conversión se hizo sacerdote oratoriano, y en 1879 fué elevado a la dignidad cardenalicia. Con el prestigio de su talento, con

sus incomparables y múltiples escritos, con su talento organizador y la profunda piedad de toda su actuación, hizo un bien incalculable a la Iglesia católica. En forma parecida trabajó igualmente el gran escritor, también converso, *Nicolás Wiseman* († 1865), arzobispo de Westminster y luego Cardenal Primado de Inglaterra.

Ante la nueva situación de la Iglesia católica en la Gran Bretaña, Pío IX restableció la jerarquía en 1850, y León XIII en 1878 en Escocia. La corriente de conversiones siguió atrayendo a hombres eminentes. Desarrolláronse igualmente las Órdenes y Congregaciones religiosas. Al lado de los hombres antes citados, contribuyó eficazmente a este resurgir católico el arzobispo de Westminster (Londres), Cardenal *Manning* († 1892), hombre de grandes cualidades como organizador y defensor de la clase obrera. Su sucesor el Cardenal *Vaughan* († 1908) continuó dignamente las mismas actividades. Igualmente el Cardenal *Bourne*. En 1911 fueron creadas otras dos metrópolis en Liverpool y Birmingham, y en 1916 una cuarta en Newport-Cardiff.

De este modo, la situación del catolicismo en Inglaterra ha cambiado por completo. Por lo que al número de católicos se refiere, de 150 000 que eran en tiempo de la emancipación, llegan ya en 1950 a cerca de tres millones. Este cambio se advierte en la vida pública. En la coronación de los últimos reyes se han suprimido las ceremonias injuriosas al catolicismo; desde 1914 existen relaciones diplomáticas con la Santa Sede; en 1935 se celebró con gran solemnidad la canonización de los dos mártires de la falsa reforma, *Juan Fisher* y *Tomás Moro*. En la actualidad existe un buen número de representantes católicos en el Parlamento, y aun algunos ministros del gobierno inglés son católicos.

En Irlanda obtuvieron los católicos nuevos privilegios, que les han permitido un desarrollo más próspero. En 1895 se fundó el gran Seminario central de *Maynooth*, cerca de Dublín. Desde 1908 existe en Dublín una Universidad nacional irlandesa, que proporciona a los irlandeses todas las ventajas de las grandes Universidades inglesas. La actividad de la Prensa católica aumenta cada día. Desde 1939, Irlanda tiene un representante propio ante el Papa, el cual desde el año 1946 tiene el rango de embajador. Símbolo del florecimiento del catolicismo irlandés fué el congreso eucarístico internacional, celebrado en Dublín en 1932.

669. d) Bélgica y los Países Bajos⁹⁾. El resurgimiento del catolicismo en Bélgica a mediados del siglo XIX contaba con jefes tan eminentes como el arzobispo de Malinas, *Engelberto Sterckx*, el obispo de Brujas, *Malou*, y el primer rector de la Universidad de Lovaina, *De Ram*. Pero todo esto excitó las iras de los liberales y masones, los cuales intensificaron más sus campañas contra la Iglesia católica. Después de duras batallas, conquistaron por fin el poder en 1878 con el ministerio *Frère-Orban* y comenzaron en seguida un verdadero *Kulturkampf*. Su primera preocupación fueron las escuelas con la ley de 1879, que excluía de ellas la religión, y no contentos con esto, interrumpieron las relaciones con la Santa Sede. Pero esto tuvo la virtud de reanimar a los católicos, que se dieron a la más activa propaganda, y en las elecciones de 1884 consiguieron de nuevo la mayoría y consiguientemente un gobierno católico, situación que conservaron hasta 1919. Naturalmente, las disposiciones odiosas al catolicismo fueron abrogadas y desde entonces ha gozado la Iglesia de una vida próspera, como en ningún otro país de Europa. Es digno de notarse particularmente el florecimiento de las Órdenes religiosas y de las misiones.

⁹⁾ WOESTE, CH., *Échos des luttes contemporaines*. 2 vol. Bruxelles 1906.

43. LLORCA: Historia Eclesiástica. 3.ª ed.

⁷⁾ WOESTE, CH., *Histoire du Kulturkampf en Suisse* (1871-1886). Bruxelles 1887. BÜCHI, A., *Die kathol. Kirche in der Schweiz...* 1902. SCHOLLENBERGER, J., *Die Schweiz seit 1848*. 1908. DANCOURT, E., *Scènes et récits du Kulturkampf dans le Canton de Berne*. Saint Maurice 1921. MÜLLER, K., *Die kathol. Kirche in der Schweiz seit dem Ausgang des 18. Jh.* 1928.

⁸⁾ GARDNER, G., *English Catholicism in the present day*. I. 1920. ARUS, R., *Katholisches England*. 1928. SNAD-COX, J. G., *Life of Card. Vaughan*. 2 vol. I. 1910. POKORNY, J., *Irland*. 1916. MOSS, C. B., *The old Catholic movement*. I. 1949.

Bélgica pasó momentos difíciles durante las dos guerras mundiales, 1914-1918, 1939-1945. Invadido su territorio por los alemanes, se vio forzada a vivir una vida de humillación. Particularmente la Iglesia Católica sufrió los efectos de ambas guerras; pero el episcopado observó una conducta digna y supo defender a los católicos.

En *Holanda*, la revolución de 1848 trajo también la libertad de la religión. En 1853 fué restablecida por Pío IX la jerarquía con la sede metropolitana de Utrecht. Con esto y con los gobiernos moderados que han seguido, se ha podido desarrollar el catolicismo, que forma un tercio de la población. Los católicos deben mirar por sus escuelas, que desde 1889 son reconocidas, y desde 1905 reciben subsidio del Estado. Holanda ha sido un oasis de paz, donde han encontrado pacífica hospitalidad los católicos perseguidos de Francia y Alemania. A partir de 1915, Holanda tiene un representante ante la Santa Sede. En 1900 se estableció una universidad católica en Utrecht, y en 1923 se fundó una segunda en Nímea, que goza de gran prosperidad.

670. e) Reino unido de Italia¹⁰⁾. La política religiosa de la nueva Italia apareció bien clara desde el principio. El rey Víctor Manuel II, bajo el influjo del marqués de *Cavour*, inició una guerra abierta contra la Iglesia, comparable con el *Kulturkampf* de Alemania. La disolución de la Compañía de Jesús y de las Damas del Sagrado Corazón, la ley escolar de 1848, directamente contraria a la Iglesia; el matrimonio civil, en 1852; el encarcelamiento del valeroso arzobispo de Turín († 1862): éstas y otras disposiciones semejantes indican claramente el espíritu que animaba en un principio a la nueva monarquía. El Código penal de 1889 contiene diversas disposiciones antieclesiásticas. Esto no obstante, gracias a los sentimientos católicos del pueblo italiano y a la influencia del Romano Pontífice, encerrado en el Vaticano desde 1870, el catolicismo no ha perdido nunca su influjo en la vida pública italiana.

La posición de los Papas frente a la Italia oficial fué evolucionando. León XIII hizo incesantes esfuerzos por solucionar el conflicto pendiente. Incluso llegó a proponer la idea de reducir a un mínimo el territorio de su soberanía. Para conseguir el buen éxito de sus esfuerzos, pidió especiales oraciones a toda la cristiandad. Pero las cosas quedaron como estaban, haciendo constar a los católicos la prohibición de toda colaboración política con el Estado italiano: *ne electori ne electi*. Pío X, por su parte, en conjunto, observó la misma actitud que sus predecesores en sus relaciones con Italia. Sin embargo, ante la insistencia de muchos obispos italianos sobre la participación de los católicos en la vida pública de Italia, dió el Papa disposiciones concretas, por las que se permitía en ciertas circunstancias. Sin embargo, en cada caso era necesario consultar a la Santa Sede. Con esto se abría brecha en el «non expedit», iniciándose un nuevo sistema. El resultado fué que ya en 1909 se presentó en el Parlamento un grupo

¹⁰⁾ GIGLIO, V., *Il Risorgimento nelle sue fasi di guerra*. 2 vol. Milán 1948. ÍD., *Idee e uomini nel Risorgimento d'Italia*. Turín 1948. TINO, S., *Il triennio fascista*. Milán 1947. PERTICONE, G., *La politica italiana nell'ultimo trentennio*. 3 vol. R. 1945-1947. Sobre el Tratado de Letrán, véanse: RESTREPO, J. M., *Concordata regnante S. D. Pío XI*. R. 1934. GIANNINI, A., *I concordati postbellici*. Milán 1929. Texto del Tratado de Letrán: AAS. 21 (1929), 209 s. LETURIA, P., *Del Patrimonio de San Pedro al Tratado de Letrán*. M. 1929. OLGIAI, F., *La questione romana e la sua soluzione*. Milán 1929. BRIÈRE, Y. DE LA, *Les Accords du Letran*. P. 1930. MOLLAT, G., *La question romaine de Pie VI à Pie XI*. P. 1933. CAIROLI, L. P., *Il Concordato fra la S. Sede e l'Italia*. Monza 1932.

de veinticuatro católicos, y entre éstos se afianzaba la posición de convivencia con el gobierno italiano. Benedicto XV llevó todavía más adelante estas concesiones, con lo cual se llegó a formar un partido católico, el *Partido popular*, que en las elecciones de 1919 obtuvo cien diputados. En general, la intervención de Benedicto XV en favor de Italia durante la guerra 1914-1918 ganó muchas simpatías para la Iglesia. Entre otras cosas, obtuvo se introdujeran capellanes militares en el ejército italiano.

Al subir al poder Mussolini, el año 1922, se deshizo el Partido popular, como los demás partidos, y comenzó para Italia una nueva etapa de su historia. Aunque la ideología del partido no está enteramente conforme con el catolicismo, sin embargo Mussolini supo entenderse con la Iglesia y con el Papa. Es cierto que hubo algunos incidentes o roces entre el fascismo y la Iglesia, como el que se produjo a propósito de la Acción Católica; pero en general Mussolini supo mantener buenas relaciones con la Iglesia, llegando a la solución de la *cuestión romana* y al tratado de Letrán de 1929. Por lo demás, dándose perfecta cuenta del ambiente católico de las masas, restableció el crucifijo en las escuelas y tomó otras disposiciones favorables al catolicismo. Por desgracia, se dejó arrastrar por Hitler a la segunda guerra mundial, en la cual vió primero deshecho su partido y luego ocupada casi toda Italia, hasta que en abril de 1945 fué él mismo apresado y vilmente fusilado. Poco después abdicaba Víctor Manuel. En la nueva Italia, aunque gobernada por un partido católico, trabajan intensamente el partido comunista y los elementos anticatólicos.

671. f) Portugal. En Portugal ha tenido que atravesar el catolicismo duras pruebas durante todo el siglo XIX. El liberalismo imperante duras mediadas del siglo, azuzado por la masonería sumamente poderosa, procedió a la supresión de las casas religiosas y confiscación de sus bienes junto con otras medidas radicales contra la Iglesia. El Estado se arrogó un poder absoluto sobre la Iglesia, a la que trató de esclavizar. León XIII inició en 1881 tiempos mejores con una nueva organización de la jerarquía, que quedó reducida a tres arzobispados (Lisboa, Évora y Braga) y nueve obispados.

La Iglesia se robusteció notablemente; la Prensa católica aumentó; mas, por efecto de la campaña denigrante de los elementos anticristianos y de la gran pobreza de la Iglesia, una de las más tristes consecuencias ha sido desde entonces la escasez y la falta de prestigio del clero. Por otra parte, sólo poco a poco pudieron volver a introducirse algunas Órdenes religiosas, que comenzaron a trabajar activamente. No obstante este resurgir lento de las instituciones y del ambiente católico, hacia el año 1908, el estado de la nación entera y de la Iglesia era sumamente deplorable, como efecto de las luchas políticas intestinas. Las cosas llegaron al extremo, que el 1.º de febrero de 1908 el rey Carlos I y su primogénito fueron asesinados. Manuel II (1908-1910), que subió entonces al trono, atemorizado por los progresos violentos de la revolución, escapó en 1910 a Gibraltar. La revolución anarquizante quedaba dueña de la situación.

Así, pues, el 5 de octubre de 1910 fué proclamada la República. Con esto ya no conoció límites la furia antirreligiosa. Inmediatamente se renovaron las inhumanas leyes de Pombal de 1759 contra los jesuitas, a quienes se persiguió como criminales, y las de Pedro IV de 1834 contra las demás Órdenes religiosas; se declaró la separación de la Iglesia y el Estado y se rompieron las relaciones con la Santa Sede. Los años que siguieron fueron de triste recuerdo para la cultura y para la Iglesia; pues mientras se procuraba quitar al Estado todos los resabios de Cristianismo, se fomentaba el desorden y la anarquía, que trajeron la ruina de la nación.

Desde 1918, después del golpe de Estado de Sidonio Pais, se inició una política conservadora, que trajo consigo un principio de resurgimiento católico. Así, por decreto de 22 de febrero de 1918 se suspendieron las disposiciones más odiosas de la ley de separación de la Iglesia y el Estado; quitóse el control del Estado en los Seminarios, y lo que es más significativo, el 10 de julio del mismo año se reanudaron las relaciones diplomáticas con la Santa Sede. Con este ambiente pudo formarse en 1919 el partido del Centro Católico. Sin embargo, continuaba en la nación el estado de inseguridad y desorden, que dió ocasión a diversos levantamientos, promovidos por los elementos anarquizantes.

Basándose, pues, en este estado de inseguridad nacional, Gómez da Costa, después del golpe de Estado de mayo de 1926, asumió el poder; pero eliminado por el *General Carmona*, éste llamó en 1928 al gran estadista Oliveira Salazar. Rápidamente consiguieron poner orden en el caos político y desde entonces ambos hombres de Estado han conseguido levantar política y económicamente a la nación portuguesa. Por lo que a la Iglesia se refiere, Oliveira Salazar, hombre de profundas convicciones católicas, ha continuado la política de acercamiento y protección, con la prudencia que le imponían las circunstancias. Por medio de especiales acuerdos con Roma de 15 de abril de 1928 y 29 de julio de 1929, se dió una solución interina a la cuestión del Patronato de Indias. Desde 1929 se permitieron las escuelas privadas con enseñanza religiosa. La nueva Constitución de marzo de 1938 mantiene la separación de la Iglesia y el Estado, pero reconoce la personalidad jurídica de la Iglesia y amplia libertad de enseñanza. La situación actual de la Iglesia en Portugal aparece claramente reflejada en el Concordato concluido con la Santa Sede en mayo de 1940, que sobre la base de la Constitución y el trato amistoso entre la Iglesia y el Estado, concede amplia libertad para el ejercicio de las funciones eclesiásticas y el libre desarrollo de todas las actividades de la Iglesia¹¹⁾. Con la misma fecha y el mismo espíritu se concluyó un acuerdo definitivo sobre el gobierno de las misiones.

Las apariciones de la Virgen de Fátima han despertado un entusiasmo religioso extraordinario en toda la nación y han logrado atraer la atención del mundo entero. El mismo Romano Pontífice lo ha reconocido en el mensaje que dirigió a Portugal en 1942.

672. g) El catolicismo en las otras naciones de Europa. En los Estados del Norte¹²⁾ continuó el catolicismo como en países de misiones. El número de sus adeptos es insignificante y la posibilidad de conversiones muy pequeña. Baste saber que en Dinamarca había en 1920 sólo 25 000 católicos; en Noruega, 2700; en Suecia, unos 4000. Lentamente han ido desapareciendo las leyes draconianas que existían hasta hace poco contra los católicos, y las congregaciones religiosas pueden dedicarse al trabajo apostólico. La conversión en 1892 del poeta dinamarqués Joergensen contribuyó a dar prestigio a la Iglesia.

En Rusia¹³⁾ continuó la situación penosa de los católicos. Con ocasión del levantamiento de Polonia de 1863, fueron suprimidas casi todas las

¹¹⁾ Véase el texto: AAS, 32 (1940), 217 s.; Raz. y Fe, 121 (1940), 179 s., 284 s., CONEGO, J. M., Situação jurídica da Igreja em Portugal. Coimbra 1943. CASTRO, J. D., Aparições da Santa. Virgen en Fátima. Sevilla 1943. TORRES, G., El milagro de Fátima. M. 1943.

¹²⁾ CROUZIL, L., Le catholicisme dans les Pays-Scandinaves. 2 vol. P. 1902. METZLER, J., Die apostolischen Vikariate des Nordens. 1919. ASSARSON, B. D., L'Eglise catholique en Suède. P. 1926.

¹³⁾ LESCOEUR, L'Eglise cathol. en Pologne. 3.ª ed. 2 vol. 1876. BOUDOU, A., Le Saint-Siège et la Russie. Leurs relations diplomatiques au XIX^e siècle. 1848-

casas religiosas, desterrados gran número de sacerdotes y tomadas otras medidas de rigor contra los católicos. Con Alejandro III (1881-1894) pudieron respirar éstos un poco, y en 1882 se llegó a un Concordato con León XIII. Sin embargo, existía todavía la tendencia a la opresión del catolicismo. La revolución de 1905 pareció poner término al antiguo cesaropapismo, y Nicolás II (1894-1917) manifestó desde entonces un amplio espíritu de tolerancia. Pero habiendo triunfado el comunismo, primero con Lenin y Trotski, y luego con Stalin, comenzó para la Iglesia Católica el más duro calvario. Los Romanos Pontífices se han interesado siempre de un modo particular por ella; en 1930 se estableció una comisión «Pro Rusia», que trabajó incansablemente durante varios años. Los dirigentes rusos, entretanto, han ido aumentando su odio y persecución contra todo lo religioso y sus campañas contra Dios. Triunfantes después de la última guerra, Stalin y el comunismo, a partir de 1945, han intensificado sus campañas anticatólicas y antipontificias, que se extienden a los países «satélites», Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Yugoslavia, Rumania y Alemania oriental.

IV. La Iglesia católica en España¹⁴⁾

673. En la segunda mitad del siglo XIX España siguió, desgraciadamente, el camino del desorden en lo político y en lo religioso, si bien predominó y venció al fin la reacción sana y católica. A fines del siglo y durante la primera mitad del XX se ha realizado una reacción en todos los sentidos. Sin embargo, la Iglesia ha atravesado diversas crisis sumamente difíciles, principalmente la de la *primera república* y las revoluciones que le precedieron y siguieron, y más particularmente todavía, la de la *segunda república* desde 1931 y la guerra civil que siguió, 1936-1939.

a) Reacción primera desde 1844 a 1854. Concordato de 1851. Iniciáronse inmediatamente las negociaciones para un convenio con la Santa Sede. La base debía formarla el reconocimiento de Isabel II por el Papa; pero después de las atrocidades cometidas en los diez años anteriores, Gregorio XVI se resistía a hacerlo. Además, Roma ponía una serie de condiciones que tropezaban con grandes dificultades en España. Con la llegada del delegado apostólico Brunelli en 1847 y la provisión de todas las Sedes vacantes en 1848, pareció allanado el camino; a esto se añadió la noble actitud del gobierno Narváez en 1848 durante la revolución de Roma, en que envió tropas

1883. P. 1925. PAPOF, N., Historia del bolchevismo. 2 vol. B. 1935. WELTER, G., Historia de la Rusia comunista. 1917-1935. B. 1935. HANISCH, E., Geschichte Russlands. 2 vols. 1941.

¹⁴⁾ LÓPEZ PELÁEZ, El Derecho español en sus relaciones con la Iglesia. M. 1902. BUTLER, CLARK, Modern Spain 1815-1898. L. 1906. VILADEVALL, A., La voluntad nacional enfrente del jacobinismo afrancesado de Romanones y Canalejas. B. 1907. MÁXIMO, El anticlericalismo y las Órdenes religiosas en España. B. 1908. FERNÁNDEZ ALMAGRO, M., Historia del reinado de Alfonso XIII. B. 1933. En Hist. gen. de Esp., vol. 28. P. DE LUZ, Isabelle II reine d'Espagne. P. 1934. PAZ, INFANTA, Cuatro revoluciones e intermedios. M. 1935. RÉPIDE, P. DE, Alfonso XII. La restauración del trono. M. 1936. BERENGUER, D., Crisis del reinado de Alfonso XIII. M. 1946. DUQUE DE MAURA; FERNÁNDEZ ALMAGRO, Por qué cayó Alfonso XIII. M. 1948.

para defender al Papa. De esta manera se entró en una franca inteligencia, que terminó con el *Concordato de 1851*, que constituye la base de la disciplina eclesiástica española hasta nuestros días.

674. b) Nuevo período de persecución y nueva reacción católica. Pero la masonería no podía consentir tan largo período de paz para la Iglesia. La Prensa comenzó a desatarse contra el Gobierno. Las logias movieron todos los resortes, y así, a principios del año 1854 estalló la revolución que en julio obtuvo un completo triunfo. *Espartero* volvió de Inglaterra, y con O'Donnell y Alonso formó un gobierno de carácter completamente sectario. Inmediatamente se volvió a las medidas más odiosas de 1842: persecución de todo lo católico, suspensión brutal del Concordato. El episcopado protestó y se portó heroicamente, por lo cual algunos obispos fueron desterrados, como Costa y Borrás, de Barcelona, y Orcos San Martín, de Burgo de Osma.

Mas, afortunadamente, esta situación duró escasamente dos años: el *bienio progresista*. En enero de 1856 el mismo O'Donnell derribó a Espartero e inició un cambio de cosas, que se completó al subir Narváez otra vez en octubre del mismo año. Rápidamente volvieron las cosas a su estado anterior. El Concordato de 1851 se puso de nuevo en vigor, se dió amplia libertad a todas las Ordenes religiosas, se promulgó con gran solemnidad la bula de la Inmaculada, que Espartero había detenido en 1854, y se restablecieron las relaciones con la Santa Sede. Más tarde se creyó conveniente completar las disposiciones del Concordato y, en efecto, se llegó al *nuevo convenio de abril de 1860*.

Con esto se entró en un período de bonanza, en el que la Iglesia española se fué restableciendo y consolidando. La actividad del episcopado y de las Ordenes religiosas se fué intensificando durante los años siguientes hasta 1868. No dejaron de ocurrir conflictos con el Estado, demasiado sensible a los principios liberales de la época; pero, en general, la Iglesia se pudo desarrollar prósperamente.

675. c) Revolución de 1868 y sus consecuencias. Nueva reacción. Desde 1866 comenzaron de nuevo los elementos revolucionarios, azuzados por la masonería, a batir a los gobiernos moderados. Hubo diversos levantamientos, que el general Narváez logró reprimir. Pero al morir en 1868 este general, que era el apoyo más eficaz de la causa del orden, alzáronse en septiembre los revolucionarios, a cuyo frente iban Serrano, Topete y Prim, derribaron a Isabel II, que abandonó definitivamente a España, e inauguraron un nuevo período de desorden y de persecución católica.

Por de pronto, se formaron juntas revolucionarias, y más tarde la regencia del general Serrano. Ya en octubre, el ministro de Justicia, Ortiz, suprimió la Compañía de Jesús; bandas de forajidos se dedicaron al incendio de iglesias y monasterios. Fueron abolidos todos los conventos de religiosos y robados y dilapidados sus bienes. Las nuevas Cortes constituyentes, reunidas en 1869, tuvieron que oír las mayores blasfemias y elaboraron una nueva Constitución, síntesis de impiedades e injusticias contra la Iglesia. Ciertamente, la verdad católica no quedó sin defensa, pues hombres como el Cardenal Cuesta, el arzobispo Monescillo y el canónigo Monterola salieron valerosamente de su parte.

La anarquía reinante en el país apenas disminuyó durante los años 1871 al 1873, en que se puso al frente de la nación al rey Amadeo de Saboya. En realidad, es bien poco lo que él personalmente pudo hacer, pues era mero juguete en manos de los revolucionarios españoles, quienes continuaban la persecución más despiadada contra la Iglesia. Por fin, asqueado de aquel estado de cosas, salió de España en febrero de 1873.

Así se estableció en 1873 la *primera República española*, en la cual la anarquía y la persecución religiosa llegó a su colmo. Repitióse la quema de conventos e iglesias, se asesinó a sacerdotes y gente civil, y se cometieron las mayores ignominias. El desprestigio de los hombres públicos, como Pi y Margall, Salmerón y Castelar, había llegado al punto máximo en 1874, cuando el *general Pavía* dió el golpe de Estado y formó un gobierno provisional presidido por Serrano, hasta que el *general Martínez Campos* proclamó en 1875 al rey *Alfonso XII*, hijo de doña Isabel. Este acto de energía terminó con aquel período de ignominia. Sin embargo, *la restauración no fué tan completa* como se podía desear, por culpa de los elementos liberales, que dominaron al Monarca. Las Cortes de 1876 en la nueva Constitución procuraron dar satisfacción a los católicos declarando la religión católica religión del Estado, y obligando a éste al sostenimiento del culto.

Por desgracia, se quiso condescender demasiado con el espíritu liberal, y de hecho los conservadores, como Cánovas del Castillo, estuvieron alternando en el poder con los liberales, dirigidos por Sagasta. Con esto el espíritu liberal quedó desde entonces agazapado, procurando infiltrarse en el Estado y sacar de él todo el partido posible. Así, por ejemplo, se llegó a conceder libertad de cultos, que aprovecharon los protestantes para intensificar su propaganda. En este estado de *relativa prosperidad de la Iglesia*, continuó España después de la muerte de Alfonso XII en 1885, durante la *regencia de María Cristina* y hasta la mayor edad de Alfonso XIII, en 1902. No obstante la oposición del liberalismo y de la masonería, pudieron los católicos celebrar notables congresos, robustecer la Prensa, crear nuevas instituciones y cristianizar la Sociedad. En general, el defecto básico del catolicismo español en esta etapa fué la división política, la desorganización de las instituciones católicas, el abandono de la cuestión social, que ha hecho posibles los avances constantes del liberalismo. Así se explica que llegara éste a apoderarse, entre otras cosas, de la Instrucción pública por medio de la *Institución libre de enseñanza*, y pervirtiera en buena parte a la clase directora.

Así, el 19 de diciembre de 1901, dió Sagasta el decreto que gravaba con diversas obligaciones a todas las Ordenes religiosas. Es cierto que ante las representaciones de la Santa Sede se suavizaron estas disposiciones; pero, bajo fútiles pretextos, se continuó vejando de diversas maneras a los ministros del culto. Ya iniciado el *reinado de Alfonso XIII* (1902-1931), los nuevos ministerios liberales que se sucedieron continuaron oprimiendo de diversas maneras a la Iglesia. En 1906 se trató ya de laicizar los cementerios y se estableció, aun para los católicos, el matrimonio civil; pero, vuelto Maura al gobierno en 1908, revocó inmediatamente esta disposición y llegó a un *nuevo convenio con la Santa Sede*, por el que se tomaban acertadas medidas para llegar a un Concordato definitivo. Mas hallábanse todavía en curso estas negociaciones, cuando en octubre de 1909 estalló la *semana trágica* de Barcelona, dirigida por el anarquista Francisco Ferrer, que entregó a las llamas innumerables iglesias. Semerantes escenas de vandalismo se repitieron en diversas partes de España, y aunque se pudo reprimir el movimiento subversivo y Ferrer fué castigado ejemplarmente, la campaña internacional que se promovió contra el gobierno de Maura logró al fin que éste se retirara del poder.

Su sucesor, *Canalejas*, el representante más destacado del espíritu liberal del tiempo, reanudó las negociaciones con la Santa Sede; pero bien pronto acometió una nueva campaña anticlerical con una serie de medidas vejatorias para la Iglesia y contrarias a la Constitución y al Concordato. Tales fueron, entre otras, la declaración de igualdad de derechos a todas las confesiones religiosas y la limitación de la enseñanza de la religión en las escuelas. El punto culminante de esta campaña lo forma

la *ley del Cándido*, que contra la oposición de todo el episcopado, sacó en diciembre de 1910, y prohibía por dos años el establecimiento de nuevas casas religiosas en España. El 12 de noviembre de 1912 fué asesinado por un anarquista. Esto no obstante, precisamente durante este tiempo se celebró en Madrid el *XXIII Congreso Eucarístico internacional*, que fué una manifestación delirante del espíritu religioso del pueblo español. El Santísimo Sacramento fué entronizado en el Palacio Real; el Rey mismo leyó un acto de consagración, y en la clausura del Congreso tuvo un discurso de vibrante catolicismo. Sin embargo, no cambiaron substancialmente las cosas. El espíritu liberal seguía dominando en las esferas gubernamentales, y así, todavía en 1913, se redujo la enseñanza religiosa en las escuelas.

676. d) Heterodoxia en este período. Por lo indicado se ve claramente que los representantes más típicos de las corrientes heterodoxas en este tiempo, fueron el *liberalismo* y la *masonería* en sus diversas manifestaciones. A esto debe añadirse la insistencia de la *propaganda protestante*, que no llegó nunca a obtener resultados notables. Sin embargo, consignemos aquí algunos protestantes españoles de este tiempo: En primer lugar, *Luis Usoz y Río*, quien se hizo *cuáquero* y trabajó incansablemente en la publicación de los escritos de los falsos reformadores del siglo XVI. Asimismo *Calderón* y *Lucana*, ambos apóstatas, casados luego y propagandistas de la secta. Hubo algunos otros, como: el ex escolapio Juan B. Cabrera, el párroco de Villanueva de la Vera y José García Mora.

Más importancia tienen las *tendencias heterodoxas de la Filosofía* en algunos centros oficiales españoles. Estas fueron: el *hegelianismo* y el *krausismo*, mezclados con el *racionalismo kantiano*. Defensores del idealismo de Hegel, más o menos bien entendido, fueron Fernando de Castro, Castelar, Pi y Margall y otros, al paso que el *krausismo*, introducido por Sanz del Río, se vino a poner de moda entre los intelectuales, que lo sintetizaban en un verdadero panteísmo y cierto misticismo muy parecido a los errores modernistas. Más tarde estos krausistas se convirtieron simplemente en incrédulos, positivistas, racionalistas y ateos, que son la casta de heterodoxos que abundan en España en los últimos tiempos.

677. e) Actividad católica. Frente a la guerra de las diversas tendencias heterodoxas, el catolicismo echó mano en España, como en otras partes, de una serie de recursos para defenderse y afianzarse en las posiciones conquistadas. Estos fueron: en primer lugar, todos los medios de la predicación, la enseñanza del catecismo en las escuelas, la actividad de los prelados, y sobre todo de los Institutos religiosos ya existentes, entre los cuales merece especial mención la *Compañía de Jesús*, que no obstante las continuas persecuciones de que fué objeto durante todo este período, extendió cada vez más su radio de acción.

Merecen especial atención los *nuevos Institutos religiosos* que se establecieron en España en este período y colaboraron eficazmente en la defensa de la causa católica. Tales son: Los *Misioneros del Corazón de María*, fundados en 1849 por el benemérito S. Antonio María Claret, canonizado este año 1950¹⁵⁾, confesor de Isabel II, que se extendieron rápidamente y trabajaron como los que más en las misiones populares.

Las *Siervas de María*, fundadas en Madrid en 1851 por el presbítero Miguel Martínez Sanz, se dedican a la asistencia de enfermos. Las *Adoradoras del Santísimo Sacramento*, obra de la condesa de Jorbalán, comúnmente llamada Madre Sacramento († 1865) y canonizada en 1934, trabajan por salvar a las jóvenes extraviadas, y gozan de gran popularidad. *Hermanas de la Caridad* o de *Santa Ana*, organizadas en Zaragoza en 1805 por el sacerdote Juan Bonal y encargadas de hospicios y hospitales, recibieron gran impulso de su primera presidenta, Madre Ráfols, de cuya

¹⁵⁾ BLANCH FARRÉ, J., *Vida del Beato Ant. M. Claret, arzobispo y fundador*. M. 1934. ECHEVARRÍA, J., *Recuerdos del Beato Antonio M. Claret*. M. 1934. ZABALA Y LERA, P., *El P. Claret. Retablos de una vida ejemplar*. B. 1943. FERNÁNDEZ, C., *El Beato Padre Antonio M. Claret. Historia documentada de su vida y empresas*. 2 vol. B. 1948.

vida y escritos tanto se ha discutido en los últimos años. *Hijas de Jesús*, fundadas durante los turbulentos tiempos de la primera República, entre 1868-1870 por la Madre Cándida María, se dedican a la enseñanza en Colegios y Normales, no solamente en España, sino también en las misiones.

Las *Hermanitas de los Ancianos desamparados* tuvieron su origen en Huesca gracias al celo del sacerdote López de Novoa, pero establecieron su casa matriz en Valencia en 1873. Su objeto era el mismo de las *Hermanitas de los pobres*, fundadas en Francia en 1839, y que se extendieron también en España. *Compañía de Santa Teresa de Jesús*, o bien *teresianas*, fundadas en 1876 por el siervo de Dios, Enrique Ossó, que se dedican a la enseñanza de la juventud femenina. Conviene distinguir de este Instituto religioso la *Plá Unión de Santa Teresa*, a cuyos miembros llamamos también *teresianas*, y son señoritas con títulos universitarios, dedicadas a orientar en sus estudios y ayudar por todos los medios a las niñas que estudian en los centros oficiales. Fueron fundadas en 1911 por el sacerdote Pedro Poveda. Las *Carmelitas de la Caridad* tuvieron principio en Vich en 1826, gracias al esfuerzo de la Madre Joaquina de Vedruna, recientemente beatificada. Dedicarse a la enseñanza y a los hospitales y han conseguido gran popularidad y extensión. Las *Hijas de San José*, llamadas comúnmente *josefinas*, fueron fundadas en 1876 por el jesuita P. Francisco Butiá y trabajan en la asistencia domiciliar de los enfermos.

Las *Esclavas del Sagrado Corazón*, fundadas en Córdoba en 1876 por la Madre María del Sagrado Corazón (Rafaela Porras y Ayllón), se dedican al culto y reparación del Santísimo Sacramento y al cultivo y enseñanza de la juventud femenina. A estas Congregaciones religiosas hay que añadir otras muchas, como: las del *Servicio Doméstico*, dedicadas al cultivo cristiano de las muchachas; las *Franciscanas misioneras* y *Mercedarias de Bériz*, consagradas a las misiones; las *Angélicas*, las *Siervas de Jesús*, la Congregación de la *Pureza de la Virgen*, las religiosas del *Nombre de María*, diversas fundaciones de *terciarias Franciscanas* y *Carmelitas*, dedicadas al servicio de hospitales y a las escuelas primarias, y otras muchas, más o menos extendidas.

Además tienen que tenerse en cuenta diversas Congregaciones de origen reciente en el extranjero, que han alcanzado en España gran difusión, contribuyendo con esto al cultivo del pueblo cristiano.

Por otra parte, ha habido y aumenta en nuestros días un florecimiento especial de escritores católicos del temple de un *Menéndez y Pelayo*¹⁶⁾, a los que se conmemora en otro lugar. De este modo se ha manifestado la verdadera situación del catolicismo en España.

678. f) Desorden creciente hasta 1936. Pero las fuerzas del desorden no cesaron en su obra, por lo cual la Iglesia tuvo que atravesar situaciones difíciles y aun particularmente trágicas. Todo el Pontificado de Benedicto XV fué un continuo forcejeo entre las fuerzas subversivas y los defensores del orden. Después de algunos conatos de huelgas y revoluciones parciales, en 1917 estalló un movimiento revolucionario en toda España, que apenas puede ya contenerse. Cada día van adquiriendo más predominio los sindicatos anarquistas y aumenta en todas partes el número de patronos asesinados. Esto no obstante, en un corto respiro de orden relativo, que trajo un gobierno de concentración nacional Maura, tuvo lugar en Madrid, en el cerro de los Ángeles, el 30 de mayo de 1919, la consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús, leída por el Rey delante de todo el Gobierno. Sin embargo, la situación de desorden iba en aumento. El 8 de marzo de 1921 fué asesinado el jefe de los conservadores, Eduardo Dato, por haber mantenido al gobernador de Barcelona, Martínez Anido, que puso coto a los sindicatos subversivos. Las cosas llegaron al extremo que el 4 de julio de 1923 caía en Zaragoza el Cardenal Soldevila, víctima de un atentado por el crimen de haber levantado su voz contra los enemigos del orden.

¹⁶⁾ MENÉNDEZ Y PELAYO, *Edición nacional de las obras completas*. M. 1941-1948. Muchos vol. publicados.

En estas circunstancias, reinando ya el Papa Pío XI, el 13 de septiembre de 1923 se produjo el golpe de Estado del *General Primo de Rivera*¹⁷⁾, quien, apoyado por el Rey, por el Ejército y por lo más sano de la Nación, inauguró un período de tranquilidad, que duró hasta su desaparición en 1930. Desde el *punto de vista eclesiástico*, la Dictadura de Primo de Rivera hizo desaparecer todas las medidas vejatorias de la Iglesia y mantuvo en vigor el Concordato existente.

Mas no obstante la mano fuerte del Dictador, la revolución le fué minando el terreno durante los últimos años, de tal manera, que el 26 de enero de 1930 tuvo que abandonar el poder. Envalentonados los hombres de la revolución, siguieron atentando contra el régimen, y el 14 de abril de 1931 se apoderaban violentamente del poder. La primera manifestación ruidosa del espíritu antirreligioso del nuevo régimen fueron los incendios sacrílegos de iglesias y casas religiosas, realizados en Madrid el 11 de mayo. A esto siguieron multitud de leyes y disposiciones anticlericales. La síntesis de todas ellas la forma la Constitución aprobada definitivamente por las Cortes Constituyentes el 9 de diciembre de 1931. Por ella se establecía la separación de la Iglesia y el Estado, se desterraba de las escuelas la enseñanza religiosa, se suprimía la Compañía de Jesús. Esta última disposición se realizaba por decreto especial del 24 de enero de 1932.

La furia antirreligiosa siguió adelante. El presidente de la República, Alcalá Zamora, símbolo de la vanidad, y el presidente del Gobierno, Manuel Azaña, prototipo de la pasión y de la soberbia, miraban impasibles el vandalismo más desenfrenado o dirigían las campañas más criminales contra la Iglesia. Quitóse al Estado toda señal de religión; se quitó el crucifijo de las escuelas, y el 20 de julio de 1933 se publicó la ley más inicua, por la cual se robaba la propiedad de todas las casas religiosas, de todas las iglesias y establecimientos eclesiásticos.

Una vigorosa reacción de los católicos, desde noviembre de 1933, hizo renacer las esperanzas de un arreglo pacífico; pero al apoderarse ilegalmente del gobierno el frente popular, en febrero de 1936, se intensificó más todavía la lucha sangrienta contra la Iglesia, de modo que desde febrero hasta julio del mismo año se cometieron en gran número de pueblos y ciudades multitud de incendios y saqueos de iglesias, asesinatos y persecuciones de sacerdotes y religiosos. Como remate de todo, el 13 de julio fué asesinado el jefe de los monárquicos, *Calvo Sotelo*.

679. g) Levantamiento nacional: Franco¹⁸⁾. Así, pues, frente a un gobierno ilegal, que daba rienda suelta a todos los criminales, y

¹⁷⁾ HERRERO GARCÍA, M., El General D. Miguel Primo de Rivera. M. 1947.

¹⁸⁾ Un magnífico resumen de los antecedentes de la guerra última de liberación y de todo su desarrollo, lo constituye «Historia de la Cruzada», dirigida por J. ARRARÁS. M. 1939-1941. Entre la abundante literatura referente al Movimiento Nacional y a Franco, citaremos solamente algunas obras más importantes: PLA, J., Historia de la Segunda República española. 2 vol. B. 1940. De gran interés por la exposición de principios: GOMÁ, CARDENAL ISIDRO, Por Dios y por España. 1936. 1939. B. 1940. PEMARTÍN, J., Qué es lo Nuevo. M. 1938. OLMEDO, F. G., Sentido de la guerra española. Bilbao 1938. CASTRO ALBARRÁN, A. DE, Guerra Santa. El sentido católico de la guerra española. Burgos 1938. Id., La gran Víctima. La Iglesia española, mártir de la revolución roja. Salamanca 1940. TUSQUETS, J., Orígenes de la Revolución española. B. 1942. Otras obras de carácter diverso: ESTELRICH, La persecución religiosa en España. 1937. Diversas ediciones. TONI, T., Iconoclastas y mártires. Bilbao 1937. BAYLE, C., El mundo católico y la carta colectiva del Episcopado español. Burgos 1938. ARRARÁS, J., Franco. San Sebastián 1937. RISCO, A., La epopeya del Alcázar de Toledo. 4.ª ed. 1940. Una buena vista del conjunto sobre la legislación del Nuevo Estado español, sobre todo en lo referente a las cuestiones religiosas, puede verse en: Anuario Soc. de Esp., p. 247 s. 1941. KINDELÁN DUANY, A., España ante «la esfinge». M. 1943. PÉREZ RODRIGO, A., Franco. Una vida al servicio de la patria. Valencia 1943. VALDÉS SANCHE-SOTO ORIOI, Francisco Franco. M. 1943. ARCO Y GARAY, R. DEL, La idea del imperio de la política y la literatura españolas. M. 1944. CAUSA, GRAL., La dominación roja en España. Avance de la información instruida por el ministerio público.

ante el peligro inmediato del comunismo más desenfrenado, se hubo de llegar al glorioso *Movimiento Nacional*, que estalló el 18 de julio de 1936, capitaneado por el *General Franco*, elegido luego *Generalísimo*, jefe del nuevo Estado y *Caudillo* de todos los hombres de orden. La guerra que con esto se entabló duró hasta el 1.º de abril de 1939 y terminó con la victoria completa de Franco. Mientras en la parte roja se asesinó sistemáticamente a todos los sacerdotes y religiosos, incluso a once obispos, y aun religiosas, y se persiguió bárbaramente y asesinó a los católicos y gente de orden, se incendió, destruyó y saqueó iglesias y conventos, produciendo un conjunto de ruinas no igualado en ninguna revolución de la Historia española, en la *parte nacional* se puso como base desde un principio el catolicismo de la España tradicional y se procedió en unión íntima con el episcopado. Ya durante la guerra y después de ella se revocaron todas las leyes y disposiciones antieclesiásticas de la República; se concedieron al catolicismo todos los honores de religión del nuevo Estado; se restableció el crucifijo en las escuelas, se impuso la enseñanza religiosa, se restituyó al cementerio su carácter de lugar sagrado; devolvieron sus casas y todos sus derechos a la Compañía de Jesús; se publicó el Fuero del trabajo, la ley de Segunda enseñanza del 20 de septiembre de 1938 y el nuevo proyecto para la enseñanza universitaria de 27 de abril de 1939, todo basado en los principios cristianos; más aún; se dieron diversas disposiciones oficiales para la represión de la masonería. Finalmente, toda la legislación del nuevo Estado y la actuación de los nuevos gobernantes han tomado un matiz de profunda religiosidad. De ello es el mejor indicio el acuerdo del gobierno español con la Santa Sede, del 7 de junio de 1941, por el que se ponen las bases para la elección de prelados y otras dignidades eclesiásticas y para la próxima conclusión de un Concordato.

Entretanto la tarea de la Iglesia española es sumamente ardua, no sólo porque en muchas diócesis han sido asesinados más de un cincuenta por ciento de sus sacerdotes y destruidos y saqueados casi todos sus templos, sino porque hay que atender a la organización de la vida católica sumamente abandonada, rescatar a muchos que habían perdido la fe con las propagandas comunistas y ateas y unir las diversas tendencias existentes entre los mismos católicos.

M. 1944. BRENNAN, G., The spanish Labyrinth. An account of the social and the political background of the civil war. Cambridge 1944. MIRANDIT, F., L'Espagne de Franco. P. 1948.

cómo los diversos Estados que se formaron, resolvieron la cuestión religiosa y cómo en ellos se desarrolló la Iglesia hasta nuestros días. Ante todo, veamos algunas ideas generales.

a) **Diversos núcleos de independencia: El Plata.** Ante todo, son muy diversas las causas que influyeron en este movimiento general de independencia de América. Dejando a un lado otras que pudieran indicarse, como el ejemplo reciente de la independencia alcanzada por los Estados Unidos y el esfuerzo de las sociedades secretas por separar aquellas naciones de la madre España, queremos notar de un modo especial el hecho del estado caótico en que se hallaba España en torno al año 1810. Cautivo el rey y puesto el gobierno en manos de una regencia, sin autoridad y sin ejército, España se ofrecía a los pueblos de América como incapaz de gobernarlos. En estas circunstancias se inician varios movimientos de independencia. Estos fueron diversos.

El primero se formó en las regiones del Plata²⁾. El año 1810 se inició el primer movimiento, en el que tuvieron una parte importante Belgrano y Saavedra y que presenta un carácter monárquico y de apoyo de la autoridad real. En él tuvo una parte importante el obispo Lué y en general el elemento eclesiástico. En la *primera junta* que se formó, los eclesiásticos estaban representados por el célebre presbítero Manuel Alberti, cura de San Nicolás. La asamblea del año 1813 manifestaba un rompimiento de toda dependencia eclesiástica con la península Ibérica, aunque no con Roma, si bien se advierte en ella un espíritu galicano y de franca intromisión en los asuntos eclesiásticos. El Congreso de 1816, después de las campañas victoriosas de San Martín, Belgrano y Alvear, declara la independencia, en cuya declaración tomaron parte once sacerdotes de los veintinueve firmantes. Una de sus primeras resoluciones fué incoar las relaciones con la Santa Sede. Sin embargo, éstas fueron difíciles, y los primeros conatos terminaron con un completo fracaso. Por otra parte, los nuevos gobernantes estaban imbuidos en las ideas galicanas o febronianas y liberales tropas de Riego en 1820 y de la revolución consiguiente en la península forma de Rivadavia de 1822.

681. b) **Otros centros de independencia.** Prescindiendo de algunos conatos de rebelión ocurridos en Méjico antes del año 1810 y que no tuvieron importancia particular, al mismo tiempo que los actos de emancipación del Plata, se produjeron otros semejantes en Caracas y Bogotá. En el círculo de Caracas se distinguieron particularmente Miranda y sobre todo Bolívar, el cual fué en adelante el alma del movimiento libertador. Reprimidos estos movimientos por la acción enérgica del virrey Abascal y sobre todo con las fuerzas del general Morillo, se puede decir que hacia el año 1816 quedaba Nueva Granada sometida a España, mientras el Río del Plata declaraba su independencia. Sin embargo en 1819 se levanta de nuevo Bolívar apoyado en el disgusto contra el general Morillo, y en una serie de victorias consigue formar la gran Colombia, con Colombia, Venezuela y Ecuador, al mismo tiempo que San Martín, después de libertar a Chile en 1817, entra en Lima en 1821 y contribuye decisivamente a la victoria de la emancipación. Todo esto fué posible, por efecto de la defección de las tropas de Riego en 1820 y de la revolución consiguiente en la Península Ibérica.

En este mismo tiempo, y aprovechándose de la impotencia de España, se levantaba en Méjico el general Agustín de Iturbide, descendiente de los Aztecas, se declaraba independiente de España y se proclamaba emperador en 1822-1823.

En el Brasil se desarrollaban los acontecimientos de una manera algo diversa. También allí produjeron su efecto los aires de libertad y emancipación; mas en 1821 se hallaba en Río de Janeiro la familia real, y así, don Pedro mismo, el heredero de Portugal, hijo de Juan VI, en septiembre de 1822 levantó el grito de independencia, y fué reconocido como emperador del Brasil.

²⁾ Para éste y los párrafos siguientes véase ZURETTI, o. c., p. 177 s.

CAPÍTULO VI

La Iglesia católica en el Nuevo Mundo¹⁾

680. El desarrollo de la Iglesia católica en América durante el siglo XIX presenta un carácter completamente diverso del que había tenido hasta entonces. Por una parte deja de ser territorio de misiones, y las numerosas nacionalidades que se van formando adquieren un desarrollo semejante al de los Estados europeos. Por otra, mientras los territorios hispanos se debaten durante el siglo XIX en continuas luchas de carácter político y religioso, se forman en la América del Norte los Estados Unidos y el Canadá, donde el Catolicismo va robusteciéndose cada vez más, frente a un Estado protestante.

I. Independencia y sus relaciones con la Iglesia

En el movimiento general de emancipación que observamos en la América española y en el Brasil, nos interesa particularmente la manera

¹⁾ Para la bibliografía general de América latina y su independencia, véanse: HERNÁNDEZ, F. J., Colección de Bulas, Breves y otros documentos relativos a la Iglesia de América y Filipinas. 2 vol. Bruselas 1879. BECKER, J., La independencia de América. M. 1922. ÍD., La política española en las Indias. M. 1920. ÍD., Relaciones diplomáticas de Esp. con la Sta. Sede durante el siglo XIX. M. 1909. KIRKPATRICK, F. A., The Republics of Latin America. En Cambr. mod. Hist., XII. Cambridge 1910. SUÁREZ, J. L., Carácter de la revolución americana. Buenos Aires 1917. MANCINI, J., Bolívar et l'émancipation des colonies espagnoles des origines à 1815. P. 1912. ANDRÉ, M., El fin del imperio español en América. B. 1922. TERMOZ, P., Amérique latine, en Dict. Th. Cath. *Acta et decreta Concilii Plenarii Americae lat. anno 1899 celebrati*. 2 vol. R. 1900. AYARRAGARAY, L., La Iglesia en América y la dominación española. Buenos Aires 1920. LETURIA, P., La primera Nunciatura en América y su influencia en las Repúblicas hispanoamericanas (1829-1832). En Raz. y Fe, 86 (1929), 28 s. ÍD., La acción diplomática de Bolívar ante Pío VII (1820-1823), I. M. 1925. ÍD., Bolívar y León XII, II. M. 1930. Posteriormente ha publicado diversos trabajos sobre temas semejantes. Notamos en particular: ÍD., Gregorio XVI y la emancipación de la América española. En Miscel. conmemor., II, p. 295-357. ÍD., La encíclica de Pío VII (30 de enero de 1816) sobre la revolución hispanoamericana. M. 1948. VARGAS UGARTE, R., El episcopado en los tiempos de la emancipación sudamericana. 2. ed. Buenos Aires 1945. FERNÁNDEZ ALMAGRO, M., La emancipación de América y su reflejo en la conciencia española. M. 1944. WHITAKER, A. P., The United States and the Independence of Latin America, 1800-1830. Baltimore 1941. MOURO, D. G., The Latin Amer. Republics. Nueva York 1942. CRAWFORD, W. R., A Century of Latin Amer. thought. Cambridge 1944. BARÓN CASTRO, B., Españolismo y antiespañolismo. A. M. 1945. ZURETTI, J. C., Historia eclesiástica argentina. Buenos Aires 1945. MADARRIAGA, S. DE, The fall of the Span.-Amer.-empire. L. 1947. ROUMA, G., L'Amérique latine. I. Argentine... Bruselas 1948.

682. c) Los nuevos Estados intentan entablar relaciones con la Santa Sede^{*)}. Los nuevos Estados que se formaron en la América latina, primero la Argentina, con el general San Martín, luego la Gran Colombia con Bolívar, y juntamente Chile, el Perú, Méjico y el Brasil, aunque imbuídos en gran parte en ideas enciclopedistas, galicanas y liberales, manifestaron desde un principio interés especial en entablar relaciones con Roma. Sin embargo, conviene observar estos dos hechos: por una parte, que, no obstante sus esfuerzos, no se pudieron poner en contacto con Roma hasta 1820; y por otra, que hasta esta fecha, la Santa Sede no quiso entablar relaciones con los nuevos pueblos americanos, y sólo muy poco a poco fué entrando después en contacto con ellos.

Ya se ha dicho antes que en sus primeros actos de independencia, particularmente en el Congreso de Tucumán de 1816, el nuevo Estado de la Argentina manifestó sus deseos de entrar en relaciones diplomáticas con el Papa. En el período 1810-1814 estos conatos, aparte otras dificultades, fueron difíciles, por hallarse el Papa desterrado de Roma y a merced del despótico Napoleón Bonaparte. El siguiente, 1814-1818, a causa de la reacción realista y legitimista que siguió a la derrota de Napoleón de 1814 y al Congreso de Viena de 1815, no era fácil que los nuevos Estados americanos encontraran oídos benévolos en Roma. Esto no obstante, realizaron repetidos esfuerzos por llegar a una inteligencia. El primero fué la misión de Valentín Gómez a París, que terminó con un completo fracaso. El segundo, mucho más eficaz, fué el de Fray Pedro Pacheco, O. F. M., personaje algo enigmático, pero que dió pruebas de gran patriotismo y religiosidad, por lo cual es designado como el Americano. En 1821 se presentó en Roma como primer representante criollo extraoficial, y aunque se frustró su misión, sin embargo su fruto debía ser abundante: el principal era un representante pontificio para la América, en la misión Muzi que poco después se realizó.

Los pasos siguientes corresponden a los nuevos pueblos hispanos de la Gran Colombia, libertados por Bolívar. En efecto, en 1819-1820 son Peñalver y Vergara quienes, en nombre de Venezuela y Colombia dan, por medio de sus cartas, informes oficiales a la Santa Sede sobre la verdadera significación del movimiento liberador de América. Más importante fué la misión diplomática llevada en 1820-1821 a Roma por el caballero Zea en nombre de la Gran Colombia, y finalmente la carta enviada en 1821 al Romano Pontífice por Lasso de la Vega, primer obispo que defiende ante el Papa la causa de América. Estos últimos esfuerzos, en los que tuvo una parte decisiva el mismo Bolívar, obtuvieron el primer contacto directo del Papa con las nuevas nacionalidades americanas, que se efectuó en 1822. Notemos, finalmente, las misiones frustradas de 1822-1823, realizadas en nombre del general Santander por Echevarría y Gutiérrez Moreno, y la de 1823 en nombre de don Ignacio Tejada. Pero Europa se hallaba entonces bajo el influjo de la Santa Alianza en un momento desfavorable a todo intento revolucionario, por lo cual León XII no pudo atender directamente a estas reclamaciones.

683. d) La Santa Sede y los nuevos Estados de América. En el primer período, desde 1810 a 1814, la curia pontificia dispersa en Francia apenas pudo intervenir en los asuntos de América. Por otra parte, el movimiento de las regiones del Plata era más bien favorable al monarca cautivo Fernando VII. A partir de 1814 diversas causas influyeron en apartar al Romano Pontífice de la idea de favorecer a las nuevas nacionalidades americanas. Por una parte, la reacción general contraria a la revolución, y por otra la reivindicación realizada por el rey de España sobre sus colonias de América, a lo que se añadía el apoyo directo de todas las potencias europeas: todo esto obligaba a Pío VII a mantener el estado vigente del patronato o vicariato de Indias de los Reyes españoles. Así se explica que en 1816 dirigiera Pío VII al episcopado y fieles de América el breve «Etsi longissimum», en que exhortaba a todos a la sumisión

y obediencia a la metrópoli. Por esto mismo el Cardenal Consalvi se manifestó claramente opuesto en 1817 a la instancia dirigida a la Santa Sede por el Congreso del Tucumán. Más aún; durante los años 1814-1820 se siguieron proveyendo a propuesta del Rey de España diversas sedes vacantes de toda América.

La situación del Romano Pontífice era sumamente delicada. No obstante las deficiencias del sistema del Patronato de Indias, a través del mismo se desarrollaban hasta entonces todas las relaciones entre la Santa Sede y los territorios americanos. Este sistema se había consolidado entre los años 1814-1820. El Papa se veía atado por la costumbre secular y por la fuerza que ejercían sobre él las potencias europeas. Pero la lucha continuó cada vez más tenaz e insistente. Con los informes que fueron enviando los obispos hispanoamericanos, el Papa se fué dando cuenta cada vez más perfecta de la verdadera situación de la Iglesia de América. La misión de Fr. Pedro Pacheco, el Americano, contribuyó eficazmente a disipar errores e ilustrar debidamente al Romano Pontífice. Más eficacia todavía en este sentido obtuvieron las intervenciones a que antes aludimos, de Zea y Lasso de la Vega en 1820 y 1821. Precisamente entonces se produjeron los acontecimientos promovidos por el levantamiento de Riego, que trajeron a España un nuevo período de desorden entre 1820 y 1823. Predispuesto ya el Papa contra España por estos hechos, se explica que en 1822 dirigiera a América el primer documento que podemos llamar oficial y significa el primer contacto directo del Papa con América. Las nuevas embajadas de Echevarría y Gutiérrez-Moreno de 1822-1823, que representan la acción políticoreligiosa de Bolívar ante la Santa Sede, así como también la obra positiva de Lasso de Vega, y sobre todo del Obispo de Popayán dieron más consistencia todavía a la causa de las nuevas nacionalidades americanas. Entretanto se habían dado pasos igualmente en Roma para obtener un nuncio de parte de Chile y de su director supremo Bernardo O'Higgins. Por medio del embajador José Cienfuegos, se hizo fuerza al Romano Pontífice de tal manera, que al fin el Papa se decidió a mandar una misión pontificia, presidida por Juan Muzi, y en la que tomó parte Juan Mastai Ferretti, el futuro Papa Pío IX. De este modo el Romano Pontífice daba el primer paso de importancia en orden a la estabilización de las relaciones pontificias con América. Aunque el enviado pontificio Muzi, al que en Roma se dió el nombre de Vicario Apostólico, no pudo apenas realizar nada en la Argentina a causa del espíritu antirromano de Rivadavia, y su misión se limitó a Chile, sin embargo, fué generalmente muy bien recibido y obtuvo benéficos resultados. Uno de sus últimos actos fué designar a Mariano Medrano vicario apostólico de Buenos Aires, con lo que se iniciaba la nueva jerarquía dependiente directamente de Roma.

Pero mientras se realizaba en América la misión Muzi, se producía en Europa, a partir de 1823, una reacción monárquica y absolutista; Fernando VII, repuesto en España y robustecida su autoridad, trataba de hacer valer sus derechos sobre América; los principales Estados europeos lo apoyaban. Con esto se vió forzado el nuevo Papa León XII y publicó en 1824 la encíclica «Etsi iam diu», dirigida al obispado de América meridional, contraria a los intereses de los nuevos Estados americanos. Sin embargo, no llegó a enviarse a los obispos americanos, porque precisamente entonces llegaron las noticias sobre la derrota definitiva de las fuerzas españolas en la batalla de Ayacucho en 1824.

Después de esto, podemos decir que el Papa aceptó los hechos consumados, y sin arredrarse por el disgusto de España, inició el nuevo sistema de inteligencia directa con América, designando vicarios, delegados apostólicos y obispos. De este modo quedaba abolido de hecho el Patronato español de Indias. En mayo de 1827, León XII comunicaba a las cortes de la Santa Alianza su determinación de prescindir del Patronato. En un consistorio de 1828 preconizó a varios obispos *in partibus* para diversas diócesis americanas, entre los que se contaban Medrano para Buenos Aires y Fr. Justo de Santa María para Cuyo. En 1829 se estableció la nunciatura del Brasil, y Pío VIII resolvió que la delegación pontificia para la América española estuviese incluida en esta del Brasil.

^{*)} Véase para éste y los párrafos siguientes: LETURIA, La acción... de Bolívar, p. 31 s.

684. e) **Interés de los Papas y medidas generales.** Formadas de este modo las diferentes nacionalidades de la América latina, no obstante la participación de los elementos católicos, en particular de los sacerdotes y religiosos, en la independencia, y a pesar de que la inmensa mayoría de la población era católica, hubo desde un principio guerras o persecuciones de los elementos liberales o masones contra la Iglesia católica, que continuaron durante todo el siglo XIX y en parte han seguido hasta nuestros días. Al mismo tiempo se distinguen las nuevas nacionalidades americanas por su inestabilidad civil, que dió origen a constantes luchas y trastornos políticos, que han impedido su normal desarrollo.

Mas, por otra parte, vemos el esfuerzo constante de los elementos católicos, y en particular del Papa, por mantener la antigua civilización cristiana y defender los derechos sagrados de la Iglesia. A esto obedeció la fundación, hecha por Pío IX en 1858, del *Colegio Pío Latino Americano* de Roma, confiado a los jesuitas, que ha desarrollado desde entonces una actividad sumamente eficaz en la formación del clero americano. En él se celebró en 1899 el *Concilio Plenario de América Latina*, en el que tomaron parte cincuenta obispos. Al mismo objeto va encaminada la institución constante de nuevas diócesis y provincias eclesiásticas. Por esto en la actualidad, 1950, algunos territorios americanos, como Estados Unidos, Canadá, Brasil, Argentina y otros, poseen una jerarquía completísima. El defecto principal, común en dichas repúblicas, es la falta de clero, por lo cual innumerables fieles se ven apenas atendidos en sus necesidades espirituales. Mas por otra parte, conviene notar que las antiguas Órdenes religiosas, franciscanos, dominicos, jesuitas, etc., que tanto contribuyeron a la evangelización de estos vastos territorios, y otras de reciente fundación, han trabajado heroicamente, sufriendo con frecuencia los golpes más duros de la persecución, que se ha ensañado con ellos.

II. Repúblicas Sudamericanas

685. Veamos ahora brevemente el desarrollo de la Iglesia en cada una de las Repúblicas Sudamericanas.

a) **República Argentina** ⁴⁾ No obstante el patriotismo manifestado por los católicos en la emancipación de la Argentina, el nuevo Estado manifestó desde un principio una tendencia francamente anticatólica. Así aparece en la asamblea constituyente de 1813, que dió

⁴⁾ Véase sobre todo ZURETTI, O. C. En esta obra se encontrará abundante bibliografía. En particular pueden verse: MITRE, B., *Historia de Belgrano* y de la independencia argentina. Buenos Aires 1867. ÍD., *Historia de San Martín* y de la emancipación Sudamericana. 2.ª ed. Buenos Aires 1890. UDAONDO, E., *Congresos de 1816, apuntes biográficos*. Buenos Aires 1916. PICCIRELLI, R., *Rivadavia y su tiempo*. Buenos Aires 1942. BELGRANO, M., *Historia de Belgrano*. Buenos Aires 1944. OTERO, J. F., *Historia del Libertador don José de San Martín*. 8 vol. Buenos Aires 1944-1945. COLOMBRES-MÁRMOL, E. L., *San Martín y Bolívar en la entrevista de Guayaquil a la luz de nuevos documentos definitivos*. Buenos Aires 1940. ESTRADA, J. M., *La política liberal bajo la tiranía de Rosas*. Buenos Aires 1940. GÁLVEZ, M., *Vida de J. M. Rosas*. Buenos Aires 1940. PADILLA y BÁCENA, *La Iglesia y la independencia argentina*. Buenos Aires 1910. CARRANZA, A., *El clero argentino de 1810 a 1820*. Buenos Aires 1917. AÑAMÉDA, J., *Argentina católica*. Buenos Aires 1935. *Academia Nac. de la Hist.*, *Historia de la nación Argentina*. Buenos Aires 1939. COPELLO, CARD. S. L., *Gestiones del arzobispo Aneiros en favor de los indios...* Buenos Aires 1944.

varias disposiciones antieclesiásticas y en los planes sectarios de Rivadavia de 1822. Aunque el Romano Pontífice mostró un interés creciente por el nuevo Estado, la campaña antieclesiástica continuó intensificándose por medio de la Prensa y con el apoyo de las sociedades secretas.

Muerto en 1819 el obispo Lué de Buenos Aires, recibió un sucesor, nombrado por el representante de Roma, en la persona de Mariano Medrano, quien fué algún tiempo Vicario Capitalar, y desde 1827 fué proclamado obispo *in partibus*. Sólo en 1884 recibió el título de obispo de Buenos Aires. Esta Sede fué elevada a metropolitana en 1865. Al mismo tiempo la antigua Sede de Córdoba era provista en 1830, mientras Fr. Justo de Sta. María de Oro era nombrado obispo de Cuyo, y José Agustín Molina, obispo de Salta. Poco después se creaba la nueva diócesis de Panamá.

Entretanto la Iglesia seguía su desarrollo a través de luchas constantes. El presidente Juan Manuel Rosas (1829-1852) comenzó su larga dictadura mostrando gran benevolencia con la Iglesia; pero bien pronto emprendió aquella carrera de intromisiones y vejaciones, que lo convirtieron en verdadero perseguidor del Catolicismo. El general Justo José de Urquiza (1852-1860), después de derribar a Rosas, inició tiempos mejores para el Catolicismo. En 1855 se publicó la nueva Constitución, en que se declaraba a la Religión católica religión del Estado y se basaba en la moral católica. El general Mitre, vencedor y sucesor de Urquiza en 1861, fué elegido como un verdadero presidente constitucional y fomentó constantemente la religión católica. Favoreció el Seminario, que hizo erigir en el lugar donde se halla actualmente, y estabilizó la jerarquía, obteniendo en 1865 la elevación de Buenos Aires a Metropolitana con su primer arzobispo Mariano José Escalada.

Estos triunfos incipientes de la Iglesia provocaron una reacción en los elementos anticlericales, por lo cual durante las presidencias que siguieron, de Sarmiento y Avellaneda, se intensificó cada vez más la campaña anticatólica de la masonería y de la Prensa liberal. Esta campaña culminó en 1875 so pretexto de una pastoral del arzobispo Federico Aneiros, que fué el héroe más significado de la causa católica. Llegó al extremo de publicar una contrapastoral replicando al Prelado. Otro punto culminante de la campaña anticatólica fué la presidencia del general Julio A. Roca, durante la cual se llegó, en 1880, a verdaderos asesinatos de sacerdotes; pero sobre todo se manifestó en la célebre ley escolar de 1883, contra la enseñanza de la religión en las escuelas públicas. No mucho después se llegaba a la expulsión del representante del Papa.

El fanatismo de las sectas y de los elementos liberales llegó a su colmo en 1890, y no ha cesado de perseguir desde entonces a la Iglesia en todas las formas posibles. Sin embargo, entonces precisamente se inició una gran reacción católica, que siguió en aumento y ha ganado extraordinariamente en nuestros días. A ello han contribuido eficazmente las Órdenes y Congregaciones religiosas, entre las que sobresalen los salesianos, jesuitas y franciscanos. No obstante este avance católico, todavía en 1901 se intentó introducir la ley del divorcio; pero el intento fracasó. Las relaciones con Roma volvieron a reanudarse, y en 1907 se nombró un representante de la República ante la Santa Sede. Al mismo tiempo Roma estableció en Buenos Aires un Internuncio apostólico. Por otra parte, no obstante las leyes contrarias del Estado y el esfuerzo constante de la masonería, de los liberales, de los socialistas y comunistas, la Iglesia Católica ha incrementado sus instituciones. Así, en 1910 se estableció en Buenos Aires una Universidad católica. En 1918 se fundó un partido católico. La Prensa católica cuenta con instrumentos considerables para su pro-

paganda, si bien es verdad que no pueden compararse con los grandes rotativos liberales. La religión católica persiste como religión del Estado.

De la prosperidad del catolicismo dió buena muestra el Congreso Eucarístico Internacional, celebrado en Buenos Aires el año 1934, al que asistió como Legado pontificio el entonces Cardenal Pacelli. Existen misiones florecientes, particularmente en Patagonia, Las Pampas y Gran Chaco. En ellas trabajan sobre todo los salesianos, franciscanos y los misioneros alemanes de Steyl. Al Congreso Eucarístico nacional de 1944 asistieron unos 200 000 hombres. La jerarquía católica comprende en 1950 siete metropolitanos y 16 obispados con un Cardenal en Buenos Aires. Mas, por otra parte, la propaganda protestante es extraordinaria. Han fundado varios seminarios, y sólo en Buenos Aires han levantado en pocos años 125 templos.

686. b) Bolivia ⁵⁾. El movimiento iniciado el 25 de mayo de 1809 en Chuquisaca tuvo su término en 1825 en el combate de Tumusla con la independencia definitiva de Bolivia. Bolivia fué ayudada, ya por el general San Martín, quien después de librar las regiones del Plata entró en Chile y luego en el Perú, proclamando su independencia en Lima en 1821, ya por Bolívar y por el general Sucre, quien entró victorioso en La Paz en 1825. Bolivia proclamó su independencia bajo la protección de Bolívar. Sin embargo, siguieron los desórdenes hasta que el mariscal Santa Cruz restableció la paz, unió en 1834 a Bolivia con el Perú y dotó a ambos Estados de una constitución. En 1839 volvieron a separarse, y desde entonces han continuado con frecuentes guerras civiles y trastornos interiores, así como también con luchas contra los países limítrofes.

En medio de esta inseguridad y trastornos públicos, la Iglesia tuvo que sufrir graves consecuencias. La opresión se hizo crónica a través de todo el siglo XIX. Es interesante al mismo tiempo el trabajo realizado en las antiguas misiones entre los chiriguano al norte y sur del Chaco. En 1835 se reanudó el trabajo de las llamadas reducciones entre los chiriguano y tobas, los mosotones y guarayos. Desde principios del siglo XX, gracias a las quejas de Pío X, se realizó un cambio en la situación religiosa. En 1917 se estableció en La Paz un Internuncio, y en 1925 la República fué consagrada al Sagrado Corazón. Este mismo año se trasladó a Sucre el antiguo obispado de La Plata, que hoy es sede metropolitana. En sus guerras con el Paraguay por el Chaco intervino varias veces Pío XI. Actualmente goza el catolicismo de relativa prosperidad, y la jerarquía comprende dos sedes metropolitanas, seis obispados y cinco vicariatos apostólicos.

687. c) Brasil ⁶⁾. La independencia del Brasil tuvo un principio pacífico. Proclamado Pedro I en 1822, reinó como emperador (1822-1831), y aunque la constitución de 1824 declaraba el catolicismo religión del Estado, sin embargo se manifestó hostil a las Órdenes y Congregaciones religiosas y permitió excesiva libertad a las sectas. Bajo el largo reinado del emperador Pedro II (1841-1889), proclamado ya en 1831, el catolicismo era religión oficial, y en muchas cosas, sobre todo en el cultivo de las mi-

⁵⁾ ALIAGA, G., Compendio de historia de Bolivia. La Paz 1903. BLANCO, F., Documentos para la historia de Bolivia; Compendio de la hist. de Bol., y otras obras del mismo.

⁶⁾ BADARÓ, E., L'Église du Brésil pendant l'Empire et pendant la République. R. 1895. BURNICHON, J., Le Brésil d'aujourd'hui. P. 1910. LACERDA DA ALMEIDA, A. Igreja e o Estado, suas relações no Direito Brasileiro. Rio de Janeiro 1924. Y. DE LA BRIÈRE, Au Brésil P. 1930. THORNTON, M. C., The Church and freemasonry in Brazil. Washington 1948.

siones, fué favorecido por el Estado. Sin embargo, la masonería, que había tenido gran influjo en la conquista de la independencia, lo conservó después y procuró impedir en lo que pudo el desarrollo del catolicismo. Los jesuitas, lazaristas y otros muchos religiosos trabajaron con intensidad, y el episcopado defendió activamente los derechos de la Iglesia, que fué conquistando gran prestigio. Precisamente por esto, hacia el año 1870 la masonería y el liberalismo intensificaron su campaña contra la Iglesia, defendida entonces por el intrépido capuchino *Gonçalves d'Oliveira*, obispo de Olinda, y *Antonio de Macedo Costa*, obispo de Pará, que llegaron a ser encarcelados en 1874. A esto siguieron nuevas medidas de persecución, que tuvieron la virtud de excitar el fervor católico. Destronado don Pedro en 1889 y proclamada la República, se introdujo el matrimonio civil, se prohibió la enseñanza religiosa en las escuelas y se declaró la separación de la Iglesia y el Estado; pero como la Iglesia conservó sus propiedades y generalmente gozó de verdadera libertad, ha podido desarrollarse con relativa holgura.

Actualmente el clero goza de gran prestigio, a lo que ha ayudado eficazmente el *Colegio Brasiliense* de Roma, erigido en 1929. El gobierno y los elementos dirigentes favorecen positivamente al catolicismo. Desde 1937 el Brasil tiene un embajador ante la Santa Sede. Ésta nombró ya en 1829 un Nuncio apostólico en el Brasil, que fué durante muchos años el único representante pontificio en la América latina. Desde 1939 posee una Universidad católica en Río de Janeiro, cuyos títulos son reconocidos desde 1940. La nueva Constitución de 1946 mantiene las bases católicas. La jerarquía católica, en 1950, comprende diecisiete arzobispos, 88 obispos y dos prefectos apostólicos. En 1946 se inauguró una segunda universidad católica en Sao Paulo. Por desgracia, el trabajo de las diversas sectas protestantes en el Brasil es particularmente intenso.

688. d) Chile ⁷⁾. Iniciada en 1810 la emancipación de Chile en íntima relación con la del Plata y del general San Martín, se proclamó su independencia definitiva en 1818, después de la victoria de Chacabuco de 1817. El general O'Higgins fué proclamado director supremo (1818-1823), mas por su carácter despótico fué forzado a abdicar y le siguió (1823-1830) la llamada *era de los pipiolo*, que se caracterizó por los trastornos del país. El gobierno de Prieto-Portales (1833-1841) dotó al país en 1833 de la constitución que todavía rige y le dió un período de relativa paz. Desde el punto de vista eclesiástico, ya se dijo cómo O'Higgins envió a Roma un embajador y obtuvo la célebre misión Muzi. Por lo demás, desde el principio pudieron trabajar los jesuitas y otros religiosos, ayudados de una buena selección del clero, bajo la dirección del arzobispo de Santiago. Pero la República estuvo en continuas guerras con el Perú y los Estados del Plata, y hubo diversos conatos de persecución religiosa (en 1824 abolición de todos los conventos), por lo cual los progresos se hicieron muy difíciles. Los presidentes Pérez (1861-1871) y Errázuriz (1871-1876) cooperaron al resurgir de la Iglesia, que llegó a alcanzar gran prosperidad. Desde 1915 desarrollaron intensa actividad los liberales, y aun conquistaron el poder en 1918.

Los católicos fundaron entonces su partido y han seguido luchando con perseverancia. Desde 1916 hay nunciatura apostólica en Santiago, y aunque la Constitución de 1926 proclamó la separación de la Iglesia y del Estado, la Iglesia se ha desarrollado prósperamente. Uno de los instrumentos que más ha ayudado, ha sido la Uni-

⁷⁾ BARROS ARANA, D., Historia general de Chile. 15 vol. Santiago 1884-1897. GAZULLA, Los primeros Mercedarios en Chile. Santiago 1918. ENRICH, F., Historia de la Compañía de Jesús en Chile. B. 1891. GABRIOTTI, VEN., Evocación de una misión de Mons. Juan Muzi en América latina. «Archivum». 1943.

versidad Católica, fundada en 1888. La jerarquía, en 1950, comprende tres sedes metropolitanas, catorce obispados, un vicario y un prefecto apostólico. Los protestantes trabajan intensamente en este territorio. Para oponerse a su actividad, y juntamente a la acción del comunismo, se celebró en 1947 un Concilio plenario.

689. e) Colombia ⁸⁾. Después de los primeros conatos de levantamiento, realizados antes de 1816, el libertador Bolívar, partiendo de Venezuela, consiguió desde 1819 reunir la Gran Colombia y llevarla al triunfo definitivo en las batallas de Zúñiga y Ayacucho de 1824. Poco después contribuye a consolidar la república del Perú y fundar la de Bolivia, que toma su nombre. Sin embargo, no permanecieron mucho tiempo unidas Colombia, Venezuela y Ecuador, que formaban la Gran Colombia. Hondamente disgustado el libertador Bolívar por la oposición que encontraba, decidió en 1830 renunciar definitivamente al gobierno que se le ofrecía, y murió poco después. Con esto se deshizo la Gran Colombia, separándose del bloque Venezuela y Ecuador. Desde entonces ha tomado Colombia diversos nombres, como de República de Nueva Granada (1831-1858), Confederación Granadina⁹ (1858-1863) y otros. Desde 1910 se denomina República de Colombia.

En los primeros momentos se entablaron bien los asuntos religiosos y las relaciones con la Santa Sede; pero después de la desaparición de Bolívar, se inició una era de trastornos y guerras civiles y políticas, acompañadas de persecución religiosa. Esta posición anticatólica quedó consagrada con la Constitución de 1851. El héroe de la causa católica en este tiempo de prueba, fué el arzobispo de Bogotá, *Manuel José de Mosquera*, que mereció los elogios de Pío IX: pero al fin fué desterrado por el gobierno sectario. Después de un período de paz, se renovó la persecución desde 1861 y, como siempre, fueron desterrados los jesuitas y hechos víctimas del odio ateo un buen número de obispos. La Constitución de Río-negro de 1863 fué abiertamente anticlerical. Finalmente, en 1886, se inauguró un período de paz religiosa con una nueva Constitución sobre bases enteramente católicas. En 1887 se firmó un Concordato con la Santa Sede, que fué completado en 1893.

En 1900, León XIII reorganizó la jerarquía. A partir de este tiempo la vida católica se pudo desarrollar con relativa prosperidad hasta nuestros días. De este modo se preparó el establecimiento de un Nuncio pontificio en 1917. Por desgracia, en 1930 se apoderaron del gobierno los liberales, por desunión de los conservadores, y disminuyó durante algún tiempo el favor otorgado a la religión. Sin embargo, en 1945 se celebró en Bogotá un Congreso Católico Internacional de Educación. Colombia posee una Universidad Católica en Bogotá y, aunque en 1949 el comunismo intentó asaltar el poder, cometiendo actos de vandalismo, la situación religiosa se ha robustecido en los últimos años.

⁸⁾ Véanse, ante todo, los trabajos del P. LETURIA, *La acción diplomática...*; Bolívar y León XII, etc. Además: PÉREZ, R., *La Compañía de Jesús en Colombia*. 3 vol. Valladolid 1896-1898. GROOT, J. M., *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*. 3 vol. Bogotá 1969 1870. RESTREPO, J. P., *La Iglesia y el Estado en Colombia*, L. 1885. ARBOLEDA, G., *Historia contemporánea de Colombia*. L. Bogotá 1918. RESTREPO, J. M., *Historia de la revolución de la República de Colombia en la América Meridional*. 3 vol. Bogotá 1943-1945. BLANCO, F., *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador de Colombia, Perú, Bolivia...* 14 vol. Caracas 1875-1877. BOLÍVAR, S., *Cartas*. 2 vol. M. 1921. MONSALVE, F. J., *El ideal político del Libertador Simón Bolívar*. 2 ed. M. 1917. CRUZ, E. DE LA, *La entrevista de Guayaquil. El Libertador y San Martín*. M. 1917. MASER, G., *Simón Bolívar*. Albuquerque 1948.

Los protestantes han emprendido hace pocos años la conquista de Colombia y ya poseen en Bogotá grandes colegios. Frente a los mismos, el presidente Ospina Pérez ha declarado que quiere gobernar conforme a las directrices pontificias. La jerarquía católica en 1950, comprende cuatro arzobispos, trece obispos, cuatro vicarios y diez prefectos apostólicos.

690. f) Ecuador ⁹⁾. Desde su separación de la Gran Colombia en 1830, fué presa de la fiebre anticlerical, que dominaba al liberalismo, pero que llevó también a un estado tal de decadencia, que hacia 1855 apenas existía ninguna escuela ni camino practicable en todo el país. En 1859 se consiguió por fin poner orden en la República, y sobre todo desde 1861 a 1875 la gobernó el inmortal presidente *García Moreno*, quien con su extraordinario talento organizador y sus sentimientos profundamente católicos, devolvió la paz religiosa, reorganizó la nación y la elevó a un estado de verdadera prosperidad. En 1863 firmó un Concordato con la Santa Sede, llamó a los jesuitas para que se encargaran de la educación, y, sostenido por el episcopado, hizo del Ecuador un Estado católico modelo. Pero esto precisamente le atrajo el odio más encarnizado del liberalismo y la masonería, que no pararon hasta verlo asesinado el 26 de agosto de 1875. Dos años después era envenenado igualmente el arzobispo de Quito, *José Ignacio Checa*. Desde entonces la nación cayó en manos de los partidos liberales, que han dado suelta a la irreligión e inmoralidad y se han permitido toda clase de violencias contra la Iglesia. Estas se manifestaron en 1904 con la separación oficial entre la Iglesia y el Estado, destierro de obispos y expulsión de las Órdenes religiosas. Pío X se quejó amargamente en 1905. La Constitución de 1906 ya no reconoce como oficial la religión católica y concede absoluta libertad de cultos, y en 1927 se prohibía la entrada de sacerdotes extranjeros. Posteriormente se ha ido mejorando la situación religiosa. En las fiestas centenarias de 1934 participó la Iglesia de un modo especial. En 1937 se firmó un Concordato con la Santa Sede. Los protestantes hacen progresos en los últimos años. La jerarquía católica, sobre la sede metropolitana de Quito, cuenta con siete obispados, cuatro vicarios y tres prefectos apostólicos.

691. g) Paraguay ¹⁰⁾. Después de la declaración de independencia en 1811, Paraguay fué constantemente víctima de grandes trastornos políticos y persecuciones religiosas. Ya en un principio tuvieron mucho que sufrir los católicos de parte del dictador Francia (1814-1840), quien llegó a depone al obispo, se arrogó el derecho de nombramiento de todos los cargos eclesiásticos, y en 1823 disolvió todos los conventos. A esto se añadió desde 1844 el sistema despótico del presidente Francisco Solano, quien con sus continuas guerras empobreció al país, y aun sacrificó al obispo *Manuel Antonio Palacios* y a muchos sacerdotes. Fueron inútiles los repetidos conatos por introducir en el país las Órdenes religiosas. Esto no obstante, según la Constitución de 1870, la religión católica es la religión del Estado. En 1881 fué erigido un Seminario en la Asunción, donde en 1847 se había establecido una sede episcopal. Poco a poco fué robusteciéndose la vida religiosa. En 1896 los Salesianos fundaron un colegio en la Asunción y luego otro en Concepción. Ellos mismos tomaron en 1920 las misiones de indios a lo largo del río Paraguay. En 1910 los misioneros de Steyl emprendieron otras misiones entre los indios orientales. Otros religiosos siguieron luego estos ejemplos. Uno de los que más contribu-

⁹⁾ TOBAR DONOSO, J., *La Iglesia ecuatoriana en el siglo XIX I. De 1809 a 1845*. Quito 1934. LE GOUVER, R. J., *Historia de la República del Ecuador*, I. 1822-1861. Quito 1935. RUMAZO, J., *La región amazónica del Ecuador en el siglo XVI*. Sevilla 1946. BERTHE, A., *García Moreno*. 2 vol. 4.ª ed. P. 1888. GEORGE-KAUFMANN, A., *García Moreno*. 1891. PATTEE, R., *Gabriel García Moreno y el Ecuador de su tiempo*. Quito 1941. GÁLVEZ, M., *Vida de don Gabriel García Moreno*. M. 1945.

¹⁰⁾ AZARA, F. DE, *Descripción e historia del Paraguay y Río del Plata*. 2 vol. Asunción 1896. BAZÁN y BUSTOS, A., *Nociones de Historia eclesiástica argentina*. Buenos Aires, 1945. La mayor parte de la bibl. ecles. del Paraguay trata de las célebres reducciones del período anterior.

veron a fomentar este espíritu de religiosidad, fué el obispo de la Asunción, Dr. Bogarín, a fines del siglo XIX. En 1929, su diócesis fué elevada a metropolitana. En 1934 se celebró con esplendor la beatificación de los mártires jesuitas Roque González, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo. En 1944 se celebró con entusiasmo un Congreso eucarístico. Por otra parte, es muy intensa la propaganda protestante en este país, por lo cual los mismos prelados se han visto forzados a llamar la atención sobre ello. La jerarquía eclesiástica, en 1950, cuenta con la sede metropolitana de la Asunción, dos obispos, un vicario y un prefecto apostólico.

692. h) Perú ¹⁴⁾. Durante las primeras luchas por la emancipación de las colonias sudamericanas a partir de 1810, el Perú fué dependido por el virrey Abascal (1806-1816); pero embestido más tarde por San Martín, éste entró en Lima en 1821 y proclamó la independencia. Sin embargo, no fué ésta definitiva. Recuperada Lima por los ejércitos reales, acudieron los generales Sucre y Bolívar en 1825 a consolidar la emancipación del Perú, que sólo fué definitiva en 1827. Durante los primeros años, la nueva República, y sobre todo la Iglesia católica, tuvieron que atravesar continuos trastornos y revoluciones. Con los presidentes Santa Cruz (1836-1839) y Castilla (1845-1851; 1855-1862) se llegó finalmente a un período de relativa tranquilidad, interrumpida luego durante los decenios siguientes. De este modo, aun siendo un territorio abundante en riquezas naturales, se fué empobreciendo rápidamente. Las guerras con Chile en torno a las regiones de Tacna y Arica crearon gran malestar. Sólo en 1929 terminaron finalmente con la pérdida definitiva de Arica. El catolicismo se resintió de todos estos trastornos; pero desde principios del siglo XX se desarrolla prósperamente. A ello contribuyó de un modo especial la actuación del presidente Lagua (1908-1930). La Constitución de 1920 es católica. Este mismo año se celebró el VIII Congreso de Lima. El Perú mantiene relaciones diplomáticas con Roma y posee un Nuncio apostólico en Lima. A partir de 1942 posee una Universidad Católica, cuyos grados, desde 1944, son reconocidos oficialmente. La jerarquía católica, en 1950, consta de cuatro arzobispos, once obispos, cinco vicarios y dos prefectos apostólicos.

693. i) Uruguay ¹⁵⁾. Obtenida la independencia, en 1830 se estableció en Montevideo un Vicariato apostólico, que en 1878 fué elevado a Sede episcopal y en 1897 a Arzobispado. Desde 1891 a 1908 el obispo Soler trabajó incansablemente por mejorar la situación de los católicos. A ello contribuyó también notablemente el Seminario de Montevideo, dirigido por los jesuitas. La Constitución de 1919 declaró definitivamente la separación de la Iglesia y el Estado, no permite la instrucción religiosa en las escuelas oficiales y presenta una marcada tendencia anticlerical. A esto siguieron años de persecución; pero en 1930 se erigió la nunciatura, y en 1940 se celebró con esplendor un Congreso nacional, claro indicio del renacimiento católico. Por otra parte, como en las demás repúblicas sudamericanas, también en el Uruguay desarrollan los protestantes una intensa propaganda. La jerarquía católica comprende actualmente un metropolitano en Montevideo y dos obispos.

j) Venezuela ¹⁶⁾. En sus luchas por la independencia, anduvo unida con Colombia, con la que formó la Gran Colombia. Habiéndose separado

¹⁴⁾ VARGAS, N., Historia del Perú independiente. 8 vol. Lima 1903-1917. WIESE, C., Historia del Perú independiente. Lima 1919. *Id.*, Historia del Perú y de la civilización peruana. Lima 1917. CORTES VARGAS, C., Participación de Colombia en la libertad del Perú. 3 vol. Bogotá 1924. RUBIO, D. A., The present state of Catholicism in Peru. En *Cath. Hist. Rev.*, 26 (1940) 166 s. SCHMITZ, J., *Artic. en Lex. Th. K.*

¹⁵⁾ MAESO, El Uruguay a través de un siglo. Montevideo 1910. SALLABERRY, F., La Iglesia en la independencia del Uruguay. Montevideo 1930. PÉREZ, R., La Compañía de Jesús restaurada en la Rep. Argentina y Chile, Uruguay y Brasil, B. 1931. PIVEL DEVOTO, Historia de la República oriental del Uruguay, 1830-1930. Montevideo 1945.

¹⁶⁾ BECERRA, R., Ensayo histórico... de la vida de D. Francisco Miranda... Generalísimo de Venezuela. Caracas 1896. GIL FORTOUL, J., Historia constitu-

de ésta a la abdicación de Bolívar en 1830, fué presa del espíritu de destrucción. De ello es indicio claro el hecho de que en 1855 no quedaban más que 110 escuelas en 565 parroquias. Uno de los hombres más beneméritos de la Iglesia fué *Silvestre Guevara*, arzobispo de Caracas, quien consiguió llegar en 1862 a un convenio con la Santa Sede. Pero el presidente *Guzmán Blanco*, enemigo mortal de la Iglesia, emprendió desde 1870 una guerra cruel contra la misma, que tuvo como primeras víctimas a las diversas Ordenes religiosas, al clero y al episcopado. Sin embargo, no duró mucho esta persecución; el mismo Blanco tuvo que declararse vencido en 1875, retiró sus leyes antieclesiásticas, y desde entonces ha gozado la Iglesia de relativa tranquilidad, que ha permitido un desarrollo notable a las Ordenes religiosas y el establecimiento de algunas misiones. Una reunión del episcopado, celebrada en 1904, dió sabias disposiciones para el régimen de aquella Iglesia. En 1910, con el arzobispo Dr. *Castro*, se inaugura un nuevo período de robustecimiento de la Iglesia, apoyada por el presidente Gómez. En 1920 llegó a Venezuela un Nuncio apostólico. En la constitución, modificada por última vez en 1929, la religión católica es declarada oficial, mientras se consienten las otras confesiones. En 1940 se pudo evitar la supresión de la enseñanza religiosa. En 1943 se celebró un Congreso catequístico. La jerarquía consta en la actualidad de dos arzobispos, ocho obispos, un vicario y un prefecto apostólico.

III. América Central, las Antillas y Méjico

694. Veamos ahora el desarrollo de la Iglesia en América Central, las Antillas y Méjico.

a) América Central ¹⁷⁾. Siguiendo el ejemplo de Bolívar y San Martín en el sur y de Itúrbide en Méjico, las regiones de América Central proclamaron su independencia en 1821 formando una República federal. La situación religiosa fué desde el principio muy confusa. Este bloque se deshizo muy pronto, por lo cual desde 1833 se fueron independizando cada una de las Repúblicas centroamericanas, si bien durante el siglo XIX diversas veces se volvieron a unir y separar.

Costa Rica. Desde 1833 vivió vida independiente, siendo siempre muy amante de la paz. En 1850 fué erigida la sede episcopal de San José de Costa Rica, que en 1921 fué elevada a metropolitana. En 1852 se llegó a un concordato con la Santa Sede, y según la constitución, la religión católica es la oficial del Estado, el cual se obliga a sufragar los gastos del culto y de las misiones. Desde 1884 a 1886 celebró un breve Kulturkampf mientras dominaron los radicales; pero desde entonces se ha distinguido por el orden y adelanto cultural. En 1935 se estableció el primer centro de Acción Católica. El nuevo código del trabajo de 1943 está basado en los principios católicos.

Guatemala. Después de algunos movimientos por la independencia, realizados desde 1811, ésta fué proclamada en 1821 en unión con los demás Estados de Centroamérica. En 1824 se formó la constitución de la nueva república federal. Al deshacerse ésta, quedó Guatemala independiente bajo el mando de Mariano Gálvez, de tendencias radicales. Su desarrollo civil

cional de V. Berlín 1907. HUBERT, J., Histoire de la Colombie et du Venezuela des origines jusqu'à nos jours. P. 1921. WATERS, M., A history of the Church in V. 1810-1830. TALAVERA Y GARCÍA, M., Apuntes de historia eclesiástica de Venezuela. Caracas 1929.

¹⁷⁾ ROUMA, G., L'Amérique latine. L'essor sous la république et la liberté. II. Les États-Unis du Mexique, Guatemala... Bruselas 1949. MARTÍNEZ DURÁN, C., España en América. Guatemala 1943. THIEL, B. H., Datos cronológicos para la historia eclesiástica de Costa Rica. San José de C. R. 1896. BANCROFT, H. H., History of the Pacific States of North America 3 vol. San Francisco 1882-1887. GONZÁLEZ, D., Datos sobre la República de El Salvador. San Salvador 1901.

y religioso experimentó muchos trastornos. Fue particularmente intensa la acción anticatólica de la masonería desde 1871 a 1926, sobre todo desde 1900 con los presidentes Cabrera y Orellana. Ya en 1872 fueron suprimidas las Ordenes y Congregaciones religiosas y declarada la separación de la Iglesia y el Estado. En 1926 comenzó un nuevo período de paz religiosa. La jerarquía eclesiástica fue reorganizada en 1928. El único Seminario, que llevó vida precaria hasta 1936, fue encargado en esta fecha a la Compañía de Jesús. En 1943 se celebró una procesión eucarística en la capital, que hacía 60 años no había visto ninguna. Actualmente mantiene relaciones diplomáticas con la Santa Sede. La jerarquía eclesiástica en 1950 comprende un arzobispo y dos obispos.

Honduras. Declarada su independencia en 1821, tuvo que defenderla poco después frente al imperio mejicano. Su primera constitución data de 1825, y desde 1839 quedó desligada de la República federal de Centroamérica. En la cuestión religiosa, Honduras fue víctima del espíritu liberal y del influjo de la masonería. El Estado llegó a confiscar los bienes eclesiásticos. Según la constitución, la religión católica es preferida, pero no recibe subsidio alguno del Estado. El resultado ha sido una gran pobreza en las iglesias y gran escasez de sacerdotes. Hasta 1916 existía el obispado de Comayagua, sufragáneo de Guatemala. Pero en 1916 se erigió la iglesia metropolitana de Tegucigalpa. A partir de 1933 se establecieron relaciones oficiales con la Santa Sede. Además de la sede indicada, la jerarquía comprende un obispo y un vicario apostólico.

Nicaragua. Obtenida su independencia en 1821, tuvo Nicaragua en 1826 su constitución particular y desde 1839 vivió vida independiente del bloque de Centroamérica, si bien en 1842 volvió a unirse por breve tiempo con Costa Rica y Honduras. Su historia ha seguido los vaivenes de la política de Centroamérica. La situación religiosa ha sido bastante confusa. Persiste la separación de Iglesia y Estado, pero con preferencia a la católica. Desde 1861 Nicaragua mantiene un concordato con la Santa Sede, ratificado en 1862. Todo el territorio estuvo hasta 1913 bajo el obispado de Nicaragua con sede en León. En esta fecha fue erigida la sede metropolitana de Managua. Existen además actualmente tres obispos y un vicario apostólico. La vida católica ha adquirido bastante consistencia. El protestantismo trabaja intensamente por ganar adeptos.

El Salvador. Independiente de España desde 1821, unido con el imperio mejicano y luego en 1824 con la República de América Central, siguió luego durante el siglo XIX una serie de trastornos, que no terminaron hasta el siglo XX. En 1862 se concluyó un Concordato con la Santa Sede; pero, esto no obstante, sus relaciones con la Iglesia fueron hostiles. Habiéndose apoderado el Estado de sus bienes, la Iglesia quedó sumamente empobrecida. En 1842 fue erigido el obispado de San Salvador. En 1913 se reorganizó la jerarquía, elevando a San Salvador a sede metropolitana y creando otros tres obispos. La Constitución de 1924 concede completa libertad de religión. Por otra parte, existe en los últimos decenios un gran resurgimiento católico. En 1942 se celebró con gran esplendor un congreso eucarístico.

695. b) Las Antillas¹⁵⁾. Por lo que se refiere a las principales entre las Antillas, observamos lo siguiente:

Cuba. Mientras los demás territorios de América se emancipaban de España, Cuba le permaneció fiel durante el siglo XIX hasta 1898, en que obtuvo su independencia, bajo el control de los Estados Unidos. Las luchas religiosas y los demás trastornos políticos de la Península durante el

¹⁵⁾ MORALES, V., Nociones de historia de Cuba. La Habana 1904. RAUCH, B., American interest in Cuba. 1848-1855. Nueva York 1948. AMIGÓ JANSEN, La Iglesia católica en Cuba. En Raz. y Fe, 137 (1948), 296 s. MONTAGNE, L., Haiti and the United States 1714-1938. Cambridge 1940. JAMES, P. I. R., Les Jacobins noirs. Toussaint Louverture et la révolution de Saint-Dominique. P. 1949.

siglo XIX tuvieron repercusión en Cuba, produciendo gran desestima de todo lo religioso y un nivel éticoreligioso muy bajo. Pío VII en 1803 elevó a metrópoli a la sede de Santiago, y León XIII en 1903 reorganizó la jerarquía. La vida católica, desde la separación de Cuba de España, siguió más bien lánguida. A ejemplo de los Estados Unidos, se eliminó la religión de las escuelas, con lo cual aumentó la ignorancia religiosa. Su primera constitución concedió libertad de cultos. En 1899 estableció la Santa Sede en Cuba una delegación apostólica. A la caída de Machado en 1933 se temieron disturbios comunistas; pero fueron contenidos por el coronel Batista, dueño de Cuba desde 1934. En 1935 se estableció en la Habana una Nunciatura. Los jesuitas y los demás Institutos religiosos contribuyen eficazmente al resurgimiento del catolicismo. La jerarquía católica comprende dos arzobispos y cuatro obispos. El protestantismo ha escogido a Cuba como campo predilecto de sus trabajos de captación.

Haití. La antigua isla *Hispaniola* o *Española*, descubierta por Cristóbal Colón, divídese políticamente en la República de Santo Domingo y Haití. La constitución de Haití, de 1917, da la preferencia a la religión católica. Escasean bastante los sacerdotes, procedentes en su mayoría de Francia, Bélgica y Canadá. En 1930 se estableció una nunciatura apostólica. La jerarquía comprende un metropolitano en Puerto Príncipe y cuatro obispos.

La República Dominicana forma la parte oriental de la isla de Haití. En ella se encuentra la antigua sede de Santo Domingo, erigida en 1511 juntamente con San Juan de Puerto Rico. En 1870 fue restablecida por Pío IX y actualmente depende inmediatamente de la Santa Sede y ostenta el título antiguo de Primado de Indias. La población, en su inmensa mayoría católica, manifestó sus sentimientos cristianos en el terremoto de 1946. Desde 1930 existe un Nuncio apostólico.

Puerto Rico. Al separarse de España en 1898 al mismo tiempo que Cuba, quedó bajo la dependencia de Estados Unidos. La Iglesia, que había gozado de relativa prosperidad, se vio privada desde entonces de toda ayuda económica, y acometida por diversas sectas protestantes. Este es su mayor peligro en la actualidad. La sede de Puerto Rico, erigida en 1511, fue algún tiempo sufragánea de Sevilla, de Santo Domingo y de Santiago de Cuba; pero en 1924 fue dividida en dos diócesis que dependen inmediatamente de Roma.

696. c) Méjico: Siglo XIX¹⁶⁾. Después de algunos primeros conatos de independencia, en 1821 el general Itúrbide se emancipó de España y se proclamó emperador con el nombre de Agustín I (1821-1823). Desde entonces se sucedió una serie interminable de cambios de presidentes, levantamientos y guerres civiles. Mas como la principal preocupación de los cabecillas revolucionarios era el sostenerse contra sus contrincantes, dejaron generalmente en paz a los católicos; sin embargo, todavía les quedó tiempo en 1833 para desencadenar una

¹⁶⁾ DECORME, G. S. J., Historia de la Compañía de Jesús en la república mejicana. Guadalajara 1914. BANEGAS GALVÁN, F., Historia de Méjico. 2 vol. Morelia 1923. KELLEY, F. C., Méjico, su evolución social. 3 vol. Méjico 1902-1904. MARTÍN, P. F., Mexico of the 20 Century. 2 vol. L. 1907. CUEVAS, M., Historia de la Iglesia en Méjico. Vol. V. Talpan 1928. LÓPEZ GUTIÉRREZ, G., Chiapas. Historia general. 2 vol. Méjico 1934. JUNCO, A., Un siglo de Méjico. De Hidalgo a Carranza. Méjico 1934. Id., Carranza y los orígenes de su rebelión. Méjico 1935. ESTRADA, J., Un siglo de relaciones internacionales de Méjico. Méjico 1935. BASCH, S., Maximiliano de Méjico. En Col. Cisneros, 21. M. 1943. UGARTE, J. B., Historia de Méjico. Independencia, caracterización política... 3 vol. Méjico 1944. ROEDER, R., Juárez and his Mexico. A biographical history. Nueva York 1947. BOSCH GARCÍA, C., Problemas diplomáticos del Méjico independiente. Méjico 1947. CASTAÑEDA, V., Méjico en los primeros años de su independencia. En Bol. Ac. Hist., 120 (1947), 439 s.

guerra abierta contra los religiosos y secularizar las misiones. La persecución propiamente tal comenzó con el presidente de los indios, Ignacio Comonfort (1857-1861), el cual confiscó los bienes eclesiásticos, saqueó los conventos y cometió innumerables violencias contra la Iglesia católica. La Constitución de 1857 tenía por objeto destruir a la Iglesia. Más brutal todavía fue el tristemente célebre Benito Juárez, dictador desde 1861 a 1872, que despojó a la Iglesia de todas sus propiedades, desterró a los obispos, persiguió a los religiosos y aun llegó a prohibir el traje eclesiástico.

Para poner remedio a esta situación caótica, entraron tropas francesas en 1863 y proclamaron Emperador al príncipe austríaco Maximiliano, quien en los territorios que gobernó siguió aplicando las leyes anticlericales; pero en 1867 Maximiliano cayó en manos de Juárez y fue fusilado. Desde entonces ya no tuvo dique alguno la persecución contra la Iglesia, que continuó algo mitigada después de Juárez. En 1874 fue proclamada la separación de la Iglesia y el Estado. En tiempos de Porfirio Díaz, quien, primero como presidente, y luego como dictador, dirigió los destinos de México durante treinta y cuatro años (1877-1911), se consolidó la situación política, y la Iglesia gozó de libertad. Esta fue aprovechada ampliamente por los católicos, que llegaron a un estado de relativa prosperidad. El clero se reorganizó; las Ordenes religiosas iniciaron de nuevo una fecunda actividad; toda la vida católica experimentó un gran resurgimiento, a pesar de las campañas anticlericales de los elementos liberales y socialistas de la nación.

697. d) Siglo XX: Persecución. Con la caída de Porfirio Díaz en 1911 se desataron de nuevo las pasiones antirreligiosas. Ciertamente, entre 1911 y 1913 se organizó el partido nacional católico; surgieron las asociaciones de la Juventud mejicana, de los Padres de familia y los Caballeros de Colón; pero el antiguo pistolero Villa y multitud de militares y políticos ambiciosos convirtieron a la nación en un campo de lucha, de la que la religión sacó siempre la peor parte. En 1915, elevado Carranza al poder con el apoyo de los Estados Unidos, intensificó la guerra de destrucción de la Iglesia con las leyes más inicuas, que tuvieron su punto culminante en la Constitución de Querétaro de febrero de 1917. Por ella, entre otras cosas, se impone la enseñanza atea en las escuelas, se proscribió el celibato, el estado y los votos religiosos y todas las manifestaciones públicas de la religión; se declaran propiedad del Estado las iglesias y establecimientos eclesiásticos. La persecución religiosa llegó con esto al paroxismo. Ya en 1917 habían sido presos o habían tenido que escaparse casi todos los obispos, mientras millares de sacerdotes, religiosos y religiosas se hallaban en el destierro. En los últimos años de su gobierno, Carranza suavizó notablemente su campaña anticlerical; pero su sucesor Obregón, desde 1923 se encargó de urgir de nuevo la ejecución de todas las leyes antirreligiosas existentes.

Peró la gran persecución comenzó en 1925, cuando el nuevo presidente Calles¹⁷⁾ con la excusa de ejecutar las disposiciones de la Constitución de 1917, inició una serie de medidas de excepción contra los católicos y los sacerdotes. A la exigencia de registro de todos los sacerdotes y de un permiso especial del Gobierno para la cura de almas, respondió el Episcopado con el cierre de todos los templos y una suspensión de culto, pare-

¹⁷⁾ Entre la abundante literatura sobre la persecución de México, citaremos solamente: GIBBON, T. E., *México under Carranza*. Nueva York. 1929. Note e documenti intorno alla persecuzione religiosa nel México. R. 1927. SENDER, R. E., *El problema religioso en México*. M., sin año. GUTIÉRREZ, J. G., *Apuntamiento de historia mejicana*. M. 1922. ECHEVARRÍA, J., *La persecución sangrienta contra la Iglesia católica en México*. Córdoba 1927. *La lucha de los Católicos mejicanos*. Tarragona 1927. LA DIVINIE, L., *Les phases de la persécution au Mexique*. P. 1929. CUNEO, M., *Le Mexique et la question religieuse*. Turin 1931.

cida al entredicho. El Gobierno desencadenó entonces la persecución más despiadada, con el martirio de innumerables católicos y sacerdotes, uno de los cuales fue el célebre jesuita P. Miguel Pro, y con el destierro de seis obispos y tres delegados pontificios. El Papa manifestó diversas veces su profundo dolor por todos estos acontecimientos, y en su encíclica *«Iniquis afflictisque»*, de noviembre de 1926, los designó como nueva «persecución diocleciana», al mismo tiempo que se quejaba de la conjura del silencio de la Prensa internacional. Por fin, en junio de 1929, con el nuevo presidente Portes Gil, se inició un cambio. Más aún; desde 1930, Ortiz Rubio procuró llegar a un *modus vivendi* con la Iglesia. De este modo comenzó un nuevo período de mayor libertad, si bien persistían las antiguas leyes y multitud de trabas.

La actitud de los católicos y del episcopado ha sido ejemplar. El nuevo presidente Ávila Camacho inauguró el actual período de tolerancia. Con esto, la Iglesia ha vuelto a desarrollar su actividad, si bien todavía con algunas limitaciones. Entre 1942 y 1945 fueron abiertas al culto casi todas las iglesias, y en 1945 se restituyeron los libros confiscados a los religiosos y seminarios. Por otra parte, la labor de los protestantes es sumamente intensa. Pasan ya de 250 000 los miembros de que cuenta y de mil los pastores. La jerarquía católica, en 1950, comprende ocho metropolitanos, veinticinco obispos y un vicario apostólico. Es sumamente interesante la actividad que se desarrolla en las misiones de los tarahumares y otras.

IV. América del Norte

698. Después de todo lo expuesto, merece especial atención el extraordinario desarrollo que ha experimentado el catolicismo en los Estados Unidos y el Canadá. El aumento extraordinario de la población católica se debe a la inmigración, sobre todo de Irlanda, Alemania, Polonia, Bohemia y Francia; y a la buena organización de los católicos en ambos territorios. Por esto el mismo Romano Pontífice los ha puesto diversas veces en algunas cosas como modelos.

699. a) Canadá¹⁸⁾. Las regiones del Canadá, regadas en el siglo XVII con la sangre de los mártires, canonizados en 1930, después de múltiples trastornos interiores y vicisitudes políticas, cayeron en poder de Inglaterra por la paz de París de 1763. Por motivos políticos se concedió a los católicos en 1774 completa libertad de culto, no sin intentar antes inútilmente protestantizarlos. De este modo se impidió su participación en las guerras de liberación de Estados Unidos. Con esto comenzó a desarrollarse prósperamente el catolicismo, a lo cual contribuyó eficazmente la emancipación de los católicos, obtenida en 1829 por los católicos en Inglaterra.

De este modo se inició la marcha ascendente de la Iglesia católica en el Canadá. En 1844 se organiza su jerarquía, convirtiendo al Canadá en provincia eclesiástica. Al mismo tiempo aumenta el espíritu de independencia, que obtiene en 1867 la designación de Dominio del Canadá. La fuerza de los católicos se manifiesta en sus luchas frente a los protestantes, con lo cual se pudo obtener un régimen escolar que los favorecía. Aun en la enseñanza superior, ya en 1854, fundaron la Universidad de Laval, que en 1889 se dividió en los dos centros de Quebec y Montreal.

¹⁸⁾ FOURNET, A., *Canada*, en Dict. Th. Cath. *The Cambridge History of the British Empire*. vol. VI. Canada. Cambridge 1930. GARNEAU, H., *Histoire du Canada*. 2 vol. P. 1913-1920. GOSSELIN, A. H., *L'Eglise du Canada*. 5 vol. Quebec 1911-1923. *Canada ecclésiastique*. Montreal 1932. SIEGFRIED, A., *Le Canada, puissance internationale*. 3.ª ed. Montreal 1944.

Por otra parte, la actividad de los católicos es cada día mayor. El presbítero Labelle fundó en la provincia de Quebec más de cuarenta florecientes parroquias. Otros sacerdotes y misioneros hacen lo mismo. Los jesuitas y otros muchos Institutos religiosos multiplican su actuación en este inmenso territorio. Se erigen nuevos obispados y se amplía constantemente la jerarquía católica. Al mismo tiempo se sigue evangelizando los restos de la raza india. Ante estos progresos del catolicismo en el Canadá, la Santa Sede establece en 1899 un delegado apostólico en Ottawa. A la dos Universidades de Quebec y Montreal se añade posteriormente la de Ottawa, que desarrolla actualmente una grande actividad. Para la instrucción popular, cada provincia tiene una legislación particular. La más favorable es la de Quebec. Las grandes manifestaciones de espíritu católico son frecuentes en estos últimos años. Para apreciar los progresos del catolicismo, basten estos datos: en 1884 existía en el Canadá una sola diócesis con unos 130 000 católicos. En 1950 existen 13 provincias eclesiásticas, con 13 arzobispos, 37 obispos, 8 vicarios y un prefecto apostólico. Los católicos ascienden a unos tres millones. El protestantismo es también muy fuerte y lleva la ventaja de cierto apoyo oficial. Por eso ha hecho constantemente y sigue haciendo en la actualidad una guerra intensa a los católicos. Frente a un 48% de católicos, los protestantes cuentan con un 37%.

700. b) Estados Unidos, siglos XIX y XX ¹⁹⁾. Después de los primeros conatos de intransigencia y persecución en el Estado de Nueva York, se puede decir, en primer lugar, que la razón fundamental del gran crecimiento católico en los Estados Unidos es el espíritu de amplia tolerancia que ha reinado allí desde principios del siglo XIX. Esto no ha impedido que en casos particulares haya habido campañas anticatólicas; pero en general la Iglesia ha gozado de libertad. A ello ha contribuido la separación de la Iglesia y el Estado, que en la situación de los Estados Unidos ha sido beneficiosa para la Iglesia. De hecho, la Constitución de 1789 no permite que se dé la preferencia a ninguna religión y manda se dé amplia libertad a todas.

Sobre esta base, el catolicismo de los Estados Unidos se ha desarrollado de una manera sorprendente. En 1789 fué erigido el primer obispado en Baltimore; el primer obispo fué Juan Carroll, de la extinguida Compañía de Jesús. Este hombre extraordinario, gran organizador y apóstol, se puso en seguida en relación con los suplicianos y junto con ellos organizó el Seminario de Emilsburg. La revolución

¹⁹⁾ TANQUEREY, A., ANDRÉ, G., *États-Unis d'Amérique*, en Dict. Th. Cath. SHEA, G., *History of the Catholic Church in the United States*. Nueva York 1895. MAUNIX, E. J., *The American Convert Movement*. Nueva York 1923. GARRISON, W. E., *Catholicism and American Mind*. Chicago 1928. LUGAN, A., *Le Catholicisme aux États-Unis*. Son passé. Son présent. Son avenir. P. 1930. SHERRER, D. C., *Pontifical Americana. A documentary history of the catholic Church in the United States (1784-1884)*. Washington 1933. FEIERTAG, *American public opinion in the diplomatic relations between the United States and the Papal States*. Washington 1933. HICKS, J. D., *The American nation. A history of the United States from 1865 to the present*. Boston 1941. WARENGHIEN DE FLORY, M. DE, *L'évolution de la doctrine de Monroe... au XIX s.* Tolosa 1943. DESTLER, CH. M., *American Radicalism, 1865-1901*. Nueva Londres 1946. MC. INNIS, E., *North America and the modern world*. L. 1947. DUMOND, D. L., *America in our times, 1896-1946*. Nueva York 1947. BARCK, O. T., BLAKE, N. M., *Since 1900. A history of the United States in our times*. Nueva York 1948. DRUMOND, A. L., *Story of American protestantism*. L. 1949.

francesa ofreció excelente ocasión para el avance de la Iglesia católica, con un gran número de expulsados o desterrados voluntarios, particularmente sacerdotes. El número de católicos, ya en 1807, subía a unos 150 000, y por lo mismo, en 1808, Pío VII erigió nuevas diócesis, mientras elevaba a metropolitana a Baltimore. Con la anexión de la Luisiana y los muchos católicos de la Florida; con las nuevas provincias de Texas (en 1846) y otras mejicanas (en 1850); con la inmigración constante de irlandeses, alemanes, franceses, polacos y de otras procedencias, muchos de los cuales eran católicos: de este modo fué aumentando rápidamente el número de católicos. Juntamente acudieron en gran número sacerdotes, religiosos y religiosas, que contribuyeron eficazmente a robustecer el espíritu católico en aquel inmenso territorio. Para aumentar el número y elevar el nivel del clero, que resultaba escaso, se fundaron los Colegios de Lovaina en 1853, y de Roma en 1870.

De este modo, el avance del catolicismo era cada vez mayor. A ello contribuyeron de una manera especial los sínodos y concilios plenarios ²⁰⁾. Ya en 1791 Carroll reunió un sínodo diocesano. En 1810 los cinco prelados entonces existentes celebraron una reunión, en la que convinieron en multitud de puntos. A esto siguieron los siete concilios provinciales de Baltimore, desde 1829 a 1849 y los tres plenarios de 1852, 1866 y 1884. En ellos se dieron acertadas disposiciones para el fomento de las escuelas, la Prensa y asociaciones católicas. Por este motivo desde entonces las escuelas se han desarrollado de un modo prodigioso, contribuyendo con ello a la prosperidad de la Iglesia. Esto era una necesidad, pues en los centros de enseñanza del Estado está excluida la enseñanza religiosa o son simplemente neutrales. Por otra parte, supone un gran sacrificio en los católicos, pues ellos deben mantener sus centros de enseñanza.

701. c) Oposición y dificultades. En medio de estos progresos del catolicismo en Estados Unidos, no faltaron gravísimas dificultades. La primera y más persistente y que no ha cesado hasta nuestros días, es el odio de parte de los elementos protestantes y los esfuerzos que éstos han realizado por contrarrestar el avance católico, no obstante la libertad concedida por la República. Así, en la primera mitad del siglo XIX se perpetraron, frecuentemente, destrucciones de iglesias católicas y diversas violencias, bajo la dirección del «Partido nativo americano». A esto debe añadirse la actividad de una sociedad secreta de fanáticos protestantes, que hasta 1860 trabajaron con toda clase de calumnias y propagandas y aun a veces con tumultos y asesinatos para amedrentar a los católicos. Este espíritu de intolerancia y guerra más o menos violenta de parte de muchos elementos protestante no ha cesado nunca. A fines del siglo XIX surgió la «Asociación americana de protección», que procuraba por toda clase de medios excluir a los católicos de los cargos públicos. Después de la primera guerra mundial apareció el temible Ku-klux-klan, especie de sociedad secreta anticatólica.

De otro género es un enemigo más reciente y más interno del catolicismo americano. Es el que desenmascaró León XIII en 1899 y designó como *Americanismo*, de que se habla en otro lugar. En general pretendía que la Iglesia, tanto en su doctrina como en su moral, condescendiera demasiado con el espíritu moderno.

Contra la acusación de falta de patriotismo, se han defendido con los hechos más manifiestos. Ya en las primeras guerras por la emancipación de los Estados Unidos se mostraron buenos patriotas, por lo que merecieron públicas recompensas. En la terrible guerra de Secesión entre 1861-

²⁰⁾ GUILDAY, P., *A History of the Concils of Baltimore (1791-1884)*. Nueva York 1932.

1866 entre abolicionistas y esclavistas, entre el norte y el sur, el clero católico supo estar a la altura de su misión, aumentando su prestigio. En la última guerra mundial (1939-1945) el patriotismo de los católicos y de los sacerdotes norteamericanos ha conquistado muchas simpatías a la Iglesia católica.

702. d) Estado actual. Estadística. Con esta marcha floreciente del catolicismo en Estados Unidos se ha llegado en el siglo XX y en nuestros días a un estado tal, que el Romano Pontífice lo ha presentado como modelo bajo diversos aspectos.

Ya en 1868 la sede de Baltimore recibía la dignidad primacial, y en 1892 León XIII creaba en Washington una delegación apostólica. La jerarquía católica ha ido desarrollándose de tal modo, que en 1936 existían ya 19 sedes metropolitanas y 97 obispados; y en 1950 existen 22 arzobispos y 100 obispos. El número de sacerdotes es de unos 45 000 (unos 30 000 seculares, y unos 15 000 regulares); el de los católicos sube a unos 25 millones. Al lado del numeroso clero secular y de su jerarquía debe colocarse a un verdadero ejército de Institutos religiosos de hombres y mujeres. Basten estas cifras: en 1940 existían unos 80 Institutos religiosos de hombres. Los Benedictinos contaban 1097 sacerdotes en 20 abadías y dos prioratos; los Franciscanos, 984 sacerdotes en 5 provincias; los Dominicos, 727 sacerdotes en 4 provincias; los Jesuitas, 2189 sacerdotes en 7 provincias. Los Institutos de mujeres contaban con unos 118 500 miembros.

Particularmente notable es la actividad católica en las escuelas y universidades. Poseen los católicos veintitrés universidades, entre las cuales son dignas de mención las de Washington, dirigida por la jerarquía; San Luis, Fordham y Milwaukee, dirigidas por los jesuitas. Asimismo poseían los católicos en 1940 unas 2000 escuelas superiores, unos 175 centros diversos de formación y normales etc., 88 seminarios mayores y 81 seminarios menores.

Al lado de todos estos centros de instrucción y de las 800 escuelas elementales con sus dos millones de alumnos, deben colocarse las innumerables asociaciones católicas, dedicadas a la investigación y cultura, los centros y obras que se ocupan de la beneficencia y del fomento de la piedad; las instituciones que trabajan por la buena Prensa, difusión de libros, diarios y revistas católicas. Basten los datos, que los católicos poseen unos 300 órganos de Prensa (en su mayoría semanarios), y una emisora de radio con 69 estaciones en 37 Estados de la Confederación.

Con todo esto se explica la importancia de la obra católica en los Estados Unidos. Así, en 1926 se pudo celebrar en Chicago el XXVIII Congreso eucarístico internacional. Muy significativo fué asimismo el Congreso catequístico celebrado en 1946. Últimamente se intensifica la actividad católica entre los negros. En 1920 se fundó un seminario para ellos, y entre 1934 y 1942 se ordenaron 70 sacerdotes. En 1932 se inauguró también para los negros la *Universidad de San Javier* en Nueva Orleans.

CAPÍTULO VII

Nuevo esplendor de las Misiones católicas ¹⁾

703. Una de las más claras manifestaciones de la vitalidad de la Iglesia contemporánea, es el espíritu misional que la alienta y las proporciones que han ido tomando en ella las misiones entre infieles. Ciertamente han sido eliminadas del ámbito de las misiones las diferentes regiones de América; sin embargo, en los inmensos territorios del África, Asia y Oceanía se han abierto nuevos campos al celo apostólico de la Iglesia. A fines del siglo XVIII y principios del XIX se había llegado a la más honda depresión en el espíritu y en la obra misional. La descristianización de Europa, como el efecto más tangible del enciclopedismo y la falsa ilustración; la extinción de la Compañía de Jesús, que destruyó de repente tantas misiones; la revolución francesa con sus consecuencias catastróficas para el espíritu cristiano: todas estas causas produjeron aquella decadencia deplorable de las misiones católicas. Pero a partir de Gregorio XVI (1831-1846) se advierte un resurgir general del espíritu misionero, que ha ido en aumento durante los últimos Pontífices, y ha obtenido resultados sorprendentes.

I. Características de la obra misional contemporánea

Ante todo notemos algunas características dignas de tenerse en cuenta, en la obra misional de estos últimos tiempos y de la actualidad.

a) Causas y sistema de misionización. A este nuevo resurgimiento del espíritu misional contribuyeron muy diversas causas: en primer lugar, la reacción contra el espíritu anticatólico de la revolución

¹⁾ STREIT, K., Kath. Missionsatlas. 1906. Id., *Atlas hierarchicus*, 2.ª ed. 1929. KROSE, H. A., Kathol. Missionsstatistik 1908. *Missiones catholicae* cura S. Congregationis de Propaganda Fide descriptae. R. 1922. ARENS, B., *Handbuch der kathol. Missionen*. 2.ª ed. 1925. Trad. franç. completada: *État actuel des Missions catholiques*. Louvain 1932. LOUVET, Les Missions catholiques au XIX^e siècle. P. 1898. PIOLET, J. B., Les Missions cathol. franç. au XIX^e siècle. 6 vol. P. 1901-1903. SCHWAGER, F., Die Katholische Heidenmission der Gegenwart. 4 partes 1908-1909. LESOURD, P., L'Armée missionnaire. P. 1931. GOYAU, G., Mission et Missionnaires. P. 1932. Id., Les prêtres des Missions Étrangères. P. 1932. BROU, A., Les Jésuites Missionnaires au XIX^e et au XX^e siècle. P. 1935. VÄTH, A., Die Frauenorden in der Mission vom 16. Jh. bis zur Gegenwart. 1920. Id., Das Bild der Weltkirche, Akkommodation und Europäismus. 1932. MAIRE, E., Histoire des Instituts religieux et missionnaires. P. 1930. THAUREN, J., Die Akkommodation im kath. Heidenapostolat. 1927. LATOURETTE, K. S., A history of the expansion of Christianity. V-VI. L. 1943-1944. SANTOS, A., Jesuitas en el Polo Norte. La misión de Alaska. M. 1943.

francesa, que, como produjo la restauración católica en Europa, así tuvo el efecto de fomentar las ansias de expansión de la Iglesia. En segundo lugar, el descubrimiento de nuevos territorios en el interior del África y en otras partes abrió nuevos horizontes a la fe cristiana. Además, el aumento creciente de la obra misional de las sectas protestantes contribuyó eficazmente a estimular la actividad católica en las misiones. A esto debemos añadir el espíritu magnánimo y emprendedor de los últimos Papas, que ha sabido impulsar, dirigir y unificar estas fuerzas internas del catolicismo, con lo cual se han podido lograr resultados tan sorprendentes.

Por lo demás, por poco que se considere la obra misional de nuestros días, se advierte el nuevo sistema, que tanto la diferencia de las misiones de los siglos XV al XVIII. Ahora es un trabajo individual, de atracción y de convicción, lleno de dificultades, de engaños y de recaídas, y siempre extraordinariamente lento. Antes, en cambio, era un trabajo de masas o grandes multitudes, realizado las más de las veces con el apoyo e impulso de los reyes y de sus soldados, lo cual hacía posible la conversión de territorios enteros. Cada uno de los dos sistemas tiene sus ventajas y sus inconvenientes. En el moderno debemos reconocer la ventaja de que ordinariamente las conversiones son más sinceras y proceden más del convencimiento, por lo cual la adhesión al catolicismo es más íntima y segura. En todo caso, es obra que debe realizarse sin el apoyo de ninguna fuerza política, sino sólo por la fuerza de la verdad católica.

704. b) Unidad de dirección. Supuesta esta idea general, podemos señalar varias notas características de las misiones modernas. La primera es la *unidad de dirección* y universalidad en su extensión. Efectivamente, desaparecido el inmenso poder colonial español y portugués, que poseía diversos privilegios en la dirección de las iglesias coloniales, prácticamente todas las misiones entre infieles dependen hoy de la Congregación de Propaganda, lo cual significa en sí una gran ventaja para la dirección de los trabajos misionales. Esto es tanto más de apreciar, si se tiene presente la enorme extensión que ha alcanzado últimamente la acción misionera de la Iglesia, que hace se pueda hablar de una verdadera *catolicidad* o universalidad en el sentido material de la palabra.

Esta unidad de dirección ha sido sostenida y fomentada por la mayor participación del clero secular y del episcopado en la obra de las misiones. Los Papas, a partir de Gregorio XVI, han ido a la cabeza de este movimiento. Ya en 1817 la Congregación de Propaganda fué organizada como una autoridad en asuntos de misiones, y en 1862 fué nuevamente robustecida en sus organismos para dar más eficacia a su acción.

705. c) Obras e Institutos misioneros. Una segunda nota característica es la renovación o creación de nuevas obras e Institutos misioneros de la Iglesia. En las Edades precedentes hemos visto Órdenes más significadas, franciscanos, dominicos, agustinos, jesuitas, lazaristas y otros dedicarse con verdadero heroísmo al duro trabajo de las misiones; pero en los últimos tiempos advertimos un cambio radical en este particular. Dado el empuje que ha adquirido la obra de misiones, ya no basta la actividad de las Órdenes antiguas, a pesar de que han intensificado sus trabajos en los países de misiones. Han aparecido nuevas Congregaciones religiosas y nuevas instituciones de gran importancia, y en número verdaderamente sorprendente, encaminadas exclusivamente o en su mayor parte a la obra misional. En esto ha ido indudablemente a la cabeza Francia con la reorganización de la Sociedad de Misiones extranjeras de París, a lo que han seguido otros seminarios y Sociedades de Misiones extranjeras de Milán, Parma y otras, a imitación de la de París, todas las cuales tienen como objeto principal la formación de misioneros.

Además de estas obras destinadas al servicio de las misiones, se fundaron durante el siglo XIX diversos *Institutos religiosos* con la finalidad exclusiva o principal de las misiones. He aquí las principales:

La *Congregación de misiones* de los Corazones de Jesús y de María, llamada comúnmente de *Piopus*, fundada en 1805 por *Pedro Coudrin*, desde un principio se dedicó a las misiones vivas en África y Oceanía. Fué aprobada por Pío VII en 1817. Los *Oblatos de María Inmaculada*, fundados en 1816 por Eugenio de Mazenod, fueron aprobados en 1826 por León XII y se dedicaron al trabajo apostólico y a las misiones entre infieles. Al mismo tiempo, el sacerdote Juan Cl Colin²⁾, fundaba en las cercanías de Lyon la Congregación de María, comúnmente llamada de los *Maristas*, que fué aprobada en 1836 por Gregorio XVI. Sus constituciones están basadas sobre las reglas de los jesuitas y su actividad se desarrolla en la educación de la juventud y en las misiones vivas. En el campo de las misiones aparecen también frecuentemente los *Padres del Santísimo Corazón de Jesús, de Issoudun*, fundados en 1854 por J. Chevalier. Como Congregación misionera se distingue particularmente la *Congregación del Espíritu Santo*³⁾ y del Inmaculado Corazón de María. Es una fusión de la Congregación francesa, fundada en 1701, y de la alemana del Inmaculado Corazón de María, establecida en Alemania en 1841 por el converso Pablo M. Libermann. Hoy día desarrolla una gran actividad, particularmente entre los negros del África. Es también digna de especial mención la Congregación del Salvador o los *Salvatorianos*, fundados en Roma en 1881 por el alemán J. B. Jordán para la propagación de la fe por la palabra y los escritos. Dedicase principalmente a las misiones. Citemos en último término a la *Sociedad del Verbo Divino (Padres de Steyl)*⁴⁾ fundada en 1875 por Arnaldo Janssen, que desarrolla una gran actividad misionera y se ha hecho benemérita por sus publicaciones y estadísticas de misiones.

Del mismo modo ha habido diversas Congregaciones de religiosas dedicadas preferentemente a las misiones. Basta decir que hoy día pasan de 65 000 las religiosas que trabajan en las misiones.

Mas no solamente las nuevas Congregaciones, sino las Órdenes antiguas, que tanto se habían acreditado siempre por sus trabajos misionales, y otras Congregaciones que en los siglos XVII y XVIII habían seguido su ejemplo, han redoblado sus esfuerzos en estos últimos tiempos. Así, los *Lazaristas* y los *Padres del Espíritu Santo* recibieron de nuevo en 1816 sus antiguas misiones por un decreto de Luis XVIII. Asimismo los *franciscanos* y los *capuchinos*, los *dominicos*, y en menor escala los *carmelitas* y *agustinos*. Pero sobre todo intensificó los trabajos misionales la *Compañía de Jesús*, resucitada en 1814. Aunque en un principio no pudo, por falta de fuerzas suficientes, emprender muchas misiones, poco a poco fué aumentando su actividad. En 1823 se encargó de las misiones del Missouri y Kansas; Gregorio XVI le encargó otras once misiones; Pío IX dieciséis; León XIII, catorce; Pío X, tres; Benedicto XV, diez; Pío XI, otras tres. En la actualidad pasan de 4450 los jesuitas que trabajan en sus 52 misiones.

Aun las Órdenes contemplativas han querido modernamente participar en la obra misional. Por esto existen en la actualidad diversos monasterios de benedictinos y conventos de carmelitas descalzos, así como de otras Órdenes contemplativas.

706. d) Participación del pueblo: asociaciones generales. Como tercera nota característica de la actividad misional moderna podemos apuntar la *participación del pueblo* en una serie de obras de carácter general. La primera de éstas fué iniciada en 1822 por *Paulina Jaricot*: la obra de la *Propagación de la fe*, que tiene por objeto ayudar a los misioneros por medio de las oraciones y limosnas, y ya el primer año reunió más de 22 000 pesetas. Sobre las proporciones que ha llegado a adquirir, digamos que ha

²⁾ GOYAU, G., *Le très rev. P. Colin*. P. 1910. LA SOCIÉTÉ DE MARIE. P. 1928. BOSCH, J., *Die Maristen*. 1921.

³⁾ LIMBOUR, A., *La Congrég. du Saint-Esprit, 1703-1848*, Lille-P. 1909. GOYAU, G., *La Congrég. du Saint-Esprit*. P. 1937. En *Les Grandes Ordres relig.*, 23.

⁴⁾ FISCHER H., *Arnold Janssen, Gründer des Steyler Missionswerkes*. 1919. FREITAG, A., *Die Missionen der Ges. des Göttlichen Wortes*. 1912.

enviado ya a las misiones cerca de cinco mil millones de pesetas. Con fines parecidos de ayudar a las misiones con oraciones y limosnas, se han organizado: la *Obra de la Santa Infancia*, Obra de San Pedro apóstol, para socorrer al clero indígena, Unión misionera del clero, Obra de San Pedro Claver, y otras parecidas. A todo esto se añade un número incalculable de escritos de propaganda misional y de revistas especiales de misiones, todo lo cual, a la vez que es nota característica del entusiasmo popular moderno en favor de las misiones, sirve para mantenerlo y fomentarlo. Sólo entre 1919 y 1924 aparecieron unas 158 nuevas revistas de misiones, que hay que añadir a cerca de un millar ya existentes.

Una de estas obras misionales es la del *Clero indígena*, establecida en Caen en 1889 y declarada pontificia por Benedicto XV. En realidad, podemos considerar como una nota típica del movimiento misional de nuestros días el cultivo de los seminarios y de la jerarquía indígena en las misiones. Su importancia y necesidad se ha visto en los últimos años al independizarse algunos de estos territorios de misiones y ante la insistente campaña contra todo lo europeo. Sólo con un clero indígena se puede asegurar el porvenir de la Iglesia católica en estos territorios. En este sentido han trabajado principalmente Benedicto XV, Pío XI y Pío XII. De este modo se ha podido llegar a los siguientes datos consoladores:

En la India hay	1296 sacerdotes extranjeros	y 1308 indígenas	4
En la China hay	2791	»	» 2022
En el Japón hay	316	»	» 138
En conjunto, en el Asia:	5335	»	» 5320

Muy importante es también el número de obispos indígenas. En la India está ya toda la jerarquía completamente desarrollada: con 11 metropolitanos; 49 obispados; 3 Vic. Apostól.; 8 Pref. Apost. Entre todos ellos hay unos 25 obispos indios. En China existen proporciones semejantes, con 1 cardenal, 20 metropolitanos, 89 obispos y 34 Vic. Apost. Entre ellos, cerca de la mitad son indígenas. Basten estos dos territorios como muestra para los demás, si bien hay que observar que generalmente en las otras misiones no es tan subida la proporción del clero y episcopado indígena.

A estas notas de la actividad misionera de nuestro tiempos debe juntarse la intensificación en la instrucción de los neófitos antes de admitirlos al bautismo, sobre todo el sistema de *acomodación* al modo de hablar y a las costumbres de los indígenas, particularmente en la India, China y Japón, en que se insiste modernamente, y que la Santa Sede ha recomendado con diversas disposiciones. La multiplicación de los adversarios de las misiones, sobre todo del más temible de todos, que es la intensificación asombrosa de las misiones protestantes, es también una nota característica de nuestros días.

II. Misiones en África

707. No obstante los esfuerzos hechos en el siglo XVI y siguientes por la evangelización de algunas regiones africanas, es un hecho que a principios del siglo XIX quedaban en ellas muy pocos restos del catolicismo. Sin embargo, gracias a los intensos trabajos realizados hasta la actualidad, existen misiones florecientes y sumamente prometedoras. Según las últimas estadísticas de 1946, hay: 8325000 católicos; 2329000 catecúmenos; 4992 sacerdotes extranjeros; 938 sacerdotes indígenas; 2749 Hermanos religiosos (extranjeros e indígenas); 10 825 religiosas (extranjeras e indígenas); 58 562 catequistas. El primer impulso a las misiones africanas lo dió el *Seminario de Misiones Africanas*, establecido en Lyon en 1856, y más todavía el gran Cardenal Lavigerie, con la fundación del *Instituto de los Padres Blancos* *) en 1868. Actualmente es lugar de preferencia de la solicitud de los Romanos Pontífices.

*) VAULANDE, R., *Chez les Pères Blancs*. P. 1929. PHILIPPE, A., *Les Pères Blancs*. P. 1931. ID., *Au coeur de l'Afrique organisée*. P. 1930. LESOURD, P., *Les Pères Blancs du Card. Lavigerie*. P. 1935. En *Les Grandes Ordres relig.*, 19,

a) **África del Norte** *). Notemos las misiones siguientes:

En Argel, donde ya había muchos colonos franceses e italianos, comenzó esta nueva era misional con la entrada de las armas francesas desde 1830. En 1838 se pudo establecer ya la sede episcopal de Argelia, y en 1866 las de Orán y Constantina. Uno de los hombres más ilustres de esta misión y de la evangelización del norte de África, fué el primer obispo de Constantina, Ch. Lavigerie, que fué luego Cardenal († 1892). Con la llegada de gran número de religiosos misioneros avanzó el catolicismo rápidamente, y en la actualidad cuenta con cerca de un millón de fieles. En Túnez trabajaron particularmente los *Padres Blancos*, donde se fundó en 1884 la archidiócesis de Cartago, adonde pasó el Cardenal Lavigerie con el título de Primado del África. Libia, últimamente colonia de Italia, contaba con dos vicariatos y más de 30 000 católicos, que formaban una misión floreciente. Del estado floreciente de esta misión da una idea el éxito extraordinario del Congreso eucarístico internacional, celebrado en Cartago en 1930.

Marruecos, centro del fanatismo musulmán, ha sido regado por la sangre de los misioneros franciscanos. Actualmente trabajan en él los franciscanos españoles y franceses en sus respectivos protectorados, y cultivan misiones florecientes con más de 130 000 católicos. Los *Padres Blancos*, con su heroico celo de las almas, no han cesado hasta establecer desde Argel una misión en el Sahara, empresa que les ha costado en unos sesenta y cinco años 283 misioneros. Gracias a estos esfuerzos, existe una misión independiente con más de 13 000 católicos.

Egipto merece particular atención en la actualidad y es misión especialmente difícil e importante, como base de la vida intelectual islámica. El arranque de las actuales misiones de Egipto tuvo su origen en tiempo y por iniciativa de Gregorio XVI. En ellas tomaron parte los Misioneros de Lyon, los franciscanos y los jesuitas. Cuenta con unos 120 000 católicos. En Egipto existen los diferentes grupos: los *armenios*, con su obispo en Alejandría; los *coptos*, con su patriarca en Alejandría; los *maronitas*, cuyo obispo reside en el Cairo. Los latinos tienen tres Vicarios Apostólicos.

708. b) **África occidental**. Comprende el inmenso territorio, desde el Senegal hasta el Cabo de Buena Esperanza, del que podemos decir que fué la tumba de innumerables misioneros. El insigne misionero *Libermann*, con los *Padres del Espíritu Santo*, recibió en 1845 el encargo de evangelizar estas regiones, las llamadas Guineas. Poco después fué dividido, y los *Misioneros de Lyon* tomaron la misión de Sierra Leona. Una y otra se han ido desarrollando a pesar de innumerables dificultades, desmembrándose en otras misiones, como las de Camerún, Costa de Oro, Costa de Marfil y otras. Todas ellas son la gloria más pura de los dos institutos misioneros citados. Los mismos Padres del Espíritu Santo organizaron desde 1865 las misiones de la zona lusitana del Congo y Angola, después de algunos roces con los portugueses.

Las colonias portuguesas, según el Concordato de 1940 con Portugal, ya no dependen de Propaganda. En Angola existen unos 875 000 católicos, 46 000 catecúmenos, 187 misioneros sacerdotes extranjeros con 11 indígenas.

Fernando Poo y Guinea española forman desde 1883 misiones prósperas. Actualmente están encomendadas a los PP. del Inmaculado Corazón de María.

El Congo Belga forma desde 1885 una región independiente, donde se han organizado diversas misiones sumamente prósperas, en las que toman parte varios Institutos misioneros, en particular los jesuitas, franciscanos, dominicos y del Corazón de María. En 1950 existen 26 Vicariatos Apostó-

*) BELHUNF, L. DE, *Les Missions catholiques d'Afrique*. Lille 1894. SCHWAGER, FR., *Die Mission im afrikanischen Weltteil*. 1908. BONET-MAURY, G., *L'islamisme et christianisme en Afrique*. P. 1906. BOUCHER, M., *Au Congo français*. Les Missions catholiques. P. 1928. PONS, M., *La Nouvelle Église d'Afrique ou le Catholicisme en Algérie en Tunisie et au Maroc depuis 1830*. Tunis 1930. GOYAU, G., *Le Cardinal Lavigerie*. P. 1925. TOURNIER, J., *La conquête relig. d'Algérie (1830-1845)*. P. 1930.

licos y tres prefecturas; y según las últimas estadísticas de 1946 hay: 2 139 000 católicos, más de un millón de catecúmenos; 1166 sacerdotes extranjeros al lado de 77 indígenas, 1634 religiosos legos y 23 000 religiosas.

709. c) África meridional. En los territorios que se extienden por el sur del África hasta el Mozambique con el Transvaal y Rodesia no pudo desarrollarse el catolicismo hasta muy entrado el siglo XIX. En 1837 fué nombrado en el Cabo el primer vicario apostólico; pero entonces los católicos no llegarían a un centenar. El atractivo de las perlas preciosas intensificó desde 1867 la inmigración a estas regiones, y les dió excepcional importancia. Esto fué la ocasión de las interminables guerras de Inglaterra contra los *boers* (la última en 1899-1902) y de la formación de la gran colonia inglesa Unión del África del Sur. Al mismo tiempo fueron acudiendo diversas Congregaciones misioneras, como los Oblatos de María Inmaculada y de San Francisco de Sales, Trapenses, Marian-Hill, sin que faltaran los jesuitas y otras Órdenes antiguas, con todo lo cual se fueron organizando diversas misiones, que alcanzan actualmente gran prosperidad.

Es digna de notarse la de *Zambeza*, muy difícil en un principio por sus feroces habitantes y su clima insalubre. Desde fines del siglo XIX comenzó a florecer. En 1944, Pío XII se dirigió por radio a la Unión Sudafricana, que cuenta con 27 divisiones eclesiásticas. En 1945 se inauguró en Boma una Universidad Católica del África.

710. d) África oriental. El África oriental presenta algunas misiones importantes, que han tenido gran desarrollo. Los Padres lazaristas evangelizaron la isla llamada *Bourbon*, y desde 1848, *Reunión*. Más tarde entraron los Padres del Espíritu Santo, con los cuales ha prosperado de tal modo, que cuenta con unos 178 000 católicos.

Especial importancia tiene en estos últimos tiempos la misión de *Madagascar*⁷⁾, cuyo principio se realizó desde *Reunión*.

Desde aquí pasó el Evangelio a la isla de *Madagascar*, y gracias a los esfuerzos de los jesuitas franceses y de otros misioneros, sobre todo desde la ocupación francesa en 1896, se ha formado en ella una de las más florecientes misiones de la cristiandad. De los seis vicariatos que comprende, los más célebres son los de *Fianarantsoa* y *Tananarivo*, misionados por los jesuitas. Los Padres del Espíritu Santo y los lazaristas dirigen los otros cuatro. La isla de Madagascar cuenta en 1950 con nueve vicariatos y tres prefecturas apostólicas. Al lado de 616 000 católicos y 72 000 catecúmenos, hay más de 248 sacerdotes extranjeros y 38 indígenas, 195 religiosos legos y 494 religiosas.

La misión de *Zanzíbar* ha llegado también a gran florecimiento y cuenta con unos 170 000 católicos.

Especial interés despierta la región de los grandes lagos, en que se comprenden las misiones de *Nyassa*, *Tanganika*, y sobre todo *Uganda*. Desde 1878 comenzaron a evangelizarlas los *Padres Blancos*, y ya en 1886 las regaron con su sangre más de cien mártires, los ilustres *mártires de Uganda*, víctimas del furor y fanatismo mahometano. Juntamente fué destruida casi toda la misión, quemados y arruinados sus templos, arrojados sus misioneros y perseguidos a muerte los demás cristianos. Sin embargo, se rehizo y hoy alcanza gran apogeo, con seis vicariatos apostólicos y un número total de 653 000 católicos, asistidos por 225 sacerdotes extranjeros, y 77 indígenas, 132 religiosos legos y 613 religiosas.

Mucho más pobre se presenta la triple misión de *Somalia*, inglesa, italiana y francesa, que cuenta escasamente con 5000 católicos. De la *Abisinia* o *Etiopía*⁸⁾, tan ilustre en la historia de las misiones, fueron encargados los lazaristas en 1839, a quienes poco después se juntaron los capuchinos. Con ímprobos trabajos y con peligro constante de muerte, pues persistían las leyes draconianas antiguas contra los cristianos, trabajaron estos heroí-

cos misioneros, entre los que sobresalen el lazarista *Justino Jacobis* y el apóstol de Gallas, Cardenal *Masata*. La parte de Eritrea siguió una vida próspera bajo la dirección de los capuchinos italianos, y en 1911 fué elevada a Vicariato apostólico con unos 35 000 católicos. La de Abisinia se desarrolló siempre en un clima mucho más hostil; después de 1884 fueron desterrados todos los misioneros, pero pudieron volver en 1897 y formaron una cristiandad de unos 11 000 católicos. En Abisinia existen en 1950 nueve divisiones eclesiásticas.

Del *Sudán Angloegipcio*, que fué siempre una de las misiones más difíciles, se han desarrollado cinco divisiones eclesiásticas de la misión católica, dirigidas por los Hijos del Sagrado Corazón, de Verona. Existen en la actualidad 34 000 católicos con 70 misioneros sacerdotes.

III. Misiones del Asia

711. En este epígrafe comprendemos las grandes misiones de la India inglesa, China y Japón, que a principios del siglo XIX se encontraban en un estado deplorable, pero que posteriormente se han rehecho, llegando en la actualidad a un estado floreciente. En estas misiones es donde con más éxito se ha ensayado recientemente el sistema de acomodación, siguiendo en ello el ejemplo que nos dejaron sus grandes misioneros, PP. Nobili y Ricci.

a) *India Inglesa*⁹⁾. Después del apogeo a que habían llegado en los siglos XVI y XVII las misiones de la India, se encontraban en un período de gran decadencia; pero empezó a ofrecer nuevas esperanzas a los misioneros católicos desde que en 1857 el gobierno inglés concedió respeto a todas las creencias y apoyo a todo lo que significaba cultura. En este inmenso territorio existían todavía los restos de las antiguas gloriosas misiones. Ante todo, las sedes metropolitanas de Goa y Cranganore y los obispados de Cochín y Meliapur, residuo del inmenso poder del patronato portugués. Además: misión de Agra, vicariatos de Bombay y de Malabar, misión de Pondichery. Todas estas misiones, que hacia 1700 contaban con unos 2 500 000 católicos, a mediados del siglo XIX tendrían poco más de medio millón.

Gregorio XVI inició el movimiento de reconstrucción con la erección de los vicariatos de Malabar, *Madrás*, Calcuta, Pondichery, Colombo y la prefectura de Maduré. Pero de ahí se originó el primer gran conflicto con el gobierno portugués y con las diócesis de Goa, Cranganore, Cochín, Meliapur y Malaca. Efectivamente, al ser suprimidas éstas por el Papa en 1838, se manifestó una decidida oposición de gran número de viejos católicos, dirigidos por el arzobispo de Goa, José de Silva Torre, a quien algunos llaman cismático. El apasionamiento llegó a tal extremo, que hubo persecuciones y destrucción vandálica de iglesias, de modo que el Papa en 1857 se vió obligado a restablecer dichas sedes con derechos patronales sobre las demás que se constituyeran. Esto originó nuevas contiendas, hasta que León XIII en 1886 celebró un convenio, que recibió su forma definitiva en el de 1928, estipulado entre Pío XI y el gobierno portugués. Por él se establece la sede patriarcal de Goa y los obispados de Cochín, Meliapur y Macao, con el derecho de presentación por parte de Portugal. En Bombay, en cambio, se van alternando los obispos portugueses y de otra nacionalidad. Con el concordato y convenio especial del año 1940 con el gobierno portugués, se establece la forma definitiva para el régimen de los territorios bajo el dominio de Portugal. Actualmente se ha modificado este acuerdo.

Con la libertad y apoyo concedidos por el gobierno inglés, se fueron desarrollando las misiones existentes fuera de los territorios sujetos al

⁷⁾ SUAU, J., *La France à Madagascar*. P. 1909. BODOU, A., *Les Jésuites à Madagascar au XIX siècle*. 2 vol. P. 1940.

⁸⁾ MERVULLOD, A., *Une Mission en Ethiopie*. D'après les Mémoires du Card. Massala. P. 1903.

⁹⁾ VATH, A., *La Misión de Bombay*. Trad. del alemán (1854-1920). B. 1924. *Ind., Der Kampf mit der Zauberwelt des Hinduismus*. 1928. RICHTER, J., *Indische Missionsgeschichte*. 2.ª ed. 1924.

patronato de Portugal, de tal manera, que en 1887 León XIII pudo organizar la jerarquía eclesiástica, y en 1897 existían ocho arzobispados, diecinueve obispados y varios vicarios y prefectos apostólicos.

La primera guerra europea (1914-1918) obligó a muchos alemanes y de otras nacionalidades a abandonar la misión, lo cual tuvo efectos desastrosos para la misma. Con esta ocasión entraron en Bombay los jesuitas españoles, que sostienen actualmente dos misiones prósperas. Es digna de notarse la conversión de dos prelados jacobitas, *Ivanios* y su auxiliar *Theophilos* en 1930, y el arzobispo *Severios* en 1937. En 1933 volvió a resucitar la cuestión de los ritos malabares; pero se resolvió a favor de la acomodación. El movimiento político y la independencia de estos últimos años han puesto a la India entera en una situación muy delicada; pero no obstante las dificultades que se presentan, las diferentes misiones siguen con toda prosperidad.

En 1950 cuenta la India (con Pakistán, Birmania, Ceylán, Malaca) 71 circunscripciones eclesiásticas, más de cuatro millones de católicos, unos 1500 sacerdotes misioneros extranjeros y casi otros tantos indígenas. En 1923 fué consagrado el primer obispo indio, Mons. Roche, S. J., y en 1950 el último, Mons. Pinto, S. J.

Los carmelitas, los jesuitas, los capuchinos, las Misiones extranjeras de París, y otras Órdenes misioneras tienen establecidas misiones muy importantes en las diversas partes de la India. Son dignas de especial mención: la misión de *Maduré*, dirigida por los PP. jesuitas franceses, con su colegio de Trichinópolis; la de *Calcuta*, perteneciente a los jesuitas belgas, donde desarrolló su heroica actividad el P. *Lievens* desde 1885-1892, llamado por algunos *segundo Javier*; la de *Mangalore*, a cargo de los jesuitas italianos desde 1877, y la de *Bombay*, dirigida desde 1854 por los jesuitas alemanes y desde 1919 por los españoles de la provincia Tarraconense, con grandes colegios y Universidad en la capital. En la isla de Ceylán sostienen los jesuitas belgas desde 1893 el Seminario pontificio de *Kandy*. En enero de 1950 se ha celebrado por vez primera un Concilio plenario en la India, del que se esperan resultados prácticos para las misiones de estos inmensos territorios.

712. b) Indochina ¹⁰⁾. En ella florecen también importantes misiones, sostenidas por diversos Institutos misioneros. Tales son: las de *Birmania*, *Siam*, *Cochinchina*, *Anam*, *Tonkin* y otras. La de Birmania atravesó tiempos de persecución, cárcel y tortura, que hizo descender el número de cristianos, por lo cual al encargarse de ella los Padres de las Misiones extranjeras de París en 1857, sólo había unos 5000; pero desde entonces se desarrolló rápidamente y forma ya cinco vicariatos con más de 150 000 fieles asistidos por más de 200 misioneros. La de *Siam* comenzó a levantarse de su postración desde 1840, y en 1914 comprendía ya 24 000 católicos. Después de la guerra europea ha sido reorganizada, en lo que han tomado parte principal los lazaristas. La *Indochina* francesa ha sufrido terribles persecuciones y martirios durante todo el siglo XIX; pero esto no obstante, la población católica ha seguido siempre en aumento. En 1950 cuenta con 1 564 000 católicos, 418 sacerdotes extranjeros y 1380 indígenas. De estos datos se desprende que es el territorio de misiones donde mayor incremento ha tomado el clero indígena. Todo este conjunto de católicos forman las 18 circunscripciones eclesiásticas de la Indochina actual. En su conservación toman parte diversas Órdenes y congregaciones religiosas.

713. c) China ¹¹⁾. Las misiones de China, tan florecientes en el siglo XVII, tuvieron que pasar las pruebas más dolorosas de las sangrientas

persecuciones de Kienluz en la segunda mitad del siglo XVIII, y de Kiaking en el siglo XIX. Una de sus víctimas más ilustres fué Mons. Duffresne en 1813, reo de haber celebrado el notable Concilio de *Szechwan* en 1803. Por este tiempo existían: las misiones de *Nankín* y *Pekín*, mantenidas por los lazaristas, en sustitución de los suprimidos jesuitas; la de *Fukien*, dirigida por los dominicos españoles; la de *Shantung*, etc., por los franciscanos; la de *Azechuan* y otras, por los Padres de las Misiones extranjeras de París, y la de *Cantón* y Macao por los portugueses. El número total de cristianos era de unos 200 000, que más bien fué disminuyendo hasta mediados del siglo XIX. Mas por este tiempo se inicia el nuevo impulso dado a las misiones por Gregorio XVI y Pío IX, que coincide con una mayor libertad de predicación, obtenida en parte por la intervención de las potencias extranjeras, si bien esto no evitó actos aislados de vandalismo contra los cristianos.

Casi todas las Órdenes y Congregaciones religiosas, antiguas y modernas, han ido acudiendo a este campo inmenso y organizando magníficas misiones. Los jesuitas franceses entraban en 1842 en *Shanghai* y se establecían poco después en *Zikawei*, centro de irradiación misionera de primer orden en la actualidad, con su magnífica Universidad *La Aurora*. De esta misión han nacido las de *Anking* y *Wuhu*, dirigidas por los jesuitas españoles, y las de *Hainan*, *Nankín*, *Pengpu* y otras. La misión de Hong-Kóng recibía en 1858 el refuerzo de los Padres de las Misiones extranjeras de Milán, los cuales fundaron al punto la de *Honan*. Los Padres de *Scheut* entraban en 1865 en *Mogolia*; en 1879 los Padres del Verbo Divino iniciaban una misión en *Schantung*, y del mismo modo se iban estableciendo otros misioneros en diversas regiones, ayudados de verdaderos ejércitos de religiosas. Digno de notarse es también que en 1870 llegaron a Hong-Kóng los Hermanos de las Escuelas Cristianas, que iniciaban así sus trabajos misionales, y en 1893 emprendían los suyos los maristas en Shanghai, al paso que los salesianos llegaban a Macao en 1902. Durante los años siguientes han ido acudiendo a este campo tan vasto y fecundo otras muchas Órdenes y Congregaciones, al mismo tiempo que se intensifica la formación del clero indígena.

Las dificultades se han hecho sentir constantemente de un modo horrible. En 1886 las misiones de Kiangsí fueron materialmente arruinadas, como lo habían sido otras varias pocos años antes. La persecución de los *boxers* (1899-1900) devastó territorios cristianos inmensos. Pero las misiones se volvieron a organizar y adquirieron un desarrollo extraordinario. Al finalizar la guerra (1914-1918) sufrieron de nuevo estas misiones grandes trastornos; pero sobre todo recientemente han sido víctimas de grandes catástrofes que han culminado en 1949-1950 con el dominio de los rojos en toda la China. Actualmente se hallan las misiones en un período de inestabilidad. Según las estadísticas de 1946, los católicos eran 3 173 000, 2791 los sacerdotes misioneros extranjeros y 2022 los indígenas. En toda la China existían 138 circunscripciones eclesiásticas.

En *Corea* existía en 1831 un pequeño número de católicos, que había sobrevivido a innumerables calamidades. En esta fecha las Misiones extranjeras de París renovaron la misión, que tuvo que sufrir todavía persecuciones, en las que los cristianos supieron morir heroicamente; pero se fué consolidando y creciendo, sobre todo desde principios del siglo XX. En la actualidad cuenta con 156 300 católicos asistidos principalmente por las Misiones extranjeras de París y un conjunto de 126 sacerdotes extranjeros al lado de 121 indígenas.

714. d) Japón ¹²⁾. Por efecto de las horribles persecuciones, de que fueron hechos objeto los católicos durante más de 200 años y de las leyes de excepción que existían contra ellos, llegó a desaparecer casi por completo el catolicismo, tan floreciente en las antiguas misiones. Por el año 1865, al alborar la nueva era de libertad, algunos misioneros franceses descubrieron con indecible satisfacción la existencia de unos 10 000 cristianos

¹⁰⁾ PROLET, J. B., *Le catholicisme en Indochine*. P. 1905.

¹¹⁾ PROLET, J. B., VADOT, CH., *La religion cathol. en Chine*. P. 1905. OCHLER, W., *Chinas Erwachen*. 1925. WILHELM, R., *Die Seele Chinas*. 1926. SOULIÉ DE MORANT, G., *L'Épopée des Jésuites français en Chine*. P. 1928. LATOURETTE, K. S., *A History of Christian Missions in China*. Nueva York 1929. PLANCHET, I. M., *Les Missions de China et du Japon*. Peking 1929. BECKMANN, J., *Die kathol. Missionsmethode in China in neuester Zeit (1842 bis 1912)*. 1931.

¹²⁾ LIGNEUL, A., *L'Evangile en Japon au XX^e siècle*. P. 1904. VOGT, A., *Le Catholicisme au Japon*. P. 1905.

en el territorio de Urakami y en las islas de Hirado, Goto y Takashima, descendientes de los antiguos; mas por desgracia esto excitó a las autoridades japonesas, que volvieron a urgir las antiguas leyes persecutorias, con lo que casi aniquilaron estos restos de cristiandad.

Sin embargo, desde 1871 quiso el Japón entrar en relaciones con las potencias europeas, y a petición de las mismas abolió las tiránicas leyes anticristianas. Con esto se pudo comenzar la organización de nuevas misiones, que han tenido hasta el presente una dificultad especial por el carácter tradicionalista del pueblo japonés, y porque un gran número de intelectuales, en sus viajes y estudios en Europa, han sido imbuidos en el indiferentismo religioso generalmente reinante. Por esto se ha insistido más en el Japón en la obra cultural y en la penetración lenta, para lo cual los jesuitas junto con la misión de Hiroshima, establecieron en 1913 la Universidad de Tokio, que ha alcanzado ya frutos notables. Ya antes los dominicos habían iniciado su actividad; en 1915 entraron los franciscanos, los Padres de Steyl en 1921, y asimismo otras instituciones misioneras han organizado sólidas misiones. Las conversiones, aunque lentas, son generalmente seguras. En 1891 León XIII estableció la jerarquía eclesiástica con un arzobispado en Tokio y las diócesis sufragáneas de Nagasaki, Osaka y Hakodate. Recientemente han sido nombrados varios obispos japoneses. Al terminar la última guerra en 1945, el Japón presentaba prometedoras esperanzas para el Evangelio. Así se ha visto de un modo particular al celebrarse en 1949 el cuarto centenario de la llegada al Japón de S. Francisco Javier, siendo recibido triunfalmente su brazo. En 1946, Pío XII dirigió un mensaje a la Iglesia del Japón. La actual jerarquía católica del Japón consta de 16 circunscripciones eclesiásticas y unos 117 500 católicos con 316 sacerdotes extranjeros y 138 indígenas, 256 religiosos legos y 1340 religiosas.

IV. Misiones de Oceanía

715. En esta designación comprendemos los territorios de los grandes grupos de islas del Extremo Oriente, la Melanesia y la Micronesia, Nueva Zelanda y Australia, a lo que hay que juntar también las islas Filipinas. Fuera de estas últimas, de historia misional antigua, las demás tienen de común que son de fundación reciente y, además, la lucha que han tenido que mantener contra las organizaciones misioneras protestantes. Sin embargo, se han desarrollado prósperamente y algunas han llegado a un apogeo considerable.

a) **Islas Filipinas**¹³⁾. Forman un grupo de particular interés. De ellas sólo diremos que la casi totalidad de sus habitantes son católicos, gracias al trabajo de las antiguas misiones españolas. Así, de unos 12 000 000 de habitantes, unos 10 000 000 son católicos. Las organizaciones católicas, las Órdenes religiosas, toda la vida pública se han desarrollado hasta el año 1898, en que fué posesión española, como pueden desarrollarse en un país católico. Desde este año, en que pasó a depender de los Estados Unidos, se nota más la crisis de sacerdotes y sobre todo el influjo protestante, a lo que se añadió el desdichado *cisma aglipayano*; pero gracias a la solidez del catolicismo de los naturales, la Iglesia continúa próspera, y forma, aun en la actualidad, un hermoso contraste entre todas las islas que la rodean: Filipinas es una nación católica en medio de un mundo pagano. En 1936 se celebró en Manila el XXXIII Congreso eucarístico internacional. Terminada la guerra mundial en 1945, el catolicismo ha vuelto a surgir con más pujanza.

Por otra parte, se mantienen prósperas misiones entre paganos. Las más importantes son las de *Mindanao* y *Joló*, donde se hallan aún unos 350 000 musulmanes. En el norte de Luzón y en diversas regiones de Mindanao existen asimismo cerca de un millón de infieles. Junto con los jesuitas y otras Órdenes antiguas, han acudido a este campo de misiones

algunas Congregaciones nuevas: los Padres de Steyl, y de Scheut, los Misioneros de Issoudun y otros. La jerarquía en Filipinas comprende dos arzobispados, trece obispados y tres prefecturas apostólicas, con 1400 sacerdotes, de los cuales hay 800 indígenas.

716. b) **Melanesia y Polinesia**. En este inmenso territorio los primeros misioneros fueron los Padres *Picpus*, que desde 1827 comenzaron a trabajar con un celo verdaderamente heroico. En 1833 Gregorio XVI lo erigió en Vicariato apostólico y poco después distinguíase el célebre misionero P. *Laval* en las islas *Gambiers*. Desde 1836 entraron en acción los Padres maristas, que desarrollaron una increíble actividad en las islas de Samoa, Tonga, Fidji, Nueva Caledonia y Nuevas Hébridas. En adelante los Padres de Picpus se extendieron por el norte y oriente de la Polinesia, entre las islas Marquesas, Gambiers, Tahití, Sandwich y otras. En estas últimas se distinguió desde 1873 el célebre apóstol de los leprosos de la isla Moloaki, el P. *Damián de Veuster*. Gracias a los ímprobos trabajos de estos misioneros, en estas inmensas regiones existen en la actualidad diecinueve divisiones eclesiásticas y un total de 350 000 católicos. He aquí algunos datos dignos de notarse: la isla de Guam, en casi su totalidad católica, es evangelizada por los capuchinos; las islas de *Sandwich* o *Hawai* tienen más de 100 000 católicos (40 000 provienen de Filipinas), dirigidos por los Padres de Picpus. La Nueva Guinea holandesa cuenta con unos 25 000 católicos, dirigidos por los PP. de Issoudun.

717. c) **Marianas, Palaos, Carolinas y Marshall**. Estas islas forman un grupo aparte y tienen particular interés. Su evangelización comenzó en el siglo XVII con los jesuitas españoles. Más tarde la dirigieron los capuchinos alemanes; pero después de la primera guerra mundial (1914-1918) volvieron de nuevo los jesuitas españoles. Cuentan actualmente con unos 20 000 fieles bajo un vicario apostólico. En la última guerra mundial (1939-1945) han sido víctimas de muchas crueldades niponas.

718. d) **Sumatra, Java, Borneo, Flores, Célebes y Molucas**. El grupo de estas grandes islas ha ido variando mucho. En algunas de ellas, sobre todo las de Célebes y Molucas, predicó ya S. Francisco Javier y floreció luego el Cristianismo. Pero la persistencia de las invasiones holandesas, acompañadas del fanatismo calvinista, arruinó casi por completo estas misiones. Sólo entrado el siglo XIX han vuelto a resurgir, y actualmente gozan de relativa prosperidad. Una de las más prósperas es la de Java, donde ya en 1831 se erigió el vicariato de Batavia. Luchando con toda clase de dificultades contra los dirigentes y misioneros protestantes y contra la barbarie de los indígenas, los jesuitas holandeses, los capuchinos, los misioneros de Hill-Hill, de Issoudun y de Steyl, fueron evangelizando y organizando magníficas misiones. A Java se juntaron bien pronto otras misiones de las posesiones holandesas. Así, los jesuitas desde 1859 fundaron misiones en Sumatra, Célebes, Borneo y Flores, y junto con ellos casi todas las Congregaciones citadas. Con esta intensificación del trabajo misional se explica que en las posesiones holandesas haya actualmente un conjunto de unos 270 000 católicos bien organizados. De ellos el vicariato de Batavia a cargo de los jesuitas comprende 60 000, y el de Sonda, a cargo de los Padres de Steyl, 150 000. Pero unos 70 000 de las islas de Flores descienden de los antiguos portugueses.

719. e) **Nueva Zelanda**. Esta misión creció rápidamente desde 1838, en que era entregada a los Padres maristas, y con la afluencia extraordinaria de los católicos europeos ya en 1848 pudo formar dos obispados. Su crecimiento y su admirable organización han sido tan sorprendentes, que en la actualidad hay en la isla unos 200 000 católicos, que forman una provincia eclesiástica con cuatro obispados. Sin embargo, hay que advertir que el crecimiento de los católicos se debe casi exclusivamente a la inmigración. El mérito de la misión católica ha consistido en la excelente organización de todos estos elementos.

¹³⁾ PASTELLS, P., Misión de la Compañía de Jesús en Filipinas en el siglo XIX. 3 vol. B. 1916-1917.

720. b) **Australia**¹⁴⁾. Forma, más bien que misión, un territorio semejante al Canadá. A principios del siglo XIX apenas había una docena de católicos, y actualmente son 1 500 000. Su primer crecimiento se debe a las grandes colonias de deportados de Inglaterra, entre los cuales había muchos millares de católicos, sobre todo irlandeses. A éstos se añadían más tarde grandes expediciones de colonos, coincidiendo con las hambres de Irlanda después de 1830, con lo cual el número de católicos aumentó de tal manera, que en 1842 Gregorio XVI pudo organizar la sede metropolitana de Sidney con dos sufragáneas. El año 1845 llegaron benedictinos españoles, que establecieron un monasterio en *Nueva Nursia* y trabajaron activamente en el establecimiento de una misión.

Los misioneros y el clero secular se multiplicaron rápidamente, y toda la Iglesia de Australia ha seguido desde entonces su curso de aumento por la inmigración, y de organización tal, que bien puede ser comparada con la de los Estados Unidos. Además, la organización de las diversas Ordenes religiosas, la pujanza de los Seminarios y clero secular, la vida católica en general, como se manifiesta en las escuelas, Prensa y vida pública, son tales, que bien se puede hablar de una Iglesia modelo. De ello dió clara muestra el Congreso Eucarístico internacional celebrado en Sydney en 1928. En 1946 fué nombrado el primer obispo indígena. La jerarquía comprende en 1950 cinco sedes metropolitanas y veintidós obispados. A su lado trabajan 2060 sacerdotes extranjeros, 1103 hermanos legos y 10 175 religiosas.

V. Misiones del Próximo Oriente

721. Estas misiones comprenden el Asia Menor, Siria, Palestina, Mesopotamia y Persia, en las cuales ha existido siempre una dificultad especial, debido en gran parte al carácter musulmán, impenetrable a las enseñanzas católicas. Esto ha provocado durante el siglo XIX grandes persecuciones y matanzas de cristianos, las cuales deshicieron las misiones católicas. Son conocidas las matanzas de armenios de 1895-1896. Sólo en Adua murieron unos 3000, entre los cuales 170 sacerdotes. No son menos célebres las posteriores de 1909, en que rivalizaron los kurdos y soldados turcos, y las más recientes de 1915-1916, en tiempo de la guerra europea. Con esto se explica que no hayan podido prosperar las misiones católicas en algunos de estos territorios.

a) **Asia Menor**. Este territorio, de tan fecunda historia cristiana, ha sufrido incesantes vaivenes. En *Armenia*, a pesar de las persecuciones y matanzas debidas al furor turco, al comenzar la guerra europea, existían más de tres millones de cristianos entre catorce millones de habitantes; pero vivían verdaderamente esclavizados. Pero entonces se desencadenó la persecución más furiosa, y después de diez años de degüellos y exterminio, a lo que se añadió la deportación forzosa, apenas quedaban 5000 católicos. *Siria*¹⁵⁾ contiene la misión del Líbano con los cristianos *maronitas*. Esta misión se ha desarrollado prósperamente bajo el protectorado de Francia, con la cooperación de los franciscanos, capuchinos, jesuitas y otros misioneros. Los jesuitas han establecido un centro de primer orden con la Universidad de *Beirut*, en la que reciben enseñanza superior en sus diversas facultades unos 1500 alumnos. El vicariato de Alepo, cuyo titular ejerce jurisdicción en toda Siria, tiene por capital Beirut. Igualmente los franciscanos poseen en Alepo un centro excelente de irradiación, con una escuela

comercial, y Damasco es asimismo un centro misionero de primer orden. El número total de católicos de ambos ritos asciende a unos 600 000.

722. b) **Jerusalén, Mesopotamia y Persia**. Aunque con especial dificultad, también en estos territorios se mantienen misiones católicas. En 1847 se formó el *Patriarcado de Jerusalén*. A los franciscanos, que ya de antiguo evangelizaban la Tierra Santa, se juntaron entonces otros misioneros, sobre todo los Padres Blancos, lazaristas y Santo Sepulcro, todos los cuales, no obstante las dificultades opuestas por el furor judío, organizaron grandes cristiandades, que actualmente reúnen unos 45 000 católicos en Palestina, Transjordania y Chipre. Después de los últimos acontecimientos de 1949, la situación de los católicos es difícil y confusa.

La misión de *Mesopotamia* se reorganizó desde 1840, y ya en 1848 pudo ser elevada a arzobispado la sede de Babilonia, que luego fué trasladada a Bagdad. Los misioneros dominicos, carmelitas y capuchinos consiguieron intensificar la misión, y no obstante los grandes trastornos sufridos con la guerra europea, cuentan actualmente con unos 55 000 católicos, bajo el arzobispo de Bagdad, que reside en Mosul. *Persia* ha sido regada por los sudores de los lazaristas, carmelitas y capuchinos, quienes han tenido que habérselas con los manejos de los protestantes, la astucia de los cismáticos, la obstinación de los mahometanos y el odio de todos, por lo cual la misión tuvo que ser interrumpida diversas veces: Desde 1875 el *shah* de Persia concedió libertad misional, con lo cual la misión comenzó a prosperar, y en 1910 el obispado de *Isfahan* era convertido en arzobispado. La primera guerra europea trajo de nuevo hambres y persecuciones, y aun en 1918 se cometió el asesinato del delegado apostólico *Sontag* con algunos lazaristas. Sin embargo, se rehizo pronto la misión, que ha vuelto a la normalidad.

Las regiones de *Arabia*, *Afganistán*, *Turquestán*, *Tibet* y *Mogolia* pueden ser consideradas como un *desierto misional*. Arabia ha pasado por diversas jurisdicciones misionales y hoy forma un vicariato independiente; pero se desarrolla con gran dificultad frente al impenetrable fanatismo árabe. Cuenta con unos 1500 católicos, de los cuales casi 1000 residen en Adén. Afganistán es el prototipo del fanatismo musulmán, donde no ha podido penetrar ningún misionero católico.

¹⁴⁾ MORAN, P. F., CARD., *History of the Catholic Church in Australia*. 2 vol. Sydney 1896. WALTER, G., *Australien, Land. Leute, Mission*. 1928. O'BRIEN, *The Dawn of Catholicism in Australia*. 2 vol. L. 1930. SALVADÓ, R., *Memorias históricas sobre Australia y la Misión benedictina de Nueva Nursia*. M. 1943.

¹⁵⁾ HARTMANN, M., *Islam, Mission, Politik*. 1912. SIMON, G., *Die Welt des Islam und die neue Zeit*. 1925. CHARLES, H., *Jésuites missionnaires. Syrie, Proche-Orient*. P. 1929. Id., *Les Jésuites en Syrie, 1831-1931*. Université Saint-Joseph. P. 1931. STROTHMANN, R., *Die koptische Kirche in der Neuzeit*. 1932.

CAPÍTULO VIII

Errores, herejías y cisma oriental ¹⁾

723. Conocida la Iglesia en el desarrollo y expansión que ha tenido en Europa, América y en los diversos campos de las misiones hasta nuestros días, penetremos más íntimamente en sus actividades de carácter doctrinal, literario y ascético, y en todas las manifestaciones de su vida interior. Así, pues, en el presente capítulo seguiremos la actuación de la Iglesia frente a los diversos errores y herejías, y juntamente exponremos el estado actual de las distintas sectas protestantes y de las Iglesias cismáticas orientales.

I. Diversos errores del siglo XIX y defensa de la Iglesia

Si en todas las épocas de la Iglesia católica ha habido errores, no es de extrañar que hayan existido también en el siglo XIX y que existan todavía en nuestros días. En ellos podemos distinguir claramente dos tendencias: primera, negación del orden sobrenatural, fruto espontáneo y directo del filosofismo o falsa ilustración del siglo XVII, llámese racionalismo, materialismo o de otra manera. La segunda más bien contra la debida inteligencia o interpretación del dogma católico. Esto se explica con la exuberancia del resurgir católico del siglo XIX, que ha dado ocasión, como en otros tiempos, a falsos conceptos e interpretaciones torcidas de la verdad cristiana. Contra unos y otros ha defendido la Iglesia el dogma católico, procediendo, cuando ha sido menester, a declaraciones autorizadas de parte del Romano Pontífice.

a) **Incredulidad y racionalismo moderno.** La revolución francesa dejó en todos los Estados de Europa los gérmenes del espíritu de incredulidad, que había heredado de las propagandas subversivas de la falsa ilustración y enciclopedismo. Como representante de este espíritu, la *masonería* desarrolló durante todo el siglo XIX una actividad demoledora contra la Iglesia católica y contra todos los principios representados por ella. Emparentadas con ella o como formas diversas de un mismo espíritu, deben ser consideradas algunas organizaciones de carácter oculto y revolucionario. Tales son: los *carbonarios* en Italia, que fueron los elementos más activos en la campaña contra el Pontificado; los *iluminados* en Alemania, que trataron de mantener el espíritu de los librepensadores; los *comuneros* en España, que fueron algún tiempo los revolucionarios por antonomasia.

¹⁾ FERHARD, A., *Katholicismus und moderne Kultur*. 1906. BRAASCH, A. H., *Die religiösen Strömungen der Gegenwart*. 2.ª ed. 1910. ÍD., *Das Christentum im Weltanschauungskampf der Gegenwart*, 2.ª ed. 1916.

Hijos directos de este espíritu ateo y como ramificaciones del mismo, son una serie de errores o movimiento ideológicos, característicos del siglo XIX, que han producido y siguen produciendo daños incalculables: en primer lugar, el *liberalismo* ²⁾, que no es otra cosa sino una forma del subjetivismo, hijo del Renacimiento, del protestantismo y de la falsa ilustración. Defiende una libertad absoluta en la vida pública y privada, tanto en lo que se refiere al Estado como en la religión y la economía. Ha sido el error de moda de los últimos tiempos, que presenta todos los matices imaginables, desde el odio más exacerbado contra todo lo religioso, hasta el espíritu contemporizador de los llamados católicos liberales, que tratan de armonizar los principios católicos con los de sus adversarios. Por esta razón uno de los peores efectos del liberalismo es el entibiar las conciencias y hacer perder a muchos la firmeza necesaria en los dogmas y verdades reveladas. El liberalismo, como doctrina, fué condenado en 1864 por Pío IX en el «Syllabus».

Unido con el liberalismo se presenta el *racionalismo*, que invade todas las tendencias antirreligiosas modernas, niega toda autoridad religiosa y rechaza todo lo sobrenatural. A lo mismo vienen a reducirse el *positivismo* y el *materialismo* ³⁾, que tantos estragos han causado en el orden social y religioso. Pero el peligro del racionalismo está precisamente en que se presenta con el aparato de ciencia, con que se presentaba la falsa ilustración, con lo cual atrae y seduce a innumerables incautos. De hecho, es el ambiente de buen número de sabios e investigadores y se ha apoderado de considerables núcleos protestantes, todos los cuales tienen a gala no admitir más que lo que se prueba con la razón y la experiencia. Con el racionalismo penetra en todas partes un frío glacial, que mata todo sentimiento religioso y destruye toda idea sobrenatural. Entre los representantes más conocidos de estos movimientos sobresalen: los positivistas *Augusto Comte*, *Juan Stuart Mill*, *Herbert Spencer*, *Ernesto Renan*, *Emilio Zola*, *Carlos Darwin*; los materialistas *Luis Feuerbach*, *Federico Strauss*, *Ernesto Haeckel*; los racionalistas de varios matices *Hartmann Schopenhauer*, *Federico Nietzsche* y otros muchos.

Finalmente, por su carácter de revolución social, que destruye juntamente la Religión y el Estado, se distinguen el *socialismo* ⁴⁾ y el *comunismo* de nuestros días, que, aparte de sus ideas falaces y falsas sobre los principios sociales, fomentan un ateísmo militante, que es uno de los mayores peligros de nuestros días. Son conocidos los nombres de los corifeos del socialismo, *Marqués de Saint-Simon* y *José Proudhon*, en Francia; *Carlos Marx*, *Federico Engels* y *Fernando Lasalle*, en Alemania; y de los comunistas y anarquistas, *Lenin*, *Bakunin* y *Stalin*. En realidad, el socialismo, y sobre todo el comunismo y anarquismo, no sólo convienen con el racionalismo en la negación de todo lo sobrenatural, sino que consideran positivamente el catolicismo como su mayor enemigo, y por consiguiente le hacen una guerra encarnizada, sin pararse ante los crímenes más horrendos. Partiendo del principio de que la religión es el «opio del pueblo», tratan de destruirla y aniquilarla por todos los medios posibles. El comunismo es el peor enemigo con que cuenta actualmente la religión católica.

724. b) **Exageraciones del dogma católico.** La exuberancia de vida del catolicismo en la primera mitad del siglo XIX, ocasionó ciertas exagera-

²⁾ WIESE, L. VON, *Der Liberalismus in Vergangenheit und Zukunft*. 1917. BUGGIERO, G. DE, *Storia del liberalismo europeo*. B. 1925.

³⁾ VOLKMANN, V., *Die materialist. Epoche des 19. Jh.* 1909. GALLINGER, A., *Der materialismus des 19. Jh.* 1924. BERGSON, H., *L'Évolution créatrice*. P. 1925. ÍD., *Matière et mémoire*. P. 1925. LANGE, F. A., *Gesch. des Materialismus*. 7.ª ed. 1926.

⁴⁾ FÖRSTER, F. W., *Christentum und Klassenkampf*. 4.ª ed. 1919. STAMMBER, R., *Sozialismus und Christentum*. 1920. DIEHL, K., *Über Sozialismus, Kommunismus und Anarchismus*. 5.ª ed. 1923. LIEFMANN, R., *Gesch. und Kritik des Sozialismus*. 2.ª ed. 1923. CATHREIN, V., *Der Sozialismus*. 16.ª ed. 1923. KRALIK, R., *Gesch. des Sozialismus der neuesten Zeit*. 1925. KNOLI, A. M., *Der soziale Gedanke im modernen Katholizismus*. I. 1932.

ciones del dogma católico, que constituyen una serie de errores teológicos propiamente tales. Los más notables son los siguientes:

En primer lugar, el *tradicionalismo*, defendido por *Bautain*, que tuvo bastante resonancia. Después de haber cultivado algún tiempo la filosofía atea del tiempo, se convirtió a una vida ferviente, estudió con ansia la Teología católica, y ordenado de sacerdote en 1828, se dedicó con gran celo a hacer revivir el espíritu católico. Para ello rechazaba de plano el sistema escolástico de razonar o fundamentar el dogma. Según él, no sólo no se podían probar, pero ni siquiera averiguar los dogmas con la razón. La única norma de verdad debía ser la *revelación* y la *tradición*. Por esto se ha llamado *tradicionalismo* a este sistema. Su ordinario, el obispo de Estrasburgo, censuró esta doctrina. *Bautain* se dirigió entonces a la Facultad de Tubinga, donde *Möhler* redactó un informe oficial, en que se probaba la potencia de la razón humana, aun después del pecado, para conocer a Dios.

Un error semejante defendía *Lamennais* ⁵⁾, hombre impetuoso dotado de grandes cualidades, quien, después de convertirse con toda el alma al catolicismo militante, ordenado sacerdote, inició una campaña ardorosa contra la incredulidad propia de la época. Mas por desgracia, a su celo impetuoso le faltaba el espíritu de sujeción a la autoridad eclesiástica. En unión con los portavoces del movimiento católico, comenzó a defender en el periódico «*L'Avenir*» el principio de que la Iglesia debía volver a la pobreza y heroísmo primitivos, y como solución de todos los males que aquejaban al catolicismo, proponía la separación de la Iglesia y el Estado. La autoridad eclesiástica impugnó estas doctrinas, y el Papa Gregorio XVI las condenó en su encíclica «*Mirari vos*» (agosto de 1832); pero mientras los demás se sometían, *Lamennais* respondió con su célebre obra «*Paroles d'un croyant*» en 1834, condenada también por el Papa, contra quien se declaró en rebeldía. Puesto ya en este camino, *Lamennais* negó la divinidad de la Iglesia y la Revelación, fué evolucionando en sentido francamente socialista, y al fin proponía el sentido común como norma de la vida. Murió al fin sin reconciliarse con la Iglesia.

Por camino muy diverso defendieron algunos doctores católicos, principalmente en Italia, el error denominado *Ontologismo* ⁶⁾. Sus portavoces más caracterizados eran *Vicente Gioberti* († 1852), con su escuela, y en una forma algo moderada, *Rosmini* († 1855). Estos filósofos suponen que las verdades fundamentales de la religión no pueden tener realidad alguna, sino en unión con la divina esencia y no pueden ser conocidas sino en unión y por medio de la misma. El neoescolasticismo adivinó pronto el fundamento de este error y lo atacó con decisión, como emparentado con el panteísmo. Mas como los dos corifeos de este error se distinguían entre los defensores de la causa nacionalista, encontraron simpatías sus ideas, y por esto han tenido bastantes partidarios.

725. c) Errores semirracionalistas. Un tercer grupo de errores lo formaban los de algunos doctores católicos, que se dejaron seducir por las falacias del racionalismo y de la filosofía kantiana. El primero fué *Jorge Hermes* († 1831), profesor de la Universidad de Bona desde 1820, quien fué al extremo opuesto del tradicionalismo, pretendiendo que se podían probar filosóficamente los dogmas fundamentales del catolicismo. Sobre la base de Kant y de Fichte, creía poder poner la duda positiva como base de toda investigación teológica. La razón debe ser la norma principal y medio único por el cual el hombre puede conocer las verdades reveladas, que por otra parte son postulados de la razón práctica. Además enseñaba errores sobre el estado del hombre antes de la caída, sobre la justificación y gracia

santificante, todo lo cual lo presentaba con tal ropaje de erudición, que no fueron advertidos hasta después de su muerte. En 1835 fueron condenados por Gregorio XVI.

Muy semejante fué la doctrina que defendía en Viena el sacerdote *Antonio Günther* († 1863), basada también en la estima exagerada de la razón humana. En efecto, *Günther* creyó haber probado con la sola luz de la razón la necesidad de todos los misterios, incluso el de la Trinidad. Esto equivalía a convertir la fe en ciencia, y en realidad era un racionalismo disimulado, condenado en enero de 1857 por Pío IX. *Günther* se sometió al fallo de la autoridad eclesiástica.

726. d) Americanismo y Catolicismo reformado. Estos dos errores manifiestan la tendencia de reforma del catolicismo, que aparece igualmente en otras ideas heterodoxas contemporáneas. El llamado *Americanismo* se presentó en Norteamérica en los últimos decenios del siglo XIX, y exigía una reconciliación con la cultura moderna. En particular pedía que se diera más relieve a la parte personal o individual en la piedad, y sobre todo, que se quitara importancia al principio de autoridad. En su lugar debían prevalecer las virtudes naturales y aun el bienestar material con una amplia tolerancia de otras ideologías. Como principales defensores de este sistema, citemos a *P. Isaac Hecker* († 1888) y el arzobispo *Juan Ireland* († 1918). Esta ideología fué condenada por León XIII el 22 de enero de 1899.

Muy semejante es el error de los que defienden un *Catolicismo reformado*. Guiados de un celo mal entendido, trataban de fomentar el prestigio del catolicismo acomodándolo más a la cultura moderna. Por esto rechazaban en ella todo lo que les parecía señal de retraso cultural, mas con frecuencia pasaban el límite de la debida sumisión a la autoridad eclesiástica. Entre los portavoces de estas ideas podemos citar: *Fr. J. Kraus*, *H. Schell*, *Alb. Ehrhard*, *J. Müller*, *G. Grupp*; en Italia, el poeta *Fogazzaro*, y en Inglaterra, *Fed. de Hügel*. En 1898 fueron puestos en el índice cuatro escritos de Schell.

727. e) Modernismo ⁷⁾. De mucho mayor trascendencia fué la manifestación de la tendencia racionalista en el seno de la Teología católica a principios del siglo XX. Descubrióse casi al mismo tiempo en Francia, Inglaterra, Italia y Alemania y fué designado como *Modernismo*. La base de este error es el agnosticismo de Kant y juntamente la religión immanente y natural del hombre, defendida por Schleiermacher. En general tiende a negar la revelación como medio de transmisión de las verdades cristianas, y constituye a la conciencia religiosa de cada individuo juez sobre la revelación y la Iglesia. Defiende, pues, una religión immanente y de sentimiento, rompe con la autoridad dogmática de la Iglesia y declara los dogmas símbolos variables de la fe. Pío X emprendió desde 1907 la batalla contra esta nueva herejía.

Sus defensores fueron: en Francia, *Fr. Alfr. Loisy* y *Alb. Houtin*; en Inglaterra, el ex jesuita *Jorge Tyrrell*; en Italia, los presbíteros *Murri*, *Salvador Minocchi* y *Humberto Fracassini*; en Alemania,

⁵⁾ BOUTARD, CH., *Lamennais. Sa vie et ses doctrines*. 3 vol. P. 1905-1913. HARSPE, P., *Lamennais. Drame de sa vie sacerdotale*. P. 1924. DUINE, F., *Lamennais. Sa Vie, ses idées, ses ouvrages*. P. 1922. GOYAU, G., *Le portefeuille de Lamennais, 1818-1836*. P. 1930.

⁶⁾ PALHORIS, F., *Gioberti*. P. 1930. RINALDI, R., *Gioberti e il problema del Risorgimento*. Florencia 1930. PADOVANI, U. A., *Gioberti ed il Cattolicesimo*. Milán 1928. DYROFF, A., A. Rosmini. 1906. PALHORIS, L., *Rosmini*. P. 1930.

⁷⁾ FERNÁNDEZ MONTAÑA, J., *El «Syllabus» de Pío XI*. M. 1905. HEINER, F., *Die Massregeln Pius X gegen den Modernismus*. 1910. LEBRETON, J., *Artic. Modernisme*, en *Dict. Apol.* MAUSBACH, BESSMER, J., *Philosophie und Theologie des Modernismus*. 1912. LOISY, A., *Choses passées*. P. 1913. *Id.*, *My duel with the Vatican*. Nueva York 1924. *Id.*, *Mémoires pour servir à l'hist. religieuse de notre temps*. 3 vol. P. LAGRANGE, M. J., *Loisy et le Modernisme*. Juvisy 1932. RIVIÈRE, J., *Le Modernisme dans l'Eglise*. P. 1929. MERKLE, S., *Der hermes. Streit im Lichte neuer Quellen*. En *Hist. Ib.*, 60 (1940), 179-220.

J. Schnitzler y Hugón Koch. Pío X publicó contra todas estas tendencias su encíclica *Pascendi* en septiembre de 1907 y el decreto *Lamentabili*. En ambos documentos, designados como *syllabus* contra el modernismo, rechaza el Papa dichos errores designándolos como fuente de todas las herejías. Más aún; con el fin de oponerse más eficazmente a sus peligros, exigió a todos los elementos docentes de la Iglesia y a los candidatos al sacerdocio el juramento contra el modernismo. Algunos tocados de la nueva herejía no quisieron someterse. Loisy fué excomulgado y Houtin alejado de la cátedra. Asimismo fueron condenadas algunas obras, con todo lo cual fué debilitándose el movimiento modernista.

II. El protestantismo y sus sectas ⁸⁾

728. Si el espíritu de la falsa ilustración y de la Revolución francesa hizo un daño inmenso al catolicismo y ha producido tanta irreligiosidad en los medios católicos, incomparablemente más daño ha inferido al protestantismo. Esta diferencia aparece más claramente en el desarrollo religioso del siglo XIX. De parte de la Iglesia católica se produjo una reacción formidable, que unió todos los elementos dispersos y dió ocasión a un gran resurgimiento católico en la vida interior, en las ciencias eclesiásticas y en la vida misional. En el campo protestante se produjo también una reacción parecida; pero su efecto más visible ha sido el aumento creciente del más crudo racionalismo y la división cada vez mayor en sus filas.

a) **Desarrollo del protestantismo. Conatos de unión.** Dos son las realidades que llaman más la atención al considerar la situación del protestantismo en este último período: la penetración del racionalismo entre sus dirigentes y sus hombres de estudio, y el aumento constante de las sectas y divisiones intestinas. Los sistemas racionalistas de Kant, Fichte, Schelling, Hegel y otros parecidos se han apoderado de los hombres de ciencia del protestantismo. Un núcleo considerable de protestantes ortodoxos ha continuado defendiéndose contra este espíritu de irreligiosidad, y detrás de estos hombres quedan todavía grandes masas del pueblo que mantienen de buena fe la tradición religiosa de sus antepasados; pero no hay duda que la inmensa mayoría de los hombres de estudio protestantes son simplemente racionalistas que no creen en nada sobrenatural.

Los efectos desastrosos de la Revolución francesa y del aumento constante de la incredulidad, produjo bien pronto una serie de conatos de renovación interior del protestantismo. El más notable acaeció desde 1817 con ocasión del tercer centenario de Lutero, en que se ma-

⁸⁾ FABRICIUS, C., *Ökumenisches Handbuch der christl. Kirchen*. 1927. *Íd.*, *Handbuch der Kirchen*. 1930. JÖRGENSEN, A., etc., *Die lutherischen Kirchen der Welt in unseren Tagen*. 1930. HUPPERT, PH., *Der deutsche Protest. zu Beginn des 20. Jh.* 1902. KISSLING, J. B., *Der deutsche Prot. 1817-1917*, 2 vol. 1917-1918. BEY-SCHLIG W., *Zur Entwicklungsgesch. der Evangel. Bundes*. 1926. TILLICH, P., *Die religiöse Lage der Gegenwart*. 1926. SCHIAN, M., etc., *Die evangel. Kirche der Neuzeit*. 1930. BAUMGARTEN, O., *Relig. und kirchliches Leben in England*. 1922. LAUN, J. F., *Soziales Christentum in England*. 1926. BÖHME, K., *Die Krisis der englischen Staatskirche, der Streit um des Prayer-Book*. 1929. BACON, L. W., *A History of American Christianity*. Nueva York 1897. MÜLLER, W., *Das relig. Leben in Amerika*. 1911. WATSON, F. O., *Year book of the Churches*. Nueva York 1924-1926. SASSE, H., *Ökumenisches Kirchentum*. 1927. BARTH, K., *Die protestantische Theologie im 19. Th. Zurich* 1947. CRIVELLI, C., *Sguardi sul mondo protestante*. I. Le Sette. II Le Missioni. R. 1949.

nifestaron fuertes corrientes pietistas y unionistas, principalmente en Alemania. A esto mismo aspiraba el movimiento de la «alta Iglesia» anglicana, que aparece desde 1828 y trataba de eliminar todos los elementos diferenciales, y de los tractarianos o ritualistas, que se acercaban más y más a la Iglesia católica.

El primer paso digno de mención en este sentido lo dió el rey de Prusia, Federico Guillermo III, quien en 1817 trató con todas veras de unificar a los luteranos y calvinistas en la llamada *Unión territorial*. Mucho mayor importancia tuvo el intento de impedir el crecimiento del catolicismo, se organizó en 1832 la *Asociación de Gustavo Adolfo*, que tiene por objeto unir las fuerzas protestantes frente al catolicismo y fomentar económicamente la propaganda protestante entre los países católicos. Asimismo con una tendencia abiertamente anticatólica, se organizó en 1887 la *Unión evangélica*, que tenía por objeto oponerse al peligro que amenazaba al protestantismo de parte de la Iglesia católica, al terminarse el «Kulturkampf» alemán.

729. b) **La teología protestante ⁹⁾**. La teología protestante del último período presenta la característica de una oscilación constante, según los diversos sistemas del tiempo; pero siempre con la tendencia a un racionalismo más o menos disimulado. La revelación, la fe, los misterios, todo lo que tiene carácter sobrenatural pierde su valor ante las supuestas conquistas de la ciencia y de la crítica. Se intenta explicar todos los problemas de la exégesis y de la Teología, prescindiendo del elemento sobrenatural; mas por otra parte, se intensifica de un modo extraordinario el trabajo de investigación y discurso personal y subjetivo, que hace que, no obstante su defecto fundamental que es el racionalismo y subjetivismo, la teología protestante haya obtenido en el campo positivo resultados muy apreciables para la investigación católica.

Uno de los teólogos que más han influido en la dirección de los estudios en el siglo XIX, fué Schleiermacher († 1834), quien, con su religión de sentimiento y su percepción inmediata del infinito, dió pie a las más diversas tendencias de la ortodoxia sobre todo el pietismo, y de hecho fué constantemente el más enérgico defensor de la unión. Su concepción inicial medio panteísta experimentó un cambio gradual, de modo que al fin de su vida admitía un Cristianismo más positivo, y aun daba lugar a una Iglesia visible. Pero lo que más daño hizo a la Teología digna de este nombre, fué el panteísmo de Hegel († 1831), que tuvo innumerables admiradores, y en realidad destruía toda religión positiva. Sobre estos principios se fueron marcando cada vez más las diversas tendencias: En primer lugar, la tendencia abiertamente racionalista, representada por Paulus, hombre que profesaba verdadero horror al milagro, Feuerbach, Bruno Bauer y sobre todo David Strauss, quien negó abiertamente la revelación y el Dios personal y presentó la Vida de Jesús como un mito inventado por los primeros cristianos.

Esta tendencia halló adversarios decididos; pero también un apoyo valioso en la escuela de Tubinga, y sobre todo en su fundador Cristiano Baur († 1860). Sobre la base del panteísmo hegeliano, tomó esta escuela un carácter crítico-histórico, que aplicó de un modo particular a la Sagrada

⁹⁾ PFLEIDERER, O., *Die Entwicklung der prot. Theologie in Deutschland seit Kant und in Grossbritannien seit 1825-1891*. FRANK, F. H. R. von, *Gesch. und Kritik der neueren Theologie*. 4.ª ed. 1908. KATENBUSCH, F., *Die Deutsche Theologie seit Schleiermacher*. 5.ª ed. 1926.

Escritura del Nuevo Testamento. Baur admitía únicamente como auténticas las cuatro grandes epístolas de San Pablo. Los Evangelios, según él, tuvieron principio hacia el 150 de las divergencias entre los llamados *petrinus* y *paulinos*. Pero bien pronto apareció la arbitrariedad de este sistema subjetivo de crítica, pues los mismos discípulos de Baur admitían ya la autenticidad de los tres sinópticos. De todos modos, esta tendencia ha encontrado gran número de partidarios entre los protestantes, como los conocidos críticos *von Bunsen, Hilgenfeld, Weizsäcker, Pfleiderer, Volkmar, Lipsius, Wellhausen, Jülicher* y otros muchos. Sobre ella se funda la llamada «Teología libre protestante» de nuestros días, que no reconoce autoridad de ningún género y sólo obedece a los dictados de la razón.

Frente a esta tendencia abiertamente racionalista, es digna de notarse la de los *protestantes creyentes*, que basándose en las enseñanzas positivas de Lutero, tratan de oponer un dique a la invasión general del racionalismo. Por esto los defensores de tal tendencia se denominan *luteranos*, entre los cuales merecen ser citados *Vilmar* de Marburg, *Thomasius, Kahnis* y *Stahl*. Algunos de sus partidarios han hecho obras notables en el campo de la investigación y de la crítica. A ellos pertenecen *Tischendorf, Mayer y Zahn*, conocidos escriturarios; los historiadores *Hauck* y *Seeberg*, etc.

Una tercera tendencia, la *intermedia* o *de unión*, conviene mencionar todavía. Sus partidarios se consideran como representantes de Schleiermacher y de su espíritu de unión; tienden a armonizar la doctrina del Cristianismo con el racionalismo moderno; no quieren negar abiertamente lo sobrenatural, pero tampoco admitirlo sin reserva; representan una política de los imposibles, que por desgracia tiene muchos partidarios. Una de las manifestaciones de esta tendencia es presentar la figura de Cristo con el mayor realce personal posible y admitir de algún modo ciertas obras maravillosas suyas; pero en el fondo lo explican todo de un modo meramente natural. Uno de sus principales partidarios fué *Alberto Ritschl*, quien admite, como postulados de la Moral, la libertad e inmortalidad del alma y la existencia de Dios; la divinidad de Cristo la admite sólo en sentido metafórico, y a la Sagrada Biblia sólo le reconoce autoridad humana. Semejantes ideas defienden *Neander, Nitzsch, Ullmann, Dorner*, y sobre todo *Adolfo Harnack*, que fué durante varios decenios el representante más autorizado de este racionalismo vergonzante.

730. c) Sectas protestantes ¹⁰⁾. Con todo lo dicho se explica perfectamente que en el seno del protestantismo se hayan formado innumerables sectas. Dejando las antiguas de los *no-conformistas* y *puritinos*, los *presbiterianos*, fundados en 1560 por *J. Knox*, los *congregacionistas* y los *baptistas*, fundados en 1620-1630, indicaremos los más importantes: los *quákeros*, que fueron organizados en 1649 por *Fox*, rechazan toda jerarquía y defienden el sacerdocio universal. En los tiempos modernos se han distinguido por su fanatismo y son muy numerosos. Los *metodistas*, muy numerosos también, tuvieron su origen en 1740 y presentan una tendencia social filantrópica. Los *episcopalianos* datan de 1790, y no reconocen al arzobispo primado anglicano; los *Irvingianos*, fundados en 1830 por *E. Irving*, profesan cierto misticismo y tienen una serie de prácticas ritualistas.

La *Iglesia anglicana* propiamente tal presenta desde 1840 esta división: *ritualistas* o *anglocatólicos* significan un acercamiento a la Iglesia católica. Están representados por la llamada *Alta Iglesia*. Existe además: *Iglesia Baja, Iglesia Ancha*.

¹⁰⁾ BENSON, H., *New-Catholic Denominations*. L. 1911. THIMKE, L., *Kirche, Sekten und Gemeinschaftsbewegung*. 2.ª ed. 1925. ALGERMISEN, *Konfessionskunde*. 1930. UNDERWOOD, A. C., *A History of the English Baptists*. L. 1947. ROBINSON, H. W., *The life and faith of the Baptists*. L. 1947. CHWICH, I. F., *The early Methodist people*. L. 1948. HARMON, N. B., *The Organization of the Methodist Church*. Nueva York 1948.

He aquí algunas otras sectas más caracterizadas: los *Mormones* tuvieron principio en los Estados Unidos y deben su origen al visionario y estafador José Smith. El nombre de la secta se debe a Mormon, profeta de Sedecías, quien se supone dejó anotadas ciertas revelaciones, que publicó Smith en su célebre «Libro de Mormon», con lo que pretendió fundar la Iglesia de los «Santos de los últimos tiempos», con una doble jerarquía dirigida por el «evidente». Negaba el pecado original, permitía la poligamia, y tuvo la habilidad de infundir en sus partidarios un exaltado fanatismo que fué origen de su propia muerte en 1844.

El *ejército de salvación* (*salvation army*) fué organizado por el metodista Guillermo Booth en 1878. Desde un principio se distinguió por cierto aparato de ascetismo, con el que hizo muchos partidarios, sobre todo entre las masas del pueblo. Su estricta organización y su actividad espectacular en la lucha contra el alcoholismo e inmoralidad pública, junto con el apoyo económico de algunos elementos poderosos, explican su rápido crecimiento, sobre todo dentro del Imperio inglés.

Como secta protestante debe ser considerado también el *espiritismo*, que se presentó hacia el año 1840 en América, pero que rápidamente se extendió por todas partes. Doctrinalmente sólo conserva la creencia en la inmortalidad del alma. Por lo demás, reúne en torno suyo a toda clase de elementos, procedentes del materialismo, positivismo y panteísmo más variado, todos los cuales convienen en la negación de lo sobrenatural y en su enemiga contra el catolicismo. Los *stonistas* forman una especie de república socialcristiana, predicada primero en Australia a fines del siglo XIX y luego en América, que debe realizar en diversas ciudades las ideas socialistas que aparecen en el Antiguo y Nuevo Testamento.

Más interesante es todavía la secta de los *adventistas*, que han producido mucho revuelo en América. De origen anabaptista, presenta un aspecto apocalíptico, muy a propósito para excitar el fanatismo de las masas, por lo cual se extendió rápidamente en todas las naciones. Su organizador fué Guillermo Miller, el cual, después de los trastornos de la Revolución francesa, creyó que se acercaban los tiempos del anticristo, y así comenzó a predicar la próxima venida de Cristo para el año 1844. Al no efectuarse la profecía, decayó mucho el entusiasmo de las masas; pero poco a poco se rehicieron, y posteriormente los adventistas continuaron formando una secta bien nutrida, que se caracteriza por el fanatismo y proselitismo de sus partidarios.

731. d) Misiones y propaganda protestante ¹¹⁾. No obstante la multitud de sectas y la desunión real dentro del protestantismo, y a pesar de la incredulidad creciente entre los elementos académicos y dirigentes, en el siglo XIX se ha realizado un vasto plan de misiones protestantes. Sin embargo, si bien hay que reconocer que, debido a la potencia económica de los Estados que las apoyan, las misiones protestantes aventajan a las católicas en la magnitud de los medios de que disponen, quedan muy atrás en la uniformidad y compenetración de los esfuerzos, en los resultados positivos obtenidos, y sobre todo en el espíritu de sacrificio de los misioneros.

En conjunto existían ya, poco después de 1900, en países protestantes, más de 180 sociedades misioneras, encargadas de recoger recursos para sostener las misiones en países de infieles. Esta intensificación de la propaganda protestante se advierte en nuestros días, particularmente en los territorios de abolengo católico, sobre todo en la América latina, y aun en España e Italia. Por esto han tenido que

¹¹⁾ RICHTER, JUL., *Allgemeine evangel. Missionsgeschichte*. 5 vol. 1906-1931. PRISANT, P., *Les Missions protestantes à la fin du XIX^e siècle*. P. 1903. ROBINSON, CH., *History of Christian Missions*. L. 1915. CRIVELLI, C., *Directorio protestante de la América latina*. Isola del Liri 1933. ID., *I protestanti in Italia*. I y II parte. Isola del Liri 1936-1938.

ponerse en guardia los elementos católicos más significados, y aun algunos obispos han publicado pastorales para impedir esta invasión protestante.

Los resultados obtenidos son muy considerables, sobre todo en los últimos decenios, en India, Japón y China, debido en gran parte a la enorme cantidad de dinero que a ello se dedica. En el Congreso internacional de misiones protestantes, celebrado en Edimburgo en 1910, se reunieron tres mil representantes de las diversas naciones. Los fondos para las misiones, recogidos anualmente, pasan de cien millones de pesetas. El número de protestantes en los países de infieles es de unos siete millones; pero hay que tener presente, que aun entre ellos se advierte la profunda división y la variedad de sectas características del protestantismo.

Uno de los medios más eficaces para la propaganda protestante en las regiones paganas y en los países católicos es la *Biblia*, para lo cual se han formado diversas sociedades, que tienen por objeto su impresión en diversas lenguas y su difusión a precios económicos. La más antigua y poderosa es la de Londres, organizada en 1804, que posee actualmente una renta anual de más de seis millones de pesetas oro. En Berlín se fundó una en 1814, y otra en Nueva York en 1817. Se calcula que se han repartido ya más de 200 millones de Biblias, e impreso traducciones en 418 lenguas distintas.

III. Las Iglesias cismáticas orientales ¹²⁾

732. Las Iglesias ortodoxas, que desde la conquista de Constantinopla por los turcos estaban sometidas al yugo de sus sultanes, durante el siglo XIX fueron declarándose independientes no sólo en lo político, sino aun en lo eclesiástico, con lo cual se formaron una serie de Iglesias prácticamente autocéfalas, y el Patriarca de Constantinopla no conservó, más que una preeminencia de honor.

a) Política de Turquía e independencia de las Iglesias. Durante los primeros decenios del siglo XIX la Iglesia ortodoxa griega continuó bajo el yugo otomano, como en los siglos anteriores; pero bien pronto los sultanes turcos se vieron obligados a abandonar su posición de intransigencia. De hecho, en 1839 concedieron libertad religiosa en toda Turquía, a instancia del emperador de Austria y del rey de Francia. No mucho después, entre 1854-1856, acaeció la guerra de Crimea contra Rusia, y como resultado de la misma, el reconocimiento de igualdad política a los cristianos. Sin embargo, no se cumplió esta promesa, antes al contrario, en 1860 se produjeron aquellas horribles matanzas que costaron la vida a más de 15 000 cristianos maronitas, destruyeron un centenar de poblaciones y arrojaron de sus hogares a más de 100 000 cristianos. Pero el fanatismo turco no quedó con esto satisfecho, ni siquiera después de la declaración del Congreso de Berlín de 1878, que concedía de nuevo igualdad política a todas las confesiones. Por lo demás, el sultán de Estambul no conservaba otro derecho sobre los Patriarcas sino el de exclusiva en su elección.

La independencia religiosa de los diversos Estados sometidos a Turquía, se fué completando a medida que éstos sacudían el yugo musulmán. Así, apoyada por Inglaterra y Francia, luchó desde 1821 a 1829 por su

¹²⁾ BETH, R., *Die orientalische Kirche der Mittelmeerländer*. 1902. SILBERNAGEL, J., *Verfassung und gegenwärtiger Bestand sämtlicher Kirchen des Orient*, 2.^a ed. por J. Schnitzer. 1904. ADENEY, W. F., *The Greek and Eastern Churches*. Edimburgo 1908. FORTESCUE, A., *The orthodox Eastern Church*. 2.^a ed. L. 1920. JANIN, R., *Les Églises orientales et les rites orientaux*. 2.^a ed. P. 1926. *Id.*, *Les Églises séparées d'Orient*. P. 1930. MORILLO, S., *Las Iglesias cristianas de Oriente*. Granada 1946. ATTWATER, D., *The Christian Church of the East*. Milwaukee 1947. Sobre la Iglesia Católica en Rusia: PIERLING, P., *La Russie et le Saint-Siège*. 5 vol. P. 1896-1912. BECK, E., *Die russische Kirche*. 2.^a ed. 1926. D'HERBIGNY, M., *Evêques russes en exil*. P. 1931. Artíc. *Russland*, en *Lex. Theol. K.*

libertad, que al fin le fué reconocida y garantizada en la conferencia de Londres de 1830. La Iglesia griega se declaró entonces autocéfala bajo su rey Otón I de Baviera (1832-1862), y en 1833 celebró un sínodo en Nauplia, en el que reconocía a Jesús como única cabeza, bajo la dirección del metropolitano de Atenas. Sin embargo, el Rey la dominaba por completo. El Patriarca de Constantinopla no reconoció su independencia hasta 1850. Serbia se separó igualmente del Patriarca de Constantinopla y formó una organización propia, si bien dominada por el Estado.

El mismo camino siguieron los otros Estados balcánicos. En el Congreso de Berlín de 1878 se reconoció la independencia de los Estados de Rumania, Serbia y Montenegro; Bulgaria conservó todavía alguna dependencia hasta 1908. Casi al mismo tiempo se iba resolviendo también la independencia religiosa. A Bulgaria el mismo Sultán le designó en 1870 un jefe independiente, que fué designado como Exarca de la Iglesia búlgaro-ortodoxa. En 1885 se declararon independientes de Constantinopla los rumanos y formaron la Iglesia autocéfala. Finalmente, en la guerra de los Balcanes de 1912-1913 disminuyó todavía la jurisdicción del Patriarca de Constantinopla, el cual, respecto de las demás Iglesias ortodoxas, sólo conserva la preferencia de honor. En conjunto, fuera de Rusia, la Iglesia oriental ortodoxa abarca veinte Iglesias independientes y cuenta con cerca de veinte millones de cristianos.

733. b) Iglesia rusa. Actividad religiosa y literaria ¹³⁾. La Iglesia rusa estuvo unida con la de Constantinopla hasta 1589, y aun después de su independencia tiene la misma fe y la misma liturgia. La autoridad suprema la poseyó durante mucho tiempo el mismo Zar; pero desde *Pedro el Grande* (1689-1725) estaba en manos del *Santo Sínodo*, que era dócil instrumento de los emperadores. Por lo demás, Rusia durante los últimos siglos ha sido la guardiana más solícita de la fe ortodoxa, procediendo a las veces duramente contra los católicos y aun contra los protestantes, y ejerciendo cierta tutoría sobre los Estados balcánicos ortodoxos.

En general se puede afirmar, de las iglesias orientales griega y rusa, que apenas se ha desarrollado en ellas una vida eclesiástica floreciente. Sólo en el Estado de Grecia llegó a florecer la Teología bajo el influjo del protestantismo alemán e inglés. Los monjes, en número bastante considerable, quedan excluidos de los trabajos apostólicos. Por otra parte, el clero se caracteriza por su ignorancia, pues no recibe generalmente más instrucción que la necesaria para sus funciones litúrgicas. Las sectas se han desarrollado notablemente, sobre todo en Rusia, los *Raskolniken* o apóstatas.

Las relaciones de las Iglesias orientales con la Iglesia romana han sido siempre muy tirantes. Por esto no se ha logrado nada con los diversos conatos de unión, como los realizados con Bulgaria en 1861 y 1907. Lo mismo sucedió con la invitación de León XIII en 1894.

Por otra parte, los Romanos Pontífices durante los últimos años, particularmente Pío XI y Pío XII, han aprovechado todas las ocasiones que se han ofrecido, para invitar a los orientales a la verdadera unión, que consiste en el reconocimiento del Primado Romano.

¹³⁾ KNIE, F., *Die russisch-schismat. Kirche, ihre Lehre, und ihr Kult*. 1894. PALMIERI, A., *La chiesa russa*. Firenze 1908. LESCOEUR, L., *Église cathol. et le Gouvernement russe*. P. 1903. PIERLING, P., *La Russie et le Saint-Siège. Études diplomatiques*. vol. 4. P. 1907. MASSARYK, Ph. G., *Studien über die Geistesströmungen in Russland*. 2 vol. 1913. LÜBECK, Ko., *Georgien und die kathol. Kirche* 1919. D'HERBIGNY, M., *Soloviev un Newman russe*. P. 1911.

CAPÍTULO IX

Rejuvenecimiento de las ciencias eclesiásticas ¹⁾

734. Los trastornos que trajo consigo en todas las naciones la Revolución francesa, arruinaron definitivamente la mayor parte de las Universidades y demás centros eclesiásticos docentes, ya en sensible decadencia a fines del siglo XVIII. Por esto, al renacer el catolicismo, una vez pasada la borrasca, fué necesario reconstruir y crear centros de cultura eclesiástica y formar nuevas generaciones de filósofos y teólogos, exegetas e historiadores profundamente católicos. De hecho así sucedió, y tanto en Francia y Alemania, como en Italia, Bélgica, España e Inglaterra advertimos una renovación completa de los estudios católicos, que presentan todo el aspecto de un segundo apogeo de las ciencias teológicas.

I. Estudios filosóficoteológicos y apologéticos

En primer lugar, después de la desviación profunda y en algunas naciones el rompimiento completo con los estudios escolásticos que caracteriza el siglo XVIII, se advierte desde principios del siglo XIX un resurgir pujante de las ciencias y especulaciones filosóficas y teológicas escolásticas, que tuvo su principio en Italia, y siguió luego hasta nuestros días en Bél-

¹⁾ Puede consultarse principalmente GRABMANN, de quien hemos resumido una buena parte de los que presentamos. Además: WERNER, C., *Geschichte der kathol. Theologie seit dem Trienter Konzil bis zur Gegenwart*. 1864. BELLAMY, I., *théologie catholique au XIX^e siècle*. P. 1904. HARING, J., *Das Lehramt der kathol. Theologie*. 1906. EHRHARD, A., *Die internationale Lage der kath. Theologie*. En *Intern. Wochenschr.* 2 (1907), 331 s., 269 s. BAUDRILLART, A., *Les Universités catholiques de France et de l'étranger*. P. 1909. SPITTA, G., *Le origini del neo-Tomismo nel Secolo XIX*. Bari 1912. ZYBURA, J., *Present-day Thinkers and the New Scholasticism*. St. Louis 1926. HERLE, FR., *Die Scholastik und ihre Aufgabe in unserer Zeit*. 2.^a ed. 1933. DOMÍNGUEZ, D., *El neoscholasticismo y la Compañía de Jesús*. En *Est. Ecl.* 15 (1936), 168-184. GARRIGOU-LAGRANGE, I., *La synthèse thomiste*. P. 1947. HOCEDEZ, E., *Histoire de la théologie au XIX s.* I. Bruselas 1949.

gica, Alemania, Francia y España. A este resurgimiento contribuyó el esfuerzo puesto por los Romanos Pontífices por la restauración de la doctrina de Santo Tomás. El documento básico en este sentido es la encíclica «Aeterni Patris», publicada en 1879 por el Papa León XIII, en que se declara a Santo Tomás patrono de las escuelas católicas y se recomiendan sus escritos como los más aptos para contrarrestar los errores modernos. Pío XI y Pío XII han dado recientemente normas prácticas para el estudio de la teología católica y de Sto. Tomás.

a) **Escritos filosóficoteológicos.** En el resurgimiento de la Escolástica aparecen en primer lugar los escritos filosóficos o teológicos más o menos entrelazados, a la manera de los escolásticos antiguos. Los primeros escritores que se nos ofrecen en esta nueva etapa fueron Salvador Roselli y Vicente Buzzetti; pero uno de los que más contribuyeron a la difusión del escolasticismo renaciente, fué el jesuita Mateo Liberatore († 1895). A éstos hay que añadir: Taparelli († 1862), los profesores de la Universidad Gregoriana, Carlos Passaglia († 1887), más tarde en pugna con la Iglesia, si bien murió reconciliado con ella; Juan Perrone († 1876), los cardenales B. Franzelin († 1885) y C. Mazzella († 1900), Emilio de Agostinis († 1899), Domingo Palmieri († 1909), Cardenal Luis Billot († 1931) y otros. Entre los dominicos italianos del Instituto Angelicum son dignos de mención: Alberto Lepidi († 1922) y Tomás Zigliara († 1893), y entre los tomistas, Eduardo Hugon († 1929) y Reginaldo Schultes († 1928). Añadamos todavía: el benedictino L. Jansens († 1926) y el Cardenal Fr. Satolli († 1910).

En Alemania aparece este resurgimiento, ante todo, en la escuela de Tubinga, donde se distinguieron: Sebastián von Drey, y sobre todo Adán Möhler († 1838), padre de la Patrología e investigación teológica; además: el dogmático e historiador J. von Kuhn († 1887), el historiador de los dogmas Enrique Klee, el dogmático Ant. Berlage († 1888). Como colaboradores directos del neoscholasticismo sobresalieron: el profundo conocedor de la Escolástica, José Kleutgen, S. J. († 1893), los dogmáticos P. Cl. Schrader, Const. von Schätzler, y sobre todo el teólogo eminente J. B. Heinrich († 1893) y el más profundo y original de todos, Matías J. Scheeben († 1888). Añadamos todavía: Serafín Hettinger († 1890), Alb. M. Weis, O. P. († 1924), Const. Gutberlet, José Schwane († 1892), y los jesuitas Fernando Stenstrup († 1898), Hugo Hurter († 1914), Cristiano Pesch († 1925) y Guill. Wilmers († 1899).

La Teología francesa fué levantándose más lentamente, y sólo a fines del siglo XIX llegó a contribuir eficazmente al renacimiento escolástico. Distinguiéronse: el Cardenal José Gousset († 1866), el capuchino Hilario de París († 1904), los colaboradores del «Dict. de Theol. Cath.», dirigido por Alfr. Vacant. († 1901), el dominico Ambr. Gardeil († 1931), los jesuitas teólogos e historiadores de dogmas, Teodoro Regnon († 1893), Leoncio de Grandmaison († 1927) y A. d'Alés († 1936). Lovaina ha sido uno de los centros más importantes del movimiento escolástico moderno, al que han contribuido en Bélgica los jesuitas, dominicos, benedictinos y otras Órdenes con sus respectivas instituciones de enseñanza. Distinguiéronse: los dogmáticos e historiadores J. Laforêt († 1872), B. Jungmann († 1895); los jesuitas Fr. J. Schouppe († 1904), Luis de San († 1904) y G. Lahousse († 1928); el dogmático

H. Lambrecht (†1889), y el eximio filósofo y organizador Cardenal Mercier (†1926). A éstos hay que añadir los holandeses De Groot, O. P. (†1922), Van den Berghe, también dominico, y Van Noort.

735. b) La nueva Escolástica en España. En España tardó mucho en despertarse el renacimiento teológico, que últimamente ha tomado proporciones considerables. Entre los autores dignos de mención podemos citar: una serie de autores de compendios de Teología: Miguel Sánchez (†1889) y Cardenal Zeferino González, O. P. (†1904), uno de los mejores representantes del neoescolasticismo; los agustinos de El Escorial, particularmente Honorato del Val (†1910), los dominicos de la Universidad de Friburgo, Norberto del Prado (†1918) y Fr. Martín Sola (†1931), excelentes teólogos neoescolásticos; los jesuitas P. José Urráburu (†1904), uno de los más notables representantes de la filosofía neoescolástica, y los eminentes teólogos José Mendive (†1896), Valentín Casajóana (†1889), Juan Muncunill (†1929) y Blas Beraza (†1936).

Además de éstos, son dignos de mención:

En el campo filosófico: Pedro Mata (†1877); A. Comellas y Cluet (†1884). Ya en el siglo XX se distinguen: el agustino Marcelino Arriaga, discípulo del Cardenal Mercier, con diversas obras psicológicas; los jesuitas Ugarte de Errilla y J. M. Ibero, que se dieron a conocer con multitud de trabajos de Historia de la Filosofía, Psicología y Ciencias Naturales; Juan Zaragüeta, uno de los mejores representantes de la Filosofía española de nuestros días; Alberto Gómez Izquierdo, buen crítico y conocedor de la Historia de la Filosofía.

Citemos todavía: Edmundo González Blanco, autor de diversas obras filosóficas de valor muy desigual; Eugenio d'Ors, hombre original, pero de un estilo alambicado y a veces ininteligible; el P. Ramón Ruiz Amado, Blanco Sánchez, Andrés Manjón y J. V. Viqueira, que nos han dejado interesantes trabajos pedagógicos; Bonilla y San Martín, benemérito historiador de la Historia de la Filosofía española; Asín Palacios, que ha adquirido gran renombre con sus estudios sobre la Filosofía árabe; Amor Ruibal, con sus «Problemas fundamentales de la Filosofía y del Dogma»; los dominicos González Arintero, Luis Urbano, con diversos escritos de carácter filosófico científico; los jesuitas F. M. Palmés y M. Menchaca, con multitud de obras psicológicas. Como portavoces de las diversas corrientes filosóficas y teológicas de nuestros días, han servido de un modo especial: «La Ciencia Tomista», «La Ciudad de Dios», «Estudios Franciscanos», «Estudios Eclesiásticos», «Analecta S. Tarraconensis», «Religión y Cultura», «Criterion», «Acción Española», «Revista de Filosofía», «Pensamiento», «Revista de Pedagogía», «Fomento Social», «Verdad y Vida», «Estudios», «Archivo Iberoamericano», y otras semejantes. Asimismo, las colecciones: Nueva Biblioteca Filosófica, Biblioteca de Filósofos españoles, y otras parecidas²⁾.

En torno a las revistas indicadas y con sus trabajos y monografías interesantes, comienzan a darse a conocer algunos filósofos de particular relieve, como J. Iriarte, J. González, J. Iturriz, J. Roig Gironella, R. Ceñal, todos ellos de la Compañía de Jesús, y otros muchos de diversas procedencias.

²⁾ He aquí algunas de las obras de Historia de la Filosofía publicadas recientemente en España: SOLANA, M., Historia de la Filosofía española. Época del renacimiento. 3 vol. M. 1941. MARÍA AGUILERA, J., Historia de la Filosofía. 2.ª ed. 1943. FRUTOS CORTÉS, E., Historia de la Filosofía. Zaragoza, 1943. CARRERAS y ARTAU, T. y J., Historia de la Filosofía española. 2 vol. 1943. TREDICI, J., Breve curso de Historia de la Filosofía. Trad. por C. Montserrat. Adaptado por M. Flori. B. 1945. Véase sobre todo: KLIMKE, F., Historia de la Filosofía, completada por los PP. Flori y Roig Gironella. B. 1947.

En el campo teológico-escolástico, fuera de los autores ya mencionados, notaremos: Alejandro Pidal y Mon; el jesuita M. Alonso; M. Solana, con su buena monografía sobre los grandes escolásticos del siglo XVI; los dominicos Beltrán de Heredia y A. Getino, con sus diversos estudios sobre Vitoria y otros asuntos de la Teología escolástica.

736. c) Escritores apoloéticos. Aparte los escritores dogmáticos, que tocaron más o menos directamente los temas apoloéticos, el siglo XIX ha sido fecundo particularmente en grandes escritores apoloéticos. Esto se debía a la necesidad de oponerse a las ideas anticristianas de la falsa ilustración y del racionalismo moderno. En Francia fué donde apareció más pronto un verdadero ejército de grandes escritores apoloéticos, que contribuyeron eficazmente al resurgimiento del catolicismo. Tales fueron: Fr. R. Chateaubriand (†1849), José de Maistre (†1821), Carlos Montalembert (†1870), Augusto Nicolás (†1888), Federico Ozanam (†1853). A éstos hay que añadir los oradores de Notre-Dame de París: los dominicos Domingo Lacordaire (†1861) y Santiago Monsabré (†1907); los jesuitas Fr. De Ravignan (†1858) y Félix (†1891). Al mismo grupo de escritores apoloéticos pertenecen: el dominico Enrique Didon (†1900), el jesuita Luis de Rozaven (†1851), Pablo de la Broglie (†1895) y otros muchos. En Alemania fueron portavoces de este movimiento apoloético, el polígrafo Görres, el ilustre prelado Sailer, y recientemente un buen número de teólogos dogmáticos, como Alb. M. Weiss, Hettinger y otros.

En Inglaterra, el resurgimiento literario, que sigue a la emancipación de los católicos, presenta en un principio un carácter apoloético, como también presenta este carácter el movimiento de Oxford, que tanto favoreció al catolicismo. De ello son prueba: los dos grandes Cardenales, Nicolás Wiseman (†1865), uno de los mejores pensadores de Inglaterra moderna, y Enrique Ed. Manning (†1892), gran escritor y organizador de la Iglesia inglesa; Juan Enr. Newmann (†1890), escritor de primer orden, es un filósofo y apoloético sin rival.

En España se formó también un núcleo de apoloéticos notables, que nos dejaron obras de gran valor. Después de los trabajos del filósofo rancio, debemos colocar a la cabeza de los apoloéticos del siglo XIX a Jaime Balme (†1848), hombre eminente, además, como filósofo y aun en el campo de la política. Son célebres sus «Cartas a un escéptico», «El criterio», «Filosofía fundamental» y «El protestantismo comparado con el catolicismo». A su lado debe colocarse a Donoso Cortés (†1861), gran orador y apoloético católico contra el liberalismo y socialismo; asimismo al filósofo Manuel Ortí y Lara; a los compañeros y discípulos de Balme, Joaquín Roca y Cornet, José M. Cuadrado, Manuel Muñoz Garnica, y a otros más independientes, Gabino Tejado, Félix Sardá y Salvany, S. Antonio M. Claret, Torras y Bages y otros.

Al lado de estos escritores deben figurar: el benemérito y eruditísimo Marcelino Menéndez y Pelayo, con su «Historia de los Heterodoxos españoles» y «La Ciencia española». Además: Pedro de Inguanzo, arzobispo de Toledo; Padre Cámara, obispo de Madrid, célebre por su refutación del libro del inglés Draper, «Conflictos entre la religión y la ciencia»; Joaquín Rubió y Ors, Juan Mir, S. J., López Peláez, Sanz y Forés, Eduardo Llanas y otros muchos. En los últimos años han trabajado particularmente en este sentido: Ignacio Cusanova, S. J., con su magnífica biografía de Balme y otros trabajos apoloéticos; E. A. Villalga con su «Curso elemental de Apoloético».

ca», etc.; *Bernardo Sala*, con sus obras sobre el «Syllabus», el Concilio Vaticano y otras más; *A. Sabino Olalla*, Andrés de Salas y Gilabert, Miguel de Esplugues y otros muchos.

II. Estudios exegéticos, morales e históricos

737. En el mismo campo de las ciencias eclesiásticas aparecen en este resurgir escolástico multitud de obras exegéticas, de moral y derecho canónico y otras semejantes. De gran influjo en este renacimiento escolástico ha sido igualmente la *insistencia de los estudios históricos* sobre la Filosofía y Teología medieval, que han dado a conocer a los personajes más conspicuos de la Escolástica antigua y muchos aspectos nuevos de la misma doctrina, que la hacen más útil y estimable. Por otra parte, las investigaciones históricas y arqueológicas, que forman uno de los lados más característicos de los estudios modernos, han fomentado de una manera particular los *trabajos bíblicos* dentro de la Teología católica, por lo cual podemos decir que en esto se ha avanzado notablemente en los últimos decenios, bajo la sabia dirección de los Romanos Pontífices y de las comisiones pontificias.

a) **Estudios exegéticos o bíblicos.** En Italia nos encontramos con algunos escritores que dieron gran realce a los estudios bíblicos: *Juan B. de Rossi* (†1882), editor de preciosos escritos orientales; el jesuita *Fr. J. Patrizi* (†1881), *Ubaldo Ubaldi* y otros. Más importancia adquirieron estos estudios en Alemania, donde aparecen: los editores de excelentes «Introducciones», *Juan J. Herbst* (†1886), *Benito Welte* (†1885) y *Juan von Belzer* (†1916); los críticos y comentaristas *Leonardo Hug* (†1846), *Adalberto Maier* (†1885), *Fr. Kaulen* (†1907), *Agustín Bisping* (†1884), *Juan Nikel* (†1924); *José F. von Allili* (†1853), con su traducción de la Biblia; *Daniel Haneberg* (†1876), *José Grimm* (†1896); los jesuitas que publicaron uno de los mejores comentarios modernos, *R. Cornely* (†1908), *J. Knabenbauer* (†1911), *F. de Hummelauer* (†1914), *M. Hagen* (†1923) y otros.

Las ciencias bíblicas han tenido también en Francia cultivadores ilustres, entre los cuales merecen citarse: *Juan B. Glaire* (†1878); el arzobispo de Tours, Cardenal *G. R. Meignan* (†1896), *C. Trochon*, *Cl. Clair*, *Paulino Martin* y *Luis Bacuez*. Dignos de especial mención son: *F. Vigouroux* (†1906), sobre todo con el «Dict. de la Bible» y la Biblia políglota; *M. J. Lagrange*, alma de la Escuela Bíblica de Jerusalén y autor de excelentes comentarios a los Evangelios; *L. Cl. Filion*, *Leoncio de Grandmaison*, *J. Lebreton* y *F. Prat*, con sus excelentes Vidas de Jesús. Asimismo los belgas: *Tomás Lamy* (†1908) y *J. Corluy*; y los españoles: *Fr. J. Caminero* (†1885), *A. Posa* y *Morera*, *Manuel Lago* y *González*, *Adriano Simón* (†1924), *R. Fernández Valbuena* (†1922), *Lino Murillo*, *S. J.* (†1935) y otros.

Entre los exegetas españoles merecen ser citados: *Pedro Gómez*, *Sch. P.*; *Pedro Fernández* y *Fernández*, *O. S. A.*; *J. González Arintero*, *O. P.*, con multitud de estudios y obras notables exegéticas; *Andrés Fernández*, *S. J.*, con sus «Estudios de crítica textual, la

Vida de Cristo y otros muchos trabajos; *Juan de Abadal*, *S. J.*, autor de preciosos estudios escriturarios; *Isidro Gomá*, Cardenal arzobispo de Toledo, conocedor profundo de la exegética y autor de preciosos estudios; *Buenaventura Ubach*, *O. S. B.*, maestro de la geografía palestinese; *Alberto Colunga*, *O. P.*, uno de los mejores conocedores de la Sda. Escritura y autor, junto con *Eloíno Nacar*, de una versión directa de la Biblia; *José M. Bover*, *S. J.*, eximio representante de las ciencias bíblicas en nuestros días y autor de multitud de trabajos escriturarios, entre los cuales se cuentan las «Epístolas de S. Pablo» y el Comentario a *S. Mateo*, el texto crítico greco-latino del Nuevo Testamento, y juntamente con el señor *Cantera*, de una nueva traducción de la Biblia, hecha directamente de los originales; *R. Galdós*, *S. J.*, conocido por sus comentarios al libro de Tobías (Tobit) y otras obras exegéticas; *P. Simón Prado*. Debemos citar asimismo como frutos sazonados del resurgimiento de los estudios bíblicos entre nosotros: la *Biblia de Montserrat*, iniciada en el célebre monasterio por el *P. B. Ubach* y otros benedictinos, con traducción catalana y gran abundancia de comentarios y volúmenes especiales de ilustración original. Recientemente ha sido también comenzada la traducción castellana. Al mismo tipo pertenece la *Fundación Bíblica catalana*, en la que salieron buen número de volúmenes. Las *Semanas Bíblicas*, que se vienen celebrando anualmente en Madrid durante estos últimos años, con la *Revista española de Estudios Bíblicos*, todo bajo los auspicios del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, son el mejor exponente de los estudios bíblicos de la actualidad en España.

738. b) **Moral y Derecho canónico.** En la *Moral y Derecho canónico* produjo el renacimiento escolástico escritores de primer orden. En Italia, los moralistas: *Pedro Scavini* (†1869), *José d'Annibale* y *Antonio Ballerini* (†1881), el mejor moralista del siglo XIX; los canonistas *Juan Politi*, *Juan Devoti*, los Cardenales *Juan Soglia* (†1855), *Tarquini* (†1874), *Gasparri* (†1934); *Franc. Santi*, *Felipe de Angelis*, el General de los jesuitas *Fr. J. Wernz*. En Alemania: los moralistas *Antonio Stapf* (†1844), el eminente profesor de Tubinga *Juan B. von Hirscher* (†1865), *Fernando Probst* (†1899), *Antonio Koch* (†1915), *Juan Pruner* (†1907), el más profundo de todos, *Agustín Lehmkuhl*, *S. J.* (†1918), *Jerónimo Noldin*, *S. J.* (†1922), *Domingo Prümmer*, *O. P.* (†1931); los canonistas *Fed. Maasen* (†1900), *Hugo Laemer* (†1918), *Rodolfo von Scherer* (†1918), *P. Laurentius*, *S. J.*, y otros. Bélgica nos ofrece asimismo algunos moralistas y canonistas de gran valor, como: *Antonio Haine* (†1900), *Eduardo Génicot*, *S. J.* (†1900), *Julio de Smet*, *F. J. Moulart*. En Francia encontramos al jesuita *Pedro Gury* (†1866), uno de los mejores moralistas del siglo XIX. En España: los moralistas *Pablo Villada*, *Juan Bta. Ferreres* (†1936) y el eminente canonista *Pedro Vidal* (†1938).

739. c) **Estudios patristicos e históricos.** En el campo de la investigación histórica, en la *Patristica*, *Arqueología cristiana* y otras materias semejantes es donde más fecunda ha sido la labor del neoescolasticismo contemporáneo. En esto Italia ha ido a la cabeza, ofreciendo en la Biblioteca Vaticana amplio campo de investigación a los escritores propios y extraños. Así, *Angel Fumagalli*, *Mariano* y *Cayetano Marini*, que descollaron en la ciencia diplomática; *Agustín Theiner* (†1874), notable investigador, que favoreció al fin a la oposición contra el Vaticano; el dominico *Enrique Denifle*, crítico fecundo y batallador; los Cardenales *Angel Mai* (†1854) y *Juan B. Pitra* (†1889),

beneméritos de la investigación moderna con sus publicaciones patristicas; los arqueólogos E. Antonio Morcelli († 1821) y el incansable y genial J. Bta. de Rossi († 1894), José Marchi, S. J. († 1860) y Mariano Armellini.

La Alemania católica siguió en los estudios de investigación eclesiástica y patristica las orientaciones de las escuelas históricas. Federico von Stolzberg († 1819), aunque algo falto de crítica, mostró el camino de la nueva investigación; Teodoro Katerkamp († 1834), con su espíritu de sana crítica influyó notablemente en el campo de investigación católica; Adán Möhler fué el primer crítico en el mejor sentido de la palabra, y maestro de la investigación. No menos se distinguieron en adelante: el historiador Pío B. Gams; el incomparable historiador de los Concilios, Carlos J. von Hefele († 1898); el crítico e investigador Fr. J. Funk († 1905); Ignacio von Döllinger († 1890), hombre de extraordinaria erudición y una de las primeras figuras de la crítica moderna, que desgraciadamente se puso al fin al servicio del error; el Cardenal José Hergenröther († 1891), historiador de criterio seguro y erudición pasmosa. A éstos hay que añadir: los historiadores Juan B. Allzog († 1878), Fr. J. Kraus († 1891), Luis Knöpfler, E. Brück, Jaime Marx; Juan Janssen († 1891), José Greving († 1919), Conrado Eubel († 1923), Hartmann Grisar († 1823), N. Paulus, y sobre todo Luis von Pastor († 1928), de fama mundial con su «Historia de los Papas». En los trabajos de Patrología y Liturgia sobresalieron: el patrólogo José Fessler († 1872), los liturgistas Valentin Tahlhofer († 1891), Guido Dreves y Clemente Blume.

Francia ha producido también obras eminentes en el campo de la investigación histórica y patristica. El presbítero Santiago P. Migne († 1875) publicó las colecciones patristicas más completas que poseemos. En Liturgia, Dom. Guéranger († 1875) nos dejó excelentes trabajos. En la investigación de la Antigüedad cristiana sobresalieron: Luis Duchesne († 1922), Pedro Batiffol († 1929), profesor del Instituto Católico de París, Ulises Chevalier (1924), J. Tixeront y otros muchos. En Bélgica ha tomado gran vuelo el estudio e investigación de la Antigüedad, en que se distinguieron: ante todo el primer rector de la Universidad de Lovaina, Fr. J. de Ram († 1865), Bernardo Jungmann, Alfredo Cauchie († 1922), el arqueólogo José Reusens († 1908), el historiador de grandes síntesis Godofredo Kurth († 1916), los colaboradores de la «Revue d'Hist. Eccl.», única en el mundo en su género, los continuadores de los Bollandistas, entre los cuales merece ser nombrado el P. Carlos de Smedt († 1911), y los PP. Benedictinos de las abadías de Maredsous y Lovaina.

Digna de especial conmemoración en este lugar es la obra de grandes alientos, comenzada por Fliche-Martin, Histoire de l'Eglise, de la que se han publicado diez volúmenes hasta 1949. Está escrita generalmente con criterio sobrio y seguro y eminentemente científico, y en ella colaboran hombres tan notables como J. Lebreton, Aigrain, Palanque, Amann, etc. También merecen citarse las diversas obras históricas de Ch. Poulet, en particular «Histoire du Christianisme», y la Historia de la Iglesia de F. Mourret, traducida al castellano por B. de Echalar, O. M. C.

En Inglaterra son dignos de mención los trabajos históricos de Bernardo Ullathorne († 1889), Guillermo Ward († 1882) y Tomás G. Allies († 1903). Hungría ha producido también algunas obras de gran valor, sobre todo las publicaciones de documentos pontificios de Agustín Roskovany († 1892).

En España, los PP. agustinos Merino y La Canal continuaron la publicación de «España Sagrada». De un carácter parecido es la obra de Jaime Villanueva († 1824), «Viaje literario». Entre los autores de historias generales de la Iglesia merecen ser nombrados: Francisco Aguilar, Vicente de la Fuente († 1889), y sobre todo el eruditísimo y genial Menéndez y Pelayo. Asimismo el arqueólogo e historiador P. Zacarias García Villada († 1936), autor de la «Historia eclesiástica de España». Además, merecen especial mención por sus estudios históricos: Fernández de Castro, con su obra «Caracteres históricos de la Iglesia española»; Simonet, con la célebre «Historia de los Mozárabes»; Antonio López Ferreiro, Emilio Moreno Cebada, F. de Uncilla, con sus obras generales o regionales sobre la Iglesia española; Fernández de Retana con la biografía del Cardenal Cisneros y la más reciente todavía de Isabel la Católica; Sureda Blanes, con su trabajo sobre Osio de Córdoba y otros de carácter histórico; J. M. March, S. J., con multitud de estudios históricos y obras de mayor volumen, que lo acreditan de buen investigador, sobre todo el «Liber Pontificalis» según un manuscrito de Tortosa (Barcelona 1926); los benedictinos P. Serrano y P. Pérez de Urbel, incansables publicistas y autores de multitud de obras históricas; el P. Joaquín Salaverri, S. J., acreditado con sus diversos trabajos sobre la Escuela de Alejandría y otros de investigación patristica y teológica; el P. Pedro de Leturia, S. J., insigne fundador y director de la facultad de Historia Eclesiástica en la Universidad Gregoriana de Roma y gran conocedor de la Historia Eclesiástica de la América española; el P. Ricardo G. Villoslada, S. J., conocido por sus trabajos sobre Francisco de Vitoria, los erasmistas y el renacimiento; el P. Francisco Javier Montalbán, S. J. († 1945), bien acreditado por su Manual de Historia de las Misiones y otros trabajos de carácter histórico.

En este lugar merecen especial mención: el P. C. Vega, O. S. A. y el P. J. Madoz, S. J., ambos especializados en trabajos patristicos y bien conocidos en nuestros días por sus investigaciones y diversas publicaciones, principalmente sobre escritores eclesiásticos españoles, como S. Gregorio de Elvira, S. Braulio y otros. Asimismo notemos la colección alemana «Spanische Forschungen der Görresgesellschaft», en la que han aparecido preciosos trabajos de investigadores españoles, y los estudios dirigidos por el P. Kehr como preparación de la «Hispania Pontificia». Finalmente, las revistas eclesiásticas varias veces citadas, «Estudios Eclesiásticos», «Analecta S. Tarrac.», etc., y además, el «Boletín de la Real Academia de la Historia», «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos» y más recientemente «Hispania» e «Hispania Sacra», ambas publicadas por el Cons. S. de Investigaciones Científicas.

CAPÍTULO X

Nuevo esplendor de la vida religiosa, culto y costumbres

740. El resurgimiento religioso, característico de estos últimos tiempos, aparece de un modo particular en el esplendor que se manifiesta en las nuevas Congregaciones religiosas, en el arte, en la magnificencia del culto y en las costumbres cristianas.

I. Órdenes y Congregaciones religiosas ¹⁾

La Revolución francesa y los trastornos revolucionarios del siglo XIX persiguieron con particular encarnizamiento a las Órdenes religiosas. Sin embargo, se fueron rehaciendo de nuevo, con lo cual se convirtieron bien pronto en uno de los instrumentos más activos y eficaces de la renovación eclesiástica. A esto contribuyeron igualmente una serie de nuevos institutos religiosos, tanto de hombres como de mujeres, que respondiendo a las necesidades del tiempo, se dedicaron preferentemente a la instrucción de la juventud, a las obras de beneficencia y caridad, y al culto de la Eucaristía.

a) Renovación de las Órdenes antiguas. Ante todo es digno de notarse el hecho de que, debido al resurgir general del espíritu católico, la mayor parte de las Órdenes antiguas han experimentado en este último período una renovación completa.

La *Orden benedictina* ²⁾ sufrió enormes quebrantos por la revolución; pero la *Congregación de Monte Casino* resistió a la dura prueba y transmitió luego la renovación a Alemania, a América del Norte y a otras regiones. Al mismo tiempo el insigne benedictino *Dom Guéranger*, conocido como gran liturgista, contribuyó eficazmente a la formación de la Congregación francesa de Solesmes, mien-

tras más tarde se organizaba en Alemania la *Congregación de Beuron* bajo el abad *Mauro Welter*, que adquiría un desarrollo extraordinario. De esta manera esta Orden veterana y benemérita fué tomando incremento hasta formar catorce diferentes Congregaciones, extendidas en todo el mundo. Por esto, para estrechar más su unión y eficacia, en 1894 por medio del Papa León XIII eligieron un Abad-Prímado, que fué el de Maredsous (Bélgica) Hildebrando de Hemptine, residente desde entonces en el Colegio benedictino internacional de San Anselmo, en Roma.

Los *franciscanos* ³⁾ fueron encarnizadamente perseguidos por la revolución, pero se han desarrollado también notablemente. León XIII en 1892 asumió personalmente el protectorado de tan benemérita Orden, y en 1897 unió sus cuatro ramas en una sola familia religiosa bajo el título de «*Ordo Fratrum Minorum*»; los Observantes, Reformados, Recoletos y Alcantarinos. Los *cistercienses* dieron origen en el siglo XIX a varias Congregaciones, pero ninguna ha experimentado gran desarrollo. Sólo los trapistas, que son una Congregación cisterciense de estrecha observancia, después de los trastornos ocasionados por la revolución y gracias al incansable celo de su abad *Agustín de Lestrange*, iniciaron un nuevo período de apogeo, y desde 1892 forman una Orden independiente con un abad general. Al presente comprende sesenta monasterios.

La *Compañía de Jesús* ⁴⁾, suprimida en 1773 por Clemente XIV, pudo persistir canónicamente en Rusia, gracias a la emperatriz Catalina II, que no permitió se publicara el decreto pontificio. Reconocida luego en 1801 por Pío VII en los territorios de Rusia, y en 1804 en las dos Sicilias, fué finalmente resucitada para toda la Iglesia el 7 de agosto de 1814, por el mismo Romano Pontífice. Desde entonces la Orden tomó un rápido incremento y se dedicó con renovado celo a los ministerios de la educación, apostolado de la palabra y de la pluma y a las misiones entre infieles. Con su extraordinario crecimiento y las importantes obras que dirige en la actualidad, es sin duda una de las Órdenes que más han colaborado a la renovación eclesiástica, por lo cual ha sido constantemente la víctima predilecta de todos los enemigos del catolicismo, siendo por ello innumerables veces perseguida, desterrada y despojada de sus bienes. En 1950 sus miembros pasan de treinta mil, esparcidos por todo el mundo.

741. b) Nuevas instituciones religiosas de varones. El resurgimiento eclesiástico del siglo XIX y las nuevas necesidades que han ido apareciendo en la Iglesia, han dado ocasión a un sinnúmero de nuevas fundaciones, como no se ha visto jamás en época alguna de la Historia. Para convencerse de ello, baste

³⁾ *Conspectus trium Ordinum relig. S. P. nostri Francisc.* R. 1930.

⁴⁾ BROU, A., *Les Jésuites de la légende*. P. 1907. GONZÁLEZ, A., *La obra de los jesuitas ante la crítica alemana*. Unas apostillas al libro de R. Filop Miller. Burgos 1933. ARBIDE, I., *Los manantiales de la difamación jesuítica*. 2 vol. B. 1933. Ha sido objeto de especial estudio el estado de los Jesuitas después de su extinción en 1773: GAGARIN, J., *Les Jésuites de Russie, 1772-1785...* Diversos trabajos. P. 1872. CHAILLOT, J. L., *Pie VII et les Jésuites d'après des documents inédits*. R. 1879. SANGUINETTI, S., *La Compagnia di Gesù e la sua legale esistenza nella Chiesa*. Risposta agli errori di G. L. Chaillot. R. 1882. FRÍAS, L., *Historia de la Compañía de Jesús en su Asistencia moderna de España*. Vol. I y II, I. 1922-1944. GALLETI, P., *Brevi Memorie intorno alla Compagnia di Gesù in Italia dall'anno 1773 all'anno 1814*. R. 1926.

¹⁾ Para noticias y bibliografía más abundante, véase HEIMBUCHER, II. Además: TYCK, *Notices historiques sur les Congrégations et Communautés religieuses du XIX^e siècle*. Louvain 1892. BRAUNSBERGER, *Rückblick auf das kath. Ordenswesen im 19. Jh.* 1901. En *Ergänz. Heft*. 79 St. Mar. L.

²⁾ *S. Patriarchae Benedicti familiae confederatae*, Monte Casino 1894. *Album Benedictinum*. R. 1926. MOLITOR, R., *Aus der Rechtsgesch. benediktinischer Verbände III*. 1933.

saber que se calcula en más de 400 el número de las nuevas Congregaciones Papales o diocesanas, fundadas durante el siglo XIX.

Ante todo son dignas de mención las *nuevas congregaciones dedicadas principalmente a las misiones*, de las que se ha hablado en otro lugar. Notemos entre las demás:

Hermanos de la Sgda. Familia, fundados en 1835 en Belley de Francia por Gabriel Taborin, con los consejos del Cura de Ars. Se dedican de un modo especial a la enseñanza de la juventud.

Compañía de María, ordinariamente llamados *Marianistas*, fundados en 1817 en Burdeos por Guillermo J. Chaminade, quien concibió la obra durante su destierro en España. Dedicánse a la enseñanza.

Congregación de los Sagrados Corazones, empezada en Poitiers durante la revolución francesa y aprobada por Pío VII en 1817.

Notemos finalmente el *Oratorio de San Francisco de Sales* o *salesianos*⁵⁾, organizados en Turín hacia 1855 por el incomparable apóstol de la juventud obrera, Don Bosco, y que tienen por objeto la instrucción en letras y oficios manuales a los jóvenes obreros, particularmente los abandonados. El celo extraordinario y la fama de santidad de su fundador, junto con el bien inmenso que ha hecho a la clase trabajadora, ha conquistado a la nueva institución grandes simpatías, y así se ha extendido rápidamente en toda Europa y América y en países de misiones.

Al lado de las Congregaciones religiosas debemos colocar a la *Hermandad de Sacerdotes Operarios*, fundada en Tortosa en 1883 por el ejemplar sacerdote don Manuel Domingo Sol para el fomento de la piedad y espíritu sacerdotal. Apoyada por el célebre jesuita P. Ramón Vigordán, la nueva institución quedaba definitivamente establecida en 1886, en 1898 recibía la aprobación pontificia, y rápidamente se propagaba por España y por el extranjero. Una de sus obras predilectas es la dirección de los Seminarios.

742. c) Congregaciones religiosas de mujeres. De un modo particular se han multiplicado en este tiempo las Congregaciones religiosas de mujeres. He aquí algunas: Las *Madres del Sagrado Corazón* fueron fundadas en 1800 en París por Magdalena Sofía Barat⁶⁾, canonizada en 1925. Desde un principio se dedicaron a la educación de las jóvenes con unas reglas tomadas en buena parte de los jesuitas, y después de la aprobación de León XII en 1826, se extendieron rápidamente en las principales naciones, contribuyendo eficazmente a la educación de la buena sociedad.

De la *Congregación del Socorro*, fundada en 1644 por S. Juan Eudes, se desarrolló en 1835 la Congregación del *Buen Pastor*⁷⁾, destinada al socorro de las muchachas caídas y a la preservación de las que se hallan en peligro. Esta transformación se debió a Sta. María Eufrosia Pelletier, que con su incansable celo consiguió ver extendida la Congregación en muchas naciones. Las *Hermanas Josefinas* de Cluny fueron fundadas en 1819 y se han propagado en Francia, Italia, Inglaterra, América y

⁵⁾ *Biografías de Don Bosco*: LEMOYNE, G. B., 2 vol. Torino 1911-1913. SA-
LOTTI, C., Torino 1929. JOERGENSEN, P. 1931. WAST, H., Don Bosco y su tiempo.
Buenos Aires 1932. AMDEI, A., Don Bosco e il suo Apostolato. 2 ed. 2 vol.
Turín 1940. WART, H., Las Aventuras de Don Bosco. 2. vol. Burgos 1945. CHIA-
VARINO, Don Bosco que fue. Vida anecdótica. Bilbao 1942.

⁶⁾ *Biogr. de la M. Magdalena Sofía Barat*: GRANDMAISON, G. DE, P. 1909. En
«Les Saints». BILLOT, G., P. 1910, etc.

⁷⁾ *La Congrégation du Bon Pasteur*, Angers 1923. BRULEY, E., Le Bon Pas-
teur d'Angers. P. 1931.

países de misiones. Las *Hijas de la Inmaculada Concepción* o *Salesianas* forman la rama femenina de los Salesianos de Don Bosco y fueron fundadas en 1852 para atender preferentemente a niñas huérfanas. Alcanzan actualmente una gran difusión. Las *Reparadoras* o *Instituto de María Reparadora*, fundadas en Estrasburgo en 1857 por Emilia Oultremont, Madre María de Jesús. *Instituto de Jesús-María*, fundado en Lyon en 1818 por Claudina Thévenet (M. María de San Ignacio)⁸⁾ para la educación de las jóvenes. En 1847 recibieron la aprobación pontificia y en 1850 establecieron su primer Colegio en España (en Barcelona), donde se han extendido mucho y han desarrollado desde entonces una labor meritisima.

II. El arte, el culto y la vida cristiana⁹⁾

743. La renovación interior de la Iglesia católica se manifestó de un modo particular en el siglo XIX en el rejuvenecimiento del arte cristiano, en la intensificación del culto y en el mejoramiento de la vida cristiana. Como síntesis de las diversas tendencias, se abandonaron las formas secas del Renacimiento y los adornos vacíos del barroco y churrigueresco, volviéndose los ojos más bien a la espontaneidad y sentimentalismo de la Edad Media. En todos sus esfuerzos aparece siempre el ansia de hacer penetrar profundamente en las almas los sentimientos y las verdades cristianas.

a) **El arte cristiano.** La primera tendencia que aparece en el arte cristiano del siglo XIX, particularmente en la arquitectura, es la vuelta al estilo medieval, particularmente al gótico, que se trató de reproducir en multitud de iglesias nuevas, o bien al estilo de basilica antigua o a cierto eclecticismo propio de la época. Conforme a estas ideas, se concluyeron o se completaron algunas catedrales antiguas, como la de Colonia. En este sentido influyeron escritores tan notables como Montalembert, Görres, Reichensperger, y artistas como Viollet-le-Duc. Esto explica el interés con que se procuró la restauración de algunos monumentos medievales de extraordinario valor y el aprecio creciente de las ruinas antiguas. El arte plástico se ocupó principalmente de obras profanas, y en las pocas religiosas que produjo se advierte más bien cierta falta de sentimiento e inspiración profunda, que forma el encanto de los grandes imagineros del siglo XVI. Uno de los que trabajaron con más éxito por infundir espíritu cristiano a las formas clasicistas, fué el italiano Antonio Canova († 1822) en los sepulcros de los Papas. Son notables igualmente por la profundidad de su concepción y perfección de forma, en que aventajan a Canova, el danés Thorvaldsen y el alemán Achtermann.

La *pintura religiosa* fué la que más provecho sacó de la inspiración romántica. En 1810 se organizó en Roma una escuela de pintores alemanes, dirigidos por Federico Overbeck, Pedro Cornelius, Guillermo Schadow y Felipe Veit, los cuales, inspirados por la pintura cristiana de la Edad Media y del siglo XV, produjeron obras de indiscutible valor. Entonces pintó Cornelius los *frescos* de la iglesia de San Luis de Munich y fundó allí mismo una escuela, en la que se distinguieron Hess y Karolsfeld. Del mismo modo trabajaron en Düsseldorf, Viena, Berlín y otras ciudades.

⁸⁾ La vida de la sierva de Dios, M. María de San Ignacio Thévenet, fundadora de la Congregación de Jesús-María (1774-1837). B. 1947.

⁹⁾ MUTHÉ, Gesch. der Malerei im 19. Jh. 1893. CONGNY, L'art moderne. P. 1896. BRÜCKNER, Gesch. der christlichen Kunst. 1903. SCHMID, M., Kunstgesch. des 19. Jh. 1906. BARTUNG, O., Vom neuen Kirchenbau. 1919. GIRON, PL., Die Stahikirche. 1928. KREITMAIER, J., Beuroner Kunst. 3.ª ed. 1921. CUR-LITT, C., Die deutsche Kunst des 19. Jh. 4.ª ed. 1924. WIESCHEBRINE, TH., Die kirchliche Kunstbewegung in der Zeit des Expressionismus (1917-1927). 1932. GRÖBER, K., Kirche und Künstler. 1932. GARCÍA DE LA FUENTE, A., El arte religioso en el siglo XX. En Rel. Cult., 30 (1935), 161-179; 305-322.

Algunos de ellos, como Overbeck y Steinle, se dedicaron casi exclusivamente a la pintura de carácter religioso. Otra escuela de pintura, digna de mención por su originalidad, es la de los *monjes de Beuron*, que imita el arte bizantino y la expresión hierática del arte primitivo medieval. En Francia son dignos de mención: Hipólito Flandrin, y sobre todo David con su escuela neoclásica, y los románticos Delacroix y Delaroche.

España no ha quedado atrás en este resurgir del arte religioso. Se advierte claramente en *arquitectura* la vuelta a las formas clásicas medievales, que en España incluyen también el mudéjar. Entre los arquitectos se distinguen *Juan Madrazo*, *Ricardo Velázquez* y *Vicente Lampérez*. En el arte pictórico, la gran figura de principios de este período es *Goya*, conocido ya de fines del período anterior. Su expresión verdaderamente genial y su colorido lo colocan al lado de las primeras figuras de la pintura española. Dignos sucesores suyos fueron: *Vivante López* y otros que se atienen más bien a la inspiración neoclásica proveniente de Francia: *Juan Ribera* y *José Madrazo*. Casi al mismo tiempo hace su aparición el romanticismo propio del siglo XIX, con pintores tan insignes como *Casado de Alisal*, *Palmaroli*, *Rosales*, *Pradilla*, *Muñoz Degraín* y *Fortuny*. A ésta siguió la tendencia más moderna, que se ha prolongado y sigue predominando en nuestros días, de un *realismo*, a veces algo crudo, pero con mucha frecuencia fecundo en grandes concepciones artísticas. Entre los mejores representantes de este género pueden citarse: *Sorolla*, *Pinazo*, *Urgell*, *Zuloaga* y otros. La *escultura* ha seguido derroteros muy semejantes y ha dado en España artistas religiosos de primer orden, como *Junyol*, *Benlliure*, *Querol*, *Blay*, *Llimona* y *Coullant Valera*.

744. b) Disciplina eclesiástica y culto ¹⁰⁾. La Revolución francesa, con la secularización de los bienes eclesiásticos y otras muchas disposiciones radicales de orden político y religioso, trajo en Francia y en casi todos los países católicos efectos trascendentales para la vida práctica. Algunos de estos efectos, aunque eran producto de un odio satánico contra la Iglesia, fueron de hecho beneficiosos para la misma y eliminaron definitivamente diversos abusos seculares. Tales eran, por ejemplo, la ocupación de abadías y prioratos por parte de los príncipes, y el privilegio de la nobleza en la posesión de las sedes episcopales y otros pingües beneficios del alto clero. Al suprimir la revolución todos los monasterios, y al echar abajo los privilegios de la nobleza, desapareció también este abuso, y consecuentemente, al reconstituirse de nuevo la Iglesia, se pudo proceder con más libertad.

Esta misma tendencia a quitar privilegios trajo otros efectos. Así, por ejemplo, el clero perdió el foro especial de que antes había gozado; la exención de tributo, al menos en muchas partes, y lo que fué más trascendental, la Iglesia se vió obligada «temporum ratione habita», a renunciar a los diezmos. Hasta qué punto tuvo que llegar la Iglesia en este camino de admitir, disimular o tolerar las innovaciones o trastornos de los tiempos modernos, lo prueban, por una parte, la cuestión de la separación de la Iglesia y el Estado, la libertad de conciencia, la libertad de enseñanza; y por otra, la secularización o despojo general de las Iglesias y Ordenes religiosas. Frente al principio de la separación de la Iglesia y el Estado y otros parecidos, la Iglesia mantuvo constantemente las normas tradicionales de la Teología católica. Gregorio XVI designaba a la libertad de conciencia «absurda illa ac erronea sententia seu potius deliramentum»; sin embargo, este principio se fué introduciendo en gran parte de Estados, y la Santa Sede tuvo que disimular.

¹⁰⁾ KNECHT, A., Das neue kirchliche Gesetzbuch 1918. STUTZ, U., Der Geist des Codex Iuris Can. 1918. ROST, H., Die Katholiken im Kultur- und Wirtschaftsleben der Gegenwart. 1907. GOYAU, G., Autour du catholicisme social. 5 vol. P. 1907-1912. PRESCH, H., Die soziale Befähigung der kathol. Kirche. 3.ª ed. 1911. EBERLE, J., Grossmacht Presse. 2.ª ed. 1920. SCHLUND, E., Die kathol. Aktion. 1928. BERTRAM, AD., KAREL, Im Geist und Dienst der kathol. Aktion 1929. ADAM K., Das Wesen des Katholizismus. 6.ª ed. 1931. CIVARDI, L., Manual de Acción Católica. 2 vol. Trad. del italiano. B. 1940.

Por otra parte, los Romanos Pontífices rechazaron constantemente el principio de la «separación de la Iglesia y el Estado»; pero al introducirlo de hecho las constituciones de muchas naciones, el Romano Pontífice lo toleró también, incluso en sus concordatos con esas mismas naciones. De hecho no hay duda que de estos principios de libertad y separación ha sacado ventaja la Iglesia en los Estados donde no contaba sino una minoría, como Inglaterra y Estados Unidos. En otros Estados de franca mayoría católica, la Iglesia se ha resistido a admitir dicho principio, que realmente cedía en detrimento suyo; pero en algunos casos, como en Bélgica y en Francia, se ha visto obligada a tolerarlo. Más aún; si bien es cierto que generalmente este principio, en los Estados católicos, sólo servía para disimular una persecución positiva de la Iglesia, en otros se llevó a ejecución con cierta benevolencia, con lo cual el resultado fué más bien favorable.

En general se puede afirmar que el clero ha mejorado notablemente, tanto por lo que se refiere a su moralidad como en su formación eclesiástica y general. A esto ha contribuido la insistencia de los Romanos Pontífices en la renovación y perfeccionamiento de los Seminarios regionales y Universidades pontificias en diversas naciones y la intensificación de la labor de los distintos institutos internacionales de Roma. Para regular y urgir la disciplina eclesiástica han servido de un modo particular los *sinodos diocesanos* y *provinciales* o las conferencias episcopales, celebradas en diversas naciones o provincias eclesiásticas. Un punto característico de la nueva disciplina eclesiástica, es la mayor participación que se ha dado a los laicos en la vida de acción religiosa de la Iglesia, por lo cual éstos se sienten más atraídos en torno de la jerarquía. A esto atienden de un modo particular la *Acción Católica* y las *Congregaciones Marianas*, tan fomentadas durante los últimos Pontificados. Con todo esto y con las extraordinarias dotes de que Dios ha dotado a los últimos Romanos Pontífices, la autoridad central de la Iglesia se ha consolidado y aumentado considerablemente. La disciplina eclesiástica actual ha quedado regulada y bien definida por el *Codex Iuris Canonici*, preparado por Pío X y publicado en 1917 por Benedicto XV.

Por lo que se refiere más directamente al culto, se han introducido pocas innovaciones, pero se ha trabajado intensamente por conseguir la mayor uniformidad y dignidad posibles. Para esto es digno de mencionar el esfuerzo puesto en fomentar la frecuencia de sacramentos y por introducir al pueblo en la liturgia propiamente tal. Por otra parte, durante el siglo XIX se dieron diversas disposiciones para regular las fiestas de precepto. Al fin quedó este asunto definitivamente ordenado para toda la Iglesia por Pío X en 1911. El mismo año 1911 se estableció asimismo el nuevo Orden del Breviario Romano, que atiende más al año litúrgico. En la música eclesiástica se han introducido mejoras interesantes, en lo cual trabajó incansablemente el célebre benedictino Dom Guéranger, y sobre todo ha dado disposiciones fundamentales Pío X. En general se ha procurado dar más realce al canto coral y eliminar de la Iglesia el canto polifónico espectacular y teatral, sobre todo si va acompañado de instrumentación.

745. c) Vida y costumbres cristianas. Con todo lo dicho en las páginas precedentes se puede ya formar una idea de conjunto de la vida y costumbres del pueblo cristiano en este último período. El efecto inmediato de los trastornos de la propaganda del jansenismo, del deísmo, de la falsa ilustración y de la Revolución francesa, fué una disminución creciente de la piedad y sentimientos religiosos en el pueblo cristiano, acompañados de un alojamiento general de la moral y costumbres. Pero al mismo tiempo que en unos sectores la impiedad y el ateísmo de la revolución y de las sectas secretas continuaban produciendo los efectos desastrosos del indiferentismo de nuestros días, en otros sectores muy numerosos se manifestaba cada vez más claramente el resurgimiento del catolicismo, mayor piedad en las masas y una mentalidad religiosa más inteligente.

A esto contribuyó de una manera muy eficaz la labor apostólica de infinidad de misioneros y predicadores populares, procedentes sobre todo de las Órdenes religiosas y, de un modo particular en los últimos dece-

nios, la *campaña* maravillosa de los *Ejercicios espirituales*, sumamente a propósito para la renovación de la vida profundamente cristiana. A fomentar el espíritu cristiano van encaminados el Apostolado de la Oración, la Acción Católica, las Congregaciones Marianas y una infinidad de *asociaciones piadosas* de hombres y mujeres, que han recibido en estos últimos tiempos un incremento extraordinario. La misma intensificación de la propaganda misional con el florecimiento de las grandes asociaciones misioneras, han producido el efecto de sacudir las conciencias y avivar los sentimientos católicos de las masas populares. Finalmente, el *movimiento litúrgico* de los últimos decenios no hay duda que tiene por blanco hacer vivir al pueblo cristiano las verdades de la fe y sentir profundamente el culto divino.

El resultado práctico aparece en multitud de obras características de nuestros tiempos. De hecho ha cambiado la mentalidad religiosa en grandes sectores católicos. Esto se ve particularmente en la recepción de los sacramentos, sobre todo de la Comunión, mucho más frecuente que antes; en la afluencia de los fieles hacia los *grandes santuarios* de la cristiandad, como Lourdes en Francia, Kvelaer en Alemania, Loreto en Italia, Fatima en Portugal, Montserrat y el Pilar en España; en la *multiplicación* asombrosa de los *centros de enseñanza* netamente católicos frente a los centros del Estado; en la intensificación de la *Prensa y literatura católica*; en las frecuentes *conversiones* de figuras significadas; en las grandes solemnidades de los *Congresos Eucarísticos internacionales*, verdaderos triunfos de Jesucristo y manifestaciones evidentes del sentimiento católico de nuestros días; en la aparición constante de primeras figuras de *santidad cristiana*, como el amabilísimo *Cura de Ars*, el amigo de los obreros *Don Bosco*, la flor de la vida religiosa, *Sta. Teresita del Niño Jesús*, *S. Gabriel de la Dolorosa*, *Sta. María Goretti*, y otros muchos.

Resumiendo en pocas palabras, podemos caracterizar así la situación religiosa de nuestros tiempos: por un lado cunde el materialismo e indiferentismo más desenfrenado, que se manifiestan: en el alejamiento de la Iglesia de grandes masas obreras y gente intelectual; en el poder inmenso que ejerce en todas partes la masonería con sus aliados, la Prensa liberal y atea y el judaísmo dueño de los grandes capitales, y últimamente sobre todo en el auge que ha tomado el socialismo y el comunismo con sus principios destructores y el envenenamiento de las masas. Por otra parte, en cambio, se ha consolidado y aumenta constantemente el sentimiento católico en los sectores escogidos del pueblo cristiano; se han mejorado notablemente en estos mismos sectores las costumbres cristianas, y en general ha crecido en todas partes el prestigio moral del catolicismo y del que es cabeza y símbolo del mismo, el Romano Pontífice. Sólo sobre esta base de un sentimiento católico firme y profundo se explica el heroísmo de los mártires innumerables que ha tenido la Iglesia católica en los últimos tiempos en Rusia, Méjico y España, y actualmente en el centro de Europa.

♦ CAPÍTULO XI

Pío XII, Pontífice reinante ¹⁾

746. Como complemento de lo expuesto sobre el desarrollo de la Iglesia católica durante el siglo XIX y hasta nuestros días en los diversos campos de su actuación, y para que se tenga una idea más exacta de la situación religiosa en los últimos años hasta 1950, daremos una síntesis de la actividad del Pontífice reinante, Pío XII. Sin embargo, esta síntesis no pretende ser completa ni exhaustiva, sino solamente comunicar algunos datos o directrices fundamentales de su actuación.

I. El Papa y la guerra mundial

No hay duda que una de las cosas más características del pontificado de Pío XII, y que constituye el objeto principal de sus actividades durante los seis primeros años de su gobierno, ha sido su intervención en la guerra mundial. En ella podemos

¹⁾ Para los textos de los discursos y documentos oficiales de Pío XII, véase ante todo AAS. desde marzo de 1939. Asimismo se ha comenzado a publicar: Pío XII, Discursos y Radiomensajes de S. S. Pío XII. I-III M. 1946-48. Véanse los vols. en italiano I-VII. Milán 1941-46. Para 1948, véase: «Anuario Petrus». La voz del Papa Pío XII. B. 1948. En general se hallarán los documentos pontificios en *Ecclesia*, 1940 s., y en otras revistas, como *Hechos y Dichos*. Para una idea de conjunto del principio de su pontificado, véase *Anuario social de España*. M. 1941. Pueden verse las biografías y obras semejantes: WALTER, O.-MÚNERA, J., Pío XII. Su vida, su personalidad. B. 1942. HOARE, F. R., The papacy and the modern State. L. 1940. KELLER, A., Christian Europe today. Nueva York 1942. VENEZIANI, L., Pío XII. Pisa 1942. VIVIANI CONTRERAS, Pío XII y la guerra, 2.ª ed. B. 1943. BENDISCIOLI, M., La política de la Santa Sede. Directrices, órganos, realizaciones. R. 1943. LANCELOTI, A., Mundo Vaticano. Trad. por J. G. de Luaces. B. 1943. GONELLA, G., Presupposti di un ordine internazionale. Note ai messaggi di S. S. Pío XII. Ciudad del Vaticano 1942. LUIS, R. DE, El Vaticano, cátedra de paz. M. 1945. ACCIÓN CAT. ESP., Su Santidad Pío XII y el mundo intelectual. San Sebastián 1945. BONET, A., El Catolicismo y la Cultura frente a los nuevos tiempos. B. 1945. BUONAYUTI, E., Pío XII. R. 1946. FERNESOLE, P., Sa Sainteté Pie XII et la paix du monde. P. 1947. BARGELLINI, P., Il pastore angelico: Pío XII. Florencia 1948. ROUSSEAU, CH., Chronologie du conflit mondiale, 1935-1945. P. 1945. ERGANG, R., Europe in our time. L. 1948. ARÈS, R., L'Église catholique et l'organisation, de la société internationale contemporaine: 1939-1949. Monreal 1949.

decir que fué el ángel de paz, que supo responder bien a su significación como Vicario de Cristo.

a) Su preparación y cualidades. Plan de su pontificado. En circunstancias bien difíciles para la Iglesia, cuando aún no había terminado la guerra de liberación española, y mientras en toda Europa resonaban los preparativos de guerra y no se respiraba otra cosa que odios y rencores, el 10 de febrero de 1939 entregaba su alma a Dios el incansable Pío XI. El sentimiento unánime de todo el mundo y el coro de alabanzas que con esta ocasión se entonó en honor suyo, son la mejor señal del prestigio extraordinario alcanzado por el Papa difunto.

Pasado el tiempo reglamentario, reunióse el conclave para la elección del que debía sucederle, y al primer día, el 2 de marzo, fué elevado al Solio Pontificio el Cardenal Pacelli, que tomó el nombre de Pío XII. Realmente, la elección no pudo ser más acertada. Romano de nacimiento, Pío XII parecía preparado por la Providencia para las circunstancias difíciles en que nos encontramos. Hombre de extraordinarias cualidades, gran diplomático, y sobre todo profundamente piadoso, había desempeñado la Nunciatura en Munich y Berlín, con lo cual conocía perfectamente la situación de Alemania; como Secretario de Estado de Pío XI durante los nueve últimos años, había asistido constantemente al Romano Pontífice en los variadísimos problemas de la actividad de este gran Papa.

Para completar su compenetración con el mundo católico, había desempeñado, siendo ya Secretario de Estado, diversas Legaciones. Así, en 1934, asistió en Buenos Aires al Congreso Eucarístico Internacional como representante del Papa; más tarde fué enviado a Lourdes en el septuagésimoquinto aniversario de las apariciones, y a Lisieux para la inauguración de la nueva Basílica; a los Estados Unidos con el fin de entrevistarse con su Presidente, y, en 1937, a Budapest, como delegado del Papa en el Congreso Eucarístico Internacional. En tiempos bien turbios, preñados de tempestades amenazadoras, Pío XII puso también los pies en España, en el verano de 1934, con ocasión del viaje a Buenos Aires. En las cortas horas que pasó en Barcelona pudo saludar al futuro mártir, obispo Manuel Irujo.

Por todo esto no es de extrañar que la elección de Pío XII fuera acogida en todo el mundo con grandes muestras de entusiasmo. El lema que eligió para su actuación, «Opus iustitiae pax», indica claramente las nobles intenciones que lo animan. Así lo manifestó particularmente en su primera grande encíclica «Summi Pontificatus», del 20 de octubre de 1939, que trata sobre el reinado de Cristo y los deberes que esto impone a la Sociedad ²⁾.

747. b) Su actuación en la guerra mundial: 1939-1945. La misma encíclica «Summi Pontificatus» se hace eco de la profunda preocupación del Papa por la horrible guerra que acababa de estallar (septiembre 1939) entre Alemania por un lado, y Francia e Inglaterra por otro. Todos los esfuerzos realizados por Pío XII para evitar este choque habían resultado inútiles.

²⁾ El texto puede verse en: AAS, 31 (1939), p. 41 3s.; Raz. y Fe, 118 (1939) y 119 (1940); An. Soc. 59. s.

Inútiles fueron también todos los hechos en lo sucesivo, hasta el término de esta guerra descomunal y mortífera en mayo de 1945, por lo cual fué constantemente en aumento la preocupación y angustia del Papa. Ésta se acrecentó sobremanera con el desarrollo de la misma guerra, al ser envueltas en ella Italia, Japón, China, Estados Unidos y Rusia, con lo que quedó prácticamente todo el mundo complicado en la conflagración universal.

Respondiendo a este estado de ánimo, que es el que domina la actuación de Pío XII durante los primeros años de su Pontificado, en casi todas las alocuciones solemnes de estos años insistió en la necesidad de orar y hacer penitencia para obtener de Dios el cese del terrible azote de la guerra. Así, en la dirigida a los Cardenales con ocasión de las Navidades, el 24 de diciembre de 1939 ³⁾, propuso las cuatro condiciones fundamentales para una paz justa. Asimismo se lamentó profundamente y pidió oraciones y sacrificios en la alocución natalicia de 1940, en la cual propuso las bases que deben servir para un «nuevo orden» de cosas ⁴⁾. No contento con esto, Pío XII promovió las cruzadas de oraciones de los niños en el mes de mayo y sobre todo la de todo el mundo, del 24 de noviembre de 1940, a la que rodeó de extraordinaria solemnidad. Al mismo objeto iba dirigida la carta al entonces Secretario de Estado, Cardenal Maglione, de 15 de abril de 1942, en que ordenaba preces particulares a todos los fieles, y de un modo especial a los niños, durante el mes de mayo, con el fin de obtener la paz ⁵⁾. Más aún: al cumplirse el cuarto año de guerra, el 1.º de septiembre de 1943, en que pronunció estas expresivas palabras: «Hoy se cumplen cuatro años del día horrendo en que comenzó la más formidable, destructora y despobladora guerra de todos los tiempos, cuya visión aterra a todo el que tenga en el pecho un alma y abrigue sentimientos de humanidad». Mucho más importante fué la alocución radiofónica, dirigida al mundo por el Papa en 1944, al cumplirse los cinco años de guerra ⁶⁾. En ella se vió bien claramente la elevación de miras del Sumo Pontífice, sus preocupaciones por la paz, que ya entonces se preveía relativamente próxima, y sus afirmaciones categóricas, en que expresa los principios fundamentales que deben regir a los hombres.

Mas donde manifestó más bella y elocuentemente el Papa la verdadera elevación de sus sentimientos, fué con ocasión del término de la guerra en mayo de 1945. El día 7 se declaraba oficialmente terminada la guerra con la rendición incondicional de los alemanes. El mismo día, Radio Vaticana transmitía un precioso mensaje de paz. El día 9 se transmitía un nuevo radiomensaje del Romano Pontífice a todo el mundo ⁷⁾, en el que el Papa se congratula por la paz obtenida a costa de tanta sangre, pero al mismo tiempo añade: «Si el mundo quiere re-

³⁾ Véase AAS, 31 (1939), 333 s.; Raz. y Fe, 118 (1939), 239 s.; Navidades, 1939: Raz. y Fe, 129 (1940), 81 s.

⁴⁾ Raz. y Fe, 122 (1941), 165 s.

⁵⁾ Véase Osserv. Rom., 19 abril 1942.

⁶⁾ AAS, 36 (1944), 249 s.; Raz. y Fe, 130 (1944), 320 s.

⁷⁾ AAS, 37 (1945), 129 s.

cobrar la paz, tiene que desechar la falsedad y el rencor y hacer que reinen en su lugar la verdad y la caridad». Finalmente, el 2 de junio, respondiendo al saludo del Colegio Cardenalicio en su fiesta onomástica, vuelve a insistir en los horrores que ha causado la guerra y marca la posición clara de la Iglesia frente a los excesos del nacionalsocialismo⁸⁾.

Con esto y los repetidos radiomensajes de Navidad y las insistentes llamadas realizadas desde 1945 a 1950 para que se llegue a una pacificación de los espíritus, aparece bien caracterizada la acción predominante del Papa durante los seis primeros años de su Pontificado, que justifican el lema de su actuación «opus iustitiae pax», tan conforme con su nombre «Pacelli».

748. c) Caridad de Pío XII durante la guerra. Por ser uno de los rasgos más característicos de la actuación de Pío XII en la guerra mundial, queremos hacer resaltar su caridad. En efecto, la guerra mundial dió ocasión al Papa Pío XII para desarrollar una actividad asombrosa en beneficio de todos los damnificados por ella. Esta caridad del Papa se manifestó desde un principio de un modo especial con los prisioneros. Para ayudarles con más eficacia, organizó una oficina de información, de la cual eran corresponsales los Delegados Apostólicos, y que en sus múltiples secciones prestó incalculables servicios. Baste decir que ya en 1942 había conseguido saber el paradero de más de 30 000 prófugos o prisioneros, y que recibía y despachaba 3000 consultas diarias. Entre ellos, dedicaba el Papa especial atención a los prisioneros sacerdotes. La misma caridad mostró Pío XII promoviendo grandes colectas nacionales. Una de las manifestaciones más significativas y conmovedoras de esta caridad del Papa se produjo durante el verano de 1943, al ser bombardeada la ciudad de Roma. El mismo Pío XII, desafiando toda clase de peligros, visitó personalmente los escombros y ruinas prodigando toda clase de consuelos a las víctimas.

Esta disposición de ánimo la manifestaba constantemente en sus alocuciones y radiomensajes, de los cuales es sólo un ejemplo el de Navidad de 1943, en que anunciaba que haría «todo lo posible a nuestras fuerzas materiales y espirituales para aliviar las tristes consecuencias de la guerra, por los prisioneros, heridos, dispersos, errantes, menesterosos, por todos los que sufren y padecen, de cualquier lengua y nación»⁹⁾. Pero las más delicadas ternuras de su caridad las reservó para el socorro de los niños, de los cuales reunió más de 2000 en Navidad de 1944 en la Universidad Gregoriana y les repartió ricos aguiñaldos.

II. Gobierno eclesiástico y actividad doctrinal

749. Mas donde Pío XII ha manifestado las extraordinarias cualidades de que lo ha dotado la Providencia, es en el gobierno general de la Iglesia y en sus actividades doctrinales.

a) Gobierno eclesiástico de Pío XII. La actividad asombrosa de Pío XII aparece en el contacto mantenido personal-

⁸⁾ Ib., 159 s.

⁹⁾ AAS, 36 (1944), 11 s.; Hechos y Dichos, 1944, 113 s.

mente con las naciones cristianas y con el mundo entero; mas de un modo particular con el episcopado y con los poderes civiles de todo el mundo, contacto que a veces se extiende aun a los poderes no católicos. Para ello ha aprovechado las ocasiones extraordinarias que le brindaban los jubileos o aniversarios especiales. Así, el 1.º de noviembre de 1939, envió una carta encíclica a los Estados Unidos con ocasión del 150.º aniversario del establecimiento de la jerarquía eclesiástica¹⁰⁾. Igualmente, el 30 de junio de 1940, al pueblo portugués¹¹⁾, al concurrir el octavo centenario de su primera independencia y el tercero de la nueva libertad obtenida. Asimismo, el 13 de noviembre de 1939, se dirigió por radio a los católicos de los Estados Unidos para unirse a la celebración del quincuagésimo aniversario de la Universidad católica de Washington¹²⁾. Más significación todavía tiene en este sentido, y es el mejor indicio de la autoridad moral de que goza Pío XII, la exhortación que el 31 de agosto de 1939 dirigió a los gobiernos de Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y Polonia para que procuraran arreglar pacíficamente sus diferencias.

En circunstancias similares se ha dirigido a las diversas naciones y diversos Estados, utilizando frecuentemente los Congresos eucarísticos o las asambleas nacionales, o bien las audiencias concedidas en Roma a las representaciones de los más variados países o entidades. Así sucedió en los Congresos de Wellington, en Nueva Zelanda, 1.º de febrero de 1940; Santa Fe, en la Argentina, el 13 de octubre; y limitándonos a los últimos radiomensajes, discursos o documentos, indicaremos los siguientes: el dirigido al cuerpo diplomático el 28 de diciembre de 1949, en el que presenta a la Iglesia como fortaleza de la paz¹³⁾; al presidente de los Estados Unidos en las Navidades de 1949, donde anuncia que la salvación del mundo estriba en el reconocimiento de la fraternidad universal entre todos los hombres¹⁴⁾; a los delegados de la Conferencia internacional de radiodifusión¹⁵⁾, en mayo de 1950.

La misma significación tienen las frecuentes alocuciones dirigidas a entidades y personajes de gran influencia y prestigio en el mundo, con ocasión de las audiencias Pontificias. Así, por ejemplo: la alocución a los encargados de estudiar las necesidades más urgentes ocasionadas por la guerra; las palabras dirigidas al vicedirector

¹⁰⁾ AAS, 31 (1939), 365 s.; An. Soc., 72 s.

¹¹⁾ AAS, 32 (1940), 249 s.; An. Soc., 75 s.

¹²⁾ AAS, 31 (1939), 678 s.

¹³⁾ Ecclesia, 1950, I, 7 s.

¹⁴⁾ Ecclesia, 1950, I, 33 s.

¹⁵⁾ Ibidem, 537 s.

de la U N R R A, en audiencia del 25 de agosto de 1945, y a diferentes comisiones sobre las relaciones postbélicas, asuntos internacionales y presupuestos militares. Y pasando por alto los años 1946-49, notaremos entre los últimos: el discurso dirigido a un grupo de directores de periódicos o representantes de agencias periodísticas americanas el 23 de enero de 1950¹⁶⁾; el dirigido en febrero de 1950 al Congreso internacional de periodistas católicos¹⁷⁾, el dirigido al Congreso mundial de cámaras de comercio en abril de 1950¹⁸⁾, y otro semejante al Congreso de estudios sociales el mismo mes.

Entre los asuntos eclesiásticos que Pío XII ha tomado con especial predilección, deben contarse los directamente relacionados con las grandes Órdenes religiosas. Así, por ejemplo: la participación directa que quiso tomar en el *cuarto centenario de la Compañía de Jesús*¹⁹⁾, para lo cual, el 6 de julio de 1940, dirigió una epístola apostólica al R. P. Ledochowski, Prepósito general de la misma. Estas muestras de benevolencia a la Compañía de Jesús volvió a darlas Pío XII al reunirse ésta en Congregación general, en septiembre de 1946. Del mismo modo mostró Pío XII especial benevolencia a la gran familia de los Padres Dominicos cuando, en septiembre de 1946, dirigió al nuevo General, P. Manuel Suárez y a los capitulares que lo acompañaban, un precioso discurso. No fué menos expresivo Pío XII con la benemérita Orden benedictina al recurrir en 1943 el XIV centenario de la muerte de su fundador. A esto mismo pertenece la carta de Pío XII, dirigida en 1950 al General de los Padres Carmelitas con ocasión del VII próximo centenario (1251-1951) del Escapulario del Carmen²⁰⁾. Asimismo, en 1948, con ocasión de las fiestas centenarias de San José de Calasanz, envió una cariñosa carta al Prepósito general de las Escuelas Pías²¹⁾. En realidad, no deja pasar el Papa ninguna ocasión propicia para mostrar su particular benevolencia a las beneméritas Órdenes religiosas.

750. b) El Papa y los obreros. Pío XII ha continuado desde el principio el esfuerzo de León XIII y Pío XI en favor de los obreros. En este sentido ha tenido manifestaciones y publicado documentos trascendentales. Fué notable, sobre todo, la alocución dirigida al mundo en Pentecostés de 1941, con ocasión del cincuentenario de la célebre encíclica de León XIII, «*Rerum Novarum*»²²⁾. Este documento Pontificio, unido a la encíclica

de Pío XI «*Quadragesimo anno*» son de extraordinario interés y forman en realidad la «Carta Magna» de la Iglesia respecto de la llamada cuestión social. El mejor complemento y aplicación completa de esta doctrina fué la alocución dirigida por Pío XII en Pentecostés de 1943 a veinticinco mil obreros reunidos en una audiencia pontificia²³⁾. En ella proclama el Papa el verdadero valor de la dignidad humana y del trabajo, de la verdadera apreciación del espíritu revolucionario y cristiano y sale enérgicamente en favor de la dignidad y de los derechos del trabajador. Sus ideas obreristas y de una franca y decidida reivindicación social las ha seguido manifestando Pío XII en infinidad de ocasiones. Así, por no citar más que algunas de las más recientes: en la alocución dirigida el 11 de marzo de 1945 ante la delegación de trabajadores italianos de las organizaciones cristianas; en el discurso dirigido a las asociaciones católicas de trabajadores italianos el 29 de junio de 1948; en el radiomensaje dirigido al movimiento obrero cristiano de Bélgica el 11 de septiembre de 1949. Estos ejemplos son únicamente unas muestras de las muchas veces que el Papa se ha dirigido a los obreros.

El interés que manifiesta Pío XII por los obreros se expresa de un modo muy particular en sus alocuciones a los elementos patronales, donde aparece constantemente la preocupación social del Romano Pontífice. Así lo expresa en el discurso del 24 de enero de 1946 a un grupo de patronos y obreros del ramo de electricidad, y sobre todo en otro más reciente, en el que propugna una mejor y más justa distribución de las riquezas y una acción intensa de todas las fuerzas católicas. Por lo demás, Pío XII se interesa igualmente por toda clase de agrupaciones o clases de trabajos. Por eso admite tantas veces a sus audiencias privadas a los más variados grupos de electricistas, periodistas, mecánicos de diversas industrias, y recientemente, en 1950, a los motoristas italianos, los cuales recibieron al Papa haciendo sonar con estrépito sus motores.

Una de las manifestaciones más simpáticas de este espíritu social de Pío XII es la predilección que muestra por la familia, a la que fomenta en todas las formas posibles. De hecho ha abogado siempre por los principios fundamentales de la familia cristiana. Así lo expresó claramente ya en su primera grande encíclica «*Summi Pontificatus*» y sobre todo en el célebre discurso conmemorativo del 50.º aniversario de «*Rerum Novarum*». Igualmente expresa estas convicciones en el radiomensaje con ocasión de su jubileo episcopal, de 13 de mayo de 1942; en la carta-encíclica dirigida, el 1.º de noviembre de 1939, a los obispos de los Estados Unidos; en el mensaje a los católicos franceses, del 7 de junio de 1945²⁴⁾, y sobre todo, en las frecuentes alocuciones a los grupos de recién casados.

Con todo esto se comprende el particular interés que muestra el Papa por los cursillos, congresos o «semanas» de carácter social. Baste

¹⁶⁾ Ibidem, 147 s.

¹⁷⁾ Ibidem, 201 s.

¹⁸⁾ Ibidem, 481 s.

¹⁹⁾ AAS, 32 (1940), 289 s.; Raz. y Fe, 121 (1940), 166 s.

²⁰⁾ Ecclesia 1950, I, 397 s.

²¹⁾ Ecclesia, 1948, II, 201 s. AAS, 40 (1948), 369 s.

²²⁾ AAS, 33 (1941), 227 s.; Raz. y Fe, 123 (1941), 329 s.

²³⁾ AAS, 35 (1943), 171 s.; Raz. y Fe, 128 (1943), 322 s.

²⁴⁾ AAS, 37 (1945), 68 s.

citar, a manera de ejemplos: la carta dirigida a la semana social de Florencia en 1945; la carta enviada el mismo año al presidente de las semanas sociales del Canadá con ocasión de la 26 reunión en 1949²⁵; muy significativas son, asimismo, la enviada en julio de 1947 a la 34 semana social de Francia y el discurso antes citado con ocasión del Congreso de Estudios Sociales en mayo de 1950²⁶).

751. c) El Papa y las misiones. La Iglesia oriental. Siguiendo el ejemplo de su predecesor, Pío XI, el «Papa de las misiones», se ha distinguido Pío XII en el fomento que les ha prestado. Ya en los Congresos eucarísticos de Argel y Beirut pudo observarse la expectación que todos tenían puesta en el nuevo Papa. Por lo mismo, el domingo de las Misiones, el *Dominum*, del primer año de su Pontificado, y los siguientes hasta 1949, han revestido una significación cada vez mayor. Por esto y para encarecer su gran importancia, el 2 de octubre de 1939, consagró personalmente a doce obispos destinados a las Misiones, pronunciando con esta ocasión una preciosa homilía. El 7 de marzo de 1940, junto con el Concordato, concluyó asimismo con Portugal un convenio referente a las Misiones; y el 13 de junio de 1940, al dirigirse al clero y pueblo portugueses con ocasión del doble centenario de su independencia, inculcó de nuevo el trabajo misional. De un carácter más general y significativo fué la circular de la Sagrada Congregación de Ritos, del 9 de junio de 1939, sobre el respeto debido a las instituciones nacionales de los paganos, con lo que se dirimían cuestiones sumamente debatidas.

Al punto culminante de su interés por las Misiones ha llegado el Papa reinante al admitir recientemente en el Colegio Cardenalicio a un nuevo Cardenal de nacionalidad china y uno de rito oriental, y más todavía, en junio de 1946, al establecer toda la jerarquía católica en los vastos territorios de la China, con su sede Primada en la capital.

Una de las manifestaciones del espíritu misionero del Papa reinante, han sido sus eficaces intervenciones en la llamada cuestión oriental, es decir, las relaciones con las iglesias ortodoxas. Así, al consagrar en 1942 el mundo entero al Corazón Inmaculado de María, incluyó una plegaria por las Iglesias orientales. En su preciosa encíclica sobre el *Cuerpo Místico*²⁷ hace diversas alusiones a este problema. Yendo ya más directamente al asunto, el 9 de abril de 1944, en el 15 centenario de la muerte de S. Cirilo de Alejandría, publicó la célebre encíclica «*Orientalis Ecclesiae*»²⁸, dedicada a este problema y establece el día del oriente cristiano. Con ocasión del 850 aniversario de la vuelta de los Rutenos, publicó en 1945 otra encíclica,

²⁵) Ecclesia, 1949, II, 453 s.

²⁶) Ecclesia, 1950, I, 649 s.

²⁷) AAS, 35 (1943), 193 s.

²⁸) AAS, 36 (1944), 129 s.; Hechos y Dichos, 1945, 49 s.

«*Orientalis omnes*»²⁹). Lo mismo significan algunas disposiciones recientes de 1949 y 1950 de la Sagrada Congregación para la Iglesia Oriental, particularmente el *motu proprio* de enero de 1950 sobre los juicios para la Iglesia Oriental.

752. d) Acción Católica y Congregaciones Marianas. Señalemos todavía la acción particular de Pío XII en algunos puntos, que han atraído especialmente su atención. Como íntimo confidente de Pío XI, creador y organizador de la *Acción Católica*, Pío XII aprovechó desde un principio todas las ocasiones que se le ofrecieron, por afianzarla y robustecerla. Citemos algunos ejemplos: así, en la carta-encíclica a los obispos de Estados Unidos, de noviembre de 1939, les recomienda la Acción Católica como excelente instrumento de la jerarquía; en otra encíclica al episcopado portugués presenta como objetivo especial de la Acción Católica su colaboración en las Misiones. En los años siguientes vemos al Papa dirigir constantemente alocuciones a diferentes grupos o grandes masas de Acción Católica. Así, en la clausura del Congreso de Acción Católica Italiana, en mayo de 1945; en junio de 1946, en su alocución a las juventudes de Acción Católica italiana; y más recientemente, en 1949, en un discurso dirigido a la Acción Católica italiana³⁰) y, sobre todo, al Episcopado italiano urgiendo la implantación de las cuatro ramas de Acción Católica. En todos estos documentos el Papa expresa su pensamiento y las esperanzas que pone en la Acción Católica.

Semejantes esperanzas ha puesto desde un principio en las *Congregaciones Marianas*, a las cuales en recientes documentos ha equiparado por completo a la Acción Católica. Así, al reunirse en 1945 más de 4000 congregantes en torno al Papa, con el objeto de celebrar el quincuagésimo aniversario del ingreso del mismo en la Congregación mariana, el Papa les manifestó claramente el alto concepto que tenía de las Congregaciones. En carta dirigida al director de las Congregaciones Marianas de España, en agosto de 1946, se congratula por la intensa vida espiritual de las Congregaciones. Pero lo que constituye la *Carta magna* o el documento más expresivo sobre el pensamiento de Pío XII acerca de las Congregaciones Marianas, particularmente en sus relaciones con Acción Católica, es la constitución apostólica «*Bis saeculari*», publicada por el Papa el 27 de septiembre de 1948 al cumplirse el segundo centenario de la bula de Benedicto XIV sobre las congregaciones³¹). Por si acaso quedaba alguna duda acerca de la equiparación completa de las Congregaciones con Acción Católica, el 22 de abril de 1950 envió el mismo Papa una carta al Prepósito general de la Compañía de Jesús, con ocasión de la asamblea de promotores de las Congregaciones dependientes de la Compañía de Jesús³²). En ella se expresa claramente esta idea.

Expresiones semejantes de elogio y alta estima ha empleado Pío XII para el Apostolado de la Oración. Así se vió en 1945, al celebrarse el primer centenario de su establecimiento. Pío XII dirigió una preciosa alocución por radio el 18 de noviembre al clausurarse el centenario en la gran asamblea de Madrid.

²⁹) Ecclesia, 1946, II; AAS, 38 (1946), 33 s.

³⁰) Ecclesia 1949, II, 145 s.

³¹) Ecclesia, 1948, II, 425 s. Véase también Anuario Petrus, 1948, p. 104 s. y AAS, 40 (1948), 393 s.

³²) Ecclesia, 1950, I, 453 s. Véase L'Osserv. Rom. 22-4-50.

753. e) Beatificaciones y canonizaciones. Como en el fomento de las misiones y de la Acción Católica, Pío XII ha seguido el ejemplo de su predecesor en el interés que ha tomado por el culto de los Santos. Su pontificado es una digna continuación del precedente, y particularmente este Año Santo de 1950 respecto del de 1925, por el gran número de bienaventurados que han sido elevados al honor de los altares como Beatos o como Santos. Indiquemos solamente algunas de las Beatificaciones o Canonizaciones realizadas. El 2 de mayo de 1940 procedió a la canonización solemne de Santa María Eufrosina Pelletier, fundadora de las Religiosas del Buen Pastor, y de Santa Gema Galgani, la gran mística de nuestros tiempos. La guerra interrumpió durante largos años estas solemnidades; pero en 1946 se celebró con gran solemnidad la canonización de Santa Francisca Javiera Cabrini, la gran heroína del catolicismo de Norteamérica. En octubre de 1946 se efectuó la beatificación de María Teresa Soubirous; en noviembre del mismo año Pío XII procedió a la beatificación de 29 mártires de la gran familia franciscana; en mayo del mismo año 1947 fué canonizado Nicolás de Flúe, y el 22 de junio se concedía los honores de los Santos a los jesuitas Juan de Brito y Bernardino Realino, y al sacerdote italiano Juan Cafasso. Al mismo tiempo era beatificado Contardo Ferrini, modelo del caballero cristiano, y seguían más tarde diversas canonizaciones y beatificaciones.

Ya en 1949, como inmediata preparación para el Año Santo, se realizaron, entre otras, la beatificación del Hno. Benildo, de las Escuelas Cristianas, el 4 de abril de 1949; la canonización de Sta. Juana de Lestonac, el 15 de mayo; la de Santa M. Josefa Roselló, el 12 de junio del mismo año, y otras varias. Pero la era de los nuevos Santos y Beatos comenzó con el Año Santo, 1950: Ya el 19 de febrero fué beatificada la M. Vicenta M. López Vicuña, fundadora de las Religiosas del Servicio Doméstico, y el 5 de marzo el joven lego salesiano Domingo Salvio; el 18 de abril fueron canonizadas Sta. Bartolomea Capitanio y Vicenta Gerosa; el 28 del mismo mes, Sta. Juana de Valois, de la familia real francesa; el 7 de mayo S. Antonio M. Claret, fundador de los Religiosos del Inmaculado Corazón de María; pero la canonización que revistió proporciones apoteósicas fué la realizada el 24 de junio, de la niña María Goretti, que se celebró en la inmensa plaza de San Pedro. Asimismo se han celebrado otras varias.

Pío XII ha honrado y sigue honrando a los Santos y fomentando su culto de otras maneras muy diversas. A ello pertenece el Breve Apostólico de julio de 1946, por el que se nombraba al Bto. Avila, patrono del clero secular de España³³). Siguiendo por el mismo camino, nombró en 1948 a S. José de Calasanz, patrono de todas las escuelas populares³⁴); asimismo, recientemente, en 1950, a S. Juan Bta. de La Salle, patrono de los Maestros³⁵) y a S. Alfonso M. de Liguorio, patrono de los confesores y moralistas.

³³) Ecclesia, 1946, II.

³⁴) Ecclesia, 1948, II, 285.

³⁵) Ecclesia, 1950, I, 265.

754. f) Actividad doctrinal; fomento del estudio. Pero la actividad que más caracteriza a Pío XII es la docente. En realidad, en todo lo que se ha dicho aparece enseñando e instruyendo; pero se pueden considerar particularmente un conjunto de obras suyas, en las que sobresale su calidad de maestro docente de la humanidad.

Ante todo debemos hacer resaltar sus encíclicas, particularmente las que tienen como objeto particular la doctrina. La primera es la que publicó al principio de su Pontificado, la «Summi Pontificatus». Ella constituye un programa religioso, en el que el Papa nota claramente el mayor peligro del mundo moderno, que es el agnosticismo moral y religioso, así como también el olvido de la solidaridad y caridad cristianas, y luego asienta las bases de la verdadera unidad y solidaridad humanas.

Del mismo tipo doctrinal y programático es el discurso pronunciado el 1.º de junio de 1941, al recurrir el 50.º aniversario de «Rerum Novarum», en el cual recalca más y más y completa los principios establecidos por León XIII y Pío XI en la cuestión obrera.

De gran importancia fué la encíclica «Mystici Corporis», del 29 de junio de 1943, en donde, levantándose sobre las miserias de un mundo destrozado por el odio y la guerra, presenta la concepción grandiosa del cuerpo místico de la Iglesia, de donde se deduce la dignidad excelsa del cristiano, el respeto mutuo y el esfuerzo por la concordia, pero sobre todo la hermosura incomparable de la Iglesia³⁶).

Dignísima de especial atención es la encíclica del 30 de septiembre de 1943, «Divino afflante spiritu», sobre el estudio de la Sagrada Escritura³⁷). La ocasión se la ofrecía el próximo cincuentenario de la encíclica «Providentissimus», publicada por León XIII, de la que arrancan los nuevos trabajos de investigación y el empuje tomado por el estudio del dogma y su defensa científica contra toda clase de impugnadores. Pío XII se coloca en el mismo plano, y se declara gran propulsor del verdadero estudio científico de la exégesis católica.

Al mismo tipo de documentos doctrinales pertenecen las dos encíclicas ya citadas sobre las cuestiones orientales, la «Orientalis Ecclesiae», de 1944, sobre la unidad de fe, unidad de caridad y unidad de autoridad, y la «Orientales omnes», de 1946, que tan apasionadas réplicas ocasionó de parte de Rusia. De carácter doctrinal son igualmente la encíclica «Fulgens Radiator», publicada en marzo de 1947, con ocasión de la muerte de S. Benito, y la «Provida mater Ecclesia»,

³⁶) AAS, 35 (1943), 193 s.; Raz. y Fe. 128 (1943), 432 s., 542 s. 129 (1944), 71 s., 194 s.

³⁷) AAS, 35 (1943), 297 s.; Hechos y D., 1944, 553 s., 623 s., 685 s.

del 2 de febrero de 1948, sobre los Institutos seculares ³⁸⁾. Y dejando algún otro documento de carácter doctrinal, como tal se presenta la encíclica «*Humani generis*» de agosto último, 1950, en que señala el peligro de algunas corrientes ideológicas de nuestros días.

Este objeto de enseñar a la humanidad aparece bien manifestado en la mayor parte de las alocuciones que dirige al mundo, particularmente los mensajes de Navidades y los discursos dirigidos con ocasión de congresos o semanas de estudios, y más todavía, cuando habla a representantes de los sectores más cultos o influyentes en la sociedad. Así, por ejemplo, expone claramente la doctrina sobre la moral del médico en la alocución del 12 de noviembre de 1944 a 800 médicos y biólogos reunidos en torno suyo; del mismo tipo es su intervención en 1946, en el Congreso internacional de filosofía.

La posición de impulsor de los estudios bíblicos y de toda clase de investigación eclesiástica, tal como aparece en la encíclica «*Divino afflante*», la ha conservado hasta nuestros días. Uno de sus efectos ha sido la nueva traducción de los salmos. En marzo de 1945 Pío XII publicaba el *motu proprio* sobre el empleo de los mismos ³⁹⁾. No pretenden otra cosa las recientes disposiciones por las cuales se nombra a S. Juan Bautista de La Salle y a S. Alfonso M. de Ligorio patronos, respectivamente, de los Maestros y de los Moralistas.

III. Pío XII, Papa internacional y católico

755. Una de las consecuencias prácticas y más brillantes de la actividad de los últimos Papas, especialmente de Pío XII, ha sido la prosperidad que ha alcanzado la Iglesia en todo el mundo, y sobre todo, el prestigio del Romano Pontífice. Por eso podemos decir que actualmente el Papa es internacional y verdaderamente católico. Todo esto, a pesar de las dificultades que encuentra en la situación social verdaderamente caótica del mundo. Mientras el comunismo le hace una guerra sin cuartel, la Iglesia resiste con toda la plenitud de su poder y afianza más y más su prestigio moral en todas partes.

a) Actividad internacional del Papa. Esta actividad internacional de Pío XII aparece ante todo en los concordatos o convenios equivalentes concluidos hasta el presente. Nombremos en primer lugar el concordato con Portugal, de marzo de 1940 ⁴⁰⁾, que en 1950 ha sido revisado y completado. Asimismo los convenios con España de junio de 1941 ⁴¹⁾. En ellos, como en toda la acción diplomática de Pío XII, se esfuerza el Papa por mantener incólumes todos los derechos de la Iglesia y espiritualizar más y más su actuación.

De esta vitalidad son testimonio fehaciente: en los *Estados Unidos*, el aumento constante de las conversiones, que la hacen, en con-

³⁸⁾ Ecclesia, 1948, I. Véase también Anuario Petrus, 1948, p. 44 s. y AAS, 40 (1948), 287 s. Para «*Fulgens Radiator*» véase AAS, 39 (1947), 137 s.

³⁹⁾ AAS, 37 (1945), 65 s.

⁴⁰⁾ AAS, 32 (1940), 217 s.

⁴¹⁾ AAS, 33 (1941), 480 s., Hechos y Dichos, 1941, 427 s.

junto, la religión más poderosa, con 25 millones que arroja la estadística de 1950. Por esto, sus manifestaciones adquieren cada día mayor influjo. Tales son: la actividad de los capellanes norteamericanos en la guerra, que mereció particular elogio del ministro correspondiente; el aumento creciente de vocaciones religiosas, probado en recientes estadísticas; las campañas eficaces emprendidas contra la inmoralidad, particularmente del cine; la actuación enérgica del episcopado y su intervención en asuntos de gran trascendencia.

En Francia, a través del calvario recorrido durante la ocupación alemana y después de su liberación, el catolicismo y el episcopado han dado señales de nueva vitalidad. Muy digno de mención ha sido el heroísmo de un sinnúmero de capellanes clandestinos, que ejercieron en Alemania un influjo extraordinario. Las juventudes católicas se agrupan en torno de la jerarquía, como lo atestiguan los 10 000 jóvenes reunidos en Puy, en 1942, y las semanas sociales celebradas, hasta la última de 1948. El Episcopado ha dado recientemente atinadas direcciones encaminadas al resurgimiento católico.

En Inglaterra, se aprecia igualmente un aumento constante del catolicismo, debido en gran parte a las conversiones. Las estadísticas, hechas en 1949, dan un resultado muy favorable.

La mártir Polonia, objeto especial de las predilecciones de Pío XII, mantiene, a pesar de la opresión comunista, su fidelidad a la Iglesia. Muy significativa ha sido una pastoral publicada recientemente por todo el episcopado polaco. Lo mismo se puede decir de Alemania, donde se ha manifestado en las elecciones de Baviera y de otros territorios la reacción cristiana contra el comunismo. La actuación del Episcopado durante la guerra y al fin de ella, ha sido ejemplar, como lo muestran sus enérgicas pastorales hasta 1949.

756. b) Pío XII y la Península Ibérica. Por lo que a España se refiere, durante estos años del Pontificado de Pío XII, han ocurrido acontecimientos trascendentales. En medio de la honda amargura que causaba al Pontífice el estado caótico de Europa, experimentó sin duda el Papa algún alivio al término de la guerra española en abril de 1939 ⁴²⁾. Ya desde un principio, manifestó su particular simpatía por España. Así lo mostró en el radiomensaje dirigido a España el 16 de abril de 1939, apenas terminada la guerra, en el que se congratulaba por la victoria y el heroísmo de los españoles en defensa de los principios cristianos, y los animaba a seguir por el camino de la tradicional grandeza de España, que es la fe católica. Este mensaje, pronunciado por el Papa en perfecto castellano, despertó gran entusiasmo en la España Nacional, pues indicaba que el Romano Pontífice estaba compenetrado de los nobles sentimientos de la nueva España. Lo mismo se vio en la exhortación que dirigió, el 11 de junio del mismo año 1939, a los 3000 legionarios españoles que fueron a postrarse a los pies del Romano Pontífice ⁴³⁾. Idéntica simpatía y compenetración con España ha manifestado Pío XII en diversas congratulaciones dirigidas al Caudillo y en una carta autógrafa al Episcopado español.

Semejantes testimonios de afecto para con España ha dado constantemente Pío XII hasta nuestros días. Citemos solamente algunos: tal es el precioso discurso dirigido a los españoles reunidos en la plaza

⁴²⁾ AAS, 31 (1939), 151 s.; Raz. y Fe 117 (1939), 190 s.

⁴³⁾ Raz. y Fe, 117 (1939), 372 s.; An. Soc., 101 s. Otros mensajes en español: An. Soc., ib.

de la Armería de Madrid en noviembre de 1945 ⁴⁴), con ocasión del centenario del Apostolado de la Oración; asimismo en febrero de 1946 en el discurso dirigido al embajador extraordinario de España, donde el Papa teje el más sublime elogio de la fe española ⁴⁵), y más recientemente todavía, en 1948, en su discurso al Sr. Ruiz-Giménez, embajador de España ante la Santa Sede ⁴⁶). Y pasando por alto los años 1947 y 1948, estos mismos afectos paternales hacia España ha manifestado en 1948 con ocasión del IV centenario de S. José de Calasanz, en su alocución a los peregrinos españoles de la obra de Ejercicios parroquiales en octubre de 1948, y sobre todo en las nuevas beatificaciones de la M. Soledad Torres Acosta, de la M. Vicuña, y recientemente en la gran solemnidad de la canonización de S. Antonio M. Claret.

La misma predilección que manifiesta Pío XII por las Repúblicas hispanas de América es una prolongación o complemento de su simpatía por España. Por esto aprovecha todas las oportunidades para dirigirse por medio de radiomensajes a América, como en julio de 1946 al Congreso Mariano de Bogotá, en febrero de 1947 al Congreso Eucarístico de Cuba, en 1948 al Congreso Eucarístico del Brasil ⁴⁷), en el IV Congreso nacional del Perú, en mayo de 1949 ⁴⁸) y en el II Congreso Eucarístico del Ecuador ⁴⁹), en junio del mismo año. Idénticos sentimientos expresa en las alocuciones dirigidas a los embajadores o enviados especiales de dichas Repúblicas ante la Santa Sede, como recientemente, en 1949, a los embajadores de las Repúblicas Dominicana y de Bolivia ⁵⁰).

757. Catolicidad y prestigio del Papado. De este modo la catolicidad y prestigio de Pío XII y del Catolicismo han llegado en estos años a una altura nunca alcanzada, a la que pusieron ya sólido fundamento los Pontífices precedentes. Esto se vió de un modo brillante con ocasión del jubileo episcopal de Pío XII en 1942. Se puede afirmar que el mundo entero prestó al Papa el más rendido homenaje de cortesía y del más sincero aprecio.

El radiomensaje de Pío XII dirigido el 13 de mayo de 1942 al mundo entero al recurrir el 25.º aniversario de su Episcopado, es la expresión más clara de que él es el representante más significativo de toda la humanidad ⁵¹).

Si el mundo entero, a pesar de la guerra, se unió al Romano Pontífice en este año jubilar, España fué tal vez la que expresó de una manera más ostensiva y evidente su adhesión. Aparte los mensajes de felicitación enviados al Papa por el Episcopado, el gobierno e innumerables entidades españolas, el día 14 de mayo de 1942, en que se celebraba públicamente en todo el mundo dicho jubileo, el gobierno en pleno, con el Caudillo a la cabeza, asistieron en Madrid, en la Plaza de la Armería, al solemne Te Deum de acción de gracias en obsequio de su Santidad. 60 000 niños ofrecieron la Misa por el Papa.

⁴⁴) Ecclesia, 1945, II.

⁴⁵) Ecclesia, 1946, I.

⁴⁶) Anuario Petrus, 1948, p. 129 s. Ecclesia, 1948, II, 677.

⁴⁷) An. Petrus, 1948, p. 120 s.

⁴⁸) Ecclesia, 1949, I, 595.

⁴⁹) Ecclesia, 1949, II, 5.

⁵⁰) Ibidem., 1949, I, 622.

⁵¹) AAS, 34 (1942), 154 s.

Fué también un momento cumbre de la catolicidad y prestigio universal del Papa, cuando, apenas terminada la guerra, todo el mundo escuchó conmovido, el 9 de mayo de 1945, el radiomensaje del Papa ⁵²), y más todavía, cuando aterrados todos por la espantosa perspectiva del hambre que se cernía sobre la Europa martirizada y exhausta, el mismo Hoover, presidente de la llamada U N R R A, movilizó, a principios de 1946, a Pío XII para que dirigiera su autorizada palabra a todo el mundo ⁵³).

Como expresión de esta universalidad de la Iglesia Católica, ha querido Pío XII convertir al Colegio Cardenalicio que lo rodea en verdadera representación de toda la Cristiandad y del mundo. Para ello, en el nombramiento de Cardenales realizado los días 20, 21 y 22 de febrero de 1946, elevó a esta alta dignidad a un número no igualado en ningún otro consistorio, y lo que más significaba, a muchos miembros de naciones que nunca habían poseído ningún Cardenal, incluso de territorio de Misiones, como la China y el Oriente ⁵⁴).

En general, toda la actuación de Pío XII, particularmente después de la última guerra mundial; la manera cómo se dirige y acoge a los embajadores que le llegan de todas las partes del mundo, a los grupos de peregrinos o representantes de las clases más elevadas, de las profesiones más diversas y del mismo pueblo, y sobre todo la elevación de ideas con que habla en sus radiomensajes a todo el mundo y a los grandes congresos de todas las naciones, y más particularmente en sus encíclicas con que trata de dar al mundo la verdadera doctrina de Cristo; todo esto indica claramente el elevado prestigio de la figura del Papa y la verdadera catolicidad o universalidad del Papado. La mejor confirmación de ello es el grandioso espectáculo que ofrece Roma en este Año Santo de 1950. Realmente se puede decir que Roma y el Papa son el centro de toda la Cristiandad y que el mundo entero acude a dar su obediencia, o al menos señales de admiración, al Romano Pontífice, Pío XII. Las recientes encíclicas, «Anni Sancti» ⁵⁵) y «Humani generis» son la expresión de la primera autoridad moral de todo el mundo, que habla en nombre de toda la humanidad.

En medio del mar embravecido del mundo, que se debate entre las más horribles tempestades de odios y disensiones, de ignorancia y de vicios, la Iglesia Católica es la barquilla segura que ofrece todas las garantías morales; el Romano Pontífice, Pío XII, es el único faro luminoso capaz de guiar a los hombres al verdadero puerto de salvación.

⁵²) AAS, 37 (1945), 129 s.

⁵³) AAS, 38 (1946), 165 s.

⁵⁴) AAS, 38 (1946), 141 s.

⁵⁵) Ecclesia, 1950, I, 285 s.

APÉNDICES

1. Serie completa de los Romanos Pontífices y resumen cronológico de algunos hechos más importantes de la Historia

NOTAS: 1. Los nombres no numerados en la lista de los Pontífices son antipapas.
2. El número en cursiva al fin de cada suceso remite a la página donde se trata del mismo. 3. La M. significa martirio.

1. S. Pedro	† 67	749. U. c. <i>Nacimiento de Cristo</i>	25
		30. <i>Pasión y Resurrección de Cristo</i>	28
		34? <i>Martirio de S. Esteban</i>	30
		<i>Conversión de S. Pablo</i>	32
		36-38. <i>Fundación de la Iglesia de Antioquía</i>	31
		40-44? <i>Predicación de Santiago en España</i>	42
		<i>Liberación de S. Pedro</i>	31
		42? <i>S. Pedro en Roma</i>	38
		46-49. <i>Primer viaje apost. de S. Pablo</i>	33
		50? <i>Concilio apost. en Jerusalén</i>	34
		50-53. <i>Segundo viaje apost. de S. Pablo</i>	34
		54-58. <i>Tercer viaje apost. de S. Pablo</i> ..	35
		58-63. <i>Cautividad de S. Pablo</i>	36
		64. <i>Primera persecución: Nerón</i>	54
		63-67. <i>Viaje de S. Pablo a España. Varones apostólicos</i>	45
		67. † en Roma S. Pedro y S. Pablo ..	33
2. S. Lino	67-79	95-98. <i>Segunda persec.: Domiciano</i> ...	54
3. S. Anacleto	79-90	96. <i>Carta de S. Clemente a los Cor.</i>	83
4. S. Clemente I... ..	90-99	100. † S. Juan Evangelista	40
		107. <i>Tercera persecución: Trajano</i>	55
5. S. Evaristo	99-107	110. † S. Ignacio de Antioquía	55
6. S. Alejandro	107-15	125-40. <i>Apologías de Cuadrato, etc.</i>	64
7. S. Sixto I.	115-25	130-40. <i>Actividad de los gnósticos</i>	71
8. S. Telesforo	125-36	140... <i>Marcianismo</i>	72
9. S. Higinio	136-40	153-56. <i>S. Justino y sus apologías</i>	65
10. S. Pío I.	140-55	155. † S. Policarpo	56
		156... <i>Errores de Montano</i>	76
11. S. Aniceto	155-66	161-66. † S. Justino	56
12. S. Sotero	166-75	168? <i>Cuarta persec.: Marco Aurelio</i>	56
13. S. Eleuterio	175-89	177. <i>Mártires de Lyon</i>	56
		180-89. <i>S. Ireneo «contra las Herejías»</i> ..	74
14. S. Víctor I	189-99	200. <i>Clemente y la Escuela de Alejandría</i> ..	83
15. S. Ceferino	199-17	202. <i>Quinta persec.: Septimio Severo</i> ...	57
		<i>Tertuliano se hace montanista</i>	77
16. S. Calixto I.	217-22	203-32. <i>Orígenes y la Escuela de Alei.</i> ..	88
S. Hipólito	217-35	217. <i>Hipólito contra Calixto</i>	93
17. S. Urbano I	222-30	220... † <i>Tertuliano</i>	91

18. S. Ponciano.....	230-35	235. <i>Sexta persec.</i> : Maximino Tracio...	58
19. S. Antero.....	235-36	248. S. Cipriano, Obispo de Cartago...	92
20. S. Fabián.....	236-50	250. <i>Séptima persecución</i> : Decio.....	52
		Basíldes y Marcial en España...	61
21. S. Cornelio.....	251-53		
Novaciano.....	251-58	254-55. † Orígenes.....	88
22. S. Lucio I.....	253-54	255-57. Bautismo de los herejes.....	102
23. S. Esteban I....	254-57		
		257. <i>Octava persecución</i> : Valeriano.....	59
24. S. Sixto II.....	257-58	257-58. † S. Lorenzo, S. Fructuoso, San Marcelo, S. Cipriano.....	62
		270. Monarquianismo: Noeto.....	79
25. S. Dionisio.....	259-68	275. <i>Nona persecución</i> : Aureliano.....	59
26. S. Félix I.....	269-74	280... Herejía maniqueísta.....	75
27. S. Eutiquiano...	275-83		
		300... Concilio de Elvira.....	207
28. S. Cayo.....	283-96	300... S. Antonio Abad en el desierto...	218
29. S. Marcelino....	296-04	303-05. <i>Décima persec.</i> : Diocleciano...	60
		† S. Vicente, Sta. Eulalia, etc....	62
30. S. Marcelo.....	307-08		
31. S. Eusebio.....	308	312. Principio del donatismo.....	147
32. S. Melquíades....	310-14	313. Edicto de Milán: Constantino....	115
		314. Sínodo de Arlés.....	148
33. S. Silvestre.....	314-35	318... Arrianismo.....	149
		321. Sínodo de Alejandría.....	149
		323. Derrota final de Licinio.....	117
		325. <i>I Concilio ecuménico, Nicea I.</i> Contra arrianismo.....	150
34. S. Marcos.....	336	330. Inauguración de Constantinopla.	117
35. S. Julio I.....	337-52	335. Primer destierro de S. Atanasio..	151
		337. † Constantino el Grande.....	118
		340. † Eusebio de Cesarea.....	194
		343. Conc. de Sárdica presidido por Osio	152
36. S. Liberio.....	352-66	353, 355. Sínodos de Arlés y Milán....	153
Félix II.....	355-65	358... Cuestión del Papa Liberio.....	153
		Cuestión de Osio de Córdoba.....	155
		359. Sínodo de Rímmini-Seleucia.....	155
		361-63. Juliano el Apóstata.....	159
		362. Sínodo de Alej. por S. Atanasio.	157
37. S. Dámaso I....	366-84	367. † S. Hilario de Poitiers.....	200
		373. † S. Atanasio, S. Efrén.....	179
		379. † S. Basilio, S. Paciano.....	190
		380. Concilio de Zaragoza.....	186
		El cristian. religión del Estado...	122
		381. <i>II Conc. ecumén. Constantinopla I.</i> Contra macedon. y Apolinar.....	160
38. S. Ciricio.....	384-96	386. † S. Cirilo de Jerusalén.....	195
		387. Conversión de S. Agustín.....	198
		389. † S. Gregorio Nacianceno.....	191
		394. † S. Gregorio Niseno.....	190
		395. † Teodosio I, español.....	122
		397. † S. Ambrosio, S. Martín de T....	196
39. S. Anastasio I..	398-01	402. Invasión de Alarico.....	132
40. S. Inocencio I...	401-17	403. † Prudencio, S. Epifanio.....	210
		407. † S. Juan Crisóstomo.....	193
		410. Alarico saquea a Roma.....	132
		† Rufino de Aquilea.....	201

41. S. Zósimo.....	417-18	410... Pelagio y Celestio.....	179
42. S. Bonifacio I...	418-22	411... S. Agustín contra Pelagio.....	180
Eulalio.....	418-19	416-18. Sínodos afric. contra Pelagio..	180
43. S. Celestino I....	422-32	420. † S. Jerónimo.....	197
		428-29. S. Agustín contra el semipel. ..	184
		430. † S. Agustín.....	198
44. S. Sixto III.....	432-40	431. <i>III Concilio ecuménico, Éfeso I.</i> Contra Nestorio.....	165
45. S. León Magno ..	440-61	432... S. Patricio, apóstol de Irlanda ..	139
		444. † S. Cirilo de Alejandría.....	191
		449. Latrocinio de Éfeso monofisita...	168
		450. † S. Pedro Crisólogo.....	201
		451. <i>Conc. IV ecumén. Calcedonia.</i> Contra monofisitas.....	168
		452. S. León M. detiene a Atila.....	135
		458. † Teodoreto de Cirio.....	193
		465. Persecución crist. en Persia.....	127
46. S. Hilario.....	461-68	471. Teodorico, rey de los Ostrogodos.	136
47. S. Simplicio.....	468-83	476. Caída del Imp. de Occidente.....	141
		489... Teodorico conquista a Italia...	136
48. S. Félix II.....	483-92	496. Conversión de Clodoveo.....	137
49. S. Gelasio I.....	492-96		
50. S. Anastasio II..	496-98	500. Itinerario de Eteria.....	211
51. S. Simaco.....	498-14	510. Fin del cisma de Acacio.....	170
Lorenzo.....	498-14		
52. S. Hormisdas...	514-23	527-65. Justiniano I.....	124
53. S. Juan I.....	523-28	529. Concilio Arausicano II..	185
54. S. Félix III....	526-30	S. Benito funda Monte Casino...	226
		530. Liber Pontificalis.....	205
55. S. Bonifacio II..	530-32	534. Public. del Cód. de Justiniano...	126
56. S. Juan II.....	533-35		
57. S. Agapito.....	535-36	540. † Dionisio el Exiguo.....	205
58. S. Silverio.....	536-37	543. † S. Benito.....	226
59. Vigilio.....	537-55	553. <i>V Conc. ecumén. Constantinopla II.</i> Contra Tres Capítulos.....	172
		563. Conversión definit. del pueblo suevo	133
60. Pelagio I.....	556-60	580. † S. Martín de Braga.....	212
61. Juan III.....	560-73	585. † S. Hermenegildo.....	134
62. Benedicto I.....	574-78	589. <i>Concilio III de Toledo.</i> Conversión de Recaredo y los visigodos.....	134
63. Pelagio II.....	578-90	590-15. Actividad de S. Columbano...	223
		594. † S. Gregorio de Tours.....	206
64. S. Gregorio Magno	590-04	596... S. Agustín de Inglaterra.....	140
		600. † S. Leandro de Sevilla.....	212
65. Sabiniano.....	604-06		
66. Bonifacio III....	607	615. † S. Columbano en Bobbio.....	223
67. S. Bonifacio IV..	608-15	621. † Juan de Valclara.....	213
68. S. Deodato.....	615-18	622. Sale Mahoma de la Mekka: Hégira	143
69. Bonifacio V.....	619-25	630... Cuestión del Papa Honorio.....	175
		633. Concilio IV de Toledo.....	208
70. Honorio I.....	625-38	636. † S. Isidoro de Sevilla.....	215
		639. † S. Sofronio de Jerusalén.....	203
71. Severino.....	640		
72. Juan IV.....	640-42	646. † S. Braulio de Zaragoza.....	213
73. Teodoro I.....	642-49	Tajón, Obispo de Zaragoza.....	215

74. S. Martín I.....	649-55
75. S. Eugenio I.....	655-57
76. S. Vitaliano.....	657-72
77. Adeodato.....	672-76
78. Domno.....	676-78
79. S. Agatón.....	678-81
80. S. León II.....	681-83
81. S. Benedicto II.....	684-85
82. Juan V.....	685-86
83. Conón.....	686-87
Teodoro.....	687
Pascual.....	687-92
84. S. Sergio I.....	687-01
85. Juan VI.....	701-05
86. Juan VII.....	705-07
87. Sisinio.....	708
88. Constantino I.....	708-15
89. S. Gregorio II.....	715-31
90. S. Gregorio III.....	731-41
91. S. Zacarías.....	741-52
Esteban.....	752
92. Esteban II.....	752-57
93. S. Paulo I.....	757-67
Constantino II.....	767-68
Filipo.....	768
94. Esteban III.....	768-72
95. Adriano I.....	772-95
96. S. León III.....	795-16
97. Esteban IV.....	816-17
98. S. Pascual I.....	817-24
99. Eugenio II.....	824-27
100. Valentín.....	827
101. Gregorio IV.....	827-44
102. Sergio II.....	844-47
Juan.....	844
103. S. León IV.....	847-55
104. Benedicto III.....	855-58
Anastasio.....	855
105. Nicolás I.....	858-67
106. Adriano II.....	867-72
107. Juan VIII.....	872-82
108. Marino I.....	882-84
109. Adriano III.....	884-85
110. Esteban V.....	885-91
111. Formoso.....	891-96
112. Bonifacio VI.....	896

656. Concilio X de Toledo.....	207
666. † S. Quirico de Barcelona.....	214
675. Concilio XI de Toledo.....	207
680-81. VI Conc. ecumén. Constantino- pla III. Contra monoteletas....	207 174
683? † Tajón, Ob. de Zaragoza.....	215
688. Concilio XV de Toledo.....	207
690. † S. Julián de Toledo.....	215
692. Concilio Quini-sexto.....	175
711. Invasión árabe en España.....	320
716... S. Bonifacio, evangel. Alemania..	248
726... Persecución iconoclasta.....	271
732. C. Martel vence a los ár. en Poitiers	144
735. † S. Beda el Venerable.....	280
749. † S. Juan Damasceno.....	283
752. Pipino el Breve es ungido Rey....	256
754. † S. Bonifacio, Ap. de Alemania..	250
Pipino entrega los Est. Pontif....	257
755. Abderrahmán I: califato de Cór- doba.....	267
774. Carlomagno renueva Est. Pontif....	258
787. VII Concilio ecuménico, Niceno II. Iconoclastas.....	278 274
794. Conc. de Frankfurt: adopcianismo	274
800. Carlomagno coronado Emperador...	259
802. † Alcuino.....	281
813. Se renueva iconoclasmo.....	272
822-60. Persec. mozárabes en España..	267
842. Final de la lucha iconoclasta....	273
Fiesta de la ortodoxia.....	273
849. Sínodo Quiercy-Gotschalk.....	275
857-86. Cisma oriental de Focio.....	277
859. † S. Eulogio de Córdoba.....	268
860. Termina predestinacionismo.....	276
862. Hostegesis y antropomorfismo....	269
869. VIII Concilio ecuménico, Constan- tinopla IV. Cisma oriental.....	278 278
870. Tratado de Mersen.....	281
877. † Juan Escoto Eriúgena.....	281

113. Esteban VI.....	896-97
114. Romano.....	897
115. Teodoro II.....	897
116. Juan IX.....	898-00
117. Benedicto IV.....	900-03
118. León V.....	903
119. Cristóbal.....	903-04
120. Sergio III.....	904-11
121. Anastasio III.....	911-13
122. Landón.....	913-14
123. Juan X.....	914-28
124. León VI.....	928-29
125. Esteban VII.....	929-31
126. Juan XI.....	931-35
127. León VII.....	935-39
128. Esteban VIII.....	939-42
129. Marino II.....	942-46
130. Agapito II.....	946-55
131. Juan XII.....	955-63
132. León VIII.....	963-64
133. Benedicto V.....	964
134. Juan XIII.....	965-72
135. Benedicto VI.....	973-74
136. Benedicto VII.....	974-83
Bonifacio VII.....	974
137. Juan XIV.....	983-84
138. Bonifacio VII.....	984-85
139. Juan XV.....	985-96
140. Gregorio V.....	996-99
141. Silvestre II.....	997-98
142. Juan XVII.....	999-03
143. Juan XVIII.....	1003
144. Sergio IV.....	1003-09 1009-12
145. Benedicto VIII... Gregorio.....	1012-24 1012
146. Juan XIX.....	1024-32
147. Benedicto IX.....	1032-44
148. Silvestre III.....	1045
149. Gregorio VI.....	1045-46
150. Clemente II.....	1048
151. Dámaso II.....	1048
152. S. León IX.....	1048-54
153. Víctor II.....	1054-57
154. Esteban IX.....	1057-58
155. Benedicto X.....	1058-59
156. Nicolás II.....	1059-61
157. Alejandro II.....	1061-73
Honorio II.....	1061-69
158. S. Gregorio VII.....	1073-85
159. Víctor III.....	1086-87
160. Urbano II.....	1088-99
896. Esteban VI: sínodo contra Formoso	263
896... Teodora y Marozia sobre los Papas.	263
899. Basílica Compostelana.....	
910. Comienza reforma Cluniacense...	284
962. Otón I renueva Estad. Pont.....	263
972. † Luitprando de Cremona.....	263
997. Almanzor llega a Compostela.....	269
1002. Su derrota en Calatañazor.....	269
1010. Condes de Túscolo dominan a los Papas.....	265 265
1012. S. Romualdo: Camaldulenses.....	285
1038. Orden de Valleeumbrosa.....	285
1041. Los Juicios y la Tregua de Dios..	297
1046. Berengario: errores Eucaristía....	276
1049. † S. Odilón: apogeo de Cluny....	285
1049. Actividad de Hildebrando.....	265
1050. Origen de los Hospitalarios.....	357
1054. Cisma oriental definitivo.....	278
1059. Nicolás II: elección pontif.	266
1072. † S. Pedro Damiano.....	286
1075... Lucha de las investiduras.....	300
1077. Enrique IV en Canosa.....	302
1078. Es abolido el rito mozárabe.....	320
1084. Orden de los Cartujos.....	355
1085. Toma de Toledo por Alfonso VI..	320
1085-1124. Don Bernardo de Toledo....	321
1090. Escuela de traductores.....	338
1095. Gran sínodo de Clermont.....	305
1069. Primera cruzada.....	352

[illegible]

204.	Bonifacio IX	1389-04	1395... Predicación S. Vicente Ferrer ...	416
	Benedicto XIII .	1394-24	1402. Descubrimiento de Canarias.....	419
	(Papa Luna)		1402... Herejía de Huss.....	425
205.	Inocencio VII...	1404-06	1409. Sínodo de Pisa.....	397
206.	Gregorio XII....	1406-15	1412. Compromiso de Caspe.....	
	Alejandro V	1409-10	1414-18. XVI Concilio ecumén. Cons- tanza. Fin del cisma.....	398
	Juan XXIII	1410-15	1415. Gregorio XII renuncia.....	398
			Voto a España en Constanza.....	399
207.	Martín V.....	1417-31	Juan Huss ajusticiado.....	399
	Clemente VIII..	1424-29	1417. Fin del cisma de Occidente.....	416
	Benedicto XIV..	1429	1419. † S. Vicente Ferrer.....	431
208.	Eugenio IV.....	1431-47	1429. † Juan Gerson.....	399
			1431. Sta. Juana de Arco quemada....	
	Félix V.....	1439-49	1431. Sínodo de Basilea.....	400
209.	Nicolás V.....	1447-55	1433... Reconocido como XVII ecumén.	401
210.	Calixto III.....	1455-58	1438-42. Concilio Ferrara-Floren- cia.....	401
			Unión con los griegos.....	437
211.	Pío II.....	1458-64	1444. † S. Bernardino de Sena.....	406
212.	Paulo II.....	1464-71	1450. Fundación Biblioteca Vatic.....	402
213.	Sixto IV.....	1471-84	1452. El emperador Federico III.....	407
214.	Inocencio VIII..	1484-92	1453. Caída de Constantinopla.....	446
			1456. Fra Angélico da Fiesole.....	408
215.	Alejandro VI....	1492-03	1456. Vict. de Belgrado sobre los turcos	
			† S. Juan de Capistrano.....	399
			Sta. Juana de Arco rehabilitada..	
216.	Pío III.....	1503	1468. † Cardenal Juan de Torquemada..	418
217.	Julio II.....	1503-13	1469. † Filippo Lippi.....	446
			1471. † Tomás Hämerken (Kempis)....	435
218.	León X.....	1513-21	1478. Inquisición española aprobada...	438
			1481. Comienzo su actividad en Sevilla.	438
			1485. † S. Pedro de Arbués, inquisidor.	439
			1487. Díaz dobla Cabo Buena Esperanza	419
			1491. Nacimiento Ignacio de Loyola...	488
			1492. Colón descubre el Nuevo Mundo..	420
			Fin de la Reconquista.....	413
			1493. Bula Alej. VI sobre América.....	421
			1495. Cisneros y la reforma general....	414
			1497. Excomunió de Savonarola.....	410
			1498. † Tomás de Torquemada.....	438
			1504. † Isabel la Católica.....	413
			1506. † Colón en Valladolid.....	420
			1508. Universidad de Alcalá (Cisneros) .	417
			Poliglota de Alcalá.....	417
			1510. † Botticelli.....	446
			1512-17. XVIII Concilio ecuménico, Le- trán V.....	412
			1515. Indulg. para la fábrica de S. Pedro	454
			1516. Concordato con Francia.....	413
			1517. Levantamiento de Lutero.....	454
			1519. † Leonardo da Vinci.....	446
			Hernán Cortés en Méjico.....	531
			Disputa de Leipzig.....	456
			1520. Bula «Exsurge» condenando la doc- trina de Lutero.....	457
			Zuinglio en Zurich.....	463
			† Rafael.....	446

219.	Adriano VI.....	1522-23	1521. Dieta de Worms: contra Lutero..	457
220.	Clemente VII...	1523-34	S. Ignacio herido en Pamplona...	488
			1524-25. Guerra de los campesinos.....	459
			1525. Misioneros franciscanos en Méjico.	534
			Misioneros dominicos en Méjico .	534
			1526-29. Dietas de Espira.....	460
			1526. Pizarro conquista el Perú.....	531
			1528. † Alberto Dürer.....	447
			1530. † Matías Grunewald.....	447
			Confesión de Augsburgo.....	461
			1531. Enrique VIII rompe con Roma...	476
			1533. Cristiano III de Dinamarca.....	474
			1535. Mendoza funda Buenos Aires....	531
			† Tomás Moro y J. Fisher.....	476
			1536. † Desiderio Erasmo.....	453
			1538. El Papa excomulga a Enrique VIII	476
			1540. † Francisco de Osuna.....	557
			Paulo III aprueba el Instituto de la Compañía de Jesús.....	490
			Hermanos de S. Juan de Dios...	495
			1541. Interin de Ratisbona.....	467
			1542. S. Francisco Javier llega a la India	542
			1545-63. Concilio de Trento: XIX ecumé- nico. Protestantismo.....	482
			1546. † Lutero.....	467
			J. Zumárraga, Arzobispo de Méjico.	535
			1547. Guerra de Esmalcalda.....	467
			Dieta e interin de Augsburgo....	468
			1549. † S. Juan de Dios.....	495
			1552. † S. Francisco Javier.....	542
			1555. Paz de Augsburgo.....	469
			1556. † S. Ignacio de Loyola.....	491
			1557. El P. Oviedo llega a Etiopía....	541
			1558. † Carlos V en Yuste.....	517
			1558-62. Protestantismo de Valladolid y Sevilla.....	479
			1560. † Melchor Cano.....	549
			1561. Coloquio de Poisy.....	473
			1562. Matanzas de Vassy.....	506
			1565. Legazpi en Filipinas.....	545
			1566. † Bartolomé de las Casas.....	531
			1566. Levantamiento de los Países Bajos	511
			1569. † el Bto. Juan de Ávila.....	557
			1570. Isabel de Inglaterra.....	508
			1571. Victoria de Lepanto.....	498
			1572. La noche de S. Bartolomé.....	506
			1572. Primeros jesuitas en Méjico.....	535
			1573. El Papa aprueba los Capuchinos.	493
			1576. Gregorio XIII y el Colegio Roma- no, etc.....	498
			1574-06. Valignani en Oriente.....	543
			1577. † Diego de Covarrubias.....	553
			1579. Es condenado el bayanismo.....	528
			1580. Gregorio XIII y Sta. Teresa....	496
			1585. Fundación de los Camilos.....	495
			1586. † Alonso Salmerón.....	552
			† el Doctor Navarro.....	553
			† Antonio Agustín.....	553
			† el Cardenal de Toledo.....	549
			1587. † María Estuardo.....	510
221.	Paulo III.....	1534-49		
222.	Julio III.....	1550-55		
223.	Marcelo II.....	1555		
224.	Paulo IV.....	1555-59		
225.	Pío IV.....	1559-65		
226.	S. Pío V.....	1566-72		
227.	Gregorio XIII...	1572-85		
228.	Sixto V.....	1585-90		

229. Urbano VII.....	1590	1588. Descalabro de la Armada Inven- cible.....	510
230. Gregorio XIV....	1590-91	† Fr. Luis de Granada	557
231. Inocencio IX....	1591	1591. † S. Juan de la Cruz	558
232. Clemente VIII..	1592-05	† Fr. Luis de León.....	557
		1593. El P. Valdivia en Chile	604
		Enrique IV abjura la herejía	507
		1594... Controversias sobre la Gracia	555
		1597. † S. Pedro Canisio	548
		Persecuciones en el Japón	544
		1598. † Felipe II	517
		† Arias Montano	552
		Los franciscanos en Nuevo Méjico	601
		1600. S. José de Calasanz: la Escuela Pía	494
		1603. † Isabel de Inglaterra	510
		Gregorio de Valencia	547
		1604. † Domingo Báñez, Gabriel Vázquez	549
		1605... Reducciones del Paraguay	604
233. León XI.....	1605	1607. † César Baronio	553
234. Paulo V.....	1605-21	1610. Asesinato de Enrique IV	507
		Orden de la Visitación	495
		1611. † el P. Rivadeneira	559
		1614. † Galileo Galilei	554
		1615-54. S. Pedro Claver y los negros	602
		1617. † P. Suárez.....	550
		1619-48. Guerra de los Treinta Años	504
		1621. † S. Roberto Bellarmino	547
235. Gregorio XV....	1621-23	1622. † S. Francisco de Sales	559
		Congregación de Propaganda fide.	609
236. Urbano VIII....	1623-44	1624. El Cardenal Richelieu	505
		1632. Los Lazaristas	621
		1634. Fundación de los Trapenses	622
		1638. † Jansenio	579
		1640. † Rubens	562
		1641. † Van Dyck	562
		1642. Es condenada la obra «Augustinus» de Jansenio	579
237. Inocencio X	1644-55	1643... Los «ritos chinos»	611
		1648. Paz de Westfalia	505
		1650. † Descartes	590
		1653... Batalla jansenista	580
238. Alejandro VII...	1655-67	1657. † Juan J. de Olier	621
		1659. Paz de los Pirineos	572
		1660. † el Cardenal Lugo	550
		† Velázquez	563
		1665. † el P. Bollandus	554
239. Clemente IX	1667-69	1667. † Sforza Pallavicini	615
240. Clemente X	1670-76	1674. † Rembrandt	562
		1675... Misión de los Mojos en Perú	603
241. Inocencio XI	1676-89	1680... Misioneros de California	601
		Germanos de las Escuelas cristian.	620
		† Lorenzo Bernini	564
		1682. Asamblea galicana	577
		† Bartolomé E. Murillo	563
		1688. Portugal se separa de España	596
		1687. Molinos, condenado	583
242. Alejandro VIII .	1689-91	1699. 23 proposiciones de Fenelón	583
243. Inocencio XII	1691-00		

244. Clemente XI....	1700-21	1700. † Carlos II.	596
		Felipe V	596
		1702. † S. José Oriol	599
		1704. Condenación «ritos chinos»	611
		1713. Aparece la bula «Unigenitus»	582
		1717. Principio de la masonería	590
		Apogeo de los librepensadores	590
		1719. † S. Juan Bautista de la Salle ...	620
		1732. Fundación de los Redentoristas ..	621
		1737. Concordato de España con la S. Sede	597
		1747. El P. Flórez: «España Sagrada»...	599
		1751-80. Aparece la Enciclopedia	591
		1753. Concordato definit. con España ..	598
		1759. Pombal expulsa a los Jesuitas ..	592
		1762. Disolución de la Compañía de Jesús en Francia	593
		1763. Aparece el libro de Febronio	584
		1764. El Febronio en el Índice	585
		1766. Francisco de Lorenzana, Arzobispo de Méjico	601
		1767. Destierro de los Jesuitas de España y de sus dominios	594
		Tribunal de la Rota en Madrid ..	598
250. Clemente XIV ...	1769-74	1773. Extinción de la Compañía de Jesús	594
251. Pío VI	1775-99	1775. Independencia de los EE. UU.	607
		1780-90. El josefinismo en su apogeo ...	587
		1786. Sínodo de Pistoya	586
		1787. † S. Alfonso M. de Ligorio	617
		1789. Principio de la Revolución francesa	627
		1790. † Hontheim, autor del «Febronio»	585
		Constitución civil del clero	628
		1792. Matanzas de Septiembre	628
		1793. † Luis XVI y María Antonieta ...	629
		1798. Cautiverio del Papa	630
		Napoleón y la República Romana	630
		1800. Fundación de las Damas del Sagra- do Corazón	736
		Victoria de Napoleón en Marengo	631
252. Pío VII	1800-22	1800... Jesuitas desterrados en Italia ...	647
		1801. Concordato de Napoleón	631
		1804. Napoleón coronado Emperador ...	631
		1805. Derrota de Trafalgar	643
		1806. † Kant	591
		1808. Guerra de la Independencia	644
		1809. Excomunión de Napoleón	632
		1810. Comienzan las Cortes de Cádiz ...	644
		1810-25. Independencia de las Repúblicas hispanoamericanas	684
		1812. Constitución sectaria de Cádiz ...	644
		1813. José Bonaparte sale de España ...	644
		1814. Vencido Napoleón, vuelve el Papa a Roma	633
		1814. Vuelve Fernando VII a España ...	644
		Restablecimiento universal de la Compañía de Jesús	735
		1814-15. Congreso de Viena	633
		1817. Concordato con Francia	635
		1818. Religiosas de Jesús-María	737
		1820. Revolución de Riego	645
		1821. † De Maistre	636
		1822. Obra de Propagación de la Fe ...	705

253. León XII.....	1823-29	1825... Renovación en Francia y Alemania.....	635	1908. El rey de Portugal es asesinado...	675
		1825-48. Luis I de Baviera.....	639	1909-16. Martirios de cristianos armenios	714
		1826. Carmelitas de la Caridad.....	681	1909. Fundación del Instituto Bíblico...	660
		1827. José Görres, prof. de Munich....	638	Semana trágica de Barcelona.....	679
		1829. Emancipación de los católicos en Inglaterra.....	640	1910. Revolución en Portugal.....	675
		1830. Conferencias de S. Vicente de Paúl	637	1911. XXIII Congreso eucarístico internacional en Madrid.....	680
254. Pío VIII.....	1829-30	1832. Bula contra el indiferentismo....	635	1912. Es asesinado Canalejas.....	680
255. Gregorio XVI...	1831-46	1832. Condenación de L'Avenir.....	637	1913. Universidad católica de Tokio....	712
		1833. † Fernando VII.....	645	1914-18. Guerra llamada europea.....	660
		1833-40. Primera guerra carlista.....	645	El Papa y la guerra.....	661
		1834-36. Terror en la Iglesia española..	645	1917. El Papa propone la paz.....	661
		1835. Universidad libre de Lovaina.....	642	Publicación del nuevo Codex Iuris Can.....	662
		1839. Tratado de Vergara.....	646	Constitución sectaria en Méjico...	698
		1840. Espartero regente. Desamortización	646	Movimiento revolucionario en España.....	681
		1843. Narváez arroja a Espartero.....	647	1918. En Portugal se inicia una política conservadora.....	676
256. Pío IX.....	1846-78	1847. El legado Brunelli en España....	677	1919. Consagración de España al Sagrado Corazón en el Cerro de los Ángeles hecha por el Rey.....	681
		1848. Revolución en Francia, etc.....	637	1921. Es asesinado Eduardo Dato.....	681
		Revolución en Roma. Pío IX escapa a Gaeta.....	670	1923. Es asesinado en Zaragoza el Cardenal Soldevila.....	681
		Asamblea nacional de Frankfurt.	668	Dictadura de Primo de Rivera...	682
		† Balmes, gran filósofo y apologista	648	1925. Calles en Méjico.....	698
		1849-78. Víctor Manuel II.....	651	1926. Condenación de Action française. El general Carmona y Oliveira Salazar.....	676
		Misioneros del Corazón de María..	683	1929. Tratado de Letrán: solución de la cuestión romana.....	664
		1851. Concordato de España.....	678	1931. Encicl. «Quadragesimo anno».....	663
		1852. Napoleón III, Emperador.....	666	República en España. Quemas de conventos, leyes sectarias.....	682
		1854. El dogma de la Inmaculada.....	652	1934. Congreso eucarístico en Buenos Aires.....	690
		Nueva revolución en España.....	678	1936. Levantamiento de Franco.....	682
		1855. Dom Bosco funda los Salesianos...	736	1937. Encicl. Divini Redemptoris contra el Comunismo.....	664
		1857. Fundación de las Reparadoras...	737	1939. Fin de la guerra española.....	683
		1858. Colegio Pío Latino-americano....	688	1939... El Papa y la paz.....	742
		1860. Complemento del Concordato español.....	678	Encíclica «Summi Pontificatus»...	751
		1861-72. Benito Juárez, dictador de Méjico.....	698	1940. Concordato con Portugal.....	752
		1864. Publicase el Syllabus.....	652	IV Centenario de la Compañía de Jesús. Homenaje del Papa.....	746
		1865. † el Cardenal Wiseman.....	673	1941. Aniversario de «Rerum Novarum». Solemne alocución del Papa.....	747
		† la Madre Sacramento.....	680	1942. Jubileo episcopal del Papa.....	754
		1868. Nueva revolución en España.....	678	1943. Encíclica «Mystici Corporis».....	751
		1869-70. XX Concilio ecuménico, Vaticano	652	Encicl. «Divino afflante Spiritu»..	751
		1870. Proclamación de la infalibilidad pontificia.....	653	1944. Encíclica «Orientalis Ecclesiae»...	751
		Guerra de Francia contra Prusia.	666	1945. Fin de la guerra mundial. Alocuciones pontificias.....	743
		Toma de los Estados Pontificios.	651	1946. Encíclica «Orientales omnes».....	751
		1871-73. Amadeo, rey de España.....	678	Grandiosa creación de cardenales.	755
		1872. Bismarck y el Kulturkampf.....	669	1947. Encíclica «Fulgens Radiator»...	751
		1875. Asesinato de García Moreno.....	693	1948. Constit. apost. «Bis saeculari»...	749
		1876. Esclavas del Sagrado Corazón....	681	1949. Intensa actividad diplomática. Discursos a embajadores, etc.....	755
257. León XIII.....	1878-03	1880. En Francia, persecución religiosa..	666	1950. Año Santo. Grandes canonizaciones.....	750
		Bismarck comienza a ceder.....	670	Encíclica «Humani generis».....	752
		1885. Arbitraje sobre las Carolinas....	670		
		1886. Mártires de Uganda.....	708		
		1890. † Enrique Newman.....	672		
		1891. Encíclica «Rerum Novarum».....	656		
		1893. † Carlos von Hefele.....	732		
		1899. Condenación del Americanismo...	719		
		1900. Jubileo extraordinario.....	657		
		1902. Alfonso XIII, mayor de edad....	679		
258. Pío X.....	1903-14	1903. Reorganización elección pontificia.	659		
		1903-04. Leyes sectarias en Francia....	667		
		1905. Separación de la Iglesia y el Estado en Francia.....	667		

2. Emperadores romanos y orientales

Augusto.....	30 a. C. - 14 d. de C.	Valentiniano III.....	425-455
Tiberio.....	14-37	Avito.....	455-456
Calígula.....	37-41	Mayoriano.....	457-461
Claudio.....	41-54	Severo.....	461-465
Nerón.....	54-68	Rómulo Augústulo.....	475-476
Galba, Otón, Vitelio.....	68-69		
Vespasiano.....	69-79		
Tito.....	79-81		
Domiciano.....	81-96		
Nerva.....	96-98		
Traiano.....	98-117		
Adriano.....	117-138		
Antonino Pío.....	138-161		
Marco Aurelio.....	161-180		
Cómodo.....	180-192		
Pertinax.....	193		
Septimio Severo.....	193-211		
Caracalla.....	211-217		
Macrino.....	217-218		
Heliofáballo.....	218-222		
Severo Alejandro.....	222-235		
Maximino Tracio.....	235-238		
Pupieno y Gordiano.....	238		
Gordiano el Joven.....	238-244		
Felipe el Árabe.....	244-249		
Decio.....	249-251		
Gallo.....	251-253		
Volusiano.....	253		
Valeriano.....	253-260		
Galiénio.....	260-268		
Claudio II.....	268-270		
Aureliano.....	270-275		
Tácito.....	275-276		
Probo.....	276-282		
Caro.....	282-284		
Diocleciano.....	284-305		
Maximiano Hercúleo.....	286-305		
Constancio Cloto.....	305-306		
Galerio.....	305-311		
Constantino I, el Grande.....	306-337		
Majencio.....	306-312		
Maximino Daia.....	308-313		
Licinio.....	308-323		
Constancio.....	337-361		
Constantino II.....	337-340		
Constante.....	337-350		
Juliano el Apóstata.....	361-363		
Joviano.....	363-364		
Valentiniano I.....	364-375		
Valente.....	364-378		
Graciano.....	375-383		
Valentiniano II.....	383-392		
Teodosio el Grande.....	379-395		

EMPERADORES OCCIDENTALES

Honorio.....	395-423
Juan Tirano.....	423-425

EMPERADORES ORIENTALES

Arcadio.....	395-408
Teodosio II.....	408-450
Marciano.....	450-457
León I.....	457-474
León II.....	473-474
Cómodo.....	474-491
Basilisco.....	476-477
Anastasio I.....	491-518
Justino I.....	518-527
Justiniano I.....	527-565
Justino II.....	565-578
Tiberio II.....	578-582
Mauricio.....	582-602
Focas.....	602-610
Heraclio.....	610-641
Constantino III.....	641
Constante II.....	641-668
Constantino IV Pogonato.....	668-685
Justiniano II.....	685-695
Leoncio.....	695-698
Tiberio III.....	698-705
Filípico Bardanes.....	711-713
Anastasio II.....	713-716
Teodosio III.....	716-717
León III Isáurico.....	717-741
Constantino V Coprónimo.....	741-775
León IV.....	775-780
Constantino VI.....	780-797
Irene.....	797-802
Nicéforo I.....	802-811
Miguel I.....	811-813
León V, el Armenio.....	813-820
Miguel II.....	820-829
Teófilo.....	829-842
Teodora.....	842-856
Miguel III.....	856-867
Basilio I, el Macedonio.....	867-886
León VI, el Sabio.....	886-912
Constantino VII.....	912-950
Romano II.....	959-963
Nicéforo I Focas.....	963-969
Juan I.....	969-976
Basilio II.....	976-1025
Constantino VIII.....	976-1028
Zoe.....	1028-1050
Teodora.....	1054-1056
Miguel VI.....	1056-1057
Isaak Commeno I.....	1057-1059
Constantino X Ducas.....	1059-1067

Romano IV Diógenes.....	1067-1071	Roberto de Courtenay.....	1219-1228
Miguel VII Parapinaks.....	1071-1078	Balduino II.....	1228-1261
Nicéforo III Botaniates.....	1078-1081	Juan de Brienne.....	1230-1237
Alexio I Commeno.....	1081-1118		
Juan II Commeno.....	1118-1143		
Manuel I Commeno.....	1143-1180		
Alexio II Commeno.....	1180-1183		
Andrónico I Commeno.....	1183-1185		
Isaak II Angelo.....	1185-1195		
Alexio III.....	1195-1203		
Alexio IV.....	1203-1204		
Alexio V.....	1204		

Trapesunte y Nicca

Teodoro I Lascaris.....	1204-1222
Juan III Vatazes.....	1222-1254
Teodoro II Lascaris.....	1254-1258
Juan IV Lascaris.....	1258-1261
Miguel VIII Paleólogo.....	1261-1282
Andrónico II.....	1282-1328
Andrónico III.....	1328-1341
Juan I Paleólogo.....	1341-1391
Juan VI Cantacuceno.....	1347-1355
Matías.....	1354-1356
Manuel Paleólogo.....	1391-1425
Juan VIII Paleólogo.....	1425-1448
Constantino XI Paleólogo.....	1448-1453

Latinos

Balduino I.....	1204-1206
Enrique de Anjou.....	1206-1216
Pedro de Courtenay.....	1216-1217
Jolante.....	1217-1219

3. Imperio de occidente

(El asterisco indica que no tuvieron el título de emperadores)

Carlomagno.....	800-814	Carlos IV de Bohemia.....	1347-1378
Ludovico Pío.....	814-840	*Venceslao de Bohemia.....	1378-1400
Lotario I.....	840-855	*Roberto del Palatinado.....	1400-1410
Ludovico II.....	855-875	Sigismundo de Hungría.....	1410-1437
Carlos el Calvo.....	875-877	*Alberto II.....	1438-1439
Carlos el Gordo.....	876-887	Federico III.....	1440-1493
Arnulfo.....	887-899	Maximiliano I.....	1493-1512
Guido de Espoleto.....	891-894	Carlos V.....	1519-1556
Lamberto de Espoleto.....	892-898	Fernando I.....	1556-1564
*Luis el Niño.....	899-911	Maximiliano II.....	1564-1576
Luis III de Provenza.....	901-902	Rodolfo II.....	1576-1612
*Conrado I, el Franco.....	911-918	Matías.....	1612-1619
Berengario de Friaul.....	915-924	Fernando II.....	1619-1637
*Enrique I.....	919-936	Fernando III.....	1637-1657
Otón I.....	936-973	Leopoldo I.....	1657-1705
Otón II.....	973-983	José I.....	1705-1711
Otón III.....	983-1002	Carlos VI.....	1711-1740
Enrique II, el Santo.....	1002-1024	Carlos VII.....	1742-1745
Conrado II.....	1024-1039	Francisco I.....	1745-1765
Enrique III.....	1039-1056	José II, esposo de María Teresa.....	1765-1790
Enrique IV.....	1056-1106	Leopoldo II.....	1790-1792
Enrique V.....	1106-1125	Francisco II.....	1792-1806
Lotario de Sajonia.....	1125-1137		
*Conrado III.....	1138-1152		
Federico I Barbarroja.....	1152-1190		
Enrique VI.....	1190-1197		
*Felipe de Suabia.....	1198-1208		
Otón IV.....	1198-1215		
Federico II.....	1215-1250		
*Conrado IV.....	1250-1254		
Interregno.....	1254-1273		
*Rodolfo I de Habsburgo.....	1273-1291		
*Adolfo de Nassau.....	1292-1298		
*Alberto I de Austria.....	1298-1308		
Enrique VII.....	1308-1313		
*Luis IV, el Bávaro.....	1314-1347		

EMPERADORES AUSTRIACOS

Francisco I.....	1806-1835
Fernando I.....	1836-1848
Francisco José I.....	1848-1917
Carlos I.....	1917-1918

EMPERADORES ALEMANES

Guillermo I.....	1870-1888
Federico I.....	1888
Guillermo II.....	1888-1918

4. Reyes de España

REYES VISIGODOS

Ataulfo	412 415
Sigérico.	415
Valia	415 419
Teodorico I	419 451
Turismundo	451 453
Teodorico II	453 465
Eurico.	465 484
Alarico II.	484 507
Gesaleico.	507 526
Amalarico.	526 531
Teudis. ..	531 548
Teudiselo ..	548 550
Agila	550 554
Atanagildo	554 567
Liuva I.	567 572
Leovigildo.	572 586
Recaredo.	586 601
Liuva II. .	601 603
Witerico	603 610
Gundemaro	610 612
Sisebuto	612 620
Recaredo	620 621
Suintila.	621 631
Sisenando	631 636
Chintila.	636 640
Tulga.	640 642
Chindasvinto	642 653
Recesvinto..	653 672
Wamba. .	672 680
Ervigio	680 687
Egica.	687 701
Witiza	701 710
Rodrigo.	710 711

REYES DE ASTURIAS

Pelayo.	719 737
Favila	737 739
Alfonso I	739 757
Fruela I ...	757 768
Aurelio.	768 774
Silo.	774 783
Mauregato..	783 789
Bermudo I.	789 792
Alfonso II	792 842
Ramiro I	842 850
Ordoño I	850 866
Alfonso III .	866 950
García...	910-925
Fruela II	910-925
Ordoño II..	910 924
Alfonso IV.	925 931
Ramiro II	931 950
Ordoño III.	950 957
Sancho I, el Gordo	957 958
Ordoño IV.	958 960

Sancho I, por 2. ^a vez	960 966
Ramiro III..	966 982
Bermudo II.	982 999
Alfonso V.	999 1028
Bermudo III...	1028 1037
Fernando I ..	1037

REYES DE CASTILLA-LEÓN

Fernando I, hijo de Sancho el Mayor de Navarra.	1037 1065
Sancho II.	1065-1072
García ..	1065-1073
Alfonso VI.	1065-1109
Urraca...	1109-1126
Alfonso VII.	1126 1157
Sancho III.	1157 1158
Fernando II.	1157-1188
Alfonso VIII.	1158 1214
Enrique I.	1214-1217
Alfonso IX.	1188-1229
Fernando III.	1217-1252
Alfonso X..	1252 1284
Sancho IV	1284-1295
Fernando IV...	1295 1312
Alfonso XI.	1312 1350
Pedro I.	1350-1369
Enrique II de Trastámara	1369 1379
Juan I..	1379 1390
Enrique III...	1390 1406
Juan II.	1406 1454
Enrique IV	1454 1474
Alfonso.	1465-1468
Isabel, esposa de Fernando II de Aragón	1468 1504
Felipe I de Austria..	1504-1506
Fernando II regente.	1506-1516

REYES DE ARAGÓN

Ramiro I de Navarra..	1035 1063
Sancho I.	1063-1094
Pedro I. .	1094-1104
Alfonso I	1104 1134
Ramiro II	1134 1137

REYES DE ARAGÓN Y CATALUÑA

Petronila.	1137 1162
Ramón Berenguer IV, de Barcelona	1137 1162
Alfonso II	1162 1196
Pedro II.	1196 1213
Jaime I.	1213 1276
Pedro III.	1276 1285
Alfonso III	1285 1291
Jaime II.	1291 1327
Alfonso IV	1327 1336

Pedro IV	1336 1387	Felipe V de Borbón ..	1700 1724
Juan I..	1387 1395	Luis I.	1724
Martín I.	1395-1410	Felipe V.	1724 1746
Interregno..	1410-1412	Fernando VI	1746 1759
Fernando I de Antequera	1412-1416	Carlos III.	1759-1788
Alfonso V.	1416-1458	Carlos IV...	1788-1808
Juan II..	1458-1479	Fernando VII	1808
Fernando II, el Católico.	1479-1516	Guerra de la Independencia	1808 1813
		Fernando VII	1813-1833
		Isabel II.	1833 1868
		Gobierno provisional	1868 1869
		Regencia de Serrano	1869 1870
		Amadeo I de Saboya	1870 1873
		Primera Republica.	1873
		Alfonso XII.	1874 1885
		Alfonso XIII.	1885 1931
		Segunda Republica.	1931 1939
		Franco, Caudillo	1936 ..

UNIÓN CASTILLA-ARAGÓN

Carlos I de Habsburgo Austria, Emperador	1516 1556
Felipe II. .	1556-1598
Felipe III.	1598-1621
Felipe IV	1621-1665
Carlos II.	1665 1700

ÍNDICE ALFABÉTICO

- Abadal, Juan de, 731.
 Abascal, virrey, 685.
 Abdas, 128.
 Abderrahmán I, 267; II, 267; III, 268.
 Abelard de Bath, 337.
 Abelardo, Pedro, 336.
 Abisinia, 540; Evangelio en, 129; siglo XIX, 708.
 Absolución, 108.
 Absolutismo, 569 y s., 571 y s.
 Absorción, 168.
 Abu-Bekr, 143 y s.
 Acacianos, 156.
 Acacio, cisma de, 170 y s.
 Academia, nueva, 21.
 Acci (Guadix), 46.
 Acción Católica, Pío XI, 663; Pío XII, 739, 749.
 Acéfalos, 269.
 Achtermann, 737.
 Acilius Glabrio, M', 55.
 Acimitas, 293.
 Acoimetras, 221.
 Acólitos, 97.
 Acomodación, sistema, 706.
 Acta de Unión, 525.
 Actas de los mártires, 53.
 Action française, 663, 668.
 Actus Petri, 45.
 Acusación, Inq. española, 440.
 Adalberto, 263; de Praga, 254.
 Adaldag, 252.
 Adam, E., 638.
 Adelaida, 297.
 Adiafórica, cuestión, 524.
 Adolfo Nassau, 318.
 Adopcianismo, 78 y s., 273 y s.
 Adoratrices, 680.
 Adriano, 55, 280; I, 258, 272, 273; IV, 308; VI, 459, 533.
 Adrumeto, monjes de, 184.
 Adulfo y Juan, 268.
 Adventistas, 723.
 Adversus haereses, 73.
 Adviento, 237.
 Accio, 135.
 Aeterni Patris, 656.
 Affre, D., 665.
 Afraates, 195.
 Afrancesados, 647.
 África, 351 y s.; origen crist., 49; misiones siglo XIX, 706; siglo XVI, 539.
 Agaliense, monasterio, 224.
 Ágape, 104 y s.
 Agata, Sta., 59.
 Agatón, Papa, 174.
 Aglipayano, cisma, 712.
 Agnelus, 351.
 Agobardo, 270.
 Agoberto de Lyon, 281.
 Agreda, Nicolás de, 534; Sor María de, 559.
 Agrícola, Juan, 524; Rodolfo, 404.
 Agua bendita, 295.
 Águeda, 59.
 Aguilar, Francisco, 733.
 Aguirre, Card. Sáenz, 615.
 Agustín, Antonio, 553; S., 198 y s.; De Civitate Dei, 131, 260; y los donatistas, 148; contra pelagian., 180 y s.; contra Julián, 182 y s.; contra semipelagian., 183 y s.; regla, 222; sobre predestinación, 275 y s.; y la herejía, 328; de Inglaterra, S., 140 y s.; vida monástica, 227; I, 697; Emeritas de S., 369.
 Agustina de Aragón, 644.
 Agustinis, Emilio de, 727.
 Agustinos, 369; recoletos, 518.
 Ahriman, 75.
 Aimoino, 43.
 Akbar el Magnífico, 543.
 Alabanos, 129.
 Alamanes, 142.
 Alanos, 133.
 Alarico, 132.
 Alba, duque de, 240, 512.
 Alberico, 356.
 Alberoni, 596.
 Alberti, M., 444, 685.

Albertini, Francisco, 551.
 Alberto, archiduque, 513; I de Austria, 318; V de Baviera, 502; Magno, S., 341; el Oso, 350.
 Albigenes, 326 y s.
 Albain, 136.
 Alburquerque, Juan de, 419, 541.
 Alcalá Galiano, 647; universidad, 417; Zamora, A., 682.
 Alcántara, Orden de, 361 y s.
 Alcuino, 251, 274, 281.
 Aleander, Jerónimo, 457.
 Alegre, 648.
 Alejandría, 2; origen crist., 49; escuela de, 22, 87, 189 y s.; sínodo de, 159.
 Alejandro I, de Rusia, 643; II, Papa, 266, 283, 320; III, 309, 328, 361; IV, 334; V, 397; VI, 409 y s.; VI y América, 411, 421; VII, 572, 581; VIII, 573; de Hales, 340; Magno, 24; S., 59, 149 y s., 221.
 Alemani, 333.
 Alemania, origen crist., 49; cristianismo, 141; evangelización, 248 y s.; siglo XIX, 637 y s., 667 y s.
 Alepo, 714 y s.; misión, 607.
 Alexio, 352.
 Alfonso I el Batallador, 320; VI, 287, 320; VII, 321; VIII, 321, 362; IX, 334; X el Sabio, 316, 322, 323, 334; XI, 413; XII, 679; XIII, 679 y s.; del Congo, 540; M. de Ligorio, S., 617, 621 y s., 750.
 Algazel, 339.
 Algonquines, indios, 606.
 Alhaquem I, 267.
 Alf, 143.
 Alianza evangélica, 721.
 Allard, P., 11.
 Allen, Guillermo, 510.
 Allioli, José F. von, 730.
 Alzog, Juan B., 732.
 Almagro, 541.
 Almeida, 11, 541.
 Alonso, M., 729; de Madrid, 557; de Orozco, 519; Rodríguez, S., 519.
 Altar, 240.
 Alumbrados, 520 y s.
 Alvarado, 599; Antonio de, 559.
 Álvarez, Diego, 549; de la Paz, 559.
 Álvaro, 268, 269, 270; Pelayo, 389.
 Alvear, 685.
 Amadeo II de Sicilia, 573.
 Amalarico, 134.
 Amalarico de Metz, 281.
 Amando, S., 142.
 Amboise, conjuración, 473.
 Ambrosiana, liturgia, 234.
 Ambrosio, S., 123, 187, 196 y s.; y la herejía, 328.
 América, siglos XVII y s., 600 y s.; siglo XIX, 684 y s.
 Americanismo, 701, 719.
 Américas, 419 y s.
 Amico, Francisco, 551.
 Amigos de Dios, 434.
 Amto, 240.
 Ammas, 219.
 Ammonio, 218.
 Ana Bolena, 476; Hermanas de Santa, 680.
 Anabaptistas, 458, 523; de Münster, 465 y s.
 Anacleto II, 307.
 Anacoretas, 218.
 Anacorética, vida, 217 y s.
 Anagni, atropello, 319.
 Anales de Baronio, 503.
 Ananías, 32.
 Anastasio, 268, 272; I, 124; Bibliotecario, 282.
 Anastasios, dos, 174.
 Anástasis, 117.
 Anatematismos de S. Cirilo, 164.
 Anathematismi Damasi, 160.
 Anatolio, 169 y s.
 Anchieta, 539.
 Ancianos desamparados, Hermanas, 681.
 Ancyron, 118.
 Andrea del Sarto, 446.
 Andreae, Jacobo, 524.
 Andrés, 647; S., 41; Hibernón, 519.
 Anegray, 223.
 Aneiros, Federico, 689.
 Anfiteatro, 21.
 Ángela de Merici, Sta., 494.
 Angélicas, 681.
 Angélico, Fra, 406, 446.
 Angli, 333.
 Anglicana, Iglesia, 722.
 Anglicanismo, 508 y s.
 Anglocatólicos, 722.
 Angola, 540.
 Angulema, duque, 645.
 Anjos, Vicente dos, 540.
 Anking, misión, 711.
 Anotaciones, 455.
 Anomeos, 154, 159.
 Anschluss, 672.
 Anselmo de Cantorbery, S., 282, 335 y s., 345; de Laón, S., 332; de Lucca, 283.
 Ansgario, S., 251 y s.
 Antianatematismos, 164.
 Antigua, Edad, 13; vía, 429.
 Antigüedades, colecciones, 5.
 Antillas, 421, 535; siglos XVII y s., 602; siglo XIX, 696 y s.
 Antinomista, cuestión, 524.

Antioquía, fundación, 31; escuela, 87 y s., 192 y s.; estatuas, 123; fórmulas, 152; sínodo de, 153; de Pisidia, 33.
 Antiphonale, 294.
 Antirrheticus, 162.
 Antitheses, 73, 455.
 Antitrinitarios, 269, 524.
 Antoine, P. G., 615.
 Antonelli, 650.
 Antonino Pío, 56.
 Antonio Abad, S., 218; de Borbón, 472; M. Claret, S., 680, 729, 750; M. Zacaria, S., 493.
 Antropomorfistas, 269.
 Anunciación, 238.
 Año eclesiástico, 237; principios, 7.
 Apaches, indios, 601.
 Apocalipsis, 40; apócrifos, 86.
 Apocatástasis, 89.
 Apócrifas, epístolas, 86.
 Apócrifos, escritos, 86.
 Apolinar el Joven, 161 y s., 192 y s.; el Viejo, 120 y s.
 Apolinarismo, 147, 161 y s.
 Apolo, 36.
 Apologetas, 63 y s.
 Apologeticus Martyrum, 268.
 Apolonia, Sta., 59.
 Apolonio, 37.
 Aponte, 648.
 Apóstoles, doctrina de los, 67; fiestas, 238; tradiciones, 40 y s.
 Apostólicos, varones, 45 y s.
 Appellantes, 582.
 Appingio de Beja, 213.
 Aquaviva, 492; Rodolfo, 543.
 Aquilea, 48; Antigua, 231; Grado, 231.
 Aquisgrán, sínodo de, 274.
 Árabe, arte, 376; invasión, 266 y s.
 Arabia, 143; desierto, 33; siglo XIX, 715.
 Aranda, 593, 597.
 Araucanos, misiones, 604.
 Arausicanum II, 185.
 Arbogasto, 123.
 Arcadio, 123.
 Arcano, 105, 236.
 Arcipreste, 228, 290.
 Archidiaconos, 228, 290.
 Aretas de Cesarea, 283.
 Arévalo, 648.
 Arfe Villafañe, Juan, 564.
 Argel, siglo XIX, 707.
 Argelia, siglos XVII y s., 608.
 Argentea, Sta., 269.
 Argentina, 538; siglos XVII y s., 604; siglo XIX, 688 y s.; estado actual, 689 y s.
 Argüelles, 647.
 Arias Montano, Benito, 551, 552.
 Aristides, 64.
 Aristóteles, 20.
 Arlanza, 286.
 Arlés, Concilio de, 148; sínodo de, 153.
 Armada invencible, 510.
 Armagh, 140, 223.
 Armellini, Mariano, 732.
 Armena, literatura, 195 y s.
 Armenia, 128 y s., 714.
 Armenios, 526, 707.
 Armenta, Bernardo de, 538.
 Arminio, 525.
 Arnaldo de Brescia, 308; de Peralta, 322.
 Arnáiz, Marcelino, 728.
 Arnauld, Antonio, 579 y s.; Angélica, 580.
 Arnobio, 201; el Viejo, 94.
 Arnulfo, 263.
 Arqueología crist., 7; Instituto, 664.
 Arquitectura barroca, 564 y s.; moderna, 738.
 Arrianismo, 146, 149 y s.; crecimiento, 151 y s.; derrota, 155 y s.; cismas, 157 y s.
 Arrio, 146 y s.; vuelve del destierro, 151; su muerte, 152.
 Arrius, Antonius, 57.
 Ars, Cura de, 740.
 Arsenio, S., 270.
 Arte cristiano, 7, 110, 238, 374 y s., 443 y s.; siglo XVI, 561 y s.; siglos XVII y s., 624 y s.; siglo XIX, 737.
 Arteaga, 648.
 Artes liberales, 280.
 Asamblea general del clero, 577.
 Ascensión del Señor, 237.
 Ascesis, 112.
 Ascética, vida, 217 y s.; sistemas especiales, 220 y s.; y mística, 344 y s., 556 y s.; siglos XVII y s., 618 y s.
 Asia, 350; misiones del, 541 y s.; siglos XVII y s., 609 y s.; siglo XIX, 709 y s.; Menor, 35 y s., 714 y s.
 Asilo, derecho de, 127, 297.
 Asín Palacios, 728.
 Askidas, 172.
 Asteriscos, 455.
 Astolfo, 257.
 Astorga, 604.
 Asturias, 269.
 Asunción, 238, 296.
 Atalo, 123.
 Atanasio, S., 122, 156 y s., 162, 189; en Nicea, 150 y s.; destierro, 151; vuelve del destierro, 153; sobre Osio, 155; en Italia, 221; y el monacato, 221.
 Ataúlfo, 132.
 Atenágoras, 66.
 Atenas, 35, 36.
 Atila, 135.

Atilano, S., 270.
 Atrium, 239.
 Attalus, 57.
 Aufklärung, 589 y s.
 Augsburg, 141, 142; dieta, 461; interim, 468; paz, 469; David de, 348.
 Augurio, 62.
 Augustana, Confessio, 461 y s.
 Augustinus, de Jansenio, 579.
 Aurea, 268.
 Aureliano, 79; persecución, 59 y s.
 Auréolo, Pedro, 430.
 Aurillac, escuela, 332.
 Aurispa, 403.
 Australia, siglo XIX, 714.
 Austrasia, 138.
 Austria, 142; siglo XIX, 639 y s., 671 y s.
 Auto de fe, 442.
 Antrecourt, Nicolás de, 431.
 Auvergne, Guillermo de, 344.
 Auxerre, Guillermo de, 344.
 Auxiliarios, ciencias, 6 y s.; obispos, 372.
 Auxiliis, congregación de, 556.
 Avaros, 252.
 Ave María, 296.
 Ave Maris Stella, 296.
 Avellaneda, 535.
 Averroes, 339.
 Aversión contra el Papa, 452.
 Avicibrón, 339.
 Avicenna, 339.
 Ávila Camacho, 699.
 Aviñón, Papas, cautiverio, 385 y s.
 Avito de Vienne, S., 185, 206.
 Avranches, escuela, 332.
 Ayacucho, batalla, 692.
 Aymerich, 648.
 Ayuno, 109; de cuaresma, 237, 296; especiales, 237.
 Azaña, M., 682.
 Azevedo, Beato, 539.
 Azor, Juan, 553.
 Azpilcueta, Martín de, 553.
 Babenstuber, L., 615.
 Babilas, S., 59; reliquias, 121.
 Bacon, Roberto, 343; Rogerio, 334; de Verulam, 589.
 Bacuez, Luis, 730.
 Bailén, victoria, 644.
 Balcánicos, Estados, siglo XIX, 725.
 Baldaquino, 240.
 Balduino, 352; de Flandes, 353.
 Baleares, 322.
 Balmes, J., 648, 729.
 Ballerini, Antonio, 731; Pedro, 585.
 Bangor, 223.
 Báñez, Domingo, 549.
 Baptistas, 526, 722.
 Baptisterio, 236, 239.
 Barace, Cipriano, 603.

Barat, Sta. Magd. Sofía, 736.
 Bárcena, 538.
 Bardas, 277.
 Bardesanes, 72.
 Barjesús, 33.
 Barnabitas, 493.
 Baroncelli, 391.
 Baronio, 9 y s., 494, 553.
 Barreiro, 540.
 Barrios, Juan de los, 537 y s.
 Barroccio, Federico, 562.
 Barroco, arte, 546 y s., 624.
 Bársumas, 167.
 Bartolomé, S., 41.
 Bartolomea Capitanio, 750.
 Bartolomeo, Fra, 446.
 Basano, 540.
 Basilea, 142, 464; concilio, 400 y s., 413.
 Basilianos, monjes, 220, 526.
 Basílica, 239, 375.
 Basíldes, 61, 71.
 Basilio, S., 190; fundador, 220; I, 278.
 Basilisco, 170.
 Bassi, Mateo de, 493.
 Batávida, República, 642.
 Batiffol, P., 11, 105, 732; sobre Osio, 155.
 Batista, coronel, 697.
 Batoni, 624.
 Bauer, Bruno, 721.
 Baur, Cr., 12, 721.
 Bautain, 718.
 Bautin, 635.
 Bautismo, 101 y s., 236, 294, 372; de los herejes, 102 y s., 151; de deseo, 236; de sangre, 236.
 Bautista, Francisco, 565.
 Baviera, 142, 249; Luis de, 389 y s., 390.
 Bayanismo, 528 y s.
 Bayeu, Fr., 625.
 Bayle, Pedro, 590.
 Bayo, Miguel, 528, 578 y s.
 Beato de Liébana, S., 270, 273.
 Beauvais, Vicente de, 344.
 Bec, escuela monacal de, 282, 332.
 Becanus, Martín, 548, 551.
 Beccadelli, Antonio, 405, 446.
 Beccarelli, José, 583.
 Becerra, Gaspar, 564.
 Bechaurel, 602.
 Beda el Venerable, S., 280.
 Beghardos, 326, 438.
 Beguinos, 326, 438.
 Beirut, 714.
 Belalcázar, 531.
 Belén, basílica, 117.
 Bélgica, josefinismo, 587 y s.; siglo XIX, 641 y s., 673.
 Belgrado, batalla de, 407.
 Belgrano, 685.
 Belisario, 125.

Bellarmino, cardenal, 556.
 Bellini, Juan, 446.
 Belluga, cardenal, 597, 599.
 Beltrán de Heredia, 729.
 Belzer, Juan von, 730.
 Benavente, Toribio de, 534.
 Benedictina, Orden, 225 y s., 734.
 Benedicto III, 262; V, 264; VII, 264; IX, 625; XI, 386; XII, 390; XIII, 396 y s., 574; XIV, 574, 594; XV, 660 y s.; frente a la Italia unida, 675.
 Bengel, 591.
 Benildo, Hermano, 750.
 Benito, S., fundador, 226 y s.; de Aniane, S., 270, 284.
 Benlliure, 738.
 Benno de Meisen, S., 350.
 Beraza, Blas, 728.
 Berea, 35.
 Berengario de Friaul, 263 y s.; de Tours, 276 y s.
 Berenguela, 321.
 Bérghamo, 48.
 Berghe, van den, 728.
 Berlage, Ant., 727.
 Bernabé, S., 31, 41; en Jerusalén, 33; epístola, 82.
 Bernáldez, Diego, 418.
 Bernardino Realino, 750; de Sena, S., 437, 449.
 Bernardo, don, 321; S., 307, 345 y s., 356 y s.; segunda cruzada, 353; y los cistercienses, 356 y s.; y los templarios, 358; en España, 360.
 Bernini, Lorenzo, 564.
 Berno, 285.
 Berrugnete, Alonso, 563; Pedro, 447.
 Berti, L., 615.
 Bertoldo de Calabria, 368.
 Bérulle, Pedro, 576, 618 y s., 621.
 Besançon, escuela, 332.
 Bessarion, 403.
 Betanzos, Domingo de, 534.
 Bethencourt, Juan de, 419.
 Beuron, congregación de, 735, 738.
 Beza, Teodoro, 471.
 Biblia de Alcalá, 551.
 Bíblica catalana, Fundación, 731.
 Bíblicas, sociedades, 724.
 Bíblico, Instituto, 660.
 Bibliografías generales, 3 y s.
 Biblioteca Vaticana, 406, 409.
 Biclarense, 225.
 Biel, Gabriel, 431.
 Bienio progresista, 678.
 Bierzo, 224.
 Billot, Luis, 727.
 Billuart, B., 614.
 Birca, 252.
 Birmania, siglo XIX, 710.
 Bis saeculari, 749.
 Bismarck, O. von, 669 y s.; con León XIII, 655.

Bistizzi, Vespasiano, 403.
 Bizancio, 117.
 Bizantino, Imperio, 124; en Italia, 255 y s.; estilo, 239 y s.
 Bjorn, 252.
 Blanca de Castilla, 321.
 Blanco Sánchez, 728; (White), J. M., 647.
 Blancos, monjes, 356; Padres, 706, 707.
 Blandina, 57.
 Blantsh, 464.
 Blarer, 503.
 Blois, Ludovico, 557.
 Blume, Clemente, 732.
 Bobbio, 223.
 Boccaccio, Juan, 403.
 Bockelson, Juan, 465.
 Boecio, 136, 204 y s.
 Bohemia, 253, 475.
 Bohemundo de Tarento, 352.
 Bolandistas, 10, 617, 732.
 Bolando, Juan, 554.
 Bolaños, Luis, 538.
 Boleslao I, el Cruel, 253, 254; II, el Piadoso, 253.
 Bolívar, 685, 690, 692.
 Bolivia, siglo XIX, 690 y s.
 Bolonia, Universidad de, 332, 333.
 Bolsec, 471.
 Bolsena, milagro de, 374.
 Bombay, misión, 710.
 Bona, cardenal J., 618.
 Bonacina, Martín, 553.
 Bonafé, Matías, 445.
 Bonagratia, 389, 424.
 Bonal, J., 680.
 Bonaparte, José, en Nápoles, 632; en España, 644.
 Bonato, fray, 415.
 Bonet, Nicolás, 418.
 Bonhomini, 503.
 Bonifacio, S., 248 y s.; organiza⁷ jerarqu., 249 y s.; su muerte, 250; asociación, 669; II, 185; VIII, 317 y s., 386 y s., 424; anogeo y luchas, 318 y s.; en Anagni, 319; muerte, 319; IX, 396; Franco, 264; de Montferrat, 353.
 Bonilla y San Martín, 728.
 Bontempi, 595.
 Book of common prayer, 477, 509.
 Bora, Catalina, 458.
 Borbón, casa de, 505, 596.
 Borgoña, Felipe de, 445.
 Borgoñones, 132, 137.
 Boris, 253.
 Borja, Francisco de, 491 y s.; Rodrigo de, 409; César, 410.
 Borneo, misión, 713.
 Borrasá, Luis, 447.
 Borromeo, S. Carlos, 485.
 Borromini, Francisco, 564.
 Bosco, Don, S., 736.

Bosio, Antonio, 554.
 Boso, 253.
 Bossuet, 576; galicanismo, 577; contra el jansenismo, 581; y el quietismo, 583.
 Bothwell, 510.
 Botticelli, Sandro, 446.
 Bourbon, isla, 708.
 Bourdaloue, 576.
 Bourne, cardenal, 673.
 Bouthillier, J. le, 622.
 Bover, José M., 731.
 Boxers, 711.
 Bracciolini, Poggio, 403.
 Bradwardin, Tomás de, 430.
 Bramante, 411, 444, 564.
 Brandenburg, Alberto de, 460.
 Brasil, 538 y s.; siglos XVII y s., 605 y s.; independ., 685 y s.; siglo XIX, 690 y s.
 Brasiliano, colegio, 691.
 Braulio, de Zaragoza, S., 43, 213 y s.
 Brébeuf, etc., mártires, 606.
 Breda, confederación, 512.
 Bregenz, 142.
 Brema, 251.
 Brescia, 48.
 Breslau, 254.
 Breviario, reforma, 659; romano, 497.
 Brígida, Sta., 392, 437; de Irlanda, Sta., 140; de Suecia, Sta., 434.
 Briennios, 82.
 Británica, liturgia, 234.
 Británicas, Islas, 139 y s., 280.
 Brocense, 521.
 Broglie, Pablo de la, 729.
 Bronzino, Angel, 562.
 Brück, E., 732.
 Brun de Querfurt, 254.
 Brunelleschi, 444.
 Bruni, Leonardo, 403.
 Bruno, S., 355; de Segni, 337; de Weuden, 254.
 Bucero, 477.
 Buen Pastor, 110, 736; Instituto, 622.
 Buena Esperanza, Cabo de, 419.
 Buenaventura, S., 316, 340, 347.
 Bugenhagen, Juan, 474.
 Bulgaria, 253.
 Buoncompagni, 498.
 Buraburg, 249.
 Burckard, 282.
 Burgundiorum, Lex, 137.
 Burriel, 599.
 Bursfeld, congregación, 436.
 Busch, Juan, 436.
 Busembaum, H., 616.
 Butiña, Francisco, 681.
 Buzzetti, Vicente, 727.
 B. V. M., Instituto de la, 495.
 Cabarrús, 598.

Cabezas, Fr. de las, 624.
 Cabo Verde, misión, 608.
 Cabral, 419, 541.
 Cabrera, Alonso de, 559.
 Cadena, Luis de la, 521.
 Cádiz, Cortes de, 644, 647; Diego de, 599.
 Caimitas, 72.
 Cairo, 354.
 Calatrava, Orden, 361.
 Calcedonia, 172; Concilio, 169.
 Calcuta, 710.
 Caldeos, cristianos, 167.
 Calendarios, 238.
 Califas, 144.
 California, misión, 601 y s.
 Calixtinum, Edictum, 306.
 Calixto, S., 58, 80, 100, 106; II, 306 y s.; III, 399, 407, 410; catacumba, 110.
 Cáliz, 240.
 Calmet, Agustín, 614.
 Calvino, 523, 470 y s.
 Calvo Sotelo, 682.
 Calles, Méjico, 698 y s.
 Callevaert, 52.
 Camaldulenses, 285.
 Cambridge, Universidad de, 332, 333.
 Camerún, 707.
 Camilo de Lelis, S., 495.
 Camilos, 495.
 Campanas, 294.
 Campaña, obispos de, 98, 153; (Kampeneer), Pedro de, 563.
 Campegio, cardenal, 459.
 Campesinos, guerra de los, 459.
 Campión, Edmundo, 510.
 Campos cataláunicos, 153.
 Canadá, 539; siglos XVII y s., 606 y s.; mártires, 606; siglo XIX, 699 y s.
 Canalejas, 679.
 Canarias, 419.
 Candaces, reina de, 31.
 Candado, ley, 680.
 Candelaria, 238.
 Cándida María, M., 681.
 Cano, Alonso, 564 y s.; Melchor, 549.
 Cánones, colecciones de, 291 y s.
 Canónica, 360; vita, 291, colecciones, 233.
 Canonici, 291.
 Canónicos, libros, 74.
 Canónigos regulares, 357; regulares en España, 360.
 Canonizaciones, Pío XII, 750.
 Canosa, 302.
 Cánova, Antonio, 737.
 Cantharus, 239.
 Cantera, 731.
 Canto, eclesiástico, 294; litúrgico, 235; polifónico, 373.
 Cantor, Pedro, 338.
 Canuto I, el Grande, 252.

Capadocios, 190.
 Caparrós, 599.
 Capillas, 110.
 Capitolina, triada, 20.
 Capitularis episcoporum, 290.
 Capítulo, 291.
 Capítulos, 372; rurales, 290.
 Capréolo, Juan, 430.
 Capua, Raimundo de, 437.
 Capuchinos, 436, 493.
 Caracalla, 57, 58.
 Caracci, Luis y Agustín, 562.
 Carafa, Juan Pedro, 493.
 Caramuel, J. de, 616.
 Carantanos, 252.
 Caravaggio, 562.
 Carbonarios, 642, 716.
 Cárceles secretas, 440.
 Cardenales, 289, 371.
 Cárdenas, Bernardino de, 604, 605.
 Cardena, 286.
 Caribes, 603.
 Caridad, Hermanos de la, 622; medieval, 378 y s.; obras de, 241.
 Carintia, 252.
 Carissiac, promissio, 257.
 Carissiacum, 257.
 Carlitas, guerras, 645.
 Carlomagno y Sajonia, 251; y los Estados pontificios, 258 y s.; y el Imperio occidental, 259 y s.; y la cultura, 261 y s.; y las imágenes, 273; renacimiento, 280 y s.
 Carloman, 249, 257.
 Carlos de Anjou, 316; Borromeo, S., 503; asociación S., 669; II, 596; III, 597; y los jesuitas, 594; IV, 391, 643; V, 412, 516 y s.; y los Países B., 511; VII, 399; VIII, 410; IX, 506; X, 636; el Calvo, 262; el Gordo, 262; Martel, 144, 248, 249.
 Carmelitas, 368 y s., 496; de la Caridad, 681; descalzos, 496.
 Carmona, general, 676.
 Carneiro, 541.
 Carnicero, 625.
 Carolinas, arbitraje, 655, 670.
 Carolingio, imperio, 261 y s.
 Carroll, Juan, 607, 700.
 Carpócrates, 72.
 Carrando, 360.
 Carranza, B., y la Inq., 522; Méjico, 698.
 Carrillo, arz. de Toledo, 417.
 Cartagena, 536; Colombia, 602.
 Cartago, origen crist., 49; sínodos contra pelagian., 181 y s.; sínodos, 180.
 Cartujano, Dionisio, 430, 435.
 Cartujos, 355.
 Carvajal, 597; cardenal legado, 407; Jacinto de, 602.
 Carvalho, José de, 592.

Casajoana, Valentín, 728.
 Casanare, misión, 602.
 Casanovas, Ignacio, 729.
 Casas, Bartolomé de las, 531 y s.; Domingo de las, 526.
 Casiano, Juan, 184 y s., 201; regla, 222.
 Casimiro I, 254.
 Casiodoro Senador, 205.
 Caspar, E., 12.
 Castañiza, Juan de, 559.
 Castañón, Bartolomé, 601.
 Castaños, general, 644.
 Casti connubii, 663.
 Castilla, 269.
 Castro, Dr., 695; Alfonso de, 547.
 Casulla, 240.
 Catácumbas, 110 y s.; de S. Sebastián, excavaciones, 39.
 Catalina, Sta., 60; II, 643; y los jesuitas, 595; de Aragón, 476; de Jesús, 521; de Médicis, 473, 506; de Sena, Sta., 393, 396.
 Catálogo apostólico, 43; liberiano, 205.
 Cataluña, 269.
 Cátaros, 325 y s.
 Catecismo romano, 497.
 Catecumenato, 100 y s., 236.
 Catecúmenos, 101.
 Catedralicias, escuelas, 270, 331 y s.
 Catenae, 431.
 Catequéticas, escuelas, 87.
 Catharino, Ambrosio, 547.
 Cathemerinon, 210.
 Catolicismo alemán, renovación, 502.
 Católicos, Reyes, 414 y s.
 Cauchie, Alfredo, 732.
 Caulet, 577.
 Cantiverio de Avión, 385 y s.
 Cavellus, Hugo, 551.
 Cavour, Camilo, 651 y s., 614.
 Cayetano, 430, 549; con Lutero, 456.
 Cazalla, Agustín, 479.
 Ceballos, 599.
 Cecil, William, 509.
 Cecilia, Sta., 58.
 Ceciliano, 148.
 Cecilio, 46.
 Ceferino, Papa, 80.
 Celanova, 286.
 Celestino, Papa, 164; V, 317, 423.
 Celestio, 179 y s.
 Celibato, 97, 229, 372.
 Celso, 64.
 Cenobítica, vida, 219.
 Central, América, 536; siglos XVII y s., 602; siglo XIX, 695 y s.
 Centro, partido, 669.
 Centurias de Magdeburgo, 9 y s., 503.
 Ceñal, R., 728.
 Cerdón, 72.
 Cerezuelo, Luis de, 538.

Cerinto, 68.
 Cerratense, 62.
 Cerro de los Ángeles, 681.
 Cesarea, 36.
 Cesareo de Arlés, S., 138, 185 y s., 205 y s.; reglas, 223.
 Cesarini, legado, 401.
 Cesena, Miguel de, 424.
 Ceylán, siglos XVII y s., 612.
 Cibeles, 20.
 Ciborium, 240.
 Ciencia y la Inq., 521.
 Cienfuegos, cardenal Alvarez, 615.
 Cimabúe, 445.
 Cinaloa, misiones de, 535.
 Cipriano, S., 49, 61, 92 y s.; sobre rebautizar a los herejes, 102 y s.; de Burdeos, 138; de Valera, 480.
 Circuncisión, 296; del Señor, 237.
 Cirilo de Alejandría, 164 y s., 168 y s., 171, 191 y s.; de Jerusalén, S., 195; y Metodio, 253.
 Cisma, 68; de Focio, 277 y s.; de Occidente, 394 y s.; conatos de solución, 396 y s.; fin, 398 y s.; Oriental, 277 y s.
 Cismas arrianos, 157 s.
 Cismáticas, Iglesias, 526; conatos de unión, 526 y s., 724 y s.
 Cisneros, cardenal, 414 y s., 422; reforma, 415.
 Cistercienses, 355 y s.; su crecimiento, 356; en España, 360: siglo XIX, 735.
 Cîteaux, 355.
 Civiles, deberes de los crist., 111.
 Claraval, 356.
 Clarisas, 364.
 Clásicos, prohibición de Juliano, 120.
 Claudio, 270; de Turín, 282.
 Clavijo, batalla, 270.
 Clemanges, 404.
 Clemente, 22; de Alejandría, 88; M. Hofbauer, S., 622; Romano, S., 39, 45, 55, 83; II, 265; III, antipapa, 302, 305; IV, 316; V, 387 y s., 424; VI, 390 y s.; VII, 459, 476; VII, antipapa, 395 y s.; VIII, 504; y la controversia de la gracia, 556; IX, 581; XI, 573 y s., 581; XII, 574; XIII, 574 y s., 585; XIV, 575; contra la Compañía de Jesús, 595 y s.
 Clementina, 499; paz, 581.
 Cleomenes, 79.
 Clericis laicos, 318.
 Clermont, sínodo de, 305, 352.
 Clero, 297; bajo, 452; formación, 97 y s., 229, 297, 561; elección, 229; celibato, 229; regular, 452; secular, 451.
 Clímaco, S. Juan, 203.
 Climent, 599.
 Clodoveo, conversión, 137 y s.

Clotilde, 137.
 Cluniacenses, 284 y s.; en España, 286 y s.
 Cluny, reforma, 284 y s.; escuela, 332.
 Cochinchina, siglo XIX, 710.
 Codex Iuris Canonici, 659, 662, 739; Theodosianus, 123.
 Código de Justiniano, 125.
 Coercitionis, potestas, 52.
 Coimbra, Enrique de, 539; Pablo de, 537.
 Cola di Rienzo, 391.
 Colaciones, 222; de Casiano, 184.
 Colegios universitarios, 333.
 Coleruega, 367.
 Coligny, Gaspar de, 472, 506.
 Colin, J. Cl., 705.
 Colmar, J. L., 639.
 Colombia, 536, 692 y s..
 Colombini, Juan, 437.
 Colomés y Lasala, 648.
 Colón, Cristóbal, 420.
 Colonia, 49; suceso de, 638.
 Colonna, 317; familia, 318; Sciara, 386.
 Coloquios religiosos, 466.
 Columba, S., 140, 240, 268.
 Columbano, S., 138, 142, 206, 223; regla, 223.
 Colunga, Alberto, 731.
 Collectio hispana, 233, 292.
 Collet, P., 615.
 Coma Pianum, 529.
 Combefis, Francisco, 554.
 Combes, 667.
 Commonitorium, 185.
 Comodiano, 201.
 Cómodo, 57.
 Comonfort, Ign., 698.
 Compañía de Jesús, 487 y s.; fundación de la, 489; constitución interior de la, 490; contrajansenismo, 579 y s.; guerra contra ella, 592 y s.; en Portugal, 592 y s.; en Francia, 593; en España, 593 y s.; extinción general, 594 y s.; en España, siglo XVII, 599; siglos XVIII y s., 620; actividad en España, siglo XIX, 680; disuelta en España en 1932, 682; actividad misionera actual, 705; restablecimiento, 735; y Pío XII, 746; de María, 736.
 Competentes, 236.
 Completas, 235.
 Complutense, poliglota, 551.
 Compostela, Santiago de, 44.
 Comuneros, 716; caballeros, 647.
 Confusión, 235, 293; bajo las dos especies, 485; diaria, 660.
 Comunismo, 29, 664, 717 y s.; en China, 711.

Concepción Inmaculada, 374; de la Vega, 421.
 Conceptualistas, 336.
 Conciliar, teoría, 424.
 Concilio I de Jerusalén, 34; plenario Americano, 688.
 Concilios, 98, 290 y s.; colecciones, 4; ecuménicos, 232 y s.; generales, 233; nacionales, 233; provinciales y endemusa, 233; en España, 322; de reforma, 290; nacionales o provinciales, 290.
 Concina, D., 616.
 Concordia, fórmula de, 525.
 Concordato de 1737, 597; de 1753, 598; con Napoleón, 631.
 Conches, Guillermo de, 337.
 Condé, Luis de, 472.
 Condren, C. de, 619.
 Confesión, 107, 375; privada, 236.
 Confesores, 59.
 Confessio Belgica, 512; Gallicana, 472; Havnica, 474; Scotica, 510.
 Confirmación, 103, 236, 294.
 Confusión, 168.
 Congo, 419, 539 y s.; siglos XVII y s., 608; Belga, 707 y s.
 Congregaciones Marianas, 749; religiosas, 734 y s.
 Congregacionalistas, 525, 722.
 Congresos eucarísticos, 660, 740.
 Coniunctio, 163.
 Commutación, 295.
 Conradino, 316.
 Conrado, 304; III, 353.
 Consalvi, cardenal, 632 y s.
 Consejo Supremo, 439.
 Consolamentum, 327.
 Constancia, 119.
 Constancio I, 118 y s., 151 y s., 155; Cloro, 115.
 Constante, 118, 153.
 Constantino el Grande, 61, 115 y s.; visión de la cruz, 116; cambio de política, 116 y s.; favor al crist., 117 s.; hijos de, 118 y s.; y los donatistas, 148 y s.; y Nicea, 150 y s.; II, 118; Pogonato, 174; V Coprónimo, 272; IX, 278; (Cirilo), 253; Ponce de la Fuente, 480.
 Constantinopolitano, símbolo, 160.
 Constantinopla, fundación, 117 y s.; I Concilio, 160 y s., 162, 172, 553; III Concilio, 174 y s.; IV Concilio, 278, 869; sínodo, 156.
 Constanza, 142; Concilio de, 398.
 Constitución civil del clero, 682; eclesiástica, 95 y s., 561.
 Constituciones apostólicas, 82.
 Constitutum, 172.
 Consubstantialis, 150 y s.
 Contardo Ferrini, 750.

Contarini, 483.
 Contenson, V., 614.
 Contractus, 282.
 Contrarremonstrantes, 525.
 Controversias luteranas, 523 y s.; en Inglaterra, 525 y s.
 Conventuales, 424, 436.
 Conversión, 168.
 Conversos judíos, 520.
 Convulsionarios jansenistas, 574, 582.
 Copérnico, 554.
 Copistas, monjes, 270.
 Coptos, 171.
 Corbiniano, S., 142.
 Córdoba, 322; califato, 267; mártires, 268 y s.; Fr. Pedro de, 422; del Tucumán, 604.
 Corea, 711.
 Corepiscopos, 98.
 Corinto, 35, 36; epístolas, 36.
 Coriolano, Francisco de, 551.
 Corluy, J., 730.
 Cornejo, Pedro, 551.
 Cornelio, 31.
 Cornelius, 737.
 Cornely, R., 730.
 Coronados, mártires, 60.
 Coronel, Pablo, 417.
 Corpus, 374; Christi, Mancio de, 549.
 Correa, Antonio, 538.
 Corte, cristianos, 48.
 Cortés, Donoso, 729 (véase Donoso).
 Corvey, 251.
 Corvino, Matías, 408.
 Cosme el Navegante, 203.
 Cosroes, 128.
 Costa de Marfil, 707; de Oro, 707; Rica, 695.
 Couchon, Pedro, 399.
 Conllant Valera, 738.
 Covarrubias, Diego de, 553.
 Cracovia, 254.
 Crainia, 252.
 Crammer, 476 y s., 508.
 Credi, Lorenzo di, 446.
 Cremona, Gerardo de, 339; Prevostin de, 338; Rolando de, 343.
 Crescencio de Teodora, 264.
 Crescencios, 264.
 Crescente, 56.
 Crescentius el Joven, 265.
 Crespi, Paz de, 467.
 Creuilly, 602.
 Cripta, 375.
 Criptocalvinismo, 524.
 Crisafio, 168 y s.
 Crisma, santo, 103, 236.
 Crisóstomo, S. Juan, cuestión orígenes, 177 y s.
 Crispo, 35, 117, 118.
 Cristeta, Sta., 63.

Cristianismo, extensión, 47; causas de la propagación, 50 y s.; es-
torbos, 51.
Cristiano II, 473; III, 474; IV, 504.
Cristina de Suecia, 572.
Cristo Rey, fiesta, 663.
Cristológicas, herejías, 161 y s.
Croatas, 252.
Cromwell, 476.
Cronología, 7.
Cruzadas, 305, 351 y s.; efectos, 354.
Cuadrado, José M., 729.
Cuadrato, 64.
Cuáqueros, 526, 722.
Cuaresma, 109, 296.
Cuba, 421, 535; siglo XIX, 696 y s.
Cuerpo Místico, 748.
Cuesta, cardenal, 678.
Cujía, Gaspar, 603.
Culto, 100 y s., 233 y s., 292 y s.,
373 y s., 447 y s., 560 y s.; luga-
res, 109.
Curlandia, protestantismo, 474.
Cusa, Nicolás de, 430, 436.
Cuzco, 537.

Chaide, Malón de, 557.
Chalons, escuela, 332.
Champeaux, Guillermo de, 357.
Charlier, Juan, 431.
Chartres, Bernardo de, 337; escue-
la, 332, 337; Fulberto de, 332.
Chartreuse, 355.
Charuses, T. de, 615.
Chateaubriand, 636.
Checa, José Ignacio, 693.
Checos, 253.
Chemnitz, Martín, 524.
Chevalier, J., 705.
Chichiusecas, indios, 601.
Chile, 538; siglos XVII y s., 604; si-
glo XIX, 691.
Chiliasmo, 77 y s.
China, 543 y s.; siglos XVII y s., 611
y s.; siglo XIX, 710 y s.
Chinos, ritos, 574, 611.
Chipre, 33.
Chiriguano, misión, 603.
Chirino, 545.
Chirlandajo, Domenico, 446.
Choiseul, 593.
Chor-obispo, 290.
Chrewsbury, marqués, 641.
Christotókos, 164.
Chrysolora, Manuel, 403.
Chur, 142.
Churiguera, 565, 624; J., 624.
Churruiguesco, estilo, 624.

Daciano, prefecto, 62.
Da Cunha, 419, 541.
Dagoberto I, 138.
Daifusama, 544.
D'Alembert, 591.

D'Alés, A., 727.
Dalmacio, 118.
Dalmática, 240.
Dalmau, Luis, 447.
Damasceno, S. Juan, 271, 283.
Damasco, 32.
Damaso, S., 157 y s., 160, 187, 209;
contra Apolinar, 162; II, 265.
Damián de Veuster, 713.
Damieta, 354.
D'Annibale, José, 731.
Dante Alighieri, 402 y s.
Darboy, 666.
Darnley, 510.
Dato, E., 681.
David Blondel, 292.
D'Azelio, M., 650.
De Bonalt, 636.
Decanatos, 290.
Decano, 290.
Decio, persecución, 58 y s., 62.
Decorativo, estilo, 444.
Decretales, 324.
Defensa, Inq. española, 440 y s.
Defensor pacis, 389, 424.
Defensores, 228.
De Groot, 728.
Deísmo, 589 y s.
Delehay, sobre S. Fructuoso, 62.
Della Genga, 637.
Demiurgo, 70.
Denifle, 657.
Denuncias, 439.
Derbe, 33.
Derechos del hombre, 627.
Desamortización, 646.
Descartes, Renato, 590.
Descubrimientos, 418 y s., 531.
Desiderio, 258.
Deutz, Ruperto, 346.
Devocionarios, 449.
Diaconisas, 97.
Diáconos, 97; siete, 29.
Diana, A., 616.
Diáspora, judía, 24.
Díaz, Bartolomé, 419; Porfirio, 698.
Dictatus Papae, 301.
Dictinio, 211.
Didaché, 82, 101.
Didascalía, 82.
Diderot, 591.
Dídimo el Ciego, 43, 189 y s.
Didon, Enrique, 729.
Diego de Alcalá, S., 416; de Cá-
diz, 624; Gelmírez, 321.
Diezmos, 291.
Digesto, 125.
Digna, 268.
Dinamarca, 251 y s.; protestantis-
mo en, 473 y s.; siglo XX, 676.
Dinant, David de, 339.
Diócesis, 98.
Dioleciano, persecución, 60 y s., 62.
Diodoro de Tarso, 163, 192.

Diognetes, epístola, 65, 111.
Dionisio de Alejandría, S., 59, 90;
Areopagita, 35; en Francia, 48;
de Corinto, 39; el Exiguo, 26,
205, 233, 292.
Dióscoro, 168, 170.
Dióspolis, 181.
Diplomática, 6.
Dípticos, 240.
Disciplina eclesiástica, 95 y s., 228
y s., 288 y s., 370 y s., 738.
Disidentes, Iglesias, 523.
Dispersión de los Apóstoles, 31; ju-
díos, 24.
Diversiones, 21.
Divini Redemptoris, 663.
Divino afflante spiritu, 751.
Doctrinales, cuestiones, 271 y s.
Documentos, colecciones, 4 y s.; iné-
ditos, 5.
Dokum, 250.
Dollfuss, 672.
Döllinger, Ignacio, 11, 653, 654, 732.
Domenichino, 562.
Domiciano, 40; persecuciones, 54 y s.
Domingo Savio, 750; de Guzmán,
Sto., 367 y s.
Dominica, 108, 602.
Dominicana, República, siglo XX,
697.
Dominicos, 329, 366 y s.; inquisido-
res, 329 y s.; ascéticos, 347 y s.;
extensión, 367 y s.; y el Rosa-
rio, 368; en Méjico, 534.
Domitila, catacumba, 110.
Donar, encina, 248.
Donatello, 445.
Donatistas, 147 y s.
Donato, 148, 225.
Donnet, cardenal, 666.
Donoso Cortés, 648 (véase *Cortés*).
D'Ors, Eugenio, 728.
Draconcio, 211.
Dreves, Guido, 732.
Drews, 26.
Drey, Sebastián von, 727.
Droste-Vischering, Cl. A. von, 639.
Dualismo, 69.
Ducatus Romanus, 256.
Duchesne, Luis, 11, 732.
Duelo, 297.
Du Hamel, J. B., 615.
Dumio, monasterio, 224.
Dunin, M. von, 639.
Dupanloup, 637, 653.
Durando de S. Porciano, 429 y s.
Dürer (Durrero), Alberto, 447, 562.

Ebbo de Reims, 251.
Ebionitas, 68.
Echevarría y Gutiérrez Moreno, 686,
687.
Eck, Juan, 455 y s., 467, 547.
Eckehard, 282.

Eckhart, 432 y s.
Ecolampadio, 464.
Ecónomos, 228.
Ecuador, 537; siglo XVII, 603; siglo
XIX, 692 y s.
Euménicos, concilios, 232.
Edades, cuatro, 13.
Edicto de Unión, 166.
Eduardo VI, 477.
Éfeso, 35; Concilio, 165 y s.; latro-
cinio, 168.
Efrén, S., 195 y s.; patrono de An-
tioquía, 178.
Egido, doctor, 480; Romano, 430.
Egipto, origen crist., 49; siglos XVII
y s., 607 y s.; siglo XIX, 707.
Egmont, 512.
Ehrhard, 52.
Ehrle, cardenal, 657.
Einhard, 260.
Ejercicios de S. Ignacio, 488, 558,
740.
Ejército, cristianismo, 48.
Ekthesis, 174.
Elbel, B., 616.
Eleazar, 47.
Elena, Sta., 117.
El Escorial, 564.
Elías, Fr., 366.
Elipando de Toledo, 273 y s.
Elkesaitas, 68.
Eloi, S., 142.
El Plata, siglos XVII y s., 604 y s.;
siglo XIX, 685.
El Salvador, siglo XIX, 696.
Eluros, Timoteo, 170.
Elvira, Concilio, 207.
Emancipación, Inglaterra, 640 y s.
Embajadas, libertad de las, 578.
Emeterio y Celedonio, 62.
Emmerano, S., 142.
Emperador, culto, 20.
Ems, puntuación de, 585.
Enciclopedia, 5, 591.
Enciclopedistas, 591; en España, 598
y s., 647.
Encomiendas, 422.
Endura, 327.
Eneas Silvio Piccolomini, 404, 407.
Enkykion, 170.
Enrique I de Inglaterra, 305; II, 297,
309; II, el Santo, 265; III, 265,
507; IV, 266, 301, 303, 304 y s.,
507; V, 305; VI, 309; VIII, 475
y s., 508; de Navarra, 506 y s.
Enriquez del Castillo, Diego, 418.
Ensenada, 597.
Entredicho, 295.
Eones, 69.
Epiclesis, 234.
Epicteto, 21.
Epicureísmo, 21.
Epifanía, 109, 237, 296.

Epifanio, S., 162, 177, 195.
 Epígono, 79.
 Episcopalianos, 722.
 Epístola dogmática, 168, 170; tracto-
 ria, 182.
 Equiprobabilismo, 616.
 Equites templi, 358.
 Era hispánica, 7.
 Erasmo, Desiderio, 404, 453, 458.
 Erfurt, 249.
 Ermitaños, 218.
 Ermland, 350.
 Ernesto de Baviera, 503.
 Errarruriz, 691.
 Escala espiritual, 556.
 Escalada, Mariano, J., 689.
 Escandinavos, países, 251 y s.
 Escapulario, 374.
 Escilitanos, mártires, 57.
 Escitia, desierto, 218.
 Esclavas del Sagrado Corazón, 681.
 Esclavos, 21, 112; en América, 422.
 Escobar y Mendoza, 553, 616.
 Escocia, 510; monacato, 224.
 Escolapios, 494, 599.
 Escolástica, 334 y s.; apogeo, 339 y
 s.; siglo XIV, 427 y s.; siglo XVI,
 546 y s.
 Escoto, Juan Duns, 344, 428.
 Escritura, Sagrada, 431.
 Escuelas crist., características, 188;
 cristianas, Hermanos, 620 y s.;
 Pías, 494.
 Escultura, 738.
 Eslavos, evangelización, 252 y s.
 Esmalcalda, Liga de, 462, 466; gue-
 rra, 467 y s.
 España, origen crist., 42 y s., 49;
 visigoda, 132 y s., 208 y s.; mo-
 nacato, 224; árabes, 266 y s.;
 libre, 269; Edad Media, 319 y s.,
 412; Órdenes religiosas, 359 y s.;
 siglos XIV y XV, 413 y s.; pro-
 testantismo, 478 y s.; guerra de
 los Treinta años, 504 - s. y la
 Reforma, 513; defensora de la fe,
 514 y s.; sus causas, 514 y s.;
 colaboró con la Reforma, 515 y
 s.; defendió a la Iglesia, 516; dió
 ejércitos de misioneros, 516; con-
 tra los jesuitas, 593 y s.; Iglesia,
 siglo XVII, 596 y s.; siglo XIX,
 643 y s.; siglos XIX y XX, 677 y
 s.; concordato de 1851, 678; sa-
 grada, 5.
 Españoles, Concilios, 206 y s.
 Espárrago, 330.
 Espartero, regencia, 646; vuelve al
 gobierno, 678.
 Especies, dos, 293.
 Espen, Bernardo van, 584, 617.
 Esperaindeo, 269, 270.
 Espina, Alonso de, 418.
 Espinar, Fr. Alonso de, 422.

Espionaje, 440.
 Espira, dieta, 460, 461.
 Espiritismo, 723.
 Espíritu Santo, Congregación, 705.
 Espirituales, franciscanos, 423.
 Estadística, 8.
 Estados pontificios, 265 y s.; con-
 quista, 391 y s.; reorganización,
 411 y s.; ocupación, 650.
 Estados Unidos, 539; siglo XIX,
 700 y s.; Concilios provinciales,
 701; estado actual, 702.
 Estanislao, 254.
 Esteban, protomártir, S., 30, 59, 238;
 I, 100, 102, 107; II, 257; III, 272;
 VI, 263; de Antioquía, 153; de
 Hungria, S., 297; Langton, 312;
 el Santo, 254.
 Estella, Diego de, 559.
 Esterhaz, 587.
 Estigmatización, 365.
 Estilicón, 123, 132.
 Estilitas, 220.
 Estiria, 252.
 Estius, Guillermo, 552.
 Estoicismo, 21.
 Estonia, 350; protestantismo, 474.
 Estrasburgo, 142, 503.
 Etelberto, 140.
 Eteria, itinerario, 211 y s.
 Eterio, 270, 273.
 Etiopía, 540; siglos XVII y s., 608;
 siglo XIX, 708 y s.
 Eubel, Conrado, 732.
 Eucaristía, 103 y s.; contiendas, 276
 y s.; controversias luteranas, 523.
 Eucrocía, 187.
 Eucherius, 201.
 Eudocia, 169.
 Eufasio, 46.
 Eugenio III, 308; y segunda cru-
 zada, 353; IV, 399, 400 y s., 406,
 419.
 Eulalia de Mérida, 63.
 Eulalias, problema, 63.
 Eulogio, 62; S., 268, 270.
 Eurico, 134.
 Europea, guerra (1914-18), 661.
 Eusebio de Cesarea, 8, 150, 152, 177,
 194 y s.; sobre Constantino, 116;
 de Dorilea, 164 y s., 168, 169; de
 Nicomedia, 150, 152; de Vercelli,
 158, 221.
 Eutimio, 283.
 Eutiques, 168 y s.
 Eutropio de Valencia, 213.
 Evagrio Póntico, 192.
 Evangeliarios, 240.
 Evangelio vivo, 76.
 Exarcado, 257.
 Exarcas bizantinos, 256.
 Excomunión, 295.
 Exegéticos, estudios, 730 y s.
 Exhortatio ad gentiles, 88.
 Eximeno, 647.
 Exomólogos, 106, 107.
 Exorcistas, 97, 228.
 Exremaunción, 236, 295, 373, 484.
 Eymereich, Nicolás, 418.
 Faber, 464.
 Fabián, S., 59.
 Fabiola, 242.
 Fabro, Pedro, 489.
 Fagnani, 616.
 Falk, A., 669.
 Faloux, A., 636.
 Familia cristiana, 112.
 Farel, Guillermo, 464, 471.
 Fariseos, 23.
 Farnesio, Alejandro, 513; Isabel, 596.
 Faroes, 252.
 Fastidius, 139.
 Fátima, 676, 740.
 Fausta, 118.
 Fausto de Riez, 185, 201.
 Febronianismo, 584 y s.
 Febronio, 584 y s.
 Federico I Barbarroja, 308 y s., 353;
 II, 311, 329; lucha, 313 y s.; II,
 el Grande, 591; III, 318, 401 y s.,
 408; Guillermo III, 721; von
 Holstein, 474; el Sabio, 455.
 Felicitismo, diácono, 92.
 Felicitas, Sta., 56.
 Felipe, S., en Samaria, 30, 41; Neri,
 S., 494; II, 507, 517 y s.; y los
 Países Bajos, 511 y s.; II Au-
 gusto, 353; III, 518; IV, 518,
 596; IV de Francia, 317 y s.; V,
 573, 596; Augusto, 312; el Her-
 moso y el Pontificado, 386 y s.;
 de Suabia, 311.
 Félix, 268, 636; antipapa, 157; de
 Urgel, 273 y s.; III, Papa, 170;
 V, 401; procurador, 36; de Za-
 ragoza, 62.
 Fenelón, 576; y el quietismo, 583.
 Fernández, 540; de Castro, 733;
 Gregorio, 564; de Moral, Les-
 mes, 564.
 Fernando Poo, 707.
 Fernando, S., 287, 320, 322, 502;
 II, 540; IV de Nápoles, 594; VI,
 597; VII, 644 y s.; Poo, 707; de
 Parma, 594.
 Ferrara-Florenia, Concilio de, 401
 y s.
 Ferraris, L., 616.
 Ferrer, Francisco, 679.
 Ferreres, Juan Bautista, 731.
 Fesche, cardenal, 632.
 Fessler, José, 732.
 Festo, procónsul, 36.
 Ficino, 403.
 Fiestas, 108, 236, 237, 295, 374, 560
 y s.; del Señor, 237; de la Vir-
 gen María, 238.

Figueroa, Francisco de, 603.
 Filelfo, Francisco, 403, 406.
 Filon, L. C., 730.
 Filioque, cuestión del, 274.
 Filipinas, 545; siglos XVII y s., 612;
 siglo XIX, 712 y s.
 Filipo el Árabe, 58.
 Filippos, 35, 36.
 Filología, 6.
 Filón, 24.
 Filosofía, 280, 325, 335; elementos
 buenos, 22; estado, 20.
 Filósofos coteológicos, escritos, 727.
 Filosofismo, 590.
 Filósofo rancio, 599.
 Filóstrato, 64.
 Finlandia, 252, 350.
 Fiore, Joaquín de, 423.
 Firminius Maternus, 201.
 Fishacre, Ricardo de, 343.
 Fisher, Juan, 476.
 Fita, 63.
 Fitero, 360.
 Flacio Ilirico, 523.
 Flamenco, Juan, 447.
 Flarchheim, batalla de, 302.
 Flavia Domitila, 55.
 Flaviano, 168 y s.
 Flavio Clemente, 55; Josefo, 26, 28,
 41.
 Fléchier, 576.
 Fleury, Cl., 11.
 Fliche-Martin, 732.
 Flodoardo de Reims, 282.
 Florencia, 393.
 Florentina, escuela, 445 y s.
 Flores, isla, 713.
 Flórez, 599.
 Floridablanca, 598.
 Focio, 262, 277 y s., 283.
 Foligno, Angela de, 434.
 Fonseca, 520; Pedro de, 550.
 Fontainebleau, Concordato, 632.
 Fontino de Sirmio, 158.
 Formoso, 263.
 Foro, privilegio del, 126.
 Fossombrone, Luis de, 493.
 Fouard, 11.
 Fractio panis, 104.
 Frailes, degüello, 645 v s.; meno-
 res, 364.
 Francia, monacato, 221 y s.; hugo-
 notes, 472 y s.; luchas religio-
 sas, 505 y s.; siglos XVII y s., 575
 y s.; leyes antirreligiosas, 667;
 estado actual, 667 y s.; contra los
 jesuitas, 593; León XIII, 656;
 Pío X, 660; restauración, 635 y
 s.; siglo XIX, 665 y s.; Francis-
 co, 446.
 Francisca Javiera Cabrini, Sta., 750.
 Franciscana, escuela, 428 y s.; si-
 glo XIX, 735; Orden, 437.
 Franciscanas misioneras, 681.

Franciscanos, 329, 362 y s., 539; ascéticos, 346 y s.; en Brasil, 539; en España, 366; expansión, 365; en México, 534.
 Francisco José, 672; de Asís, S., místico, 346, 363 s.; de Borja, 519 y s., 559; de la Cruz, 534; Javier, S., 542 y s.; en Pesquera, 542; en Japón, 542 y s.; muerte, 543; de Paula, S., 437; de Sales, S., 559, 576; Oratorio de S., 736; de S. José, 603; Solano, S., 538; I, 412, 472 y s.
 Franco, 682 y s.
 Francos, conversión, 137.
 Franchi de Cavallieri, 59.
 Frangipani, 307, 314.
 Frankfurt, Convenio de, 466; sínodo en, 274.
 Franzelin, B., 727.
 Frassen, Cl., 615.
 Fraticelos, 423 y s.
 Frayssinous, 636.
 Freising, 249.
 Frère-Orban, 673.
 Fridolin, S., 142.
 Frigia, 248.
 Frisia, 142, 250 y s.
 Fritz, Samuel, 603.
 Fritzlär, 248.
 Froilán, 270; Díaz, 598.
 Frontón, 63.
 Fructuoso, S., 62, 224; regla, 225.
 Frumencio y Edesio, 129.
 Fuente, Vicente de la, 732.
 Fuentes, de la Historia Eclesiástica, 3 y s.
 Fulco, 367.
 Fulda, 250.
 Fulgencio de Ruspe, 185, 204, 751.
 Fulgens Radiator, 751.
 Fullón, Pedro, 170.
 Fumagalli, Ángel, 731.
 Funk, Fr. J., 84, 732.
 Gabino Tejado, 729.
 Gabriel de la Dolorosa, S., 740.
 Gago, 544.
 Gajanitas, 171.
 Gala Placidia, 133.
 Galacia, 36; epístola, 36.
 Galdós, R., 731.
 Galerio, César, 60.
 Galias, origen crist., 48.
 Gállica, liturgia, 234, 293.
 Galicanismo, 573, 577 y s.; nuevas condenaciones, 578.
 Galileo Galilei, conflicto con Roma, 554.
 Galión, 35.
 Gallardo, 647.
 Gállegos, Fernando, 447.
 Gallen, S., 142.
 Gallia christ., 5, 10.

Gallicani, 333.
 Gallisá, 648.
 Gallo, 118, 119, 142.
 Gambetta, L., 666.
 Gambiers, islas, 713.
 Gandía, Universidad, 492.
 Gante, Enrique de, 344; Pedro de, 534; pacificación de, 513.
 Garantías, ley, 651.
 Garcés, 648.
 García, monje, 286; de Cisneros, abad, 488, 557; de la Fuente, 61; Moreno, 693; de Padilla, 421.
 Garcilaso de la Vega, 413.
 Gardeil, Ambr., 727.
 Garibaldi, 651.
 Garrés, Julián, 535.
 Gasparri, cardenal, 661, 741.
 Gavardi, N., 615.
 Gayo, 39.
 Gaza, 31.
 Gazzaniga, P., 615.
 Geiser, J. Bautista, 615.
 Geislemaro, 252.
 Gelasio I, 232; II, 306.
 Gelnhausen, 396.
 Gemisto Plethon, 403.
 Géneros secundarios, 85 y s.
 Genética, historia, 3.
 Génicot, Eduardo, 731.
 Gennadio, 201, 270.
 Genserico, 135.
 Gentil, primer contacto con el Evangelio, 30 y s.
 Gentile, Valentín, 524.
 Georgia, 129, 539.
 Gerardo de Braga, S., 321.
 Gerbert, M., 618.
 Gerberto de Reims, 282.
 Germán de Auxerre, S., 138 y s.
 Germánico, 491.
 Germanicum, Concilium, 249; Collegium, 498.
 Germano, 271.
 Germond, 617.
 Gerson, 396, 404, 431, 435.
 Gertrudis, Sta., 348.
 Getino, A., 729.
 Gfrörer, 12.
 Gibelinos, 311, 315.
 Ghiberti, Lorenzo, 445.
 Gieseler, L., 12.
 Gil de Albornoz, cardenal, 391 y s., 416.
 Gilberto de la Porrée, 332.
 Gildas, 140, 206.
 Ginebra, 470 y s.
 Gioberti, 650, 718.
 Giotto, 445.
 Giróvagos, 221.
 Gladiador, 21.
 Gnosis, origen, 69.
 Gnosticismo, 69 y s.; lucha contra él, 73 y s.

Gnósticos, sistemas, 69 y s.; palestiniosirios, 70 y s.; alejandrinos, 71.
 Goa, 541; diócesis, conflicto, 709.
 Goar, 142.
 Gobert, J., 616.
 Gobierno, formas, 655.
 Godeschalchus, 275 y s.
 Godínez (Wadding), 601.
 Godofredo de Bouillon, 352.
 Godos, 131.
 Godoy, 598; M., 643.
 Goes, Hermano, 543; van der, Hugo, 447.
 Goethe, 591.
 Gomar, Francisco, 445, 525.
 Gómez, Cornelio, 540; exceptor, 268; Valentín, 686; da Costa, 676; Haedo, 599; Izquierdo, Alberto, 728; presidente, 695.
 Gonçalves d'Oliveira, 691.
 Gonzaga, Julia, 478.
 González, J., 728; Ceferino, 728; Arintero, 728; Blanco, Edmundo, 728; de Mendoza, Pedro, 417; Téllez, M., 616.
 Gonzalo de Amarante, S., 323.
 Görres, J., 638, 639; sociedad de, 669.
 Gothia, obispo de, 131.
 Gótico, estilo, 376 y s.; apogeo, 377; florido, 443; fin del arte, 443 y s.; en España, 444; rito, 208.
 Gotti, L., 614.
 Gottschalk, 253, 275 y s.
 Gousset, cardenal, 666, 727.
 Gouveja, Francisco de, 540.
 Gozzoli, Bonozzo, 446.
 Gracia, contra el pelag., 180 y s.; controversias, 555 y s.; fin, 556.
 Gracián de la Madre de Dios, 559.
 Graciano, 122, 187.
 Graecum, Collegium, 498.
 Gran, 254; Colombia, 685, 692; Mógol, 610.
 Granach, Lucas, 562.
 Granada, conquista, 413; Luis de, 557.
 Granado, Santiago, 550.
 Grandmaison, Leoncio de, 727, 730.
 Gravina, 548.
 Greco, El, 563.
 Gregoriana, Universidad, 498; Pío XI, 664.
 Gregoriano, canto, 235; sacramentario, 234.
 Gregorio, de Elvira, S., 209 y s.; el Iluminado, 128; Magno, S., 203 y s.; y el Patrimonio de S. Pedro, 256; e Inglaterra, 140 y s.; canto gregoriano, 235; Nacianceno, S., 121, 160, 162, 191, 220; Niseno, S., 162, 190 y s.; Tauma-

turgo, S., 90; de Tours, S., 137, 138, 206; de Utrecht, 250; II, 248 y s., 256, 272; III, 249, 256; y la Iglesia griega, 527; y Rusia, 528; V, 264; VI, 265; VII, 265 y s., 300 y s., 304, 310, 370; su muerte, 303; reforma gregoriana, 304 y s.; en España, 320; VIII, 362; IX, 314 y s., 329 y s., 365; establece la Inq., 329 y s.; X, 316; XI, 392 y s.; XII, 397 y s., 398; XIII, 498 y s., 527; contra Bayo, 529; XV, 504; XVI, 634 y s.; India, 709; inicia misiones, 703.
 Gretser, Jacobo, 548.
 Greving, José, 732.
 Griega, Iglesia, 527; y el protestantismo, 527; conatos de unión por Gregorio XIII, 527.
 Grignon de Montfort, L., 619.
 Grijalba, 531.
 Grillet, 602.
 Groenlandia, 252.
 Grosseteste, Roberto de, 344.
 Grot, Gerardo de, 435, 437.
 Grünwald, Matías, 447, 562.
 Gualberto, S. Juan, 285.
 Guam, isla, 613.
 Guanahamí, 420.
 Guaraníes, indios, 605.
 Guarulhos, 606.
 Guatemala, 536; siglo XIX, 695.
 Guayanas, 602.
 Guavrá, 538.
 Güelfos, 311, 315.
 Guéranger, Dom, 732, 734.
 Guerra mundial 1939-1945, 742 y s.
 Guevara, Antonio de, 599; Silvestre, 695.
 Guido de Arezzo, 283.
 Guillermo I, 669; II, 670; II de Holanda, 642; V, 502; de Champagneaux, 332, 337; el Conquistador, 303; de Poitiers, 332.
 Guinea, 540; española, 707.
 Guisa, Enrique de, 507.
 Guiscardo, Roberto, 303.
 Gundisalvo, Domingo, 323, 339.
 Günther, 719.
 Gustá, 648.
 Gustavo, Adolfo, 505, 721; Vasa, 474.
 Gutberlet, Const., 727.
 Guyon, Madame, 583.
 Guzmán Blanco, 695.
 Habsburgo, casa, 505.
 Hadit, 144.
 Hagen, M., 730.
 Hagiográfica, literatura, 296.
 Haimo de Halberstadt, 281.
 Haití, 421; siglo XX, 697.
 Hakon, 252.

Hamburgo, 252.
 Hämerken, Tomás, 435.
 Hannibalino, 118.
 Hardouin, 617.
 Harnack, A., 12, 38, 56, 105, 722; sobre Actas de los mártires, 53.
 Hauck, 722.
 Haunold, J., 615.
 Hawai, islas, 713.
 Hébridias, 252.
 Hefele, J. von, 11, 653, 670, 732.
 Heinrich, J. B., 727.
 Hegel, 721.
 Hegelianismo, en España, 680.
 Hegesipo, 8.
 Hējira, 143.
 Helenismo, 64.
 Helvético, Colegio, 503.
 Hemptine, Hildebrando de, 735.
 Henoticon, 170.
 Heraclio, 173 y s., 252.
 Herbert, 589.
 Herder, 591.
 Herejía, crimen, 127.
 Herejías, 271 y s., 325 y s.; principio, 67 y s.; cristológicas, 146; trinitarias, 146; soteriológicas, 147; persecución, 327 y s.; medidas generales contra, 328 y s.; y la Inq., 520 y s.; y errores, siglo XIX, 716.
 Hergenröther, cardenal, 11, 657, 732.
 Herlin, Federico, 447.
 Hermann, 282; de Bamberg, 303; von Wied, 467.
 Hermenegildo, S., 134.
 Hermes, 635; J., 718.
 Hernán Cortés, 531, 534.
 Herodes Agripa, 31; el Grande, 23.
 Heros de Arlés, 181.
 Herrera, Francisco de, 551, 563, 565; estilo, 564.
 Hérulos, 136.
 Hervás y Panduro, 647.
 Hesiquio, 46.
 Hesse, 248.
 Hessel, Juan, 528.
 Hessen, Felipe de, 466, 468; poligamia, 466.
 Hettinger, Serafin, 727.
 Heussi, 12, 38.
 Héxapla, 89.
 Hicletada, 544.
 Hierro, siglo de, 262 y s.
 Higimio, 186.
 Hijas de Jesús, 495.
 Hilario de Poitiers, S., 200; contra semipelagian., 184 y s.
 Hilaro, 169.
 Hildebrando, 265 y s., 285.
 Hildegarda, Sta., 346.
 Hílicos, 70.
 Hincmaro, 275, 281.
 Hinojosa, Gonzalo de, 418.

Hipólito, S., 74, 93; contra los monarquianos, 79 y s.; contra Calixto, 107.
 Hiroshima, misión, 712.
 Hispania Pontificia, 733.
 Hispaniola, 421.
 Hispano, Juan, 339.
 Historia Eclesiástica, concepto, 1 y s.; método, 2 y s.; desarrollo, 8 y s.
 Históricos, estudios, siglo XIX, 731 y s.
 Hita, Arcipreste, 418.
 Hoffmann, Melchor, 465.
 Hohenstaufen, 311, 315 y s.
 Hojeda, Bartolomé de, 536.
 Holanda, siglo XIX, 641 y s., 674.
 Holbein, Juan, 447, 562.
 Holgazanes, reyes, 138 y s.
 Homeos, 154, 156.
 Homeousianos, 154, 159.
 Homeridas, 129.
 Homoiousianos, 156, 157.
 Homología písteos, 172.
 Homoniosos, 150 y s.
 Honduras, 536; siglo XIX, 696.
 Honorato, S., 222.
 Honorio, 123, 173 y s., 175 y s.; condenación, 176; II, 307; III, 313 y s., 351, 365.
 Honthelm, Nicolás von, 584.
 Horas, 235.
 Horn, 512.
 Hospitalarios, Caballeros, 357 y s.
 Hostegesis, 269.
 Hoyos, Bernardo de, 623.
 Huet, D., 615.
 Hugo, Cándido, 320.
 Hugón, Beato, 357; S., 285.
 Hugonotes, 472.
 Hukbaldo, 294.
 Humani generis, 752.
 Humanismo, 402 y s.
 Humanistas y la Inq., 520.
 Humberto de Silva Cándida, 283.
 Hume, David, 590.
 Humerales, 240.
 Humillados, 326.
 Hummelauer, F. de, 730.
 Hungaricum, Collegium, 498.
 Hungria, 254, 475.
 Hunos, 135.
 Hunyadi, Juan, 407.
 Hurones, indios, 606.
 Hurtado de Mendoza, 531.
 Hurter, Hugo, 727.
 Huss, Juan, 425 y s.
 Husitas, guerras, 426.
 Hutten, Ulrico de, 404, 453.
 Hy, 140.
 Hyopátres, 79.
 Iarrow, 280.
 Ibas de Edessa, 169, 171 y s.

Iberia, 129.
 Ibero, J. M., 728.
 Ibn Tufail, 339.
 Iconio, 33, 35.
 Iconoclastas, 271 y s.
 Idacio, 211; de Mérida, 186 y s.
 Iglesia, Alta, 722; Ancha, 722; Baja, 722; y Estado, 125 y s.; protección, 126 y s.; abusos, 127; privilegios, 126.
 Iglesias, 110; propias, 230, 291.
 Ignacio de Antioquía, S., 39, 55, 84, 99; de Loyola, S., 488 y s.; y la Inq., 522; y los Ejercicios, 558.
 Igor, 254.
 Ildefonso de Toledo, S., 214 y s.
 Iluminados, 716.
 Ilustración, falsa, 589 y s.; en Alemania, 591 y s.
 Ilustrados, crist., 48.
 Illuminati, 236.
 Illyricus, Flacius, 10.
 Imágenes, en Occidente, 271 y s., 273.
 Imaginería, 377.
 Imitación de Cristo, 435.
 Impanación, 523.
 Impedimentos del matrimonio, 295.
 Imperio latino, cruzados, 353; occidental, nuevo, 258 y s.; significación, 260; romano, 125 y s.; romano crist., 125 y s.
 Imposición de manos, 103.
 Inclusorium, 220.
 Inclusos, 220.
 Incredulidad, siglo XIX, 716.
 Indalecio, 46.
 Independencia, de América, 684 y s.; y la Santa Sede, 686; guerra, 644.
 India, 41, 541 y s.; después de Javier, 543; siglos XVII y s., 609 y s.; siglo XIX, 709.
 Indias, Consejo de, 422.
 Índice de libros prohibidos, 522.
 Indígena, clero, 706.
 Indirecto, poder, 371.
 Indochina, siglos XVII y s., 612; siglo XIX, 710.
 Indulgencias, 295, 448, 454; plenas, 295.
 Indumentaria litúrgica, 240.
 Inés, Sta., 60.
 Infalibilidad pontificia, 653.
 Infralapsarios, 525.
 Infusión, 372, 448.
 Inglaterra, 49, 140; monacato, 224; Inocencio III, 311; siglo XIX, 640 y s., 672 y s.
 Inglés, Jorge, 447.
 Inguanzo, Pedro de, 648, 729.
 Inhabitat, 163.
 Initium fidei, 184 y s.

Inmaculada Concepción, 448, 623, 737; Pío IX, 652.
 Inmersión, 294, 372, 448.
 Inmunidad del clero, 126.
 Inocencio I, 181 y s.; II, 307 y s.; III, 310 y s., 328; y los Estados cristianos, 311 y s.; y la reforma crist., 312 y s.; cuarta cruzada, 353; IV, 314 y s.; V, 343; VI, 391; VII, 397; VIII, 409, 574; X, 572; XI, 572 y s., 578, 583; XII, 573.
 Inigo, S., 286.
 Iniguistas, 490.
 Ioannes Scholasticus, 233.
 Iona, 140.
 Inquisición, fundación, 399 y s.; y los dominicos, 368; española, 438 y s.; su causa, 438; principio, 439; organización, 439; procedimientos, 439 y s.; y los humanistas, 520; y la herejía, 520 y s.; y los alumbrados, 520 y s.; y la ciencia, 521; y los místicos, 521 y s.; española, siglo XVII..., 598 y s.
 Insabbatati, 326.
 Instancio, 186.
 Instituciones, 222.
 Insulis, Alanus ab, 337.
 Inter caetera, 411, 421.
 Interim de Ratisbona, 467.
 Invasores, pueblos, 130 y s.
 Investidura laica, 300 y s.
 Investiduras, lucha contra las, 304 y s.
 Irene, 272; de Bizancio, 260.
 Ireneo, S., 39, 49, 73 s., 99, 109.
 Irlanda, 139 y s.; monacato, 223; y el protestantismo, 511 y s.; siglo XIX, 673.
 Irmensul, 251.
 Iroqueses, indios, 606.
 Isaac, 268.
 Isaak el Grande, 129, 196.
 Isabel, Sta., 416; II, 645 y s.; caída definitiva, 678; de Baena, 480; Clara Eugenia, 507, 513; de Inglaterra, 508 y s.; persecución violenta, 509 y s.
 Isabelino, estilo, 444.
 Isdejerdes, 128.
 Isidoro, falso, 291 y s.; Mercator, 292; de Pelusium, 194; de Sevilla, S., 215 y s.
 Isis, 20.
 Isla, ex jesuita, 648.
 Islam, 142 y s.; en España, 319 y s.
 Islandia, 252, 414.
 Issoudun, PP. del Santísimo Corazón de Jesús, 705.
 Issy, conferencias, 583.
 Italia, origen crist., 48; Iglesia, 135; monacato, 221 y s.; protes-

tantismo, 477; Pío X, 660; Benedicto XV, 664; siglo XIX, 642, 674.
 Itinerante, jerarquía, 97.
 Itinerario de Etería, 211 y s.
 Itúrbide, 685, 697.
 Iturriz, J., 728.
 Indictum, 172.
 Ius reformandi, 460, 502.
 Iuvenco, 210.
 Iván IV, 528.
 Ivanios, 710.
 Izquierdo y Tavira, 599.
 Jacobis, Justino, 709.
 Jacobitas, 171, 607; de la Siria, 526.
 Jaén, 322.
 Jaffa, tratado, 314.
 Jaime I, el Conquistador, 316, 322, 362.
 Jamaica, 535.
 Jámblico, 64.
 Jansen, Juan, 474, 727.
 Jansenio, Cornelio, 552; su vida, su libro, 579 y s.
 Jansenismo, 573, 578 y s.; cinco proposiciones, 580; quaestio iuris..., 580 y s.; silencio obsequioso, 580 y s.; caso de conciencia, 581; bula Unigenitus, 582.
 Janssen, L., 727.
 Janssen, A., 705.
 Japón, 544 y s.; S. Francisco Javier, 542 y s.; siglo XIX, 711.
 Jaricot, Paulina, 705.
 Jaroslavo, 254.
 Jathrib, 143.
 Java, siglo XIX, 713.
 Javellus, Crisóstomo, 549.
 Jerarquía, 95 y s., 228 y s., 288 y s., 370 y s.; carismática, 97; en Alemania, 249; León XIII, 657.
 Jeremías II, Patriarca, 527.
 Jeronimitas, 494.
 Jerónimo, S., 8, 43, 156, 197 y s.; cuestión orígenes, 176 y s.; monacato, 222; Emiliano, S., 494; de la Madre de Dios, 521.
 Jerónimos, 437; de San Isidro, 480.
 Jerusalén, comunidad, 28 y s.; destrucción, 47; conquista, 352; reino, 352; caída, 353; misiones siglo XIX, 715.
 Jesuatos, 437.
 Jesucristo, nacimiento, 26; negación de su existencia, 26 y s.; su obra, 27 y s.; su muerte, 28.
 Jesuitas, en Méjico, 535; en el Perú, 537; en Brasil, 539; en el Congo, 540.
 Jesús, Hijas de, 681.
 Jesús imitabilis, 76.
 Jesús-María, Instituto, 737.
 Jesús patibilis, 76.

Jiménez de Quesada, 531; o Ximénis, Francisco, 418.
 Joasaf II, 527.
 Joergensen, 676.
 Johannes Philagatus, 264.
 Jorbalán, marquesa, 680.
 Jordán, J. B., 705; de Sajonia, Beato, 368.
 Jorge de Capadocia, 153; de Sajonia, 456; Sincello, 284.
 Josafat, 526.
 José, II, 586 y s.; de Calasanz, S., 494, 746, 750; Hijas de S., o Josefinas, 681; Oriol, S., 599, 624.
 Josefinas de Cluny, 736.
 Josefismo, 586 y s.
 Joviano, 122.
 Juan I, Papa, 136; III de Suecia, 499; VIII, 262, 278; X, 263; XI, 263; XII, 263 y s.; XIII, 264; XIV, 264; XV, 264; XXII, 388 y s.; de Antioquía, 165 y s.; de Austria, 513; de Ávila, Beato, 519, 557; y la Inq., 522; Bautista, S., 109, 238; de la Salle, S., 620 y s.; Britto, S., 610, 750; de Capistrano, S., 407, 437, 449; del Castillo, 605; Clímaco, S., 556; Crisóstomo, S., 123, 173; de la Cruz, S., 558 y s.; y la Inq., 522; de Dios, 495; de Dios o Deogracias, 324; Escoto Eriugena, 276, 281; Eudes, S., 619, 621, 623; Evangelista, S., 29, 40, 55; Fisher, S., 547; Gil Zamora, 324; de Jandún, 389; de Jerusalén, 181; de Juanes, 563; de Mata, S., 359; Paleólogo, 407; de Rivera, Beato, 519; de Sahagún, S., 416; de Salisbury, 332; sin Tierra, 311 y s.; de Torquemada, 292; de Valclara, 213; de Villacreces, Fr., 414.
 Juana d'Albret, 472; de Arco, 399; Francisca Frémot de Chantal, Sta., 495; de Lestonac, Sta., 750.
 Juárez, Benito, 698.
 Jubileo, 448.
 Judas Tadeo, S., 41.
 Judío, mundo, 22 y s.
 Jueces sinodales, 294.
 Juenin, G., 615.
 Juicios de Dios, 297, 379.
 Julia Mamaeae, 58.
 Julián, 266; de Eclano, 181, 182 y s.; de San Agustín, 519; de Toledo, S., 215.
 Julianillo, 480.
 Julianistas, 170.
 Juliano el Apóstata, 118, 119 y s., 156 y s., 159.
 Jülicher, 722.

Julio, Papa, 152, 153; II, 411 y s.; III, 468, 484; 1830, revolución, 636.
 Jungmann, Bernardo, 732.
 Juni, Juan de, 564.
 Justificación, 483; según Osiander, 524.
 Justiniano I, 124 y s., 136, 170 y s.; y los Tres Capítulos, 171 y s.; cuestión orígenes, 178; arte bizantino, 240; de Valencia, 213.
 Justino, S., 56, 65.
 Justo, 141; y Pastor, 63; de Sta. María, 689; de Urgel, 213.
 Juterbogk, Jacobo de, 406.
 Kaaba, 143.
 Kagoshima, 542.
 Kalthoff, 26.
 Kangsi, 611.
 Kant, Manuel, 591.
 Kappel, batalla, 465; paz, 465.
 Karlstadt, 456.
 Katerkamp, Teodoro, 11, 732.
 Katholikentage, 639.
 Kaulen, Fr., 730.
 Kaunitz, 587.
 Kehr, P., 733.
 Kempis, 435.
 Kénoma, 70.
 Ketteler, 653.
 Khadidja, 143.
 Kiaking, 711.
 Kienluz, 711.
 Kilber, 615.
 Kino (Kühn), 601.
 Klee, Enrique, 727.
 Kleutgen, José, 727.
 Knabenbauer, J., 730.
 Knipperdolling, 465.
 Knöpfler, Luis, 732.
 Knox, Juan, 510, 722.
 Koch, Antonio, 731.
 Koellin, Korado, 549.
 Kohlenberge, victoria de, 573.
 Kolping, A., 669.
 Koraischitas, 143.
 Korán, 144.
 Kornmann, R., 638.
 Kraus, Fr. J., 732.
 Krausismo, en España, 680 y s.
 Krüger, G., 12.
 Kuhn, J. von, 727.
 Kuldaer=cultores, 141.
 Kulturkampf, 669 y s.
 Kuniberto, 142.
 Kunigunda, 297.
 Kurth, Godofredo, 732.
 Lábaro de la cruz, 116.
 Labbé, F., 617.
 Labelle, 700.
 La Canal, 599, 733.
 Lachaise, 578.

Lachat, 654, 672.
 La Colombière, 623.
 Lacordaire, 636.
 Lacroix, Cl., 616.
 Lactancio, 94, 116.
 Laderchio, 10, 552.
 Laetus, Pomponius, 405.
 La Florida, 539; siglo XVII, 606.
 La Fuente, 11.
 Lagrange, M. J., 730.
 Lagüia, 694.
 Lahouse, G., 727.
 Lafnéz, 486.
 Lambertini, Próspero, 574, 617.
 Lamberto de Espoleto, 263.
 Lamennais, 635 y s., 637, 718.
 Lamentabili, 659.
 Lampérez, Vicente, 738.
 Lampillas, 647.
 Lancellotti, Juan P., 553.
 Landfranco de Bec, 282, 303.
 Langenstein, 396.
 La Oliva, 360.
 Laon, escuela, 332.
 Lapidé, Cornelio a, 552.
 Lappurger, 638.
 Lapsi, 151.
 La Puente, L. de, 559.
 Lardita, J. B., 615.
 Laredo, Bernardino de, 557.
 Largos, Bernanos, 177 y s.
 Lascaris, 406.
 Las Huelgas, 360.
 Laski, Juan, 474, 477.
 Lasso de la Vega, 686 y s.
 La Torre, 355.
 Latroniano, 211.
 Laudes, 235.
 Laura, gran, 178; antigua, 219; nueva, 219.
 Lauras, 219.
 Laurentius, P., 731.
 Laval, misionero, 713.
 Lavalette, 593.
 L'Avenir, 637.
 Lavigerie, cardenal, 706 y s.
 Lavis, 38.
 Lawardin, 578.
 Laxismo, 616.
 Laxistas, proposiciones, 573.
 Laymann, Pablo, 553.
 Lazaristas, 494, 621, 705.
 Lázaro de Aix, 181; S., en Marsella, 48.
 Lazios, 129.
 Lea, E., 105.
 Leandro de Sevilla, S., 134, 212; regla, 225.
 Lebreton, 102, 730, 732.
 Lebuin, S., 250 y s.
 Leccionarios, 240.
 Lecogiagense, Monasterium, 222.
 Lectores, 97.
 Ledesma, Pedro de, 549.

Ledochowski, 746.
 Legio fulminatas, 56.
 Legislación, colecciones, 4.
 Legueno, derrota, 309.
 Leibniz, 591.
 Leipzig, disputa, 456.
 Lemos, Tomás de, 549, 555.
 Len von Ebersol, 672.
 Lenin, 677.
 Leocadia, Sta., 63.
 León I (bizant.), 124, 170; I Magno, S., 168, 170, 199 y s.; III, Papa, 259 y s., 274; IV, 262, 272; V, el Armenio, 272; VI, el Filósofo, 278; VIII, 264; IX, Papa, 265 y s., 277, 297; X, 412, 454, 459; XII, 643; y la independencia de América, 686 y s.; XIII, 655 y s.; y el reino de Italia, 674; sobre Santiago, 44; Isaurico, 271; Luis de, 557; de Nicaragua, 536.
 Leoncio de Bizancio, 203.
 Leoni, 564.
 Leoniano, sacramentario, 234.
 Leónidas, S., 57.
 Leopoldo I de Austria, 573, 642; II, 586.
 Leovigildo, 134.
 Lepanto, victoria de, 498.
 Lepidi, Alberto, 727.
 Lerins, Vicente de, S., 185, 201; monasterio de, 184.
 Lessing, 591.
 Lessio, Leonardo, 551.
 Lestrangle, Agustín de, 735.
 Letanías mayores, 237.
 Leto, Pomponio, 408.
 Letrán, I Concilio, 307; II Concilio, 307; III Concilio, 309; IV Concilio, 312 y s.; V Concilio, 412; sínodo de 1112, 306; basílica, 117; tratado, 664.
 Leturia, P. de, 733.
 Leyendas, 53, 296, 449.
 Leyes de Indias, 532.
 Leyre, 286.
 Líbano, 120, 607.
 Libanio, 120.
 Libellatici, 59.
 Liber Pontificalis, 205.
 Liberalismo, 717; en España, 680.
 Liberatore, Mateo, 727.
 Liberio, Papa, 157; cuestión de, 153 y s.; cartas, 154.
 Liebermann, Pablo M., 705.
 Libertades galicanas, 577.
 Libia, siglo XIX, 707.
 Librepensadores, 589 y s.
 Libri Carolini, 273.
 Libro de Heráclides, 167.
 Libros litúrgicos, 240.
 Liciniano, 213.
 Licinio, 116.

Lidia, 35.
 Liebermann, 639.
 Lietzmann, 12.
 Lievens, 710.
 Liga católica, 504, 507; Santa, 412.
 Lippi, Filipino, 446.
 Lipsius, 722.
 Lisias, tribuno, 36.
 Listra, 33.
 Literatura eclesiástica, 81 y s., 180 y s., 188 y s., 279 y s., 331 y s.
 Liturgia, 293 y s.; de Constantinopla, 293; encarástica, 104, 235 y s., 372; romana, 234; unificación, 293.
 Liturgias, colecciones, 5; diferentes, 234.
 Litúrgico, movimiento, 740.
 Liudgero, 251.
 Liuva, 135.
 Livonia, 350, 474; protestantismo, 474.
 Loanda, 540.
 Loaysa, Jerónimo de, 536 y s.
 Locke, Juan, 590.
 Lodenstein, 591.
 Lollardos, 425.
 Lombardo, Pedro, 338.
 Lombardos, 136, 255 y s.
 López Ferreira, Antonio, 733.
 López Novoa, 681.
 López Vicuña, M. Vicenta M., 750.
 Lorch, 141.
 Lorena, Nicolás de, 552.
 Lorenzana, cardenal, 599; Francisco de, 601.
 Lorenzo, S., 59, 141, 238; el Magnífico, 403.
 Loreto, 740.
 Lorin, Juan, 552.
 Los Llanos, misión, 602.
 Lotario II, 262.
 Lovaina, Universidad, 642, 673.
 Loyola, Ignacio de, 488.
 Loysi, 719.
 Lucas, S., 26, 28, 41; de Tuy, 324.
 Lucía, Sta., 60.
 Luciano, 64.
 Lucifer de Cagliari, 158.
 Luciferianos, 158.
 Lucila, 148.
 Lucio III, 328.
 Lucrecia, 410.
 Lucrecio, 21.
 Ludovico II, 262.
 Lué, obispo, 685, 689.
 Lugo, Juan de, 550.
 Luis Felipe, 636.
 Luitprando, 263, 282.
 Luis I, 639; VII de Francia, 353; VIII de Francia, 328; IX, el Santo, y las cruzadas, 354; XIV, 573, 575 y s.; el Alemán, 253;

Beltrán, S., 537; de Granada, 519; de León, 521.
 Lujo, 21.
 Lukaris, Cirilo, 527.
 Lulio, Raimundo, 351, 416.
 Luna, Pedro de, 396 y s.
 Luparia, 46.
 Lupo de Troyes, S., 138 y s.
 Lupus, 351.
 Lutero, cambio, 453 y s.; levantamiento, 454; medidas de Roma, 455 y s.; proceso, 456 y s.; excomuniación, 457; muerte, 467.
 Lutz, von, 669.
 Lutzen, batalla de, 505.
 Luxeuil, 223.
 Lyon, I Concilio, 315; II Concilio, 316; mártires de, 56.
 Lyra, Nicolás de, 431.
 Llerena, 521.
 Llimona, 738.
 Llorente, J. A., 647.
 Mabillon, J., 617.
 Macabeos, 23.
 Macanaz, 596.
 Macao, 543.
 Macario el Joven, 218; el Viejo, S., 192, 218.
 Maceda, 648.
 Macedonia, 35.
 Macedonianismo, 159 y s.
 Macedonianos, 146.
 Macip, Vicente, 562.
 MacMahon, 666.
 Macrino, 59.
 Machado, 697.
 Machiavelli, Nicolás, 405.
 Madagascar, 540, 708; siglos XVII y s., 608.
 Maderna, 564, 624.
 Maderuela, 360.
 Madoz, J., 733.
 Madrazo, José, 738; Juan, 738.
 Madre de Dios, 164, 166.
 Madrigal, Alonso de, 413, 417, 432.
 Maduré, 543, 610, 710.
 Maestro Blanco, 480.
 Magallanes, 545.
 Magdalena de la Cruz, 521; María, en Tarascón, 48.
 Maghiars, 254.
 Magnerico, 142.
 Maguncia, 132; sínodo de, 275.
 Mahoma, 143 y s.
 Mai, Ángel, 731.
 Maier, cuestión de, 524.
 Maigrot, Carlos, 611.
 Maimónides, 339.
 Maistre, J. de, 636.
 Maitines, 235.
 Majencio, 116.
 Mal, problema del, 69.

Malabar, 41, 610.
 Malabares, ritos, 610.
 Malaca, 542.
 Maldonado, Juan, 552.
 Maleval, S. Guillermo de, 369.
 Malta, 36.
 Maluenda, Tomás de, 552.
 Mamachi, 585.
 Manasés de Reims, 303.
 Manfredo, 316.
 Mangalore, 710.
 Manierismo, 562.
 Manila, diócesis, 545.
 Maniqueísmo, 75 y s.
 Manjón, Andrés, 728.
 Manning, E., cardenal, 641, 673.
 Manresa, cueva, 488.
 Manrique, 520.
 Mansi, 618.
 Mansilha, 542.
 Mansionarios, 228.
 Manso, Alonso, 421.
 Mantegna, 446.
 Manuelino, estilo, 444.
 Marañón, misiones, 603 y s., 605.
 Marbán, Pedro, 603.
 Marca Hispánica, 274.
 Marcelino, S., 60.
 Marcelo, S., 60, 62; de Ancira, 152, 158 y s.
 Marcia, 57.
 Marcial, 61.
 Marciano, 169.
 Marción, 72.
 Marco Aurelio, 21, 22; persecuciones, 56; Polo, 350 y s.
 Marcos, Juan, S., 33, 41; en Alejandría, 49.
 March, J. M., 733.
 Marchi, José, 732.
 Maredsous, 732.
 Margarita M. de Alacoque, Sta., 623; de Valois, 472, 506.
 María la Católica, 508; Cristina, 679; Estuardo, 510; Eufasia Pelletier, Sta., 622, 750; Gorette, Sta., 750; de Molina, 413; Teresa, 595; Teresa Soubirous, 750; Ward, 495.
 Mariana, 521.
 Marianas y Carolinas, 612 y s.; siglo XX, 713.
 Marianistas, 736.
 Marignano, batalla de, 412.
 Marín, J., 615.
 Marín Sola, 728.
 Marino I, 278.
 Mario Mercator, 201.
 Maristas, 705.
 Marmoutier, 222.
 Maronitas, 526, 607, 707.
 Marozia, 263.
 Marranos, 438.
 Marruecos, siglos XVII y s., 608; siglo XIX, 707.

Marsella, monjes de, 184.
 Marsiglio de Padua, 389, 424.
 Marta, en Tarascón, 48.
 Martel, 602.
 Martí, Manuel, 599.
 Martín I, Papa, 174; IV, 316 y s., 399, 405; de Braga, S., 292; vida monástica, 224; regla, 225; de Dumio, S., 133; de Tours, S., 133, 187, 238; monacato, 222; y la herejía, 328.
 Martínez, 535; Anido, 681; Campos, 679; de Ripalda, José, 550; Sanz, M., 680.
 Martinica, 602.
 Martínón, J., 615.
 Mártir, título de, 52; de Vermigli, Pedro, 478.
 Mártires, 238; fiestas, 109.
 Martirologios, 238.
 Martyria, 230.
 Maruthas, 128.
 Marx, Jaime, 732.
 Masaccio, 446.
 Masaia, cardenal, 709.
 Mascardi, 604.
 Masdén, 647.
 Masillon, 576.
 Masonería, 590, 598; siglo XIX, 716.
 Massa candida, 59.
 Massangano, 540.
 Massona, 134, 135.
 Massys, Quintin, 447.
 Mastai Ferretti, J., 687.
 Mastrilli, Marcelo, 612.
 Mastro, B., 615.
 Mateo, S., 41.
 Materialismo, 717.
 Matías, S., 29, 41.
 Matilde, 297; de Hackeborn, Sta., 348; de Magdeburgo, 348; de Tuscía, 302, 304.
 Matrimonio, 103, 236, 295, 373, 486.
 Matthiesen, Juan, 465.
 Maura, A., 679, 681.
 Mauricio de Sajonia, 468.
 Maurinos, 10, 617.
 Maximila y Priscila, 76.
 Maximiliano, 60; II, 502; de Méjico, 698.
 Maximino Daya, 61; el Tracio, persecuciones, 58.
 Máximo, 124, 187, 201; confesor, S., 174, 202.
 Maynas, indios, 603.
 Maynooth, 673.
 Mayo, leyes de, 669.
 Mayolo, 295.
 Mayordomos de palacio, 138.
 Mayorino, 148.
 Mazella, C., 727.
 Mazenod, E., 705.
 Mazzini, 650 y s.
 Meako, 542.
 Media, Ciencia, 555; Edad, 13.
 Mediavilla, Ricardo de, 344.
 Médicos, Cósimo de, 403; Lorenzo de, 409.
 Medieval, vida, 378 y s.
 Medina, 143; Alonso, 545, Bartolomé de, 549.
 Medrano, Mariano, 687, 689.
 Méjico, 534, 663; diócesis, 535; siglos XVII y s., 600 y s.; Nueva, misiones, 601; independencia, 685; siglo XIX, 697 y s.; siglo XX, persecución, 698 y s.
 Melanchton, 467, 523.
 Melanesia, 713.
 Melania, 242.
 Melecio, cisma de, 151, 158.
 Melicio de Antioquia, 160.
 Melito de Sardes, 73.
 Melitón, 141.
 Melfi, sínodo, 304.
 Melquitas, 171.
 Melun, Roberto de, 338.
 Mella, Alonso, 415.
 Memling, Juan, 447.
 Memoriae, 238.
 Mena, Pedro de, 564.
 Menandro, 71.
 Menchaca, M., 728.
 Méndez, Patriarca, 541.
 Mendicantes, órdenes, 362 y s.
 Mendive, José, 728.
 Mendizábal, 646.
 Mendoza, Gonzalo y Pedro, 531; Juan de, 603.
 Menéndez y Pelayo, 11, 515, 647 y s., 729.
 Mengs, 624.
 Mennas, 172, 178.
 Menologios, 238.
 Mensurio, 148.
 Merced, Orden de la, 362.
 Mercedarias (Bérriz), 681.
 Mercedarios, reforma, 518.
 Mercuriano, 492.
 Merino, 599, 733.
 Mermillod, G., 672.
 Merry del Val, 660.
 Merswin, Rulman, 434.
 Mesa, Juan de, 564.
 Mesenghi, 598.
 Mesopotamia, origen crist., 50, 715; siglo XIX, 715.
 Mesrop, S., 129, 196.
 Metodio, S., 253, 273; de Olimpo, 90, 177.
 Metrofanes III, 527.
 Metropolitanas, iglesias, 98.
 Metropolitanos, 230, 289, 371.
 Metternich, 640.
 Meur, Vicente, 609.
 Mezzabarba, 612.
 Miércoles de Ceniza, 296.
 Migazzi, 587.

Migne, 10; Santiago P., 732.
 Mignecio, 273.
 Miguel, S., 238; Angel, 411, 444, y ss., 564; Cerulario, 278; de Cesena, 389; Psello, 283; de los Santos, S., 519.
 Milán, 48; edicto, 61, 114 y s.; sínodo, 153, 355.
 Milciades, 73.
 Milenarismo, 77 y s.; rechazado, 78; craso, 78.
 Mileto, 36.
 Mileve, sínodo, 181 y s.
 Militares, órdenes, 357 y s.
 Milvio, puente, 116.
 Millán de la Cogolla, S., monasterio, 224.
 Mindanao, misiones, 712 y s.
 Mínimos, 437.
 Minucio Félix, 63, 66, 68.
 Miollis, general, 632.
 Miranda, 685; Pedro de, 537.
 Mirarivos, 635.
 Mirecourt, Juan de, 431.
 Misa, 235; de los catecúmenos, 104; primitiva, 104; seca, 373.
 Misal Romano, 497.
 Misas privadas, 293.
 Misioneros del Corazón de María, 680.
 Misiones, obra de España, 532; en América, 533; en el África, 539; medievales, 349 y s.; siglo XVI, 530 y s.; siglo XVII y s., 600 y s.; Pío XI, 664; siglo XX, 703 y s.; características, 704 y s.; extranjerías de París, Sociedad 609; Pío XII, 748.
 Mística, apogeo de la, 432 y s.; siglo XVI, apogeo, 558 y s.
 Místicos y la Inq., 521.
 Mit brennender Sorge, 671.
 Mitra, 20.
 Mitre, general, 689.
 Moción, 44.
 Modalistas, 79.
 Moderna, Edad, 13; vía, 429.
 Modernismo, Pío X, 659, 719.
 Mogoles, 350.
 Mohamed I, 268; II, 409.
 Möhler, Adán, 11, 639, 718, 727, 732.
 Mojos, misión, 603.
 Molay, Jacobo de, 387.
 Molesmes, 355.
 Molina, J. A., 689; Luis de, 550; y la Ciencia media, 555.
 Molinismo, 555 y s.
 Molinos, Miguel, 573, 582 y s.
 Molucas, 542; siglo XIX, 713.
 Mommsen, 52.
 Mon. Germ. Hist., 5.
 Monacales, escuelas, 270, 331.
 Monacato en España, 224; en Occidente, 221 y s.

Monarchia Sicula, 573.
 Monarquianismo, 79 y s.
 Monástica, vida, 217 y s., 284 y s.; vida, 284 y s.
 Monergetismo, 173 y s.
 Monesillo, 678.
 Monofisitas, 171.
 Monofisitismo, 147, 167 y s., 170 y s.
 Monoteísmo, 22, 24.
 Monotelismo, 147, 173 y s.
 Monreal, Universidad, 699.
 Monroy, 538.
 Montalbán, Fr. J., 733.
 Montalembert, C. de, 636.
 Montanismo, 76 y s.
 Montañés, Juan Martínez, 564.
 Monte, cardenal del, 484; Casino, 226; Congregación de, 734; Colombo, 365.
 Montecorvino, Juan de, 350 y s.
 Montenegro, Alonso de, 537.
 Montengón, 648.
 Monterola, 678.
 Montesa, Orden de, 362.
 Montesinos, Fr. Antonio de, 422.
 Montesquieu, Carlos de, 590.
 Montfaucon, B. de, 617.
 Montigny, Laval, 606.
 Montoya, Luis de, 557.
 Montserrat, 740; Biblia de, 731.
 Moñino, 595.
 Mora, Francisco, 565.
 Moral, vida, 111, 296.
 Morales, Luis de, 563.
 Moralidad, 21; siglo XIX, 739.
 Moravia, 253.
 Morcelli, E. Antonio, 732.
 Moreno Cebada, Emilio, 733.
 Moreruela, 360.
 Moretus, 63.
 Morillo, general, 685; Miguel de, 439.
 Mormones, 723.
 Moro (Mor), Antonio, 563; Tomás, 404, 476.
 Morone, 486.
 Mosa, 141.
 Mosaicos, 240.
 Mosco, Juan, 203.
 Mosela, 141.
 Mosquera, M. J. de, 692.
 Motolinia, 534.
 Mourret, F., 732.
 Mozambique, 540.
 Mozárabe, rito, 208 y s., 320, 376.
 Mozárabes, 267 y s.; calendarios, 46; persecución, 267 y s.; mártires, 268 y s.
 Mozarábica, liturgia, 234; liturgia nacional, 293.
 Mühlberg, batalla de, 468.
 Mummolo, puente, 306.
 Muncunill, Juan, 728.
 Mundano, espíritu, 241.

Mundo, a la venida de Cristo, 19 y s.; pagano, 20; judío, 22 y s.
 Münster, 251, 465 y s.
 Münzer, Tomás, 458 y s.
 Muratori, 618.
 Muratoriano, canon, 86; fragmento, 45.
 Murcia, 322.
 Murillo, Bartolomé Esteban, 563; Diego, 559; Lino, 730; Velarde, 599.
 Marmelito, Juan, 404.
 Murner, Tomás, 457.
 Murray, 510.
 Música eclesiástica, 659.
 Mussolini, 675; y Pío XI, 664.
 Muzi, misión, 687.
 Mystici Corporis, 751.
 Naasenos, 72.
 Nabucodonosor, 23.
 Nacar, Eloino, 731.
 Nacimiento de María, 238.
 Nacional, España, 683.
 Nacionales, colecciones, 5; sínodos, 232.
 Nantes, edicto de, 507 y s., 576 y s.; Rafael, 608.
 Napoleón Bonaparte, 629 y s.; con Pío VII, 630 y s.; final, 633; III, 651, 665 y s.
 Narsés, 125.
 Narthex, 239.
 Narváez, general, 646 y s., 677 y s.
 Nassau, Guillermo de, 512.
 Natalis, A., 10, 618.
 Natanael en Bourges, 48.
 Natividad de la Virgen, 296.
 Naumann, 52.
 Navarra-Aragón, 269.
 Navarrete, Juan Fernández, 563.
 Navas de Tolosa, 321 y s.
 Navidad, 237.
 Navidades, 295 y s.
 Navarrus, Doctor, 553.
 Nazarenos, 68.
 Neander, A., 12, 722.
 Nebrija, Antonio, 417, 521.
 Nectario, 160.
 Negros, cardenales, 632; monjes, 356.
 Neira, 602.
 Neopitagóricos, 64.
 Neoplatónicos, 64.
 Nereo v Aquiles, Stos., 55.
 Nerón, persecución, 39, 54 y s.
 Nestorianismo, 147, 163 y s., 166 y s.; en la India, 526.
 Neumatómacos, 146.
 Neustria, 138.
 Newman, E., 641, 672, 729.
 Nicea, I Concilio, 150; II Concilio, 272.
 Nicacio, 142.

Nicéforo, 272, 283.
 Niceno - Constantinopolitano, 236; símbolo, 160, 236.
 Nicolás I, 253, 262, 277; I de Rusia, 643; II, 266, 276, 289, 370; V, 389, 406 y s.; de Cusa, 292, 407; de Flde, 750.
 Nicoli, 403.
 Nieremberg, E., 618.
 Nike, fórmula, 156.
 Nilo el Viejo, 194.
 Nimega, paz, 596.
 Niniano, S., 139 y s.
 Nithard, 596.
 Nitria, desierto, 218.
 Niza, Marcos de, 537.
 Noailles, 581.
 Nóbili, Roberto, 543.
 Nobles, cristianismo, 48.
 Nóbrega, 539.
 Noconformistas, 525, 722.
 Nocturnos, 235.
 Noel Natalis, Fr., 615.
 Noeto de Esmirna, 79.
 Nogaret, 319, 386, 388.
 Nogueira, 540.
 Noldin, Jerónimo, 731.
 Nominalismo, 428 y s., 431 y s.
 Nominalistas, 336.
 Nona, 235.
 Noort, van, 728.
 Norberto, S., 357; de Magdeburgo, S., 350.
 Nórico, 141.
 Noris, cardenal E., 615.
 Normandía, 252.
 Norteamérica, 539; siglo XIX, 699 y s.
 Noruega, 252, 676; protestantismo, 474.
 Notarios, 228.
 Notker Labeo, 282.
 Novaciano, 93.
 Novellas, 125.
 Nueva Castilla, 537; siglo XVII y s., 603; Edad, 13, 381 y s.; Granada, 536; siglo XVII y s., 602; Guinea, 713; Nursia, 714; Toledo (Chile), siglo XVII y s., 604; Zelanda, siglo XIX, 713.
 Nuevo Mundo, 418 y s.
 Nuna, 129.
 Núñez de Balboa, 531; Barreto, Juan, 541; Coronel, 520.
 Nuremberg, compromiso de, 462; dietas, 459.
 Nyassa, 708.
 Oasis de Egipto, 166.
 Obeliscos, 455.
 Obispos, 97, 289, 371; de campaña, 230; prestigio, 126.
 Oblatos, 494; de María Inmaculada, 705.

Obra misionera de España, 532 y s.
 Obregón, Méjico, 698.
 O'Brien, 641.
 Observantes, 436.
 Occam, Guillermo de, 389, 424, 428.
 Oceanía, misiones de, 541 y s.; misiones, 712 y s.
 O'Connell, 640 y s.
 Ocopa, Universidad, 603.
 Octaviano, 263.
 Octavius, 66.
 Ochino, Bernardino, 477.
 Odilón, S., 285.
 Odoacro, 124, 136.
 Odón, 285; de Cambrai, 337; de Urgel, S., 321.
 Ofitas, 72.
 O'Higgins, B., 687, 691.
 Oignies, María de, 348.
 Olaf, 252; Trygvason, 252.
 Olga, 254.
 Olier, Juan Jac. de, 576, 619, 621.
 Olimpiada, 7.
 Oliva, abad, 270, 287.
 Olivain, 666.
 Oliveira Salazar, 676.
 Olivetanos, 437.
 Olivi, Juan, 423.
 Olmedo, Bartolomé de, 534.
 Oller, Pedro, 415.
 Omarben-Hafsum, 268.
 Omeiadas, 144.
 Ontologismo, 718.
 Oña, 286.
 Opas, 266.
 Operarios, sacerdotes, 736.
 Optato de Mileve, 148, 201.
 Opus Dei, 285.
 Orange, príncipe, 512.
 Orantes, 110.
 Oratoria, 230.
 Oratorianos, 493.
 Oratorio francés, 576, 621.
 Orcadas, 252.
 Ordales, juegos, 297, 379; juicios, 379.
 Órdenes mayores, 97; menores, 97, 228; religiosas, 436 y s., 354 y s., 515 y s., 734.
 Ordóñez, Bartolomé, 563; Gaspar, 565.
 Orgánicos, artículos, 631.
 Órganos, 294.
 Oriental, Instituto, 664.
 Orientales, iglesias, 664; misterios, 20, 22; onnes, 751.
 Orientalis Ecclesiae, 748, 751.
 Oriente, próximo, siglos XVII y s., 607.
 Orígenes, 22, 88 y s.; errores, 89.
 Origenistas, cuestiones, 176 y s.
 Original, pecado, 181, 483.
 Orinoco, misión, 602.

Orleáns, Concilio, 138; Felipe de, 582.
 Ormuzd, 75.
 Ornamentación, 240.
 Oro, bula de, 391.
 Orosio, 9, 181, 211.
 Orozco, Alfonso de, 557.
 Orsi, G. A., 11.
 Orsini, 317.
 Ortdruff, 249.
 Ortega, 538.
 Ortí y Lara, Manuel, 729.
 Ortiz, Tomás, 534, 536.
 Ortodoxia, fiesta de la, 273.
 Osiander, Andrés, 524.
 Osimo, Clemente de, 369.
 Osio de Córdoba, 127, 150; en Nicea, 150; en Sárdica, 152 y s.; cuestión de, 155 y s.
 Osiris, 20.
 Osmá, Pedro de, 415.
 Ospina Pérez, 693.
 Ossó, Enrique, 681.
 Ostfalia, 251.
 Ostiarios, 97, 228.
 Ostrogodos, 136.
 Osuna, Francisco de, 557.
 Otón I, 254, 263 y s., 300; II, 264 y s.; III, 264 y s.; IV, 311; de Bamberg, 350.
 Otones y el Papado, 263 y s.
 Otranto, 409.
 Ottawa, Universidad, 700.
 Ottonianum, Pactum, 263.
 Ovando, Nicolás, 421.
 Overbeck, Federico, 737.
 Oviedo, 541.
 Oxford, 425; movimiento, 641, 672; Universidad, 332, 333.
 Ozanam, 637.
 Pablo, 602; I, 643; S., conversión, etc., 32 y s.; en Damasco, 33; en Antioquía, 33; primer viaje apostólico, etc., 33 y s.; su cautividad, 36 y s.; Epístolas, 37; su acción, 37; venida a España, 45; martirio, 54; de la Cruz, S., 621; Diácono, 281; el Ermitaño, S., 218; de Samosata, 79.
 Pabuladores, 221.
 Pacca, cardenal, 632 y s.
 Pacelli, cardenal, 663.
 Paciano de Barcelona, S., 209.
 Paciente, 137.
 Pacomio, S., 219; regla, 219.
 Pacto monástico, 225.
 Pacheco, Pedro, el Americano, 686 y s.
 Paderborn, 251.
 Padilla, Antonio de, 555; Cristóbal de, 479.
 Padres Apostólicos, 81 y s.
 Páez, Pedro, 541.

Pafos, 33.
 Países Bajos, 325, 511 y s.; levantamiento, 511 y s.
 Palacios, Diego, 539; Manuel A., 693.
 Palafox, general, 644; Juan de, 600 y s.
 Palemón, 219.
 Palencia, Universidad, 334.
 Palenques, 603.
 Paleografía, 6.
 Palestina, escritores de, 194; obras de Constantino, 117.
 Palio arzobispal, 249.
 Palma, Luis de la, 559; Vecchio, 446.
 Palmés, F. M., 728.
 Palmieri, Domingo, 727.
 Palomino, A., 625.
 Palladio, 194; Andrés, 564.
 Pallavicini, 10, 615.
 Pallu, 609.
 Pámfilo, 90, 177.
 Panamá, 421, 536.
 Panarion, 162.
 Pandectas, 125.
 Panonia, 253.
 Panteno, 87, 88.
 Pantoja de la Cruz, Juan, 563.
 Panvinio, Onofre, 553.
 Papado, 370 y s.; crisis, 261 y s.
 Papas, vidas, 5.
 Papebroch, 369, 521, 617.
 Papías de Hierápolis, 39, 85.
 Papisa Juana, 262.
 Paraguay, 538, 693 y s.; reducciones, 604 y s.
 Paravas, 542.
 París, Francisco de, 582; Universidad, 332 y s.; corporaciones, 333.
 Parroquias, 98, 230 y s., 290.
 Parroquiales, escuelas, 332.
 Partidos, 23.
 Parvo, Oficio, 374.
 Pasandi, 720.
 Pascal, 580.
 Pascasio Radberto, 276, 281.
 Pascua, 108, 151, 237, 296; cuestión sobre ella, 108 y s.
 Pascual I, 272; II, 305 y s.; Bailón, S., 519.
 Pasionistas, 621.
 Pastor de Hermas, 85, 106; Luis von, 732.
 Passaglia, Carlos, 727.
 Passah, 108.
 Passau, 249; tratado de, 468.
 Passiones, 53.
 Patena, 240.
 Paterno, S., 140, 286.
 Patriarcas, 230.
 Patricio, San, 139 y s.; monacato, 223.
 Patricius Romanorum, 258.

Patrimonium Sancti Petri, 255 y s.
 Patripasianos, 79.
 Patrísticas, colecciones, 4.
 Patrísticos, estudios, 731 y ss.
 Patrología, 81 y s.; edad de oro, 188 y s.
 Patronato, derecho, 230; de Indias, 533; real, 597.
 Paulanos, 437.
 Paulino de Aquilea, 242, 281; diácono, 180; de Nola, S., 200 y s.; monacato, 221.
 Paulo, 174; II, 408; III, 477, 483; IV, 484 y s.; V, 504; y la controversia de la gracia, 556; de Burgos, 432.
 Paulus, 721.
 Pavia, general, 679.
 Pavillon, 577.
 Pavone, Francisco, 552.
 Payá, Miguel, 44.
 Pecados, capitales, 77; imperdonables, 77.
 Pecha, Fernando, 437.
 Pedagogo, 88.
 Pedraza, Reginaldo de, 536 y s.
 Pedro, S., en Jerusalén, etc., 29 y s.; liberado, 31; en el Concilio de Jerusalén, 34; en Antioquía, 34, 38; frente a S. Pablo, 34; en Roma, 38 y s.; obispo de Roma, 39 y s.; su martirio, 39 y s., 54; primacía, 99 y s.; y Pablo, S., sepulcros, 296; I, 690; II, 690; II de Barcelona, 328; III de Aragón, 312, 316; d'Ailly, 396, 431; de Albalat, 322; de Alcántara, S., 496, 518; de Alejandría, 157; Alvarado, 531; de Amiens, 352; de Arbués, S., 439; de Atarés, 360; Canisio, S., 491, 548; Claver, S., 537, 602, 706; de Cluny, 307; Comestor, 292; Crisólogo, 168, 201; Damiano, S., 283; de Deza, Fr., 421; González, Si, 323; el Grande, 725; No-lasqo, S., 362; de Osma, S., 321; Pascual, S., 323; Regalado, S., 414, 416; el Venerable, 332, 356.
 Pehuenches, 604.
 Pelagianismo, 147, 179 y s.; condenación, 182.
 Pelagio, 179 y s.; I, Papa, 173.
 Pelayo, S., 269 y s.
 Pelegrino Rossi, 650.
 Pella, 47.
 Pelletier, Sta. María Eufrasia, 736.
 Penas, Inq. española, 441 y s.
 Penitencia, 105 y s., 236, 294, 373, 448, 484; pública, 106 y s., 236, 294, 373, 448; rigor primitivo, 106; mayor suavidad, 106 y s.; rigor ortodoxo, 107; rigor heterodoxo, 107 y s.

Pentápolis, 257.
 Pentecostés, 108, 237, 296.
 Peñalver, 686.
 Peñíscola, 399.
 Peratas, 72.
 Peregrinación, lugares, 296, 448.
 Perera, Benito, 552.
 Pérez de Ayala, Martín, 547; presidente de Chile, 691; de Urbell, P., 733.
 Perfecto, 268.
 Perge de Pamfilia, 33.
 Peristéphanon, 210.
 Perotti, Nicolás, 406.
 Perpetua y Felicitas, Stas., 57.
 Perrone, Juan, 727.
 Persecución judía, 30.
 Persecuciones romanas, sus causas, 51; base jurídica, 51 y s.; exposición, 54 y s.; en España, 61 y s.
 Persia, origen crist., 50, 75, 127 y s.; siglos XVII y s., 607; siglo XIX, 715.
 Perú, 537; siglos XVII y s., 603, siglo XIX, 694.
 Perugino, 446.
 Pesquería, 542.
 Pesch, Cristiano, 727.
 Petavio, Dionisio, 554.
 Petisco, 647.
 Petrarca, Francisco, 392, 403 y s.
 Petronila, 321.
 Petrus Hispanus, 324.
 Philasten, 201.
 Piacenza, sínodo, 305, 352.
 Piano del Carpine, Juan de, 350.
 Picardi, 333.
 Picpus, Congregación, 705.
 Pictaviense, Pedro, 338.
 Pictos, 140.
 Pichler, V., 615.
 Pidal y Mon, Alejandro, 729.
 Piedra negra, 143.
 Pierleoni, 307.
 Pietismo, 591.
 Pilar, 740; Virgen del, 43 y s.
 Pilatos, 23, 28.
 Pineda, Juan de, 552.
 Piniano, 242.
 Pinto, monseñor, 710.
 Pintura, renacimiento, 445 y s.; siglo XVI, 561 y s.; en España, siglo XVI, 562 y s.; moderna, 737.
 Pinturas primitivas, 110.
 Pío II, 407 y s., 410; III, 411; IV, 485; V, 497 y s., 509; contra Bayo, 529; VI, 575, 629 y s.; en Viena, 587; VII, 630 y s., 735; en el destierro, 632 y s.; vuelto a Roma, 633; restauración, 634; y América independiente, 686; VIII, 634; IX, 649 y s., 662 y s., 658 y s.; X, frente al reino de Italia, 674; XI, 664 y s.; XII,

741 y s.; y la guerra, 744; su gobierno eclesiástico, 744 y s.; y los obreros, 746 y s.; y las misiones, 748 y s.; canonizaciones, 750; actividad doctrinal, 751 y s.; internacional, 752; y España, 753.
 Pío Latino-Americano, Colegio, 688.
 Pipino el Breve, 138, 249, 256 y s.
 Pirineos, paz de los, 596.
 Piritos, 603.
 Pirminio, S., 142, 270.
 Pirro, 174.
 Pisa, paz, 572; sínodo, 397.
 Pistoya, sínodo, 586.
 Pitágoras, 20.
 Pitra, Juan B., 731.
 Pizarro, Francisco, 531.
 Pla, ex jesuita, 648.
 Planeta, 240.
 Plasencia, Juan de, 545.
 Plástica, 240, 377.
 Plástico, arte, 445, 737.
 Plata, 538.
 Platel, J., 615.
 Platón, 20.
 Pléroma, 70.
 Plotino, 64.
 Pneumatómacos, 159 y s.
 Poblet, 360.
 Pobres, Hermanitas, 681; de Lyon, 326.
 Poggio Bracciolini, 406.
 Poisy, coloquio, 473.
 Poitiers, batalla, 144; escuela, 332.
 Pole, 483.
 Polémica, 547.
 Policarpo de Esmirna, S., 56, 84, 109.
 Poliglota de Cisneros, Biblia, 417.
 Polinesia, 713.
 Polonia, 254; protestantismo, 474 s.
 Pólvora, conjuración, 510.
 Pombal, 592.
 Pomerania, 350.
 Pompeyo, 23.
 Pomponia Graecina, 54.
 Pomposa, 268.
 Ponce de León, Juan, 480, 531.
 Pondichery, 610.
 Pontico, 57.
 Pontificado, opresión, 265; apogeo, 299 y s.; luchas, 307 y s.; punto culminante, 310 y s.; decadencia del, 385; siglos XVII y XVIII, 571 y s.
 Pontificios, documentos, 4; Estados, 255 y s.
 Pontion, 257.
 Porfirio, 64.
 Porrée, Gilberto de la, 337.
 Portes Gil, 699.
 Portillo, Jerónimo del, 537.
 Port-Royal, 580; solitarios, 580.
 Portugal, contra los jesuitas, 592 s.;

siglo XIX, 675 y s.; revolución s. XX, 675 y s.; reacción, 676.
 Posadas, Francisco, 599.
 Posidonio, 22.
 Positivismo, 717.
 Possevino, Antonio, 499, 528.
 Postilla, 431.
 Potamio de Lisboa, 211.
 Pothino, S., 57.
 Pou, 648.
 Poulet, Ch., 732.
 Poveda, Pedro, 681.
 Pozzo, 564.
 Prado, Norberto del, 728; Simón, 731.
 Praedestinatus, 185.
 Praemotio physica, 555.
 Praga, 253, 425 y s.; Compactatos, 426; Jerónimo de, 426.
 Pragmática, historia, 3.
 Prat, F., 730; de Saba, 648.
 Práxeas, 79.
 Predestínación, 183 y s., 275 y s.
 Predicación, 235, 293, 374, 449.
 Predicadores, Padres, 366 y s.
 Preescolástica, 335 y s.
 Premonstratenses, 357; en España, 360; reforma, 518.
 Preparación negativa, 20 y s.; positiva, 21 y s.
 Prerrománico, estilo, 376.
 Presbiterianos, 525, 722.
 Presbíteros, 97.
 Presbyterium, 239.
 Prescripción, argumento, 74.
 Presencia real, 484.
 Presentación, 238.
 Prieto-Portales, 691.
 Prima, 235.
 Primado, de San Pedro, 98 y s.; de Roma, su reconocimiento, 231 y s.; facultades, 232.
 Primo de Rivera, general, 682.
 Priscila, catácumba, 110.
 Priscilianismo, 186 y s.
 Prisciliano, 147, 186 y s., 211; causas de su muerte, 187.
 Pro, Miguel, 699.
 Probabilismo, 553, 616.
 Probst, Fernando, 731.
 Procesiones, 237.
 Proceso, de la Inq. española, 440.
 Proclo, 64.
 Procopio de Gaza, 203.
 Prócula, 187.
 Profeta, Mahoma su, 144.
 Propagación de la fe, Obra, 705.
 Propaganda fide, Congregación, 609.
 Propias, iglesias, 230, 291.
 Prosélitos, 24.
 Próspero, 9; de Aquitania, 184 y s., 201.
 Protestantes creyentes, 722; misioneros, 723 y s.

Protestantismo, 430 y s.; causas, 451 y s.; discusiones, 455 y s.; efectos, 457 y s.; progresos, 460 y s.; en otros países, 463 y s.; en Ginebra, etc., 470 y s.; después de 1555, 501 y s.; conatos de unión, 524 y s.; conatos de atraer a los griegos, 527; en Francia, 472; en España, siglo XIX, 680, 720; conatos de unión, 720.
 Protopapas, 228.
 Prouille, 367.
 Provida mater Ecclesia, 751.
 Providentissimus, 657.
 Provincia eclesiástica, 98.
 Provinciales, sínodos, 232 y s.
 Próximo Oriente, siglo XIX, 714 y s.
 Prudencio, Aurelio, 43, 210 y s.; Galindo, 270.
 Prueba del fuego, 297.
 Prusia, 254, 350; Conrado de, 437.
 Pseudoclementinas, 83; Dionisio Areopagita, 202; isidorianas, 292.
 Psíquicos, 70.
 Pucer, Gaspar, 524.
 Puerto Rico, 421, 535; siglo XIX, 697.
 Pufendorf, Samuel, 591.
 Pulgar, Hernando del, 413, 418.
 Pulqueria, 123, 169.
 Pureza de María, Congregación, 681.
 Purificación, 296.
 Puritanos, 525, 722.
 Puzol, 36, 48.
 Pyxis, 240.

Quadragesimo anno, 663.
 Quadrivium, 280.
 Quanta Cura, 652.
 Cuarto decimanismo, 109.
 Quebec, Universidad, 699.
 Querol, 738.
 Quesnel, Pascasio, 574, 581 y s.
 Quevedo, Fr. Juan de, 421, 536.
 Quiercy, 257; sínodo de, 275.
 Quietismo, 582 y s.
 Quini-Sextum, 175.
 Quinquagésima, 296.
 Quirico de Barcelona, S., 214.
 Quito, 537 y s.
 Quo elongati, 365.

Rábago, 597.
 Rábano Mauro, 275 y s., 281.
 Rábida, convento, 420.
 Rábulas, 167.
 Racionalismo, 717.
 Radagaiso, 132.
 Radewyns, Florencio, 436 y s.
 Radziwill, 475.
 Rafael, 411; asociación S., 669.
 Raffael, Santi, 446.
 Ráfols, Madre, 680 y s.
 Rahosa, Miguel, 526.
 Raimundiana, Summa, 324.

Raimundo, 339; arzobispo, 323; de Fitero, S., 321; de Peñafort, S., 323 y s., 362, 432; Inq. medieval, 330; de Puy, 358.
 Rainaldus, 10.
 Ralliement, 656.
 Ram, I. de, 732.
 Rambaud, 38.
 Ramón Berenguer, IV, 321; de Barbastro, S., 321; V de Tolosa, 328; Nonato, S., 323.
 Ramos, domingo de, 237.
 Rampolla, M., 655.
 Raskolniken, 725.
 Rathramno, 276.
 Ratio studiorum, 620.
 Ratisbona, 141, 249; dieta, 467.
 Ratramno, 281.
 Ravena, 48, 257.
 Ravignan, 636.
 Raynaldo, 554.
 Raynaud, Teófilo, 551.
 Recapitulatio, 223.
 Recaredo, 134.
 Recognitiones, 83.
 Reconciliación, 442.
 Reconquistas, 413; avances, 320 y s.
 Redención, 294; gnóstica, 70.
 Redentoristas, 621 y s.
 Reducciones del Paraguay, 604 y s.
 Reforma católica, 482 y s.; falsa, protestante, 450 y s.
 Reformada, Iglesia, 471.
 Reformado, Catolicismo, 719.
 Regalias, 300, 577.
 Regalismo, 597 y s.
 Regula censoria Monachorum, 225; Magistri, 226; Monachorum, 226.
 Reiffenstuel, A., 617.
 Reino de Cristo, 27 y s.
 Religiones, historia, 3.
 Religiosa, instrucción, 449.
 Religiosocial, estado general, 20, 378 y s.
 Reliquias, 374.
 Reluz, 599.
 Rembrandt, 562.
 Remigio, S., 138; de Lyon, 275; de Reims, S., 138.
 Remoboth, 221.
 Remonstrantes, 525.
 Renacimiento, 402 y s.; estilo, 444 y s.; Papas del, 405 y s.
 Renán, E., 666.
 Renana, región, 142.
 Renata de Ferrara, 478.
 Reni, Guido, 562.
 Rentas eclesiásticas, 372.
 Reparadoras, 737.
 República española, primera, 679; segunda, 682; italiana de Napoleón, 631.
 Requeno, 648.
 Requeséns, Luis de, 512.

Rer. Ital. Script., 5.
 Rerum Novarum, 656.
 Reservatum ecclesiasticum, 469.
 Responsale, 294.
 Restauración, siglo XIX, 634 y s.
 Reunión, 708.
 Reuter, J., 616.
 Revolución 1848, 649 y s., 678; francesa, 626 y s.; terror, 628; convención, 628 y s.; directorio, 629 y s.
 Reynald, 494.
 Rhin, 141.
 Rhodes, 609.
 Riario, Jerónimo, 409; Pedro, 409.
 Ribadeneyra, Pedro de, 559.
 Ribera, Francisco, 552; José, 563; Juan, 738; P., 624.
 Ribos, Francisco, 418.
 Ricardo Corazón de León, 353; de Cornvallis, 316.
 Ricci, Escipión, 586; general, 593, 595; Mateo, 544.
 Richelieu, 505.
 Richter, Enrique, 603.
 Riego, 645.
 Rigorismo, 616; montanista, 77.
 Rimini-Seleucia, sínodo, 155.
 Ripoll, 286; monasterio, 270.
 Ripuarios, 137.
 Risco, 599.
 Ritschl, A., 12.
 Rituales, 295.
 Rivadavia, 685.
 Rivo-Tooto, 364.
 Robbia, Lucas della, 445.
 Roberto, S., 355; Bellarmino, S., 547; de Ginebra, 395.
 Robespierre, 628 y s.
 Robigalia, 237.
 Robleda, Martín de, 538.
 Roca, Julio A., 689; y Cornet, Joaquín, 729.
 Rocaberti, cardenal J. T., 617.
 Rocafredo, 268.
 Roche, monseñor, 710.
 Roda, 593, 597.
 Rodolfo, 302; II, 503; de Habsburgo, 316; de Suabia, 302.
 Rodrigo, don, 266; S., 323; arzobispo de Toledo, don, 321; Cerrato, 324; Jiménez de Rada, 322 y s., 324; Maestro, 445.
 Rodríguez, Alfonso, 559; Ventura, 624.
 Rogacci, B., 618.
 Rogationes, 237.
 Rogel, 535.
 Rohrbacher, 11.
 Roig Gironella, J., 728.
 Rojas, Fr. Domingo de, 479.
 Rollón, 252.
 Roma, crist., origen, 39; ; culto, 20; centro judío, 24; sínodo, 152.

Romana, cuestión, Pío XI, 664; liturgia, 293.
 Románico, estilo, 375 y s.; en España, 376.
 Romano, Colegio, 491, 498; Pontífice, 98 y s., 288 y s.
 Romántico, movimiento, 639.
 Romualdo, 285.
 Rómulo Augústulo, 124.
 Roncaglia, C., 616; campos de, 309.
 Roque González, 605.
 Rosario, 368, 374.
 Rosas, Juan Manuel, 689.
 Roscelin de Compiègne, 337.
 Roselli, Salvador, 727.
 Rosendo, S., 270.
 Roskovany, 732.
 Rosmini, 650, 718.
 Rossi, Juan B. de, 730.
 Roswitha, 282.
 Rota, tribunal, 598.
 Rotonda, 239, 375.
 Rottman, Bernardo, 465.
 Rousseau, 591.
 Rozaven, 637.
 Rubens, 562.
 Rubió y Ors, Joaquín, 729.
 Rudigier, 671.
 Rufino, 9, 197 y s.; de Aquilea, 201; cuestión orígenes, 176 y s.
 Ruggieri, 544.
 Ruiz Amado, Ramón, 728; de Montoya, 550, 605.
 Ruperto de Worms, S., 142.
 Rusa, Iglesia, 527 y s.; siglo XIX, 643, 676; siglo XX, 725.
 Rutena, Iglesia, 526.
 Ruysbroek, Guillermo de, 350; Juan, 434.
 Rychel o Rickel, Dionisio, 430.
 Saavedra, 685.
 Saba y Castiglioni, 11.
 Sabelianismo, 79.
 Sabeos, 129.
 Sabina, Sta., 63.
 Sacchetti, 624.
 Sacco di Roma, 460.
 Sacra mensa, 239.
 Sacramentales, 295.
 Sacramentarias, cuestiones, 523.
 Sacramentarios, 234, 240.
 Sacramento, Madre, 680.
 Sacramentos, 235 y s., 272 y s., 294 y s., 447 y s.
 Sacrificati, 59.
 Sacrificio de la Misa, 485.
 Sadoletto, 483.
 Saduceos, 23.
 Sagasta, 679.
 Sagrada Escritura, 483; Familia, Hermanos, 736.
 Sagrado Corazón, Madres, 736; María, 681; de Jesús, devoción, 623.

Sagrados Corazones, Congregación, 736.
 Sahagún, 286.
 Sailer, J. M., 639.
 Saint-Cyran, 579 y s.
 Sajones, conversión de los, 250 y s.
 Sajonia, 142; elector de, 468.
 Saladino, 353.
 Salado, victoria, 413.
 Salamanca, Universidad, 334; privilegios, 334.
 Salas, 601.
 Salaverri, Joaquín, 733.
 Salazar, Domingo de, 545.
 Salerno, 303.
 Salesianas, 495, 737.
 Salios, 137.
 Salisbury, Juan de, 337.
 Salmasasar, 23.
 Salmerón, Alfonso, 552.
 Salvación, ejército, 723.
 Salvador, Orden del, 437; de Horta, 519.
 Salvatierra, 601.
 Salvatorianos, 705.
 Salcillo Alcaraz, Fr., 625.
 Salve Regina, 296, 374.
 Salviano, 186.
 Samaniego, 537.
 Samaria, 30.
 Samland, 350.
 Samosata, Luciano de, 90.
 San, Luis de, 727; Bartolomé, noche, 506; Félix, monasterio, 224; Gallen, 223, 282, 464 y s.; Germán, paz, 506; Germano, paz, 314; tratado, 313; Isidro, monjes de, 480; Juan, caballeros, 357 y s.; en España, 361; Juan de las Abadesas, 286; Juan de Dios, Hermanos de, 495; Juan de la Peña, 286; Marcos, convento de, 410; Martín, argentino, 685, 690; Martín, Juan de, 439; Mauro, Congregación, 436, 496; Pablo, templo, 444; Pedro, Basílica, 564; Salvador, 420; Víctor, escuela de, 337; Víctor, Hugo, 337; en la ascética, 346; Víctor, monasterio, 184 y s., 222; Víctor, Ricardo de, 337; en la ascética, 346.
 Sanctus, 57.
 Sánchez, Gaspar, 552; Tomás, 553; Arévalo, Rodrigo, 418; el Brocense, Francisco, 521; Coello, Antonio, 563; Sardinero, 599.
 Sancho el Mayor, 287, 320.
 Sanchón, 543.
 Sandoval, 537.
 Sanedrín, 23, 29 s., 36.
 Sansón, 269, 270; Bernardino, 464.
 Sansovino, 564.
 Santa Clara, Abrahán de, 624; Cruz, 117; Cruz, Bahía, 539; Cruz, ma-

riscal, 690; Cruz, presidente, 694; Cruz, R. de la, 603; Cruz de la Sierra, 537; Genoveva, escuela de, 333; Infancia, obra, 706; Justina, Congregación, 436; María, Pablo de, 416; Sede, y América independiente, 686 y s.; Sofía, basílica, 240.
 Santos Creus, 360.
 Santiago el Mayor, es decapitado, 31; de Compostela, 296; en España, 42 y s.; Orden de, 362; reliquias, 44; santuario, 270; voto, 270; el Menor, 34, 36, 41; de Cuba, 535; de Chile, 538.
 Santísimo Redentor, Congregación, 621; Sacramento, Sociedad, 576.
 Santo Domingo, 421, 535; Oficio, 483; y Galileo, 554; Sepulcro, canónigos del, 361; Tomás, Juan de, 549.
 Santos, fiestas, 238, 374; veneración 236 y s., 295 y s.; vidas, 5; Juan dos, 540.
 Santotis, Cristóbal de, 551.
 Santuario, 239.
 Santuarios, 296, 374.
 Sanvitores, 613.
 Sanz del Río, 680.
 Sapor, 75; II, 128.
 Saqueo de Roma, 517.
 Sarabaitas, 221.
 Sarcófagos, 240.
 Sardá y Salvany, Félix, 729.
 Sárdica, Concilio de, 152.
 Satisfacción, 108.
 Satolli, cardenal, Fr., 727.
 Saturnilo, 70.
 Saulo=Pablo, San.
 Savona, reunión en, 397.
 Savonarola, Jerónimo, 410 y s.
 Sbinko, arzobispo, 426.
 Scapula, 58.
 Scaramelli, J. Bautista, 618.
 Scavini, Pedro, 731.
 Schäfer, S., 440.
 Schall, 544.
 Schanghai, 711.
 Schätzler, Const. von, 727.
 Scheeben, Matías J., 727.
 Scherer, Rodolfo von, 731.
 Schent, Padres, 711.
 Schiller, 591.
 Schleiermacher, 721.
 Schmalzgrueber, Fr., 617.
 Scholae cantorum, 235.
 Scholasticus, 332.
 Schongauer, Martín, 447.
 Schouppe, Fr. J., 727.
 Schrader, P. Cl., 727.
 Schultes, Reginaldo, 727.
 Schürer, 52.
 Schwane, José, 727.
 Sebastián, S., 60.
 Sectas protestantes, 722.
 Sedán, batalla, 666.
 Sedulio, 201.
 Seeberg, R., 12, 722.
 Segismundo, 137; rey, 398, 426.
 Segundo, 46.
 Seipel, 672.
 Seleucia, 127 y s.; Ktesifón, 167.
 Seltán-Sagad, 541.
 Semana Santa, 237; trágica, 679.
 Semiarianismo, 146.
 Seminarios, 561; y Univ., Congreg., 661.
 Semipelagianismo, 147, 183 y s.
 Semproniano, 211.
 Séneca, 21, 22.
 Separación, Iglesia y Estado, 655.
 Septimio Severo, persecuciones, 57.
 Septuagésima, 296.
 Serapis, 20.
 Serbia, siglo XIX, 725.
 Serbios, 252.
 Serenio Graciano, 55.
 Sergio I, 173 y s., 175, 248; III, 263; Paulo, 33.
 Seripando, Jerónimo, 547.
 Sermonarios, 293.
 Serra, Junípero, 602.
 Serrano, 678; F., 733; ex jesuita, 647.
 Servato Lupo, 275, 281.
 Servet, Miguel, 471, 524.
 Servicio Doméstico, 681.
 Servitano, monasterio, 224.
 Servitas, 369.
 Seso, Carlos de, 479.
 Sethitas, 72.
 Seudorreforma protestante, 450 y s.
 Severianos, 170.
 Severino, S., 141.
 Severios, 710.
 Severo Alejandro, 58; de Málaga, 213.
 Sevilla, 322; foco protestante, 480 y s.
 Sexagésima, 296.
 Sexta, 235.
 Sexto Julio Africano, 90.
 Sfondrati, A., 615.
 Sforza, 10.
 Sidón Apolinar, S., 138.
 Sierra Leona, 707.
 Siervas de Jesús, 681; de María, 680.
 Signorelli, Lucas, 446.
 Silas, 34.
 Silesia, 475.
 Siloé, Gil de, 445.
 Silos, 286.
 Silvano, S., 270.
 Silveira, 540.
 Silvestre II, 264, 282, 322; III, 265.
 Símbolo de los Apóstoles, 68; de Nicea, 151.

Símbolos, 233.
 Simeón estilista, 220; de Jerusalén, S., 55; Metafrastes, 283.
 Simón, Adriano, 730; Ricardo, 614; mago, 30, 68; de Montfort, 328.
 Simonet, E., 615.
 Sinaloa, misión, 601.
 Sinaxarios, 238.
 Sincellos, 228.
 Sincretismo, 20.
 Sínodos, 98; diocesanos, 739; provinciales, 233.
 Sionistas, 723.
 Siria, siglo XIX, 714.
 Siriaca, literatura, 195.
 Sirmio, 155; sínodo de, 153; fórmulas, 153 y s., 156.
 Sirmond, Santiago, 554.
 Sixtina, Capilla, 409.
 Sixto II, S., 59; IV, 408 y s.; y la Inq. española, 439 y s.; 499 y s.
 Skandenbergo, príncipe, 408.
 Skepe, 278.
 Smedt, Carlos de, 732.
 Smet, Julio de, 731.
 Sobiewski, 573.
 Sobrado, 360.
 Social, cuestión, León XII, 656; estado, 21, 23 y s., 111, 241 y s.
 Socialismo, 717.
 Socinianos, 525.
 Socorro, Congregación, 736.
 Sócrates, 8, 20.
 Sofronio, 173 y s.; de Jerusalén, S., 203.
 Sol, Man. Domingo, 736; invictus, 115.
 Solana, M., 729.
 Soldevila, cardenal, 681.
 Solitarios, 218.
 Somalia, 708.
 Somasca, clérigos de, 494.
 Sonora, misión, 601.
 Sorbona, 333.
 Sorolla, 738.
 Soteriológicas, herejías, 179 y s..
 Soto, Domingo de, 548; Pedro de, 549.
 Sotomayor, Pedro de, 549.
 Sousa, Juan de, 540.
 Sozomeno, 8.
 Sozzini, Fausto, 525.
 Spagnoletto, 563.
 Spener, 591.
 Spondanus, 10.
 Sporer, P., 616.
 Stalin, 677.
 Stapleton, Tomás, 547.
 Stationis, dies, 109.
 Staupitz, 455.
 Stentrup, Fernando, 727.
 Sterchx, E., 673.
 Steyl, Padres, 705.

Stolberg, Federico von, 732; Leopoldo, 11, 638.
 Stonyhurst, 641.
 Storch, Nicolás, 458.
 Strauss, D., 12, 721.
 Streneshalch, sínodo, 141.
 Suabios, 142.
 Suárez, Francisco, 550; Manuel, 746; Pedro, 603.
 Subiaco, 226.
 Sudamérica, siglo XIX, 688 y s.
 Sudán angloegipcio, 709.
 Suecia, 252, 474, 676.
 Suevos, 133.
 Suiza, 503; falsa reforma, 463; siglo XIX, 642, 672.
 Sulpicianos, 576, 621.
 Sulpicio Severo, 9, 201.
 Suma Teológica, 343.
 Summi Pontificatus, 742, 751.
 Suna, 144.
 Superstición, 297, 379.
 Supersticiosas, prácticas, 297.
 Supralapsarios, 525.
 Suprema, 439.
 Suras, 144.
 Sureda Blanes, 733.
 Suso, Enrique de, 433 y s.
 Sutri, tratado de, 305.
 Swieten, 587.
 Syllabus, Pío IX, 652.
 Szechivan, Concilio, 711.

Taciano, 65, 172.
 Tácito, 54.
 Tacna y Arica, 694.
 Tadeo de Suessa, 315.
 Tagliacozzo, 316.
 Tahlhofer, Valentín, 732.
 Taicosama, 544.
 Taifas, 267.
 Tajón, de Zaragoza, 215.
 Talleyrand, 628.
 Tananarivo, 708.
 Tancredo, 352.
 Tanganika, 708.
 Tangelus, 325.
 Tanner, Adán, 548, 551.
 Tanucci, 594.
 Taparelli, 727.
 Tapia, 535.
 Tapices, 88.
 Tarahumares, misión, 601.
 Tarantasia, Pedro de, 343.
 Tarasio, 272.
 Tarragona, Concilio 1242, 330.
 Tarsicio, S., 59.
 Tauler, Juan, 433.
 Taurobolium, 120.
 Taurue, 156.
 Teatinos, 490, 493.
 Tebaida, 218.
 Tebea, legión, 60.
 Tejada, Ignacio, 686.

Templarios, 358, 361; abolición, 387 y s.
 Témporas, ayuno, 237.
 Tena, Luis de, 552.
 Teodolinda, 136.
 Teodomiro, 267; rey suevo, 133.
 Teodora, 124 y s., 170, 273; familia, 263; contra iconoclastas, 273.
 Teodoreto de Ciro, 8, 43, 166, 168 y s., 171, 193 y s.
 Teodorico, 134, 136.
 Teodoro Askidas, 171; Casiteras, 272; Estudita, 272, 283; de Mopuestia, 163, 171 y s., 192 y s.; de Tarso, 141, 206, 280.
 Teodosio I, 122 y s., 157 y s.; 160; II, 123, 165; monje, 170.
 Teodoto de Bizancio, 78; el Joven, 79.
 Teodulfo de Orleans, 270, 281.
 Teofilacto de Achrida, 283.
 Teófilo, 129, 131, 273; S., 66; de Alejandría, 177 y s.; de Arlés, S., 59.
 Teología, apogeo, 85 y s., 188 y s., 196 y s., 280, 335; siglo XVI, 545 y s.; siglos XVII y s., 614 y s.; siglo XIX, 726; restauración, 727; protestante, siglo XIX, 721 y s.
 Teológicas, ciencias, en España, siglo XVIII, 599.
 Tepelmanes, indios, 601.
 Tercera, Orden, 364 y s.
 Tercia, 235.
 Teresa de Jesús, Sta., 496, 558 y s.; y la Inq., 522; Compañía de Sta., 681; Pía Unión de Sta., 681.
 Terror, período, 628.
 Tertulianismo, 77.
 Tertuliano, 49, 52, 55, 58, 74; apologeta, 66; montanista, 77; contra los monarquianos, 79; su obra, 91 y s.
 Tesalónica, 35, 123.
 Tesifonte, 46.
 Testigos, publicación, 441; secretos, 441.
 Tete, 540.
 Tetrapolitana, Confessio, 462.
 Tetzel, Juan, 454.
 Teutónicos, caballeros, 350, 358 y s.
 Thais, 220.
 Theiner, Agustín, 10, 731.
 Theopaschita, 166.
 Theotocópulos (El Greco), 563.
 Theotokos, 164.
 Thierry, Guillermo de, 346.
 Thomassin, L., 616.
 Thorvaldsen, 737.
 Thurificati, 59.
 Tiberiano, 211.
 Tibet, 610.
 Tiépolo, 625.

Tierra Santa, siglos XVII y s., 607, 715.
 Tietmaro de Merseburgo, 282.
 Tillemont, Lenain, 10, 618.
 Timoteo, 41.
 Tintoretto, 562.
 Tiphano, Claudio, 551.
 Tiro, sínodo, 151 y s.
 Tischendorf, 722.
 Tito, 35, 41; en Jerusalén, 47.
 Tituli, 230.
 Tixeront, J., 11, 732.
 Tiziano Vercelli, 446.
 Todesco, L., 11.
 Todos los mártires, 238; los Santos, 238, 296.
 Tokio, Universidad, 712.
 Toledo, Concilios, 207 y s.; Concilio III, 135; primado, 321; conquista de, 338; Francisco de, 549, 552; Nueva, 538.
 Tolomei, Juan, 437.
 Tolentina, paz, 630.
 Tomás de Aquino, Sto., ascético, 41, 342 y s., 344, 540; cristianos de Sto., 167, 541; Becket, Sto., 309; de Jesús, 519, 609; Moro, 547; de Villanueva, Sto., 518, 557.
 Tomassin, Luis, 554.
 Tomé de Jesús, 557.
 Topía, 535.
 Torcuato, 46.
 Torenio, 647.
 Toribio de Liébana, Sto., 224; de Mogrovejo, Sto., 537.
 Tormento, cuestión, 441.
 Toro, Tomás de, 536.
 Torquemada, Juan de, 413, 418, 439.
 Torras y Bages, 729.
 Torres, 542, 544; Amat, F., 647; Diego de, 604.
 Toscana, escuela de, 446.
 Tostado, 413, 417, 432.
 Toucy, sínodo, 275.
 Tournai, Simón de, 338.
 Tournelly, H., 615.
 Tournon, 610, 611 y s.
 Tours, sínodo, 11, 63, 309.
 Tovar, Bernardino, 479, 520; Juan de, 604.
 Tradicionalismo, 718.
 Tradición apostólica, 82.
 Traducciones árabes, 338 y s.
 Traductores, escuela de, 323.
 Trafalgar, batalla, 643.
 Trajano, persecución, 55.
 Transición, estilo de, 376.
 Trapenses, 622.
 Travancor, 542.
 Traversari, Ambrosio, 403.
 Treinta años, guerra de los, 504 y s.
 Trento, Concilio de, 482 y s.; final, 486 y s.; colaboración de España, 515.

Tres capítulos, 147, 171 y s.; Ta-
bernae, 36, 48.
Trenga Dei, 297.
Tréveris, 49.
Tribunal sinodal, 290.
Tribur, dieta, 302.
Tricotómica, teoría, 162.
Trifón, Diálogo con, 65.
Trigoso, Pedro, 551.
Trinidad, 421, 602; Santísima, 374,
448.
Trinitarios, 359.
Tritemio, Juan, 404.
Trivium, 280.
Tróade, 35 y s.
Troyes, Concilio, 358.
Truchsess, Gebhard, 503; Jorge,
459; von Waldburg, Otón, 502.
Trudperto, S., 142.
Trujillo, 536.
Trullanum I, 174; II, 175.
Tubinga, escuela de, 721.
Tuciorismo, 616.
Tucumán, 538; congreso, 685 y s.
Tuggenk, 142.
Tumilla, Mateo, 537.
Túnez, 351, 354.
Turingia, 142, 248 y s.
Turquía, persecución crist, 724.
Turrís, 240.
Túsculo, condes de, 265.
Tyana, sínodo de, 157.
Typos, 174.
Tyrrel, 719.

Ubach, Buenaventura, 731.
Ubaldo, 730.
Udoceo, S., 140.
Uganda, misión, mártires, 708.
Ugarte, 601; de Ercilla, 728.
Ugolino de Ostia, 314.
Ukayali, 603.
Ulfilas, 131.
Ultramontanismo, 639.
Ullathorne, Bernardo, 732.
Ullmann, 722.
Unam Sanctum, 319, 413.
Uncilla, F. de, 733.
Unidad de la Iglesia, 98 y s.; del
Imperio, 21; italiana, 650.
Unigenitus, bula, 574, 582.
Unión evangélica, 721; griega, 407;
con el Oriente, 316; territorial,
721.
Universales, 336.
Universidades, 331 y s.; en Espa-
ña, 417.
Unstrut, batalla, 301.
Urbano II, 304 y s., 321, 355; pri-
mera cruzada, 351 y s.; V, 392;
VI, 394 y s.; VIII, 504 y s.; Luis,
728.
Urdaneta, Andrés de, 545.
Urquijo, 598.

Urquiza, Justo, J., 689.
Urráburu, J., 728.
Ursacio y Valente, 152 y s., 155 y s.
Ursino o Ursicino, 157.
Ursulinas, 494.
Uruguay, 538; siglo XIX, 694.
Usoz Río, L., 680.
Utrecht, 250; Iglesia de, 582; paz,
573; Unión, 513.

Vacant, Alfr., 727.
Val, Honorato del, 728.
Valbuena, 360.
Valdenses, 326.
Valdés, Alf. y Juan, 479, 520; Juan,
477; Leal, Juan, 563.
Valdivia, 531, 538; Padre, 538, 604.
Valence, cárcel de Pío VI, 630.
Valencia, 322; Gregorio de, 547,
550; Martín de, 534; Universi-
dad, 334.
Valente, 122, 157.
Valentín, 71 y s.
Valentiniano I, 122; II, 122; III,
123.
Valeriano, 62; persecución, 59.
Valerio, S., 224.
Valero, 599.
Valignani, 543 y s.
Valverde, Vicente de, 537.
Valla, Lorenzo, 405 y s.
Valladolid, Congregación, 436; foco
de luteranismo, 479; Universi-
dad, 334.
Valleumbrosa, 285 y s.
Vallfogona, Juan de, 445.
Vallgornera, T. de, 618.
Vándalos, 133; procedentes del Afri-
ca, 135.
Van Dyck, A., 562; Eyck, Juan, 447.
Vannes, Congregación, 496.
Varsovia, paz religiosa, 475.
Vasari, Jorge, 562.
Vasco de Gama, 419, 541.
Vassy, matanza, 506.
Vaticano, Archivo, León XIII, 657;
Concilio, 652 y s.; Concilio, opo-
sición, 645 y s.; Estado, Pío XI,
664.
Vaughan, cardenal, 673.
Vázquez, Dionisio, 551; Gabriel, 550.
Vedruna, Joaquina, 681.
Vega, Andrés de, 547; C., 733.
Velázquez, 563; Ricardo, 738.
Vélez, 648.
Venancio Fortunato, 206.
Vendos, 253 y s., 349 y s.
Venecia, paz, 309.
Venezuela, 536, 603, 692; siglo XIX,
694 y s.
Veracruz, Alonso de, 535.
Verbiest, 544.
Verbo Divino, Sociedad, 705; semi-
nal, 65.

Vercelli, sínodo, 276.
Vergara, Juan de, 479, 520; trata-
do, 646.
Vergerio, Pablo, 403, 478.
Vergós, 447.
Vernerio, cardenal, 556.
Verona, Concilio de, 309.
Veronese, Guarino, 403.
Veronese, 562.
Veruela, 360.
Vesteras, dieta, 474.
Veuillot, L., 666.
Via-Crucis, 448, 623.
Vicari, H. von, 668.
Vicariato de las Indias, 533.
Vicario general, 372.
Vicelín, 350.
Vicente, 150; S., 62 y s.; Ferrer, S.,
316, 396, 449; de Paúl, S., 576,
621 y s.
«Víctimas» de la Inquisición, 442.
Victor, S., 57; I, Papa, 77, 100, 109;
II, 266; III, 304; escuela de S.,
346; Manuel II, 651, 674; obispo
de Vita, 201.
Victoria Colonna, 478; estatua, 122.
Victorino de Pettau, 94.
Victorinos, 357.
Vida común, hermanos, 290, 437;
cristiana, 241; cristiana, siglo XVI,
560 y s.; siglos XVII y s., 622 y s.;
religiosa, 734 y ss.
Vidal, Pedro, 731; P. M., 648.
Vieira, 539, 605.
Viejos católicos, 654 y s.
Vienna, Concilio, 387.
Vigilio, Papa, 171 y s.
Vignola, Jaime, 564.
Vigouroux, F., 730.
Viladomat, A., 625.
Vilanova, Arnaldo de, 415.
Villa, Méjico, 698.
Villada, Pablo, 731; Z. García, 11,
63, 733.
Villanueva, Jaime, 733.
Villavicencio, 551.
Villoslada, Ricardo G., 733.
Vinci, Leonardo da, 446.
Vio, Tomás de, 430.
Virgen, oficio, 296.
Virgenes, cartas a las, 83; cristia-
nas, 112, 218.
Virgilio, 22; Papa, 178.
Virginia, 539.
Virginidad, 112.
Virués, Alfonso de, 551.
Visigodos en España, 132 y s.
Visigótica, Iglesia, 206 y s.; litur-
gia, 234.
Visita de las diócesis, 290.
Visitación, 448; María de la, 521;
religiosas, 495.
Visitatio Liminum, 499.
Vísperas, 235; sicilianas, 316.

Viterico, 135.
Vito, 150.
Vitoria, Francisco de, 536, 548.
Vives, Luis, 520.
Voltaire, 591.
Voragine, Jacobo de, 344.
Vulfura, S., 269.
Vulgata, 483, 499.

Walafrido Estrabón, 281.
Waldeck, 466.
Walia, 133.
Wallenstein, 504.
Ward, Guillermo, 732.
Wartburg, 458.
Weizsäcker, 722.
Welte, Benito, 730.
Welter, Mauro, 735.
Wellhausen, 722.
Wenceslao, 253, 426.
Wergeld, 294.
Wernz, F. J., 731.
Wessenberg, barón, 638.
Westfalia, 251; paz, 505, 572.
Weyden, Rogerio, van de, 447.
Wicklef, Juan, 424 y s.
Widukind, 251, 282.
Wieland, 591.
Wilmers, Guill., 727.
Willehad, S., 250 y s.
Willibrordo, S., 142, 248.
Wimpheling, Jacobo, 404.
Windthorst, 669.
Winfrido, 248.
Wirceburgenses, 615.
Wiseman, N., cardenal, 641, 673, 729.
Witase, C., 615.
Witmaro, 252.
Wittenberg, 455; revueltas, 458.
Wladimiro, 254.
Vilanova, 591.
Wolfgang de Ratisbona, 254.
Wolgemut, Miguel, 447.
Wolsey, 476.
Worms, 132; coloquio, 502; con-
cordato, 306; dieta y edicto, 457.
Wuhu, 711.
Wulfilas, 131.
Wulflaico, 142.
Wurzburg, 142, 249.

Ximenis, 418.

Yajiro, 542.
Yamaguchi, 542.
York, Wifredo de, 142.
Yucatán, 536.
Yuste, 517.

Zacatecas, misión, 601.
Zaccharia, 585.
Zahn, Th., 12, 722.
Zambrano, Pedro, 536.
Zanzibar, 708.

Zaragoza, sínodo, 186	Zósimo, Papa, 182
Zaragueta, Juan, 728	Zuinglio, 463 y s
Zea, embajador de Colombia, 686	Zuloaga, 738
Zenón, 21, 124, 170	Zumárraga, Juan de, 535
Zigliara, Tomás, 727	Zurbarán, Francisco de, 563
Zirkel, G , 638, 639	Zurich, 142

EDITORIAL LABOR, S A
BARCELONA MADRID - BUENOS AIRES
RIO DE JANEIRO - MÉXICO MONTEVIDEO